EL III REICH

Anesa

EL III REICH

Título original de la obra: DAS III REICH

ISBN (tomo) 84-279-6657-1
ISBN (obra) 84-279-6654-7
Depósito legal: M. 36.076-1974

Fotocomposición: Rotedic, S. A.
Impresión: Novograph, S. A.
Carretera de Irún, Km. 12,450, Madrid-34
Printed in Spain

EL III REICH

HISTORIA TOTAL DE UNA EPOCA DECISIVA

3

De la batalla de Inglaterra al paso del Don (1940-1942)

Anesa / Noguer

INDICE

FE DE ERRATAS

	DICE	DEBE DECIR
Pág. 50. Col. I, Línea 8	puesto de mando	puente de mando
" 127, " III, " 50 (bajo la foto)	Quax, el piloto fracasado	Quax, el piloto rompetechos
335, " III, " 65	*Park*	*Pak*

Diplomacia de amenazas

El segundo año de guerra había comenzado. Pese a los éxitos sorprendentes de los alemanes no se vislumbraba ni la victoria, ni la paz. Al contrario, en el horizonte surgían negros nubarrones: todos los esfuerzos por acabar militarmente con Inglaterra habían fracasado. Al mismo tiempo cada vez eran más estrechos los lazos entre Gran Bretaña y los EE UU. Los americanos fueron autorizados a disponer de bases en las colonias británicas y los ingleses empezaron a ser generosamente respaldados por los Estados Unidos.

Los japoneses se sentían perplejos, en Berlín el recelo crecía por momentos. Aunque en junio de 1940 Hitler había reaccionado con poco entusiasmo al deseo japonés de sellar un pacto con Alemania, ahora reparaba en su oportunidad. Había que mantener a los EE UU alejados de la guerra. Para conseguirlo, la diplomacia alemana sólo conocía un medio: la amenaza. Hitler envió inmediatamente a Tokio a su embajador Heinrich-George Stahmer, con objeto de reanudar las negociaciones.

El 27 de septiembre de 1940 el pacto era una realidad: en el salón de actos de la nueva Cancillería, los ministros de AA.EE. de Alemania e Italia, Ribbentrop y Ciano, así como el embajador japonés en Berlín, Kurusu, firmaron el documento que entraría en la historia con el nombre de «Pacto Tripartito». En él, Japón afirmaba su decisión de ayudar al III Reich e Italia a conseguir un nuevo orden en Europa, y Alemania e Italia se comprometían a ayudar al Japón a establecer un nuevo orden en Asia. Al mismo tiempo las tres potencias signatarias se obligaban a ayudarse mutuamente en el caso de un ataque militar a cualquiera de ellas por una potencia extraña.

Pese a todas las seguridades dadas por la propaganda nazi no cabía la menor duda hacia quién se dirigía el aviso: a los EE UU, a los americanos amigos de Inglaterra y a Inglaterra misma por su resolución de continuar la guerra a toda costa.



Esta caricatura, publicada en 1942, muestra a las tres figuras del Pacto Tripartito: Hitler, Mussolini y Tojo; los tres con gesto poco amistoso, con caras largas. En el momento de firmarse el Pacto cada uno perseguía su propio provecho.

La amenaza, sin embargo, no surtió efecto. Roosevelt, fue elegido por tercera vez presidente de los EE UU, e intensificó su colaboración con los ingleses. Inglaterra, por su parte, ignoró también la amenaza y se mostró menos dispuesta que nunca a firmar la paz. Peor todavía fue la repercusión en la Unión Soviética, tercera potencia mundial: los rusos se sintieron rodeados, por más que los firmantes del pacto advirtieran enérgicamente que éste no iba en absoluto contra Rusia. Sin embargo, pese a la repetida invitación a Moscú para que entrara en el pacto, Stalin veía con inquietud creciente cómo, uno tras otro, los Estados de los Balcanes escapaban a la influencia soviética y buscaban respaldo cerca de Alemania. Moscú sintió que peligraban las seguridades dadas por los alemanes en el pacto Hitler-Stalin. La tensión fue en aumento. La guerra en Europa se incrementaba y extendía. En el Lejano Oriente aumentaba también la animosidad entre los EE UU y Japón. La guerra económica había estallado: un día antes de firmarse el Pacto Tripartito Roosevelt había ordenado un embargo de chatarra con respecto a todos los países excepto Inglaterra. Japón empezó a andar escaso de materias primas y a temer que los americanos ocuparan las colonias británicas de Hong-Kong y Singapur. Con ello quedaría cerrado el camino al gran territorio asiático y, en consecuencia, fuera del alcance importantes mercados y bases de materias primas. De seguir Washington apretando el tornillo económico, Japón no tendría otra salida que la militar. ¿Y qué podía impedir a los EE UU continuar con su política?

F. B.

CON EUROPA CONTRA INGLATERRA

En otoño de 1940, Hitler planeaba unir a todos los Estados europeos en la lucha contra Inglaterra. Un plan que excedía la capacidad diplomática del «Führer» según relata a continuación Wulf C. Schwarzwäller.



En la estación de Hendaya Franco y Hitler pasan revista a la compañía alemana que rinde honores.

Como ya se sabe, Hendaya es la primera localidad, la primera estación al otro lado de la frontera, en territorio vasco-francés. Quien se dirija a España o quiera viajar a Francia no tiene más remedio que transbordar en ella: las líneas férreas española y francesa tienen distinto ancho de vía.

El 23 de octubre de 1940 amaneció espléndido, ni una nube sobre el cielo de Hendaya. Del golfo de Vizcaya apenas llegaba una leve brisa. Son las tres de la tarde. Desde hace una hora se encuentra apartado en la estación el tren especial del *Führer*. Como consecuencia del armisticio con Francia, Hendaya está ocupada por tropas alemanas. Hitler pasea a lo largo del andén conversando con su ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop. Desde hace una hora el *Führer* del III Reich y comandante supremo de la *Wehrmacht* espera ver aparecer por la otra vía el tren del jefe del Estado español.

Pese a la larga espera, Hitler se encuentra de buen humor. Pocos meses antes ha infligido a Francia la derrota más grande de su historia. Desde esas victorias relámpago *(Blitzsiegen)* en el Este y el Oeste se toma más en serio al pequeño cabo de la primera Guerra Mundial –a quien el jefe de su Regimiento, teniente coronel Tubeuf no ascendió a cabo primero por «carecer de cualidades de mando»–, y se le denomina «el más grande estratega de todos los tiempos».

Los preparativos para la invasión de Inglaterra están en todo su apogeo. Ahora Hitler quiere entrevistarse con Franco, quien debe a Alemania e Italia buena parte de su triunfo en la guerra civil española. Ha llegado el momento de que España se adhiera al Eje. Hitler piensa que se encuentra cerca de lograr su meta: una alianza continental europea contra Inglaterra. Cree tener



preparado el anzuelo para España: es el Peñón de Gibraltar, enclave de la corona inglesa en suelo español, una espina clavada en el orgullo nacional desde hace más de dos siglos.
Por fin apareció el tren español sobre el puente internacional del Bidasoa, engalanado con banderas alemanas y españolas. Un minuto después se detenía en la estación de Hendaya. Inmediatamente descendió de él Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos, quien estrechó las dos manos del *Führer* en un expresivo gesto de amistad. Tras los himnos nacionales y honores militares, Hitler acompañó a su huésped al salón de su tren especial.

Hitler fanfarronea

Sentados uno frente a otro se intercambian las primeras frases de cortesía y admiración. Hitler fanfarronea: la batalla contra Inglaterra se puede dar militarmente por decidida. La *Wehrmacht* dispone de 230 divisiones, de ellas 186 de choque. Con este poderío Alemania se siente preparada para afrontar cualquier eventualidad. Hitler miente: Alemania ha ganado ya la batalla por el dominio del cielo inglés. Ahora él se prepara para invadir la isla. En realidad está esperando circunstancias atmosféricas favorables.
El Caudillo escucha sonriente. Sus ojos brillan un tanto escépticos. Hitler se siente molesto. Su interlocutor es un hombre astuto, un estratega meticuloso, que no se deja seducir por las grandes frases.
Mucho antes de lo previsto Hitler dejó escapar el anzuelo: se debía firmar un acuerdo ese mismo día. En enero de 1941, España debería entrar oficialmente en la guerra. Ese mismo mes los temibles *Ju 87* de la Aviación alemana bombardearían sin tregua el Peñón de Gibraltar. A continuación, unidades españolas podrían tomar posesión del territorio. Los planes para la operación denominada «Felix» estaban ya dispuestos. En el sur de Francia se había construido un modelo, en gran escala, de la fortaleza y los paracaidistas ensayaban la maniobra. Después de la derrota de Inglaterra, España podría ampliar sus colonias a cuenta de los territorios africanos de Gran Bretaña y Francia.
Lleno de esperanza Hitler no apartaba los ojos del Caudillo, pero éste no daba señal alguna de júbilo. En voz baja y monótona Franco rehusó con tanta cortesía y diplomacia como claridad los ofrecimientos alemanes. España no estaba preparada para la guerra. El abastecimiento era deficiente, el armamento anticuado. Después de tres años de



Gibraltar, en poder de Inglaterra desde 1704, era el anzuelo con el que Hitler se proponía arrancar el asentimiento de Franco para colaborar en la batalla contra Inglaterra. Soldados alemanes debían conquistar el Peñón para España.

guerra civil el pueblo se hallaba cansado de luchar. Y sin el menor gesto, sin la menor emoción el Caudillo continuó: ¿Podría Alemania suministrar a España de inmediato varios cientos de miles de toneladas de trigo? Si entraba en la guerra, España perdería los envíos de cereales del Canadá. ¿Podría Alemania modernizar el armamento español a corto plazo? Para defender sus millares de kilómetros de costas España necesitaría cañones pesados en abundancia. Tras la entrada en guerra de los españoles habría que estar preparados para hacer frente a una invasión británica en el Norte de España. ¿Cómo podría España defender las Islas Canarias? Aparte de que España no podría aceptar la plaza de Gibraltar como un regalo, de manos alemanas. El Peñón tendría que ser conquistado por soldados españoles. Alemania podría ayudar con armas y técnicos. Por otra parte, aunque Inglaterra fuera ocupada por los alemanes, los ingleses continuarían la guerra gracias a su flota, desde Canadá, con ayuda de los americanos. Y quizá durante años.
El nerviosismo de Hitler iba en aumento. No podía ocultar su desilusión. De pronto se levantó y dijo que no tenía sentido seguir discutiendo; pero inmediatamente volvió a sentarse y una vez más intentó que Franco cambiase de opinión. Al final Franco se declaró dispuesto a firmar un acuerdo. Un acuerdo con tantas condiciones que, prácticamente, no pasaba de ser papel mojado. Durante el banquete de despedida la atmósfera era más bien fría. Las cortesías finales estaban solamente dirigidas a los fotógrafos. Cuando el tren de Franco se puso en marcha empezó a lloviznar. Entre escalofríos Hitler volvió a su coche-salón. Sabía que acababa de recibir, en esta pequeña estación de ferrocarril vasco-francesa, un descalabro diplomático. Y un descalabro es algo que no conocía desde hacía tiempo. Más tarde confiaría a Mussolini, comentando este encuentro de Hendaya: «Preferiría que me arrancasen tres o

cuatro muelas antes que volver a hablar con Franco.»

Franco había asestado un duro golpe al plan de Hitler «con Europa contra Inglaterra». El *Führer* debería buscar otro aliado.

¿Cómo había llegado a formarse la idea de una coalición europea? Hasta el encuentro en Hendaya las cosas se habían sucedido así:

12 de junio de 1940: la derrota definitiva de Francia era sólo cuestión de días. El jefe del Estado español no quería que se le excluyera a la hora del reparto. España, de neutral pasó a ser «no beligerante», beneficiando a los países del Eje. 14 de junio: tropas españolas ocupan la zona internacional de Tánger. El gesto se hizo rentable. A Hitler le causó impresión la maniobra y vio en ella la prueba de que España quería colocarse al lado del Eje. En realidad la toma de Tánger se había hecho previa consulta con los Gobiernos francés y británico. Inglaterra consintió con benevolencia. La decisión española privaba a Italia de poseer un importante punto estratégico frente a Gibraltar.

Reivindicaciones españolas

16 de junio: Franco envía a entrevistarse con Hitler a su jefe de Estado Mayor, general Vigón. Durante la conversación, que se llevó a cabo en el castillo de Acoz, en Bélgica, Vigón dio a conocer las pretensiones españolas referentes al Marruecos francés. Esa misma noche dimitía en París el Gobierno de Paul Reynaud. El nuevo gabinete, bajo la presidencia del anciano mariscal Pétain, solicitó de Hitler la negociación del armisticio.

19 de junio: Franco ofrece la entrada de España en la guerra al lado del Eje. Condiciones: España ocuparía no sólo el Marruecos francés sino también Orán y las colonias francesas del África central, con objeto de apoyar sus territorios de Río de Oro y la Guinea española. Además Alemania debería entregar a España armamento y productos alimenticios en grandes cantidades.

Mas, por el momento, Hitler no estaba interesado a la participación española en la guerra.

Durante todo el mes de junio confió, en que, ante el ejemplo de la derrotada Francia, Inglaterra acabara solicitando la negociación de paz. Sin embargo, el nuevo primer ministro británico no se llamaba ya Neville Chamberlain, sino Winston Churchill. Y Churchill no pensó jamás en negociar.

En el armisticio con Francia, Hitler no exigió la entrega de la flota gala. Sabía que Francia la necesitaba para defender sus colonias de Inglaterra y de los exiliados franceses de Londres.

A principios de julio se produjo una ruptura sensacional entre Inglaterra y Francia, hasta entonces su aliada. El 3 de julio la escuadra británica de Gibraltar echó a pique las unidades francesas de la Flota del Mediterráneo que se encontraban ancladas en Orán. Días después el Gobierno francés rompía sus relaciones diplomáticas con Londres. El 6 y 7 de julio, barcos franceses cañonearon repetidamente, pero sin gran éxito, el Peñón de Gibraltar. Francia, derrotada, se encontraba a un paso de declarar la guerra a Gran Bretaña. Hitler tenía toda su esperanza puesta en el aislamiento de Inglaterra. Ofreció establecer bases alemanas en Casablanca y Agadir. El mariscal Pétain rechazó el ofrecimiento basándose en la opinión pública.

La confrontación entre Francia e Inglaterra no se produjo.

Hitler se había dado cuenta del talón de Aquiles que suponía el Este del Mediterráneo y la parte Norte de África. Gibraltar, desde donde los ingleses controlaban la salida al Atlántico, no era el único peligro. ¿Qué pasaría si las colonias y protectorados de Francia en África decidieran desobedecer a Pétain? ¿Qué ocurriría si Inglaterra se adueñase del Marruecos francés y constituyera bases en las islas españolas y portuguesas para cederlas a los americanos y, conjuntamente con los EE UU, dominar el Atlántico?

Esto es lo que Hitler quería impedir como fuera. Pero, ¿cómo? Había que intentar aliar a Italia, España y Francia contra Inglaterra. Para conseguirlo se necesitaba poseer un gran talento diplomático. Los deseos, reivindicaciones y esperanzas de Italia, Francia y España coincidían en lo esencial. Sin tapujos de ningún género Hitler confió a Ribbentrop: «La compatibilidad de los intereses de Francia, Italia y España sólo será posible mediante un gran engaño».

De ese monumental engaño decidió encargarse él mismo. Advirtió a Mussolini que no comunicara a Francia las reivindicaciones territoriales italianas. El *Duce* aceptó, pero la advertencia despertó su recelo. El conde Ciano, lleno de desprecio, escribía en su diario a este propósito el dicho de los clásicos sobre «la doblez y capacidad de traición de los germanos».

Más difícil se presentaba para Hitler satisfacer los deseos españoles y las esperanzas francesas. Cada vez que España se refería al problema de Marruecos, respondía con evasivas, con lo que aumentaba los recelos de Madrid. En cambio exigía de España la entrega de la isla de Fernando Poo y la de Tenerife o Gran Canaria para instalar en ellas bases aéreas. El ministro español Serrano Súñer se enfadó y se negó a considerar siquiera la posibilidad e, incluso a comunicar a Franco el deseo alemán, que era incompatible con el honor español.

El desarrollo de la estrategia diplomática alemana venía demostrando cuán poco conocían el carácter de otros pueblos los jefes nazis. El ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, no tenía a este respecto nada que envidiar a su amo y señor.

Simple chantaje

Hitler hervía de impaciencia. El tiempo apremiaba; por eso se decidió a tratar directamente con Franco y Pétain. El 22 de octubre se entrevistó con Pierre Laval, vicepresidente del Consejo de ministros francés, en la estación de Montoire-sur-le-Loir (en el departamento de Loir-et-Cher, a 40 km de Le Mans). Hitler intentó un simple chantaje: Francia no podía ignorar que en su condición de país vencido tendría que correr con los gastos ocasionados por la guerra, salvo que se encontrara otro enemigo al que ceder esa obligación. Cuanto antes quedase Inglaterra fuera de combate, mucho mejor para los franceses. Si perdían el tiempo y vacilaban podían dar ocasión a que él, Hitler, se decidiera a buscar una paz con Londres. En este caso, evidentemente sería Francia la encargada de satisfacer las exigencias del III Reich. La única manera de ahorrar a Francia ese trance era establecer la paz a costa de Inglaterra.

Las amenazas de Hitler debían servir para preparar el encuentro Hitler-Pétain que dos días más tarde tendría lugar en aquella misma estación. Antes, sin embargo, Hitler quería hablar con Franco.

Hasta aquí el prólogo de la entrevista del *Führer* y el Caudillo.

Después del fracaso de Hendaya, Ribbentrop exteriorizó en voz alta lo que al respecto pensaba Hitler: «Ese Franco es un cobarde desagradecido que nos debe todo y ahora no quiere colaborar con nosotros.»

El 24 de octubre, en Montoire, el mariscal Pétain, vencedor de Verdún, llamado en cierta ocasión el «Hindenburg francés», se sienta en el salón del tren especial del *Führer*, sin dar la menor muestra de intranquilidad, ni menos de la subordinación de su presidente Laval. Hitler repite el chantaje que había intentado dos días antes, esta vez con palabras más comedidas y respetuosas. Luego pregunta directamente «¿Qué piensa hacer Francia si una vez más es atacada por Inglaterra como en el caso de Orán?»

El plan de Hitler se tambalea

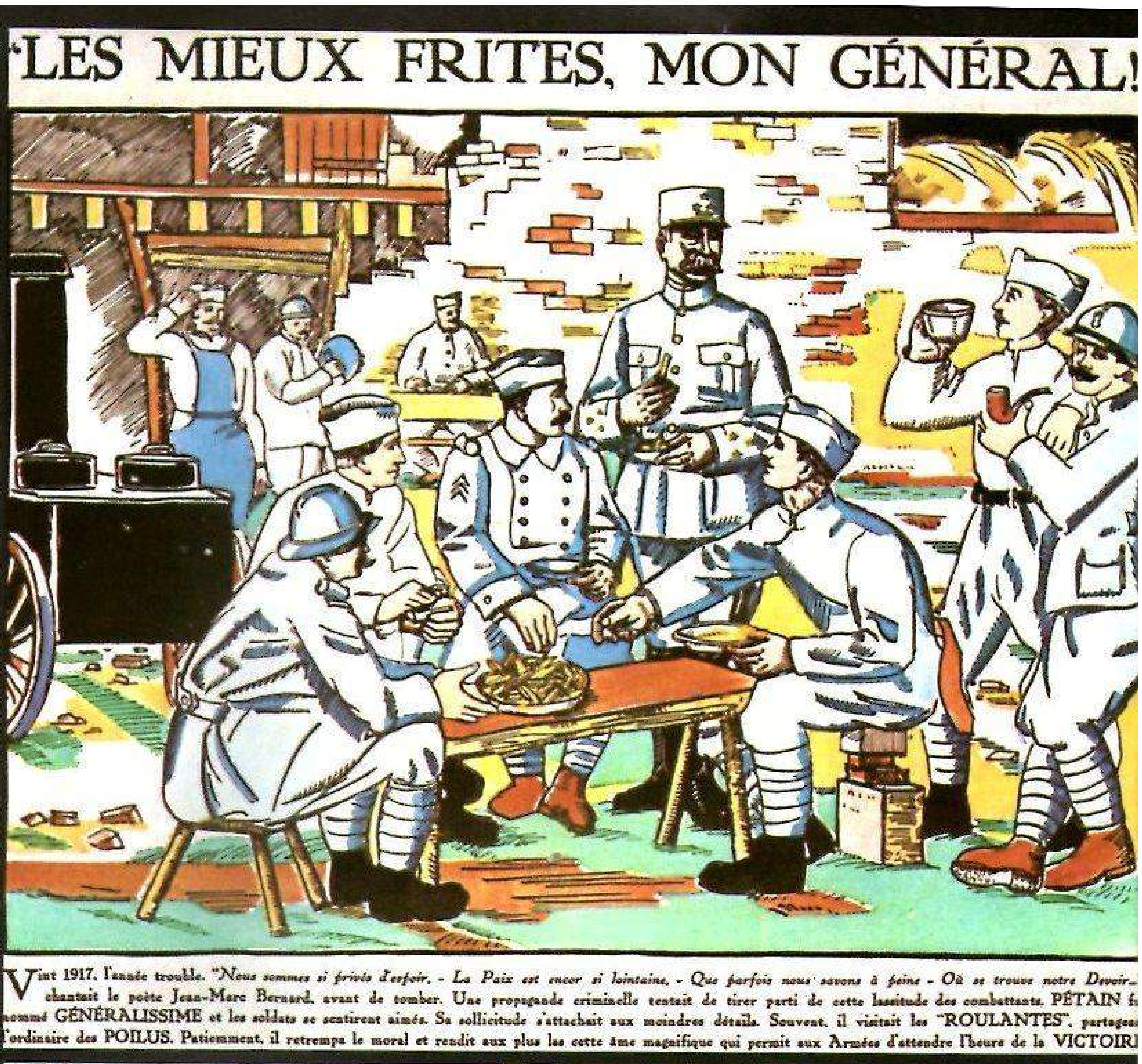
Pétain sabe lo que Hitler espera de él, pero responde fría y lentamente: «Francia no está en condiciones de mantener una nueva guerra.» Y acto seguido hace tambalear todo el plan de Hitler preguntando a su vez: «Excelencia, ¿cuándo podremos negociar un tratado de paz entre Francia y Alemania? Francia quiere claridad sobre su suerte. Dos millones de prisioneros desean volver cuanto antes a sus hogares.»

Hitler desoye la pregunta y continúa con su argumentación: una buena paz con Francia sólo puede conseguirse a costa de Inglaterra. Pierre Laval interviene: «Para declarar la guerra a Inglaterra existe una dificultad constitucional. El mariscal tendría que convocar a la Asamblea, el mismo parlamento que el 3 de septiembre del pasado año declaró la guerra a Alemania. Es natural que el mariscal no sienta grandes deseos de hacerlo.»

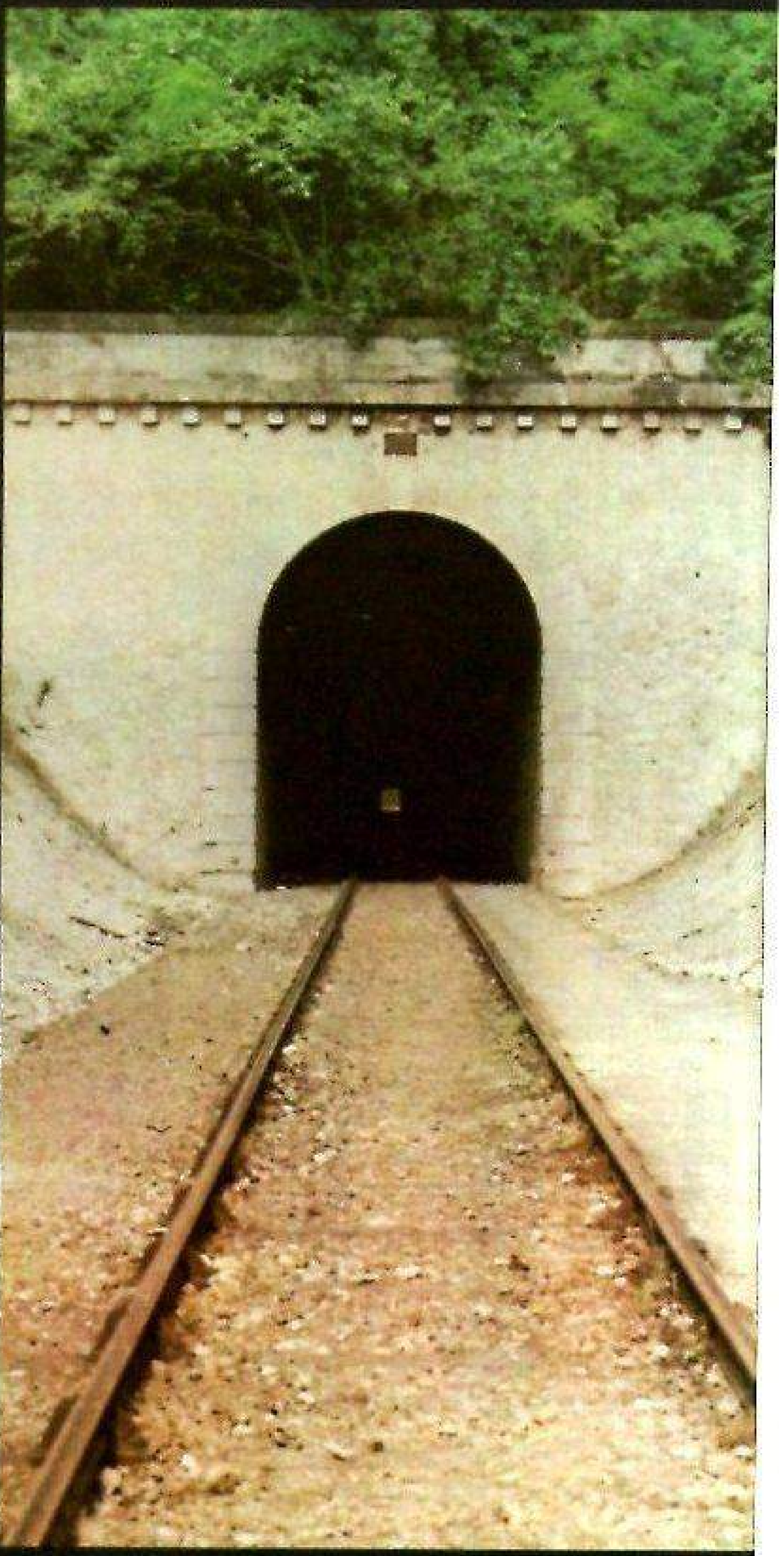
A Hitler no le gustan las sutilezas jurídicas; no puede evitar una mirada de indignación hacia Laval. Y de nuevo al tema de la colaboración franco-alemana. Quiere algo concreto. Allí y en ese momento. La fría respuesta de Pétain es definitiva: «En estos momentos me es imposible señalar las fronteras de una colaboración entre Francia y Alemania. Sin el consejo del Gobierno francés no puedo dar mi opinión. A mi regreso a Vichy haré saber al Gobierno francés que en principio he admitido la posibilidad de una colaboración con Alemania, pero que no me he comprometido en absoluto.»

Hitler se da cuenta al fin de que deberá partir de Montoire con las manos tan vacías como a su vuelta de Hendaya. No ha conseguido nada de lo que se había propuesto.

Al día siguiente le llega a Hitler otra mala noticia al detenerse su tren en la estación de Yvoir, al sur de Namur. Se trata de un mensaje del *Duce*. Mussolini anuncia a Hitler que piensa atacar en breve a Grecia. No expresa fecha. Hitler brama. El plan de Mussolini equivale a una invitación a Inglaterra para que se establezca en Grecia. Por telegrama pide al *Duce* una entrevista urgente. Mussolini telegrafía a su vez que está de acuerdo en recibir a Hitler el 28 de octubre en el Palazzo Vecchio de Florencia. Cuando el tren especial del *Führer* llega a Colonia, Hitler se entera por los periódicos que ha empezado el ataque italiano contra Grecia. Mussolini [illegible]a de v[illegible]ngarse de las repetidas [illegible]siones [illegible] [illegible]ales que Hitler había tomado sin comunicár-selo siquiera.







El mariscal Pétain aceptó tomar sobre sus hombros la pesada carga de representar a la Francia vencida. Sólo él estaba en condiciones de hacerlo, gracias a su autoridad como vencedor de Verdún (grabado superior) y comandante supremo del Ejército en 1917. Su programa de «Revolución Nacional» (a la derecha, abajo) no pudo llevarlo a cabo. Hitler no estaba dispuesto a consentir una Francia autónoma. De esto se dio cuenta el anciano mariscal durante su conversación con el «Führer» en Montoire (a la derecha, arriba: Hitler y Ribbentrop saludan al mariscal). Sobre estas líneas y a la derecha, la estación de Montoire donde se celebró la entrevista y el túnel en el que se hubiera refugiado el tren de Hitler en caso de un ataque aéreo británico.





Las consecuencias de la aventura griega son catastróficas. Los italianos sólo consiguen avanzar unos pocos kilómetros; los griegos toman la iniciativa. Inglaterra ocupa Creta y establece bases en Grecia.

El petróleo rumano, que cubre la mayor parte de las necesidades alemanas, se encuentra ahora dentro del radio de acción de los bombarderos británicos estacionados en Macedonia. Para contener el peligro, Hitler se ve precisado a enviar tropas a Grecia. Tropas que más tarde faltarán en Rusia y junto al Atlántico.

No hay acuerdo incondicional

Una vez más, Hitler decide por encima de todas las reservas políticas obligar a España a entrar en la guerra. Pide a Serrano Súñer que le visite urgentemente en el Berghof. España debe entrar en la guerra; cuanto antes lo haga, más seguro será el éxito. Pero, entretanto, Franco sabe ya que Hitler ha sobrestimado sus propias fuerzas. Que la guerra contra Inglaterra va a durar todavía largo tiempo, que su resultado es mucho más incierto que un año antes. El 7 de diciembre, Franco repite con carácter definitivo que España no entrará en la guerra.

Seis días después, y en circunstancias dramáticas, Pétain cesa a su segundo, Pierre Laval, representante de la política de colaboración de Montoire.

Pétain se ha dado cuenta de que no tiene sentido ofrecer un asentimiento incondicional al vencedor. Ni siquiera un gesto amistoso de Hitler altera su opinión: por orden del *Führer* los restos del hijo de Napoleón I son trasladados de su sepultura de Viena a los Inválidos de París. Pero las cenizas del duque de Reichstadt no pueden hacer olvidar los dos millones de franceses prisioneros que Hitler retiene y obliga a trabajar en el campo y en las fábricas de material de guerra.

Con el año 1940 se esfuma también el sueño de Hitler de unir a Europa contra Inglaterra.

Borrachos y enterradores

Goebbels contra Churchill

En Churchill, que afirmaba estar dispuesto a pactar con el diablo con tal de aniquilar a Hitler, veía Goebbels, con razón, el fanático adversario del III Reich; adversario que había que combatir por todos los medios, incluido el de la propaganda. El profesor Ernest K. Bramsted, estudia aquí la propaganda realizada por Goebbels contra el premier británico.



«Churchill y la Verdad». En la caricatura del «Kladderadatsch», la verdad alemana, con el parte de guerra en la mano, adelanta al regordete Churchill. «La mentira tiene las piernas cortas», dice un proverbio alemán. O «se pilla antes a un mentiroso que a un cojo».

La propaganda nacionalsocialista intentó siempre crear una barrera entre el Gobierno y el pueblo de los Estados enemigos. Tanto Hitler como Goebbels concedían gran valor a ese tipo de campañas. Después de la caída de Francia y de la formación del nuevo Gobierno británico bajo la presidencia de Winston Churchill, en junio de 1940, los medios informativos alemanes recibieron del Ministerio de Propaganda la orden de dejar en segundo plano a Francia. Inglaterra sería ahora el enemigo n.º 1. A primeros de julio, Goebbels declara a sus jefes de sección: «Nuestra política debe separar al pueblo del Gobierno inglés... Si aún quedan en Gran Bretaña personas honradas, Churchill no será jefe del Gobierno durante mucho tiempo». A partir de ese instante se desencadenó una intensa campaña, día y noche, en la prensa y la radio, contra los dirigentes británicos, a los que la propaganda calificaba invariablemente de «plutócratas». En su discurso ante el Reichstag del 19 de julio, Hitler distinguió de forma expresa entre los irresponsables belicosos y plutócratas ingleses, por una parte, y el pueblo, por la otra. Exigió que Churchill desapareciera del Gobierno y que Inglaterra reconociese el derecho alemán a la hegemonía y a Hitler como amo de Europa. En caso contrario caerían sobre Inglaterra todos los males imaginables; sobre Inglaterra, y no sobre Churchill y su banda que, a buen seguro, se pondrían a salvo en Canadá.

Al no recibir el discurso el menor eco por parte inglesa, Goebbels dedicó un artículo a trazar el retrato del plutócrata inglés, empleando lo mejor de su estilo. Según él, las características de este tipo de plutócrata eran dignos de atención: «Arrogancia sin límites, pereza mental, flema provocativa frente a las necesidades e intereses de otros pueblos, hipocresía moral y la propagación de mentiras y calumnias elevada a la categoría de arte político». Goebbels calificaba a los plutócratas ingleses de «judíos entre arios», y los definía como «esa clase de gente a la que hay que partir la boca antes de poder hablar razonablemente con ellos». El ministro de Propaganda, que ni hablaba inglés, ni conocía Inglaterra, se dejaba llevar en su trabajo por clisés pertenecientes a la época del Káiser. Gustaba de citar la frase mordaz de Theodor Fontane sobre los ingleses: «Hablan de Cristo y piensan en el negocio». Pero al no producirse la invasión de Inglaterra, y al permanecer las masas fieles a Churchill, que no huyó al extranjero pese a los incesantes bombardeos alemanes contra Londres y otras ciudades hasta el otoño de 1940, Goebbels no tuvo más remedio que revisar su propaganda. En



Tras los éxitos alemanes en Grecia, Creta y Norte de África, el «Kladderadatsch» publicó esta caricatura en la que un soldado germano azota a Winston Churchill. El cigarro con el emblema de la Royal Air Force se le ha caído de la boca a la plutocracia británica. Los verdaderos culpables del conflicto, los judíos, corren atemorizados a esconderse.

Winston Churchill

Artículo de Joseph Goebbels del 2 de febrero de 1941

«Sólo existe un medio para vencer la resistencia de los bóers y es la más dura represión. Con otras palabras, debemos acabar con los padres para que los hijos nos respeten».

Así escribía al «Morning Post», durante la guerra de los bóers, un corresponsal de prensa.

Durante un discurso pronunciado en Dunkerque, una mujer le gritó desde la galería: «No has dicho una verdad en tu vida. Ni siquiera sabes lo que es la verdad». El lector se habrá dado cuenta ya de quién estamos hablando: de Winston Churchill, llamado también W.C., actual jefe del Gobierno británico y primer violín en el infernal concierto que interpreta en estos momentos toda la demoplutocracia mundial contra las fuerzas del Eje. Resulta difícil trazar un retrato del modo de ser de este hombre sin carácter. Pertenece a esa clase de camaleones políticos capaces de cambiar de color según la necesidad o el humor del momento y que saben utilizar a fondo este recurso. Miente no sólo por necesidad, sino también por gusto, porque le divierte, hasta el punto que puede decirse que ha hecho de la mentira su elemento vital.

Para entender la política actual de Inglaterra y su manera de llevar la contienda es preciso conocer a Churchill. Una y otro carecen de línea y de sistema; forman una cadena sin fin de improvisaciones y espontaneidades que, al principio, dan la impresión de estar llamadas a tener éxito pero que, al final, se revelan como descalabros.

Sólo es preciso contemplar uno de sus retratos recientes para percibir a través de su rostro toda la maldad de la plutocracia. Su faz no refleja una sola cualidad positiva. Sus rasgos denuncian el cinismo. La frialdad de sus ojos denota que es extraño a cualquier emoción. Este hombre es capaz de marchar sobre cadáveres con tal de satisfacer su ambición. La colilla de su cigarro es el último signo de una buena vida que toca a su fin.

Inglaterra pagará caro un día la presencia de este hombre al frente de sus destinos. Cuando llegue la hora de la catástrofe para las islas, el pueblo británico se lo deberá a este hombre. En tanto permanezca en su función pública encarnará el liderazgo de esa casta plutocrática que quiere la guerra y el aniquilamiento de Alemania. Se diferencia únicamente de los que le tienen de tapadera por su cinismo y su falta de escrúpulos. Quiere la guerra a toda costa. La guerra se ha convertido para él en una meta personal. La ha deseado, provocado y la viene ampliando cuanto puede. Es una de esas figuras de los bajos fondos políticos que crece y se desarrolla con el caos. Para la mayor parte de los seres humanos la guerra va unida al dolor, para innumerables niños supone el hambre y para gran número de madres ríos de lágrimas. Para él es un Gran Derby que hay que ganar.

Ha conseguido lo que quería. Inglaterra se encuentra ante la lucha por la existencia más difícil de toda su historia, de la que únicamente podrá salvar la vida. El Gran Derby ha comenzado y aquel que con más ahínco la deseaba se sienta hoy en el sillón de jefe del Gobierno británico. En el momento decisivo no podrá salvarse. Cuando Chamberlain estaba aún por delante de él, podía, llegado el caso, haber declinado la responsabilidad. La ocasión ya no existe. No puede huir, tiene que hacer frente. No nos sorprende que, en lo que cabe, lo esté haciendo. Nadie puede desprenderse de su sombra, ni siquiera míster Churchill. Cuando, dominado por la fiebre de la fantasía, intenta hacer pasar por realidad sus sueños, sin poder basarlos en un solo hecho concreto; cuando intenta salir de los callejones en que se encuentra por el simple método de no admitirlos como tales; cuando en sus consideraciones sobre el Reich y el Führer se vale de una jerga arrabalera, que resulta despreciable aun entre enemigos en guerra; cuando, lleno de incontenible ira, vierte sus injurias contra el pueblo alemán, entonces es cuando le vemos sin máscara, como una caricatura de John Bull, devorador desdentado, ridículo y nauseabundo, al que hay que dejar inerme con objeto de que el mundo pueda volver a gozar de paz.

La trágica desgracia de la nación inglesa consiste en haberle aceptado y haber unido su suerte a la de él. Él fue quien aconsejó a Gran Bretaña que dejara pasar su oportunidad histórica y con ello se precipitase al abismo. Cuando se escriba la historia del derrumbamiento del imperio insular, el capítulo decisivo deberá llevar el nombre de Winston Churchill.

Siempre es provechoso poder representar en un hombre todo un sistema enemigo y tiránico. Aquí se nos brinda la oportunidad. Ello facilita nuestro ataque. Al menos sabemos con quién nos enfrentamos. Churchill, en tanto sea él quien decida, equivale a guerra. No ha querido otra cosa y nunca podrá querer otra cosa.

Ahora ya la tiene y, con él, su pueblo. Por él y con él terminará hundiéndose. Sobre su tumba caerán los millones de maldiciones e insultos que se ha granjeado con su conducta. Inglaterra se lo ha ganado a pulso.

(Joseph Goebbels: «Die Zeit ohne Beispiel». Discursos y escritos de los años 1939/40/41, Munich, 1941).



Arriba:
Texto original del «Münchener Illustrierten» del 10 de mayo de 1940:

El dios de la guerra con cigarro y bastón. «Mi cara es mi tarjeta de visita», replicó Churchill no hace mucho rompiendo el pase que le autorizaba a entrar en el Almirantazgo. Su cara no es sólo su tarjeta de visita, es también la tarjeta de visita de Inglaterra. Una guerra mundial se juega en las manos de un aventurero, de un charlatán, de un estafador que ha logrado establecer como norma –y de ello se siente orgulloso– la fanfarronería y la vulgaridad.

A la derecha, arriba:
Texto original del «Münchener Illustrierten» del 24 de octubre de 1940:

El campo de sus éxitos. «Inglaterra ha tomado ya la iniciativa de la contienda», declaró no hace mucho Winston Churchill mientras visitaba los destrozos causados por los bombardeos alemanes. Palabras que en tal situación no sólo resultan ridículas, sino descaradamente cínicas.

A la derecha:
Texto original de «Signal» del 2 de octubre de 1942:

Esta fotografía publicada por la revista inglesa «Illustrated» fue obtenida durante la visita de Churchill a Washington. Se trata de la tradicional imagen de los reporteros gráficos americanos y británicos: los miembros de los Gobiernos de ambos países aparecen siempre como figuras sonrientes y llenas de humanidad. Con ellos se especula sobre la deducción errónea de los lectores: el hombre es tal y como se le representa.





su nuevo retrato, Churchill pasó a ser un cínico sin corazón que se jugaba la felicidad y la suerte de su pueblo. Reconocía su tesón, pero lo achacaba a una mentalidad retrasada. Churchill se dejaba guiar por las experiencias de la primera Guerra Mundial y al igual que los emigrantes de la Revolución francesa, ni había olvidado, ni había aprendido la lección. A Churchill –siempre según Goebbels– le faltaba fantasía, pensamiento constructivo y capacidad de acción. Representaba perfectamente el tipo del insular, sin visión y sin audacia.

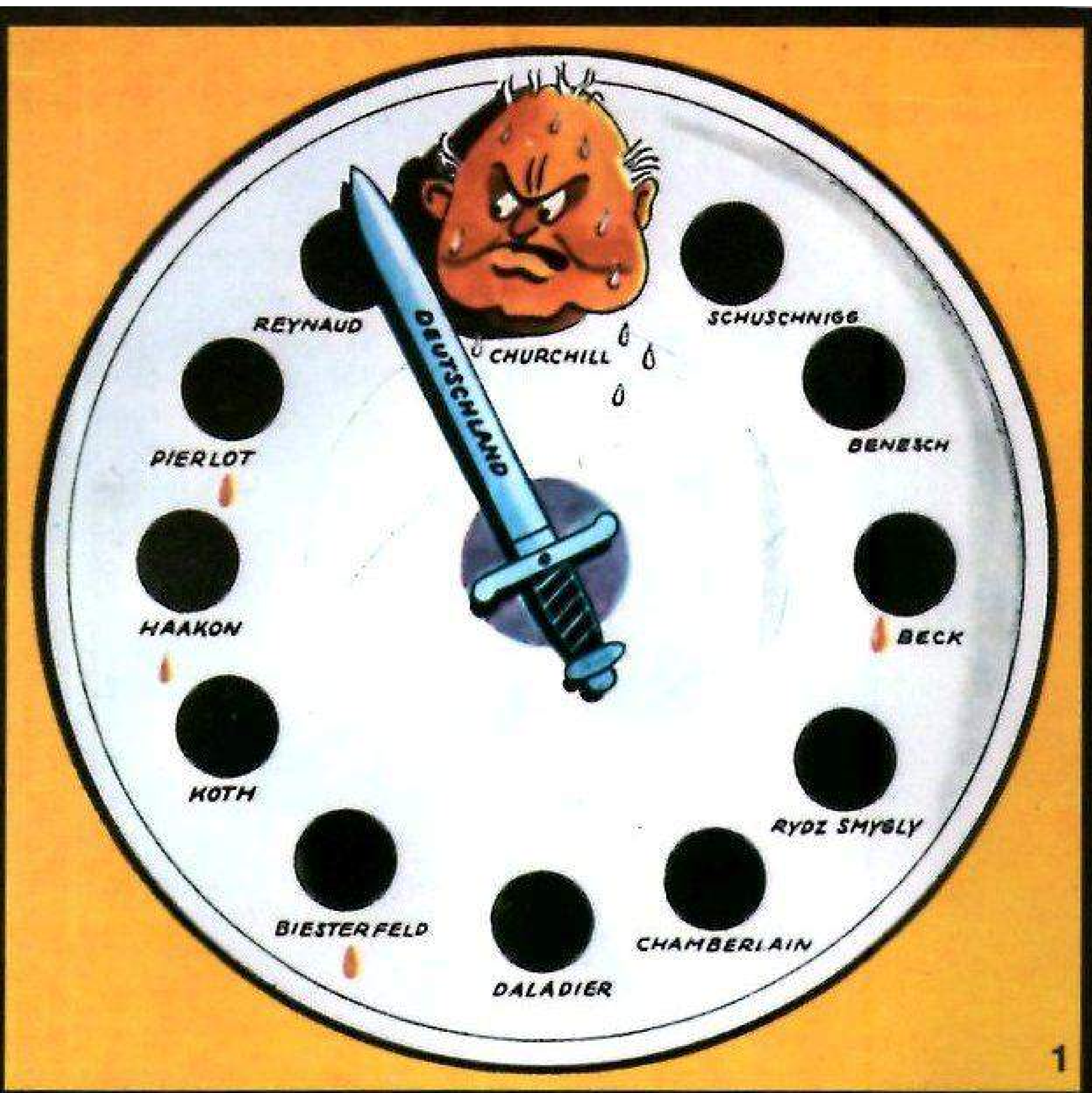
Goebbels utilizaba aquí su técnica del contraste de símbolos. Enfrentaba la dinámica revolucionaria de la Alemania de Hitler a la pálida tradición británica de influencia judía. «Tenemos un *Führer* –proclamaba orgulloso en un artículo publicado en febrero de 1940– que hasta ahora ha sabido jugar siempre la carta del triunfo. ¿Por qué va a poner ahora la falsa sobre la mesa? Inglaterra tiene un jefe de Gobierno que hasta ahora sólo ha conocido la derrota. ¿Por qué va a acertar precisamente ahora?»

Debemos felicitarnos de la existencia de Churchill

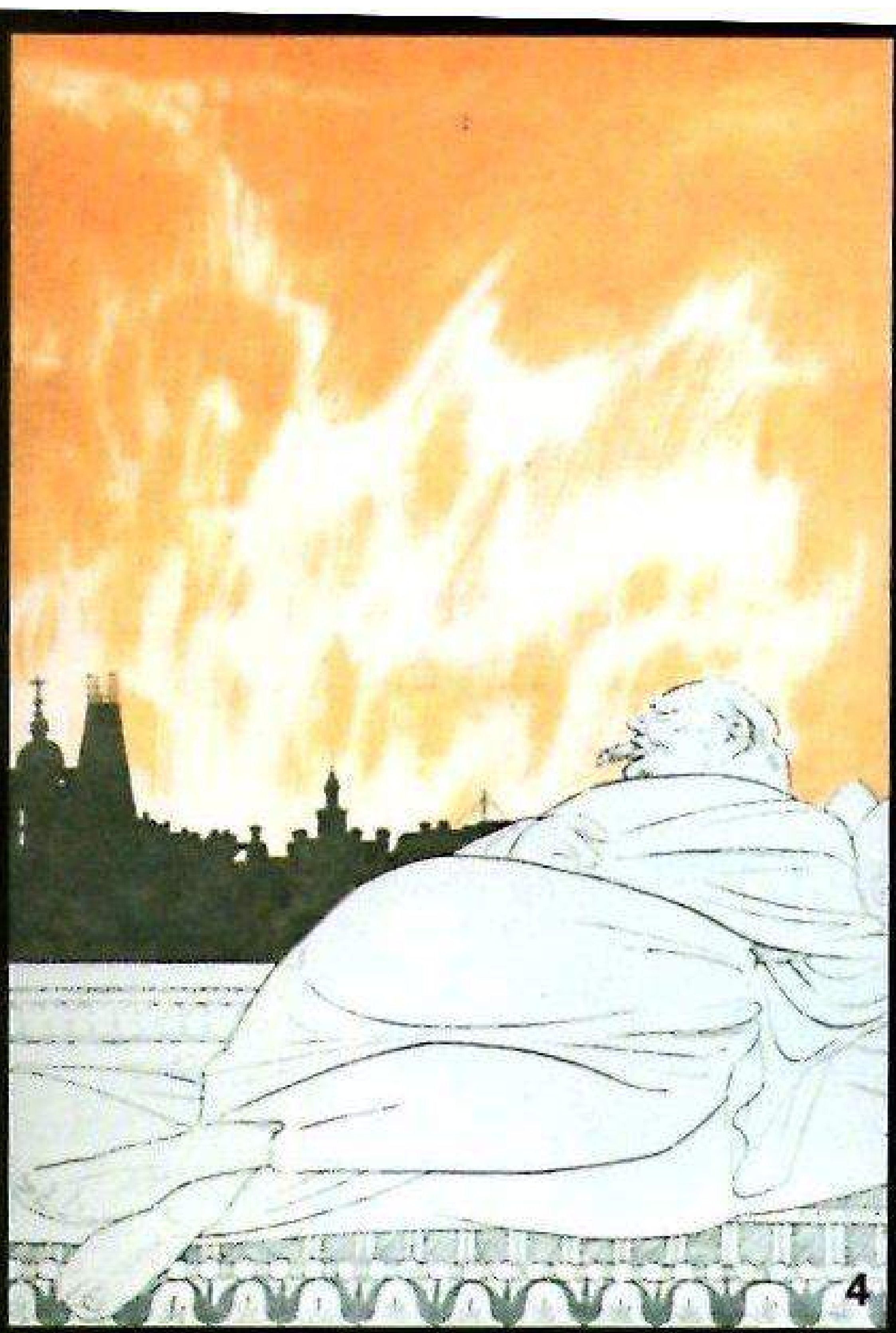
Sin duda alguna, los continuos ataques de Goebbels contra Churchill –sepulturero del Imperio británico– pretendían ser también una especie de compensación para la opinión pública alemana, decepcionada al no producirse la derrota de Inglaterra, ni la victoria de la *Luftwaffe,* tal y como se le había prometido durante el verano de 1940. En una instrucción del ministro de Propaganda del 7 de febrero de 1941, se decía: «El pueblo ha sentido una decepción como consecuencia de lo mucho que se habló el pasado año de la victoria. Esto no puede volver a suceder».

Cuando un año después el Imperio británico sufrió un duro golpe de resultas de la acción japonesa en el Lejano Oriente y, sobre todo, por los inesperados sucesos de Singapur, Goebbels escribía gozoso en su artículo «Los trucos de Churchill»: «Un primer ministro que pone su imperio en tal peligro es una verdadera joya para sus enemigos. Debemos felicitarnos de que exista Churchill». Pero como la contienda proseguía e Inglaterra no daba la menor señal de buscar la capitulación, Goebbels dejaba constancia en ese mismo artículo de que Churchill era «un estratega extraordinario», y entre los no muy inteligentes políticos ingleses, un verdadero «mirlo blanco».

Como ya no cabía seguir hablando de victorias relámpago, el ministro de Propaganda comparaba la guerra con un largo combate de boxeo que no se

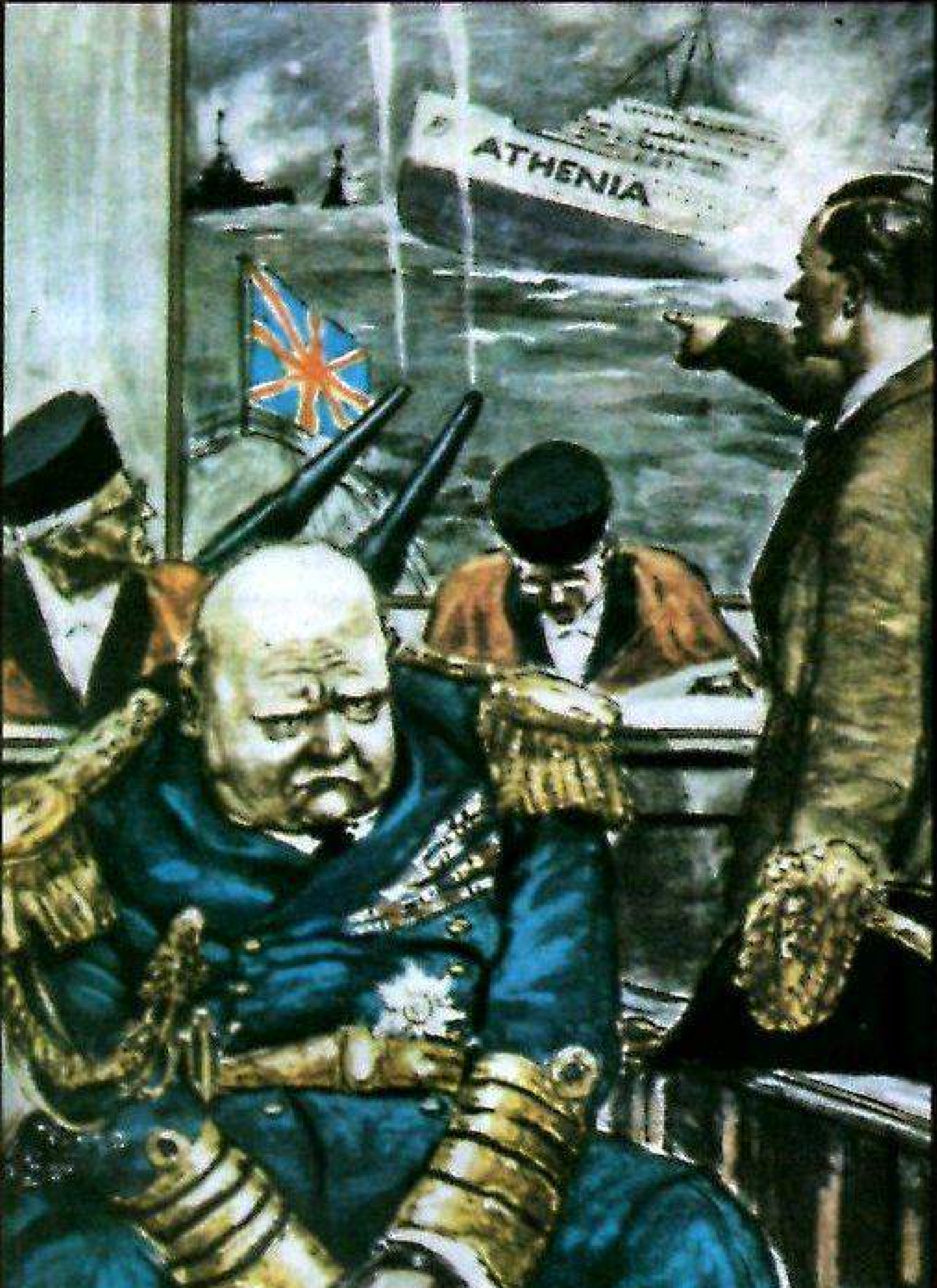


1

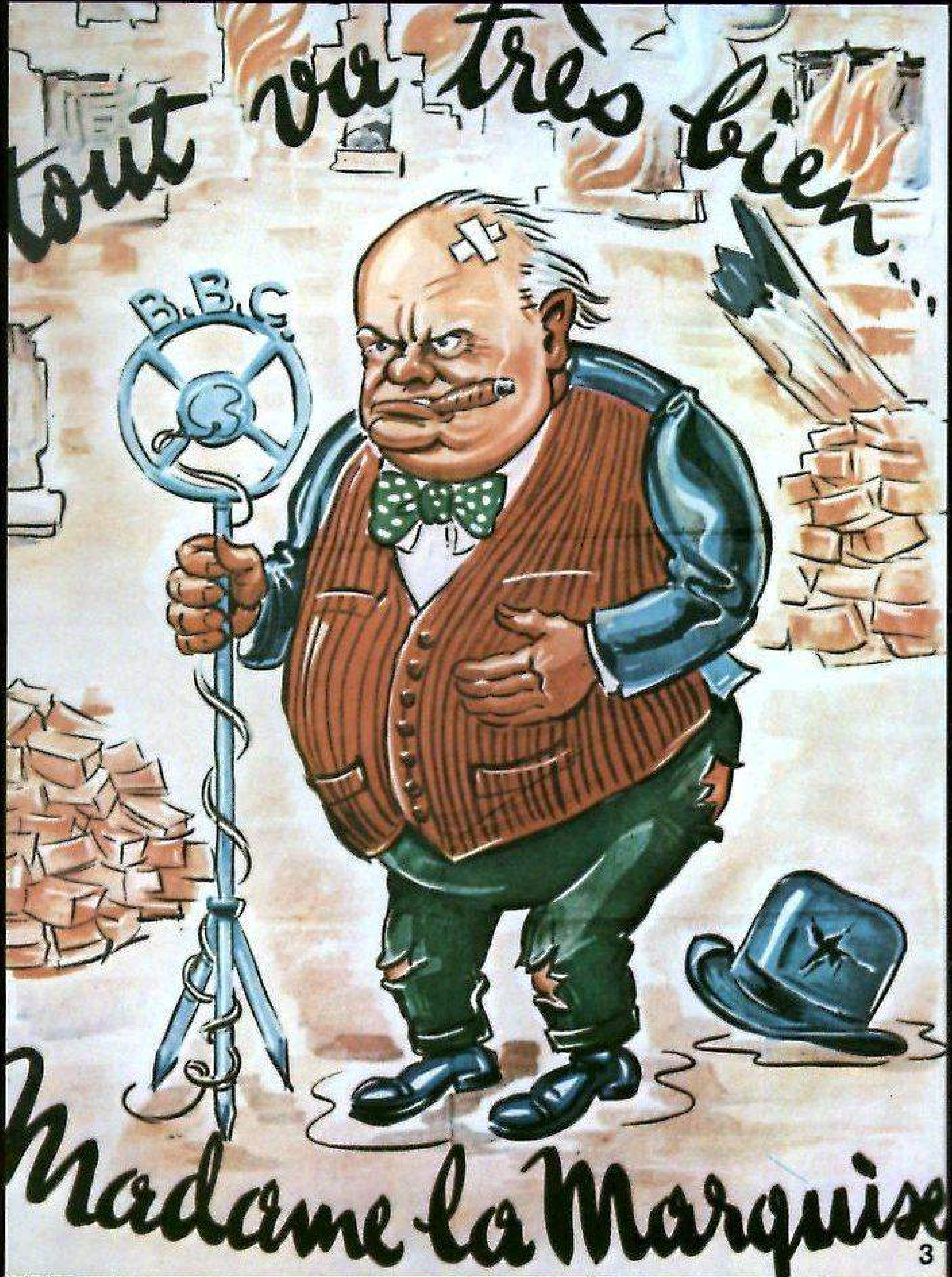


4

Foto 4:
«El culpable», se titulaba esta caricatura del «Simplicissimus». En ella se representa a Churchill contemplando el incendio de Londres como un nuevo Nerón, y se pone en sus labios las palabras del emperador tristemente célebre: «Qué gran rufián morirá conmigo».



2



3

Foto 1:
La afilada manecilla del reloj germano ha cercenado ya las cabezas de once enemigos. La hora está a punto de sonar para Churchill, según afirmaba esta caricatura de «Lustigen Blätter».

puede ganar por K.O. en el primer asalto, sino sumando puntos a lo largo de la pelea. La técnica consiste en debilitar al contrincante mediante la aplicación cuidadosa de golpes repetidos y estudiados. El instante definitivo será aquel en que caiga sobre la lona como alcanzado por el rayo para no volver a levantarse. La nueva consigna era: «No sabemos cuándo caerá, pero sabemos que terminará cayendo».
Mientras que en la prensa y en la radio Goebbels continuaba calificando sistemáticamente a Churchill de borracho y traidor a su patria, delante de sus colaboradores íntimos se expresaba de manera muy distinta. Así, ante el estupor de éstos, aseguró que Churchill merecía todos los respetos por lo que había conseguido realizar tras la catástrofe de Dunkerque en junio de 1940. Más tarde estableció una comparación entre Churchill y Ribbentrop, nada favorable para el ministro alemán de Asuntos Exteriores, del que Goebbels no tenía una gran opinión y de cuyo cese era partidario.
En octubre de 1944, Churchill viajó desde Canadá a Moscú, vía Londres. El viaje fue comentado irónicamente por la prensa alemana a instancias de Ribbentrop y de su amigo el director general Otto Dietrich, lo que motivó durante la conferencia de prensa cotidiana del ministro de Propaganda, una fuerte discusión entre éste y el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores. «Seremos el hazmerreír del mundo –afirmó el ministro– si seguimos ridiculizando este viaje del jefe del Gobierno británico como consecuencia de una orden de Stalin. Me temo que tanto yo como la opinión pública sostenemos una opinión muy diferente de la del Ministerio de Asuntos Exteriores. Por mi parte, siento un gran respeto hacia ese septuagenario que viaja sin descanso de Londres a Quebec, de Quebec a Londres, de Londres a Moscú en busca de una coalición de la que posiblemente depende la suerte de esta guerra». Sin duda, Churchill había causado una gran impresión en el fuero interno de Goebbels, por encima de los temores que le infundía. En eso, el ministro de Propaganda se diferenciaba de Hitler, quien nunca quiso reconocer, ni aun en privado, las dotes de Churchill. El *Führer* comparaba a Churchill con Lloyd George, el dirigente británico de la primera Guerra Mundial, al que había conocido personalmente, y deducía que el actual jefe de Gobierno no daba en absoluto la talla. Durante una sobremesa, en mayo de 1942, Hitler declaró que, en definitiva, Churchill no era otra cosa que un «boca cuadrada... sin escrúpulos, que no se dejaba apear de sus opiniones por nada del mundo. Ni siquiera podía ser considerado un caballero».

Preocupaciones para el Gobierno

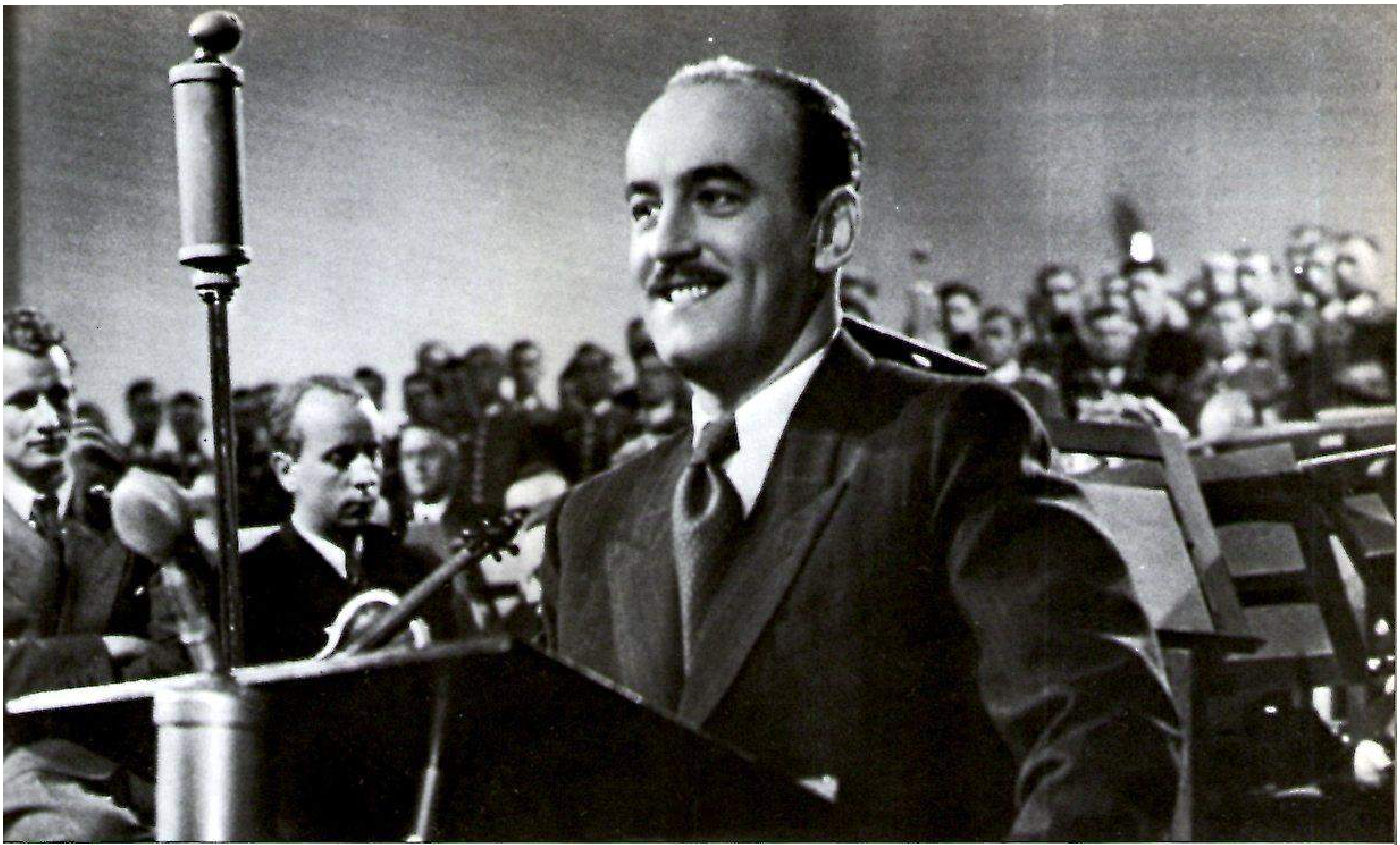
Muy de otra forma pensaba Goebbels. Delante de sus colaboradores solía afirmar que «la grandeza histórica de Churchill –a pesar de lo que se dijera contra él– estribaba en no haberse dejado amedrentar durante la guerra relámpago contra Londres (1940) y en haber sacado a su pueblo del delicado momento en que se encontraba». Y eso lo decía en agosto de 1943, cuando los bombardeos de ciudades alemanas por parte de los ingleses proporcionaban al Gobierno serios quebraderos de cabeza. Por ello no puede sorprender que, precisamente durante esos tiempos difíciles, uno de los más íntimos colaboradores de Goebbels comparara a su jefe con Churchill. Según él, «el comportamiento de Berlín y sus habitantes, bajo el mando de Goebbels había causado general admiración durante los últimos meses». Y así como en las horas más duras para Inglaterra, Churchill había sabido responsabilizarse de la situación haciéndose con ello acreedor de la confianza popular de la que disfrutaba aún, de igual modo «Goebbels se había ganado la confianza del pueblo responsabilizándose de las consecuencias de los bombardeos, y desviando la atención acerca de los verdaderos culpables». Esto último suponía una clara alusión a los fracasos de Hermann Göring. Pese a todo, y para el Gobierno del Reich, Churchill continuaba siendo el enemigo peligroso que se negaba a firmar una paz por separado.
En marzo de 1944 tras una de sus visitas al Berghof, que se habían ido espaciando, Goebbels observaba: «La caída de Churchill parece ser la única salida válida que ve el *Führer* a nuestra situación». Sin duda, y pese a su ambicioso carácter, el ministro no debió sentirse muy feliz al conocer la nueva misión que le encomendaba Hitler: debía «levantar un muro entre Churchill y su partido, entre Churchill y el pueblo británico, entre Churchill y sus compañeros de gabinete». Pero el proyecto no tardó en revelarse inútil y condenado al fracaso.
En lugar de eso, durante la última fase de la guerra el ministro de Propaganda fue cayendo en visiones y utopías cada vez más quiméricas. «Si al menos...», era toda su actitud. Así, Goebbels confiaba a los suyos en privado que si Churchill tuviera dentro de Inglaterra un contrincante de talla, estaría liquidado en pocas semanas. «Si yo mismo, en vez de sentarme en el Ministerio de Propaganda alemán –aseguraba en marzo de 1944– tuviera un escaño en la Cámara de los Comunes, garantizo que a estas alturas o se habría visto obligado a dimitir o estaría a un paso de hacerlo». El propio Goebbels admitía que la empresa no sería fácil, puesto que Churchill «no es árbol que se pueda abatir en un día. Sería preciso repetir el golpe una y otra vez en el mismo sitio... Pero ya me conocen ustedes. Pueden suponer con qué energía me dedicaría a la obra».
Piruetas mentales, fantasías políticas, era lo único que podía permitirse Goebbels tras la invasión de los Aliados occidentales en junio de 1944. «¡Si al menos en vez de Churchill estuviera Stalin en Downing Street 10!» –decía Goebbels a uno de sus hombres de confianza–. Stalin «era un hombre de otra categoría: frío, inteligente, insobornable, libre de emociones personales, con los ojos fijos en la meta que se había propuesto». Si se hallara Stalin al frente de Inglaterra habría llegado ya a un acuerdo entre «su» Inglaterra y la Alemania de Hitler. Se habría dado cuenta de que el Imperio británico sólo podía salvarse mediante el entendimiento con el Reich. Y habría actuado en consecuencia. Pero Stalin no se encontraba en Londres y, al fin, resultaría imposible una paz por separado con él, con Churchill o con Roosevelt. Y el hecho de que al final de la guerra el Imperio británico se emancipara tendría sus orígenes en condicionamientos de la política mundial y, en ningún caso, se debería a la campaña que durante años Goebbels había mantenido contra Churchill. □

Foto 2:
Derrotado, Churchill se sienta en el banquillo ante el tribunal del «Athenia». «Él ha sido quien ha echado a pique al trasatlántico», pone en boca del fiscal el caricaturista alemán. En realidad se trataba de una insidia propagandística: el «Athenia» fue torpedeado por un submarino alemán el 3 de septiembre de 1939. Se hundió llevando entre sus pasajeros a 28 americanos.

Foto 3:
Cartel de propaganda en la Bélgica ocupada: asediado por la explosión de las bombas que caen a su alrededor, Churchill se acerca al micrófono y canta el conocido estribillo: «¡Sin novedad, señora baronesa!».



„Wunschkonzert"



Récord de taquilla

"DAS WUNSCH-KONZERT"

23 millones de espectadores en cuatro años era el orgulloso balance que ofrecía el filme de la UFA «Das Wunschkonzert», de Eduard von Borsody. Protagonizó la desenfadada cinta Ilse Werner: rubia, decidida y llena de buenos sentimientos, como correspondía a la imagen de la «perfecta camarada».

Ilse Werner y Carl Raddatz fueron las figuras principales de este filme de propaganda nacional socialista (izquierda). Heinz Goedecke, autor y locutor del programa radiofónico «Wunschkonzert» interpretó en ella su propio papel (arriba).

Sucedió a finales de abril de 1945 en el Berlín destruido. A pocos pasos de su casa de Grunewald, Ilse Werner se encontró con un soldado ruso de vigilancia que le pidió el pase correspondiente. La actriz le mostró su retrato y repitió varias veces las palabras que abrían todas las puertas: «Soy artista. ¡Yo estrella!» El soldado, después de mirarla un momento, la apartó a un lado mientras decía muy convencido: «Tú no artista. Tú todavía biberón». Le pareció, sin duda, con su deportivo traje azul de entrenamiento y su pañuelo atado a la cabeza, demasiado delgada y en un estado lastimoso para ser una estrella. De las grandes figuras del cine él esperaba una actitud más imponente.

Los soldados alemanes, sin embargo, habían hecho su ídolo de esa misma Ilse Werner. Muchos *bunkers* llevaban su nombre y su foto no faltaba en las mochilas. Entre la correspondencia de la estrella abundaban las cartas del frente. Lo que supuso la raya al medio de Henry Ponte en la primera Guerra Mundial representó Ilse Werner en la guerra de Hitler. La belleza accesible, la muchacha de la vecindad, la chica de la que se podía suponer que le esperaría a uno, siempre fiel, y que a buen seguro disponía de los medios milagrosos contra todos los males del corazón. Ninguna intérprete más idónea para la novia del soldado de «Wunschkonzert» que Ilse Werner. La película se rodó en

Berlín a principios de 1940 y se estrenó el 30 de diciembre de 1940 en el Ufa-Palast am Zoo. Mereció la calificación de «meritoria desde el punto de vista político y artístico y recomendable a la juventud». Superó, además, todas las marcas establecidas en el cine hasta entonces: 23 millones de espectadores. El título y un episodio del filme fueron tomados de uno de los programas radiofónicos más populares del III Reich. Todos los domingos, de tres a cinco de la tarde, se establecía entre las tropas combatientes y la retaguardia el puente invisible del «Wunschkonzert». Autor, director y locutor de la emisión era Heinz Goedecke; un tipo con bigote a lo Menjou, voz acariciadora y retrato de Hitler en el despacho. Durante el programa complacía peticiones musicales, dedicaba discos, leía mensajes para los soldados y hasta dejaba oír los primeros sollozos del recién nacido al padre que se encontraba en el frente. Lo que para Goebbels, como particular, no pasaba de ser «dulzona palabrería para uso del buen pueblo», suponía para el ministro de Propaganda un instrumento de gran valor: el «Wunschkonzert» era como un sabroso bombón que tarda en deshacerse.

Junto a este primer motivo de importancia innegable había en el filme una segunda baza: los Juegos Olímpicos de 1936. Entre ambos espectáculos se desarrollaba una historia de amor: una chica de provincias, Ilse Werner, conoce durante la Olimpiada a un teniente de Aviación, Carl Raddatz, con el consiguiente flechazo. Una misión secreta –la guerra de España– obliga al teniente a desaparecer sin un adiós. Ninguno de los dos tiene la dirección del otro. Al comenzar la guerra, el teniente pide al programa «Wunschkonzert» que repita la melodía de los Juegos Olímpicos. Tras algunas complicaciones –hay por medio un nuevo pretendiente– la aventura conoce un final feliz.

El público, que vivía la era de las ventanas cerradas y rigurosamente cubiertas, recibió con júbilo las escenas de la Olimpiada, llenas de luz y libres de preocupaciones. Por el estadio discurrían las figuras de Ilse Werner y Carl Raddatz. Recuerda hoy la actriz: «Tenía entonces 18 años. Demasiado joven para darme cuenta de lo que se perseguía con aquel filme. La Ufa me había encerrado en una especie de torre de marfil. Nuestro equipo, sin embargo, se desenvolvía en lo político con bastante independencia. Me acuerdo que en una secuencia tenía que correr por las escalinatas del estadio con el brazo en alto gritando: ¡Que viene el *Führer*! Le dije al director, Eduard von Borsody, que como holandesa que era en la película,

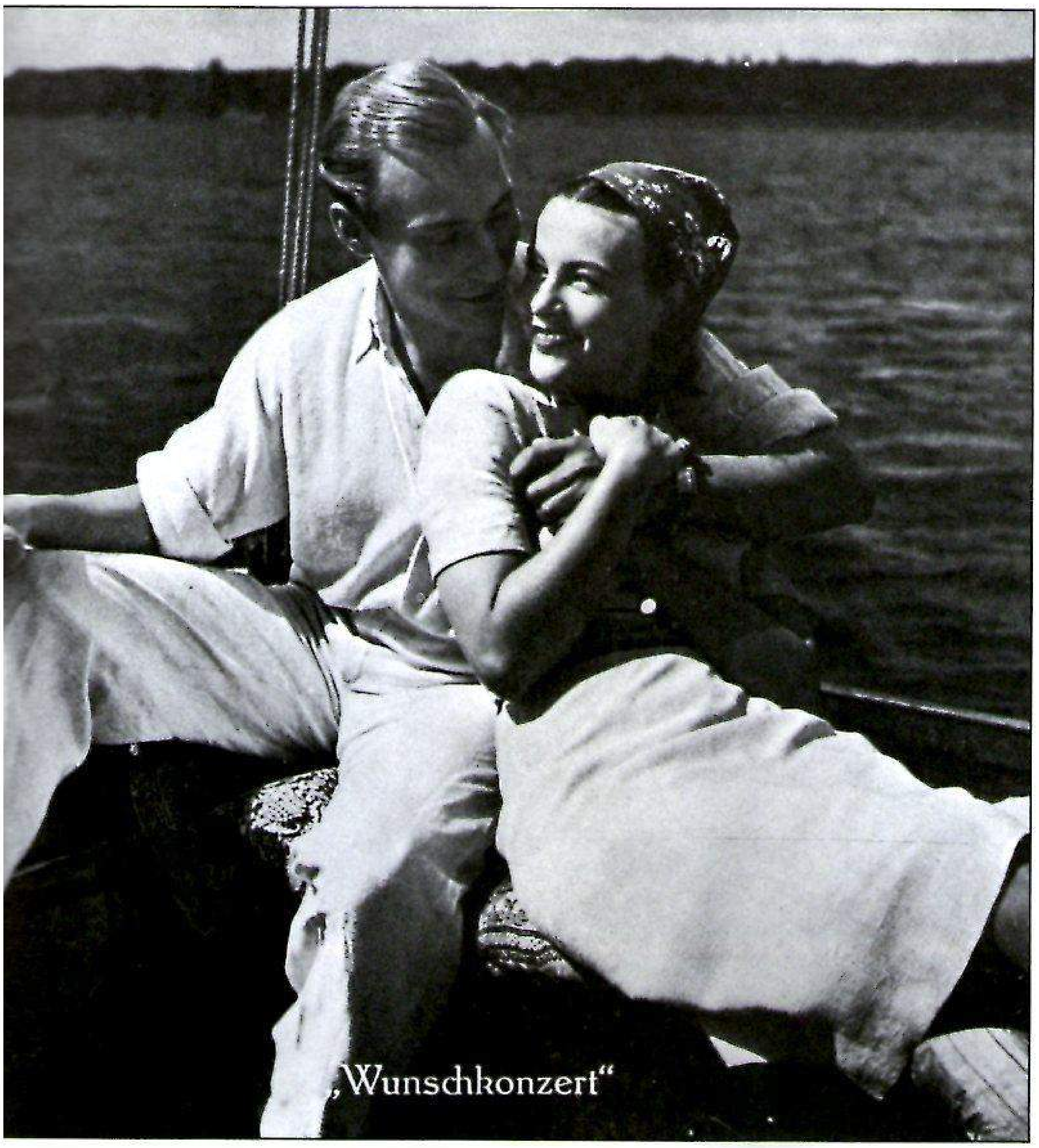


no podía hacer eso. Inmediatamente suprimió la escena y sólo tuve que descender las escaleras corriendo». Ilse Werner recibió por protagonizar la película tan sólo 10.000 marcos, pero no se escatimó nada en el rodaje. En el plató se reconstruyó con exactitud el gran estudio de la emisora, y para las escenas del «Wunschkonzert» se reunió a todos los colaboradores que participaban en él y se repitió cuanto brindaba Goedecke domingo tras domingo, a la sensiblería alemana. Wilhelm Strienz, con sollozos guturales, cantaba en la película «¡Gute Nacht

La mezcla de elementos estuvo bien preparada. A Marika Rökk le correspondió poner la gota de frivolidad con su canción «In einer Nacht im Mai» (arriba).

Para el público resultaba fácil identificarse con el joven oficial –Carl Raddatz– que sabía conjugar amor y deber, y con la simpática muchachita, Ilse Werner, tan sencilla y cercana (arriba, a la derecha).

Paul Hörbiger cantaba con gran entusiasmo la canción del carpintero Valentín (a la derecha).





Mutter!» Hans Brausewetter, Josef Sieber y Heinz Rühmann interpretaban la canción del marino. Willy Fritsch y Paul Hörbiger cumplían con su obligada participación: tributo al nombre. Cuando Marika Rökk, con su blanco vestido de seda, interpretaba «In einer Nacht im Mai», los valerosos soldados que la escuchaban –y que eran auténticos y no actores– tuvieron que luchar para contener las lágrimas. Sin embargo, un oficial allí presente –de creer la noticia publicada por «Filmwelt»– impidió la catástrofe y los soldados permanecieron impasibles como una roca...

También en «Filmwelt» podía leerse en la columna de «reflexiones», que desde 1936 había sustituido a la «crítica»: «El último estreno berlinés de 1940 nos ha dado a conocer una gran película, una película por la que corre el cálido aliento de nuestra época».

Goebbels conocía la droga popular que encerraba el filme. Su punto de vista lo dio a conocer en un discurso pronunciado en los primeros días de la guerra: «La guerra debe constituir una prueba de capacidad para el cine. No vamos a suspender la producción, pero vamos a hacer otras películas. Películas en consonancia con la mentalidad de nuestro pueblo en lucha, películas que le hablen de los felices tiempos futuros que le esperan».

¿Qué podría quitar al pueblo alemán sus temores, hacerle olvidar su aislamiento geográfico, la tristeza de su vida cotidiana? De 1939 a 1940 el número de espectadores cinematográficos pasó de 700 a 1000 millones. En agradecimiento a un poco de fascinación –pasada por la censura– se desarrolló un enorme culto a las estrellas. Se coleccionaban sus fotos, se compraban sus biografías y se copiaban sus vestidos, sus sombreros y hasta sus peinados. Los abalorios, con figuras de elefante, que lucía la gorra marinera de Ilse Werner en «Wunschkonzert» hicieron furor, así como el traje, con su chaquetilla bolero, que pasó a ser uno de los modelos preferidos de la sastrería de la Ufa.

Este mismo conjunto de bolero sirvió más tarde para sacar de apuros a una actriz poco conocida entonces Hildegard Knef, cuyo ropero había desaparecido bajo los bombardeos. Para que pudiera asistir a una proyección privada en casa del temible y temido director de la productora Tobis, Ewald von Demandowsky, la Ufa le prestó el traje. Cuenta la propia Knef en su novela autobiográfica «Das Geschenkte Gaul»: «En la película aparecía Ilse Werner... ella en la pantalla y yo en la sala, ambas con el mismo traje de bolero...» De ese encuentro, con el vestido de Ilse Werner, nació la dramática pasión entre la Knef y Demandowsky, dete-

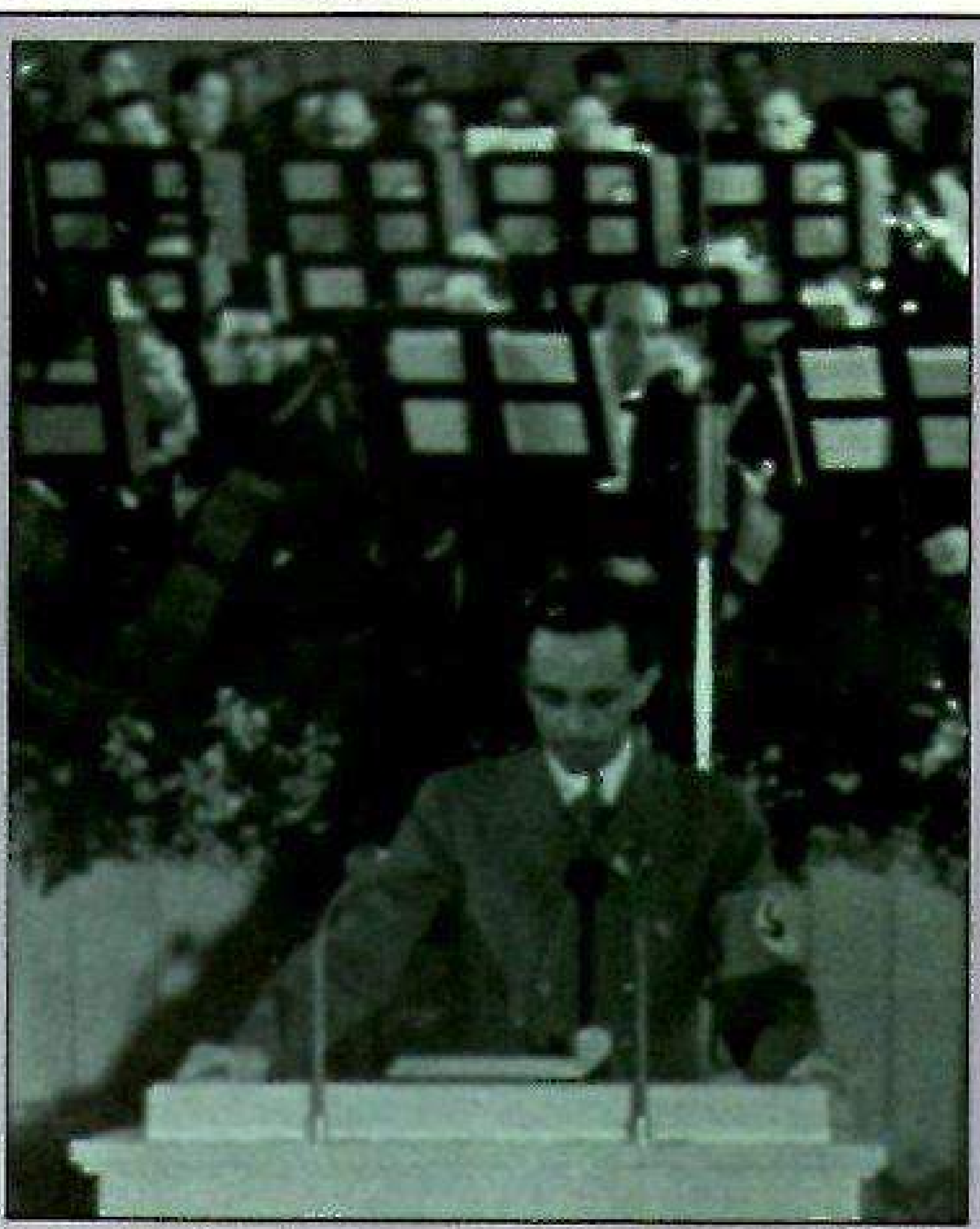
El filme «Wunschkonzert» utilizó todos los recursos emocionales. El humor corría en la película a cargo de los soldados rasos (arriba, a la izquierda).

Con su canción «Gute Nacht Mutter», Wilhelm Strienz trataba de alcanzar el más profundo de los sentimientos alemanes (arriba, a la derecha).

Una escena de la película: Joachim Brennecke –el rival que terminará cediendo el paso caballerosamente–, Ilse Werner y su madre en la película, Hedwig Bleibtreu (abajo, a la derecha).

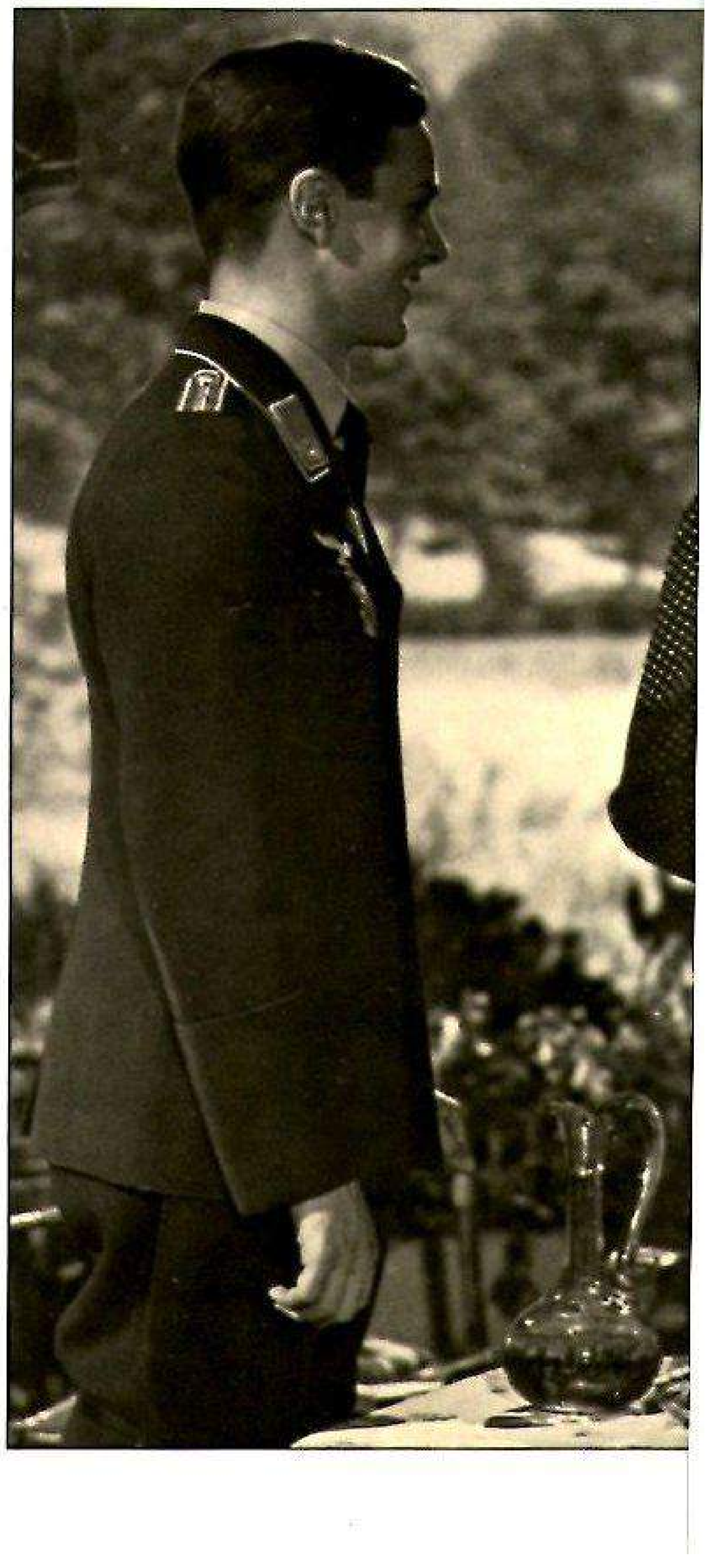


nido por los rusos después de la guerra y del que nunca se volvió a saber. Como todas las películas de contenido político, «Wunschkonzert», producida para la Ufa por Allianz-Film, se filmó por encargo oficial. En su libro «Betrachtungen zum Filmschaffen» (1942), el Dr. Fritz Hippler, jefe de la oficina de educación popular en el Ministerio de Propaganda, escribía sobre este mismo tema: «Los extraordinarios éxitos cinematográficos como 'Ohm Kruger', 'Jud Süss', 'Bismarck', 'Ich Klage an', 'Wunschkonzert' y otros por el estilo, si bien encontraron sus realizadores e intérpretes más idóneos, fueron hasta en sus menores detalles preparados por los departamentos oficiales correspondientes. Fueron detallados encargos del Estado...»
Hippler, que más tarde tuvo que abandonar el mundo cinematográfico y entrar en el servicio ferroviario, cita en su libro un ejemplo, para él valioso, de un proyecto de escena para «Wunschkonzert». Su autor era él mismo. Se trataba de hacer de la protagonista una cantante, y del héroe un corredor de 800 metros. Con estos ingredientes se creaba una secuencia, en plena guerra, que no tenía desperdicio: para salvar a un camarada herido que se encuentra bajo el fuego de las ametralladoras francesas, el corredor olímpico se quita el uniforme y se viste con un equipo deportivo. Se ha dado cuenta que entre ráfaga y ráfaga de ametralladora hay un intervalo de dos minutos; aprovechando esto sortea el fuego y logra salvar a su camarada que está exactamente a 800 metros de su posición.
Sin embargo, el guión aprobado y autorizado fue el del Dr. Felix Lützkendorf, que además de dramaturgo era periodista deportivo. El autor escribía más tarde: «El éxito estribaba en ese 60 % que la película debía contener de los Juegos Olímpicos. La gente que quería olvidar la guerra sólo pensaba en la paz durante ella. No se inmiscuyeron mucho en mi trabajo. Hubo que cambiar los diálogos en que los soldados del frente añoraban en exceso la reta-



Palabras pronunciadas por el ministro de Propaganda, Dr. Joseph Goebbels, con motivo de llegar el programa «Wunschkonzert» a su emisión n.º 50:

«Con este programa, camarada Heinz Goedecke, ha aportado usted la prueba de que se puede llevar adelante una guerra y cumplir con el deber, sin dejarse abatir, ni perder el buen humor. Así debe seguir siendo no sólo en 'Wunschkonzert' sino en la vida cotidiana de nuestra nación en guerra.»









guardia. También se me prohibió que trabajara en el filme la cantante de las obras de Brecht, Kathe Kühl.
Cuando se empezó a rodar «Das Wunschkonzert» la guerra no había llegado a Alemania, ninguna casa alemana había sido destruida por los bombardeos.

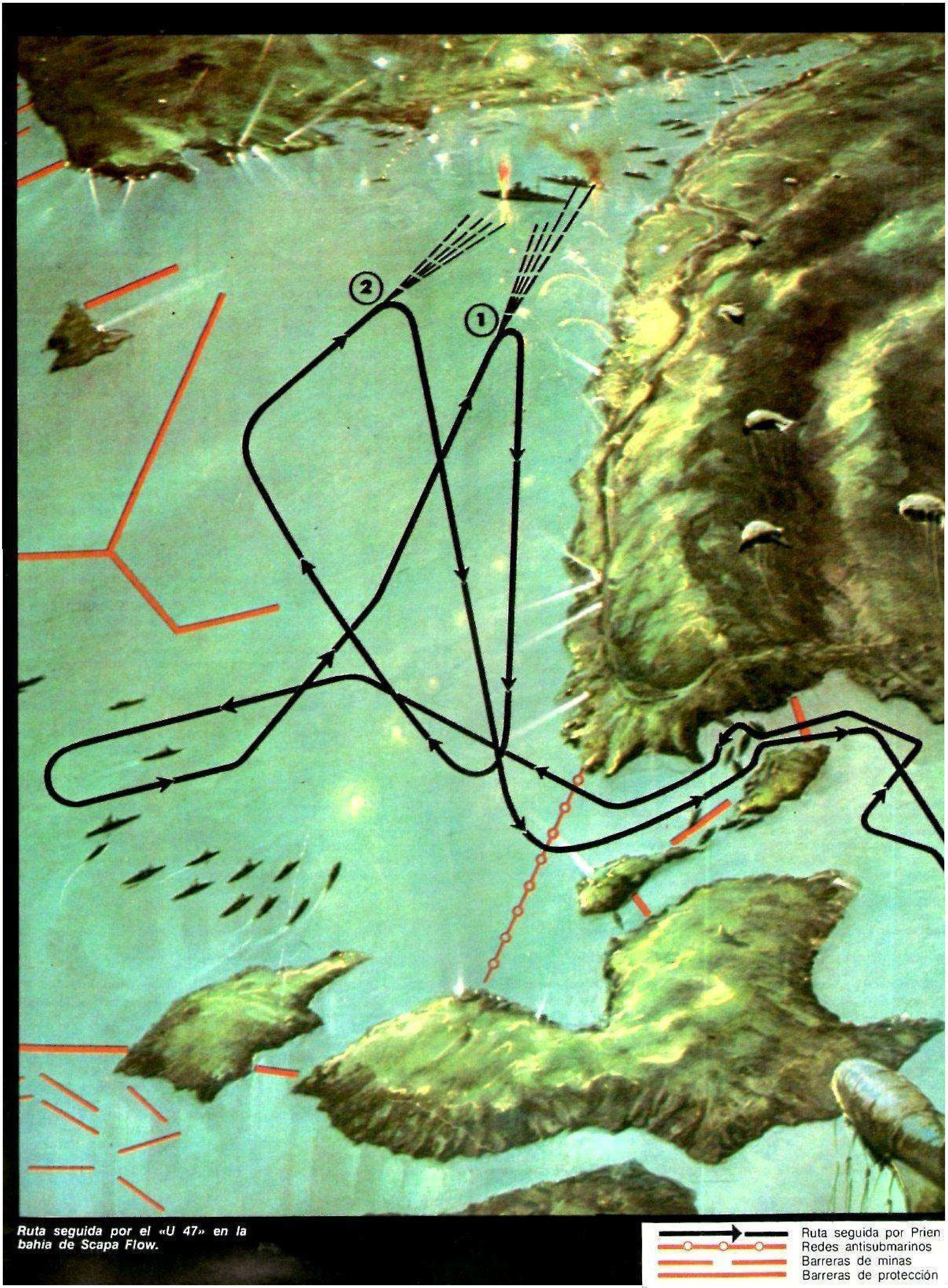
«Ver aparecer a nuestro compositor, Werner Bockmann, en los estudios vistiendo uniforme militar nos impresionó profundamente», recuerda Ilse Werner. A los artistas se les había requisado los automóviles y llegaban a los estudios en autobús o en el metro, algunos incluso en bicicleta. No obstante, pese al estricto racionamiento ninguno de ellos pasaba hambre. Sus restaurantes favoritos continuaban bien abastecidos y los camareros se olvidaban regularmente de pedir los cupones (sólo cuando el Dr. Goebbels invitaba ponían buen cuidado en cortar los cupones de racionamiento de las cartillas de los invitados).

Ilse Werner comía por lo general lo que le traía de casa su ama de llaves, pero Wolf Albach Retty, el padre de Romy Schneider, y sus colegas vieneses se comían sus buenos «gulasch» en el restaurante «Csarda» de la Kurfürstendamm. A Hans Albert no le faltaban sus ostras en el Kempinski y normalmente los restaurantes en los que eran clientes asiduos los actores no carecían de nada. El mejor de todos se encontraba situado en el Tiergarten: era el «Kddk» (Kameradschaft der deutsche Künstler), centro cuasi oficial para artistas en el que sólo se podía hablar de política en voz baja. A menudo aparecía por allí Goebbels con sus colaboradores. Del antepecho colgaba una bandera con la cruz gamada que los clientes debían saludar. Pese a todas estas abundancias, cuando la revista cinematográfica «Filmwelt» ofrecía a sus lectores una receta de cocina se atenía a la dura verdad del racionamiento.
No era extraño que se movilizara a los artistas con los más diversos fines político-caritativos. Así, en invierno colaboraban muchos de ellos con sus huchas en las campañas de «Auxilio de guerra». Las artistas exhibían paquetes con pastas hechas por ellas mismas, destinados a los soldados del frente, y que debían servir de ejemplo al buen pueblo. Otras recorrían los puestos de combate: «Artistas berlinesas visitan a nuestros soldados en el frente africano», escribía un corresponsal lleno de entusiasmo a su periódico.
Tras la catástrofe alemana, los dos protagonistas de «Wunschkonzert», Ilse Werner y Carl Raddatz, continuaron su carrera artística. De los dos héroes de la emisión dedicada a los soldados, uno ha muerto y el otro se encuentra actualmente retirado.
Heinz Goedecke, siempre buen colega, fue calificado en los procesos de desnazificación como «compañero de viaje». En calidad de presentador de desfiles de moda, entre otras cosas, anduvo de una a otra ciudad alemana hasta su muerte, de un infarto, en 1959. Tenía 57 años. Wilhelm Strienz, que cuenta actualmente 75 años, vive en Francfort, siempre gran señor, de sus rentas. La estrella de este famoso cantante de la voz profunda y adormecedora, hace tiempo que declinó. Un disco de larga duración con melodías del «Wunschkonzert der Wehrmacht», producido en América para ser vendido en Alemania, y que contenía reminiscencias de Goedecke y Strienz fue prohibido en 1964. Sin embargo, como título de programa «Wunschkonzert» continúa vigente: lo utiliza la Emisora del Berlín libre («Sender Freies Berlin») para sus discos dedicados entre el Este y el Oeste; se llamó también así una película de poca fortuna rodada en 1955, y figura actualmente entre los programas de la televisión alemana, con la abundante participación de artistas de otros tiempos...

HUMOR EN EL TERCER REICH



–Se ha extraviado usted, mister Churchill; éste es un callejón sin salida. (Caricatura del «Simplicissimus» aludiendo a los bombardeos de Inglaterra.)



Ruta seguida por el «U 47» en la bahía de Scapa Flow.

En mayo de 1941 se decía en un informe de la «Wehrmacht»: «El capitán de corbeta Prien y el submarino 'U 47', no han regresado de una expedición contra el enemigo». La brillante carrera de un comandante de submarinos alemán había llegado a su final, una carrera que tuvo su comienzo en otoño de 1939 con el legendario episodio de Scapa Flow.



EL HEROE DE SCAPA FLOW

FRITZ LANGOUR

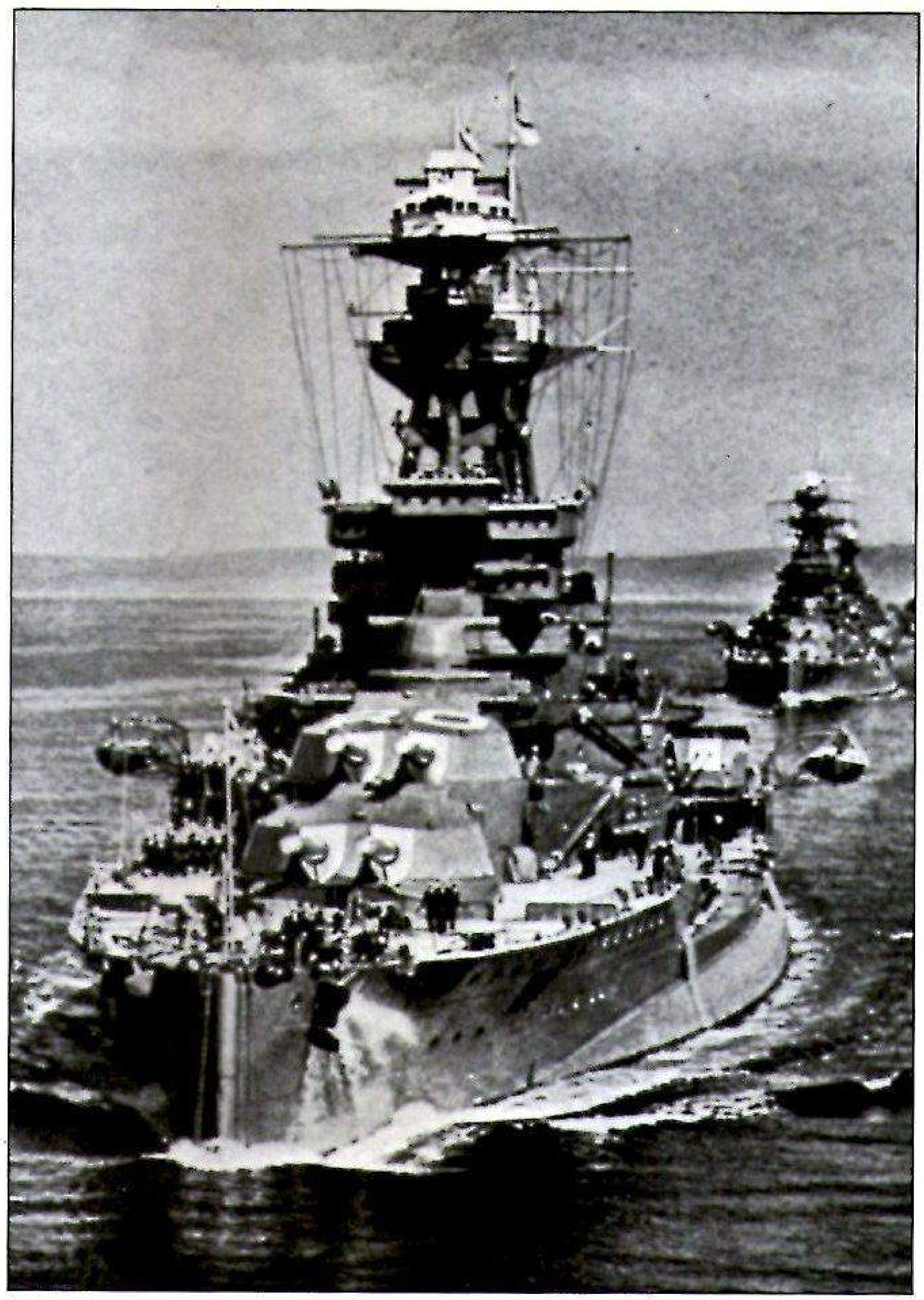
La temeraria acción del teniente de navío Prien (en la foto pequeña) convirtió en un arma temible el pequeño arsenal de submarinos con que contaba Alemania en ese momento.

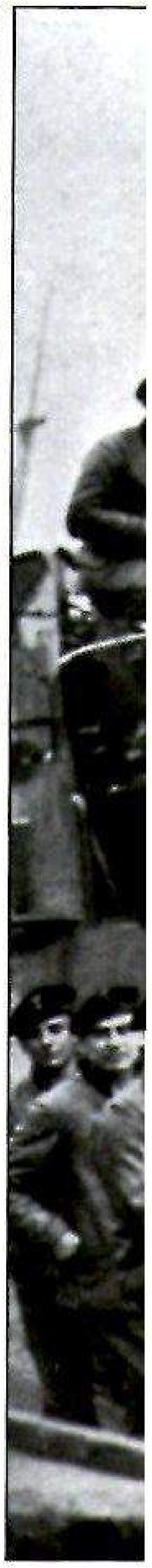


Cuando el 3 de septiembre de 1939 Gran Bretaña declaró la guerra al Reich alemán, hacia ya largo tiempo que unidades pesadas de la Marina de guerra germana, y una gran parte de los submarinos, operaban en el Atlántico, convertido en base preferente de actuaciones. Entre los comandantes de submarinos que, ese día, mantenían por doquier una actitud expectante se encontraba también un joven teniente de navío llamado Günther Prien. Un año antes, en el otoño de 1938, había recibido por primera vez el mando: el submarino *U 47,* con una dotación de 38 hombres. Para sus jefes, Günther Prien tenía todo el prestigio de un soldado modelo, aunque para la opinión pública fuese todavía desconocido.

La guerra submarina comenzaba formalmente con la entrada de Inglaterra en la conflagración mundial. Un 80 % de los submarinos alemanes se encontraba dispuesto para ello desde el primer día de la contienda, pero los enfrentamientos aún se mantenían en el plano de un conflicto secreto. A finales de la segunda semana de guerra, un informe de la *Wehrmacht* anunciaba un primer éxito espectacular: el *U 29,* mandado por el teniente de navío Otto Schuhart, habían hundido el portaaviones inglés *Courageous* lanzándole dos torpedos. De pronto todo el mundo empezó a hablar de los submarinos. Al tiempo, el jefe de la flota submarina (F.d.U.), Karl Dönitz, trabajaba en un plan que, poco más tarde, convertiría el interés creciente por los submarinos en verdadero entusiasmo y que transformaría a Günther Prien en el primer héroe de la segunda Guerra Mundial. El plan de Dönitz –introducir subrepticiamente un sumergible alemán en el punto clave de la Royal Navy, el puerto natural, gigantesco, de Scapa Flow– era, por dos motivos, lo que entre los soldados se conoce como un «viaje al otro mundo».

El primero de esos motivos, de todos conocido, era éste: la bahía, situada en la isla Mainland, del archipiélago de las Orcadas, proporcionaba a los ingleses un abrigo seguro contra la irrupción del enemigo. Al tiempo disponía de un sistema perfecto de alerta, hasta el punto de que penetrar en la rada era imposible y suicida. Según informaciones de agentes, había una posibilidad aprovechable: las barreras de protección estaban oxidadas en parte, o dañadas, o no se habían reparado desde hacía años. El F.d.U., Karl Dönitz, había llegado al convencimiento de que era posible situar un submarino alemán en Scapa Flow. Sobre este proyecto habló con Prien. Durante un día y una noche, el teniente dio vueltas al plan propuesto por su jefe. Luego, pidió hablar nueva-

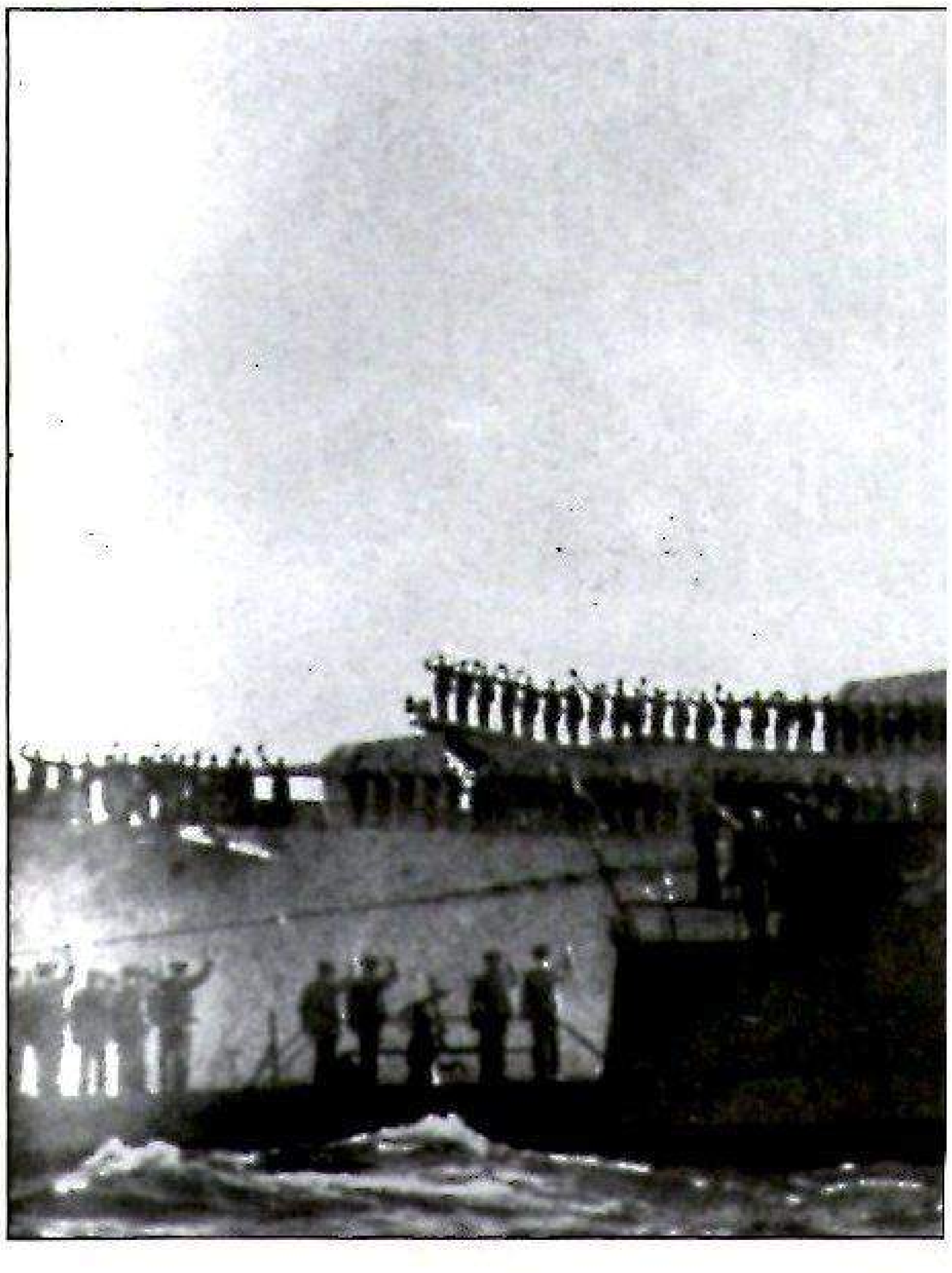




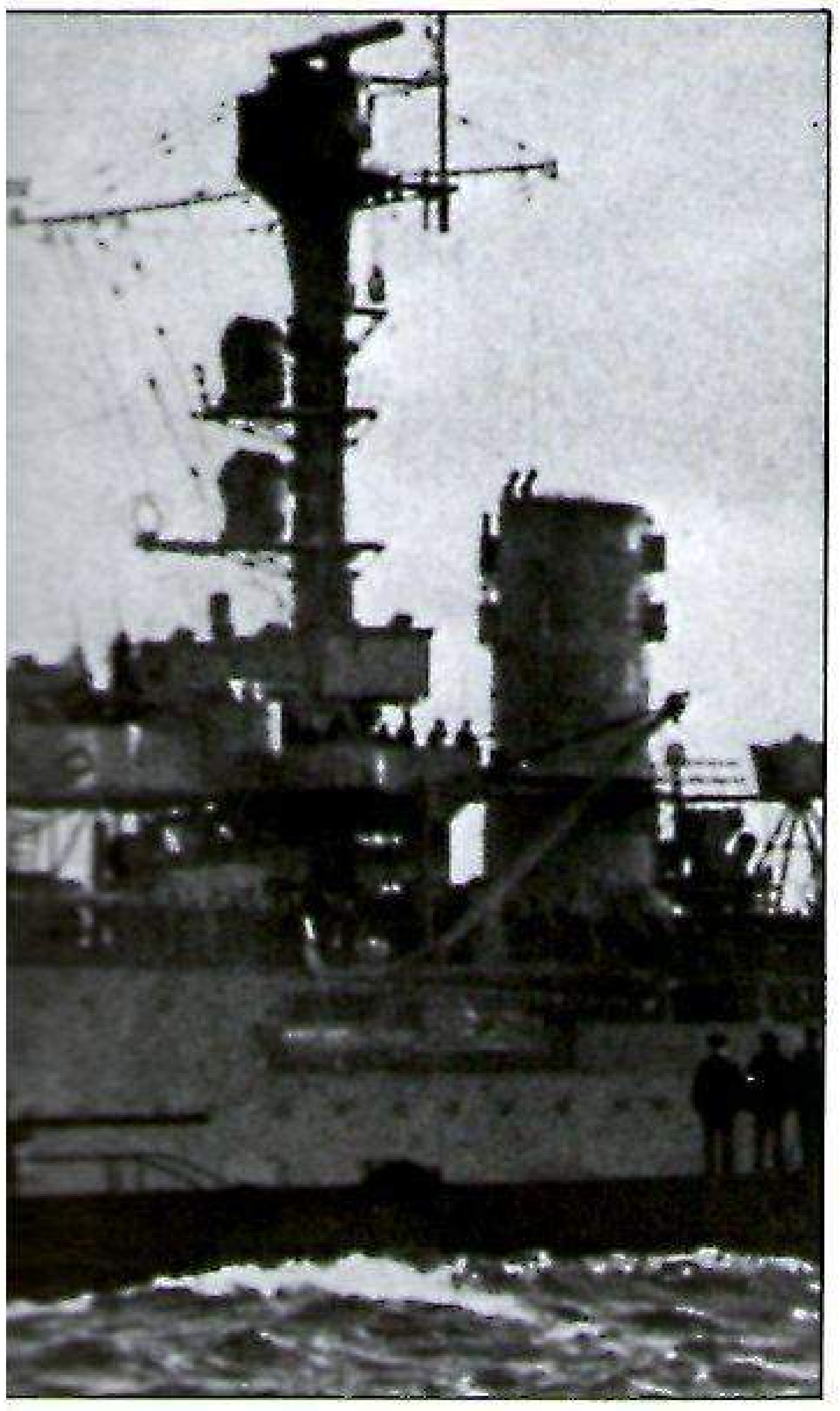
***Arriba:* una de las víctimas de Prien, el buque de batalla «Royal Oak», navío veterano construido el año 1911.**

***Arriba, a la derecha:* la dotación del «U 47», cuyos integrantes aparecen vestidos de cuero. En el centro, el comandante, con capote negro.**

***Derecha:* el «U 47» se cruza en Wilhelmshaven con el crucero «Emden».**







mente con Dönitz y le dijo que estaba dispuesto a intentarlo.
Si se llegó a hablar del segundo peligro, desde luego mayor que el primero, es algo que no ha trascendido. Pero este segundo obstáculo era más que conocido para la mayor parte de los comandantes de submarinos alemanes. Y lo era por propia y amarga experiencia. Cajus Bekker, autor del libro «Verdammte See» («Océano infernal»), dice en el titular de un capítulo: «Los torpedos alemanes no servían para nada». Hay que suponer que también Prien conocía de sobra esta particularidad. Él mismo llamaría después a este arma «fusiles de madera», una expresión que en él parecía ir envuelta en una especie de resignación macabra. A ciertos torpedos les fallaba el mecanismo de dirección; a otros, el percutor de la espoleta, por lo que llegaban al objetivo pero no estallaban; otros aún, dotados de un resorte magnético, hacían explosión mucho antes de llegar al objetivo.

Preparado para lo peor

Prien preparó la misión con plena conciencia de lo que significaba. Aparte de su propia vida, también se ponía en peligro la de otros 38 hombres. Únicamente él conocía el objetivo, el cúmulo inmenso de peligros que les aguardaban, el mínimo de posibilidades de sobrevivir a la acción.
Sólo cuando se encontraba cerca de Scapa Flow, en la noche del 12 al 13 de octubre de 1939, la tripulación tuvo la noticia del punto de destino. Envuelto en las sombras de la noche, el *U 47* consiguió lo que parecía imposible: penetrar en la boca del lobo. Los británicos se sentían tan seguros en su bahía que ni siquiera tenían en servicio lanchas patrulleras. El *U 47* de Prien no tuvo más que navegar lentamente sobre la superficie de las aguas, hacia Scapa Flow. En ese momento eran las 0,58 horas. De lo que sucedió en la media hora siguiente informa el propio Prien en su libro «Mi camino hacia Scapa Flow», que apareció en 1940. Podría pensarse que el comandante conocía perfectamente lo que había ocurrido, pero la realidad es muy otra.
Según cuenta Günther Prien, fueron disparados dos torpedos, de los cuales uno alcanzó el buque de línea *Repulse,* dañándolo seriamente, y el otro destruyó el *Royal Oak.* Lo que no pudo ver Prien fue que el navío dañado no era el *Repulse,* sino el buque de apoyo de aviones *Pegasus,* que se encontraba mucho más lejos y en parte cubierto por el *Royal Oak.* Pero lo que sí conocía con precisión, y falseó después en su relato, era el número de los torpedos lanzados. Desde luego fueron más de dos. En años sucesivos, cuando ya

Comandante de "U-Boot" en un campo de concentración

Rumores de la posguerra sobre Günther Prien

«Gotha, 28 de diciembre de 1946. Por la presente declaro de modo expreso que yo mismo vi, en junio de 1941, en el campo de castigo de la 'Werhmacht' en Esterwegen, al teniente de navío Prien con su tripulación. Además me lo encontré de nuevo en abril de 1942 en el campo de concentración de Bergen-Belsen».
Declaraciones juradas como ésta se acumularon, al terminar la guerra, en las redacciones de los diarios. Los titulares del momento eran, más o menos: «Prien vive», o «Prien, muerto en el Vóljov». Según los rumores, el propio Prien debió de recibir en Lübeck su cartilla de racionamiento, o fue detenido en Hamburgo por los ingleses. También se citaron actas de campos de concentración en las que debería figurar el nombre de Prien. Estos documentos, como es natural habían desaparecido, pero siempre se presentaba gente que aseguraba haberlos leído y hasta se comprometía a afirmarlo bajo juramento.
Nada de esto pudo resistir a las pruebas a que se sometió. Cuando se publicaron los diarios de guerra ingleses, terminaron por desvanecerse las supercherías. Los testimonios eran ya irrefutables: Günther Prien y la tripulación del «U 47» habían encontrado su fin en el Atlántico Norte, víctimas de las cargas de profundidad de un destructor británico. Lo que resultaba sorprendente es que miles de submarinos alemanes terminasen igual sin que se hubiese suscitado en torno a ellos el mismo cúmulo de leyendas. Había, con todo, un factor a tener en cuenta: Prien era el símbolo del arrojo, el héroe por excelencia. Sobre él se habían escrito innumerables artículos que habían hecho volar la fantasía de millones de lectores. Una vez en marcha, esa fantasía era ya incontrolable; ni siquiera una barrera como el informe de la «Wehrmacht», dos meses después (!), podría detenerla; ni siquiera la nota oficial en la que se certificaba la presumible catástrofe del buque que hacía imposible un regreso a la patria de Prien y de su marinería. Nadie podía admitir que un héroe del mar pudiese desaparecer bajo el agua por efecto de las cargas submarinas lanzadas desde un destructor enemigo. Su destino debería ser muy particular. Si no terminó como vencedor, lo más lógico es que acabase como traidor o como víctima en un campo de concentración. Los redactores del informe de la «Wehrmacht» no debieron de pensarlo muy bien cuando escribieron: «Prien y su valiente dotación permanecerán vivos en el corazón de todos los alemanes».

no obligaba el secreto, afloró la verdad. Entonces se supo que el teniente de navío Prien tenía los nervios de acero. Según parece, se dispararon cuatro torpedos contra el *Royal Oak* en el primer ataque, que tuvo lugar a las 0,58 horas. Pero solamente tres salieron de los tubos lanzatorpedos, mientras el cuarto quedó alojado en él.

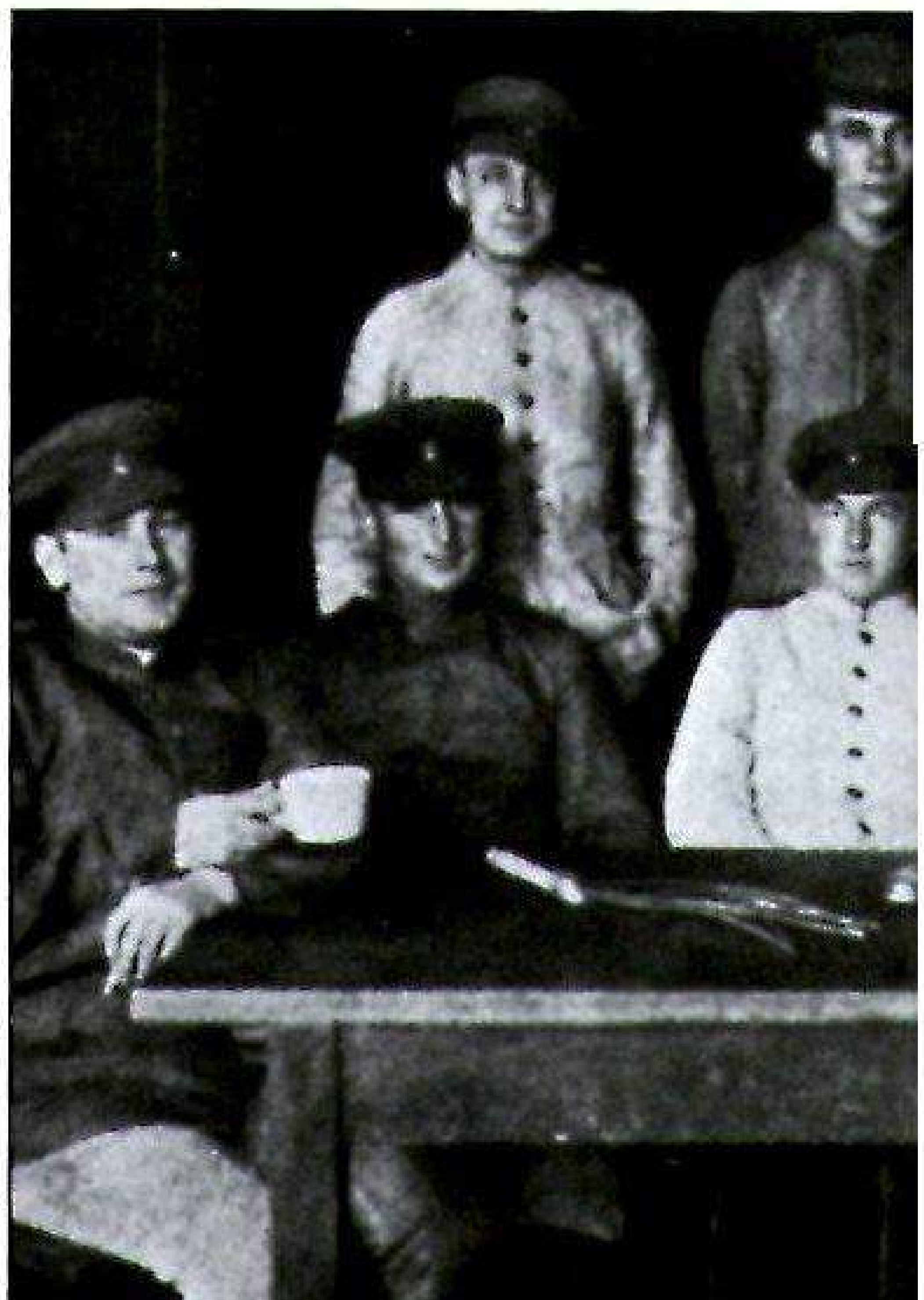
«Éste ya tiene lo suyo»

Por lo menos dos de los tres proyectiles lanzados no alcanzaron el enorme e inmóvil buque de línea, a pesar de haberlos disparado un hombre con experiencia como el oficial Endrass.
En el submarino se percibió una explosión, relativamente atenuada. Los hombres que ya antes habían tratado al teniente de navío Prien excluyen que éste pudiera interpretar aquella detonación como si el torpedo hubiese alcanzado al buque situado detrás del *Royal Oak,* interpretación que tampoco haría suya Endrass. A pesar de todo comentaría el «Ghost-writer» (censor) de Prien al oficial que había hecho el disparo: «Éste ya tiene lo suyo».
El comandante del submarino contaba con una experiencia, sumamente dramática, en materia de «fusiles de madera». Pero decidió insistir. No había aceptado el riesgo de la misión para entrar tan sólo en el puerto de la flota británica. Ordenó que prepararan el torpedo de popa, el submarino viró 180 grados y volvió a disparar. Pero el único torpedo de popa desapareció silenciosamente. No se oyó detonación alguna. La tripulación se sumió en una especie de furor apenas ahogado y una profunda desesperación. Lo habían arriesgado todo, cautiverio, salud y vida, habían conseguido dominar el miedo, la añoranza de sus familias, habían mantenido tensos los nervios hasta desgarrarlos... Y ahora se encontraban con que, de cinco torpedos, cuatro no habían alcanzado el objetivo y otro ni siquiera se había movido del tubo lanzatorpedos. Y todo esto en medio de un puerto militar enemigo del que resultaría aún más difícil salir que entrar.
En esta situación, Prien ordenó todavía que se dispusiesen otros dos torpedos. La maniobra se realizó mientras el submarino emergía envuelto en la pálida luz del norte que iluminaba con claridad crepuscular Scapa Flow. A la 1,22, exactamente media hora después de la primera andanada fallida, los dos torpedos de reserva estaban listos para el disparo. El *U 47* adoptó la posición adecuada para hacer fuego. Segundos después un doble impacto hendía el casco del buque de línea *Royal Oak.* 833 marineros ingleses se hundieron con él.
Por su parte, el *U 47* logró salir a duras penas de Scapa Flow. Al día siguiente Prien y su tripulación, cuando se encontraban de regreso hacia puerto alemán, oyeron una noticia a través de la Emisora de Alemania: «En la bahía de Scapa Flow, el buque de línea inglés *Royal Oak* ha sido torpedeado por un submarino alemán y se ha hundido. Según informaciones inglesas, el submarino atacante también ha encontrado el mismo final».

Prien debe callar

Pocos días después Hitler recibía en Berlín a la tripulación del submarino. Günther Prien se convirtió en el primer oficial de Marina condecorado con la Cruz de Caballero. La segunda Guerra tenía ya su primer héroe naval. Nadie podía barruntar que el héroe había abusado peligrosamente de un arma tan imperfecta como aquellos torpedos, y si alguien cayó en la cuenta prefirió mantener silencio. Hablar de ello era casi tan peligroso como hacerse a la mar con esos torpedos, cuyo funcionamiento dependía en mayor o menor medida, de la casualidad.
Durante el primer mes de la guerra, sólo un par de semanas antes de la aventura de Günther Prien en Scapa Flow, el 12 y 14 de septiembre de 1939, la Marina alemana perdió los submarinos *U 39* y *U 27* al fallar sus torpedos. A finales de 1939, Dönitz reconocería: «Por lo menos un 30 % de los torpedos no sirven para nada». Dönitz, por supuesto, había colocado el porcentaje muy por debajo de la realidad. En abril de 1940, al comienzo de la lucha contra Noruega, ordenó que se concentrasen 31 submarinos ante las costas de ese país, en previsión de un contraataque inglés. Prien también acudió con su *U 47.* En él se depositó una gran esperanza, fundada en su aureola como «toro de Scapa Flow». Disparó sus torpedos a una distancia mínima (750 m), desde la que prácticamente no podría errar el tiro. Pero de ocho disparos, siete resultaron fallidos.
El balance final de todos los efectivos submarinos fue tan deprimente como el conseguido por Prien: de 31 disparos en condiciones óptimas, ni uno solo logró su objetivo. Entretanto, la industria de armamento alemana trabajaba febrilmente para remediar los fallos observados. Con todo, los submarinos conti-





Un día después del regreso de Scapa Flow el comandante Prien y su tripulación volaron hacia Berlín para ser recibidos por Hitler. El comandante de submarinos (a la derecha una foto de su período de instrucción) se convirtió, de la noche a la mañana, en el soldado más popular de Alemania.







Con el "Führer"

La audiencia concedida por Hitler a Prien fue el comienzo de la elevación de este marino a la categoría de héroe nacional. He aquí un relato del propio Prien:

Apenas habíamos tocado tierra firme cuando se me presentó un oficial y me entregó la invitación del «Führer» para que nos trasladásemos a Berlín. Al día siguiente, el comandante y la dotación del «U 47» seríamos sus invitados en la Cancillería del Reich.
Prorrumpimos en gritos de júbilo que se oyeron en todo el puerto.
Luego siguió nuestro vuelo a Berlín en el propio avión del «Führer», la llegada al aeropuerto de Tempelhof, el recorrido entre miles, decenas de miles de alemanes, apiñados en las calles mojadas por la lluvia, en permanente muestra de júbilo, agitando las manos.
Al fin nos encontramos en presencia del «Führer». Se nos introdujo en su despacho, espacioso y con dimensiones de sala. Toda la tripulación estaba allí. Fuera, en la calle, continuaba gritando la multitud. Las voces llegaban muy apagadas al interior de la estancia, porque en ella reinaba el silencio más profundo.
El ayudante se acercó hasta nosotros y nos anunció: «¡El Führer!»
Hitler entró. Yo ya le había visto antes alguna vez. Pero nunca como en aquel momento solemne en el que comprendí cuán intensa es la vida. El sueño de mi juventud se había convertido en realidad...
Me acerqué al «Führer» y me presenté. Él me lo agradeció y me estrechó la mano, al tiempo que me imponía la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro a título honorífico para toda la tripulación.
Orgullo y felicidad... Eso fue lo que sentí en aquel momento. Mentiría si no lo reconociese. El destino me ensalzaba en aquel instante. Y, sin embargo, yo sabía que encontrarme allí se debía a otros muchos que, desde el anonimato y el silencio, mantenían la misma lucha que yo había librado. Tan sólo el éxito nos separaba. Pero, ¿qué es realmente éxito? Más bien se le podría llamar suerte o gracia. Con todo, cuando el triunfo llega hasta los hombres, se reduce a la posesión de un corazón de luchador capaz de olvidarse de sí mismo por amor de lo que merece una actitud de servicio.
El «Führer» recorrió la fila de los marineros de mi submarino, estrechando la mano a cada uno de ellos y dándole las gracias. Yo le seguía e iba mirándoles, hombre por hombre, sintiendo que mi corazón latía por cada uno de ellos.

Günther Prien «Mein Weg nach Scapa Flow», Berlin 1940

El relojero de Scapa Flow

Los rumores no cesaban: Prien habría contado con alguien que le ayudó a penetrar en el puerto militar británico de Scapa Flow. Un reportero aprovechó esos rumores y trazó la leyenda del relojero que también era espía. El historiador Ladislas Farago ha investigado las circunstancias de este episodio.

El viaje de Prien y su entrada en Scapa Flow, sin auxilio naval, sin cartas de navegación recientes, parecía imposible. Por tanto las circunstancias eran propicias para que floreciese la leyenda del espía que guió al submarino hasta su objetivo en las islas Orcadas.
Con el creciente temor a los espías y con el recrudecimiento de la crisis, surgió la imagen del agente fantasma, desde su anonimato, y cobró forma. Curt Riess, periodista y escritor renombrado, publicaría a comienzos de 1942, en las páginas del «Saturday Evening», un artículo detallado sobre este personaje. Según Riess, el espía de Scapa Flow era el capitán Alfred Wehring, antiguo oficial de la Marina de guerra alemana, destacado por el contraespionaje alemán en 1927 para observar Scapa Flow. Este oficial había alterado su nombre, su nacionalidad y su profesión con vistas a ese cometido, y se hacía pasar por el relojero suizo Albert Oertel. Luego se estableció en Kirkwall, en las islas Orcadas, desde donde escribía periódicamente para el contraespionaje alemán informes sobre la Home Fleet *británica. Tras doce años de anonimato, Wehring, alias Oertel, salió a la luz pública en octubre de 1939 y señaló al almirante Dönitz algunos detalles importantes sobre el estado en que se encontraban las defensas de Scapa Flow.*
En correspondencia a estas informaciones, Dönitz envió el «U 47», al mando del teniente de navío Prien, orientado por Wehring, a través del vulnerable Kirk Sund, hacia la base principal. Wehring navegó a bordo del submarino en calidad de práctico.
El 13 de octubre de 1939, a las 23,07 horas, el «U 47» se encontraba a la altura de Rose Ness y penetraba, poco después, en el Holm Sund. Exactamente veinticuatro minutos más tarde se hacía visible el Kirk Sund. En tierra dominaba la oscuridad, mientras que en el cielo alumbraba una luz boreal. De pronto Prien reconoció los faros de un automóvil que se encendían y apagaban de modo intermitente. Era la señal acordada con Wehring. Al punto se destacó una chalupa para recogerle. Pocos minutos después el espía se encontraba a bordo del submarino. A pesar de que el sumergible era zarandeado por la intensa corriente, consiguió al fin enderezar el rumbo, con una violenta maniobra, y seguir el curso adecuado. Eran las doce de la noche y veintisiete minutos. En ese momento el «U 47» se encontraba ya en Scapa Flow. El 14 de octubre, a la 1,16 comenzó el fuego. Doce minutos más tarde, el «U 47» alteraba el curso y, a las 2,15, alcanzaba alta mar y se encontraba a salvo. A la mañana siguiente la tienda de Oertel no abrió sus puertas. Su casa había sido abandonada y su auto se encontró poco después en la carretera trazada al sur del Kirk Sund. Oertel había dejado de existir, y en su lugar había renacido el capitán Wehring que, en aquel preciso momento, se encontraba de regreso a Alemania.
Era una historia fantástica. Únicamente tenía un fallo. Jamás existió un capitán Wehring. El relojero que según el relato había ayudado al teniente de navío Prien, tan sólo era producto de la fantasía. Por mi parte, no he podido encontrar ni un «capitán», ni siquiera un oficial con el nombre de Wehring en los estadillos de la Marina alemana correspondientes a las dos Guerras Mundiales, ni en los servicios de contraespionaje. En los documentos no aparece indicio alguno de «Albert Oertel». En ninguna parte, repasando mis amplias notas, he podido hallar trazas de que el contraespionaje o cualquiera otra organización alemana de información mantuviese un agente durante doce años en Kirkwall, ni en las islas Orcadas. Tampoco mis conversaciones con antiguos miembros de la «Abwehr» que aún viven ha arrojado luz alguna sobre este asunto. Con ocasión de una visita que hice a Kirkwall no encontré ningún rastro del presunto «Albert Oertel», ni se me pudo confirmar que hubiese vivido allí nadie con ese nombre.
Wehring-Oertel y su historia gloriosa no pasaron de ser un puro invento de un periodista europeo que vivía en Nueva York como emigrante. Su renombre de periodista merecía consideración y confianza. Por ello le resultó notoriamente fácil dar salida a su relato sensacional, colocándoselo a agencias americanas de noticias, revistas y colegas de profesión, entre ellos a Riess, sobre todo en aquellos casos en los que apreció un interés por los sucesos de Europa. De este modo Riess tuvo noticias de la historia, dio vida a Wehring-Oertel y, al fin, apareció su curiosa hazaña en las páginas del «Saturday Evening Post».

(Tomado de «Das Spiel der Füchse-Deutsche Spionage in England und den USA 1918-45»), de Ladislas Farago, publicado en Alemania por Ullstein Verlag, en 1972.

nuaban saliendo a alta mar, armados con los viejos torpedos y con otros nuevos, para combatir a los ingleses. También Günther Prien, ascendido ya a capitán de corbeta, se incorporó a la lucha. Comenzaba la etapa de las batallas contra los grandes convoyes, también llamada «de los lobos grises»: era una táctica para la lucha submarina en la que el ataque se producía en grupos («manadas de lobos») que asaltaban los convoyes. La nueva táctica obtuvo grandes éxitos pero a costa de elevadas pérdidas en las propias filas.
A pesar de la táctica del ataque en «manada» se perfilaban ya los grandes ases del arma submarina: Kretschmer, Prien y Schepke. Los tres acabarían por sucumbir ante la defensa del radar inglés en un plazo de nueve días. El submarino de Kretschmer fue abordado el 17 de marzo de 1941, y tanto él como 39 marineros tuvieron que ser salvados por los ingleses. El mismo día tuvo un percance similar Schepke: seis hombres lograron salvarse en una lancha; entre ellos no se encontraba el comandante, por lo que se supuso que se había hundido con su nave. En esos momentos Günther Prien llevaba ya perdido varios días. En la noche del 7 de marzo estableció contacto con un convoy y dispuso el ataque, pero perdió la pista. En la tarde siguiente volvió a localizarlo. Cuando se preparaba para hacer fuego su submarino fue divisado por un destructor, que trató de abordarlo. Prien no tuvo más remedio que huir. Tras cinco horas de persecución, con lanzamiento de cargas de profundidad, hubo de volver a la superficie con toda rapidez, al comprobar que había sido alcanzado el submarino.
Al intentar emerger Prien observó que el destructor le esperaba y no le quedó otro camino que regresar a las profundidades, al tiempo que se repetía el lanzamiento de cargas explosivas.
El capitán de corbeta Günther Prien, sus hombres y el submarino *U 47* jamás volverían a la superficie.

«No regresan de la expedición contra el enemigo»

Dos meses y medio después, el 23 de mayo de 1941, en un informe de la *Wehrmacht* se decía: «El submarino mandado por el capitán de corbeta Günther Prien no ha regresado de su última expedición contra el enemigo. En consecuencia hay que contar con la pérdida de este submarino. El capitán de corbeta Günther Prien, héroe de Scapa Flow, distinguido por el *Führer*, en reconocimiento de sus méritos, con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, y su valiente dotación, permanecerán vivos en el corazón de todos los alemanes». □



William Lawrence Shirer

Diario

Ginebra, 4 de julio de 1940
Vacaciones, una semana de tranquilidad. El rumor que me llega de soldados y caballos muertos en Bélgica y Francia me parece el eco de un mundo olvidado. Los gritos de alegría de nuestra hijita mientras se baña; la voz serena y suave de Tess, cuando lee a Eileen relatos para que se duerma plácidamente... Todo esto vuelve a ser realidad. Pero, ¿hasta cuándo?

Berlín, 15 de julio de 1940
La prensa alemana informa a sus lectores que «tropas de todas las Armas están listas para atacar a Gran Bretaña. El momento elegido —se añade— deberá ser fijado por el 'Führer'». Se oye también que el Mando supremo no está lo que se dice saltando de entusiasmo, pero Hitler ordena.

17 de julio de 1940
Trescientos hombres de las SS han empezado a estudiar suahelí. Este idioma es el común en la antigua colonia alemana del África Oriental.

19 de julio de 1940
No habrá guerra relámpago contra Gran Bretaña. Al menos por ahora. Hoy Hitler ha «ofrecido» la paz desde la tribuna del Reichstag. Una paz, naturalmente, que dicta el «Führer» como conquistador de Europa. Para los alemanes sólo hay un hecho: ofrece la paz, y basta. Este no ve razones para que continúe la guerra. Si la guerra prosigue, será por culpa de Inglaterra.

22 de julio de 1940
Hitler ha hecho a Mussolini un regalo de cumpleaños: un tren dotado de cañones antiaéreos. Hoy ha respondido Halifax a la «oferta de paz» del «Führer». La respuesta ha sido un «no» enfático. Con todo, su discurso ha sido poco satisfactorio. Demasiadas invocaciones divinas. Mis recuerdos sobre él, desde la India, coinciden en que es un hombre eminentemente religioso. Por lo que se ve Dios debe de proteger a Hitler, al menos hasta ahora.

23 de julio de 1940
La suerte parece echada. El discurso de Halifax se ha comentado con furor en los círculos oficiales. Un portavoz ha hecho público: «Lord Halifax ha rehusado aceptar el ofrecimiento de paz del 'Führer'. Esto, señores, significa la guerra».

11 de agosto de 1940
Se ha producido la mayor batalla aérea junto a la costa inglesa de cuantas hayan tenido lugar hasta ahora en la zona. Según estimaciones, 111 aviones británicos han sido derribados. También han seguido la misma suerte 14 aparatos germanos, pero no se pueden tomar muy en serio las cifras oficiales alemanas.

Calais, 15 agosto, 1940
Cuando recorríamos la costa en automóvil me fui convenciendo cada vez más de que, efectivamente, los alemanes realizaban preparativos de defensa. Hasta ahora jamás había pensado en la posibilidad de que los británicos proyectasen un ataque por su cuenta y riesgo. Sin embargo, no hemos observado signo alguno de que se esté disponiendo una invasión. No se ven concentraciones de tropas, ni carros de combate, ni buques. No digo que no estuviesen, sino tan sólo que no los vimos. Los alemanes son maestros en el arte del camuflaje.

Boulogne, 16 agosto, 1940
Los alemanes parecen haber ocultado, por el momento, sus aeródromos provisionales. ¿Han ocultado también sus efectivos para una invasión? Esta tarde, de todas formas, hemos visto disimuladas embarcaciones y pontones. Aunque, desde luego, no eran suficientes para una invasión. Los oficiales alemanes nos hacían comentarios sobre el número de medios navales escondidos, sólo que no podíamos inspeccionarlos. Con todo, yo sigo siendo escéptico. Más bien me parece que los alemanes lo que pretenden es que escribamos crónicas sobre enormes arsenales, quizá con la intención de que cunda el pánico entre la población inglesa como si la invasión fuese a producirse de un momento a otro.

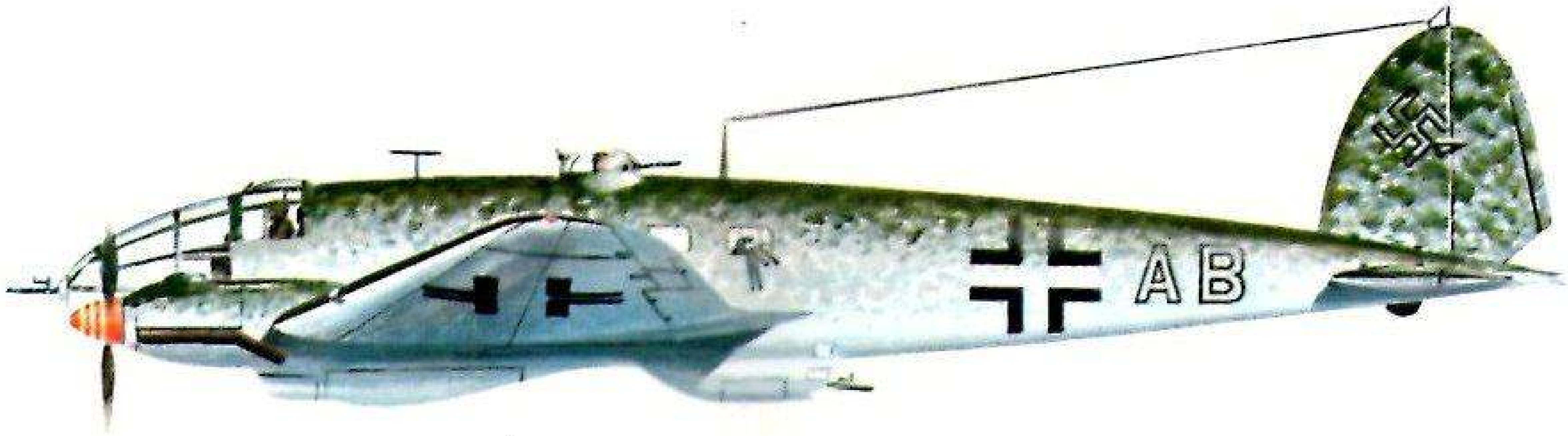
Berlín, 26 agosto, 1940
De regreso otra vez. En la noche pasada tuvimos ocasión de presenciar el primer gran ataque aéreo de esta guerra. Los berlineses estaban desconcertados. Y mucho más: se sentían sobrecogidos. No habían imaginado que pudiese llegar a ocurrir. Al comienzo de la guerra, Göring les había prometido que ningún avión enemigo lograría salvar la barrera de protección aérea situada en torno a la capital. Los berlineses son ciertamente un pueblo sencillo y candoroso. Le creyeron. Por eso su indignación es hoy mucho mayor. Puede verse reflejada en sus rostros.
Las bombas se han convertido en el tema número uno en Berlín. Goebbels se ha limitado a facilitar a la prensa local un comunicado de seis líneas sobre el ataque enemigo. Por primera vez los berlineses se han quedado de piedra, porque confiaban en poder saber más detalles. Ni palabra sobre las calles cerradas al tráfico, sobre la prohibición a los curiosos de fotografiar los daños causados por los bombardeos. Por primera vez tenían ocasión de comparar entre lo que veían con sus propios ojos y lo que el doctor Goebbels entregó a la prensa como información oficial. Siento verdadero interés por saber hasta dónde va a llegar la reacción.

29 de agosto de 1940
Los ingleses volvieron anoche con nuevas fuerzas. Por primera vez ha habido que lamentar víctimas en la capital del Reich. Según cifras oficiales, ha habido 10 muertos y 29 heridos. Estoy convencido de que la población berlinesa se siente más inquieta por el hecho de que hayan llegado aviones británicos hasta el mismo centro de Berlín, que por el número de muertos y heridos. Por primera vez se convencen de que la guerra se les ha metido en casa.
Goebbels ha cambiado de táctica. Después de que, en la ocasión anterior, hubiese escatimado información sobre el bombardeo inglés, esta vez ha ordenado a los periódicos que subrayen la «brutalidad» de los pilotos británicos que han atacado a mujeres y niños indefensos en la capital del Reich. Debe añadirse que la población no ha oído una palabra sobre los criminales bombardeos alemanes sobre Inglaterra. Tan sólo se les ha metido por los oídos que la «Luftwaffe» se dedicaba a bombardear únicamente objetivos militares ingleses.

5 de septiembre de 1940
Ahora tenemos visita de los ingleses cada noche. Sus bombarderos escapan sistemáticamente a la búsqueda de los reflectores. Se dice que los aparatos ingleses están pintados con tonalidades cromáticas que les hacen invisibles. Los antiaéreos disparan como locos, pero sin resultado alguno. No ha caído ni un solo aparato enemigo.

12 de septiembre de 1940
Me voy a Ginebra por un par de días. Tengo que hablar de algunas cosas con Nueva York sin que mis llamadas telefónicas puedan ser registradas por los nazis. Corre el rumor de que la gran invasión de Inglaterra está decidida para el 15 de septiembre. □

Bombardero alemán de alcance medio He 111 (serie H)





Propulsión: 2 motores, cada uno de 1340 CV, del tipo Junkers Jumo 211 F V.
Armamento: un cañón de 20 mm, una ametralladora de 13 mm y otras tres «mellizas» de 7,9 mm; carga máxima de bombas 2000 kg
Dotación: 5 hombres
Velocidad máxima: 435 km/h a una altura de 5200 m
Autonomía: 2800 km
Techo: 8400 m
Peso de despegue: 14.000 kg
Envergadura: 22,60 m
Longitud: 16,60 m
Altura: 4,02 m



Caza monoplaza británico Hawker Hurricane I



Propulsión: un motor de doce cilindros en serie y 1030 CV del tipo Rolls-Royce Merlin III
Armamento: ocho ametralladoras Browning de 7,7 mm fijas en las alas
Velocidad máxima: 528 km/h a una altura de 5330 m
Tiempo de despegue y ascenso: 9 min. para 6050 m de altura
Peso de despegue: 3240 kg
Autonomía: 770 km
Envergadura: 12,19 m
Longitud: 9,83 m







LOS SUEÑOS DE LOS SOLDADOS

Permisos y licencias

Los soldados que regresaban de la campaña de occidente fueron recibidos jubilosamente y mimados por la población alemana. Organizaciones y ciudadanos privados «rivalizaron en testimoniar su gratitud a esos soldados». Regalos e invitaciones se acumularon sobre los combatientes heridos de los hospitales y sobre los que volvían para disfrutar de un permiso. A medida que se prolongase la guerra, tales muestras de gratitud irían remitiendo. La patria tenía sus propias inquietudes y necesidades. La vida se tornaba cada vez más sombría. El radiante soldado quedaría convertido en simple carne de cañón. Sin embargo, escondido en cada combatiente alemán, había algo del bravo soldado Schweyk, que les permitía encontrar instantes de felicidad en su vida, aun en los peores momentos. Hanns-Karl Kubiak relata aquí sus propias experiencias.

Alguien dijo en cierta ocasión que el fusil es la «novia del soldado». La conclusión es lógica: no debe abandonarse, como tampoco se abandona a una novia. Así ocurría en los tiempos del Káiser. Y así ocurrió en los tiempos de Hitler. Pero, con todo, nunca se tomó el refrán tan al pie de la letra. Ni en los tiempos de Guillermo ni en los de Adolfo. El soldado no dormía, desde luego, con su fusil. Lo dejaba a la puerta, en el pasillo del cuartel, colocado en esa especie de estanterías para el armamento. Todos y cada uno de los reclutas sabían dónde estaba su arma: el cuarto, quinto o sexto fusil de la fila equis. Podrían encontrarlo con los ojos cerrados. En consecuencia existía una similitud, aunque relativa, entre la mujer y el arma: ambas eran reconocibles. A veces, con frecuencia, nos despertaba en plena noche el grito fatídico: «Alarma». Arriba. Fuera de los jergones. Al exterior. Todavía somnolientos teníamos que identificar nuestro mosquetón. Luego venía el repaso. ¿Está todo claro? ¿Está el arma bien engrasada? ¿Limpia? ¿Tenéis en la cabeza el número de vuestro fusil? Sí, la «novia» estaba siempre preparada para la boda.

Lo que entonces teníamos que tragarnos, la pregunta de qué significaba en realidad todo aquello, encontraría más tarde en el frente, la respuesta adecuada. Trata a tu arma con cariño, con mimo. Como a la novia. Ella, tu arma, te lo agradecerá. En la práctica eso implicaba que debíamos estar siempre preparados. Dispuestos a entrar en fuego. Así fue posible que, en pleno ataque, el soldado se lanzara al suelo de tal forma que a su fusil no le pasase nada. El mosquetón le acompañaba como el amén de los fieles de una iglesia a las oraciones del cura, ya marchase o desfilase. Con todo, había situaciones en las que el arma podía olvidarse, por ejemplo en las temporadas de permiso. El soldado tenía derecho a disfrutarlo, pero a veces se le retiraba la licencia. ¡Qué de cosas no se retirarían entonces!: adjudicaciones especiales, ciudades que figuraban en los mapas, en la retaguardia, en el frente... En algunas ocasiones se podía conseguir un permiso por haber dado muestras de un valor fuera de lo común. Sólo que a veces se consideraba como tal el paso por el hospital de sangre. Muchos soldados pensaron en dejarse herir para disfrutar unas buenas vacaciones. Para regresar al hogar. Durante la guerra se cantaba una pieza de moda, cuya letra era más o menos ésta: «¿En qué puede soñar aún el soldado?: en el pase de permiso...» Cuando el sueño se convertía en realidad, ¿qué le aguardaba al soldado? El combatiente podía entonces hacer de la

noche el día, podía bailar con bellas muchachas o, simplemente, podía hacer todo esto y más.
¡Qué no le esperaría en la patria! Y no hablemos de los heridos, «héroes de la nación». No faltaba quien se preocupase de ellos. Por ejemplo, los comités locales del partido nacionalsocialista. Podían contar con numerosas representaciones de las NSV. Las había en abundancia. Teatro, cine, variedades a precios módicos. Los restaurantes y los cafés hacían la vista gorda cuando el cliente soldado llegaba con «problemas de cupones». El combatiente tenía derecho, al regresar con permiso de la línea de batalla, a una exención, a menudo sólo un respiro entre la vida y la muerte. Sobre esto hubo muchas historias que no hicieron historia, y valga la redundancia. Pero eran anécdotas que reflejaban muy bien el modo de ser de la época. Y de la situación. Karl-Heinz Krause es un ejemplo. Entonces tenía 23 años. Alto como un castillo. De profesión, electricista. Parco de palabras. Hábil hasta decir basta. Los dos éramos berlineses y ya habíamos dejado atrás las campañas de Polonia y de Francia. Nos encontrábamos entonces en Prusia oriental, poco antes de la campaña de Rusia. Un día Krause se me acercó después de la instrucción: «¿Quieres ir a Berlín?» —«Vaya una pregunta...», le dije.— «Entonces es que quieres», añadió él. «Naturalmente», respuse yo. «Pues nos vamos esta semana». Cuando Krause lo decía es que era así. Me miró con sorna. «Tengo que ir a ver al jefe. Su aparato de radio no va bien...» Barrunté algo. ¿Qué? No lo sé. Transcurrida una media hora Krause volvió a hacérseme el encontradizo. «Nos vamos mañana por la mañana. Se trata de un viaje de servicio, a Berlín, y tú vienes conmigo». «¿Cómo lo has conseguido?», inquirí. «Su aparato está estropeado y las piezas que necesito sólo se pueden encontrar en Berlín. Tú trabajas en la radio y tienes influencias. ¿Comprendes?» Asentí. Conocía efectivamente a uno de los jefes. Luego podría conseguir las piezas necesarias. Así debió de imaginárselo nuestro teniente coronel.
Durante el viaje hacia Berlín todo apareció más claro. Krause, inteligente como siempre, había desconectado una lámpara con lo que el aparato dejó de funcionar. Había que buscar piezas de recambio. Y, claro, éstas sólo podrían encontrarse en Berlín. Si Krause se hubiese empeñado, habríamos podido muy bien ir a buscarlas a París. Pero Karl-Heinz adonde quería ir, por encima de todo, era a Berlín. En un bar de la Ku'damm nos tomamos una copa a nuestra salud. Una y nada más. En el camino Krause me había explicado sus intenciones: sobre todo, nada de problemas. Teníamos que estar dispuestos a dar media vuelta en cualquier momento: en 24 horas debíamos reincorporarnos a la tropa. Pero esta meticulosidad no iba con Krause. Tuvo una idea. Nuestra unidad no poseía ningún receptor de radio. Quien consiguiera uno podría estar seguro de tener un buen nombre en la compañía. Los dos estábamos dispuestos a hacernos con uno. Krause sabía muy bien cómo.

Queda atrás la fecha de regreso

Su novia tenía el aparato en cuestión. Naturalmente, montado por Karl-Heinz cuando aún era recluta. «Con este cacharro —sonrió maliciosamente Krause— podremos prolongar dos días más nuestro viaje de servicio...» Comprendí inmediatamente su intención. El permiso era limitado y ¡ay de aquél que se atreviese a prolongarlo por su cuenta! Eso podría interpretarse como deserción. Pero si andaba de por medio Karl-Heinz el asunto no saldría mal. Yo no tuve más que decir «sí» y «amén». Así nos permitimos abrir un buen barril de cerveza.
Dicho y hecho. Y, luego, de regreso al punto de partida. Me encontré con Krause en la estación de Zoo. Estaba junto a las barreras y tenía ante sí al inspector de la *Wehrmacht*. Aquella caja podía ser mortal. Logramos escamotearla al control militar. Krause presentó nuestro salvoconducto, colocando su dedo pulgar sobre la casilla en que figuraba la fecha de nuestra partida. Los asistentes estaban adormilados y daban cabezadas. Al fin pasamos. Ya no podía ocurrirnos nada.
Nos presentamos en nuestra unidad, con una semana de retraso. El jefe no se molestó lo más mínimo. Nuestro sargento estaba radiante: al fin la compañía iba a contar con su propio recep-

El soldado no podía conocer su destino. El optimismo juvenil y la ciencia parda del combatiente, que las balas no alcanzaban, hicieron posible el hallazgo de los amigos circunstanciales.



tor de radio. «Los de Intendencia deberían aprender», bramó.
Esa es la historia número uno. Krause era una fuente inagotable de ocurrencias, como esta otra. Poco antes de la campaña de Rusia nos hallábamos en Prusia oriental, cerca de Hohensalza. Krause había logrado trabar amistad con la cocinera de un hotel: Bertha. Ya he dicho que Krause era muy hábil. Sólo que en lo de escribir no andaba muy allá. Entonces llegamos a un acuerdo: yo le escribiría sus cartas amorosas a Bertha. A cambio, los paquetes que ella mandase nos los repartiríamos a medias. Todo estaba claro. Yo escribía carta tras carta. Krause era fiel y asiduo. A veces me llegó a parecer que Bertha era en realidad mi novia. Los paquetes también llegaban uno detrás de otro y ambos nos los repartíamos equitativamente. En aquel momento Krause y yo nos encontrábamos en pleno caos del frente oriental, en primera línea. Y ocurrió lo peor, a las puertas de Smolensk. Krause resultó herido y, pocos días después, también yo. Esto supuso un traslado en tren hospital, el internamiento, la recuperación, la espera del reemplazo y el permiso de recuperación. Así me puse un día en contacto con la compañía de los convalecientes y, ¿a quién me encontré allí? Pues nada menos que a Karl-Heinz Krause. Tan parco de palabras como siempre. Sólo me dijo: «Ven conmigo. Tengo algo para ti». Me fui con él a su dormitorio y me abrió el armario. Sacó una caja. En ella había cigarrillos, galletas, licores, chocolate... Yo miraba a Krause sin salir de mi asombro y éste me dijo lacónicamente: «Para ti». «¿Para mí?», pregunté asombrado. «¡Venga, hombre, tómalo! Esta es tu parte de los paquetes de Bertha, la del 'Deutscher Kaiser' de Hohensalza». «Pero si hace tiempo que no le escribo», añadí. «Ya lo sé. Lo importante es que está aquí. Sabía que ibas a venir...»
«Bueno, ¿y qué tal van las cosas con Bertha?», pregunté. «Pues marchando. Al fin me decidí a ponerle unas líneas yo mismo y le dije que me había herido en las dos manos, por lo que no podría escribirle personalmente. Que lo haría por mí un camarada. Este camarada, claro está, era yo. También le dije que perdonase las faltas de ortografía, y que cuando estuviese bien volvería a recibir cartas como las de antes, de mi puño y letra. Ahora ya estoy sano, porque tú has aparecido, así que puedes empezar otra vez...»

En el regazo del partido

«Oye, cuéntame, ¿dónde te han herido realmente?», pregunté. «¿A mí? En el trasero». Aquel mismo día salió la pri-



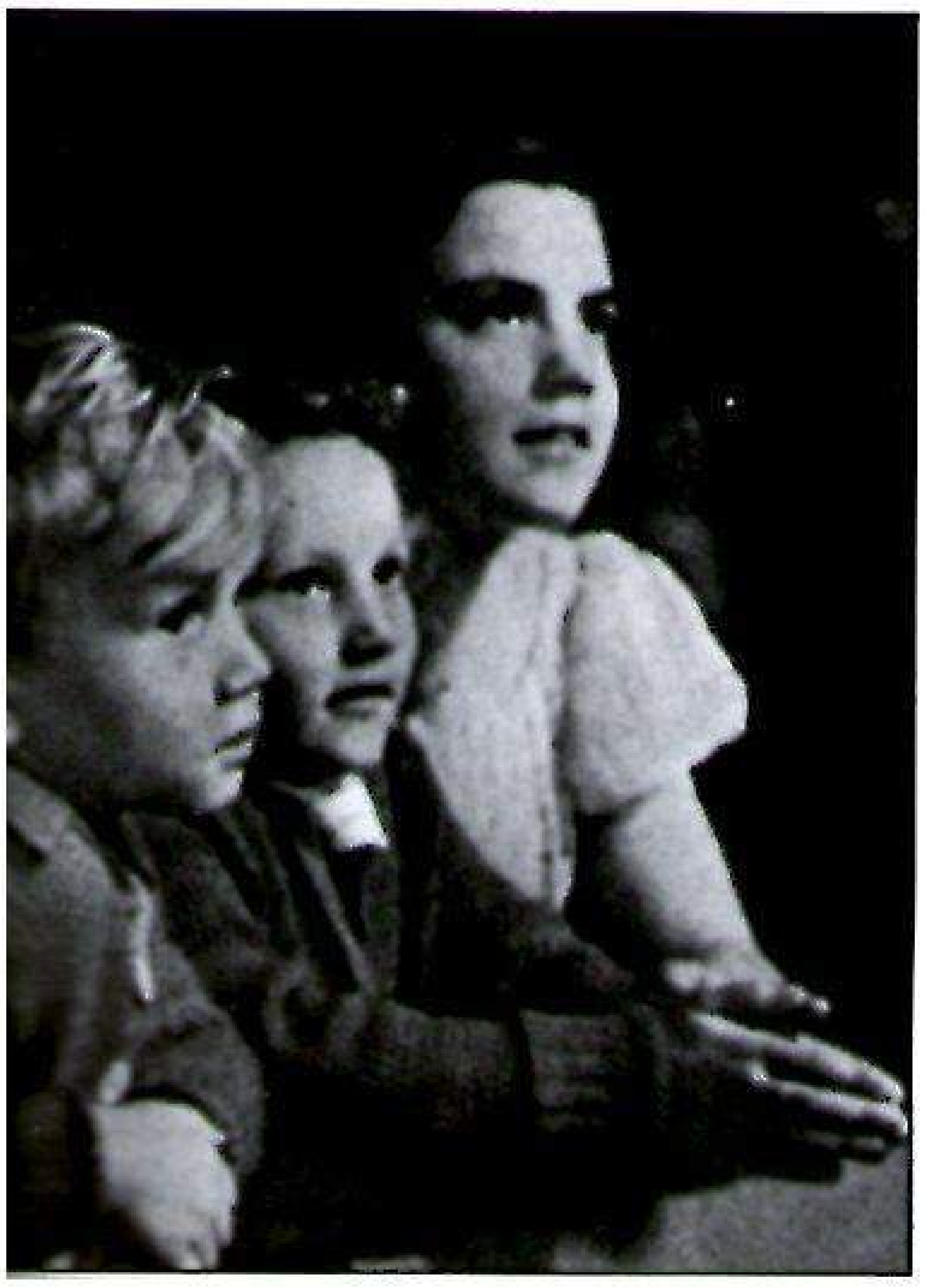






Las chicas eran, lógicamente, el tema número uno. En el vocabulario militar había todo un arsenal de conceptos para referirse a la técnica de aproximación a la mujer, desde «rastreo» a «aterrizaje forzoso», pasando por «ataque frontal». (Fotografía grande). Flores para los vencedores, entregadas por las chicas de las organizaciones femeninas, sólo las hubo en el primer año de guerra (arriba). Veladas como la que aparece en esta foto de propaganda podía disfrutarlas el soldado al que había alcanzado el «tiro por la patria» (arriba, a la derecha). Un combatiente aprovecha su permiso para ir con sus hijos al circo. Los padres de familia se debatían entre la inquietud por su familia y el propio destino (a la derecha).

mera carta para Bertha en la nueva fase que inaugurábamos. Pronto llegó también el primer paquete. Los siguientes fueron devueltos, porque Krause y yo habíamos comenzado nuestro permiso. Apenas había regresado yo a mi hogar cuando se presentaron los «camaradas» del partido. El casero les había dicho que allí vivía un soldado que disfrutaba de permiso. Al poco oí sonar el timbre de la puerta. Fuera, en el dintel, apareció la típica madre alemana, rubia, que, como primera providencia me saludó con el habitual «Heil, Hitler!» En un abrir y cerrar de ojos me encontré acogido dulcemente en el regazo de la gran familia del partido. Me entregó algunas invitaciones para diversos actos: sesiones de teatro, de cine, variedades, cabarets... Noches multicolores, eso es lo que deberían ser las veladas del soldado de permiso. La patria era conmovedora. Las organizaciones del partido habían pensado en todo. Pero sin la buena disposición del hombre de la calle todo eso no podía mantenerse. Cuanto más se prolongase la guerra, menos caras acogedoras encontraría el soldado en la patria. Más de uno acabaría prefiriendo regresar al frente que permanecer en su ciudad, sometido a la amenaza permanente de las bombas. Esto también me ocurrió a mí, en el verano de 1943. En esta ocasión apenas permanecí en casa 24 horas. Pasamos la noche en permanente alarma aérea y oyendo el zumbar de los bombarderos que dejaban caer su carga. Estuve todo el tiempo en el refugio. Hasta que me harté: corrí escaleras arriba, salí a la calle, saqué mi pistola y disparé hacia el atacante invisible. Quería defenderme. «Mierda de vacaciones –me dije–. Al menos en el frente uno se puede defender, pero aquí, en la patria, rodeado de civiles...» Ellos no podían hacer otra cosa que esperar a que una bomba les cayese encima de la casa. Sin embargo, el permiso, o las vacaciones, como aún se las seguía llamando, siempre eran algo mejor que darse de narices con los rusos a una distancia de unos 200 metros.



Para el cabo primero Gerhard Scholz, de Baja Sajonia, ni una cosa ni otra eran buenas. Su padre le había conseguido un permiso especial. La mujer de Scholz no se había tomado muy en serio la fidelidad conyugal. Ahora tendría que soportar la prueba de una fulminante separación matrimonial. Scholz padre, hombre muy influyente, lo había dispuesto todo. Así, tras cuatro días, Scholz se reincorporó a su unidad. Ya no tenía por qué seguir luchando por su mujer. Pero hubo otros que no sufrieron esta cura radical y regresaron –en idénticas circunstancias– con una reconciliación. En fin, aunque cada día teníamos ante nosotros a la muerte, no por eso estábamos exentos de enfrentarnos también a problemas humanos de los llamados domésticos: «Todavía puede haber cosas peores...». A pesar de la guerra, subsistían los mismos problemas de épocas normales.

«Piensa en tu novia»

Para fomentar la «protección» del soldado se difundió un cartel en el que se mostraba a una muchacha rubia. Debajo, la leyenda correspondiente: «Camarada, piensa en tu novia alemana». En nuestra unidad el artista era Bernhard Kloppenburg. Su obra resultaba sugerente. Junto con Bernhard y algunos carpinteros de nuestra compañía hice unos cuantos decorados, con destino a nuestro «teatro del frente». El programa se cambiaba dos veces al mes. Por supuesto dominaba el género de cabaret: la broma, la sátira... Pero procurábamos pasárnoslo bien. En Berlín o Hamburgo la Cámara de Cultura del Reich nos hubiera promocionado a toda prisa. Teníamos de nuestra parte al comandante del Regimiento. Y, por supuesto, al «viejo»: el teniente coronel Hans-Ulrich Gisevius. Este se llevaba la palma. Tenía un «pájaro». Alguien lo había encontrado quién sabe dónde. Era un loro. Gisevius lo había bautizado con el nombre de «Kacki-di-backo». Cuando había que ocupar una nueva posición, allí estaba Gisevius, cansado, desaliñado, sonriéndonos. Y así volvía a la tropa el coraje necesario. Y así hasta la próxima ocasión.

Cinco veces caí herido y tres me beneficié de la baja de convalecencia, pero siempre acabé por volver a la tropa. Una vez de regreso mis primeros pasos me llevaban a la oficina, porque allí siempre había alguna botella para echar un trago. Allí comentábamos las últimas incidencias: qué había pasado y qué perspectivas teníamos ante nosotros. Invariablemente el sargento me decía: «Si terminase esto de una vez... Pero no volveremos ya a nuestras veladas...» Luego nos íbamos a revisar el camión en el que teníamos acumulados nuestros decorados y lámparas. Las representaciones se habían terminado. El teatro se llevaba ahora a cabo en el frente, con muchos actos, con muchos mutis, y sin aplausos.

Un amigo ejemplar

El 9 de mayo de 1945 fui herido por última vez en Curlandia. De milagro había conseguido salir vivo de aquel embolsamiento de Curlandia e incluso escapar al cautiverio ruso. Pasando por Dinamarca, donde tuve que permanecer algunas semanas en el hospital, al fin me encontré en Flensburg. En el nuevo hospital al que me mandaron conocí a un tal Dieter Sydow. Era un camarada y un amigo ejemplar. Había estudiado medicina. Quería ser cirujano, pero la guerra había terminado con aquel sueño. Dieter había perdido el brazo izquierdo. A mí me había ocurrido lo mismo. Nos encontrábamos internados en el hospital establecido en la antigua escuela Hindenburg. Fuera, apenas teníamos oportunidades. La enfermera jefe, Thunert, mujer de un general, nos proporcionó a Dieter y a mí un trabajo: mozos de botica. Dos veces por semana íbamos los dos a la ciudad a buscar medicamentos para el hospital. La alimentación del centro no era lo que se dice espléndida, así que aprovechábamos nuestras salidas para mantener los ojos bien abiertos y agenciarnos lo que pudiésemos con destino a nuestra propia despensa. Y tuvimos éxito. Sobre todo podíamos conseguir pan. Un día encontramos en la parte antigua de la ciudad a un carnicero. El buen hombre que nos tomó gran aprecio, se encargó de proporcionarnos una vez por semana una sopa de morcilla. Así que no tuvimos más que buscar una sopera: para ello nos sirvió una especie de artesa de lavar o algo así. El recipiente se llenaba hasta el borde y ambos, Dieter y yo, nos las arreglábamos como podíamos para llevar aquello, porque los dos sólo teníamos el brazo derecho. Un trecho iba Dieter de espaldas, y luego cambiábamos. Al día siguiente éramos conocidos en todo Flensburg. El peluquero tampoco se sorprendió cuando íbamos dos veces al mes a hacernos la manicura. Invariablemente le decíamos: «Por favor, cuidado de manicura para uno», y así era, porque entre los dos sólo teníamos un par de manos. □

oras
e permiso
n Berlín

ovechando sus permi-
, muchos soldados co-
en por primera vez
lín. Durante su breve
ancia en la capital, de
nas unas horas, esos
dados quieren ver algo
la ciudad. ¿Y van a
gnarse a recorrer a pie
a gigantesca urbe? Por
uesto que no. Para ayu-
les a visitar Berlín está la
anización «Fuerza por la
gría», que pone a su
posición una auténtica
rdinera» berlinesa, con
in de mostrar Berlín a los
e descansan.

Fotos Voigt





Circuito berlinés para forasteros en el año 1941

Los «forasteros», en este caso, son soldados alemanes que, hasta ahora, no han tenido ocasión de conocer Berlín. En una «jardinera», recorren la ciudad, se les da cumplida explicación sobre las curiosidades que encuentran a su paso. Como es lógico, los soldados también sienten verdadero interés por las berlinesas. Gastarles alguna broma, o saludarlas sonrientes... y, con las buenas ocasiones que ofrecen unos días de permiso, no resulta difícil convencer a alguna muchacha para que suba al coche. Ante la puerta de Brandenburgo, estos soldados se dejan fotografiar para tener un recuerdo de su visita a la ciudad, pero, en seguida, adelante, hasta que se encuentre el lugar adecuado para un rato de esparcimiento...



... por ejemplo en el Tiergarten berlinés. Y aquí, en la pradera, se vive algún momento de expansión que, luego, cuando se regrese a la unidad, se contará como una historia gigantesca a los camaradas.

... siempre se acaba comprando un ramo de flores en la Potsdamer Platz, para la bella acompañante. Y, luego, de regreso a la estación, donde quizás haya una muchacha que agite la mano desde el andén, y donde se intercambian

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1941

10. 5.: Rudolf Hess, «lugarteniente del Führer» y ministro sin cartera del Reich, parte a las 18 horas del aeródromo de la factoría Messerschmitt, de Augsburgo, hacia Gran Bretaña. Cerca de las 23 h se lanza en paracaídas sobre las propiedades del duque de Hamilton, en Escocia. Su pretensión es hacer llegar al Gobierno inglés propuestas de paz a través del duque. A pesar de ello es detenido.

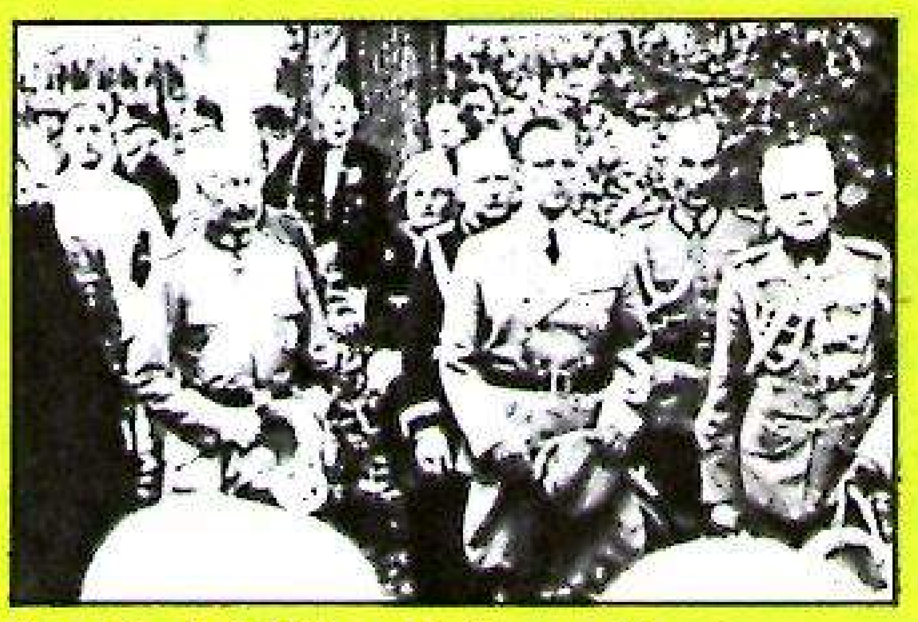
11. 5.: Hitler recibe al almirante Darlan en el Berghof. Fracasa una reactivación de la «colaboración» con Alemania.

12. 5.: Hitler decreta que el puesto de lugarteniente del «Führer» se separe de la Cancillería del Partido. Para ocupar dicho puesto designa al «Reichsleiter» Martin Bormann.

21. 5.: Se fundan las SS de Noruega. Himmler pone a su frente a Jonas Lie, jefe de la policía noruega.

28. 5.: Se firma un protocolo en París entre Alemania y la Francia de Vichy.

2. 6.: Hitler y Mussolini se encuentran en el Brénnero. Hitler no deja traslucir su propósito de atacar a la Unión Soviética.



Sepelio del Káiser Guillermo II

4. 6.: En Doorn (Holanda) muere a los 82 años de edad el ex emperador de Alemania, Guillermo II. Hitler envía sendos telegramas a la viuda y al príncipe heredero. Durante el sepelio, el 9. 6., formará una compañía de honores alemana, y el comisario del Reich para la Holanda ocupada, doctor Seyss-Inquart, depositará una corona de flores en nombre de Hitler.

15. 6.: Croacia se adhiere al Pacto Tripartito.

18. 6.: Se firma en Ankara un pacto de amistad germano-turco.

27. 6.: El secretario general de Falange Española y ministro del Movimiento, Arrese, hace público un manifiesto para todos los jefes locales del Movimiento, con el fin de que cooperen en la formación de un cuerpo de voluntarios para luchar contra la Unión Soviética.

28. 6.: Comienza a integrarse una legión noruega. También en Dinamarca y Holanda se inicia el reclutamiento de voluntarios.

29. 6.: En una disposición secreta, Hitler establece que, en caso de muerte, se nombre sucesor suyo al mariscal del Reich Göring.

1-7. 5.: En cinco noches de ataques aéreos, 625 aviones alemanes arrojan sobre Liverpool-Birkenhead 805 t de bombas de explosión y otras 100 t de bombas incendiarias. En el puerto se hunden 18 buques mercantes, con un total de 35.605 t de registro bruto; otros 25 (92.964 t) resultaron seriamente dañados.

8/9. 5.: 120 aviones alemanes arrojan sobre Hull 157 t de bombas explosivas y 540 artefactos incendiarios. Ataques menos intensos contra Nottingham y Sheffield. El ataque más intenso de la RAF contra Alemania significó el empleo de 359 bombarderos, en un total de 317 incursiones contra Hamburgo y Bremen.

10/11. 5.: 507 aviones alemanes arrojan 711 t de bombas explosivas y 2393 artefactos incendiarios sobre Londres. El balance es trágico: 2000 incendios, 1212 muertos y 1769 heridos graves. Será el último gran ataque por un período de tres años. Hamburgo fue atacado por 110 aviones ingleses.

20. 5.: Comienza, a las 07,15, el desembarco aéreo alemán sobre Creta.

27. 5.: Fuerzas navales británicas hunden en el Atlántico el buque de línea alemán «Bismarck». El hecho se produce a unas 400 millas marinas al oeste de Brest. Perece su tripulación de 1977 hombres.

27. 5.: Tras violentos combates entre tropas inglesas y griegas, de un lado, contra los invasores alemanes, del otro, la situación se decide a favor de los germanos. Los británicos se ven obligados a embarcar 17.000 soldados y a abandonar Creta.

5. 6.: El Mando supremo de Finlandia ofrece el norte del país a los alemanes como territorio de tránsito.

6. 6.: Hitler decreta las «Directrices fundamentales sobre el trato que ha de darse a los comisarios políticos» («Kommissarbefehl»). Los comisarios del Ejército Rojo que caigan prisioneros «deben ser liquidados por el procedimiento habitual».

12/13. 6.: Se producen los ataques británicos más intensos sobre la cuenca del Ruhr. Entre las ciudades alcanzadas se encuentran Duisburg y Bochum. Los ingleses arrojaron 445 t de bombas.

17. 6.: Hitler firma la orden definitiva para el comienzo de la Operación «Barbarroja», fijada para el 22. 6.

22. 6.: Comienza a las 03,15 horas el ataque alemán contra la URSS, en el frente entre el Báltico y los Cárpatos. El ataque se produce sin previa declaración de guerra por parte de Alemania. Sólo a través de Rumania e Italia se anuncian estas declaraciones.

26. 6.: Finlandia declara la guerra a la Unión Soviética con el pretexto de que, tras el ataque aéreo de los soviéticos sobre determinadas ciudades finlandesas «de facto» dicho estado de guerra ya ha entrado en vigor.

1. 5-30. 6.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico 123 buques aliados, con un total de 655.354 toneladas de registro bruto

4. 5.: El campeón alemán de los pesos medios, Richard Vogt, pierde el título ante Heinz Seidler por abandono en el octavo asalto.

4. 5.: El mariscal del Reich, Göring, dice en su discurso de clausura ante el Reichstag: «Si Churchill cree que la terrible destrucción que ha afectado a la ciudad de Plymouth puede ocultarse declarando, como él ha hecho, que regresa de la ciudad más refrescado, nosotros, por nuestra parte, podemos anticiparle que le proporcionaremos más refrescos de éstos».

11. 5.: El equipo alemán de balonmano vence en Mannheim al húngaro por 11-8.

11. 5.: Los húngaros pierden por 2-0 el encuentro de hockey celebrado en Schweinfurt.

18. 5.: El profesor Werner Sombart, indiscutible autoridad alemana en materia de economía, muere en Berlín.

24. 5.: En una reunión de atletismo celebrada en Dresde, Rudolf Harbig mejora, en 2,1 segundos, la marca mundial de los 1000 metros, con un tiempo de 2'21"3.

1. 6.: El equipo nacional alemán de fútbol consigue su 90 victoria, en un total de 183 partidos internacionales, al derrotar en Bucarest a los rumanos por 4-1.

1. 6.: El Pasing pierde en la final del campeonato nacional de hockey, celebrado en Munich, al ser derrotado por el Berliner HC, por 0-1.

15. 6.: En el Prater, de Viena, la selección alemana de fútbol gana por 5-1 al equipo del «joven reino de Croacia».

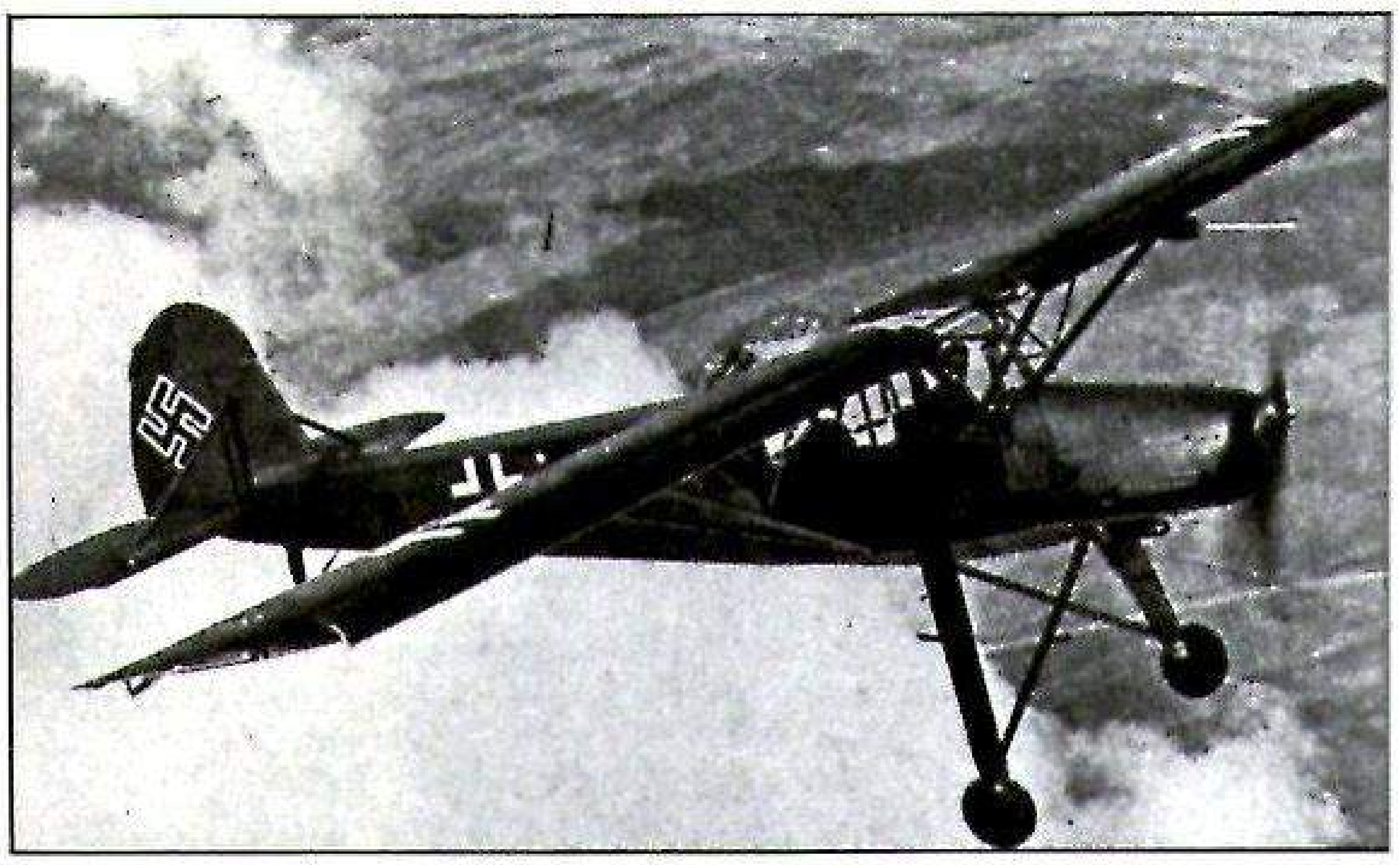
21. 6.: El teniente coronel del Aire Adolf Galland es el primer oficial de la «Wehrmacht» distinguido con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, con espadas y hojas de roble.



El as de la aviación Adolf Galland

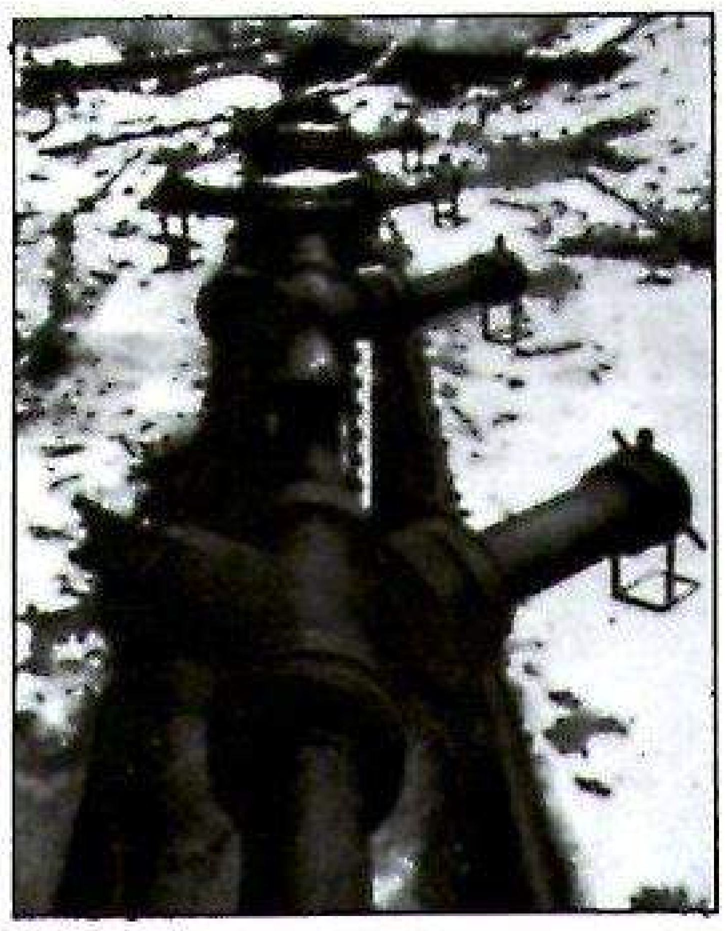
22. 6.: El Rapid de Viena se convierte en favorito y campeón de fútbol de Alemania al vencer por 4-3 al Schalke 04. Por primera vez logra este puesto un equipo de la «Marca Oriental». Otra sensación: hasta ese encuentro ningún equipo había logrado vencer tras remontar una desventaja de 0 a 3 goles.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



El «Fieseler Storch», de largas patas características, gran maniobrabilidad y múltiples aplicaciones.

Fieseler Fi 156 «Storch», primer avión de despegue corto construido en el mundo. Se fabricó en las naves de la casa Gerhard Fieseler, de Kassel. Voló en todos los frentes de la segunda Guerra Mundial. Cumplió principalmente funciones de avión correo, por sus múltiples posibilidades de maniobra. También se empleó como avión de asistencia sanitaria o para misiones de reconocimiento. El prototipo voló por primera vez a primeros de 1927. Disponía de un motor Argus AS 10, de 240 CV. Peso de despegue, 1320 kg. Velocidad de crucero, 150 km/h. Velocidad mínima, con el viento en contra, de 50 km/h a 38 km/h. Este tipo de avión siguió construyéndose, después de la guerra, en Checoslovaquia y Francia.



Los servicios de información aliados especularon mucho sobre el «Fleissiges Lieschen», o «la aplicada Elisita».

Filipinas, estado en el océano Pacífico, integrado por unas 7100 islas. Desde 1898 propiedad de EE UU; a partir del 4-VII-1946 República independiente. En 1941 tenía alrededor de 17 millones de habitantes. Islas principales Luzón (v.), Mindanao (v.) Samar, Negros, Palawan, Panay, Mendoro, Leyte (v.) Cebú. Capital Manila. Desde el 9-XII-41, desembarco de tropas japonesas. Conquistas de Manila, el 2-I-42, y de la fortaleza de Corregidor, el 6-V-42. A partir de octubre del 44 reconquista por tropas americanas

Finlandia, estado escandinavo independiente de nuevo desde 1918. El 30-XI-1939, ataque soviético contra Finlandia, conocido como «guerra de invierno», con 5 Ejércitos rusos. Tras una heroica resistencia, el pequeño país se vio obligado a establecer la paz. Las bajas se elevaban a 24.923 muertos y 43.577 heridos (el 20 % de sus Fuerzas Armadas). La paz se firmó el 12-III-1940. El armisticio significó la entrega a la Unión Soviética del istmo de Carelia y una parte de la península de los Pescadores, así como Hangö. El 26-VI-1941, Finlandia se pone del lado de Alemania, con el *Feldmariscal* von Mannerheim, a título de «compañero de armas» (no aliado), para luchar contra la Unión Soviética («guerra de continuidad»). Finlandia, pese a la asistencia en armas alemanas, no pudo resistir más tras el deterioro del frente oriental para las tropas de Hitler y se vio obligada a pedir de nuevo la paz con los soviéticos el 25-VIII-1944. El 2-IX-44 rompe sus relaciones diplomáticas con Alemania y exige la repatriación de todas las tropas germanas establecidas en Finlandia. Dos días después, el Ejército finlandés suspendía el fuego contra los soviéticos. El 19-IX-44 se firma el armisticio en Moscú. Entretanto, en el norte del país combatían aún el Ejército 20 alemán, que se replegaba, y unidades finlandesas, asistidas por tropas soviéticas. El 15-X-44, tropas rusas ocupan Petsamo. En enero de 1945 termina la retirada hacia Noruega de las últimas tropas alemanas. El *Feldmariscal* von Mannerheim se convirtió el 4-VIII-1944 en jefe del Estado.

Flak 18, cañón antiaéreo alemán. Calibre: 88 mm; peso: 5000 kg; 15-20 disparos por minuto; alcance de tiro: 14.680 m; alcance en altura: 10.600 m. Esta arma se construyó a partir de 1928 en las factorías Krupp. Entró en servicio en 1933. Cada batería contaba con cuatro cañones. Posteriores mejoras en 1937, al introducir los modelos *Flak 36,* de 88 mm y *Flak 37,* también de 88 mm. En total se disponía en agosto de 1944, de 10.930 antiaéreos de 88 mm. En octubre el consumo de munición de este arma ascendió a 3.175.400 disparos. El cañón de 88 mm era tenido por uno de los más eficientes de cuantos se usaron en la guerra.

«Fleissiges Lieschen» («La aplicada Elisita»), arma de gran alcance desarrollada al mismo tiempo que las famosas «V». Conocida también como «ciempiés» y «bomba de alta presión». Constaba de un sistema de tubos de hasta 150 m de longitud cuyas partes integrantes medían de 4 a 5 m. En ambos lados de la conducción iban apliques, con las correspondientes cámaras en las que se hallaban los elementos de propulsión. El arma disparaba granadas de 150 mm, que alcanzaban hasta 150 km, en los casos en los que el tubo propulsor medía 150 m. Dos ejemplares de este arma se montaron, con tubos acortados, en enero de 1945 para el ataque contra Amberes, y en febrero de 1945, contra Luxemburgo.



El antiaéreo «Flak» de 88 mm se empleaba también en operaciones tierra-tierra en todos los frentes de la segunda Guerra Mundial.

Flossenbürg, campo de concentración nacionalsocialista en los bosques del Alto Palatinado, al norte de Weiden. A primeros de mayo de 1938 fue creado como campo de internamiento para la «recuperación social de delincuentes comunes». A partir de 1939 también fueron trasladados a él los presos políticos. Hasta 1945, unos 97.000 prisioneros, de ellos 16.000 mujeres, se distribuyeron en este campo y en los barracones exteriores. Muertes consignadas oficialmente: 22.752. El 20-IV-45 fue evacuado, por lo que los americanos tan sólo hallaron 1500 detenidos el día de la liberación (23-IV-45). En Flossenbürg fueron ejecutados, entre otros, Canaris (v.), Oster (v.) y Bonhoeffer (v.)

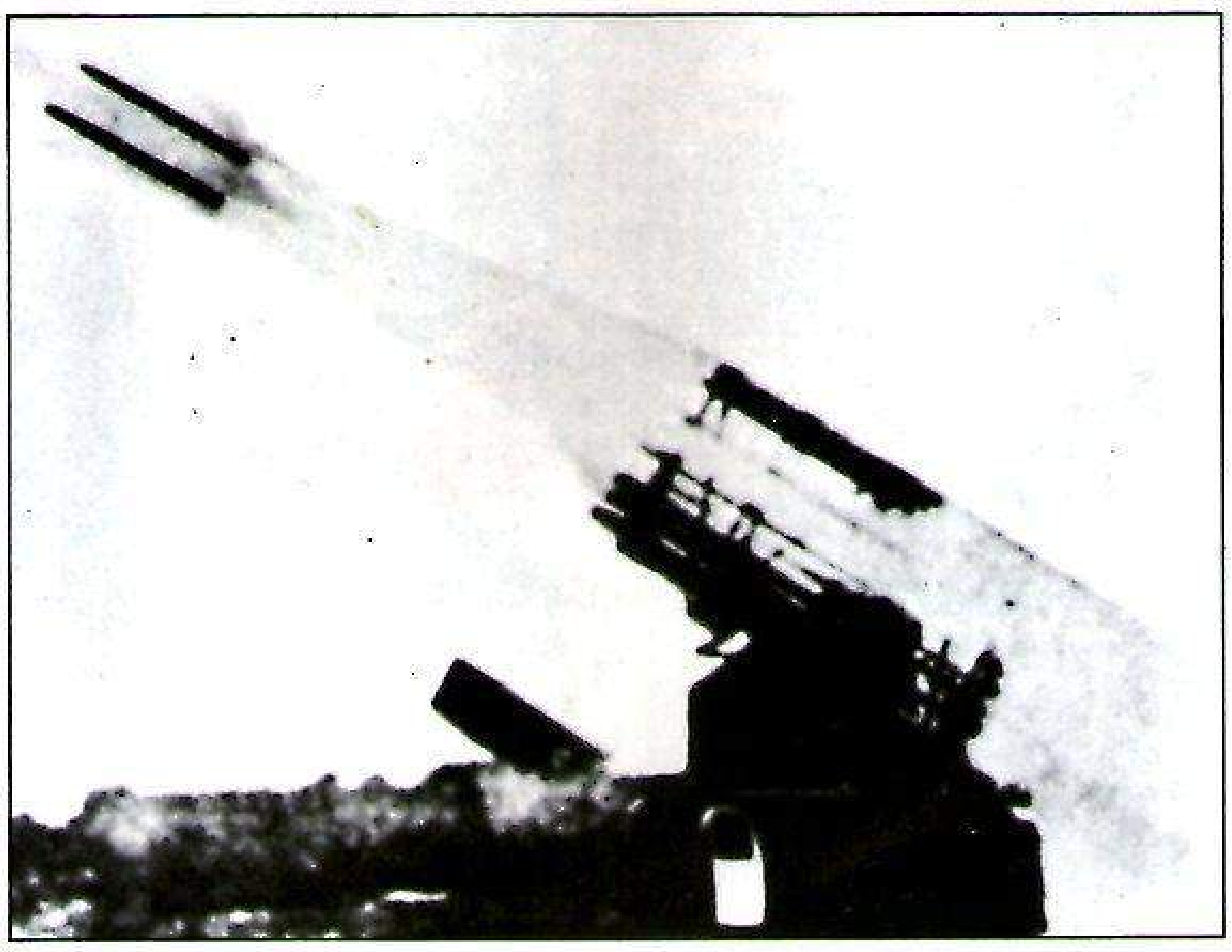


Un pasquín aliado reproduce la imagen de las «fortalezas volantes».

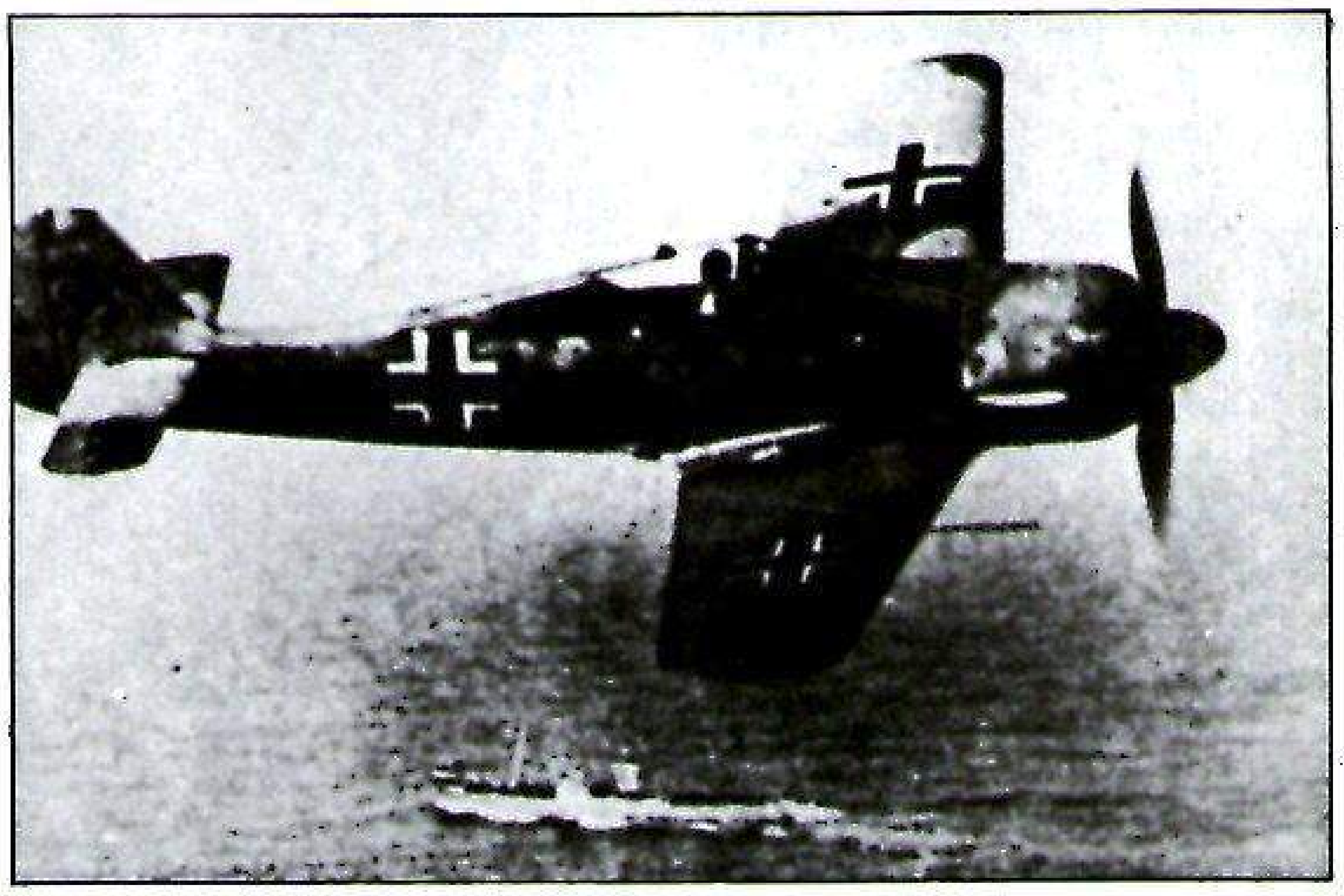
«Flying Fortress» («Fortalezas volantes»), bombarderos americanos de gran autonomía del tipo *Boeing B-17.* Estos aparatos operaron, primero, en Inglaterra y, luego, en el Norte de África e Italia. Formaban la espina dorsal de la ofensiva aérea norteamericana contra Alemania. Primer ataque contra el territorio del Reich, el 27-I-1943. En 1944, en plena campaña europea, se mantenían en servicio 4574 aparatos de este tipo, distribuidos en 33 grupos. El desarrollo de este bombardero pesado, uno de los aviones que más éxitos aportaron a los Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial, comenzó en 1934 en la factoría Boeing, en Seattle. El modelo más extendido, el *B-17 G,* se produjo en serie a partir de julio de 1943. Contaba con 4 motores Wright Cyclone de 1200 caballos. Velocidad máxima: 438 km/h a una altura de 9150 m. Dotación: 11 hombres. Armamento: 13 ametralladoras móviles de 12,7 mm, dispositivos de bombardeo (4880 kg). Autonomía normal: 2980 km.

Focke Wulf, factoría aeronáutica fundada en Bremen, el 1 de enero de 1924, por Heinrich Focke y Georg Wulf. Construyó el segundo caza estándar de la *Luftwaffe* durante la segunda Guerra Mundial. La producción comenzó en 1938, y el aparato era el *Focke Wulf FW 190.* El prototipo de la serie fue probado en el frente del Canal en el verano de 1941, y se mostró muy superior al *Spitfire V,* el mejor avión inglés del momento. También había versiones de bombarderos, de aparatos de combate, cazas nocturnos y cazas acorazados, este último especialmente diseñado para la lucha contra los cuatrimotores americanos. La versión más conocida era el *FW 190 A-4,* que contaba con un motor de 1700 caballos; velocidad máxima: 634 km/h a una altura de 5500 m. Se elevaba a una velocidad de 720 m/min. Armamento: cuatro ametralladoras de 20 mm y otras dos de 7,9 mm.

Föhn, cohete antiaéreo alemán, correspondiente al *Hs 217,* que se empleaba contra los aviones enemigos en vuelos rasantes. Calibre: 73 mm; peso: 4 kg; alcance máximo en altura: 1200 m. Se lanzaba con un lanzacohetes de 6 tubos, cada uno de los cuales podía disparar 8 proyectiles consecutivos. Los preparativos para la fabricación en serie concluyeron en el verano de 1944, pero el cohete prácticamente no se llegó a utilizar.



Como tantas armas nuevas llegó demasiado tarde: el cohete antiaéreo «Föhn».



Caza del tipo «Focke Wulf FW 190 A-5», sobre el Canal de la Mancha.

Formosa (Taiwan), isla situada frente a la costa continental china. 1895-1945, dominio japonés. Contaba en 1940 con 5.872.000 habitantes. En la primera conferencia de El Cairo («Sextant»), del 22 al 26-XI-1943, celebrada entre Roosevelt, Churchill y Chang-Kai-Shek, se le adjudica la isla a este último. A partir de octubre de 1944, los americanos bombardean intensamente las instalaciones militares de Formosa.

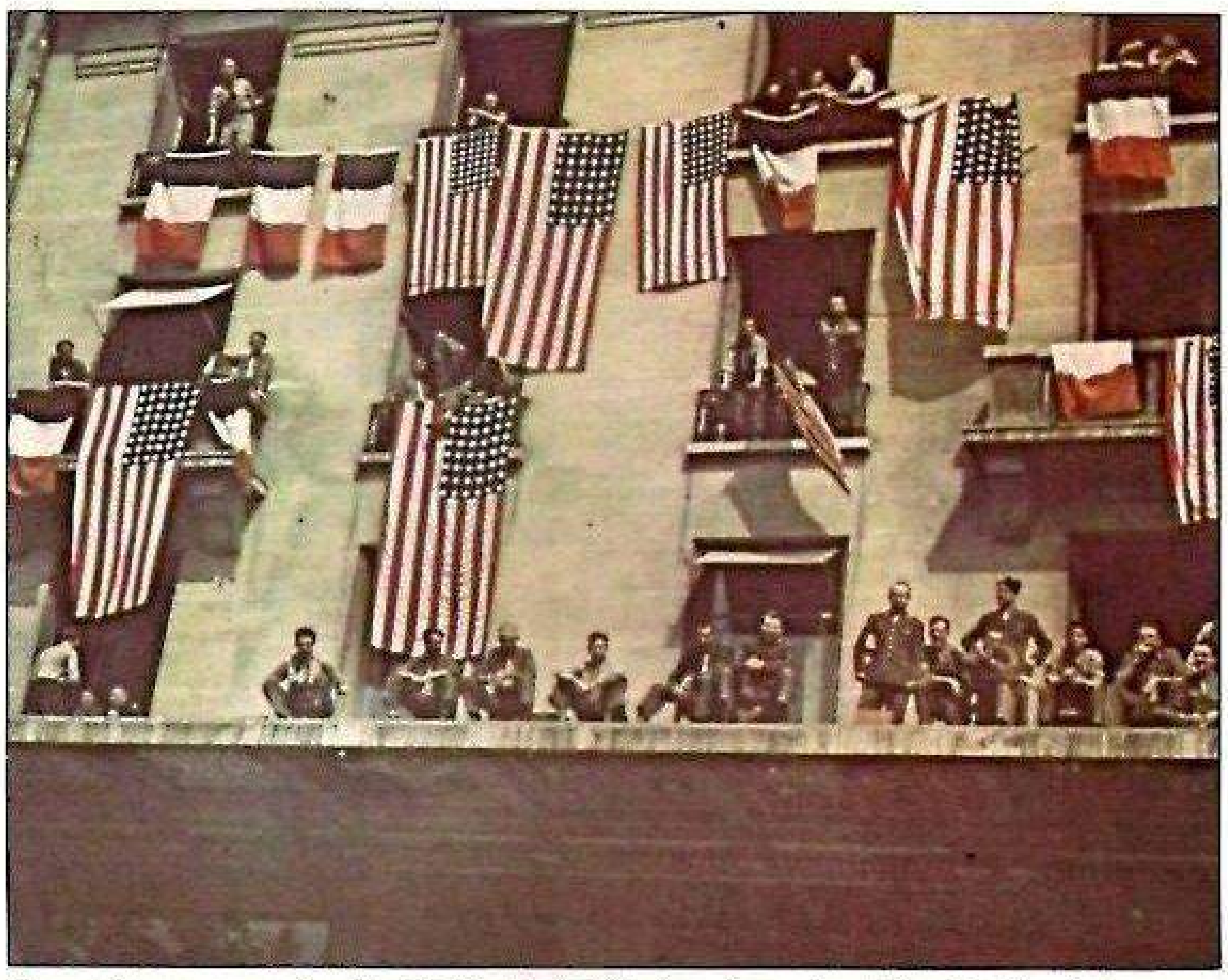
«Fortaleza Europa», expresión propagandística que designaba la Europa conquistada por los alemanes durante la segunda Guerra. Tras el inicio de la contienda contra la Unión Soviética, la lucha contra el bolchevismo se presentó como una «misión europea». En el transcurso de la guerra se proclamaría la «Fortaleza Europa», o «Fortaleza Europea». A la vista de los cada vez mayores ataques aéreos aliados se dijo irónicamente que «la Fortaleza Europa» no tenía tejado.

Franceses Libres, denominación aplicada a los seguidores del Comité Nacional francés, que organizó desde Inglaterra la resistencia contra el ocupante nazi. El 18-VII-1940 se declaró jefe de los «Franceses Libres» el subsecretario de Defensa nacional del Gobierno Reynaud, general De Gaulle. Inglaterra reconoció el 28-VI el Comité Nacional de los Franceses Libres, fundado por De Gaulle. Los «Franceses Libres» pretendían librar de la presencia alemana al menos su imperio colonial, cosa que se logró gracias a la asistencia británica. Sin embargo se produjo una decidida resistencia el 25-IX-40 en la guarnición francesa de Dakar. Como presidente del Comité Nacional, De Gaulle asumió la jefatura del Gobierno provisional de París en 1944, hasta 1946.



«¡Viva De Gaulle! ¡Muerte a Hitler!» Consignas de los resistentes franceses.

Francfort del Meno, ciudad alemana, la mayor del estado de Hesse. Contaba en 1940 con unos 550.000 habitantes. Sufrió intensos ataques aéreos: 10/11-IV-43 (1037 t de bombas), 18/19-III-44 (3086 t) y 5-XI-44 (1030 t). Ocupada por el Cuerpo de Ejército VIII americano el 29-III-45. En total fue destruido el 45 % de sus casas (80.600).



Francia en agosto de 1944: los Aliados han tomado París. Los libertadores son recibidos con profusión de banderas tricolores y de barras y estrellas.

Francia, país de Europa occidental situado al oeste de Alemania. La tercera República, bajo el primer ministro Daladier, declaró la guerra a Alemania, junto con Inglaterra, el 3-IX-1939. Mal preparada para una confrontación, tan sólo realizó algunas escaramuzas en pequeños puntos fronterizos al tiempo que se desarrollaba la campaña de Polonia. Tras la dimisión de Daladier, Paul Reynaud formó el 21-III-40 un nuevo Gobierno francés. El 10 de mayo de 1940 comienza la ofensiva alemana sobre occidente, dispuesta ya desde el otoño de 1939: en pocas semanas los Ejércitos de Francia (al mando, primero, del general Gamelin y, luego, de Weygand) y el Cuerpo Expedicionario Británico fueron derrotados. El 11-VI el Gobierno francés abandona París. La ciudad es ocupada por los alemanes tres días después. El Gobierno francés rehusó la oferta de unión con Inglaterra, formulada por Londres. La negativa trasciende el 16-VI. Dimite el Gobierno Reynaud y el mariscal Pétain se convierte en nuevo jefe de gabinete. En la noche del 17-VI, Francia propone un armisticio a Alemania, y el 20-VI también a Italia. Dos días después se firma el acta de alto el fuego en Compiègne. Francia quedó ocupada por los alemanes hasta una línea que comprendía Ginebra, Dôle, Tours, Mont de Marsan y la frontera española. En la Francia no ocupada, Pierre Laval forma parte del Gobierno (establecido desde el 1-VII-40 en Vichy), y se convierte con Pétain en primer ministro. El 18-VI-40 De Gaulle incita desde Londres a continuar la resistencia armada contra el atacante. Posteriormente formará un comité nacional a modo de gobierno en el exilio (véase Franceses Libres). Tras el desembarco aliado en el Norte de África, los alemanes ocuparon también la zona francesa no sometida aún hasta entonces a su control. El 6-VI-1944 se produce el desembarco aliado en Normandía, y el 15-VIII-1944 también en la costa mediterránea francesa. El Gobierno de Vichy, presidido por Laval, dimite. El 25-VIII-1944 entra en París el general De Gaulle y permanece hasta enero de 1946 como presidente de un gobierno provisional.



Francia bajo el dominio alemán. Un cartelón instalado en los Campos Elíseos (al fondo, el Arco de Triunfo) invita a visitar la exposición «El bolchevismo contra Europa».

Franco, Francisco, general y político español. Nacido el 4-XII-1892 en El Ferrol. En 1934, jefe del Estado Mayor. Inicia en 1936 el alzamiento contra el Gobierno del Frente Popular que conducirá a la guerra civil. Después de tres años



Generalísimo Franco

de luchas cruentas, Franco logró la victoria con ayuda de alemanes e italianos. Desde 1936, jefe del Estado. Durante la segunda Guerra Mundial fracasó una intervención directa de Hitler (23-X-40) para que España entrase en el conflicto.

Francotiradores y partisanos (FTP), véase Résistance.

Frank, Hans, político alemán nacido el 23-V-1900 en Karlsruhe y muerto el 16-X-46 en Nuremberg, ejecutado. Abogado, diputado del Reichstag en 1930 por el partido nazi. Ministro de Justicia de Baviera en 1933 y «comisario del Reich para la reforma de la justicia en las distintas regiones». Tras la ocupación de Polonia, gobernador general de los territorios ocupados. Frank se convirtió en el «rey sin corona» de Polonia, que aplicó un terror sistemático en su acción represiva contra la resistencia del país. Por otro lado se mostró en numerosos discursos completamente contrario a la arbitrariedad policiaca en el Reich. El 17-I-45 huye de Cracovia. Detenido en Bad Aibling tras la derrota de 1945. Fue el único que se reconoció culpable entre los 21 acusados del proceso principal de Nuremberg. Poco antes de su ejecución se hizo católico.



Hans Frank

«Freies Deutschland», Comité Nacional, organización creada el 12/13-VII-1943 en Krasnograd, junto a Moscú, por comunistas alemanes emigrados, tránsfugos y prisioneros de guerra (entre otros, Pieck, Ulbricht, Becker, *Feldmariscal* Paulus, general Seydlitz). Editó un periódico propio y puso en marcha una emisora. Realizó llamamientos para derrocar a Hitler y conseguir una Alemania libre y democrática dentro de las fronteras de 1937. Tras la guerra perdió su influencia y el 2-XI-1945 fue disuelta. Algunos de sus miembros, como los generales Vicenz Müller, Bamler, von Lenski y Korfes, contribuyeron de forma decisiva a la formación del Ejército popular en la República Democrática Alemana.

Italia y la idea del "mare nostro"

Al mismo tiempo que en la primavera de 1941 la estrella del colonialismo fascista italiano en África oriental tocaba a su fin, y tras cinco años de dominio sobre Etiopía las últimas unidades se veían forzadas a capitular, se cumplía otro sueño nacionalista de Benito Mussolini. El reino de los servios, croatas y eslovenos –nombre oficial de Yugoslavia– era conquistado por las tropas alemanas, que arrollaban también la resistencia griega. En ambos casos los grandes beneficiarios fueron los italianos. Durante todo el siglo XIX los ingleses habían dominado el mar Mediterráneo, y el Adriático –el «mare nostro» del creciente nacionalismo italiano– se hallaba prácticamente en manos de la Casa de Habsburgo, la monarquía austro-húngara tan odiada por los italianos. De la «Irredenta», el movimiento para la liberación de las tierras reivindicadas por Italia, sólo quedaban esperanzas y sueños temerarios. Una parte de esos sueños se hicieron realidad a finales de la primera Guerra Mundial, al entregarse a Italia el Tirol meridional y el gran puerto de Trieste en el Adriático. Pero Istria y Dalmacia, con tantos recuerdos del dominio centenario de la Serenísima República de Venecia, fueron a parar a las manos del reino recién formado de los servios, croatas y eslovenos.

El poeta Gabriele d'Annunzio, al frente de un grupo de voluntarios nacionalistas italianos, ocupó en 1920 de un golpe audaz, el segundo puerto en importancia del Adriático, Fiume, que debía ser internacionalizado. Mussolini, que intentó hacer lo mismo en 1923 respecto de Corfú, fracasó en la empresa. En el fascismo mussoliniano se mezclaba la vieja idea sindicalista de la formación del Estado a través de los grupos de producción y de las distintas profesiones, con el llamado «heroísmo patético» del iluminado d'Annunzio y la existencia, proclamada por los futuristas, de más acción e interés en el ámbito del progreso y la técnica. Mussolini, por su parte, añadió unas gotas de tradición, en la creencia de que conjurando el antiguo esplendor de las grandezas históricas daría a las generaciones jóvenes fuerza para la creación de un nuevo imperio.



El «rey emperador», Victor Manuel, y el «fundador del Imperio», Mussolini, en un cartel italiano.

En la primavera de 1941 los dirigentes fascistas vieron convertido en realidad su sueño de hacer del Adriático un «mare nostro». Mas no porque las unidades italianas mal pertrechadas y a menudo mal dirigidas, hubieran derrotado a Yugoslavia y Grecia, sino porque Hitler, ocupado en su plan contra la Unión Soviética, así lo decidió, dejando el establecimiento del «orden nuevo» en esos territorios a cargo de Mussolini. Y ello pese a que el *Duce*, con su acción unilateral del 15 de octubre de 1940 contra Grecia, en absoluto justificada –país que, además, mantenía cordiales relaciones con el Tercer Reich–, le había obligado a intervenir en los Balcanes.

Ya antes de la segunda Guerra Mundial, el 7 de abril de 1939, Mussolini había ocupado Albania y destronado al rey Zogu, en la búsqueda de un buen trampolín para atacar a los helenos. Ahora tomaba como botín Eslovenia e Istria. Croacia, enemiga mortal de los servios, fue declarada reino independiente y recibió como soberano a un sobrino del rey Víctor Manuel III, el duque Haimon von Spoleto («rey Tomislav IV»), que nunca se atrevió a poner los pies en sus dominios. La dictadura en Croacia la ejerció el movimiento insurreccional que siempre había sido protegido por el *Duce*, bajo el mando del *poglavnik* –jefe– doctor Ante Pavelic, mientras la costa de Dalmacia, con gran indignación de los croatas de todos los partidos, comprendido el insurreccional, quedó ocupada directamente por los italianos. El reino de Montenegro, desaparecido en 1918/1919, a cuya casa reinante pertenecía la reina Elena de Italia, debía reconstruirse de nuevo, pasando la corona del pequeño y valiente pueblo a la casa reinante italiana.

Los italianos ocuparon toda Grecia salvo dos enclaves militares que se reservaron los alemanes, Salónica y El Pireo. Mussolini nombró un virrey de Grecia. Pero cuando el 28 de marzo de 1941 la flota italiana intentó el ambicioso plan de cortar las comunicaciones marítimas entre Gran Bretaña y Grecia, sufrió un grave descalabro a la altura del cabo Matapán –sur del Peloponeso–, perdiendo 3 cruceros y 2 destructores; un acorazado resultó también con importantes daños como consecuencia del ataque de la Flota británica del Mediterráneo. Son los primeros signos de lo que ocurriría el 20 de mayo de 1941: el salto de los paracaidistas alemanes sobre Creta, bastión entre malta y Chipre; es decir, la Operación «Mercurio».

Walter Görlitz

Mussolini entra en la guerra

ENTRE EL TEMOR Y EL DESEO

Wolf Heckmann

Ya en los años veinte, cuando los círculos nacionalistas alemanes se dolían por la pérdida del Tirol meridional, entregado a Italia después de la primera Guerra Mundial, el joven Adolf Hitler se mostraba dispuesto a pagar ese precio por una alianza con los italianos. Con el «Pacto de Acero» del 22 de mayo de 1939, el deseo se hizo realidad, pero cuando llegó la hora de demostrar el valor del Eje Berlín-Roma, Mussolini sólo causó disgustos al «Führer».



Ciertamente, Joannis Metaxas, general y primer ministro griego, hubiera sido el complemento ideal de la alianza Mussolini-Hitler. Metaxas gobernaba su país con poderes dictatoriales desde 1936, no consentía oposición alguna, perseguía a sus enemigos políticos, simpatizaba con Alemania, imitaba a la Gestapo (Asfalia) y hasta había creado un movimiento juvenil al estilo de las Juventudes Hitlerianas (Ethniki Neoloa).
El 28 de octubre de 1940, a las tres de la mañana, se despertó a Metaxas, que contaba entonces 69 años, por orden del plenipotenciario italiano, general Emmanuel Grazzi.
«¿No podía esperar hasta la salida del sol?», preguntó a su visitante, mientras recogía el papel que le tendía Grazzi. Se trataba de un ultimátum: en el plazo de tres horas, Grecia debía dar su consentimiento para que tropas italianas ocuparan puntos estratégicos –sobre los que no se daba ningún dato concreto– a lo largo y a lo ancho del territorio griego.
Metaxas lanzó el papel sobre su mesa de trabajo y replicó sin dudarlo un solo instante: *Oji!* (¡No!). Dos horas y media después, sin aguardar a que expirase el plazo del ultimátum, entraban en Grecia las tropas italianas que habían partido de sus posiciones en Albania.
Más tarde, poco antes de las once de la mañana, el *Duce* no podía contener su nerviosismo mientras paseaba por el andén de la estación de Florencia en espera del tren especial de su aliado, Adolf Hitler. Constantemente Mussolini preguntaba a sus acompañantes si no había llegado ninguna noticia sobre las victorias en el frente griego. Pero no llegaban. Así, sólo pudo recibir al dictador alemán con estas palabras:
«¡*Führer,* nos encontramos en pleno avance!»
El *Duce* todavía estaba convencido de lograr en diez días la derrota de los mal pertrechados griegos y de poder presentar ante los ojos de su rival y aliado una «victoria relámpago».
Por lo menos una cosa le parecía segura: que el pueblo griego en ningún caso formaría frente común, después de los años que llevaba debatiéndose en problemas internos. ¿No se había procurado, acaso, su yerno y ministro de Asuntos Exteriores, conde Ciano, la influencia de importantes grupos de Atenas a cambio de sumas considerables? Por otra parte, Joannis Metaxas no podía contar con la menor colaboración, le odiaban por igual los comunistas, los monárquicos y los liberales pro-británicos de Eleutherios Venizelos.
Ese 28 de octubre lo vivió en Atenas la escritora británica Olivia Manning, que más tarde relataría: «Alarmada por el ruido de las sirenas decidí bajar a la recepción. El portero gritaba por teléfono. Luego, al verme, soltó el aparato y exclamó: '¡Grecia está en guerra! ¡Somos aliados! ¡Lucharemos juntos!'»
Y mientras iba creciendo la aglomeración de huéspedes en derredor, el portero contó la entrevista de aquella madrugada entre Grazzi y Metaxas, con la escueta respuesta de éste. Recuerda Olivia Manning: «*Oji!,* dijo el portero, y luego repitió, pegando cada vez un



«Credere, obbedire combattere»: creer, obedecer, combatir. A los fascistas italianos no les faltaban grandes palabras y consignas, pero cuando llegó el momento de hacer realidad el sueño de Mussolini del «mare nostro», sus soldados fallaron en todos los frentes.

fuerte puñetazo sobre la mesa: *Oji! Oji! Oji!*».

Amargo para Mussolini y mucho más para sus soldados que, a millares, caerían en las montañas de Pindos. El orgullo nacional griego era superior a sus diferencias internas. Y supone una ironía de la historia el hecho de que precisamente el más cultivado, el más humano de los dos dictadores del Eje, fuera quien, sin necesidad alguna desencadenara la guerra en los Balcanes. El más veterano en el oficio, el *Duce,* no había sentido durante mucho tiempo el menor respeto por su colega. El primer encuentro en Venecia le dejó convencido de la falta de personalidad del alemán.

Sin embargo la neutralidad de Hitler en la cuestión de Abisinia y la acción común al lado de Franco en la guerra española, aproximaron a los dos dictadores hasta llevarles a la creación del «Eje Berlín-Roma».

Una sensación de temor

El ex suboficial Mussolini, que durante la primera Guerra Mundial rompió por convicción nacionalista con sus amigos socialistas y luchó contra las tropas austríacas, fue cayendo cada vez más, bajo la influencia de Hitler. Durante su visita a Berlín en 1937 apenas pudo reconocer a su inhábil huésped de Venecia. Por el contrario, tuvo ante sus ojos a un Hitler rodeado por el júbilo exultante de las masas y el paso atronador de los desfiles militares. La figura del *Führer* infundió al *Duce* un respeto no exento de temor.

Apenas de regreso en Italia impuso a su Ejército el «passo romano», una copia bastante aceptable del «paso de parada» alemán. Aún no se había convertido en el compañero de viaje sin voz ni voto, pero acababa de emprender el camino.

Inglaterra consiguió de la Sociedad de Naciones una serie de documentos condenatorios contra Italia por la invasión de Abisinia. Pero los soldados y los cañones cruzaron por delante de los bastiones británicos y hasta llegaron al campo de batalla a través del canal de Suez. Hitler prefirió negociar.

El 12 de marzo de 1938 las tropas alemanas ocuparon Austria. Todavía cuatro años antes, cuando tras el asesinato de Dollfuss se daba como posible un golpe de Estado nazi, el *Duce* había organizado una marcha de advertencia hasta el Brénnero. Pero en esta ocasión aceptó el hecho consumado que le participó esa misma noche del día doce el *Führer,* en un mensaje personal que entregó a Mussolini el príncipe Philipp von Hessen. Al menos una cosa quedó clara para Mussolini: a quién no desearía nunca tener por





Mussolini rodeado de su guardia. Los rostros decididos y los puñales en alto son signos del sentido de milicia del fascismo (foto superior).

Después de recorrer juntos Florencia, Hitler y Mussolini saludaron sonrientes a la multitud desde el balcón del Palazzo Vecchio. Los dos aparecieron satisfechos y dando signos de la mayor armonía. Sin embargo, ninguno de los dos tenía motivos para sentirse alegre: Hitler había llegado tarde para impedir el ataque italiano a Grecia y Mussolini había aguardado inútilmente las noticias de los primeros éxitos en el frente (a la izquierda).

enemigo. Durante la crisis de los Sudetes contuvo un tanto a Hitler sin dejar de estar totalmente de su parte. El Tratado de Munich apenas resistió medio año. El desmembramiento de Checoslovaquia no trajo mayores consecuencias: en un mundo en el que, por lo visto, sólo era preciso alargar la mano, Italia se encontraba con las suyas vacías.
El 7 de abril de 1939, las tropas italianas ocuparon Albania. El pequeño reino al otro lado del Adriático llevaba mucho tiempo bajo la influencia italiana. El rey Zogu huyó y las tropas albanesas, siguiendo a sus instructores italianos, pasaron a engrosar los ejércitos del *Duce*. Al parecer, el rey de Italia manifestó su desacuerdo con la operación, pero después del éxito, no tuvo nada en contra de que la corona fuera a añadirse a la de Emperador de Etiopía que le había ofrecido su «Capo del Governo».
Los frentes en Europa se delimitaban. Por medio del «Pacto de Acero» del 22 de mayo de 1939, Italia y Alemania quedaron vinculadas la una a la otra; en el caso de que una de las potencias firmantes se viera envuelta en un conflicto, la otra parte estaba obligada a acudir en su ayuda con todas sus fuerzas. En caso de guerra ninguna de las dos potencias podría permitirse una paz por separado. Las cuestiones referentes a los intereses comunes se deliberarían por medio de consultas.

Rigurosamente anticuados

Pero mientras Hitler, apenas veinticuatro horas después de firmado el pacto, comunicaba confidencialmente a los jefes militares alemanes su propósito de atacar a Polonia en cuanto se presentase la primera oportunidad, el *Duce* no estaba preparado en absoluto para la guerra. En una carta al *Führer* sobre el alcance del pacto, el *Duce* hacía saber que Italia necesitaba un período de paz de tres años. Antes de 1943 no estaría su Ejército en condiciones de ir a una guerra.
Para Berlín el contenido de la carta no era ninguna novedad. El agregado militar alemán en Roma, Enno von Rintelen, había informado ampliamente sobre lo mal equipadas que se encontraban las tropas italianas. Pero un informe a este respecto del departamento «Ejércitos Extranjeros» fue suspendido por orden del *Führer*. El propio Enno von Rintelen cuenta en su libro «Mussolini als Bundesgenosse» («Mussolini como aliado»), que un buen día fue llamado al Ministerio de Asuntos Exteriores en la primavera de 1939, y recibió el encargo de Ribbentrop de enviar a partir de ese momento notas positivas sobre las fuerzas armadas italianas.
Según Rintelen, Italia tenía entonces en armas entre 300.000 y 450.000 hombres. La formación sufría las secuelas de diversos problemas: tanto los aspirantes a oficiales en activo como los de la reserva debían seguir los mismos cursos, en idénticas escuelas antes de ser nombrados oficiales.
Tan sólo las milicias fascistas –cuatro divisiones en caso de guerra– estaban entrenadas de acuerdo con los modernos principios militares.
Tanto la artillería como los carros resultaban rigurosamente anticuados y la capacidad de la industria italiana no permitía mejorar la situación a corto plazo. Por si fuera poco, Italia carecía de divisas y de materias primas.
En consecuencia, no fue el amor al prójimo lo que movió a Mussolini a desplegar una actividad extraordinaria para impedir que estallara la guerra a finales del verano de 1939. Unos meses antes, en abril, el *Duce* había dicho a Göring que, cuando llegara el momento, él se ocuparía de Francia. Pero se había guardado mucho de señalar fecha.
Así y todo, Hitler anuló el 25 de agosto su orden de atacar a Polonia un día después, al conocer, junto a la noticia de la alianza anglo-polaca, la de que Italia no estaba preparada para entrar en la guerra. Los dos dictadores, sin embargo, terminaron poniéndose de acuerdo en que Italia iniciaría de inmediato preparativos bélicos con objeto de amedrentar a Francia e Inglaterra.
Entretanto, Mussolini y Ciano oscilaban entre el deseo y el temor: en el caso de que las potencias occidentales atacaran, lo mejor era mantenerse fuera del conflicto. Pero si el *Führer*, una vez más, conseguía salirse con la suya y apoderarse de nuevos territorios, lo conveniente era estar dentro y tomar parte en el reparto del botín. De nuevo venció el temor: Mussolini asestó un golpe por la espalda a su aliado al comunicar a los embajadores de Francia e Inglaterra que Italia no entraría en el conflicto. Esto sucedió el 1 de septiembre: el ataque alemán a Polonia había comenzado ya; dos días después Inglaterra y Francia declaraban la guerra al III Reich.
Entre las pocas convicciones permanentes del voluble Mussolini figuraba su anticomunismo militante, de ahí que se mostrara contrario al entendimiento de Hitler con la Unión Soviética. Y cuando Stalin atacó Finlandia, el 30 de noviembre de 1939, el *Duce* envió armas y voluntarios en ayuda de los fineses. El ambiente italiano no era del todo favorable a Alemania. Incluso en un discurso pronunciado ante el Parlamento, el conde Ciano criticó el comportamiento alemán.
El 1 de marzo de 1940, Inglaterra endureció las medidas de bloqueo en el Mediterráneo. Fueron detenidos incluso los barcos neutrales que llevaban carbón a Italia. Diez días después Ribbentrop firmaba en Roma un acuerdo por el que Alemania garantizaba a Italia la entrega mensual de un millón de toneladas de carbón. El 18 de marzo se celebró el encuentro en el Brénnero entre Hitler y Mussolini.
El 10 de mayo, el día del ataque alemán hacia el Oeste, Winston Churchill fue nombrado primer ministro británico. Pocas fechas después envió a Mussolini un mensaje amistoso incitándole a la paz y asegurándole que él no era un enemigo de la grandeza italiana.
La respuesta del *Duce* fue muy fría. Mussolini recordaba a Churchill «que había sido Inglaterra la que el año 1935 organizó las sanciones contra Italia en el momento en que los italianos trataban de conseguir un pequeño puesto bajo el sol africano». Sin embargo, los hechos heroicos no estaban ya al alcance de las tropas italianas, cuando el 10 de junio el *Duce* declaró la guerra a Inglaterra y a la derrotada Francia. Enno von Rintelen, nombrado «general alemán en el Cuartel General de los Ejércitos italianos», narra cuál no sería su estupor al enterarse de que los aliados italianos carecían de un plan de ofensiva para el caso de una guerra contra Francia. Su planteamiento en el frente alpino era puramente defensivo. De ahí que el ataque italiano no empezara hasta el 18 de junio. Un día antes, el mariscal Pétain había solicitado de Hitler el armisticio.

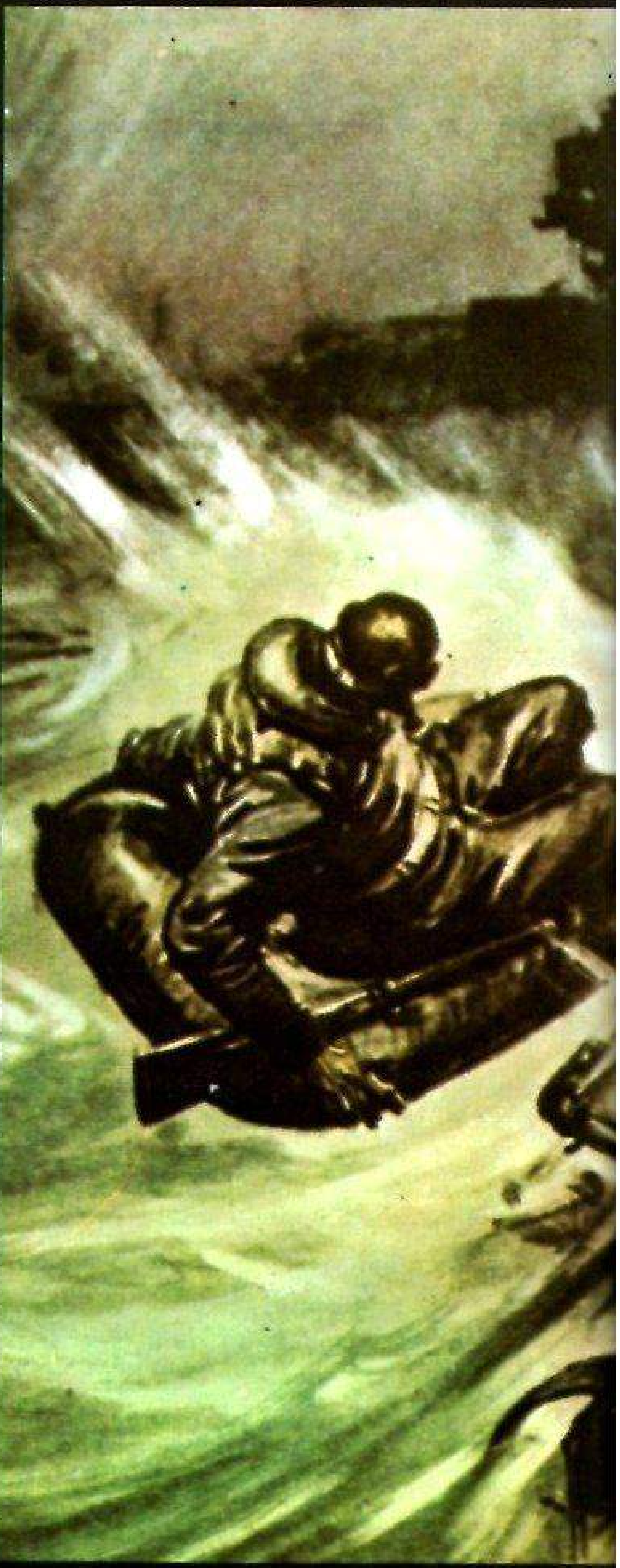
Cercada en su propio mar

El mariscal Pietro Badoglio se mostró contrario al ataque, pero el *Duce* se impuso aduciendo que Italia no podría tener parte en el botín si no participaba en la lucha.
Las esperanzas de Mussolini de tomar parte en el botín quedaron cruelmente defraudadas. En este caso fue Hitler quien se ocupó de frenar los deseos de su compañero. El *Führer* seguía confiando en un arreglo con Inglaterra, por lo que no estaba dispuesto a imponer a Francia condiciones demasiado duras, que sólo abonarían la resolución británica de proseguir la guerra. Al lanzar Hitler su llamamiento a Inglaterra para que entrase en razón, durante su triunfal discurso del 19 de julio, ante el Reichstag, Mussolini temió que Churchill terminara doblando la rodilla.
Pero ni siquiera después de conocer la decisión de Churchill corrigió Hitler su política respecto de Francia.
Existía el peligro de que el potencial de Francia en África, bajo la administración del Gobierno de Vichy, escapase a las manos del mariscal y pasara a fortalecer la posición inglesa. Mussolini tuvo

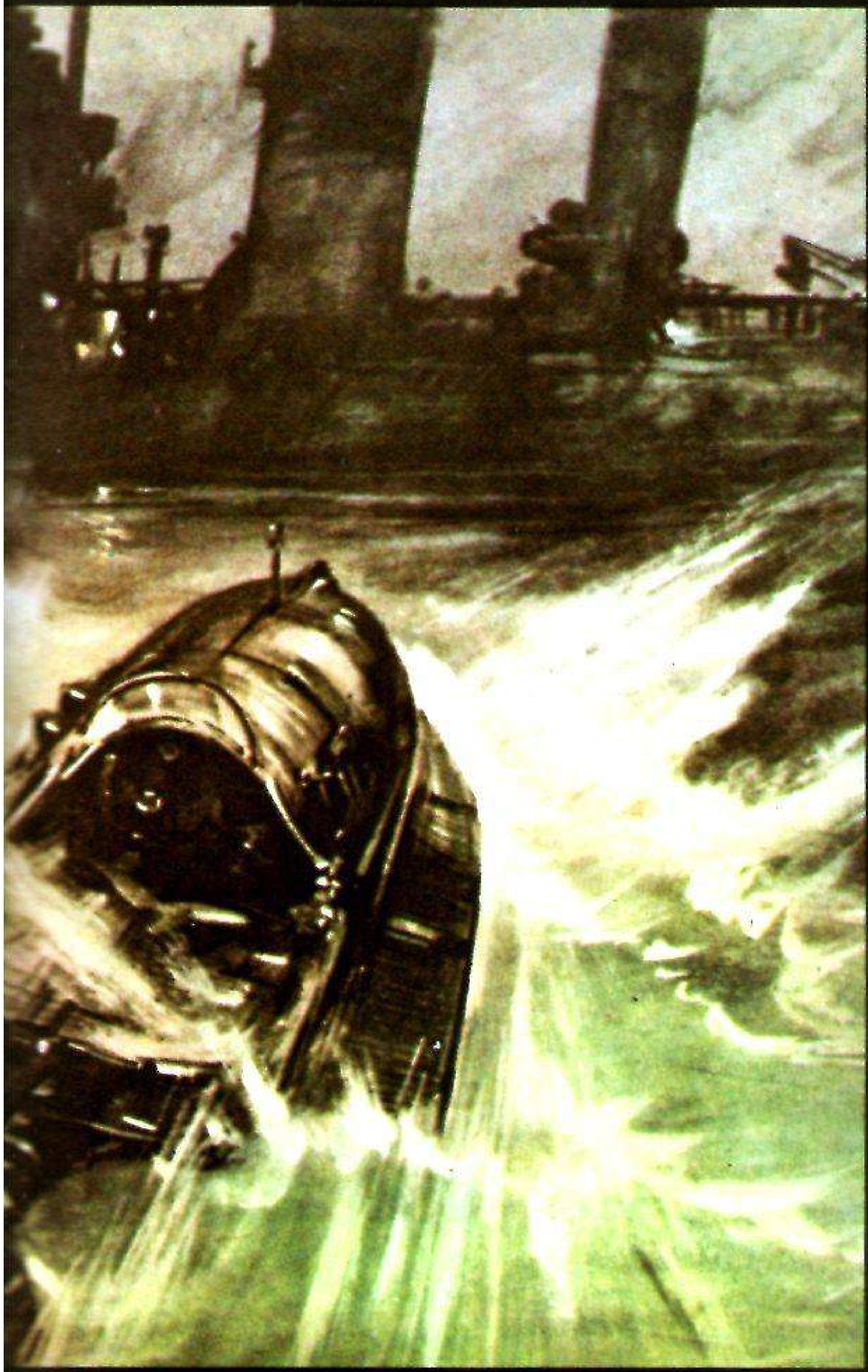
que conformarse con la anexión de unos escasos territorios del Mediodía francés.
En contra de lo que sucedía respecto de Alemania, la guerra no había proporcionado a Italia, nada positivo, muy al contrario. Había sido cercada «en su propio mar» como en un saco. Las salidas, Gibraltar y el canal de Suez, estaban guardadas en esta ocasión por decididos soldados británicos. Y por si fuera poco, en la ruta marítima hacia las colonias italianas del Norte de África se encontraba Malta, armada hasta los dientes. Con ello Abisinia y Somalia quedaban prácticamente fuera del alcance de la metrópoli. Sólo se podía llegar a ellas por vía aérea sobrevolando Sudán.

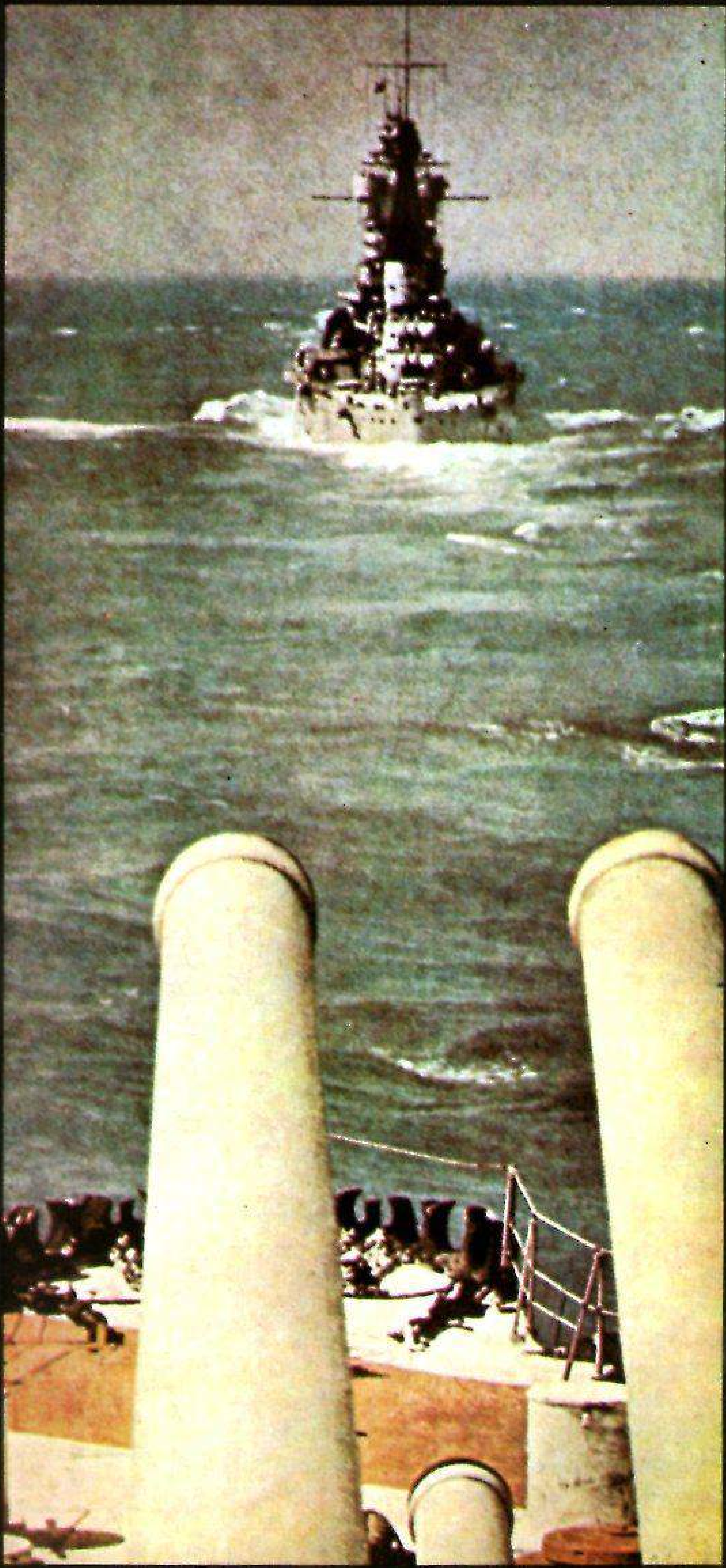
Tratados como parientes pobres

Y la situación iba de mal en peor. La derrota de Francia proyectaba sus consecuencias sobre los Balcanes. Tras la anexión de Albania por Italia, Inglaterra y Francia habían garantizado la soberanía de Grecia y Rumania. A esto se añadió la promesa turca de ayudar a los Aliados si en virtud de esa garantía se vieran en la necesidad de atacar. En el momento en que Francia cesó de ser una potencia internacional, Rumania se apresuró a denunciar el acuerdo. Por el mismo motivo, Turquía se declaró neutral. Esta evolución llevó a Stalin a exigir en forma de ultimátum la devolución de Besarabia, anexionada por Rumania tras la primera Guerra Mundial. Bajo la presión de Hitler, Mussolini tuvo que dar su conformidad a las pretensiones soviéticas.
En los Balcanes, territorio del máximo interés para el *Duce*, las fronteras comenzaron a desplazarse sin que los italianos recibieran nada. Bulgaria y Hungría, siguiendo el ejemplo de Stalin, pidieron a su vez a Rumania la entrega de territorios. Hitler cuidó de que también ellos fueran complacidos. Era una forma de subrayar la hegemonía alemana en esta zona. Casi daba la impresión de que la firma de Ciano al lado de la de Ribbentrop en el «Wiener Schiedssprüchen», en el que se especificaba el nuevo orden fronterizo, no pasaba de ser una pequeña atención hacia los parientes pobres.
Para el orgullo nacional de Mussolini todo esto suponía un duro golpe. Precisamente el movimiento fascista se había iniciado como una protesta contra el exiguo botín conseguido por Italia durante la primera Guerra. Por otra parte, la anexión de Albania, al otro lado del Adriático, la había realizado Italia para disponer de una cabeza de puente en dirección a sus próximos objetivos: Yugoslavia y Grecia.
En los momentos en que no le cegaba la emoción Mussolini comprendía, sin embargo, que el ambicioso plan de Hitler también beneficiaba a Italia: el *Führer* deseaba aliar a España, a la Francia no ocupada y sus territorios de ultramar e, incluso, a la Unión Soviética, en su campaña contra Inglaterra, y luego de expulsados los ingleses de Gibraltar y Egipto, comenzar con el establecimiento del «nuevo orden en Europa». Por esta razón Hitler animaba al *Duce* a atacar cuanto antes a los ingleses desde Libia, en tanto él trataba de conseguir el asentimiento de nuevos aliados.
En principio, la situación en África no se presentaba del todo desfavorable para el *Duce*. Su comandante supremo en esos territorios, mariscal Graziani, disponía de 215.000 hombres frente a los 36.000 por parte de los ingleses. Graziani retrasaba la ofensiva pese a que el tiempo apremiaba, porque si bien el Almirantazgo británico había dado la orden –según cuenta Churchill en sus Memorias– de abandonar el Este del Mediterráneo y de concentrarse sobre Gibraltar, el propio primer ministro era de una opinión muy diferente. Churchill envió refuerzos a Egipto, sobre todo material pesado: cañones y carros; envío que, para indignación del jefe del Gobierno, no siguió el camino más directo –el Almirantazgo temía a la Flota italiana en el Mediterráneo– sino que efectuó el inmenso rodeo del cabo de Buena Esperanza.
Por fin Mussolini dio la orden de atacar el 13 de septiembre, bajo la amenaza de destituir a Graziani si no obedecía. «Nunca se llevó a cabo una operación bélica tan en contra de la voluntad del comandante en jefe», escribiría Ciano en su diario. Las tropas inglesas se replegaron con astucia, causando al atacante pérdidas de importancia. Graziani apenas logró avanzar 90 km y tomar Sidi el-Barrani, con lo cual creyó demostrado su ardor guerrero y se dedicó, entre otras cosas, a construir una conducción de agua, a lo largo de 150 km, entre Sollum y Sidi el-Barrani. Mussolini le urgía en vano para que continuase la lucha. Churchill tuvo así tiempo suficiente de hacer llegar sus refuerzos a Egipto.
Al parecer, tampoco en África se podría ganar tierra ni gloria. Los ojos del *Duce* se volvieron una vez más hacia el Adriático, pese a que no ignoraba que Hitler estaba empeñado en mantener la calma en los Balcanes. La menor actividad de las potencias del Eje brindaría a Inglaterra un motivo suficiente para intervenir a su vez en Grecia y Yugoslavia.
Los acontecimientos terminaron por fortalecer su resolución. El 4 de octubre volvió a encontrarse con Hitler en el













En principio Mussolini poseía todo lo necesario para dominar el Mediterráneo. Tanto su aviación –a la izquierda, en la página opuesta, la dotación de un bombardero poco antes de despegar– como su flota naval –arriba un crucero en misión de vigilancia– eran numéricamente superiores a las de los ingleses. Sin embargo, Italia no consiguió ningún triunfo sonado. Ni siquiera pudo expulsar a los ingleses de Malta (a la izquierda un cartel de propaganda: «Bombas sobre Malta»). Uno de sus pocos éxitos fue el ataque al crucero británico «York» –dibujo arriba a la izquierda– en la bahía de Suda, el 26 de marzo de 1941.

Brénnero. Para entonces el general rumano Ion Antonescu había derrocado el Gobierno y establecido su dictadura en el país. El general, que sentía grandes simpatías por Alemania, había rogado a Hitler que enviara a Rumania instructores para entrenar sus tropas. Hitler aprovechó para ocupar Rumania en completo acuerdo con Antonescu. Mientras el *Führer* hablaba con Mussolini, la División acorazada 16, marchaba hacia Rumania pero, acerca de esto, no dijo a su interlocutor una sola palabra. Mussolini estaba indignado.

Como un alcalde de aldea

El 15 de octubre se celebró en el Palazzo Venezia de Roma una reunión para tratar el tema de las operaciones contra Grecia. El *Duce* era partidario de ocupar el Epiro hasta el golfo de Arta con el importante puerto de Prébezsa. Badoglio se opuso: las fuerzas concentradas en Albania eran insuficientes. Pero tanto el conde Ciano como el comandante supremo de las tropas destacadas en Albania, Visconti-Prasca, así como el gobernador italiano en aquel país, Jacomini, manifestaron la opinión de que no se opondría la menor resistencia por parte griega. Muy al contrario, el dadivoso Ciano había recibido seguridades de ciertos círculos griegos de que sólo estaban aguardando para poder saludar a sus libertadores italianos.

Mussolini prohibió que se informara a los aliados alemanes. Cuando al darse cuenta de la concentración de tropas que se estaba efectuando en la frontera albano-griega, el general alemán von Rintelen pidió sobre ello explicaciones a Badoglio, recibió como respuesta que se trataba de medidas preventivas ante la eventualidad de un desembarco británico en Grecia.

Por su parte, el *Duce* recurrió a las tretas de un alcalde de aldea a la hora de buscar una coartada: el 19 de octubre escribió una carta a Hitler advirtiéndole que no podría aguantar durante mucho tiempo las provocaciones griegas. Esta carta fue enviada el día 23 con un correo a Berlín, pese a que Mussolini sabía de sobra que Hitler se encontraba por aquel entonces en la frontera española para entrevistarse con Franco. Finalmente, el 27 de octubre a las 9 de la noche, el conde Ciano informó al encargado alemán de negocios, príncipe Otto von Bismarck, que Italia transmitiría a Grecia un ultimátum en las próximas seis horas. Hitler se enteró de estas noticias en la estación de Bolonia. Una hora después se entrevistaba en Florencia con Mussolini.

Visconti-Prasca sabía perfectamente que al menos una de las afirmaciones propagandísticas de su jefe era falsa: con objeto de no dar motivo a una intervención, Grecia no había movilizado sus tropas. Y sin duda llevaría mucho tiempo concentrar a los reservistas, dadas las dificultades de comunicación que reinaban en el país. De ahí que en su Estado Mayor nadie se hubiera tomado la molestia de considerar la posibilidad de una contraofensiva griega. Las fuerzas italianas se pusieron tranquilamente en movimiento en tres columnas:

- La primera hacia Florina y Salónica, partiendo de Koritza, al suroeste de los lagos de Prespa y Ocrida.
- La segunda hacia los montes Pindos, partiendo del centro de la frontera con Grecia.
- La tercera debería cruzar la frontera por el sector de la costa y tras ocupar la ciudad de Ioannina, tierra adentro, seguir hasta el mar por el puerto de Prébezsa.

Las débiles fuerzas griegas organizaron la resistencia de inmediato. Por el norte el ataque quedó detenido ya en el primer día. En el centro, la división especial alpina lograba abrirse paso lentamente por los montes Pindos y en el sur sólo se podía hablar de éxito a medias.

El comandante supremo de las Fuerzas Armadas griegas, general Papagos, de la necesidad supo hacer su fuerza: el ligero equipo de su infantería redoblaba la capacidad de sus soldados en campo abierto, sobre un terreno, que además, conocían perfectamente. Los soldados se aprovecharon de ello. Surgían de pronto, en cualquier parte, y obligaban a los italianos a retroceder en dirección de la frontera albanesa. Cuando el Mando italiano se quiso dar cuenta de la táctica ya era demasiado tarde, al menos en dos puntos:

- En los montes Pindos la División 3 alpina había sido encerrada por los griegos en una especie de callejón sin salida.
- En el norte, en los altos de Koritza, no tardaron en aparecer los griegos, incluso con artillería.

Entretanto se iban incorporando los reservistas, y el general Papagos, sin abandonar la presión en los Pindos, pudo cerrar el 17 de noviembre el cerco sobre Koritza. La derrota en el interior obligó a retroceder a las fuerzas que operaban en la costa y que el 8 de noviembre habían conseguido alcanzar las riberas del Aqueron.

El 22 de noviembre cayó Koritza. Veinticuatro horas después no quedaba un solo soldado italiano sobre suelo griego. Inglaterra a su vez, pasó al ataque. Churchill no pudo hacer mucho por Metaxas, salvo enviarle la ayuda simbólica de un par de escuadrillas de aviación y unos pocos soldados. Pero el 8 de noviembre el primer ministro británico se enteró de un plan tramado por sus generales en Egipto, Wavell y Wilson, que, utilizando sus propias palabras, le produjo «un ronroneo como de seis gatos».

Los dos generales estaban cansados de esperar en su posición de Marsa Matruh a que el general Graziani se decidiera a reemprender la ofensiva desde Sidi el-Barrani. Su plan consistía en aprovechar al máximo la capacidad de sus soldados, que si bien se encontraban en inferioridad numérica, estaban bien equipados y con ganas de entrar en combate. Su propósito era mover sus tropas en marchas nocturnas sin que se diera cuenta el enemigo y asestar un golpe contra Sidi el-Barrani. Churchill y su Gabinete de guerra dieron su conformidad: «El objetivo bien merecía el intento». Mientras se procedía a los preparativos de la operación, el almirante Cunningham, comandante de la Flota británica en el Mediterráneo, envió la noche del 11 de noviembre al portaaviones «Illustrious» a medio camino entre Malta y Tarento. Una vez en el punto indicado, los aviones volaron sobre el golfo en que se encontraba anclada la flota de Mussolini. En menos de dos horas, al amparo de la oscuridad, 20 *Swordfish* —aviones torpederos— pusieron a la mitad de la Marina de guerra italiana fuera de combate para muchos meses, resultando gravemente alcanzados, entre otros, tres buques de línea. Por parte británica dos aparatos no regresaron al portaaviones.

Derrotados en todos los frentes

Churchill observó con cierta satisfacción que una escuadrilla de bombarderos italianos, escoltada por 60 cazas de la misma nacionalidad tomó parte ese mismo día en un ataque aéreo contra Inglaterra por expreso deseo de Mussolini. Los cazas británicos salieron a su encuentro y derribaron 8 bombarderos y 5 cazas. Churchill: «Esta fue la primera y última vez que se atrevieron a visitarnos». Mientras tanto 25.000 hombres ensayaban en el desierto egipcio las características del ataque. Al amanecer del 9 de diciembre empezó la operación. En la tarde del día 11, Sidi el-Barrani había sido reconquistado y Churchill recibía un mensaje en el que se decía que resultaba imposible contar los prisioneros pero que «habría unas cinco fanegas de oficiales y unas doscientas de soldados». En dos días Graziani había perdido dos divisiones. El Mediterráneo estaba dominado por los ingleses desde Alejandría, Malta y Gibraltar. Los griegos habían avanzado 50 km dentro del territorio albanés y Libia amenazaba perderse.

Hitler no tuvo más remedio que prepararse para el ataque. □



William Lawrence Shirer

Diario

Berlín, 24 de septiembre de 1940

Durante la noche pasada los británicos han realizado aquí un buen trabajo. A lo largo de cuatro horas han bombardeado la capital alcanzando buenos objetivos. Muchas de las fábricas del norte de la ciudad han sufrido daños, así como la fábrica de gas y la estación de ferrocarril.
Sin embargo, tenemos prohibido informar sobre ello. Se nos ha hecho saber de modo oficial que no podemos enviar una sola línea que tenga trascendencia militar.
Durante el bombardeo he caído en la cuenta de que el mejor refugio lo posee Adolf Hitler. Los especialistas piensan que es prácticamente imposible que muera en él. El refugio se halla a gran profundidad y está construido en acero y cemento, cuenta con un sistema propio de aire y electricidad e, incluso, dispone de una sala de cine. La salida se halla garantizada a través de complicados túneles que van a desembocar a distintos puntos de los alrededores de la Cancillería.

27 de septiembre de 1940

Hitler y Mussolini se han sacado de la manga una nueva sorpresa. Hoy al mediodía Italia, Japón y Alemania han firmado en la Cancillería del Reich una alianza militar dirigida contra los EE UU. En los círculos nazis, por lo menos, los censores me han prohibido que dé cuenta de este hecho en mi crónica –como era de esperar. He tenido que echar mano de mil recursos para dejar clara la cosa en mi emisión.

3 de octubre de 1940

Me han informado confidencialmente que Hitler y Mussolini se encontrarán en secreto mañana en el Brénnero. Hitler abandonó ayer Berlín con el misterio de costumbre. Como los viajes del «Führer» se consideran «cosa militar» no nos podremos referir a éste en nuestros servicios informativos (Himmler cuida de que el estandarte del «Führer» siga ondeando en el mástil de la Cancillería, para que nadie se aperciba de que el gran hombre está ausente).

4 de octubre de 1940

Poco después del mediodía se ha hecho público el comunicado oficial de la entrevista. La nota no contiene el menor detalle, salvo que el general Keitel estaba presente. El Ministerio de Asuntos Exteriores nos ha puesto en guardia sobre el riesgo de las especulaciones. Y, sin embargo, especulo: en mi opinión, en los últimos tiempos han surgido suficientes diferencias entre los componentes del Eje, como para que Hitler haya creído necesario entrevistarse con el «Duce». Posiblemente –y es una conjetura– Mussolini está molesto porque Hitler, al parecer, ha decidido abandonar el plan de invadir Gran Bretaña este otoño. Eso retrasa la ofensiva en el desierto egipcio, donde las tropas italianas aguardan el momento de lanzarse al ataque.

5 de octubre de 1940

Resulta divertido leer los periódicos alemanes de hoy. Informan ampliamente sobre la entrevista Mussolini-Hitler, pero no escriben una sola línea sobre lo que se trató en ella, ni sobre lo que la hace tan importante. En la actual atmósfera totalitaria, en la que las palabras han perdido su valor, todo puede convertirse en verdad por obra y gracia de la prensa controlada.
Hoy ha empezado la quinta semana del ataque aéreo contra Inglaterra. Los alemanes están muy indignados porque, pese a las bombas, los británicos no parecen dispuestos a darse por vencidos. Los nazis no pueden contener su odio contra Churchill, que continúa dando esperanzas a su pueblo de que al final será el vencedor, en vez de rendirse como han hecho hasta ahora todos los contrincantes de Hitler.

15 de octubre de 1940

He estado reflexionando sobre ciertos asuntos personales y me he decidido a tomar algunas resoluciones. Desde hace tiempo recibo informaciones en el sentido de que Hitler está dispuesto a invadir España y tomar Gibraltar, quiéralo o no Franco. Eso supondría que mi familia en Ginebra se encontraría con el camino cerrado a la hora de la huida. La única ruta abierta entre Europa y América, pasa por Suiza, por la Francia libre, España y Portugal. Lisboa es la última ciudad desde la que aún parten barcos y aviones para los EE UU. Si sucede lo peor yo todavía podré salvarme atravesando Rusia y Siberia, pero no es ésta la aventura más adecuada para una niña de dos años. Pese a que Tess preferiría quedarse en Suiza, al final se ha dejado convencer y está dispuesta a marcharse a casa a fin de mes. En diciembre me iré yo. Mi permanencia aquí no tiene sentido. Hasta hace poco, y pese a la censura, he podido informar con honradez sobre Alemania. En los últimos tiempos, sin embargo, la cosa se ha ido haciendo cada vez más difícil y hoy resulta prácticamente imposible.

Ginebra, 23 de octubre de 1940

A primera hora se han ido Tess y Eileen en un autobús suizo. La niña estaba encantada de verse en el autobús. Menos mal que no alcanza a comprender la tragedia de los restantes viajeros. La mayor parte de ellos eran judíos alemanes, llenos de miedo, temerosos de que los franceses les entreguen a los esbirros de Himmler o los españoles les pongan en la frontera. Si consiguen llegar a Lisboa estarán a salvo, pero Lisboa está lejos.

Munich, 25 de octubre de 1940

Un aterrizaje forzoso más, en medio de la niebla. El aparato no puede seguir hasta Berlín. Tomaré el tren de por la noche. Bares, restaurantes y cafés están llenos de bávaros joviales. He tenido una sorpresa: ya no gritan cada dos por tres, «Heil, Hitler!».

Berlín, 27 de octubre de 1940

Dentro de unos días regresará a casa Ed Hartrich. Por mi parte, volveré al hogar a principios de diciembre. Harry Flannery viene de St. Louis para hacerse cargo de nuestra tarea aquí.

20 de noviembre de 1940

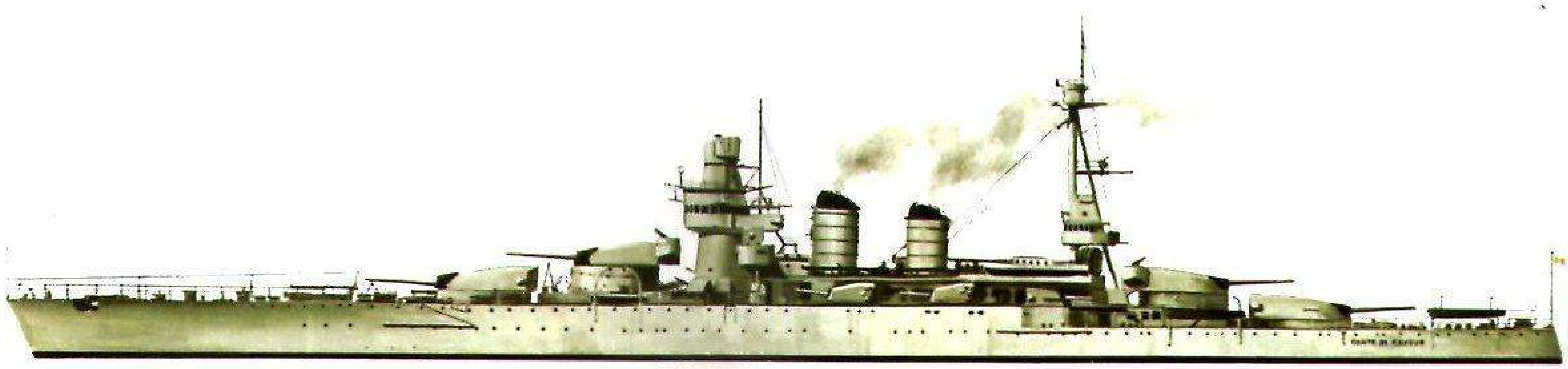
Hoy es el «Día de la Penitencia», una festividad protestante. Me marcharé el 5 de diciembre a Lisboa, si para entonces he ganado mi batalla burocrática contra el papeleo. El viaje deben autorizarlo el Ministerio de Asuntos Exteriores, la policía, los servicios secretos y no sé cuántos departamentos más. Necesito también el visado español y portugués. Todo muy largo y complicado.

4 de diciembre de 1940

Por fin tengo listos mis papeles. Aquí ya no tengo nada que hacer, como no sean las maletas.

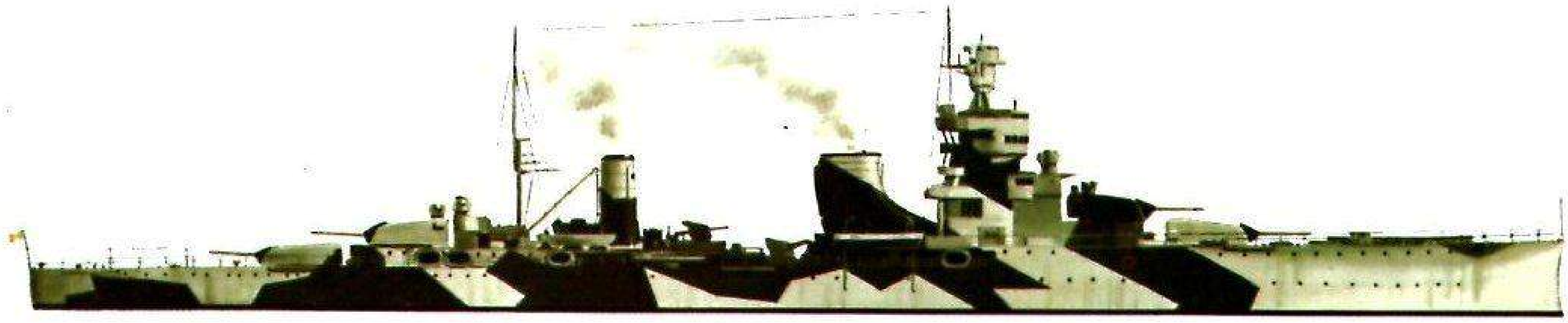
□

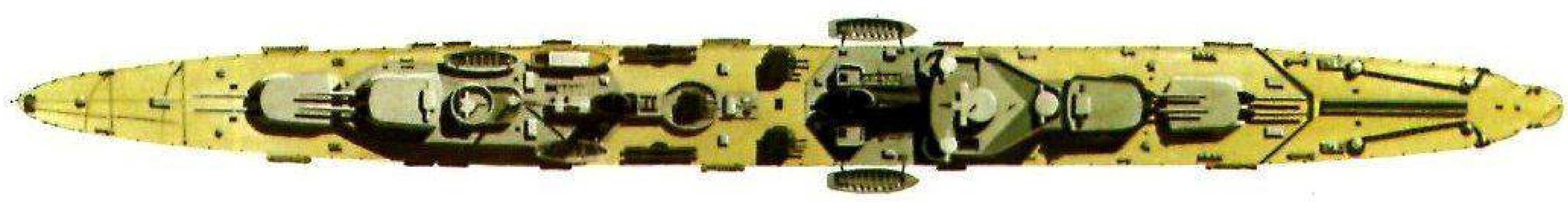
Concluye aquí la versión española del «Diario» de W. L. Shirer, publicada con autorización de la Editorial Paul R. Reynolds, de Nueva York.



Acorazado italiano: *Conte di Cavour*
Desplazamiento: 26.140 toneladas
Armamento: 10 cañones de 305 mm y 12 de 120 mm en torres giratorias; 8 cañones antiaéreos de 100 mm y otros 8 de 37 mm, más 12 ametralladoras de 20 mm
Coraza: puesto de mando, 28 mm; línea de flotación, 100-250 mm
Velocidad: 27 nudos
Eslora: 186 m
Manga: 28 m
Calado: 9,1 m
Dotación: 1236 hombres

Crucero ligero italiano: *Giovanni delle Nere*
Desplazamiento: 5200 toneladas
Armamento: 8 cañones de 152 mm; 6 antiaéreos de 100 mm, 8 de 37 mm y 8 de 132 mm; 4 tubos lanzatorpedos de 533 mm y dos aviones.
Coraza: cubierta, 50-75 mm; línea de flotación, 38 mm.
Velocidad: 36 nudos
Eslora: 167 m
Manga: 15,5 m
Calado: 4,3 m
Dotación: 521 hombres

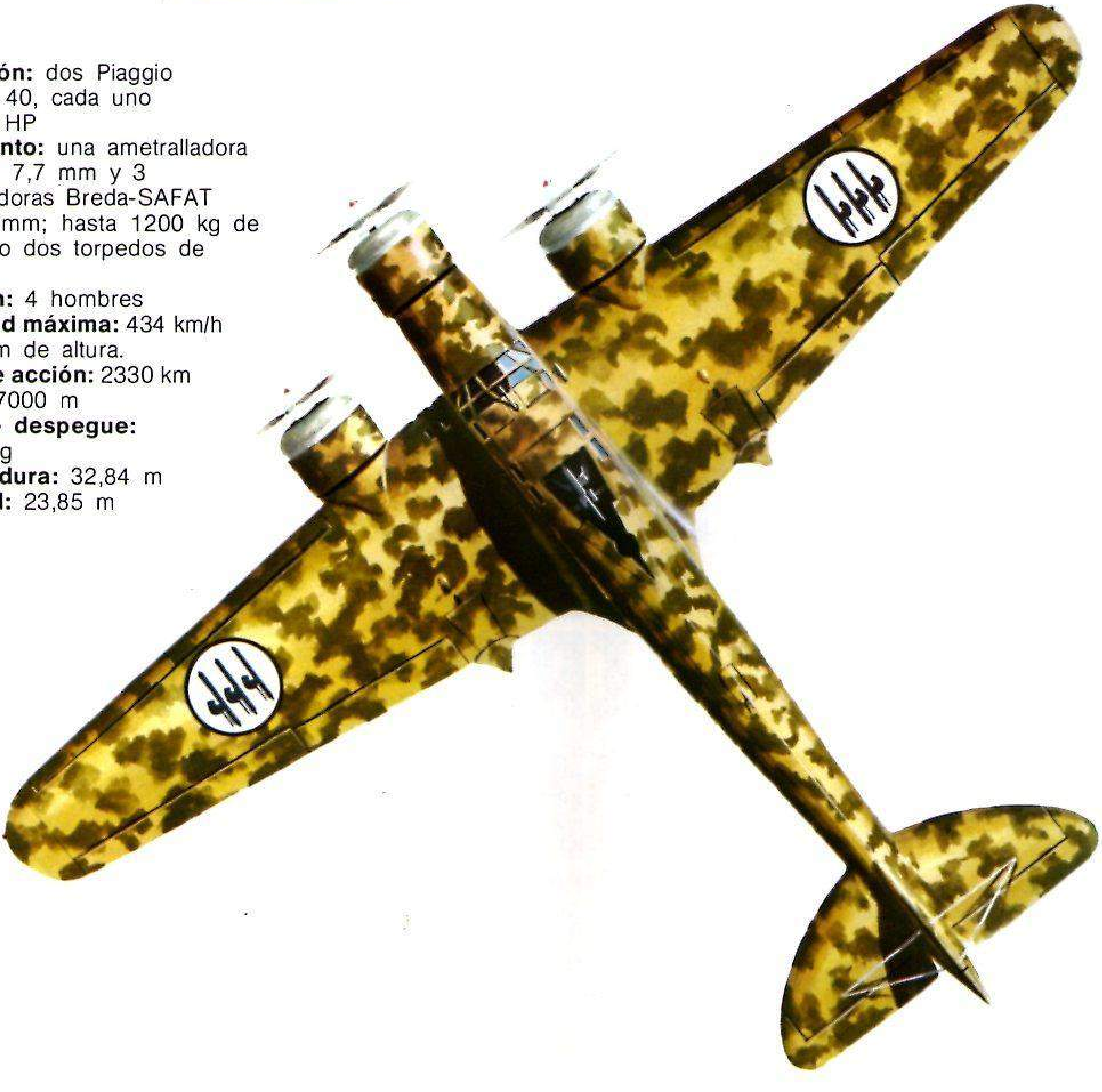


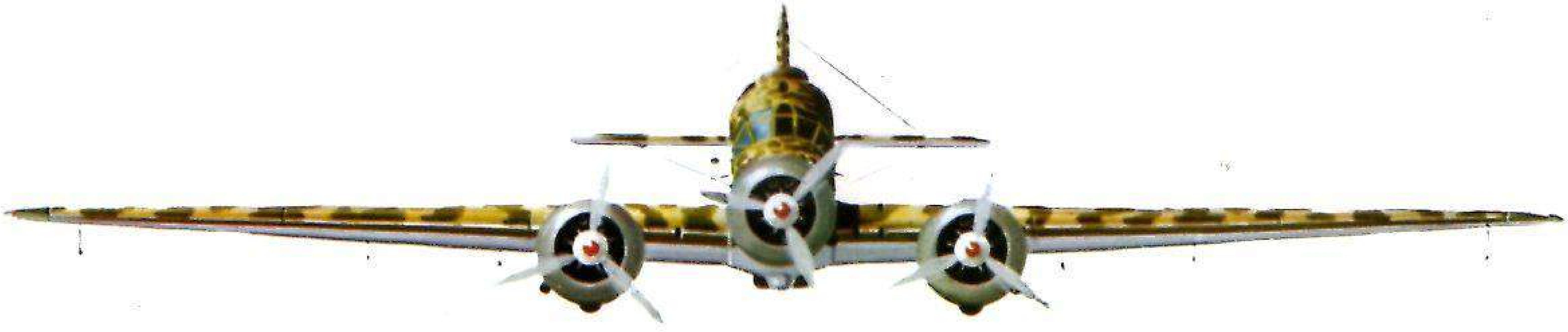


Bombardero italiano Savoia-Marchetti 79 II *Sparviero*



Propulsión: dos Piaggio P XI RC 40, cada uno de 1000 HP
Armamento: una ametralladora Lewis de 7,7 mm y 3 ametralladoras Breda-SAFAT de 12,7 mm; hasta 1200 kg de bombas o dos torpedos de 450 mm
Dotación: 4 hombres
Velocidad máxima: 434 km/h a 3650 m de altura.
Radio de acción: 2330 km
Techo: 7000 m
Peso de despegue: 22.770 kg
Envergadura: 32,84 m
Longitud: 23,85 m





EL POLVORIN DE LOS BALCANES

Desde antes del atentado en Sarajevo contra el heredero del trono de Austria Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914, que provocó la primera Guerra Mundial, estaban considerados los Balcanes como el polvorín de Europa. Durante siglos y todavía hoy, esa zona no ha conocido la paz. Sobre la evolución histórica de los Balcanes hasta convertirse en un campo de tensiones políticas escribe a continuación el doctor Walter Kunze.

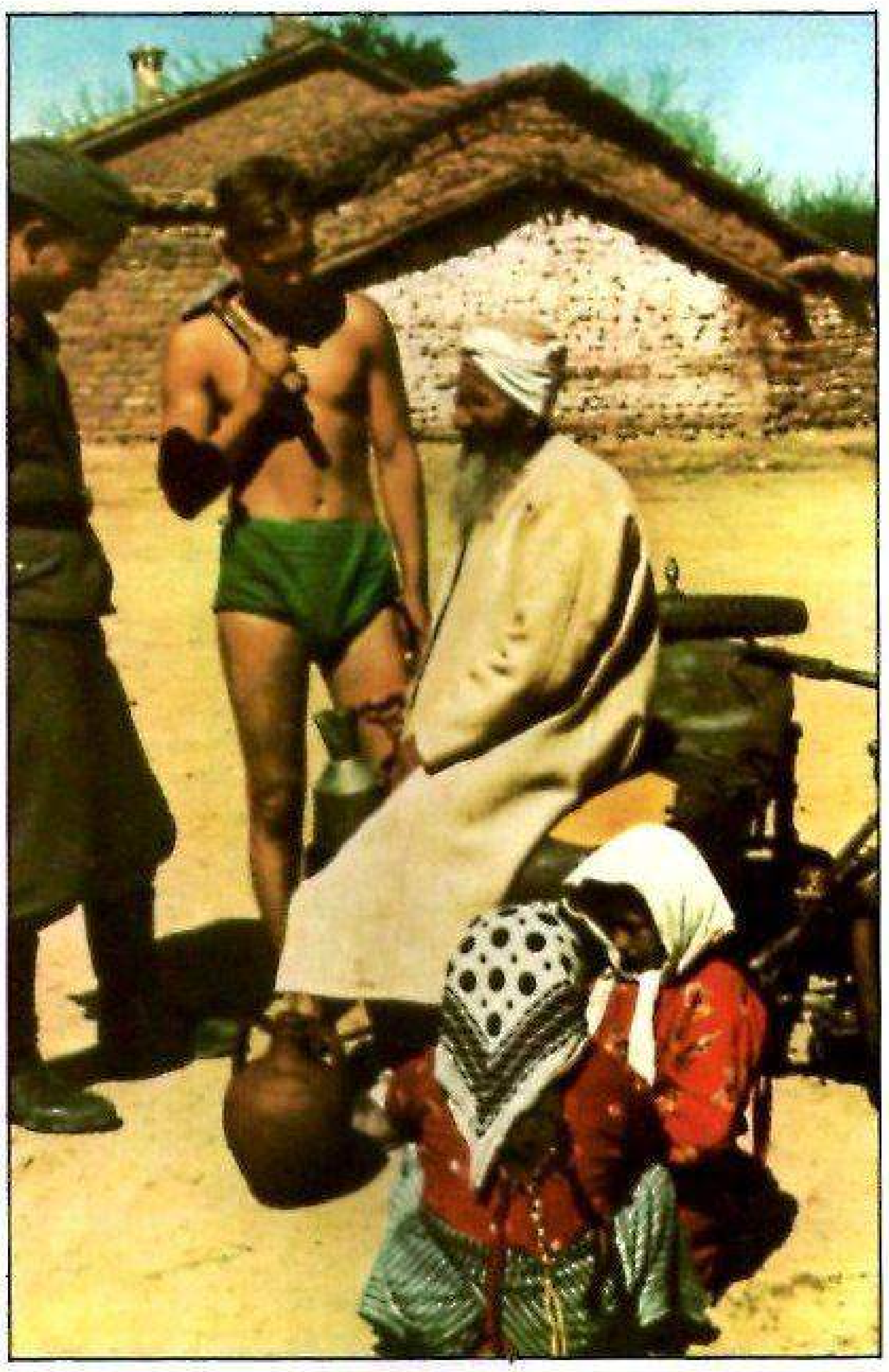
Desde el punto de vista geográfico los Balcanes son un territorio montañoso; desde el histórico una zona de enfrentamiento entre Oriente y Occidente; desde el étnico una mezcla de pueblos en un espacio muy limitado; y desde el político un peligro para la paz desde hace siglos. Hoy pertenece a los Balcanes la parte europea de Turquía, Grecia, Bulgaria, Albania, Rumania y la mayor parte de Yugoslavia.

En los Balcanes han convivido y conviven armenios, turcos, griegos, búlgaros, rumanos, magiares, macedonios, servios, croatas, eslovenos, bosnios y, todavía, alemanes. En los Balcanes hay mahometanos, ortodoxos griegos, griegos unitarios, judíos, católicos, luteranos, calvinistas, librepensadores y fieles de todas las sectas. Allí, no sólo la pertenencia a un pueblo, sino la confesionalidad son motores de la acción política, que se manifiesta en la lucha con otro pueblo u otra fe. Los asesinatos políticos son sólo asesinatos para los correligionarios del muerto, para los del asesino se trata de un hecho heroico. Así era en el pasado y así es hoy.

El príncipe Eugenio detuvo a los turcos a las puertas de Viena

Se cuenta en la historia de este territorio y de sus pueblos que en los siglos de dominio turco se dejaron oír voces pidiendo la libertad, voces que se repitieron en los templos. Los turcos no cambiaban de nacionalidad ni se convertían; por más corruptos y brutales que fueran los representantes del sultán permitían a los dominados cultivar su lengua, costumbres y religión. La presión turca hacia el Oeste acabó ante las puertas de Viena en 1529, que en vano intentaron asaltar. Tras la marcha de los turcos, los austríacos –la casa de Habsburgo– colocaron en el Este de sus dominios las llamadas fronteras militares. Una zona de seguridad no sólo contra el turco sino también contra sus tropas auxiliares. Esas tropas habían sido reclutadas por los sultanes entre los prisioneros de los países balcánicos, formando con ellas algunas de las mejores unidades de su Ejército, pronto famosas y que sembraron el terror por doquier.

Con esas tropas aguerridas llegaron una vez más los turcos hasta Viena en 1683, siendo aniquilados por el príncipe francés Eugenio de Saboya, que servía a la casa de Habsburgo. Por el momento, el peligro turco había desaparecido y en los pueblos balcánicos nació la esperanza de una vida nacional. Un deseo nada fácil de alcanzar. Los servios, por ejemplo, que perdieron el norte de su territorio en beneficio de Austria, siguieron siendo tributarios de los turcos en el sur, y debieron esperar al «Congreso de Berlín» de 1878 para lograr su independencia. Pero los servios ortodoxos tras liberarse del sultán mahometano, se ganaron la animosidad de la católica Casa de Habsburgo.



Encuentro con Oriente. Soldados alemanes hablando con mahometanos en un país balcánico.

Austria era un Estado en el que convivían alemanes, magiares, checos, eslovacos, polacos, rumanos, eslovenos, italianos y servios. Los Habsburgo tenían que combatir el nacionalismo servio que ponía en peligro la unidad del Reich. Por tanto en 1908 se anexionaron los territorios que el «Congreso de Berlín» había puesto bajo su administración, Bosnia y Herzegovina, estableciendo en ellos una «frontera militar».

Los servios vieron en el hecho un insulto a su pueblo y una provocación. Inmediatamente comenzó la actividad de los primeros guerrilleros de los tiempos modernos, los llamados *comitaji* que causaron numerosas bajas a las tropas fronterizas austríacas. En Viena el emperador Francisco José firmaba las penas de muerte dictadas por la administración militar de aquellos territorios. Los croatas, por su parte, un tiempo bajo el dominio turco, pasaron en 1699 a formar parte de Hungría, bajo el dominio de los Habsburgo.

Cuando en 1848 los magiares se alzaron contra los Habsburgo, los croatas católicos, con su jefe Jelačič al frente, lucharon al lado de las tropas austríacas contra los rebeldes. Sofocado el levantamiento, Croacia y Eslovenia pasaron a integrarse en los territorios de la corona austríaca. Pero no tardaron en unificarse con Hungría.

Un error de los Habsburgo, porque bajo la administración de los nacionalistas magiares tenía que desarrollarse el sentimiento nacional de los croatas. Eran eslavos y aspiraban a la independencia en unión de todos los pueblos eslavos contra el Imperio austro-húngaro, dominado por alemanes y magiares. En esta lucha tenían puestas sus esperanzas checos y eslovacos, croatas y eslovenos quienes, como consecuencia del atentado de Sarajevo, desataron la primera Guerra Mundial.

Los croatas se aliaron en la clandestinidad con los servios para formar un Estado conjunto. El líder croata Stiepan Radic, que hizo realidad este sueño en 1918, lo pagó con su vida diez años después.

En otoño de 1918 la monarquía austro-húngara dejaba de existir y del gran Imperio sólo quedaba la Austria alemana, más tarde República de Austria. En el norte se había formado

Checoslovaquia y en el sur el reino de los servios, croatas y eslovenos. Las potencias vencedoras concedieron a ambos Estados territorios pertenecientes a Austria y Hungría.

Los nacionalistas alemanes no se preocuparon por este hecho, ya que tenían los ojos puestos en los territorios cedidos a Francia y a la reconstruida Polonia; no así los austríacos para los que aquello supuso una espina en el corazón.

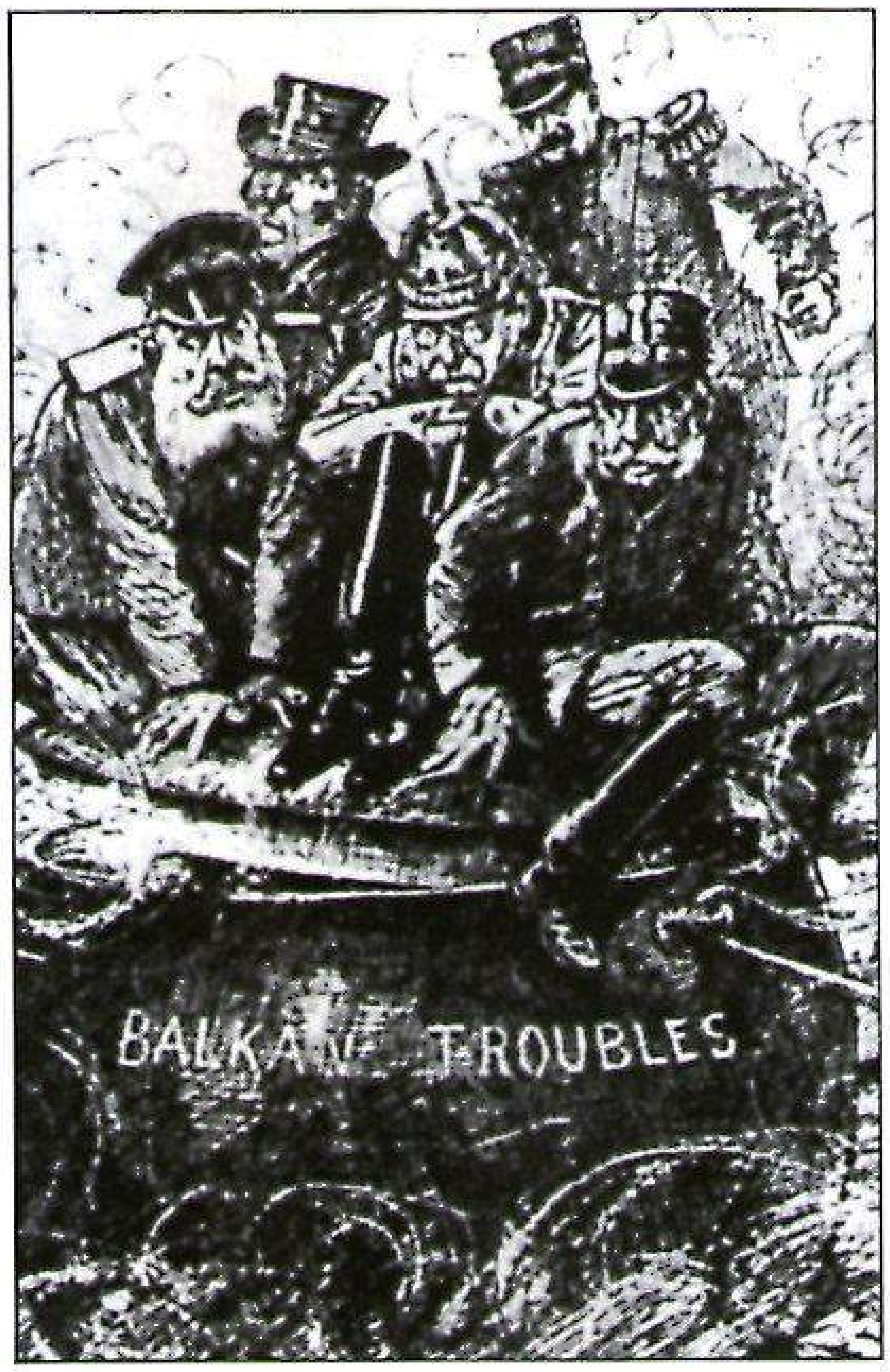
Adolf Hitler, el austríaco que durante la guerra se había convertido en soldado alemán, seguía siendo austríaco en sus sentimientos. Si bien se refería siempre a los «dictados de Versalles», no dejaba de pensar en la vergüenza que suponían los de St. Germain y Trianon. En el fondo estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con los franceses, pero no con los checos y los servios. Checoslovaquia, el reino de los servios, croatas y eslovenos y Rumania formaron una «pequeña entente» vinculada política y militarmente con Francia.
Y Francia fue la que intervino cuando a poco de la formación de los Estados nacieron las diferencias entre servios y croatas.

Contra la voluntad decidida de Radic, algunos consejeros nacionales croatas se presentaron en Belgrado para rendir pleitesía al príncipe regente Alejandro y admitir como suya a la casa reinante servia.

En la ciudad de Agram (Zagreb) se produjo pocos días después una revuelta. Alejandro ordenó que tropas servias marcharan sobre Croacia para terminar con la rebelión. Con ellos llegaron tropas coloniales francesas. Y el propio Alejandro, al heredar el trono a la muerte de su padre, se hacía pagar su sueldo en francos franceses. En 10 años se embolsó unos 175 millones de dinares en divisa francesa. Esto le enemistó con sus súbditos no servios: croatas, eslovenos, magiares, alemanes, montenegrinos, albaneses, macedonios e italianos.

La rueda de la Historia gira hacia la derecha

De entre todos ellos los croatas fueron los que mejor supieron traducir su descontento en presión política, gracias a la personalidad de su jefe Stiepan Radic. Cuando la tensión dentro del reino llegó a un punto en que Radic empezó a encontrar seguidores fuera de su propio pueblo, firmó su sentencia de muerte. Durante una sesión del Parlamento, el 20 de junio de 1928, un diputado de Montenegro seguidor del Rey, disparó en plena sala contra el jefe de la oposición campesina.



«Agitación en los Balcanes», caricatura del «Punch» inglés publicada en 1908: «La caldera hirviendo».

Para Alejandro había llegado el momento de organizar de nuevo su Estado. Se hizo otorgar poderes dictatoriales y el 3 de octubre de 1929 cambió el nombre del «reino de los servios, croatas y eslovenos», por el de «reino de Yugoslavia».

Recrudeció la lucha interna, el terror aumentó y se llenaron las cárceles. El terror engendra el terror; en la lucha política de los croatas contra los servios, la dirección del partido campesino pasó de Stiepan Radic a manos de la organización fascista clandestina *Ustacha,* cuyo jefe era el terrorista Ante Pavelic, residente en Italia.

Sus *ustachi* fueron los que en 1934 asesinaron a Alejandro en el puerto de Marsella.

Francia ni podía, ni quería intervenir, ya que a raíz del atentado de Marsella había cambiado el concepto de su política exterior.

En Alemania Adolf Hitler había llegado al poder. Por miedo a que el *Führer* nazi se entendiera con el *Duce* fascista, Francia procuraba mantenerse en buenos términos con Italia, que era la que financiaba a la *Ustacha* croata. En Europa la rueda de la historia giraba hacia la derecha. Hitler se aseguraba en el mando, en Austria el canciller Dollfuss había instaurado un régimen clerical-fascista, en Polonia se imponía como dictador el mariscal Pilsudski y en España vencía Franco.

Entretanto, Hitler había empezado a cambiar el mapa político. Sus tropas entraron en la Renania desmilitarizada, se anexionaron el Sarre, Austria, los Sudetes, el resto de Checoslovaquia, los territorios del Memel y, por fin, Polonia.

Había empezado la segunda Guerra Mundial.

Yugoslavia, gobernada por el príncipe regente Pablo durante la minoría del rey Pedro II, se mantenía fuera del conflicto. El reino todavía no había sido incluido en sus planes por Adolf Hitler. Situación que cambió por completo cuando el *Führer,* después de sus victorias en el Este, Oeste y Norte, empezó a preparar la Operación «Barbarroja» contra la Unión Soviética.

Los aliados se convierten en enemigos acérrimos

De nuevo brotó en él su trauma austríaco respecto de los Balcanes y Eslovenia. Debía estar seguro de los servios que, en la primera Guerra, habían combatido y vencido con los rusos. En consecuencia invitó a Berlín al príncipe regente, quien se presentó en marzo de 1941 en la capital del Reich acompañado de su primer ministro Dragicha Cvetković. Hitler sabía que su juego sería fácil si amenazaba con los separatistas croatas. Cualquier agitación en Croacia justificaría una intervención de Mussolini, y ésta, el fin del reino. Pablo y su primer ministro prometieron adherirse al «Pacto Tripartito» y hacer de su país un aliado de las potencias del Eje.

El 25 de marzo de 1941, el primer ministro Cvetković firmaba el Pacto en Viena y dos días después su Gobierno era derrocado por el pueblo. En Belgrado los yugoslavos se echaron a la calle y un grupo de oficiales hasta entonces fieles al régimen hizo prisionero al príncipe regente.

Hitler esperó diez días antes de dar la orden de ataque. El 6 de abril de 1941, los *Stukas* bombardearon Belgrado; de ruinas causadas por las bombas se extrajeron 1500 cadáveres, mientras las emisoras del Reich difundían la vieja melodía austríaca: «La canción del príncipe Eugenio».

Ese día se encontraba escondido en la ciudad un hombre, un croata que había servido en la primera Guerra como suboficial en el Regimiento de Infantería austro-húngaro y luchado contra los rusos, un hijo de campesinos llamado Josip Broz.

En ese momento era ya más conocido por Tito y... sabía que había llegado su hora. □

LOS MONSTRUOS ALEMANES

«Teutonic Monsters», monstruos teutónicos, era el calificativo que los potentados de Hollywood otorgaban a los automóviles de lujo un día propiedad de los jefes nazis. Sobre la historia de algunos de estos vehículos escribe aquí Halwart Schrader.

En una subasta de autos antiguos el americano George C. Hamilton consiguió que se le adjudicara el «Mercedes» de respeto del *Führer* –el utilizado en los desfiles, según información del catálogo– en 153.000 dólares. Apenas un año después, en septiembre de 1974, el propio Hamilton volvió a vender el coche por 176.000 dólares. En el precio estaba comprendido el estandarte y una ametralladora MG 42.

La reventa del auto en cuestión no sólo le había proporcionado a su propietario el beneficio de los 23.000 dólares de diferencia, sino otros 100.000, recaudados entre los visitantes en concepto de entrada.

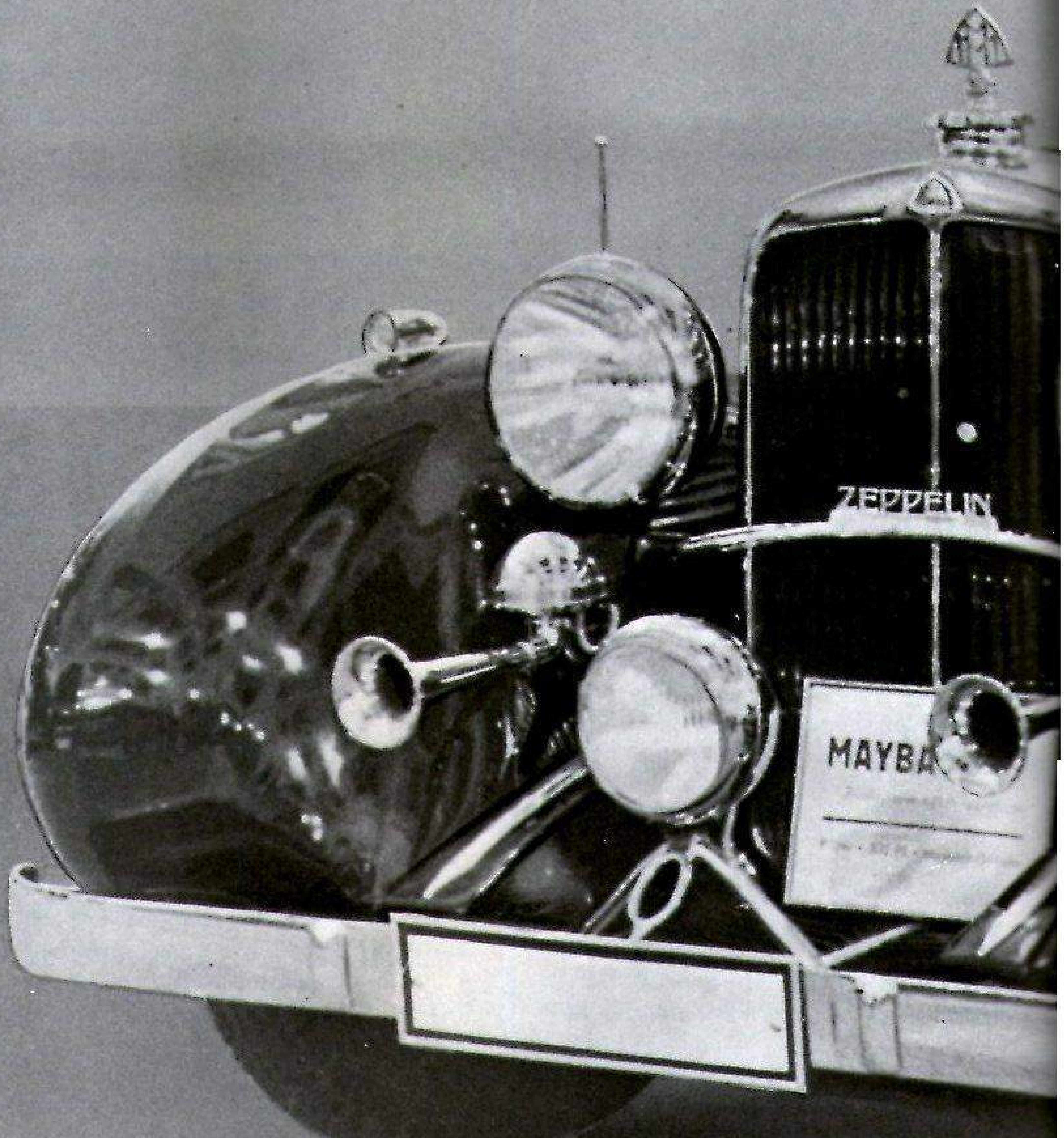
Esta fuente de ingresos facilitó, sin duda, la venta del auto.

Lo que está por aclarar es si verdaderamente se trataba del vehículo del *Führer*, ya que desde 1945 todos los «Mercedes» de 7,7 litros, el más pesado y el más grande de los modelos que ha fabricado la casa, se consideran autos de Hitler. Cualquier museo de Europa o de ultramar que posea un automóvil de este tipo lo hará figurar siempre en sus catálogos como «el auténtico auto de Adolf Hitler».

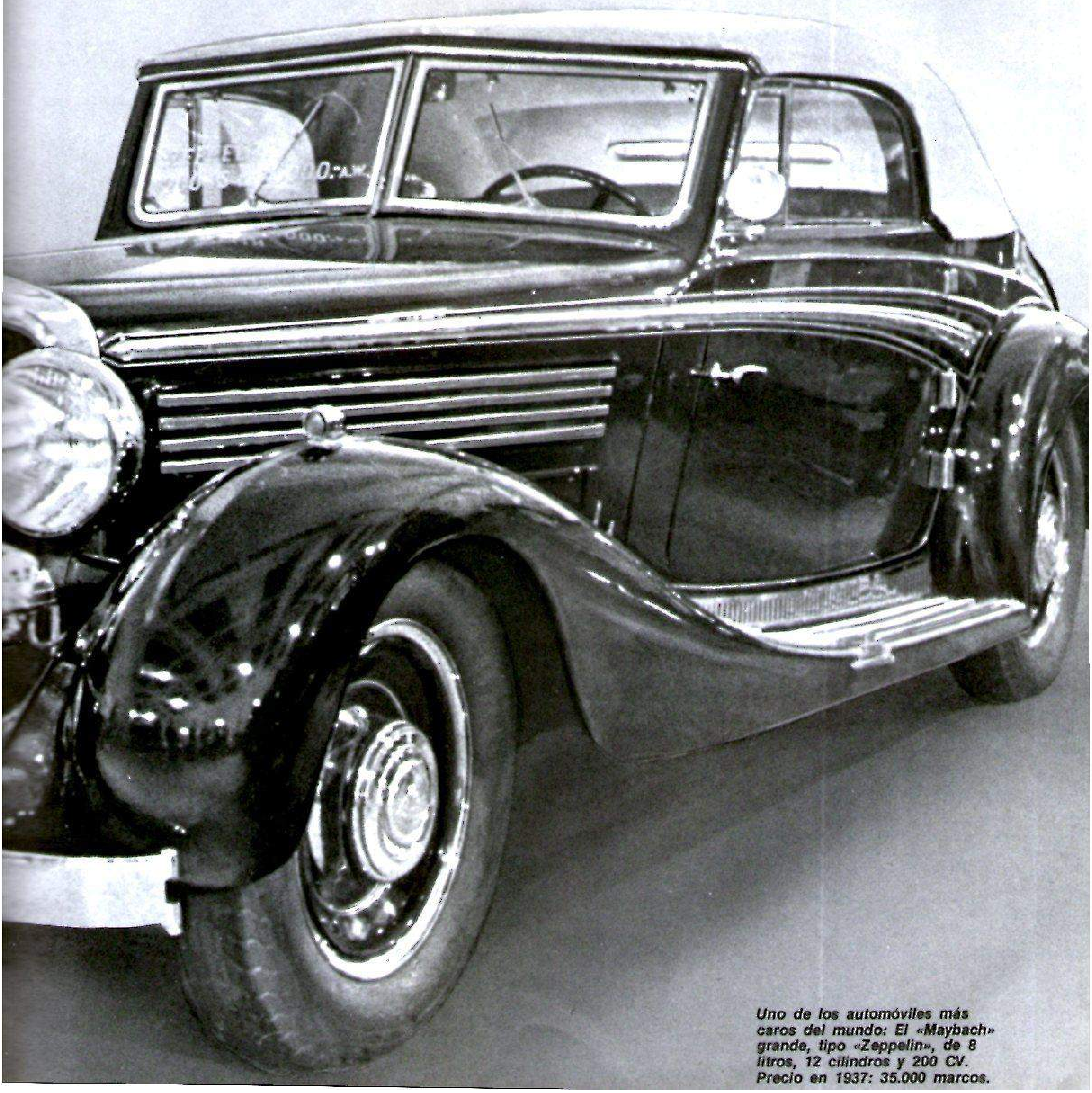
Sin embargo, ni las fotos que suelen exponerse del original, ni la matrícula, ni señal alguna interior o exterior permiten asegurar con certeza cuál de todos los que se dan por auténticos es el auto de Hitler. Hay que señalar que nunca hubo un automóvil a su nombre; como no aprendió a conducir, tampoco poseyó jamás un auto. Los vehículos que utilizó pertenecían al parque de la Cancillería, al de algún ministerio o al del OKW.

Durante las visitas efectuadas a Munich, Francfort o Stuttgart se servía del auto del *Gauleiter* de la zona. Todo esto se desprende de las fotos correspondientes, en las que se puede leer sin dificultad las placas. Claro que el «Mercedes grande», descapotable y con cuatro puertas, fue el empleado para las ceremonias solemnes. Utilizado por todos los notables del régimen en los actos oficiales. Y debido a esto, al rango de los usuarios, más de 50 de estos «Mercedes» tenían los cristales a prueba de balas y carrocería blindada. Signos que hoy se citan como características evidentes para poder distinguir el auto del *Führer*. O, según los gustos, el de Ribbentrop o Göring.

Así apareció, en el mes de marzo de 1974, en una subasta de la acreditada casa Christie, un Horch-Roadster –llegado a Suiza a través de la República Democrática alemana– verde oscuro, con los cristales a prueba de balas y un n.° 1 en la matrícula del parque oficial. Según el vendedor se trataba nada más



Qué pasó con los autos de los jerarcas nazis



Uno de los automóviles más caros del mundo: El «Maybach» grande, tipo «Zeppelin», de 8 litros, 12 cilindros y 200 CV. Precio en 1937: 35.000 marcos.

ni nada menos que del auto de Hermann Göring. Una foto debidamente ampliada servía de justificante. En dicha foto se veía al mariscal del Reich, de pie junto al puesto del conductor: su enorme humanidad hacía imposible que pudiera ocupar las plazas de atrás. La falta de garantía auténtica de que el auto fuera, en efecto, el utilizado en su día por Göring, hizo que las ofertas, entre un público que no escatima cuando la mercancía es de su agrado, no pasaran de los 60.000 francos. El auto no se vendió.

En el viejo continente no se pagan los recuerdos nazis, por más que en este caso se trataba de un clásico del automovilismo, de una pieza tan rara como un Horch-Roadster de 1938. Es distinto cuando se trata de los británicos. Ningún precio es excesivamente elevado cuando se trata de pujar por un coche que ha pertenecido a Churchill o al mariscal Montgomery. Claro está que los británicos conceden mucho más valor a los autos antiguos –oldtimer– que los aficionados continentales.

Quienes por su cargo no pertenecían al grupo de las altas jerarquías del partido o ministros del Gobierno, soslayaban el uso del «Mercedes» grande, aunque pudieran permitirse el gasto de su mantenimiento. Para ello existían alternativas suficientes: el pequeño «Mercedes 500 K» o «540 K», de 8 cilindros como el otro. Y en sus dos versiones, limousine o deportivo, el modelo tenía un carácter evidentemente civil. Y lo mismo sucedía con el «Maybach». El llamado «Zeppelin», compacto, de 6 y 12 cilindros, ofrecía por lo menos tantas comodidades como un «Mercedes», era igualmente veloz y no menos representativo.

El príncipe de Waldeck hizo que la casa Dörr y Schreck de Francfort le colocara a su «Maybach» dos transportines: sabía que para conservar su auto una vez comenzada la guerra era preciso camuflarlo.

El «Maybach» le acompañó durante toda la batalla de Polonia y hasta sobrevivió a la contienda, pasando después a poder de un aficionado de Brasil, a través de Suiza.

El «Horch» fue uno de los coches más apreciados y no sólo por los propietarios pudientes. Se construyó en las versiones de 8 cilindros en serie y en V (el de 17 cilindros en V, de 1931/33, estuvo a la venta durante un tiempo muy reducido); todos ellos muy resistentes y fáciles de manejar, además de mucho más baratos que el «Mercedes» o el «Maybach». En vez del «Daimler-Benz» de 5 litros, modelo «500 K», que costaba 22.000 marcos, se podía uno comprar el «Horch» de tamaño parecido, tipo «850», por 15.000. El «Maybach» de 5 litros y 6 cilindros no pasaba de los 17.000 marcos.

Los astros del cine de los años treinta sentían una gran debilidad por lo exótico. Emil Jannings tuvo durante mucho tiempo un «Lincoln» de 1927; Hans Albers gustaba de conducir su «BMW». Willy Birgel tenía un «Opel-Admiral» con una carrocería especialmente construida para él.

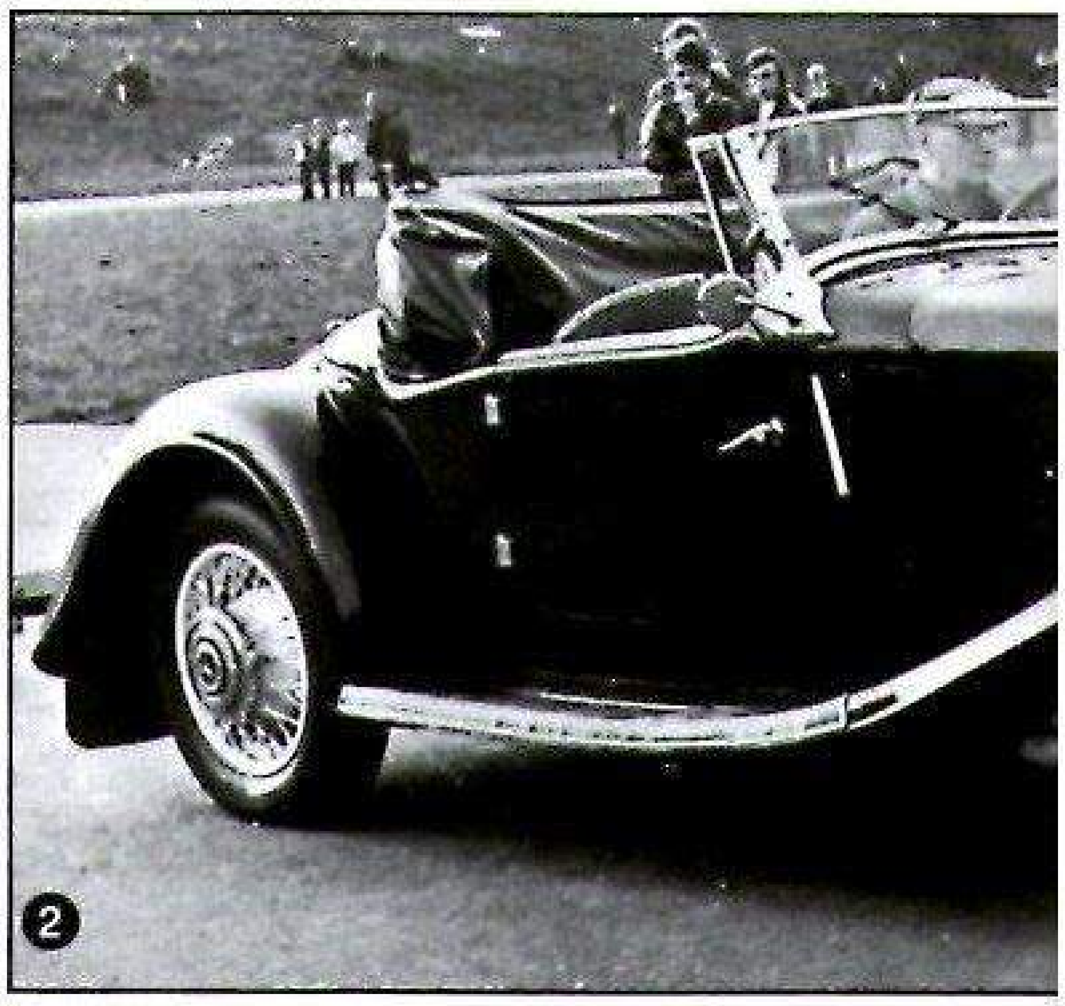
Por su parte, los artistas extranjeros hacían gala de su preferencia por los autos alemanes. Clark Gable tenía en su garaje por lo menos 3 «Mercedes»; Al Jolson tenía otro; el intérprete de Tarzán, Johnnie Weissmüller poseía, además de su «Cadillac» de 12 cilindros, un «Horch».

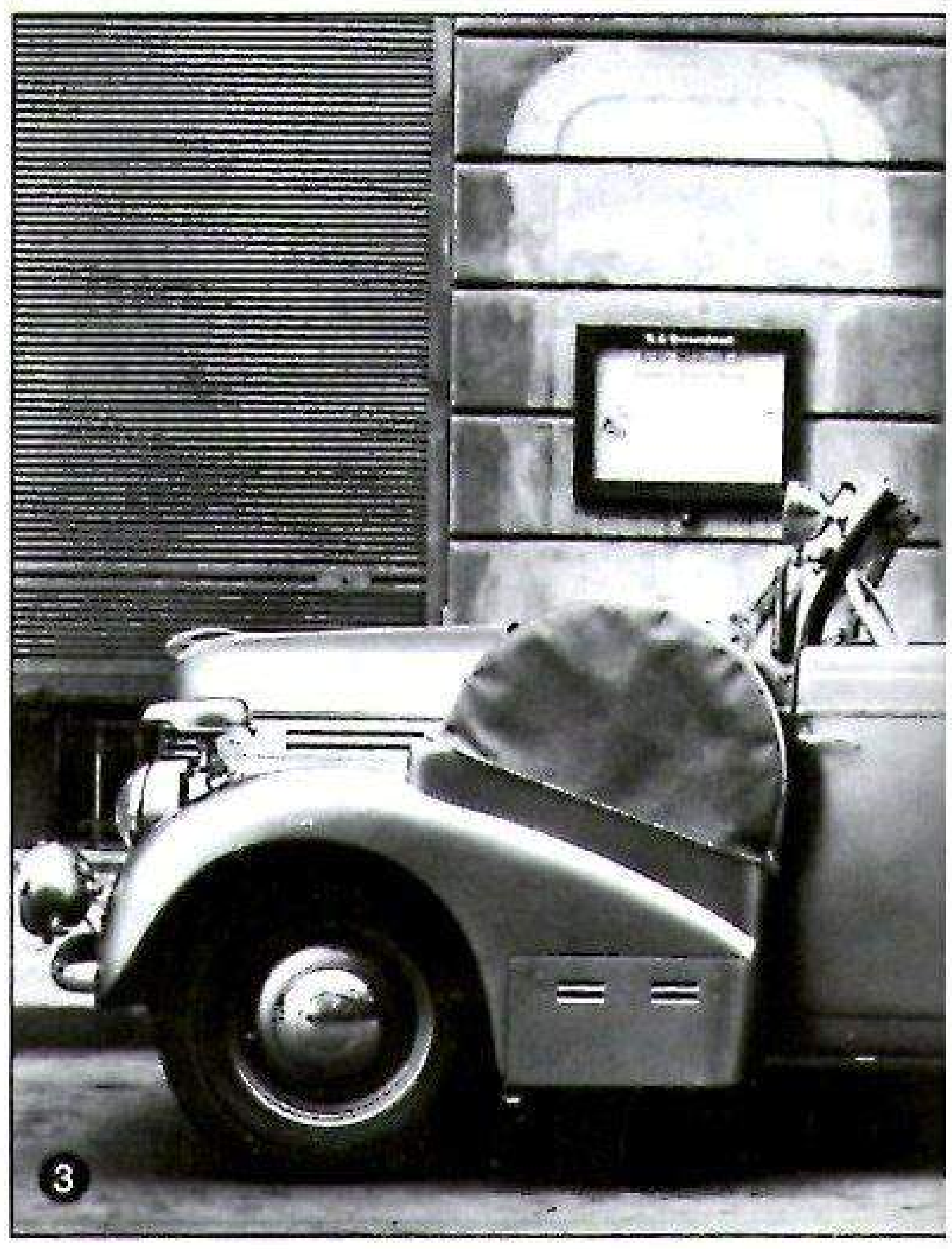
Cuando al terminar la guerra muchos de los grandes autos alemanes requisados por los americanos fueron a parar a los EE UU, Hollywood adquirió cuantos pudo y no sólo para utilizarlos en las filmaciones.

Muchos de los grandes modelos alemanes se perdieron en la confusión ocasionada por la segunda Guerra Mundial.

Ciertos especialistas aseguran todavía hoy que la mitad de los «Rolls Royce» de aquella época están aún en servicio –lo que posiblemente es cierto– deduciendo de ello que la noble marca británica es la mejor del mundo; pero no tienen en cuenta que los coches particulares ingleses, en la mayoría de los casos, durante la guerra siguieron en manos de sus propietarios. De haber sucedido lo mismo en Alemania no cabe duda que hoy día contaríamos con la mitad de los «Maybach», «Horch» o «Mercedes» de entonces, ya que la calidad de estos automóviles podían resistir la comparación con el «Rolls Royce» en muchos aspectos, aunque quizá no en todos. Se calcula que existen todavía 100 «Maybach», de los 2000 que se construyeron. De vez en cuando aparece uno en Checoslovaquia, India, Australia. Como también aparecen bólidos de entonces en condiciones lamentables; los aficionados, sin embargo, no ahorran gasto ni esfuerzo para poner otra vez en condiciones a estos «clásicos» del automovilismo. Los más expertos en el negocio siguen logrando aún el portento de convertir un vehículo de bomberos en el «verdadero» automóvil que utilizaba Adolf Hitler en los días de gala. □



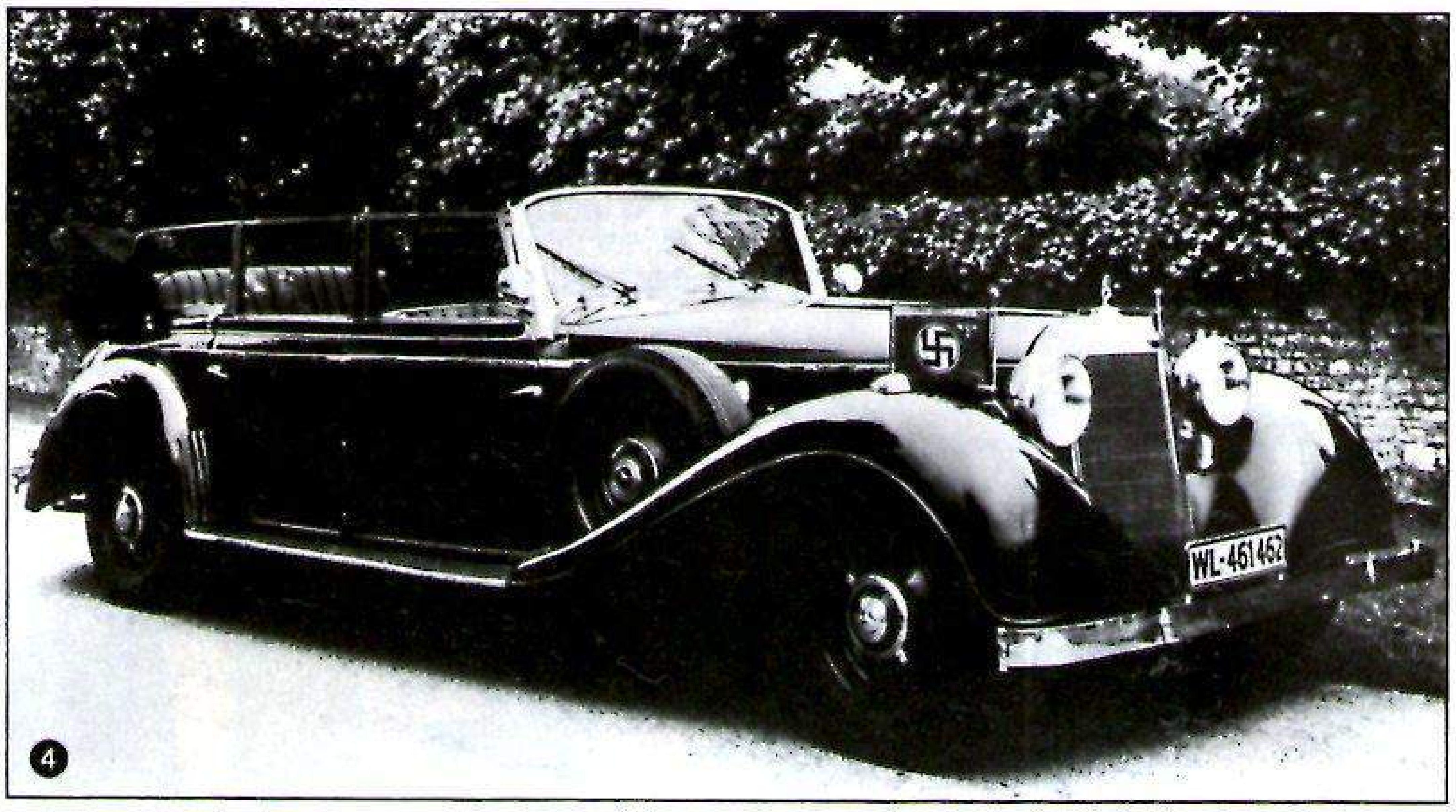




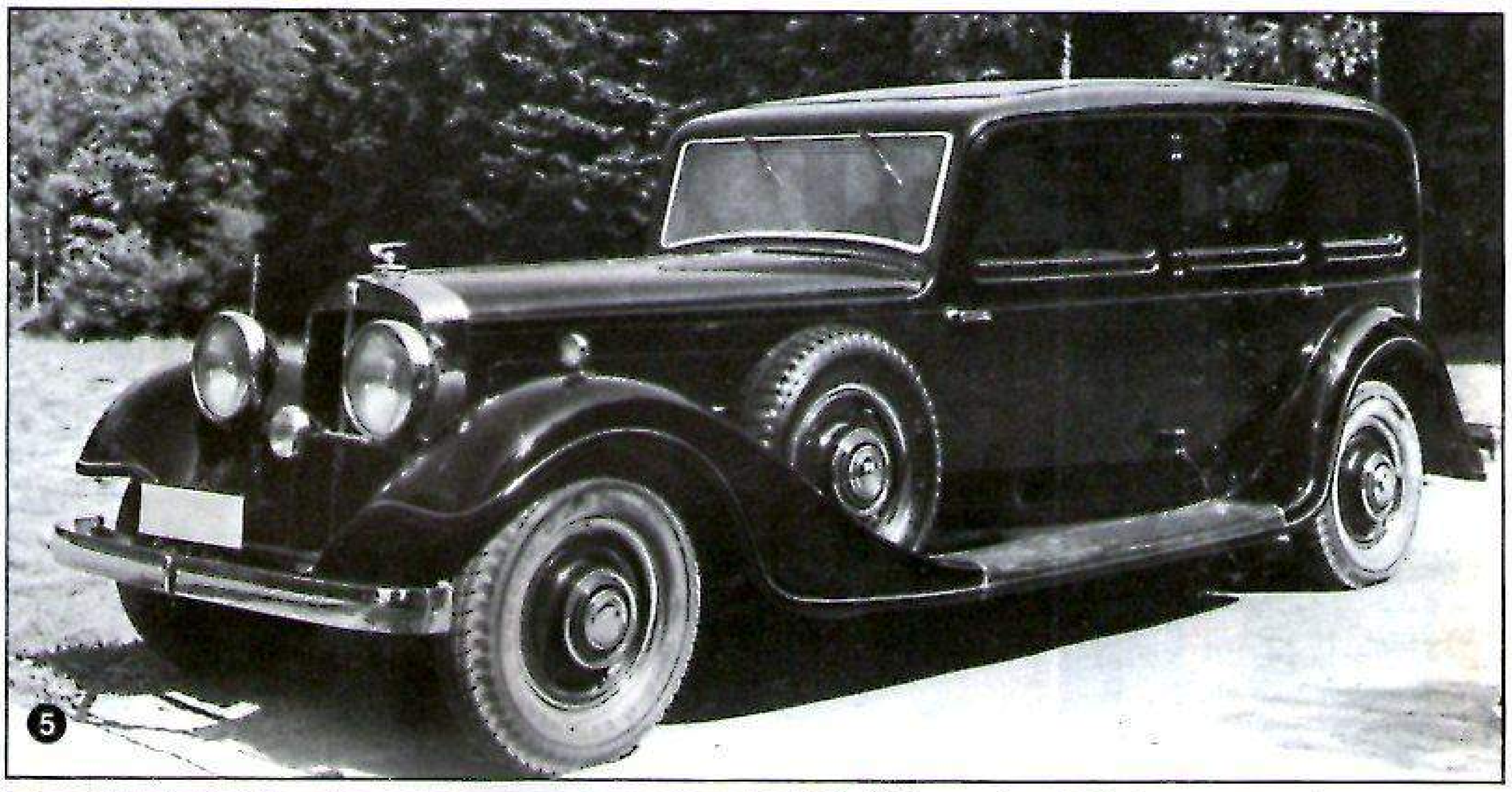




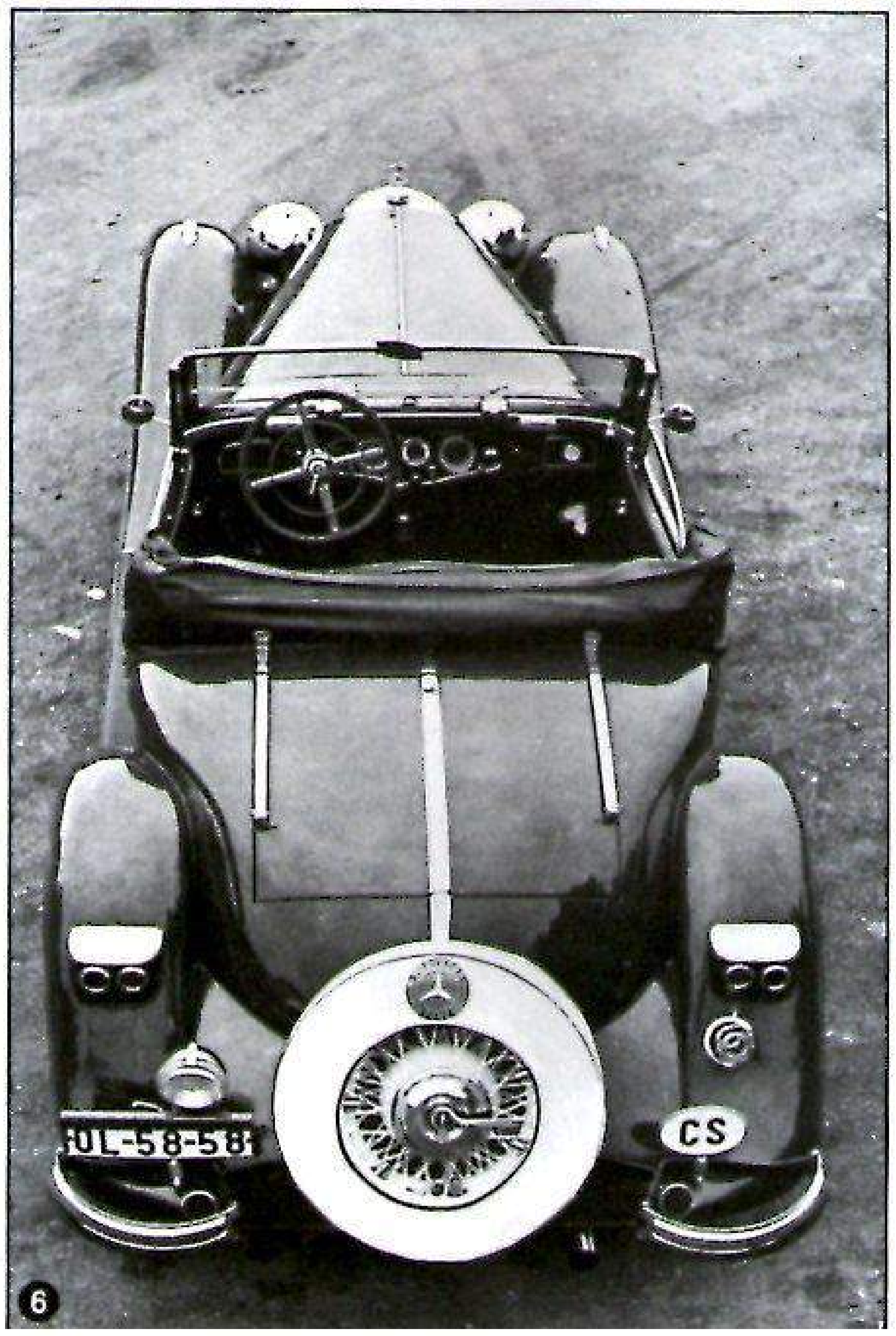




4



5



6

①El mariscal Göring recorre las calles de Berlín en su «Mercedes G 4», conocido como «signo externo de la plutocracia».

② y ⑥ El «Mercedes 500 K» de Adolf Hühnlein, uno de los prohombres del partido.

Este «Roadster» de dos plazas se encuentra actualmente en Checoslovaquia y está en perfectas condiciones.

③El «Skoda» de Hermann Göring, modelo de gasógeno, fabricado especialmente para el mariscal del Reich.

④Este es el supuesto automóvil de Adolf Hitler por el que se pagaron en los EE UU, en su primera venta, 153.000 dólares y en la segunda 176.000.

⑤Entre los autos que en los años treinta gozaron de mayor renombre figura este «Horch» de lujo, fabricado por Auto-Union en 1932.

Entre los peores subproductos de la propaganda nacional-socialista figuraba el libro infantil antisemita «La seta venenosa». El capítulo que reproducimos es el titulado «Qué le ocurrió a Inge en la consulta de un médico judío».



LA SETA VENENOSA

Inge está enferma. Desde hace unos días tiene fiebre y dolores de cabeza pero, con todo, se resiste a ir al médico.
–Bah, por una tontería así no merece irse al médico –decía insistentemente a su madre cuando ésta se lo aconsejaba. Pero un día su madre se indignó tanto que no tuvo más remedio que obedecer:
Ahora mismo te vas a ver al doctor Bernstein y le dices que te examine bien –le ordenó la madre.
–¿Por qué precisamente al doctor Bernstein? ¿No sabes que es judío?
Una chica alemana no va a casa de un judío –añadió la muchacha.
La madre se echó a reír.
–No he dicho ninguna inconveniencia –repuso la madre–. Los médicos judíos son como los demás. Me parece que en vuestra BDM (Liga de muchachas alemanas) parloteáis demasiado. Qué podéis saber vosotras de todo esto...
Inge protestó:
–Madre, tú puedes decir lo que quieras, pero no ofendas a la BDM. Y no olvides una cosa: nosotras, las chicas de la BDM, sabemos más de los judíos que muchos padres. Nuestra guía nos lee todas las semanas un informe sobre esta cuestión. Uno de los últimos días nos ha dicho claramente que ningún alemán debe visitar a un médico judío. Y una muchacha alemana todavía menos. Por una razón, porque los judíos sólo buscan echar a perder al pueblo alemán. Por eso muchas chicas que buscan la salud en las consultas de los médicos judíos lo que acaban encontrando es la enfermedad y el oprobio. Sí, madre, eso es lo que nos ha dicho nuestra guía y tiene toda la razón.
La madre se inquietó.
–Vaya, pretendéis ser más listos que los mayores. Lo que te han dicho no es verdad. Mira, Inge, conozco bien al doctor Bernstein y es un médico muy bueno.
–Pero es judío y los judíos son nuestros enemigos mortales.
La madre se enfadó aún más.
–Ya basta, niña. Ahora mismo te vas a casa del doctor Bernstein y santas pascuas, y si no lo haces vas a saber quién soy yo.
La madre acompañó estas palabras con un amenazador ademán de la mano derecha. Inge no quería desobedecer y se marchó. Fue a la consulta del doctor judío Bernstein.
Inge se sentó en la sala de espera del médico. Así tuvo que permanecer largo rato, mientras hojeaba las revistas que había allí, sobre una mesa. Pero estaba tan nerviosa que no pudo leer ni una línea. Pensaba constantemente en lo que había hablado con su madre y en las advertencias de su guía: «Un alemán no puede ir a un médico judío, y una muchacha alemana aún menos. Muchas chicas alemanas que buscaban la salud en la consulta de un médico judío sólo encontraron la enfermedad y el oprobio».
Nada más entrar Inge en la sala de espera tuvo una experiencia desagradable. De la consulta salía como una

especie de sollozo y hasta oyó nítidamente la voz de una chica:
–Señor doctor, déjeme tranquila, se lo ruego.
Luego escuchó la risita provocativa de un hombre. Después se hizo un largo silencio. Todo esto lo había oído Inge con la respiración contenida.
–¿Qué estará pasando ahí dentro? –se dijo–. El corazón le latía agitado y sentía las palpitaciones en el cuello. De nuevo le vinieron a la imaginación las advertencias de su guía de la BDM. Inge esperó una hora. Tomó una revista y trató de leer algo. De pronto se abrió la puerta e Inge levantó la cabeza. Ante sí tenía al judío. De la boca de Inge se escapó un grito. Llena de terror dejó caer al suelo la revista que tenía en las manos. Horrorizada, dio un salto. Sus ojos se clavaron en la cara del médico judío. Aquel rostro parecía el del demonio. En el centro de ese rostro diabólico destacaba una nariz enorme y retorcida. Tras los cristales de las gafas, brillaban terribles dos ojos de criminal. Sus gruesos labios esbozaban una especie de mueca. Una mueca con la que parecía decir: «Al fin te tengo, muchachita alemana». El judío se aproximó a ella. Sus dedos carnosos se aferraron a un brazo de la muchacha, pero ésta se hallaba pronta a reaccionar. Apenas el judío le había echado la zarpa encima, cuando ella le propinó una bofetada en su cara grasienta. Luego dio un salto hacia la puerta y corrió, escaleras abajo, casi sin aliento. A los pocos minutos entraba llorando en su casa. Su madre quedó aterrada al ver el aspecto de su hija.
–Por amor de Dios, Inge, ¿qué ha ocurrido? –le preguntó.
Tuvo que transcurrir un buen rato hasta que la muchacha pudo articular palabra. Inge contó entonces a su madre lo que había oído y observado en la consulta del médico judío.
Cuando terminó, la madre inclinó la cabeza avergonzada:
–Inge, no tenía que haberte enviado a un médico judío. Cuando ya te habías ido estuve reflexionando y me sentí intranquila. Te habría hecho regresar a casa. Tuve el presentimiento de que acaso tuvieras razón.
La madre rompió en sollozos, pero ocultó su cara para que su hija no viese que lloraba.
Inge se había serenado, y de nuevo volvió a ser la chica risueña de siempre.
–Madre, siempre has sido muy buena conmigo, y te lo agradezco. Pero ahora te pediría algo: no digas nada más contra la BDM...
La madre se lo prometió:
–Sé lo que quieres decirme, hija mía. Te lo prometo. Reconozco que los mayores tenemos mucho que aprender de vosotros, los chicos.
Inge asintió.
–Tienes razón, madre. Nosotras, las chicas de la BDM, sabemos lo que queremos, aunque vosotros no acabéis de entendernos. Madre, tú me has enseñado muchos refranes y ahora quiero enseñarte yo uno.
Lentamente, subrayando las palabras, Inge le recitó a su madre:
–«El demonio ha enviado a nuestro país a los médicos judíos para que, como diablos que son, violen a la mujer alemana y su honor. El pueblo alemán desaparecerá si no encuentra el medio de dar a la salud un sentido alemán, encomendándosela a médicos alemanes.»

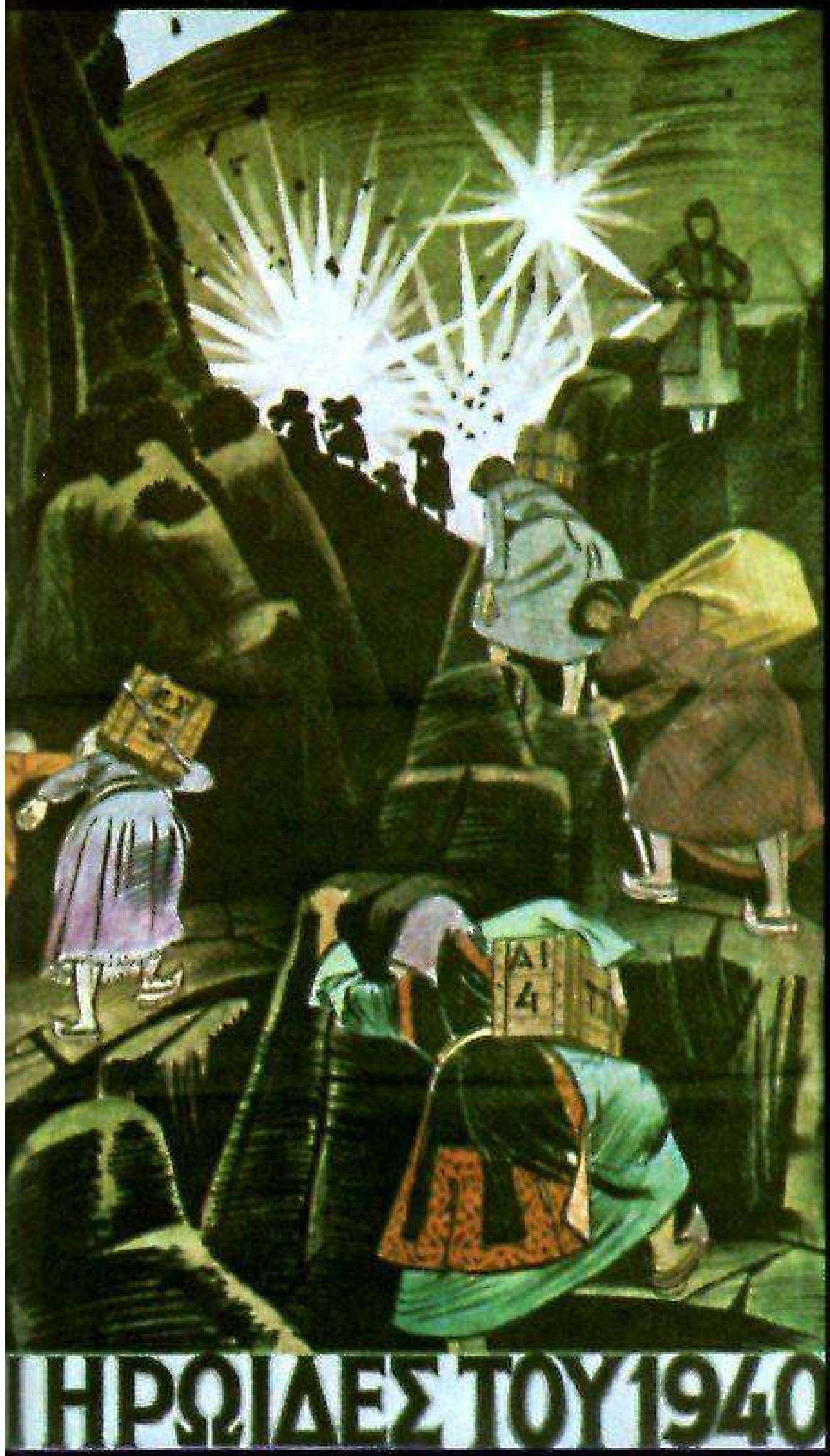


Tras los cristales de sus gafas brillaban dos ojos de asesino y sus carnosos labios esbozaban una mueca.

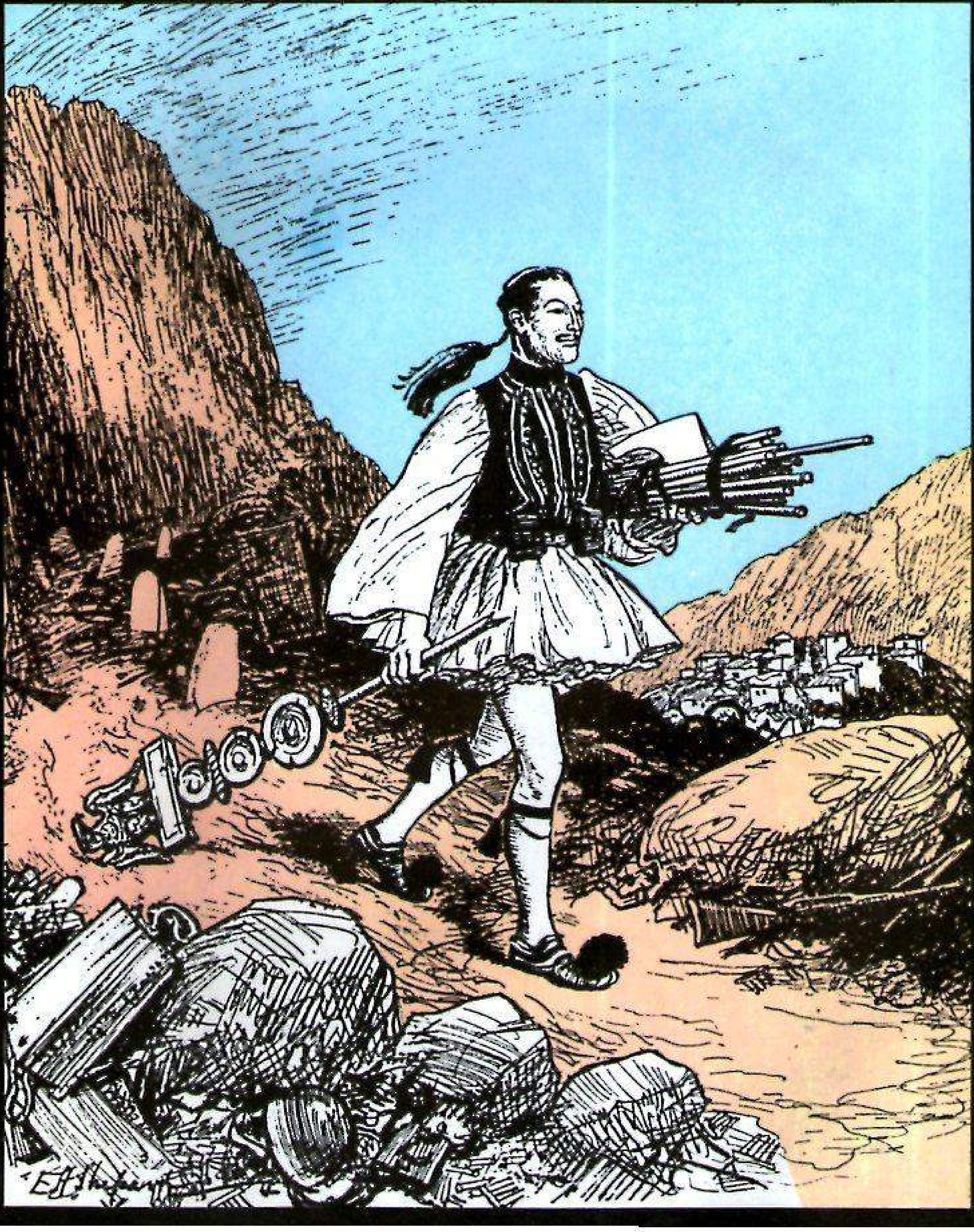
HU
MOR
EN EL TERCER REICH

Hitler obliga a un Mussolini poco dispuesto a que le preste ayuda militar. Así comentaba en 1940 un caricaturista soviético –sin ceñirse en absoluto a la verdad histórica– la fraternidad de armas entre ambos dictadores. Tan sólo un año antes, ambos habían aplazado hasta 1942 ó 1943 la posibilidad de una colaboración militar.





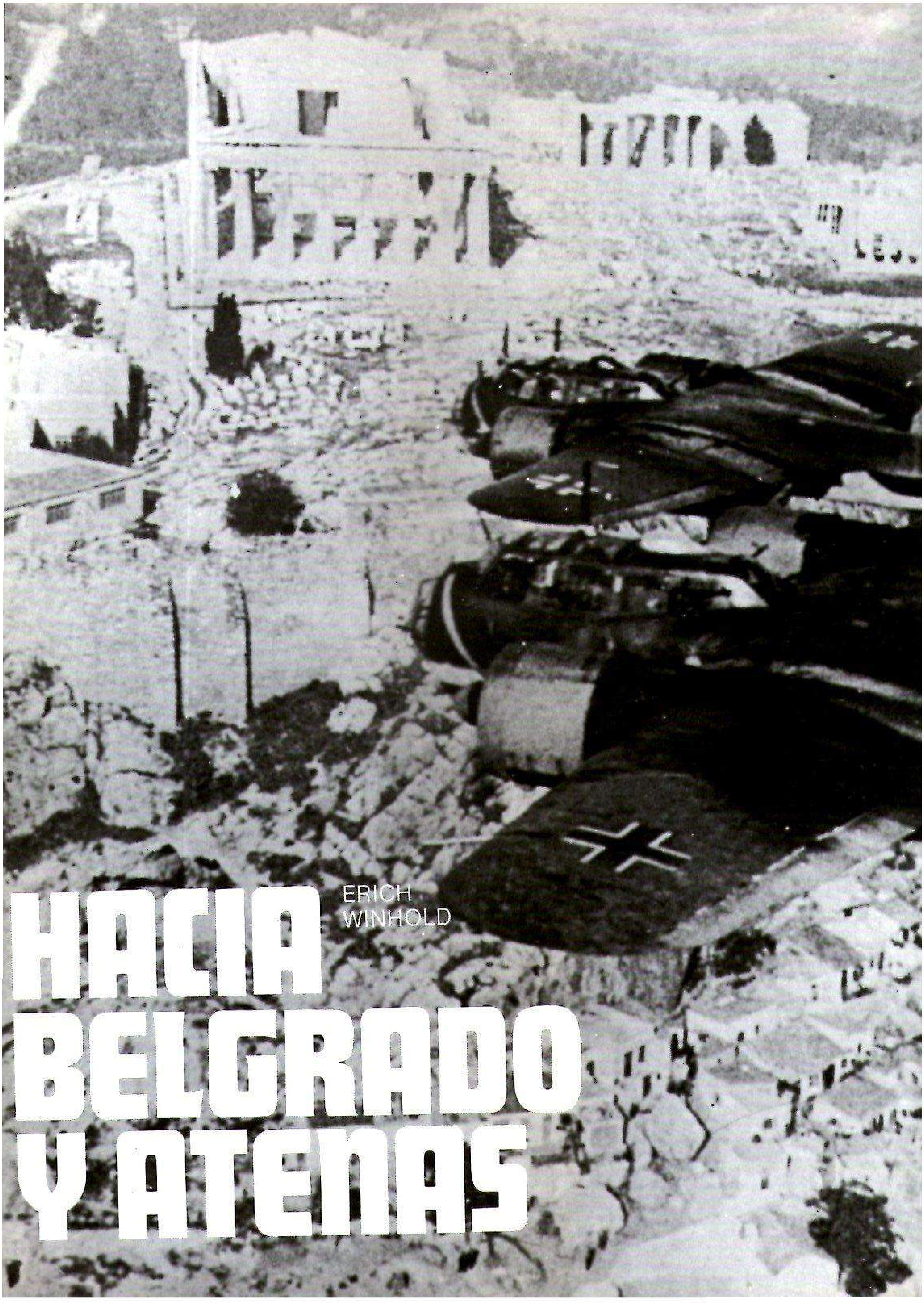




Arriba: cartel en honor de la combatividad de las mujeres griegas contra los italianos: «Los héroes de 1940». Ni el terreno más abrupto podía impedirles transportar armas y municiones hasta los puestos de los combatientes en las montañas.

Arriba, a la derecha: los soldados griegos tenían sobrados motivos para sentirse orgullosos. Gracias a su valor y a su arrojo los soldados de Mussolini tuvieron que abandonar el suelo griego apenas pusieron los pies en él. La amargura del «Duce» se desató hasta el punto de recomendar para su pueblo «disciplina de la mañana a la noche, y muchos palos».

Derecha: el mundo no fascista no pudo ocultar su alegría ante los triunfos griegos. El caricaturista de la revista británica «Punch» tituló este dibujo «Trofeo en las montañas», en el que se ve a un soldado griego victorioso recogiendo los símbolos abandonados por los fascistas italianos. Tampoco en Alemania se sentía mayor respeto por los hechos de armas del aliado. Goebbels tuvo que pedir a la prensa que tratara el tema italiano con sumo tacto y suspendiera los chistes contra Italia. Sin embargo, uno corría ya de boca en boca por toda Alemania comparando los partes de guerra italianos con los espaguetis: «Largos y de poco peso».


ERICH
WINHOLD
HACIA
BELGRADO
Y ATENAS



«...Sobre la Atenas inmortal de Pericles, resuena ahora un nuevo canto heroico. Los motores cantan. Una voluntad de acero los impulsa hacia delante. Pero, cuando han pasado, queda la gloria radiante que va adherida a sus alas rumorosas y la victoria que siempre les acompaña». (Texto propagandístico original de esta imagen de 1941)

La guerra se encontraba aún en una especie de letargo invernal. La tranquilidad dominaba en todos los frentes. Es el momento en que se intensifican los preparativos para la Operación «Barbarroja», la campaña contra la Unión Soviética. También en paralelo se concluyen los planes de la Operación «Marita», destinada a expulsar de Grecia al Cuerpo Expedicionario Británico, antes de que comenzase el despliegue previsto en la Operación «Barbarroja». Las bases aéreas inglesas en Grecia constituían un grave peligro para la producción petrolífera rumana de Ploesti, sin la cual la maquinaria de guerra alemana no podría avanzar en lo sucesivo. Otro fin marginal del ataque planeado contra Grecia era el de librar de un desastre a los italianos, que habían atacado en solitario al país heleno en el otoño de 1940. Una derrota italiana hubiese minado el prestigio militar del Eje.

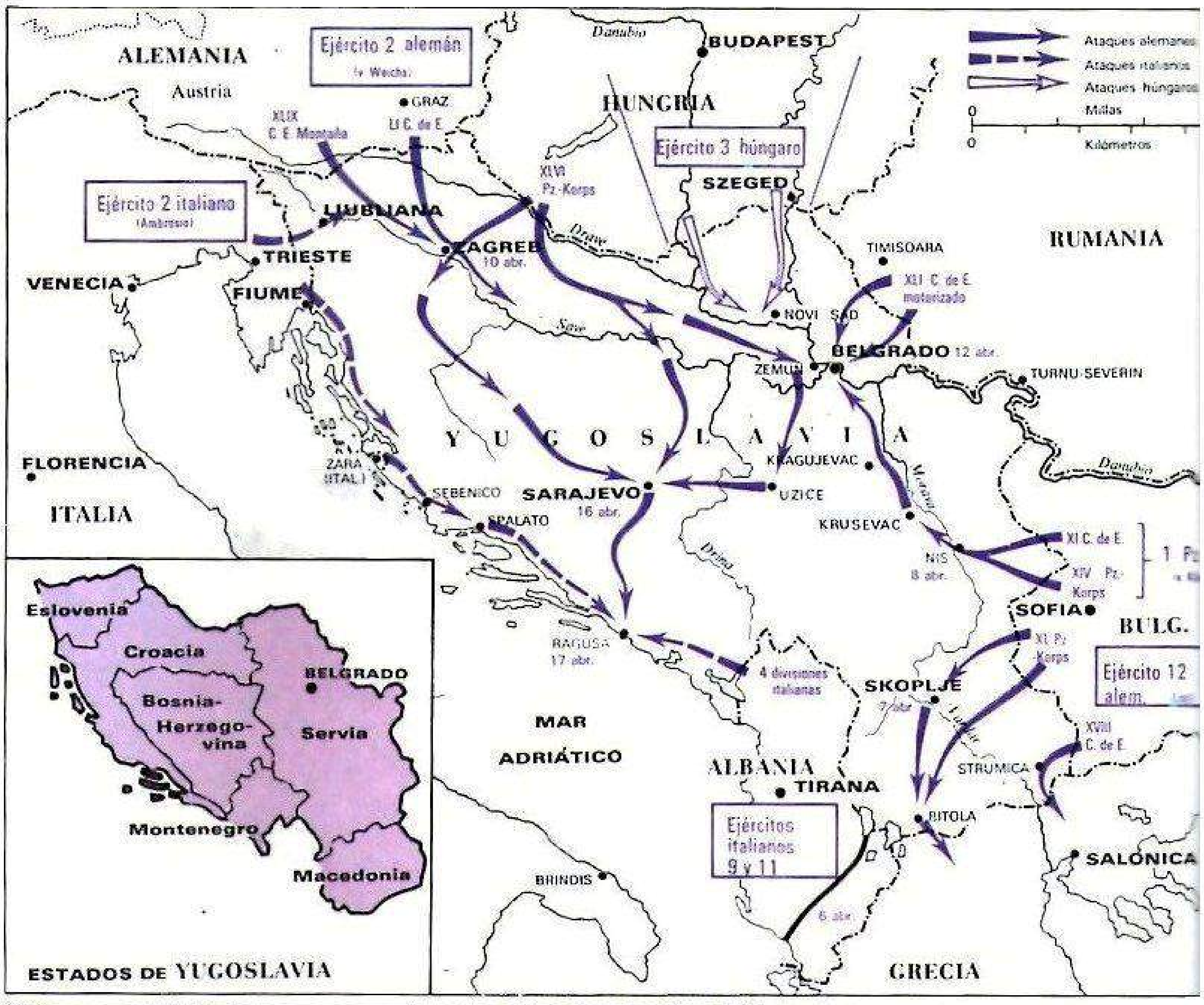
Ésta era la situación aquella mañana del 27 de marzo, aunque en la Cancillería del Reich berlinesa, donde se encontraba Hitler, y en el Mando supremo de la *Wehrmacht*, en Zossen, todo parecía indicar que las cosas seguían su curso normal.

Poco antes del mediodía, una noticia iba a alterar el panorama. Decía: «Golpe de estado en Yugoslavia». Hitler, a quien la información sorprendió literalmente con el estómago vacío, se quedó estupefacto: «Jamás lo hubiera creído. Al principio me pareció que podía tratarse de un error», contaría él mismo poco después. Exigió una comprobación inmediata y, cuando la tuvo, se puso furioso.

«Antes la guerra que un pacto»

Apenas habían transcurrido dos días desde que Yugoslavia suscribiera el llamado Pacto Tripartito, por supuesto bajo presiones, pero lo había firmado. Yugoslavia había recibido garantías de integridad territorial, aunque el Reich insistió en que se le concediera derecho de tránsito por su territorio. El acuerdo, en este sentido, estaba aún reciente y parecía que el último factor de inseguridad en el flanco sur había quedado resuelto al fin. Y, de pronto, se producía aquello... La noche anterior, dos generales, Mircovic y Simovic, habían depuesto al príncipe regente Pablo, forzando con ello un ascenso prematuro al trono del rey Pedro, menor de edad. En las calles de Belgrado, la multitud clamaba: «Antes la guerra que un pacto».

Hitler lo interpretó como una afrenta personal, como una traición, y, sobre todo, como un escándalo: la calma,





Antiaéreos alemanes protegen los campos petrolíferos rumanos de Ploesti. La campaña de los Balcanes estaba encaminada, y no en último término, a la conquista de estos yacimientos. Cuando más necesario era el crudo obtenible, Hitler vio amenazado el suministro debido a la evolución política (izquierda).

A causa de lo imprevisto del ataque alemán, las tropas yugoslavas carecieron los primeros días de la agresión de un mando militar unificado. 1500 oficiales y 224.000 soldados fueron hechos prisioneros por el atacante (abajo).



impuesta en el flanco sur con tanto esfuerzo, se había quebrado. Su reacción no se hizo esperar.
El jefe del Estado Mayor, Halder, que presidía en Zossen una reunión de comandantes del Ejército para discutir algunos pormenores del plan «Barbarroja» fue interrumpido por una llamada telefónica. Se le ordenó que, por el medio más rápido, se personase lo antes posible en la Cancillería del Reich y se dirigiese de inmediato al despacho del *Führer*.
Halder, desconcertado, cumplió la orden y hacia el mediodía estaba ya en Berlín. En la Cancillería se hallaban además de Hitler, el mariscal del Reich, Göring, y el ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop. A los pocos minutos quedaba enterado de la situación: Yugoslavia «tendría que ser abatida lo antes posible». Así se indicaba en una Directiva del *Führer* dictada ese mismo día.
Para el jefe del Estado Mayor aquella era una situación imprevista. Yugoslavia no figuraba en la lista de objetivos que poseía el Estado Mayor. No existía ni siquiera un proyecto de plan militar, ni un estudio previo: nada, absolutamente nada. Halder tuvo que disponer un plan partiendo de cero, con un mapa corriente como única base de estudio.
Pero lo consiguió. Propuso iniciar el ataque movilizando desde la Estiria austríaca un Grupo de Ejércitos que penetrase en Croacia. Al propio tiempo «unidades rápidas» avanzarían desde Hungría, entre los ríos Save y Drave, en dirección a Belgrado, mientras un *Panzergruppe*, dispuesto en Bulgaria para el ataque contra Grecia, se aproximaría asimismo hacia Belgrado tras partir de los alrededores de Sofía, pasando por Nis y a lo largo del curso del río Morava. Finalmente, otros grupos armados partirían del sur de Bulgaria, hacia el oeste, en dirección a Skoplje y la frontera albanesa, con lo que el Ejército yugoslavo quedaría aislado del griego y del inglés.
Hitler dio su consentimiento inmediato al plan de Halder. Esa misma tarde el *Führer* firmaba la Directiva correspondiente para el Mando supremo de la *Wehrmacht*. Dos días después, el Mando presentaba un detallado plan de marcha que también encontró la aceptación de Hitler.

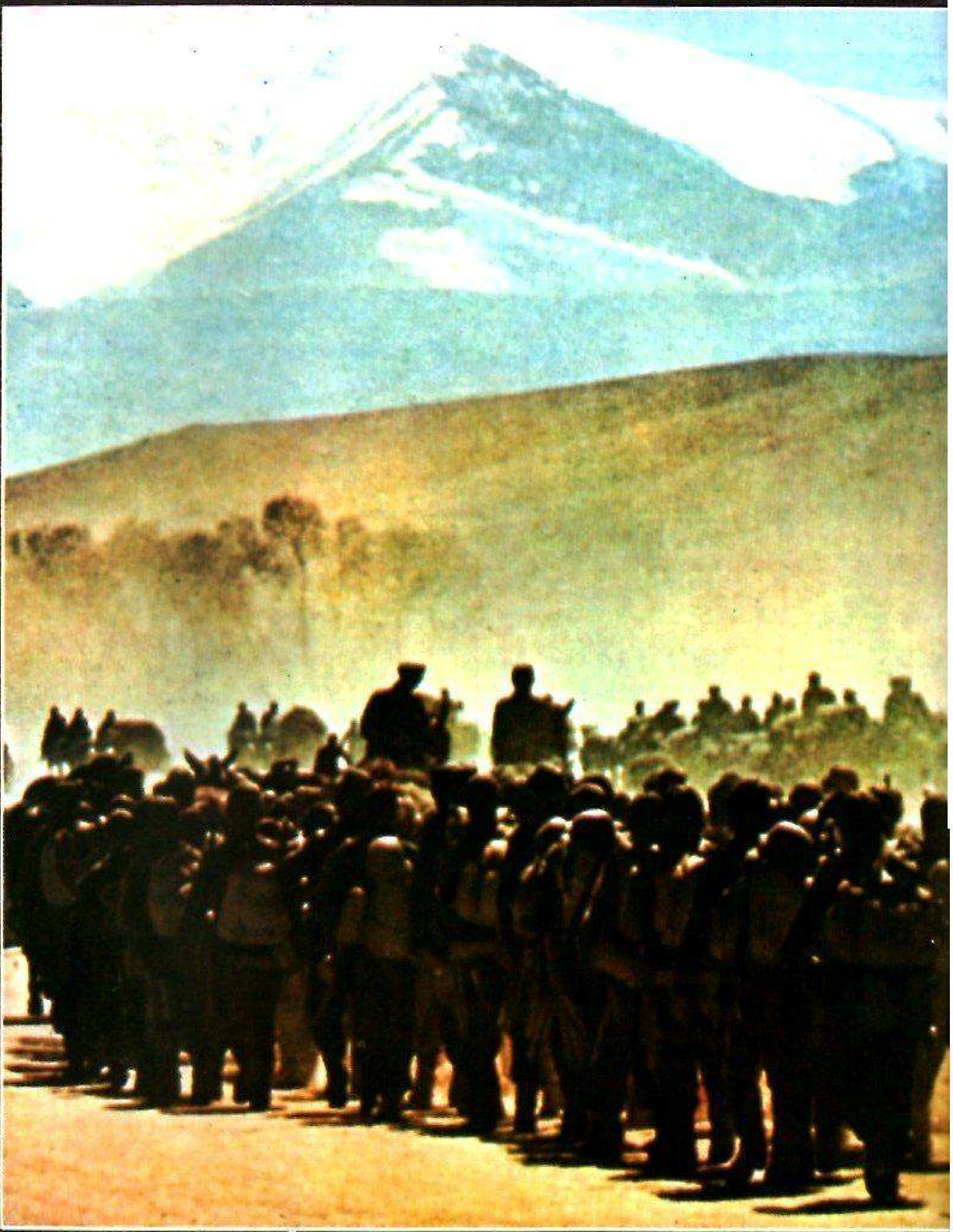
Una obra maestra de estrategia militar

Preparar una campaña partiendo de la nada en un tiempo récord de una semana —como primera fecha prevista para el ataque se fijó el 6 de abril— era desde luego una obra maestra de estrategia militar en sus facetas de planeamiento, organización e improvisación.
Se contaba con tropas suficientes en los Balcanes, en Hungría, Rumania y Bulgaria, sólo que no se había previsto utilizar estas fuerzas para un ataque a Yugoslavia. Emplearlas significaba que habría que movilizar efectivos muy distantes, destinados a otras operaciones. Por ejemplo, habría que organizar nuevas unidades con los Ejércitos dispuestos para la Operación «Marita» y alterar las estructuras de mando. Todo volvía a ser un caos. No quedaba otro remedio que improvisar, pero el tiempo apremiaba. El ataque contra Yugoslavia tendría que ir sincronizado con el previsto contra Grecia a primeros de abril. Y no solamente esto: el conjunto de la acción debería desarrollarse con tal rapidez que las unidades participantes habrían de encontrarse de nuevo a mediados de mayo, en los puestos señalados para el ataque contra la Unión Soviética, que en modo alguno podría aplazarse por razones climatológicas.
La premura del tiempo obligó a medidas poco convencionales. Cuando se comprobó que por exceso de trabajo, la línea ferroviaria en dirección a Graz y Klagenfurt no podría transportar hasta el sur de Estiria al Ejército 2 de Cazadores de montaña, estacionado en los alrededores de Viena, grandes unidades del mismo se vieron obligadas a cruzar a pie los Alpes, cubiertos aún de nieve.
Tales dificultades obligaron a adoptar nuevas variantes en el mando. Se comunicó a las divisiones de ataque que se ocuparan del problema del transporte: según el plan tan sólo se debía echar mano de aquellas unidades que fuesen estrictamente imprescindibles para el combate, llevando éstas todo lo necesario para la lucha, mientras que las unidades de retaguardia, reforzadas, actuarían de refresco en caso necesario. Esta distribución convertiría a las unidades de combate, como luego se demostró, en grupos extraordinariamente móviles y así se pudo lograr un tiempo medio de marcha que constituía todo un récord.
A la mayor brevedad deberían disponerse también operaciones por sorpresa orientadas a ocupar las instalaciones y edificios clave. Por ejemplo, al Ejército 2, estacionado en Graz, se le encomendó la toma del puente de Radkersburg, sobre el río Mur, frontera entre Austria y Yugoslavia.
Al amanecer del 6 de abril un reducido grupo de 12 hombres, mandados por el sargento Hermann Conrad, de 18 años, se disponía ya a la toma de su objetivo. Desde su escondrijo el sargento comprobó que el puente se hallaba muy protegido. Puestos de guardia y patrullas controlaban ambas entradas. La guardia se encontraba acuartelada en el edificio de la aduana, de fábrica sólida y casi invulnerable. Algo más allá, por encima del extremo del puente más próximo a él, observó que había un *bunker* bien situado desde el que se podía divisar y barrer con el fuego la zona del puente y una amplia faja de la ribera.
El sargento Conrad decidió entonces cruzar el río algo más abajo del puente con el fin de sorprender al enemigo desde su propia margen. Sus hombres recorrieron a toda prisa el repecho de la orilla, arrastrando al tiempo un bote neumático, se lanzaron todos dentro de él y comenzaron a remar.

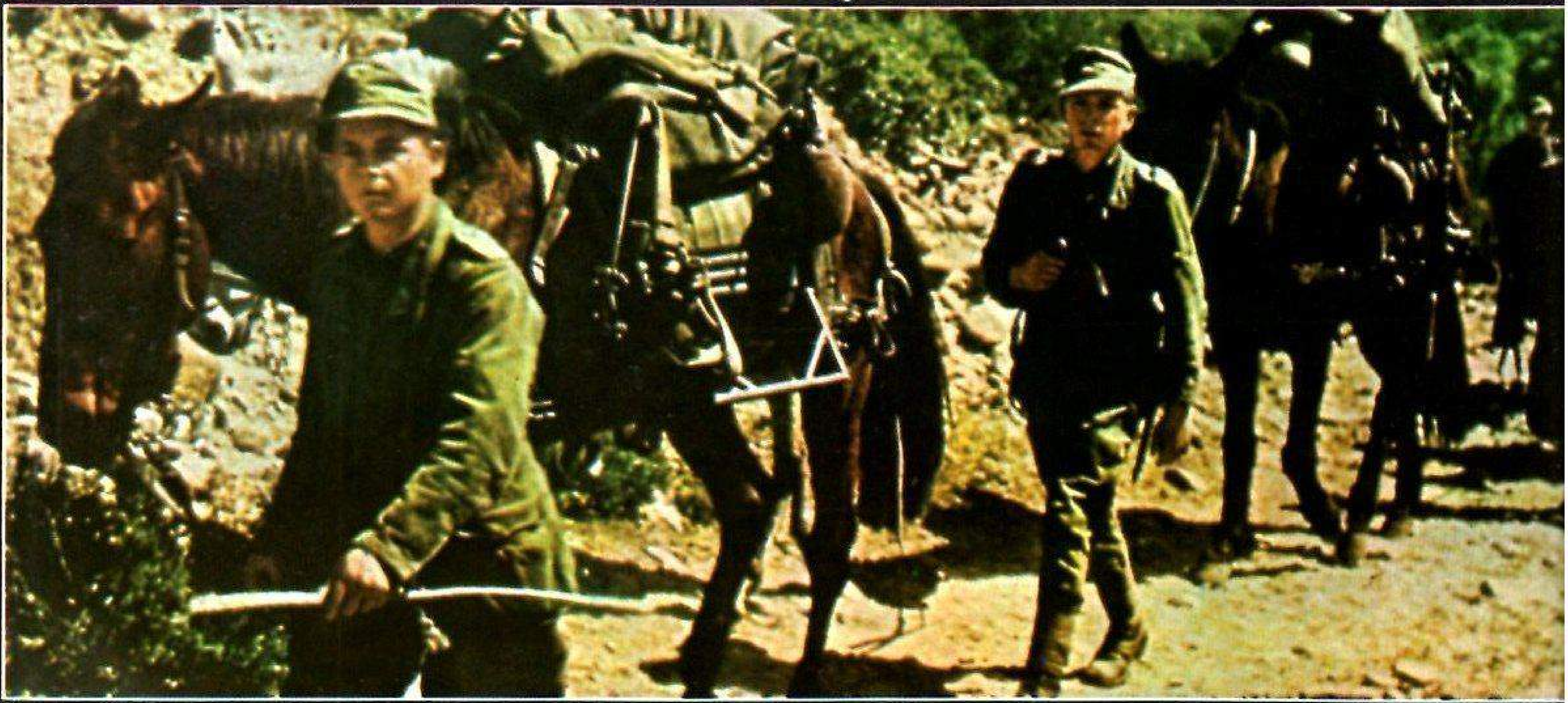
A saltos salvajes

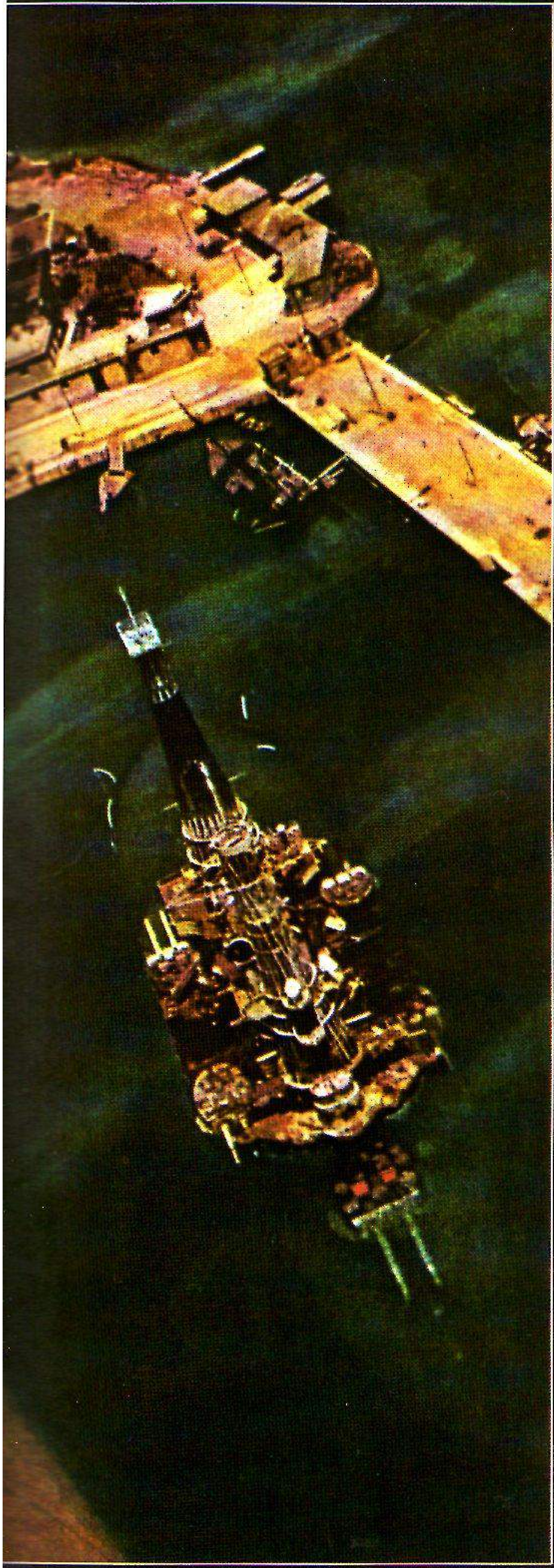
Medio a nado, medio vadeando, el grupo alcanzó la ribera, el primero de todos Conrad. Una vez en tierra, corrió hacia el edificio de la aduana. Un vigilante, que no se había apercibido aún de lo que ocurría y dudó un segundo, pagó con su vida la indecisión. Al momento Conrad tuvo ya a su alcance la casa. Sin perder tiempo se apresuró a lanzar una serie de granadas de mano por una ventana.
El humo y los gritos se mezclaron en el interior. Los supervivientes salieron afuera dando tumbos, arrojaron sus armas al suelo y alzaron los brazos. Se había logrado el primer objetivo. Pero todavía quedaba el *bunker*. Desde él, el enemigo estaba en condiciones de someter al fuego de sus armas incluso a quien apareciese en la otra margen. Las tropas de avanzadilla que ya habían aparecido en el lugar no podían cruzar el puente ni acercarse hasta las cargas explosivas situadas en él. Conrad dio a entender que deberían dirigirse hacia el *bunker* dando saltos violentos o reptando, aprovechando cualquier protección que encontrasen en su camino. Ya próximo a la fortificación, Conrad se tropezó con unos hilos conductores que cortó con su pala, en la esperanza de que se tratase del tendido eléctrico instalado para la voladura del puente.
Al fin se encontraba tan cerca del *bunker* que hasta pudo arrojar granadas por las aspilleras de la pequeña fortaleza. Pero eso no bastaría para reducirla al silencio. Con todo, el fuego que brotaba desde el interior se hacía más débil tras cada explosión de granada. Aquello fue suficiente para permitir a algunos zapadores aproximarse hasta el puente y romper los cables del detonador. Ahora podrían estar seguros de que el puente no iba a saltar por los aires.
En ese instante, Conrad disparó una salva con su pistola de señales. Sus hombres lanzaron entonces todas las granadas de mano disponibles contra el *bunker*, en rápidas andanadas. Durante uno, dos minutos, tan sólo se oyó el ▷

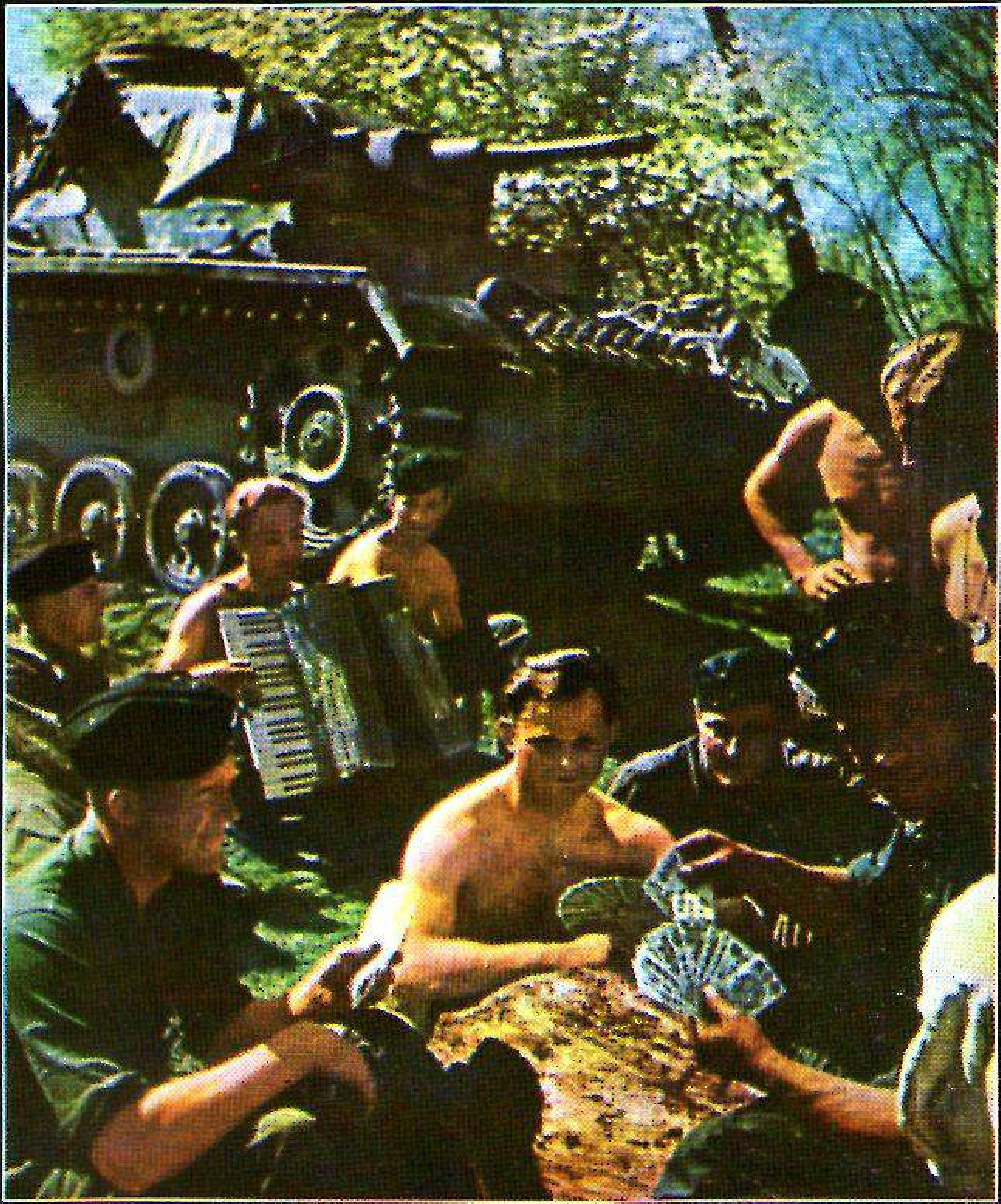
fuego aislado de un solo defensor que disparaba sin objetivo alguno, con lo que toda una compañía disponía de tiempo para cruzar el puente sin grandes problemas y atacar el *bunker* con las armas adecuadas. Todavía se escuchaban disparos cuando las primeras unidades motorizadas rodaban sobre el puente. El sargento Conrad sería distinguido poco después con la Cruz de Caballero por su hazaña en el río Mur, a las puertas de Radkersburg.
También en las riberas de otro río se libraba una batalla similar esa misma mañana: a orillas del Danubio, precisamente junto a la Puerta de Hierro, en el estrechamiento del río entre paredes rocosas cerca del pequeño puerto fluvial de Orsova. En esta operación los hombres de una Compañía del legendario «Regimiento Brandenburg de misiones especiales 800» (una unidad para acciones de comando) se deslizaban en cordada desde lo alto de las rocas hasta las angostas orillas del río, amparados en la oscuridad de la noche. Una vez abajo, encontraron sus armas y lanchas, escondidas de antemano en otra operación nocturna en la que la niebla facilitó los movimientos. Con estos efectivos habrían de cruzar hasta la otra orilla. El motivo de la misión, muy arriesgada por los peligrosos rápidos que formaba el río, era la presencia creciente de buques yugoslavos en las inmediaciones de Orsova. Estos vapo-



El plan de ataque contra Yugoslavia tuvo que ser improvisado partiendo de la nada. El difícil terreno que se debía recorrer no era muy adecuado para la marcha de las unidades motorizadas. El peso de la lucha tendría que recaer sobre las Divisiones de montaña.









El primer objetivo de la «Luftwaffe» sería el bombardeo de centros neurálgicos y nudos de comunicaciones. Luego sus bombas se orientaron hacia puertos y buques. Los «Stukas» hundieron en Salamina el buque de línea griego Kilkis (centro).

Una unidad acorazada hace un alto en la lucha en su avance a través de Grecia (arriba).

Un nido de ametralladoras situado a orillas del mar Egeo (sobre estas líneas).

res fluviales habían sido vistos mientras estaban surtos en pequeñas radas, cuidadosamente camuflados.
No se logró conocer qué pretendían los yugoslavos con esas misteriosas embarcaciones, pero que aquello afectaba al Danubio como vía de navegación parecía claro. La teoría era correcta. Los guerrilleros alemanes consiguieron apresar los buques infiltrados, aunque con muchas bajas. Según se pudo comprobar, estaban cargados de cemento y era evidente que se hallaban dispuestos para su hundimiento no lejos de la Puerta de Hierro. Si se hubiese realizado este plan, la navegación fluvial hubiera quedado interrumpida durante meses. El golpe de los hombres de la unidad «Brandenburg» había impedido que se llevase a cabo esta operación.
Casi a la misma hora en que el sargento Conrad operaba en el Mur y los soldados de la unidad «Brandenburg» a orillas del Danubio, calentaban motores en Rumania los pilotos de la 4.ª *Luftflotte*. *Stukas*, bombarderos y cazas se disponían a partir para una misión decisiva. Según había ordenado Hitler, la campaña contra Yugoslavia tendría que comenzar con un formidable ataque aéreo. Literalmente, Hitler había ordenado «destruir la capital, Belgrado». Una orden terrorista de tal calibre no podía corresponder más que al desaire sufrido por él: se imponía una venganza por haberse torcido sus planes tras los últimos acontecimientos en Yugoslavia. El nombre elegido para aquella operación aérea resultaba más que significativo: «Desquite».

Castigo contra Belgrado

Hitler pretendía destruir la capital, Belgrado, sin la menor consideración hacia los moradores civiles de la ciudad. Sin embargo, el responsable del plan, general de Aviación Alexander Löhr, comandante de la 4.ª *Luftflotte* se resistió a semejante orden. Las instrucciones verbales transmitidas por él a los jefes de las escuadrillas fueron de bombardear los objetivos militares. Con todo, la metralla alemana alcanzaría también otros puntos. La acción de los aviones germanos fue corta pero dura. Las defensas antiaéreas yugoslavas eran muy débiles y pronto quedaron eliminadas. Los enfrentamientos ofrecieron a los yugoslavos una imagen sorprendente: sus aviadores pilotaban los mismos aparatos que los atacantes: *Me 109;* habían sido adquiridos no hacía mucho en la propia Alemania. El 6 de abril caían las primeras bombas sobre la residencia del Gobierno, el Ministerio de la Guerra, el complejo de edificios del Estado Mayor, sobre el Palacio Real, los cuarteles, sobre el edificio principal de Correos y Telégrafos, la estación y diversas centrales eléctricas. Fue, en verdad, una operación de castigo contra la ciudad de Belgrado: la mayor parte de los objetivos se encontraban en ruinas o ardiendo aquel mediodía del 6 de abril. Pero afortunadamente la ciudad no fue destruida ni perecieron miles de civiles, como dice Churchill en sus Memorias. Es muy posible que Hitler lo hubiese ordenado, según apuntamos más arriba, pero Löhr impidió que se cumpliese tal mandato, prefiriendo atacar objetivos militares. Sin embargo, la acción no dejó de ser monstruosa. El ataque aéreo sobre los centros de la vida pública yugoslava dejó a los dirigentes del país en una situación prácticamente insuperable, desde las primeras horas de la campaña. El Gobierno huyó y el Ejército no pudo coordinarse por falta de medios de comunicación. Este es uno de los presupuestos fundamentales para entender cómo fue posible que los alemanes, una vez dentro del país, no fuesen atacados por los resistentes yugoslavos más que de forma esporádica: la resistencia no estaba coordinada, carecía de jefes militares. La «campaña de Yugoslavia» fue la más incruenta de la segunda Guerra Mundial. Unidades alemanas cruzaron desde Graz hasta Grecia sin verse obligadas a disparar un solo tiro.

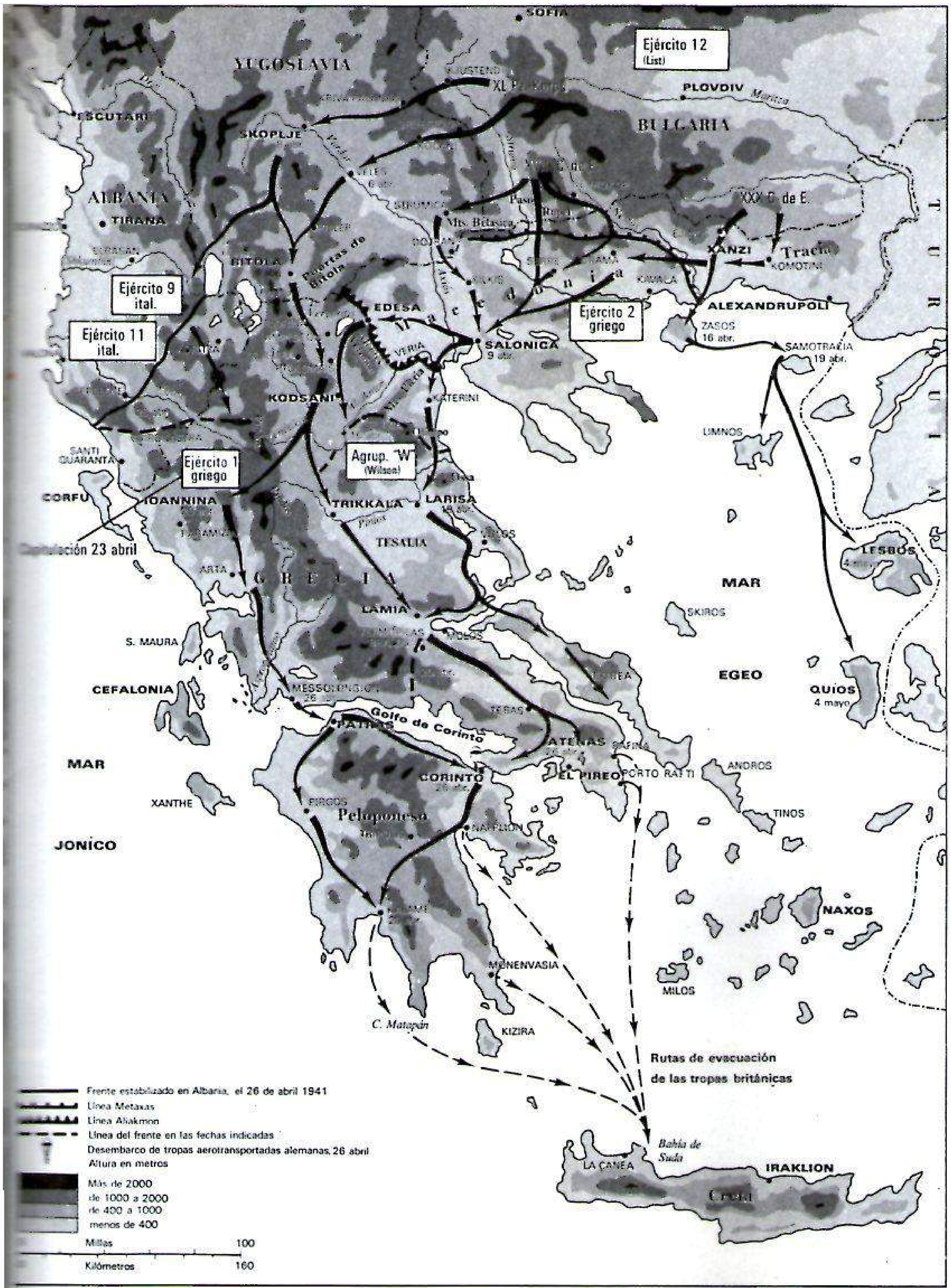
La campaña se desarrolló, tras la batalla exterminadora contra el Mando enemigo, en un tiempo récord: desde el comienzo de las hostilidades, el 6 de abril, hasta la toma de Belgrado tan sólo transcurrió una semana. La ciudad cayó atacada por tres puntos el día 12 de ese mes.

En las operaciones ni siquiera habían podido participar todas las unidades puestas en marcha el día 6. El primer Grupo acorazado atacó el 8 de abril desde la zona situada al oeste de Sofía, al día siguiente tomaría Nis, importante nudo de comunicaciones, y luego seguiría el curso del valle del Morava en dirección a Belgrado. El 10 de abril, el Grupo Este –una división de Infantería y dos acorazadas– penetró en Hungría occidental atravesando el Drave, conquistó el mismo día Agram, empleando una sola división acorazada, y se dirigió con la mayoría de sus efectivos hacia el sur, en dirección a Belgrado, cuyos aledaños alcanzaría el día 12. Finalmente, otro Grupo acorazado, mucho más débil, avanzaría el día 11 desde Timisoara, en Rumania occidental, hacia Belgrado. Dos días después se encontraba ya en los límites septentrionales de la capital.

La velocidad media de la operación sorprendió al propio Mando alemán. El Ejército 2 (Estiria), por ejemplo, ni siquiera empleó todas las fuerzas previstas en un principio para la operación: varias divisiones recibieron orden de regresar al comprobarse que no era necesaria su intervención. Estas unidades volvieron a los puntos a los que se les había destinado con vistas a la Operación «Barbarroja».
Se imaginaba que el norte, Croacia, antigua amiga de Alemania, ofrecería poca o ninguna resistencia. En cambio se contaba con que los servios del Ejército yugoslavo fuesen un núcleo más duro de vencer: todavía se les consideraba unos enérgicos y tenaces luchadores. Sin embargo, el caos total en el Mando del Ejército yugoslavo, la falta de coordinación en sus cuadros dirigentes, imposibilitó una acción conjunta de las unidades armadas del país invadido. Incluso se produjeron incidentes grotescos, como el que ahora relatamos:

Una carga de muchos quilates

El teniente Schotters, de la División de Cazadores de Montaña que prestaba escolta, camino de Belgrado, al 1.^{er} *Panzergruppe* por el valle del Morava, fue destacado con diez hombres y un vehículo oruga para observar la posición del enemigo.
Con las máximas precauciones, el pequeño grupo avanzaba por una estrecha carretera trazada sobre las montañas servias, cuando salió a su encuentro un desertor. Este les dijo que en el próximo pueblo importante se hallaba todo un regimiento servio.
El teniente, por su parte, ordenó que les guiara hasta Dubropoltje, donde debería encontrarse el enemigo.
Allí, con un golpe audaz logró hacer prisioneros algunos militares de alta graduación, que habían llegado en un automóvil de grandes dimensiones: un general, dos coroneles y otros dos jefes más, que fueron transferidos de su lujoso auto al incómodo interior del carro. Los hombres de la patrulla se situaron en el estribo, en cuclillas sobre el chasis de las cadenas, apretujándose los unos contra los otros, mientras el carro oruga abandonaba la ciudad. Así lograron regresar a su unidad. De un solo golpe, toda una División especial servia había perdido a su comandante, a su Estado Mayor y a los jefes de un Regimiento, con lo que cualquier plan que pretendiese llevar a la práctica la división citada se veía prácticamente condenado al fracaso.
El 17 de abril todo había concluido en Yugoslavia. El 14, el Mando del Ejército yugoslavo había comunicado a los oficiales con mando directo que podían capitular cuando lo deseasen: se trataba de una capitulación parcial. Pero los alemanes no se conformaron y el día 17 exigieron una rendición total y sin condiciones, que debía ofrecer un ministro plenipotenciario del Gobierno.





El 16 de abril de 1941, los alemanes izaron su bandera en el monte Olimpo, cubierto de nieve (izquierda).

Hasta el momento el número de bajas alemanas en territorio yugoslavo se elevaba a 151 muertos, 392 heridos y 15 desaparecidos.

Entretanto, la lucha continuaba en Grecia, enérgica e implacable. El ataque también había comenzado el 6 de abril. En la mañana de ese día, unidades del Ejército 12 alemán cruzaban la frontera greco-búlgara y se adentraban en tierra helena. Los Grupos orientales y centrales se aproximaban a toda velocidad hasta las cercanías de la llamada Línea Metaxas.

La Línea Metaxas era una fortificación integrada por *bunkers,* situados en una longitud de unos 100 kilómetros. Se extendía a lo largo de parajes casi inexpugnables, montañosos, difíciles de alcanzar desde la planicie y defendidos por los griegos con todo su empeño. En definitiva, el ataque alemán que pretendía abrir brecha en la Línea Metaxas quedó, por el momento, detenido.

Ataque a El Pireo

Las unidades situadas más al norte lograron, por el contrario, sus objetivos: la División acorazada 2 consiguió sortear la Línea Metaxas al oeste del lago Dojran y penetrar hacia el sur, hacia el valle del Vardar. El llamado Grupo occidental, integrado por una División acorazada, otra de Infantería y el *Leibstandarte Adolf Hitler* motorizado, se adentró hasta cerca de Skoplje, para continuar, llegado el caso, hacia el sur. En la tarde del 7 de abril, la 4.ª *Luftflotte,* que en la víspera había paralizado la vida pública de Belgrado, se dirigió hacia el escenario griego de la guerra, con el fin de asestar un nuevo golpe decisivo. Cuando el día declinaba la agresión tuvo como meta el puerto de El Pireo.

El puerto estaba abarrotado de buques ingleses, integrantes de una amplia operación de transporte. Entre ellos se encontraba el *Glen Fraser,* de 12.000 toneladas, que había llevado hasta Grecia gran cantidad de munición y que, por falta de acuerdo entre la marina británica y las autoridades portuarias griegas, no había sido descargado totalmente ni se le habían aplicado medidas de seguridad.

El *Glen Fraser* se encontraba amarrado al muelle con 250 toneladas de explosivos en sus bodegas cuando aparecieron los bombarderos alemanes. La primera serie de bombas lanzada desde el aire alcanzó de lleno al buque. La explosión fue de tal magnitud que trepidaron puertas y ventanas en la capital, Atenas, distante 15 kilómetros. El efecto alcanzó a otros diez buques, con un total de 41.500 toneladas, y a las instalaciones portuarias, que quedaron destruidas por completo. El almirante británico Cunningham habló, con toda

propiedad, de «golpe exterminador». El Pireo era hasta el momento el único puerto heleno que podían utilizar las tropas expedicionarias inglesas.
Entretanto continuaban detenidas en el desfiladero de Rupel, ante la Línea Metaxas, las tres divisiones del Cuerpo de Montaña XVIII. Pese a la intervención de *Stukas* y al empleo de armas modernas para el ataque contra *bunkers*, como lanzallamas y bombas de humo, los griegos resistieron durante tres días, desesperadamente, la presión del enemigo. Al fin, cumplido este término, los alemanes lograron cruzar la línea no sin haber experimentado numerosas bajas.

Avance hacia Atenas

Resulta muy discutible la necesidad de realizar esta penetración con tal despliegue de fuerzas. Mientras los cazadores de montaña corrían hacia las defensas de la línea, los ataques alemanes progresaban con toda fluidez por la derecha e izquierda de la fortificación. La División acorazada 2 llegaría a Salónica el 9 de abril, precipitándose hacia el valle del Vardar. Simultáneamente las divisiones procedentes del sur de Bulgaria alcanzaban el curso bajo del Nestos. Con ello la Línea Metaxas quedaba circundada por ambos flancos y todo el frente griego en la Macedonia oriental y Tesalia separado de su retaguardia. Esto trajo como consecuencia el que las unidades griegas que luchaban al este del Vardar se rindieran sin condiciones el 9 de abril.
El curso posterior de la campaña quedaría determinado por el propósito del Mando alemán de envolver a las unidades griegas e inglesas que aún luchaban en el norte del país y separarlas del Ejército griego, todavía fuerte, que se hallaba empeñado en una batalla contra los italianos en el frente albanés, con lo cual se imposibilitaría el que griegos y británicos integrasen una línea defensiva conjunta en el Norte de Grecia.
Esta maniobra fue posible gracias a la rápida intervención del Cuerpo de Ejército XL llegado de Skoplje, en Yugoslavia, que penetró hacia el sur. El 9 de abril caía Bitola, y el 10 estos efectivos cruzaban la frontera greco-yugoslava. Al día siguiente las cuñas de carros acorazados alemanes aparecían por primera vez cerca de Florina y presionaban sobre la enérgica resistencia greco-británica, que pudo ser vencida el día 12 mediante un ataque muy estudiado. A partir de ese momento el avance en dirección al sur fue tan fulminante que el Ejército griego del Epiro, situado en la zona fronteriza de Albania, quedó completamente bloqueado y no tuvo más opción que capitular, como dos fechas antes había decidido el Ejército que operaba al este del Vardar. Esta segunda capitulación parcial tuvo lugar el 21 de abril.
En cambio el intento de envolver al Cuerpo Expedicionario Británico fracasó por completo. El comandante británico, general Wilson, guió con habilidad a sus unidades fuera de una posición virtualmente acordonada por el atacante hacia otra más segura, mientras grupos de combatientes presentaban una resistencia decidida contra la avanzadilla alemana, hasta que el grueso de las tropas inglesas se encontraban a cubierto y dispuestas a proseguir la lucha. Esta táctica dio buenos resultados, aunque los ingleses luchaban prácticamente en solitario desde mediados de abril. El día 16, el jefe supremo de las tropas griegas, general Papagos, había sugerido la conveniencia de «embarcar a los ingleses para evitar al país más destrucciones».
La última posición defendida por las tropas expedicionarias británicas, con muy pocos efectivos, aunque con gran bravura, fue el famoso paso de las Termópilas. Los ingleses habían perdido su campamento principal, en Larisa, que había pasado a manos germanas completamente intacto, así como también el mayor puerto de cuantos aún estaban en servicio, el de Volos, ocupado por los alemanes el 21 de abril. Durante el curso de la campaña, el general Wilson había ido trasladando a lugares más seguros a parte de sus tropas, sirviéndose de pequeñas embarcaciones de pesca y deportivas. La

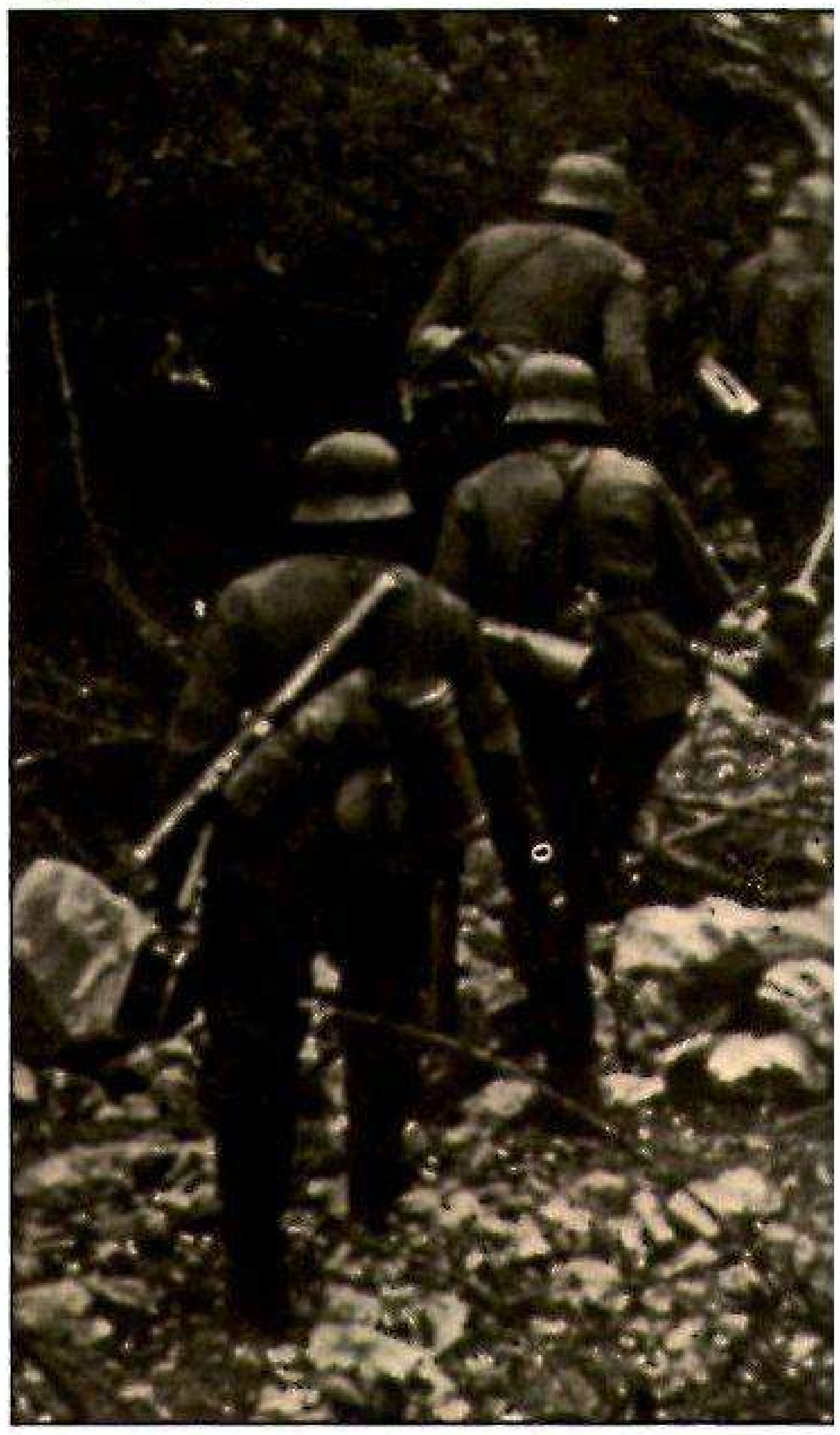
Otra vez las Termópilas

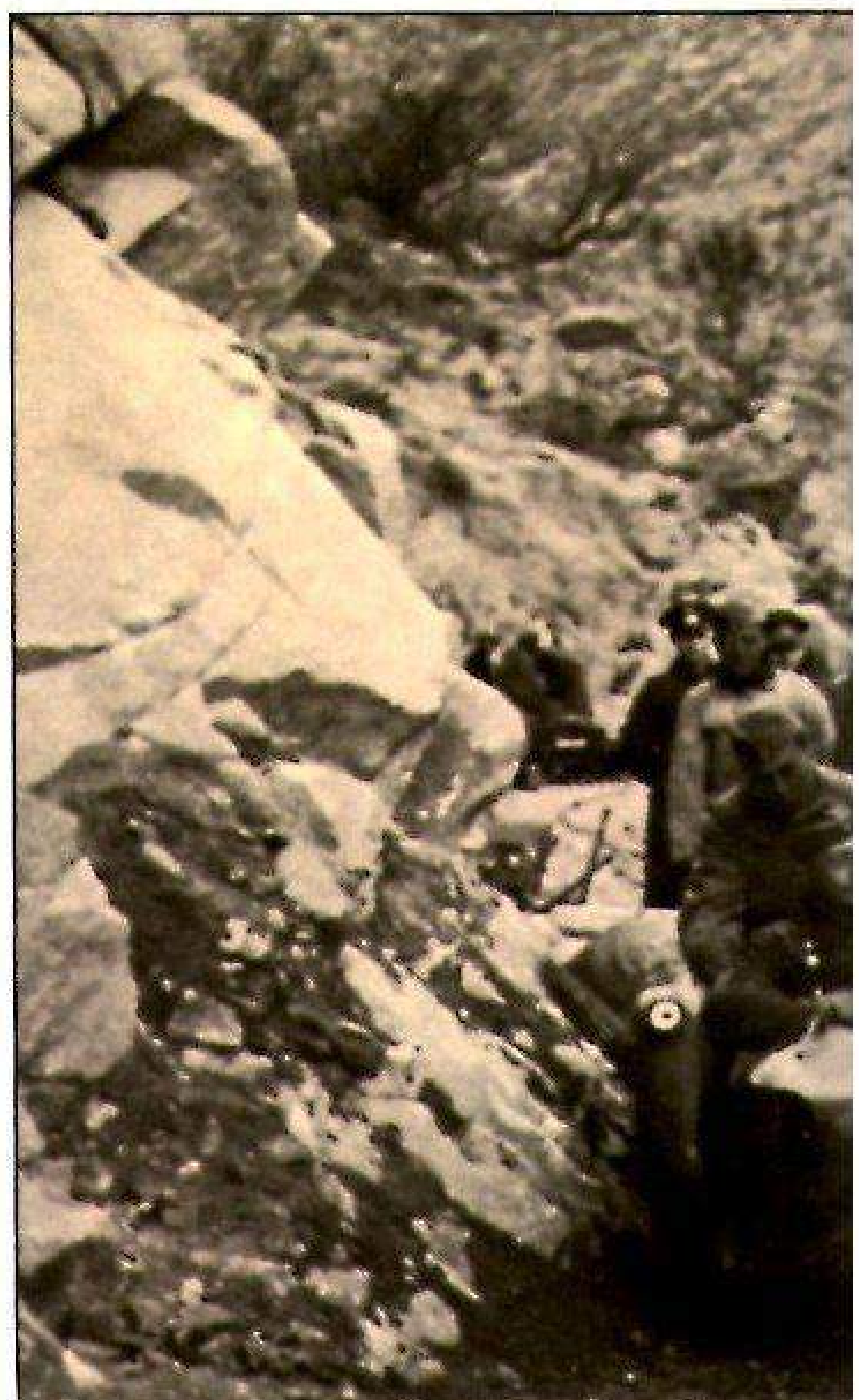
Las Termópilas son, en la historia europea, el símbolo del valor militar y de la disposición para el último sacrificio, el de la propia vida, en aras de un ideal superior. Aquí, en el desfiladero entre las montañas Kalidromos y el golfo de Lamia, en el año 480 antes de Cristo, el rey espartano Leónidas esperaba con un reducido grupo de combatientes al gran ejército de los persas. Cuando las selectas tropas persas, conducidas por traidores, fueron guiadas hasta las posiciones defendidas por los griegos, Leónidas dio la orden de repliegue. Pero él se quedó en el desfiladero con 300 espartanos y otros 700 voluntarios. Sin lugar a dudas sería muy equivocado atribuir a las tropas británicas al mando del general Wilson, durante su defensa de las Termópilas en abril de 1941, la misma valentía y capacidad de sacrificio que la de Leónidas y los suyos. Más bien de lo que se trataba era de aprovechar el valor estratégico del desfiladero. Como en la antigüedad, también ahora las Termópilas eran el único nexo entre el norte y el centro de Grecia. Continuaban siendo un paso que podía cerrarse, con la ayuda de un ejército moderno, tan fácilmente como en la época en que los griegos luchaban contra los persas.

La voladura de puentes dificultaba de continuo el avance. En la imagen, un carro de combate ha encontrado un vado (derecha).

Los objetivos se logran con dificultad en terreno fragoso. En cualquier momento pueden sonar disparos. El enemigo permanece invisible (bajo estas líneas).

Soldados zapadores retiran grandes bloques rocosos que interceptan el paso de las tropas (abajo).









posición de las Termópilas resistió los días suficientes, del 21 al 25 de abril, para permitir el transporte de la mayoría de los efectivos disponibles hacia el Peloponeso. El intento de los alemanes de evitar esta operación ocupando el estrecho de Corinto y el único puente que salvaba el canal de su nombre, llegó demasiado tarde.

El 26 de abril, amparada en la semioscuridad del amanecer, una compañía de zapadores paracaidistas lograba caer cerca del lugar y ocupar el puente. A los pocos momentos también saltaban a tierra dos batallones de paracaidistas. Todo se produjo de forma repentina y la guardia del puente, sorprendida por la operación, fue desarmada en cuestión de segundos. Los zapadores se ocuparon acto seguido de desactivar los artefactos detonadores montados en el puente, pero no tuvieron más remedio que dejar las cargas sobre él, porque un antiaéreo apostado cerca del lugar –un cañón Bofors de 40 mm– comenzó a disparar contra ellos. Y ocurrió lo peor. Un proyectil alcanzó una de las cargas que no habían podido ser retiradas y se produjo una explosión que hundió en el canal la estructura metálica del puente, obstruyendo la vía de agua.

Sentimiento de imbatibilidad

La ciudad y el aeródromo de Corinto fueron ocupados el mismo día por los paracaidistas alemanes, pero ese golpe de mano no tendría consecuencias militares, porque la masa de soldados ingleses se encontraba ya de camino hacia los puertos del sur del Peloponeso, a los que llegaron poco antes que los atacantes germanos. Cuando éstos entraron en los puertos de embarque, los británicos habían logrado incluso trasladar a bordo de sus unidades la mayor parte de sus efectivos en material. La toma de los puertos del sur del Peloponeso, el 29 de abril, significó el final de la actividad bélica en Grecia. Numerosas islas de la costa irían cayendo sin resistencia alguna en manos alemanas.

Una vez más, la *Wehrmacht* había ganado otra guerra relámpago por el procedimiento habitual, es decir, empleando un número reducido de tropas dirigidas por un mando que actuaba de modo muy flexible y poco convencional. La superioridad numérica, factor no desdeñable, también influyó en la marcha de las operaciones. La brillante victoria relámpago en los Balcanes reforzó sin duda en el espíritu del Mando militar el concepto de imbatibilidad, que llevaría a Hitler al convencimiento de que sería posible derrotar a la Unión Soviética con otra guerra relámpago. Una valoración errónea y fatal para él. □

Los servicios secretos alemanes y sus enemigos

Ejércitos en la sombra

Gerhard Jäger



Como ha ocurrido siempre, también durante la segunda Guerra Mundial permanecieron en la sombra muchas acciones de los distintos servicios secretos y abundaron los relatos legendarios sobre sus agentes más conocidos. Recogemos aquí algunos episodios de ese mundo de traiciones, mentiras y engaños. En la primera parte de nuestro relato se refleja cómo se pasó de un espionaje en muchos casos idílico y pacífico, a un duro oficio de guerra.

«A la larga, esto será para usted el principio del fin», dijo el jefe del servicio de contraespionaje militar saliente a su sucesor en el puesto mientras le estrechaba la mano.

El «nuevo», Wilhelm Canaris, se encontraba ahora solo en su despacho. El Tiergarten berlinés, hacia el cual tendía su mirada, aparecía desierto. Era un viernes. Año nuevo de 1935. Canaris celebraba su aniversario. Cumplía 48 años. En ese día se le había nombrado jefe del contraespionaje.

A la mañana siguiente comenzó la guerra para Canaris. Una guerra en todos los frentes. Su cometido era el de trazar una red de información lo más eficaz y rápida posible, con ramificaciones en todos los países vecinos. El proyecto habría de convertirse en realidad en un tiempo récord. Para ello debía ampliar su departamento integrando en él gente preparada, con experiencia en materia de servicios secretos. En primer lugar debería ganarse para el contraespionaje a Hitler, que poco antes había declarado con presunción: «Jamás daré la mano a un espía». Canaris también debía llegar a un compromiso con el servicio secreto político: tanto la policía del Estado (después llamada Gestapo) como el cuartel general del SD (después Departamento de Exterior) estaban bajo el mando de Reinhard Heydrich. Y éste era muy dado a las intrigas y a todo tipo de atrocidades, como se decía confidencialmente en los círculos del sector.

Para Canaris, un personaje así no iba a ser fácil de obviar; sin embargo, el experimentado funcionario del servicio secreto lo lograría. ¿Cómo había llegado aquel oficial de Marina a jefe del contraespionaje alemán?

Durante la primera Guerra Mundial había conseguido crear una tupida red de agentes internacionales, cuando se encontraba como adjunto del agregado naval en Madrid. Esa red aportaba numerosas informaciones de todo el mundo sobre las maniobras de la flota enemiga.

En 1918 Canaris se encontraba en el Estado Mayor del ministro de Defensa del Reich, Noske. Esto no le impidió continuar en contacto con los círculos que laboraban para derribar a la República. Más tarde fue ascendido y se le transfirió al Mando naval. Desde el nuevo puesto se dedicó, a partir de 1922, a la reconstrucción de la fuerza de submarinos. El plan se llevó adelante en el más estricto secreto, puesto que el tratado de Versalles impedía al

El jefe del contraespionaje alemán, almirante Canaris. La foto se hizo con ocasión de la visita realizada a Berlín por un grupo de oficiales finlandeses.

Reich alemán disponer de esos medios de combate.

En el círculo de militares conservadores, Canaris tenía fama de adepto de Hitler. Y lo era, aunque con reservas: de un lado, veía en el nacionalsocialismo la única posibilidad de salir al encuentro de la cada vez más amplia difusión del comunismo, puesto que se presentaba como absolutamente contrario a él. Por otro lado, repudiaba el sistema de «asesinato y tortura» propugnado por los nazis, según expresión directa del propio Canaris.

Al principio Canaris tuvo suerte con Hitler. El dictador le recibía y atendía a sus razones cuando se llegaba hasta él con informes confidenciales realizados por sus agentes, sobre conocidas personalidades del extranjero. Canaris sabía muy bien cómo captarse a Hitler. Pero el interés decreció muy pronto. Canaris no podía ofrecer al *Führer* los éxitos espectaculares que éste deseaba. En 1939 Hitler calificó de «charlatán» al jefe del *Abwehr* y consideró la posibilidad de relevarlo de su puesto.

Las intrigas del grupo de Himmler hicieron todo lo posible por conseguirlo: En 1939 se creaba el departamento general para la seguridad del Reich (RSHA), con sede en Berlín, en la Prinz-Albrecht-Strasse. A partir de ese momento dependerían de Heydrich la Gestapo, la policía criminal (Kripo), y los Servicios de Seguridad (SD) del Interior y del Exterior.

Canaris no escapó a las consecuencias del encumbramiento de Heydrich. No se le ocultaba que el otro estaba reuniendo un material muy útil. Incluso las historias amorosas de Goebbels, y los antecedentes judíos en el árbol genealógico de Himmler. En 1936, Canaris cedió a las presiones de Heydrich y se avino a reconocer los «diez mandamientos» de los servicios secretos alemanes. Con ello el *Abwehr* acataba la primacía de la organización paralela de las SS.

Canaris debía hacer llegar a Heydrich las noticias políticas y económicas que llegasen a sus manos desde el exterior. En consecuencia le quedaba terminantemente prohibido al *Abwehr* el aprovechamiento de tales informaciones, que ya no podría manipular. Por el contrario, el SD de Heydrich no se obligaba a hacer llegar al *Abwehr* las noticias militares que lograra reunir en el extranjero. El *Abwehr* no pudo ya operar con unos agentes identificados por la Gestapo y muy pronto hubo detenciones. En definitiva, las posibilidades de comprobación o de ratificación se encontraban sometidas al RSHA. El deseo del *Abwehr* de encubrir a espías reconocidos e incluso facilitarles la huida, desenmascarando a los instigadores, fue un proyecto que no se respetó. Heydrich estaba decidido a integrar su red de agentes en el exterior a base de miembros del partido que operarían fuera de las fronteras. Las informaciones que recogiesen revertirían al RSHA. Los fanáticos de Hitler introducidos en este trabajo y residentes fuera del país recibieron muy pronto, por sus rudos métodos, el calificativo de «quinta columna». A menudo, los espías de los distintos servicios de inteligencia alemanes se entorpecieron en su trabajo, a veces se pusieron en peligro los unos a los otros y con demasiada frecuencia las informaciones remitidas por ellos a Berlín eran contradictorias.

Agentes alemanes ocupan puestos de responsabilidad

En esta situación Canaris se vio obligado a delimitar sus objetivos. Cuando Hitler le encomendó la incorporación de Austria, Canaris se encontraba en condiciones de poder anunciarle que su *Abwehr* operaba ya en el pequeño estado del Danubio. El almirante podía informar además sobre Danzig, Polonia, Checoslovaquia y Francia, en donde sus agentes habían logrado situarse en puestos de responsabilidad. De pronto se produjo algo sorprendente: Hitler manifestó de modo expreso que no quería a ningún agente alemán en Inglaterra. Quería ejercer con Gran Bretaña una política de acercamiento. El espionaje daría al traste con el éxito diplomático previsto. Al tiempo insinuó que lo que ocurría en los Estados Unidos no le interesaba lo más mínimo: América quedaba demasiado lejos.

En realidad los Estados Unidos eran de vital importancia. Canaris supo callar, a pesar de que tenía toda la razón al pensar lo contrario. El desinterés de Hitler por América le permitió gozar de manos libres en esta zona, y esto significaba conseguir unos éxitos rápidos y efectivos.

El objetivo más importante era, por supuesto, la Unión Soviética. Mas a pesar de ello –y en esto se hallaban de acuerdo todos los servicios secretos alemanes– infiltrar en el país a agentes germanos y ganar para este cometido a ciudadanos soviéticos era poco menos que imposible. La Unión Soviética estaba completamente protegida respecto a la influencia exterior y su vida interna era objeto de estricto control. Con todo, de forma inesperada un capricho de Stalin facilitó las cosas a los alemanes. El espionaje de las SS había investigado que Stalin se proponía eliminar a sus antiguos compañeros de lucha en una próxima depuración. Las víctimas elegidas estaban situadas, en parte, en los puestos de mando de las Fuerzas Armadas. La acción –se suponía– iba a tener carácter preventivo. Stalin temía, naturalmente, que la fuerza concertada de sus antiguos compañeros pudiese orientarse más tarde contra él.

El Comisariado Popular del Interior (NKWD) tenía como cometido, de puertas adentro, la seguridad del Estado. La información exterior, el espionaje y el sabotaje eran competencia de la Sección 4 del Estado Mayor del Ejército Rojo *(Rasvedupr)*, cuyo «director» era el general Jan Bersin.

Bersin contaba, en contraposición con los diligentes aprendices del almirante Canaris, con la red de espías mejor organizada y más poderosa de todo el mundo: los camaradas de la Internacional Comunista penetraron como agentes soviéticos en todas las organizaciones de los distintos países, con la ayuda de los respectivos partidos comunistas. Al tiempo esta red resultaba muy barata: los comunistas convencidos que la integraban realizaban en muchos casos su difícil tarea sin recompensa económica alguna.

En todos los centros políticos de Europa operaban a pleno rendimiento organizaciones del *Rasvedupr*: En Suiza, Holanda, Francia, Bélgica, Luxemburgo, Italia, Inglaterra, España y Alemania. Los camaradas de todo el mundo canalizaban las informaciones reunidas hacia Moscú, o las llevaban personalmente con ocasión de sus «viajes de estudio». Estas aportaciones eran voluntarias y, en ocasiones, el portador ni siquiera imaginaba qué era lo que llevaba. A todo esto se añadió de repente la técnica radiofónica, lo bastante desarrollada para ofrecer la posibilidad de transmitir informaciones vitales a Moscú desde largas distancias, gracias a las ondas cortas. En materia de textos cifrados, los rusos eran verdaderos maestros. Ya durante la primera Guerra Mundial era notorio en todos los servicios secretos occidentales cuán difícil resultaba descifrar un «código» ruso. A partir de 1936 los organismos del contraespionaje europeo observaron un tráfico radiofónico constante a base de «ondas rojas», sin que se pudiese interpretar el contenido.

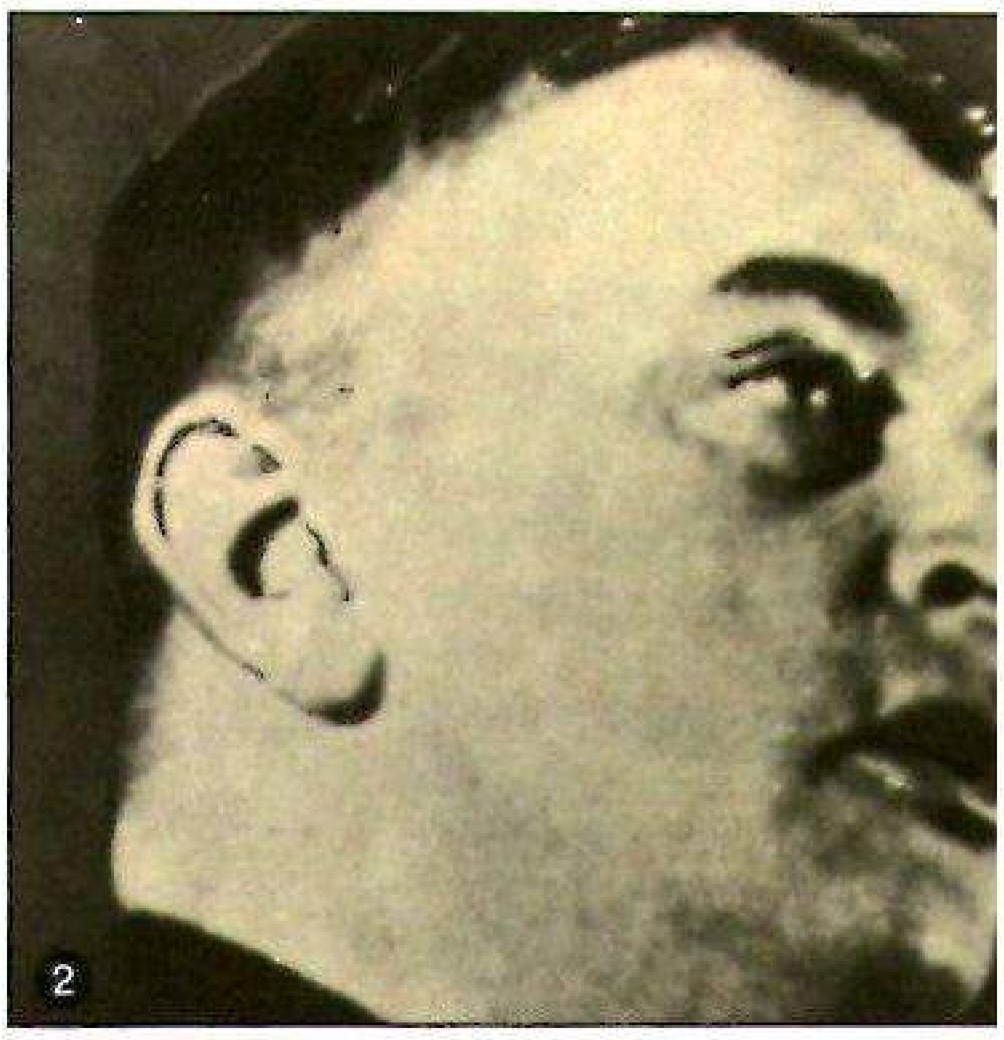
Así estaban las cosas cuando cierto día Heydrich exigió a Canaris escritos originales de determinadas personalidades rusas y alemanas, con el pretexto de que luego se falsearía una pretendida correspondencia entre oficiales germanos y soviéticos, operación a realizar en el despacho de Heydrich, y se la haría llegar hasta Stalin.

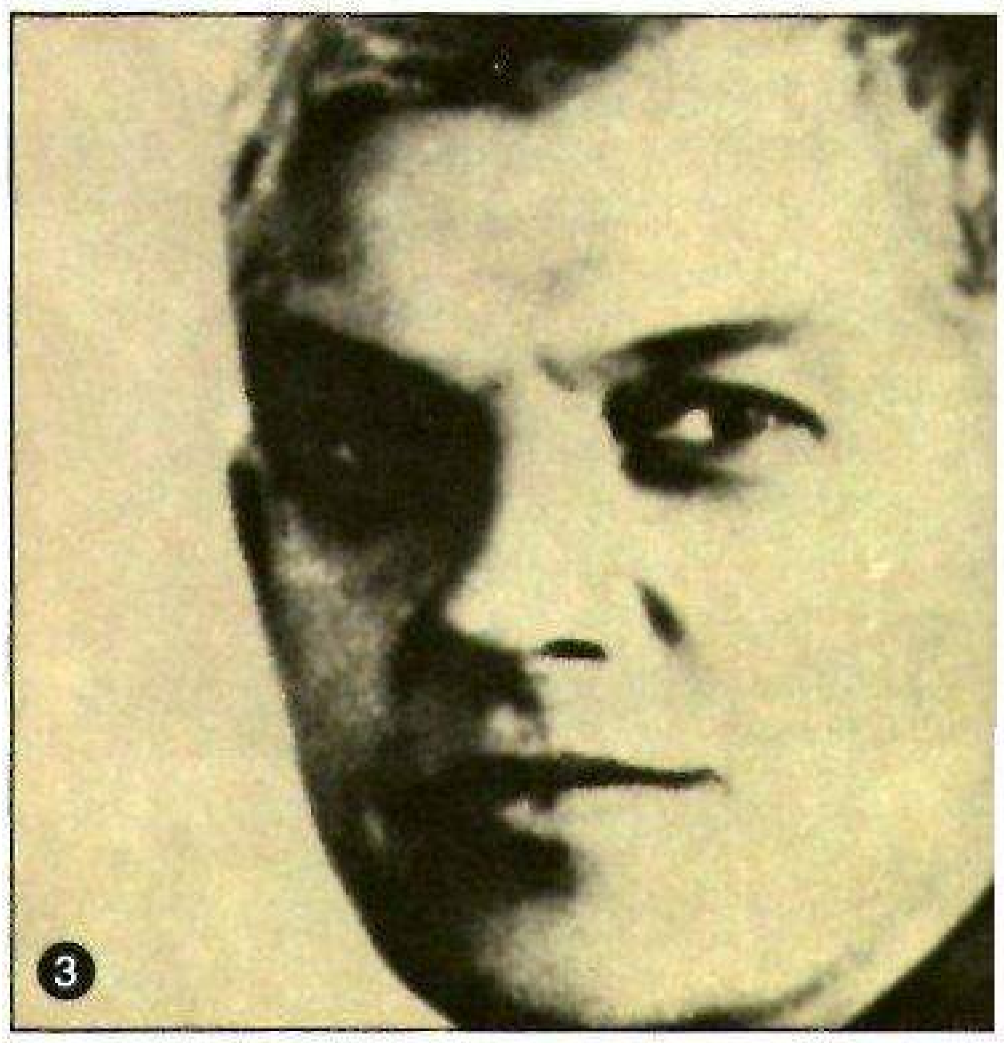
En los comienzos del verano de 1937 Stalin desencadenó una purga sangrien-

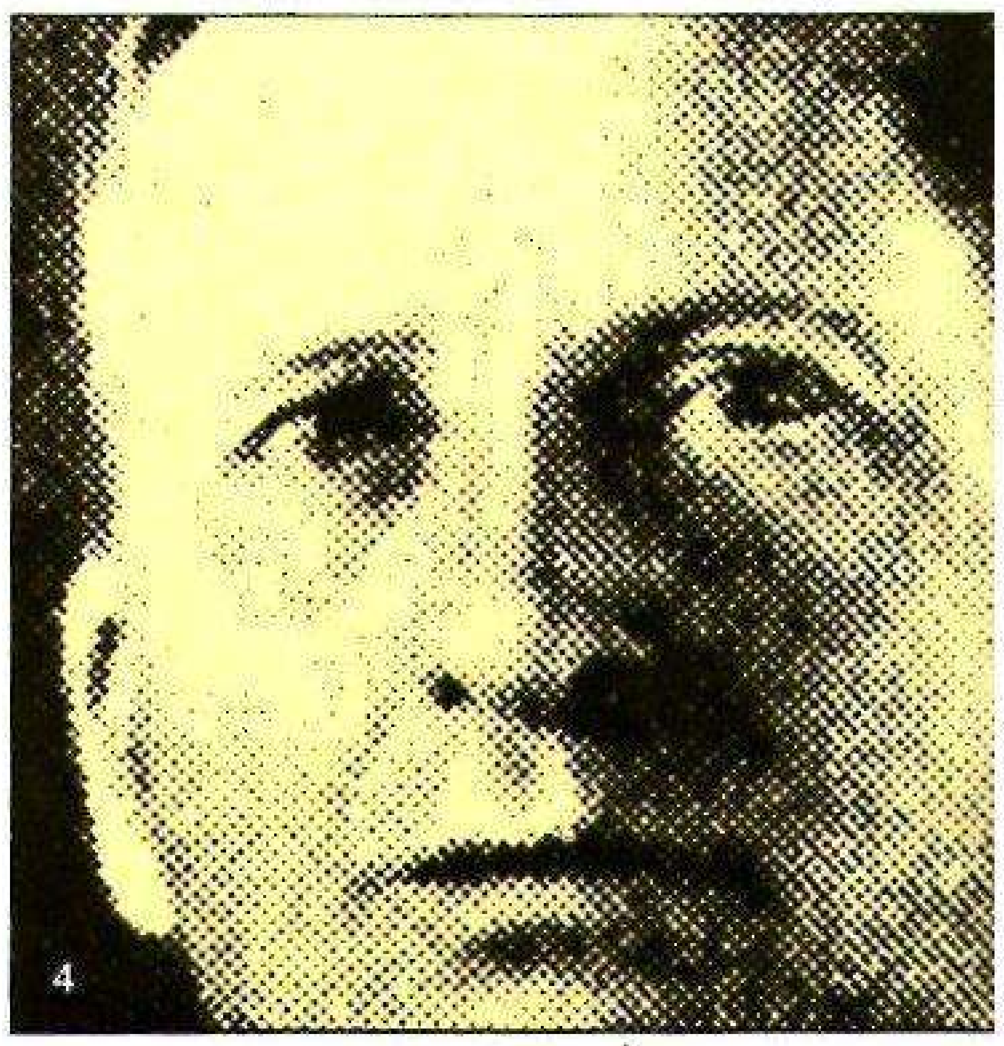
ta contra sus antiguos amigos. Con toda seguridad esta depuración se habría llevado a cabo también sin la presencia de aquellos «papeles descubiertos», procedentes de la rebotica de las SS, pero quizá la operación de limpieza no hubiera sido tan amplia y terrible sin las famosas cartas.
La falsificación de correspondencia era algo muy adecuado a la perfidia del tándem Heydrich-Himmler. Con ello pretendían entregar al verdugo a la élite que rodeaba a Stalin, debilitar al enemigo potencial más peligroso para Alemania y concederse un tiempo para actuar con el máximo de posibilidades tanto en el sector militar como en el del servicio secreto.
La depuración ocasionó las siguientes víctimas: tres mariscales soviéticos, a la cabeza de ellos, Tujachevski, que había presidido al lado de Stalin, el 1 de mayo de 1937, el desfile militar de la plaza Roja de Moscú; 13 jefes de Ejército, 57 comandantes de Cuerpo de Ejército; 110 comandantes de División, 220 comandantes de Brigada, los 11 vicecomisarios de guerra de la URSS, 75 miembros del consejo supremo militar. En resumen, el 90 % del generalato y el 80 % de la oficialidad.
Stalin tampoco perdonó al servicio secreto. De éste fueron liquidados el jefe del *Rasvedupr* (GRU), general Jan Bersin; su sucesor, Utritzki; el agregado militar en Londres y varios jefes de delegaciones del servicio secreto en Europa.

Beria ordenó ejecutar a los verdugos

También los jefes del servicio secreto en Berlín fueron reclamados por Stalin y, una vez en la Unión Soviética, se les condenó a penas de largos años de cárcel. Entre ellos estaba el hombre que había logrado «fichar» a los maestros del espionaje alemán Schulze-Boysen y Harnack. Cuando el jefe de los espías rusos en Escandinavia recibió la orden de regresar a Moscú, preparó su maleta y dijo: «Ya sé que voy a morir, pero no tengo otra opción». Murió fusilado.
A finales de 1937 el servicio secreto alemán pudo presentar un balance de la situación: «En estos momentos apenas se observa actividad alguna en el espionaje soviético».
Cuando se fue reduciendo el fuego de los pelotones de ejecución, Stalin llamó a su paisano, el georgiano Beria, y lo nombró jefe de la policía secreta. Beria puso coto al «terror interior» y empezó por hacer ejecutar a los verdugos de 1937. El contraespionaje soviético pasó entonces a depender del coronel Orlov y, poco después, del general Golikov. Este se hizo con activistas jóvenes y capaces, les preparó en materia de espionaje, en cursos de dos meses, y les envió al extranjero con el encargo de reconstruir las desmanteladas redes de inteligencia, de buscar comprensión en los irritados partidos comunistas del continente y de instruir a los nuevos agentes que pudiesen reclutar. El trabajo de estos voluntariosos agentes se vio dificultado, en especial, por las consecuencias de la antipatía de Stalin hacia el espionaje. En este rasgo característico coincidían Hitler y Stalin; y en él coinciden la mayoría de los dictadores: porque ellos lo saben todo mejor que nadie, porque creen ser amados por encima de todo y porque muchas veces se ven obligados a oír de sus guardaespaldas cosas que no les agradan.
Las pérdidas experimentadas por el «director» de Moscú en materia de agentes fueron muy importantes en Europa occidental. En la misma víspera de la guerra de 1939 (en la que, como se sabe, no tomaría parte la Unión Soviética hasta que, en junio de 1941, fuera atacada por Alemania), el «director» contaba con agentes a medio rendimiento únicamente en Suiza, Bélgica y Holanda.
El hecho de que Stalin no confiase demasiado en las informaciones de este puñado de activistas, cuando le participaron la marcha de las tropas alemanas contra Rusia y vaticinaron la próxima guerra contra la Unión Soviética, acarreó inevitablemente consecuencias militares. Ante todo, no hay que olvidarlo, habían sido liquidados, al menos en gran parte, los mandos del Ejército con mayor experiencia. El general Peresypkin apenas había ocupado el puesto de «director» cuando se produjo el ataque alemán. Hasta el final de la contienda fue, sin duda alguna, el jefe de servicio secreto que más éxitos cosechó en todo el mundo. Sin embargo no tuvo más remedio que tragarse algunos fallos. Uno de ellos dio al traste con la única tropa de agentes alemanes que funcionaba por aquel entonces. El fallo se produjo a raíz del envío de un mensaje radiado, atribuido al «director», en el que se daban las direcciones de los integrantes del grupo berlinés Schulze-Boysen. El «director», por supuesto, conocía las causas del fiasco. Por eso se guardó bien de hablar de ello y prefirió dar carpetazo. Tras dos años de relanzamiento el servicio de información del Ejército Rojo logró superar a las restantes organizaciones en alcance y éxitos, debido en especial a la aplicación de nuevos métodos como el de la radio. Peresypkin consiguió unificar y someter bajo su mando a todos los servicios de información militar de la URSS. Igualmente consiguió que Stalin le prestase atención. Él mismo era una personali-


2


3


4


5



① El jefe del SD alemán, Heydrich urdió una intriga en 1937 contra el servicio secreto soviético procurando a Stalin un material informativo que utilizaría el dictador para sus depuraciones.

② El mariscal Mijail Tujachevski, víctima de las intrigas, liquidado por Stalin.

③ El jefe del NKWD, Jan Bersin, víctima de las intrigas y también liquidado por Stalin.

④ El general Iván Peresypkin, que se hizo cargo del servicio secreto soviético tras los procesos de depuración.

⑤ Visitantes ingleses en las factorías Heinkel: fueron obsequiados con un material informativo sin interés alguno por los agentes del contraespionaje alemán.

dad muy atrayente y un gran conocedor de las cuestiones técnicas. Al terminar la guerra fue nombrado jefe de las tropas de transmisiones y distinguido con los máximos honores soviéticos.

Esto en lo que respecta a la «situación del enemigo» en el Este. Mientras Stalin liquidaba su red de agentes, la mejor del mundo, Canaris organizaba sus propios recursos en América. Hitler le había dado carta blanca para ello. Al poco tiempo en los Estados Unidos pululaba una nutrida red de espías alemanes que actuaban sin peligro alguno para sus vidas y que en breve lograrían una serie de éxitos de efecto contundente.

«Operación Sex» fue el nombre clave elegido por el jefe del grupo, Sexton, que desde luego no se llamaba así. En realidad se trataba de un germanoamericano cuyo apellido era Lonkovski. El nuevo jefe del *Abwehr* se ocupó de activar las adormecidas relaciones creadas por sus espías y se dedicó a mejorar los contactos entre su departamento y los hombres que trabajaban en los dos grandes buques de pasajeros *Europa y Bremen,* ambos alemanes. Cada vez que tocaban tierra en un puerto de América estos trasatlánticos, se aproximaba a ellos «Mr. Sex» y entregaba a la persona elegida un paquete que contenía papeles, fotos, noticias, fotocopias, dibujos.

Al cabo de medio año se había recibido en Alemania tanto material que Canaris tuvo que ordenar la apertura, en Bremerhaven, de un departamento especial dedicado en exclusiva a la «Operación Sex». En los armarios se acumulaban planos de construcciones, mapas e informes sobre maniobras. La serie de éxitos del espionaje alemán en América no se interrumpió ni siquiera cuando, en septiembre de 1935, un agente de aduanas abordó al maestro de espías «Sex», al disponerse a embarcar en el *Europa,* atracado en el puerto de Nueva York, con destino a Bremerhaven. El funcionario de la aduana le pidió cortésmente: «¿Puedo ver el violín que lleva usted ahí?» Bajo el instrumento, el agente encontró una buena cantidad de películas en negativo con detalles de aviones, dibujos de éstos y de otros elementos técnicos, todos firmados con el nombre de «Sex». El aduanero dio aviso al servicio de información del Ejército. Éste ordenó que «Sex» abandonase el buque y que entregase todo lo que obraba en su poder. Una vez incautado por los militares aquel material, le rogaron que volviese al día siguiente, con el pretexto de formularle «un par de preguntas más». Como era de imaginar el agente no acudió a la cita y desapareció para siempre jamás.

Tal era el despreocupado ambiente que reinaba en el contraespionaje americano de aquel entonces.

Los «negocios» iban bien en América, y Canaris todavía tuvo tiempo para volcar su interés en algo que llevaba muy dentro: la lucha de los militares españoles, al mando del general Franco, contra la República y los comunistas, aliados de los republicanos. Hay que atribuir a Canaris el haber conseguido para Franco el apoyo de alemanes e italianos, sin el que el Caudillo quizá no habría alcanzado la victoria final. Canaris tenía buenos recuerdos de los dos años que vivió en Madrid durante la primera Guerra Mundial y, además, hablaba español.

Quien haya ido alguna vez a Inglaterra sabe que en cada ventanilla de la inspección policial, en puertos y aeropuertos, hay un agente que, al revisar el pasaporte, no se conforma con observar la identidad del titular, sino que también inquiere por los fines del viaje, destino, duración prevista y cantidad de dinero con que se cuenta. Luego coteja los datos en un libro para averiguar si el que llega es buscado por Scotland Yard o ha sido declarado indeseable por el MI 5, o servicio de contraespionaje. Los iniciados saben perfectamente que los funcionarios de aduanas son colaboradores del servicio de seguridad inglés. Por esta razón el agente que ha cruzado esta barrera puede darse por satisfecho.

Algo así le ocurrió a un viajero alemán que llegó a Inglaterra desde Hamburgo, bajo el nombre de Görtz, escritor de profesión. En realidad se trataba del más temible de los espías alemanes del momento, que llegaba a Gran Bretaña a pesar de la expresa prohibición dictada por Hitler. Canaris, por su parte, no estaba dispuesto a dejar el país isleño fuera de su esfera de influencia. Görtz y una amiga suya pusieron manos a la obra en septiembre de 1935. Marianne –que éste era el nombre de la chica– se arrojó muy pronto en brazos de un oficial del Aire inglés. Los tres salían a menudo de excursión. Görtz fotografiaba sin cesar, sobre todo a Marianne y a su amigo inglés, especialmente en sitios en los que «por casualidad», había de fondo aeródromos británicos. En ocasiones la cámara se disparaba incluso sin que Marianne y su amigo, el piloto Kenneth, estuvieran ante el objetivo.

Los caballeros se atienen a las reglas del juego

El joven oficial, al que indudablemente le gustaba Marianne, no por eso dejó de comunicar a sus superiores sus relaciones con ella, cosa que ensombreció la marcha de aquel trío. Görtz se vio obligado a regresar a Berlín des-

pués de dos meses en Inglaterra. Una vez examinado su material, notas, dibujos y películas, fue felicitado oficialmente. Lo antes posible Görtz regresó a la isla dispuesto a continuar su actividad. Pero, entretanto, el contraespionaje británico había metido las narices en casa de la patrona del agente alemán y encontrado indicios de la actividad que éste realizaba. Al punto su nombre fue a parar a la lista negra de los inspectores de pasaportes. La consecuencia era imaginable: su arriesgada carrera de espía se truncó al ser detenido, un 8 de noviembre, en Harwich. El tribunal de Old Bailey le condenó a cuatro años de cárcel, mientras Canaris recibía un buen rapapolvo de Hitler.

En realidad Inglaterra permaneció largo tiempo alejada de esos menesteres: los caballeros del contraespionaje inglés respetaban las reglas del juego. Pese a estar bien organizados apenas realizaban funciones de inteligencia en Alemania.

Se limitaban a recoger informaciones por la vía oficial durante sus viajes a Alemania, en modo alguno secretos. Los «gentlemen» del servicio de información de los Ejércitos se dejaban orientar por sus colegas alemanes «especializados» durante misiones de observación, maniobras y contactos oficiales en general. El propio Hermann Göring se ocupaba de ofrecerles su asistencia, acatando la orden de Hitler según la cual los ingleses y franceses deberían percatarse de los «objetivos pacíficos» de Alemania. Ésta parecía convencida de poder mantener a sus vecinos occidentales alejados de posibles conflictos en el este europeo, convencimiento que se veía respaldado por las exhibiciones de fuerza de que hacían gala los alemanes.

Los agentes del servicio secreto inglés podían con entera libertad fotografiar, visitar cuarteles, volar en aparatos alemanes, observar maniobras. Así tuvieron ocasión de conocer al almirante Canaris y a numerosos oficiales que trabajaban bajo sus órdenes. Los honorables caballeros de Londres se dejaron avasallar por tanta amabilidad y hasta respondieron abriendo a los alemanes los armarios de los secretos británicos. Los ingleses sólo empezaron a desconfiar cuando Austria y los Sudetes quedaron incorporados violentamente al Reich y Hitler dio a entender a las claras que apetecía Danzig y el «corredor polaco».

Cuando en vísperas de la guerra, sir Kenneth Strong asumió la dirección del servicio de información británico, no tuvo más remedio que constatar un balance lamentable para Inglaterra: la táctica del arrullo llevada a cabo por los alemanes, había obtenido el éxito. El servicio secreto inglés apenas tenía noticia puntual de las acciones de Hitler. Por otra parte, los informes acumulados eran sumamente defectuosos. Lo que los alemanes habían presentado de forma oficial a los ingleses se reveló como baladí y muy de segunda clase.

«Johnny» anuncia que Inglaterra está dispuesta a hacer la guerra

El nuevo jefe del «Intelligence Service» contrató con urgencia nuevo personal y se ocupó de distribuir las distintas funciones. En principio sería muy difícil superar la gran ventaja conseguida por los alemanes en materia de espionaje. Hasta el comienzo de la guerra habían trabajado ya en Inglaterra 253 agentes alemanes. Berlín contaba con todo un archivo cartográfico detallado de la isla, con sus aeródromos, puertos, muelles, campamentos, concentraciones de tropas, fábricas. De todo esto los alemanes tenían dibujos y fotos. Todo un arsenal de datos, acumulados al fin con el beneplácito de Hitler, que, un año antes, había dado luz verde a la actuación de espías alemanes en Inglaterra. Los nuevos hombres de Strong no pudieron evitar que, a once millas del centro de Londres, un agente alemán comunicase a Hamburgo, dos días antes de producirse el hecho, que Inglaterra iba a entrar en la guerra. Ese espía, instalado en una habitación que daba a un patio interior cuyas ventanas permanecían siempre cubiertas por tupidos cortinajes, era «Johnny», agente secreto A 3604.

Pero los británicos estaban dispuestos a que volvieran los tiempos heroicos del espionaje inglés. Un personaje civil, el diplomático sir Cavendish-Bentick, se convirtió en el nuevo coordinador de los agentes del servicio de inteligencia militar. Se trataba de prestar un servicio de un espíritu democrático que por esa época sólo era imaginable en Inglaterra. Mientras Canaris tomaba posesión de su puesto en Berlín, en París se hacía cargo de una responsabilidad semejante, al frente del «Deuxième Bureau», o servicio de inteligencia militar, otro hombre no menos capaz: el general Gauché, inteligente personalidad de la administración, apacible ciudadano que, además, era miembro de un movimiento filosófico-religioso que entonces hacía furor en Francia: el quietismo. Este movimiento perseguía una conducta espiritual que buscaba la paz mediante la meditación y la reflexión, renunciando al propio querer y actuar. La figura del general se hizo muy simpática en poco tiempo, sobre todo para los servicios de inteligencia extranjeros. No había que temer de él ninguna intervención precipitada y, además, el jefe del servicio secreto francés prefería el trabajo fácil.

Los alemanes se pusieron inmediatamente a su servicio. Hicieron saber a «monsieur le Général» que, en cualquier momento, podría enviar a Alemania a sus colaboradores. Y así fue: Cuando se probaban armas alemanas, allí estaban los oficiales franceses. Göring en persona aprovechaba estas ocasiones para mostrarse un magnífico anfitrión. Los generales Udet y Bodenschatz, que habían participado de modo activo en la formación de la *Luftwaffe*, eran amigos íntimos del agregado militar francés de turno. Mucho tiempo antes de que se diese la primera paletada de tierra para la construcción del Westwall, o Muralla Occidental, Göring confió a la gente del servicio de inteligenca francés ese «secreto de estado».

En el «Deuxième Bureau» los funcionarios se perdían en consideraciones teóricas sobre los posibles designios de Alemania, pero no se planteaban la cuestión vital para Francia: ¿Qué pretendería Hitler al potenciar de un modo tan extraordinario el arma acorazada? Lógicamente los espías franceses también lo habían observado en sus correrías por el Reich. De otro lado, parecía que los formidables *bunkers* y las torres de artillería del Westwall eran lo único que impresionaba a los franceses. El truco de Göring había surtido efecto: había logrado influenciar psicológicamente al enemigo y, en último término, lo había «desinformado» al presentarle como «indiscreción» lo que tarde o temprano hubiese visto, distrayéndole así de otros objetivos más importantes.

El éxito palpable de esa táctica lo encontraron los alemanes en un vagón de ferrocarril del que se apropiaron tras la fulminante victoria sobre Francia. En él hallaron las actas secretas del «Deuxième Bureau» que no habían podido ser transportadas a lugar seguro. Según esos documentos, los franceses juzgaban así la situación: Excluida una ofensiva contra el Westwall, había que limitarse a preparar la defensa.

La «familiaridad» de Göring no pudo lograr, desde luego, que los franceses se abstuviesen de hacer la guerra, pero sí que contribuyó a que no atacasen... y a que se dejaran invadir. Para Canaris, la campaña de Francia fue realmente un descalabro. Él mismo había estimado mucho mayor la capacidad defensiva de los franceses. Por su parte, Hitler no había dado crédito a los informes pesimistas de su jefe de contraespionaje: un ejemplo más de la escasa coordinación que existe a menudo, entre la labor de los servicios secretos y las determinaciones de los políticos.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1941

15. 7.: Hitler propone al embajador nipón, Oshima, un pacto para acabar con los EE UU.
16. 7.: Carta del cardenal Bertrams al ministro de Justicia sobre el aniquilamiento de los enfermos mentales.



Instituto psiquiátrico de Hadamar. Aquí se eliminaban las «bocas improductivas» de los enfermos mentales. La resistencia de las Iglesias detuvo el aniquilamiento.

17. 7.: Creación del «Ministerio para los territorios ocupados del Este», bajo la dirección de Alfred Rosenberg y que comprende los comisariados de Ucrania y los territorios orientales (Estados bálticos y Rusia Blanca).
19. 7.: En Bruselas se está formando un cuerpo de voluntarios flamencos para luchar contra la Unión Soviética. Los voluntarios visten uniformes de las SS y en vez del distintivo alemán llevan la rueda del sol.
28. 7.: El obispo de Münster, Clemens Graf von Galen, ha presentado ante el jefe de la policía de la ciudad una denuncia contra el aniquilamiento de los llamados «conciudadanos improductivos» en los hospitales psiquiátricos.
31. 7.: Göring encomienda al «Gruppenführer» de las SS Heydrich «todas las medidas necesarias para la solución del problema judío en los territorios europeos ocupados por Alemania». Con ello la «solución final» alcanza al oeste y centro de Europa.
1. 8.: Como consecuencia del «Decreto sobre la administración de los territorios orientales», la Galitzia oriental queda anexionada al Gobierno general.
1. 8.: Los EE UU han decretado un embargo de petróleo para los países situados fuera del hemisferio occidental a excepción del Imperio británico. Los japoneses serán los más afectados por esta medida.
4. 8.: Nueva misión de Hitler para las muchachas integradas en el Servicio del Trabajo: una vez concluyan éste, deberán realizar otro de seis meses como «ayuda de guerra».
9.-12. 8.: «Carta Atlántica». En aguas de Terranova y ante las costas de Argentia, se reúnen a bordo del «Prince of Wales» y del crucero americano «Augusta», el presidente de los EE UU, Roosevelt, y el primer ministro británico, Churchill. Los principios de su declaración, que se conocen como «Carta del Atlántico», enuncian las bases políticas en que se fundamenta la colaboración de los dos países.
23. 8.: En Londres, el general De Gaulle transforma en «Comité Nacional», al que asistirá un «consejo nacional», su hasta ahora «Comité provisional».

8. 7.: Hitler da a conocer su decisión de arrasar Moscú y Leningrado, con objeto de que «no quede un solo ser viviente en ellas que luego, durante el invierno, tengamos que alimentar nosotros.

10. 7.: El Mando Supremo de las F.A. informa sobre la doble victoria de Bialystok y Minsk. Se ha ocupado «el material más abundante de toda la historia y se han hecho 323.898 prisioneros».

14. 7.: Hitler da instrucciones para que en lo referente a fabricación de armamento se conceda preferencia a los submarinos y la aviación por encima del Ejército de Tierra, ya que considera ganada la batalla del Este.

16. 7.: Ante la plana mayor del partido, el «Führer» explica sus objetivos respecto del Este: reparto y explotación de las tierras de la zona ocupada en la Unión Soviética.

17.-18. 7.: Bombardeo alemán de la ciudad inglesa de Hull: 113 muertos entre la población civil.

19. 7.: Directiva n.° 33 de Hitler: continuación de la marcha sobre Moscú con las divisiones de Infantería; las unidades ligeras deberán acudir en ayuda de los Grupos de Ejército Norte y Sur.

21.-22. 7.: 200 aviones bombardean por primera vez Moscú. El ataque se repetirá en la noche del 23 con 150 aparatos.

30. 7.: Stalin recibe al enviado especial del presidente Roosevelt, Hipkins, quien le participa la decisión del Gobierno americano de ayudar a la Unión Soviética con material de guerra.

2. 8.: Comienza el envío de material americano con destino a la Unión Soviética.

3. 8.: Se inician los preparativos de equipo y uniformes de invierno con destino a los soldados del frente del Este.

6. 8.: Tras vencer la enconada resistencia de los soviéticos, las tropas alemanas conquistan Smolensk.

12.-13. 8.: Se produce el bombardeo de Berlín más importante de los realizados hasta la fecha por los ingleses: 82 toneladas de bombas arrojadas sobre la ciudad.

21. 8.: Contra la opinión del comandante supremo del Ejército de Tierra, von Brauchitsch, y de Halder, jefe del Estado Mayor, Hitler ordena que prosiga la ofensiva en el Este, atacando en los frentes norte y sur, y manteniendo el centro estabilizado.

25.-29. 8.: Mussolini visita el cuartel general del «Führer» en la Prusia Oriental («Wolfsschanze»). En unión de Hitler recorrió los puestos de la división italiana en Ucrania.

26. 8.: Un informe del Mando supremo de la «Wehrmacht» establece que la batalla contra la Unión Soviética no podrá concluirse en 1941 y que, en consecuencia, todas las operaciones pendientes se aplazan hasta 1942.

1. 7.-31. 8.: Los submarinos alemanes echan a pique 39 mercantes aliados con un total de 129.109 t de registro bruto.

15. 7.: Hitler concede por primera vez la Cruz de Caballero con hojas de roble, espadas y brillantes, al piloto de caza teniente coronel Mölders.

22. 7.: Estreno de «Frau Luna», filme sobre la opereta de Paul Lincke, dirigida por Theo Lingen. Calificación: de gran mérito artístico.

24. 7.: Es hecho prisionero en el frente del Este, cerca de Liosno, el hijo de Stalin, Jakob Djugasvili.

4. 8.: El ministro de Finanzas ordena el registro oficial de bienes pertenecientes a los EE UU y a los ciudadanos norteamericanos, dentro del territorio del Reich alemán.

6. 8.: Por orden de Hitler las atribuciones sobre agua y energía que hasta ahora poseían los departamentos de cuatro Ministerios, pasan a depender del «Inspector General para Agua y Energía», que tendrá en adelante el rango de ministro. Para ejercer el cargo ha sido nombrado el Dr. Todt.

9. 8.: En Berlín, Fritz Schwab, del SC Charlottenburg, establece la marca mundial de una hora de marcha en 13,308 km.

10. 8.: Kurt Gies, de Colonia, se proclama en Brunswick campeón alemán de tenis al vencer en cinco sets al conde Bawarowski.

16. 8.: Estreno en Berlín de la película, producida por Terra-Film «Friedemann Bach» sobre el hijo de Johann Sebastian Bach. Intérpretes: Gustaf Gründgens, Wolfgang Liebeneiner, Leny Marenbach, y Camilla Horn, entre otros. Calificación: de gran mérito cultural y artístico.

17. 8.: En Litzmannstadt (Lodz) Ernst Lampert establece una nueva marca mundial en el lanzamiento de disco: 53,35 m.

17. 8.: El título de campeón alemán de ajedrez se lo reparten Schmidt (Bromberg) y Klaus Junge, de 17 años (Hamburgo). Ambos llegaron a la final del campeonato celebrado en Bad Oeynhausen con 10 ½ puntos.

29. 8.: Película de propaganda sobre la práctica de la eutanasia: se estrena en Berlín «Ich klage an» de Wolfgang Liebeneiner, con Paul Hartmann y Heidemarie Hatheyer.



Una escena de la película «Ich klage an», con Paul Hartmann y Heidemarie Hatheyer.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Freisler, Roland, político y jurista alemán. Nacido en Celle el 30-X-1893, y muerto en Berlín el 3-II-1945. Prisionero de los rusos en 1914, se convirtió en 1920 en comisario político bolchevique de Ucrania. En 1925, miembro del partido nazi (carnet número 9679). En 1934, secretario de Estado en el Ministerio de Justicia del Reich. El 20-VIII-1942, presidente del tribunal popular. En este momento se le presentaba como símbolo del terror judicial del Tercer Reich. Sobre todo en relación con los «detractores de las fuerzas armadas» y combatientes de la resistencia.

Friburgo de Brisgovia, ciudad alemana del Sur de Baden. 90.000 habitantes. El 10-V-1940, como consecuencia de un fallo de navegación, tres bombarderos alemanes de la escuadrilla 8 del Grupo de combate 51 arrojaron sobre la ciudad varias bombas que produjeron la muerte de 57 personas. El ataque fue atribuido al enemigo y sirvió a la propaganda nazi como pretexto para ataques de represalia. Muchos años después de la guerra pudo conocerse la verdad. El 27 y 28 de noviembre de 1944, los británicos atacan la ciudad, destruyen la mayor parte de la parte vieja de Friburgo y causan 3000 muertos. Conquistada por los Aliados el 22-IV-45.



Roland Freisler

Frick, Wilhelm, político alemán. Nacido el 12-III-1877 en Alsenz (Palatinado) y muerto el 16-X-1946 en Nuremberg (ejecutado). Jurista, diputado del Reichstag en mayo de 1942, por el partido nazi. A partir de 1928, jefe de su fracción. En 1933, ministro del Interior. A este respecto, Frick fue responsable de las leyes racistas y de otras normas tendentes a la «nivelación» y sobre «garantías de unidad entre partido y Estado». De agosto de 1943, hasta mayo de 1945, «protector del Reich» para Bohemia y Moravia. Condenado a muerte en Nuremberg.

Friessner, Johannes, general alemán. Nacido el 22-III-1892 en Chemnitz, y muerto el 26-VI-1971 en Bayrisch-Gmain. Ingresa en el Ejército en 1911. El 1-VIII-40, general de División. El 1-X-42, teniente general. El 1-IV-43, general de Infantería. El 1-VII-44, capitán general. 1-V-42/18-I-43, comandante de la División de Infantería 102. Del 19-I al 11-XII-43, comandante en jefe del Cuerpo de Ejército XXIII. Pasa en 1944 al Grupo de Ejércitos que llevaría su nombre. El 23-II-44, pasa a la sección Narwa. El 1-VII-44, comandante supremo del Grupo de Ejércitos Norte. 25-VII/22-XII-44, comandante supremo del Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania, luego del Sureste.

Fritsch, Werner, barón von, general alemán. Nacido en Benrath el 4-VIII-1880, muerto en las inmediaciones de Varsovia el 22-IX-1939. Ingresa en el Ejército en 1898. General de División el 1-XI-30. Teniente general el 1-VI-32. General de Artillería el 1-II-34. Capitán general el 1-IV-36. Comandante supremo del Ejército del 1-VI-35 al 4-II-38. Como consecuencia de las intrigas de Hitler y Göring, enviado al retiro el 4-II-38. El «tribunal del comandante supremo de la Wehrmacht» le declara inocente. Vuelve a la escala activa el 1-IX-39 y se pone al mando del Regimiento de Artillería 12, que entraba en batalla.

Fromm, Friedrich, general alemán nacido en Berlín el 8-X-1888 y muerto el 12-III-1945 en Brandenburgo, ejecutado. General de División el 1-XI-35. Teniente general el 1-I-38. General de Artillería el 1-IV-39. Capitán general el 19-VII-40. Jefe de la administración burocrática del Ejército en 1934. Del 1-IX-39 al 20-VII-44, jefe supremo del Ejército de la reserva. Actitud oscura que condujo el 20-VII-44 al suicidio del general Ludwig Beck y al asesinato de otros conjurados contra Hitler. Parece que con estos hechos trataba Fromm de ocultar su participación en la conjura. A pesar de ello, fue detenido en la noche del 21-VII-44.

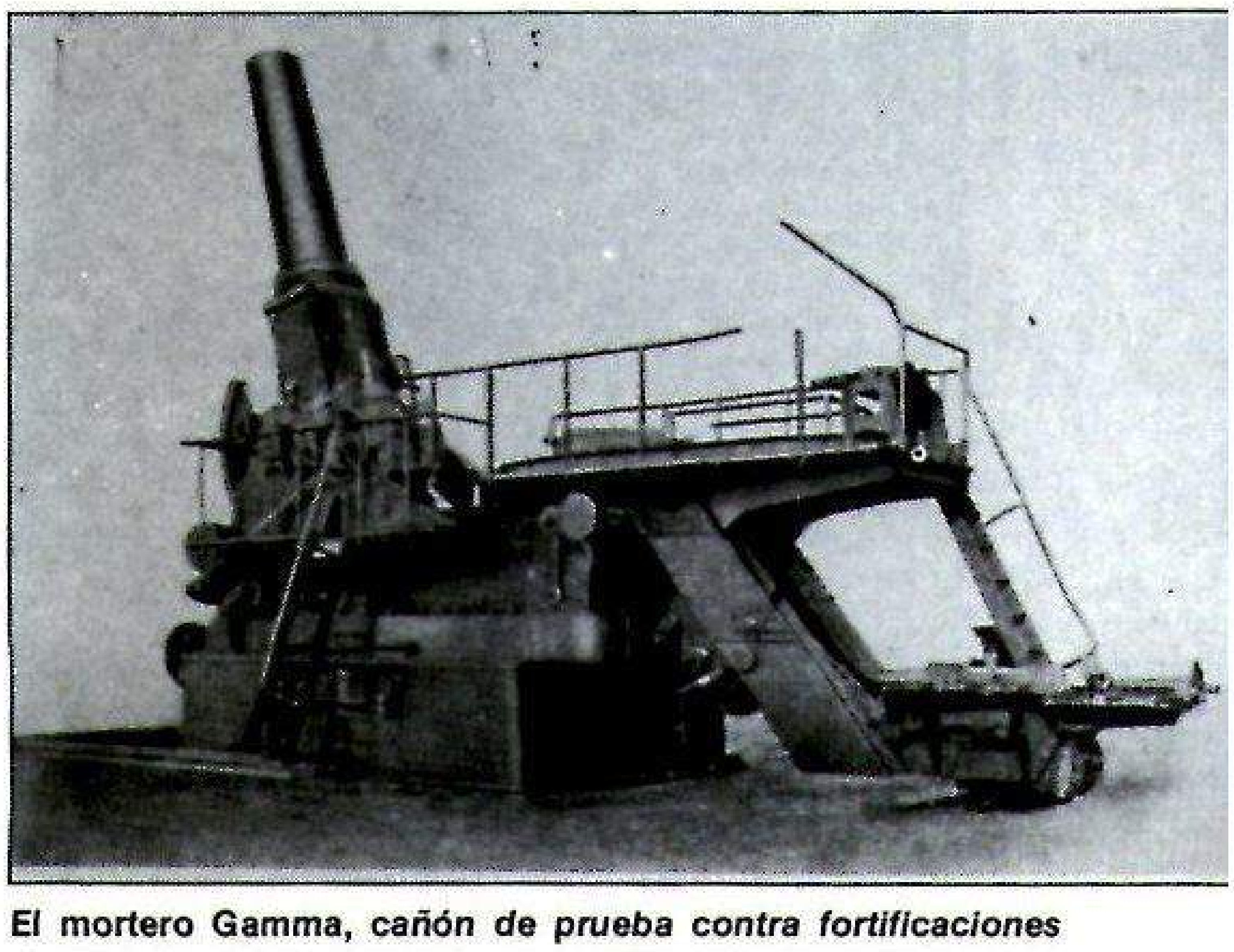
«Frühlingswind» (Viento de primavera), última ofensiva alemana en Tunicia. Se realiza a partir del 14-II-1943. Ataque del Grupo de combate Ziegler contra el Cuerpo II norteamericano, al oeste del paso de Faid. Tras los éxitos iniciales de la noche del 17-II-43, se unen a los alemanes unidades del Afrika-Korps para forzar el avance por el paso de Kasserine, en dirección a Tebessa. El avance se interrumpe el 24-II.

Funk, Walther, político alemán nacido el 18-VIII-1890 en Trakehnen (Prusia Oriental) y muerto en Düsseldorf el 31-V-1960. En 1937, ministro de Finanzas del Reich. En enero de 1939, presidente del Banco del Reich como sucesor de Schacht. Sentenciado el 1-X-1946 a cadena perpetua en el proceso principal por crímenes de guerra, de Nuremberg. Funk cumplió parte de la condena en la cárcel aliada de Spandau. Por motivos de salud fue puesto en libertad el 16-V-1957.

G

Galen, Clemens August, conde de, teólogo alemán nacido el 16-III-1878 en Dinklage (Oldenburg) y muerto en Münster el 22-III-1946. Desde 1933 obispo de Münster. Tras una actitud favorable hacia Hitler, en un principio, muy pronto se convirtió en centro de lucha y de resistencia contra el «movimiento nacional» desde las filas católicas. Luchó contra la persecución de sacerdotes, contra las medidas de eutanasia y se expresó abiertamente contra el racismo. Galen debió a su enorme popularidad el que, a pesar de su clara actitud de resistencia, no fuese detenido. Hombre consecuente, denunció después de la guerra los excesos de las potencias ocupantes. En el año 1946 fue designado cardenal.

Galland, Adolf, general alemán de Aviación nacido en Westerholt (Westfalia) el 19-III-1912. Ingresa en 1934 en el Regimiento de Infantería 10. Pasa a la Aviación en 1935. El 6-VI-1940, comandante del Grupo de caza 3. Del 26 de diciembre de 1941 a enero de 1945, general de pilotos de caza. El 19-XI-1942, general de División. 1-XI-1944, teniente general. Tras el reajuste de enero de 1945, comandante de la Agrupación de caza 44 (Me 262). Consiguió 104 victorias. Condecorado caballero de la Cruz de Hierro con hojas de roble y espadas y brillantes.



El mortero Gamma, *cañón de prueba contra fortificaciones*

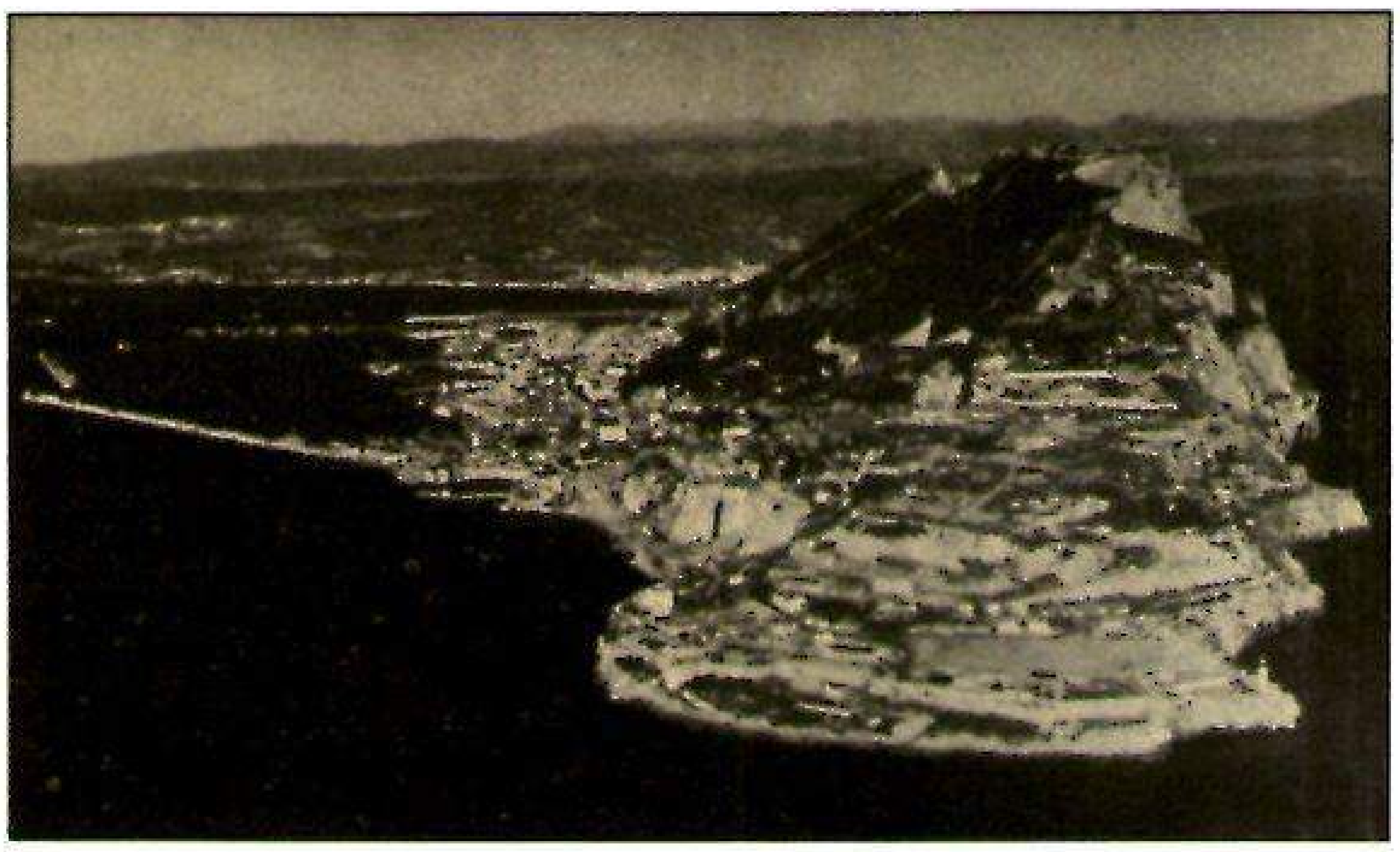
Gamelin, Maurice Gustave, general francés nacido en París el 20-IX-1872 y muerto el 18-IV-1958 en la misma ciudad. Durante la primera Guerra Mundial fue comandante de División (1917-1919). De 1925 a 1929, comandante supremo de las tropas francesas en Siria. En 1931, jefe de Estado Mayor. En 1939, comandante supremo de las tropas aliadas en Francia. El 19-V-40 fue retirado del cargo y sustituido por el general Weygand. Encarcelado el 6-IX-40, juzgado en el proceso de Riom (18-II-42/11-IV-42) y acusado de responsabilidad en la derrota de Francia. Permaneció en la cárcel hasta abril de 1943 y luego fue transferido a Alemania donde permaneció en cautividad hasta el fin de la guerra.

Gamma, mortero alemán conocido como «cañón corto de marina número 14». Calibre, 420 mm. Peso de las granadas, hasta 923 kg. Peso, 140.000 kg. Longitud del tubo, 6,72 m. Ocho disparos por hora. Alcance, 14.200 m. Servicio, 235 hombres. Este arma era el resultado del desarrollo de otra fabricada por Krupp en 1906. Se volvió a construir entre 1936 y 1937 y se instaló en la plataforma de tiro de Meppen para ensayos contra las defensas de hormigón enemigas. Con todo no llegó a emplearse en la guerra.

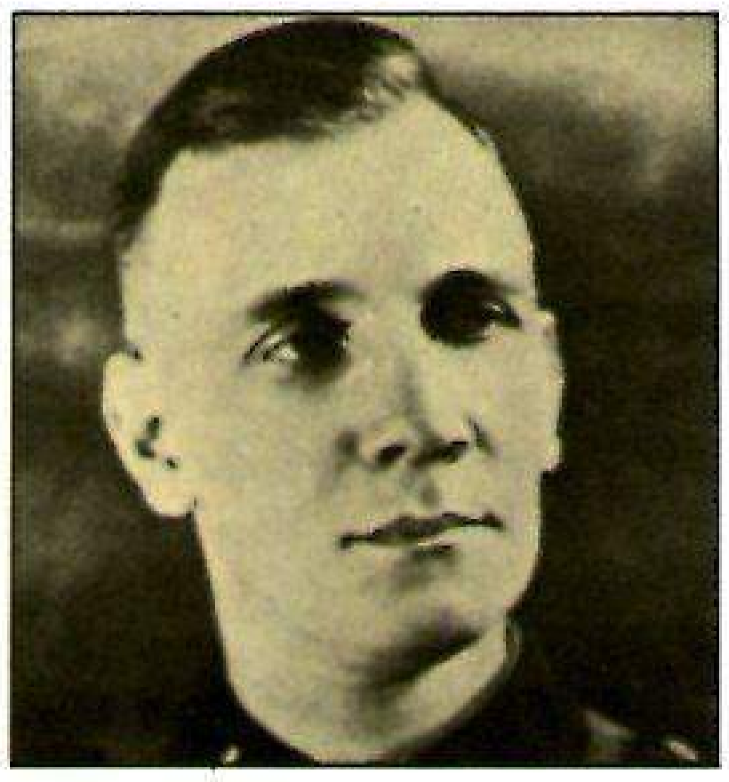
Gariboldi, Italo, general italiano (28-X-42), nacido el 20-IV-1879 en Lodi y muerto en Roma el 12-II-1970. De junio de 1941 a marzo de 1942, jefe supremo del Ejército 5. Del 25-III al 12-VII-41, gobernador general de Libia y comandante supremo de las tropas italianas en el Norte de África. Participó en la reconquista de Cirenaica. De abril de 1942 a septiembre de 1943, jefe supremo del Ejército 8 de su país (de julio del 42 a febrero del 43, en Rusia). De septiembre de 1943 a mayo de 1945, internado en Alemania.

Gases venenosos, productos tóxicos empleados por primera vez para combatir al enemigo durante la Gran Guerra en Yprès, el 22-IV-1915. Más tarde tales gases se lanzaron mediante la artillería. Pese a las numerosas prescripciones de la guerra de gases (Washington 1922, Ginebra 1925) se efectuaron preparativos en todos los Estados antes de la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en la conflagración no fueron utilizados por ninguna de las partes contendientes.

Gdynia, ciudad libre de la «vaivodía» polaca de Danzig, situada en la zona occidental de la bahía de Danzig, en el corredor del mismo nombre. Unos 32.000 habitantes. Hasta 1920 pueblecito de pescadores, se transformó más adelante en centro de comercio. Durante la segunda Guerra Mundial sirvió como puerto militar alemán con el nombre de Gotenhafen. Sufrió implacables ataques aéreos: el 9-X-1943, por 378 aviones americanos; el 18 y 19-XII-1944, aviones ingleses arrojaron sobre el puerto 824 t de bombas. El 28-III-1945 fue conquistada la ciudad por el Ejército 70 soviético (general Popov).



Gibraltar: enclave británico a la entrada del Mediterráneo.



Kurt Gerstein

Gee, nombre clave del primer sistema de navegación electrónico creado por el Mando de bombarderos británico. Tres emisores, distantes entre sí unos 160 km, proyectaban sobre el continente un entramado de ondas electromagnéticas. Un receptor, a bordo del avión, captaba la diferencia de impulsos y señalaba su posición con un margen de error de 10 km. El sistema se probó en el verano de 1941. En marzo de 1942 entró en servicio. A finales de ese año perdió su efectividad debido a las interferencias emitidas por las centrales de radio alemanas. Se le sustituyó por el sistema Oboe (véase voz correspondiente) y por el radar de a bordo.

«Gelb» (Amarillo), nombre cifrado de la operación alemana contra Holanda, Bélgica y Francia (Directiva de Hitler número 10, correspondiente al 19-I-40, y orden de marcha del 30-I-40; véase «Movimiento en hoz»). El 10-V-40, comienzo de la ofensiva tras varios aplazamientos. El 15-V, capitulación de Holanda; el 28-V, de Bélgica. El grueso de las tropas expedicionarias inglesas tuvo que ser embarcado en dirección a Gran Bretaña entre el 27-V y el 4-VI-40 (véase «Dynamo»). El 5-VI-40 comienza la batalla de Francia, segunda fase de la ofensiva alemana. Una semana después abandona París el Gobierno francés. La ciudad es ocupada por los alemanes el 14-VI. El 16-VI el Gabinete francés decide pedir un armisticio, que se firmará en Compiègne el 22-VI y establecerá el alto el fuego el 25-VI.

General Lee, carro de combate americano «M3». Construido en seis versiones. Peso, entre 28 y 29,6 toneladas. Contaba de 340 a 425 caballos. Velocidad, 40-42 km/h. Autonomía, 193-300 km. Dotación, 6 hombres. Armamento, un cañón de 75 mm. El prototipo apareció en enero de 1941. Producción en serie a partir de julio de 1941. Se empleó en regimientos acorazados intermedios en las divisiones blindadas de 1940, así como en el Ejército 8 inglés del Norte de África.

Gerstein, Kurt, combatiente alemán de la resistencia. Nacido el 11-VIII-1905, en Munich, y muerto en París el 25-VII-1945. Por deseo de su padre entró el 1-V-1933 en el partido nazi y, cinco meses después, en las SA. Fue condenado a seis semanas de cárcel por haber difundido escritos cristianos no autorizados. La detención se produjo el 24-IX-1936, día en que también se le expulsó del Estado. Estudia medicina. El 14-VII-1938 es encarcelado nuevamente, por otras seis semanas, y se le transfiere al campo de concentración de Welzheim; al tiempo se le expulsa del partido. Con la pretensión de reconciliarse con los nazis ingresó en las filas de las SS en septiembre de 1940. Al enterarse de que una cuñada había muerto en Hadamar, campo de exterminio en el que se aplicaba la eutanasia, Gers-



El jefe supremo del Afrika-Korps alemán, general Erwin Rommel (izq.) saluda a su aliado italiano, el general Italo Gariboldi.

tein pretendió conocer con sus propios ojos «cómo era aquel horno y aquella cámara de gas», y pidió ser trasladado al Instituto de Higiene de las SS, donde se le dedicó a la producción de ácido cianhídrico. Al tiempo fue testigo del exterminio de cientos de personas en el campo de concentración polaco de Belcek. «Soy el único que ha visitado como enemigo a esta banda de asesinos», escribiría más adelante. Gerstein hizo llegar sus observaciones a más de 100 personalidades internacionales y mantuvo contactos con grupos de resistentes holandeses que hicieron llegar sus datos a Inglaterra. Cuando terminó la contienda, Gerstein se presentó a los franceses y escribió sus impresiones. El 25-VII-1945 apareció ahorcado en su celda, en una cárcel de París. Por el momento no se ha podido aclarar si realmente se trató de un suicidio.

Gibraltar, enclave británico (desde 1704) en el vértice sur de España. Durante la segunda Guerra Mundial fue objeto de un plan alemán: se proyectaba conquistar la plaza con ayuda de España, tal y como hablaron, entre otras cosas, Hitler y Franco en su entrevista de Hendaya, el 23-X-1940. La operación proyectada recibió el nombre de «Felix» (Directiva número 18 correspondiente al 12-XI-1940). Cuando España se negó el 7-XII-40 a entrar en la guerra, Hitler anuló el plan «Felix».

«Gigant», apelativo con el que se conocía el planeador de carga *Messerschmitt Me 321* y el gran transporte *Me 323.* Ambos tenían capacidad para una carga de 22 t, equivalente a un carro de combate IV, o un antiaéreo de 88 mm junto con la correspondiente máquina de tracción, o 130 soldados con todo su equipo. Envergadura, 55 m. Longitud, 28,15 m. Para el despegue necesitaba impulso de cohetes. Era arrastrado por tres *Me 110.* A partir de abril de 1941 se convirtió en aparato autopropulsado, equipado primero con 4 motores de 990 caballos y luego con 6 de la misma potencia. Versión *Me 323:* Velocidad, 170-220 km/h. Aterrizaje con freno de paracaídas. Armamento, 5 ametralladoras de 13 mm. Al emplearse como «crucero antiaéreo», se le dotó de hasta 16 ametralladoras. En total se construyeron 201 ejemplares de las dos versiones.



Un gigante en el verdadero sentido de la palabra fue el aparato de transporte de seis motores «Messerschmitt Me 323».

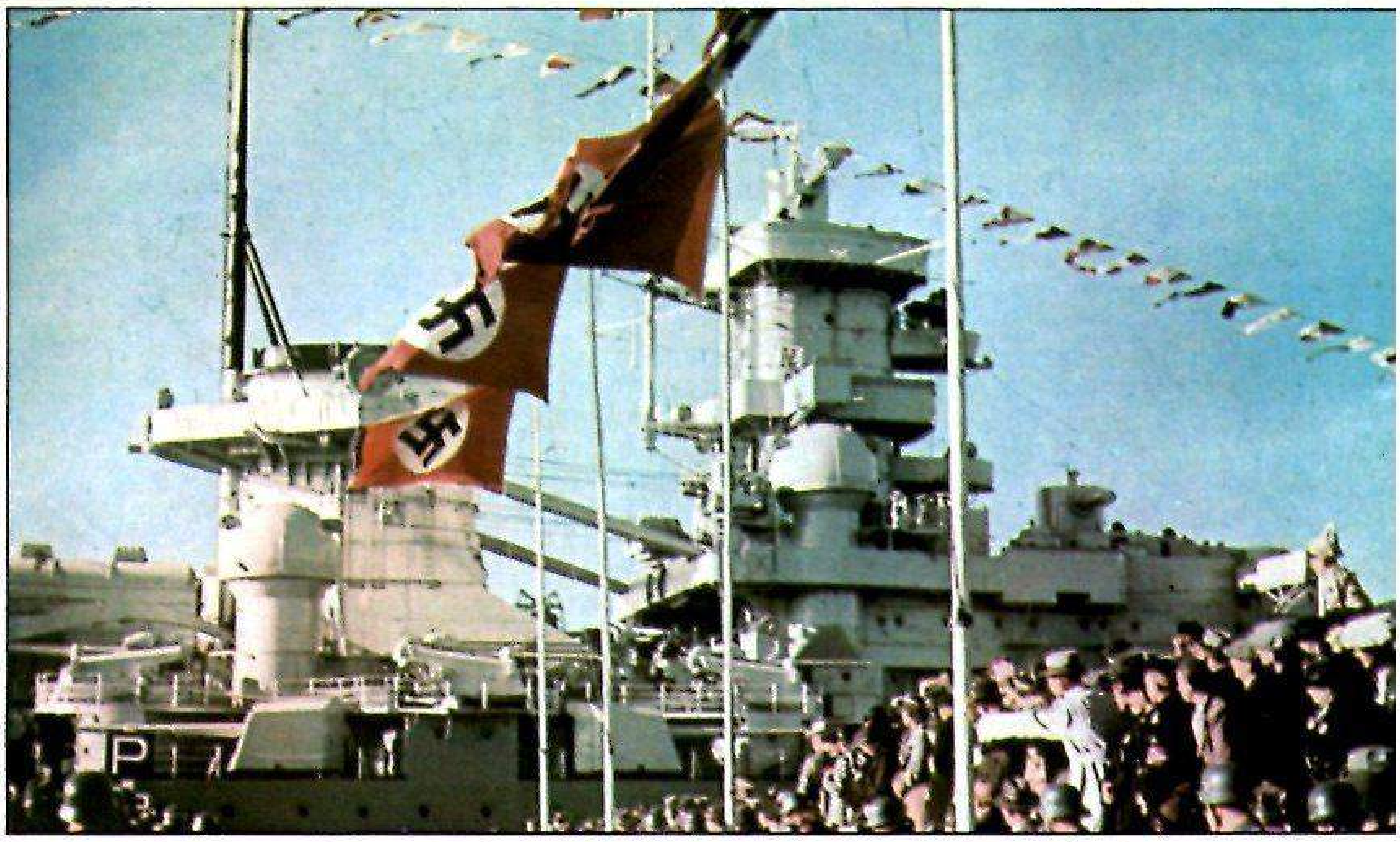
Ginebra, convención de, acuerdo internacional sobre protección de los heridos, prisioneros de guerra y personas civiles en períodos de guerra. Fomentada por el fundador de la Cruz Roja, el suizo Henri Dunant. Firmada en Ginebra, el 22-VIII-1864, por 16 Estados. Ampliada y perfeccionada en 1906 y 1929. Renovada por otros cuatro acuerdos firmados en Ginebra el 12-VIII-1949 y ratificados por casi todas las naciones (véase La Haya, conferencia de).

Ginga, nombre del bombardero japonés, lanzatorpedos y avión de caza en picado *Yokasuka P1 Y1.* El aparato pertenecía a la aviación de la Armada. Se le consideró en su tiempo como el mejor modelo de su tipo. Se empleó a finales de la guerra, muchas veces como aparato *kamikaze.* Una segunda versión, el *P1 Y2-S Kyokko,* sirvió de avión de caza para misiones nocturnas. Estaba dotado de dos motores de 1850 CV. Velocidad máxima, unos 550 km/h.

Giraud, Henri-Honoré, general francés nacido en París el 18-I-1879 y muerto en Dijon el 13-III-1949. Tomó parte en la primera Guerra Mundial y en las contiendas coloniales del Norte de África de 1922 a 1933. Como comandante del Ejército 7 fue hecho prisionero por los alemanes en mayo de 1940. Consiguió huir del cautiverio en abril de 1942. El 27-XII-1942 fue designado alto comisario para el Norte de África. En mayo de 1943 dimitió, por discrepancias con De Gaulle y se le designó comandante supremo de las fuerzas francesas libres combatientes. De 1944 a 1948 ocupó el puesto de vicepresidente del Consejo Supremo de Justicia Militar.

Glorious, portaaviones inglés que entró en servicio como crucero en enero de 1917. 22.500 t, 31 nudos. Eslora, 239,6 m. Manga, 30,5 m. Dotación, hasta 1380 hombres. Armamento, 16 cañones de 120 mm, 48 aviones. Combatió en aguas alemanas en noviembre de 1917. En 1919 se convirtió en buque escuela de tiro naval. En febrero de 1924 comenzaron los trabajos para convertirlo en portaaviones, que terminarían en enero de 1930. Fue hundido el 8-VI-1940 por el fuego artillero de los buques alemanes *Scharnhorst* y *Gneisenau* en el mar del Norte. En el naufragio perecieron 1229 marineros ingleses.

Gneisenau, buque de línea alemán que entró en servicio el 21-V-1938. 31.850 t, 32 nudos. Eslora, 234,9 m. Manga, 30 m. Dotación, 1840 hombres. Armamento, 9 cañones de 280 mm, 12 de 150 mm, 14 de 105 mm (antiaéreos) y 6 tubos lanzatorpedos. Operó en 1939/40 en el mar del Norte. Tomó parte el 9-IV-40 en las operaciones desarrolladas en Noruega. Participó igualmente en el hundimiento del portaaviones *Glorious*, en el mismo mar del Norte (junio 1940). Fue dedicado en 1941, junto con el *Scharnhorst,* a la guerra comercial en el Atlántico: los dos buques lograron hundir 22 navíos con un total de 115.000 toneladas de registro bruto. Fue alcanzado seriamente en el puerto de Kiel, el 26/27-II-1942, por bombarderos ingleses. El 4-IV-1942 fue trasladado a Gdynia. El 1-VII-1942 se dejó fuera de servicio. El 27-III-1945, a la entrada del puerto, fue remolcado y dinamitado.



El «Gneisenau» se contó entre los buques de línea más gloriosos de la Armada alemana.

Ataque desde el aire

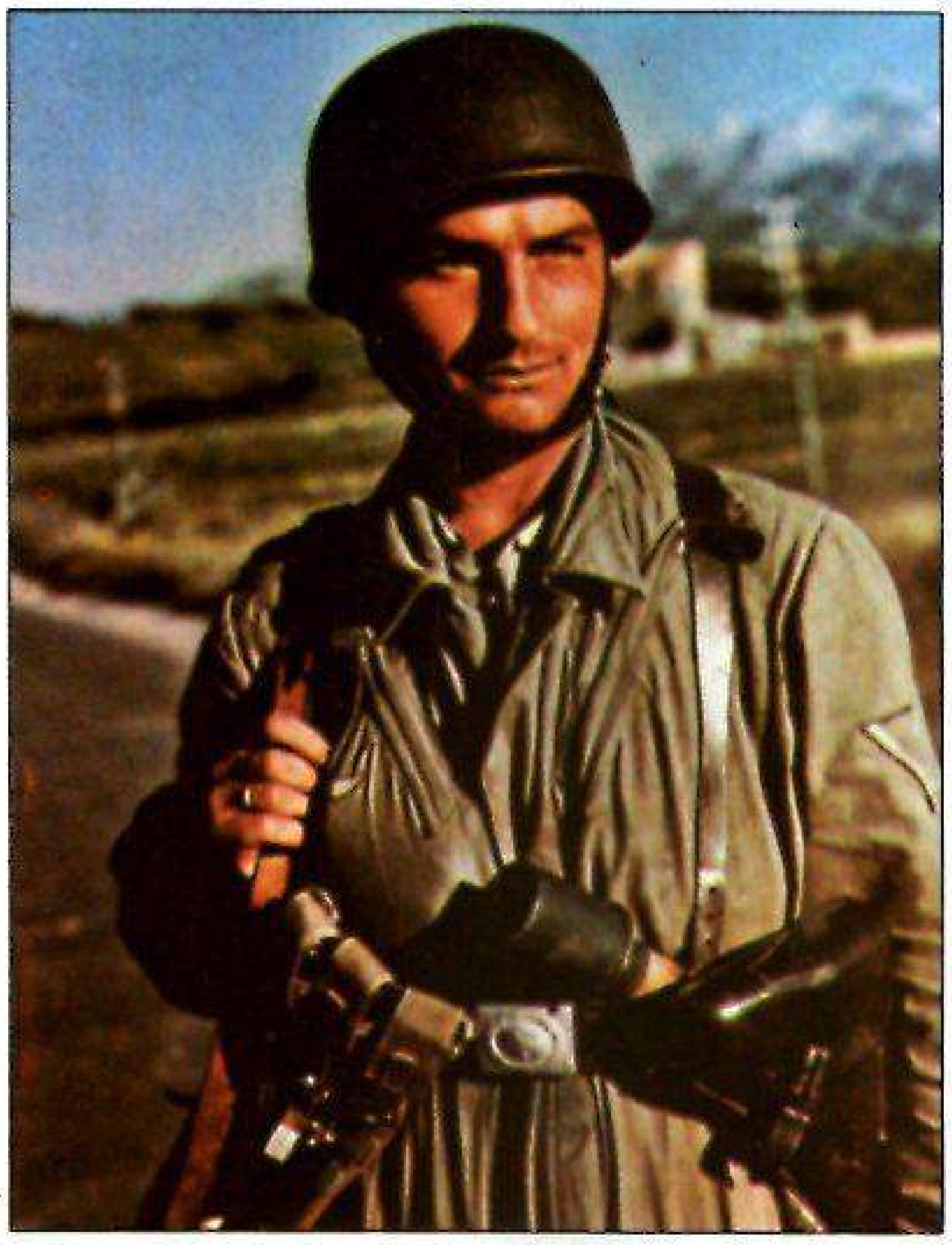
Tradicionalmente, los comandantes de los ejércitos han sentido la seducción de un sueño: el de saltar las líneas enemigas o los obstáculos naturales para atacar al adversario por la retaguardia. Napoleón estuvo dándole vueltas a cómo podría atacar a Inglaterra, su enemigo inveterado, y hasta pensó que podría enviar tropas al otro lado del canal mediante el ingenioso método de recurrir a los globos.

Mediada ya la Gran Guerra europea se produciría la primera operación de desembarco aéreo en la historia de los conflictos armados. Tuvo lugar en septiembre de 1916, en el frente oriental, cerca de Rovno. Envueltos en las brumas del amanecer aterrizaron tras la retaguardia rusa, sobre un campo a 80 kilómetros de las líneas soviéticas, el teniente Kossel y el sargento mayor Windisch, de la sección de vuelo de campaña 65. Su avión despegó inmediatamente. Kossel y Windisch, que transportaban una pesada carga de explosivos, se encaminaron hacia el tendido ferroviario, principal camino de aprovisionamiento del enemigo. Los raíles quedaron retorcidos tras el estallido de las cargas explosivas. Algunas horas después el mismo avión recogía a los dos hombres en el punto acordado.

De esto a la utilización de los paracaídas sólo había un paso. Los primeros en servirse de ellos fueron los espías y agentes. Después, en el verano de 1918, el comandante Evrard, francés, junto con dos soldados más, saltó sobre las Ardenas, colocó explosivos en tendidos ferroviarios tras las líneas alemanas de retaguardia, y regresó al propio campo.

Al mismo tiempo, el jefe supremo de las tropas de Aviación americanas en Francia, general Mitchel, dispuso los preparativos de la primera gran operación de desembarco aéreo. El plan consistía en situar tras las líneas alemanas del frente del Yser toda una división, la mitad con un lanzamiento en paracaídas y la otra mitad mediante aviones de transporte.

Pero había un problema: no existían los 2000 aviones necesarios. Mitchel contaba con poderlos tener para febrero de 1919, pero entretanto la guerra ya había concluido.



Al asalto desde el aire: el armamento de las tropas paracaidistas correspondía al nuevo concepto. El casco, redondeado por motivos aerodinámicos, se diferencia del casco de acero de la «Wehrmacht» entre los años 1939 y 1945.

El empleo de paracaídas volvió a olvidarse en todos los Ejércitos, salvo en el de la URSS. En 1935 los soviéticos realizaron en Ucrania una operación perfecta en este sentido: 600 cazadores paracaidistas saltaron a tierra y formaron una posición erizo.

Los conservadores militares occidentales se mostraron escépticos. Pero la oficialidad de la joven *Luftwaffe*, menos conservadora, reflexionaba sobre las posibilidades que ofrecía este tipo de desembarco aéreo. A primeros de 1936 comenzaba en Stendal el primer curso de formación de paracaidismo. Al tiempo se instituía una escuela y se creaba el primer batallón paracaidista. El ejemplo de la *Luftwaffe* hizo escuela en el Ejército de Tierra. En 1937 se formó el primer batallón de Infantería paracaidista. Ambos batallones serían en lo sucesivo el núcleo de las tropas aerotransportadas alemanas.

Desde un principio se había comprendido que aquello no significaba solamente que simples soldados de Infantería hubiesen aprendido a saltar a tierra desde el aire, y nada más. Las estructuras de mando, por ejemplo, no cuadraban bien con el nuevo cuerpo. En la primera fase de un ataque paracaidista no podía existir una formación cerrada, ni apenas posibilidades de transmisión de órdenes. Esto implicaba que no sólo el jefe de la compañía, sino también los demás que la integraban deberían conocer con precisión la situación del enemigo, la misión a realizar, etcétera. De acuerdo con esto recibieron una instrucción especial veteranos voluntarios, seleccionados con arreglo a un criterio muy estricto.

De cuán grandes eran las posibilidades de una tropa formada en la nueva táctica se hicieron una idea los alemanes durante la conquista de Creta, aunque en la operación sufrieron numerosas bajas.

La reacción ante aquellos combatientes derrotados que habían luchado con una bravura tan increíble, fue memorable: la actitud general resultó positiva para los vencidos y negativa para los vencedores.

Churchill ordenó que se reforzase el reducido cuerpo de paracaidistas británico. Los americanos, por su parte, doblaron también la marcha en la preparación de sus unidades paracaidistas.

En cambio Hitler declaró el 19 de agosto de 1941, con motivo de la imposición de Cruces de Hierro a los veteranos de Creta: «Los días de las tropas paracaidistas ya han pasado. El arma paracaidista es un arma de sorpresa y el factor sorpresa ha sido ya explotado». A partir de este momento sus cazadores paracaidistas se convirtieron en una infantería selecta, pero nada más que eso: tropas de a pie.

E. W.

LA LUCHA POR CRETA

El 20 de mayo de 1941 amaneció radiante. Los vecinos de la pequeña ciudad de Megara oían sin salir de su asombro un poderoso zumbido de motores procedente del aeródromo cercano. El trepidar de esa mañana era muy superior al habitual. Instantes después observaron cómo de las pistas, cubiertas de polvo, iban elevándose en cadena verdaderas formaciones de trimotores *Ju 52*. Cada aparato arrastraba, prendido de su amarra, como un pájaro silencioso, un planeador de carga.
En aquellos «pájaros» iban de 9 a 11 hombres, sujetos a una especie de viga transversal y cargados con voluminosos

El 20 de mayo de 1941, efectivos paracaidistas alemanes despegaban para realizar la mayor operación de desembarco aéreo de toda la historia militar. Les esperaba en Creta una resistencia decidida. A costa de numerosas bajas, los paracaidistas lograrían una victoria que, en cada momento, parecía suspendida de un hilo. Erich Winbold narra el episodio.



fardos de armas y equipo. El que los soldados vistiesen trajes impermeables parecía indicar que se trataba de una misión que habría de realizarse al otro lado del mar.

El teniente Genz, de 25 años, al mando de la 1.ª Compañía del I Batallón del Regimiento de cazadores paracaidistas, se encontraba aún junto al planeador en el que habría de volar, dispuesto ya a subir a bordo cuando llegó corriendo un emisario y le entregó una orden. En seguida observó la fecha. Le llamó la atención que le llegara dos días tarde. Luego, leyó.

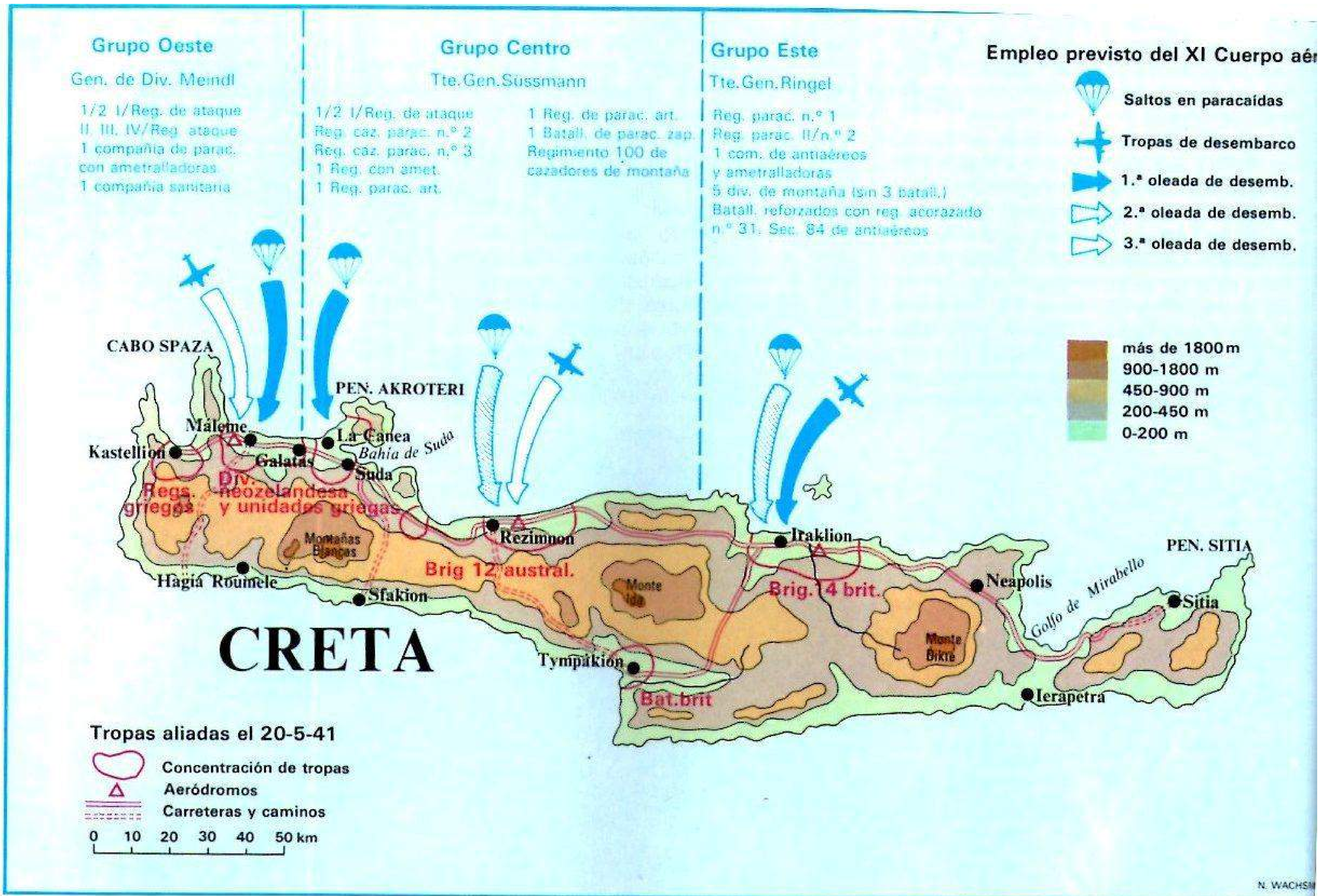
«Sentí como una especie de vacío en el estómago –recuerda el hoy coronel retirado Genz–. La primera cifra que se nos daba era el número de enemigos. En contra de previsiones anteriores, según las cuales encontraríamos una resistencia enemiga de 12.000 hombres, ahora se nos decía que en la isla había unos efectivos de 48.000 combatientes».

No es de extrañar que el teniente quedara paralizado con aquella información. En su calidad de jefe de la compañía sólo alcanzaba a conocer el número de hombres de que disponían él y las unidades enemigas, pero no tenía ni idea del plan conjunto de la operación. Con todo, sabía también que apenas se lanzarían 4000 paracaidistas en las primeras oleadas sobre Creta. Cuatro mil combatientes dotados de armas ligeras –sólo pistolas, ametralladoras, granadas de mano y lanzagranadas–, contra una fuerza muy superior, diez veces mayor en hombres, instalada en posiciones fortificadas, provista de artillería y carros de combate... De pronto el sargento le sacó de sus reflexiones: «Mi teniente, venga ya, que estamos todos dentro».

Los hombres del teniente Genz no eran los únicos que desconocían la meta del vuelo. Los restantes 4000 hombres escasos que ahora emprendían el viaje también ignoraban a qué infierno se dirigían en los aviones *Ju* y



Cazadores paracaidistas capturan a soldados británicos. Al final, los ingleses terminaron por entregarse. Sólo el 20 por ciento de sus efectivos en la isla estaban integrados por tropas griegas.



en los planeadores. Por supuesto todos ellos eran, sin excepción, voluntarios preparados a conciencia para empresas arriesgadas. Sabían de sobra que en sus intervenciones se hallarían mucho más cerca de la muerte que el resto de los soldados.

Pero, con todo, ninguno podía imaginar entonces que, a la mañana siguiente, sólo la mitad de ellos continuaría con vida.

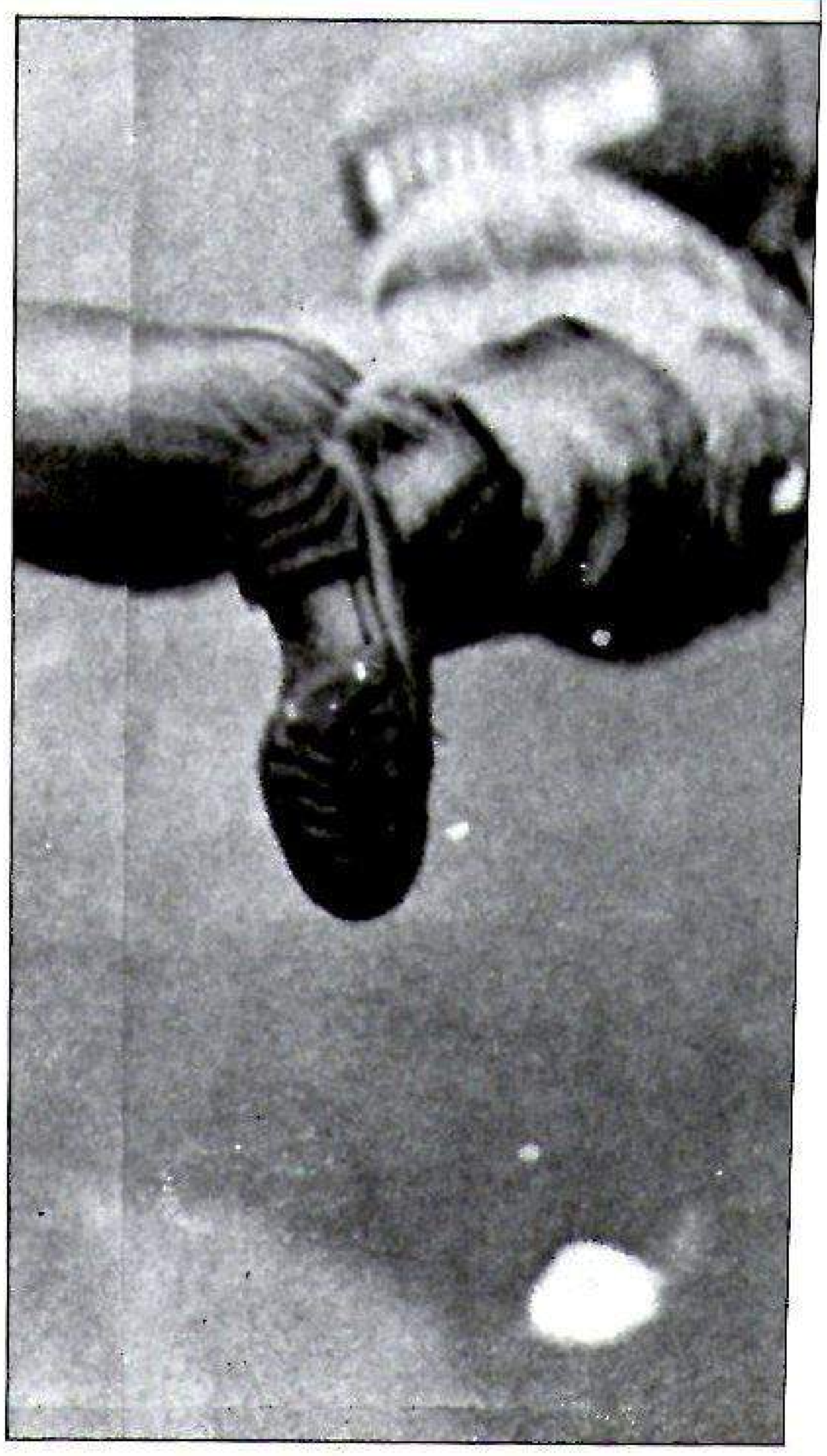
El teniente Genz, por su parte, tampoco tenía idea del juego que se desarrollaba a sus espaldas. De los aeródromos militares de Tanagra, Corinto y Megara se elevaban densas polvaredas, cada vez más impenetrables, producidas por los aviones que partían.

A nadie se le había ocurrido, o al menos no se había considerado seriamente, que se levantaría tanto polvo. Alguien había regado por la mañana, antes del primer despegue, las pistas resecas y calcinadas, pero eso no ayudó demasiado y sólo la mitad de los aparatos despegó con normalidad, según el plan previsto. La atmósfera llegó a ser tan densa que el polvo impidió la partida puntual de los efectivos aéreos. Con vistas a una operación de desembarco aéreo, en la que contaba decisivamente que todos los efectivos se empleasen dando impresión de fuerza, y haciendo posible la colocación de cada uno en el puesto asignado, aquel contratiempo podría ser mortal.

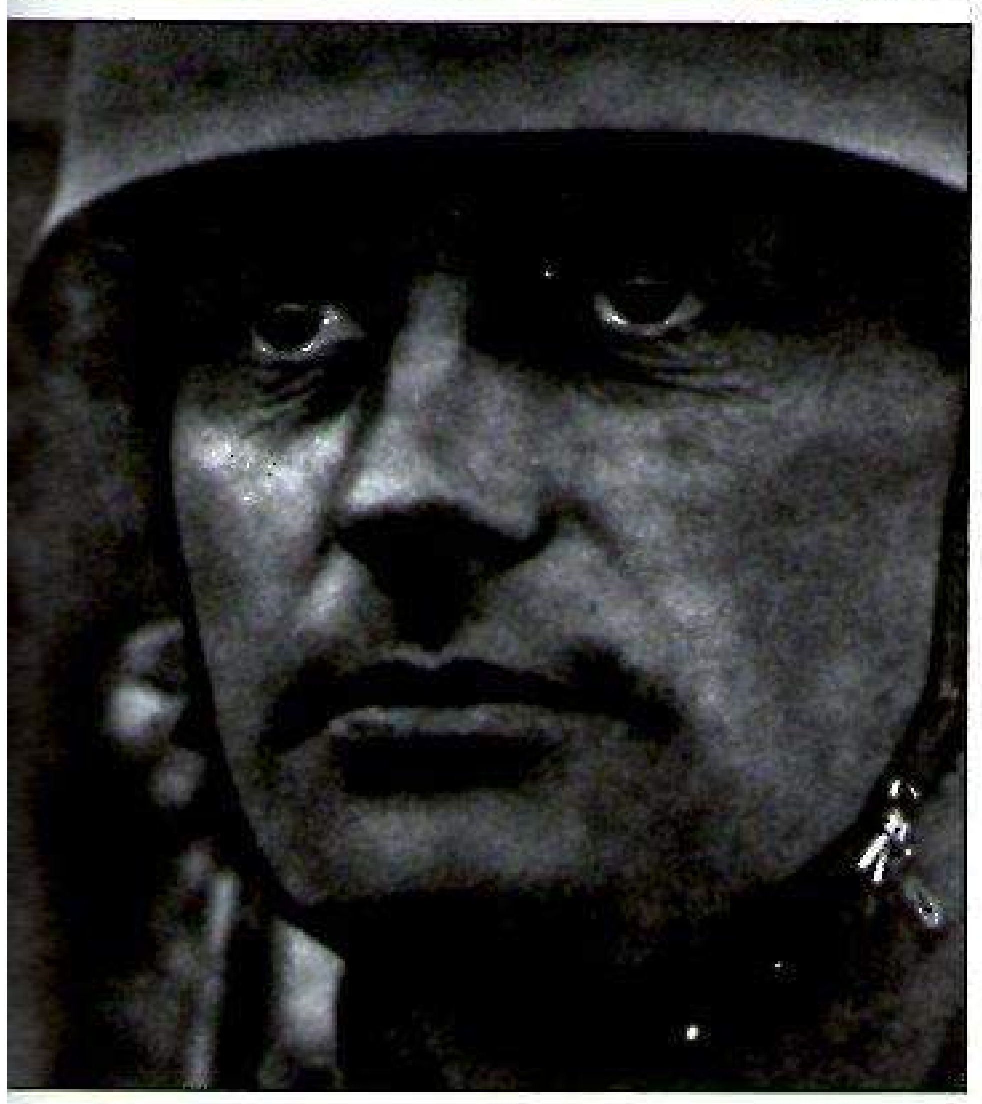
Hacia la muerte sin saberlo

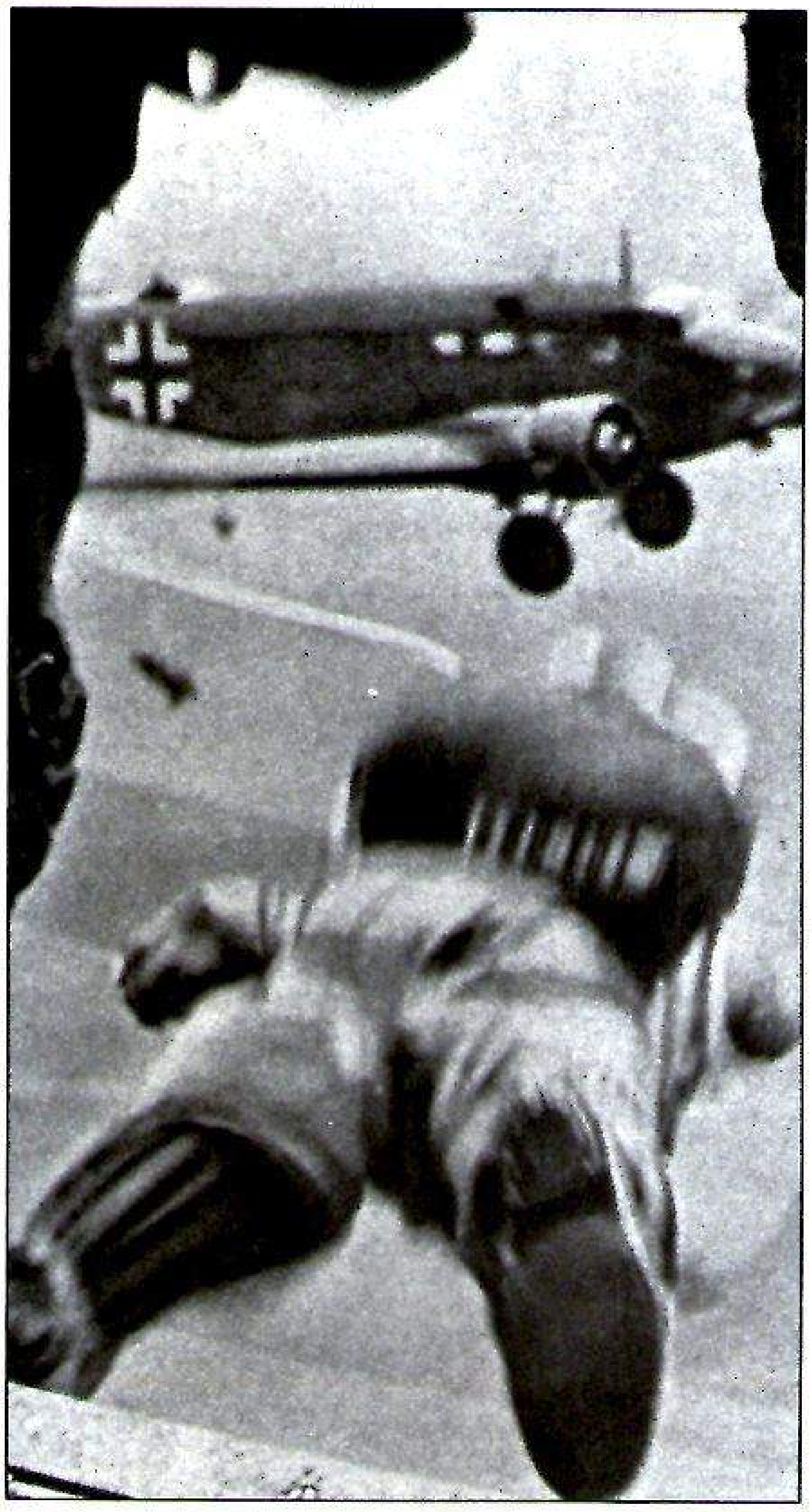
Otros centenares de hombres se movían a la misma hora sin tener tampoco el menor presentimiento de lo que les iba a ocurrir, sin saber que se lanzaban al encuentro de la muerte: eran los cazadores de montaña de la División alpina 5, la unidad que, poco tiempo antes, había quedado diezmada durante tres días de combates sangrientos ante la invulnerable Línea Metaxas, en Grecia. Se había embarcado a estos soldados veteranos en *Kaiks,* frágiles veleros, la mayor parte de ellos muy vetustos, equipados con motor de petróleo, a los que todo el rendimiento que se les podía exigir era que resistiesen mientras navegaban. A los griegos, a quienes se había requisado los *Kaiks,* no les preocupaban ni poco ni mucho las particularidades de sus embarcaciones. Para un transporte de tropas planeado con un horario fijo eran desde luego de lo menos idóneo. En modo alguno llegarían con ellos a tiempo a donde tuviesen que dirigirse, si es que podían llegar.

Así comenzó ese 20 de mayo el más









grande desembarco aéreo registrado hasta el momento en la historia de la guerra. Una verdadera aventura para la época: la conquista desde el aire de una isla de 260 kilómetros de longitud situada en el centro de un cerco establecido por una poderosa flota.

La paternidad del plan es indiscutible. Era obra del comandante de la 4.ª *Luftflotte,* general Alexander Löhr, y del creador del arma paracaidista, general de Aviación, Kurt Student. Se halla fuera de duda que Löhr ordenó realizar estudios sobre el plan, en su Estado Mayor, a finales de 1940. Estudios que versaban sobre operaciones en el flanco sudeste del Mediterráneo. Según criterio de Löhr, Inglaterra era el enemigo número uno; estaba convencido de que era necesario conquistar Egipto y el Mediterráneo oriental para acabar con el peligro que suponía Gran Bretaña. Por su parte, Hitler no tenía el mismo criterio. Tan sólo deseaba tener en su mano la tierra firme griega, cosa muy comprensible puesto que sus aspiraciones se orientaban más bien hacia la Unión Soviética. Emprendió la campaña de los Balcanes, en vista de la situación de Mussolini y de los golpistas de Belgrado, pensando que pronto acabaría con aquel pequeño obstáculo para sus planes de mayor vuelo.

Göring demuestra poco interés

Hitler necesitaba, pues, que alguien le convenciera, y antes que él había otros a quien persuadir. El general Löhr conferenciaba con el jefe de Estado Mayor de su *Luftflotte,* cuando comenzó a perfilarse el rápido éxito de la campaña de los Balcanes. Él y el general Korten estuvieron en seguida de acuerdo en que la conquista de Creta era el paso siguiente y más adecuado para el dominio de Egipto. Löhr se encargó de presentar esta idea a Göring el 15 de abril, pero el mariscal del Reich demostró interesarse muy poco por ella. Al tiempo, Korten hablaba con el jefe del Estado Mayor de la *Luftwaffe,* general de Aviación Jeschonnek, acerca de la misma posibilidad y éste quedó cautivado por la idea. Sobre si este plan fue presentado a Göring y Hitler por Jeschonnek, o si el general Student tuvo la misma idea accidentalmente, es algo secundario. Lo que sí es seguro es que el especialista en desembarco aéreo Student fue convocado por Göring el día 20 de abril y, una fecha después, por Hitler, que lo recibió en su cuartel general, a la sazón en Mönichkirchen. Hubo un largo debate acerca de si el objetivo de esta operación de desembarco desde el aire debía ser Creta o la fortaleza de Malta, ya muy dañada por los bombardeos. Student convenció al

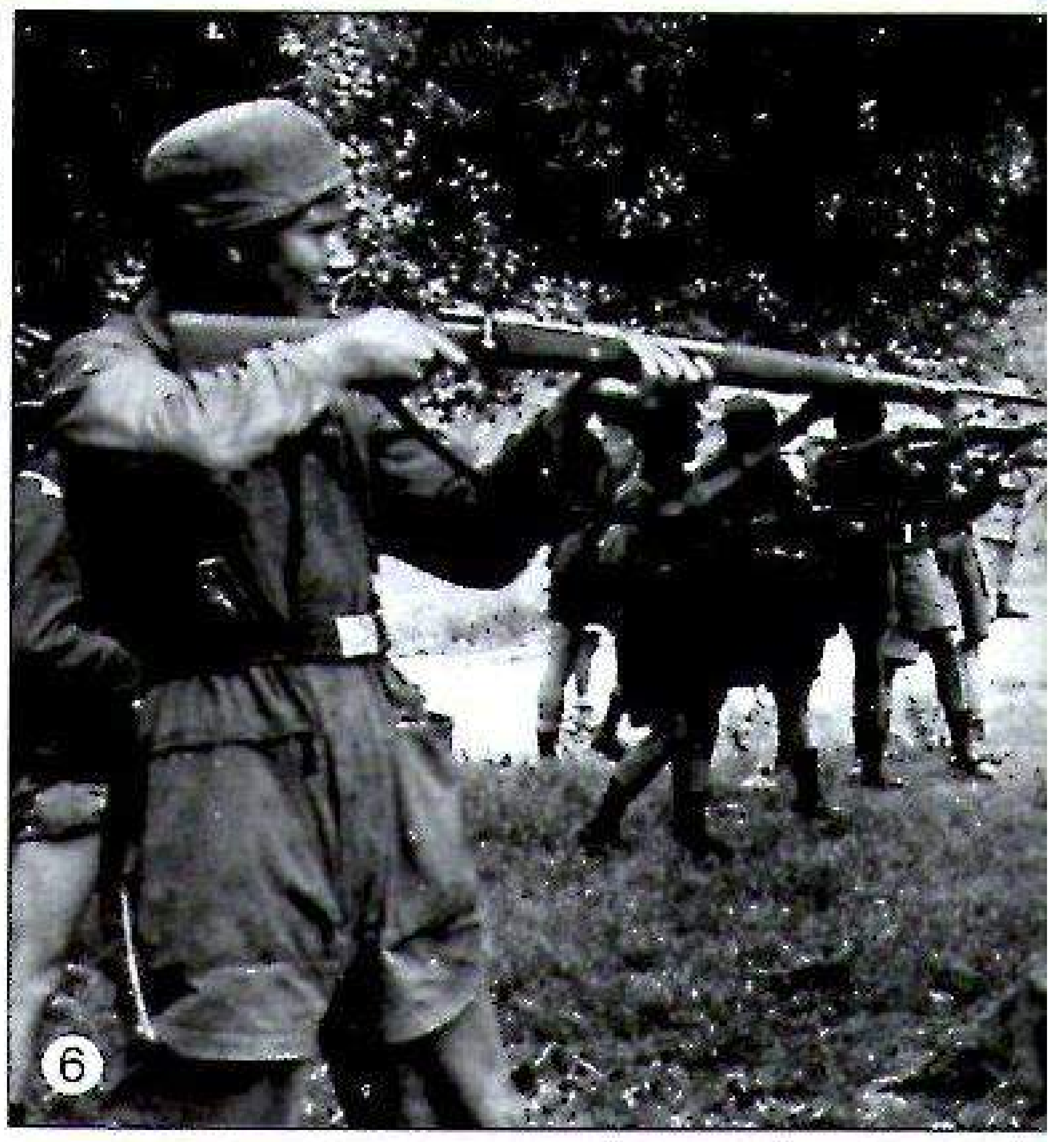


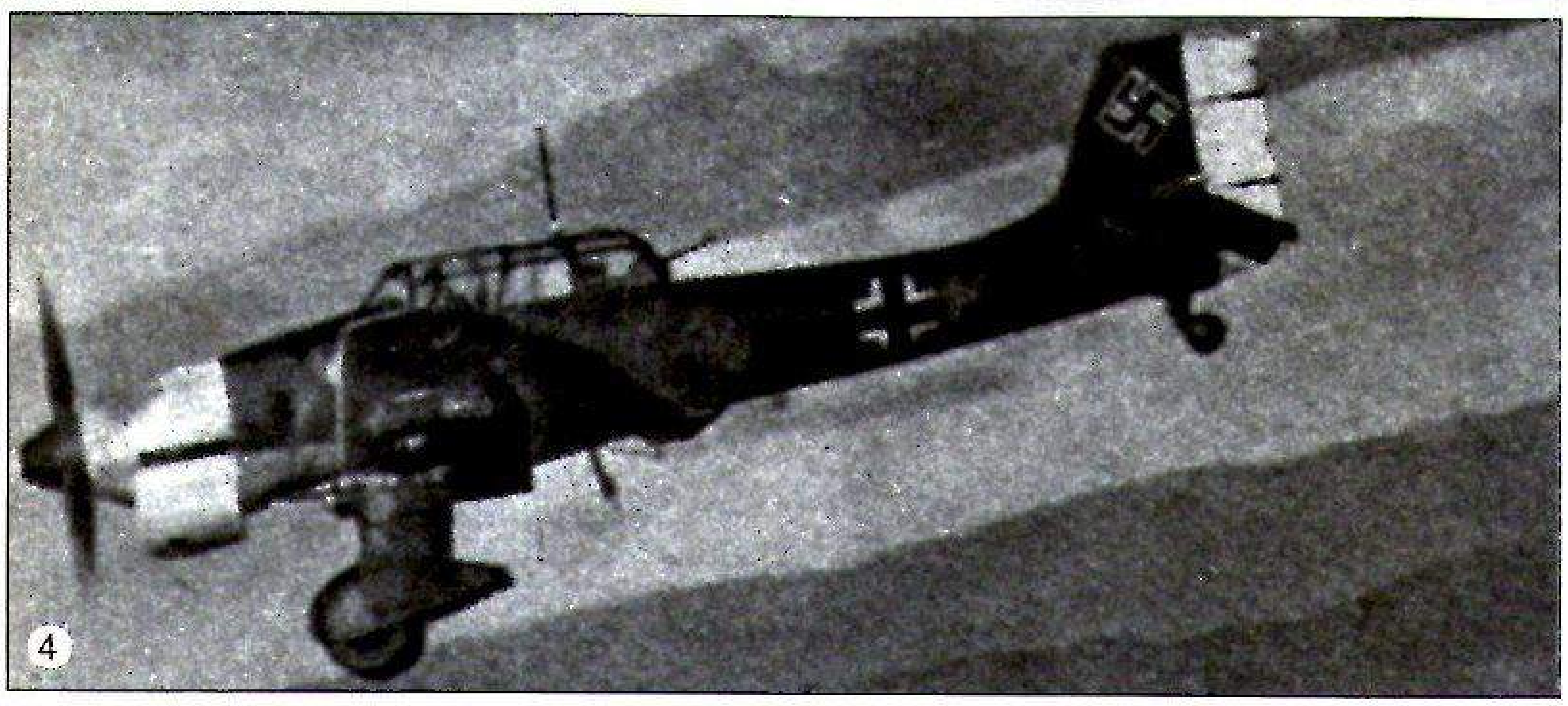


Las tropas paracaidistas seleccionaban sus miembros con más cuidado aún que los restantes cuerpos. El casco de salto parecía otorgar a estos combatientes una característica peculiar que les diferenciaba. Ametralladoras, munición y alimentos se lanzaban también en paracaídas. A menudo estos paquetes habían de permanecer inaccesibles, tras su envío a tierra, por efecto del fuego enemigo.

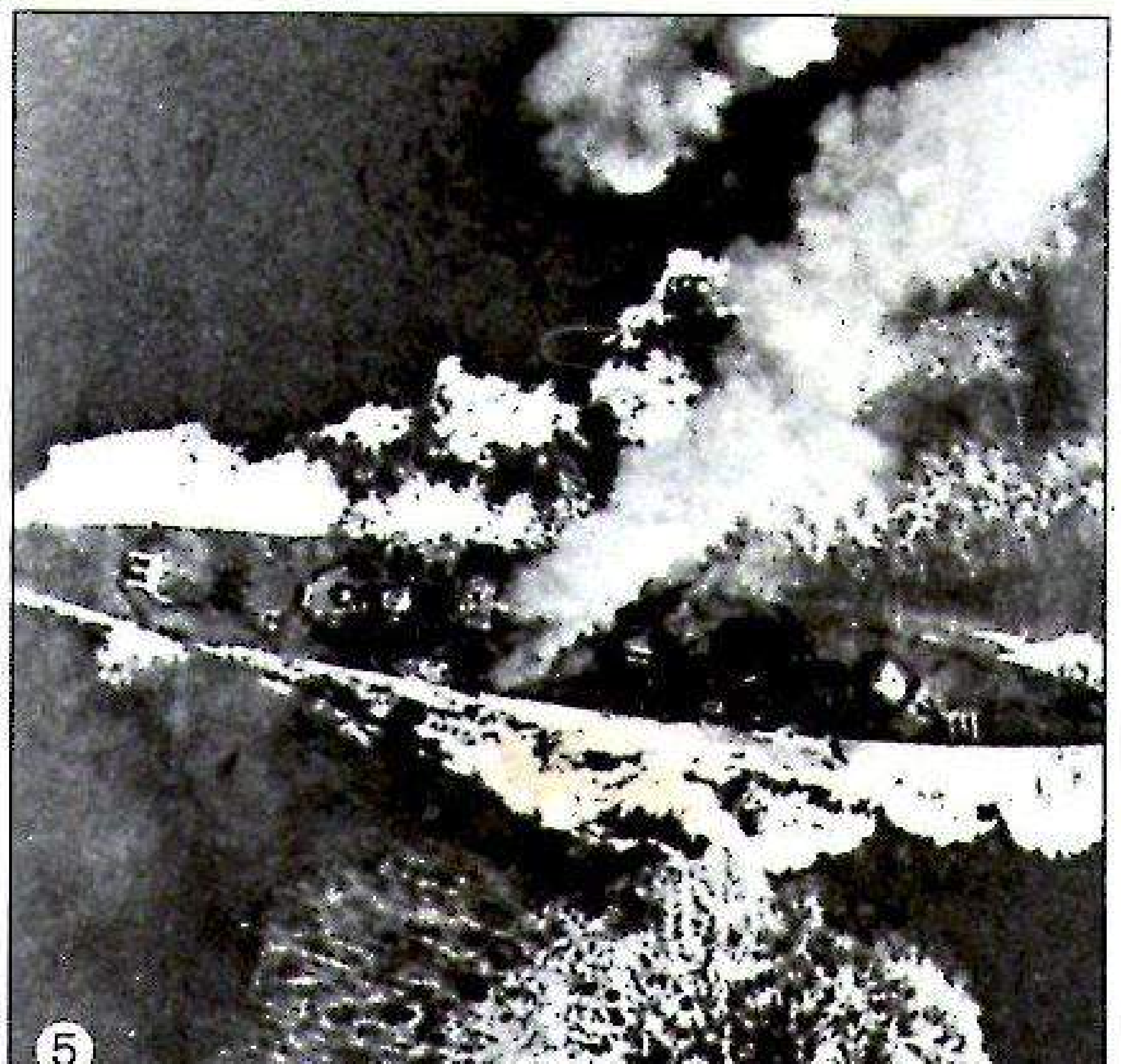






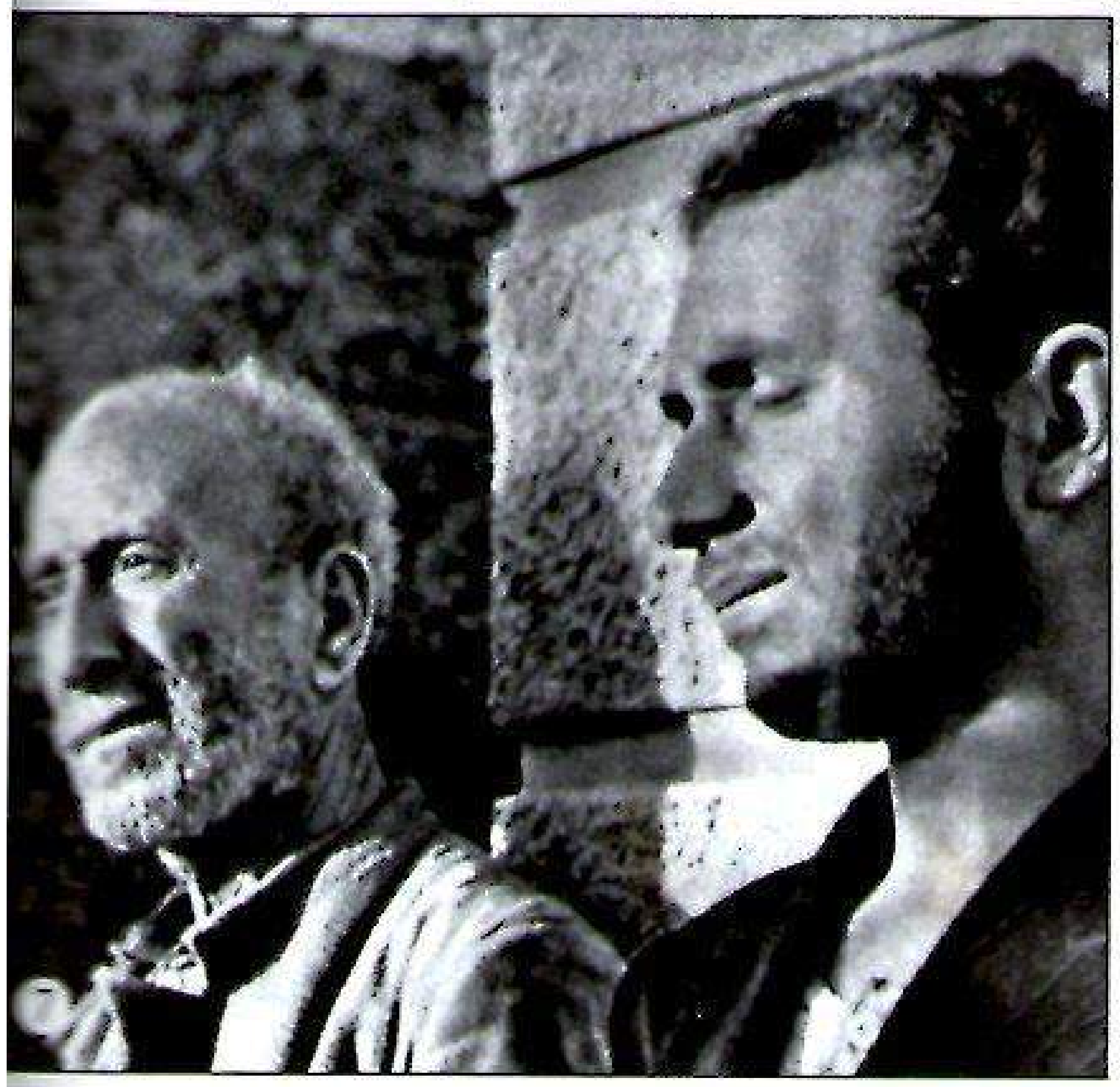


❶ *Un cazador paracaidista se sitúa tras un «jeep» alcanzado por la metralla.*
❷ *Empleo de lanzallamas en los combates casa por casa.*
❸ *El teniente Genz (con bastón), del Regimiento de cazadores paracaidistas, fue distinguido con la Cruz de Caballero por su comportamiento en Creta.*
❹ *«Stukas» del tipo «Ju 87» realizan ataques preparatorios contra posiciones británicas en Creta.*
❺ *El crucero británico «Gloucester», alcanzado por las bombas alemanas.*











Contra lo que habían imaginado los alemanes, los cretenses no permanecieron pasivos durante la invasión de su isla. Dirigidos por los ingleses, 7000 u 8000 de ellos combatieron como partisanos contra los atacantes.
● *Texto original: «Los francotiradores, expulsados de sus escondrijos.»*
● *Texto original: «Tampoco los profanadores de cadáveres escapan a su justo castigo.»*
● *Casi 12.000 soldados británicos de Creta cayeron prisioneros de los alemanes.*
● *Prisioneros maories de Nueva Zelanda.*

fin a Göring y a Hitler de que era preciso conquistar Creta. Para ello había un argumento estratégico, muy afín también al criterio que abrigaba Hitler: los campos petrolíferos de Ploesti, en Rumania, considerados como la madre nutricia de la pesada maquinaria de guerra alemana, se encontraban difícilmente al alcance de los bombarderos ingleses con base en Malta, pero sin duda alguna entraban dentro del radio de acción de las bases británicas de Creta.

No se comete injusticia con el general Student, desde luego, si se acepta que colocó en el platillo de la balanza otros elementos: por ejemplo, el interés que pudiese tener en demostrar el alto grado de preparación de «sus» tropas de desembarco. Al fin Hitler dio su consentimiento para el ataque contra Creta, mas no sin imponer una serie de condiciones. En primer lugar, la operación debería ponerse en marcha lo antes posible y terminar a la mayor brevedad con el fin de poder disponer en seguida de las unidades necesarias y, sobre todo, de los medios de transporte para el ataque contra Rusia. Hitler exigió además que el plan se desarrollase también por mar, de modo que la operación no caminase «con una sola pierna». El jefe supremo de la *Luftwaffe,* Göring, introdujo también su proposición táctica: sería adecuado limpiar la isla, de forma alargada, con un amplio frente a fin de tomar el mayor número posible de puntos al mismo tiempo. Extrañamente, el general Student aceptó este criterio pese a que debiera haber sabido que con los escasos medios de transporte disponibles, sólo podría trasladarse al mismo tiempo pequeñas unidades en puntos distantes. El primer proyecto de Student para un plan de ataque preveía siete lugares en los que tomar tierra a lo largo de la costa norte de la isla. Esto no correspondía en absoluto a la opinión de Löhr, a quien se había encomendado el mando supremo de la operación. Por otra parte, en esta circunstancia, y por primera vez, un general de Aviación iba a dirigir una operación conjunta de tropas aéreas, navales y de Tierra.

El plan definitivo se estructuró así: había que tomar al mismo tiempo los tres aeródromos situados en la costa norte –Máleme, Rezimnon e Iraklion–, así como la capital, La Canea, junto con el puerto cercano de la bahía de Suda, el único en servicio de la isla.

Sin preparación suficiente

Las premisas para el éxito de un ataque en estas condiciones, cuyo alcance aún no se conocía, eran la preparación detallada y básica del plan. Esta regla se había observado en todas las operaciones aéreas de desembarco realizadas hasta el momento, todas ellas a imagen y semejanza de la de Eben Emael. En la Operación «Merkur» no fue posible por falta de tiempo. La orden del *Führer* por la que se ponía en marcha llevaba fecha del 25 de abril, y el momento elegido para su realización se situó a mediados de mayo, con lo que los preparativos no se podían prolongar más allá de tres semanas y, además, en circunstancias sumamente adversas. La mayor parte de las tropas paracaidistas, así como sus efectivos y avituallamiento, depósitos de armas, munición y aparatos especiales, se encontraban repartidas entre Francia y Alemania. En consecuencia era muy dudoso que fuese posible el transporte del combustible necesario y de las armas, a través de la deteriorada red viaria de Grecia, hasta los puertos de embarque.

Los pequeños aeródromos cretenses se encontraban en un estado que ofrecía pocas garantías. El firme del suelo no era el adecuado, faltaban las instalaciones técnicas más elementales. Ante estas dificultades, Löhr, Student, von Richthofen (comandante del VIII *Fliegerkorps*) y sus respectivos Estados Mayores tuvieron que hacerse maestros de la improvisación en el aspecto organizativo. Pero hubo algo en lo que no lograron el éxito apetecido: no consiguieron hacerse una idea exacta de la situación del adversario. En un principio supusieron unos efectivos de unos 12.000 o 15.000 soldados, entre británicos, neozelandeses y griegos. El espionaje aéreo no logró localizar posiciones fortificadas mientras, por otra parte, se tenía la impresión de que los habitantes de la isla no ofrecerían resistencia alguna contra los invasores alemanes.

Pero no era exactamente así. Algunos oficiales trataron de suplir los fallos y se decidieron a reunir informaciones por su cuenta.

El coronel Genz recuerda esas incidencias: «Un día antes del ataque, pedí al capitán Lampertsdörfer, jefe de información de nuestra unidad, que fotografiase desde el aire el objetivo asignado a mi compañía. Nuestra misión consistía en asaltar y poner fuera de combate una batería pesada instalada en los aledaños de la ciudad de La Canea. Lampertsdörfer me proporcionó una foto sensacional en la que se veía perfectamente la batería, un antiaéreo ligero y varios nidos de ametralladoras destinados quizá a la protección de la batería pesada. Pero también identificamos en la foto, en el mismo lugar donde habríamos de tomar tierra –un olivar en el que se apreciaba cada árbol–, una serie de ángulos blancos muy curiosos. Tuvimos que dedicar un buen rato a estudiar aquellas figuras, hasta que nos convencimos de que se

tratabe de tiendas de campaña. Habría unas cuarenta. Según nuestros cálculos, en ellas deberían de dormir unos 5 o 7 hombres por tienda, o sea un total de 200 soldados. Eso era un campamento en toda regla, y completamente nuevo para nosotros.»
Sin embargo, el teniente no tenía idea exacta de lo que les esperaba. Como tampoco el resto de los jefes de unidades, que desconocían por completo el grado de resistencia que ofrecería Creta.

Llamamiento de Freyberg

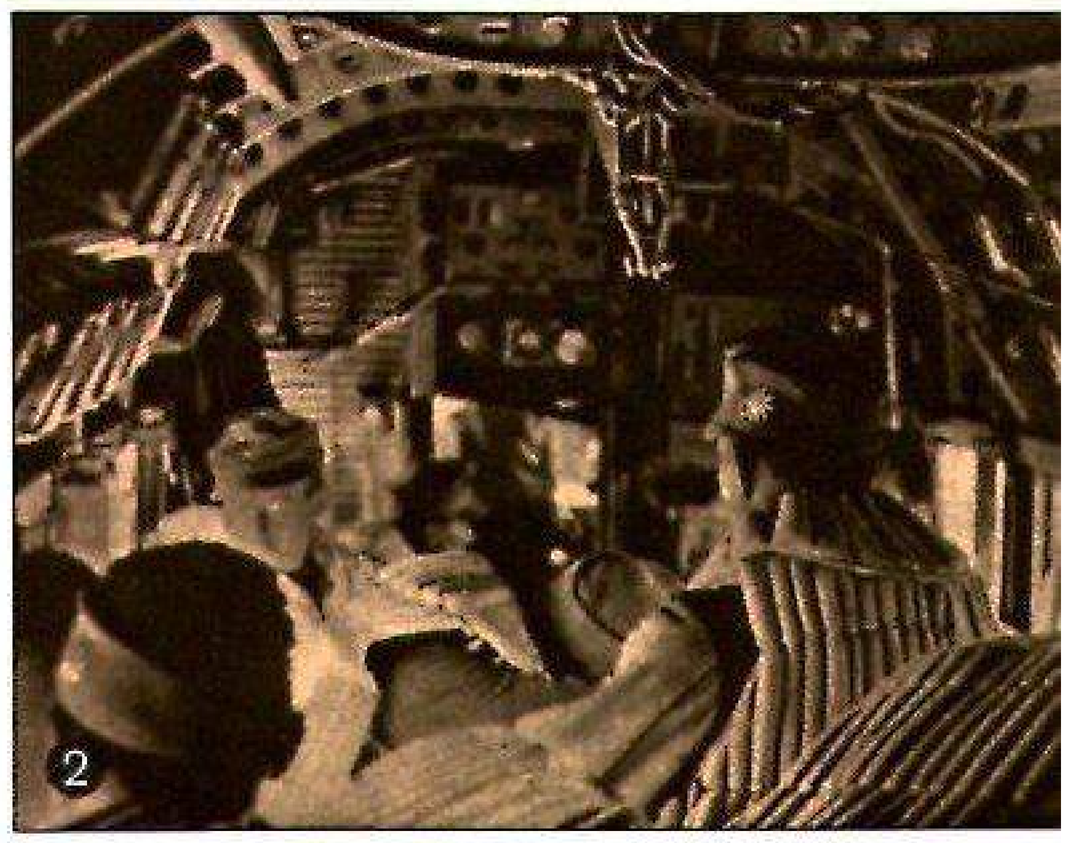
El comandante británico de la isla, general Freyberg, veterano herido 27 veces y curtido militar neozelandés, contaba con los siguientes efectivos para la defensa de la isla:
1. Su propia División 2 neozelandesa (7500 hombres): una unidad considerada como modelo en la que también luchaba un batallón de maoríes, oriundos de Nueva Guinea, con su temible aspecto de feroces hombres primitivos.
2. La Brigada 19 australiana, excelentes tropas de combate con un total de 6500 hombres.
3. Unos 17.000 soldados de diversas unidades inglesas en su mayor parte restos del Cuerpo Expedicionario Británico evacuado de Grecia.
4. Once batallones griegos, con unos 1000 hombres cada uno.
Aparte de estos efectivos, había que añadir los 8000 partisanos cretenses, bien armados e instruidos por oficiales británicos. La impresión del mando alemán, en el sentido de que los cretenses si no aceptaban de buen grado la presencia de los germanos en su isla, al menos no ofrecerían resistencia alguna, era un fallo más en su falta de conocimiento de la situación real.
El general Freyberg, por su parte, sabía incluso cuándo se iba a producir el ataque: los ingleses habían permanecido largo tiempo en Grecia y durante él habían creado una amplia red de información.
Del lado alemán se intentó de tal forma mantener en secreto el proyecto, que terminó trascendiendo, debido a la amplitud y marcha de los preparativos. El verdadero efecto de sorpresa, condición esencial para el éxito de una operación de desembarco, faltó por completo. Contando con estas ventajas, los defensores de la isla hubieran sido invencibles si no hubiesen sufrido una grave carencia: Freyberg tenía suficientes tropas; por otra parte, no estaban lejos las fuerzas navales inglesas; pero en el aire no había efectivo alguno.

Los pilotos británicos, retirados

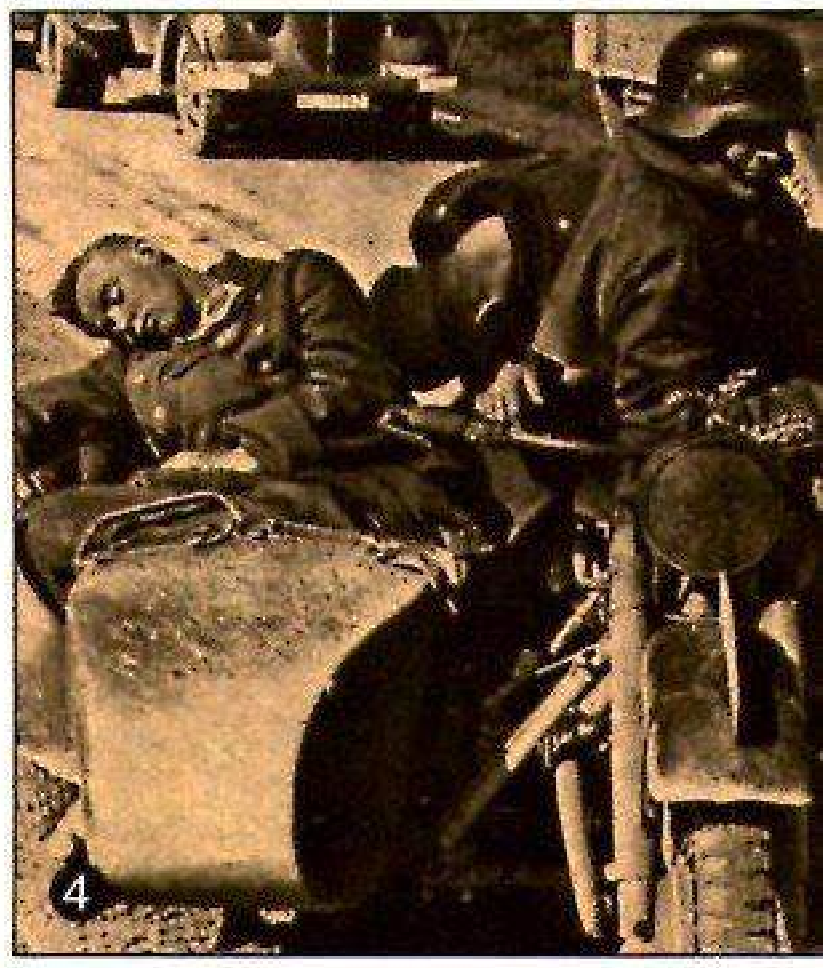
Para los alemanes algo estaba muy claro: sólo con un dominio total del aire

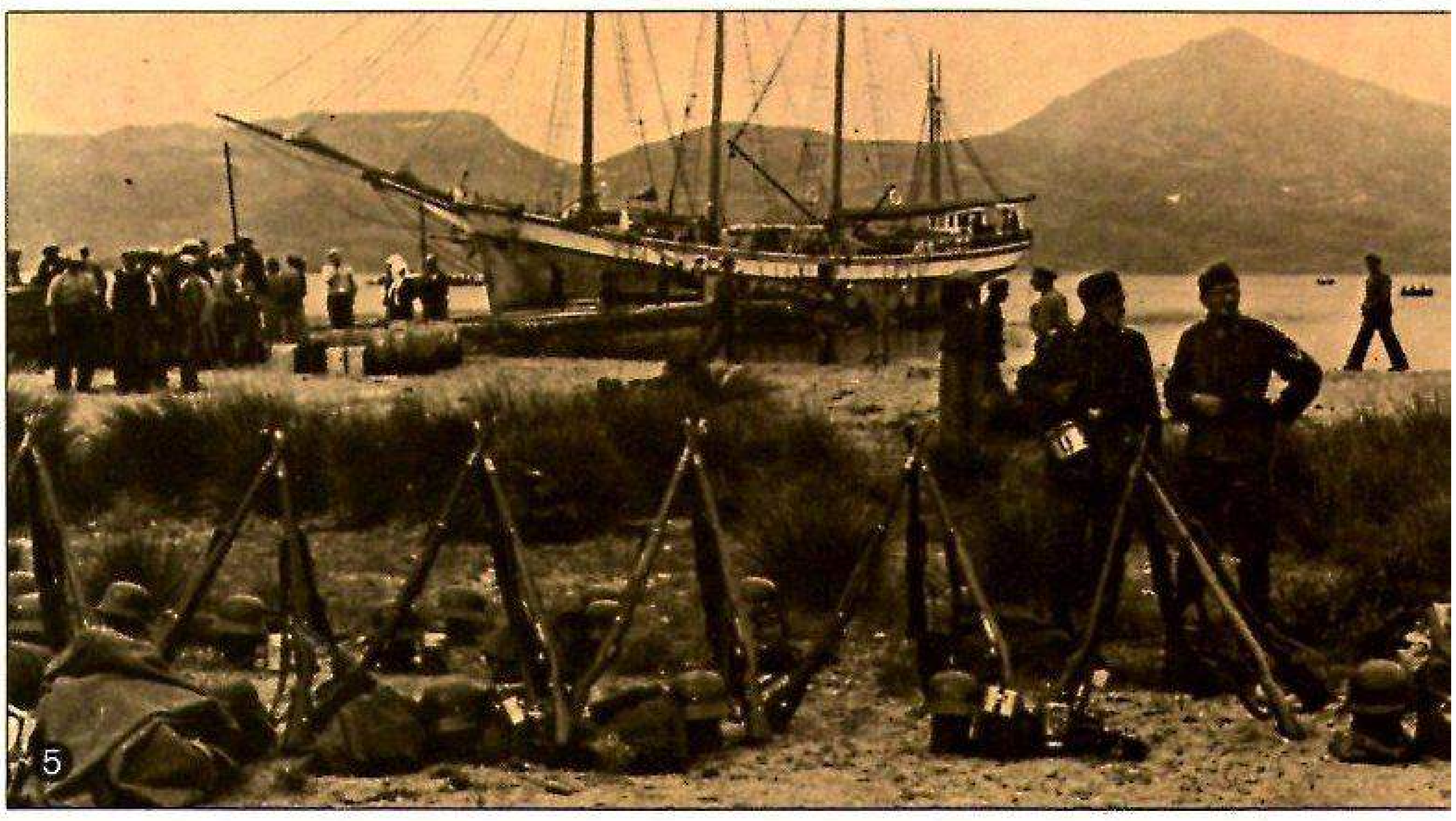


1 ***Los aparatos de avituallamiento tuvieron que realizar aterrizajes de emergencia. Muchos de ellos quedaron destrozados en la maniobra.***
2 ***Unidades de cazadores de montaña vuelan hacia Máleme para liberar a los paracaidistas.***
3 ***Cargando una motocicleta con sidecar en un «Ju 52».***
4 ***Sed, calor, polvo y pocas horas de sueño. Los soldados hacen una pausa.***
5 ***Parte de una sección de antiaéreos es embarcada a bordo de veleros griegos dotados de motor («Kaiks»).***









podría tener éxito la operación; el VIII *Fliegerkorps* se había ocupado de preparar el terreno. Las debilitadas fuerzas aéreas inglesas no habían podido resistir el formidable empuje de los aviones alemanes y no contaban con reservas que oponer, puesto que el mando británico las había retirado hacia el 15 de mayo para evitar que sus aparatos y dotaciones fuesen víctimas inútiles en una defensa de Creta.
Además se registró un nuevo fallo que preocupaba al general Freyberg: se echaban de menos más aparatos de radio destinados a facilitar las comunicaciones. Sin estos elementos no sería posible tener una idea exacta y puntual de la situación en los puestos de combate. Con todo Freyberg se sentía muy seguro, tanto, que el 5 de mayo telegrafió a Churchill: «No se aprecia el menor signo de nerviosismo. No me inquieta el desembarco enemigo...»
Cuando a primeras horas de la mañana del 20 de mayo comenzó el ataque, pareció de momento como si Freyberg hubiese tenido fundadas razones para mantenerse optimista. El inicio del ataque consistió en un verdadero huracán de fuego de artillería que duró una hora: los bombarderos, destructores y, finalmente, los *Stukas* arrojaban su metralla contra los nidos de antiaéreos situados en torno a los aeródromos de Máleme, Rezimnon e Iraklion. Cuando desaparecieron, a las 7,10 horas, los últimos *Stukas*, los alemanes interpretaron que el campo estaba ya dispuesto para la operación propiamente dicha. Quién sabe si también los ingleses no alcanzados por las bombas se hallarían aún sobrecogidos en sus posiciones. En definitiva, era el momento elegido para que tomaran tierra los aviones planeadores y saltasen los primeros paracaidistas. Pero éstos aún no habían llegado.
El retraso en los despegues, dificultados por la polvareda levantada en los aeródromos de origen, produjo una curiosa situación: los primeros que habían abandonado el suelo tuvieron que esperar a que acudiesen los rezagados, circunstancia que permitió a los defensores de la isla un tiempo de recuperación. Cuando una media hora larga después, los planeadores del I Batallón del Regimiento de paracaidistas se dispusieron a tomar tierra en el reseco lecho del río Tavronitis, junto al aeródromo de Máleme, fueron saludados por un intenso fuego de artillería enemigo. Algunos de los aviones recibieron el impacto aún en el aire. Otros, que se estrellaron contra el suelo rocoso, dieron tumbos hasta que terminaron con la cola hacia arriba y el morro en tierra. Algunos planeadores volaron tan bajo que fueron a dar contra las rocas de la costa; otros, simplemente perdieron la orientación.
Los soldados alemanes que sobrevivieron a la catástrofe se dieron cuenta muy pronto de que las posiciones en las que les esperaba el enemigo, posiciones conocidas por ellos a través de fotos previas, eran tan sólo puntos estratégicos aparentes: los verdaderos habían sido cuidadosamente disimulados y apenas eran visibles. Por ejemplo, las plataformas de la colina situada detrás del aeródromo, escalonada en forma de terrazas y de una altura de 107 metros. Esta cota se hallaba completamente ocupada por nidos de ametralladora que cubrían el campo de aviación y todo el valle del Tavronitis.
Sobre las cabezas de los primeros cazadores paracaidistas que habían llegado a tierra rugían los motores de las sucesivas máquinas de transporte que iban llegando, mientras los soldados se agrupaban, dando saltos, para guarecerse del fuego enemigo. En aquel momento el III y el IV Batallones del Regimiento de choque llegaban a tierra.
El III Batallón aterrizó al este del aeródromo, en el centro mismo de las posiciones defendidas por los neozelandeses. Los alemanes no tenían posibilidad alguna de reagruparse ni de acercarse a sus depósitos de armas. Su corta lucha, con pistola o fusiles ametralladores, a veces cuerpo a cuerpo, a bayonetazos, o con las afiladas palas de zapadores que en días sucesivos se habrían de revelar como armas eficaces para un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, esta lucha contra unas fuerzas cuatro veces superiores adquirió muy pronto un carácter desesperado. En pocos minutos la mitad de los oficiales estaban muertos, casi todos heridos y el batallón prácticamente aniquilado. Sólo un pequeño grupo, al mando del teniente Trebes, logró abandonar con vida las posiciones enemigas y reintegrarse en el IV Batallón. El teniente era el único oficial que había sobrevivido del batallón al que pertenecía.
El IV Batallón, que se había lanzado al oeste del aeródromo, tuvo más suerte. Con todo, la resistencia también fue intensa en este sector; algunos grupos tuvieron que esforzarse por llegar al lugar en que se encontraban sus armas, pero eso era casi imposible y el batallón se reagrupó apenas sin armamento.
Mientras trataba de organizar a sus hombres, el comandante del Regimiento de choque, general Meindl, que había saltado con los soldados de este batallón, fue herido por un disparo a bocajarro. El proyectil le alcanzó en el brazo, pecho y vientre. A pesar de ello el general, trasladado hasta un grupo de casas en poder de los alemanes, en el que se guareció, continuó dirigiendo a sus tropas ampliamente diezmadas. La lucha duraba ya una hora, y los hombres, todos sin excepción, estaban empapados de sudor y con las gargantas resecas. En estas circunstancias se produjo aún una nueva desgracia: el calor era sofocante –40 grados a la sombra– y los paracaidistas iban materialmente «forrados» como si la operación tuviera lugar en Narvik, según expresión del coronel Heidrich.
Las bajas sufridas hasta el momento eran sumamente elevadas, pero, con todo, los cazadores paracaidistas habían podido concentrarse, haciéndose fuertes, en torno a un puente sobre el Tavronitis, en un vértice del aeródromo. Se vislumbraba algo con claridad: quien lograra apoderarse de la cota 107 contaría también con el dominio absoluto del campo de aviación. En consecuencia había que atacar las posiciones enemigas instaladas en el montículo. Mas para ello no se disponía de fuerzas suficientes y el ataque quedó detenido a media altura, por efecto del terrible fuego enemigo.
Al mismo tiempo, mientras los alemanes luchaban así en Máleme, comenzaba el ataque en torno a la capital, La Canea, y a la cercana bahía de Suda. La vanguardia de las tropas destinadas a esta operación ya había conseguido alcanzar la costa cretense, pero había perdido a sus oficiales: el teniente general Süssmann, comandante de la 7.ª *Fliegerdivision*, y todo su Estado Mayor se dirigían a la lucha en un planeador probablemente sobrecargado de material. A medio camino el velero quedó enredado en el remolino de las hélices de un bombardero que se aproximó demasiado, y empezó a dar tumbos sin control alguno. El piloto tuvo aún serenidad para cortar la amarra del aparato sin motor e intentó un aterrizaje de emergencia, pero en la operación el velero perdió sus alas y el fuselaje fue a estrellarse contra las rocas de la isla Egina. No hubo supervivientes.

«Luego, pasamos nosotros»

Los primeros en tomar tierra cerca de La Canea fueron las tropas y dos grupos más de la 1.ª Compañía del I Batallón de cazadores paracaidistas del Regimiento de choque. Aquellos 90 hombres escasos, bajo el mando del teniente Genz, habían llegado en 9 veleros. Éste cuenta su aventura:
«Llegamos a situarnos encima del punto exacto en el que estaba planeado lanzarnos sobre las baterías de antiaéreos enemigas que habríamos de neutralizar. Debajo de nosotros podían verse aquellos huesos duros de roer de 95 mm por término medio, que también serían un obstáculo serio para una lucha en tierra.
En la maniobra un árbol nos arrancó un ala, pero no ocurrió más que el inevitable derrape. Luego, rasgué el capó


14029
١٤٠٢٩



Tras nueve días de duros combates defensivos, los ingleses abandonaron la ciudad y el aeródromo de Iraklion. Los paracaidistas y cazadores de montaña recorren las calles en busca de material enemigo, como este camión.

y salté afuera, justo a los pies de dos hombres que me pusieron sus armas contra el vientre. Pero los soldados de antiaéreos no estaban preparados para un asalto o, en cualquier caso, yo reaccioné más instintiva que conscientemente. Aún sin haberme recuperado del salto, los hombres rodaron por el suelo y yo eché a correr.
De pronto oímos una detonación. Un avión de la primera escuadrilla había logrado tomar tierra exactamente sobre la batería. Inmediatamente se produjo un tremendo duelo de granadas. Los artilleros se defendían con encono, tomaban las granadas y las devolvían a quienes las habían lanzado. Mientras nos manteníamos en nuestras posiciones, aquellos grupos habían conseguido hacerse con la mayor parte de los puntos defendidos por cañones.
Nosotros les cubríamos disparando hacia atrás, contra las posiciones que habíamos atravesado. Así logramos nuestro objetivo: la destrucción de la batería pesada.

Un velero se desploma

Instantes después oí el tableteo de una ametralladora que disparaba desde la carretera de La Canea. Allí había tomado tierra el segundo convoy, cuya misión era la de proteger nuestra marcha del fuego de un cuartel que se encontraba a unos 500 metros. Y ocurrió lo que sigue. El velero, en el que iba el jefe del comando, teniente Marenbach, se desplomó poco antes del aterrizaje desde una altura de diez o doce metros. El teniente Marenbach resultó muerto y también el piloto, que se hallaba delante de él: el sargento de Aviación Bühl, fue alcanzado por una esquirla que le destrozó los dos ojos, dejándole ciego. El resto de los que iban en el aparato sufrieron fracturas de huesos de mayor o menor gravedad. Menos uno, que salió ileso: el cabo primero Friemberger. Éste se ocupó de desalojar el avión, poner a cubierto a los heridos e ir colocando las armas de sus camaradas tras una tapia situada a lo largo de la carretera –cada dos metros un arma– de modo que sus compañeros podrían encontrar, a cada trecho, una ametralladora, un fusil o una pistola ametralladora.»
El teniente Genz, por su parte, no se quedó mano sobre mano cuando al fin se puso a cubierto a los heridos en la bodega de una casa cercana, entre ellos el teniente Toschka, gravemente herido, y salió con su reducida tropa al encuentro del Regimiento 3 de paracaidistas, que había saltado un poco más al oeste.
«Una vez allí recibimos la única orden enviada por radio durante aquella fase de la operación –recuerda Genz–. El mensaje llegó del Regimiento 3, mandado por el coronel Heidrich, y decía más o menos esto: 'No se dirijan a La Canea. La resistencia enemiga es demasiado fuerte. Traten de abrirse paso con las armas'. Lo que pensé en aquel instante todavía lo recuerdo: 'Si no puedes tú con 3000 hombres, ¿cómo voy a lograrlo yo con 30?' Pero no le faltaba razón. Naturalmente lograría cruzar mejor con 30 soldados que con un regimiento.»
Hasta aquí el teniente, y hoy coronel retirado, Genz. Su compañero, teniente Altmann, de la 2.ª Compañía, había logrado tomar tierra con una hora de retraso, a causa de la polvareda del aeródromo de salida, en la pequeña península de Akroteri, al norte de La Canea, precisamente en una planicie al abrigo de la batería costera. Mas este punto estratégico era sólo aparente; no era objeto de conquista; pero entretanto los hombres del teniente quedaron expuestos al fuego enemigo. Muy pocos salieron con vida de aquel ataque.
En el cuartel general de Student, en Atenas, no se tenía una idea exacta de las incidencias producidas en la primera oleada del ataque de los paracaidistas: por el contrario, reinaba el mayor optimismo, al ver que de 500 aviones de transporte enviados, solamente 7 no habían regresado. Eso era un signo de que todo iba bien.

Confusión general

Nadie pudo intuir que se avecinaba aún otra catástrofe. Ocho horas después de que partiese la primera oleada hacia el combate, la segunda abandonaba el continente griego. En realidad tenía que haber sido así, pero no lo logró. Después de que el polvo de las pistas hubiera hecho sumamente arriesgado el despegue de la primera expedición, ahora, al mediodía, con un sol radiante, parecía que las condiciones serían tan desfavorables o más. El aprovisionamiento de combustible y la carga de los aparatos de transporte no pudieron desarrollarse con arreglo al plan trazado. Por término medio, la partida tuvo que retrasarse más de tres horas.
El resultado fue la imposibilidad de una reagrupación en el aire. Los paracaidistas quedaron concentrados en pequeños grupos, insuficientes para lograr el objetivo marcado, que además fueron situados de forma equivocada sobre el terreno, produciéndose una confusión general en la que unos se entorpecían a otros en un momento en el que los cazas, destructores y bombarderos les tenían que haber asistido. Los aparatos tuvieron que regresar a sus bases precipitadamente, sin cumplir esta función, al quedarse sin combustible.
En la otra parte, entretanto, se había sacado una lección provechosa de las experiencias de la mañana. Los defensores de los aeródromos de Rezimnon e Iraklion, sobre cuyas bases los paracaidistas tan sólo cayeron «a gotas» habían aprendido de los de Máleme, La Canea y Suda cómo podía responderse al ataque alemán.
Por esta razón el segundo ataque tuvo un resultado aún más sangriento que el primero. La mitad escasa de los 4000 hombres lanzados sobre Rezimnon e Iraklion en oleadas sucesivas, apenas logró sobrevivir un par de minutos tras establecer contacto con el suelo. Los supervivientes, heridos en su mayoría, a duras penas podían reagruparse, luchando desaforadamente, e integrar una formación en círculo, como un erizo. Por supuesto había que rechazar de antemano cualquier idea de un ataque. Cuando, hacia el mediodía del 20, se logró establecer por radio una comunicación satisfactoria entre los combatientes de Creta y el mando de Atenas, pudo trascender el alcance del fracaso: los alemanes no habían logrado ocupar ningún aeródromo, ni habían conquistado la capital, La Canea, ni el cuartel general del comandante de la isla, Freyberg. Mientras el general Student se calentaba la cabeza pensando qué podría hacer para ayudar a sus paracaidistas –él conocía a todos sus oficiales y a muchos soldados personalmente– la solución llegó casi sin esfuerzo: el coronel Andrew, un avezado combatiente al mando del 22 Batallón de la división 2 neozelandesa, cuya unidad había defendido el aeródromo de Máleme y la importante cota 107, juzgó aquella tarde su situación mucho peor de lo que en realidad era.
Los paracaidistas del Regimiento de choque le habían hostigado todo el día, a pesar de sus muchas bajas, y Andrew creyó seriamente amenazadas las alas de su batallón, e incluso el núcleo establecido en la cota 107. Entonces ordenó el repliegue, para evitar que fueran aniquilados. Objetivamente la orden se debió a un juicio erróneo sobre la situación real; pero subjetivamente la decisión fue adecuada, puesto que la carencia de comunicaciones con el mando británico impidió al coronel Andrew disponer de una idea exacta de lo que ocurría. Aquella noche, y sin que lo notaran los paracaidistas alemanes, el coronel retiró a sus hombres hacia el este, en dirección a otra línea defensiva.
El general Student se decidió, al mismo tiempo, a enviar a Máleme todos los efectivos de reserva con que contaba. Al menos allí, pensaba, caben fundadas esperanzas de conquistar el aeródromo. Que Student dispusiese de una reserva era, al fin y al cabo, una suerte dentro de la desgracia. Tal reserva, estaba integrada por las tropas con destino a Creta que no pudieron embarcar al producirse la confusión en el despegue de la segunda oleada.



Aunque el agua escasee... merece la pena un trago de la cantimplora.

A medida que iba pasando el tiempo crecía la confianza de Student en poder contar con un informe completo y dar un nuevo impulso a la operación. Para ello ordenó al capitán Kleye que al amanecer tomase un *Ju 52* y aterrizara al oeste del aeródromo de Máleme. Poco después, seis *Ju* tomaban tierra en el lugar indicado, provistos de material de repuesto. Al mismo tiempo, poco más o menos, los restos del Regimiento de choque emprendían los primeros asaltos de tanteo contra la cota 107, con la impresión de que durante la noche anterior el enemigo habría fortalecido su posición y tendría lugar una lucha tan encarnizada como la víspera. Aquello duró poco tiempo, hasta que la vanguardia llegó a la posición con el aliento contenido y comprobó que la cota había sido desalojada.
Entonces comenzó el gran impulso del ataque alemán, después de que saltaran a tierra, hacia las 9, al oeste del aeródromo, dos compañías de cazadores paracaidistas sin que el enemigo las molestara lo más mínimo. Hasta primeras horas de la tarde se desarrolló una operación de limpieza del aeródromo y alrededores sin grandes problemas.
Pero todavía continuaban sometidos los alemanes al fuego de la artillería enemiga, aunque esto no era para Student ningún motivo de alarma que impidiese el envío del resto de sus efectivos: los primeros batallones de cazadores de montaña.
La decisión definitiva se adoptaría la noche siguiente. El general Freyberg había empezado a ver claro, entretanto, que sólo un contraataque decidido y la recuperación del aeródromo de Máleme evitaría que los alemanes acumulasen más y más refuerzos en la isla.
Freyberg decidió planear su contraataque como operación nocturna, puesto que el predominio absoluto de la *Luftwaffe* imposibilitaba cualquier movimiento de tropas de gran alcance que se desarrollase durante el día. El comandante de la isla contaba siempre con un gran desembarco alemán por mar, para el cual él quería reservar una parte de sus fuerzas. Por ello planeó el contraataque tan sólo con dos batallones que seguirían un largo camino por el trazado de la carretera de La Canea a Máleme.
Este camino discurría por unos parajes en los que se habían atrincherado en erizo los supervivientes del Regimiento 3 de cazadores paracaidistas (coronel Heidrich), formando pequeños grupos; con todo, y gracias a que disponían de una comunicación parcial por radio, captaron la situación con notable exactitud e impidieron el avance de los batallones enemigos, de modo que éstos se hallaban aún lejos del objetivo cuando amaneció el nuevo día. Esto otorgó a la *Luftwaffe* la posibilidad de combatir en apoyo de las aún débiles unidades de paracaidistas y cazadores de montaña en la zona de Máleme, que así pudieron rechazar el ataque enemigo. Gracias al masivo apoyo aéreo, los neozelandeses apostados al este del aeródromo tuvieron que replegarse y, al final, enmudeció su artillería.
La suerte estaba echada, a pesar de que aún se librarían ataques sangrientos y muy duros. La División 5 de montaña, que se incorporaba como refresco, apenas tuvo tiempo de volar a la isla, y poco más. Junto con los restos del Regimiento de cazadores paracaidistas, cuyo mando había asumido el coronel Ramcke, en sustitución del general Meindl, gravemente herido, se encontraban ya en el espacio de Máleme, a disposición del general Ringel, los cazadores de montaña, en número más que suficiente para barrer la isla desde el oeste.
Con ello no cambió el triste destino de las llamadas escuadras ligeras de transporte naval, soldados del cuerpo de montaña que se encontraban camino de Creta a bordo de frágiles embarcaciones de vela y motor. Su intervención iba a producirse con gran retraso sobre lo previsto y su presencia fue percibida, en la noche del 22 de mayo, por cruceros británicos que dispararon inmediatamente contra esas embarcaciones. La segunda escuadra, transportada en vapores, tuvo el mismo final, porque el comandante de la lancha torpedera italiana *Sagitario,* envuelto en los vapores del alcohol, no supo cumplir con su cometido. El *Sagitario* era el único buque de guerra que había de proteger a las tropas alemanas durante la navegación.

Una jugada de ajedrez

La destrucción de las escuadras ligeras de transporte fue el único éxito reseñable logrado por la Flota británica del Mediterráneo en su lucha por Creta. Aquí quedó de manifiesto que resultaba posible poner en jaque desde el aire poderosas unidades navales: la Flota británica del Mediterráneo perdió, en diez días escasos de batalla en torno a Creta, tres cruceros y cinco destructores; dos buques de línea, dos cruceros y cuatro destructores quedaron prácticamente inutilizados hasta el final de la guerra. Con todo, la diezmada Flota británica logró llevar a cabo la evacuación de las unidades inglesas, neozelandesas y australianas de los puertos del sur de Creta, insuficientemente protegidos.
El éxito de los alemanes fue al final esplendoroso: «Misión cumplida; Creta ha quedado libre de enemigos», comunicaría al caer la noche del 1 de junio el general Löhr, jefe de las operaciones conjuntas, en un telegrama al mariscal del Reich. Mientras, el general Student, que desde luego se encontraba más cerca de la realidad, bufaba: «Durante la operación de Creta se han cometido graves errores de mando».
Mirando hacia atrás con imparcialidad, ambas opiniones son bastante acertadas: se logró, en efecto, una victoria caótica, sumamente precipitada, y sólo atribuible a la pura preparación y capacidad de ataque de las tropas paracaidistas, que resolvieron situaciones casi insolubles.
Una victoria sorprendente conseguida a costa de un elevado tributo de sangre: el balance final fue de 4000 muertos y otros tantos heridos graves o desaparecidos. Las tropas paracaidistas perdieron en estas operaciones más de la mitad de sus oficiales y soldados. Y lo más triste es que esa victoria carecía de sentido. La isla de Creta, tan importante por su posición estratégica y que costó tanta sangre, jamás se utilizaría. □



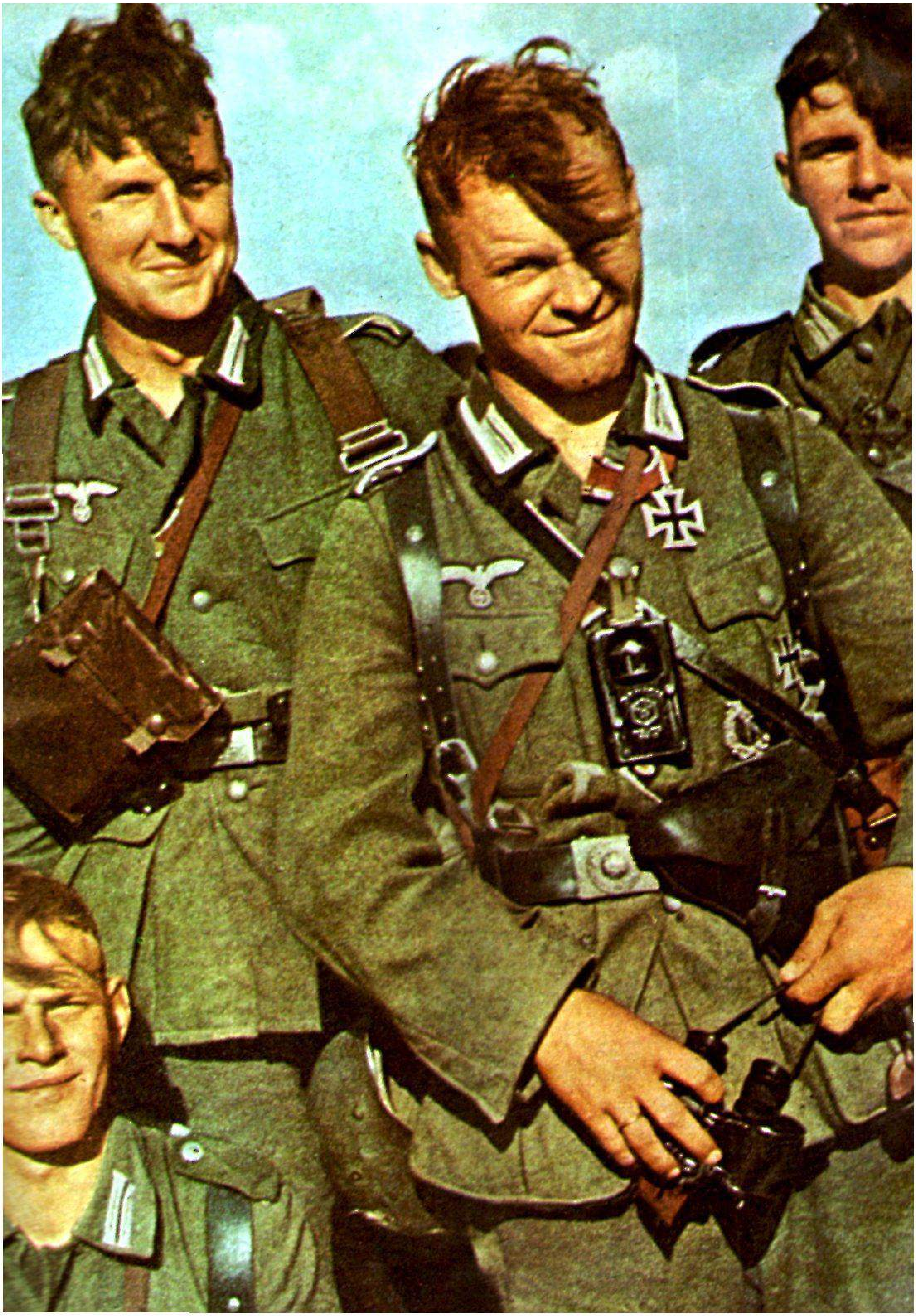
¿Qué era entonces el valor?

Miedo, cobardía, valor, coraje, heroicidad, son conceptos que se sustraen a una valoración racional. Referidos al comportamiento de los soldados alemanes durante la segunda Guerra Mundial, caen en la penumbra de la paradoja ideológica. ¿Quién fue realmente el héroe: el condecorado con la Cruz de Caballero o el adversario del régimen? El psicólogo A. Stöhr ensaya aquí una interpretación del fenómeno desde su perspectiva profesional.

Un representante de la generación de posguerra plantea la siguiente pregunta: ¿Cuántos de nuestros «valientes soldados» eran realmente valerosos? Y luego el interrogante se completa con una apreciación: «No logro imaginarme cómo se puede saltar y atacar a la vista de una ametralladora enemiga.»
Es cierto que carece de sentido establecer comparaciones entre el comportamiento de uno que no ha participado o que no participa en una guerra y el de un soldado en el campo de batalla, hasta el punto de que aquél difícilmente puede comprender las reacciones de éste. Con todo cabe tratar de explicar el fenómeno desde la psicología.
No hay duda de que en el fondo del instinto de conservación del hombre anida la tendencia a evitar el peligro; en lenguaje de guerra, una tendencia a la cobardía. Pero también es indiscutible que muchos soldados se comportan en la batalla con gran valor o con una gran presencia de ánimo. Por supuesto debe haber un motivo para reaccionar por encima del instinto de conservación.

Izquierda: «Disponibilidad», escultura de Arno Breker. La mano empuña la espada mientras el guerrero, de facciones atléticas, dirige a lo lejos su mirada intrépida.
Derecha: un condecorado con la Cruz de Hierro, entre sus camaradas.

Su comportamiento tiene desde luego todo un conjunto de motivaciones que deben separarse para entender la reacción individual de los implicados. Cada una de estas motivaciones se halla estrechamente vinculada con la particular estructura de la personalidad individual y con la situación colectiva, con lo que se nos ofrece una amplia gama de posibilidades causales que pueden proceder a su vez de múltiples fuentes distintas. Normalmente éstas reciben definiciones recurriendo a conceptos tomados de la terminología de la ciencia psicológica, como actitud receptiva, necesidad de valoración, dinámica de grupos, psicología de masas, instinto de conservación, comportamiento colectivo, agresión, sensibilidad, pobreza de sentimientos, miedo, tendencia al suicidio, instinto de conservación, pero que también tienen que ver con el sentimiento del deber y la disciplina.
El intento de seguir las huellas del fenómeno del valor o del coraje partiendo de estas categorías tiene una ventaja. El tratamiento psicológico de esta problemática excluye una valoración ética o ideológica de los motivos concretos.
Los soldados de las unidades de combate en los inicios de la guerra eran muchachos entre 18 y 22 años. Quien haya observado atentamente el proceso de reactivación acelerada ocurrido en



las últimas décadas entre la juventud, y tenga en cuenta que la educación de entonces poseía un carácter conservador, puede concluir que los soldados de 1939/1940 eran, en su mayor parte, muchachos que no habían alcanzado aún un desarrollo adecuado de su personalidad. Aquí reside una clave para comprender el «comportamiento heroico» de la época.

En todos los tiempos y en todos los ambientes culturales, los jóvenes han luchado por su prestigio en el círculo en que se movían, y para ello han buscado situaciones de riesgo en las que hacerse valer. La hábil propaganda de la época entendió muy pronto el alcance de esta inclinación natural y decidió fijarle unos límites. En la guerra se producían gran número de situaciones en las que destacar y «en el campo de batalla, es donde el hombre tiene más valor», según decía la propaganda.

Desarrollo de la personalidad y propaganda

Lo que entonces aparecía como valiente y voluntarioso, no era otra cosa que un intento forzado de superar los propios límites. Nadie calificaría hoy de valientes a los muchachos que circulan a toda velocidad, temerariamente, en sus autos y motos. Entonces se distinguía a la juventud que, psicológicamente hablando, era muy adecuada para una actitud concreta. En auxilio de este manejo se invocó un segundo mecanismo psicológico. El «joven valiente» correspondía a aquel que con su conducta, no atolondrada ni frívola, se amoldaba a lo que se esperaba de él. Mediante la aplicación de dos factores, la formación patriótica y la formación militar, el joven soldado estaba en condiciones de cumplir su misión, aun antes de la guerra. La educación general de la juventud durante el Tercer Reich estaba profundamente marcada por la imagen del soldado como prototipo que imitar. Valor, capacidad de sacrificio y resistencia eran virtudes exigibles a quienes deberían identificarse con el simbólico «héroe de Langemarck». Yo mismo he vivido la campaña de Polonia y en ella he observado cómo una compañía de fusileros atacó la fortaleza de Brest-Litovsk entonando el himno alemán. Una actitud tan apasionada como carente de sentido militar. Este episodio demuestra, sin embargo, hasta qué punto se actuó con eficacia para grabar profundamente en la juventud la impronta de la «valentía».

La exigencia expresada en la consigna «Tú no eres nada; tu pueblo lo es todo» parecía haber logrado su efecto. Al acondicionamiento mediante la educación pertenecía también el crear reflejos en el ejercicio de lo militar. La «ametralladora enemiga» y la reacción que había de suscitar en el joven alemán, vivida cientos de veces en la instrucción militar, exigía que, luego, en la realidad del combate, el soldado renunciase a una decisión consciente. Había que realizar lo que se había practicado cientos de veces, sin más: ¡Cúbreme! ¡Fuego! ¡Yo salto! ¡Salta, adelante, adelante! Por encima de todo hay que cumplir las órdenes. Los mecanismos de inhibición naturales eran eliminados con tal automatización. No es casual que en informes de la parte enemiga se describiese el comportamiento de los soldados alemanes como un «comportamiento de autómatas».

Los ritos del oficio de la guerra son tan antiguos como la figura del soldado. Lo que ha funcionado desde hace siglos, actuó también en la segunda Guerra Mundial y actúa aún hoy, porque la naturaleza humana no se ha alterado. A ella pertenece la inclinación a lo valioso, a lo imponente, que yo quiero entender como categorías psicológicas muy poco importantes. El brillo de los uniformes, los galones de una unidad selecta, las condecoraciones, son su expresión visible.

Apenas se ha hecho hincapié en el influjo, casi fatal, que ejerce la condecoración militar, y esta omisión resulta asombrosa. Una condecoración militar, cuanto más elevada sea, más valentía significa que se puede exigir de su portador. Quien ha sido distinguido con la Cruz de Caballero no puede permitirse eludir por las buenas una situación de lucha.

Las motivaciones del valor influidas por la colectividad tuvieron un carácter muy distinto en cada una de las fases de la guerra y precipitaron, lógicamente, en diferentes muestras de comportamiento.

La guerra moldeó a sus hijos

Una parte de los motivos manejados hasta determinado momento pasó a segundo plano o desapareció totalmente en el transcurso de la guerra. Su lugar fue ocupado por otros nuevos. La enorme borrachera de la victoria, con el sentimiento de pertenecer a una «nación de héroes», fue esfumándose, mientras que los horrores de la guerra quedaron registrados más conscientemente. La guerra moldeó a sus hijos y les otorgó el puesto adecuado.

Los camaradas sabían que «se podían fiar de éste o de aquél»; cada uno conocía bien dónde se encontraban las propias limitaciones. Todos los soldados se daban perfecta cuenta del tipo de «bravo» al que había que imitar. Había hombres que tenían su fama, fama que por otra parte cuidaban, como «destripadores» de carros o de *bunkers*, como jefes de comando o de patrulla. Estos «tipo modelo» se presentaban voluntariamente o eran seleccionados cuando la situación se volvía comprometida. Su nombre trascendía de unidad en unidad, más allá de la propia. Cuando aparecían en escena, renacía el valor a su entorno. Su autoridad radicaba en su valor aventurero que les llevaba a buscar precisamente el peligro. Ningún oficial de su unidad podía permitirse andarles con triquiñuelas. Eran ellos, los héroes, los verdaderos especialistas de la guerra, orgullosos de su «saber artesano».

En los últimos años de la guerra surgió el tipo del llamado «cerdo de primera línea». Muchas veces era un rebelde insubordinado, poco cuidadoso en su apariencia exterior o de conducta antirreglamentaria, que terminaba ante un tribunal militar por su indisciplina.

Falta de fantasía

Quién tenía madera para el papel de luchador era algo que no se podía vaticinar con absoluta seguridad. En la escala cabían desde el tipo sensible, que había logrado superar su miedo, hasta el psicópata sin sensibilidad alguna al que el temor era extraño por falta de fantasía precisamente; del fanático seguidor de Hitler hasta el desesperado para el que todo era igual. Yo mismo me he encontrado con un sargento que había sido soldado irrelevante hasta que vio morir a su novia, alcanzada por una bomba. A partir de ese momento se convirtió en un héroe. Las medallas que ganó al destruir siete carros de combate en una intervención personal muy directa –operación que le costó el brazo derecho– y la Cruz con cordón de Caballero hablaban suficientemente de su «heroicidad». Se había convertido en héroe porque la propia vida había dejado de tener sentido para él.

Cada soldado se planteaba el problema del «cobarde-voluntarioso-valiente», sobre todo aquellos que no lograban destacar sobre la masa de sus camaradas. Si uno era valeroso, valiente, capaz de enfrentarse a la muerte, o cobarde no puede averiguarse en realidad más que investigando los motivos, no observando el tenor de las accio-

«Yo o tú. He aquí un gran logro del cámara. La fotografía fue obtenida desde un puesto de protección situado ante el granadero.» Este comentario acompañaba a la imagen que reproducimos, publicada en «Die Wehrmacht» el 24-IX-1941. La prensa, la radio y el cine se esforzaban en recoger en todos los frentes aquello que, a través de la palabra, la imagen y el sonido, pudiese reflejar mejor las grandes virtudes de la guerra: heroicidad, fidelidad, disposición para el sacrificio, audacia y valor.


Die Wehrmacht
HERAUSGEGEBEN VOM OBERKOMMANDO DER WEHRMACHT
5. Jahrgang · Nummer 20 · Berlin, den 24. September 1941
ICH – ODER DU!
Eine Höchstleistung der Bildberichterstattung
Die Aufnahme wurde von einem Deckungsloch
vor dem Handgranatenwerfer aus gemacht

nes. Disparar no es necesariamente un signo de valentía. Las unidades con un gran valor combativo tenían a gala consumir menos munición que aquellas otras consideradas como no tan valientes. Correr con la compañía de choque significaba a veces contar con más posibilidades de supervivencia, y tener que poner en juego menos valor, que quedarse rezagado. Mientras que avanzar era signo de valor, el permanecer alejado de la tropa era indicio de cobardía. Goebbels afirmaba: «Quien teme a la muerte con honor, acabará muriendo en la vergüenza.» La frase es la expresión cínica de una situación que desde luego no es aplicable a los objetores de conciencia o por motivos políticos. Estos hombres necesitan precisamente un valor sobrehumano para seguir su camino contra todas las leyes del comportamiento colectivo. A la vista del patíbulo han dado verdaderas pruebas de serenidad. ¿Cobarde? ¿Valiente? Cuán próximos se hallan estos extremos puede verse a través del relato de un oficial de Infantería: «Regresaba yo del campo en que combatía mi batallón a mi puesto de mando, justo en el momento en que tenía lugar un ataque ruso. De pronto mis hombres se me acercaron huyendo en completa desbandada. En ese preciso instante tomé un bastón de nudos como los que solíamos llevar en la campaña de Vóljov y les hice regresar a sus posiciones a palo limpio. Así logramos resistir el ataque. Poco después fuimos condecorados, yo y algunos de mis hombres.»

«Hubiera preferido huir»

¿Quién fue en este caso el valiente? El oficial aduce más detalles: «Hubiera preferido huir con mis hombres. Pero como oficial no me estaba permitido. Por una parte, porque temía las consecuencias y, por otra, porque tenía miedo de ser cobarde. Después he sometido a reflexión mi comportamiento y me convencí de que actué así porque era lo más razonable. Teníamos más posibilidades de sobrevivir si nos manteníamos en nuestras posiciones y no huíamos. Lógicamente, había empujado a mis soldados a golpes de bastón por miedo a las consecuencias.»
¿Hasta qué punto eran realmente valerosos los soldados que luego fueron distinguidos con condecoraciones? ¿Eran valientes porque temían más la fusta de sus jefes que a la misma muerte?
Entre los hechos incomprensibles para el hombre joven de hoy se encuentra la «resistencia heroica» de los soldados alemanes en la fase final de la guerra. La contienda estaba prácticamente perdida, la patria se hallaba en ruinas. «¿Por qué no disteis aquello por liquidado? ¿Por qué no preferisteis ir, sin más, a los campos de concentración?», se pregunta todavía hoy.
El cautiverio no era una alternativa, sobre todo en el frente oriental. De los 107.800 alemanes que cayeron prisioneros en Stalingrado, sólo regresaron 6.000, según informaciones rusas. El índice de muertes en los primeros años de cautiverio durante la campaña de Rusia se elevó al 80%. Y no solamente en Rusia: también en otros países fueron fusilados soldados alemanes que se entregaron. La cautividad era mucho más arriesgada que el intento de sobrevivir en la línea de combate.

Despierta el instinto de conservación

Seguramente los ejemplos de verdadero valor fueron más abundantes en las retiradas que en las grandes victorias. Eran, desde luego, menos espectaculares, menos apropiados para la propaganda y rara vez se vieron recompensados con distinciones al valor. Cubrir un repliegue con dos hombres, limpiando de enemigos una carretera, era algo que requería grandes riesgos. Exigía una clara renuncia al instinto de conservación, en aras del bien común. La decisión que implica la frase: «Tengo que hacerlo o todos estarán perdidos» lleva en sí la impronta del sacrificio.
El comportamiento bélico adecuado a situaciones desesperadas remite justamente a tal actitud. Las unidades intactas, en las que permaneció asegurado este resorte, experimentaron menos bajas que las compañías abigarradas que se destinaban al avance. A medida que la guerra se aproximaba a los límites del Reich iba despertando progresivamente el instinto de conservación, al sentir amenazado el hogar y la patria. Sin pretender negar valores positivos, ha de decirse que en esta fase se incorporaron componentes muy distintos: la amenaza de un tribunal militar, la insensibilización por agotamiento y la crueldad de la guerra. Así se desarrolló la psicología de los «montones perdidos».
El intento de someter a examen psicológico el valor y el arrojo del soldado no tiene como fin desvalorizar una virtud como la valentía, que ya Platón consideraba cardinal. Sólo se pretende con ello situarla en su justo medio. Salta a la vista que, para la masa, el valor en tiempos de paz, el coraje civil, el estímulo del convencimiento, es menos atrayente que la cualidad paralela en épocas de guerra.

La Cruz alemana de oro

Texto original de 1944



Como premio a las acciones que se relatan, el sargento Z. ha sido distinguido con la Cruz Alemana de oro:
El sargento Z., que ya había merecido la Cruz de Hierro de 2.ª Clase en la campaña de Polonia, y había logrado en la de Francia la de 1.ª Clase, efectuó un ataque con sólo dos granaderos, el 27 de septiembre de 1942, contra un nutrido grupo de soviéticos. Merced a su heroico empeño, en el que demostró un gran desprecio por la propia vida, logró vencer a sus enemigos.
El 14 de febrero de 1943, los soviéticos consiguieron penetrar en una formación alemana. El sargento Z. ordenó disponer en erizo a sus granaderos, en la parte occidental de R., y pudo así levantar el asedio del enemigo. Cuando ya no quedaba munición, el sargento Z. y sus granaderos echaron mano de las palas de zapadores. Gracias a ello el mando de la unidad logró romper el cerco luchando cuerpo a cuerpo en un contraataque de la compañía.
El 7 de mayo de 1943 atacaron los soviéticos con asistencia de carros de combate. Tres «T 34» consiguieron acceder a las posiciones de la unidad.
Mientras los granaderos, de ésta batían a la infantería enemiga, el sargento Z. lograba, junto con el cabo primero F., aniquilar dos carros mediante la aplicación directa de medios adecuados. El 7 de julio de 1943, el sargento Z. realizó con sus hombres una misión de avanzada y pudo aniquilar, sin pérdidas humanas, dos posiciones soviéticas, arrollar una trinchera y hacer 13 prisioneros.
El 19 de noviembre de 1943, Z. resultó herido en un contraataque. A pesar de ello consiguió llevar adelante la acción encomendada y regresó a la posición de su unidad, una vez concluida con éxito su misión, trayendo 5 prisioneros.

Tomado de «Der Lohn der Tat», Hamburgo 1944. La Cruz alemana de oro se otorgaba, según su decreto de creación, para recompensar «hechos heroicos repetidos en grado eminente o la eficacia del mando probada en múltiples ocasiones».

CRONICA

POLITICA · **CUESTIONES MILITARES** · **CULTURA Y TECNICA**

1941

POLITICA

2. 9.: Consultas en Moscú sobre asistencia aliada a la Unión Soviética. En la conferencia toman parte el norteamericano Hopkins y el inglés lord Beaverbrook.

5. 9.: Según una orden publicada en el boletín oficial del Reich, los judíos que hayan cumplido los seis años de edad deberán aparecer siempre en público exhibiendo la estrella de David.



Niños judíos con la estrella de David.

8. - 10. 9.: El administrador de Hungría von Horthy visita a Hitler en la «Wolfsschanze» (guarida del lobo), cuartel general del «Führer» en Prusia Oriental. El representante presiona a Hitler para que retire del frente al «Cuerpo rápido» húngaro y lo envíe a la patria.

21. 9.: Se crea en Luxemburgo el partido nacionalsocialista.

27. 9.: El «Obergruppenführer» de las SS, Reinhard Heydrich, encargado por Hitler de representar los intereses del Reich en Bohemia y Moravia. En el primer día tras su toma de posesión se llevaron a cabo 24 ejecuciones. El 30. 9., otras 188.

3. 10.: Con motivo de la inauguración de la campaña de ayuda social de invierno, Hitler habla en una «manifestación popular» organizada por Goebbels en el Palacio de los Deportes de Berlín. En su discurso declaró: «Este enemigo (la Unión Soviética) ha sido ya destrozado y jamás volverá a levantar cabeza».

9. 10.: Declaración del jefe de Prensa del Reich, doctor Dietrich: «La decisión militar en el Este se ha producido ya». Según él «Rusia ha sido liquidada».

16. 10.: El Gobierno soviético y el cuerpo diplomático abandonan Moscú. Ambos se trasladan a Kuibishev, a orillas del Volga.

18. 10.: Tras la dimisión del Gobierno Konoye, en Tokio, forma un nuevo Gabinete el hasta entonces ministro de la Guerra, general Tojo. El emperador le concede carta blanca para una revisión de la política japonesa.

21. 10.: Como represalia por el asesinato de un oficial alemán en Nantes, son fusilados 50 rehenes franceses. En los meses siguientes se recrudecerán estas medidas represivas.

23. 10.: Se inicia una conferencia de diez días entre el Gobierno japonés y el Mando supremo del Ejército y de la Marina para establecer las bases de la política futura.

CUESTIONES MILITARES

5. 9.: Tropas alemanas ocupan Estonia.

6. 9.: En la Directiva 35, Hitler establece que el Grupo de Ejércitos Centro se prepare para un ataque contra Moscú «lo antes posible (a fines de septiembre)».

12./13. 9.: 111 aviones británicos arrojan 135 t de bombas sobre Francfort del Meno. De suelo inglés habían partido 116 aparatos.

15. 9.: La producción de cohetes, de Peenemünde, se considera «objetivo especial de urgente desarrollo».

15./16. 9.: El Bomber Command de la RAF ataca Hamburgo, Bremen, Cuxhaven y Wilhelmshaven.

19. 9.: El Ejército 6 alemán conquista Kiev.

2. 10.: Comienza la gran ofensiva contra Moscú (Operación «Tifón»). El Grupo de Ejércitos Centro y otras unidades avanzan desde el norte de Smolensk hacia Orel.

2. - 20. 10.: Doble batalla en Viasma y Briansk. Los alemanes hacen 673.000 prisioneros. 1242 carros de combate y 5412 cañones caen en su poder como botín o quedan destruidos.

5. - 10. 10.: «Batalla del mar de Azov», cerca de Chernigov.

7. 10.: Orden del Mando supremo del Ejército para que prosiga el avance hacia Moscú del Grupo de Ejércitos Centro. La decisión queda sin efecto como consecuencia de la estación lluviosa y las primeras nieves.

7. 10.: Hitler prohíbe que se acepte una capitulación de Moscú. El 14. 10. el Mando supremo del Ejército ordena un cerco riguroso de esta capital.

8. 10.: Bajas del Ejército alemán en el Este: 564.727 muertos (16,61 % de 3,4 millones), desde el 22. 6. 1941.

16. 10.: El Ejército 4 rumano ocupa Odesa, abandonada vía marítima por las tropas soviéticas. La ocupación se realiza con asistencia de unidades especiales alemanas.

19. 10.: Stalin proclama el estado de emergencia en Moscú.

20. 10.: La Marina japonesa inicia los preparativos para un ataque sorpresa contra Pearl Harbor con vistas a la posibilidad de un fracaso en las negociaciones con Estados Unidos.

21. 10.: Un «Ju 87», pilotado por el teniente Rudel, alcanza con una bomba de 1000 kg al navío soviético «Marat». El buque se hunde ante la base naval de Kronstadt, con la proa destrozada y sin cesar de disparar sus cañones. También fue alcanzado por bombas el navío «Revolución de Octubre».

24. 10.: Primer proyecto de ofensiva alemana sobre el Cáucaso. Se redacta en la sección operacional del Estado Mayor del Ejército.

26./27. 10.: 78 aviones ingleses arrojan 103 t de bombas sobre Hamburgo.

27. 10.: El Ejército 11 alemán logra cruzar el paso de Perekop.

31. 10.: 76 aviones ingleses lanzan sobre Hamburgo 93 t de bombas.

1. 9. - 31. 10.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico y en el Mediterráneo 93 mercantes aliados con un total de 391.234 t de registro bruto.

CULTURA Y TECNICA

1. 9.: Se impone en las escuelas primarias el alfabeto Sütterlin como «escritura normal alemana».

5. 9.: Estreno de la película «Komödianten», sobre la vida de Caroline Neuber, pionera del teatro alemán. La cinta estaba dirigida por G.W. Pabst y obtendría la medalla a la mejor labor de dirección en la semana de cine de Venecia, en 1941.

6. 9.: Se celebran en Munich las honras fúnebres, ordenadas por Hitler, en memoria del editor Hugo Bruckmann. El «Gauleiter» Adolf Wagner transmitirá el «último saludo y depositará una impresionante corona de flores» de parte del «Führer».

8. - 12.9.: Los alumnos vencedores en la «Schul-Altstoff-Sammlung» (actividades de recogida de huesos, textiles, papel y metales viejos), son invitados a visitar Berlín por el Comisario del Reich para la recuperación de materiales antiguos.

12. 9.: En Friburgo de Brisgovia muere el zoólogo Hans Spemann. Había obtenido el premio Nobel en 1935 como reconocimiento de sus trabajos sobre el desarrollo embrional.

5. 10.: Richard Vogt, de Hamburgo, se convierte en campeón nacional de los pesos medios al derrotar al berlinés Heinz Seidler por K.O. en el octavo asalto, en combate celebrado en el Deutschlandhalle de Berlín.

5. 10.: En presencia del rey de Suecia el equipo nacional alemán de fútbol pierde por 2-4 en encuentro celebrado en Estocolmo contra la selección escandinava.

10. 10.: Se estrena en Viena la película «Heimkehr» (Regreso a casa) sobre el destino de los alemanes de Volhinia en la segunda Guerra Mundial. La crítica la calificó como «filme de la nación», de especial valor para la juventud, por su contenido político y artístico.



Walter Neusel tras su derrota.

26. 10.: Con una victoria por puntos, después de doce asaltos, el vienés Heinz Lazek mantiene su título de campeón de Alemania de los pesos pesados, tras el combate con Walter Neusel.

26. 10.: En el complejo deportivo del Centenario, de Breslau, termina el décimo encuentro internacional de boxeo aficionado con un indeciso 8-8 entre Alemania e Italia.

HUMOR EN EL TERCER REICH

La Gestapo envía una citación al conde Bobbi y le advierte: «Nos gustaría estar enterados de lo que los aristócratas van diciendo por ahí, así que esperamos sus informes. Por supuesto puede actuar provocando, pero si consigue dar con alguien de opiniones derrotistas, debe proceder a detenerlo.»

Bobbi encuentra a su amigo y le pregunta:

–Bueno, ¿quién crees que ganará la guerra?

–Qué pregunta más tonta –responde Mucki–. Opino como tú.

–Ten cuidado –corta Bobbi–. Acabas de ganarte la cárcel.

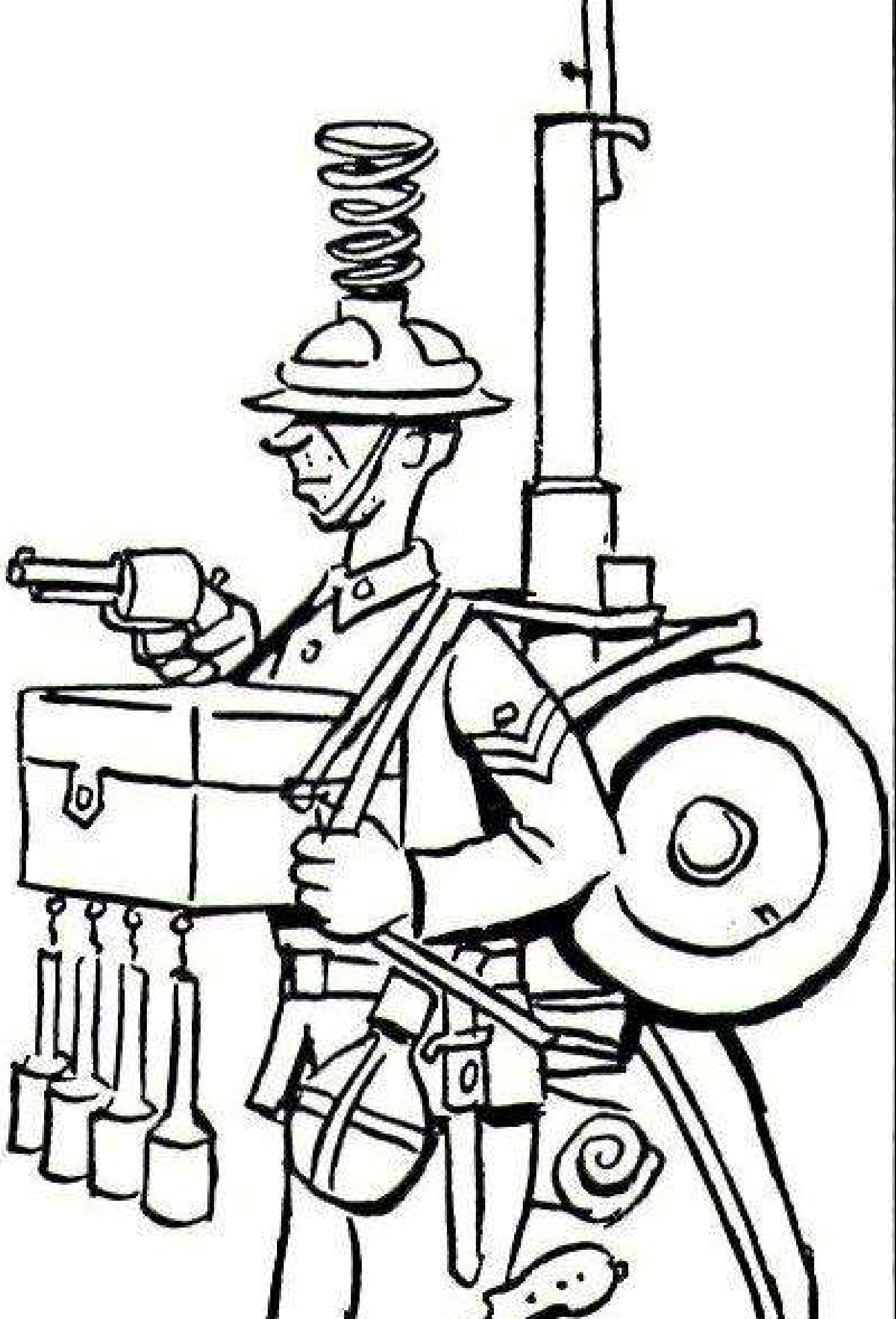


Cuando las operaciones italianas en Grecia terminaron en fracaso, el «Duce» corrió en busca de ayuda hacia su aliado del Eje: «Adolfo, ¿qué puedo hacer ahora?». La caricatura es obra del dibujante americano Reg Manning (izquierda).

Sin ocultar su satisfacción por el mal ajeno, la caricatura internacional reflejaba a principios de 1941 el fracaso de la campaña bélica de Mussolini en los Balcanes. Con el título de «Marcha sobre Albania», el «Daily Mail» londinense publicaba este dibujo en el que aparece Mussolini caracterizado como Napoleón (abajo).



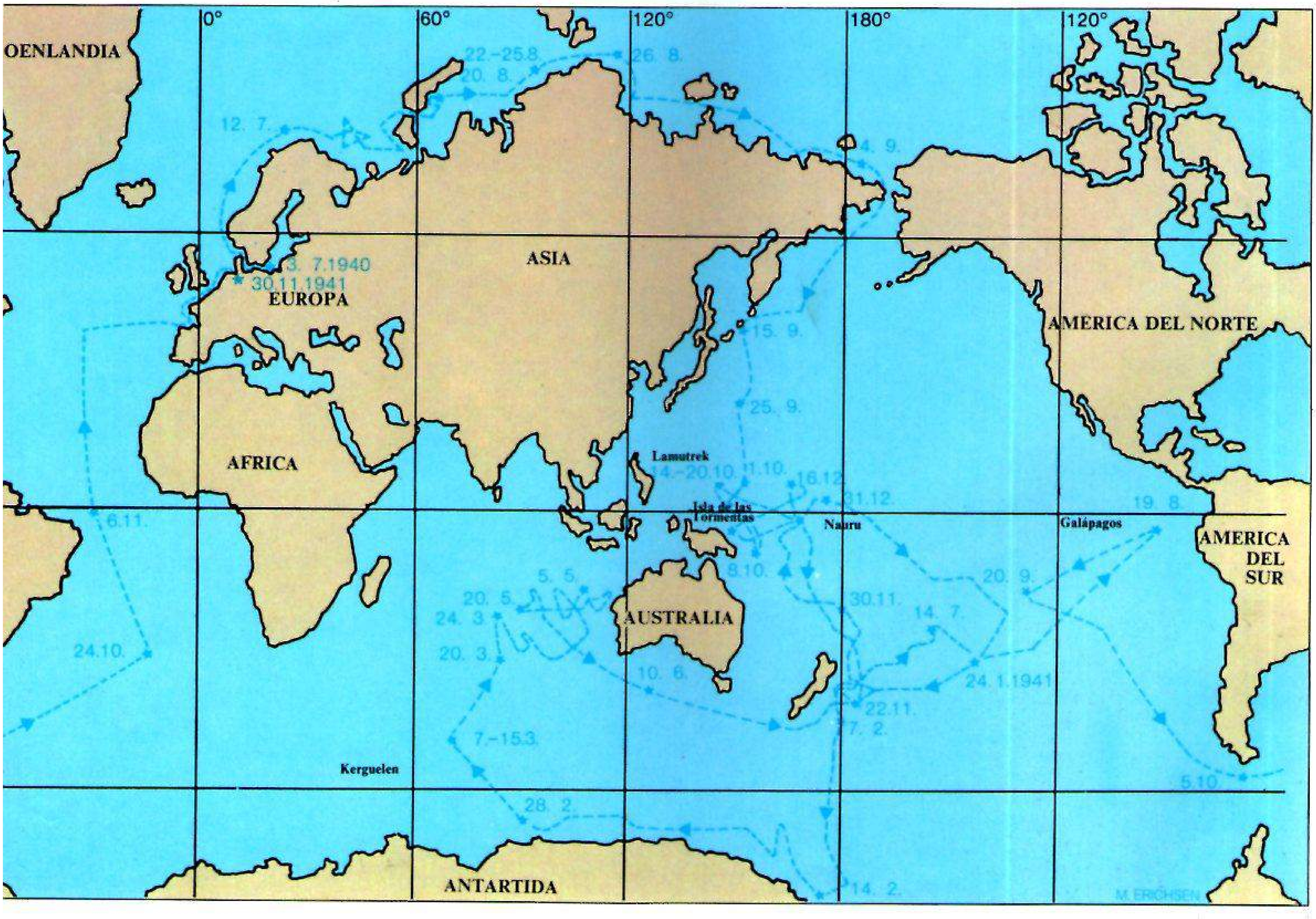
Así eran presentados los «Tommies» británicos al público alemán. La revista de las SS «Das schwarze Korps» caricaturiza al «super-soldado-paracaidista» inglés (abajo).



¡IZAD LA BANDERA!

¡FUERA EL CAMUFLAJE!

La aventura del crucero auxiliar "Komet"





En 1940 un mercante alemán navegó a lo largo de las costas de Siberia hasta llegar al Pacífico. Los buques rompehielos soviéticos se ocuparon de abrirle camino por entre las grandes masas heladas, mientras que con los témpanos pequeños se las entendía por sí solo el buque alemán; no en balde tenía reforzados el casco, la hélice y el timón. Y todavía más: camuflados en determinados lugares disponía de seis cañones de 150 mm, antiaéreos y tubos lanzatorpedos. En resumen no se trataba de un mercante normal, sino de un crucero auxiliar alemán.

Los camaradas trasladaban a bordo, procedentes del arsenal de Kiel, 108.130 proyectiles de diverso calibre y 14 torpedos. Más las provisiones, naturalmente: 292 toneladas, 1.150.000 cigarrillos, 46.000 cigarros, 100.000 litros de cerveza, 25.000 tabletas de chocolate, 5.000 botellas de vino y licores, 71 películas, 28 filmes culturales, 540 discos. Una intendencia bien surtida. Era asombroso todo lo que podía caber en aquel barco, pintado de gris oscuro, de 3827 t de registro bruto. Y por si fuera poco, debidamente camuflados en sus escotillas y baterías se encontraban seis cañones de 150 mm, dos de 37 mm, cuatro antiaéreos de 20 mm y seis tubos lanzatorpedos, cuatro de ellos de superficie y dos submarinos.

El 15 de junio de 1940 el barco quedó fondeado para una limpieza general. Al día siguiente, a las 12, el contramestre de servicio, Gierisch, anunció que se aproximaba la lancha del comandante supremo de la Marina: el gran almirante Raeder iba a honrar el buque con su visita. Formaron en cubierta 270 hombres: oficiales, suboficiales y marineros. «...Mi felicitación. ¡Un barco estupendo! ¡Preparado para grandes hechos!», alabó el almirante. Y después siguió lo de costumbre: tampoco en los mares lejanos se debía olvidar a la patria. Había que llevar en el corazón al *Führer* y al pueblo alemán. Al final, vino el triple *Heil!* Algo pasaba, pero, ¿qué? Excepto el comandante Robert Eyssen, y la plana mayor de los oficiales, nadie de a bordo sabía nada. «¡Quedan prohibidos todos los comentarios!» ordenó el capitán de corbeta Huschenbeth. Por fin se dio la orden de levar anclas. Discretamente, el buque probó máquinas en el Báltico y enfiló hacia el golfo de Danzig. Allí se montaron los cañones y se entrenó a la tripulación. En el muelle de Gdynia hubo que trabajar de lo lindo subiendo a bordo 30 minas magnéticas de 750 kg. También ascendió un huésped: el consejero Kröpsch. El galonista Blühdorn, que se encargó de llevarle la maleta hasta la cabina, decía luego deduciendo del peso: «Debe de ser nuestro hombre del tiempo.»

Pero se equivocaba. Kröpsch no era meteorólogo sino intérprete de ruso. Mientras el visitante ponía en orden sus ropas de invierno, el oficial de servicio, Eggert, dirigía los trabajos de sus hombres. El buque iba a ser repintado: la línea de flotación se pintó de rojo, el casco de negro, y la obra muerta de blanco. En la proa se inscribió el nombre «Donau».

El 3 de julio de 1940 se alzó por fin el telón. El comandante habló a los hombres formados en cubierta: «Nuestro buque es el crucero auxiliar *Komet*. Nuestra misión, la guerra contra los mercantes enemigos. Espero que todos cumplan con su deber... *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!*».

El más pequeño de los cruceros auxiliares alemanes iniciaba su azarosa singladura. Con leve brisa y bajo la lluvia, el «buque 45» –según su registro en la comandancia naval– navegaba cautelosamente por el mar Báltico. La aventura empezó en el Belt y el Kattegat, para seguir luego por aguas noruegas, a lo largo de las costas, entre montañas y fiordos, dejando a babor el verde mar. «Por el canal de Dinamarca, y al Atlántico», pensó el timonel Martens. Se equivocó. Una vez más los pintores pusieron manos a la obra. Primero fue un «URSS», siguió luego una hoz y un martillo, y se redondeó el conjunto haciendo del «Donau» el «Deinev».

«¡Izad la bandera!» El pabellón soviético se elevó a lo alto del mástil. Buen tiempo. Las gaviotas se dejan salpicar por las estelas del «Deinev». Por los altavoces de cubierta se oye cantar a los pioneros de Leningrado.

Antes de entrar en las aguas heladas del mar del Norte, el «Deinev» fue nuevamente bautizado como «Donau»; la bandera soviética cedió su puesto a la alemana. El 15 de julio, a las 11.45



Un mercante británico en llamas, a punto de hundirse –víctima del ataque de un crucero auxiliar alemán.

de la mañana, se echaron anclas en el mar de Barents. A la comunicación «Hemos llegado al punto ordenado», respondió el Mando naval con un lacónico «Esperen». La marinería se dedicó a pescar bacalao y besugo. En el cine se proyectaban «Gasparone» y «Es war eine rauschende Ballnacht». Los altavoces dejaban oír la voz de Rosita Serrano: «Roter Mohn...» y la de Marika Rökk: «Die Julischka aus Budapest...» El «buque 45» aguarda... Por fin el 13 de agosto, a las 2,30, el teniente de navío Wilkening, encargado de las comunicaciones dio a conocer la nueva orden del Mando: «Los rusos ruegan al 'Donau' que se dirija al estrecho de Matochkin» donde espera el rompehielos *Lenin*. El «Donau» levó anclas inmediatamente y emprendió viaje. A la entrada del estrecho de Matochkin subieron a bordo los prácticos Sergievski y Karelski, quienes se informaron de todos los detalles, protección contra el hielo, calado, clase de hélice, capacidad de maniobra. Ambos quedaron encantados con sus cabinas. Bajo el sol, el buque alemán comenzó a surcar las aguas verde oscuro del mar soviético. Desde algún punto en medio del hielo el *Stalin* comunicó: «Calurosa bienvenida. A continuación damos instrucciones especiales para navegar por el Matochkin. Buen viaje».

El «buque 45» echó de nuevo el ancla en la salida oriental del Matochkin. Continuaba el buen tiempo, ideal para un descenso a tierra. Los prácticos no se opusieron. En dos turnos se organizó la expedición a Siberia: fuera de la tundra no había nada que ver.

El «buque 45» siguió navegando hacia el este. Venían a su encuentro los primeros hielos. El barco los atravesó como si fueran mantequilla. Soplaba un viento helado, envuelto en chubascos de nieve. Descendían el termómetro y el barógrafo. La zona se hacía cada vez más incómoda. El viento arremolinaba la nieve formando una cortina densa y fría.

El 25 de agosto, a las 13 horas, llegaron los rompehielos *Stalin* y *Lenin*. El tiempo era claro, con sol de medianoche. Eyssen, Kröpsch y los prácticos pasaron a bordo del *Lenin*, donde fueron recibidos por el comandante Nikolaiev, y desde allí enviados al *Stalin*, donde les esperaba el comandante Belousov. Tras una conversación en la cabina y con los mapas sobre la mesa, el comandante pasó con sus invitados a la cámara de oficiales donde no faltó la buena mesa, ni los vinos excelentes, ni los brindis. Abundaron las felicitaciones por la victoria sobre Francia. «*Nasdrovie!*».

Por la cubierta del «Donau» trajinaban los hombres en traje de paisano, dando a entender que se trataba de la tripulación de un mercante bajo mando militar, porque ni siquiera los rusos debían darse cuenta de que el buque al que iban a abrir paso por entre los hielos era en realidad un navío de guerra.

Las luces de los buques permitían ver ondear las banderas rojas, unas con la hoz y el martillo, las otras con la cruz gamada. Zumbaban las máquinas. Las bombas impulsaban el desagüe en el mar de Laptev.

A las 10, el *Stalin* levó anclas y se dirigió hacia las masas de hielo. El «Donau» le siguió. Los témpanos se estrellaban contra el barco. El cielo se hizo metálico y apareció una niebla densa y terriblemente fría. El *Stalin* seguía avanzando, milla a milla, por entre el hielo. En el puente de mando del crucero auxiliar se hallaban el comandante y los pilotos. Los faros permanecían encendidos. Los vigías con botas altas de cuero, tiritaban de frío en sus puestos. Y por todas partes hielo y más hielo. Masas de hielo crujiendo al romperse, al estallar. Así hasta el 27 de agosto, en que terminaron de pasar los buques. El *Stalin* se dispuso a regresar, no sin antes desear al «Donau» un buen viaje. Las dotaciones se saludaron recíprocamente. El telegrafista Förster mandó el siguiente mensaje: «Agradecidos. Deseamos para todos

salud y éxito. Comandante Eyssen». El *Komet*, ya libre del hielo, enfiló por el Sannikov en dirección a las islas de los Osos. Allí esperaba el rompehielos *Kaganovich*. Con fuerte viento y chubascos de nieve, entre una masa de hielo cada vez más densa, el *Kaganovich* fue abriendo paso hacia la bahía de Chaun. Los reflectores no se apagaron ni de día ni de noche. Los témpanos se abrían, rompían y estallaban con un gran trueno. Así hasta el 3 de septiembre en que se superó el hielo. Los prácticos Sergievski y Karelski dieron las gracias por la generosa hospitalidad de que habían sido objeto y se trasladaron al *Kaganovich*. El rompehielos deseó un buen viaje y el comandante alemán Eyssen, correspondió agradeciendo el deseo. El «buque 45» podía seguir de allí en adelante el viaje por sí solo. Un par de situaciones difíciles más y, con las luces apagadas, el *Komet* pudo navegar al fin, el 6 de septiembre, entre 2 y 3 de la mañana, a través del estrecho de Bering. Ante el buque se hallaba el mar de Bering y, detrás, el océano Pacífico. El *Komet* era el primer barco alemán que había bordeado las costas de Siberia, invirtiendo en el recorrido 23 días. Un viaje de 3300 millas marinas, de ellas 720 de hielo.

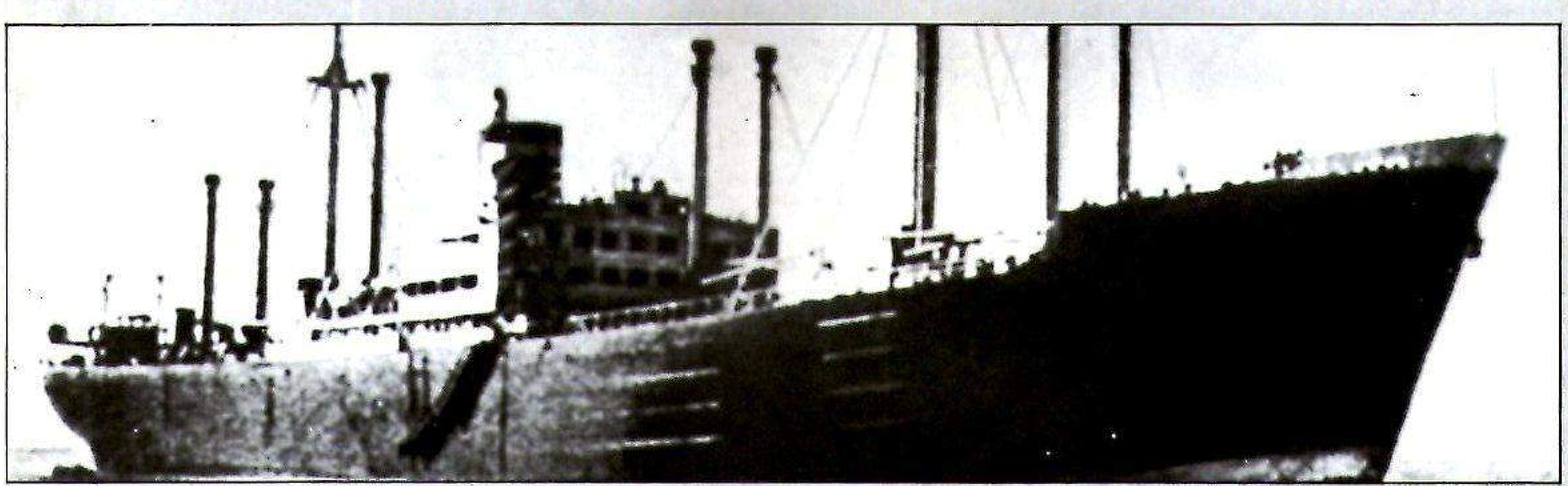
«Los británicos no lo consentirán»

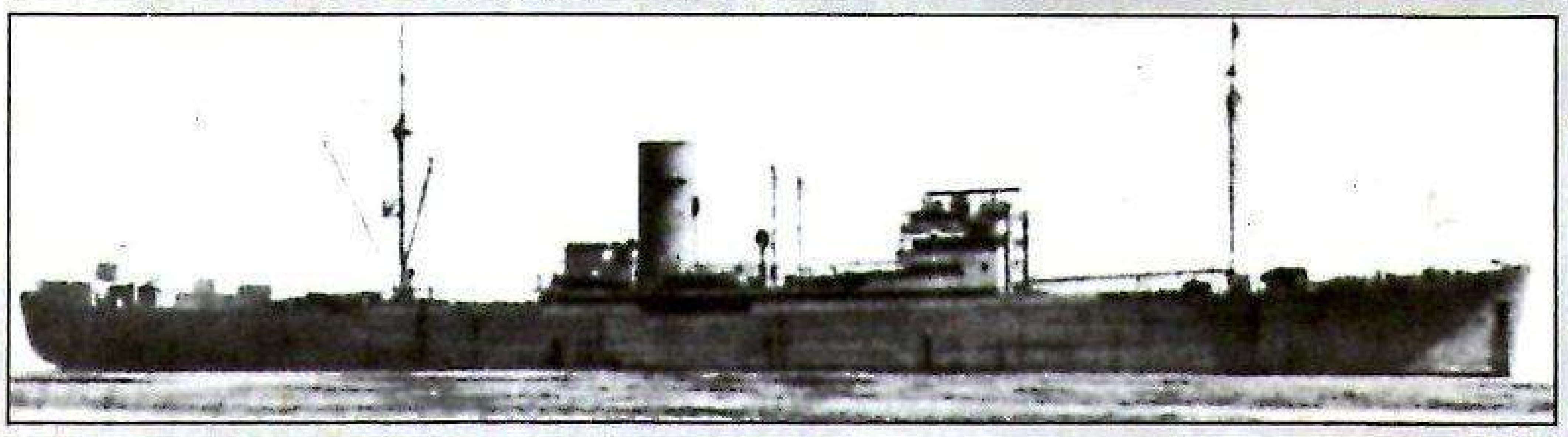
El «Donau» se guareció en el golfo de Anadir para transformarse nuevamente en «Deinev». Fue reparado el timón, que había sufrido los rigores del hielo y, con él, todo puesto en disposición de servicio: hasta los cañones. Revista del comandante. Orden del día: «Debemos barrer la ruta de los mercantes británicos. Gran Bretaña no lo consentirá durante mucho tiempo; los ingleses saldrán en nuestra busca... Este es exactamente nuestro objetivo. Cada barco que dediquen los británicos a perseguirnos supondrá un alivio para nuestros camaradas del Atlántico Norte, donde se hallan empeñados en dura lucha».

El océano Pacífico recibió al *Komet* con una gran tempestad, que levantaba olas gigantescas. El pequeño buque aguantó bien, nadando como un pato. Los hombres no ocultaban su contento: «¡Un gran barco!» El que aún no tenía piernas de marino, salió del trance con ellas.

El servicio se desarrollaba normalmente. En su cabina, el telegrafista Julius seguía las órdenes que el Almirantazgo británico transmitía a su flota. Y, de pronto, algo interesante: *«Empress of Asia* zarpando de Tokio». Una presa excelente: 16.900 toneladas. Pero con el tiempo reinante y la velocidad que podía desarrollar el *Komet*, quedaba fuera de su alcance. En vez de la presa deseada lo que consiguió el buque fue caer en medio de un tifón.

El viento se filtraba por el navío como fría arena. La guardia exterior se sujetaba con manos y pies a cuanto podía. El *Komet* salió del tifón sin un rasguño, salvo las magulladuras y arañazos sufridos por la dotación. Para celebrarlo se dio una comida extraordinaria con







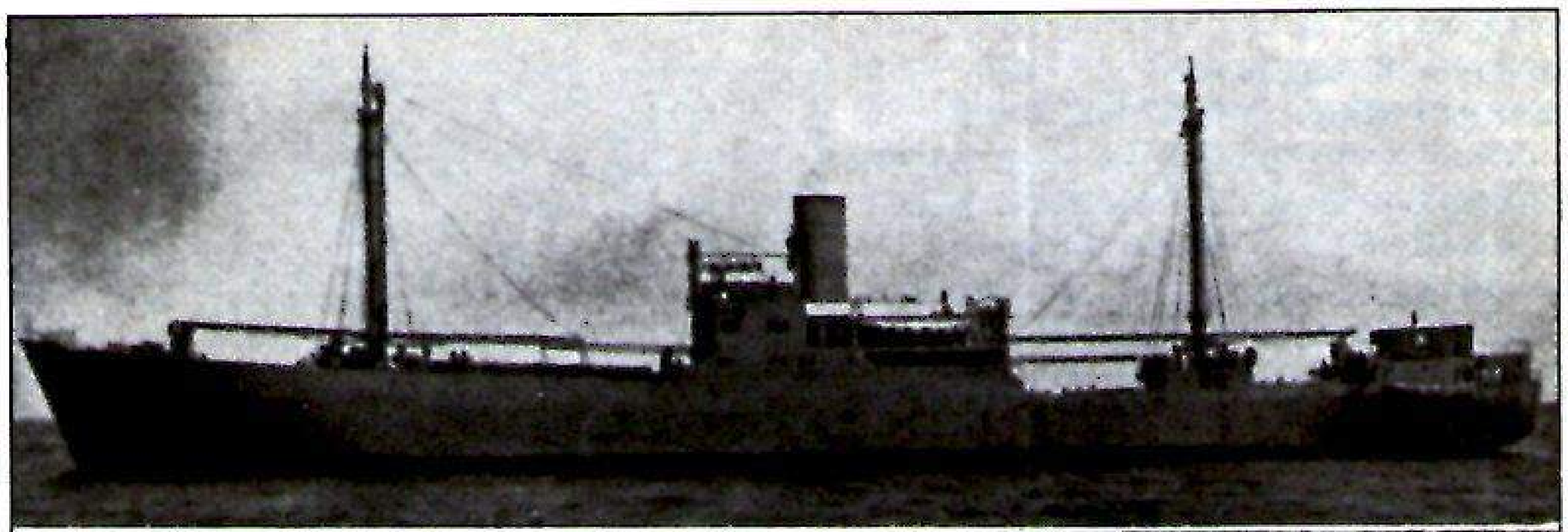
Dos cruceros auxiliares y un destino

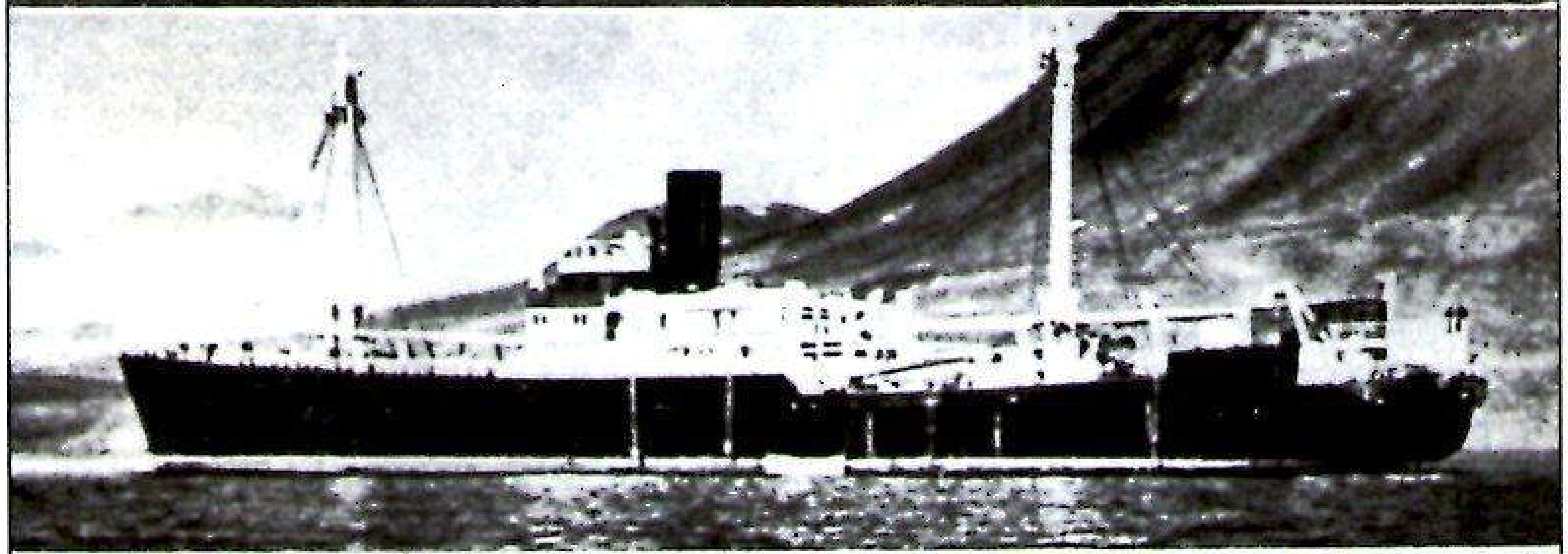
El «Kormoran» (foto superior) –«buque 41» en el registro de la Marina de guerra– fue detenido por el crucero australiano «Sydney» a la altura de la bahía de Shark. Como consecuencia se produjo un combate en el que resultó hundido con su dotación el «Sydney», alcanzado por los torpedos alemanes. El «Kormoran», con serias averías, fue abandonado por su tripulación y barrenado. El «Pinguin» o «buque 33» (fotos de la izquierda) fue alcanzado el 8 de mayo cerca de las Seychelles por el crucero británico «Cornwall». El crucero auxiliar llevaba a bordo 130 minas. Una granada del «Cornwall» dio de lleno en la santabárbara y el crucero auxiliar voló por los aires.

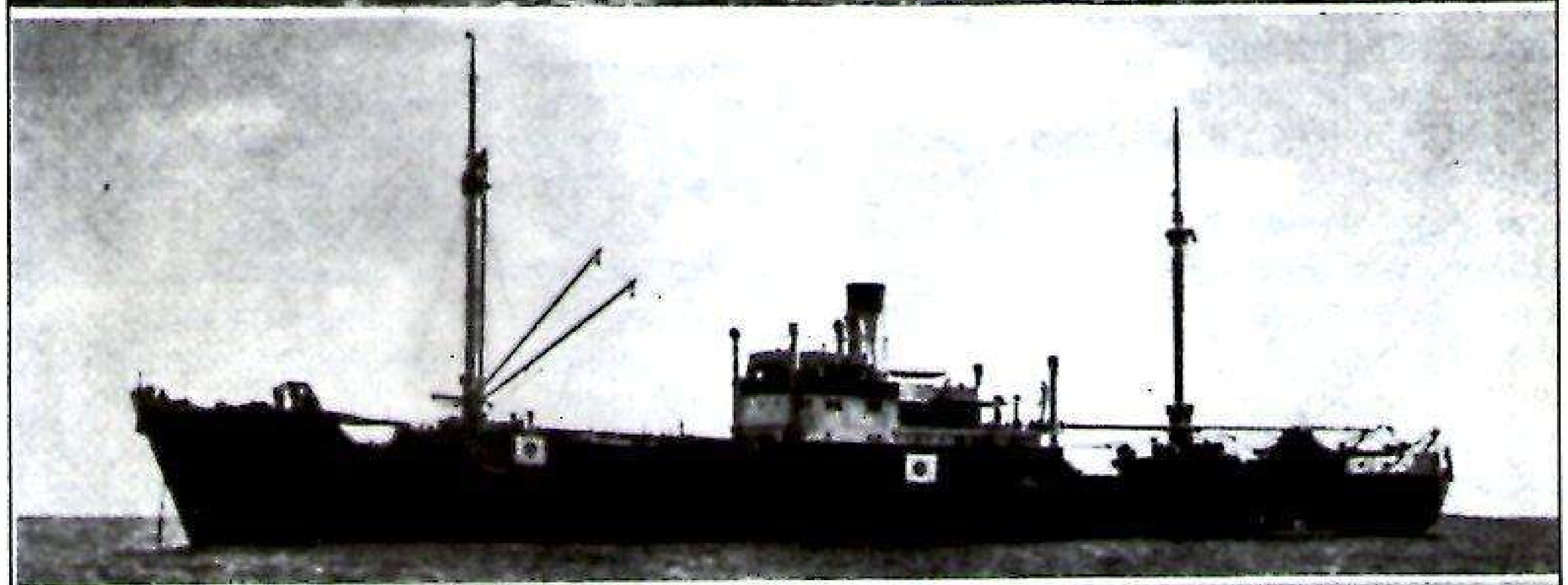
asado y todo, que tuvo lugar a caballo sobre la línea de fecha, con diferencias en el calendario: a babor era lunes, y a estribor, domingo.
Poco a poco fue mejorando el tiempo hasta llegar a los 28° C. Desaparecieron los uniformes y surgieron en cubierta las sillas extensibles, y en la popa las mesas de ping-pong. Al final había siempre una buena comida y, por las noches, incluso una cerveza fría.
A lo largo y lo ancho del mar ningún barco a la vista. Ni rastro de guerra. «Tres días de permiso al que descubra a un inglés», ofrecía el contramaestre Stange. Parecía cosa de brujas.
El *Komet* navegaba por la ruta comercial entre Japón y Canadá. Nada. Con sus auriculares, el cabo Julius escuchaba a americanos, rusos y japoneses. Sin duda el Almirantazgo británico dormía. Ni una sola noticia útil. El avión que debía encargarse de las misiones de reconocimiento se estropeó al primer vuelo. En todo caso ningún inglés a la vista. A bordo proseguía el entrenamiento: «¡Izad la bandera! ¡Fuera el camuflaje!» Disparo de advertencia y baterías listas para abrir fuego.

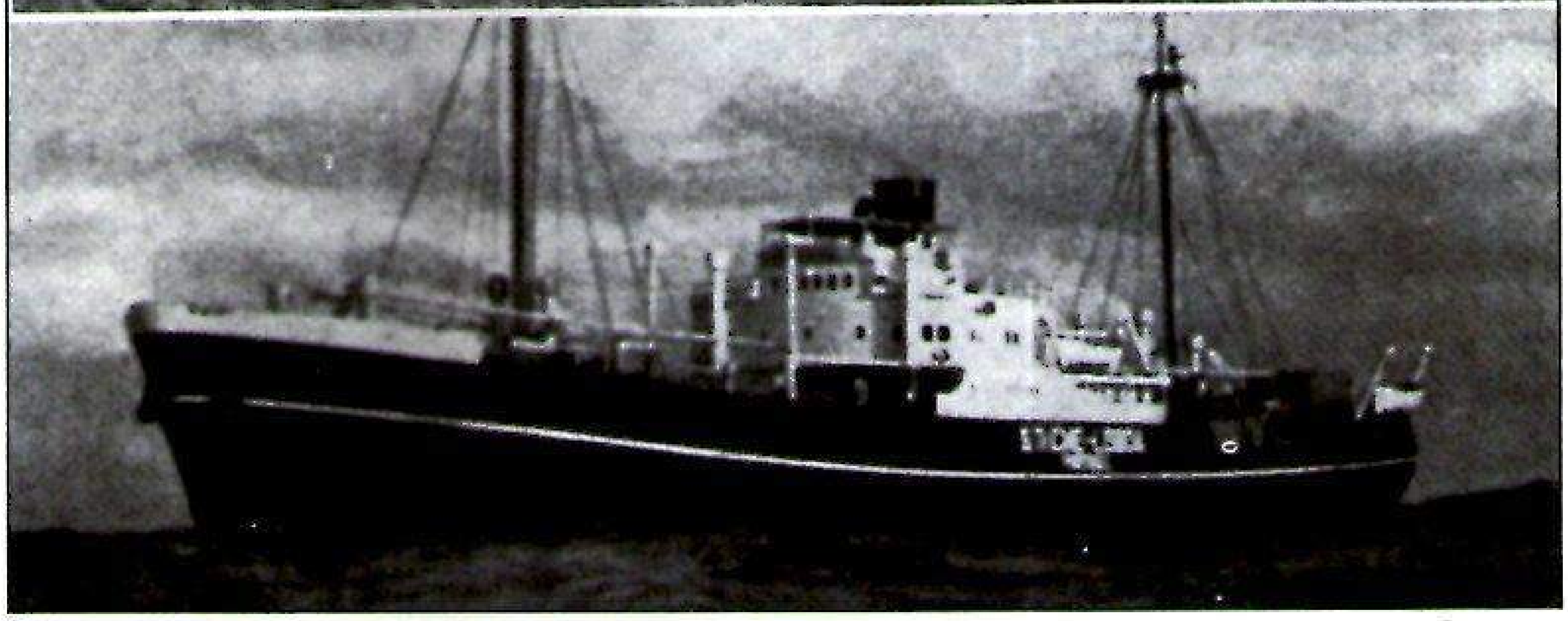
Cerveza para todos

El 6 de octubre, el Mando naval alemán telegrafió: «*Kulmerland,* 2800 toneladas de petróleo para aprovisionamiento. Lugar de encuentro: posición Lamutrek, Carolinas». También el «buque 36» –el *Orion*– fue enviado a la cita. De esta manera se realizó en aquellos parajes, el día 18 de octubre, el encuentro de los buques nodriza *Regensburg* y *Kulmerland,* con el *Komet* y el *Orion.* Se trasladó a bordo carburante, patatas, carne, tabaco, cerveza y películas. Hubo cerveza para todos. Como el *Regensburg* volvía de Yokohama, se hizo cargo del correo y del pasajero Kröpsch, cuyos conocimientos de ruso no eran ya necesarios. El teniente Egger ordenó repintar el buque. Nuevo camuflaje. En esta ocasión sería un barco japonés, el «Manyo Maru», matriculado en Tokio. Por los altavoces –obra de algún gracioso– se oía «Madame Butterfly». Los comandantes se pusieron de acuerdo para colaborar en la misma empresa. El 20 de octubre se levó anclas: el *Komet,* el *Orion* y el *Kulmerland* en línea, iniciaron la vigilancia en la ruta entre Auckland y Panamá. Nada que hacer. La dotación no ocultaba su malhumor. Aquello parecía un viaje de recreo. Claro está que cada cual procuraba ocuparse. La mayor parte se dedicaba a la construcción. Otros preferían el arte. Así, mientras el cabo Jäger construyó un modelo de torpedo, el maquinista Scheitzbach intentó de memoria un retrato al óleo del comandante supremo de la Marina. Por



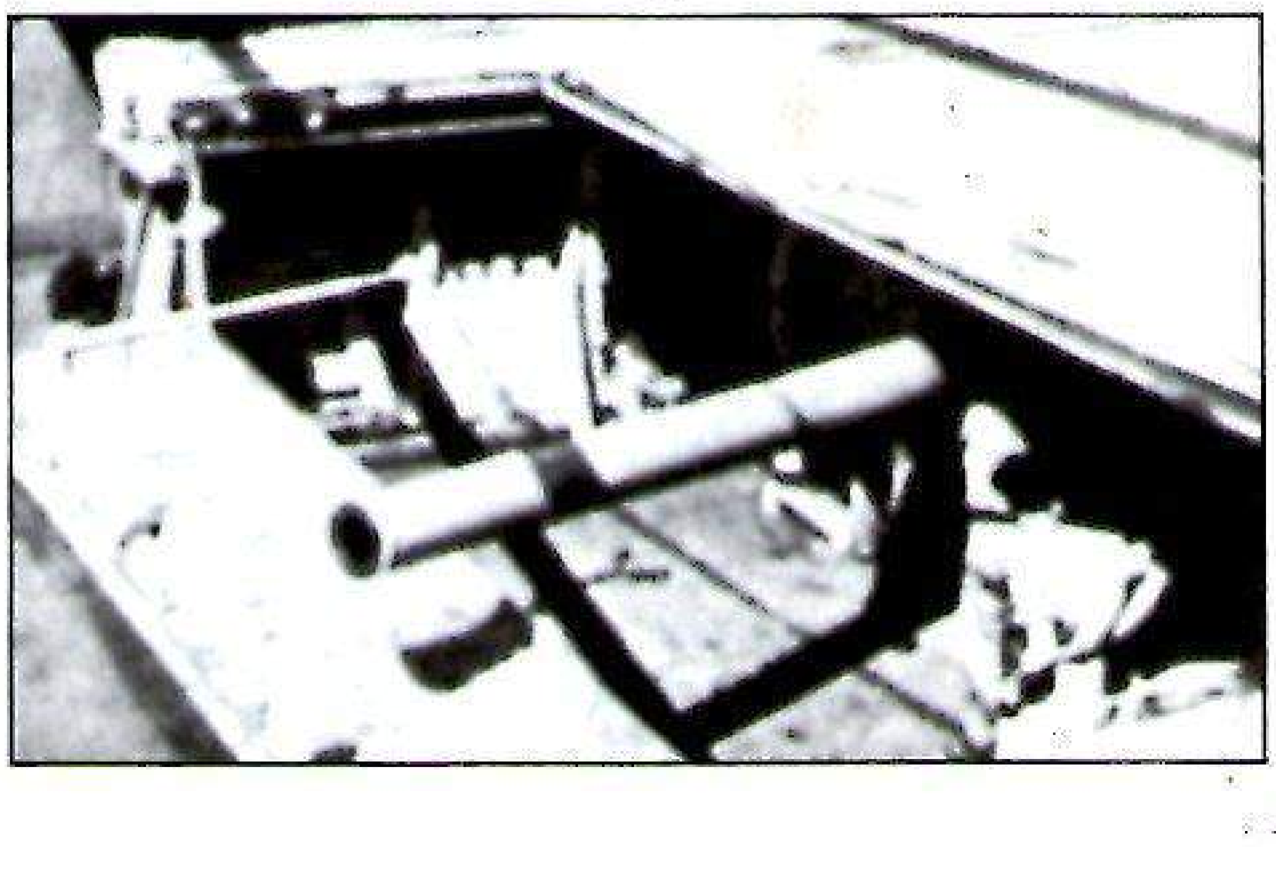








El crucero auxiliar «Komet» navegó con los nombres de «Sperrbrecher 52», «Donau», «Manyo Maru» y «S. Thome-Lisboa». Los antiaéreos de 20 mm iban colocados detrás de los mástiles y los cañones de 150 mm bajo las escotillas.



los altavoces, la voz de Lale Andersen cantaba «Lili Marlen».
«¡Mar tranquila!» gritó a primeras horas de la mañana Elbracht, el vigilante de servicio, desde la cofa del palo mayor. En el horizonte, apenas perceptible, el *Kulmerland,* a estribor, y el *Orion,* a babor. A simple vista nada más. A las 6,10, Elbracht divisó dos mástiles en el horizonte...
¡Alarma!
No era una presa extraordinaria. Se trataba del *Holmwood,* de 564 toneladas, construido en 1911 y matriculado en Wellington, cargado con 1300 carneros. Dotación 17 hombres. A bordo se encontraban, además, 12 pasajeros, entre ellos 4 mujeres y niños. Se transbordó el pasaje, la dotación y 310 carneros. El resto, con el barco, fue a hacer compañía a los peces.

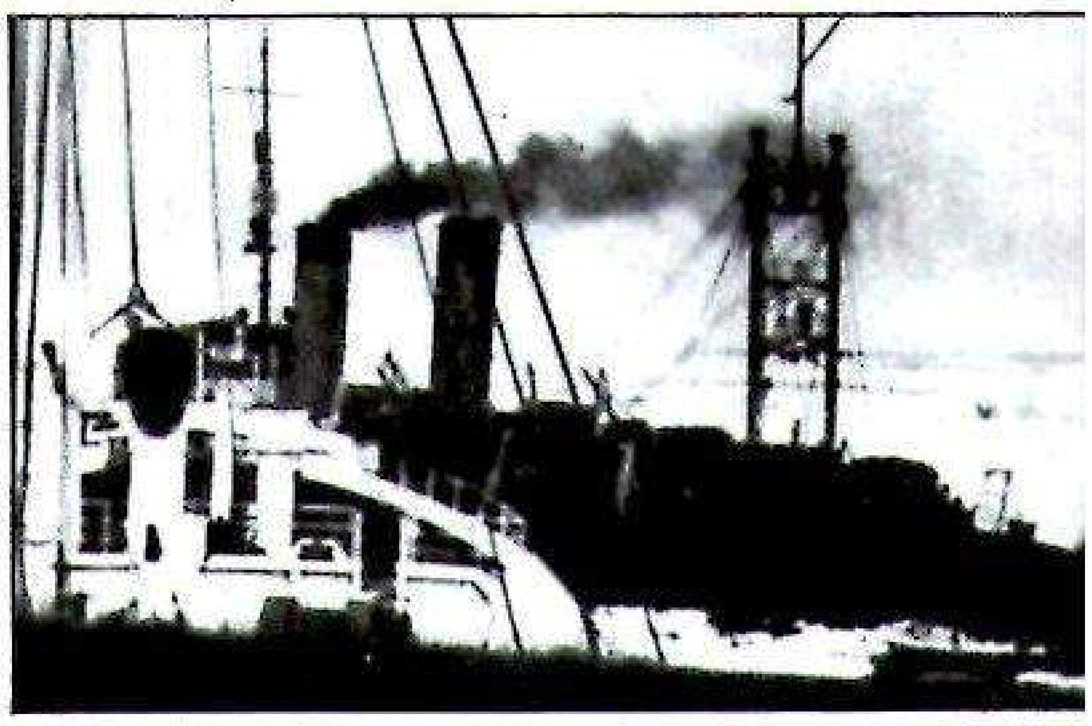
«RRR - Rangitane attacked!»

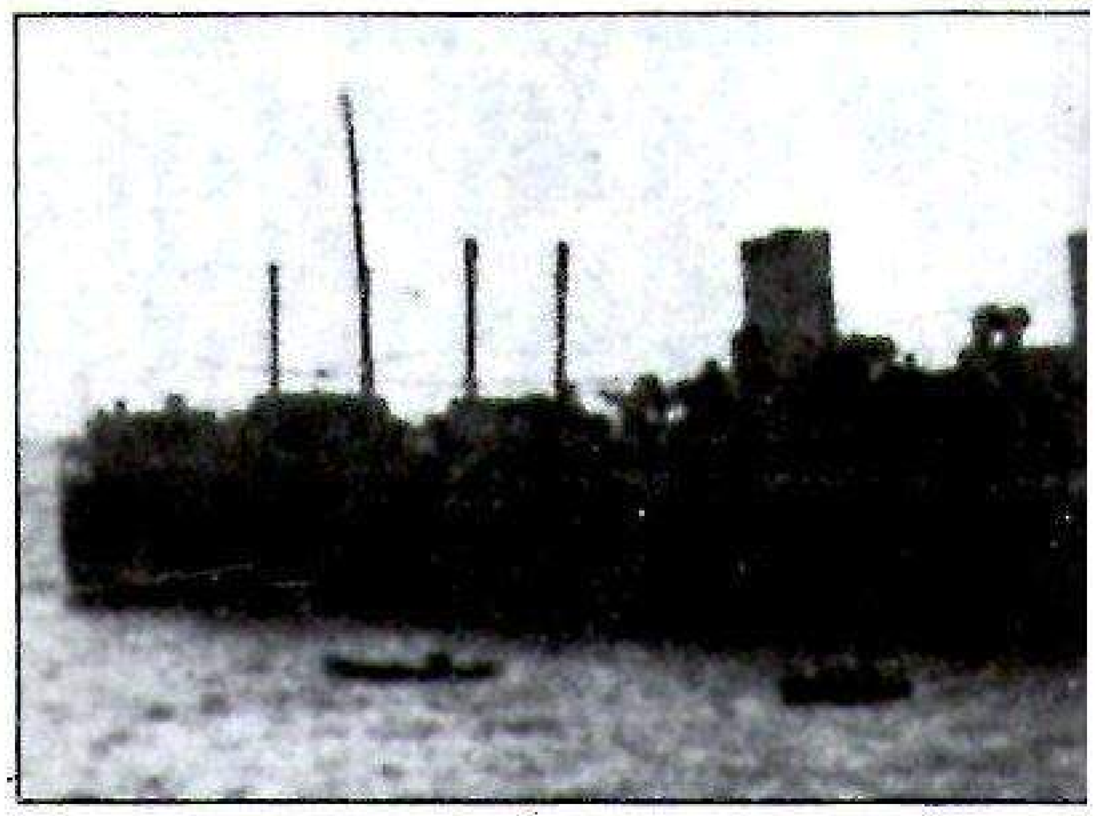
Dos días después, ¡nueva alarma! Abajo la bandera nipona, arriba el pabellón de guerra alemán. Se encienden los reflectores. En el horizonte un buque de dos chimeneas intentando escapar en zigzag. Su radio no deja de pedir auxilio: «RRR - Rangitane attacked!». De sus cañones brota una llama amarillenta. El *Komet* responde de inmediato.
Tras la salva 14 del crucero auxiliar alemán, detuvo sus máquinas el *Rangitane,* de 16.711 toneladas, matrícula de Nueva Zelanda. Durante la refriega hubo que lamentar muertos y heridos. Los cadáveres, tras las ceremonias de ordenanza, fueron arrojados al mar. Los buques alemanes se hicieron cargo de 200 hombres de la dotación y 103 pasajeros, entre ellos 36 mujeres y niños. Con el mercante fueron a parar al fondo del mar 200.000 cajas de carne, mantequilla y queso.
El 6 de diciembre se puso al alcance del fuego alemán el *Triona,* de 4413 toneladas, matriculado en Londres. El 7 de diciembre fue el *Vinni,* de 5181 toneladas, matriculado en Oslo. El 8 del mismo mes el *Komata,* de 3900 toneladas, matriculado en Wellington. El *Orion,* por su parte, echó él solo a pique al *Triadic,* de 6400 toneladas, y al *Triaster,* también de 6400 toneladas. Dos buques gemelos que corrieron la misma suerte.
Había 675 prisioneros. Los comandantes alemanes se pusieron de acuerdo para proporcionarles una pequeña alegría de Navidad: el 21 de diciembre fueron desembarcados en la isla Emirau, del archipiélago de las Bismarck. Los reservistas que se dirigían a Inglaterra quedaron detenidos en el *Orion.* Los desembarcados recibieron provisiones, antorchas, carabinas, municiones y un bote listo para ser utilizado. Con él podrían llegar hasta Nuevo Mecklenburgo, donde funciona una estación de radio. Más no se podía hacer por ellos. El capitán, los oficiales y la tripulación del barco hundido, dieron las gracias y dejaron para el comandante Eyssen el siguiente mensaje: «Las atenciones que en todo momento han tenido ustedes con nosotros, han hecho nuestra vida de prisioneros tan fácil como permitían las circunstancias. Le debemos además agradecimiento por desembarcarnos en una isla británica». Un par de bonitas jóvenes polacas abandonaron el barco de bastante mala gana.
El *Kulmerland* se despidió; debía volver a Kobe. El *Orion,* con dificultades en las máquinas, se vio obligado a buscar una isla tranquila para reparar daños. Así se produjo la separación. Curso 57 °, a 9 millas de velocidad. ¡Adelante!
¡Navidades! Mucho sol y poca sombra. Calor sofocante. Ni la más ligera brisa. Palabras del comandante: «Un recuerdo para los que quedaron en el hogar. Esperanza de poder pasar en paz y en casa las próximas navidades». Al final, el comandante recorrió la cubierta engalanada, así como el resto del buque. Cada miembro de la dotación recibió una gran bolsa navideña y un cuarto de litro de coñac. Comida extraordinaria con asado, helado de vainilla, café y pasteles. «Stille Nacht, heilige Nacht! Gottes Sohn, o wie lacht...» Sin duda, el cielo compadecido envió el segundo día de la Pascua navideña algo de viento y unas gotas de agua. ¡A ducharse! Por telégrafo, el Mando supremo de la Marina repartió 31 Cruces de Hierro de 2.ª Clase. Además se organizó una tómbola con diversos objetos requisados a los barcos hundidos. Botín de guerra.

Bombardeo de una isla

Tras la fiesta de la paz volvió a surgir la guerra. Durante aquellos días el «Manyo Maru» se había acercado a la isla Nauru, un día posesión alemana. De ella salían anualmente 800.000 toneladas de fosfatos. A las 5,45 del 27 de diciembre fue izada nuestra bandera de guerra y Julius transmitió al gobernador de la isla el siguiente mensaje; «Si no hace usted uso de su telégrafo sólo bombardearemos las instalaciones del muelle». Precisamente en el muelle se encontraba reunido un grupo de vecinos que nos dirigía saludos y señas amistosas. El comandante Eyssen ordenó disparar una salva de advertencia. El muelle se despejó al instante. Poco después sonó la orden: ¡Fuego a discreción! Entre las 6,09 y las 7,30 se bombardearon las instalaciones del puerto y los depósitos de petróleo. Explosiones. Fuego. Humo. Mientras tanto, el teniente Doberstein, que desde el telégrafo controlaba si la estación de Nauru pedía o no auxilio, fue recibiendo en la frecuencia de las islas la felicitación que Su Majestad británica dirigía a los súbditos de ultramar. Nauru respondió con respetuoso agradecimiento.
Tras abandonar las proximidades de la isla, se volvió a pintar y rebautizar el buque. Era aún japonés, pero se llamaba ahora «Ryoku Maru», matrícula de Osaka. El comandante Eyssen señaló un curso espléndido: de las islas Gilbert a las Ellice; Funafuti, Nukulailai, con Samoa a la vista, hasta la isla Suwarrow. Palmas. Arrecifes. Buen tiempo. Delfines, muchos delfines. La noche de San Silvestre el *Komet* dejó a

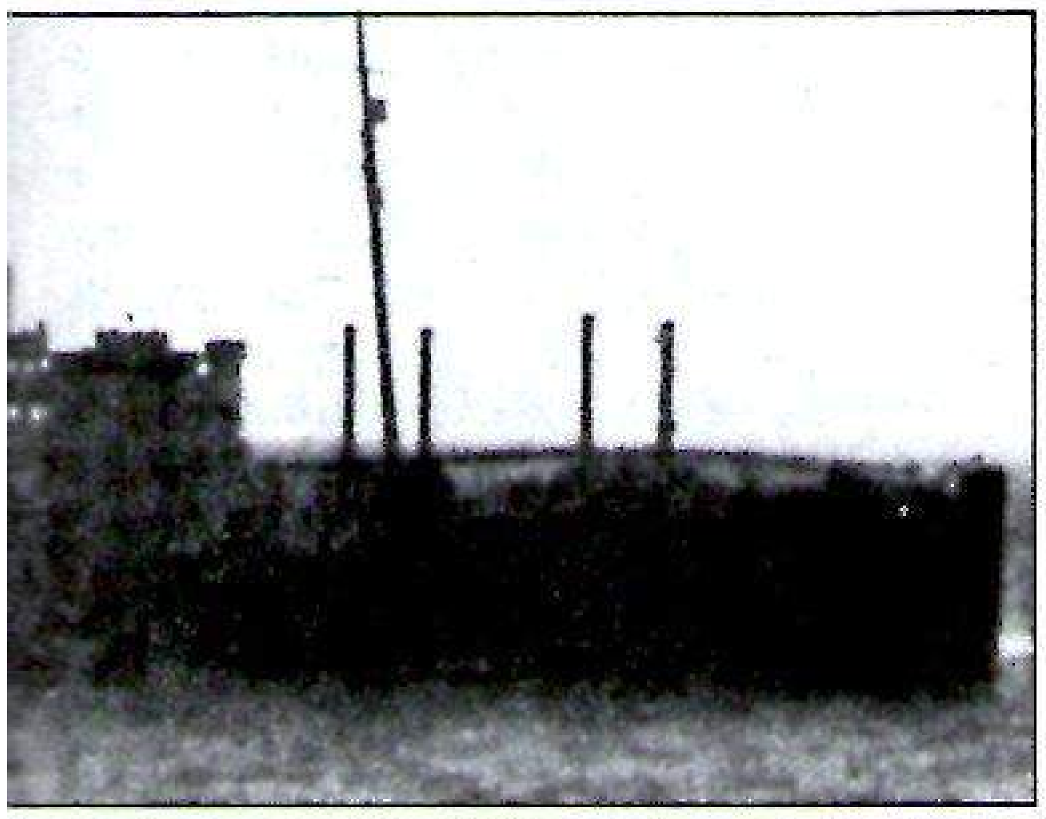


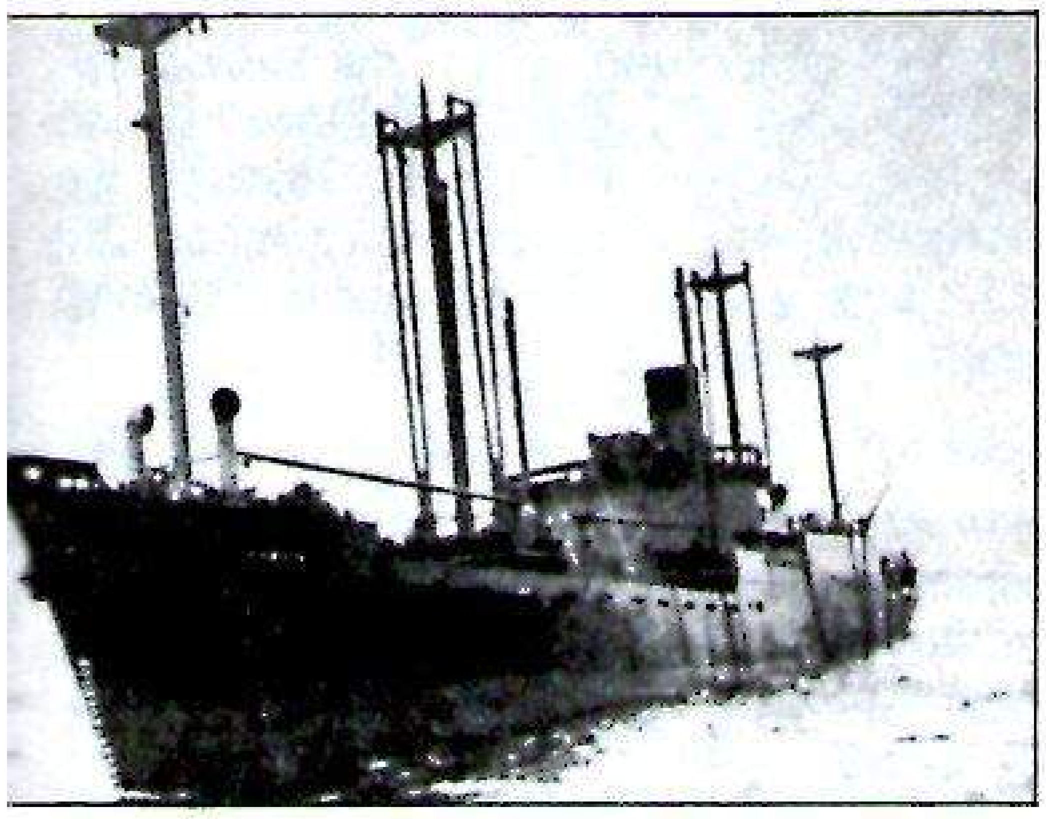




Una escena poco común de la última guerra: desde el puesto de mando del «Komet» (arriba) al lado del comandante, un práctico soviético guía la maniobra del buque alemán a través de los témpanos mientras un rompehielos soviético abre ruta delante. El resto de las fotografías se refiere a las víctimas del «Komet»: el transporte de reses «Holmwood», el buque frigorífico «Rangitane» y el dedicado a la carga de fosfatos «Komata».







un lado Tahití. A bordo se bebió en abundancia. A babor fuegos artificiales. Llegaban telegramas de felicitación a la cabina del telegrafista. Uno del comandante supremo de la Marina al contraalmirante –¡ascenso!– Eyssen y sus hombres. Hacia la una de la madrugada, el buque se puso a toda máquina. Una nueva orden: «El 'buque 45' debe dirigirse hacia el océano Índico». El *Komet* ha cruzado ya siete veces el ecuador. El comandante Eyssen dirige al crucero auxiliar hacia el océano Índico pasando por la Antártida. El 12 de febrero de 1941, cerca de las islas Scott, aparecen los primeros hielos. Sobre las blancas rocas se pueden divisar los pingüinos. Un infinito panorama nevado. Resoplan las ballenas. Grandes plataformas de hielo se mecen en el agua. El hielo es blando. El *Komet* avanza hacia el sur triturándolo sin dificultades. De pronto surge un humeante y maloliente ballenero, el *Nisshin Maru*. Los alemanes se dan a conocer. Los amistosos japoneses envían al crucero auxiliar 400 kilos de carne de ballena. Por la noche se sirven filetes con cebolla y puré de patata: *«Banzai!»*. Más tarde otro ballenero, el *Maru II*, a su alrededor se afanan los botes entre los témpanos de hielo. La cosa parece peligrosa; sobre todo de noche, con luna nueva. Como despedida de la Antártida hubo que soportar una tremenda tempestad a la altura de la Tierra del emperador Guillermo II: el barco era zarandeado por las olas. El *Komet* escapó a toda máquina hacia las islas Kerguelen o Desolación. Verdaderamente una zona desoladora. Antes se encontraban por aquí balleneros y cazadores de focas. Ahora sólo se ven aves marinas y, en las islas, conejos.

En las Kerguelen se presentó también el «buque 33», o crucero auxiliar *Pinguin*, y el buque nodriza *Alstertor* con petróleo, munición, víveres, cerveza, películas y correo. Algo más tarde llegó, con su característico humo espeso, un ballenero adoptado por el *Pinguin* que se bautizó con el nombre de *Adjutant*. Limpieza y engrase. Cargamento de carbón. Lecturas de cartas. Despacho del correo. Excursiones a tierra a la caza del conejo. Visitas a bordo. Veladas con cerveza y canciones de la patria lejana...

Al iniciarse la primavera el *Komet* llegó al océano Índico. Hubo captura de tiburones y se colocó una aleta en el bauprés. Trae suerte al barco. El periódico de a bordo hablaba de la lucha en los Balcanes y del Afrikakorps. Ni una nube de humo, ni un mástil a la vista.

«¡Felices Pascuas!» Sin duda para que se celebrara Pentecostés debidamente, el *Pinguin* había dejado 25.000 huevos. Suficientes para la ocasión. Por lo demás, buen tiempo, cielo azul y un panorama estupendo. El *Komet* vigila el recorrido Durban-Colombo. Nada. La ruta parece muerta.

1 de mayo. Diana con solo de trompeta. «¡Mayo está aquí!» Se lograba escuchar con buena sintonía la Radio Alemana, pero era imposible ver un mercante. El 9 de mayo fue un día triste: el crucero británico *Cornwall* echó a pique al *Pinguin*. Un proyectil alcanzó de lleno la santabárbara. El ballenero *Adjutant*, sin señor al que servir, fue en busca del *Komet*. Unas veces a remolque y otras gracias a sus propias máquinas continuó a su lado. El

Cruceros auxiliares

Desde la Conferencia de Paz de La Haya, de 1907, se entiende por cruceros auxiliares, barcos mercantes armados puestos al servicio de la Marina de guerra y cuya dotación está integrada por soldados. Se permiten todos los camuflajes; los barcos pueden navegar con nombres y banderas diferentes y llevar escondidos sus cañones en tanto no ataquen a nadie. En caso de entrar en combate deben izar la bandera de guerra de su país y la dotación vestir uniforme.

Durante la primera Guerra Mundial, el Reich alemán ya había utilizado esta clase de cruceros auxiliares, sobre todo disponiendo de los grandes barcos de pasajeros que, si bien eran muy rápidos, también eran fácilmente reconocibles amén de muy caros de mantener. Fueron sustituidos por pequeños buques de carga que hicieron famosos sus nombres de «Möwe», «Wolf», «Greif», «Leopard» y «Meteor». También figuró entre ellos un velero, el «Graf Luckner», el conocido «diablo de los mares».

Durante la segunda Guerra navegaron bajo bandera alemana 11 cruceros auxiliares. El éxito mayor se lo apuntó el «Pinguin» o «buque 33» –según el registro oficial– con 32 barcos hundidos, por un total de 150.000 toneladas. Los buques se pertrecharon extraordinariamente para su misión: alguno estuvo más de un año en el mar. Estaban armados de tal forma que si bien no se podían comparar con un crucero ligero, en el blindado, sí lo igualaban en la capacidad de fuego. El crucero auxiliar «Kormoran» logró echar a pique al crucero australiano «Sydney» el 19 de noviembre de 1941, hundiéndose con él.

En la propaganda enemiga se llamaba a los cruceros auxiliares buques piratas. Si se quiere puede verse sus ascendientes en los barcos de Klaus Störtebeker o Francis Drake. Provistos de la patente de corso de Su Majestad navegaron con el propósito de hundir los buques de todas las naciones con las que Su Majestad se encontrara en guerra.

Los cruceros auxiliares de las dos guerras mundiales no pueden, naturalmente, compararse con aquéllos. La organización moderna del aparato estratégico, la dependencia absoluta de las órdenes del mando no lo permiten. Sin embargo, tomaron del antiguo arte de la piratería el gusto por el camuflaje, el juego al escondite con el enemigo, los descansos fuera de las rutas de servicio y hasta el botín –estrictamente de acuerdo con las leyes de la guerra y la correspondiente contabilidad.

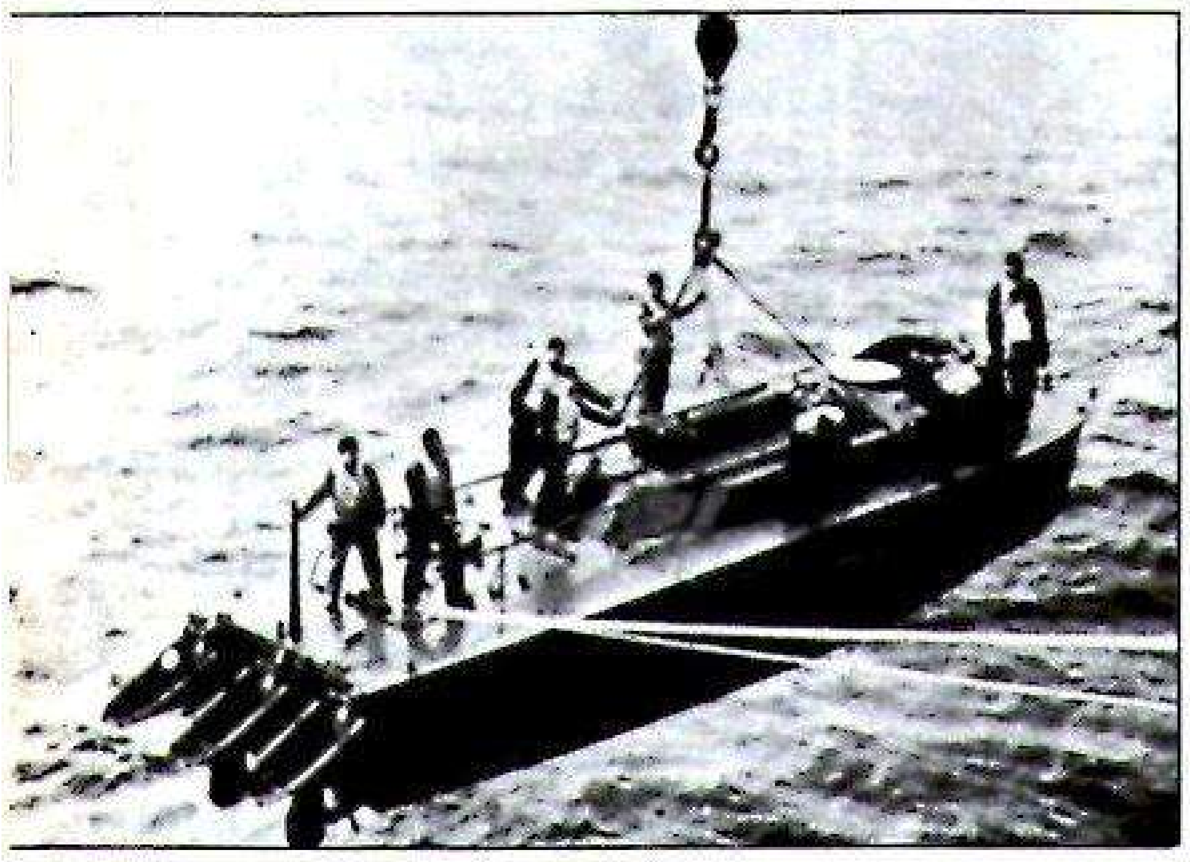
Como puede verse los paralelos existen.

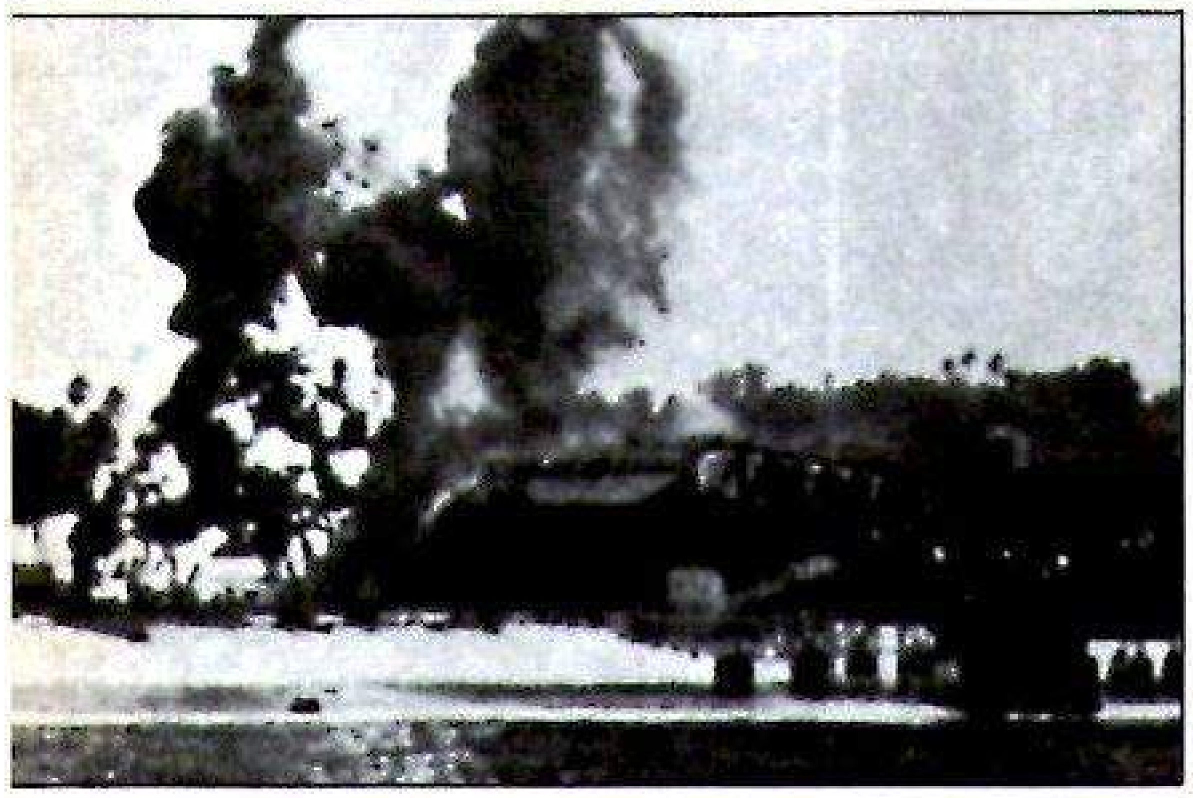
trajinar sin fruto desazonaba a todos. El comandante telegrafió al Mando naval: «Minas en el golfo Lyttleton y ante Wellington». Respuesta: «Como crea conveniente.»

El domingo de Pentecostés se trasladan las minas al *Adjutant*. El teniente Karsten se hace cargo del mando del ballenero. A la altura de Tasmania el barco desaparece en la noche. Rumbo a Nueva Zelanda. El crucero auxiliar vigila la ruta Dunedin-Panamá. Nada. Los británicos tienen más suerte: a la altura de Portugal sorprenden y echan a pique al *Alstertor*. La correspondencia ha ido a parar al fondo del mar. Si el humor a bordo no era bueno, ahora es de perros.

El 1 de julio aparece el *Adjutant* al este de las islas Chatham. Había navegado 20 días lejos del *Komet*. Misión cumplida, pero su máquina se encontraba averiada. La dotación pasó al *Komet* y el ballenero fue enviado al fondo del océano.

La increíble odisea del «Komet» alrededor del mundo duró 516 días. En las fotos aparecen algunas escenas de la actividad del «Komet»: la lancha rápida «Meteorit», el bombardeo de los muelles de Nauru, el mercante «Australind» en llamas y su tripulación.









Un año en el mar

Poco después hubo que celebrar un aniversario: el «buque 45» llevaba un año en el mar. Del Mando naval llegó un telegrama: «Que continúe el buen viaje y los mejores deseos para el regreso a la patria». Además, se comunicaba la concesión de la Cruz de Hierro. La dotación formó en cubierta en traje de paseo. Revista del comandante. Discurso. Cruz de Hierro. Himno. Comida extraordinaria. Café. Pasteles. En el cine de a bordo se proyectó «Jud Süss». Ningún barco a la vista. Ni británico, ni australiano, ni neozelandés. Ninguno.

El 14 de agosto el crucero auxiliar atravesó el canal de Panamá. A las 15,20, alarma. ¡Barco a la vista! Se trataba del *Australind*, de 5019 toneladas, matriculado en Londres. 45 hombres de dotación y carga general. Hundido. Y tres días más tarde el *Kota Nopan* de 7322 toneladas, matriculado en Rotterdam. Con 35 toneladas y 16 javaneses de dotación. Cargado completamente de caucho, zinc, café y tabaco. En total, un valor de 22 millones de marcos. No había concluido la acción de corso cuando caía el *Deveron*, de 9036 toneladas, matriculado en Londres, con 31 británicos y 113 hindúes de dotación; carga general. ¡A pique! Estaba todo hecho a condición de salir bien en el empeño de regreso. De nuevo el comandante Eyssen recurrió a la pintura. El *Komet* se convirtió esta vez en el «S. Thome», matrícula de Lisboa. A partir de este momento el contraalmirante se tomó las cosas con calma, con mucha calma. No quería encontrarse en el Atlántico Norte antes de noviembre. Después de todo esa zona era de guerra y pululaban por ella las lanchas rápidas, los destructores, los aviones y los submarinos británicos. Terminada la misión con el *Kota Nopan*, el crucero auxiliar dio la vuelta al cabo de Hornos. A bordo se celebró la última gran fiesta, con música y alguna canción más o menos melancólica: «Sobre la tumba del marino, no crecen las rosas...»

¡Suerte!

El 16 de noviembre, un mensaje extraordinario para el *Komet*. Nuevo camuflaje: «Sperrbrecher 52». Ruta: Estaca de Bares. Lluvia. Niebla. Mal tiempo. En el golfo de Vizcaya esperan dos submarinos: *U-652* y *U-651*. En San Juan de Luz aparecen tres lanchas rápidas. Al aclararse un poco el tiempo vuelan sobre el buque los *He 115*. El *Komet* entra en el Canal cada vez mejor escoltado.

El 28 de noviembre de 1941 se presentan las primeras lanchas rápidas británicas, a las 4,10. Los torpedos empiezan a surcar el agua. Los cañones abren fuego, incluidos los del *Komet*. Por todas partes explosiones. La flotilla registra 3 muertos y 10 heridos. Los británicos no cejan. Al romper el día, el *Komet* se refugió en Dunkerque. A las 20,45 estaba otra vez fuera. La niebla es tan densa que tanto el crucero auxiliar como la escolta se ven obligados a echar el ancla. Al mediodía escampa un poco. A las 15,20 prosigue la navegación. Un *Bristol-Blenheim*, volando a poca altura, arroja 4 bombas. Más niebla y, luego, una noche cerrada. A las 6,45 el *Komet* ancla en Cuxhaven. Desembarcan 109 prisioneros que esta vez no dan las gracias. Llega un remolcador con correo.

El 30 de noviembre, a las 6 de la tarde, el más pequeño de los cruceros auxiliares quedaba amarrado al tinglado n.° 80 de Hamburgo. Cruz de Caballero para Eyssen. Cruz de Hierro colectiva para la dotación, además de 45 individuales de 1.ª Clase. Revista del comandante. ¡Presenten armas! De 20,15 a 23,30 alarma aérea. Guerra normal, cotidiana.

Once meses más tarde el crucero auxiliar volvió a hacerse a la mar. Salvo diez hombres, había sido renovada toda la dotación. Ya no podía volver a los mares helados porque, entretanto, se había desencadenado la Operación «Barbarroja», la guerra contra Rusia. El crucero auxiliar intentó ganar la costa francesa del Canal. El 14 de octubre, a la altura del cabo de la Hague fue alcanzado y hundido por una lancha rápida británica. No hubo supervivientes.



Mesa puesta en el cuartel general del «Führer» en Rastenburg. Tampoco en sus monólogos durante las comidas enseñó Hitler su verdadero rostro. El «Führer» abordaba todos los temas divinos y humanos, pero nunca pronunció una palabra sobre sus objetivos.

LAS SOBREMESAS DE HITLER

Martín Lutero creó el precedente: durante la comida entretenía a sus invitados conversando con viveza y buen humor sobre cuanto le pasaba por la cabeza. Lo mismo hizo Hitler, si bien las charlas del «Führer» no permiten en absoluto la comparación en lo que se refiere a la ingenuidad y bondad de corazón del reformador.

Entre junio y octubre de 1941 se sucedieron las más grandes batallas de todos los tiempos, al lado de las cuales palidecen las de Tannenberg y Cannas. Del 22-VI al 9-VII: doble batalla de Bialystok y Minsk, 324.000 prisioneros. Del 21-VIII al 26-IX: batalla de Kiev, 665.000 prisioneros. Del 2-X al 20-X: doble batalla de Briansk y Viazma, con más de 673.000 prisioneros. Esta continuación de los éxitos anteriores de la guerra relámpago –gigantescamente ampliados– permitió decir a Hitler, en el discurso pronunciado para inaugurar la campaña de Auxilio de Invierno: «Este enemigo ha caído ya y no se volverá a levantar». Palabras justificadas teniendo en cuenta el pasado. Pero de vida tan corta como la fase de los grandes triunfos. Aparte de Inglaterra no parecía existir otro enemigo digno de consideración (América no había entrado aún en la guerra).

Existe una contradicción sorprendente entre este alud de victorias, que dejan pequeñas incluso a las conseguidas por Napoleón, y los temas de las conversaciones en la mesa del *Führer* durante esa segunda mitad del año 1941. No se comentaban los episodios dramáticos de las batallas del Este. Quien lea las noticias, tomadas taquigráficamente, de estas charlas durante la comida o la cena verá que no tienen la menor relación con lo que estaba aconteciendo, no existe en ellas ninguna referencia que permita reconocer que la Guerra Mundial llegaba a su punto culminante.

Hitler dedicaba por entonces largos monólogos a Mussolini y los italianos, a la cuestión de la amistad con Inglaterra; hablaba acerca de la socialdemocracia y del comunismo, sobre la energía, sobre armas futuras y problemas de religión. La Iglesia y el cristianismo merecían sus críticas y ataques continuos.

En lo que se refiere a Rusia, sus compañeros de mesa sólo escucharon visiones futuras. Hitler evocaba para él y sus oyentes lo que iba a ser la tierra conquistada, colonizada por campesinos alemanes que vivirían en pueblos modelo, y en la que los gobernadores dispondrían de grandes palacios, «todo comunicado por carreteras de primer orden». «Se avecina otro mundo, en el que dejaremos vivir a los rusos si así lo desean, pero bajo nuestro poder. En caso de una revolución no necesitaremos más que arrojar un par de bombas sobre sus ciudades y asunto concluido». En medio de ese idilio una alusión breve al propósito de ejercer un dominio frío y brutal. Y se pasa la hoja.

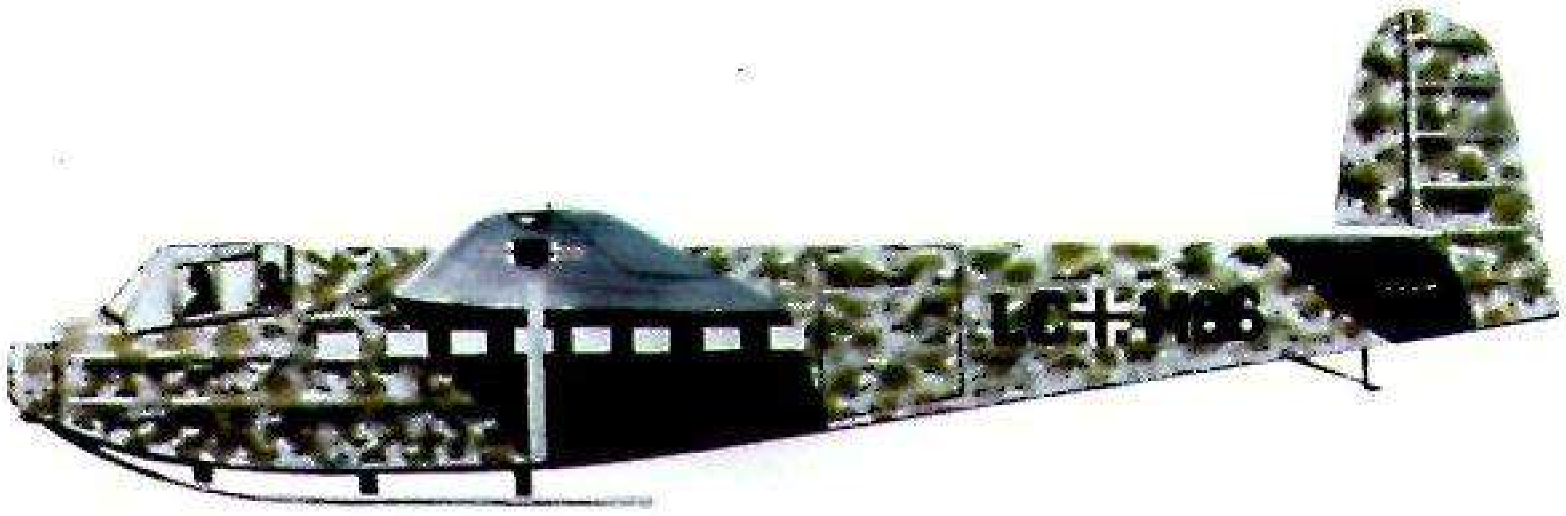
Y así como supo dejar a la puerta del comedor los acontecimientos cotidianos en la época de los grandes triunfos, de igual modo también tuvo Hitler dominio suficiente para ahorrar a sus huéspedes cualquier alusión a las fases críticas y nada positivas de la contienda, durante el invierno 1941-1942.

Sólo una vez, el 18 de enero de 1942, aludió Hitler a la dificultad de abastecer a los combatientes. Y lo hizo entre amenazas: «¡Ay de los ferrocarriles si se vuelve a repetir la situación!» Ni una sola palabra sobre su propia responsabilidad como jefe supremo de los Ejércitos, para los que no había previsto los auxilios propios del invierno, como si la campaña de Rusia llevada a cabo por Napoleón no hubiese aportado una lección histórica válida para todos los tiempos.

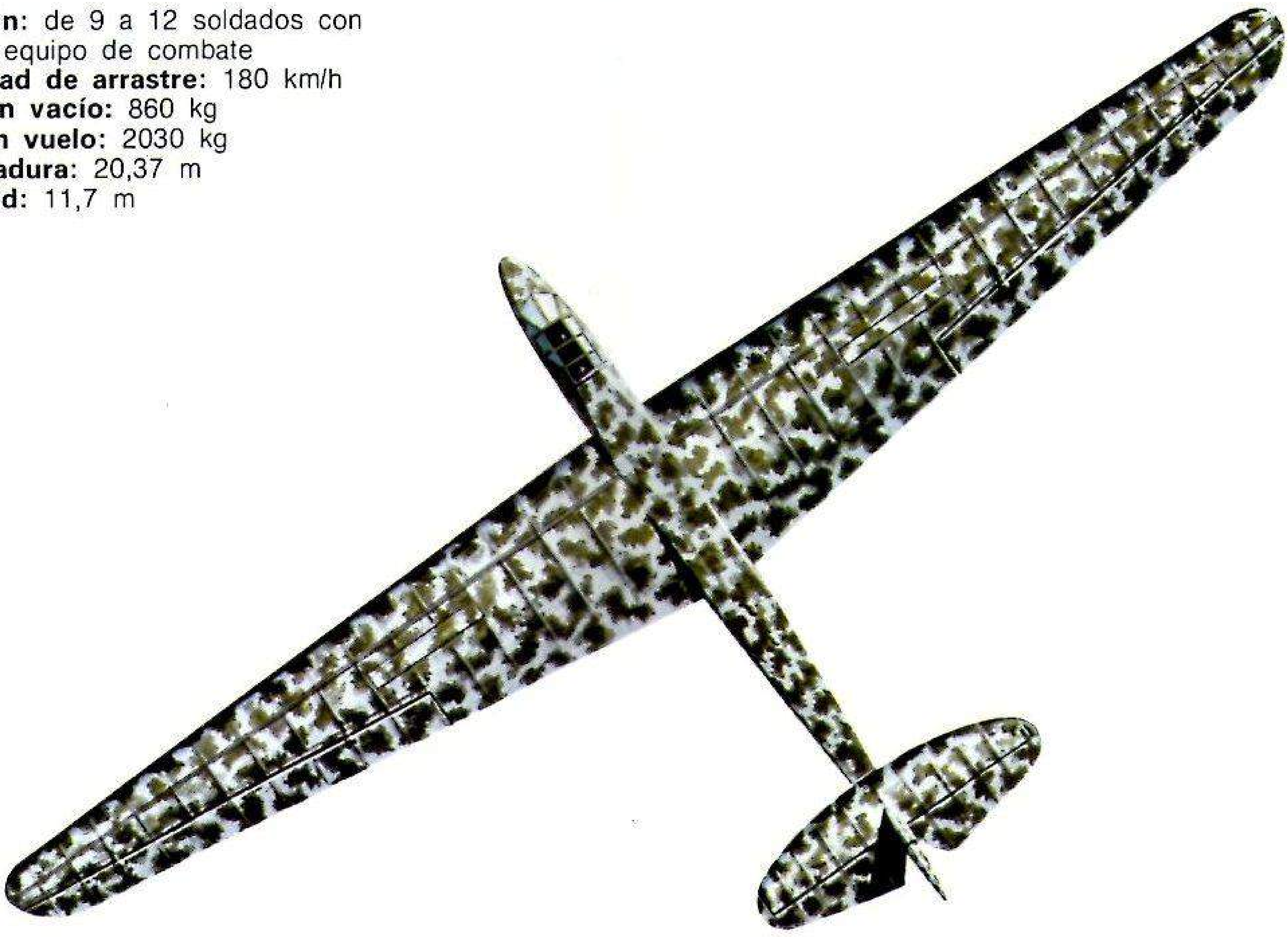
Fuera de esto, los temas de conversación de Hitler eran, por ejemplo, Hindenburg, el fracaso de von Papen, la dictadura rumana, los «duelos por las mujeres»; a menudo dedicaba su atención a los problemas de «la esposa y la amante», a la prehistoria, al aumento de población, a los métodos para llegar a dominar a un pueblo. Sobre los pueblos orientales era de la opinión «de no enseñarles nada más que a hablar por señas». Y otra vez, por un momento salía a relucir el inhumano racismo de Hitler, que le llevaba a considerar como «razas inferiores» a los vencidos, al mismo tiempo que sin consideración alguna seguía reivindicando espacio vital en el Este. Si han llegado hasta nosotros esas conversaciones de sobremesa no ha sido a consecuencia de una orden del tipo

(Continúa en pág. 112)

Velero alemán de transporte DFS 230 A



Dotación: de 9 a 12 soldados con todo el equipo de combate
Velocidad de arrastre: 180 km/h
Peso en vacío: 860 kg
Peso en vuelo: 2030 kg
Envergadura: 20,37 m
Longitud: 11,7 m

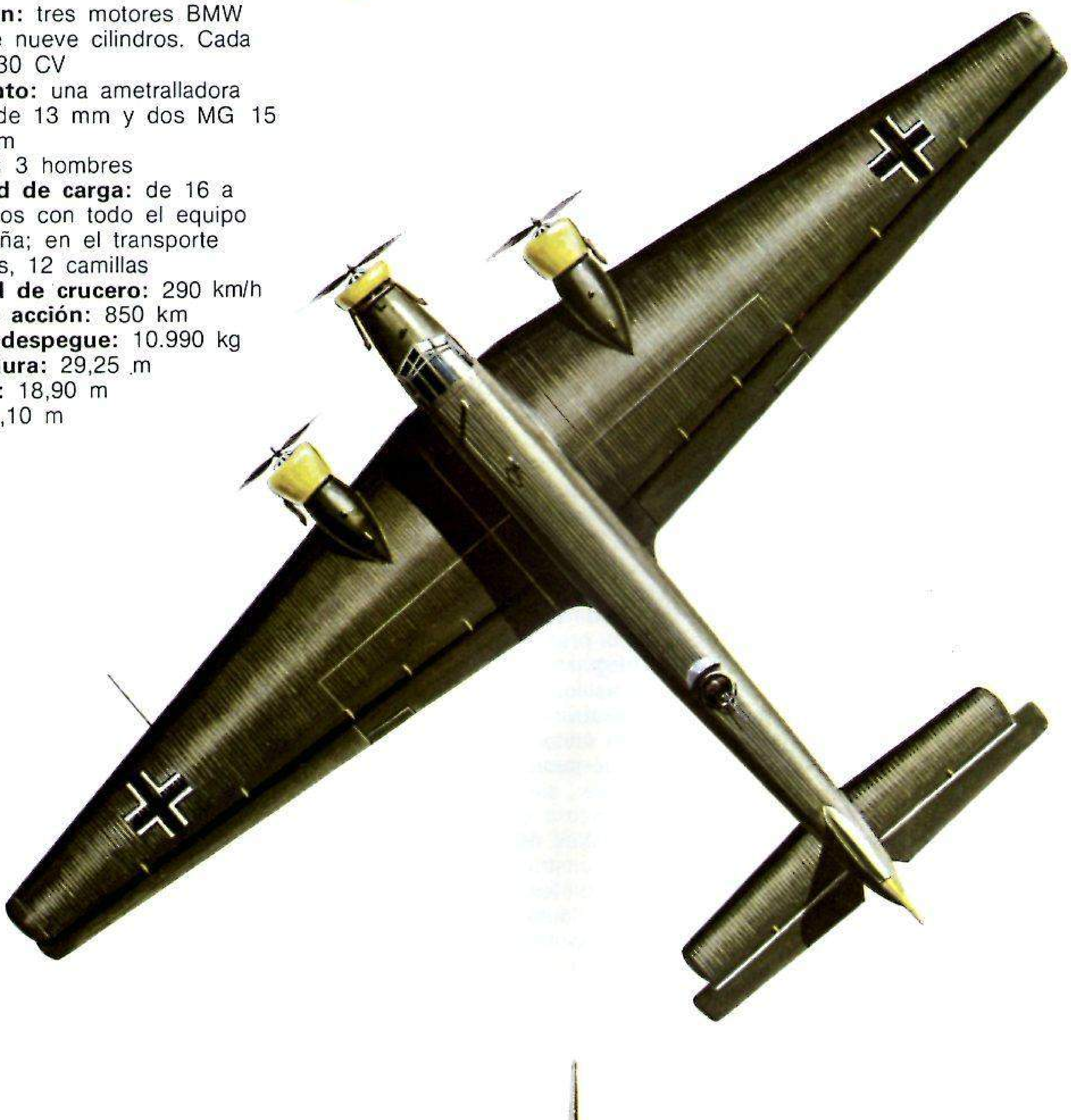




Avión alemán de transporte Junkers Ju 52/3 mg 7e



Propulsión: tres motores BMW 132 T, de nueve cilindros. Cada uno de 830 CV
Armamento: una ametralladora MG 131 de 13 mm y dos MG 15 de 7,9 mm
Dotación: 3 hombres
Capacidad de carga: de 16 a 18 soldados con todo el equipo de campaña; en el transporte de heridos, 12 camillas
Velocidad de crucero: 290 km/h
Radio de acción: 850 km
Peso de despegue: 10.990 kg
Envergadura: 29,25 m
Longitud: 18,90 m
Altura: 6,10 m





«apunte usted todo cuanto yo hable»; al contrario, Hitler deseaba que su vida privada –y en ella entraban estas charlas– quedara libre de cualquier acta o protocolo. Otra cosa hubiera supuesto restar espontaneidad a los temas y al modo de tratarlos. Las conversaciones durante las comidas no tenían nada de orden del día o sesión del trabajo, en las que, naturalmente, se anotaba cada palabra. Puede decirse, entonces, que las notas tomadas de esas charlas constituyen un ataque ilegal a la vida privada del *Führer*. Su autor fue un funcionario: Heinrich Heim.

Heim trabajaba como jurista en el cuartel general del *Führer*. Era hombre de confianza del «jefe», –como llamaban a Hitler sus colaboradores inmediatos– que le consideraba no sólo como amigo que era del abogado del partido Hans Frank, sino también por sus conocimientos y su pasión por el arte. Contando con la tácita aquiescencia de Bormann, que archivaba todo lo referente a Hitler con objeto de ejercitar su función de secretario del *Führer* en un terreno cada vez más amplio, Heim tomó notas taquigráficas de lo que el «jefe» decía en la mesa a la hora de la comida, aunque no todos los días, sino cuando buenamente se le brindaba la ocasión de hacerlo.

El segundo hombre

Heim entregaba no sólo a Bormann, sino también a otros colaboradores copias de sus minutas, por lo que no tardó en enterarse el propio Hitler. Indignado llamó a Bormann y le hizo saber que de una vez por todas prohibía que se tomaran notas de las conversaciones durante las comidas. De esta manera terminó la recopilación el 11 de marzo de 1942. Poco después –y no como castigo– se concedió a Heim un permiso de seis meses para que viajara por el extranjero como observador artístico. Para sustituirlo se llamó al consejero Henry Picker. También en este caso existía una relación personal. Picker era hijo de un viejo y respetado amigo del *Führer,* el senador Daniel Picker.

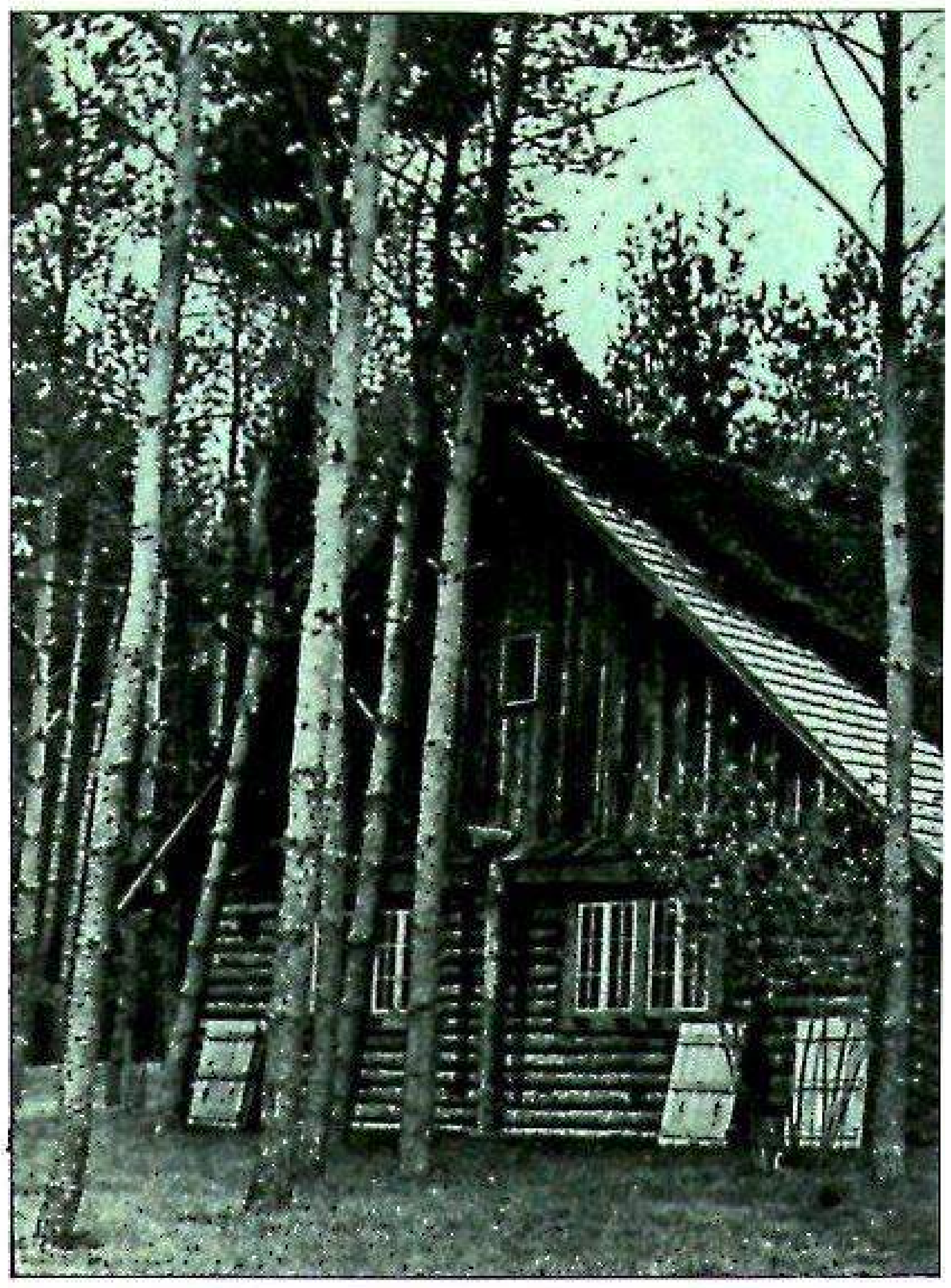
Con la llegada del nuevo jurista pasó Hitler, como suele decirse, de la lluvia a la tempestad. Picker sentía un gran interés biográfico e histórico por la figura del *Führer* –al que conocía ya por haber asistido a comidas celebradas con él en Berlín, Munich y el Berghof– y se proponía escribir más tarde un estudio psicológico-histórico sobre «Hitler en su cuartel general». De la prohibición de tomar notas no sabía nada al llegar, pero se dio cuenta inmediatamente de que nadie lo hacía. Por tanto empezó a anotar en el mayor secreto las palabras esenciales que más tarde le servían para reconstruir con precisión notable el desarrollo de los monólogos. Para ello se servía de dos cosas: su memoria extraordinaria y su conocimiento de Hitler. Así se convirtió en relación a Hitler en lo que fue Eckermann respecto de Goethe. Su puesto en una pequeña mesa aparte y reservada a los colaboradores jóvenes facilitó su trabajo. Bormann, siempre interesado en recopilar material auténtico de su *Führer* pero, al mismo tiempo, deseoso de evitar un nuevo disgusto, se decidió a realizar un pequeño experimento: informó a Hitler de los planes del jurista y le mostró alguna de las minutas redactadas por éste y que el propio Bormann utilizaba como normas del *Führer*. A Hitler le sorprendió la fidelidad de interpretación de su pensamiento y accedió a que se siguieran anotando las «palabras esenciales». Siempre con la condición de que el estudio, al final, no se publicaría sin su consentimiento previo, y que las notas sólo se tomarían bajo la orden y control de Bormann.

En realidad puede decirse que Picker jugó a los dos una mala pasada, porque anotó mucho más de lo autorizado. Fue una empresa peligrosa, pero de ella salió una verdadera fuente de información sobre el III Reich conocida con el nombre de «Conversaciones sobre la guerra y la paz», formada en su mayor parte con las notas de Picker y en menor grado con las de Heim. Muchos testigos presenciales están de acuerdo en elogiar su fidelidad en el fondo y en el estilo. El Dr. Picker tuvo ocasión de examinar las notas de Heim. Bormann las había corregido y anotado para que pudieran servir mejor a sus fines. Picker, sin embargo, logró descubrir el paradero de las notas taquigráficas originales de Heim y sobre ellas volvió a reconstruir los textos. En la edición del profesor Percy Ernst Schramm (1965), figura una nota por la que Picker se responsabiliza de la veracidad del conjunto.

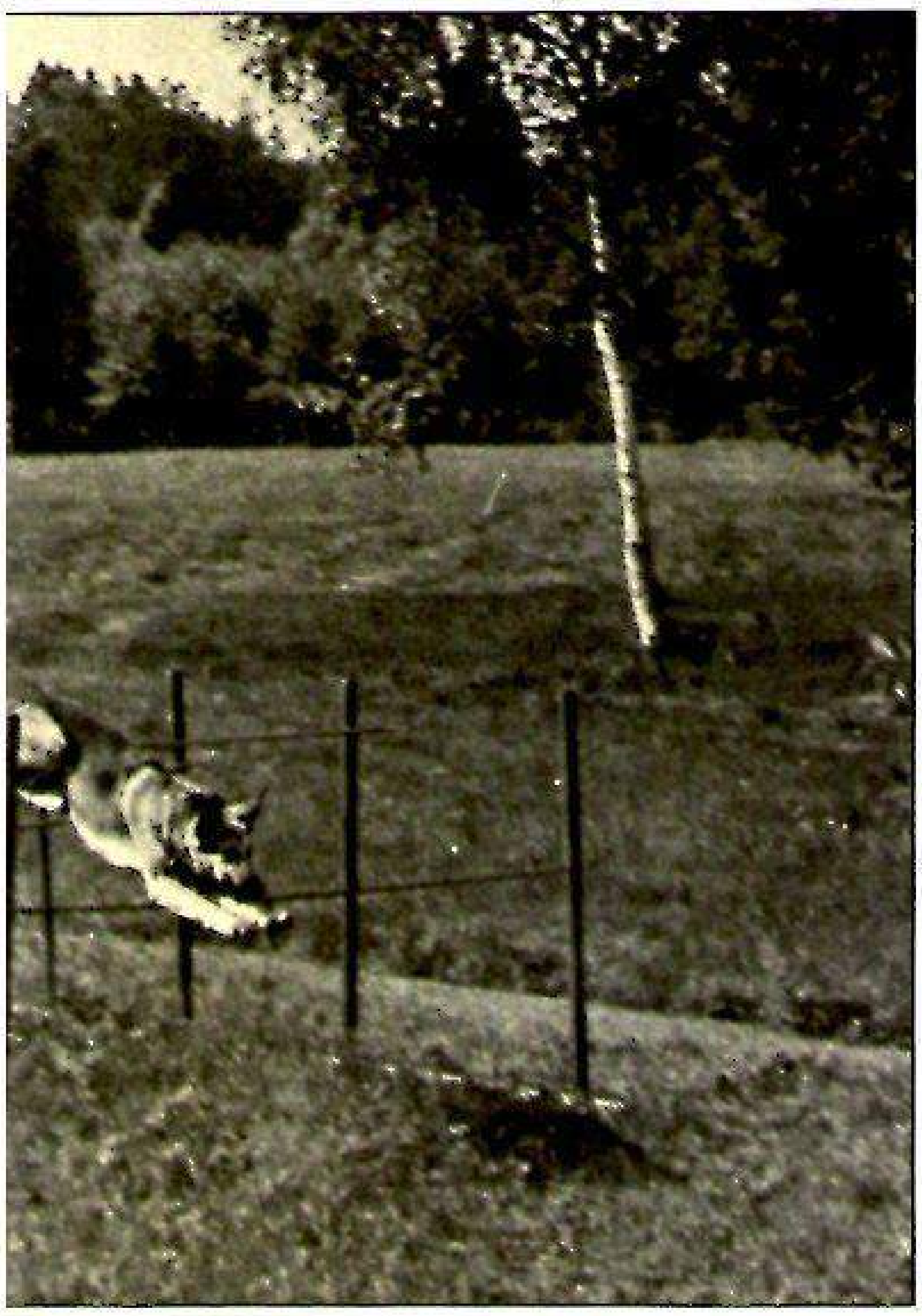
Solidaridad con los hombres en las trincheras

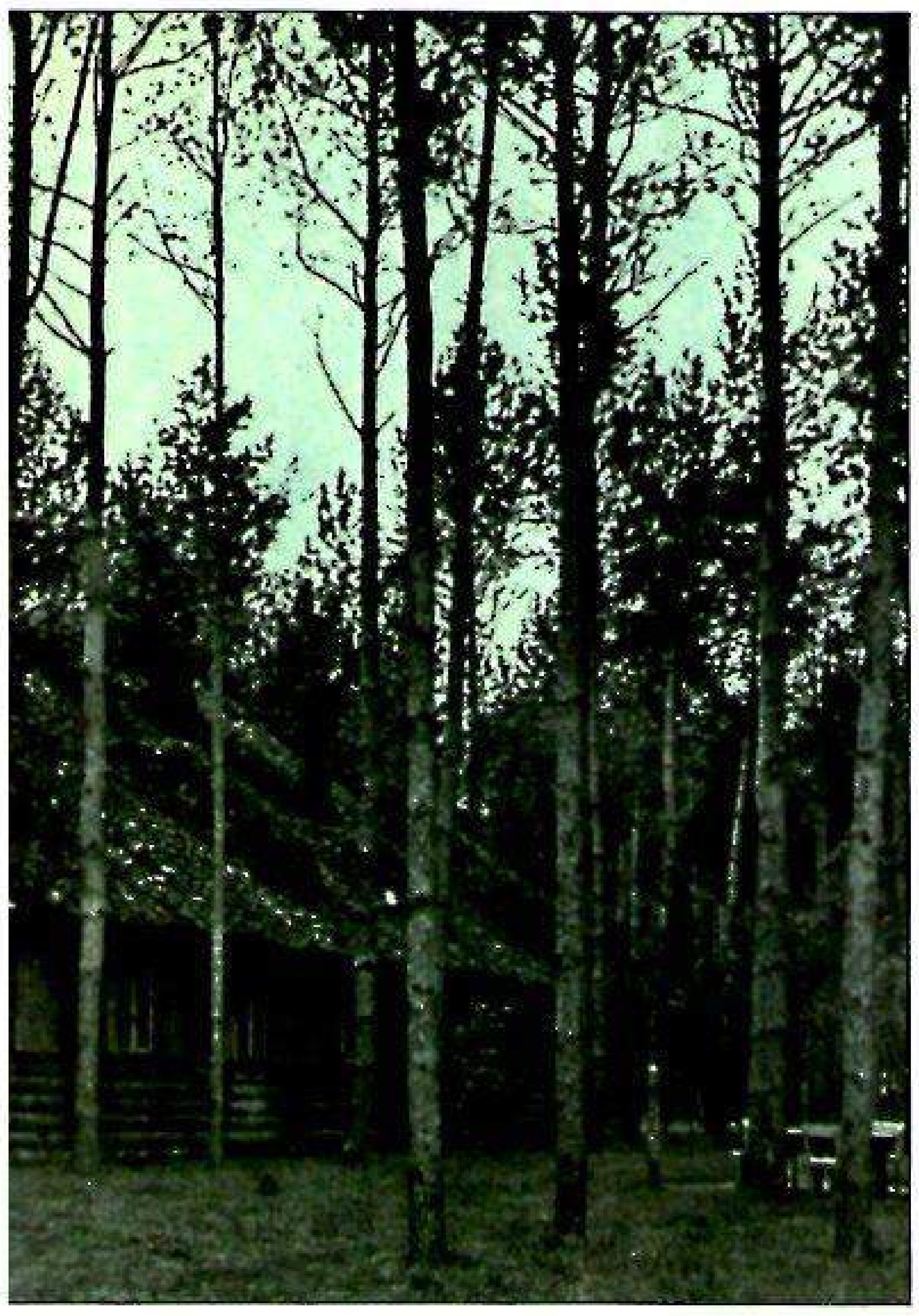
El improvisado historiador, coleccionista de conceptos con riesgo de su propia cabeza, ha descrito también la atmósfera que reinaba en el cuartel general. No se ha limitado a dar la estampa del dictador en sus largos monólogos, sino que le retrata como hombre en medio de un equipo devoto. La semblanza es positiva. Picker no ha sido el único que ha comparado las dos caras de esta enigmática personalidad. Su primera observación en Rastenburg –cuartel











El pastor alemán de Hitler, «Blondi», solía estar en el cuartel general. El «Führer» gustaba hacer gala del entrenamiento de la perra (arriba). Los barracones de la «Guarida del Lobo» (centro) se encontraban perfectamente defendidos y libres de la presencia de curiosos. Si bien Hitler, con sus colaboradores, hacía hincapié en la «camaradería», en lo tocante a temas militares rara vez daba su brazo a torcer. Hombres de otra opinión como Halder –al extremo derecha, en la foto de la sala de mapas– tuvieron que abandonar el cuartel general; los sumisos como Keitel (detrás de Hitler), siempre de acuerdo con el «Führer», se quedaron hasta el fin.

general del *Führer* en el Este: «...Los que trabajan con él a diario, y tienen acceso a su mesa, conocen a un hombre distinto del que se desprende de su obra *Mein Kampf* o de sus discursos políticos, o de su actividad oficial o, simplemente, de la propaganda». Al recién llegado le llamaba la atención la simplicidad del aparato que rodeaba a Hitler y su vida espartana. No participaba en la menor diversión, ni siquiera en las sesiones de cine del cuartel general, aduciendo que tampoco tenían cine los soldados en el frente. No había olvidado su condición de combatiente en la primera Guerra y expresaba de esta forma su solidaridad con los hombres que estaban en las trincheras.

Picker cuenta una anécdota expresiva: mientras comían unas nueces, ya levantada la mesa, una cáscara despedida por el cascanueces que manejaba un subalterno –Hewel– fue a dar en el rostro de Hitler que, un poco apartado, leía el correo. Alzó éste los ojos por encima de sus lentes y advirtió tranquilo: «Hewel, procure tirar las cáscaras en otra dirección». Y siguió leyendo. Esta sencillez no debe inducir a la conclusión de que se llegaba a la confianza. Hitler no tenía amigos, ni tuteaba a nadie (tuteó a Röhm, muerto por orden suya en 1934). Hitler se portaba como un gran señor, lleno de bondad, con respecto a su personal. Los subordinados guardaban las distancias y no se atrevían ni siquiera a levantar la voz durante las comidas. «Aquella atmósfera –escribe Picker– denotaba el gran respeto que inspiraba Hitler y que hacía que políticos y militares veteranos, apenas introducidos en su presencia, dejaran caer las copas de puro nerviosismo».

Voz profunda y gutural

Y, sin embargo, a Hitler no le gustaban las muestras de sumisión, las reverencias excesivas que tanto abundaban a su alrededor. Picker cuenta que a Hitler le satisfacía que se le llevara la contraria guardando las formas y con buenos argumentos. «Así, no olvidaba saludarme estrechándome la mano –pese a mi graduación y, en consecuencia, al lugar que ocupaba en el comedor– desde el día que repliqué con acierto y buen humor a sus ataques contra los juristas». En el momento en que Hitler empezaba a hablar –bajo los retratos de Enrique I, Götz von Berlichingen y Ulrich von Hutten– se hacía en el comedor un silencio absoluto. Su voz profunda y gutural, con el inconfundible acento austríaco, dominaba el ambiente, se imponía a las personas. Lo mismo que ocurría en la Burgerbräukeller, durante las reuniones del partido, tenía lugar allí, en las comidas cotidianas. Siempre empezaba lentamente y pensando mucho lo que decía, aunque fuera en broma. «Pero en el momento en que enfocaba un problema, desarrollaba su pensamiento con los ojos brillantes del fanático, desmenuzándolo, idea tras idea, con mágico atractivo, hasta convencer a sus oyentes».

Una vez que comenzaba a tratar un tema, resultaba imposible contener su elocuencia. Poseía conocimientos de todas las materias, sacados de sus constantes lecturas. De todo se había formado una opinión. Señalaba detalles que eran la admiración de legos y especialistas. Sobre todo en lo que a técnica se refería era capaz de poner en apuros a cualquier buen profesional con su precisión de datos, hechos y números.

Una idea anárquica de las cosas

Para su desgracia, y la de todos, Hitler no tuvo en los años más intensos de su formación –1908/1913 en Viena– nadie que le influyera o guiara. Nadie puso orden en su pensamiento, nadie le señaló la frontera entre belleza y conocimiento real. Fue siempre un autodidacto, con un cerebro en el que había de todo, de manera anárquica y desordenada, como en un trastero; se podía recurrir a ello pero no se podía utilizar eficazmente.

Cuando con el bagaje de sus lecturas se lanzó a la batalla de la propaganda enarbolando su propia idea del mundo como medio para llegar al poder, se hizo imposible cualquier corrección, cualquier enmienda; por el contrario, se llegó a enaltecer desmesuradamente, a divinizar al pavoroso personaje. Así no puede extrañar que durante el tiempo de sus grandes éxitos tomara por buena moneda su mediocre formación. De esta forma, cuanto decía, adoptaba acentos de verdades absolutas. Verdades que los asistentes a las comidas del cuartel general, o los asiduos de sus discursos, debían escuchar repetidamente.

En los párrafos entresacados de sus charlas y discursos –que solían plasmar realidades complejas de una forma vívida, plástica y simple, logrando un efecto sorprendente–, se esconde una parte de su saber y de sus fantasías. Quizá la mejor estampa del *Führer* se revele en sus propias palabras, con todas sus deficiencias y toda su anarquía de autodidacto.



Habla Hitler

Con su discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes el 4-IX-1940, para inaugurar la campaña de la «Obra de Auxilio de Invierno», Hitler inició toda una serie de agresiones verbales contra sus enemigos, ante los que pretendía alzarse como un ser todopoderoso.

Desde el principio de la guerra no faltaron las profecías sobre su duración. Se decía: «La guerra va a durar tres años. Gran Bretaña se prepara para resistir tres años». Y era preciso decirlo, porque aquellos que tienen los paquetes de acciones de las fábricas de armamento –los grandes propietarios– son lo bastante inteligentes para saber que no es posible amortizar en medio año o en uno todos los nuevos equipos que necesitamos.

Tenía, pues, que durar algo más de tiempo. Por mi parte, fui también lo suficientemente previsor para decir al mariscal del Recih: «Göring, preparémonos para cinco años». No porque yo creyera que la guerra va a durar cinco años, pero sí para dar a entender en todo caso que Inglaterra será derrotada de una manera o de otra. No conozco más emplazamiento que éste.

Naturalmente que he preparado todo con sumo cuidado. Eso ya se lo pueden ustedes imaginar.

Y cuando los ingleses, muy curiosos, se preguntan «pero, ¿por qué no viene?», que no se preocupen, ¡llegará! No se debe ser siempre tan curioso.

Este mundo será libre. Hay que terminar con el abuso de que una nación pueda, cuando se le antoje, bloquear un continente. Hay que acabar en el futuro con la posibilidad de que un Estado pirata, de tarde en tarde, cuando buenamente se le ocurra, pueda someter al hambre y la miseria a 450 millones de seres humanos. Como alemanes no estamos dispuestos a dejarnos imponer por Inglaterra lo que debemos o no debemos hacer, incluso si podemos o no tomar café. Si a Inglaterra no le parece bien, entonces impide que recibamos café. A mí personalmente me da igual. Yo no bebo café. Pero me molesta extraordinariamente que otros que quieren beberlo no puedan. Y, sobre todo, me parece intolerable que una nación de 85 millones de seres pueda, en cualquier momento, ser castigada por otro pueblo en cuerpo y alma, cuando se le ocurra a cualquier plutócrata de Londres. He tendido la mano al pueblo británico numerosas veces, ustedes lo saben, como no ignoran que era una parte de mi programa de política exterior. Recientemente he repetido el mismo gesto. Ahora me decido por la lucha, hasta lograr una clara solución definitiva. Esta solución sólo podrá ser la desaparición de ese régimen lamentable e infame, y la imposición de un sistema en el que resulte imposible en el futuro que una nación tiranice a Europa entera cuando le venga en gana.

Alemania e Italia se van a preocupar de que tal cosa no se repita una segunda vez en la Historia. Y en esto no le va a valer a Inglaterra ninguno de sus aliados, ni el emperador Haile Selassie, ni el señor Benes, ni ningún otro; ni el rey Haakon, ni la reina Guillermina, ni el general francés De Gaulle. Ninguno de ellos podrá hacer nada. Y sean cuales sean sus planes, escondan lo que escondan en lo más recóndito de su corazón, nosotros estamos alerta y preparados, dispuestos y decididos, a actuar en cualquier momento.

General "Hechos" contra general "Fanfarria"

A nosotros no se nos asusta con nada. Nosotros, nacionalsocialistas alemanes, nos hemos formado en la más dura escuela que pueda imaginarse. Fuimos soldados en la Gran Guerra y luego combatientes del renacer alemán. Lo que tuvimos que soportar en esos años nos ha endurecido. Por eso ni nos sorprende ni nos asusta nada.

Cuando, hace un año, Inglaterra entró en la contienda, decían los ingleses: «Tenemos un aliado». Nosotros sentíamos curiosidad por saber de quién se trataba. Entonces añadieron: «Nuestro aliado es un general. Se trata del general Revolución.» ¡Ajá! Y esos son los que creen tener una idea de lo que es un Estado popular nacionalsocialista. Y por eso esperan en Londres los resultados de la actividad de ese general Revolución. El 6 de septiembre no hizo nada, el 7 de septiembre tampoco y con el 8 de septiembre llegó la desilusión. Porque, de acuerdo con sus declaraciones, el general Revolución debía haber hecho algo durante la semana. Pero no hubo manera de dar con él.

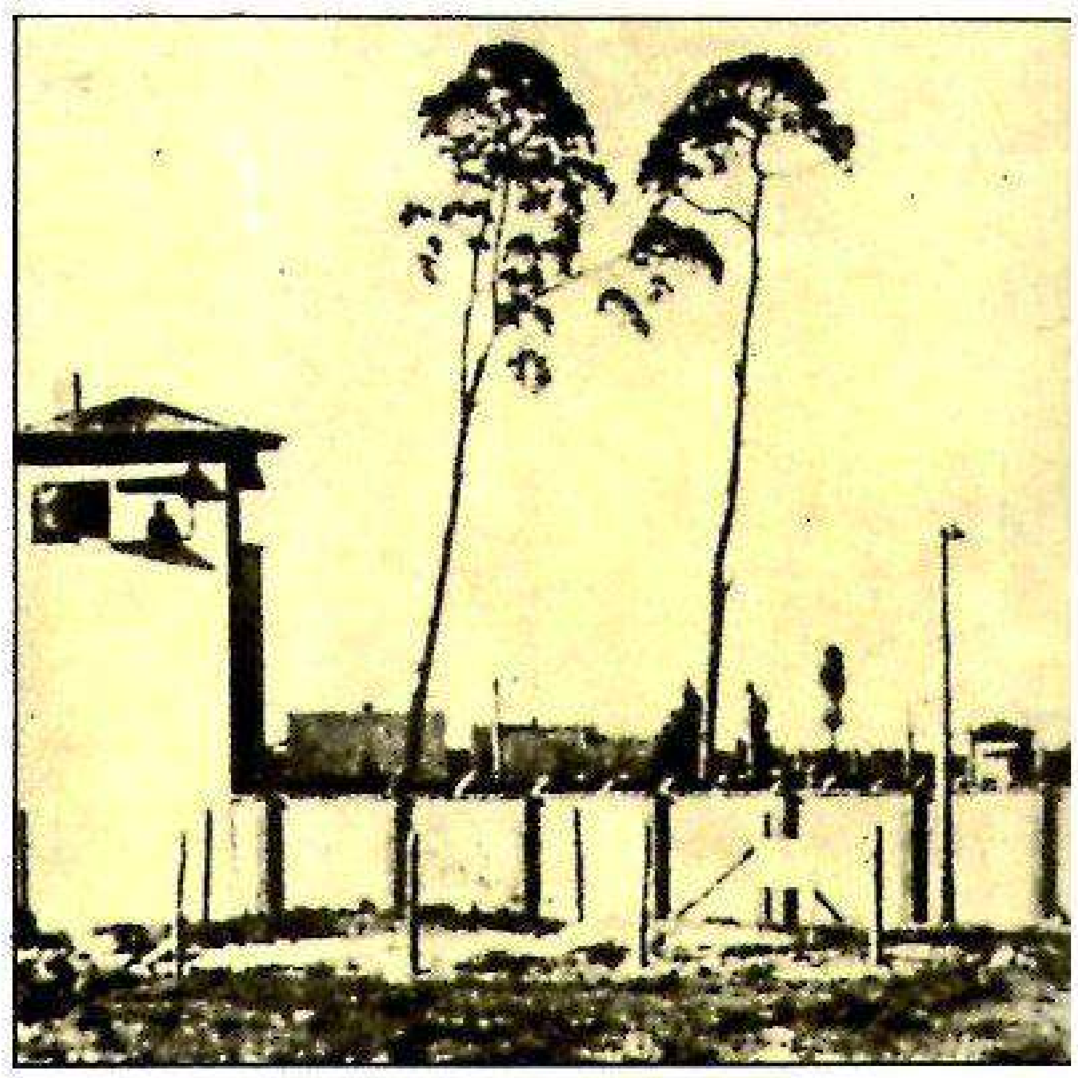
Entonces se volvió con otra cantinela: «Tenemos otro aliado. Es el general Hambre». Nosotros, sin embargo, sabíamos de antemano que esos grandes amigos de la Humanidad, como en la primera Guerra, intentarían por todos los medios que millones de mujeres y niños padecieran hambre, y nos habíamos preparado en consecuencia. También este general resultó ser un mal invento, un fantasma, un error, una visión demencial de mister Churchill. Ahora han dado con otro general, el general Invierno. Ya estuvo por aquí una vez y fracasó, y fracasará ésta, y seguirá fracasando.

Los ingleses deberían, pues tan amigos son de los más extraños generales, ascender a mariscal al más importante entre sus filas: al general Fanfarria. Este es en realidad su único aliado y bien merece ser ascendido. A nosotros ni siquiera este general nos causa sensación. Con su ayuda se podrá quizás embaucar al pueblo británico, pero no al alemán, que conoce a Inglaterra a la perfección.

Toda esa charlatanería de mister Churchill o de mister Eden –la piedad impide hablar de mister Chamberlain– deja al pueblo alemán tan tranquilo o le mueve a la risa. No hay en nuestra lengua ningún adjetivo apropiado para tipos como Duff Cooper. Hay que descender al argot o al lenguaje popular, y aquí en Baviera existe una palabra que se puede emplear para definirle: Kramphenne *(gallina epiléptica).*

Pueden estar seguros de que con esos métodos no ganarán la guerra. Los otros, gracias a Dios, están en nuestras manos y van a seguir estándolo.

Cuando llegue la hora, nosotros sustituiremos a los generales Revolución, Hambre, Invierno o Fanfarria; es decir, los sustituirán los Hechos y entonces veremos quién dice la última palabra.



SACHSEN-HAUSEN

388 hectáreas rodeadas de alambradas, 68 barracones para los prisioneros y una fábrica de ladrillos en la que los detenidos debían realizar jornadas de trabajo forzoso: esto era el campo de concentración de Sachsenhausen. No hay que confundirlo con los campos de exterminio de Auschwitz y Treblinka, que fueron construidos en el mayor secreto en 1941. Sachsenhausen funcionaba desde la toma del poder y a él fueron a parar los enemigos del régimen. La opinión pública conocía su existencia; ignoraba, sin embargo, lo que sucedía allí porque quienes lograban la libertad sabían guardar el secreto. Ludwig Bethen es el autor del relato.

Venían desde la estación en largas columnas, indefensos. A menudo atados unos con otros, acompañados por los gritos de los SS y acosados por los perros: «¡Queréis andar de una vez, bandidos! ¡Cerdos! ¡Criminales!». Patadas. Golpes con la culata. «¡Uno-dos; uno-dos; uno-dos! ¡Así hasta que os caigáis muertos!»

Delante del barracón administrativo del campo esperaban ya los guardianes al nuevo destacamento. «¡Mirad esa piara de cerdos! ¡No tienen nada de lo que hay que tener, salvo la bocaza para hablar contra el *Führer*! ¡Para insultar a Alemania! ¡De rodillas! ¡Las manos detrás de la nuca! Este era el saludo tradicional en Sachsenhausen. Y sin consideración al tiempo: lo mismo bajo el sol abrasador, que bajo una tempestad de lluvia o en medio de un frío intenso. Sometidos a interrogatorio por los guardianes, que insultaban, confundían y buscaban la retractación. Tras varias horas de «recibimiento», el prisionero era enviado a patadas al barracón de los presos políticos donde se tomaba nota de sus datos personales: «¡Tú, cerdo asqueroso! ¡Te he preguntado por la gran puta que te echó al mundo!». El acta sobre el detenido contenía, aparte de los datos personales y del informe de la Gestapo, el tiempo que había servido en el Ejército, la militancia política, si tenía antecedentes penales y la categoría como preso. A esto se añadían más tarde las partidas de bautismo y de matrimonio y los protocolos posteriores a que diera lugar la orden de detención.

El preso, siempre al galope

El detenido debía prestar su declaración en posición de firmes, mientras el vigilante escribía el protocolo a máquina ayudándose de dos dedos, y escuchar las observaciones que se le ocurrieran a éste. Por ejemplo, que su padre hubiera hecho mejor en tener relaciones con una burra en vez de darle a él la vida. El preso no pasaba de ser un elemento dañino para la sociedad, que no merecía gozar del sol alemán. Su familia constituía un nido de ratas reaccionarias. El menor gesto, el más pequeño movimiento y sonaban las bofetadas. También se empleaban otros procedimientos: «¿Usted ha combatido en el frente? ¿Y hasta ha ganado una condecoración? Lo mejor que podríamos hacer sería cavar un hoyo y meterlo dentro». Deshecho, acabado, sin capacidad alguna para pensar, el prisionero atravesaba al galope la puerta del campo, sobre la que se hallaba escrito en grandes letras de hierro: «A cada uno lo suyo» «El trabajo hace libre». En la plaza, el jefe de día, se enfrentaba a la formación de harapientos prisioneros; su figura era amenazadora: las piernas abiertas, los pulgares en el cinturón, la gorra ladeada. «¡Y ahora poned atención, cochinos!» Acto seguido la orden del día, más las penas a que se exponían los infractores: ayuno, trabajo forzado, ejercicios de castigo, compañía de castigo, azotes, atarlos a las alambradas, arresto mayor, fusilamiento, horca.

Tras las advertencias, a la carrera hasta el baño. El momento era aprovechado por vigilantes y mandos del campamento para desplumar a los nuevos. Todo se convertía en botín propicio: el reloj, el anillo de boda, el tabaco, el dinero. «¡Dame acá! Después de todo somos compañeros. Ya te compensaré de alguna manera. A fin de cuentas te lo van a quitar en la intendencia».

El barbero se encargaba de rapar al detenido y no sólo la cabeza. A continuación, y según el humor del vigilante, el prisionero soportaba una ducha helada o una hirviente. Y de allí, siempre al galope, a la intendencia. Aquí se le entregaban al nuevo las ropas a rayas: pantalón, chaqueta, camisa, calzoncillos, unos trapos para cubrirse los pies y unos zuecos de madera. «¡Vale! ¡Esto no es un salón de moda! ¡Fuera!» Después de ser degradado a la categoría de esclavo del III Reich y vestido en consecuencia, el prisionero pasaba a inscribirse en el registro interior del campamento. Se le confiaba un número y, según los casos, un triángulo de color que debía llevar siempre sobre el traje: Rojo = político. Azul = emigrante. Verde = criminal. Negro = asocial. Pardo = gitano. Rosa = homosexual. Los judíos, además, llevaban bajo el triángulo correspondiente un gran círculo amarillo con la estrella de seis puntas. Para los enfermos mentales los SS habían ideado algo especial: un brazalete con la inscripción: «Idiota».

Los SS se encargaban de levantar de sus colchonetas a los esclavos, en verano entre las cuatro y las cinco de la mañana, y en invierno entre las seis y las siete. En treinta minutos debían levantarse, lavarse, doblar sus colchonetas y desayunar: un pedazo de pan de la ración diaria y medio litro de caldo o de un agua oscura y amarga que ellos llamaban sucedáneo de café. Inmediatamente después se formaba para pasar lista.

De madrugada, en pleno invierno, iluminados por la luz de los reflectores y en columna de a ocho, los presos se dirigían a la explanada del campo. Visión fantasmagórica: diez mil, veinte mil prisioneros en sus miserables trajes de rayas intentando obedecer a la voz que resonaba en los altavoces: «¡Cubrirse!» «¡Descubrirse!» Y si no acertaban a realizar automáticamente, a una, el movimiento tenían que aguantar todos los

El campo de concentración de Sachsenhausen, cerca del canal de Neuruppiner, también llamado de Oranienburg por hallarse en las inmediaciones de esa localidad.

improperios: «¡Malditos cerdos! Si sois tan vagos que no podéis dejar al aire vuestras calvas cuando se os ordena, yo os voy a enseñar a hacerlo hasta que reventéis!». Se pasaba lista a los presos, operación que duraba una hora. Luego se formaban los grupos de trabajo. En columna de cinco en fondo, en correcta formación, se dirigían al tajo. Al pasar por la puerta del campo resonaba de nuevo el grito de «¡Cubrirse!» «¡Descubrirse!»

En los grandes campos funcionaban fábricas y talleres disfrazados por las SS con nombres inofensivos. Detrás de la «Deutschen Erd- und Steinwerke GmbH», por ejemplo, se ocultaba el comando de trabajo exterior del campo de Sachsenhausen dedicado a la fabricación de ladrillos. En el bosque cerca de Lehnitz-Schleuse se empezó a construir en 1938 una fábrica de tejas y ladrillos con horno subterráneo. Más de dos mil prisioneros trabajaron día tras día con picos, hachas y palas en el empeño. Los árboles abatidos fueron transportados a hombros.

La «baja» diaria de treinta prisioneros era cosa corriente y no preocupaba a los vigilantes, que volvían a tener al día siguiente el número de esclavos necesarios. La construcción de los pabellones se realizó en muy poco tiempo. Se emplearon miles de sacos de cemento. El transporte de los sacos desde las gabarras hasta la obra se hizo a paso ligero. Se habían proyectado 24 hornos, pero al ponerse en marcha los primeros se descubrió un defecto de construcción y hubo que destruirlos.

«Aquí estaba todo el mundo desbordado por el trabajo –cuenta un superviviente del campo–. Ahí se destruyeron viejos hornos, allí un depósito, una mezcladora; llevadas a la obra, sin grúa y sin cabrestantes, por los presos. El transporte se movía como un monstruo de mil pies por encima de los tablados y andamios de que estaba cubierta la nave. El polvo, el humo y la humedad envenenaban al ambiente. Había un ruido ensordecedor de cadenas, ruedas mal engrasadas y silbatos de los contramaestres y capataces. Todo se hacía al galope. Los presos sólo podían moverse a paso ligero, con o sin carga. En un sitio arrastraban sobre la arcilla una apisonadora de varias toneladas. En otro formaban al trote una cadena de transporte para el cemento. El polvo ceniciento e irritante resbalaba sobre el cuerpo sudoroso y se infiltraba en la piel, en los pulmones. Sobre los esclavos agotados caía además el hollín y el humo de las máquinas. Los vigilantes golpeaban sin compasión a los prisioneros que caían bajo el peso de la carga. En la zona pantanosa de Erlengrund, que se traga a todos cuantos se aventuran en ella, los esclavos trabajaban empujando las sobrecargadas carretillas por encima de un estrecho andamiaje. Si la rueda de la carretilla se atrancaba, el prisionero debía jugarse la vida para sacarla de allí; y si él caía en el pantano, se ahogaba.

El grupo de la fábrica de ladrillos no regresaba al campo a mediodía. A esa hora se escuchaban los silbatos de los capataces. Los prisioneros acudían, siempre a paso ligero, y formaban ante la fábrica, donde en grandes peroles esperaba la sopa de patatas o de nabos. Se comía de pie, con frío o calor, bajo la lluvia o la nieve.

La brigada suicida

La arcilla procedía de una cueva situada a un kilómetro de la fábrica. Con el agua hasta las rodillas, cada tres presos debían extraer y desmenuzar treinta vagonetas de barro, mientras otros, cuesta arriba, las llevaban hasta el horno. El nombre de «brigada suicida» no se había dado a la ligera. Muchas veces, los presos se arrojaban desesperados ante las vagonetas que se desprendían de las manos de los esclavos y retrocedían a toda velocidad. Para los SS era una cuestión de rutina que obligaba a detener durante algunos minutos el transporte de las vagonetas. «¡El maldito cerdo prefiere irse con su Cristo antes que seguir trabajando!»

Como es natural en el trabajo de esclavos, los presos eran castigados con frecuencia. A la menor falta, el prisionero debía permanecer a la puerta del campo en posición de firmes. Hiciera frío o calor, el castigo duraba de la mañana a la lista de la noche. Un castigo más duro eran los llamados «ejercicios». Entre los vigilantes había verdaderos expertos en la materia. Y otros que se disputaban la oportunidad de golpear a un prisionero. En este caso se ataba al detenido a un caballete y se descargaban sobre él entre cinco y veinticinco palos, con frecuencia sobre las asentaderas desnudas. La víctima debía, además, contar los azotes en voz alta.

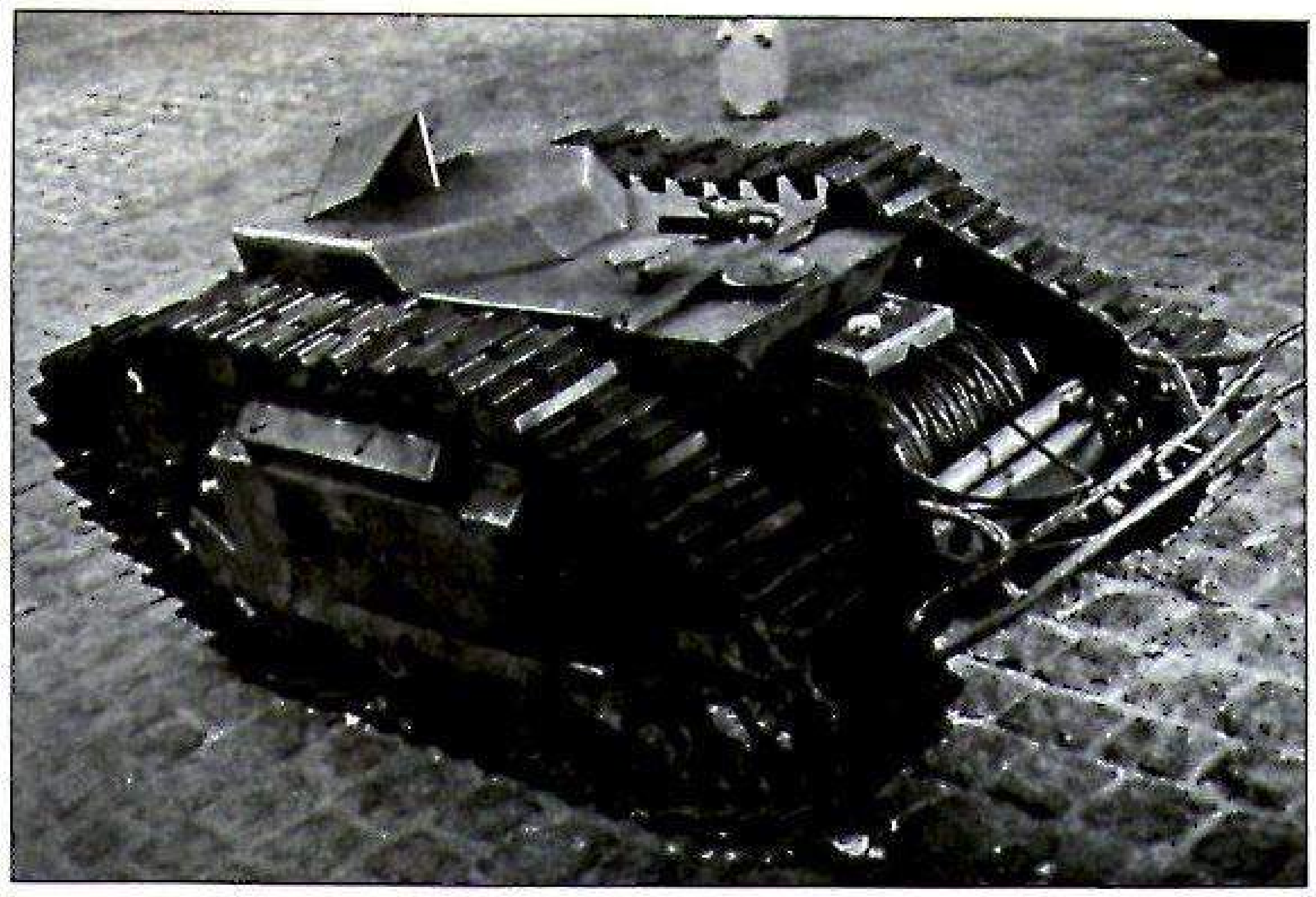
En caso de equivocarse, el SS empezaba de nuevo. Peor que los azotes era la «crucifixión». Se sujetaban los brazos del prisionero, por detrás, con una cadena, se pasaba una estaca por entre ellos y se le colgaba. Para que no faltara detalle, la propia víctima debía preparar tronco y estaca. La gran falta del preso era no reunir las cualidades que Hitler consideraba indispensables para su nueva sociedad. A veces todo el campo era objeto de castigo, como ocurrió el 21 de octubre de 1940 al fugarse un prisionero...

«Doce mil hombres –cuenta un testigo– de pie en la plaza del campo, desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche: sin comer ni beber, sin poder ir a las letrinas. Vimos salir el sol, llegar el mediodía, soportamos luego un aguanieve otoñal y la noche helada. Cientos perdieron el sentido. Y lo peor era que al día siguiente tendríamos que seguir con los trajes mojados. No había la menor posibilidad de secarlos. Los barracones sólo podían calentarse a partir del 15 de noviembre». Para ablandar a los nuevos los SS encerraban a cien o doscientos, y a veces más, en el mismo barracón, donde tenían que estar como sardinas, con las puertas y las ventanas cerradas. A los prisioneros que intentaban huir se les colgaba en público, delante de todos los internados. La mayor parte de las veces la ejecución se llevaba a cabo por la noche. Cuando los presos volvían del trabajo se encontraban ya con los preparativos. Los presos del destacamento «Z» se encargaban de colocar la soga sobre la puerta del campo. Una vez terminada la retreta o lista de la noche, el oficial de las SS hacía saber que el *Reichsführer* SS había ordenado el ahorcamiento. Un SS colocaba el lazo al cuello del esclavo, previamente atado, y de un golpe retiraba la silla que le sostenía.

También había una compañía de castigo. Para distinguir a sus componentes, éstos llevaban sobre la chaqueta y el pantalón un punto, muy visible. Los esclavos de esta compañía trabajaban desde la madrugada hasta bien entrada la noche, siempre a paso ligero y bajo los golpes de los capataces. Sin reposo alguno, debían cargar carretillas y vagonetas de tierra, transportarlas, descargar, volver a cargar y así sucesivamente, siempre con la misma tierra y con las mismas piedras. También eran atados a las vagonetas con la arcilla extraída, que regresaban a una velocidad difícil de mantener por los esclavos, atropellándolos a menudo.

La compañía de castigo incluía el comando del calzado. Los prisioneros debían probar los nuevos modelos de botas del Ejército. Con objeto de conocer su resistencia se había construido un terreno de pruebas alrededor de la explanada, que comprendía trechos de cemento, de tierra movediza, de arena, de cenizas, de piedras, inundado: en total unos 700 metros. Por él marchaban desde las siete de la mañana los hombres del comando. La jornada diaria era de 40 kilómetros. Sobre las espaldas, una mochila con quince kilos de arena. Y así día tras día. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



Carro enano «Goliat» con el cable para conducción y encendido.

Goebbels, Joseph, político alemán nacido en Rheydt el 29-X-1897 y muerto en Berlín el 1-V-1945. Estudió germanística y se especializó en otras ramas. En 1921 se doctoró en Filosofía. Ingresó en el despacho del *Gauleiter* nazi Karl Kaufmann y en el partido, entre 1924 y 1925. En 1926 se convierte él mismo en *Gauleiter* de Berlín. Diputado del Reichstag en mayo de 1928. En noviembre de 1928 asume la responsabilidad de la propaganda del partido. El 13-III-1933 se le nombra «ministro de Información pública y Propaganda». Organizó el 1-IV-1933 el boicot contra los judíos y preparó propagandísticamente la «noche de los cristales» (10-XI-38). El 13-II-43 pronunció en el Palacio de los Deportes berlinés un discurso en el que hizo un llamamiento a la «guerra total». Poco después del 20-VII-1944 fue designado «plenipotenciario para la guerra total». Hitler lo designó en su testamento sucesor suyo, pero Goebbels se suicidó el 1-V-45 tras haber matado a toda su familia.

Goerdeler, Carl Friedrich, combatiente alemán de la resistencia nacido en Schneildemühl (Prusia occidental) el 31-VII-1884, y muerto en la prisión berlinesa de Plötzensee, ejecutado, el 2-II-1945. Fue teniente de alcalde de Königsberg entre 1920 y 1930, y, posteriormente, alcalde de Leipzig. En 1931/32 y 1934/35, comisario del Reich para el control de precios. Tras su dimisión, en 1937, pasa a formar parte de la empresa Bosch. Desde el comienzo de la guerra se convierte, con Beck, en cabeza rectora del movimiento de resistencia. Sus miembros le habían elegido previamente como futuro canciller del Reich. Hasta el final se mostró en desacuerdo

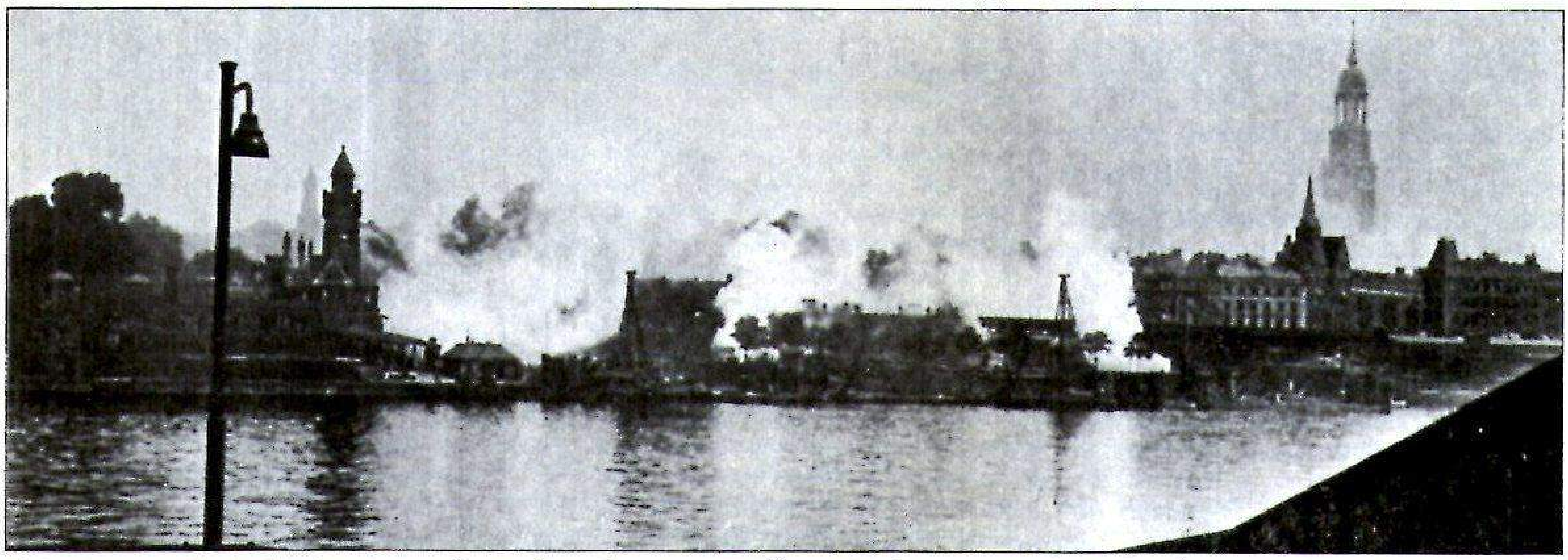


Carl Goerdeler.

con el atentado contra Hitler. El 17-VII-44 huyó cuando se le iba a detener, pero a finales de agosto fue identificado cerca de Elbing por una auxiliar de la *Luftwaffe,* que lo denunció. El 10-IX-1944 fue condenado a muerte por el «tribunal popular» de los nazis. Desde su celda colaboró en un trabajo encargado por Himmler para la reconstrucción y administración de las ciudades después de la guerra. Antes de su ejecución, el 2-II-1945, escribió una carta de despedida en la que decía: «Suplico al mundo que considere nuestro destino de mártires como penitencia del pueblo alemán.»

Goliath, carro de combate especial alemán. Se utilizaba para destruir puentes, barreras, trincheras, etcétera, sin empleo arriesgado de vidas humanas. Este carro, que podía transportar 90,7 kg de explosivos, era invulnerable a los disparos de la infantería enemiga. Se produjeron dos tipos de *Goliath: B-1-A* y *B-1-B,* que tenían las mismas medidas: 1,6 m de longitud; 0,66 de anchura; 0,67 de altura; peso, 362,2 kg. Velocidad, hasta 19 km/h. El *B-1-A* estaba impulsado por un motor Otto y era controlado por radio; tenía una autonomía de 1000 m. El *B-1-B* era impulsado por un motor eléctrico y conducido mediante unos cables; su autonomía era de 610 m.

«Golondrina» («Schwalbe»), nombre aplicado al caza a reacción alemán *Messerschmitt Me 262.* Primer vuelo a reacción el 19-VII-42. Pese a que pilotos y constructores se inclinaban a la producción en serie del aparato como caza monoplaza, Hitler decidió convertirlo en bombardero, que se incorporaría a los Grupos de combate con la denominación «pájaro de la tempestad» *(Sturmvogel).* Sólo unos pocos ejemplares pasaron a la aviación de caza, pero lograron tales éxitos que a finales de 1944 se creó el primer Grupo de caza a reacción, al mando del coronel Steinhoff. A comienzos de 1945, siguió la Agrupación «Turbo». Hasta el fin de la guerra se construyeron 1433 unidades. Datos de la versión monoplaza *Me 262 A-la:* 2 turbinas Jumo 004 de 900 kg de empuje; velocidad máxima: 860 km/h a 9300 m de altura; armamento: 4 cañones de 30 mm en la proa del fuselaje. Bajo las alas llevaba un dispositivo de lanzamiento para 24 cohetes R4M de 50 mm.



El barrio portuario de Hamburgo envuelto en humo como precaución contra los ataques aéreos enemigos. Sin embargo, esto no bastó para atenuar el efecto destructor de las bombas de la Operación «Gomorra». En la última semana de julio de 1943, el interior de la ciudad de Hamburgo quedó reducido a escombros y cenizas.

Gomel, ciudad de Rusia blanca. En 1939 tenía 144.000 habitantes. En sus inmediaciones, el Ejército 2 alemán y el 2.° *Panzergruppe* batieron, del 9 al 24-VIII-1941 al Ejército 21 y parte del Ejército 5 soviéticos. El 26-XI-1943 la ciudad fue reconquistada por el Ejército Rojo.

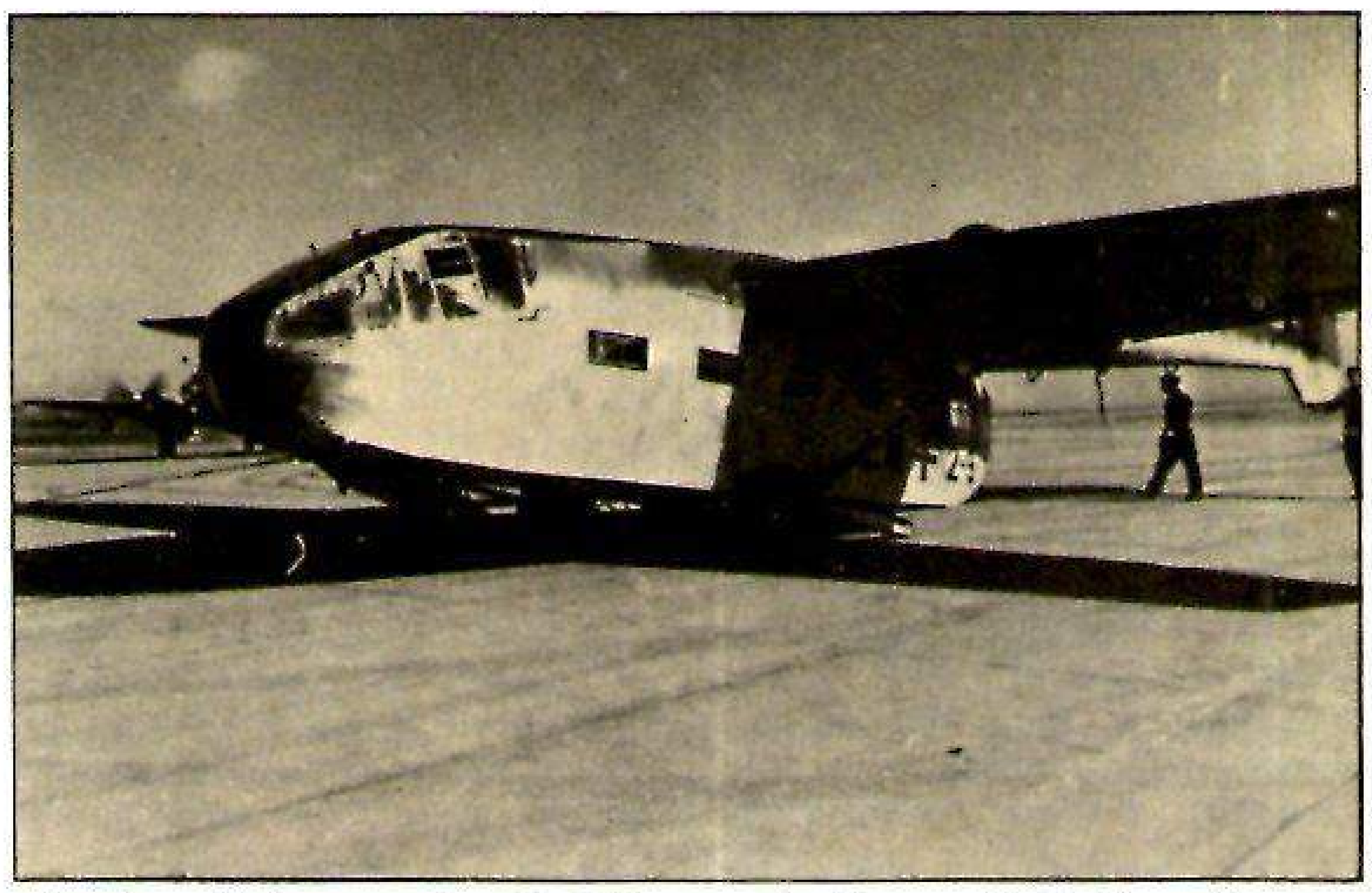
«Gomorra», nombre clave de los ataques aéreos aliados sobre Hamburgo. Entre el 24 y el 30 de julio de 1943 sobrevolaron la ciudad unos 3000 aviones ingleses y americanos, con siete ataques nocturnos y diurnos. Estos aparatos arrojaron en total unas 9000 t de bombas. Durante los bombardeos perecieron 30.482 civiles y resultaron destruidos 277.330 edificios (49,2% del total de la ciudad). El tonelaje total de los buques hundidos arrojó 180.000 t de registro bruto.

Göring, Hermann, mariscal del Reich y político alemán. Nacido en Rosenheim (Alta Baviera), el 12-I-1893, y muerto en Nuremberg el 15-X-1946. Oficial de Infantería en 1912; piloto en otoño de 1914; pilozo de caza en marzo de 1916. Al final de la primera Guerra mandaba el Grupo de Caza Richthofen. De 1919 a 1921, piloto civil en Dinamarca y Suecia. Encargado por Hitler de la creación y mando de las SA. Tomó parte en el golpe de Hitler en Munich, el 9-XI-1923. Como consecuencia, fue detenido temporalmente. Elegido para el Reichstag en 1928. Presidente del mismo desde el 30-VIII-1932 hasta 1945. Tras la toma del poder por los nazis, pasó a ejercer las funciones de ministro sin cartera, comisario del Reich para la Aviación civil y ministro del Interior de Prusia. Posteriormente se le designó jefe del Gobierno prusiano, jefe de la Gestapo, ministro de Aviación del Reich, jefe supremo de la *Luftwaffe* (1935), jefe del departamento de Bosques y Caza del Reich y, en 1936, encargado de la aplicación del plan cuatrienal. En 1938, general *Feldmariscal*; en el verano de 1940, mariscal del Reich. En abril de 1945 se trasladó, con el consentimiento



Hermann Göring.

de Hitler, a Berchtesgaden. Cuando trató de hacerse con el poder absoluto, Hitler lo mandó detener y le depuso de todos sus cargos. Fue hecho prisionero por los americanos el 8-V-45. Condenado a muerte en Nuremberg el 1-X-1946. Se suicidó en su celda el 15-X-46, envenenándose, a pesar del estricto control a que estaba sometido.



El velero de transporte «Go 242», construido por la Gothaer Waggon.

Gort, John Standish Vereker, vizconde de, mariscal británico (1-I-43) nacido en Londres el 10-VII-1886 y muerto en la misma ciudad el 31-III-1946. De 1937 a 1939, jefe del Estado Mayor del Imperio. De noviembre de 1939 a junio de 1940, comandante supremo del Cuerpo Expedicionario británico en Francia. Dirigió la retirada de las tropas británicas de Dunkerque. Desde el 20-VII-1940, inspector general de las tropas británicas.

Gotha, aparato de transporte de doble fuselaje de la *Luftwaffe*, construido en dos versiones: *Go 242* y *Go 244*. El prototipo se construyó en 1941 por la fábrica Gothaer Waggon, como velero de carga para un peso de 2400 kg, con una velocidad de arrastre de 240 km/h. El *Go 244* iba ya provisto de motor, a partir de 1942.

Gran Bretaña, monarquía constitucional. Tenía en 1940 unos 46 millones de habitantes. De acuerdo con la garantía dada a Polonia el 25-VIII-39, Gran Bretaña, en unión de Francia, declaró la guerra al Reich el 3-IX-39, al invadir las tropas alemanas el territorio polaco. El primer Gabinete de guerra lo presidió Chamberlain, que dejó paso a Churchill, el 10 de mayo de 1940 y su Gobierno de concentración nacional (Attlee vicepresidente del Gobierno; lord Halifax, ministro de AA. EE.; Eden, ministro de la Guerra). Las tropas alemanas lograron expulsar del continente a las británicas; por el contrario se perdió frente a la Aviación inglesa la posibilidad de dominar el cielo británico. Debido a esto Berlín renunció a la Operación «León Marino». Gran Bretaña se convirtió en la base de los bombardeos aliados contra Alemania. Al comenzar el ataque alemán contra la Unión Soviética, se firmó un acuerdo de asistencia mutua entre Londres y Moscú, ampliado el 26-V-42. Como consecuencia de la firma de la Carta Atlántica entre Churchill y Roosevelt el 12-VIII-1941 comienza la colaboración entre americanos y británicos (Conferencias de Washington 1942, Casablanca 1943, El Cairo 1943, Teherán 1943, Yalta 1945 y Potsdam 1945). Al terminar la guerra se disolvió el Gobierno de concentración. El 25-VII-1945 se formó un nuevo Gobierno bajo la presidencia de Clement Attlee (laborista).



John Gort.

Graziani, Rodolfo (marqués di Neghelli), mariscal de Italia (9-V-1936) nacido en Filettino el 11-VIII-1882 y muerto en Roma el 11-I-1955. Comandante general del Cuerpo somalí en 1935 y 1936. General jefe de Estado Mayor del Ejército del 31-X-39 al 25-III-41. En junio de 1940, comandante supremo de las tropas italianas del Norte de África. Del 22-IX-43 al 28-IV-45, ministro de la Guerra de la República fascista. Desde agosto de 1944, comandante supremo de los Ejércitos de Liguria. Condenado a 19 años de cárcel el 2-V-1950, y puesto en libertad el 28-VIII-1950.



Grecia año 1941: guardia conjunta germano-griega en Atenas.

Grecia, monarquía (hasta 1974) situada en el sur de Europa. En 1940 tenía unos 7,2 millones de habitantes. Tras la ocupación de Albania por parte italiana en abril de 1939, británicos y franceses garantizaron la independencia de Grecia. Pese a todo, después del ultimátum del 28-X-1940, los italianos atacaron Grecia desde Albania. Los griegos pasaron al contraataque y conquistaron a su vez una tercera parte del territorio albanés, que tuvieron que abandonar al participar en la batalla tropas alemanas que rompieron la Línea Metaxas el 6-IV-1941. Doce días después se suicidó el primer ministro griego Korisis. El 27 del mismo mes las tropas alemanas tomaron Atenas. El Cuerpo Expedicionario británico abandonó Grecia. Ocupación del territorio peninsular entre el 24-29 de abril.

El 1 de mayo del año 1941 se formó un nuevo Gobierno griego bajo la presidencia de Tsolakoglu, supeditado al control de las fuerzas de ocupación italo-germanas. El rey Jorge II huyó al extranjero. Se formó un Gobierno griego en Londres. Hasta septiembre/octubre de 1944, en que las tropas alemanas abandonaron Grecia, tuvieron que luchar continuamente contra la resistencia organizada por los partidarios del rey y los guerrilleros comunistas. En 1944/45 guerra civil. El Gobierno sólo pudo sostenerse



Alarma para los pilotos de la RAF que corren hacia sus «Spitfires».

gracias a la ayuda de las tropas británicas y americanas.

«Greif» («Grifo»), denominación aplicada al bombardero de largo alcance *Heinkel He 177*. Este aparato significó uno de los grandes fracasos de la aviación alemana. Primer vuelo el 19-XI-1939. Hubo que registrar numerosos fallos y muchos accidentes. Se le conocía también popularmente como «mechero del Reich». Se construyeron en total 1094 unidades, de las que más de 800 no llegaron a volar y permanecieron inactivas en tierra. Fue empleado como transporte de armas contra objetivos navales y como bombardero en el frente oriental y contra Londres, en el invierno de 1944. Datos del bombardero de autonomía media *He 177 A-5:* propulsión: dos motores de 2950 CV; dotación: 6 hombres; velocidad máxima: 565 km/h a una altura de 6600 m; autonomía: 3650 km; armamento: 2 cañones de 20 mm, dos ametralladoras gemelas de 13 mm, una de 13 mm y otra de 7,9 mm.



Mariscal von Greim.

Greim, Robert Ritter von, mariscal alemán, nacido el 22-VI-1892 en Bayreuth; muerto el 24-V-1945. Fue el primer piloto que logró en la primera Guerra Mundial destruir un carro de combate desde el aire. Después de la guerra estudió Derecho. En 1924 instructor en China. En 1927 piloto instructor en Würzburg. En 1935 coronel de Aviación. En 1939 participó en la campaña del Oeste como comandante en jefe del V *Fliegerkorps*. En 1942/43 comandante en jefe de la *Luftwaffe* en el frente oriental. Entre mayo de 1943 y abril de 1945, las escuadrillas a su mando pasaron a integrar la 6.ª *Luftflotte*. El 27 de abril de 1945 fue nombrado por Hitler comandante supremo de la *Luftwaffe* y ascendido a mariscal. Después de la capitulación, el 24 de mayo de 1945, se suicidó en el campo de prisioneros americano.

Gretchko, Andrei Antonovich, mariscal soviético y actual ministro de Defensa. Nació el 1-X-1903 en Poltava. Tomó parte durante el invierno de 1939/40 en la guerra contra Finlandia al frente de un Regimiento. Al comienzo de la contienda contra el Reich mandaba una División. Más tarde pasó a mandar un Cuerpo de Caballería. En 1942 general de División al frente del Ejército 47 y después como teniente general del Ejército 56. Tomó parte en enero de 1943 en la batalla del norte del Cáucaso. Más tarde, lugarteniente del general en jefe del 1.er Frente ucraniano. Mandó en el otoño de 1943, el Ejército 1 Guardias. Participó entre julio y agosto, en la reconquista de Ucrania oriental y combatió en los Cárpatos hasta el fin de la guerra. Mandaba las tropas soviéticas que sofocaron la rebelión de junio de 1953 en la República Democrática Alemana. Comandante en jefe de las tropas del Pacto de Varsovia desde 1960 y ministro soviético de Defensa desde abril de 1967.

«Grossdeutschland», División de Infantería (motorizada) creada en 1942 a partir del Regimiento de Infantería «Grossdeutschland» del Ejército de Tierra. Más tarde División acorazada. Desde mayo de 1942 destinada al frente oriental. El 13-XII-1944 se formó el Cuerpo de Ejército acorazado «Grossdeutschland» con la División acorazada del mismo nombre y la División acorazada «Brandenburg».

Grupo de Ejércitos, gran Agrupación de tropas de Tierra integrada por varios Ejércitos, al mando, por lo común, de un capitán general o de un general *Feldmariscal*. En el Ejército Rojo se designaba como Frente.

Guadalcanal, la mayor de las islas Salomón, en el Pacífico occidental (6475 km²). Ocupada por los japoneses en mayo de 1942. El 7-VIII-1942 desembarcaron en ella 11.000 hombres de la Infantería de Marina de los EE UU, que se enfrentaron primero a 2200 japoneses, obligándoles a retroceder hacia el oeste. Después de varios combates aéreos y navales, en los que ambas partes sufrieron grandes pérdidas, la isla cayó en poder de los americanos el 8-II-1942.

Guardia de Hierro (Gardâ de fier), movimiento político-popular rumano (1930). Sucesora de la organización antisemita y comunista «Liga del arcángel San Miguel», fundada en 1927 por Codreanu (muerto en 1938). Fue prohibida en 1933. Con Antonescu (véase) fue incorporada al gobierno una vez accedió éste al poder, el 4-IX-40. Disuelta tras el intento de golpe de estado (20/23-I-42). El jefe de la «Guardia de Hierro», Horia Sima, fundaría en agosto de 1944, en Viena, un gobierno en el exilio para enfrentarse al de Bucarest, de inclinación prosoviética.



Heinz Guderian.

Guderian, Heinz, general alemán nacido en Culm (Prusia occidental) el 17-VI-1875 y muerto en Schwangau el 15-V-1954. Organizador de los Ejércitos acorazados alemanes, que mandó desde 1938 hasta diciembre de 1941, en que se le retiró del puesto. En marzo de 1943 se le encomendó la inspección general de estas tropas acorazadas. El 10-VII-1944 fue ascendido a jefe del Estado Mayor, cargo del que se le destituyó el 28-III-1945.

Guerra aérea, V. Bombardeos aéreos.

Guerra de convoyes, empleo de buques de guerra regulares y auxiliares contra las rutas de navegación de un Estado en ultramar. Durante las dos guerras mundiales fue utilizado con gran éxito por la Marina alemana contra las comunicaciones marítimas aliadas en los océanos Atlántico, Índico y Pacífico. Los cruceros auxiliares (mercantes armados) alemanes hundieron de 1940 a 1943 un crucero británico y 138 buques mercantes aliados y neutrales con un total de 857.533 t de registro bruto. Ante estos hundimientos de buques se produjo una estrecha unión entre los navíos de guerra aliados con el fin de proteger las rutas marítimas.

De Rapallo al Pacto de No Agresión

En abril de 1922 se desató una oleada de estupor, de temor y de cólera en la prensa francesa e inglesa. Al margen de la Conferencia económica mundial de Génova, el Reich alemán y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas establecieron en Rapallo, el 16 de abril, un pacto de amistad.

El Reich alemán y la Unión Soviética se hallaban excluidos del «trato social» de las naciones desde 1918/19 y marginados en la política mundial. Tampoco pertenecían a la Sociedad de Naciones de Ginebra. Los antiguos aliados exigieron en Génova reparaciones por los préstamos que otorgaron, sobre todo Francia, al régimen zarista, derribado por el bolchevismo de Lenin en 1917, e indemnizaciones a las empresas occidentales afectadas por la nacionalización total de la industria rusa. A su vez los soviéticos presentaron también la cuenta y exigieron reparaciones de guerra a Inglaterra y Francia por un total de 20.000 millones de rublos a título de «daños derivados de la intervención» de tropas aliadas al lado del «ejército blanco» durante la guerra civil de 1918/20.

Las conversaciones quedaron en punto muerto. En estas circunstancias, el jefe de la sección oriental del Ministerio de Asuntos Exteriores, barón von Maltzan, tuvo la ocurrencia de proponer a su ministro, Rathenau, que buscase una aproximación a los soviéticos. Así se llegó al pacto de Rapallo, que no era una alianza sino un tratado de amistad.

En la Unión Soviética seguía en plena vigencia la doctrina de Lenin según la cual había que alcanzar e incluso superar el capitalismo con ayuda de los propios capitalistas. Las relaciones económicas desarrolladas rápidamente entre los soviéticos y la industria alemana constituyeron una ayuda inestimable para la creación de una industria soviética propia, pero al tiempo estas relaciones abrieron a los industriales alemanes el gigantesco mercado ruso.

En 1922, la empresa constructora de aviones del profesor Hugo Junkers, de Dessau, recibía autorización para abrir una filial cerca de Moscú, en Fili. Este convenio violaba la imposición a la que se sometió a Alemania, según la cual Berlín ni siquiera podía fabricar aviones civiles. El profesor Junkers estableció así los fundamentos para la organización de una futura red aérea soviética. En 1923, la casa Friedrich Krupp, de Essen, obtenía a su vez la concesión de un amplio terreno junto al Mánich, destinado a experimentar nuevos métodos agrarios y maquinaria moderna para el campo.



«El fascismo significa la guerra». He aquí un cartel soviético de 1936, época en que Alemania y la Unión Soviética se presentaban ante el mundo como enemigos encarnizados.

Para la industria alemana de la maquinaria, electricidad y motores, los negocios con Rusia fueron un factor de primer orden. En 1931 las exportaciones de productos alemanes a la Unión Soviética ascendían a 762,2 millones de marcos. Al mismo tiempo se constituyeron numerosas sociedades mixtas germano-soviéticas para el desarrollo del transporte, comunicaciones aéreas, comercialización y aprovechamiento de la concesión de Krupp en el sector del Mánich, en el lejano territorio de Kubán, al norte del Cáucaso. Por su parte, la Unión Soviética ofreció cereales, petróleo y sus derivados y mineral. Miles de ingenieros alemanes se trasladaron a las plantas de producción soviéticas para realizar funciones de instructores. Sin esa ayuda exterior, la creación de una industria pesada rusa, propugnada por Stalin a partir de 1928, apenas hubiera podido imaginarse. La situación quedaría alterada tras la toma del poder por Hitler, el 30 de enero de 1933. Hasta entonces el floreciente negocio con Rusia había tenido una doble faceta: en la época de las buenas relaciones entre la Wilhelmstrasse y el Kremlin existía en Alemania un poderoso partido comunista a la vista de todos, que a partir de 1923 había renunciado a sus aspiraciones de conquistar el poder por la fuerza. Con Hitler empezó la caza de comunistas por toda Alemania. Sin embargo, no hubo obstáculos para proseguir las relaciones económicas normales con los soviéticos. El 9 de abril de 1935 el Gobierno de Moscú recibía un nuevo crédito comercial por valor de 200 millones de marcos, a pesar de que, al mismo tiempo, la propaganda nacionalsocialista clamaba contra el «enemigo número uno, judeobolchevique». Con el propósito de reactivar las relaciones económicas, Stalin intentó asimismo entrar en contacto estrecho, a partir de 1939, con el propio Hitler.

En agosto establecían ambos un pacto de amistad y de no agresión, que desconcertó al mundo tanto como el acuerdo de Rapallo. Las relaciones comerciales germano-soviéticas se mantuvieron a un ritmo ascendente hasta que, en junio de 1941, se produjo la marcha alemana contra Rusia y todo terminó entre los dos países. A diferencia del socialista Stalin, el nacionalsocialista Hitler no tenía el menor interés en mantener unas relaciones económicas en régimen de colaboración.

Walter Görlitz □

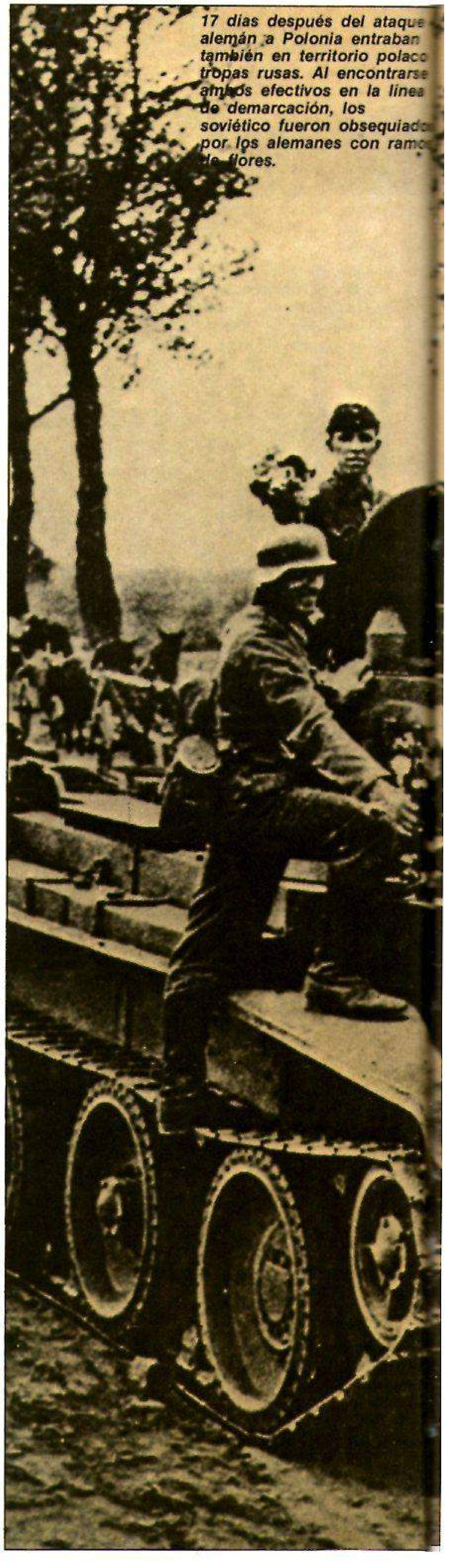
Alemania y la Unión Soviética 1939-1941

Christian Gollnow

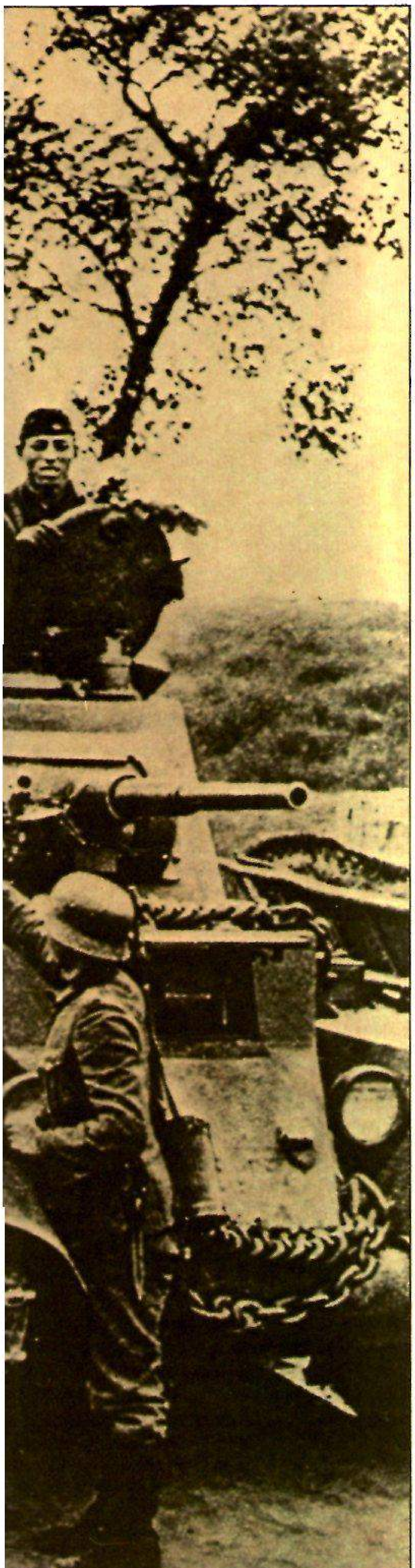
DE CÓMPLICES A ENEMIGOS MORTALES

El mundo reaccionó con asombro ante la noticia del pacto establecido en agosto de 1939 entre Hitler y Stalin. ¿Es que había intereses comunes entre ambos Estados? El fantasma se desvaneció en junio de 1941, cuando los soldados de Hitler se adentraron en tierra rusa. Pero, ¿qué había ocurrido hasta entonces?

Moscú, domingo 22 de junio de 1941, a las 4 de la madrugada. El embajador alemán, Friedrich Werner, conde von der Schulenburg, se encontraba, con la cara transida por el sueño, ante el escritorio de Viaceslav Molotov, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores de la URSS. Con voz opaca, Schulenburg leyó una nota de su Gobierno cuya última frase era ésta: «La actitud inamistosa del Gobierno soviético respecto de Alemania y la grave amenaza que ve el Reich en la concentración de tropas rusas en la frontera oriental alemana le ha obligado a adoptar medidas militares. Estas medidas han sido tomadas esta mañana.» Molotov palideció. «Esto significa la guerra –dijo en tono de fatiga, y añadió–: ¿Es que realmente nos la merecemos?» Schulenburg no respondió, pero a sus ojos asomaron las lágrimas. Molotov tendió entonces la mano al embajador alemán como despedida.
Al propio tiempo, en Berlín, el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop, entregaba la misma nota al embajador soviético, Vladimir Dekanosov. Este no pudo articular palabra durante varios segundos. Cuando al fin logró reaccionar, se limitó a afirmar secamente: «A la vista de la situación no me queda otra alternativa que dirigirme al jefe de protocolo del Ministerio para que disponga las medidas oportunas con el fin de que mi embajada pueda regresar a Moscú.»
Media hora antes de ambas entrevistas habían penetrado en la Unión Soviética, en un frente amplio y envueltos en las brumas del amanecer, tres Grupos de Ejércitos alemanes, junto con unidades acorazadas y motorizadas, tras una preparación intensa de la artillería.
El Pacto de No Agresión germano-soviético, establecido el 23 de agosto de 1939 para un período de 10 años, ni siquiera había tenido una vigencia de dos. Ese acuerdo le había servido a Hitler para invadir impunemente Polonia y, con ello, dar los primeros pasos de una contienda que luego sería la «segunda Guerra Mundial».
¿Cómo fue posible que los cómplices que se habían repartido amigablemente el botín terminasen tan pronto convertidos en enemigos mortales?
Aquel curioso «maridaje» entre el nacionalsocialismo y el comunismo, sorprendente para el mundo entero, había empezado en una franca armonía. Junto con el Pacto de No Agresión suscrito el 23 de agosto de 1939, se había firmado también, en las primeras horas de la mañana del 24 de agosto,



17 días después del ataque alemán a Polonia entraban también en territorio polaco tropas rusas. Al encontrarse ambos efectivos en la línea de demarcación, los soviético fueron obsequiados por los alemanes con ramos de flores.



un protocolo que sometía a la «esfera de intereses» de la Unión Soviética a Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia oriental y la Besarabia rumana. Ribbentrop subrayó, por encargo de Hitler, que era urgente poner en vigor este acuerdo, indicándose con ello que Alemania «se desinteresaba de tales regiones».

Una cruzada olvidada

Para Stalin eso fue un triunfo. Había obtenido grandes beneficios de sus negocios con Hitler sin que le costase literalmente nada. Hasta le pareció que carecía de sentido proseguir sus negociaciones con Inglaterra y Francia. Las potencias occidentales jamás le hubieran regalado los Estados bálticos, el Este de Polonia y la parte oriental de Rumania. Hitler sí lo hizo. El pacto Antikomintern podía olvidarse. Como estaban ya olvidadas las proclamas anticomunistas, la «cruzada contra el comunismo», que Hitler había predicado durante décadas. En los brindis tras la firma del acuerdo, Ribbentrop se permitió bromear: «El pacto Antikomintern no se dirige contra la Unión Soviética sino contra las democracias occidentales. Quién sabe si algún día la propia Unión Soviética no se adherirá a este pacto Antikomintern.»

A pesar de la fraternidad oficial, Stalin continuó desconfiando. Cuando despidió a Ribbentrop en la mañana del 24 de agosto llevó aparte al ministro alemán y le comunicó: «Nuestro Gobierno toma muy en serio el nuevo pacto. Le puedo asegurar, bajo mi palabra de honor, que la Unión Soviética no traicionará a sus compañeros.» Stalin temía en secreto que él fuera el traicionado. El 5 de septiembre, cuando las tropas alemanas habían penetrado muy en el interior de Polonia, Molotov insistió a Ribbentrop en una carta sobre los «términos específicos en que estaba redactado el protocolo secreto del pacto germano-soviético en materia de demarcaciones concretas». Esta línea de demarcación a la que hacía referencia había de ser delimitada por los ríos Narev, Vístula y San.

El 17 de septiembre, muy de mañana, las tropas soviéticas cruzaron los límites orientales de Polonia. Moscú alegó que el Estado polaco había dejado de existir. En consecuencia la Unión Soviética se sentía obligada a intervenir con el fin de proteger a sus hermanos ucranianos y rusos blancos y, al tiempo, «crear condiciones de un trabajo en paz» para esa infeliz población.

Cuando el Ejército Rojo penetró en Polonia, unidades alemanas se encontraban ya a unos 200 kilómetros al este de la línea de demarcación. Los soviéticos quedaron asombrados ante el avance alemán. En algunos puntos se produjeron intercambios de disparos entre las tropas soviéticas y las alemanas. Pero, al fin, pudo evitarse un conflicto porque el general von Brauchitsch, comandante supremo del Ejército, ordenó a las tropas bajo su mando que se replegasen tras la línea del Narev, Vístula y San. De cara a la propaganda se filmó el «encuentro cordial» de soldados germanos y soviéticos en Brest-Litovsk.

El 29 de septiembre Ribbentrop y Molotov firmaron un nuevo acuerdo de amistad y de fronteras: Alemania se apropiaba del territorio situado entre Varsovia y el Bug, la «vaivodía» de Lublin, ambos situados al este de la línea de demarcación, así como el cabo de Suwalki, limítrofe con Lituania. Como contrapartida, el Reich se obligaba a mantener a Lituania fuera de su esfera de intereses.

Hitler había ganado la guerra contra Polonia, pero el gran triunfador fue Stalin. Rusia se había adueñado de la mitad del territorio polaco. Los Estados bálticos, por otra parte, se convirtieron en 1939 en algo así como protectorados soviéticos. Y Hitler apenas tenía ya posibilidad de frenar la expansión soviética hacia el Báltico y Centroeuropa. Necesitaba tener las espaldas libres en el Este, en tanto los franceses e ingleses se mantuviesen en armas contra él por el Oeste.

Hitler también tuvo que guardar silencio cuando la Unión Soviética se lanzó contra Finlandia el 30 de noviembre de 1939 y la obligó a firmar un «pacto de asistencia» semejante a los impuestos a Estonia, Letonia y Lituania. Aunque el reducido Ejército finlandés hubiese causado sensibles descalabros a los soviéticos, gracias a la dirección de las tropas finesas por su comandante supremo, el antiguo general zarista y *Feldmariscal* Carl Gustav von Mannerheim, y su jefe de Estado Mayor, general Heinrichs, la preponderancia soviética era demasiado clara como para imaginar una victoria de Finlandia en solitario. Al firmar el acuerdo de paz a comienzos de 1940, Finlandia perdió 40.000 km² de su territorio.

Aunque muchos simpatizasen con los valientes finlandeses, incluso en Alemania, Hitler prohibió a través de Goebbels que la prensa publicase artículos favorables a ellos. Al tiempo impidió también la exportación de productos alemanes y el tránsito de material de guerra italiano con destino a la pequeña República del norte. Suecia, Noruega y Dinamarca consideraban a Rusia y Alemania dos aliados muy unidos. Por temor a que el conflicto se extendiese a toda Escandinavia, esos países nórdicos se abstuvieron de ayudar a Finlandia y hasta de otorgar los ▷

correspondientes permisos para el tránsito por sus territorios de fuerzas británicas y francesas.

Importaciones rusas contra el bloqueo británico

Hitler no necesitó esperar mucho tiempo para recoger el premio de su «neutralidad amistosa» con respecto de Rusia. La Unión Soviética le prometería, en un acuerdo comercial firmado el 11 de febrero de 1940, la entrega de grandes cantidades de petróleo, cereales, algodón, madera y metales muy importantes para la industria bélica. En marzo de 1940, el 10 % de las importaciones alemanas tenía como origen la Unión Soviética; en junio, el porcentaje se elevaba ya al 22 %. Gracias a la ayuda rusa, Alemania podría superar las consecuencias del bloqueo inglés. Cuando en abril de 1940 Alemania ocupó Dinamarca y Noruega, Molotov aseguró que la Unión Soviética «comprendía perfectamente las medidas defensivas decididas por Alemania». Durante la campaña occidental Hitler se sintió tan seguro que únicamente dejó en Polonia cinco divisiones. La cooperación con Rusia también alcanzó a la Marina alemana. Los buques germanos podían refugiarse en el puerto de Murmansk, libre de hielos, si se producía algún ataque naval de los ingleses en aquella zona. Murmansk sirvió también de astilleros para los alemanes en lucha contra el bloqueo. En él se equipaban los cruceros auxiliares destinados a atacar a los mercantes británicos.

Sin embargo, poco después, durante los últimos días de la derrota francesa, comenzó a manifestarse el enfado. Moscú contaba ya con la posibilidad de influir activamente en los Estados bálticos, para lo cual disponía de unas condiciones inmejorables. El 15 de junio, un día después de la ocupación de París por los alemanes, el Ejército Rojo cruzaba la frontera lituana. En el curso de los dos días siguientes, Estonia y Letonia fueron arrolladas por los rusos. Los correspondientes gobiernos títeres, impuestos por los soviéticos, pedirían poco después que sus países fuesen incorporados a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El 17 de junio Molotov felicitaba a Hitler por su victoria sobre Francia. Al mismo tiempo comunicó al Gobierno del Reich con palabras escuetas que Rusia se disponía ahora a poner en marcha la teoría de las «esferas de influencia» contenida en el protocolo secreto adicional de 1939.

Un día después del establecimiento del alto el fuego con Francia, en Compiègne, el 23 de junio, Molotov puso en conocimiento del Gobierno alemán que habría de solucionarse de inmediato la llamada cuestión de Besarabia. Además, expresó pretensiones sobre la parte norte de Bucovina. Alemania e Italia se mostraron de acuerdo. No estaban dispuestas a provocar a Rusia poniéndola en situación de apoderarse de toda Rumania. El aprovisionamiento alemán de combustible dependía de los campos petrolíferos rumanos.

En la noche del 26 de junio trascendió en Bucarest el ultimátun soviético. Alemania e Italia aconsejaron al Gobierno rumano que aceptase lo que solicitaba Moscú. Inglaterra y Francia ya no se encontraban en disposición de responder a las garantías prometidas a Rumania en 1939. Dos días después el Ejército Rojo ocupaba Besarabia y Bucovina. Ambos territorios quedaron integrados en la Unión Soviética. Inmediatamente después, Hungría y Bulgaria hicieron saber también sus pretensiones sobre territorios rumanos. Hungría reclamó Transilvania, y Bulgaria, la Dobrudja meridional.

Los acontecimientos fueron precipitándose. Hungría y Rumania movilizaron sus ejércitos para un enfrentamiento mutuo. La guerra entre ambas naciones parecía que iba a producirse de un momento a otro. Al tiempo llegaban noticias alarmantes del flanco nordeste de la Europa central. Moscú amenazaba a Finlandia con una nueva guerra.

En ese momento Hitler reaccionó con medidas militares frente a la actividad de Stalin: unidades de paracaidistas y tropas del Cuerpo de Ejército XL quedaron concentradas en Viena. En el norte de Noruega se fortalecieron las defensas fronterizas. La orden de Hitler fue ésta: en el caso de que Rusia tratara de valerse del conflicto de los Balcanes para marchar contra Rumania, habrán de ser ocupados inmediatamente por nuestras tropas los campos petrolíferos de Ploesti. Si los rusos atacasen Finlandia, las tropas mandadas por el general von Falkenhorst, estacionadas en Noruega, ocuparán Petsamo con el fin de asegurar para Alemania los yacimientos de cinc. Pero el conflicto entre Rumania y Hungría pudo evitarse en el último momento. En el «segundo Arbitraje de Viena», del 30 de agosto de 1940, Ribbentrop y Ciano obligaron a Rumania a ceder a Hungría dos quintas partes de Transilvania.

Rumania cayó en una honda crisis política interior. Empezó con levantamientos y manifestaciones para terminar con la quinta renuncia al trono suscrita por el rey Carol II, de la casa de Hohenzollern-Sigmaringen. Mientras su hijo Miguel era coronado como nuevo rey, Carol y su amante, Madame Lupescu, se vieron obligados a huir y cruzaron la frontera bajo el fuego de los fusiles de los soldados rumanos. Como presidente del Gobierno y «conducator» (jefe) fue designado el mariscal Ion Antonescu. Después de que Rumania había cedido a Bulgaria la Dobrudja, la integridad ulterior del país quedaba garantizada por las potencias del Eje.

El disgusto de Rusia por el Arbitraje de Viena y las garantías del Eje otorgadas a Rumania fue enorme. Molotov convocó al encargado de negocios alemán y acusó al Gobierno de Berlín de haber violado el acuerdo germano-soviético de consultas previas.

Pero Rusia aún tenía a la vista más motivos de inquietud. El 12 de septiembre de 1940 Alemania estableció con Finlandia un acuerdo de tránsito por el que se otorgaba a las tropas alemanas el derecho de cruzar territorio finlandés en sus movimientos hacia Noruega. Este nuevo tratado iba dirigido inequívocamente contra Rusia.

Una división acorazada como «misión militar»

El paso siguiente dado por Hitler le enfrentó aún más a la Unión Soviética. El nuevo jefe del Estado rumano, general Antonescu, habia solicitado de Alemania el envío de una misión militar. El 20 de septiembre Hitler firmaba una orden secreta en la que se establecía, entre otras cosas: «Aparentemente, el cometido de la misión militar consiste en colaborar en la organización y adiestramiento de las fuerzas armadas de Rumania. Sin embargo, sus verdaderas funciones deberán permanecer ocultas tanto para los rumanos como para nuestras propias tropas. Esas funciones serán: a) protección de los campos petrolíferos; b) poner a las tropas rumanas en condiciones de realizar cometidos especiales al servicio de los intereses alemanes; c) preparar a las tropas rumanas y alemanas para el caso de una guerra contra la Unión Soviética.»

La «misión militar», que llegó a Rumania a primeros de octubre, constaba de una división acorazada completa y de unidades antiaéreas y de intendencia.

El Pacto Tripartito, integrado por Alemania, Italia y Japón, aunque no iba dirigido contra la Unión Soviética, contribuyó a ahondar la zanja abierta entre este país y el Reich. Llenos de consternación, los soviéticos comprobaron cómo, uno tras otro, los Estados balcánicos iban escapando de su influencia.

Meses atrás, Hitler, había adoptado la determinación de atacar a la Unión Soviética a principios del verano de 1941, como muy tarde. Así lo atestiguan las notas del diario del jefe del Estado Mayor del Ejército, Halder, redactadas entre el 21 y el 31 de julio de 1940: «El problema de Rusia debe ser acometido». O este otro texto: «Decidido: Rusia ha de ser liquidada. Mo-

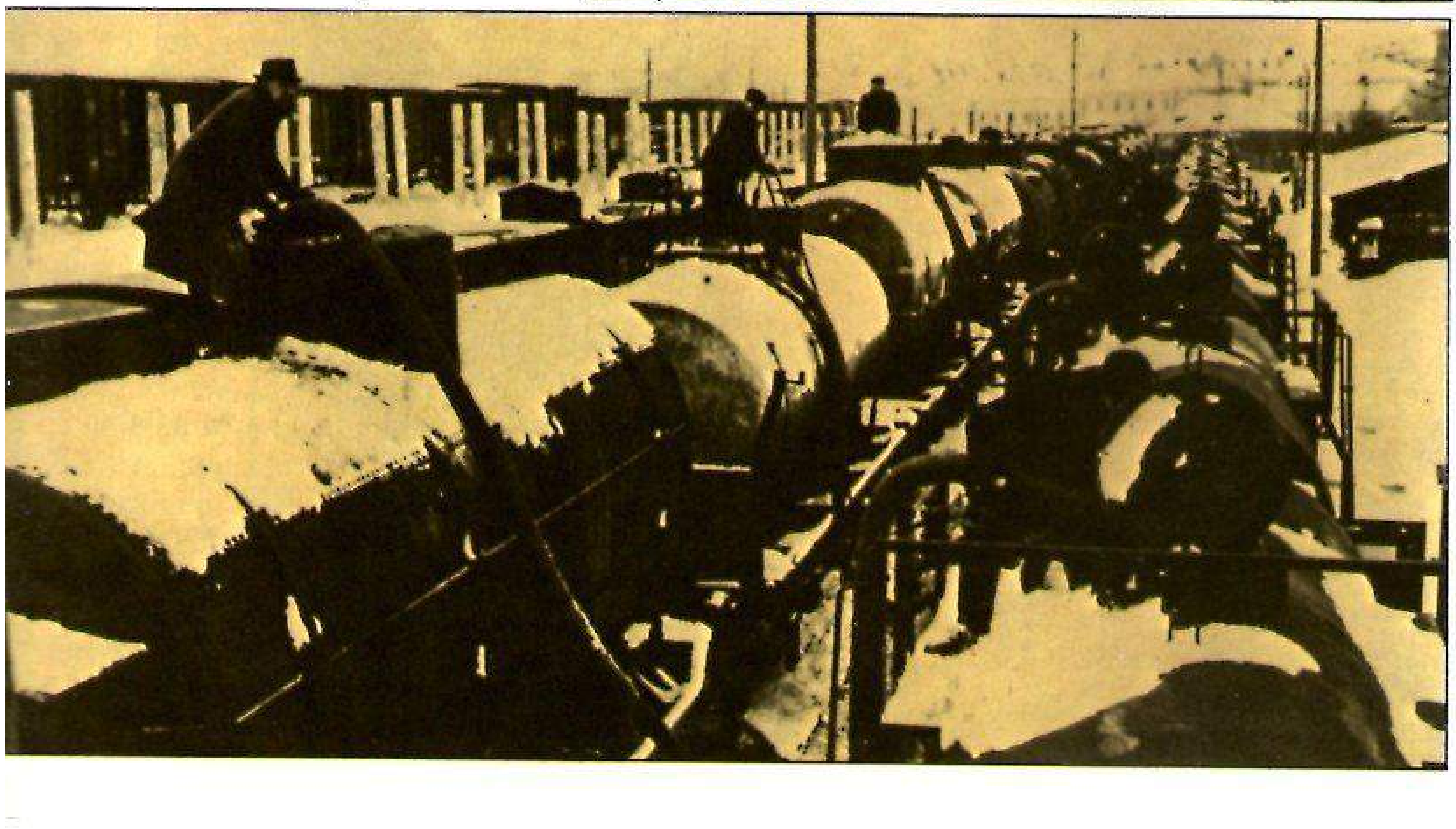




Entre los acuerdos del Pacto germano-soviético de amistad y de No Agresión se incluía también evacuar a los alemanes del territorio ucraniano de Volhinia. En el centro, doble guardia alemana ante el edificio de la comisión soviética para las migraciones, en Hrubieszow (Polonia)

Stalin cumplió sus compromisos comerciales, aun a costa de grandes sacrificios. Abajo, trenes cisterna en la estación de Przemysl.

Sin embargo, políticamente el pacto no resultó. Durante la visita oficial de Molotov a Berlín, los días 12 y 13 de noviembre de 1940 (arriba), Hitler intentó en vano disuadir al ministro soviético de que adquiriera compromisos en Europa.



mento elegido: los albores de 1941. La operación habrá de llevarse a cabo en 5 meses.»

El 5 de agosto de 1940 el general de División Marcks presentó el plan detallado de una «operación Este» que comenzaba así: «El objetivo de la campaña es aniquilar el Ejército ruso e incapacitar a Rusia para que actúe en un tiempo previsible como enemigo de Alemania».

Cuando el ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, llegó a Berlín para celebrar conversaciones con Hitler y Ribbentrop, el 12 y 13 de noviembre de 1940, el ataque a Rusia estaba decidido.

Pero antes Hitler quería aún conocer una particularidad: si Rusia se hallaba o no dispuesta a incorporarse al Pacto Tripartito en el caso de que su esfera de influencia quedase situada al «sur del territorio soviético y en dirección al océano Índico». Con el fin de retirar a Rusia de los Balcanes y de Finlandia, Hitler pretendía ofrecerle la India, donde los rusos, lógicamente deberían mantener serios altercados con los ingleses. Molotov intuyó al punto la intención de Hitler y ofreció una contrapropuesta: retirada de las tropas alemanas de Finlandia y Rumania y acuerdo de arrendamiento con Turquía de una base rusa en las cercanías del Bósforo o de los Dardanelos. En caso de necesidad, Alemania ayudaría a Rusia a convencer a Turquía para que accediese a firmar tal acuerdo. Por otro lado, la Unión Soviética estaba interesada en establecer un pacto de asistencia mutua con Bulgaria, lo que hubiera convertido prácticamente a este país en un satélite de Rusia.

Hitler quedó tan disgustado por la entrevista que decidió no asistir a la recepción que ofrecía Ribbentrop, en el hotel Kaiserhof, en honor de su colega ruso.

Al día siguiente la temperatura de las relaciones germano-soviéticas había descendido hasta el punto de congelación. El 20 de noviembre Hungría ingresó en el Pacto Tripartito. Dos fechas más tarde le siguieron Rumania y Eslovaquia. El pacto, orientado originariamente contra los Estados Unidos, se desarrollaba animado cada vez más por un espíritu antisoviético. Alarmado por este sesgo, Moscú exigió al Gobierno búlgaro, el 25 de octubre, que estableciese un pacto de asistencia mutua con el Kremlin. Los búlgaros rechazaron la oferta. Tres meses después, Bulgaria se adhería al Pacto Tripartito. Previamente se había declarado dispuesta a permitir el paso por su territorio a las tropas alemanas en marcha hacia Grecia. Bulgaria se había convertido también en satélite, pero no de Rusia, sino de Alemania.

El 18 de diciembre de 1940 Hitler puso

en marcha definitivamente la Operación «Barbarroja» con su «Directiva n.º 21 para el comienzo de las hostilidades». El momento elegido para ello, en principio el 15 de mayo de 1941, tuvo que ser aplazado, porque Alemania no sólo tuvo que asistir a los italianos en Grecia sino que también se vio obligada a atacar a Yugoslavia, único país en los Balcanes que se resistió a la táctica de tenaza del Eje. ¿Que llevó a Hitler a arriesgarse a una guerra en dos frentes que, ya en septiembre de 1939, había logrado evitar con tanto esfuerzo? El *Führer* nunca había renunciado a la posibilidad de conseguir un «espacio vital» en Rusia. Una vez venciese a Inglaterra en 1940 –pensó–, su objetivo más inmediato sería la expansión hacia el Este. Pero entretanto se había producido un nuevo contratiempo: Hitler se había ido convenciendo de que una victoria sobre Inglaterra era algo mucho más lejano y discutible de lo que él había creído y esperado. A mediados de julio de 1940, declaró: «Inglaterra prosigue la guerra animada exclusivamente por la esperanza de lograr ayuda soviética. Si se le priva de esta confianza, será derrotada sin remisión». Hitler se encontraba ahora en el mismo atolladero en que se colocara, mucho antes que él, Napoleón. Temía, porque ya no lo consideraba tan imposible la entrada de los Estados Unidos en la guerra como aliado de Gran Bretaña. Antes de que ocurriera eso, Rusia tenía que ser derrotada.

Pese a los indicios evidentes de las intenciones de Hitler, Stalin se resistía a creer en la posibilidad de un ataque alemán. No le bastaba ni la entrada de tropas germanas en el Este de Polonia, ni la ocupación de Rumania, Bulgaria y Hungría, ni las admoniciones del servicio secreto británico que tenía noticia de la Operación «Barbarroja», ni las advertencias del propio servicio secreto ruso. Con todo, ordenó que las tropas soviéticas fuesen puestas en estado de alerta preventiva a partir del 10 de abril de 1941. Al tiempo estableció el 13 de abril un pacto de no agresión con Japón, mientras trataba simultáneamente de acallar a los alemanes con protestas de buena voluntad. En marzo aumentaron los envíos soviéticos, sobre todo en materia de cereales, petróleo, manganeso, metales preciosos y no preciosos, envíos que experimentaron un crecimiento muy sensible.

Para demostrar aún mayor benevolencia, Moscú expulsó a los diplomáticos de Bélgica, Noruega, Grecia y Yugoslavia de la capital soviética. La prensa quedó sometida a un control más estricto en relación con las noticias que se referían al Reich, con el fin de no provocar a Alemania.

El 14 de junio, exactamente una semana antes del avance alemán, Stalin hizo cursar una noticia a la agencia TASS, según la cual el embajador británico, sir Stafford Cripps, era el responsable de la «difusión de unos rumores sobre una supuesta guerra en preparación entre la Unión Soviética y Alemania». La noticia de TASS añadía: «Estos rumores responden a una burda campaña urdida por fuerzas enemigas contra la Unión Soviética y Alemania.» Nueve horas antes de que comenzara la ofensiva alemana, el 21 de junio a las 21,30, Molotov recibió al embajador alemán, von der Schulenburg. El ministro le comentó que había ordenado al embajador ruso en Berlín que protestase ante Ribbentrop contra la violación del espacio aéreo soviético por parte de aviones alemanes. Luego añadió literalmente: «Una serie de indicios da a entender que el Gobierno alemán no está satisfecho con el soviético. Le estaría muy agradecido, señor embajador, si pudiera decirme qué es lo que ha podido provocar la actual situación en lo referente al comportamiento entre alemanes y soviéticos.»

La clave es «Dortmund»

Schulenburg no pudo aducir respuesta alguna. Apenas había regresado a la embajada cuando recibió un telegrama urgente de Ribbentrop. La orden expresada en él era la de destruir todos los documentos cifrados, inutilizar el aparato de radio y enviar a Molotov una comunicación urgente determinada a las 4 de la madrugada: en ningún caso antes.

En Berlín, el embajador soviético había pasado todo el día pegado al teléfono para solicitar una cita con Ribbentrop. Pretendía entregarle la nota de protesta sobre la violación de fronteras aéreas por los aviones alemanes. A las 2 de la madrugada se le comunicó al fin que el ministro estaba dispuesto a recibirle a las 4 de la madrugada, el 22 de junio. En ningún caso podía adelantarse la entrevista. A la 1 de la tarde del 21 de junio el propio Hitler había puesto en marcha la operación con el indicativo «Dortmund». La fecha elegida para comenzar el ataque era el 22 de junio, a las 3,30 de la madrugada.

Hitler se había ahorrado una declaración de guerra. Las declaraciones formales quedaban para sus aliados y satélites. El mismo 22 de junio, Italia y Rumania declaraban la guerra a Moscú. Un día después, Eslovaquia; el 26, Finlandia; el 27, Hungría.

El 3 de julio, el precavido general Halder, lleno de optimismo, vaticinaba en su diario: «En pocas semanas habrá pasado todo».

"Debemos estar preparados"

También Stalin se preparaba para una guerra entre Alemania y la Unión Soviética. Así lo revelan las investigaciones del historiador Alexander Werth.

El 5 de mayo de 1941 tenía lugar en el Kremlin una recepción a la que asistían varios oficiales y profesores de las academias militares. Durante el acto Stalin pronunció una alocución de cuyo contenido no trascendió nada más que lo que publicaba «Pravda» al día siguiente: «El camarada Stalin saludó a los oficiales y les deseó mucho éxito en su tarea. Habló cuarenta minutos y se le escuchó con la máxima atención».
Era evidente que en esos cuarenta minutos Stalin debió de decir muchas cosas, más de las que recogía «Pravda». Cuando estalló la guerra pude reunir informes bastante detallados sobre esa recepción a la que en Moscú se concedió entonces una gran trascendencia. Supe que los puntos clave de las palabras pronunciadas por Stalin fueron éstos:

1. La situación es extremadamente seria. Es necesario contar con un ataque alemán para un futuro inmediato. En consecuencia, debemos estar preparados para hacer frente a cualquier sorpresa.
2. El Ejército Rojo no es aún lo suficientemente fuerte como para poder derrotar a los alemanes.
3. El Gobierno soviético intentará por todos los medios diplomáticos a su alcance evitar o, al menos, retrasar hasta el otoño un conflicto armado con Alemania. En esa época del año un ataque alemán sería demasiado tardío.
4. Si tenemos éxito, la guerra con Alemania tendrá lugar, irremisiblemente, en 1942 y además en condiciones muy favorables para nosotros porque para entonces el Ejército Rojo estará mejor preparado y contará con armamento más eficaz. A la vista de la situación actual, el Ejército Rojo se mantendrá alerta para no ser sorprendido por un ataque alemán, o incluso tomará la iniciativa, ya que un predominio nazi en Europa, de modo permanente, no es un «fenómeno normal».
5. Inglaterra no ha sido aún derrotada y el potencial bélico americano es cada vez más considerable. Las perspectivas de que, tras la firma del pacto de no agresión con Japón, este país se comportará, en lo que afecta a la Unión Soviética, con absoluta tranquilidad, son francamente buenas.
6. Stalin insistió constantemente en que el período «hasta agosto» era el más peligroso con vistas a la ofensiva.

Estas informaciones me llegaron por vía oral, pero todas las fuentes que he consultado coinciden en los puntos reproducidos.

(Alexander Werth: «Russland im Krieg 1941-45», Droemer Knaur Verlag)

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1941

5. 11.: El consejo de la Corona de Japón determina, para el caso de que no se llegue a un acuerdo con los Estados Unidos antes del 25. 11., desencadenar la guerra mediante un ataque nipón. En apoyo del embajador japonés en Washington, Nomura, se envía como representante especial al antiguo embajador en Berlín, Kurusu.



El embajador especial japonés, Kurusu, abandona la Casa Blanca.

6. 11.: El ex comisario soviético de Asuntos Exteriores, Litvinov, designado embajador en Washington.
7. 11.: Hitler declara que la ocupación del territorio petrolífero soviético en el Cáucaso, terminará en 1942.
13. 11.: Se modifica la ley de Neutralidad norteamericana. Con ello se permite a los buques comerciales que naveguen por las zonas de guerra y se les ordena que vayan provistos de armas.
25. 11.: Por una orden de Hitler se prorroga por otros cinco años en un acto oficial «de trascendencia histórica» el pacto Antikomintern de 1936. El pacto se ha ampliado con el ingreso de Bulgaria, Croacia, Dinamarca, Finlandia, China nacionalista (Taiwan), Rumania y Eslovaquia.
25. 11.: El presidente Roosevelt decide la ruptura de negociaciones con Japón y hace llegar al embajador de ese país el 26. 11., una «nota de diez puntos» muy poco agradable para los nipones.
Finales de nov.: Intento de la oposición alemana (Beck, Wirmer, Kaiser) de establecer contacto con el presidente Roosevelt a través del jefe de la oficina berlinesa de la Associated Press, Louis P. Lochner. Los esfuerzos de Lochner fracasaron al declarar Alemania la guerra a los Estados Unidos.
8. 12.: Norteamérica y Gran Bretaña declaran la guerra a Japón.
11. 12.: A las 15,00 horas Hitler anuncia en el Reichstag la declaración de guerra contra Estados Unidos. Italia lo hace poco después.
11. 12.: Acuerdo de Alemania, Italia y Japón sobre integración de un frente común en la contienda. Los tres países se obligan a «no establecer la paz ni el alto el fuego, ni con Norteamérica ni con Inglaterra, sin la aceptación de todas las partes signatarias».

7./8. 11.: La RAF envía 400 bombarderos contra Alemania: Berlín, Mannheim, el Ruhr y Colonia sufren ataques.
15.-17. 11: Al terminar el periodo de las lluvias y comenzar los primeros hielos se inicia la segunda fase de la batalla de Moscú.
28. 11: Sustitución del comandante supremo del Grupo de Ejércitos Sur, general «Feldmariscal» von Rundsted, por el general von Reichenau, hasta el momento comandante en jefe del Ejército 6.
30. 11.: Stalin da el visto bueno al proyecto operacional presentado por el jefe del Estado Mayor soviético, mariscal Shaposhnikov, para una contraofensiva a las puertas de Moscú.
1. 12.: El comandante supremo del Grupo de Ejércitos Centro, general «Feldmariscal» von Bock, anuncia que sólo se han logrado pequeñas victorias locales. Según él, el momento elegido para la operación era «demasiado precipitado y las tropas estaban agotadas».
5. 12.: El «Frente de Kalinin» soviético, inicia su ofensiva al mando del general Koniev.
6. 12.: El «Frente del Oeste» soviético, al mando del general Zúkov, emprende la contraofensiva.
7. 12.: A las 7 de la mañana, hora local, se produce el ataque japonés por sorpresa, sin previa declaración de guerra, contra Pearl Harbor, base principal de la Flota americana del Pacífico en las islas Hawai. Ese día, domingo, fueron hundidos por los japoneses o resultaron dañados 19 buques; 188 aviones quedaron destruidos. Murieron 2403 oficiales y marineros y desaparecieron otros 1178.
7. 12.: El comandante de las tropas acorazadas, general Rommel, decide avanzar hacia Tobruk al comprobar que los italianos no podían enviar a tiempo las unidades motorizadas previstas para el contraataque.
14. 12.: El Ejército 9 alemán abandona Kalinin.
16. 12.: Hitler incita a los soldados del frente oriental a ofrecer una «resistencia fanática».
19. 12.: El comandante supremo del Ejército de Tierra, general «Feldmariscal» von Brauchitsch, es depuesto por Hitler, que asume directamente el mando supremo de las tropas. Hitler comentó así su determinación: «Cualquiera puede ser un poco estratega».
23. 12.: El Afrikakorps alemán abandona Bengasi.
25. 12.: El general Guderian, comandante supremo del Ejército 2 acorazado, es depuesto por Hitler. Como sucesor se nombra al general de fuerzas acorazadas Schmidt.
27./28. 12.: 96 aviones británicos arrojan 126 t. de bombas sobre Düsseldorf.
28. 12.: Hitler establece en una orden para el Ejército oriental la necesidad de que continúe la lucha defensiva hasta el último hombre y traza las «directrices para la continuación de la lucha».
1. 11.-31. 12.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico y en el Mediterráneo 42 buques mercantes aliados, con un total de 193.315 t.

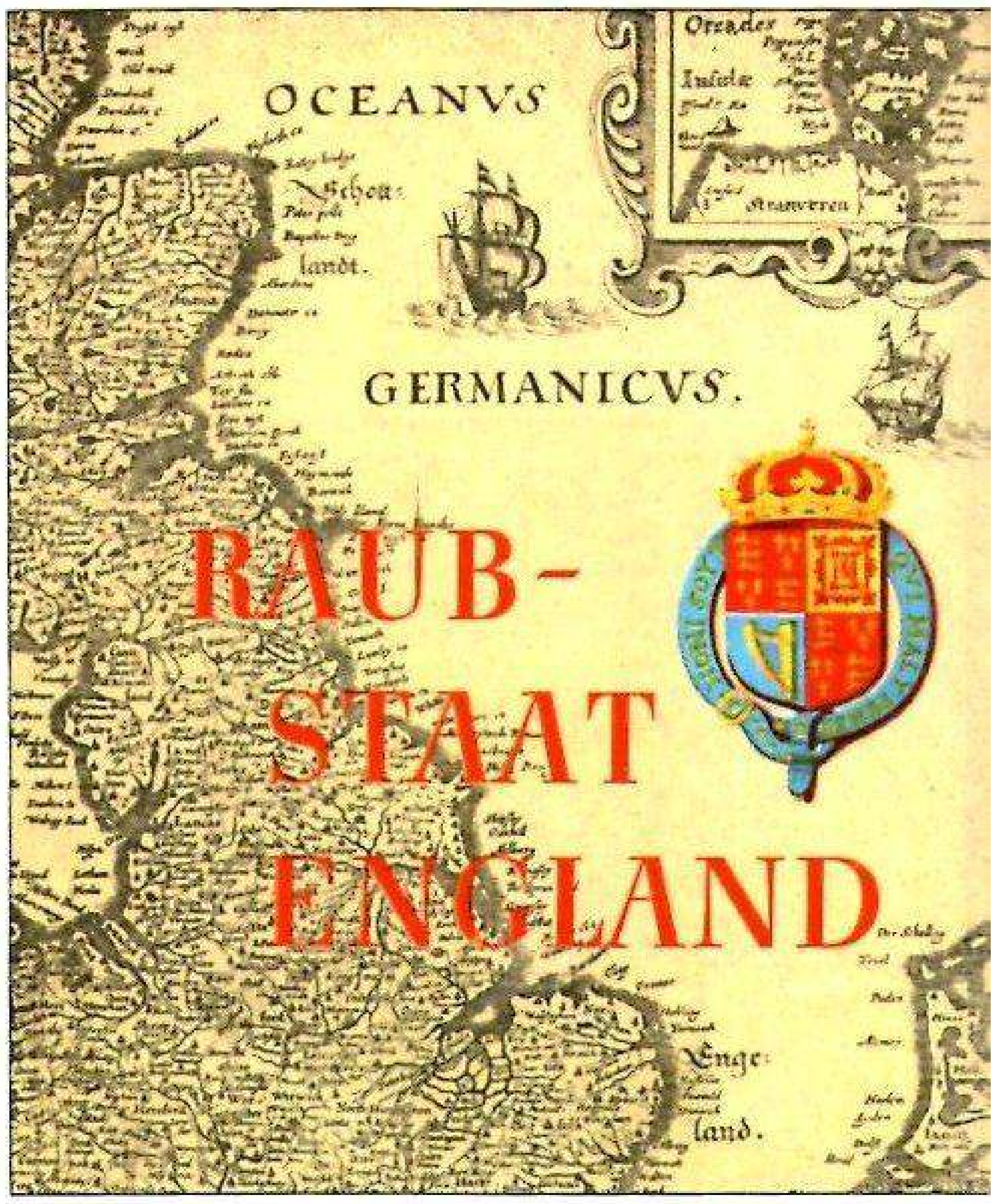
9. 11.: Estreno de la película de la Ufa «Annelie». El filme lograría la copa Volpi en el festival de Venecia de 1941, para la actriz Luise Ullrich. En Alemania mereció el calificativo de especialmente valiosa desde el punto de vista político, artístico y de educación popular.
15. 11.: Hitler firma un decreto en virtud del cual el cometido de la Academia alemana es «la investigación y tutela del idioma alemán en el interior y su promoción y difusión en el exterior». Al tiempo se la supeditaba al Ministerio de Propaganda del Reich.
17. 11.: El general del Aire Ernst Udet se suicida al no superar el deshonor derivado de la defectuosa organización de la «Luftwaffe». Ante la opinión pública se dijo que había perecido al «probar una nueva arma». Hitler ordenó que se le tributasen honras póstumas oficiales y otorgó el nombre de Udet al Grupo de Caza III.
18. 11.: Walther Nernst, físico-químico y premio Nobel de Química 1920, muere en el Oberlausitz a la edad de 77 años.
22. 11.: Muere en accidente aéreo en Breslau, el inspector de la Aviación de caza, coronel Werner Mölders. Hitler ordena que se le rindan honores oficiales.
25. 11.: La Universidad de Estrasburgo se renueva como «Universidad del Reich». La francesa es evacuada a Clermont-Ferrand.
1. 12.: Con vistas a los enlaces matrimoniales, los juzgados empiezan a exigir a los contrayentes un «certificado de viabilidad de matrimonio», que se puede conseguir en la Oficina de Sanidad.
7. 12.: Alemania gana en Breslau, derrotando por 4 a 0 a Eslovaquia, el «25 encuentro internacional de guerra» de fútbol.



Heinz Rühmann en una secuencia de la película «Quax, el piloto fracasado».

16. 12.: Estreno en Hamburgo de la película «Quax, el piloto fracasado», protagonizada por Heinz Rühmann. Calificativo: de grandes valores artísticos, popular y educativa para la juventud.

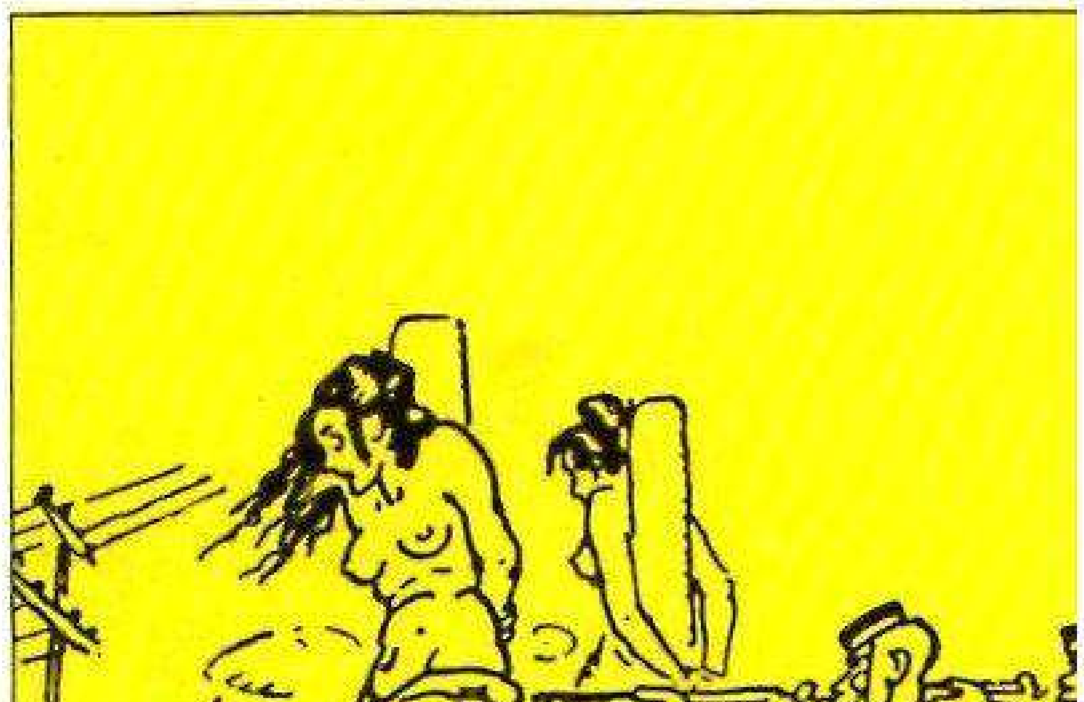
En 1941 apareció a la venta el álbum de cromos de cigarrillos titulado «Inglaterra, Estado ladrón». Las ilustraciones y los textos que reproducimos están tomados de esa serie. En ella se recogían los pasajes más turbios de la historia inglesa, sus luchas imperialistas, la opresión y el pillaje característico en sus colonias. Entre las obras de propaganda del Tercer Reich destaca en especial «Inglaterra, Estado ladrón». Ciertamente no se mentía al calificarlo así. Inglaterra había logrado crearse un imperio mediante la astucia, el engaño y la violencia, y denunciar esas maniobras forma parte de las mejores tradiciones del espíritu europeo. Sólo que, en este caso, los nazis y su propaganda eran los últimos que podían hablar de ello, puesto que su Estado exigía colonias, soñaba en el «gran imperio germánico» y desencadenó en 1941 esa expedición de pillaje llamada campaña del Este.

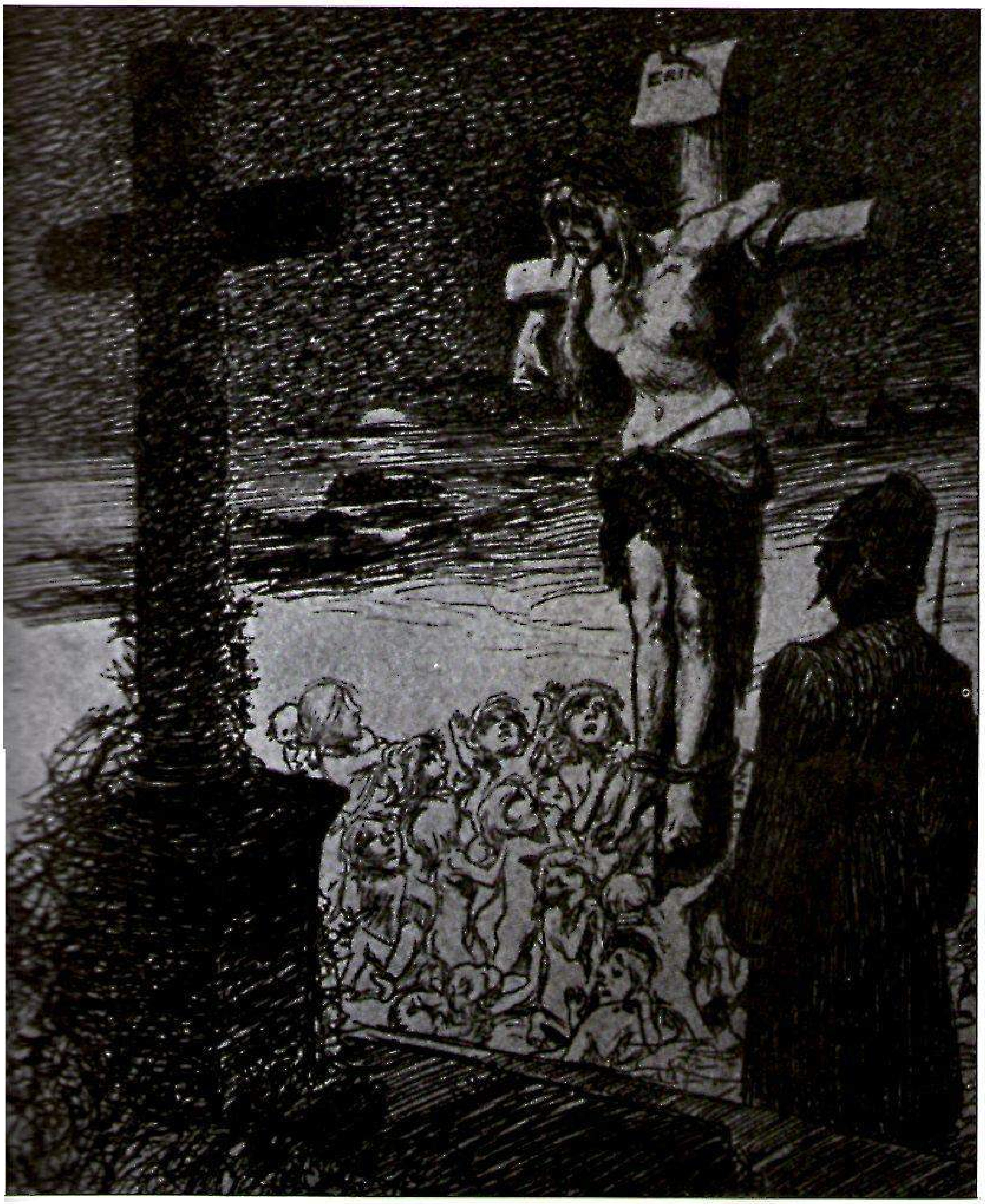


INGLATERRA ESTADO LADRON

Hemos dejado de considerar a Inglaterra, según hacían nuestros abuelos, como un miembro de la «familia de los pueblos de Europa», que, en caso necesario, vela por los derechos. El comportamiento de Inglaterra desde 1914 ha abierto los ojos incluso a los más tardos de comprensión en el sentido de que solamente conoce una pauta política: Inglaterra quiere conservar, y debe concedérsele, su papel de bucanero del mundo. No se puede consentir que en cualquier parte de la Tierra, ya sea en Europa o en el Extremo Oriente, se edifique un Estado partiendo de su propia razón de ser como pueblo. Este pueblo podría alguna vez, en un futuro más o menos cercano, ser incómodo para Inglaterra o coartarla en el disfrute de su riqueza y de su poder.

Por nuestra parte ya no sentimos la tentación de caer en el mismo error de los liberales alemanes del siglo XIX, que vieron en Inglaterra un Estado nacional europeo. La Alemania nacionalsocialista ha obligado a Inglaterra a desenmascararse y a mostrar cómo es: como el ladrón que sólo busca su botín. Alemania lo ha hecho no mediante el recurso de las amenazas, ni mediante un ataque, sino sólo por la realidad innegable de su poderosa existencia. Nosotros no le disputamos su botín, sino que simplemente exigimos la parte que, en justicia nos corresponde y que, según las propias palabras de Inglaterra, apenas tiene valor: nuestras colonias. No pretendemos recortar su violenta posesión ni pisar sobre sus huellas. No intentamos convertirnos en opresores de pueblos. Pero, por supuesto no nos sentimos obligados a solicitar de Inglaterra permiso para liberarnos del yugo de un tratado ignominioso. Inglaterra se ha traicionado por



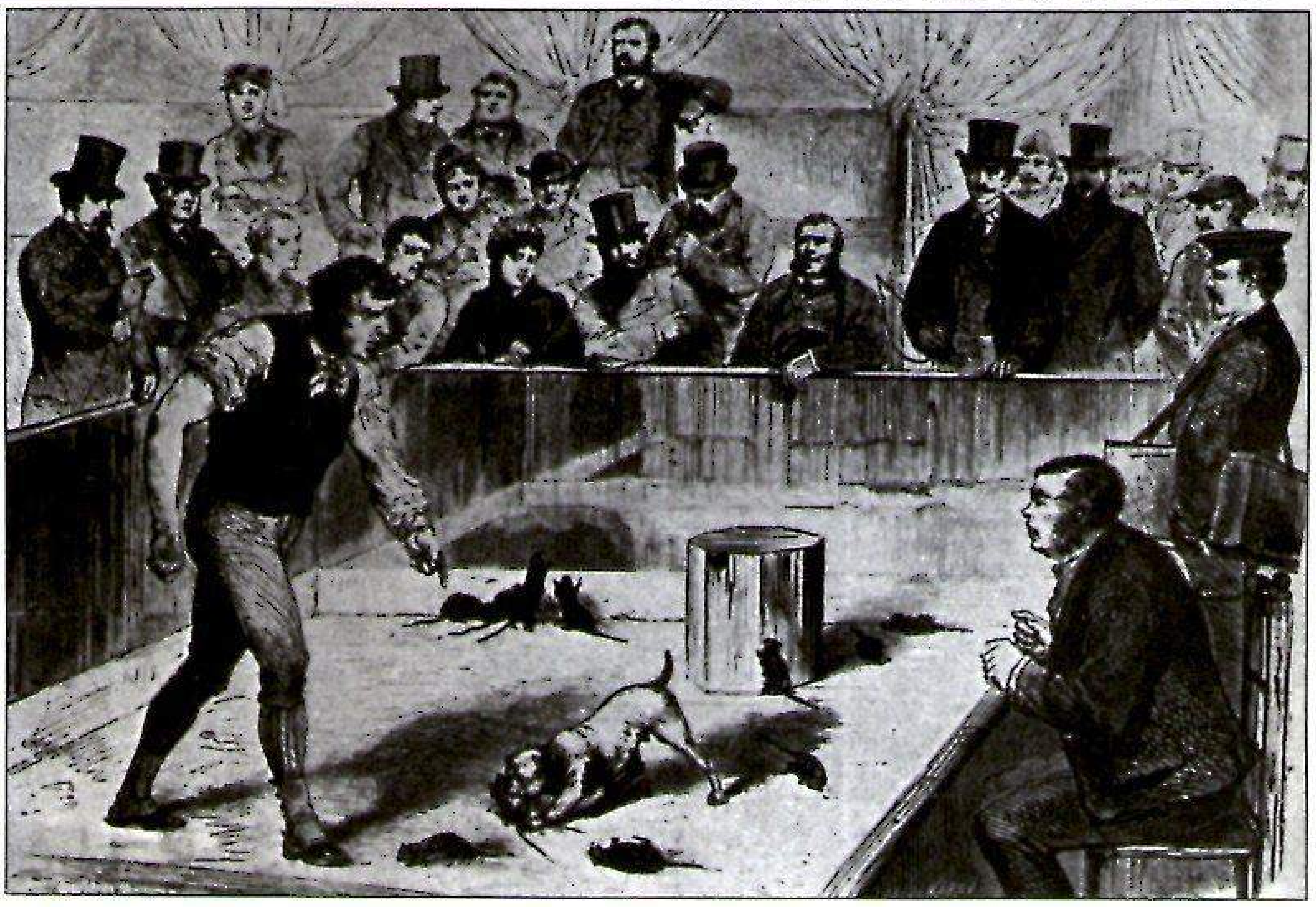


boca de sus propios políticos. Sus improperios sobre supuestos «planes alemanes para el dominio del mundo» provienen del miedo a perder el propio poderío universal. Cuando Inglaterra se incorporó en 1941 a las filas de nuestros enemigos, el efecto de esta determinación fue tan tremendo en el estamento de las capas dominantes del liberalismo alemán, que la devoción por Inglaterra se convirtió en odio de la noche a la mañana. Hoy las cosas han cambiado mucho. Precisamente porque no nos hemos dejado envolver por el sopor de un sueño beatífico, sino que hemos conocido con claridad las posiciones antes del estallido de la guerra, no corremos de nuevo el peligro de dejarnos dominar por las pasiones. Lo único que hacemos es llamar a las cosas por su nombre. Por eso llamamos a Inglaterra Estado ladrón, y este nombre responde exactamente a lo que pensamos de ella: no se trata de una injuria. Sabemos distinguir muy bien entre conquista y robo. Muchos grandes imperios se formaron mediante la conquista: el de Alejandro Magno, el romano, el medieval alemán, el español, el sueco, el ruso; en todos ellos había un pueblo fuerte, una autoridad merecedora de consideración y una victoria que daba paso a un nuevo principio histórico universal. Con otras palabras: se creó una nueva cultura en el mundo. Ni rastro de ello existe en el imperio inglés. En él no hubo conquista, sino robo perpetrado, pedazo a pedazo, de modo brutal y con una crueldad inhumana, sin que hubiese además un mando consecuente, sin que se crease una nueva cultura y sin que existiese siquiera voluntad de crearla. Se recurrió tan sólo a la ley del usurero.

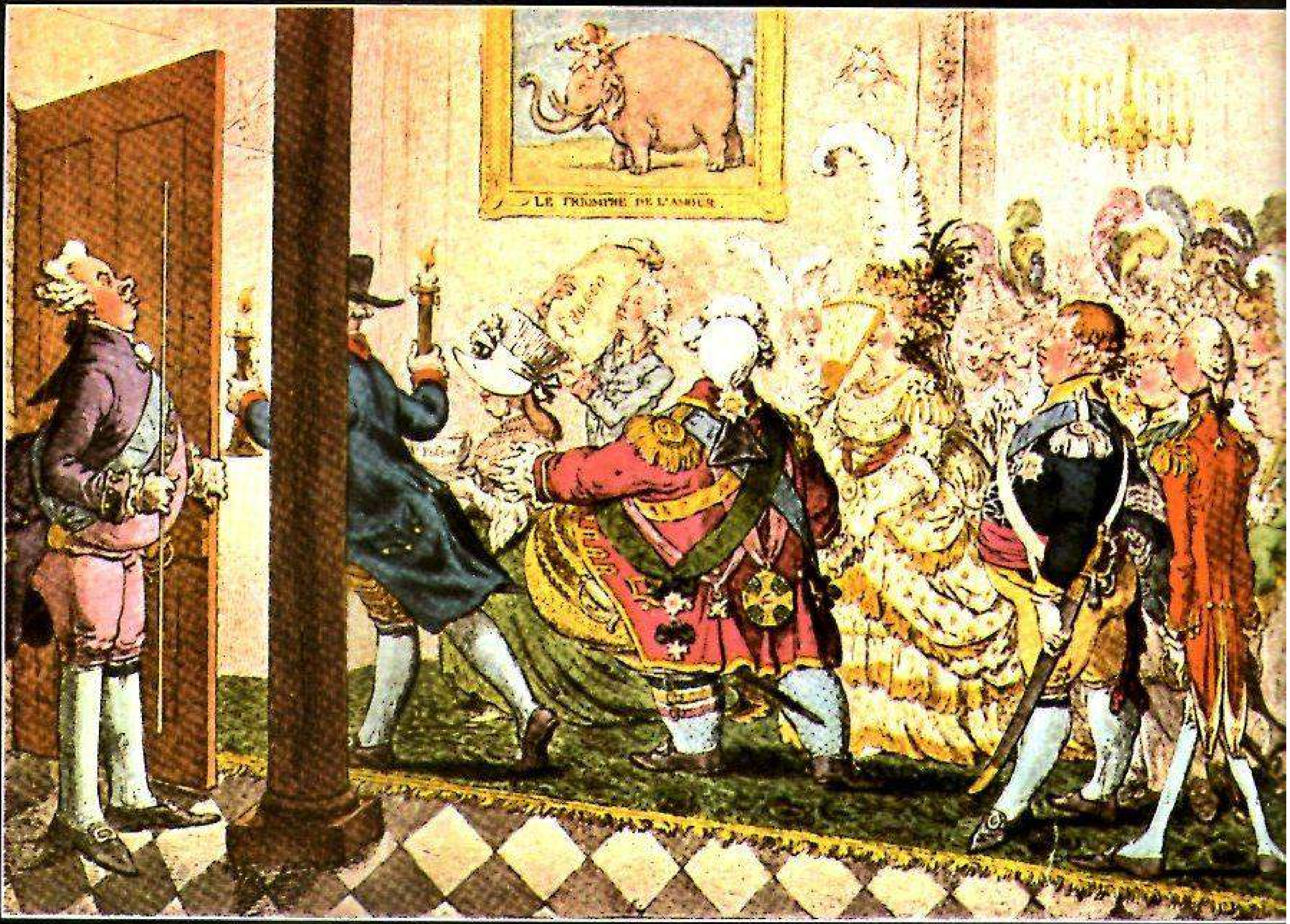
▲ *Irlanda en la cruz*
Irlanda, martirizada, eleva su voz y dice: «¡Oh, Dios a quien invoco en vano desde hace tanto tiempo! ¿Es qué te has hecho inglés?» (Del semanario francés «Le Rire», 1899)

◀ *Labradoras como protección contra las balas*
Un diario húngaro publicaba este dibujo alusivo a la guerra de los bóers. En él aparecen mujeres de colonos a las que los ingleses recurrieron para que les protegieran con sus cuerpos de las armas bóers.

El ratonero ▶
La crueldad del carácter del pueblo inglés se evidencia en su afición a los juegos sádicos y crueles con animales. En el juego del «ratonero» se consideraba ganador el perro que lograba morder más ratas. (De «Le Monde illustré», 1870).



INGLATERRA
ESTADO LADRON



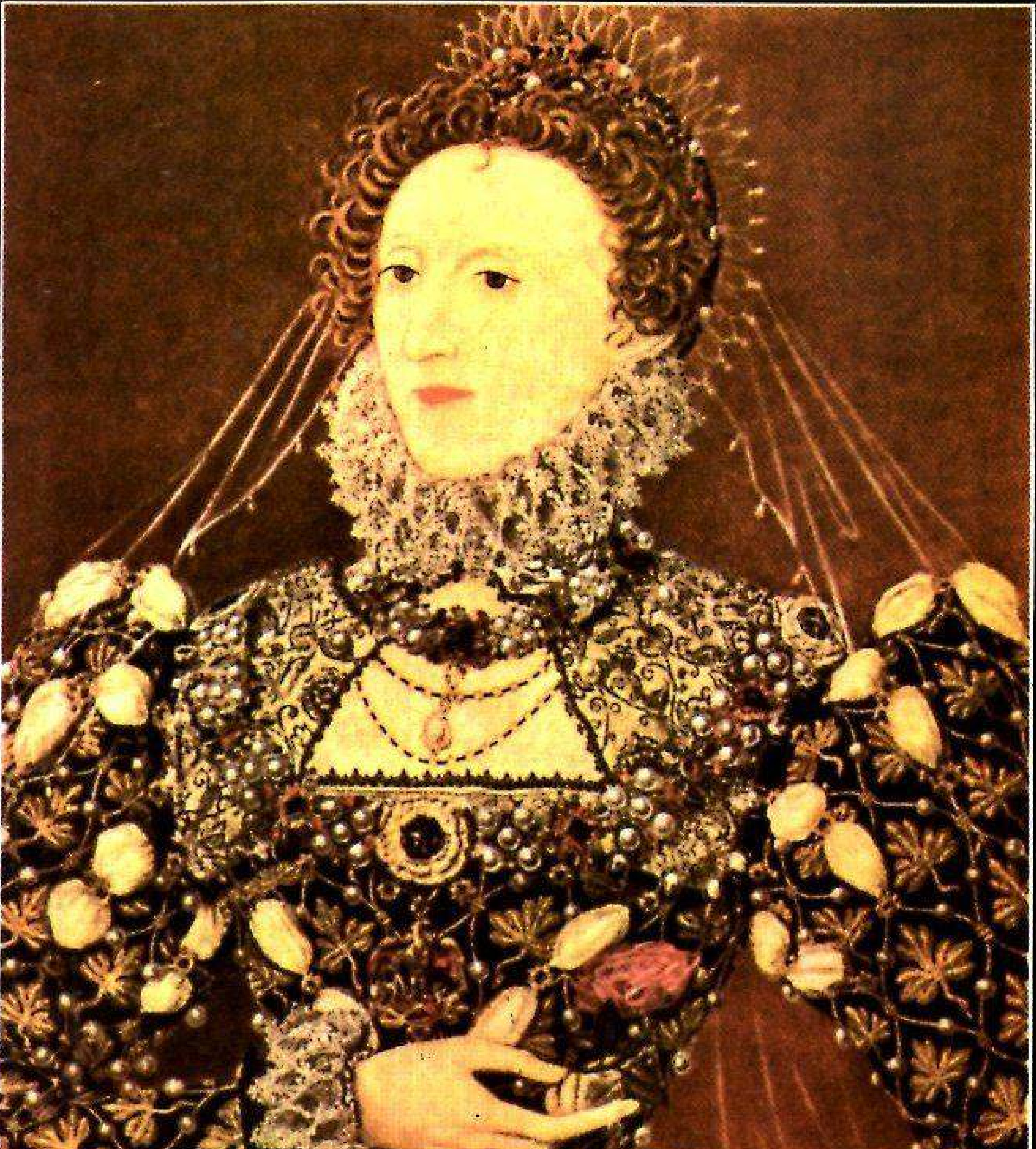
Una boda plutócrata ▶

El notable dibujante inglés James Gillray dejó constancia de su ironía al reflejar en numerosas revistas y periódicos el boato de los llamados «diez mil seres superiores», o clases más altas de Inglaterra.

Lord Kitchener

La revista francesa «L'Assiette au Beurre», de la que procede esta ilustración, recogía también una frase del informe oficial de Kitchener emitido por el Ministerio de la Guerra: «Puede decir que la guerra del Transvaal ha terminado. El país está tranquilo y yo lo he conseguido sin derramamientos de sangre.»

Extremo derecho en página opuesta.





Métodos bárbaros en las Indias Occidentales

En 1797 se planteó en la Cámara de los Comunes un caso terrible: un propietario de esclavos, inglés, hizo cocer a un negro enfermo e incapaz de trabajar en una tinaja llena de jarabe. La operación duró tres cuartos de hora. Este dibujo de James Gillray denuncia el caso.

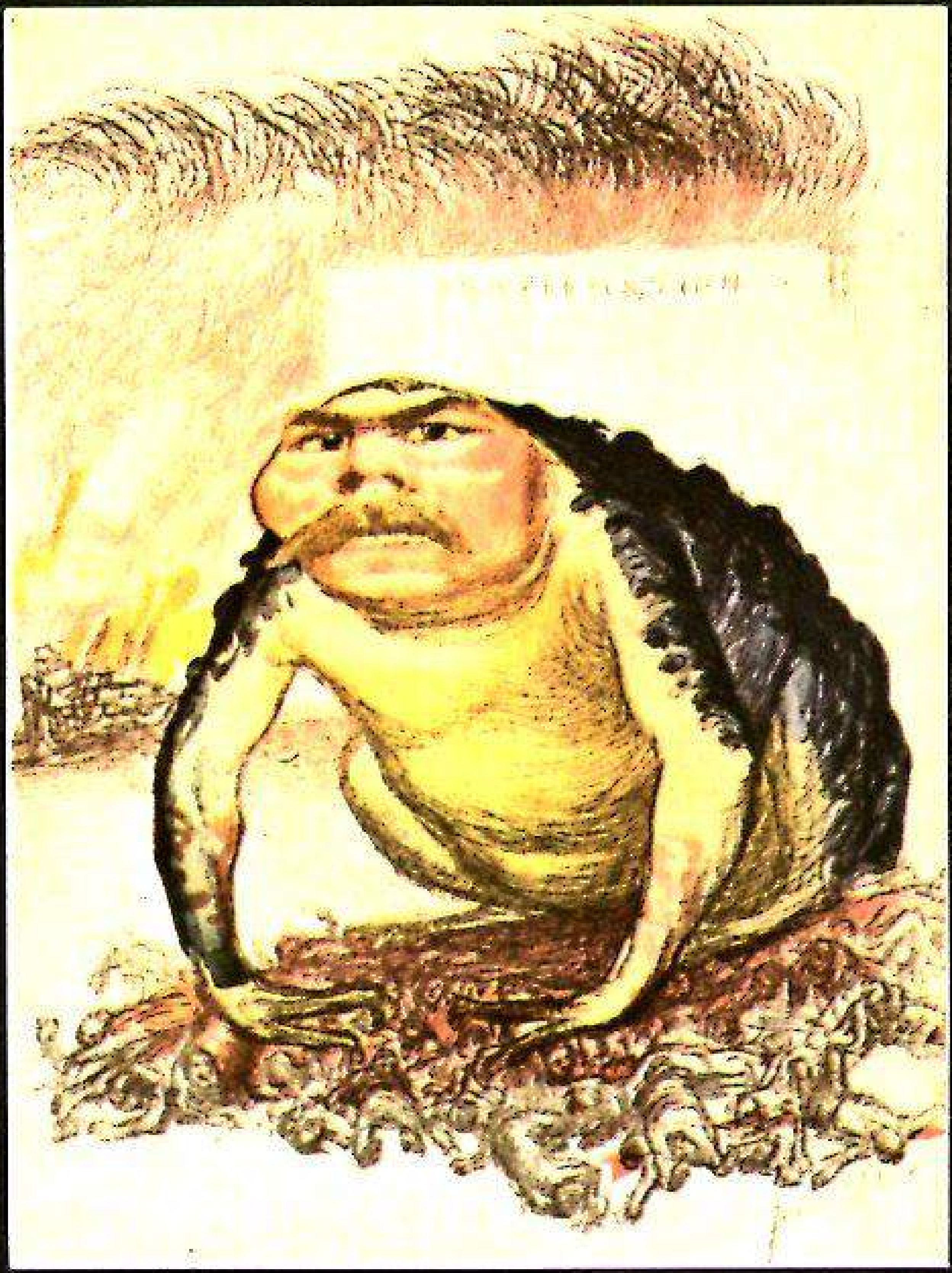
◀ *La reina Isabel (1557-1606)*

La «reina virgen» admirada incluso por un tiempo, financió las expediciones de corso de los piratas ingleses contra las posesiones coloniales de otros países y ella misma alcanzó pingües beneficios. He aquí un cuadro de autor desconocido.

Ejecución de cipayos ▶

Con objeto de aplicar las numerosas penas de muerte dictadas contra los soldados indios sublevados, los ingleses idearon este nuevo método. Los condenados eran atados a las bocas de los cañones y luego «lanzados al aire». Dibujo del ruso Vassili Vereshchaguin.





◀ *Eduardo VII, barril de pólvora*

La intuición del pintor al reflejar al hijo de la reina Victoria como incitador de guerras, terminó confirmándose en la realidad. Eduardo VII fue el responsable del cerco de Alemania y, con ello, se convirtió en el precursor de la guerra mundial. (Tomado de «L'Assiette au Beurre», 1901).



"CAPILLA ROJA"

Servicios Secretos

El hombre se encontraba en la estación del suburbano de Hallisches Tor esperando el siguiente metro. El tren llegó y un grupo de viajeros lo abandonó para subir las escaleras y dirigirse a la salida. El hombre del andén pareció pensarlo mejor: en lugar de entrar en el vagón se dirigió hacia la salida. Una vez llegó a las barreras de acceso a las taquillas se produjo una especie de fugaz aglomeración de viajeros que entraban y salian, situación que aprovechó otro hombre para acercarse al primero; éste le entregó disimuladamente una cartera de mano y ambos se separaron. Dos horas después se repetiría el misterioso encuentro en la Savignyplatz. Así se iniciaron los preparativos de la sección del espionaje soviético en Berlín para la guerra contra Rusia, conflicto que ya amenazaba con estallar. Era el 14 de junio de 1941.

Una semana antes de que empezara la guerra, el servicio de información soviético contaba únicamente con un reducido grupo de agentes en la capital alemana.

Las dos carteras, entregadas por un miembro de la misión comercial soviética, Alexei Kobulov, alias «Alexander Erdberg» a los comunistas alemanes Adam Kuckhoff y Hans Coppi, contenían sendos transmisores de radio, una clave cifrada y dinero por valor de 13.500 marcos.

Sin embargo, el grupo de agentes alemanes no se encontraba aún en condiciones de establecer comunicación radiofónica directa con Moscú. La señora Greta Kuckhoff estaba tan nerviosa por el hecho de tener en casa aquel peligroso aparato transmisor que, sin querer, lo dejó caer al suelo. «Erdberg» tuvo que proporcionar otra emisora al agente y hacer reparar la averiada. Hans Coppi, por su parte, trataba al mismo tiempo de enlazar con Moscú tras un curso acelerado de algunas horas sobre el mecanismo. Al fin terminó convenciéndose de que no podría lograrlo.

Todo lo más que se pudo lograr fue conectar de modo ocasional con Londres y Bruselas. La capital belga también era interesante porque en ella residía, bien camuflado, el «Petif Chef», Viktor Sukulov, uno de los pocos agentes soviéticos realmente hábiles. muy preparado e introducido.

Agentes soviéticos en la capital del Reich

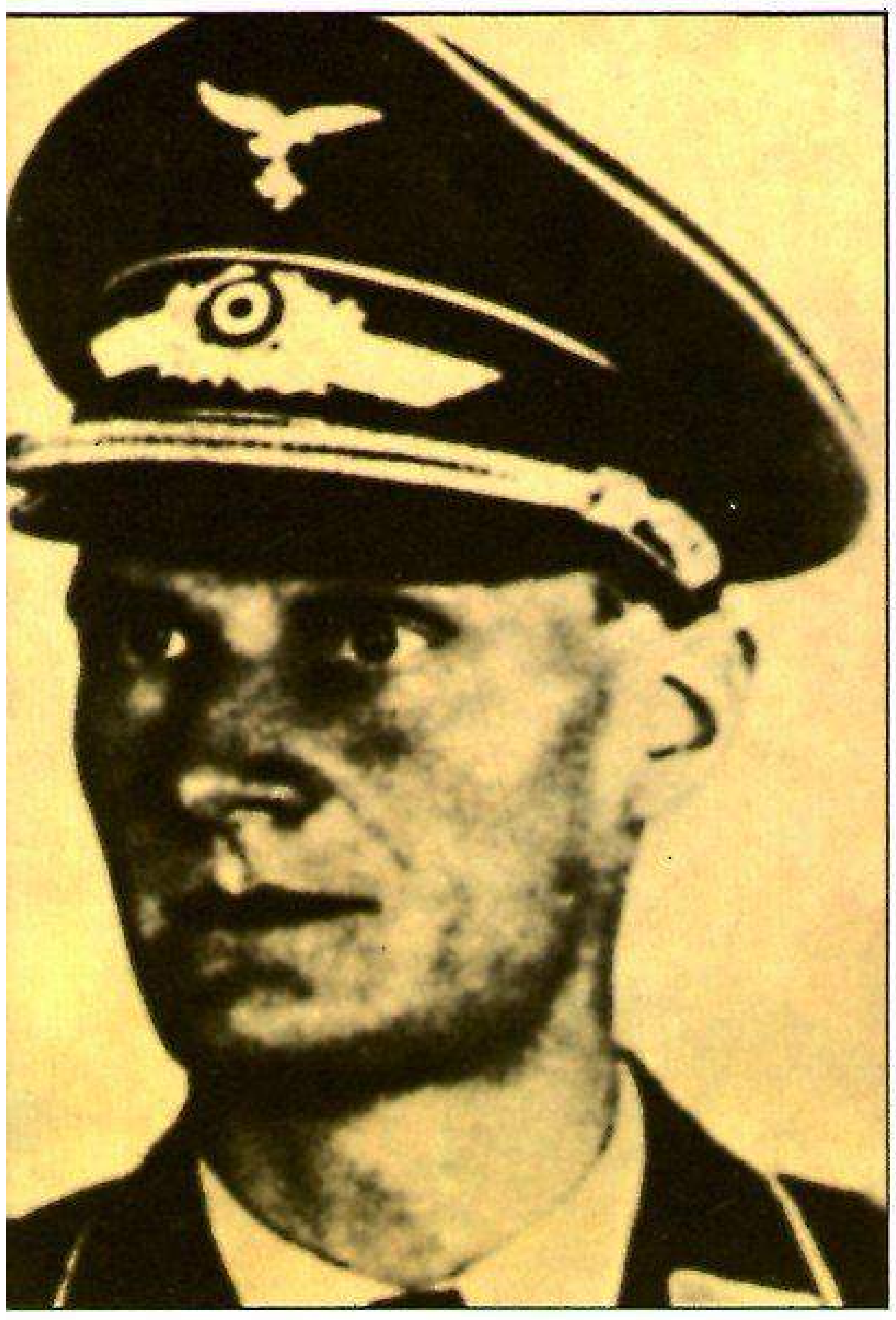
En diciembre de 1941, el contraespionaje alemán se incautó en Bruselas de una emisora de radio espía. Con ello se llegaba al cabo de la madeja que condujo hasta la «Capilla Roja», una organización del espionaje soviético que trabajaba desde hacía largos años sin encontrar impedimentos para su misión. Se hallaba extendida por toda Europa occidental y disponía en su momento más floreciente, de más de trescientas emisoras. Un papel especialmente importante lo desempeñó el grupo situado en torno del teniente de la «Luftwaffe», Schulze-Boysen, y del doctor Arvid Harnack, del Ministerio de Economía del Reich. Para algunos profesionales de Moscú, los miembros de la organización no eran más que aficionados que se habían convertido en agentes comprometidos por su repulsa del nacionalsocialismo.

Con todo, eso no eran más que gajes del oficio, averías de principiantes. Lo que funcionaba en Berlín no constituía, ni mucho menos, una asociación inofensiva. Esta organización se había formado en parte casualmente, en parte por iniciativa de «Erdberg» siguiendo la decisión del dedo de Moscú o por propia originalidad, sin más; también estaba inspirada parcialmente por el ilegal partido comunista de Alemania (KPD) y en parte apoyada por la voluntad de resistencia de la intelectualidad de la izquierda alemana. A principios de la guerra esta organización era la mayor y más efectiva.

Cuando la estación de vigilancia radiofónica de Cranz, cerca de Königsberg, captó por casualidad, el 27 de junio de 1941, una semana antes del comienzo de la guerra contra la Unión Soviética, una emisión bajo la clave PTX, pronto se llegó a la conclusión de que el destinatario debía de encontrarse en Moscú. En ese momento empezó una batida que duraría año y medio.

La *Abwehr* fue la que bautizó al desconocido grupo de radioemisores con el nombre de «Capilla Roja». «Capilla», porque en la jerga del espionaje alemán el aparato emisor se denomina «piano». El radiofonista, por ejemplo, era el «pianista», o, también, el «músico»; el jefe del equipo era el «director de orquesta». En este caso la «capilla» era «roja», porque la «música» se dirigía a Moscú.

El contraespionaje tardó mucho tiempo en traducir el códice cifrado de esa organización. Las claves soviéticas eran entonces las más seguras del mundo. Gracias a la nueva técnica de la radiofonía, desarrollada de modo fulgurante dos años atrás, se podrían dar una serie de pasos para captar el origen de las ondas. El primero consistía en interceptar una determinada emisión sospechosa mediante un centro de emisión potente especializado en la

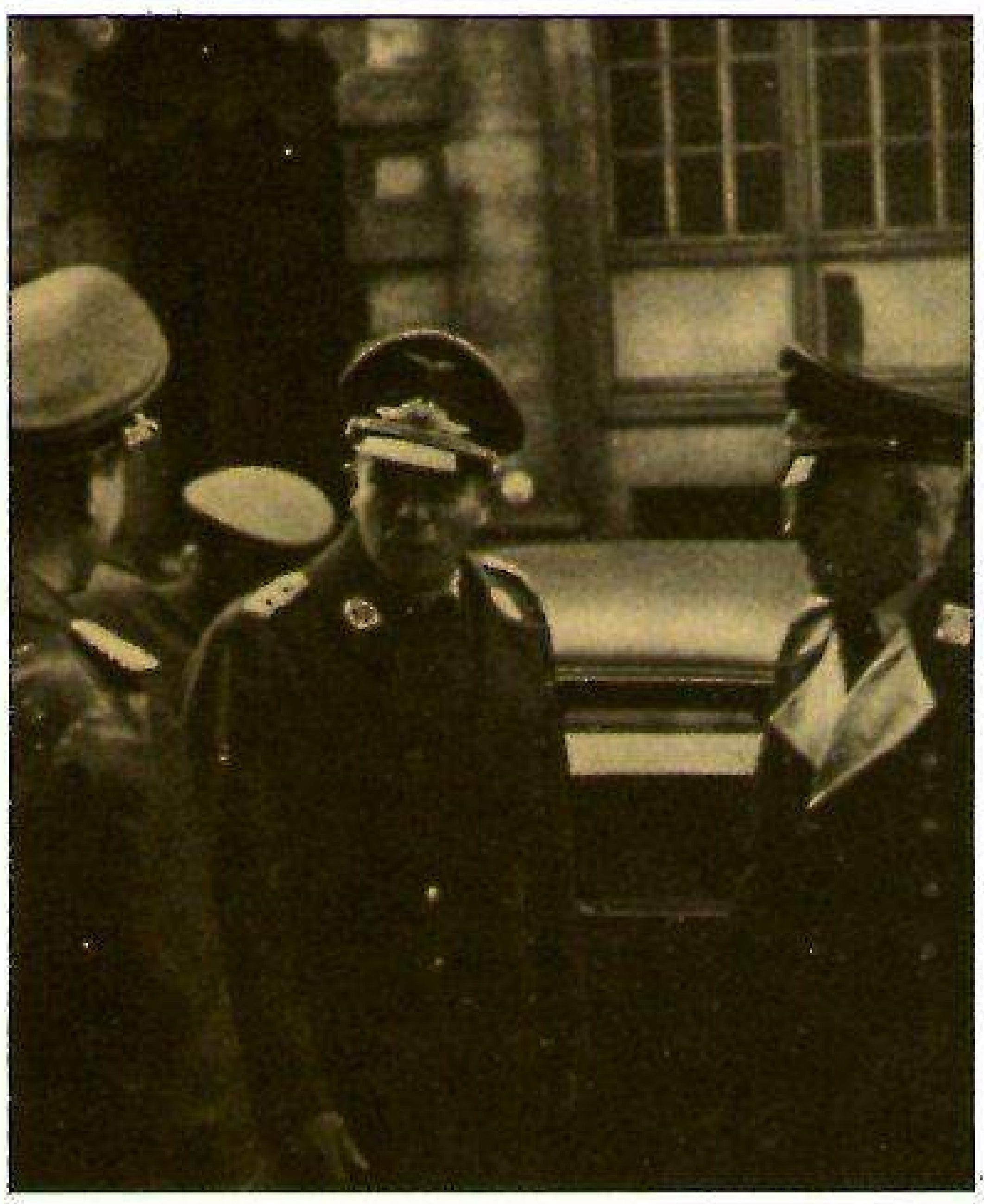




Harro Schulze-Boysen (en el extremo superior), teniente del Ejército del Aire que trabajaba en el Ministerio. Fue uno de los principales organizadores de la «Capilla Roja».

El doctor Arvid Harnack, consejero de Estado y funcionario del Ministerio de Economía del Reich. El desempeño de su cargo le facilitó el acceso a informaciones importantes (arriba).

El doctor Roeder, fiscal del tribunal militar, trató de presentar a los reos como unos traidores degenerados (arriba a la derecha).



localización de los puntos de emisión en onda corta. Segundo paso: la instalación, en camiones, de estaciones móviles dotadas de grandes antenas; el montaje podría realizarse también en aviones de vuelo lento del tipo *Fieseler Storch;* con estos medios habría que rastrear a conciencia la zona en la que se supusiese instalado el emisor. Tercer paso: aplicar la radiogoniometría mediante la instalación de los aparatos adecuados en autos o maletas; éstos revelarían la localización del emisor al situarse a doscientos metros de distancia. Con todo, esos métodos tenían también sus limitaciones. Doscientos metros en el mar de casas de una gran ciudad, con patios interiores, callejuelas, pasajes y sótanos, y, por encima, tejados, no eran fáciles de acordonar. Desde la localización aproximada del origen de las emisiones hasta el fin de la operación de captura habría tiempo suficiente para que los radiofonistas hubiesen huido.

Además, la presencia de esos coches patrulla, dotados de antenas bien visibles, hubiese delatado el proyecto. Los emisores habrían podido ser alertados, a tiempo por vigías puestos a su disposición. Naturalmente, los radioaficionados conocían perfectamente el peligro en que vivían.

La «Capilla Roja», por su parte, había empezado a trabajar con toda seriedad. Esta organización de resistentes no se había arrogado a sí misma ningún nombre. Los integrantes más fieles e inmediatos, antifascistas convencidos, se autodesignaban con el apellido de sus mentores ideológicos: Grupo Schulze-Boysen-Harnack.

La frivolidad es mala consejera

Poco antes de que «Erdberg» regresara a Moscú, se dedicó a «bautizar» a los agentes berlineses con una serie de «nombres de guerra»: así, por ejemplo, Harro Schulze-Boysen se llamaría a partir de entonces y a estos efectos «Choro», transcripción según el modo de leer los rusos el nombre de pila alemán del aludido. Harnack, por su parte, recibió el sobrenombre de «Arvid» (y en realidad se llamaba así).

Mas la culminación del absurdo tue cuando Schulze-Boysen y su atractiva esposa, Libertas, conocida como Libs, aprovecharon la ocasión del estallido de la guerra, el mismo día 1 de septiembre de 1939, para celebrar una fiesta de amigos. Sus invitados eran todos conocidos militantes de los grupos de la resistencia y dos amigos de la familia. El lugar elegido para la fiesta era la vivienda de los Schulze-Boysen. El motivo de reunión tan comprometedora era el convencimiento que abrigaba el anfitrión de que la guerra significaría el «principio del fin» del Tercer Reich, tan odiado por él. Este hecho había que celebrarlo, aunque sólo fuese aún una previsión.

Harro Schulze-Boysen procedía de una antigua familia de oficiales del Ejército y era un hombre de rompe y rasga. O se le quería o se le odiaba. Günther Weisenborn, escritor comunista convencido y miembro del círculo, le encontraba intachable, incluso en sus facciones. Los juicios sobre su persona eran siempre apasionantes, tanto como la posición de Harro respecto del comunismo. Se calificaba a sí mismo de comunista, al menos en ese momento. La Unión Soviética y la República Democrática Alemana, tras la guerra, lo llamaron «antifascista de gran firmeza». Su antifascismo estaba apoyado en una base puramente emocional. Hasta los 33 años editó una revista que oscilaba como un péndulo desde una derecha nacionalista hasta la izquierda anarquista. La publicación se titulaba «Der Gegner» («El Adversario»). En dos ocasiones fue detenido por los nazis, que le maltrataron, y sólo fue puesto en libertad gracias a la actuación decidida de su influyente madre. Le faltaba un pedazo de oreja, como consecuencia de una pelea, pero él declaraba que era el resultado de una venganza. Veía la solución de los males de la patria en la caída de Hitler y en la instauración de una Alemania amiga de la Unión Soviética, gobernada según el esquema de Moscú. Con vistas a esa restauración política del país, había confeccionado listas de futuros gobiernos, y en ellas se colocaba a sí mismo en el puesto de ministro de la Guerra.

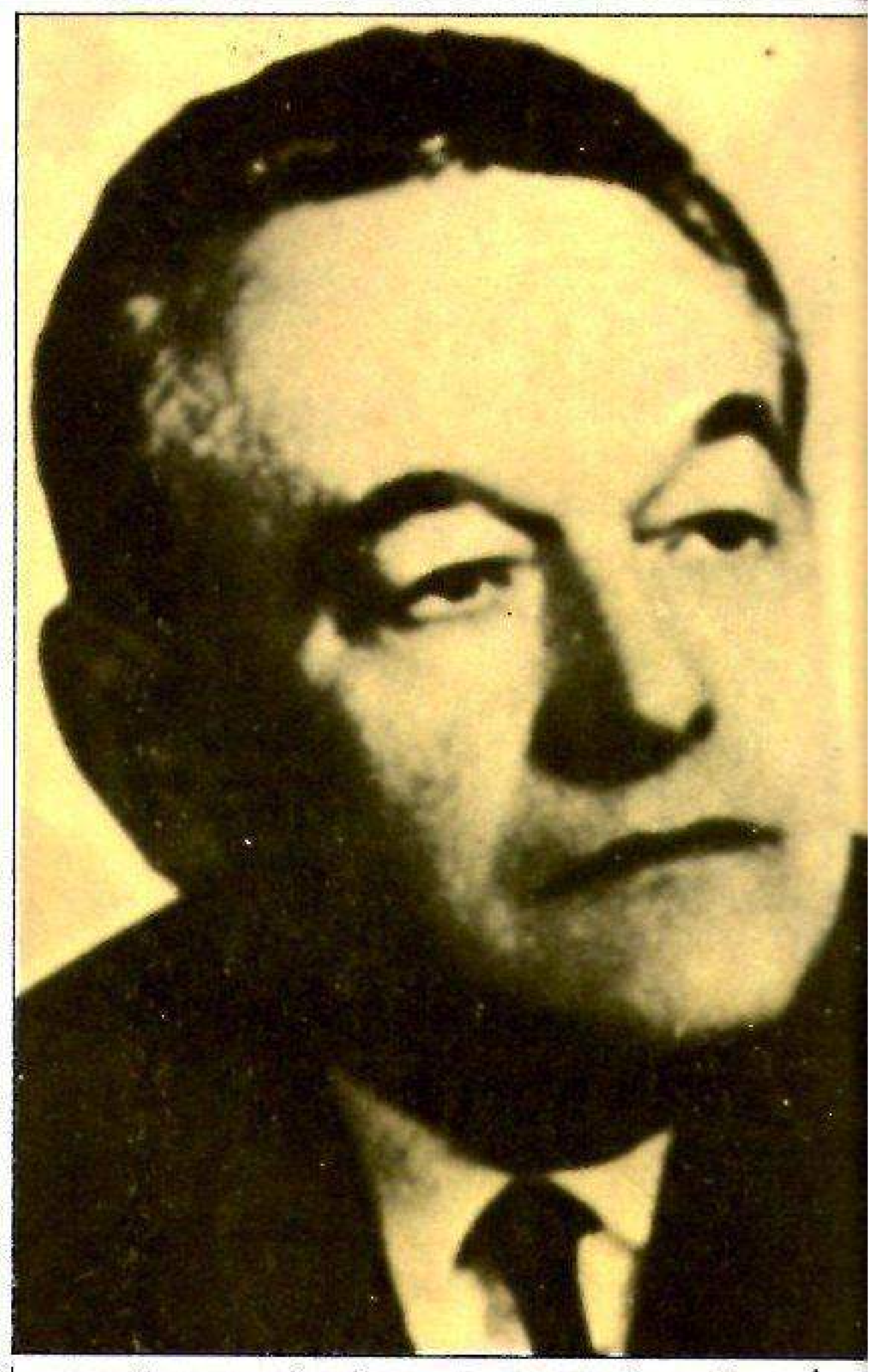
Su vida amorosa también era muy particular: su matrimonio se desvirtuó muy pronto y ambas partes, su mujer y él, siguieron ocasionalmente sus propios caminos.

Su carrera profesional tenía asimismo

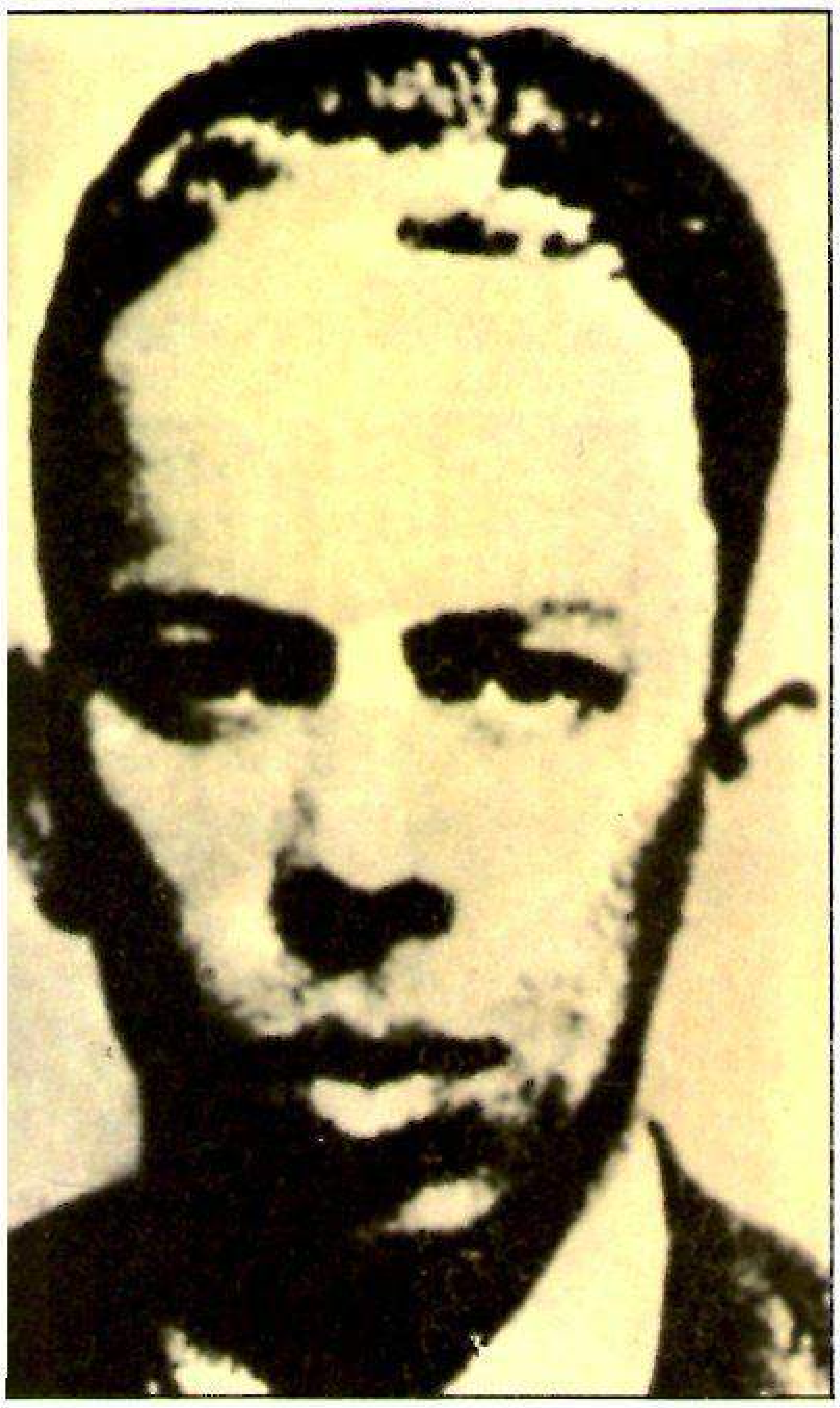
mucho de fuego fatuo: de detenido apaleado hasta casi morir, pasó a encontrar el favor de Göring.
Schulze-Boysen era el alma del grupo. Constantemente apremiaba a la acción. Era él quien proporcionaba las informaciones más abundantes, valiosas y secretas.
Al mismo tiempo se preocupó de organizar personalmente y ampliar el alcance de la resistencia en Berlín. Vestido con el uniforme de la *Luftwaffe,* y con la pistola a punto, acompañó una noche a sus camaradas que, en columna, procedían a pegar carteles del partido comunista por las esquinas de la ciudad. Así consiguió que se prendiese fuego a una exposición antisoviética que, bajo el título «El paraíso soviético» se había inaugurado en Berlín.
Contravino a diario la regla fundamental de que el agente debe permanecer alejado de toda organización, y en primer lugar de la propia, comportándose con precaución extrema.
El doctor Arvid Harnack, por su parte, era sumamente callado, como correspondía a un hombre del servicio secreto. Diez años mayor que Harro, procedía de una familia de intelectuales famosos. Durante su época de estudios militó en la extrema derecha, pero pronto comenzó a adentrarse en el estudio del marxismo. Cuando se encontraba en los Estados Unidos, en 1927, gozando de una beca Rockefeller, conoció a la que sería su mujer, Mildred, que volvería a Alemania con él. Una vez en su país fundó un círculo de estudio para profundizar en la economía de planificación soviética y, de este modo, se hizo notar a los rusos. De repente se le invitó a que realizase un viaje de estudios a Moscú. Ya entonces, en 1932, se manifestó dispuesto a proporcionar informaciones a la Unión Soviética.
Entró a trabajar como experto en cuestiones económicas en el Ministerio de Economía del Reich y así pudo informar a sus amigos de cuanto llegaba a sus manos.
Schulze-Boysen y Harnack tenían muchas cosas en común: fanatismo, aplicación, entereza de ánimo, energía.
Schulze-Boysen concedió inmediatamente gran valor a la ampliación del grupo. Recibió en sus filas al comunista Hans Coppi, un trabajador del metal muy radicalizado al que destinó como técnico para que manejase su emisor de radio. Poco después reclutaría al también militante comunista Graudenz y al antiguo colaborador de «Bandera Roja», Johann Sieg. Por su parte, Harnack aportó la colaboración de su amigo, el actor de 50 años Adam Kuckhoff, y de su mujer, Greta (que sobreviviría al final de la guerra y sería nombrada más adelante presidente del Banco de la República Democrática Alemana).
Greta ocupaba también un puesto interesante: trabajaba en el departamento de política racial del partido nazi y había traducido al inglés una parte del libro de Hitler «Mein Kampf».
Al grupo también se fueron uniendo gente de teatro, individuos marginados, jóvenes radicales, pero aquella mezcolanza, que parecía que no iba a permitir un trabajo de inteligencia prolongado, no se disolvió ni por la traición ni por el error de cálculo. La Gestapo pudo al fin asir el hilo de la madeja cuando el «director» de la central de Moscú cometió la torpeza de enviar a Bruselas un telegrama cifrado en el que se indicaba nada menos que las direcciones de «Choro» «Arvid» y «Kuckhoff» y se rogaba que les visitara un agente.

Se reclama en Berlín la presencia del «Gran Hombre»

Se trataba, en primer lugar, de convertir a esos hombres inexpertos, pero resueltos, en verdaderos agentes con trascendencia exterior y en luchadores de la resistencia dentro del Reich. El combate en el interior marchaba bien. Aunque para Schulze-Boysen se trabajaba demasiado poco, Kuckhoff y Weisenborn no cesaban de redactar textos para carteles y folletos de análisis. La acumulación de informaciones era casi ideal. En la central de noticias del Ministerio, Schulze-Boysen podía obtener prácticamente todo el material que llegaba a ella con la indicación de «secreto» o «reservado»
Harnack, por su parte, coleccionó con gran aplicación informaciones económicas. Los intelectuales del grupo, varios de ellos expertos intachables del nacionalsocialismo, investigaron a fondo sin que se despertase la desconfianza hacia ellos. La mujer de Schulze-Boysen, Libertas, aireó su origen principesco, con lo cual se le abrieron las puertas de los círculos sociales más encumbrados: su encanto personal hacía lo demás.
En todo el territorio del Reich no operaba ninguna organización que ofreciera a Moscú tanto material y tan valioso, como el grupo de Schulze-Boysen-Harnack.
Con todo persistía un problema: ¿cómo podría perfeccionarse la radio a efectos de transmisión?
Para este cometido, nadie como el «Petit Chef» Sukulov, segundo jefe de espionaje soviético en Europa. Debía trasladarse a Berlín. El convocado llegó a la capital del Reich como Vicente Sierra, uruguayo. La visita se produjo en octubre de 1941. Había traído un nuevo aparato emisor y procedió a reparar los averiados. Al tiempo se ocupó de instruir a Coppi sobre las



cuestiones técnicas y arrastró a Kurt Schulze desde las viejas filas ocultas del partido comunista. Schulze era un veterano que después de haberse preparado en la escuela de radiofonía de Moscú no había logrado establecer contacto con los grupos de la resistencia berlinesa.
Antes de abandonar Berlín, Sukulov, que se hacía pasar por inglés, se apodaba a sí mismo «Kent» y vivía en Bruselas de forma muy alejada de las mojigaterías soviéticas, se convirtió por un tiempo en amante de la descocada condesa Erika von Brockdorff, quien abrió su dormitorio, siempre a disposición de todos los radiofonistas del grupo.
Plenamente satisfecho, Kent regresó a su punto de origen. El grupo berlinés podía funcionar ya a la perfección.
Hasta el encarcelamiento de los implicados en el círculo, a finales de verano del año siguiente, ni los hombres ni los aparatos cesaron de funcionar. Como tampoco quienes les seguían la pista, que en sus pesquisas a veces se aproximaban a un tiro de piedra del puesto emisor, aunque siempre acababan perdiendo el rastro, en ocasiones durante semanas.
Descubierto el secreto de algunas claves que llegaron a sus manos, el contraespionaje alemán logró descifrar fragmentos aislados, que dejaron atónitos desde Hitler a Himmler, pasando por Göring. Los esbirros de Canaris y del departamento de seguridad del Reich (Schellenberg) iban a la caza de un lado para otro, apremiados por sus jefes. En columnas interminables de



Gilbert, cuyo nombre verdadero era Leopold Trepper, el «Grand Chef» de la «Capilla Roja», fue detenido en París (izquierda). Kent, alias Victor Sukulov, conocido también como el «Petit Chef» fue capturado por la Gestapo en Marsella.

cinco cifras, la «Capilla Roja» había remitido a Moscú por radio, entre otras informaciones, las que siguen:

Los planes estratégicos, casi completos, sobre la decisión del Mando supremo de las Fuerzas Armadas de aplazar la ofensiva del Cáucaso del otoño de 1941 a primeros de 1942.

Composición de numerosas unidades de paracaidistas, con fechas y puntos de operación.

Planes de ataque a la Aviación alemana contra escoltas británicas de convoyes con destino a la Unión Soviética.

Producción mensual de aviones.

Pérdidas alemanas de aviones en cada operación y por meses.

Datos sobre la fuerza y el desarrollo de la *Luftwaffe* en el frente oriental.

Datos técnicos sobre nuevos aviones, en especial sobre el *Messerschmitt.* Movimientos de tropas alemanas en el frente del Dnieper.

Resultados de los intentos de producir combustible sintético.

Informes de la situación en las reservas de materias primas relacionadas con la producción de guerra.

Concentración de armas químicas en Alemania.

Localización del cuartel general alemán, que sistemáticamente cambiaba de emplazamiento.

Confrontaciones observadas en el Mando supremo, con indicación de nombres y puntos de vista enfrentados.

Así como el comienzo del período más brillante de la organización coincidió con la ayuda de Bruselas (del «Petit Chef» y su visita a Berlín), también vino de la capital belga el origen del desenlace final.

En diciembre de 1941 fue descubierto el taller de falsificaciones del servicio de inteligencia soviético en Bruselas, en el que el «fabricante» Abraham Raichman extendía pasaportes a los resistentes más activos de Europa. No se le detuvo de inmediato sino que fue sometido a estrecho cerco. El falsificador era un buen cabo para desenredar la madeja en la que estarían otros agentes. Al fin, los funcionarios del departamento de seguridad lograron detener a algunos de ellos: el primero en caer fue el oficial ingeniero soviético Yefremov, que reveló cuanto sabía. Así se pudo desmantelar la «oficina» de Bruselas. Ésta se encontraba bajo el mismo techo que una sección del contraespionaje alemán, ubicada en la misma casa, un piso más arriba. Cuando llegaron los alemanes, «Kent» ya había huido.

Después los funcionarios de Berlín orientaron sus pasos hacia otra oficina soviética en Amsterdam, conocida por los iniciados bajo el nombre clave de Hilda; sobre ella también había hablado Yefremov.

Sin embargo, nada les hubiera ocurrido a los del círculo de Schulze-Boysen y Harnack si no fuese porque en el piso de Bruselas los agentes alemanes encontraron 120 textos cifrados. Este material pasó a manos de un experto funcionario alemán que logró interpretar el código empleado. Descubrió una palabra claramente legible («Proctor») y, buscó en las librerías y bibliotecas de Bruselas volúmenes en los que hallar explicación al nombre. Al fin lo encontró en una novela, editada para la distribución gratuita entre los lectores de la revista parisiense «Monde illustré». Así llegó a descubrir el contenido de los 120 documentos encontrados en la capital belga, entre ellos uno decisivo: «Visite usted tres direcciones en Berlín y compruebe por qué en ellas fallan a menudo las conexiones».

A través de una simple lista de vecinos fue localizado «Choro». Schulze-Boysen, funcionario del Ministerio del Aire, ¡un agente soviético!

La Gestapo se abstuvo de intervenir por el momento. No veía con claridad cómo era posible que Moscú arriesgase tan a la ligera el trabajo de sus agentes poniendo a la *Abwehr* en la pista de las direcciones de sus espías. Se tenía la sospecha de que los mensajes por radio eran una pista falsa con el fin de desorientar a los agentes del Reich.

La táctica a seguir fue distinta. Los agentes alemanes siguieron de cerca cada movimiento de los sospechosos identificados. Al poco tiempo no cabía duda alguna: tenían ante sí a la tan buscada «Capilla Roja».

Al mediodía del 30 de agosto de 1942, «Choro» fue llamado al despacho de su superior, el coronel Bockelberg. Este le notificó que estaba detenido y le transfirió al inspector Kopkow de la Gestapo, que esperaba al lado.

Final precipitado

Pero tampoco se hallaba previsto el encarcelamiento inmediato. La Gestapo quería ir midiendo sus pasos para tener en su mano a la «Capilla» completa. Con todo, no se pudo evitar que el cabo Horst Heilmann, descifrador de textos del *Funkabwehr* alemán y admirador juvenil de Schulze-Boysen, además de miembro activo de la resistencia, notara desde su puesto de trabajo que el grupo había sido localizado.

Y entonces cometió la falta decisiva: llamó a la casa de Schulze-Boysen. Naturalmente, el teléfono había sido interferido. Como «Choro» no estaba en casa, el comunicante le dejó a la sirvienta el número de su lugar de trabajo. Poco más tarde Heilmann se decidió a ir personalmente a la Altenburger Allee para advertir a Libertas.

Con ello la Gestapo se vio obligada a intervenir antes de lo que deseaba. Tras «Choro» cayeron en sus manos Heilmann y Libs y, algo más tarde, Harnack y su mujer, que se encontraban de vacaciones en Prusia oriental, así como los Kuckhoff. Durante un mes largo fueron dando en las manos de la Gestapo, aquí uno y allí otro, los integrantes o colaboradores de la organización. Poco después, todos los dirigentes del círculo se hallaban en poder de la policía.

La Gestapo se encontró así con 117 personas, entre ellas informadores, cuya credulidad fue explotada y que no sabían nada de la actividad del grupo de Boysen-Harnack. La primera culpable de esa situación fue Libertas, que rompió el silencio y dio a conocer cuanto sabía. De cualquier forma, su marido se había alejado de ella —qué le importaban los restantes— y sólo pensó en salvar su propia cabeza. Abrigaba la esperanza de que se la dejase libre —era la nieta de un príncipe— si lo decía todo. Y así refirió lo que sabía, cosa que no la ayudó en absoluto. La madre

de Schulze-Boysen corroboró al final de la guerra que, «por esta causa, muchos fueron al patíbulo. Algo verdaderamente triste».
Pero las delaciones de Libs no fueron las únicas. También le abandonaron pronto los nervios a Adam Kuckhoff y confesó. El propio Harnack no pudo resistir después de algunos días.
Greta Kuckhoff, que sobrevivió como ya hemos dicho, hizo una amplia relación tras la contienda: «Todos terminaron por contar lo que sabían y entregaron los nombres de los implicados... Yo me quedé atónita cuando oí que Adam había declarado. Ni siquiera la pena de muerte dictada contra él me impresionó tanto como esta noticia. Me enfurecí contra Adam».
Hitler en persona exigió que se aplicase lo antes posible la pena máxima. El dictador quería un proceso a puerta cerrada. El pueblo no tenía por qué enterarse de aquello. Al final accedió a que fuera Göring quien decidiese, y el tribunal militar quien dictase sentencia, ya que había sido en el Ministerio de Göring donde los encausados lograron reunir más datos.

Procesos secretos

El acusador, doctor Roeder, dispuso tan sólo de dos semanas para estudiar las actas con el fin de distribuir el caso en varios procesos, en cada uno de los cuales deberían comparecer sólo unos pocos acusados, y proceder a la formalización de los cargos. En total comparecieron ante los tribunales 76 personas, acusadas de alta traición, delitos de lesa patria, atentado contra las fuerzas armadas. Para casi todos ellos se pidió la pena de muerte. Aunque el tribunal se reunió en sesión secreta (hasta concluida la guerra no se llegó a saber demasiado sobre la existencia y el final de la «Capilla Roja»), eso no bastó a Roeder hasta el punto de que se limitase a los hechos que se imputaban a los acusados. El fiscal nazi convencido de que gozaba de la confianza absoluta del *Führer* y de su mariscal del Reich, pretendía analizar las «causas» de una conducta tan criminal. Y encontró las razones que buscaba: amoralidad, relaciones vergonzosas, orgías, codicia.
Los defensores de oficio recibieron las actas pocas horas antes de los procesos, y los elegidos sólo con unos minutos de antelación. El primer juicio tuvo lugar el 14 de diciembre de 1942. Ante los jueces nazis comparecieron los acusados Scheliha e Ilse Stöbe. Scheliha, consejero de legación en el Ministerio de Asuntos Exteriores, había percibido 50.000 marcos por sus actividades de espionaje. Esta cantidad fue ingresada por los soviéticos en una cuenta a su nombre abierta en un banco suizo: El consejero Scheliha había cobrado ya una parte de este dinero, que malgastó con una amiga. Ilse Stöbe, su secretaria, se ocupó de que la comunicación radiofónica pudiese llevarse a cabo y tenía acceso libre a la organización Boysen-Harnack.
En dos horas la causa quedó vista y las sentencias dictadas: pena de muerte.
Dos días después comenzó otro proceso, esta vez contra el matrimonio Schulze-Boysen, Harnack y otros nueve acusados. El 19 de diciembre se dictaron las correspondientes sentencias: 9 penas de muerte y 4 condenas a trabajos forzados. Por intervención directa de Hitler dos de estas últimas se transformaron en penas de muerte.
El 22 de diciembre fueron ahorcados en la prisión berlinesa de Plötzensee los condenados masculinos. La ejecución se llevó a cabo en cabinas independientes, separadas por cortinas en una misma sala de la cárcel.
Hitler había hecho hincapié en que la pena se aplicase de este modo. La guillotina le pareció demasiado honrosa e indolora para aquellos «traidores».
Los restantes procesos comenzaron en el mes de enero. 46 personas más fueron ejecutadas: los hombres, ahorcados, y las mujeres, decapitadas.
Las figuras secundarias de este drama también fueron objeto de duras penas. Por ejemplo Adolf Grimme, profesor que contribuyó a la reforma educativa, militante socialdemócrata y ministro de Cultura de Prusia hasta 1932. Este hombre cincuentón fue condenado a 3 años de trabajos forzados, a pesar de que el propio fiscal nazi testificó que Grimme no había realizado funciones de espionaje ni se había afiliado a la resistencia. Se le acusaba de haber aceptado 2000 marcos de Kuckhoff y de haberlos escondido en un armario. El propio Kuckhoff era quien le había aconsejado que ocultara esta suma.
La cacería de los enlaces del espionaje soviético internacional continuó con éxito evidente para los nazis. En noviembre de 1942 cayó en manos de los alemanes, en Marsella, Sukulov, alias Kent... Pocos días después tuvo el mismo final, en París, el «Grand Chef» Gilvert, alias Leopold Trepper: se le detuvo en el dentista. La Gestapo había logrado capturar a algunos cientos de miembros de la «Capilla Roja» que operaban en Europa occidental; los juzgó, los ejecutó o los hizo desaparecer sin más. Pero con ello no podía paralizar el espionaje soviético. Ahora sería el grupo «Los tres rojos» controlado por un tal «Rado», el que prosiguiese la acción de los de la «Capilla Roja». Su sede se hallaba en la neutral Suiza, en Ginebra, y nunca llegó a ser desarticulada. □

EPILOGO

Los agentes del espionaje viven peligrosamente y suelen morir en solitario. Debido a su doble juego, incluso los supervivientes que consiguieron buenos resultados con su actividad apenas pueden disfrutar de una existencia llena de fama.

El destino de Leopold Trepper, el «Grand Chef» de la «Capilla Roja» confirma esta tesis. Siendo coronel del servicio secreto soviético logró crear una eficiente red de espías distribuidos por toda Europa que enviaron una cantidad enorme de mensajes radiados a Moscú.

Tras su detención, Trepper permaneció un año en poder de la Gestapo hasta que, al fin, pudo escapar. Cuando terminó la guerra se trasladó a Moscú en el mismo avión que había llevado a París al jefe del partido comunista francés, Maurice Thorez. Una vez en la capital soviética, no sólo no recibió condecoraciones sino que se le condenó a 15 años de cárcel, porque Stalin suponía que había cooperado con los alemanes. Aún hoy Trepper niega esta acusación. Una vez muerto el dictador, Trepper se trasladó a Polonia y vivió en condiciones económicas muy modestas. A pesar de que se encontraba gravemente enfermo luchó durante años por conseguir un visado, que se le concedió en 1973 tras una huelga de hambre. Hoy vive en Israel como ciudadano de esta nación.

El grupo alemán de la «Capilla Roja» cargó sobre sus hombros el odio feroz de los funcionarios germanos de la época y de los administradores de justicia. Que aquellos agentes hubiesen ocupado puestos de responsabilidad en el partido y en la administración o en la intelectualidad, y que hubiesen trabajado al mismo tiempo para el enemigo, era algo especialmente reprobable a los ojos de sus perseguidores.

De los supervivientes, tan sólo dos llegaron a jugar un papel relevante en la vida alemana de la posguerra. Adolf Grimme, condenado a tres años de cárcel, fue hasta 1956 director general de la cadena de radiodifusión y televisión NWR. Greta Kuckhoff, condenada a muerte, se benefició de una conmutación de esta pena, que se convirtió en otra de diez años de trabajos forzados: en 1951 fue designada presidente del Notenbank de la República Democrática Alemana.

BRUNO, EL TONTO



La figura del asesino de masas, del sádico, como diríamos hoy, no era imaginable en un Estado como el Tercer Reich, dotado de un férreo aparato policíaco. Precisamente ese aparato impidió que la opinión pública tuviese noticia de Bruno Lüdke. El caso de este hombre apenas trascendió, por efecto de una estricta censura de prensa. Al terminar la guerra los alemanes se enteraron de quién era «Bruno, el tonto» y qué había hecho. Dieter Sinn informa del lúgubre episodio.

Bruno Lüdke nació en los alrededores de Berlín, en 1908. En su infancia sufrió un fuerte golpe en la cabeza, que le acarrearía graves secuelas para toda la vida. Por lo pronto no pudo volver a la escuela. Luego permaneció durante un tiempo atado a una silla, sin poder moverse. Todos le consideraban un débil mental. Sus maestros le habían tenido por un retrasado. Así creció hasta que su constitución fue la de un verdadero gigante, que se movía con la rapidez de un mono. Corría inclinado hacia delante, dejando que los brazos, enormemente largos se balanceasen a lo largo del cuerpo durante su rápida marcha. Su frente era estrecha y huidiza. La cabeza aparecía cubierta por una capucha de pelos. A pesar de esto su familia le tenía por un buen muchachote, aunque reconociese que era un retrasado mental.

En su primera juventud empezó por realizar algunos pequeños robos. En una ocasión fue sorprendido y se le sometió a proceso. La sentencia resultó favorable al acusado, en virtud del art. 51 sobre atenuantes de la responsabilidad. Así fue viviendo varios años. Entretanto había caído la República de Weimar y Hitler se había convertido en canciller del Reich. Y, al fin, estalló la segunda Guerra Mundial.

Fue entonces cuando ocurrió todo. A finales de enero de 1943, es decir, cuando el aparato policíaco de los nazis funcionaba a la perfección, unos niños que jugaban en un bosque del distrito berlinés de Köpenich hallaron el cadáver de una mujer. Los muchachos avisaron a la policía y ésta estimó que la víctima podría contar unos cincuenta años. La mujer había sido estrangulada y luego violada. ¡Un delito sexual!

¿Quién podía ser el autor? Tras una amplia investigación entre los habitantes del distrito se supo que frecuentemente merodeaba por aquellos lugares un individuo con aspecto de trabajador desocupado. ¿No sería Lüdke ese sujeto? Ni hablar. Los interrogados no podían creer que fuese aquel «pobre loco» el autor del asesinato. Si hasta tenía miedo de los niños. Cómo iba a atreverse a atacar a una mujer adulta. Con todo, la policía detuvo a Bruno Lüdke. Otras pesquisas en torno a este personaje condujeron a observar un detalle revelador: se apreciaron en sus ropas manchas de sangre de ave. ¿De dónde procedía esta sangre?

La brigada de asesinatos de la policía criminal berlinesa regresó al lugar de los hechos y lo registró a fondo. No lejos del sitio en que apareció la mujer se halló un montón de plumas de pollo. Se supuso que podría establecerse una relación entre el hallazgo y el asesinato de la mujer por Bruno.

Lüdke fue interrogado minuciosamente en la comisaría de policía berlinesa. El «pobre tonto» rehusó negar nada desde el primer momento y asentía a cuantas preguntas se le formulaban.
Según la trascripción de sus declaraciones, afirmó literalmente:
–Yo había agarrado el pollo, lo reconozco. La vieja estaba sentada en el tronco de un árbol y yo me acerqué.
–Y tú, ¿qué le dijiste? –preguntó el comisario.
–Pues, eso, que si quería... Pero ella me dijo que no.
–Y ¿qué hiciste tú?
–La agarré por el cuello.
Aquel asesinato quedaba aclarado. Bien, pero ¿y los otros? En los archivos habia una larga relación de hechos semejantes sin aclarar por el momento. Desde 1923 la policía contaba con varios casos no resueltos. Las víctimas eran mujeres asesinadas en las mismas circunstancias.

¡No puede ser verdad!

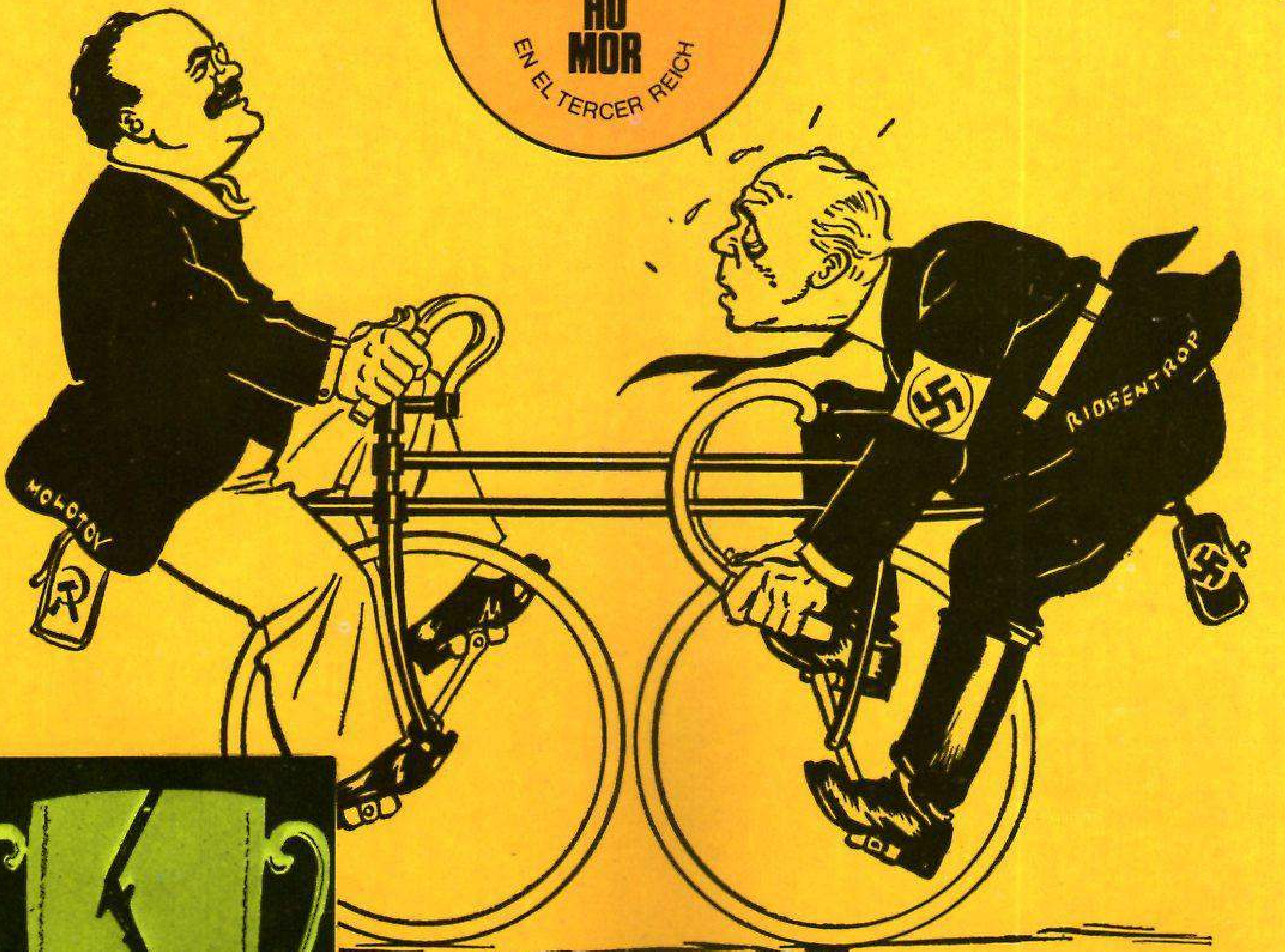
Bruno adoptó una actitud extrañamente comunicativa. Los funcionarios de policía no podían preguntar tan de prisa como él respondía. Según informó él mismo desde 1923 había sentido el placer de atacar a mujeres solas: sus víctimas eran estranguladas, golpeadas y violadas. Más no había hecho, confesaba con cierto aire de inocencia.
Tras varios días de interrogatorios, Bruno había relatado cosas tan inimaginables que los funcionarios apenas podían creerle. Se veían incapaces de aceptar que aquel pobre diablo se hubiese «despachado» nada menos que 84 mujeres.
Más de 60 de estos casos se habían producido después de la época del «sistema», durante el Tercer Reich. ¡Imposible! Se produjo una resistencia que terminó con la decisión inexorable del jefe de las SS, Heinrich Himmler, en el sentido de que se orientasen las pesquisas por todo el país. La policía del Tercer Reich, en especial la policía criminal, estaba supeditada al departamento para la seguridad del Estado, es decir, a los mandos SS.
Con la intención de sustraerse a las recriminaciones furibundas de Himmler, la policía criminal berlinesa accedió a reconstruir los hechos con el propio Bruno Lüdke. Los funcionarios confiaban en que Bruno sería incapaz de repetir, esta vez en el mismo lugar de los hechos, lo que había dicho anteriormente. Con ello la policía esperaba recuperar su prestigio, puesto en duda por Himmler. Pero no resultó así. Lüdke fue trasladado al bosqe de Köpenick en un coche celular. Durante el viaje, el acusado curioseaba todo por las ventanillas del furgón, con vivas muestras de interés. De pronto dijo que los «señores» se habían pasado ya del sitio. El conductor dio marcha atrás, se detuvo y le quitó las esposas. El detenido echó a correr hacia el interior del bosque. Con la seguridad de un sonámbulo iba empujando las ramas a los lados sin cesar de correr, hasta que encontró el sitio: ¡Aquí encontré a la mujer, aquí la golpeé, la estrangulé y la violé!
Efectivamente, el lugar coincidía. Aquel era el escenario del crimen. Ya no cabía duda alguna: Bruno Lüdke era el asesino. Los policías no pudieron hacer otra cosa que mirarse en silencio. De nuevo hubo que empezar con los interrogatorios. Una y otra vez los agentes escuchaban las mismas declaraciones: sistemáticamente, el asesino había matado a sus víctimas y luego las había violado. Así había procedido en 1928 y 1940 en Hamburgo, como también en 1938 en Munich. Los crímenes se parecían entre sí como gotas de agua. La policía criminal no tenía ya alternativa para demostrar lo contrario.
Esos delitos sexuales no procedían de la fantasía perversa de un loco, sino que eran crímenes reales. Durante largos años aquel pobre individuo había escapado de las redes de la justicia; durante años había llevado de cabeza a la policía de todo el país. ¡Qué situación tan ridícula para la policía criminal, a la que tantos méritos y éxitos se atribuían!
Bruno Lüdke insistía en su confesión: había atacado a 84 mujeres. Aquel placer que mostraba al declararlo... signo inequívoco de demencia... Su manía enfermiza de vanagloriarse de acciones que él, en realidad, no había perpetrado de forma consciente...

Un ser infrahumano y dañino para el pueblo

No es de extrañar que el propio Joseph Goebbels, ministro de Propaganda, tomase cartas en el asunto. Por escrito, y con el indicativo de «Cuestiones secretas del Reich», Goebbels exigió al jefe de la policía alemana, Himmler que «el bestial asesino y violador de mujeres no fuese sometido a una pena de muerte normal». «Le propongo –añadió Goebbels– que se le dé fuego hasta convertirlo en una antorcha humana o que se le descuartice.»
Pero Himmler no estaba de acuerdo con el propósito de Goebbels. Tanto a él como a la jefatura de la policía alemana les interesaba la cuestión de cómo se podía explicar, desde el punto de vista científico y criminológico, la actuación de un asesino de ese calibre. En consecuencia, se ordenó que se investigasen las características de su familia y se reconstruyó meticulosamente cada uno de los crímenes. No obstante se presentó un problema: apenas quedaban testigos con vida y el escenario de los asesinatos tampoco existía en varios casos, porque había sido destruido por las bombas.
Por orden de Himmler, el asesino fue enviado a Viena, donde en un instituto criminológico se le volvió a pedir que repitiese sus declaraciones. Durante varias semanas fue sometido a diversos experimentos: se le midió el cráneo para establecer alguna relación entre su forma y su personalidad anímica y de comportamiento.
Tales métodos, en modo alguno científicos, dieron como resultado final lo que la ideología nacionalsocialista estaba buscando: Bruno Lüdke era el prototipo de «infrahombre», un verdadero peligro social, un individuo que demostraba palpablemente la necesidad de la «depuración de la raza». Como vergüenza de la raza que era, el pobre psicópata fue liquidado poco después. No se ha podido averiguar de qué manera se le aplicó la última pena.



El asesino de mujeres Bruno Lüdke durante la comida (página anterior) y en el escenario de uno de los crímenes.



Entre Hitler y Stalin los asuntos no marchan bien. Ello es cada vez más evidente, en especial tras la entrevista Molotov-Ribbentrop a finales de 1940. El periódico londinense «Daily Mirror» presentaba a los ministros de Asuntos Exteriores pedaleando sin avanzar en la misma bicicleta «diseñada en Berlín y construida en Rusia», según el texto original.





Para esta caricatura norteamericana, la rivalidad en los Balcanes fue la causa del rompimiento entre Stalin y Hitler.

Otra caricatura procedente de los Estados Unidos, por aquel entonces aún neutrales, comenta la fallida aventura de Mussolini en Grecia. El aliado italiano se convierte para Hitler en doloroso «talón de Aquiles».

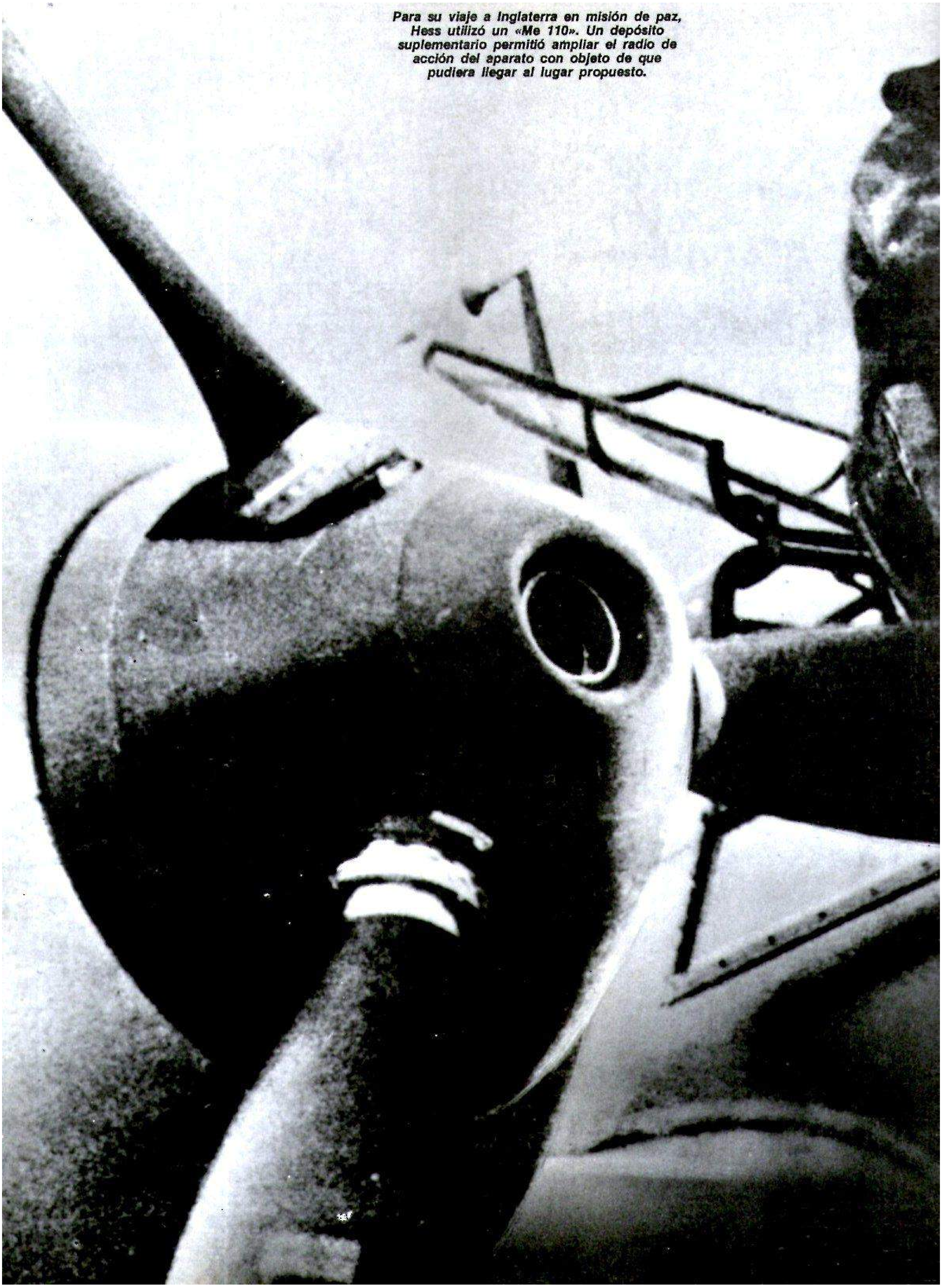


«Estadística de Oxford».
Así ridiculizaba el «Simplicissimus»
a los científicos ingleses:
—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Se acercan los
bombarderos alemanes!
—¡Imposible! Según mis cálculos ayer se
les acabó el combustible.



Congreso del NSDAP (partido obrero nacional socialista alemán) en Weimar (1926). Esta foto del álbum «Alemania despierta» muestra de izquierda a derecha a Schwarz, Hitler, Rosenberg, Heinemann, Feder, Hess y Albrecht.

Para su viaje a Inglaterra en misión de paz, Hess utilizó un «Me 110». Un depósito suplementario permitió ampliar el radio de acción del aparato con objeto de que pudiera llegar al lugar propuesto.





A sus 81 años sigue siendo hoy el único detenido de la prisión militar aliada de Spandau, en Berlín Oeste: Rudolf Hess, prisionero de los Aliados desde el 10 de mayo de 1941, fecha en que voló a Inglaterra para negociar la paz. Wulf C. Schwarzwäller, que ha publicado una exhaustiva biografía de Hess, esboza aquí un sucinto retrato del lugarteniente de Hitler.

EL LUGARTENIENTE

Rudolf Hess, el último de Spandau

El 10 de mayo de 1941, a las 22,08, todavía alumbraba una luz crepuscular sobre la costa oriental escocesa, a la altura de Inverness. Una de las chicas de los servicios auxiliares de la RAF, de guardia ante el radar, dio la señal de alarma: «Avión desconocido en la cuadrícula del mapa 1, AC». Los soldados de vigilancia tras los sacos terreros echaron mano de sus gemelos de campaña. Un bimotor volaba a baja altura hacia el oeste. «¡Un *Messerschmitt 110*!», comunicaron inmediatamente los observadores. El oficial que se puso al teléfono murmuró incrédulo: «Estáis todos borrachos. Echad un poco más de agua en vuestro whisky». El oficial sabía que ningún aparato de ese tipo estaba dotado de tan gran radio de acción. Nunca un *Me 110* había volado sobre Escocia. Poco después el piloto de un aparato de caza confirmó la alarma: efectivamente se trataba de un *Me 110*. El oficial de servicio en el aeródromo de Turnhouse, duque de Hamilton, mandó inmediatamente que un caza siguiera el vuelo del aparato alemán. El piloto regresó poco antes de la medianoche con la noticia de que el *Me 110* se había estrellado a las 23,07 en las inmediaciones de Eaglesham, al sur de Glasgow. Hacia las dos de la madrugada Hamilton recibió la extraña nueva de que el piloto del *Me 110* se había salvado con el paracaídas y se le había hecho prisionero. Se trataba del capitán de la Aviación alemana Alfred Horn, hospitalizado de inmediato en la enfermería de la guarnición de Maryhill, en Glasgow. El capitán deseaba hablar con el duque. Era portador de una embajada secreta que sólo podía comunicar de forma personal.
Y existía algo más igualmente asombroso: se habían examinado los restos del destruido *Me 110*. Las bocas de las ametralladoras estaban cegadas. No se había producido ningún disparo. En las inmediaciones del lugar en que se hallaba el avión caído no se había encontrado un solo cartucho. El hombre llegado a bordo de ese aparato venía desarmado. No tenía intención de disparar un solo tiro. Ni siquiera en su defensa.
Nueve horas más tarde, el domingo a las 11 de la mañana, el duque de Hamilton visitó al capitán Alfred Horn en la enfermería del cuartel de Maryhill. El capitán tenía el pie vendado y guardaba cama. El duque vestía el uniforme de teniente de la RAF. Al decir su nombre al herido, éste se incorporó en el lecho y dijo lentamente en inglés, deletreando mucho las palabras: «Soy el ministro del Reich Rudolf Hess. He venido a negociar la paz. El *Führer* desea terminar la lucha. No quiere destruir Inglaterra. He venido como misionero de la Humanidad...»

En esos mismos momentos el ayudante de Hess, Karl Heinz Pintsch, de 29 años, aguardaba en el Berghof ser recibido por el *Führer*. Pintsch era portador de un sobre lacrado con un mensaje de Hess y llevaba esperando desde las siete de la mañana. Pero a Hitler no se le podía molestar. Dormía aún. Por fin, poco después de las 12, pudo entregar la carta al *Führer*, añadiendo estas palabras: «El ministro Rudolf Hess voló ayer a las seis de la tarde en dirección a Escocia para entrevistarse con el duque de Hamilton.» Hitler, sorprendido, observó por un momento a Pintsch y después comentó muy tranquilo: «Tal y como está la situación bélica puede ser ésta una escapada muy peligrosa». Después se caló los lentes y se puso a leer la carta con todo detenimiento. Luego la dobló cuidadosamente y la guardó en un bolsillo de su guerrera. Hecho esto invitó a comer a Pintsch. A los postres hizo que fuera detenido por dos oficiales de su guardia personal. Mientras Pintsch era arrestado, el duque de Hamilton volvía a toda velocidad desde Glasgow al aeródromo de Turnhouse. Durante el viaje no podía dejar de pensar en la corta conversación que acababa de mantener con el capitán Alfred Horn, alias Rudolf Hess. El herido no llevaba consigo ningún papel. Únicamente le había enseñado una foto, a lo que el duque replicó: «Estoy de acuerdo en que esa es una foto de usted pero, ¿cómo quiere demostrarme que lo es de Rudolf Hess?» El prisionero, rendido, había dejado caer la cabeza sobre la almohada murmurando: «En eso no había yo caído. En todo el tiempo de mis preparativos no se me ocurrió pensar en ello».

Churchill no tiene tiempo

Suponiendo que en realidad es Hess, cavilaba el duque ¿por qué no puede identificarse? Un hombre en su posición no va a pretender engañar a un oficial británico con una simple fotografía. Quizá se trata de un doble preparado por los servicios secretos alemanes para suscitar la confusión. Por otra parte, un agente secreto profesional no sería tan ingenuo como este hombre. Al menos hubiera presentado un documento de identidad falsificado del verdadero Hess. ¿Se trataba entonces del auténtico Hess? ¿O de un agente que trabajaba fingiéndose ingenuo?
El duque acababa de hallar la solución. Nada más llegar a su base pidió una conferencia urgente con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Esa noche, después de cenar, Hamilton llegó a Ditchley Park, al norte de Oxford, donde Churchill pasaba los fines de semana. Churchill vio primero una pelí-



cula de los Hermanos Marx y, luego, pasada la medianoche, conferenció con Hamilton a propósito de ese supuesto lugarteniente del *Führer* que había aterrizado en Escocia. También a Churchill le pareció que podía tratarse muy bien de un doble preparado por los servicios secretos. Ante todo había que identificar al herido. Y debía identificarle alguien que le conociera muy bien.
Al día siguiente se encontró en Londres al inglés adecuado para esa misión: Ivone Kirkpatrick, director del servicio europeo de la BBC. Kirkpatrick había sido consejero de Legación de la Embajada británica en Berlín entre 1932 y 1938. Estaba considerado como uno de los mejores especialistas en cuestiones alemanas y un gran conocedor de los jerarcas nazis. A Rudolf Hess le conocía personalmente. Kirkpatrick hablaba además un alemán perfecto, casi sin acento.
Hacia las once de la noche del lunes aterrizaban en el aeródromo de Turnhouse el duque de Hamilton y Kirkpatrick. Habían transcurrido 48 horas desde que el paracaidista alemán tomara tierra en Escocia. En esos momentos Hess dejaba de ser un interlocutor aceptable para los ingleses, aun en el caso de que éstos se hubiesen decidido a negociar con él. En el programa informativo de las diez de la noche de la Radio Alemana se había dado a conocer una noticia sensacional: «El pasado sábado Rudolf Hess emprendió un vuelo del que no ha regresado. Una carta dejada por él permite deducir que se trata de un trastorno mental». Era, pues, un ataque de locura lo que le había llevado a emprender el vuelo. A las 23,20 el Ministerio británico de Información faci-







litó un parte a las agencias internacionales dando a conocer que Rudolf Hess había saltado en paracaídas sobre Escocia, que se encontraba en un hospital y que en breve sería interrogado por un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Hitler esperó mucho tiempo antes de declarar públicamente loco a su lugarteniente. Aguardó 34 horas, cada vez más nervioso. Al no llegar ninguna noticia de Inglaterra tuvo que suponer que su lugarteniente había fracasado en la misión. Para salvar su responsabilidad no cabía otra solución que desentenderse de Hess. Lo hizo dos horas antes de que éste fuera definitivamente identificado en Escocia.

El vuelo de Rudolf Hess a Escocia fue, ante todo, un rasgo de indecible valor personal. Los periódicos británicos, con su sentido de la deportividad, fueron los primeros en alabar la proeza del solitario aviador de 47 años. Desde el punto de vista técnico. los preparativos habían sido de una desconcertante precisión, difícilmente atribuibles a un loco.

Su cometido de «embajador sin misión» podía considerarse, sin embargo, como un puro diletantismo, basado en una mezcla de ingenua sobrestima personal, completo desconocimiento de la realidad política del momento y falta de asimilación del pensamiento de otros pueblos. Para poder valorar hoy lo sucedido debemos empezar rechazando una leyenda persistente al respecto. Esa leyenda asegura que Rudolf Hess fue un misionero solitario de la Humanidad, cuyo único propósito era conseguir la paz y que fracasó tan sólo debido a la incomprensión inglesa.

He aquí su «oferta de paz» tal como la transmitió a Ivone Kirkpatrick y al lord canciller, sin John Simon:

En lo sucesivo Inglaterra debía evitar el inmiscuirse en los asuntos del continente europeo, y reconocer las conquistas y la hegemonía alemanas en Europa.

Inglaterra debía devolver a Alemania las colonias de ultramar que le ocupó en 1918.

Inglaterra debía retirarse del Irak, que pasaría a la esfera de influencia alemana.

Arriba: el «Führer» y su lugarteniente. Hess fue uno de los más apasionados propagandistas del culto a Hitler.

Centro: bautizo del hijo de Hess, Wolf Rüdiger. A la izquierda, los padres; detrás de Hitler, la abuela.

Abajo: madre e hijo en abril de 1970 después de haber realizado la primera visita a Rudolf Hess en la prisión de Spandau para criminales de guerra. Las flores las había llevado la señora Hess para su marido, pero no se las pudo entregar.

Por su parte, Alemania se comprometía a garantizar el Imperio británico. Antes de empezar las negociaciones formales, Inglaterra tendría que nombrar un nuevo primer ministro, ya que Winston Churchill era rechazado por Hitler como interlocutor válido.

En lo que se refiere a su propia persona, Hess pedía una audiencia con el rey Jorge VI, permiso para moverse libremente por Londres y la posibilidad de alquilar una vivienda y dependencias de servicio para preparar de forma adecuada las negociaciones. Cuando al fin notó la indiferencia británica hacia su oferta, se tornó amenazador: «¡El *Führer* no es hombre que permita que se bromee con él!», gritó, por ejemplo, a Kirkpatrick. Y más tarde: «El hecho de que menosprecien la oportunidad que les brindo me da a entender que no desean ningún entendimiento. En ese caso el *Führer* no sólo está en el derecho sino en la obligación de aniquilar Inglaterra y someter para siempre al pueblo británico».

Miedo a la guerra en dos frentes

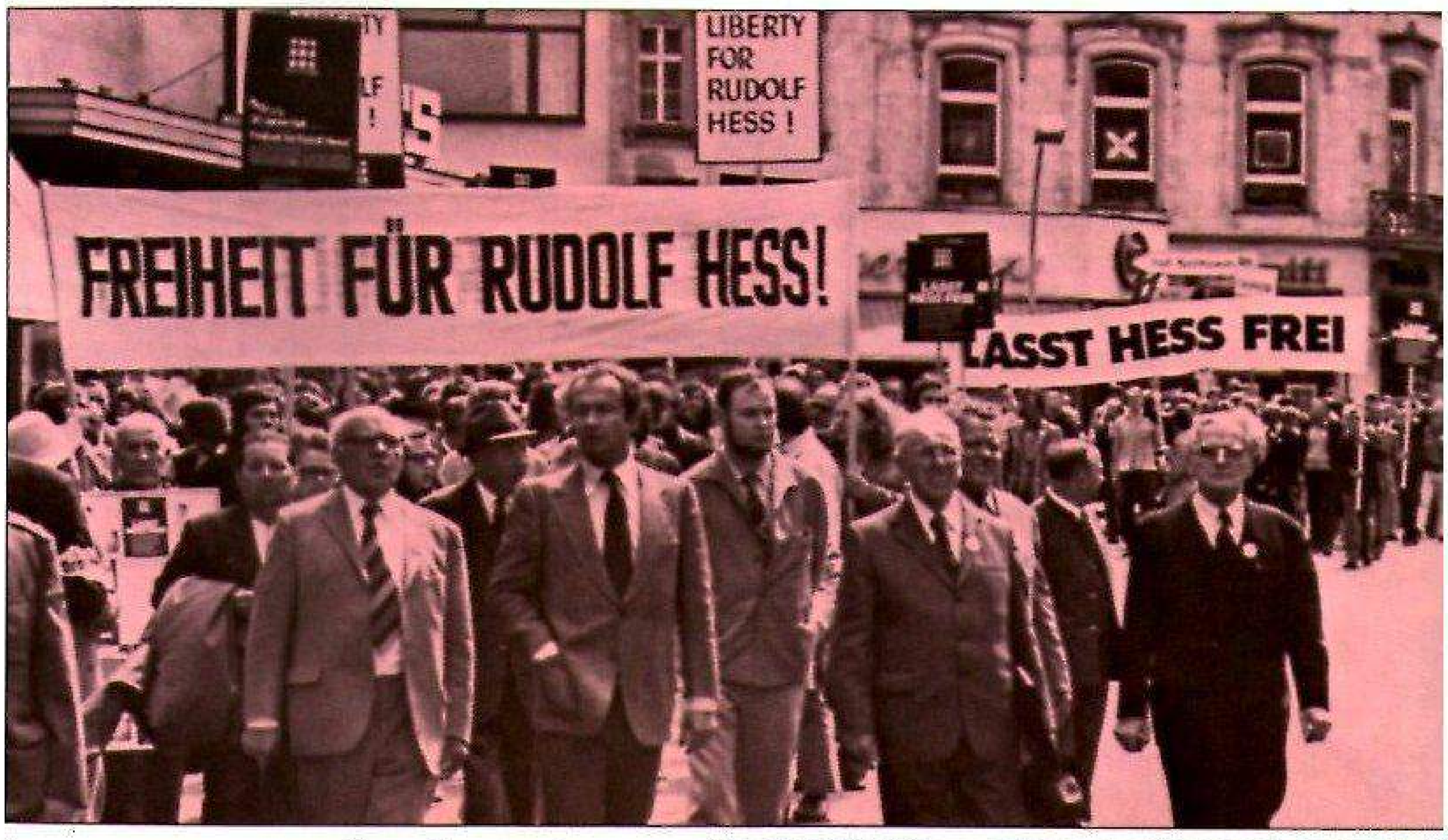
Sin duda alguna el propio Hess se creía un apóstol de la paz. En realidad, no pasaba de ser un nacionalista radical y de cortos alcances que sustentaba la teoría de la superioridad de la raza. Cuando se dio cuenta de que su misión había fracasado, de arrogante pasó a ofendido para caer en una profunda depresión que le llevó a pérdidas pasajeras de memoria y a concebir las ideas más fantásticas. En ningún caso, sin embargo, se trataba de un tonto o de un héroe idealista, como le han querido presentar algunos. Existen demasiadas pruebas de su talento de actor, su capacidad de disimulo y su astucia campesina.

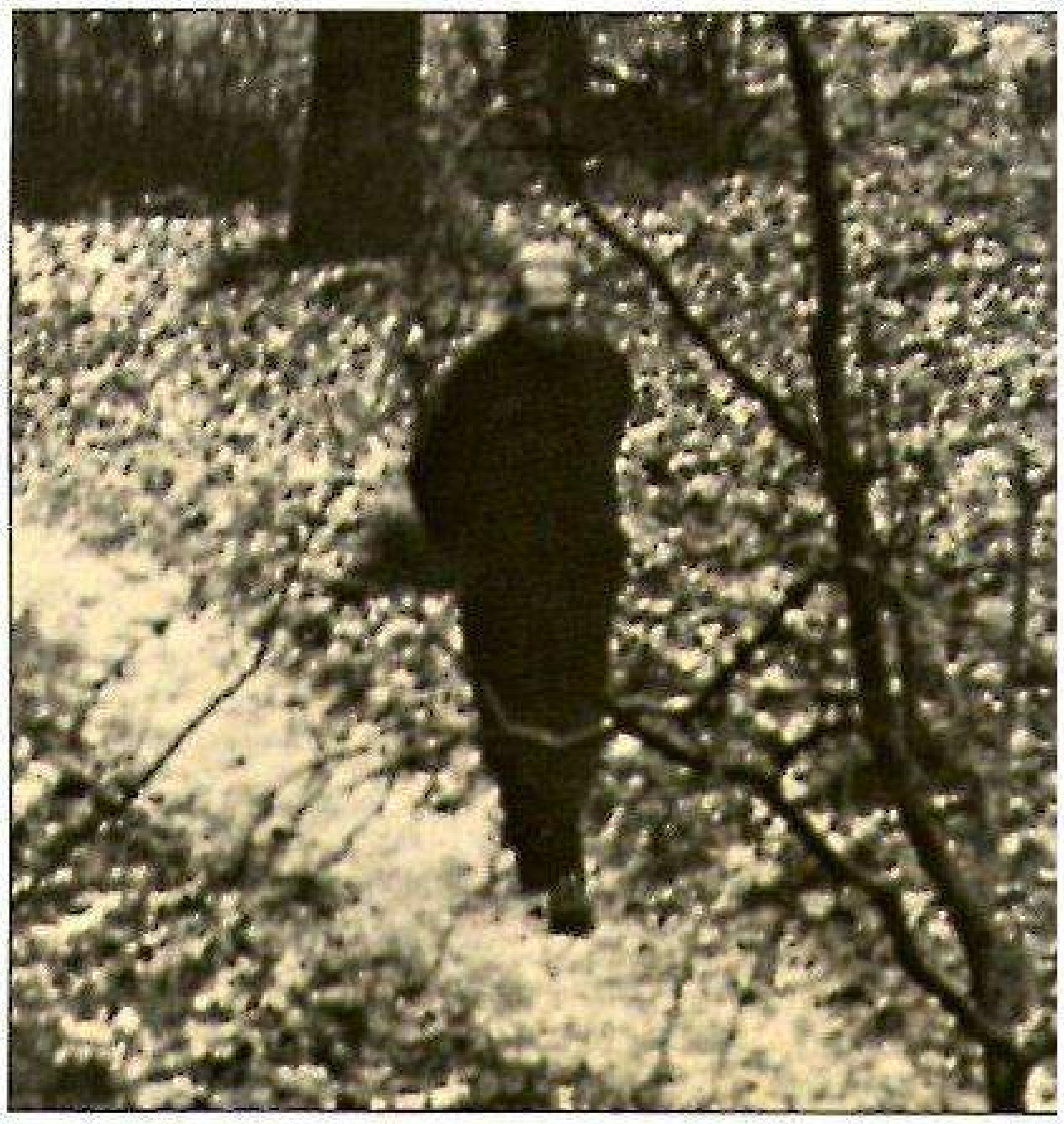
Y también hay que acabar con la leyenda de que el lugarteniente no sabía nada del ataque a la Unión Soviética. El propio Hess ha admitido de modo indirecto su conocimiento del plan «Barbarroja» ante el (ex) comandante americano de Spandau, coronel Eugene Bird. Existen asimismo otras pruebas:

Desde finales del verano de 1940 Hess conocía como miembro influyente que era del Consejo para la Defensa del Reich, el «Proyecto para la operación Este» preparado a instancias de Hitler por el general Marcks, jefe del Estado Mayor del Ejército 18. Este proyecto fue la base primitiva del plan «Barbarroja». Y precisamente por esa época –finales de verano de 1940– Hess pidió a su secretaria, Hildegard Fath, que le tuviera al corriente de los partes meteorológicos referidos al mar del Norte. Hess voló a Inglaterra porque, como alumno del profesor de Geopolítica Karl

Haushofer y como coautor de *Mein Kampf*, le llenaba de pánico la amenaza de una guerra en dos frentes, ya que, según cuanto se desprendía de la historia, la geografía y la estrategia, Alemania no podría salir con bien de ella. Debido a eso pretendía lograr una paz por separado con Inglaterra. Durante su cautiverio confió a lord Beaverbrook que Alemania hubiera aceptado todas las condiciones inglesas si Londres se hubiese declarado dispuesto a luchar al lado del Reich contra Rusia. A lo largo de toda la guerra Stalin temió que los ingleses, al final, acabaran negociando con Hess. Lo que por otra parte explica la actual posición soviética respecto del prisionero de Spandau.
Hoy se sabe que los preparativos para la misión británica del lugarteniente del *Führer* empezaron en agosto de 1940. Pero, ¿por qué eligió Hess al duque de Hamilton como intermediario en la negociación con el Gobierno inglés?
La elección del duque es una prueba más del diletantismo de Hess en materia diplomática. Hamilton era amigo de Albrecht Haushofer, hijo del ex mentor de Hess, Karl Haushofer. Albrecht, hombre de ciencia, diplomático y escritor, descendía de una familia judía y, de acuerdo con las leyes del Reich, estaba considerado como «mestizo de segundo grado». Sin embargo, hasta 1941 pudo seguir viviendo normalmente gracias a la protección de Hess, quien le hacía pasar como su «consejero de política exterior». Hamilton era un conocido as de la aviación británica. Fue el primero que voló por encima del Everest. Esto le atrajo las simpatías del piloto apasionado que era Rudolf Hess.
Como diputado conservador y miembro de la nobleza escocesa, Hamilton disfrutaba de inmejorables relaciones en los altos círculos.
Lo que más agradaba a Hess era que Hamilton poseía el título de «mayordomo de palacio». De esto deducía: un mayordomo tiene comunicación directa con el monarca y –según la ingenua idea del lugarteniente– el rey es quien dirige la política del país, por lo que en cualquier momento puede destituir al primer ministro. De ahí que Hamilton se convirtiera para Hess en una de las personas más importantes de Inglaterra. Rudolf Hess urgió al escéptico Haushofer –que pretendió por todos los medios aclararle cuál era la verdadera competencia de un mayordomo– para que le procurara una entrevista en Portugal con su amigo Hamilton. Nunca obtuvo respuesta.
Lo que Hess no sabía, y de lo que ni siquiera intentó enterarse, era que desde el comienzo de la guerra el duque no residía en el castillo de su padre en Dungavel, cerca de Glasgow,







Hess fue condenado en Nuremberg (en la foto superior durante un interrogatorio) a cadena perpetua por haber conspirado contra la paz y preparado una guerra de agresión. Para cumplir la pena se le envió a la prisión berlinesa de Spandau. Allí se encuentra hoy solo (en la foto inferior se le ve paseando por el jardín de la cárcel), desde que se puso en libertad a Speer y a von Schirach. En la foto central, una de las numerosas manifestaciones organizadas en favor de la libertad de Hess, la celebrada en Bonn en 1973 y presidida por su hijo, Wolf Rüdiger, segundo de la izquierda. En la página opuesta: retrato de Rudolf Hess con el uniforme del partido, obra del pintor Walter Einbeck.



sino que prestaba servicio como jefe de una escuadrilla de la RAF. Para lograr una audiencia con el rey o con el primer ministro hubiera tenido que inscribirse en la larga lista de espera como cualquier otro ciudadano. Y a buen seguro que, de haberse ausentado de su base para entrevistarse en territorio neutral con un ciudadano de un país adversario –se tratara o no de un amigo personal– hubiese tenido que comparecer ante un tribunal militar.

Sin embargo, Hess estaba tan seguro del éxito de su misión que al despedirse de su ayudante Pintsch, el 10 de mayo, antes de emprender el vuelo le confió: «Posiblemente al filo de la medianoche me encuentre ya sentado ante la chimenea del castillo de Dungavel, en compañía del duque de Hamilton, tomando el té que nos servirá el mayordomo...»

¿Hasta qué punto estaba informado Hitler?

Algunas dudas debía de abrigar Hess sobre el valor de su misión desde el punto de vista del Derecho Internacional cuando no voló en traje civil, sino en uniforme de oficial de Aviación. Esto le garantizaba la protección de los acuerdos de Ginebra. Lo que no le libró, al final de la guerra, de tener que comparecer ante el tribunal de Nuremberg. ¿Estuvo Hitler al corriente de lo que preparaba su segundo? Esta incógnita no se ha podido despejar hasta ahora. Falta la prueba irrefutable. Hitler ha muerto y Hess se niega a abrir la boca al respecto. Pero existe una serie de indicios que permite al menos sospechar que Hitler sí estaba informado: Cuando en septiembre de 1943 el *Führer* conversó con Otto Skorzeny sobre la posibilidad de liberar a Mussolini del poder del general Badoglio, le manifestó: «Si la operación fracasa, diré que ha obrado usted sin mi permiso y sin mi conocimiento. Me desentenderé de usted como lo hice con mi lugarteniente Rudolf Hess cuando se malogró su misión». Hess, a quien Hitler había prohibido volar, pudo entrenarse durante un mes con el permiso del profesor Messerschmitt en el campo de Haunstette, cerca de Augsburgo, empleando un nuevo *Me 110*. Repetidas veces voló en compañía del capitán Baur, que era el piloto personal del *Führer*. Hans Baur entregó a Hess mapas secretos de los territorios que sólo se podían sobrevolar con autorización especial del mando. Estos mapas estaban estrictamente controlados.

Atendiendo a sus deseos se dispuso para Hess un *Me 110* especial con dos depósitos de carburante, lo que duplicaba su autonomía de vuelo, y se colocó a bordo una radio de onda

ultracorta que le permitiría escuchar estaciones situadas en un amplio sector. En la noche del 10 de mayo, por indicación de su ayudante, estuvo recibiendo oficialmente una onda guía entre Augsburgo y Dungavel Hill, 15 km al oeste de Glasgow.

Parece inverosímil que los preparativos, prolongados durante meses, escaparan a la atención de Hitler. Y también resulta imposible admitir que el poco decidido Hess realizara una acción de esta envergadura sin comunicárselo previamente al *Führer*. Pero todavía hay algo más: Hitler esperó desde el mediodía del 11 de mayo hasta las diez de la noche del 12, antes de dar la noticia oficial del vuelo emprendido en un arrebato de locura por su lugarteniente. El general de Aviación Bodenschatz ha dicho que Hitler representó a las mil maravillas la comedia del susto que le había proporcionado la iniciativa de Hess. Testigos de la central informativa del servicio exterior han declarado que durante el domingo y el lunes esperaron con gran interés una posible nota del Ministerio británico de Asuntos Exteriores. Hitler pasó a la acción cuando el silencio de los ingleses le dio a entender que la misión de Hess había fracasado: o éste había muerto, o estaba respondiendo bajo el efecto de drogas al interrogatorio de los servicios secretos británicos. De allí en adelante había que atenerse a la versión oficial del rapto de locura. Por «razones de Estado» era preciso desacreditar a Hess. Él mismo había sugerido a su *Führer* la idea en el último párrafo de la carta que le dirigió: «Y si las cosas salen mal no tiene usted más que declararme loco». Rudolf Hess no estaba loco. Cierto que era un hipocondríaco, un excéntrico con ribetes psicopáticos e histéricos, fascinado lo mismo por el desarrollo efectivo de la ciencia y de la técnica que por las oscuras prácticas de los adivinos, astrólogos, intérpretes de sueños y teósofos. Incluso en la propia mesa del *Führer* se hacía servir su comida «biológico-dinámica», lo que le valió el apelativo de «petulante» de labios del propio Hitler. Era un imán de charlatanes y sabelotodos, pero no estaba loco. Los continuos ataques de manía persecutoria y las pérdidas de memoria que sufrió en Inglaterra y en Nuremberg fueron, al decir de importantes psiquiatras, obra de su talento de actor o bien consecuencia de su histeria. El 10 de mayo de 1941 Rudolf Hess tenía 47 años, es decir, estaba en la mejor edad de un hombre casado, padre de un niño de tres años. Hoy es un anciano octogenario, único internado en la prisión de Spandau –Berlín Oeste– construida en el siglo pasado y con capacidad para 600 detenidos. La prisión está vigilada constantemente por 33 soldados, 20 funcionarios de prisiones, 17 empleados civiles, cuatro médicos, un capellán y cuatro comandantes. Su celda es la habitación individual más cara del mundo: 2800 marcos diarios –unas 62.000 ptas.– pensión completa. Sin duda alguna, Hess fue uno de los principales responsables del culto a Hitler y del enrarecido aire bizantinista que respiró la Alemania de aquel tiempo. Afirmó de Hitler que era «la razón hecha hombre». Instauró el precepto de que «el *Führer* nunca se equivoca», de que siempre está bien lo que hace, de que escapa a toda crítica. Predicó la obediencia fanática. Y ayudó decididamente a que los judíos fueran considerados en Alemania no ciudadanos de segunda sino de cuarta clase. Sin embargo, no se le puede hacer responsable de lo que pasó en Auschwitz. Hess fue quien pidió que se instituyera el apaleamiento como castigo en Polonia. Fue uno de los dirigentes más importantes del nacionalsocialismo, uno de los colaboradores más cercanos de Hitler. La glorificación de este hombre es injustificable.

Contrariedad embarazosa

Pese a todo cabe preguntarse si fue justa su condena a cadena perpetua por el tribunal de Nuremberg. Fue declarado inocente de la acusación de crímenes de guerra o crímenes contra la Humanidad. Se le condenó por los cargos de haber tomado parte en la conspiración contra la paz y en los preparativos de una guerra de agresión. Esa condena lesiona el principio de que nadie puede ser castigado por un delito que no estaba considerado como tal cuando lo cometió.

Para los Aliados la permanencia de Hess en prisión resulta una contrariedad embarazosa. Pero sin el consentimiento de los soviéticos no pueden poner al prisionero en libertad. Es de temer que, debido a la posición adoptada por Moscú, termine siendo considerado como un mártir, lo que no puede interesar verdaderamente a nadie. De seguir así se cumplirá al pie de la letra la sentencia de permanecer en Spandau «hasta su muerte natural». En el caso de fallecer en Spandau, existen ya unas instrucciones relativas a los despojos mortales del hombre que al principio de la guerra cruzó el mar en dirección a Escocia: sus restos serán incinerados en un lugar desconocido y las cenizas esparcidas desde un avión en «alguna parte, sobre alta mar».

"HESS PUEDE MORIR EN CUALQUIER MOMENTO"

El Dr. Ewald Bucher, ex ministro federal alemán de Justicia y actualmente abogado en ejercicio, es desde no hace mucho asesor jurídico del último de Spandau y presidente de la asociación «Libertad para Rudolf Hess».

Redactor: Señor Bucher: ¿cómo es posible que un demócrata comprometido como usted exija que Hess sea puesto en libertad?

Bucher: Hess, al contrario de otros acusados en Nuremberg, no fue condenado por crímenes de guerra o contra la Humanidad, sino por haber participado en los preparativos de una guerra de agresión como miembro del Gobierno nacionalsocialista.

Redactor: Según usted, eso no es suficiente para condenar a un hombre a cadena perpetua...

Bucher: Yo no intento discutir la razón que asistió a los que pronunciaron la sentencia ni mucho menos juzgar el proceso de Nuremberg. Aquí se hizo jurisprudencia con unas leyes preparadas al efecto; ni antes ni después se han vuelto a celebrar juicios de este tipo. Ni en Vietnam, ni en Biafra, por ejemplo. Pero aun admitiendo la pena asignada a Hess, es norma que los condenados a cadena perpetua sean puestos en libertad tras 20 ó 25 años de prisión, salvo que existan graves motivos de seguridad que los desaconsejen. Tales riesgos son difíciles de esgrimir respecto a un anciano octogenario...

Redactor: Según se cree, los Aliados no tendrían nada en contra de la libertad del detenido; son los rusos los que al parecer se oponen a ella, ¿por qué?

Bucher: Los soviéticos parecen sentir por Hess un odio especial. Le reprochan el haber querido lograr con su llamado vuelo de la paz, en el último momento, uno de los más caros sueños de Hitler: el entendimiento con Inglaterra antes de emprender la marcha hacia el Este, preparada de antemano. De lo contrario resulta imposible comprender por qué los rusos no se opusieron a la prematura libertad de Funk y Raeder, por puros motivos humanitarios.

Redactor: ¿Ha emprendido usted en el caso Hess gestiones concretas cerca de las cuatro potencias responsables de su encarcelamiento?

Bucher: He mantenido una conversación, con resultados negativos, en la embajada soviética.

Redactor: ¿Cree usted que los soviéticos, con independencia de su odio especial contra Hess, pretenden, durante todo el tiempo que puedan, permanecer en Spandau, una de las últimas instituciones de las cuatro potencias en Berlín Oeste?

Bucher: Eso es lo que se dice. Yo no veo ningún motivo concreto para creerlo así. Además, Hess puede morir en cualquier momento. Los rusos se quedarían sin su fuerte.

Redactor: ¿De qué manera piensa usted lograr que los rusos consientan en liberar a Hess?

Bucher: Estamos en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores (alemán), que nos ha asegurado que es partidario de la libertad de Hess. Debido a ello nos hemos abstenido de cualquier gestión respecto de los soviéticos, porque creemos que de la del Ministerio puede resultar algo positivo. Pero en mi calidad de asesor jurídico he reaccionado con toda energía contra la prohibición de visitar a Hess que me ha impuesto el directorio de los cuatro comandantes de la prisión. Esta me parece una injusticia; una resolución contraria al Derecho.



Habla Hitler

Los caídos

Löwenbräukeller de Munich, 8-XI-1940

Ante los veteranos de 1923, Hitler evoca los años de lucha del NSDAP y ensalza la disposición al sacrificio del «hombre medio».

A menudo les he tendido la mano y no la han aceptado. Querían la guerra y la van a tener. El pueblo alemán proseguirá la lucha hasta el fin. Hay que terminar para siempre con el peligro de que dentro de dos o tres años nos veamos ante la misma situación y tengamos que empezar de nuevo. El pueblo alemán quiere la paz. Una paz en la que pueda trabajar, en la que sea imposible para los sinvergüenzas internacionales instigar a otros pueblos contra nosotros. Para esa gente la guerra es un gran negocio. Yo no tengo el menor motivo para desencadenarla por puro interés material. Para nosotros sólo puede ser dolorosa. A nosotros, al pueblo alemán, la guerra nos cuesta mucho tiempo y muchas fuerzas. Yo no poseo acciones de ninguna fábrica de armamento; nada gano con la guerra. Sería feliz si pudiéramos volver al trabajo, si, como antes, me pudiese dedicar a laborar en bien de mi pueblo. Pero esos bandidos internacionales son al mismo tiempo los grandes promotores de armamento. De ellos son las fábricas, ellos hacen el negocio. Es la misma gente que antes teníamos en Alemania. Con esa gente sólo es posible una dialéctica: uno de los dos tiene que doblar la rodilla. ¡Y no será Alemania!

Pero si Alemania puede hoy mantener esta postura tan diferente de la de otros tiempos, se debe al nacionalsocialismo, que ha sabido despertar al pueblo alemán. Ha creado para él las condiciones espirituales, morales y materiales que han hecho posibles las increíbles victorias de los ejércitos alemanes. Cada soldado debe saber, y sabe, que los ejércitos que marchan bajo nuestras banderas son los ejércitos revolucionarios del Tercer Reich.

En su corazón no sólo llevan la fe en la Alemania tradicional, sino que también alienta en él la fe en la Alemania del futuro, por la que nosotros tanto hemos luchado: la fe en un Reich mejor, en el que sean realidad los grandes objetivos nacionales y sociales de nuestro movimiento.

Y el que hayamos logrado esta Alemania se lo debemos a los hombres del año 1923 y, sobre todo, a quienes ofrecieron su sangre en aquellos años por nuestro partido. ¡Esos 16 caídos son mucho más que 16 muertos! Son los testigos de cargo del resurgimiento de nuestro pueblo. Su sacrificio es tanto más importante cuanto por aquel entonces sólo una delirante imaginación podía adivinar a lo que llegaría Alemania. Actuaron movidos por un amor sin fronteras a la patria, porque a quien en aquellos tiempos venía a nuestro movimiento sólo le podíamos decir: «Tienes que abandonarlo todo. Tendrás que soportar la burla, el insulto y la persecución. Debes estar preparado para quedarte sin pan, porque nadie te querrá dar trabajo. Desde ahora nada tendrás seguro, salvo quizá tu propia muerte. Ante ti, sin embargo, se hallan los motivos de nuestra lucha. Luchamos por una Alemania nueva, en la que cada uno de sus hijos tenga asegurado el pan cotidiano; una Alemania que pueda ocupar en el mundo el lugar que le corresponde por el empuje actual de su pueblo, por su pasado histórico y por su importancia pretérita, actual y futura».

Por todo esto vinieron a nosotros esos hombres. Muchos de ellos sintiéndolo oscuramente. ¡Hubo tantos hombres humildes a nuestro lado! Puede decirse que la gran mayoría de nuestros militantes eran gentes humildes. Quizá no tenían una idea clara de lo que nos proponíamos, de lo que queríamos lograr, pero estaban seguros de una cosa: llegará un día en que las cosas estén mejor.

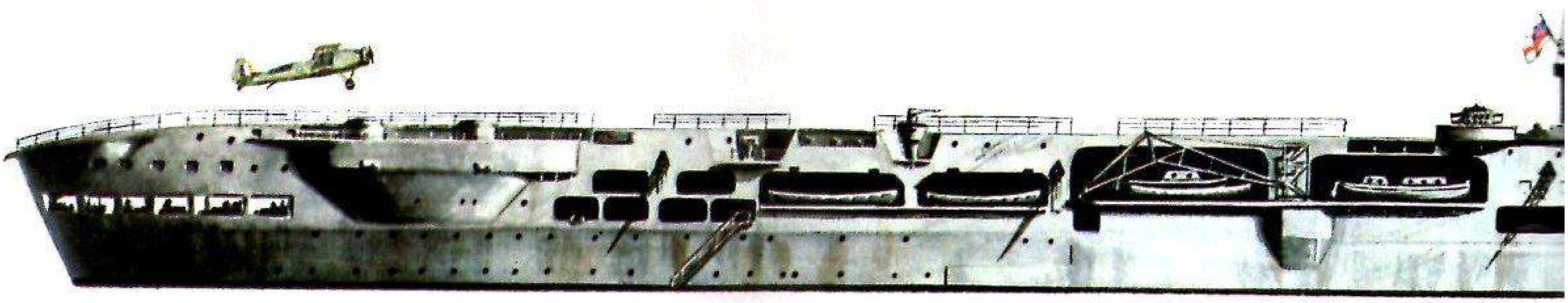
Un día construiremos un nuevo Reich, y en ese Reich serán realidad muchas de las cosas que persiguen incluso nuestros enemigos, sin darse cuenta de que por sus métodos no se pueden conseguir.
Por esto vinieron a nosotros esos hombres y por eso dieron su vida nuestros dieciséis caídos. Fueron dieciséis, pero pudieron ser quinientos, o cinco mil.

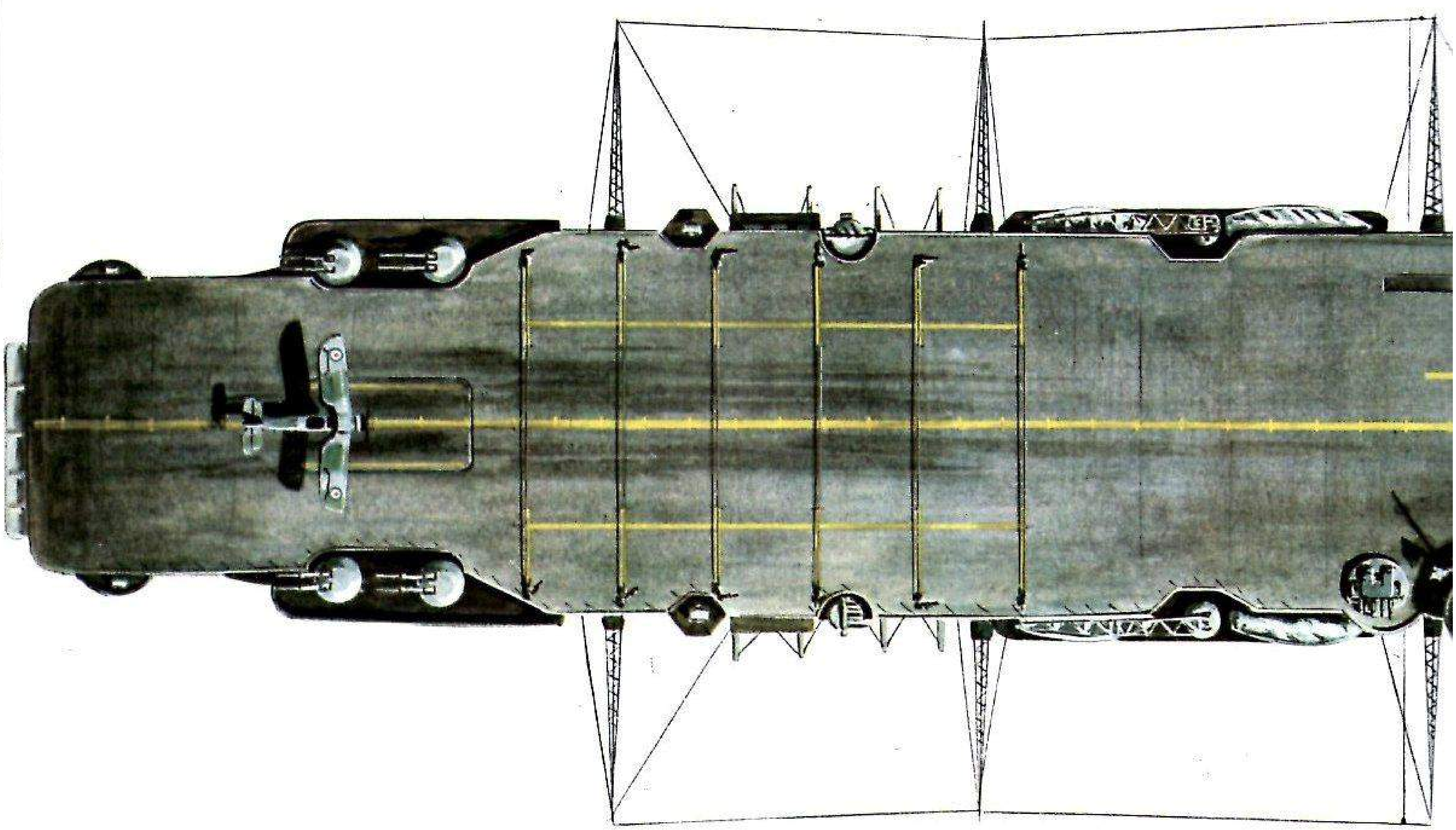
Tampoco nuestros heridos se echaron atrás; por el contrario, fue entonces cuando se convirtieron en verdaderos militantes del partido, fanáticos como pocos. A esos dieciséis han seguido muchos cientos, aquí y fuera de las fronteras del Reich. Durante años, casi durante una década, sufrimos una cadena de mártires, quizá sobre todo en la Marca Oriental y en los Sudetes, porque allí el combate se presentaba más difícil, más desesperado. ¿Cómo podían intuir el milagro de un Reich glorioso conseguido quince o veinte años después? Y, sin embargo, lucharon y creyeron en el fondo de su corazón, sin poder estar seguros de que disfrutarían en vida de estas realidades.

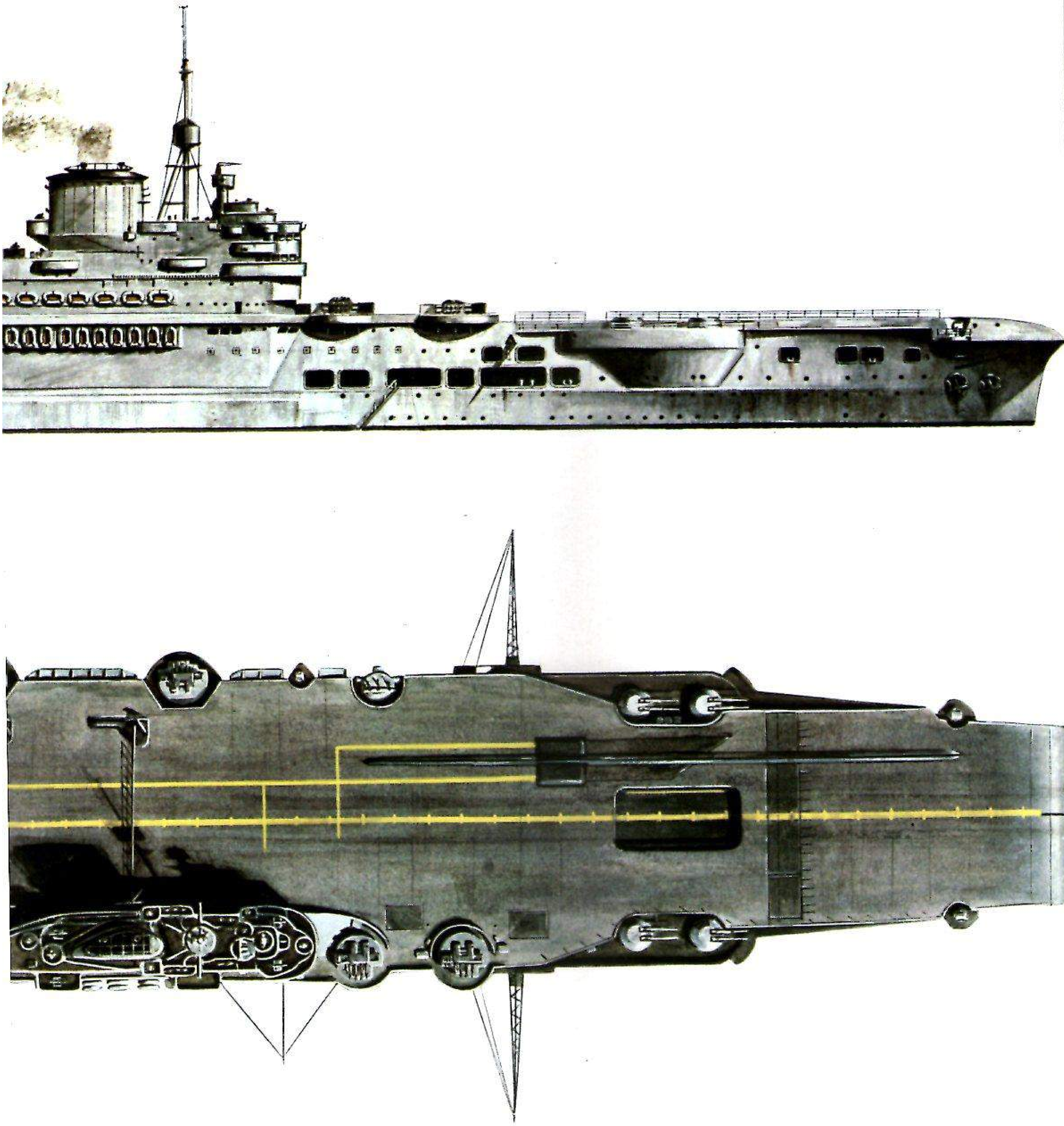
Todo empezó en aquellos 8 y 9 de noviembre de 1923. Y por eso celebramos hoy más que nunca el recuerdo de estos hombres, con especial y profundo sentimiento, porque ellos llevaron también en su pecho la vergüenza de la capitulación de los años 1918/1919. Esa vergüenza atenazaba y mordía su corazón. Cuántas veces nos hemos reunido dominados por un solo pensamiento: tenemos que reparar esa mancha en nuestra historia. Eso no puede seguir así durante mucho tiempo. Debemos borrarlo para siempre. Tenemos que devolver a Alemania su poderío, su fuerza y su honor. Alemania tiene que ponerse en pie, de una u otra manera. Éste fue el espíritu que nos animó entonces. En él cayeron esos hombres. Y en él proseguiremos nuestra lucha para lograr los objetivos por los que ellos ofrecieron su vida. Creen que pueden acabar con Alemania. ¡Cuán equivocados están! Después del combate se erguirá verdaderamente Alemania.

Portaaviones británico *Illustrious*

Desplazamiento: 23.000 toneladas
Armamento: 16 cañones antiaéreos de 114 mm en torretas dobles; 64 de 40 mm y de 20 mm; 36 aviones
Velocidad: 31 nudos
Eslora: 230 m
Manga: 29,2 m
Calado: 6,8 m
Dotación: 1392 hombres







TACTICA DE MANADA

Los submarinos alemanes actuaron por primera vez en «manada» el 10 de septiembre de 1940: el contraalmirante Dönitz había ordenado a cuatro unidades que se concentraran en un punto preciso del Atlántico para apresar un convoy procedente de los EE UU. Sobre los comienzos de la llamada «táctica de manada» informa Adrian Wells en la serie que ahora iniciamos.

La situación de partida, desde la que se dio sorprendentemente la gran batalla del Atlántico, se presentaba más bien oscura para los contrincantes: por parte alemana un comandante de la flota submarina completamente deprimido porque tras los espectaculares éxitos iniciales había tenido que soportar una serie de fracasos que, por así decirlo, le habían quitado el suelo bajo los pies. No en balde en Noruega sus submarinos no habían acertado el blanco, pese a tener media flota británica junto con los transportes de tropas en la mejor posición de tiro.

Al año de iniciada la guerra Alemania sólo disponía de 27 submarinos que además por mal funcionamiento de su detonador magnético se veían obligados a disparar sus torpedos a la vieja manera de la primera Guerra: con espoleta. Por su parte Inglaterra, la potencia dominadora de los mares, no tuvo más remedio, tras la caída de Francia, que concentrar todas sus fuerzas en la costa oriental, en la que temía se produjera una invasión alemana, mientras sus numerosos transportes evacuaban el Atlántico para formar a la altura de los 12 grados de longitud oeste una avanzadilla defensiva. El Almirantazgo, pese a disponer del doble de submarinos que los alemanes, tenía la guerra de este tipo por anticuada, sobre todo por no haberlos podido utilizar como escolta de los convoyes, al no resistir las fuertes tormentas del Atlántico.

Alemania disponía el 1 de septiembre de 1939 sólo de 56 submarinos, de los cuales 46 estaban en condiciones de hacerse a la mar. Durante los primeros años de la guerra se perdieron 28 y exactamente 28 entraron en servicio que, en gran parte, hubo que dedicar al entrenamiento de nuevas dotaciones en el Báltico. Otros estaban averiados y en dique.
De los 27 submarinos que se encontraban en servicio en 1940, sólo la mitad combatían, la otra mitad se encontraba en viaje de ida o regreso.

El problema para Dönitz, con tan pocos submarinos a su disposición, era encontrar los transportes británicos en el inmenso océano.

Ya al comienzo de la guerra había pedido el empleo de aviones de observación, pero Göring («Todo lo que vuela es cosa mía») se había opuesto resueltamente a que se emplearan escuadrillas de exploración al servicio de los submarinos. Después de la derrota de Francia el mariscal se había atrevido a sostener delante de Hitler que la aviación estaba en grado de ganar por sí sola la batalla naval contra Inglaterra. En realidad sus bombarderos habían echado a pique en mayo de 1940 a 48 mercantes, con un total de 158.348 toneladas, mientras que durante el mismo mes los submarinos no habían pasado de los 13 barcos y las 55.580 toneladas. Pero cuando en junio la costa occidental francesa cayó en manos alemanas, los ingleses transfirieron el tráfico del canal de la Mancha al del Norte, poniéndose así fuera del alcance de los bombarderos de Göring, que no poseían un radio de acción tan grande. Durante este mes los submarinos hundieron en el norte de Irlanda 284.113 toneladas, mientras que la Aviación logró sólo 105.193.

En el mismo mes de junio el Mando de los submarinos se trasladó de Wilhelmshaven a París y envió al golfo de Vizcaya un equipo de asistencia para los torpedos con los correspondientes mecánicos que se estableció en Lorient. A principios de julio empezaron a llegar los primeros submarinos para su control y aprovisionamiento. E inmediatamente se dejó sentir su efectividad. Desde la base del golfo de Vizcaya el camino al Atlántico había quedado reducido a unas 450 millas, lo que equivalía a una semana menos para ida y vuelta.

Dönitz, sin embargo, no se sentía satisfecho. Los éxitos aislados de sus comandantes seguirían debiéndose al azar en tanto no pudiera disponer simultáneamente de varios para atacar a un convoy; es decir, en tanto que no pudiera llevar a la práctica la táctica de manada que se llevaba ensayando desde 1935 en los cursos de formación de las dotaciones.

El contraalmirante podía considerarse inventor de esa táctica: siendo joven comandante de un submarino, en septiembre de 1918, se encontró envuelto en un combate nocturno en el mar Mediterráneo durante el que pudo echar a pique a uno de los más importantes mercantes del convoy. Y aunque el combate se desarrolló en superficie, Dönitz no pudo por menos de sentir la presencia de más submarinos que a buen seguro hubiesen acabado con el resto de los barcos, ya que por desarrollarse el combate en tan poco espacio los aviones de escolta no se atrevieron a bombardear.

▷

Durante los primeros años de la guerra los submarinos alemanes obtuvieron pocos éxitos. Alguno de ellos operó durante semanas en el Atlántico sin encontrarse con un solo barco enemigo, o viendo pasar convoyes a los que no podían hacer frente.

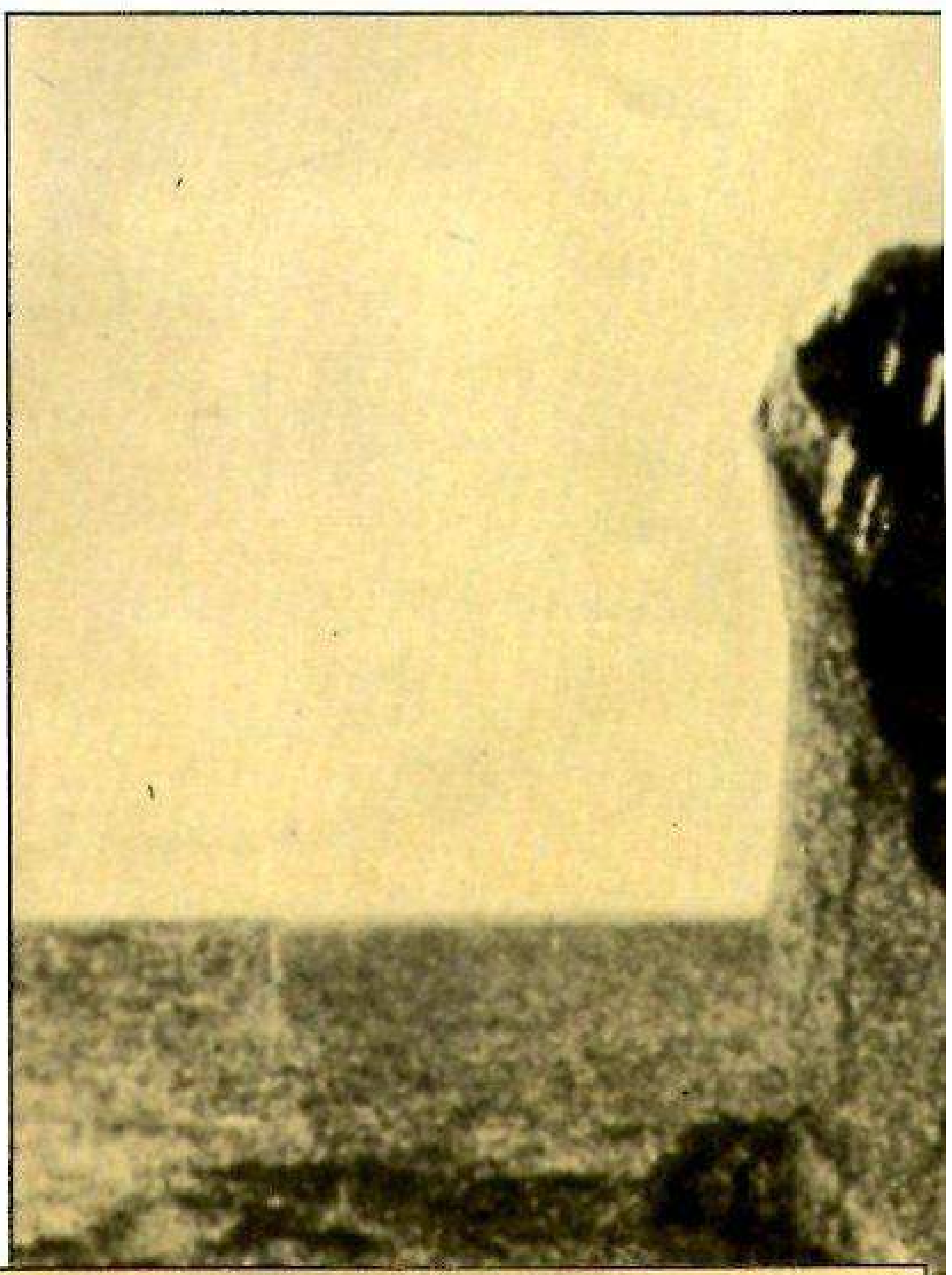


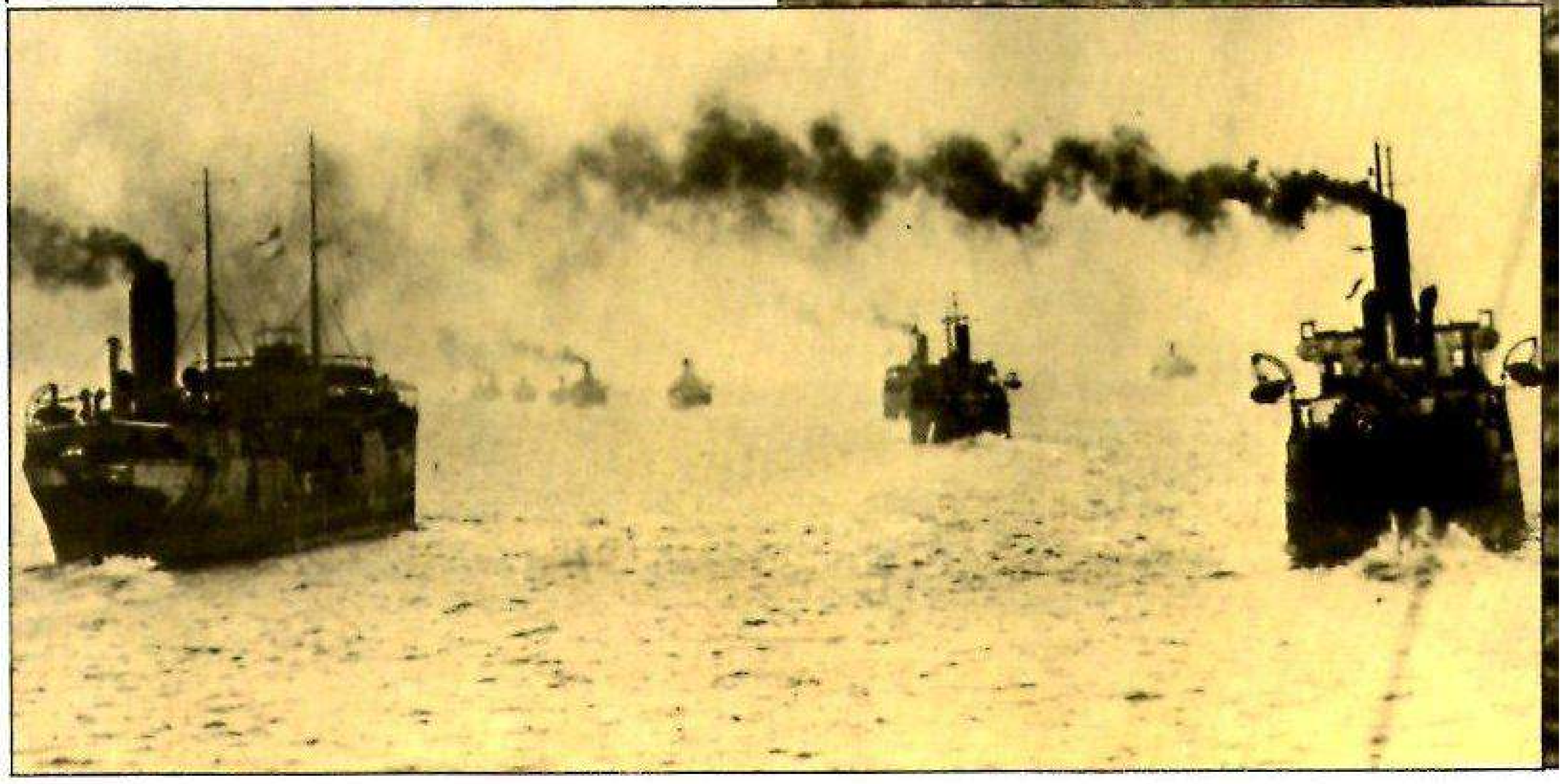
En sus memorias escribe Dönitz: «Durante la primera Guerra Mundial los submarinos alemanes se encontraron tras los éxitos iniciales de 1917 con el inconveniente del sistema de convoyes. Por su causa el océano quedó vacío y los submarinos alemanes, cada uno por su parte, se encontraron perdidos y sin enemigo durante largos períodos de tiempo, para luego verse frente a una formación de 30 ó 50 fuertemente escoltados por buques de guerra de todo tipo...» Desde entonces Dönitz se declaró partidario de la táctica de manada y, al ser nombrado jefe de submarinos, entrenó a sus jóvenes comandantes, a los que conocía por su nombre, para las maniobras posibles bajo todas las condiciones atmosféricas que pudieran presentarse en un ataque nocturno y de conjunto contra un convoy.

«Los descifradores» en acción

Veintidós años después las teorías de la primera Guerra Mundial debían someterse a la prueba de la segunda. Al principio desde el Mando de submarinos organizado en París, en el Bois de Boulogne, y más tarde, a finales de julio, desde el Château Kernevel, cerca de Lorient, en la Bretaña, Dönitz y su jefe de operaciones, capitán de corbeta Godt, intentaron aunar las no muy abundantes observaciones que les proporcionaban los submarinos destacados en el Atlántico con el servicio de observación radiofónico de la Marina de Guerra en Berlín, a fin de lograr una mayor efectividad.
En el servicio de observación de la Marina trabajaban un par de buenos descifradores que muy a menudo conseguían hacerse con el código y establecer los lugares de concentración de los convoyes británicos con sus correspondientes escoltas.
«Entre junio y septiembre intenté operar con varios submarinos contra los puntos de concentración que señalaban los descifradores», escribe Dönitz.
«Dos intentos en junio y uno en agosto resultaron fallidos porque el enemigo cambió el punto de cita sin que nosotros nos enterásemos».
Lo que Dönitz ignoraba es que también los ingleses escuchaban las conversaciones radiofónicas alemanas. Y sin necesidad de descifrar nada, por los mensajes de Berlín y las respuestas de los submarinos, sacaban las lógicas conclusiones. «Sin duda ninguna éste fue el caso de uno de los convoyes de agosto», asegura Dönitz. «Llegamos al punto de cita con 24 horas de retraso porque nos enteramos un día después que se había prolongado a 50 millas marinas. Los submarinos enviados no pudieron hacer otra cosa que correr detrás del convoy...» Únicamente el *U 46*, mandado por el teniente de navío Endrass, olvidándose de todas las normas de seguridad y venciendo las más adversas condiciones naturales, consiguió acercarse y echar a pique al más lento de los mercantes, el *Schlusslicht.*
A comienzos de septiembre la experiencia había señalado al Mando de los submarinos la necesidad de trabajar con las llamadas señales cortas. En vez de las extensas informaciones radiofónicas, los comandantes únicamente recibían una corta relación de letras y números.
Las letras informaban a un determinado grupo de submarinos que debían salir al encuentro de un convoy enemigo que se encontraba al este o al oeste, y debían hacerlo lentamente o a toda máquina, además de proporcionar el punto de concentración de los barcos.
Los números servían para localizar en un plano relativamente pequeño la situación en que el convoy debía aparecer. Entre los cuatro submarinos que el 3 de septiembre de 1940 recibieron la señal en clave sobre un convoy procedente del Canadá, se encontraba el *U 47*, al mando del capitán Günther Prien, quien en octubre de 1939 se había adentrado en Scapa Flow y echado a pique al crucero británico *Royal Oak.* Prien y su *U 47* debían jugar un papel decisivo en este primer ataque en manada. De acuerdo con la información, los submarinos sabían que se trataba del convoy SC2 con 53 buques, que se movía lentamente, dirigiéndose a Inglaterra desde St. Lorenz-Strom, Canadá. Dönitz y su Estado Mayor habían calculado que los submarinos podían encontrarse con el convoy en un punto situado a 19° 50′ de longitud oeste, tres días después. Con lo que no contaron fue con el tiempo: en la zona indicada reinaba un viento de fuerza 8 y había temporal. Esto obligó a los submarinos a formar una barrera guardando una distancia entre ellos de 20 millas y teniéndose que fiar bajo el agua de los aparatos de audición, ya que en superficie era imposible ver nada.

La navegación en convoy tenía también sus inconvenientes: a menudo había que volver a reunir a todos los barcos y la velocidad la imponían los más lentos. Esto aumentaba los retrasos y los costos. Y cuando los submarinos alemanes, con su táctica en manada, lograban acercarse al convoy, éste perdía también la ventaja de la protección preparada contra un solo submarino, con el inconveniente de que, mientras una parte de los «lobos grises» atacaba a la cabeza, la otra disparaba sobre la retaguardia.

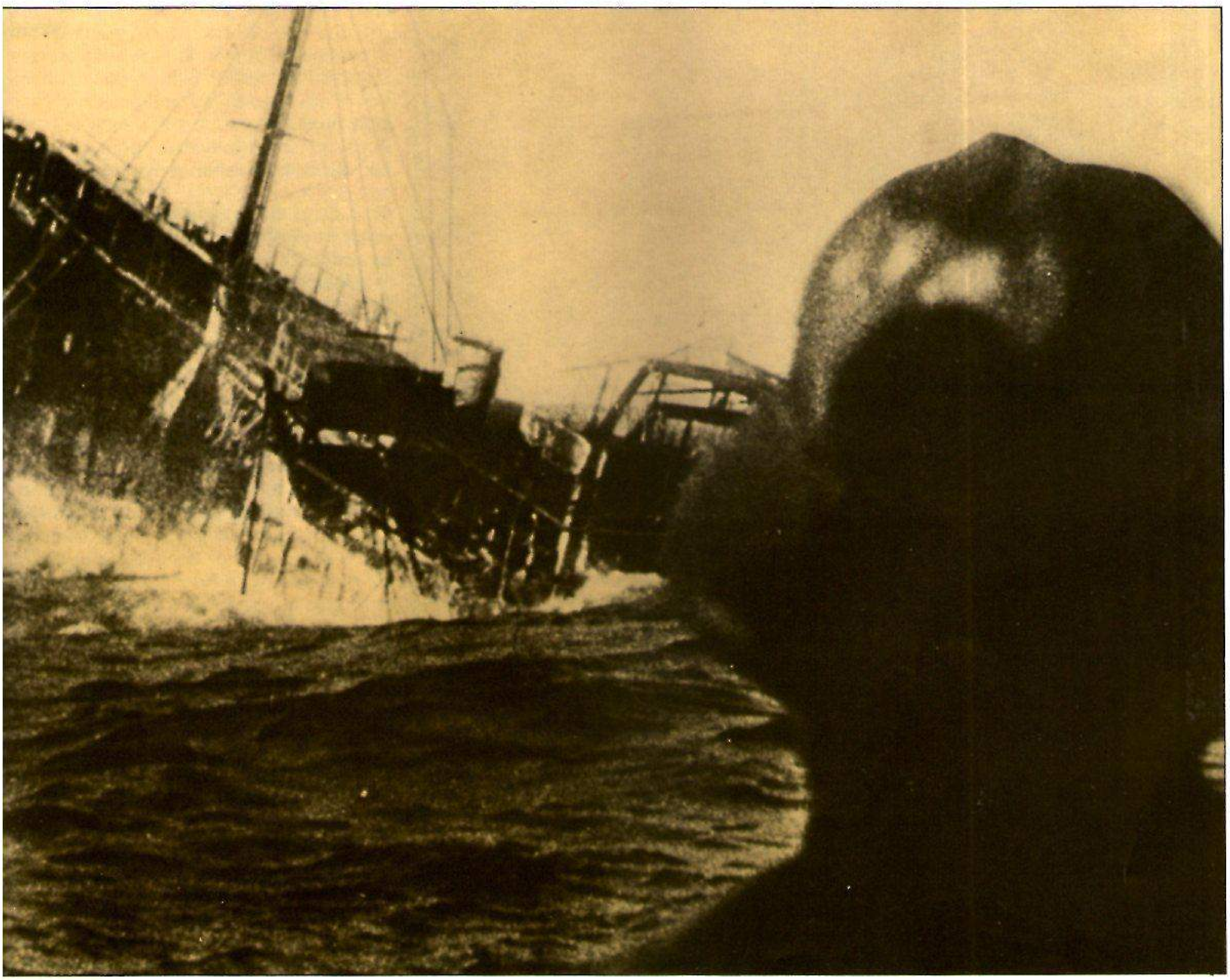




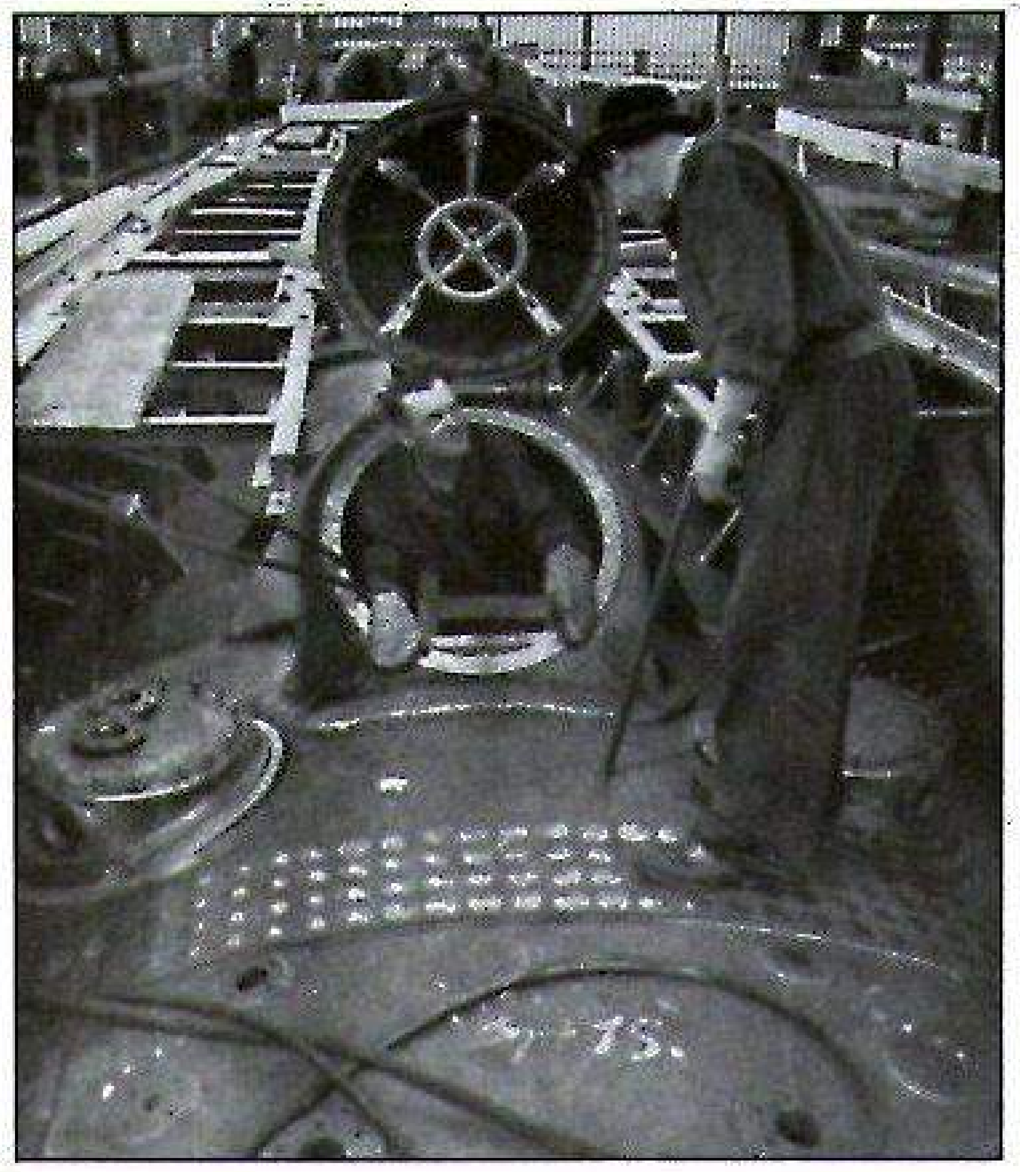
Al filo del mediodía del 6 de septiembre el submarino situado en la punta nordeste –el *U 65* bajo el mando del capitán Stockhausen– advirtió que el convoy se acercaba, al poder captar entre el ensordecedor ruido del temporal, primero un zumbido constante y luego los ruidos característicos –como de un rebaño de búfalos– de medio centenar de barcos que se acercaban. El *U 65* se sumergió aún más, para enviar a 20 millas de profundidad un corto comunicado al Mando, en el sentido de que al menos en lo referente a la técnica de comunicación la estrategia submarina se había impuesto.
Los otros submarinos recibieron la orden de acercarse al *U 65*. Las instrucciones tácticas indicaban que cada cual debía atacar por sí mismo. Si bien los comandantes podían comunicarse por radio durante la navegación de superficie, no había designado ningún jefe de la flotilla para el ataque en manada. Y, sin embargo, actuaron todos a una. Navegaron entre dos aguas hasta el punto en que el *U 65* mantenía el contacto con el convoy enemigo y luego, ya en disposición de combate, al anochecer, en menos de 20 minutos emergieron todos a la vez.

Peligroso mar de fondo

Mientras el *U 65* a media velocidad se iba acercando al convoy, los otros tres submarinos luchaban con olas de la altura de una casa y un peligroso mar de fondo. Exactamente la clase de temporal que hace las delicias de los comandantes de barcos de los convoyes mercantes porque saben –sabían al menos hasta ese momento– que los submarinos huyen de un temporal de fondo de esa naturaleza. Pero también había contado con eso el Mando. Durante los años anteriores a la guerra había entrenado a sus dotaciones hasta con vientos de fuerza 22, incluyendo el ataque de superficie.
Los hombres de servicio en el puente, amarrados a sus puestos, saben bien lo que les espera. El peligro para los submarinos, de forma de bolígrafo, estribaba en las repetidas inclinaciones a que se veían sometidos por los tremendos altibajos del mar. A menudo los arrojaban las olas a profundidades de 50 metros, entrando el agua por los ventiladores abiertos como corresponde a la navegación de superficie, por más que las torres permanezcan cerradas. Los timoneles de profundidad no debían perder en ningún momento de vista las indicaciones de los aparatos. Debían bombear el agua de los compartimientos continuamente de manera que el peso excesivo no pudiese impedir al submarino volver a la superficie. Los hombres de guardia en el puente, víctimas de las involuntarias inmersiones tragaban cada vez mucha agua salada, y hasta alguno de ellos terminó ahogándose. El *U 65* llegó demasiado pronto al punto de encuentro del convoy, que se movía con sus 53 barcos en una línea de diez millas marinas.
Hay luz todavía y el destructor que







Después del acuerdo naval germano-británico de 1935 la construcción de submarinos pudo salir de su clandestinidad. La Marina alemana realizó una campaña de propaganda para reclutar voluntarios. En los astilleros empezó una nueva era: hasta el comienzo de la guerra se construyeron 57 submarinos, uno de los cuales se había hundido ya en 1936 tras una colisión.

precede al «rebaño de búfalos» capta las señales que continúa mandando sin interrupción el capitán Stockhausen. Los hombres que sirven la radio sorprenden entre el caótico fragor del convoy, el ruido característico del destructor que se aproxima a ellos a toda velocidad.

—«¡Posición cero!»

O sea: se aproxima a cero grados; es decir, está directamente frente al *U 65*. «¡Inmersión de alarma!» A toda prisa consiguió aún la guardia del puente introducirse en la torre y cerrar la escotilla. Inmediatamente el *U 65* se lanzó al fondo.

No tardaron en empezar a caer cargas. El *U 65* hubo de bajar hasta 120 metros. Por el momento tenía que permanecer inactivo. El destructor permaneció sobre él y durante dos horas siguió enviando cargas de profundidad.

Los objetivos al alcance de la mano

Günther Prien desde el *U 47* y sus colegas desde los otros sumergibles escuchaban las detonaciones de las bombas, sin saber bien a qué atribuirlas. Pero como los ingleses no han sido nunca atacados por varios submarinos, el descubrimiento equivale para los otros a la señal convenida de atacar.

El manual de táctica del Mando prescribe que los submarinos deben intentar infiltrarse en el convoy por delante. Prien se lanzó a toda máquina entre los mercantes, seguido por el *U 28* del capitán Günther Kuhnke y el *U 99* del capitán Otto Kretschmer. No se veía nada, sólo era posible oír. Los objetivos pasaban casi tocando los submarinos, con el peligro de que un mercante excesivamente cargado o un cisterna pudieran embestirles. Comandantes e ingenieros estaban pendientes de la navegación. La posibilidad de lanzar los torpedos se presentaba tan sólo durante breves segundos. El manual táctico del Mando prescribe en su apartado III –A– artículo 195: «El fin del ataque nocturno en superficie es el disparo inesperado y por sorpresa a poca distancia». Pero en el artículo 197 precisa: «Incluso de noche la distancia nunca será menor de 300 m.

Y lo más curioso es que esa distancia apenas se ha dado. Casi siempre, al emerger de una ola, los submarinos se encuentran con sus víctimas demasiado cerca. El primero en conseguir un cierto espacio de maniobra fue Günther Prien que echó a pique dos mercantes. La ola siguiente lo levantó con el castillo poniéndole frente a un poderoso mercante, y disparó de nuevo.

Casi inmediatamente después se escuchó una detonación horrible. El submarino parece golpeado por un puño gigantesco que lo lanza hacia un lado. Prien y sus hombres dan el submarino por anegado, pues tarda mucho en volver a la superficie. Todos iban tragando gran cantidad de agua. Ahora suenan explosiones también a estribor, donde ha ido a parar la primera ráfaga de torpedos.

«¡Dos de cinco mil en cuanto se pueda ver!», grita Prien desde el puesto de mando. El destructor que sigue todavía sobre la pista del *U 65*, lanza bengalas muy lejos, hacia la periferia del convoy. El Mando de los submarinos ha calculado que los ingleses no se esperarían nunca un ataque de los lobos en medio del rebaño. Las malas condiciones atmosféricas convierten la primera operación táctica en manada en una maniobra a vida o muerte. Por dos veces consigue Prien salvarse del abordaje gracias a una rápida inmersión, y a los otros comandantes les sucede poco más o menos lo mismo. Sus submarinos sufren graves averías, continuamente tienen que hacer trabajar las bombas para achicar el agua, lo que lleva a fallos de corriente e incluso al paro de algún motor.

Prien todavía sigue acosando a los mercantes con sus torpedos y hunde otro más. Los otros sumergibles no consiguen hacer blanco en esta primera ronda. Todos ellos, sin embargo, persiguen a toda máquina bajo el agua al convoy que se mueve lentamente a no más de 7 millas. Exactamente esa es la velocidad, la máxima que bajo el agua pueden alcanzar los sumergibles: 7 millas por hora.

Con las primeras luces del amanecer y el temporal un tanto amainado, emergen los submarinos para poder cargar con los Diesel sus baterías. Una vez más es el *U 65* el que se encarga de mantener el contacto con el convoy. El capitán von Stockhausen arde en deseos de disparar sus torpedos.

Pero con los primeros rayos de sol apareció una escuadrilla de hidroaviones enviada en socorro del convoy, sin duda a petición de la escolta, y los cuatro submarinos tuvieron que sumergirse sin sus baterías bien cargadas. Informaron a Dönitz que contestó inmediatamente: «¡Adelante! ¡No abandonéis la presa! ¡Por encima de todo mantener el contacto!»

En el Mando situado en Château Kernevel empezó a cundir cierta euforia. Al fin iba a demostrarse si la táctica en manada era capaz de dar buenos resultados, y todo parecía indicarlo. Desde la mañana del 7 de septiembre hasta la noche del 9, los cuatro submarinos siguieron al convoy SC2; repararon las averías más peligrosas, sin dejar de mantenerse en todo momento dispuestos al ataque, puesto que se acercaba la costa británica y el alarmado Almirantazgo empezaba a enviar torpederos, fragatas y aviones para la protección del convoy. En el momento en que los cuatro submarinos, tras una maniobra envolvente, volvieron a encontrarse el 9 de septiembre frente al convoy, estalló una vez más la tempestad, repitiéndose idéntica situación que 48 horas antes.

Los comandantes sobre el puente no ven sus propias manos y sólo se salvan de chocar con los mercantes gracias a sus reflejos y capacidad de maniobra. Y una vez más es Prien el que hace presa, posiblemente porque no presta la menor atención a las instrucciones. Sabe perfectamente que para ser un as entre los submarinistas lo que verdaderamente hace falta es comunicar los éxitos conseguidos al Mando.

Prien lanzó ocho torpedos y echó a pique su cuarto mercante del convoy. También el capitán Günther Kuhnke, del *U 28*, hizo blanco con sus torpedos.

Sin embargo, los otros, Otto Kretschmer, del *U 99*, y el joven von Stockhausen, salieron con las manos vacías. Dönitz recibió la comunicación de que se habían hundido 5 unidades, por un total aproximado de 30.000 toneladas. Después de la guerra los archivos británicos señalaban que las toneladas fueron 21.000. La diferencia hay que achacarla al temporal que no permitía mayores exactitudes.

Pese a que el resultado puede considerarse más bien modesto si se compara con los alcanzados posteriormente, este ataque fue de gran importancia para el desarrollo de la táctica en manada.

En Inglaterra se anotaron las declaraciones de los capitanes de los barcos que componían el convoy, pero el Estado Mayor en Whitehall después de analizarlas no las tomó en consideración. De acuerdo con los psiquiatras de la Marina británica todos aquellos que durante el temporal o entre el fuego de las explosiones dijeron haber visto submarinos enemigos, habían sido víctimas de alucinaciones. De acuerdo con el parte meteorológico entregado al Almirantazgo era completamente imposible que se hubiesen encontrado submarinos navegando en la superficie. □

Bajo el agua a empezar de nuevo

Nueva construcción de submarinos

Daba la impresión de que la Marina alemana tendría que empezar partiendo de cero en lo referente a los submarinos, cuando el 16 de marzo de 1935 anunció Hitler que ya no respetaría la prohibición de tenerlos que pesaba sobre Alemania. Tres meses después de esta declaración de «soberanía militar» conseguía firmar el acuerdo naval con Inglaterra que le permitía disponer de hasta un 45 % de la flota de submarinos con que contaba Gran Bretaña. Ya la Segunda República había confiado en que llegaría ese día y había obrado en consecuencia. Los constructores alemanes no debían olvidar su oficio, para lo que la Marina protegía una empresa privada de construcción de sumergibles, con domicilio en territorio holandés, y que no tardó en recibir los primeros encargos. Así se construyeron los primeros submarinos con planos alemanes pero en suelo holandés, español o finlandés. Así el pequeño «Vesikko», finlandés, o el gran «Gür» turco, cuyos planos apenas habían sido entregados cuando ya Alemania estaba dispuesta a crear su propia flota submarina. Especialmente el «Vesikko» tuvo pronto una producción importante. Ya que de él se sacó el tipo II alemán. De ese tipo se fabricaron secretamente en doce meses 24 submarinos, que estuvieron listos en otoño de 1936. Se trataba de pequeños sumergibles para el servicio de guardacostas con un desplazamiento de 250 toneladas y una dotación de 25 hombres. Iban armados de tres lanzatorpedos, que podían montarse nuevamente después de dispararlos y, debido a su poco radio de acción, no eran los más indicados para las grandes empresas.

Pero precisamente este tipo de sumergible fue el que permitió al nuevo comandante de submarinos, Karl Dönitz, el entrenamiento de las dotaciones y el ensayo de la táctica en manada que tan sólo seis años después dejaría probada su eficacia en la batalla del Atlántico.

Del «Das grosse Bildbuch der deutschen Kriegsmarine» de Cajus Bekker. 1939-1945. Stalling Verlag.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

H

H 2 S (abreviatura del inglés «Home Sweet Home»), clave con que los británicos designaban el radar de a bordo. Los alemanes le dieron el nombre del lugar en que fue descubierto en un avión derribado: Rotterdam. En una frecuencia de 3000 megahertzios, con una onda centimétrica, el H 2 S reproducía en un tubo catódico el contorno del terreno sobre el que se volaba, lo que permitía la navegación independiente de la vista del suelo o de las emisoras de tierra. Este radar se instaló, sobre todo, a bordo de los aparatos de reconocimiento que volaban delante de las escuadrillas de bombarderos y que se encargaban de señalar los objetivos. Fue utilizado por primera vez el 30-I-1943 en el ataque nocturno contra Hamburgo.

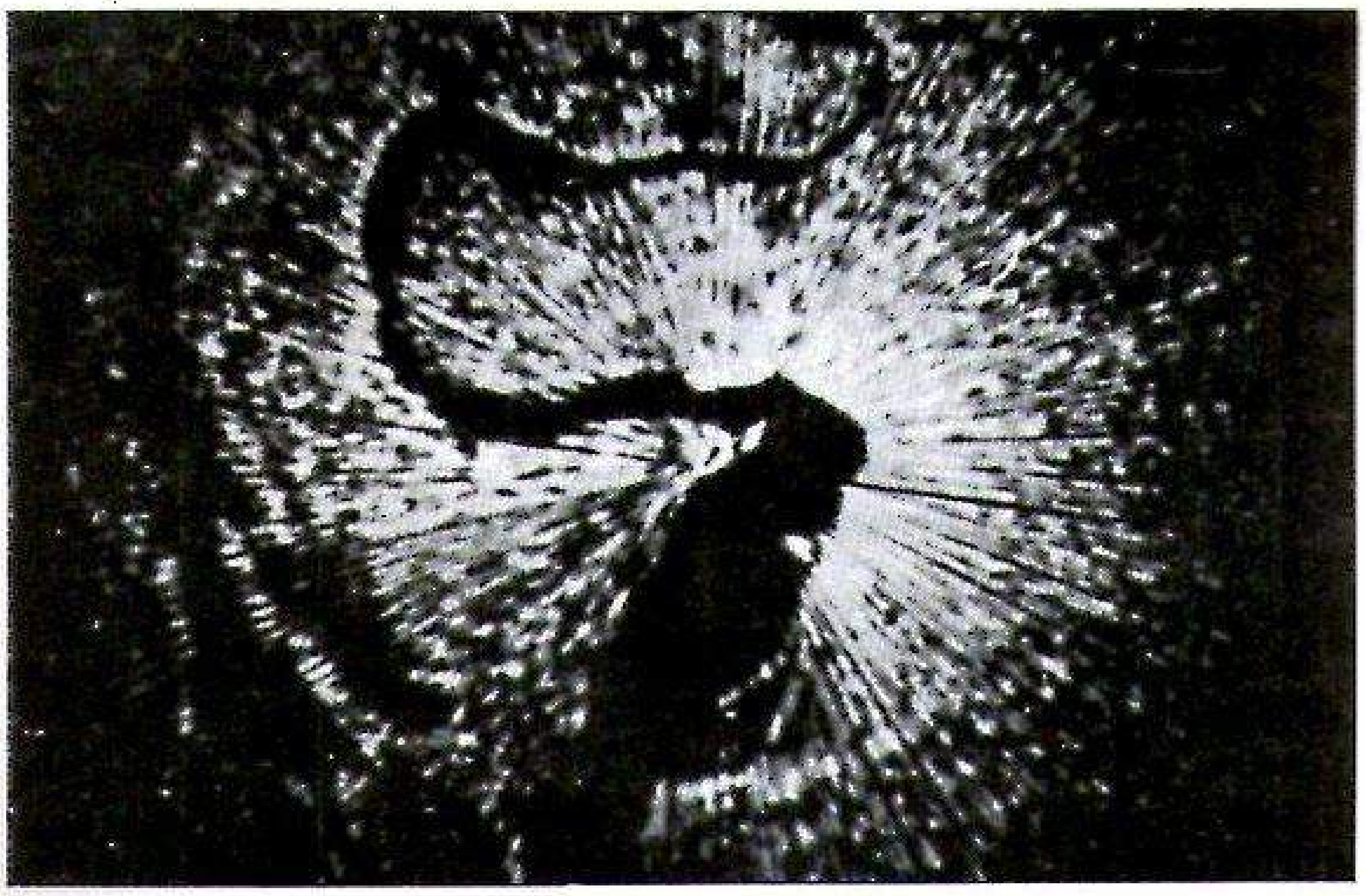
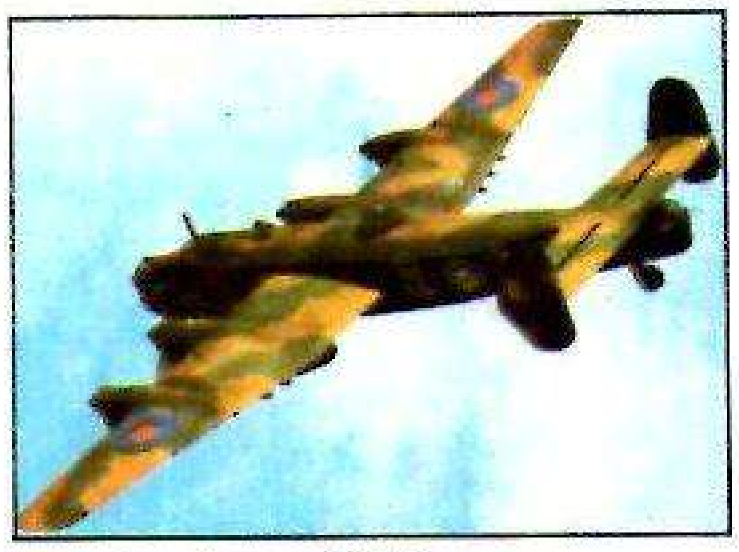


Imagen captada por el H 2 S sobre el río Severn.



Bombardero «Halifax».

«Hagen, Movimiento», nombre clave que se dio a la operación de repliegue llevada a cabo por las tropas alemanas del frente de Orel a las posiciones preparadas de antemano al este de Briansk. Solicitada por el mariscal von Kluge, comandante del Grupo de Ejércitos Centro, y autorizada por Hitler el 1-VIII-1943, tras el fracaso de la Operación «Zitadelle».

Halder, Franz, general alemán nacido en Würzburg el 30-VI-1884 y muerto en Aschau-Chiemsee el 2-IV-1972. El 1-VII-1935, comandante de la División 7. El 27-VIII-1938 sucedió al general Beck al frente del Estado Mayor del Ejército de Tierra. El 24-IX-1942 fue sustituido a su vez por el general Zeitzler, como consecuencia de las frecuentes y encendidas discusiones que mantenía con Hitler. Vivió retirado hasta el 23-VII-1944 en que fue detenido con toda su familia, en relación con el atentado del 20 de julio. Hasta el fin de la guerra recorrió diversos campos de concentración. Prisionero de los americanos hasta septiembre de 1947.

Halfaya, Paso de, carretera de acceso de 35 km (a 200 m de altitud) que se encuentra sobre el golfo de Sollum, en la frontera entre Egipto y Libia. En poder de los alemanes desde el 25-IV-1941, se convirtió en la posición clave contra los intentos británicos de romper el cerco de Tobruk. Cambió varias veces de manos. Las fuerzas alemanas e italianas terminaron capitulando el 17-I-1942 después de haber mantenido cerrada durante semanas la ruta costera. En junio de 1942 fue recobrado por el Afrikakorps que lo abandonó definitivamente el 11-XI-1942.

Halifax, Edward, político británico nacido en el castillo de Towderham (Devon) el 16-IV-1881 y muerto en York el 23-XII-1959. De 1926 a 1931 fue virrey de la India y amigo personal de Gandhi. En 1935-38 y 1940 lord del Sello Privado. En 1938-1940 ministro de Asuntos Exteriores; partidario de un acuerdo con Alemania hasta mayo/junio de 1940. Fracasó debido a las exigencias de Hitler y a la decidida política de guerra de Churchill. Redactó la negativa a las ofertas de paz hechas por el *Führer* el 19-VII-1940. En 1941-46 embajador en los EE UU.

Halifax, bombardero pesado británico construido por la casa Handley Page. Utilizado desde marzo de 1941 como segundo tipo de bombardero cuatrimotor de la RAF y empleado en acciones nocturnas. Se utilizó también para misiones especiales de lanzamiento de paracaidistas y como aparato de reconocimiento. Hasta finales de 1946 se construyeron 6176 aparatos de este tipo. Al final sólo se emplearon para el transporte de tropas. Datos del bombardero *Halifax B. Mk. VI:* 4 motores de 1800 CV; velocidad: 470 km/h a 3200 m de altitud; radio de acción: 3200 km; dotación: 7 hombres; carga: hasta 6550 kg de bombas; armamento: 2 torretas cuádruples de ametralladoras de 7,7 mm y otra ametralladora del mismo calibre.

Hamburgo, ciudad portuaria junto a la desembocadura del Elba. En 1940 tenía 1.698.000 habitantes. Fue una de las ciudades alemanas que sufrió con mayor rigor los bombardeos: así, la noche del 26/27-X-1941, la noche del 3/4-II-1943 y la del 3/4-III-1943 los bombarderos británicos arrojaron 913 toneladas de bombas sobre Hamburgo; y entre el 24 y el 30 de julio de 1943 los Aliados arrojaron más de 9000 toneladas sobre la ciudad, causando 30.482 muertes. No en balde la operación se llamó «Gomorra». Otros bombardeos masivos tuvieron lugar el 25-X-1944, el 4-XI-1944 y el 30-III-1945. El 3-V-1945 las tropas británicas del Cuerpo de Ejército XII, al mando del general Ritchie, ocuparon Hamburgo. En total fueron destruidas 295.650 viviendas, es decir, el equivalente al 53 %.

Hampden, bombardero semipesado británico de la factoría Handley Page. Uno de los bimotores utilizados por la RAF al comenzar la guerra. Tomó parte en el primer ataque aéreo contra Berlín efectuado la noche del 25/26 de agosto de 1940 y en el ataque contra Colonia –la incursión de los mil bombarderos– del 30/31-V-42. Retirado de las escuadrillas operacionales en septiembre de 1942, fue empleado como avión torpedero y de reconocimiento en el Mando de guardacostas. Se construyeron 1338 aparatos de este tipo. Datos del *Hampden B. Mk. 1:* 2 motores de 980 CV; velocidad máxima: 426 km/h a 4700 metros de altitud; radio de acción: 1760 km; carga máxima: 1800



El bombardero británico «Hampden», uno de los primeros que participaron en ataques contra Alemania.

kg de bombas; dotación: 4 hombres; armamento: seis ametralladoras abatibles de 7,7 mm.

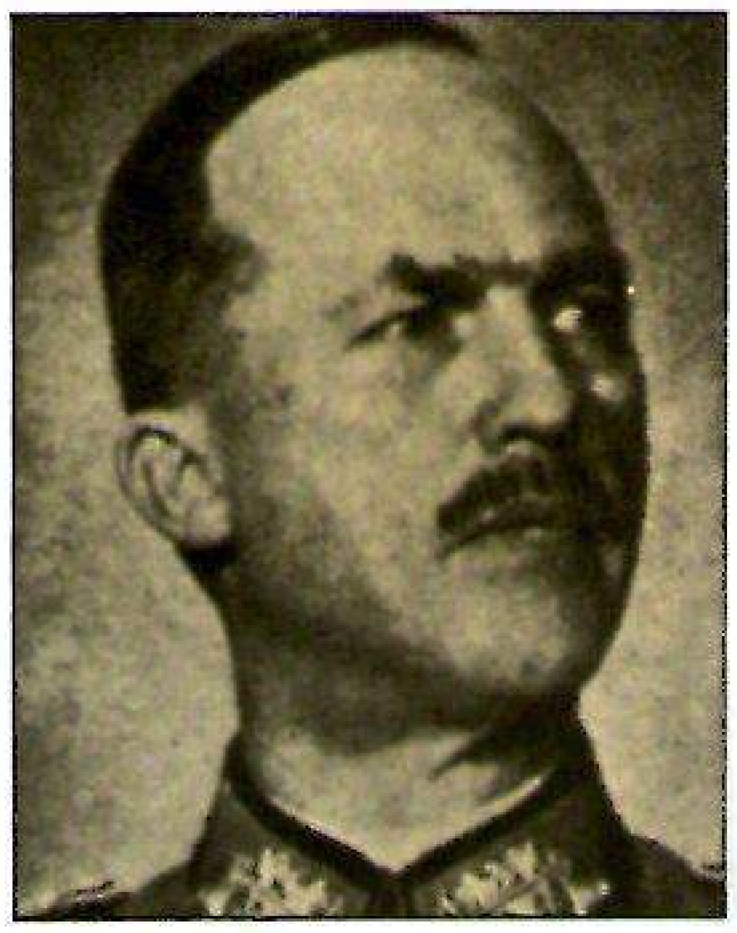
Hannover, capital de la Baja Sajonia. En 1940 tenía 471.000 habitantes. Hannover sufrió también importantes bombardeos aliados. Entre otros, el de la noche del 14/15-VIII-1941. La del 22/23-IX-1943 cayeron sobre la ciudad 2357 toneladas de bombas; la del 8/9-X-1943 fueron arrojadas 1667 toneladas de bombas, a consecuencia de las cuales quedaron sin hogar 250.000 personas. Siguieron los bombardeos del 26-X-1944, del 15-XII-1944 y del 5/6-I-1945, en que se lanzaron sobre Hannover 2365 toneladas de bombas. El 10-IV-1945 la ciudad fue ocupada por el Ejército 9 americano al mando del general Simpson. Quedaron destruidas 75.400 viviendas, o sea el 51 % de las existentes.

Harpe, Josef, general alemán nacido el 21-IX-1887 en Buer y muerto en Nuremberg el 14-III-1968. Tomó parte en la batalla de Polonia como comandante de la *1.ª Panzerbrigade*. El 15-II-1940 pasó al frente de la escuela de tropas acorazadas. El 1-VIII-1940 jefe de la 12.ª *Panzerdivision* con destino en el frente de Rusia. El 15-I-1942 comandante del XLI *Panzerkorps*. El 1-VI-1942 comandante en jefe de las tropas acorazadas. El 4-XI-1943 comandante en jefe del Ejército 9. El 18-V-1944 comandante en jefe del Ejército 4 acorazado. Del 28-IX-1944 al 16-I-1945, comandante supremo del Grupo de Ejércitos A. Hitler le responsabilizó de la derrota alemana en la cabeza de puente establecida sobre el Vístula en Baranow. El 9-III-1945 jefe del Ejército 5 acorazado en el frente occidental, donde cayó en poder de los americanos que le pusieron en libertad en 1947.

«Harpoon», nombre clave dado por los británicos a la doble operación de abastecimiento de Malta, efectuada del 12 al 16-VI-1942 y que comprendía la «Harpoon» (convoy desde Gibraltar) y la «Vigorous» (partiendo de Alejandría). De los 17 mercantes que participaron en ella sólo dos llegaron a su destino.

Harris, sir Arthur Travers, mariscal de la Royal Air Force. Nació en Cheltenham el 13-IV-1892. Del 12-VI-1937 al 24-V-1938 jefe del 4.º Grupo de Bombarderos. En 1938-1939, jefe de la Aviación en Palestina y Transjordania. Del 11-IX-1939 al 22-XI-1940 jefe del 5.º Grupo de Bombarderos. En 1940-42 ministro del Aire. Del 23-II-42 a septiembre de 1945, comandante en jefe de las escuadrillas de bombarderos de la RAF. Como tal, responsable de los continuos bombardeos contra las ciudades alemanas, sobre todo contra la población civil (bombardeos a baja cota). Por todo esto mereció el apodo de «Bombardero Harris». Se retiró del servicio activo en 1945.

Hase, Paul von, general alemán y combatiente de la resistencia. Nació en 24-VII-1885 en Hannover y murió ejecutado en Berlín el 8-VIII-1944. Ascendido a general el 1-IV-1938. El 1-VIII-1939 jefe de la División de Infantería 46. Del 15-XI-1940 al



Paul von Hase.

20-VII-1944, comandante militar de Berlín. Como tal participó en el atentado contra Hitler del 20 de julio. Inmediatamente después de hacerse cargo de su puesto, se integró en el grupo de oficiales que estaban decididos a deshacerse del *Führer*. A la señal dada por Stauffenberg, puso en movimiento al regimiento de la guarnición berlinesa. Al fracasar el atentado fue detenido, compareciendo ante el tribunal popular el 8-VIII-1944, en unión del mariscal Witzleben y del general Hoepner, entre otros. Condenados a muerte, fueron todos ejecutados el mismo día.



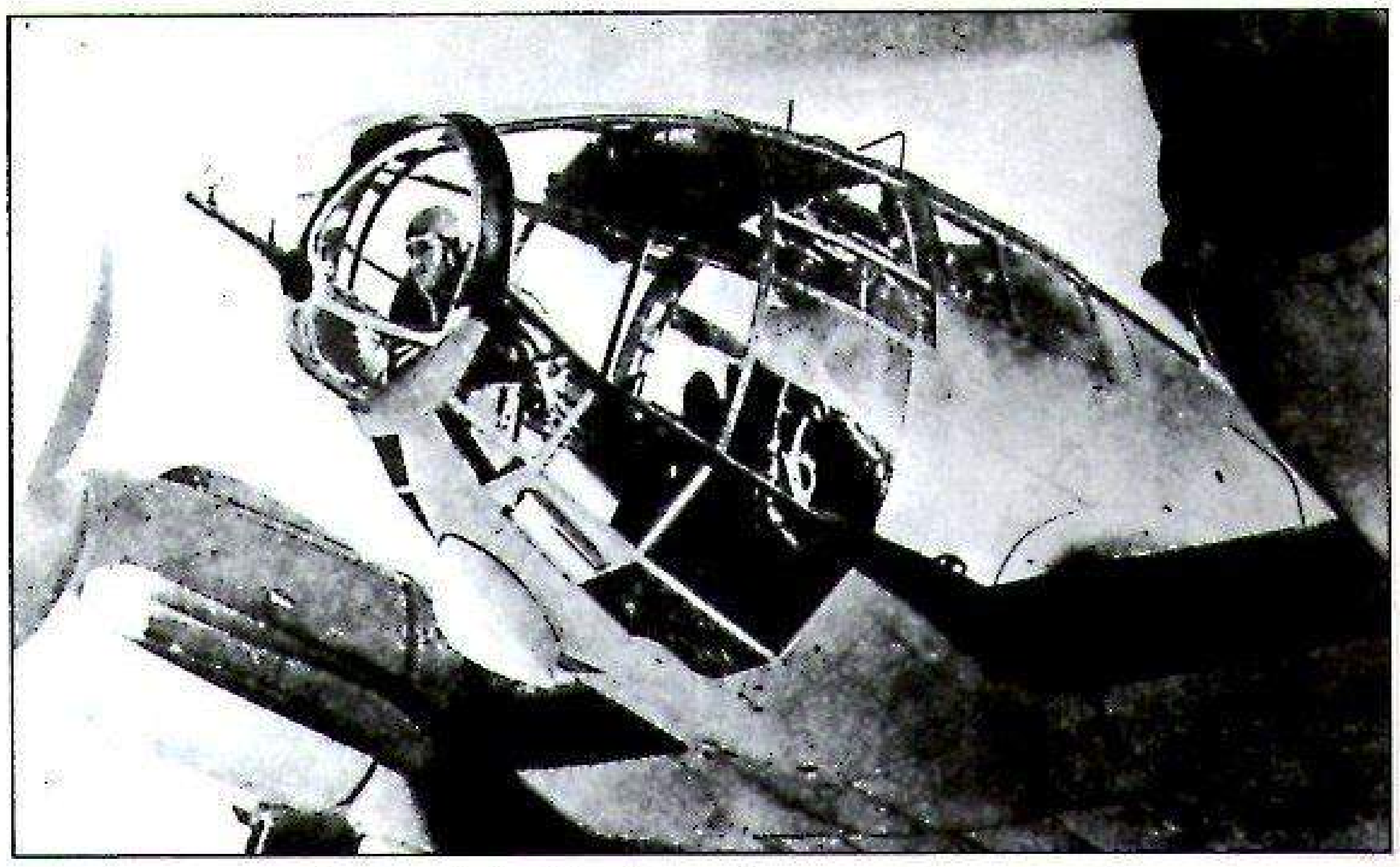
Paul Hausser, en el centro, con el general de cazadores paracaidistas Meindl (izquierda).

Hausser, Paul, *Oberstgruppenführer* y general de las SS. Nació el 7-X-1880 en Brandenburg/Havel y murió el 21-XII-1972 en Ludwigsburg. Militante de los «Cascos de Acero», en 1933 los integró en las SA, pasando más tarde a las SS. Tuvo una participación destacada en la organización del cuerpo de voluntarios de las SS, que al comenzar la guerra daría origen al Cuerpo de Ejército de su nombre. Hausser luchó en Holanda, Bélgica y Francia al mando del II Cuerpo acorazado de las SS, con el que el 27-XI-1942 tomó Tolón y entre febrero y marzo de 1943 combatió en Járkov. El 12-VI-1944 fue trasladado al frente occidental, por el que se había producido la invasión. El 29-VI-44 pasó a mandar el Ejército 7; en enero de 1945 comandante del Grupo de Ejércitos del Rhin Superior y después del Grupo de Ejércitos G. Hitler le destituyó poco antes de terminar la guerra. Prisionero de los americanos, fue puesto en libertad en 1949.



El mariscal británico del Aire, sir Arthur Harris, recibe la Legión de Honor en su grado de Gran Oficial.

Heinkel, fábrica de aviones fundada en 1922 por el profesor Ernst Heinkel en Warnemünde. Su central estuvo después en Rostock-Marienehe y en Oranienburg (Berlín). Como primeras construcciones puso a disposición de la *Luftwaffe* el caza *He 45*, monoplaza; los aparatos de reconocimiento *He 45* y *He 46* y los hidroaviones *He 59* y *He 60*. Antes de la guerra construyó el *He 115*, hidroavión para diversas misiones: dotado de 2 motores de 970 CV; velocidad máxima 327 km/h a 3400 metros de altitud; podía llevar 5 bombas de 250 kg o un torpedo o una mina marina de 920 kg. El *He 111* fue construido en 1934 como una versión mejorada del avión correo *He 70*, y se convirtió en el bombardero de serie de la *Luftwaffe*. Entre 1939 y 1944 se construyeron 5656 aparatos de los tipos P y H. Se le empleó como torpedero, transporte y plataforma de lanzamiento de las *V1* y, en un modelo gemelo, para arrastrar a los veleros. Datos del bombardero *He 111 H-3*: 2 motores de 1200 CV; velocidad máxima: 415 km/h a 5000 m de altura; 5 hombres de dotación; armado con 1 cañón de 20 mm y 5 ametralladoras de 7,9 mm. Podía cargar hasta 2000 kg de bombas. Heinkel fue un pionero en lo que se refiere a los cohetes y a los aviones de propulsión a chorro. El *He 176* fue



Detalle característico del «He 111»: la proa transparente.

presentado el 20-VI-39 como el primer avión-cohete y el *He 178,* el 27-VIII-39, como el primer avión a reacción del mundo. Los dos merecieron por parte del Ministerio del Aire escasa atención, la misma que suscitaría más tarde el *He 280,* presentado el 5-IV-41, que consiguió en su primer vuelo 800 km/h. Otros aviones famosos de la casa Heinkel fueron los *Greif, Salamander* y *Uhu.*

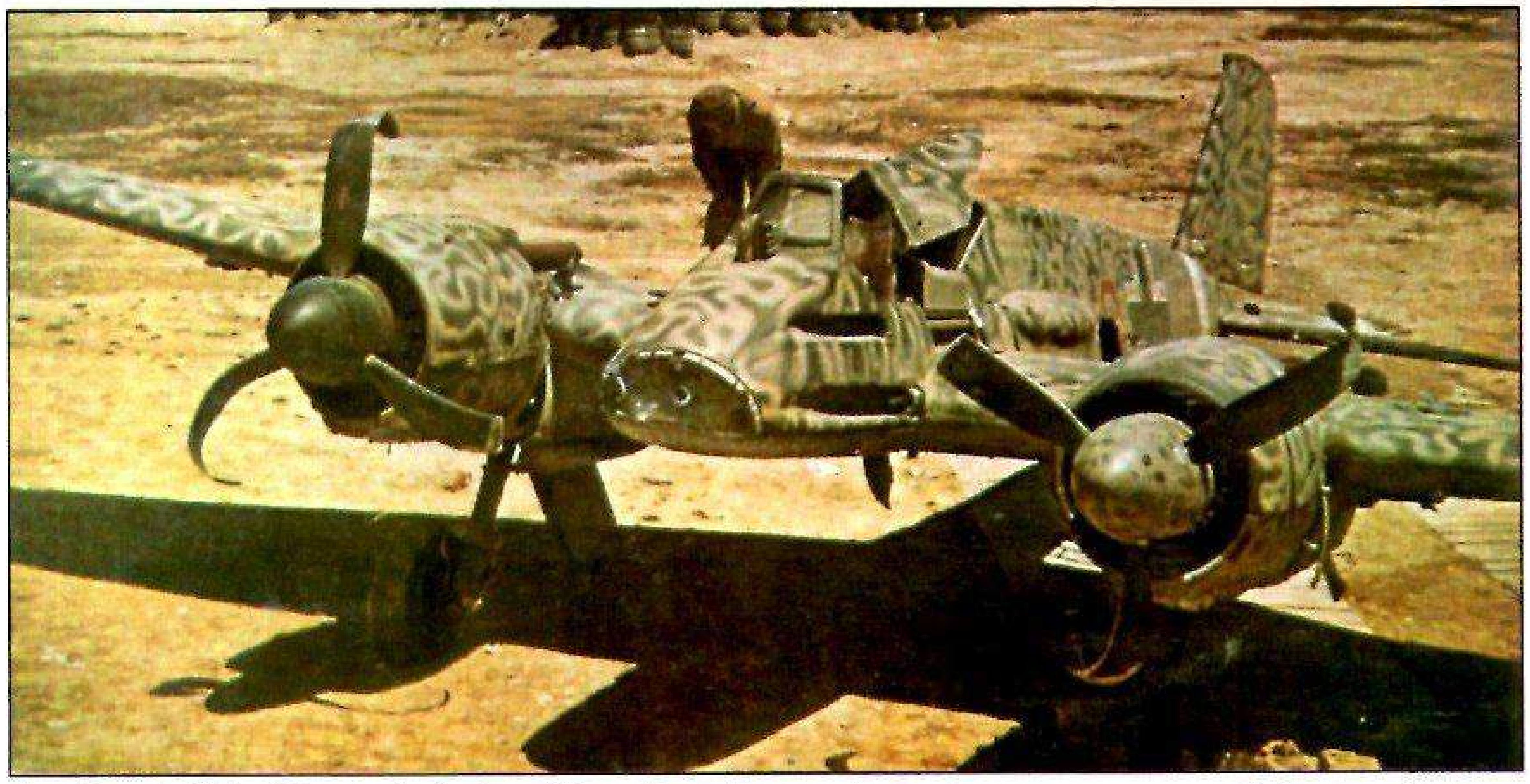
Heinrici, Gotthard, general alemán nacido el 25-XII-1886 en Gumbinnen y muerto el 13-XII-1971 en Waiblingen. El 1-III-1938 general de División. El 9-IV-1940 comandante del Cuerpo de Ejército XII. El 20-IV-1940 general de Infantería. El 17-VI-1940 comandante del Cuerpo de Ejército XLIII. En Rusia, Heinrici combatió primero en el ala sur del Grupo de Ejércitos Centro. Del 20-I-1942 al 4-VI-1944 comandante del Ejército 4. El 19-VIII-1944 comandante del Ejército 1 acorazado en la zona norte de los Cárpatos. Entre el 20-III-1945 y el 29-IV-1945 mandó el Grupo de Ejércitos del Vístula, que operaba en el Oder, entre Fürstenberg y el Báltico. El 29-IV-1945, tras grandes discusiones con el mariscal Keitel, fue destituido por éste de sus funciones. Una orden telegráfica de Bormann para que Heinrici fuera sometido al tribunal militar la dejó Dönitz sin efecto. Heinrici estuvo durante tres años prisionero de los ingleses.

Heitz, Walter, general alemán nacido en Berlín el 8-XII-1878 y muerto en Moscú en febrero de 1944. Entró en el Ejército en 1898, alcanzando el grado de general de Artillería el 12-IX-1939; comandante militar de Danzig-Prusia Occidental. Del 25-X-1939 al 31-I-1943 jefe del Cuerpo de Ejército VIII. Cayó prisionero en Stalingrado.

Hel, península y puerto pesquero del mismo nombre, en el golfo de Danzig. En septiembre de 1939, y entre marzo y mayo de 1945, se desarrollaron en ella grandes combates. Allí se defendieron hasta el 1-X-1939 contra el ataque alemán las tropas polacas bajo el mando del jefe de la Flota, contraalmirante Unrug.

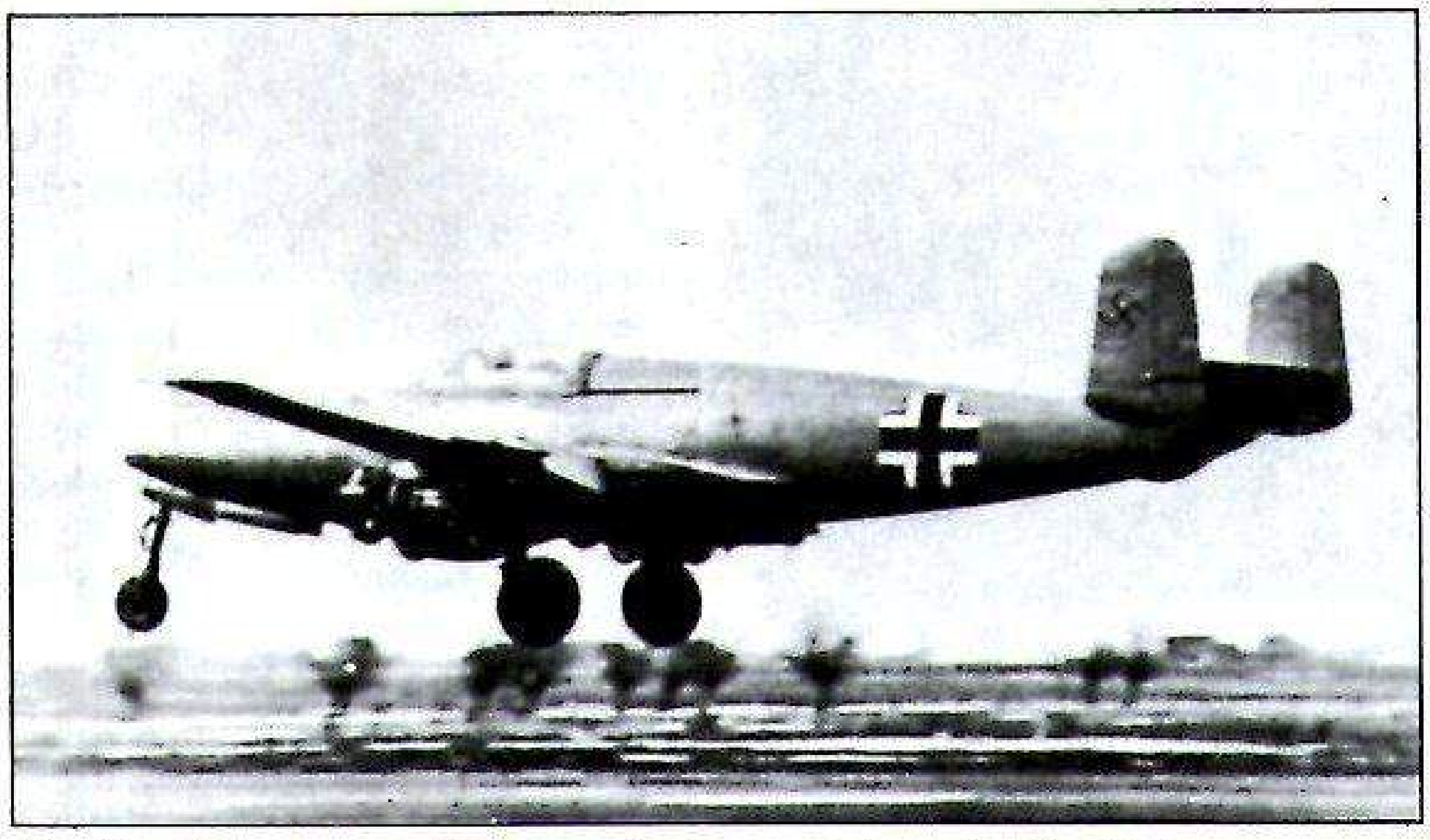
Helgoland, isla situada en el mar del Norte, muy cerca de las costas de la República Federal Alemana, a la cual pertenece, al noroeste de la embocadura del Elba y del Weser. Fue canjeada a los ingleses en 1890 por Zanzíbar. Durante la segunda Guerra Mundial, desempeñó un importante papel estratégico como base de apoyo naval. Disponía de refugio para submarinos, instalación de radar y buenas defensas antiaéreas. Helgoland fue asolada por la RAF el 18-IV-1945 en un bombardeo durante el que fueron arrojadas 4994 toneladas de bombas. Las tropas británicas desembarcaron en la isla el 14-V-1945, produciéndose la evacuación forzosa de los habitantes. Los británicos intentaron hacer desaparecer la isla mediante grandes explosiones el 18-IV-1947, sin conseguirlo más que en una parte del sudoeste de la costa. Hasta 1952 empleada para los bombardeos de entrenamiento de la RAF. El 1-III-1952 se devolvió a los alemanes. Ha sido reconstruida.

Henschel, fábrica alemana de aviones fundada en Kassel en 1933. Entre los tipos más conocidos se pueden citar el *Hs 123* y «el abrelatas volador», el *Hs 129.* El biplano *Hs 123* fue el primer avión de combate en picado fabricado en serie para la *Luftwaffe.* Formó parte de las escuadrillas que participaron en la guerra española, y permaneció en servicio y se utilizó en combates hasta el verano de 1944. Datos: un motor de 880 CV; velocidad máxima: 340 km/h a 1200 m de altura; carga de 4 bombas de 50 kg, bajo las alas; armado de 2 cañones de 20 mm y 2 ametralladoras de 7,9 mm. El *Hs 129,* blindado, fue proyectado para el combate a baja altura. Su tipo más perfeccionado fue el *Hs 129 B* empleado en África en 1941 y más tarde en el frente oriental. El *Hs 129 B-2* estaba especialmente preparado para luchar contra los blindados enemigos. Poseía 2 motores de 700 CV. Desarrollaba una velocidad máxima de 430 km/h a una altura de 4200 m. Estaba armado de 2 cañones de 20 mm y 1 de 30 mm colocado bajo el fuselaje, más 2 ametralladoras de 7,9 mm. En total, hasta finales de 1944 se fabricaron 44.841 aparatos de este tipo *Hs 129 B.*



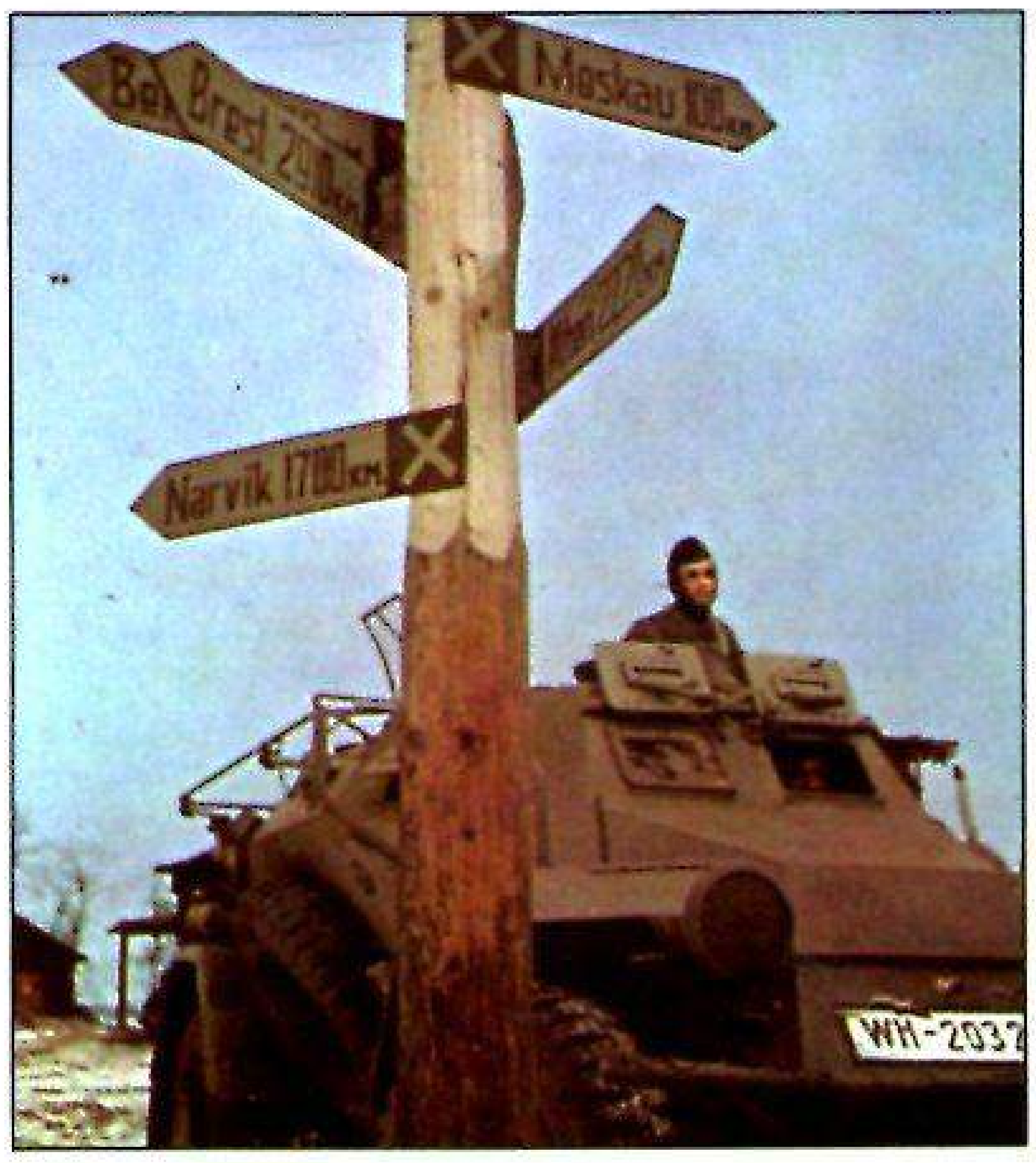
Un «Henschel Hs 129» averiado ha caído en Tunicia como botín de guerra en manos de los americanos.

«Hércules», nombre dado a un proyecto conjunto germano-italiano para ocupar la isla de Malta, mediante una operación aérea. Hitler y Mussolini se pusieron de acuerdo sobre los pormenores en su entrevista del 29/30-IV-1942 en el Berghof. Tras la conquista de Tobruk por Hitler, el 21-VI-42, se abandonó el proyecto.



El «He 280» a reacción durante la maniobra de aterrizaje.

"Barbarroja" y los generales



Poste de señalización levantado por los soldados alemanes en el camino hacia Moscú. Los distintos frentes se encontraban a miles de kilómetros de distancia...

Actualmente resulta difícil precisar en qué momento se enteraron los generales del Ejército y de la Aviación, y los almirantes de la Marina, de que Hitler abrigaba el propósito decidido de invadir la Unión Soviética.

Durante el invierno de 1939/40 había reinado en el Mando supremo del Ejército un pesimismo inexplicable, del que eran partícipes el comandante en jefe, Brauchitsch, y el jefe del Estado Mayor, Halder. Éste había considerado la posibilidad de un pronunciamiento militar en el caso de que los conservadores alemanes lograran ponerse de acuerdo con los ingleses sobre las condiciones de una paz honorable. En diciembre de 1940, al conocerse los primeros indicios concretos de la Operación «Barbarroja», el espíritu reinante era muy distinto. Cierto que infundía aún cierto temor la aventura de una guerra en el inmenso territorio ruso pero, al mismo tiempo, ¿no había demostrado acaso el soldado alemán que era capaz de todo en Noruega, durante el mes de abril, y con la victoria en el frente occidental europeo, durante el verano de 1940?

De la misma manera que los generales, en su mayoría, sobrestimaron durante el invierno 1939/40 la capacidad militar de Francia, se encontraban ahora dispuestos a infravalorar el potencial soviético, a no tener en cuenta sus grandes reservas humanas, sus posibilidades industriales de cara al armamento. Hitler había demostrado su talento militar en la batalla occidental de 1940. Se le empezaba a llamar «el más grande estratega de todos los tiempos». La euforia era tanto mayor cuanto que fueron muy pocos los que creyeron en la victoria de 1940.

La preparación de la batalla oriental se realizó sin grandes reservas mentales. El plan estaba en las manos del segundo de Halder, el teniente general Friedrich Paulus (que más tarde, en 1943, se rendiría al frente del Ejército 6 en Stalingrado). El objetivo de las operaciones era la rápida conquista de Moscú, la capital de Stalin. Para conseguirlo se dispuso un poderoso Grupo de Ejércitos central; simultáneamente funcionarían dos alas más débiles: en el sur, contra Ucrania; en el norte, contra Leningrado y hacia los puertos del Ártico. En teoría desde el punto de vista estrictamente militar, la preparación era perfecta.

Hitler, sin embargo, sostenía otra opinión y la dio a conocer el 3 de febrero de 1941. Según el *Führer,* debía trazarse una invisible línea fronteriza entre Ástrajan, en el mar Caspio, y Arjánguelsk, en el mar Blanco. Moscú no pasaba de ser un objetivo de tercera clase. Había que conceder prioridad a los centros económicos de Ucrania y a la destrucción de Leningrado, «cuna del bolchevismo». Pero curiosamente, el Mando supremo no modificó los planes, ni Hitler insistió en su idea. En el proyecto general se llegó a un desequilibrio entre la preparación y los objetivos que tendría consecuencias futuras. De momento sólo hubo acuerdo sobre la fecha del ataque: mediados de mayo de 1941.

El 30 de marzo de 1941, en la Cancillería, Hitler dio a conocer a los altos jefes de los tres Ejércitos el plan para la batalla del Este, en un monólogo que duró dos horas y media. La consigna era: «Derrotar a las Fuerzas Armadas y disolver el Estado.»

La proclamación de una guerra ideológica sin cuartel provocó en los generales de más edad un conflicto de conciencia. A la exposición de Hitler siguieron las instrucciones del Mando supremo de las Fuerzas Armadas (OKW), que suponían una bofetada en el rostro para las tradiciones militares tanto del soldado prusiano como del alemán del sur. El 13 de mayo de 1941 se publicó la llamada orden jurídica «Barbarroja» en virtud de la cual los tribunales de guerra dejarían en lo sucesivo de juzgar los delitos cometidos por los soldados. El comandante supremo del Ejército, *Feldmariscal* von Brauchitsch, consiguió anularla en la práctica al dictar normas severísimas para la salvaguarda de la disciplina de los combatientes. Pero no estuvo en su mano hacer nada con respecto a la segunda orden del OKW, la de fusilar a todos los comisarios del Ejército Rojo, publicada el 6 de junio de 1941.

Primero vino a trastornar los planes de guerra relámpago ordenada por Hitler contra Yugoslavia, en abril de 1941. Eso retrasó la invasión de Rusia hasta el 22 de junio de 1941. Pero, al mismo tiempo, sirvió para subrayar una vez más la creencia de que el soldado alemán era invencible. Hitler se había cuidado anteriormente de desvanecer las dudas del jefe del OKW, *Feldmariscal* Keitel, y del comandante de la *Luftwaffe,* el mariscal del Reich Göring. Cuando el teniente general Paulus expresó sus reservas sobre la conveniencia de llevar a cabo una campaña en el Este durante el invierno, Hitler replicó impaciente: «No habrá más que campaña de verano, después habrá terminado todo.»

Poco antes de empezar la Operación «Barbarroja», el *Feldmariscal* von Reichenau reunió a los generales y jefes de su Ejército 6. Desde el invierno de 1939 era uno de los críticos más acerbos de Hitler. Repitió las órdenes recibidas y la tesis de la guerra relámpago en un solo verano. Tras un momento de silencio, añadió imperturbable:

«¡Ojalá el *Führer* no se equivoque!»

Werner Richter

SOLDADOS DEL FRENTE ORIENTAL



22 de junio de 1941. Las posiciones fronterizas han sido rebasadas. La vanguardia de una división acorazada alemana se abre paso por el campo enemigo.

Operación "Barbarroja"- I

Pocas horas después de haber alcanzado las posiciones fronterizas rusas, se leyó a los «soldados del frente oriental» una proclama del «Führer». Por ella se enteraron de que con su esfuerzo combativo no sólo pondrían fin a la amenaza soviética, sino que también salvaguardarían la civilización y la cultura de Europa entera. La guerra contra la Unión Soviética se iniciaba como una «cruzada contra el mortal enemigo judeo-bolchevique».



Hamburger Fremdenblatt

Bezugspreise: in Groß-Hamburg Ausgabe C (werktags abends, Sonntags morgens) 3,10 M. monatlich frei Haus [illegible]

Anzeigenpreise (Preisliste Nr. 9): Die 46 mm breite mm-Zeile im allgemeinen Anzeigenteil [illegible] Für das Erscheinen an bestimmten Tagen und Plätzen keine Gewähr. [illegible] Berlin SW 11, [illegible] Fernruf: 196341. Postscheckkonto: 2577 Hamburg. Bankkonto: Commerzbank AG in Hamburg

Nr. 171 2 Sonntag, 22. Juni 1941 **Morgen-Ausgabe** 113. Jahrgang 2. Vierteljahr 15 Pf.

Die deutschen Waffen antworten Rußland

Die Erwiderung Europas auf die englisch-russischen Erpressungen

Proklamation des Führers an das deutsche Volk

Vom Eismeer zum Schwarzen Meer

Hamburg, 22. Juni

Der Führer hat heute morgen durch Reichsminister Dr. Goebbels eine Proklamation an das deutsche Volk verlesen lassen, in der er ausführt, daß er nach monatelangem Schweigen endlich offen zum deutschen Volk von den gefährlichen Umtrieben der jüdisch-bolschewistischen Machthaber in Sowjetrußland sprechen kann. Nach dem deutsch-russischen Freundschaftsvertrag habe er im Herbst 1939 auf eine Entspannung mit Rußland gehofft. Diese Hoffnung wurde jedoch durch die dauernden Erpressungen Sowjetrußlands sowohl gegen Finnland wie die baltischen Staaten wie gegen Rumänien enttäuscht.

Nach dem Sieg in Polen haben die Westmächte den Vorschlag des Führers zur Verständigung abgelehnt, weil sie auf das Eingreifen Sowjetrußlands gegen Deutschland gehofft haben. Seit dem Frühjahr 1940 sind in zunehmendem Maße sowjetrussische Truppen an der Grenze gegen Deutschland aufmarschiert, so daß vom August 1940 ab starke deutsche Kräfte im Osten gebunden waren und ein deutscher Einsatz großen Ausmaßes im Westen nicht mehr möglich war.

Als Molotow zu Besuch nach Berlin kam, stellte er Fragen bezüglich Rumäniens, Finnlands, Bulgariens und der Dardanellen, die einwandfrei die sowjetrussische Absicht, Unfrieden im Osten Europas zu stiften, erkennen ließen. Der Staatsstreich gegen die Regierung Antonescu ist den Bolschewiken zwar mißglückt, aber den Putsch in Jugoslawien haben sie im Verein mit den angelsächsischen Mächten zuwege gebracht. Serbische Fliegeroffiziere sind nach Rußland geflohen und dort sofort in die Armee eingereiht worden.

Mit allen diesen Umtrieben hat Moskau den sog. deutsch-russischen Freundschaftsvertrag nicht nur gebrochen, sondern verraten. Der Führer betonte in der Proklamation, daß weiteres Schweigen nun ein Verbrechen nicht nur an Deutschland, sondern auch an Europa wäre. 160 russische Divisionen stehen an der Grenze und haben sich wiederholt der Grenzverletzung schuldig gemacht. Vom 17. auf den 18. Juni konnten sowjetrussische Patrouillen nur nach einem längeren Feuergefecht über die Grenze zurückgetrieben werden. Inzwischen wurde der gewaltigste Aufmarsch aller Zeiten gegen Sowjetrußland durchgeführt. Vom Eismeer bis zum Schwarzen Meer stehen deutsche Truppen, im Norden vereint mit finnischen und an der bessarabischen Grenze vereint mit rumänischen Truppen, zur Sicherung Europas und Abwehr der russischen Provokationen.

Der Führer schloß die Proklamation mit folgenden Sätzen: „Ich habe mich deshalb entschlossen, das Schicksal und die Zukunft des Deutschen Reiches und unseres Volkes wieder in die Hand unserer Soldaten zu legen. Möge uns der Herrgott gerade in diesem Kampf helfen."

La noche es tranquila. Croan las ranas y cantan los grillos en los cañaverales. Sólo de vez en cuando el ruido metálico del roce de las armas o de las cajas con las máscaras de gas, o alguna palabra suelta musitada en voz baja, permite adivinar lo que encierra la cálida noche de verano. Es la calma que precede a la tempestad.
La alambrada del gran puente ferroviario sobre el Bug, cerca de Brest-Litovsk, se recorta contra el cielo oscuro. A ambos lados del terraplén, en los prados y campos de trigo de la ribera, aguardan los batallones de asalto de los Regimientos de Infantería 130 y 135. El tiempo transcurre con lentitud.
Hacia las dos de la madrugada los hombres que esperan levantan los ojos llenos de estupor: arriba, el puente se anima. Un tren de mercancías, con todos los faros encendidos, cruza el puente del lado soviético al lado germano. Los guardias alemanes de servicio saludan a los maquinistas. Unos metros más adelante el tren se detiene y los aduaneros efectúan los controles de rutina. Poco después el tren reemprende su marcha hacia Alemania.
Los soldados no acaban de entenderlo. ¡Hora y cuarto antes del ataque Stalin entrega todavía cereales al III Reich! ¿Será posible que los del otro lado no tengan ni idea, que no sospechen lo que se está preparando?
Los soldados se hubieran maravillado mucho más de haber sabido el número de trenes similares que durante el año y medio anterior habían cruzado el puente en dirección a Alemania. Hasta el último minuto, hasta ese mismo instante del 22 de junio de 1941, Stalin cumplió los acuerdos con Hitler al pie de la letra enviando millón y medio de toneladas de cereales, un millón de toneladas de crudos y miles de kilos de mineral y de metales de gran valor como platino, manganeso y cromo. Con ello contribuyó no poco a crear las condiciones necesarias para el ataque gigantesco que se aproximaba ahora, segundo a segundo, de modo implacable.

Al fin, la situación clara

Cuatro horas antes de que el último transporte de cereal cruzara el puente ferroviario en las cercanías de Brest-Litovsk, se había leído la proclama del *Führer* a los tres millones de hombres que se disponían a iniciar la marcha sobre la frontera germano-rusa, entre Chernovtsi, al sur, y Tilsit, al norte. La proclama iba dirigida a los «soldados del frente oriental».
¿Del frente oriental? Luego... era cierto. Todos lo suponían, pero nadie lo acababa de creer. Resultaba tan inquietante la idea de tener que conquistar el casi infinito imperio soviético, que se prefería el autoengaño de que todo era un rumor, de que los preparativos no pasaban de ser una maniobra de distracción dedicada a Inglaterra, cuyo ataque era inminente.
Todo eso pertenecía a la historia, ya no había lugar para los rumores infundados, la certeza estaba ahí, al alcance de todos: se marchaba contra Rusia.
A medida que el tiempo avanza va creciendo la tensión, el nudo en la garganta, la opresión en el estómago... Hasta que a las tres y cinco, en un frente de más de mil kilómetros, se desata el infierno: la artillería abre fuego sobre los primeros objetivos. En unos puntos intensamente, en otros con menos fuerza; en Brest-Litovsk con especial dedicación. Nueve baterías pesadas, con sus morteros de 600 mm y sus cañones de 210 mm arrojan en 30 minutos cerca de 3000 terribles y ululantes granadas contra las fortificaciones.

Las tropas de asalto contra el puente

Al mismo tiempo en que se abre el fuego las tropas de asalto se lanzan sobre el puente con gran brío y con el temor de que pueda volar por los aires en cualquier momento. Por fin logran desarmar a los guardias y hacen enmudecer la ametralladora que dispara contra ellos desde una pequeña fortificación.
El jefe de las tropas de asalto, teniente Zumpe, de la 3.ª Compañía del Regimiento de Infantería 135, después de convencerse de que los zapadores han retirado las minas, pone un filtro verde a su linterna y, como un factor cualquiera, hace una señal en dirección al otro lado del puente: vía libre. Los primeros vagones blindados, ya a la espera, empiezan a moverse con gran estrépito. Luego siguen los carros de combate que sin dilación avanzan dejando atrás la ciudad y sus defensas. En Brest la invasión se ha desarrollado con todo éxito y en poco tiempo.
Más hacia el norte en Pratulin quienes se encargan de vadear el Bug son las Divisiones acorazadas 17 y 18. Lo que no hay allí es puente. Tras una hora de preparación artillera, a las 4,15, un grupo de asalto atraviesa el río en pequeños botes y establece una cabeza de puente en la otra orilla, para dar tiempo a los zapadores a que tiendan uno –en tanto el enemigo sólo emplee contra la posición establecida cañones ligeros y ametralladoras en vez de carros blindados.
Los rusos, sin embargo, terminan por enviar sus carros; media hora después del ataque se lanzan rápidos contra la débil posición alemana. Pero llegan tarde; poco antes ha sucedido algo asombroso. Los zapadores que trabajan en la construcción del puente han visto avanzar hasta la orilla a la primera sección del Regimiento acorazado 18 (80 carros) y, luego, los blindados han ido desapareciendo uno a uno debajo del agua para volver a emerger en la otra ribera un par de minutos después, justo en el instante en que los rusos iniciaban su ataque contra la cabeza de puente alemana. Esos 80 carros habían sido dispuestos para esta operación. Se trataba de carros blindados de fabricación normal a los que se había dotado de un aprovisionamiento de aire para facilitar su corta inmersión con vistas al plan «León Marino», es decir, la invasión de Inglaterra. Alguien se había acordado de ellos al planear el paso del Bug y los había enviado al punto necesario.
Todavía más al norte, en la frontera lituana, no existía en principio ningún curso de agua por salvar. El general von Manstein, al frente del LVI *Panzerkorps*, debía romper al norte del Memel una línea defensiva de *bunkers* y proseguir rápidamente la marcha. La División acorazada 8 tenía que avanzar durante el primer día del ataque 80 km y llegar hasta Ariogala, en el valle de Dubysa, sobre el que se alzaba un gran viaducto abierto al tráfico que debía caer por sorpresa en manos alemanas, para evitar que el ataque del flanco norte quedara precisamente detenido en el valle.

Manstein tiene prisa

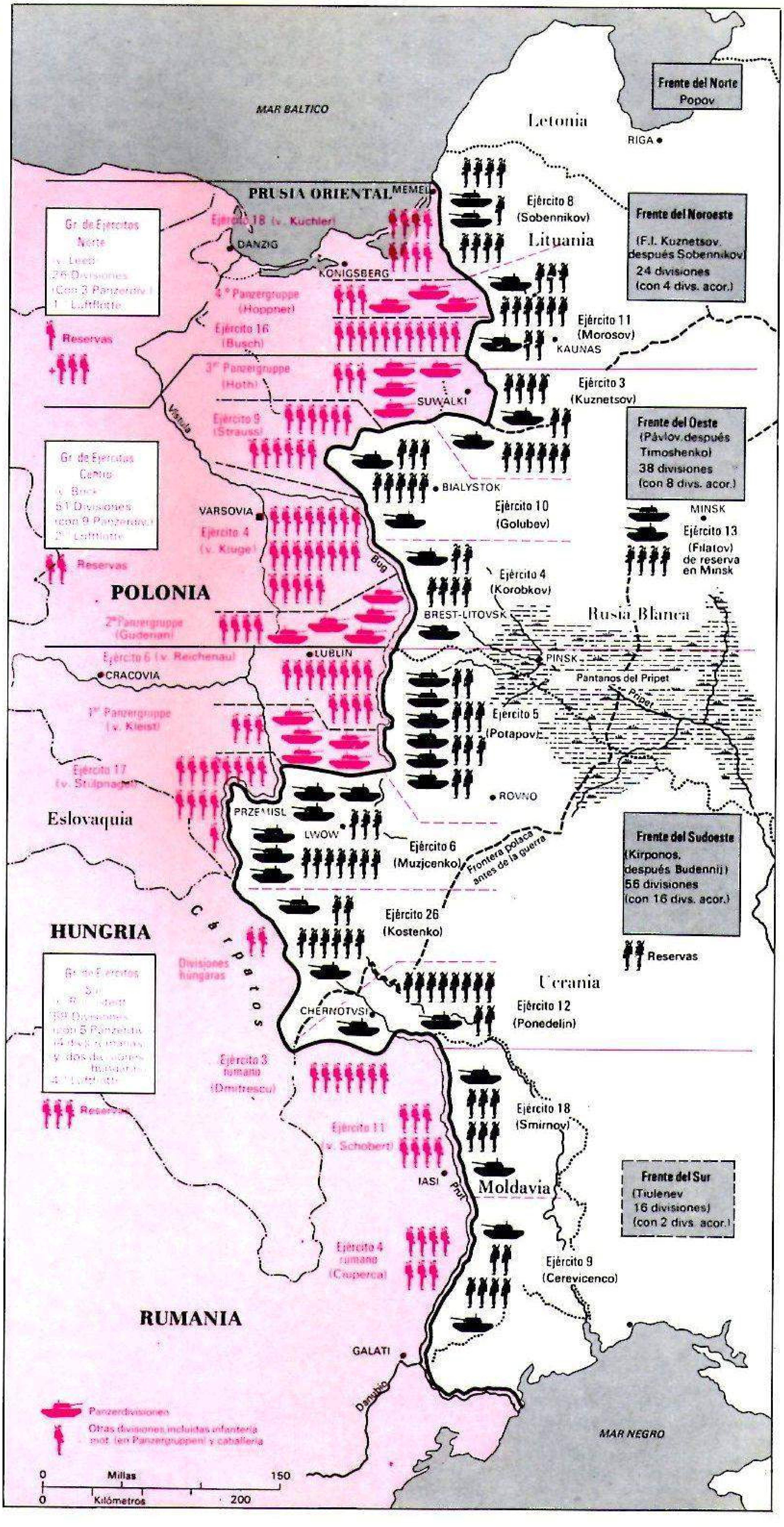
El Regimiento de Infantería 501, que de madrugada se ha lanzado al ataque antes que los carros, tiene que hacer frente a una resistencia enérgica. Las bajas son numerosas, pero las fuerzas alemanas consiguen volar los obstáculos y la División acorazada 8 puede iniciar su marcha, atravesar la línea de *bunkers* y continuar adelante.
En medio de la División avanza el carro de mando del general Manstein. El general tiene prisa, exige mayor velocidad, ordena que se prosiga la marcha sin prestar atención al fuego lateral. Manstein arriesga el todo por el todo, porque el viaducto de Ariogala no es más que el primer objetivo; el siguiente punto importante se encuentra a 270 km: los grandes puentes sobre el Dviná, en Daugavpils y Yekabpils. Manstein

Al igual que el «Hamburger Fremdenblatt», toda la prensa alemana presentó el ataque a Rusia como una consecuencia de las provocaciones y amenazas soviéticas: «Las armas alemanas responden a Rusia. La respuesta de Europa a las presiones anglo-rusas.»

necesita ocupar el puente si quiere proseguir sin pérdida de tiempo la marcha hacia Leningrado.
Cuando al anochecer le llega la noticia de que el viaducto de Ariogala ha sido ocupado, Manstein sólo dice «¡Adelante!» Sabe que Rusia no se puede ocupar siguiendo las artes estratégicas tradicionales; las grandes dimensiones del territorio no lo permiten. Si existe una posibilidad tiene que ser mediante ataques relámpago a los puntos neurálgicos: a Moscú, a Leningrado. Paralizando los centros de decisión se puede conseguir el total desmoronamiento.
Por eso se atreve a conducir su Cuerpo de Ejército acorazado hasta 350 km tierra adentro en territorio enemigo. A las dotaciones de los carros les parece temeraria esta carrera de persecución tan alejada de la línea efectiva del frente; sin embargo, el cálculo de Manstein es exacto: sus blindados se mueven tan velozmente que los rusos no tienen tiempo para reaccionar. Casi sin resistencia, la columna de carros de combate se mueve entre dos Ejércitos soviéticos durante 4 dias, avanzando unos 80-100 km por jornada.
En la mañana del 26 de junio, la vanguardia de la División acorazada 8 se aproxima a la autopista Kaunas-Moscú, a la altura de Daugavpils. Los carros se acercan hasta tener la ciudad a la vista; allí se detienen. Sólo una columna de vehículos que viene tras ellos sigue adelante. Se trata de tres camiones rusos. Los conductores llevan también uniforme soviético. Tanto ellos como los hombres que se esconden tras las lonas cerradas son miembros del Regimiento «Brandenburg», una unidad formada para misiones especiales. Los tres camiones atraviesan la ciudad, en la que reina un tráfico normal, sin que nadie sospeche nada. Tampoco la guardia del puente desconfía, hasta que ya es demasiado tarde. Antes de que los rusos caigan en la cuenta de lo que sucede, el puente está en manos alemanas.

Manstein tiene que esperar

En el puente ferroviario las cosas se complican un poco. Hay un corto y violento intercambio de disparos, explota una carga de explosivos. Al fin, se domina la situación. El puente ha resultado dañado, pero es utilizable. Poco tiempo después los carros entran en la ciudad, que se entrega casi sin resistencia.
El general Manstein ha logrado su objetivo. Le gustaría proseguir la marcha, continuar el ataque, aprovechar la confusión del enemigo y no permitir que



se rehaga. Y aún tiene otro motivo para no detenerse más que el tiempo necesario para el aprovisionamiento: la fuerza de sus blindados reside en el ataque, en la persecución, y no en el abrir brecha partiendo de un punto, quizás frente a un enemigo más poderoso. Manstein había proclamado el principio de que «la seguridad de una unidad acorazada en la retaguardia del enemigo estriba en que tiene que permanecer en movimiento».

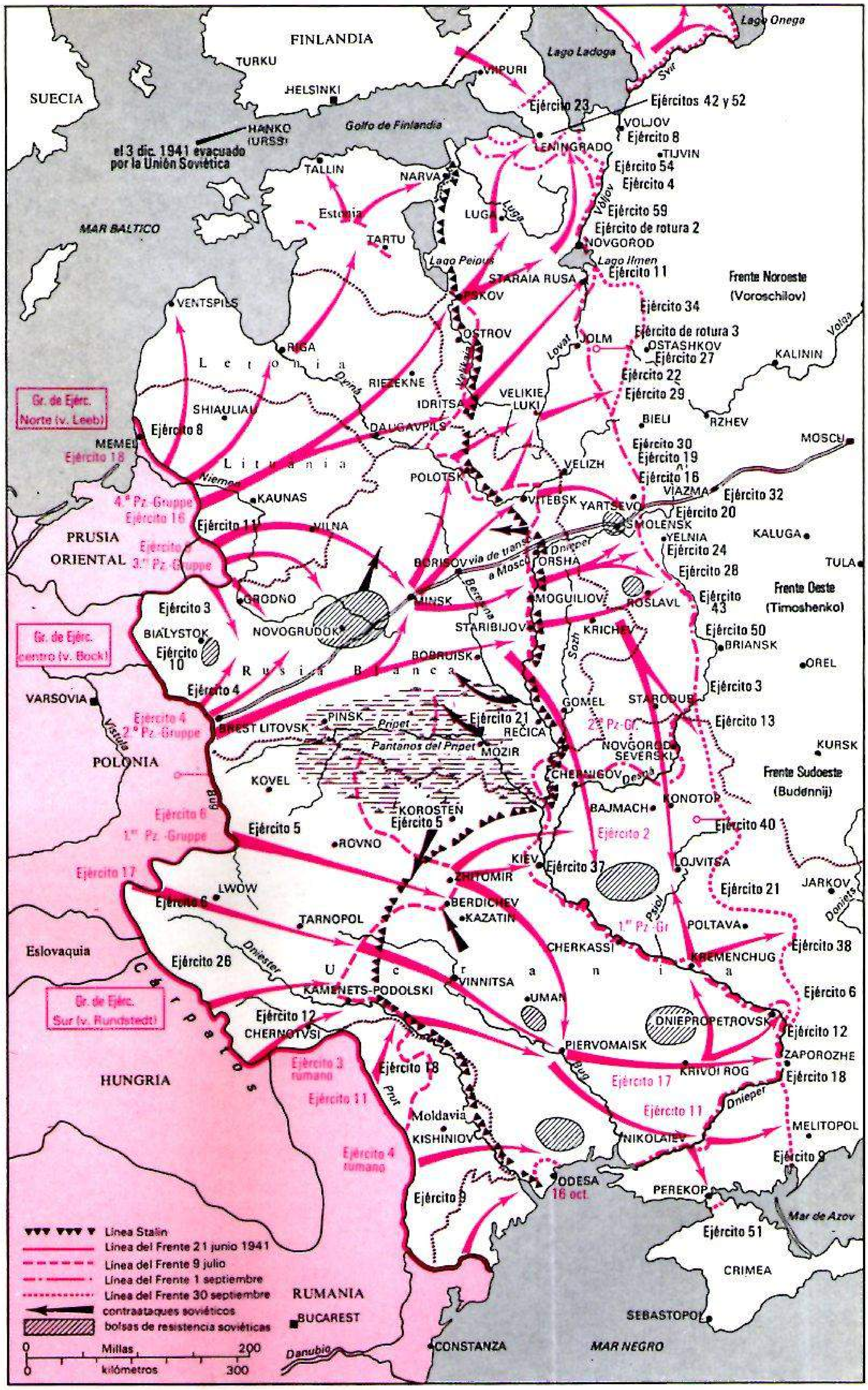
Sin embargo, Manstein no permanecerá en movimiento. Hitler tiene otros planes: le ordena quedarse quieto y defender la cabeza de puente de Daugavpils.

La decisión es correcta de acuerdo con las reglas tácticas. Los blindados de Manstein han ido demasiado lejos; en su flanco izquierdo, por la retaguardia, el XLI *Panzerkorps* ha quedado a más de 100 km de distancia, lo mismo que, por el otro flanco, el Ejército 16. Sin duda encerraba un enorme riesgo el permitir que Manstein siguiera operando al norte del Dviná. Pero toda la batalla había sido planeada sin tener en cuenta las normas tácticas tradicionales, afrontándola como un desafío en el que era preciso jugarse el todo por el todo. Desde este punto de vista, el riesgo máximo consistía en mantenerse quietos. Manstein tuvo que permanecer seis días en Daugavpils, tiempo suficiente para que su contrincante, el general Kuznetsov, pudiera desvanecer el pánico de sus tropas y movilizar a cuantos hombres tenía a su alcance. Seis días son un lapso demasiado largo para una «guerra relámpago». Es posible que no les falte razón a los autores que opinan que aquella orden de Hitler inmovilizando a Manstein fue en realidad lo que salvó a Leningrado.

Los carros soviéticos responden

Que el XLI *Panzerkorps*, en el flanco izquierdo, no pudiera sostener la velocidad de Manstein se debió a que el día 24 tuvo que hacer frente en las inmediaciones de Riezekne a una poderosa formación de carros soviéticos. El Cuerpo acorazado III soviético se lanzó aquí al ataque con 400 carros ¡Y qué carros! Verdaderos colosos como nunca habían visto las tropas alemanas: KW 1 y KW 2 de 43 y 52 toneladas, con una coraza de 80 y 120 mm, armados con cañones de 76,2 o 155 mm, además de 4 ametralladoras.

La primera vez que surgieron esos gigantes, los servidores de las piezas de los carros y de la artillería se llevaron una sorpresa desagradable: dispararon como siempre, acertaron como siempre, pero el resultado no fue el de siempre. Los proyectiles rebotaban



Frente a las 152 Divisiones alemanas y 15 Brigadas y Divisiones rumanas, situadas en las cercanías de la frontera soviética, se encontraban 138 Divisiones rusas de Infantería y Caballería y 40 Brigadas motorizadas y acorazadas, que, dispuestas escalonadamente en profundidad, fueron sorprendidas por el ataque alemán (mapa de la izquierda).

Las direcciones del avance de las tropas alemanas permiten darse cuenta de la estrategia de guerra relámpago seguida por el Mando, así como de la formación de bolsas y tenazas en torno a las tropas enemigas realizadas por los carros blindados. La llamada Línea Stalin tampoco pudo contener a las veloces tropas alemanas (mapa superior).

o quedaban incrustados en el carro enemigo. Los hasta entonces valiosos cañones de 37 y 50 mm quedaron convertidos en lanzadores de salvas.
Todo cuanto los blindados alemanes podían oponer a tales monstruos era su velocidad y su capacidad de movimiento, así como la rapidez de decisión del mando y la transmisión por radio de las órdenes.
Según un parte de combate de la 1.ª *Panzerdivision*; «Abrimos fuego a unos 800 m (sobre los KW 1 y KW 2) sin causar el menor daño. Nos acercamos más al enemigo que, a su vez, continuó avanzando hacia nosotros. En poco tiempo nos encontramos a una distancia de 50 a 100 m. Se cruzó un fuego intenso sin que pudiéramos constatar ningún éxito alemán. Los carros rusos siguieron avanzando y así se dio la sorprendente situación de que, al filtrarse entre nuestras filas para abrirse paso hacia nuestra retaguardia, tuvieron que vigilar sus propios disparos. Nuestra unidad dio media vuelta y empezó a avanzar en la misma dirección y a la misma altura que los KW 1 y KW 2. Entonces, a menos de 30 m de distancia, fue posible abrir fuego con éxito».
Un combate de blindados a menos de 30 m de distancia era algo que no se había producido hasta el momento. Y no siempre sería posible en el futuro. Por eso, desde entonces, se trató de alcanzar la parte más delicada de los colosos, las cadenas, dejando que la artillería con sus cañones de 88 mm hiciera luego el resto.

Éxito en el sector central

La batalla de los blindados se prolongó durante dos días con resultado incierto, hasta que en la mañana del 26 una operación combinada de los carros y la artillería germanos acabó con los blindados rusos. El XLI *Panzerkorps* pudo proseguir su marcha en dirección a Daugavpils.
El avance de Manstein, en el norte, hasta esa población constituyó la mayor profundidad alcanzada durante el primer día. ¿Cuál era la situación en los otros sectores del frente?
En el sector centro los carros no habían sido menos rápidos. Al sur de Manstein, el 3.er *Panzergruppe*, bajo el mando del general Roth, había avanzado, partiendo de la zona de Bialystok-Grodno, unos 250 km hacia el este, girando luego al sur y ahora se encontraba, el día 26, ante Minsk.
El éxito también había acompañado al 2.º *Panzergruppe* de Guderian, que operaba en la zona de Brest: su vanguardia había avanzado 250 km y el día 26 se dirigía igualmente hacia Minsk.
La primera gran tenaza empezaba a cerrarse.
En el sector sur, al mando del *Feldmariscal* von Rundstedt, las cosas se desarrollaban más despacio de lo previsto. Allí se enfrentaban los Ejércitos 6 y 17 y el 1.er *Panzergruppe* alemanes a cuatro Ejércitos soviéticos bajo el mando del general Kirponos, que defendía perfectamente sus líneas y neutralizaba los ataques sin permitir el paso. Las divisiones de asalto tuvieron que moverse entre series de *bunkers*, y cuando el 1.er *Panzergruppe* bajo el mando de von Kleist logro abrir brecha al este de Lwow, Kirponos lanzó sobre él sus carros deteniendo de momento el avance de los blindados alemanes, que lucían una blanca «K» de Kleist sobre sus torretas.

El T 34 entra en fuego

También a orillas del Styr tiene lugar una sorprendente presentación: junto a los dos monstruos KW 1 y KW 2, y al aún más colosal que todos ellos, el carro superpesado Voroschilov, con cinco torretas giratorias, aparece por primera vez uno mucho más pequeño, pero no menos peligroso: el T 34. Su coraza no es tan gruesa como la de sus hermanos mayores, pero en cambio todas las superficies están biseladas, incluso las de la torreta, con lo que el efecto es el mismo: frente al T 34 resultan igualmente ineficaces los cañones de pequeño calibre de los carros alemanes. Por su parte, los cañones del T 34 son de 76,2 mm, y sus anchísimas cadenas proporcionan gran movilidad a sus 26 toneladas. Afortunadamente para los atacantes, se habían fabricado muy pocas unidades de este carro que, finalmente, fueron inutilizadas.
En el sur, por lo menos al principio, el ataque no marchó bien del todo. «Se avanzó, despacio, pero continuamente», declaró el general Hube, comandante de la 16.ª *Panzerdivision,* después de los primeros días de combate. No era lo programado.
Pese a las dificultades en el ala sur, el panorama tras los primeros cuatro o cinco días de ataque no dejaba de ser sorprendente, y se caracterizaba por el sobresalto e incluso el caos que se provocó en los atacados. De otra manera no se podía explicar el avance de los carros alemanes en los sectores norte y centro del frente. No cabía duda de que los rusos habían sido sorprendidos. Pero, ¿por qué? Antes de comenzar el ataque se habían concentrado ante sus fronteras siete Ejércitos, cuatro *Panzergruppen*, tres *Luftflotten*, con un total de más de tres millones de hombres, 600.000 vehículos, 750.000 caballos, 3580 carros de combate, 184 cañones y 1830 aviones. Era imposible

LOS PANZER ROMPEN LA LINEA STALIN seguidos de cerca por la Infantería

Durante la marcha al frente de su División, este general de blindados ha abandonado por unos minutos su vehículo para impartir unas órdenes a sus oficiales (arriba).

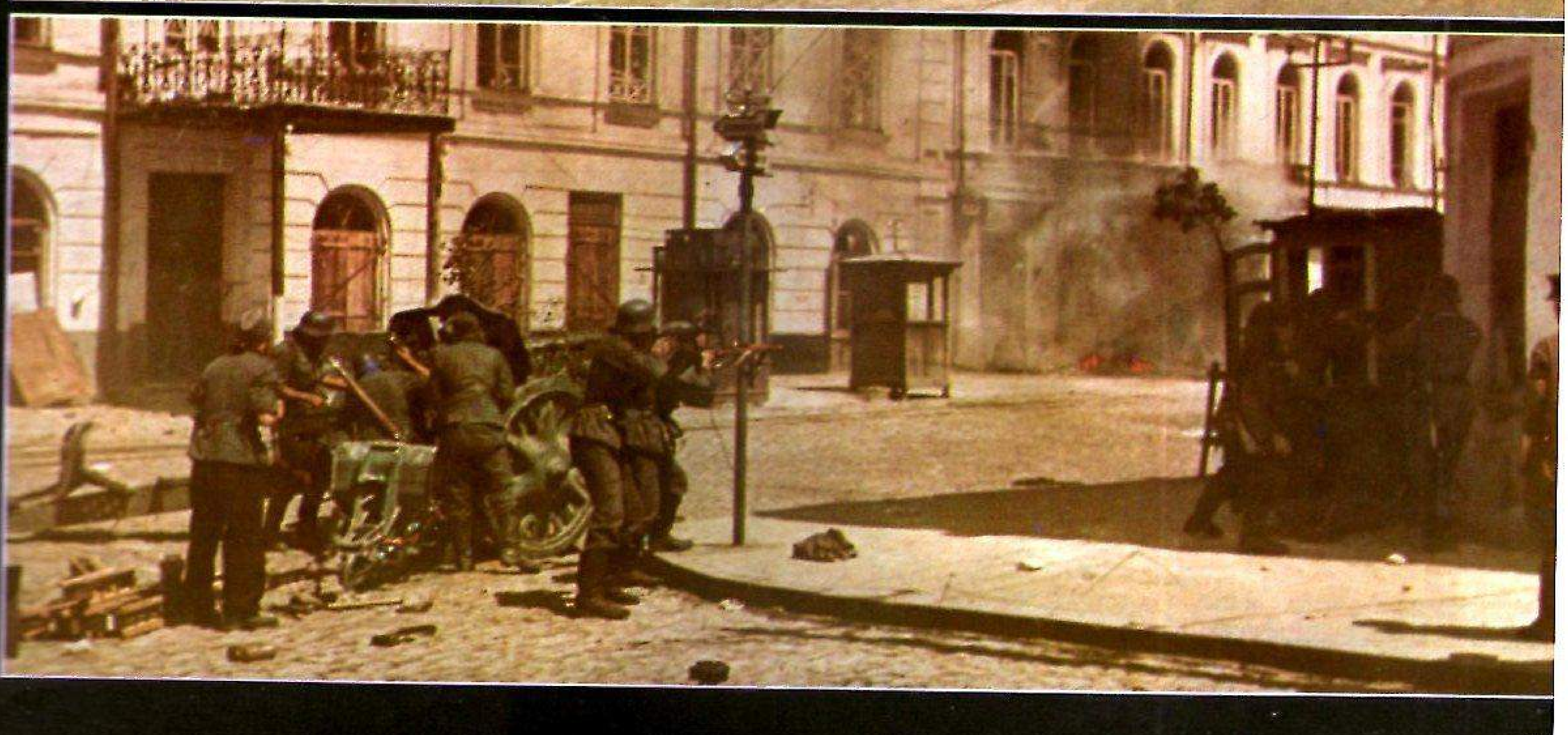
Los caminos de la victoria. Los carros avanzan uno junto a otro por el inmenso territorio del Este. Blindados soviéticos destruidos jalonan la marcha de las unidades alemanas (centro).

Combate callejero en Zhitomir. Tropas soviéticas intentan con denuedo mantenerse en la ciudad, luchando calle por calle y casa por casa, de las que van siendo desalojadas por la Infantería tras duros enfrentamientos (abajo).

Fotos y textos originales de «Signal»







que todo hubiese sido concentrado en secreto. Y no sólo eso. El secreto era tanto más difícil de guardar cuanto que eran muchas y a distintos niveles las personas que tomaron parte en los preparativos. Un historiador americano, Barton Whaley, se ha tomado la molestia de averiguar cuántas personas conocían ya en enero de 1941 de «manera oficial» el propósito de Hitler de atacar a Rusia: eran cientos. Dado que la experiencia enseña que a todo conocedor oficial de un secreto le corresponden varios «participantes», no puede caber la menor duda de que la noticia de los planes del *Führer* había llegado a Moscú mucho antes del ataque alemán contra Rusia.

Stalin estaba enterado

Y así había sido. Por múltiples caminos, desde las propias redes de espionaje hasta informaciones facilitadas por las representaciones diplomáticas, la americana entre ellas, las noticias habían llegado a la Unión Soviética, Stalin había recibido no sólo advertencias, sino detalles precisos de lo que tramaba Hitler, día del ataque y medios que iba a emplear, sectores en que se produciría la invasión y dirección que tomarían las tropas invasoras. Es decir, una información completa.

Todavía hoy, 30 años después, está por aclarar cómo fue posible que Stalin no tomara en serio las advertencias, no hiciera caso de las fundadísimas noticias y se dejara sorprender. Nadie lo sabe, ni nadie lo sabrá nunca. Únicamente cabe suponer que Stalin fue víctima de su propia mentalidad: sin duda creyó que todas esas noticias no eran otra cosa que una trampa que le tendían los odiados capitalistas occidentales para separarle de su «aliado» Hitler, para conseguir la ayuda soviética y, con ella, poder salvar la propia piel de las garras del *Führer*.

Dicho de otra forma: Stalin, se le juzgue moralmente como se quiera, pensaba de un modo racional y esperaba que Hitler hiciera lo mismo. Claro está que no se forjaba la ilusión de que el pacto germano-soviético pudiera suponer para Hitler un obstáculo capaz de impedirle atacar a la Unión Soviética, pero lo que no podía imaginar era que el *Führer* estuviera tan loco como para lanzarse contra Rusia sin antes haber acabado con Inglaterra. En realidad, éste hubiese sido el orden de prioridades de acuerdo con la razón. De ahí que Stalin rechazara todas las advertencias tomándolas por una provocación. Hitler, sin embargo, obrando de una manera irracional consiguió el éxito de la sorpresa, del golpe inesperado; por eso pareció durante algún tiempo que la victoria podría coronar aquella





aventura, pese a que incluso con la circunstancia de la sorpresa, el ataque no dejaba de ser un juego de azar. Cierto que el número de soldados, carros y aviones era formidable pero, precisamente para una guerra de sorpresa, que exige continuo movimiento, la mejor tropa solo vale su capacidad de abastecimiento. Y en este terreno las cosas no se presentaban demasiado bien.

Sólo estaba prevista una guerra relámpago

Por una parte, el tiempo de los preparativos había sido corto; hasta finales de otoño no estuvieron los planes lo suficientemente avanzados como para poder comenzar con los detalles logísticos. Lo que en ellos se reveló era poco alentador. Se presentaba problemático incluso el armar y equipar a la tropa. La industria de guerra no trabajaba a pleno rendimiento y resultaba imposible incrementar su producción sin posponer la civil, cosa contraria al pensamiento del *Führer*, que consideraba cualquier limitación en este sentido como dañina para la moral del pueblo, amén de innecesaria. Aparte de esto, Hitler nunca quiso saber nada de los obstáculos que se oponían a la conquista del «espacio vital».

El hecho concreto es que hacia la segunda mitad de 1940, en vez de incrementarse, la producción de guerra descendió en un 40 %. Y, más o menos, lo mismo sucedía con los carburantes y los neumáticos: las reservas tan sólo eran suficientes para dos meses en el momento de empezar la contienda. Respecto al equipo de invierno para la tropa no había nada previsto.

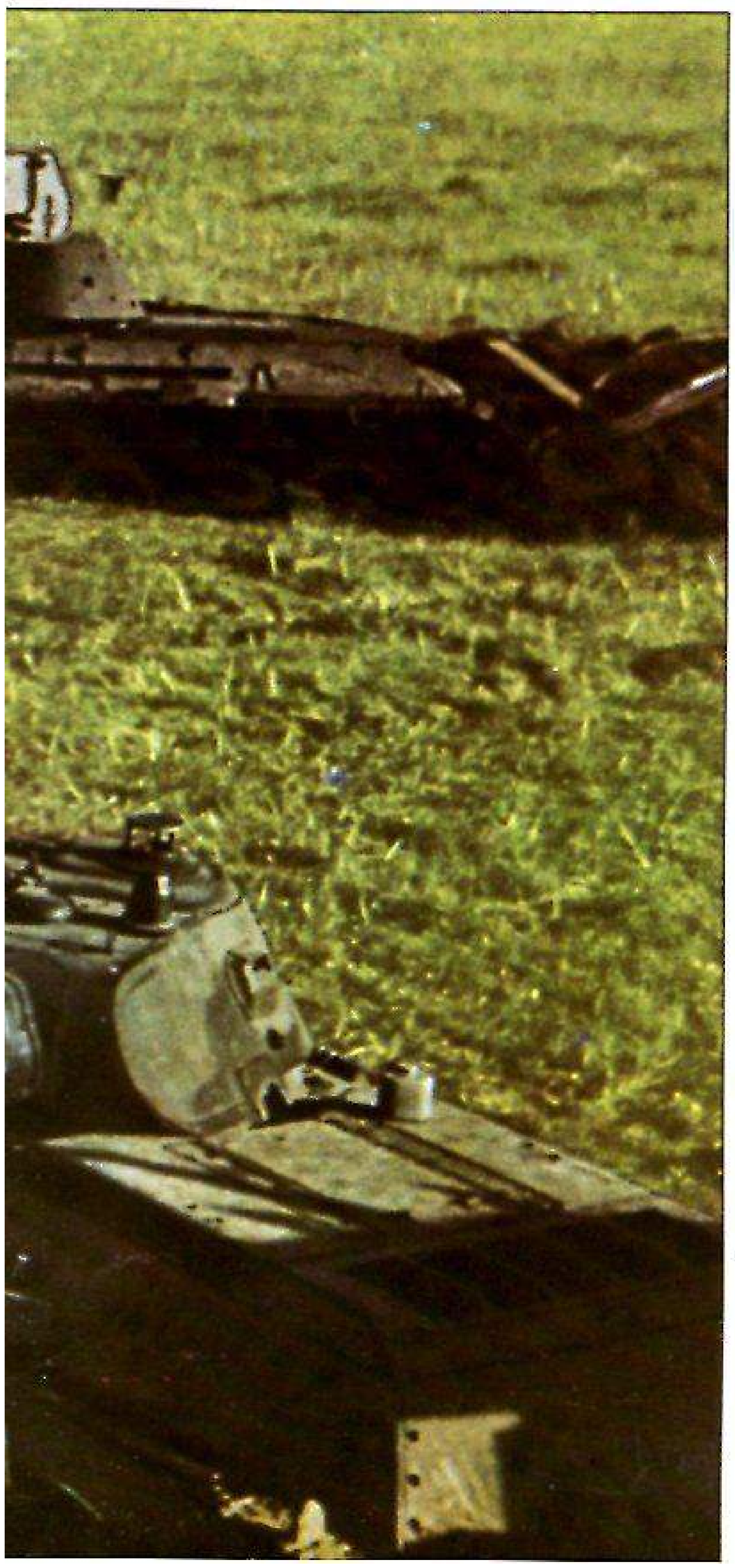
Más difícil aún resultaba el abastecimiento de las tropas de vanguardia: había que descartar la utilización de las vías férreas soviéticas, de mayor anchura que las alemanas, porque resultaba imposible desde el principio disponer de los convoyes rusos necesarios y tampoco se podía reducir la anchura en el plazo fijado.

Fracasa el avituallamiento

Eso significaba que el aprovisionamiento debería llevarse a cabo a través de la deficiente red de carreteras soviéticas. Un problema insoluble para el rápido avance que se esperaba de las tropas. El general intendente Wagner calculó que sería necesario un descanso tras los primeros seis días de combate, para dar tiempo a organizar bases de abastecimiento que hicieran posibles nuevos avances. Sin embargo, el Estado Mayor decidió que el des- ▷







Avance al sur de Brest-Litovsk de la vanguardia de la 3.ª «Panzerdivision». La blanca «G» que puede verse en cada uno de los vehículos indica que pertenecen al «Panzergruppe» de Guderian (arriba).

Las tropas soviéticas han destruido en su retirada un puente sobre el Velikaia en las cercanías de Opaschka. Zapadores de las SS se disponen a levantar otro (arriba).

Los carros rusos T-42 quedaron detenidos en los terrenos pantanosos del Drut, siendo presa fácil para las tropas del sector central (a la izquierda).

canso se haría el vigésimo día y que entonces se reorganizaría el sistema. Todos esos problemas estaban aún por solucionar el 22 de junio, día en que se inició la operación. Los responsables se autoconvencieron de que la guerra sería corta y de que cabría improvisar sobre el propio terreno para resolver las dificultades que se presentaron.

Se subestimó al soldado soviético

Ante todo se subestimó al soldado soviético. El hecho de que los «bárbaros eslavos» pudieran ser buenos soldados no entraba en la ideología nacionalsocialista. Pero los combatientes no tardaron en darse cuenta de que tenían que habérselas con un enemigo valiente y dispuesto a todo.
Cuando no eran sorprendidos o se encontraban sin mandos, los rusos luchaban con tesón y coraje; sobre todo en el cuerpo a cuerpo, con la bayoneta, la culata o la pala. Además eran maestros en el engaño. A menudo se dejaban sobrepasar por los carros para hacer frente a la Infantería. Cuando ante el empuje de las fuerzas invasoras se veían obligados a refugiarse en los bosques, que abundaban en muchos sectores del frente, desaparecían como por ensalmo. Constituían un peligro permanente para los convoyes de avituallamiento, los correos y otros servicios por el estilo. Camuflaban sus trincheras dejando sólo abierta para el tiro la parte posterior, con el fin de poder disparar sobre la retaguardia de las tropas que se aventuraran por el lugar.
Entre aquellos que ya desde el primer día se dieron cuenta del valor de los rusos se encontraban los hombres de los Regimientos de Infantería 130 y 135, de la División 45, encargados de tomar el puente y la ciudadela de Brest. El puente lo dominaron rápidamente, y pronto avanzaron los carros sobre él. Y lo mismo pensaron que sucedería con el fuerte, puesto que tras el intenso fuego preparatorio de la artillería no había quedado piedra sobre piedra.

La ciudadela no se rinde

El puente montado con los botes neumáticos, defendido desde la orilla, rindió el servicio apetecido: los soldados pudieron cruzar el río y hasta poner el pie en la ciudadela. Pero entonces se encontraron con la gran sorpresa de que el tremendo fuego de artillería no había destruido el fuerte; incluso los proyectiles de 600 mm no habían servido más que para despertar a la guarnición, que se aprestaba a defenderse. Un fuego nutrido procedente de las cúpulas blindadas recibió a los asaltantes obligándoles a lanzarse a tierra.

La artillería bombardea las posiciones soviéticas (derecha).

Soldados de Infantería tienen que guarecerse bajo un puente del fuego de las unidades soviéticas ya rebasadas por los blindados alemanes (a la derecha, abajo).

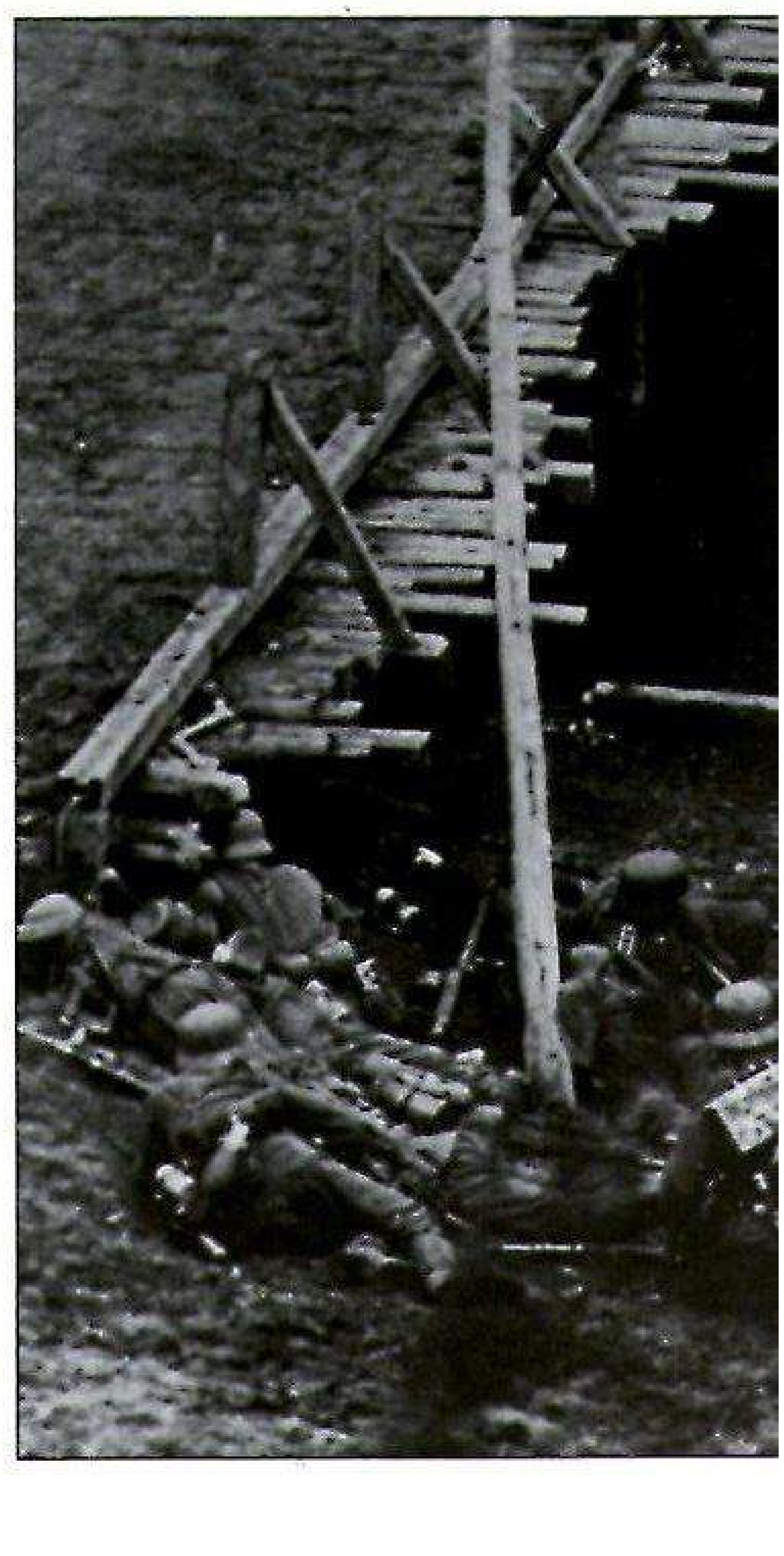
Una unidad de zapadores prepara la voladura de un «bunker» que poco antes ha conseguido ocupar (página opuesta).

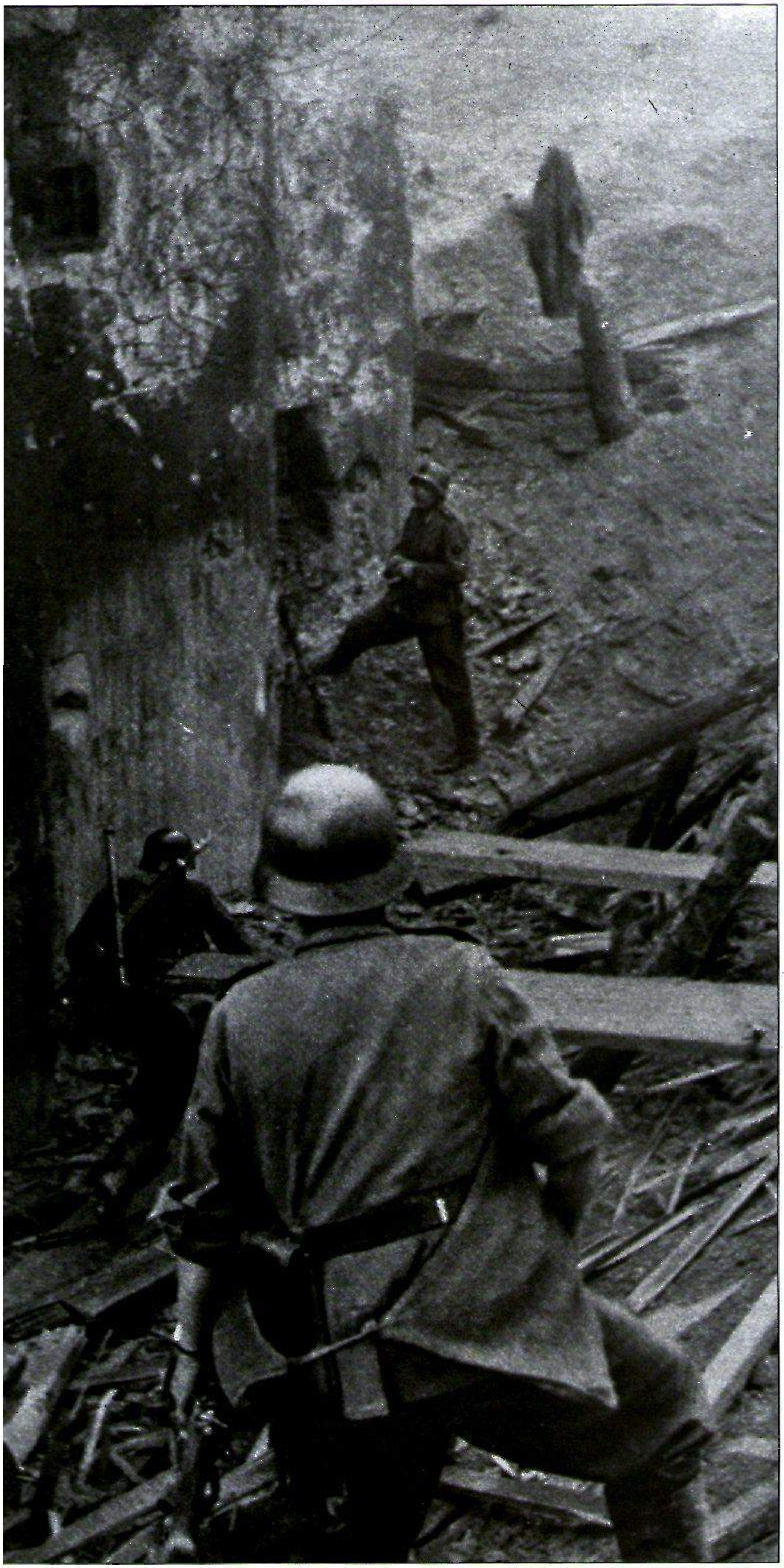
Se había subestimado la moral de combate del soldado soviético, que luchó con arrojo allí donde hubo un mando que le guiara (abajo).











imposible seguir adelante. Y así durante días, con numerosas bajas. Las bombas de 500 kg lanzadas por los Stukas tampoco ayudaron mucho. Fue preciso emplear las de 1800 kg para derrumbar las paredes y que se rindiera el enemigo. Al fin, después de ocho días de duros combates pudo comunicar la División 45: «El fuerte ha sido conquistado.» Y aun entonces no era totalmente cierto. Hasta entrado el mes de julio se mantuvieron focos de resistencia. El general Guderian comentaría al enterarse: «Son dignos de admiración.»

Guderian se encontraba muy lejos cuando murió el último defensor del fuerte –pues ninguno se rindió–. El avance de los carros blindados en el sector central se ha efectuado según lo previsto. El 28 de junio la vanguardia de los blindados de Guderian, que viene del ala sur, se encuentra en Minsk con los de Hoth, procedentes del norte. La primera gran tenaza se ha cerrado; esta maniobra envolvente es por sí sola la más grandiosa realizada hasta el momento en la historia de la guerra: 4 Ejércitos soviéticos, con 43 Divisiones y 6 Brigadas –un total de medio millón de hombres–, han caído en la trampa.

E intentan continuamente salir de ella. Donde creen percibir un sector débil se lanzan al ataque con la esperanza de abrir el boquete salvador.

El Regimiento de Infantería 15 mantiene cerrada la tenaza por la parte sur, en la pequeña ciudad de Zelva. Los hombres saben que ante ellos hormiguean los rusos. Y de pronto surgen y se lanzan sobre las no muy compactas líneas alemanas. Las tropas apenas pueden dar crédito a sus ojos. Se les echa encima un muro pardo. Los hombres, prensados unos contra otros, algunos sujetos entre sí, dando gritos frenéticos, se lanzan al ataque en impetuosas oleadas. Batallones, regimientos enteros.

«Están locos», comentan con estupor los servidores de las ametralladoras del Regimiento 15. «No disparéis hasta que se os ordene», gritan los jefes de las compañías, con voz un tanto insegura. «Dios mío, esto es inhumano», piensa más de uno de los que están detrás de las armas automáticas, mientras siente que el corazón se le sube a la garganta y ve aproximarse el impresionante muro humano. Ciertamente, la guerra es inhumana. «Fuego a discreción.» Tabletean las ametralladoras. Resulta imposible errar el tiro. La primera línea se derrumba deteniendo un momento a la segunda, que cae a su vez y provoca la retirada de la tercera.

Este es el amargo pan de la Infantería. Los carros de combate, sin embargo, continúan avanzando. El 29 de junio –7



días después de iniciada la campaña del Este– la División acorazada 18 siguió adelante, rebasando Minsk por la parte sur. Su misión es llegar al Beresina y establecer una cabeza de puente contra el futuro objetivo: Smolensk. De nuevo un golpe de mano, una táctica osada. Hay que adentrarse 100 km en el campo enemigo. «Se trataba casi de una misión para alcanzar el cielo», según recordaría el general Nehring, comandante de la División 18.

El camino hacia Smolensk está libre

Sin embargo aquí, en el sector central, el mando ruso no ha tenido tiempo de reponerse del ataque germano, y sus fuerzas apenas ofrecen resistencia. Para mayor facilidad, la División 18 tropieza con carreteras en buen estado, lo que hace más sencillo el avance. En dos días los carros llegan al Beresina, salvan el río y establecen en la otra orilla una cabeza de puente. Queda abierto el camino hacia Smolensk y el Dnieper. Y no sólo por Borisov. También al sur, en Bobruisk, cruzan el río las Divisiones acorazadas 3 y 4. Comienza a formarse otra tenaza gigantesca.

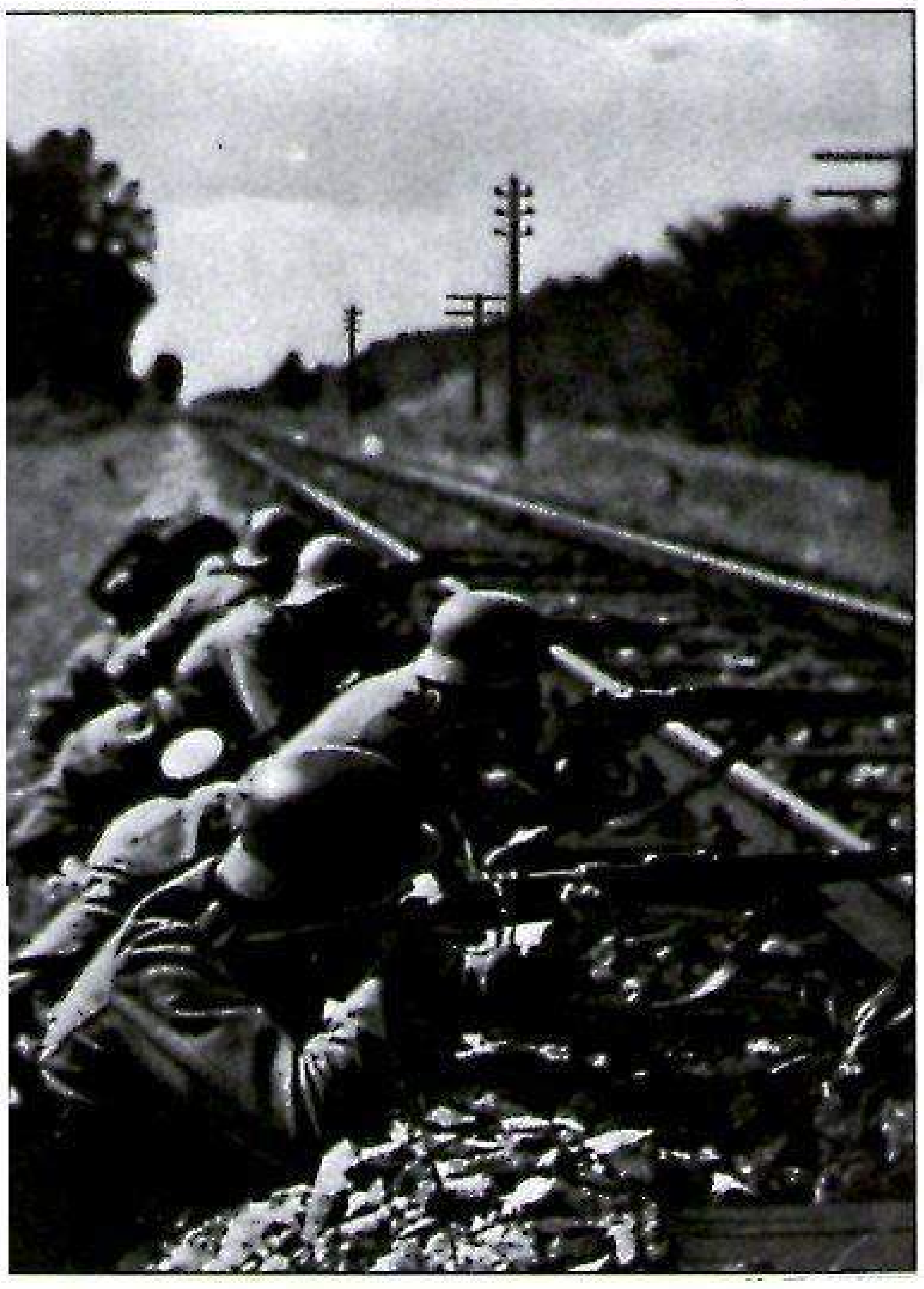
Triunfo en un lado, derrota en el otro. Stalin y su ministro de Defensa, mariscal Timoshenko, se dieron cuenta de que el descalabro del sector central, con la pérdida de medio millón de hombres en la tenaza de Minsk, suponía una verdadera catástrofe, pero que mayor peligro aún representaba la ofensiva alemana siguiente. Ambos, Stalin y su ministro, estaban de acuerdo sobre el culpable: el general Pávlov, comandante del frente del Oeste. Ni Stalin ni Timoshenko se detuvieron a pensar que todo hubiese evolucionado de manera muy diferente de haber sido Pávlov advertido a tiempo. Necesitaban otro hombre. Un hombre que estabilizara la situación, cosa que no parecía lograr Pávlov. El designado sería Andrei Ivánovich Eremenko, comandante del Ejército 1 del Lejano Oriente, condecorado con la «Orden Roja del trabajo» por su buena preparación. Eremenko estaba considerado como un hombre curtido y un brillante especialista en táctica. El 22 de junio Stalin le había ordenado que abandonara Jabarovsk y se presentase en el Kremlin. Sin embargo, Siberia es inmensa y el transiberiano no es ningún tren de cercanías. El general se puso en camino; no podía dominar los nervios contando las horas y los días que



«El arrojo de nuestros carros ha quebrantado la voluntad de destrucción del enemigo», podía leerse como pie de esta foto en la revista ilustrada de la «Wehrmacht» (izquierda).

Tropas de infantería apostadas junto a una línea férrea en Besarabia (bajo estas líneas).

Unidades de zapadores facilitan a las tropas el paso del río Prut, en la frontera rumano-soviética (abajo).





le quedaban de viaje. Al quinto día, el intendente del distrito militar de Novosibirsk (Siberia) fue a buscarlo al tren. Dos horas más tarde se encontraba sentado en un bombardero bimotor con el que haría los 2800 km que le separaban de Moscú. En la capital se enteró de que Stalin confiaba en él para salvar la desesperada situación del frente central.

Impresionado, con la única orden de contener el avance enemigo, Eremenko vuela al frente para relevar a Pávlov y hacerse cargo del mando. Pronto se da cuenta de que su misión no será fácil. Ordena «mantener libre el puente sobre el Beresina», cuando ya está tomado por los alemanes. Cree contar, incluso, con Divisiones que, en esos momentos, marchan al cautiverio. En estos primeros días de julio la guerra relámpago todavía sigue siendo una realidad.

Smolensk cercado

El 10 de julio, el *Panzergruppe* de Guderian ha dejado atrás el Beresina y avanza hacia el Dnieper. Ese mismo día los blindados del 3.er *Panzergruppe* de Hoth ocupan Vítebsk y prosiguen la marcha. Cinco días después la 20 *Panzerdivision* ha sobrepasado Smolensk por la parte norte y, realizando una conversión hacia el sur, ha ocupado la línea férrea Moscú-Smolensk y, con ello, cortado la posibilidad de que lleguen auxilios a la población. Por el sur se aproximan a Smolensk los blindados de las Divisiones acorazadas 10 y 18. Una vez más se prepara una tenaza en torno a 15 Divisiones soviéticas.

Para los rusos Smolensk es todo un símbolo. Aquí logró Napoleón en 1812 abrirse camino hacia Moscú, y aquí fueron aniquiladas sus tropas tres meses más tarde. Smolensk tiene que resistir. El propio ministro de Defensa, Timoshenko, se hace cargo del mando del frente del Oeste, manteniendo como su segundo a Eremenko. Los dos movilizan cuanto pueden. Sin embargo, Smolensk cae en manos alemanas tras corta pero dura lucha, dos días después, en la noche del 16 de julio. La velocidad con que avanzan las tropas resulta asombrosa; ofusca incluso a muchos hombres de mente fría. Antes de la toma de Smolensk el jefe del Estado Mayor, general Halder, anotaba en su diario: «Puede decirse que se ha cumplido ya el objetivo de aniquilar a la masa del Ejército soviético entre el Dviná y el Dnieper. No resulta por tanto exagerada mi opinión de que la batalla contra Rusia se ganará en 14 días.»

Lo que llevaba a Halder a esa falsa estimación –que hoy resulta grotesca– eran sin duda las numerosas bajas y las grandes pérdidas de material sufridas por Rusia durante las primeras semanas. Cerca de medio millón de hombres entre prisioneros y muertos, miles de carros y piezas de artillería, cientos de aviones. Cualquier Ejército centroeuropeo se hubiera rendido ante tal revés. Y el pensar en esos términos era lo que conducía a Halder a su conclusión.

La medida de Halder no vale para Rusia

Sin embargo, esa medida no valía para Rusia. Media docena o una docena de Ejércitos perdidos, con hombres, equipos y vehículos, suponía una prueba dura, pero no definitiva, para un pueblo de 200 millones de almas provisto de inmensas reservas naturales. No, la campaña de Rusia no estaba ganada.

El sentimiento de victoria de Halder –que, dicho sea de paso, se desvaneció con rapidez– no era compartido por los comandantes de los diferentes sectores del frente. Ante ellos tenían el primer objetivo: Moscú. Todos, Guderian, Hoth, Bock, y los demás, eran de la opinión de que tras haber alcanzado las primeras metas, después de su avance de 700 km, y encontrándose a tan sólo 300 km de Moscú, había llegado el momento de asestar el golpe decisivo contra el centro neurálgico del enemigo.

Pero las tropas, sobre todo las rápidas, necesitaban reponer aliento. Los problemas de avituallamiento se multiplicaban; el polvo de las carreteras y la falta de carburante habían paralizado más carros que los disparos soviéticos. El descanso, por tanto, era inevitable. Los blindados habían situado el frente demasiado lejos. Las Divisiones de Infantería debían recorrer el mismo camino, a veces librando encarnizados combates. Este era el reverso del arrollador avance de los carros.

Los Estados Mayores de las Divisiones del frente aprovecharon el descanso para seguir planeando las operaciones siguientes. El 4 de agosto Guderian y Hoth comunicaban al Cuartel General del *Führer* que sus Divisiones estarían en condiciones de desencadenar el ataque contra Moscú el día 15. Hitler no contestó. Mientras tanto, al otro lado, Timoshenko, iba reagrupando sus Divisiones.

Hitler cambia de objetivo

El 21 de agosto Hitler dio a conocer que «el objetivo más importante no es la ocupación de Moscú sino la de Crimea y la cuenca industrial y carbonífera del Donets».

En la noche del 18 al 19 de agosto,



¿QUE FUERZA TIENE EL EJERCITO ROJO?

Esta pregunta se la formuló muchas veces el mando de la «Wehrmacht» antes del ataque a Rusia y llegó a conclusiones muy erróneas.

Los comandantes supremos de los tres Ejércitos y los de los Estados Mayores habían considerado a Polonia como un enemigo formidable, por lo que quedaron sorprendidos de la rapidez y el éxito con que se desarrolló la batalla. En el momento de planear el ataque al Oeste esos mismos jefes no dejaron de expresar sus reservas. Tanto el Ejército francés como la Línea Maginot y el Cuerpo Expedicionario británico les parecieron riesgos muy considerables que vencer. De hecho, Hitler tuvo que imponer sus planes, e incluso la fecha de ataque, contra la opinión de sus generales. En cambio respecto a la Operación «Barbarroja» reinó entre el «Führer» y los generales una completa unanimidad. Hitler calificaba al Ejército Rojo de «chiste» y los generales no lo tenían por un enemigo difícil.

Para ello existían diversas razones. El desarrollo de la batalla en el Oeste había confirmado a Hitler como «el más grande estratega de todos los tiempos», y dejado al descubierto el error de cálculo de sus generales. Éstos hubieran necesitado una gran presencia de ánimo para lanzar de nuevo sus advertencias en el momento en que iba a llevarse a cabo «la batalla decisiva del pueblo alemán», en la que se jugaba su destino. Además, no faltaban signos que indicaban la debilidad del Ejército Rojo. Tras su experiencia frente a las tropas soviéticas en Brest-Litovsk, Guderian había presentado un informe. De acuerdo con él, los carros soviéticos eran anticuados, y los medios de transmisión de noticias, insuficientes.

Por otra parte, la valoración del potencial bélico ruso se basaba en su guerra poco gloriosa contra Finlandia.

El 30 de noviembre de 1939 aviones soviéticos bombardearon Helsinki y el Ejército Rojo se dispuso a invadir Finlandia, un pueblo de 3,5 millones de habitantes. La acción militar fue justificada por los rusos como una consecuencia de la desatención a sus reivindicaciones territoriales. La Unión Soviética no había creído necesario recurrir a una movilización parcial y únicamente había puesto en movimiento a sus unidades militares del distrito de Leningrado. La proyectada marcha sobre Helsinki se convirtió en un fracaso. Al cabo de una semana los finlandeses, que sólo disponían de tres Divisiones, 60 carros viejos y 100 aviones, habían detenido el avance soviético. El arma principal empleada contra los carros rusos fueron las botellas de gasolina. Sólo cuando Timoshenko se presentó con unidades especiales procedentes de Ucrania, y se sumaron al frente tres Cuerpos de Ejército, al cabo de tres meses de lucha, pudieron conseguir los soviéticos que los fineses pidieran la paz. Éstos habían suplido la escasez de material dotando a sus unidades de una gran movilidad, de modo que lograron infligir graves pérdidas a las lentas tropas rusas, aniquilando algunas de sus Divisiones. Según los fineses, los soviéticos perdieron 273.000 hombres, 1600 carros y 684 aviones; ellos, por su parte, sufrieron 24.923 bajas. Sin embargo, los rusos sólo reconocieron haber perdido 48.000 soldados.

He aquí las conclusiones a que llegaba un informe del OKW sobre el Ejército Rojo: «Dimensiones: gigantesco aparato militar. Organización, equipo y mando: regular. Disciplina: buena. Oficialidad: joven y sin experiencia. Transmisiones: malas. Tropas: muy irregulares y sin iniciativa. Soldado raso: buen espíritu y sin grandes necesidades. Espíritu de lucha de la tropa: dudoso. Considerado en su totalidad, el pueblo soviético no representa el menor peligro para un Ejército moderno bien equipado y con un mando excepcional».

Más tarde se ha presentado la batalla de Finlandia como un engaño estratégico del mando soviético, que disimuló en ella su propia fuerza. La tesis es insostenible. Por el contrario, las pérdidas y el ridículo de aquella aventura fueron la causa de que Stalin decidiera entrenar y modernizar al Ejército Rojo.

Esta reorganización del Ejército Rojo se encontraba en pleno apogeo al producirse el ataque alemán. En la primavera de 1941, el Estado Mayor había trazado un nuevo plan para la defensa de las fronteras, así como para la movilización de tropas, lo que suponía disponer de un millón de soldados más. Al mismo tiempo las Divisiones de Infantería habían ido perdiendo sus batallones blindados, pasando éstos a formar unidades móviles propias. Exactamente en ese momento se produjo el ataque alemán. Algunos Cuerpos de Ejército se encontraban aún en vías de organización, otros a la espera de los vehículos y unidades mecanizadas que les habían correspondido. Las tropas estaban mal entrenadas. Cuando las medidas dictadas por Stalin empezaron a surtir efecto, el mando de la «Wehrmacht» se dio perfecta cuenta del error de juicio cometido al valorar el enemigo.

Fue entonces cuando se apercibió del engaño de que había sido víctima.

Divisiones de Infantería del Cuerpo de Ejército IX, habían relevado en el frente a las fuerzas motorizadas dispuestas para atacar a Moscú. Ante la pregunta de Guderian, «¿Cuántos kilómetros hay entre Yelnia y Moscú?», su jefe de Estado Mayor no necesitó calcular mucho: 298 km. Yelnia se había convertido en uno de los puntos más tranquilos del frente. La ciudad se encontraba a 70 km al este de Smolensk. Debido a su altitud era una importante posición para todo aquel que quisiera dirigirse a Moscú o para quien pretendiese defender la capital. Aquí se había demostrado la resistencia rusa en toda su fuerza. La 10.ª *Panzerdivision* del general Schaal y la *Panzerdivision* «Das Reich» de las SS, habían conquistado esa posición decisiva y se habían mantenido en ella. Ahora debía permanecer sin utilizarse.

Los generales en el frente estaban aturdidos: ¿No seguir hasta Moscú cuando estaba al alcance de la mano? Guderian, el más temperamental, no se contuvo: voló desde su cuartel a entrevistarse con Hitler en la «Guarida del Lobo». Mantuvo una larga conversación con el *Führer* que, cosa rara, le escuchó. Guderian le pidió que no regalara una victoria que tenía tan cerca. El ataque a Moscú estaba preparado y sólo esperaba la orden de marcha. Hitler movió la cabeza negativamente. Extendió el mapa y señaló a Guderian Ucrania y la zona industrial del Doniets: «Mis generales no comprenden las necesidades de la guerra económica –afirmó–. Necesitamos los cereales de Ucrania y que las industrias de la cuenca del Doniets trabajen para nosotros y no para Stalin.»

Con esto quedaba todo decidido: Moscú debería ceder su lugar a Ucrania, a Kíev, a Crimea.

En el próximo capítulo:

La negativa de Hitler de aprovechar la sorpresa del primer ataque para conquistar Moscú, producirá consecuencias sorprendentes: primero una serie de conquistas impresionantes, que superarían todo lo conocido. En medio de la euforia, Hitler ordenará en octubre atacar Moscú. Demasiado tarde. Las tropas a las que se negó el triunfo de sus esfuerzos, quedarían paralizadas con el objetivo ante sus ojos.

Lucha callejera. Los carros alemanes han incendiado una columna de blindados enemigos (página anterior).

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1942

1. 1.: Durante la Conferencia «Arcadia», organizada por los Aliados en Washingtòn, 26 Estados suscriben el tratado de las «Naciones Unidas», por el que se comprometen a no firmar la paz por separado con Alemania o Japón.
14. 1.: Termina la Conferencia «Arcadia» iniciada en Washington el 22-12-1941. El punto más importante de sus acuerdos es el haber concedido prioridad a la estrategia «Germany First»: primero se derrotará a Alemania y, después, le llegará el turno a Japón.
18. 1.: Reunión militar de los representantes de Italia, Alemania y Japón para coordinar las respectivas operaciones militares.



Clausura de la conferencia militar de Berlín. De izquierda a derecha: «Feldmariscal» Keitel, vicealmirante Normoura y general Banzai.

20. 1.: Conferencia de Wannsee, Berlín. Por ella se establecen las medidas a adoptar para la solución del problema judío en todo el territorio europeo dominado por Alemania.
27. 1.-4. 2.: El mariscal del Reich, Hermann Göring, visita Italia. Mussolini le recibe el día 28. Visita a las unidades de la Aviación alemana de guarnición en Sicilia (31.1-1. 2.).
30. 1.: En un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes berlinés y retransmitido por la Radio Alemana, Hitler afirma: «Aun hoy, sólo me siento el primer mosquetero del Reich».
7. 2.: Goebbels escribe en su diario: «Los italianos no sólo son incapaces de aportar ayuda alguna en lo militar sino que tampoco producen ya nada de valor en el arte. Se puede decir que el fascismo ha supuesto para la vida del pueblo italiano una especie de esterilización. No es, desde luego, lo que representa el nacionalsocialismo.»
11. 2.: El jefe del Estado rumano, general Antonescu, visita el Cuartel General del «Führer» «Guarida del Lobo» («Wolfsschanze») en Rastenburgo, Prusia Oriental.
15. 2.: Entran en vigor en Alsacia el código y las leyes penales que rigen en el Reich alemán, de acuerdo con una orden del jefe de la Administración civil del territorio.
23. 2.: Stalin declara en su Directiva n.º 55: «Los Hitler van y vienen, el pueblo y el Estado alemán permanecen.»

1. 1.: Durante el año 1941 la Aviación alemana arrojó 21.858 toneladas de bombas sobre Inglaterra; los Aliados, por su parte, en el mismo período lanzaron sobre Alemania y los territorios ocupados por sus tropas 35.509 t (en 1942 fueron 3620 toneladas frente a 53.755).
1. 1.-31. 1.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico y el mar del Norte 49 mercantes aliados con un total de 276.173 toneladas de registro bruto.
3. 1.: Bombardeo nocturno de la «Luftwaffe» contra Moscú.
8. 1.: El general Erich Hoepner, jefe del Ejército acorazado 4, es destituido por Hitler debido al repliegue efectuado por su unidad en el sector central del frente ruso.
11. -31. 1.: Por primera vez actúan submarinos alemanes en las inmediaciones de la costa oriental norteamericana, echando a pique 23 mercantes, con un total de 143.320 toneladas de registro bruto.
12. 1.: Rommel abandona Cirenaica con su Cuerpo Expedicionario y se traslada a Marsa el-Brega. Las tropas del Eje pierden en la operación 13.000 soldados alemanes y 20.000 italianos, así como 200 carros. Debido a que también los ingleses pierden 17.000 hombres y 280 carros, se impone una tregua a ambos contendientes.
17. 1.: A consecuencia de un ataque al corazón muere el «Feldmariscal» Walter von Reichenau.
21. 1.: Rommel parte nuevamente de Marsa el-Brega a la conquista de la Cirenaica.
29. 1.: Hitler entrega al coronel Galland la Cruz de Hierro de Caballero con hojas de roble, espadas y brillantes. Galland es el segundo soldado que recibe tal distinción (el primero fue el coronel Mölders, piloto de caza muerto en combate).
29. 1.: Tropas italo-germanas ocupan Bengasi y prosiguen su avance a lo largo de la costa hasta Derna. Al día siguiente Hitler asciende a Rommel a capitán general.
1 - 28. 2.: Los submarinos alemanes echan a pique en el Atlántico 70 mercantes aliados con un total de 411.560 toneladas de registro bruto.
2. 2.: Unidades del Cuerpo de Caballería I soviético llegan hasta los alrededores de Viazma.
3. 2.: Contraofensiva alemana que encierra en una tenaza, al sureste de Viazma, al Ejército 33, al Cuerpo de Caballería I y al Cuerpo de tropas aerotransportadas soviéticos. Los sitiados no se rindieron a los alemanes hasta el mes de abril.
7. 2.: Rommel se ve obligado a estabilizar su frente en Ain el-Gazala.
8. 2.: Muere en accidente el ministro de Armamento, Dr. Fritz Todt. Para sucederle se nombra el 9. 2. a Albert Speer.
23. 2.: Día trágico para el futuro inmediato de la población civil alemana de las grandes ciudades. El mariscal del Aire, sir Arthur T. Harris, conocido por «bombardero Harris» recibe el mando de todas las unidades de bombarderos de la Royal Air Force.

1. 1.: El jefe de Deportes del Reich, von Tschammer, anula todos los concursos de esquí del presente invierno: «Los deportistas alemanes, siguiendo las órdenes del 'Führer', han entregado sus equipos a la Wehrmacht'.»

11. 1.: Después de 16 días se clausura la campaña ordenada por Hitler para recoger pieles y ropas de invierno con destino a los soldados del Este. Según informó más tarde Goebbels el 14. 1., la recolecta alcanzó 67.232.686 piezas.

12. 1.: Por primera vez los restaurantes alemanes ofrecen los «menús de campaña». Con objeto de estrechar aún más la unión con los soldados del frente oriental, en adelante los días que rija la cocina de campaña –de lunes a jueves– se suprimirá el primer plato.

18. 1.: En Agram (Zagreb) Alemania vence el segundo torneo internacional de fútbol contra Croacia por 2-0.

20. 1. - 25. 1.: En Breslau se celebra el primer campeonato europeo de boxeo aficionado en tiempo de guerra. Se clasificaron Italia, con 3 victorias; Alemania, con 2; y Suecia, Hungría y Dinamarca, cada una con un «campeón europeo».

26. 1.: Estreno de la película «Geheimakte W. B. 1», de Herbert Selpin, sobre la vida del creador de los «U-Boot», Wilder Bauer.

1. 2.: En Viena, el equipo nacional alemán de fútbol pierde frente a Suiza por 1-2.

1. 2.: En Berlín, Adolf Heuser se proclama campeón alemán de todos los pesos, al derrotar por KO, en el tercer asalto, al poseedor del título, Heinz Lazek.

15. 2.: Entra en vigor la cartilla de racionamiento para el tabaco. Las cartillas pueden ser retiradas por los hombres mayores de 18 años y las mujeres mayores de 25 contra el cupón F de la de tejidos. Las mujeres recibirán la mitad de la ración de los hombres.

25. 2.: En un hospital de Munich muere el ex-ferroviario Anton Drexler, cofundador del NSDAP. Su libro «Mi despertar político», publicado en 1919, contribuyó decisivamente a la doctrina fundamental del joven movimiento.

28. 2.: Joseph Goebbels afirma en Berlín ante los profesionales de la cinematografía: «Hay que elevar el cine a la categoría de arte, lo mismo que los alemanes de antaño lograron convertir en teatro el simple juego escénico.»



Habla Hitler

Berlín, factorías Borsig, 10-XII-1940. Ante los trabajadores y trabajadoras de la industria del armamento, Hitler expone el sentido de la guerra. Lo hace valiéndose del lenguaje de lucha que ya empleara en sus primeros tiempos del NSDAP para la agitación obrera.

Yo soy un pobretón

Yo he sido siempre un pobretón. En casa lo era ya, y me cuento entre los desheredados por los que he luchado y continúo luchando. Me he alzado en su defensa y sigo enfrentándome al mundo como un representante de los pobres, de los que no tienen nada.

Porque, está claro, ¿qué era yo antes de la Guerra Mundial? Un desconocido, un don nadie.

¿Qué fui durante la guerra? Un soldado raso. No tuve la menor responsabilidad durante la contienda. ¿Quiénes son, sin embargo, las gentes que hoy mandan en Inglaterra? Son los mismos que antes de la Guerra Mundial alimentaron los odios, el mismo Churchill, que atizó la otra contienda, el ya desaparecido Chamberlain, que realizó el mismo trabajo, la Corona, que cumplió idéntico cometido, y naturalmente el pueblo, que sigue creyendo poder aniquilar a otros pueblos tan sólo con las trompetas de Jericó. Son los viejos espíritus que renacen una y otra vez.

Entonces empecé a tener confianza en el pueblo alemán y en su futuro, gracias a mi conocimiento del soldado alemán, el pequeño mosquetero. A mi entender fue el gran héroe.

Claro que otras capas de nuestro pueblo hicieron cuanto estuvo en su mano; seguro. Pero resulta diferente. Para quien en su casa ha vivido sin preocupaciones, en medio de la riqueza, Alemania se ha presentado siempre con su mejor rostro. Podía tomar parte de su cultura, llevar una buena vida, podía ir al campo, visitar ciudades... ¡Todo era bello para él! Por tanto, era comprensible que se aprestara a defenderlo. Al otro lado se encontraba el pequeño mosquetero. Ese pequeño proletario que antes apenas tenía para comer, que debía luchar a diario por su supervivencia y que durante cuatro años combatió como un héroe. Él fue quien despertó mi confianza, y sobre él he construido. Cuando los demás dudaban de Alemania, yo he confiado en ella porque tenía fe en ese pequeño ser. Sabía que Alemania no podía desaparecer mientras contara con tales hombres.

Pero también he sido testigo de cómo esos hombres eran siempre postergados, porque los otros materialmente podían aniquilarlos. Ni siquiera entonces estaba seguro de que los ingleses fueran superiores a nosotros. Sólo un loco puede sostener que yo tuviera un complejo de inferioridad respecto de los ingleses.

Quien tal asegura tiene que estar loco. ¡Yo no he sentido jamás un complejo de inferioridad!

Trabajadores: yo he salido de las filas del pueblo. Por este pueblo alemán he luchado toda mi vida y cuando acabe ese combate, el más duro de todos, éste sólo podrá encontrar su continuidad en un nuevo quehacer en favor del pueblo alemán.

Todos nos hemos propuesto grandes planes, ya desde ahora; grandes planes que conducen a un único objetivo: construir y elevar el Estado alemán cada vez más, introducirlo en la grandiosa historia de nuestro tiempo. Y, al mismo tiempo, darle todo cuanto tiene un valor en la vida.

Nos hemos propuesto romper con todas las limitaciones y dar a cada cual el espacio y las posibilidades que necesita. Estamos decididos a construir un Estado social, que pueda servir, y que sirva, de ejemplo en todos los órdenes de la vida.

Como primer paso contemplamos la victoria definitiva. Ya hemos visto lo que ha pasado con los otros. Los otros que habían sido los vencedores hace 20 años. ¿Qué han hecho con la victoria? Sólo han sabido extender la miseria. El desempleo ha sido la consecuencia.

Sólo lucharon en bien de la plutocracia, para la dinastía financiera, para el mercado de capitales, para un par de centenares de individuos que al final son los que mandan y ordenan en el pueblo. ¡Esto debe constituir una lección para todos!

Cuando termine esta guerra comenzará para Alemania un glorioso despertar, un gran bienestar para todo el pueblo. Entonces abandonará el pueblo alemán la fabricación de cañones y empezará el trabajo pacífico para millones de seres. Entonces enseñaremos al mundo lo que es ser señor y quién es el señor: capital o trabajo. Y de ese trabajo nacerá el gran Reich con el que soñara el poeta. Será la Alemania que adorará fanáticamente cada hijo de esta tierra, porque será la patria de los pobres, de los humildes...

Es posible que alguien piense que esto no deja de ser un proyecto, una fantasía. Queridos compatriotas, cuando empecé mi camino, allá por el año 1919, como un soldado desconocido, entonces se podía decir que fantaseaba o esperaba demasiado. ¡Hoy es todo realidad!

Lo que hoy me propongo como objetivo no es nada comparado con lo que ya hemos conseguido. Lo vamos a lograr más fácilmente, que lo ya conquistado. Porque el camino que va de soldado sin nombre a «Führer» ha sido más duro y difícil de lo que será para el «Führer» de la nación alemana el estructurar la paz futura.

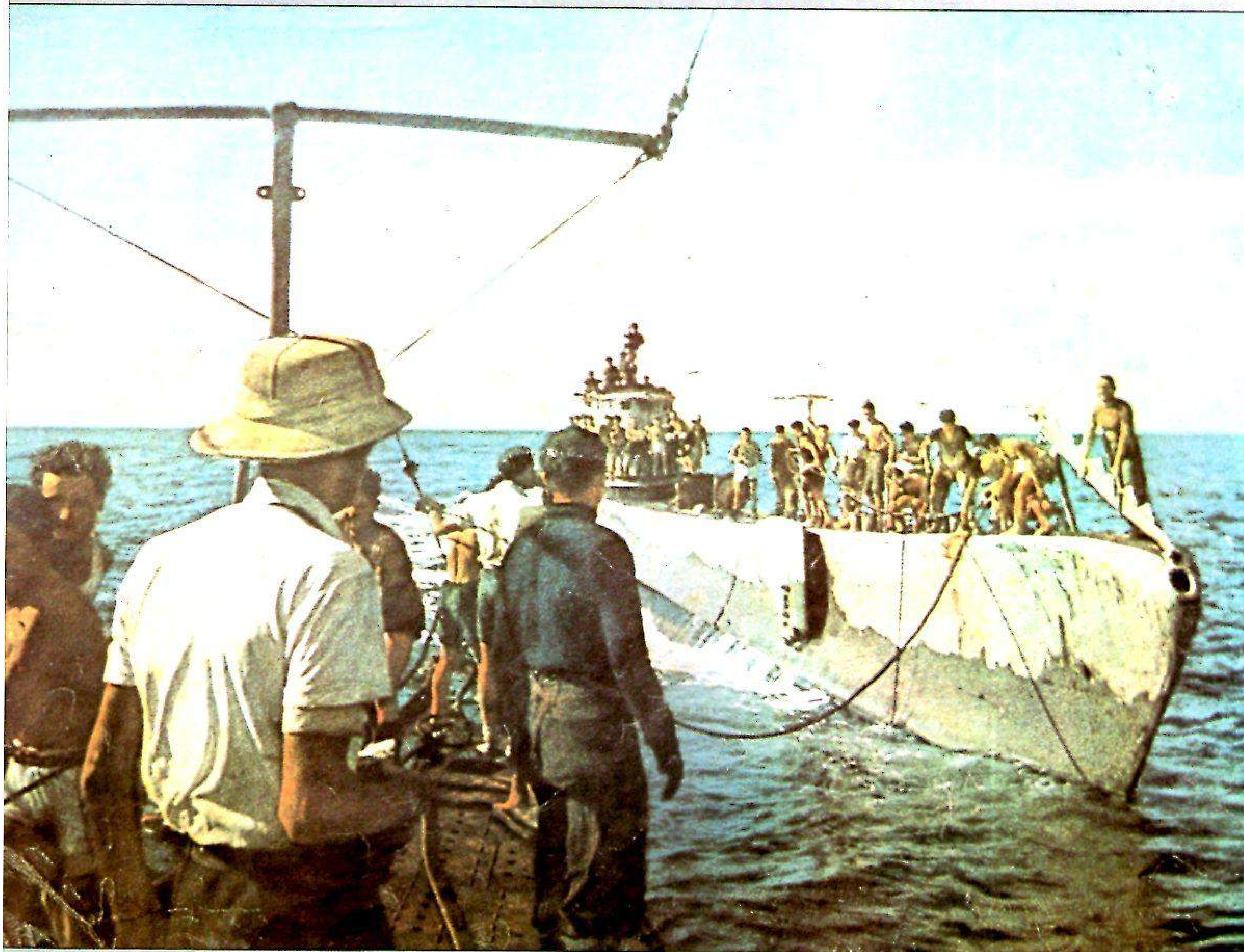
Antes, durante quince años, he tenido que luchar para ganarme vuestro apoyo. Ahora, con vuestro apoyo, sólo tengo que luchar por Alemania.

Y pronto llegará el tiempo en que podamos, unidos, trabajar por el Gran Reich. Por el Reich de la paz, del trabajo, del bienestar y de la cultura que queremos construir y que construiremos.

¡Muchas gracias a todos!

El sorprendente «Pacto de Amistad y No Agresión» entre los dos enemigos ideológicos, el nacionalsocialismo y el bolchevismo, inspiró a los caricaturistas de todo el mundo. Un dibujante sueco se imaginó a los dos dictadores unidos por la bota militar y lanzados a la conquista de nuevas presas.







Encuentro de dos submarinos en el Atlántico Sur. El empleo de submarinos de mayores dimensiones y de buques de apoyo amplió el radio de acción de los «U-Boot». Los mercantes ingleses debían contar con ser atacados incluso en regiones marítimas muy lejanas. Churchill escribiría más tarde sobre esta circunstancia: «Lo único que realmente me aterrorizó durante la guerra fue la amenaza de los submarinos.»

El comandante supremo de los «U-Boot», contraalmirante Dönitz, entrega a la dotación de un submarino la Cruz de Hierro de 1.ª Clase.

LA MANADA DE LOBOS

Guerra submarina II

Diez días después del primer ataque victorioso llevado a cabo por una formación de submarinos alemanes contra un convoy inglés, el comandante supremo de los «U-Boot», contraalmirante Dönitz, consiguió emplear nuevamente varios sumergibles en otra operación similar. Una vez más el «U 47», al mando de Günther Prien, desempeñó el papel decisivo: persiguió con denuedo al convoy HX 72 a lo largo de más de cien millas marinas y facilitó datos orientadores a los demás submarinos que participaban en el acoso.

Era el 20 de septiembre de 1940. El convoy HX 72 regresaba de Canadá con sus 41 buques repletos. Al día siguiente debía encontrarse con una nutrida formación de unidades de guerra inglesas encargadas de escoltarlo hasta los puertos británicos.

El *U 99*, al mando de Otto Kretschmer, flamante condecorado con la Cruz de Caballero, fue el primer submarino alemán que llegó, poco después de la medianoche, hasta el convoy enemigo. Una densa capa de nubes que ocultaba la luna y una mar tranquila constituían condiciones ideales para un ataque nocturno de superficie.

Kretschmer se introdujo entre los mercantes ingleses y atacó inmediatamente. De un solo golpe logró alcanzar con sus torpedos a un buque de 7000 toneladas y, hasta el momento en que llegó la escolta, todavía pudo torpedear a otras dos unidades. Tras las primeras dos horas de combate se produjeron a bordo del submarino algunas deficiencias en el mecanismo de lanzamiento de torpedos. Los navíos de escolta lanzaron entonces bengalas para iluminar la zona y, a excesiva distancia, cargas de profundidad. El 21 de septiembre serían ya cuatro los submarinos alemanes empeñados en el ataque contra ese convoy, que fue perseguido hasta que volvió a reinar la oscuridad. Entre los participantes en el acoso se encontraban Prien y Kretschmer. Con todo, el HX 72 navegaba a demasiada velocidad en relación con los submarinos que, amenazados por el ataque de la escolta, no podían avanzar, sumergidos, más que a siete millas por hora.

Cuando llegó la noche de ese 21 de septiembre sólo el capitán Joachim Schepke, comandante del *U 100*, mantenía contacto con el convoy. A la voz de mando de «los dos Diesel a toda máquina» logró penetrar desde atrás en la formación enemiga y así consiguió causar estragos como un lobo en un rebaño durante cuatro horas consecutivas. En poco tiempo hundió dos cargueros y sembró el desconcierto en el convoy. La escolta lanzaba sin cesar cargas de profundidad y bengalas de iluminación mientras intentaba reunir a los buques dispersos.

Una hora después del primer disparo de torpedo, Schepke alcanzó a un buque cisterna, que se incendió mientras se partía en dos mitades. Con ello el jefe del convoy perdió la cabeza y dio la orden «¡Sálvese quien pueda!» El *U 100* logró entonces alcanzar con un solo torpedo a dos mercantes, que se hundieron. Uno de los transportes reconoció la silueta del submarino, iluminada por el resplandor de los incendios, y disparó contra él sus cañones de a bordo, pero los impactos fueron a dar demasiado lejos, precisamente dañando a otro buque del convoy. Prien, Kretschmer y los demás comandantes de los submarinos oyeron, así como también el Mando naval establecido en Lorient, en Francia, cómo se transmitía la llamada de socorro: «¡SOS, submarinos alemanes!»

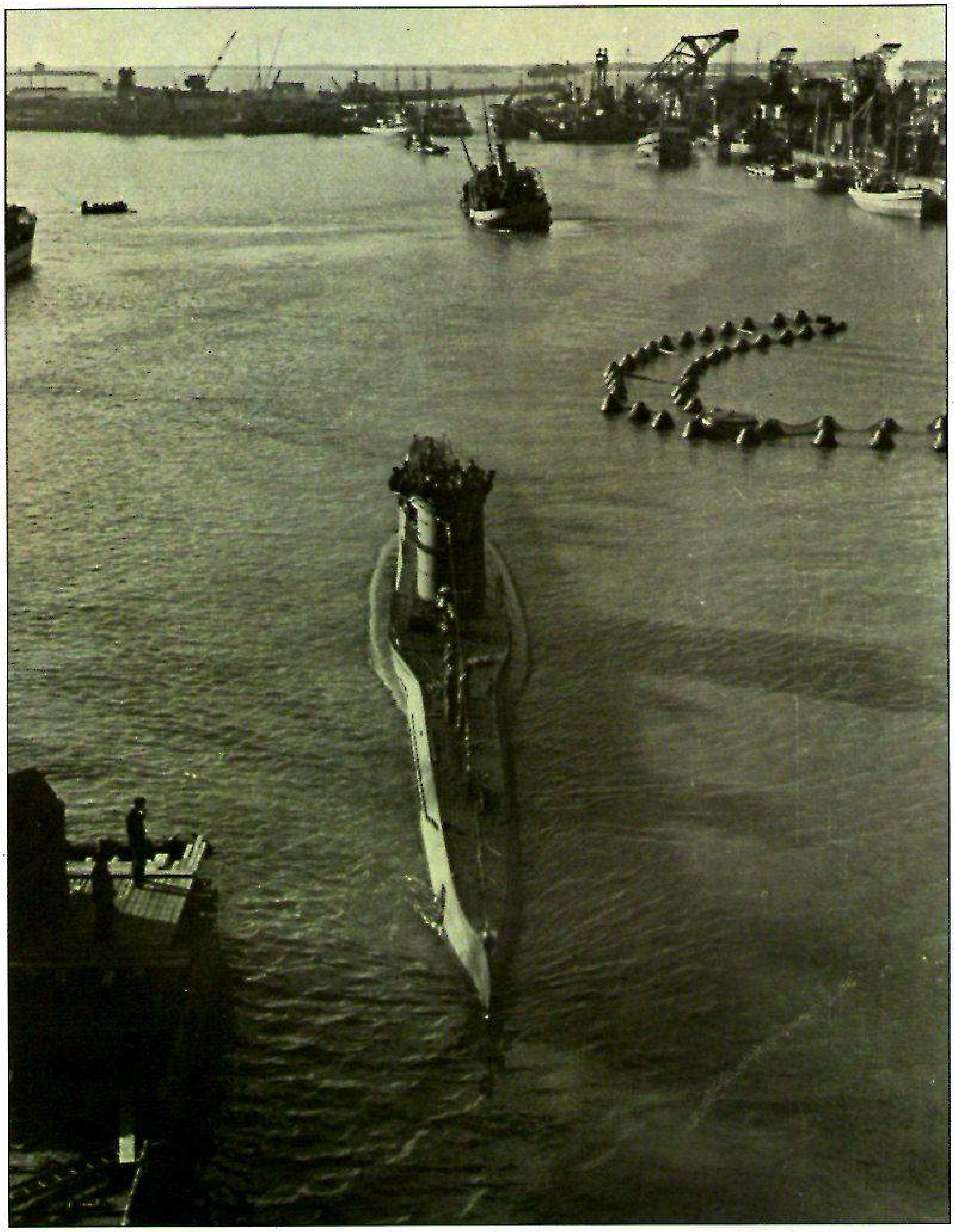
En realidad había sido un solo sumergible el que había producido aquel caos. Prien lanzó su último torpedo contra un mercante que huía y le hubiera dado de lleno si el mercante, presa del pánico, no hubiese navegado en zigzag. El proyectil pasó rozándolo. Kretschmer y el teniente Endrass, a bordo del *U 46*, tuvieron más fortuna y lograron alcanzar cada uno un buque, pero sólo uno de éstos se hundió, como pudo comprobarse después de la guerra. Entretanto Schepke no cejó en su persecución y para ello eligió el mercante más grande; en su acoso hundió aún otros dos. Mientras esto ocurría, un destructor pretendió abordar al *U 100*, pero el joven comandante del submarino conservó los nervios bien templados y se limitó a maniobrar en lugar de sumergirse.

Desde el comienzo de la guerra el capitán Joachim Schepke había sido comandante de tres submarinos –el *U 3*, el *U 19* y el *U 100*– y en once operaciones había logrado hundir buques con un total de 60.000 toneladas de registro bruto. Pertenecía a la primera promoción de Dönitz que había asimilado el concepto de la táctica de manada.

Schepke lograría hundir con su *U 100*, durante esa noche, siete mercantes con más de 50.000 toneladas.

En total, los *U-Boot* comunicaron al Mando naval de submarinos la destrucción de 12 mercantes del convoy rápido HX 72.

Dönitz escribió a este respecto en su diario de guerra: «Las acciones bélicas



Regreso de una expedición contra el enemigo. Un submarino alemán vuelve a la base.

desarrolladas durante los dos últimos días han demostrado bien a las claras que los criterios establecidos durante la paz en relación con el empleo de la telegrafía sin hilos y los submarinos en el ataque contra el enemigo eran adecuados.»
Tres días después, el 24 de septiembre, el *U 100* regresaba al puerto de Lorient, y el contraalmirante Dönitz imponía al capitán Joachim Schepke la Cruz de Caballero. Se convertía así en el séptimo marino distinguido con esta condecoración, tras Prien, Herbert Schultze, Hartmann, Kretschmer, Liebe y Endrass.

Los astilleros trabajaban día y noche

En Inglaterra despertó por fin el Almirantazgo y empezó a no considerar como quimeras los informes de los capitanes de convoy acerca de ataques nocturnos de submarinos alemanes que actuaban en grupo y en superficie. Su entrada en combate significaba sobre todo que el sonar, con el que los mercantes y sus escoltas habían tratado de localizar a los submarinos alemanes, no había tenido utilidad alguna. Los titulares de la prensa londinense recogían con insistencia el concepto «wolf packs», o «manadas de lobos».
Por su parte, esas «manadas» intervenían sin cesar mientras los estrategas de la lucha antisubmarina de Whitehall buscaban enfebrecidos un criterio para contrarrestar los ataques nocturnos. Dönitz, entretanto, hacía trabajar día y noche a los astilleros del oeste de Francia en la tarea de poner de nuevo en servicio los submarinos que acudían allí para efectuar reparaciones. Sabía perfectamente que el tiempo actuaba en contra de él. «Si pudiésemos disponer de cien submarinos más... —se lamentaba—. Pero no cabe ni imaginarlo.» Era consciente de que la actuación de los submarinos en esta primera fase de la lucha sería mucho más eficaz que lo que pudiesen llevar a cabo en los dos o tres años siguientes, cuando el enemigo hubiese construido nuevos buques y organizado sus propios efectivos. En numerosos memorándums, Dönitz había urgido en vano que se dedicase el grueso del presupuesto destinado a la Armada a construir por lo menos 300 submarinos más. Sólo con esta cifra podría superarse en 100 sumergibles al enemigo.
Por desgracia para él, el contraalmirante tuvo que conformarse con sólo 30 submarinos en octubre de 1940.
Sin embargo, la mayoría de sus ases abandonaron el golfo de Vizcaya en la segunda semana de octubre para ocupar una posición al noroeste de las Rockall, un diminuto grupo de islas del Atlántico, a unas 300 millas del Canal del Norte y paso obligado para los convoyes que se dirigían al mar de Irlanda.
En la noche del 17 al 18 de octubre, el puesto de radio del Mando de submarinos alemán, establecido en el castillo de Kernevel, cerca de Lorient, recibió una tenue señal del *U 48*. El mensaje decía: «Convoy lento procedente del Oeste. Mantengo contacto.»
El capitán Bleichrodt se había hecho cargo del *U 48* en septiembre. El submarino era uno de los más famosos. El anterior capitán, Herbert «Vaddi» Schultze, había logrado hundir buques por un total de 100.000 toneladas en las primeras expediciones al mando del sumergible. El nuevo comandante ardía en deseos de emular las gloriosas hazañas de su predecesor. Aquella noche, mientras se despertaba a Dönitz, destructores ingleses descubrían al submarino y emprendían una persecución de varias horas durante la que lanzaron numerosas cargas de profundidad. Bleichrodt perdió el contacto con el convoy.
El Mando naval de Berlín, por su parte, encargó entonces a Dönitz que se ocupase también de interceptar los frecuentes mensajes de aviso con los que el enemigo advertía de la presencia de submarinos alemanes.
El Mando de submarinos reunió otros cinco sumergibles: el *U 46*, mandado por el capitán Endrass; el *U 99*, por Otto Kretschmer; el *U 100*, de Schepke; el *U 101*, de Frauenheim; y el *U 123*, de Moehle. Los convocados recibieron el encargo de atacar en línea recta al convoy, que se encontraba ya peligrosamente cerca de Irlanda, donde era presumible que existiesen más fuerzas de escolta y aviones ingleses. Pero los submarinos necesitaban

tiempo para alcanzar esta posición. Además, debían situarse con toda seguridad delante del convoy.

Poco antes del mediodía del 18 de octubre, los submarinos emitieron la señal acordada de antemano: se encontraban todos en posición.

En ese momento empezaba una espera de horas interminables para el Mando de submarinos. ¿Se habrían situado realmente los *U-Boot* en el punto adecuado? ¿Habrían presentido algo los ingleses? Bastaba una ligera alteración del rumbo para que el convoy cruzase tranquilamente ante la barrera formada por los atacantes. Entretanto Berlín dio a conocer que se trataba del SC 7, convoy de avance lento integrado por 34 mercantes muy cargados, procedente de Sydney (Nueva Escocia, Canadá).

A última hora de la tarde se recibió en Kernevel, al fin, la señal esperada: «Contacto». Con ella daba comienzo para los alemanes una de las operaciones más amplias y afortunadas de la guerra submarina.

Cuando anocheció, los cinco submarinos se infiltraron en el convoy y comenzaron lo que en las tertulias de los oficiales de la Armada se conocería muy pronto como «la noche de los cuchillos largos». Aquellos «lapiceros» negros fueron situándose entre los mercantes y de repente empezaron a soltar sus torpedos.

Los buques de la escolta se vieron impotentes: apenas se dirigían a toda máquina hacia un buque que explotaba cuando en otro punto se oía otra detonación. El caos cundió entre los mercantes ingleses. El escenario, que cubría unos cinco kilómetros cuadrados, aparecía iluminado con un resplandor semejante al de la luz del día. Pero ningún patrullero británico logró localizar un solo submarino enemigo, debido a que las constantes explosiones elevaban densas columnas de humo que impedían la visibilidad.

Nuevas noticias sobre desastres

El capitán Otto Kretschmer envió al fondo del mar aquella noche un total de siete buques ingleses. El resto de la formación alemana hundió otros diez. Pero aquello no fue todo: otras unidades siguieron el mismo destino cuando amaneció y los alemanes volvieron a dar caza, aquel 20 de octubre, al maltrecho convoy SC 7. A pesar de la protección cerrada dispuesta por los ingleses en torno a los mercantes, todavía cuatro de éstos serían destruidos por los alemanes.

De las 34 unidades que integraban el convoy únicamente 13 llegarían a las costas inglesas.

El capitán Günther Prien, a bordo de su *U 47*, que no había logrado participar en el ataque al convoy por encontrarse excesivamente lejos, divisó otro grupo de buques en dirección a Inglaterra. El nuevo convoy fue localizado el 19 de octubre al oeste de las Rockall. Se trataba de un grupo rápido procedente de Halifax, en Canadá: el HX 79.

El Mando de submarinos recibió la noticia de Prien, en Château Kernevel, cerca de Lorient, con un sentimiento de gozo y al tiempo de impotencia. Durante meses y semanas enteras Dönitz se había quebrado la cabeza pensando cómo iba a poder convencer a Berlín de que sin un reconocimiento aéreo era prácticamente imposible localizar los convoyes enemigos. Y ahora se le informaba de más expediciones navales del enemigo, demasiadas para los pocos submarinos de los que disponía.

El puesto de mando, que seguía las incidencias de los mercantes ingleses desde la mesa de mapas, envió hacia el nuevo convoy surgido en escena al *U 46*, mandado por Endrass; al *U 48*, al mando de Bleichrodt; y al *U 100*, de Schepke. Este último se encontraba demasiado lejos del primer convoy y no podía atacar a tiempo. También el *U 38* del capitán Liebe y el *U 28*, de Kuhnke, comunicaron con el puesto de mando y recibieron la orden de reunirse con Prien a toda máquina.

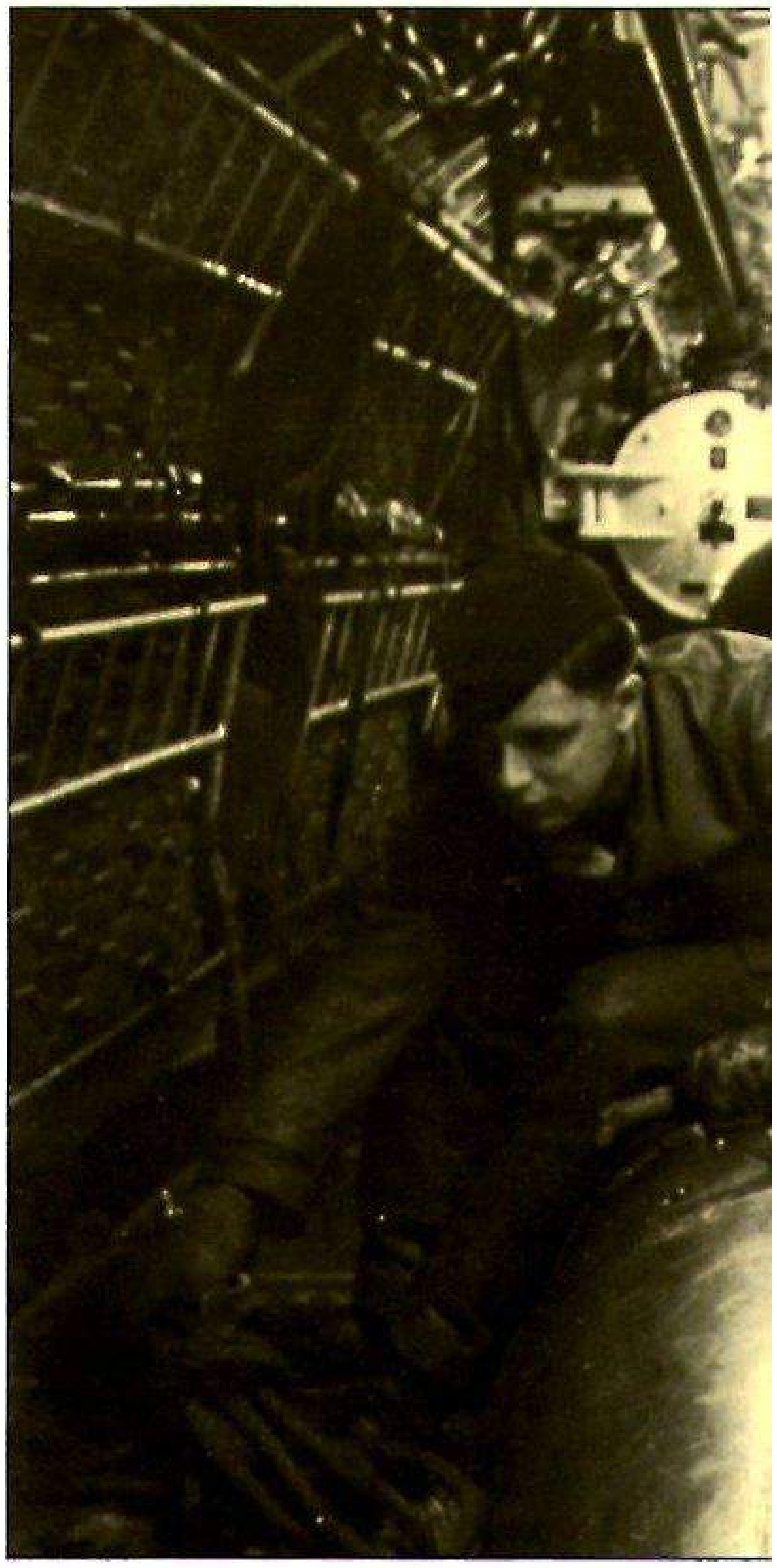
Todos los submarinos, menos el *U 28*, lograron alcanzar al convoy ligero procedente de Halifax más por casualidad que por su técnica de navegación, y así comenzó una nueva «noche de los cuchillos largos».

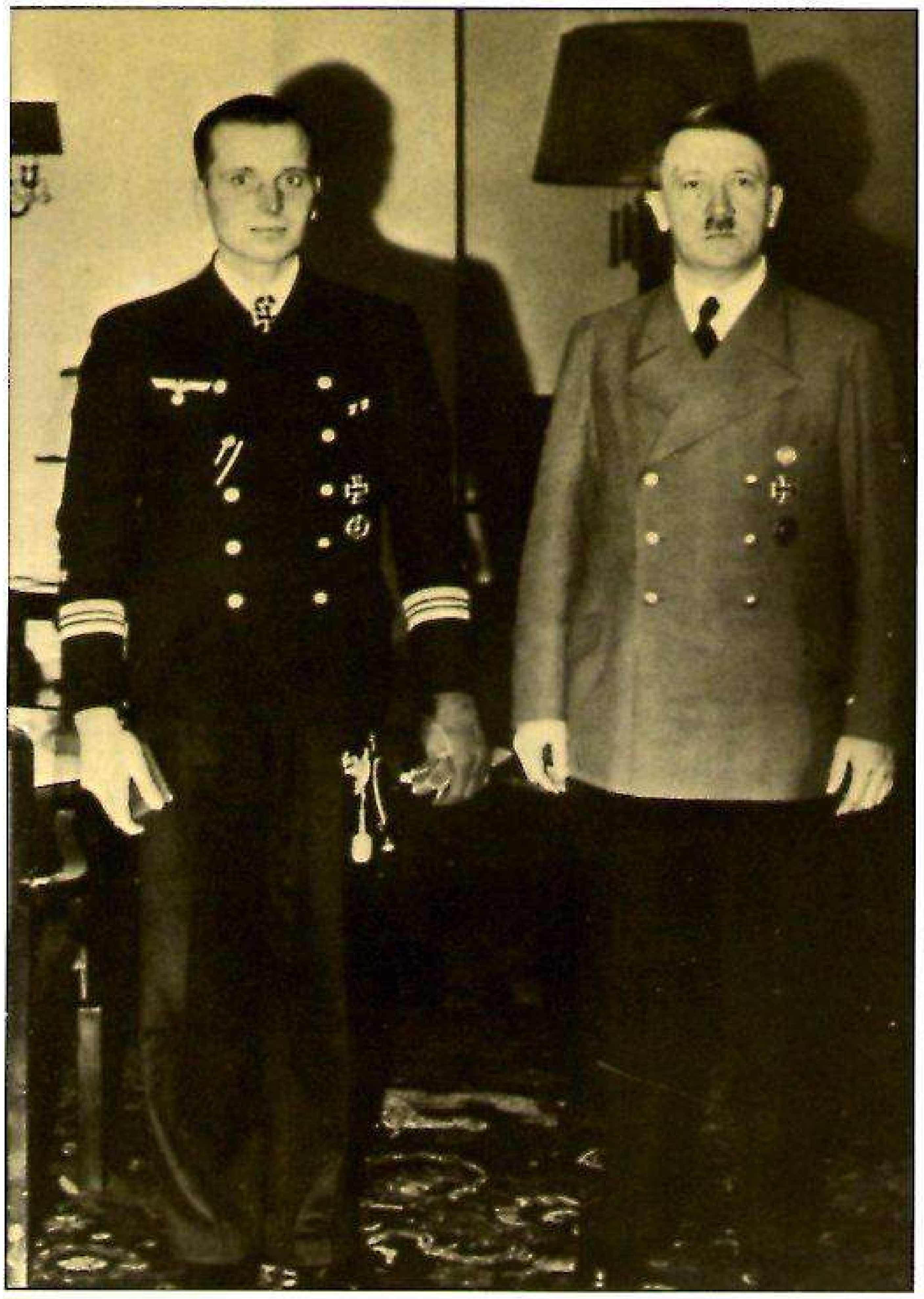
El HX 79 navegaba alarmado por las noticias sobre el destino de la formación SC 7, que le había precedido en la ruta hacia Inglaterra. Para evitar que cayera en una celada semejante, el mando británico decidió que navegase en zigzag.

Conforme a la regla desarrollada durante la primera Guerra Mundial, el constante cambio de rumbo aumentaba las posibilidades de no ser alcanzado por un torpedo enemigo en un cincuenta por cien, pero, con todo, esta norma solamente era aplicable a buques que navegasen en solitario. Un nutrido convoy en el que cada unidad zigzaguease peligraría si siguiese esta misma regla; la razón es que los buques que se comportasen así, yendo en formación, se colocarían sin remedio en la trayectoria de los torpedos, se amenazarían mutuamente y al tiempo perderían el orden de marcha de protección, dificultando así el cometido de los navíos de escolta.

Prien y sus compañeros hundieron aquella segunda noche 14 buques del convoy HX 79, pero ningún comandante de submarino pudo luego comunicar al Mando naval cuál o cuáles de







Los comandantes de los submarinos alemanes, con su aureola de éxitos de guerra, eran presentados insistentemente a la opinión pública. A la izquierda, el capitán Schepke pronuncia una arenga en el marco de la campaña para la promoción del ingreso en las filas de la Marina, bajo el lema «Es preciso navegar». En la imagen de al lado, el capitán Kretschmer con Hitler tras la imposición de la Cruz de Hierro con hojas de roble.



Perspectiva de la cámara de torpedos de un submarino alemán. En las paredes pueden verse las literas de la marinería.

las unidades hundidas podía anotarse en su haber... Los torpedos disparados a ciegas encontraron casi todos un objetivo, a pesar de que los mercantes zigzagueasen a doscientos o trescientos metros. En casi todos los casos, tarde o temprano, se producía la detonación que indicaba que otro buque había resultado alcanzado.

Cuando la formación de *U-Boot* abandonó después de la medianoche el convoy inglés, los submarinos alemanes no tenían ya prácticamente torpedos en sus cámaras. Las noticias eufóricas llegaron al departamento del contraalmirante Dönitz, quien sumamente fatigado, sentado junto a la mesa de mapas, exclamaba insistentemente: «¡Si tuviese más submarinos...!»

Cuando clareaba ya el tercer día, Prien volvió a comunicar con tierra: «He localizado un nuevo convoy rápido en dirección oeste.»

Se trataba del convoy HX 79 A que navegaba de Inglaterra a América.

Inmediatamente hubo que poner en movimiento los mismos submarinos que habían tomado parte en la operación anterior. Sus últimos torpedos iban a ser disparados ahora. El contraalmirante Dönitz recibió la última noticia en la mañana del 21 de octubre: Siete hundimientos del HX 79 A.

Dönitz guardó silencio.

Diez submarinos habían logrado hundir en tres días 63 buques con un total de 352.507 toneladas de registro bruto. Otro mercante no se fue a pique, pero quedó muy dañado. El «rey del disparo» de aquellas jornadas fue el joven capitán Bleichrodt. En premio a tal hazaña se le impuso el 24 de octubre de 1940 la Cruz de Caballero. Prien y Kretschmer, por su parte, recibieron las hojas de roble.

Mientras tenía lugar en Lorient la imposición de insignias, y el comandante supremo de la *Wehrmacht* difundía a través de la radio la noticia de aquellas victorias, los astilleros continuaban trabajando a marchas forzadas y cuatro submarinos recorrían el Atlántico Norte en busca de nuevas presas.

Había circulado la noticia de que en otoño e invierno de 1940 se botaría un gran número de submarinos destinados a cercenar definitivamente las posibilidades de comunicación exterior de Inglaterra.

Sin embargo, cuando el gran almirante Raeder se presentó en la Cancillería del Reich y pidió a Hitler la concentración de fuerzas para la construcción de submarinos, el dictador reaccionó de modo descorazonador. Aparentemente Inglaterra había dejado de interesarle; prefería dedicarse a la preparación de la campaña contra Rusia.

Como consecuencia de tal actitud, los convoyes ingleses volvieron a cruzar el Atlántico sin ser molestados. □

Reportaje gráfico de «Signal», realizado en 1941

Táctica de manada

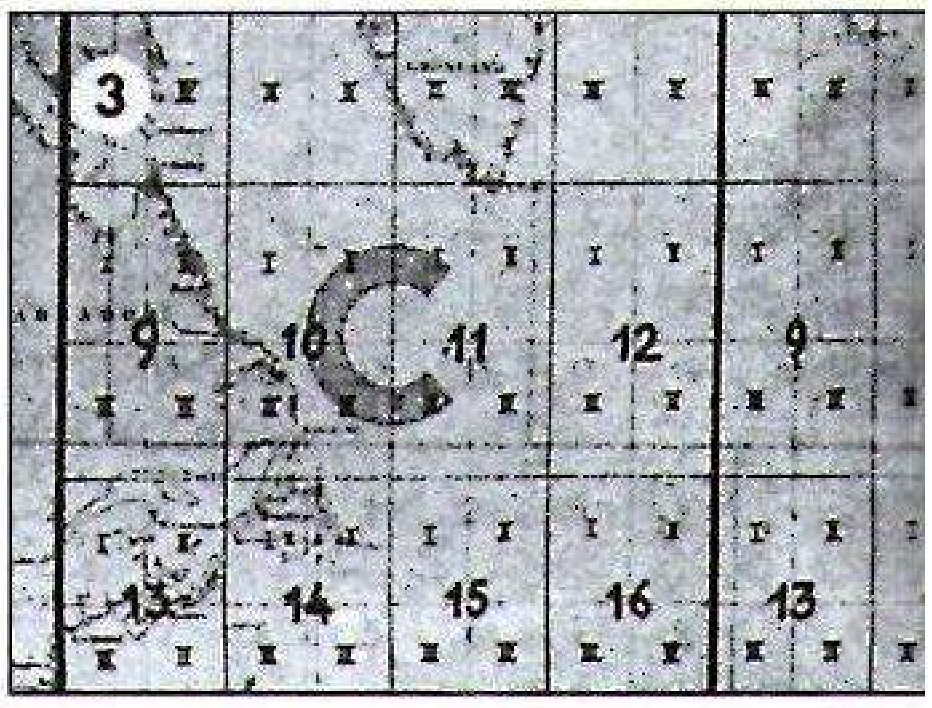
El arma alemana de los *U-Boot* se propone responder con efectivos cada vez más poderosos al creciente número de escoltas navales enemigas. Si antes un submarino procedía a atacar en solitario a uno de estos convoyes enemigos, en la actualidad el Mando naval destina para este fin a varias unidades y hasta verdaderas formaciones llegado el caso. Gracias a la radio, estos submarinos son conducidos hasta el escenario de las operaciones desde cualquier lugar en que se encuentren, a lo largo y a lo ancho del Atlántico, hasta aproximarse a sus objetivos. Para ello nuestros submarinos se ven obligados a veces a recorrer trechos como los que van de Dresde a Colonia, o de Berlín a Nuremberg, o mucho más grandes. El mayor éxito logrado hasta ahora en ataques de este tipo lo alcanzó una formación de submarinos alemanes ante las costas norteamericanas. Estas unidades lograron aniquilar un convoy angloamericano de buques petroleros tras varios días de incesante acoso. Los buques enemigos transportaban gasolina y petróleo de América con destino a las tropas establecidas en Argelia. Ni un solo petrolero consiguió escapar del ataque. Todos ellos desaparecieron sin dejar rastro. En el reportaje que presentamos aparecen diversas escenas y montajes de laboratorio sobre el ataque exterminador contra un convoy enemigo realizado por una formación de submarinos alemanes en el Atlántico Norte.

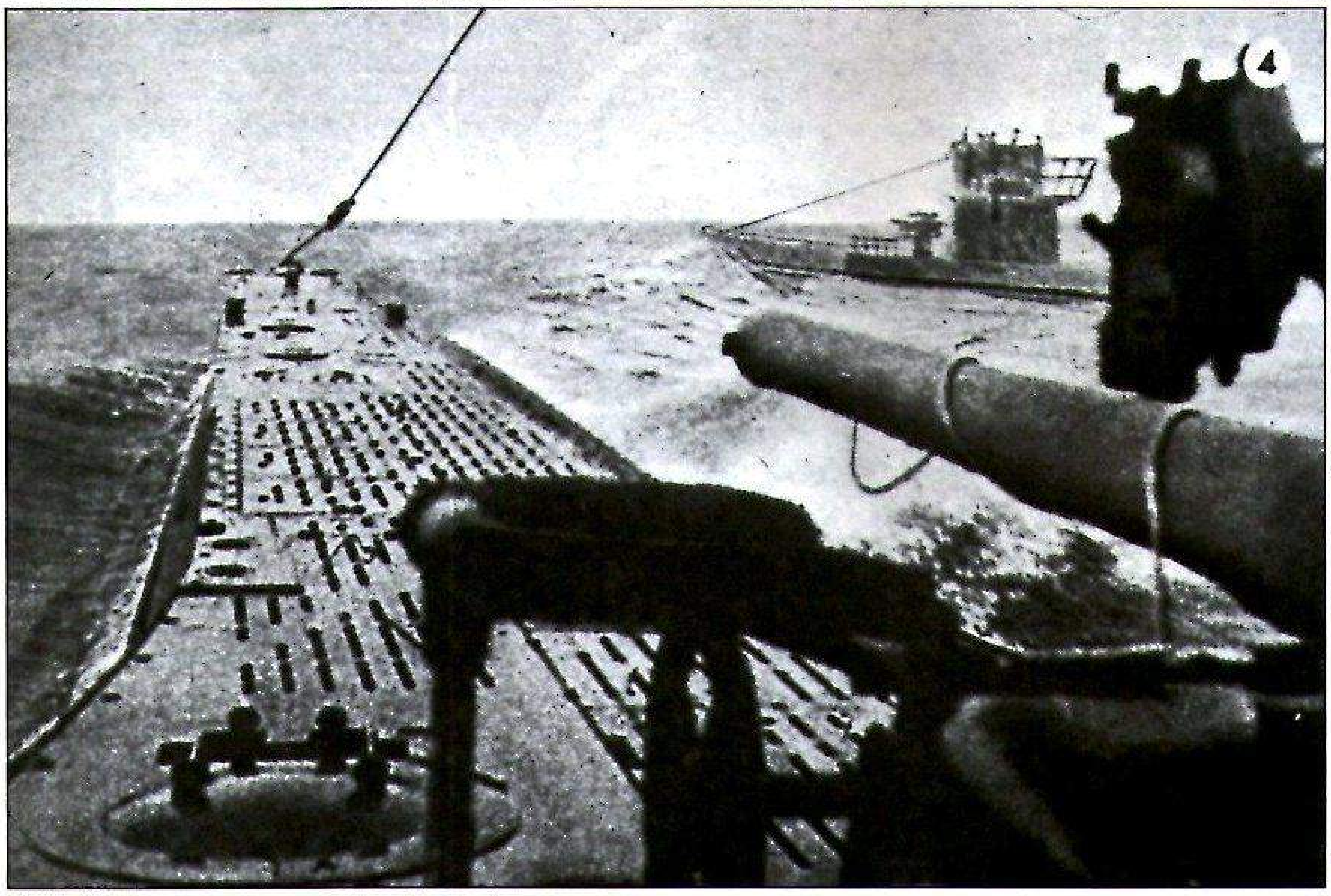
Fotos de las Compañías de Propaganda: Noticiario cinematográfico alemán





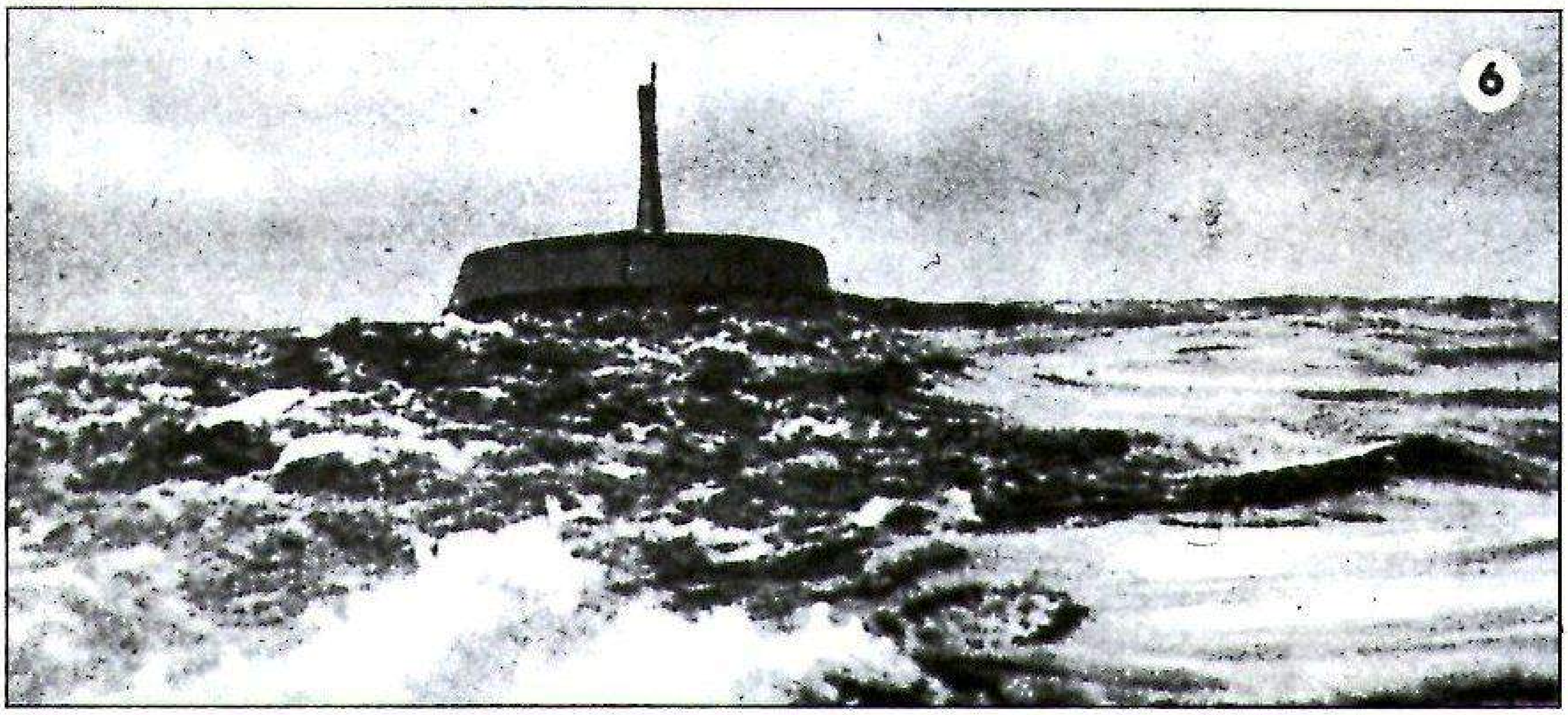
1 – 3: Durante una expedición por el Atlántico, un submarino detecta la presencia de un convoy enemigo integrado por varios buques de transporte ingleses. Tal y como indican las ordenanzas, el comandante del submarino pide instrucciones por radio. El Mando naval de submarinos le facilita el envío de refuerzos y la asistencia necesaria para establecer combate con las formaciones enemigas, ya que, según comunicó el comandante del sumergible alemán, no cuenta con fuerzas suficientes para enfrentarse al convoy. En el puesto de mando se establece, sobre los mapas, la posición exacta del enemigo: en el cuadrante 12. El gran almirante Dönitz, en calidad de jefe de los U-Boot, ordena que se aproximen al lugar los submarinos que se encuentren más cercanos a él.



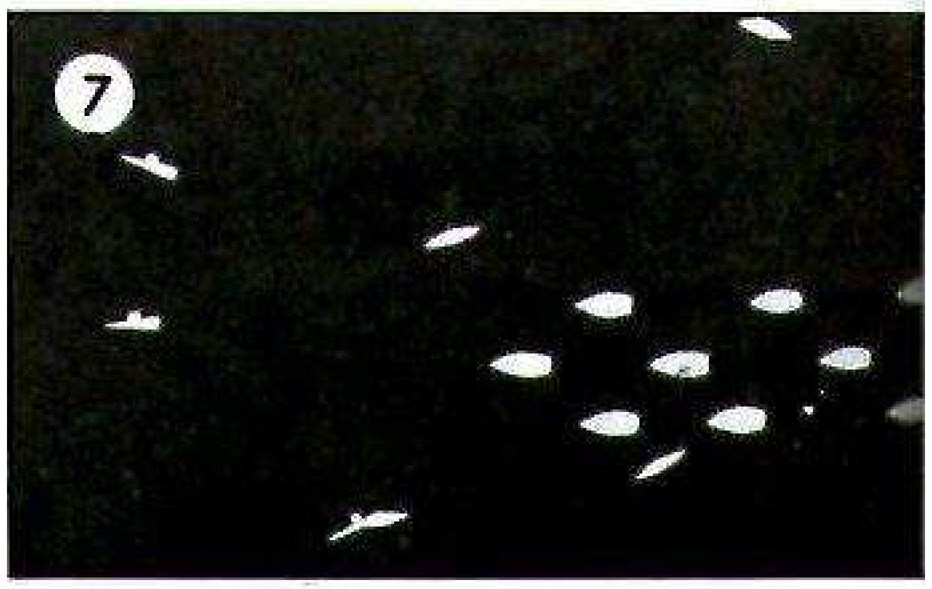


4 – 5: Los comandantes de U-Boot cambian inmediatamente su curso y ponen rumbo al lugar señalado por el Mando naval. Desde las torretas de los sumergibles los vigías mantienen los ojos bien abiertos en busca del objetivo hasta que éste se encuentra a tiro para un ataque bajo las aguas del océano. Las dotaciones llevan puesto el traje impregnado para protegerse contra los golpes de mar.

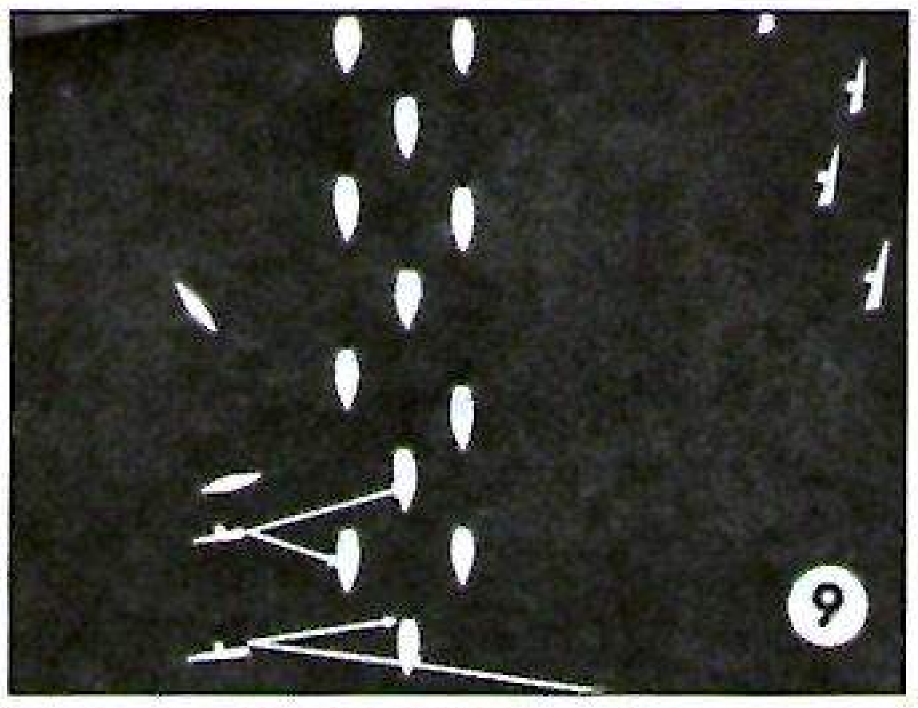




6 – 7: Entretanto la escolta de seguridad del convoy ha descubierto la presencia del submarino que envió el mensaje por radio. Uno de los destructores enemigos trata de acercarse a él a toda máquina. La orden es: cambio de rumbo e inmersión. Mientras tanto, el resto de los destructores de la escolta, como puede apreciarse en el dibujo, procede a navegar en zigzag, rastreando las aguas inmediatas a los mercantes que tienen encomendados con el fin de protegerles de posibles ataques de otros submarinos que vayan llegando. El submarino que ha emitido el mensaje es objeto de un lanzamiento de cargas de profundidad.





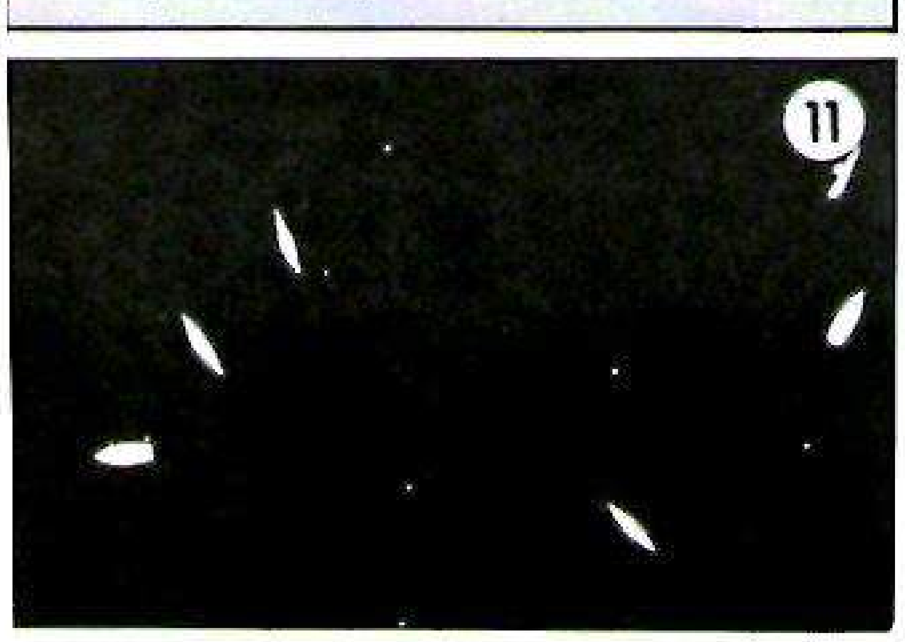


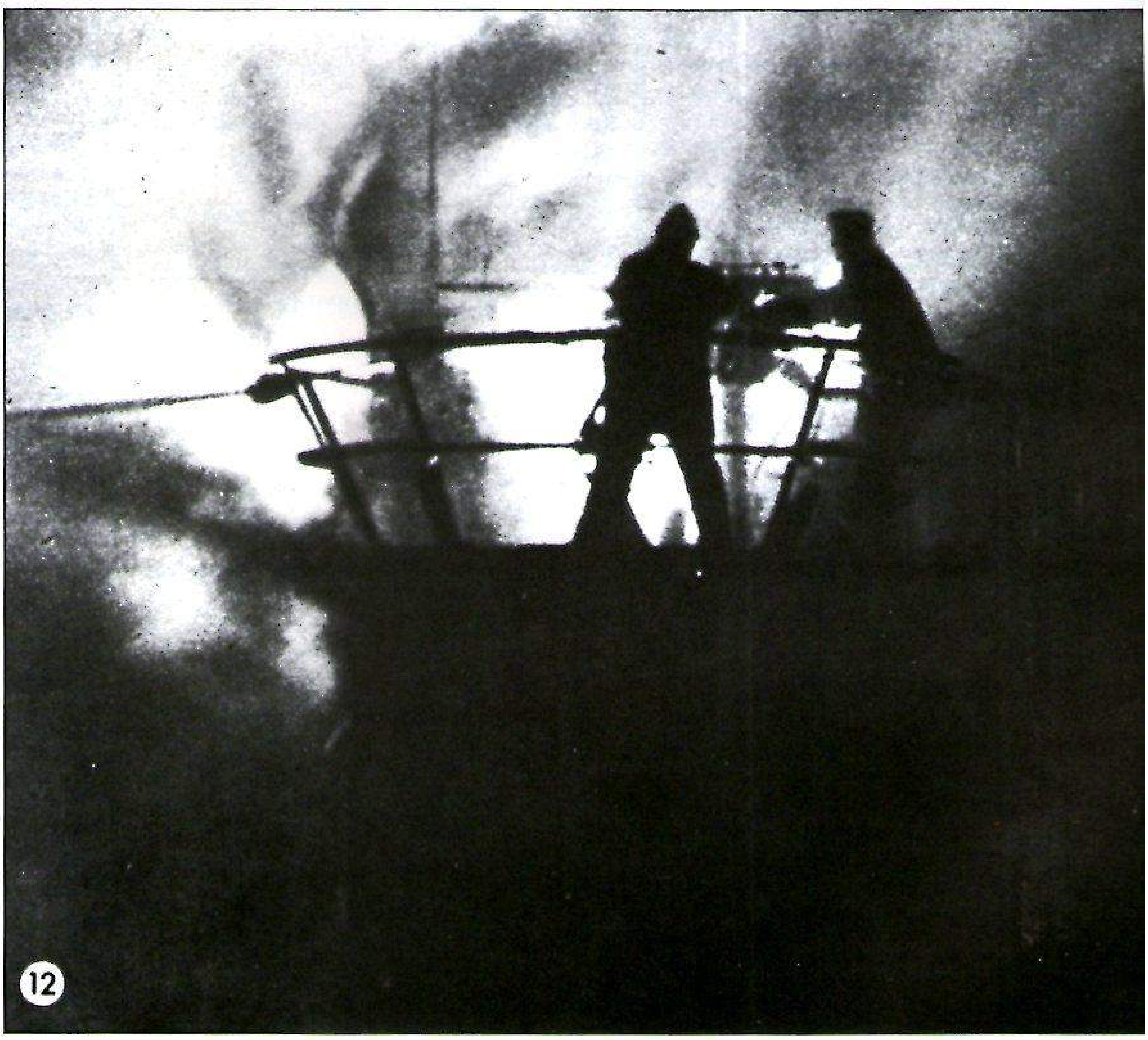


8 – 9: Se estrecha el cerco. Por momentos el destructor se mantiene encima del submarino, como reflejan los aparatos de escucha de éste. Los hombres de la dotación del sumergible se mantienen con los oídos atentos y cuentan las explosiones de las cargas de profundidad. Al tiempo observan si los aparatos continúan indicando que el buque no ha sido alcanzado. Con mar picada se aproxima al convoy la formación de submarinos enviada por el Mando naval. Se lanzan los primeros torpedos contra los mercantes.



10 – 11: ¡Torpedo al agua! Todos los que se encuentran en la sala de torpedos dirigen la vista hacia la cajita que sostiene en la mano el ingeniero. El pequeño cronómetro mide la duración de la carrera del proyectil hasta que se deja oír la explosión al contacto con el objetivo. Entretanto corbetas y destructores enemigos continúan lanzando cargas de profundidad allí donde imaginan a los submarinos. Pese a ello, los submarinos alemanes que se incorporan a los que ya operan en la zona, conseguirán terminar con el convoy cuando caiga la tarde.





12: Los tres mercantes que aún se mantienen a flote a esa hora tratan de abrirse paso en solitario. Uno de ellos, un petrolero, será víctima del fuego de ametralladora de un submarino que tuvo que emerger por avería en las máquinas, quedándose en la retaguardia, mientras en su interior se procedía a las reparaciones oportunas. Tras un breve fuego artillero el buque cisterna quedó envuelto en llamas. Los dos navíos restantes correrían al día siguiente el mismo destino.

LA MISION DE MI VIDA

Objetivos bélicos de Hitler

La investigación contemporánea califica de «cuatro ventanas» las cuatro fuentes más importantes en las que Hitler expresó sus opiniones y objetivos bélicos a lo largo de 22 años. Con una minuciosidad admirable, el historiador británico Hugh Trevor-Roper trata de iluminar la casa de la política belicista de Hitler abriendo estas cuatro «ventanas». En 1959 el historiador inglés presentó a la opinión pública los primeros resultados de su trabajo que, por el momento, no han sido superados.

Adolf Hitler expresó clara y detalladamente sus objetivos bélicos en numerosos escritos. Estos objetivos se diferencian de modo notable de los que sustentaban los hombres que le situaron en el timón del país en el año 1933. También son básicamente distintos de los fines que, durante años, le ha atribuido el común de los historiadores considerándole un oportunista que alteró sus perspectivas tras la toma del poder.

En primer lugar me referiré al libro «Mein Kampf», o confesión de fe personal de Hitler. Hitler lo escribe en 1923, cuando había fracasado su primer intento de alzarse con el poder. En segundo lugar, me fijo también en los «Diálogos con Hitler», de Hermann Rauschning, en los que se recoge las expansiones políticas privadas del dictador entre 1932 y 1934; es decir, tras el fracaso al que me refería y el acceso a los resortes del estado. En tercer lugar he leído analíticamente las «Conversaciones sobre la guerra y la paz» mantenidas por él durante la época de su apogeo militar (1941 y 1942) y recogidas con carácter de protocolo oficial. Por último, y en cuarto lugar, he considerado también de gran valor una documentación igualmente oficial en la que se reúnen algunos coloquios de sobremesa de febrero de 1945, en los que Hitler, por primera vez, reconoce su derrota; este documento, redactado por Martin Bormann o al menos valorado por él de un modo especial, fue considerado como el «testamento político de Hitler».

Los cuatro documentos se pueden comparar a cuatro ventanas abiertas por distintas manos para arrojar la luz sobre los pensamientos más recónditos de Hitler en relación con los cuatro objetivos de su trayectoria: su derrota política, su triunfo político, su triunfo militar y su derrota militar.

Si bien estos documentos van surgiendo a lo largo de un período de 22 años, en todos ellos se observa una concordancia absoluta y una lógica claramente perceptible en cuanto a pensamiento y acción. Esta concepción de un proceso consecuente y orientado a unas metas concretas ha sido puesto en duda con demasiada frecuencia. Durante la vida de Hitler apenas hubo observador, alemán o extranjero, que creyese en este fenómeno. En cuanto a determinados hombres de Estado occidentales, no lo aceptaron porque prefirieron adoptar la política del avestruz, a la vista del pavoroso incremento de la fuerza del nazismo. Algunos políticos alemanes hicieron lo mismo, porque confiaban en poder utilizar para sus propios fines parciales aquel potencial. Pero lo que sí resulta incomprensible es que, a partir de 1945, hubiese aún historiadores que se resistieran a aceptar esta consecuencia del sistema nazi debido a la repulsión que se sentía por la naturaleza de Hitler, vulgar e inhumana, hasta el punto de que le negaban algo tan mínimamente positivo como la capacidad de pensar y de orientar sus acciones de forma consciente hacia una meta. Con todo, es un error deducir una corta inteligencia partiendo de la degradación moral del dictador. Hitler era vulgar y lúgubre; pero en modo alguno su primitivismo y su insensibilidad pueden interpretarse como incapacidad de creación o falta de consecuencia en sus actos.

Prueba documental número uno, «Mein Kampf»: Este libro era, después de la Biblia, el más difundido en Alemania, aunque no el más leído. Refleja una filosofía política sumamente elaborada. En sus páginas Hitler se revela como un conocedor experto cuyos estudios le habían convencido de que el mundo se encontraba en los comienzos de una gran transformación histórica. Para él estaba claro hacia dónde apuntaba esa evolución: iba a concluir la edad de oro de las pequeñas potencias marítimas que, gracias a su estratégica posición oceánica, a sus flotas y a las riquezas acumuladas en sus imperios coloniales, se habían convertido en señores del mundo. Con ellas estaba a punto de desaparecer el orden internacional impuesto por los grandes imperios. En lo sucesivo la fuerza política no se derivaría de la posesión de colonias lejanas –que ya carecían de importancia– sino del dominio de grandes extensiones de tierra que, mediante las nuevas técnicas, pudiesen hacerse productivas. Al preguntarse Hitler a sí mismo qué países se encontraban en situación de constituirse en imperios duraderos del futuro, se contestó fijando la atención en dos tan sólo: Alemania y Rusia.

A cualquier espectador poco confiado del acontecer político podría parecerle muy dudoso que precisamente Alemania y Rusia contasen con los medios necesarios para una empresa de este estilo. Tanto una como otra eran países derrotados. Pero Hitler tenía una gran confianza en sí mismo. Estaba convencido de que Alemania había crecido para esta misión. Desde luego, no la Alemania derrotada, desmoralizada, sin armas, de la República de Weimar. Tampoco la Alemania monárquica; la monarquía había tenido ya su oportunidad y no la había aprovechado. La historia había roto sobre ella su propio cetro. «Las monarquías –diría Hitler más tarde– son adecuadas para la conservación de un imperio, pero sólo las revoluciones pueden llevar a cabo conquistas.»

Hitler, pues, soñaba con hacer una revolución histórica que imitase la soviética y al tiempo fuese un nuevo factor de trascendencia universal. Por supuesto el dictador no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que él mismo sería creador y guía de tal revolución. Si se le dejaba el timón de la nave, él forjaría un movimiento revolucionario, sobre la base del nacionalismo alemán, capaz de todos los prodigios; un movimiento digno de la alta misión histórica de Alemania. Con él en las manos no se lanzaría a la conquista de las lejanas colonias de la Alemania guillermina, verdaderos espejismos, sino al inmenso territorio de la odiada Unión Soviética.

Chamberlain no creyó ni una palabra

Aunque hubo muchos que se empeñaron en no tomar en serio «Mein Kampf», resulta sorprendente el que no fueron menos los que pasaron por alto las revelaciones de Rauschning. Chamberlain, que no osaba abandonar sus esperanzas ilusorias, declaró en 1939 que no creía ni una sola palabra de esas advertencias. Quien hubiera leído «Mein Kampf» apenas se hubiese sorprendido de las premoniciones de Rauschning sobre los objetivos de Hitler en relación con el dominio universal. Lo más reseñable de las advertencias de Rauschning es su inquebrantable constancia. Incluido el período de 1932 a 1934 –aseguraba–, en los últimos años no se habían alterado ni un ápice las pretensiones revolucionarias de Hitler, tras la toma del poder y los compromisos contraídos.

Cuando Rauschning hizo públicos sus «Diálogos con Hitler» en 1939, el dictador había establecido un pacto con Rusia para tener manos libres contra Polonia y el Occidente europeo. Tal pacto se interpretó en Occidente, y también en Alemania, como prueba de que Hitler se había «convertido» a la política bismarckiana.

Con todo, Rauschning había esgrimido un párrafo que entonces pareció erróneo, pero que se confirmaría plenamente a la luz de los acontecimientos históricos. Se trata del párrafo en el que Hitler califica la posesión colonial como absolutamente inútil, y las fronteras alemanas anteriores a la guerra como una pura limosna; luego añade en relación con Rusia: «Quizá no pueda evitar el establecer una alianza con Rusia. De todas formas éste será mi último triunfo. Quizá sea éste mi juego decisivo, el juego decisivo de mi vida. Pero no por ello he de apartarme de mi determinación de atacar a Rusia una vez haya logrado mis objetivos en el Occidente. Únicamente nosotros podremos conquistar el gran espacio continental, y esto sólo por nuestro poder, por nosotros mismos y en solitario, no en virtud de un pacto con Moscú. Nosotros asumiremos las responsabilidades de esta lucha. Esta lucha nos abrirá las puertas para el dominio permanente del mundo.»

En consecuencia, Hitler dio a conocer claramente sus objetivos, por otra parte inalterables: renuncia a las colonias y a las fronteras de la antigua monarquía; en su lugar, creación de un movimiento revolucionario y nacionalista capaz de garantizar la posesión indefinida del gran espacio continental representado por Rusia. A la vista de tan clara confirmación parece un milagro el que conocidos historiadores se empeñasen en insistir en que Hitler jamás abrigó propósitos bélicos preconcebidos. Se ha dicho, en cambio, que Hitler atacó a Rusia en 1941 para doblegar la voluntad de firme resistencia por parte de Gran Bretaña. Otros afirman que no se le debe atribuir a Hitler una línea de actuación sino más bien una serie de ideas base modificables, es decir, teorías pasajeras que iba sacando de su sombrero a medida que lo pedían los acontecimientos. ¿No es cierto que habló de la confrontación decisiva con Francia, a la que según decía él había que aniquilar como enemigo ancestral de Alemania? ¿No habló también, más tarde, de una lucha decisiva contra Norteamérica?

Con este patrón a la vista las contradicciones internas de las distintas declaraciones de Hitler no lo parecen tanto. Solamente permanece la idea del Imperio Oriental.

Cuando Hitler clamaba contra Francia en 1923, por ejemplo, era porque Francia representaba la cabeza de un sistema de alianzas europeas orientales.

Como dijo Göring en 1937 al embajador americano: «La única razón de peso para nuestra situación tensa respecto de Francia estriba en la política vinculante de este país en la Europa oriental, que va en contra de las legítimas reivindicaciones alemanas en esta zona.» Cuando Hitler mostró su disentimiento al enviado de Franco, en 1940, en cuanto a que Inglaterra fuese el verdadero enemigo, apenas dejó entrever el verdadero sentido de esta afirmación: ¿qué le podría hacer renunciar a un botín de guerra contra Rusia en favor de Franco? De un modo semejante Hitler intentaría en 1941 que Mussolini y el almirantazgo alemán, muy afectado, aceptaran su repentina campaña de Rusia. Aquél era el mejor camino para vencer a Inglaterra. En realidad sus preparativos prácticos y su política sistemática demuestran que ni Francia ni Inglaterra le interesaban gran cosa. Como él mismo afirmaría repetidas veces, su guerra no era una guerra convencional contra el Occidente sino una guerra revolucionaria contra Rusia. Un vistazo al mapa de Europa nos revela que Hitler debió de perseguir también la «pequeña» política de la vieja preponderancia cíclica de Alemania como medio de lograr su «gran» política, aunque sólo fuese en principio. Su pretensión era la de robustecer la fisonomía alemana y el orgullo nacional mediante la creación de un nuevo ejército en el que, desde luego, estaban deseando integrarse los antiguos oficiales profesionales. El primer objetivo fue desbaratar la presión francesa desde la Europa oriental, para terminar recuperando las fronteras orientales de Alemania a costa de la integridad territorial de Polonia, de la independencia de Austria y de Checoslovaquia. El pretexto en los dos últimos casos fue integrar en la patria a los alemanes austríacos y devolver a Alemania el espacio de los sudetes alemanes, relegado por la casa de Habsburgo. Más allá de estos planes no querían ir los «veteranos». Por lo demás, Hitler no tuvo más que desprecio para unos planes tan alicortos, un desprecio que no dejó de manifestar. Él quería conquistar Rusia, hasta los Urales, quizá hasta más lejos, y ocupar el inmenso país para siempre.

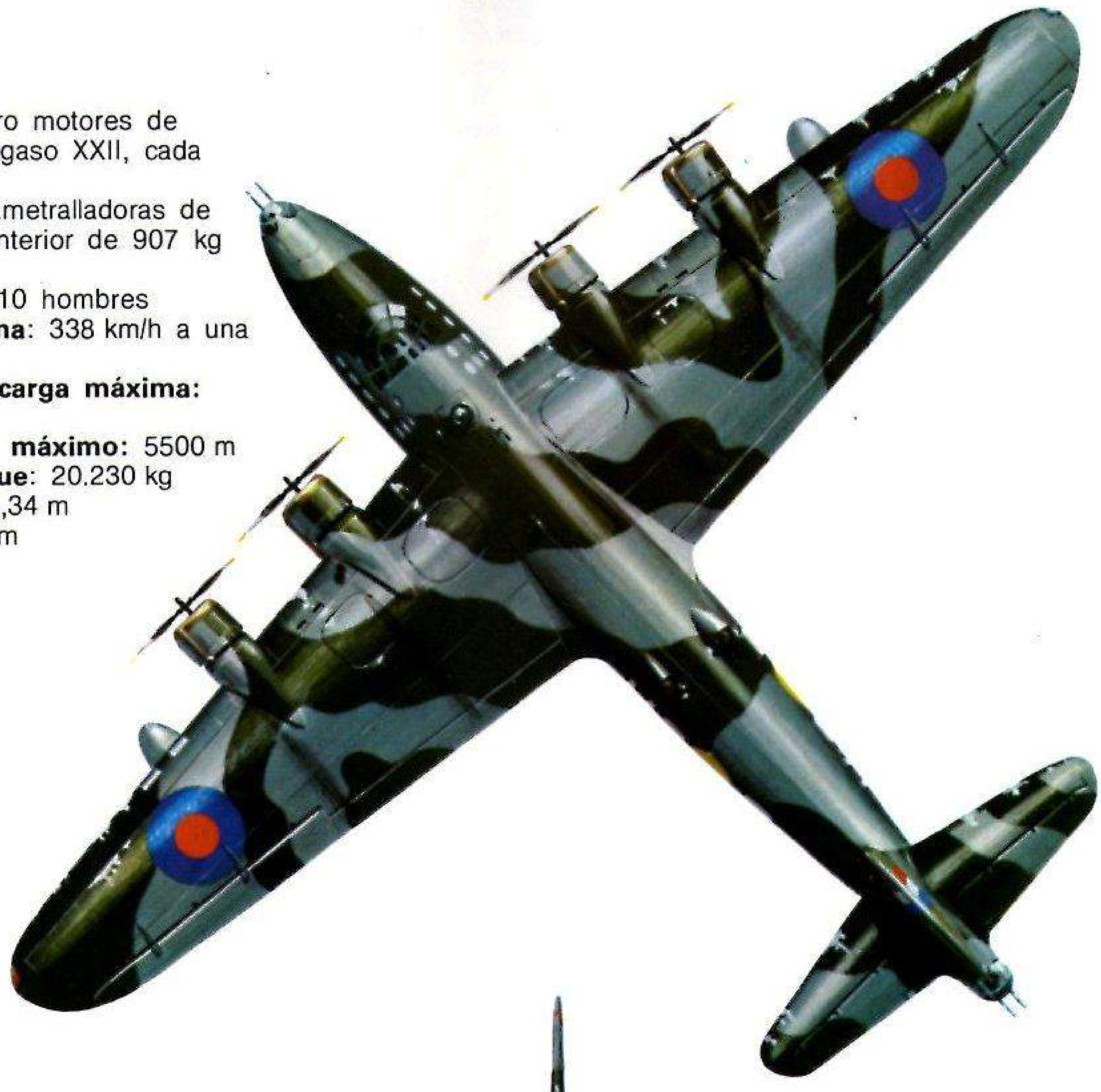
El apoyo del antiguo mando

¿Cómo iba a poder llegar a Rusia si no era atravesando Polonia, incluso aniquilando a Polonia si fuese preciso? Mas para ello era necesario dejar a Francia fuera de combate. Por razones puramente geográficas Hitler se vio obligado a proseguir en la primera fase de su política, nueva y revolucionaria, la vieja y conservadora política anterior. Aquello era además muy oportuno: estaba convencido de que se granjearía mejor el apoyo de los antiguos mandos militares si actuaba así y no dejaba traslucir claramente sus verdaderos objetivos. Cuando ya había cumplido su plan, Hitler pudo quitarse la careta. Al fin se veía ya armado, victorioso y en la situación de poder aplicar sus propios planes sin resistencia alguna. En 1941, pues, Hitler se dispuso a encaminarse sin ambages hacia los objetivos bélicos fijados tiempo atrás. Sin conceder demasiada importancia a Occidente, caracterizado en aquel momento por la indiferencia, y a su voluntad de resistir, muda e inoperante, decidió marchar hacia el Este con la intención de hacer historia con una sola batalla fulminante. Tras la guerra se oyó con frecuencia que el gran «error» de Hitler fue la campaña contra Rusia. Si Rusia hubiese permanecido neutral respecto de Alemania, él hubiese logrado movilizar

Hidroavión británico Short Sunderland Mark I



Propulsión: cuatro motores de estrella Bristol Pegaso XXII, cada uno de 1010 CV
Armamento: 8 ametralladoras de 7,7 mm y carga interior de 907 kg de bombas
Dotación: hasta 10 hombres
Velocidad máxima: 338 km/h a una altura de 1981 m
Autonomía con carga máxima: 2865 km
Techo operativo máximo: 5500 m
Peso de despegue: 20.230 kg
Envergadura: 34,34 m
Longitud: 26,11 m
Altura: 10,02 m





Avión alemán de largo alcance Focke Wulf Fw 200 C-2 Condor



Propulsión: cuatro motores de estrella BMW 132 H, cada uno de 830 caballos
Armamento: tres ametralladoras de 7,92 mm y un cañón de 20 mm; carga interior y exterior de 2100 kg de bombas
Dotación: cinco hombres
Velocidad máxima: 333 km/h a una altura de 4800 m
Autonomía normal: 3550 km
Techo operativo máximo: 5800 m
Peso de despegue: 22.700 kg
Envergadura: 30,86 m
Longitud: 23,46 m
Altura: 6,30 m






KOM OOK
IN DEN GERMAANSCHEN
LANDDIENST
IN HET OOSTEN

a toda Europa, la habría organizado y fortalecido. Inglaterra no se hubiera encontrado en disposición de expulsarlo de suelo europeo. Con todo, no comparto personalmente este punto de vista. En él se presupone incluso que Hitler hubiese dejado de ser Hitler.

Taquígrafos tras las mamparas

Cuando Hitler se puso en marcha para asestar su último golpe decisivo, y cuando cosechaba ya victorias arrolladoras en todos los frentes, creyó que había llegado la hora de la verdad. Al fin iba a cumplirse un sueño acariciado por él durante más de veinte años. En consecuencia, había llegado el momento de proclamar a los cuatro vientos su ideario político y de abrir una nueva ventana para que pudiese entreverse un poco más su interior. Hitler se encontraba en su cuartel general, en Prusia Oriental o en Ucrania, y hablaba sin cesar. Taquígrafos sumisos, escondidos detrás de biombos, fueron llevando al papel aquel «sagrado Evangelio»: las «conversaciones de sobremesa de Hitler», o, mejor, los «monólogos de Hitler». En ellos el dictador se explayaba sobre el poder conseguido por él mismo y sobre el imperio mundial que aspiraba a construir. Las conversaciones de Hitler constituyen un documento espeluznante, repulsivo y, al tiempo, atrayente. Son el espejo de un hombre que carecía de humanidad y la radiografía de un espíritu sin escrúpulos, sistemático, dotado de una fuerza de voluntad irresistible. «Estoy dotado del don de reducir todos los problemas a un denominador común», aseguró Hitler en cierta ocasión. Ahora él mismo se reducía a este común denominador. Ahora afirmaba taxativamente que el dominio universal proclamado por él tenía la misión única y exclusiva de enaltecer la gloria nacional. «Quien tiene, tiene»: éste era el compendio de su moral política. Un pueblo dominador no se puede permitir ninguna tontería grave, como la de renunciar a lo conseguido, o la de tratar a sus sometidos de tal modo que les dé pie para que reivindiquen algo. En consecuencia, los pueblos sometidos no deberían tener armas ni gozar de una educación, excepto los necesarios conocimientos del idioma alemán para cumplir las órdenes que se les den. Al tiempo habría que implantar un estricto control de nacimientos e impedir el fácil acceso de la población de estos países a los hospitales, de modo que el número de sus habitantes quedase mermado por el descenso de los nacimientos y por un elevado índice de mortalidad. Diezmados por estos medios, los esclavizados rusos, convertidos en un pueblo de ilotas sin posibilidades, serían dedicados a cortar madera y a transportar agua para la privilegiada aristocracia alemana, convertida en colonizadora y atrincherada en una serie de fortalezas unidas entre sí y con la metrópoli mediante una amplia red de autopistas.

Así vio Hitler su imperio milenario. En 1941 creía él haber puesto la primera piedra de su reino. En febrero de 1945 habría desaparecido ya toda esperanza, quizá para siempre, y el propio Hitler tuvo que rendirse ante la evidencia. Cuando Hitler se ocupó de buscar respuesta a este interrogante con el que parecía cerrarse un cambio catastrófico del destino, se sintió una vez más obligado a dar una explicación de cara al mundo futuro. Entonces abrió la cuarta ventana a la que aludíamos y, por última vez, dejó que penetrase la luz en lo más recóndito de sus pensamientos. Como antes en Rastenburg y Vinnitsa, una vez más se puso ahora en movimiento, en la Cancillería del Reich, en Berlín, el aparato de los taquígrafos escondidos detrás de los biombos para recoger en sus notas lo que se prometía iba a ser el último capítulo de su «Sagrada Escritura»: el capítulo sobre las causas del fracaso.

En principio, Hitler reconocería que una paz honrosa con Inglaterra, en 1940 ó 1941, hubiese sido razonable. Esta paz hubiera significado el triunfo de los dos signatarios sobre el degenerado rival romano. Así Alemania hubiese dominado sobre Francia e Inglaterra sobre Italia. Con todo Hitler añadió que esta paz no hubiese sido duradera, sino únicamente táctica, hasta que el potencial bélico alemán hubiese alcanzado su máximo esplendor. «Alemania, seguras sus espaldas, hubiera podido emplearse a fondo, en cuerpo y alma, en la lucha por la verdadera y sacrosanta misión de mi vida, la razón de ser del nacionalsocialismo: la aniquilación del bolchevismo.»

Rusia tenía que ser atacada y había docenas de motivos para decidir que esta operación fuese inmediata. Incluso hubiera sido mejor si el ataque se hubiera adelantado, anticipándose a 1938 la guerra de preparación contra el Occidente, en lugar de haberla desatado en 1939. Pero desgraciadamente Alemania entonces sólo era fuerte en lo material, mientras que moralmente se hallaba aún débil y lastrada con unos generales y diplomáticos reaccionarios. En este punto Hitler mencionó lo que él calificaba como vergonzoso proceder de Chamberlain, quien concedió en Munich todas las exigencias que se le formularon, privando así a Hitler de todo motivo para llevar a cabo una guerra anticipada.

¿Qué hubo de erróneo entonces?

Esta pregunta se la planteó Hitler insistentemente hasta que, tras largas meditaciones pareció encontrar el error. Se había confiado demasiado en Mussolini, para desgracia suya. Desde 1941 Mussolini se había revelado como un aliado catastrófico. La fracasada aventura de éste en el Mediterráneo, en especial por su inoportunidad y porque no se desarrolló un ataque conjunto contra Grecia, obligó a Alemania a emprender la campaña de los Balcanes, con lo cual tuvo que aplazarse cinco semanas el ataque contra Rusia.

La campaña de Rusia se había planificado como una guerra relámpago más; en un verano podría haberse logrado el dominio de la Unión Soviética. Pero la oportunidad llegó demasiado tarde, cinco semanas después, coincidiendo con el invierno, con el terrible invierno ruso, que además se presentó inesperadamente pronto. El ejército quedó detenido; el plan, por los suelos; los rusos tuvieron tiempo de recuperarse; los ingleses pudieron forjar nuevas alianzas y abrir nuevos frentes a espaldas de los alemanes... Hitler miró hacia atrás y casi prorrumpió en llanto al ver su situación: «Esa absurda campaña de Grecia... Si la guerra hubiese sido cosa de Alemania y no de las potencias del Eje, hubiésemos podido atacar a Rusia en mayo de 1941. Con unas fuerzas duplicadas, nuestro ejército habría conseguido una victoria rápida e indiscutible antes del invierno. Qué distinto nos ha salido todo...»

En resumen, también al final de su existencia Hitler se remitió insistentemente a sus antiguos objetivos bélicos. De 1920 a 1945, el movimiento nacionalsocialista no había tenido más que una misión: La implantación de un imperio mundial en el que quedase incorporada la inmensidad del territorio soviético. Esta finalidad, absolutamente clara y consistente, no puede quedar oscurecida por la aparición de objetivos estratégicos mutables o por concesiones pasajeras en aparente contradicción.

(Tomado de los «Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte», 1960, pág. 121-133. Resumen de Jochen R. Klicker)

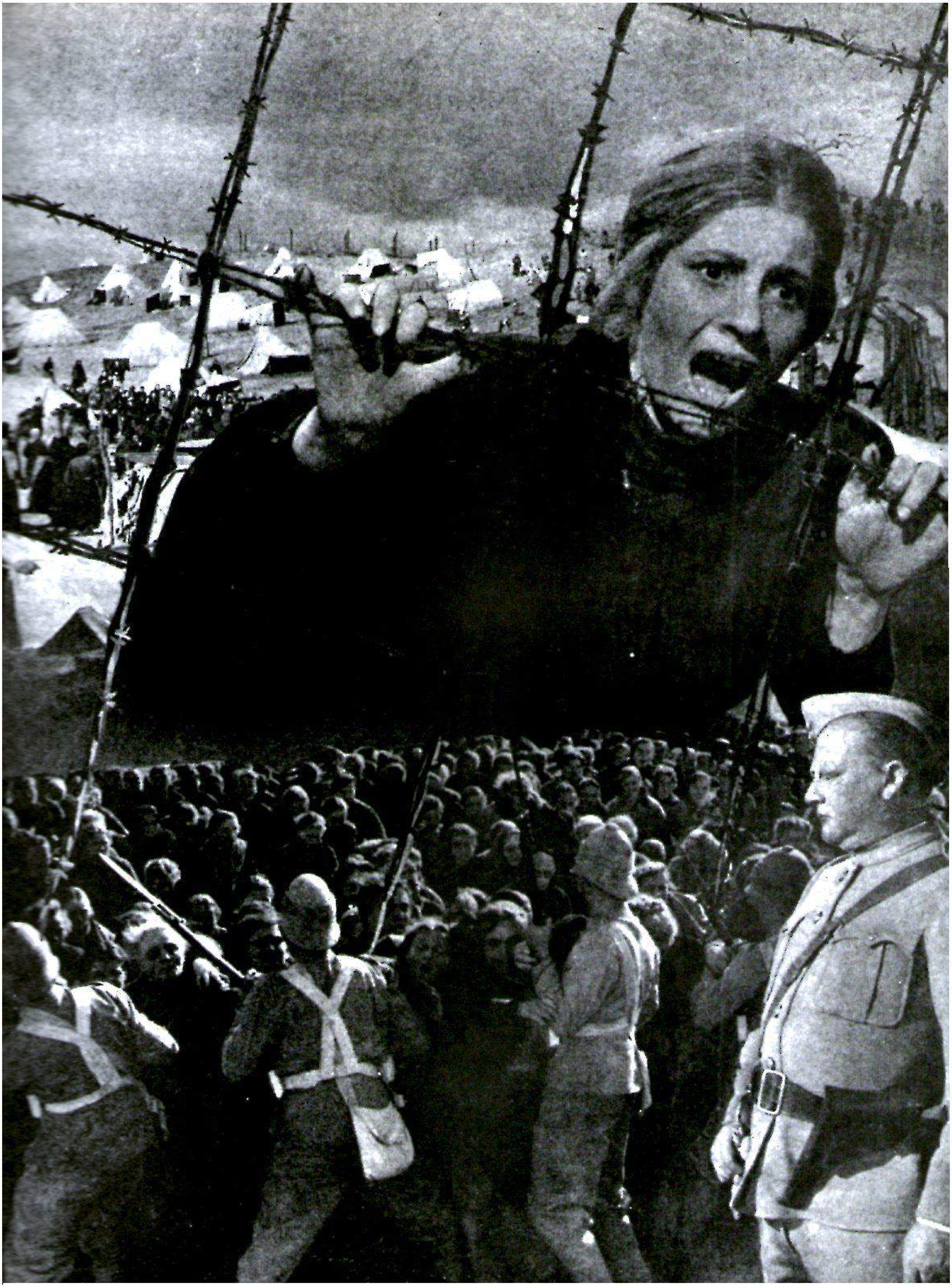
Cartel de propaganda de la Holanda ocupada. En él se ilustra el papel que correspondería a los trabajadores del campo en la guerra promovida por Hitler. Los pueblos germánicos han de buscar su espacio vital en el Este.



La escena, que refleja el encuentro del viejo Ohm Krüger (Emil Jannings) con la anciana reina de Inglaterra (Hedwig Wangel), fue una de las más impresionantes de cuantas filmó el director Hans Steinhoff. Con el fin de ganar tiempo, el presidente de los bóers, Krüger, se hizo el ingenuo que no lograba entrever la astucia de la reina inglesa. «El papel del inofensivo labrador que cayó en las artimañas inglesas, es interpretado magistralmente por Emil Jannings». Página opuesta procedente del folleto explicativo de la película «Ohm Krüger». La actriz Gisela Uhlen en el papel de esposa de un bóer recluida en un campo de concentración inglés.

ASTRO DE CINE POR DECRETO

Costaron millones, pero reportaron también millones en ingresos: fueron las grandes películas «nacionales», como «Robert Koch», «Jud Süss», «Ohm Krüger», «El gran rey», «Yo acuso», «El despido» y «Kolberg». Joseph Goebbels, que se había arrogado personalmente el control de la producción cinematográfica, supo cómo utilizar este medio con absoluta eficacia para «educar» al pueblo.



Gustav Gründgens no disimuló jamás su animosidad contra el ministro de Propaganda del Reich. Gründgens se apartó del camino de Goebbels tan pronto como pudo y fue a cobijarse bajo la protección del omnipotente mariscal del Reich, Hermann Göring. Con todo, el cojitranco señor de la filmografía alemana logró hacerse con los actores, productores y con el propio consejero del Estado prusiano. Cuando el director Hans Steinhoff, por su parte nacionalsocialista convencido, presentó a Goebbels el reparto para su película antibritánica «Ohm Krüger», el ministro ordenó tajantemente: «Quiero que Gründgens interprete el papel de Chamberlain.»

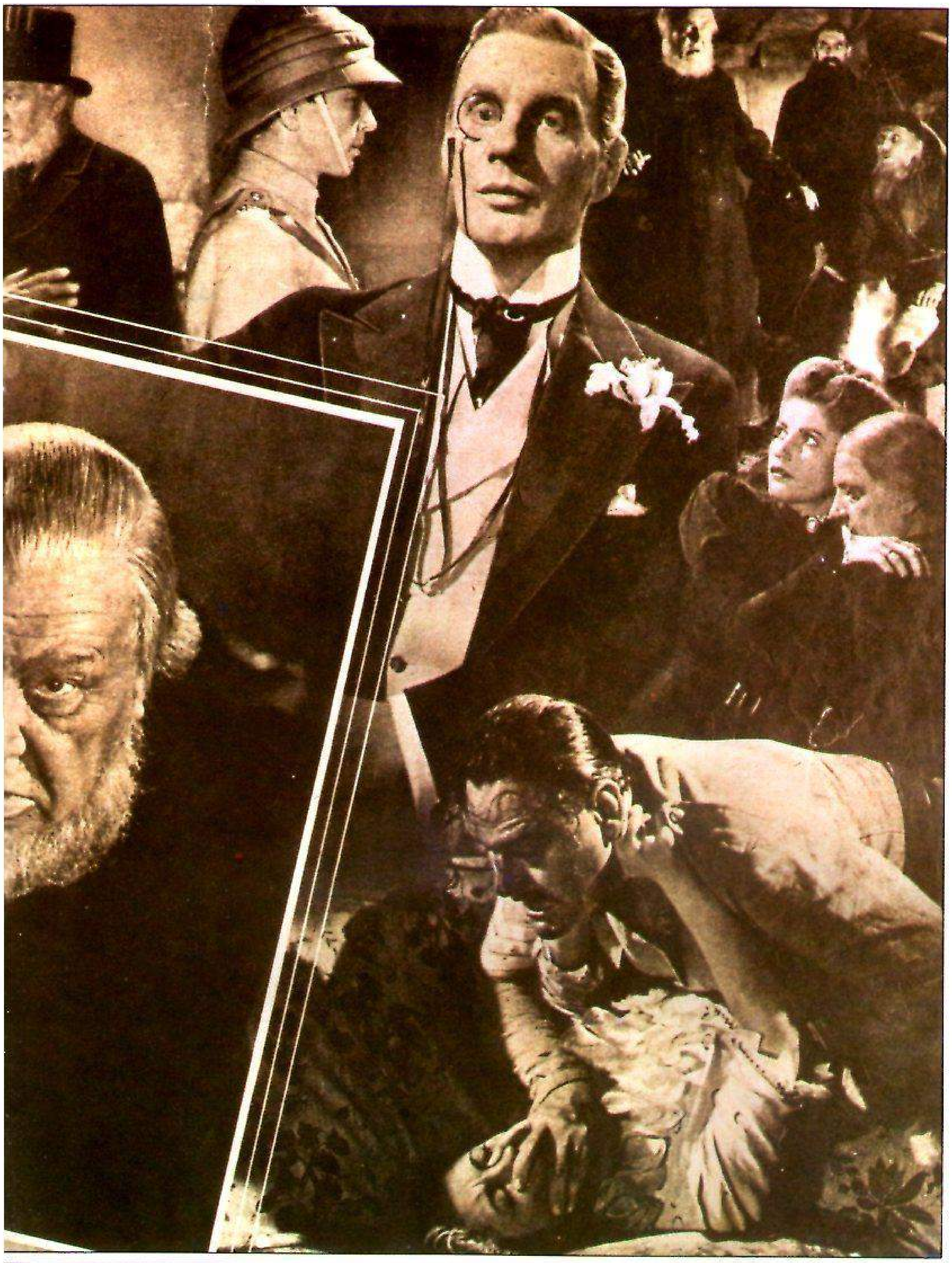
Los autores del guión, Harald Bratt y Kurt Heuser, habían hecho del entonces ministro inglés de Colonias, Joseph Chamberlain, una figura realmente ridícula. Cuando Gründgens leyó el papel rechazó de inmediato el encargo. Una y otra vez, Steinhoff y Gründgens discutieron el asunto y las cartas que se cruzaron sobre la materia se fueron volviendo más y más agresivas. Hasta que Goebbels consideró todo aquello superfluo y, sin más, le ordenó que encarnase el papel. Gründgens terminó por rendirse, pero en su actuación reflejó bien a las claras que había aceptado el cometido no por «el compromiso de un actor sino por la imposición de un funcionario». Para adoptar esta actitud era preciso entonces verdadero coraje.

Por lo demás, Gründgens no dejó de mostrarse arrogante durante el rodaje, como era habitual en él. Se negó a leer el guión e insistía en hacer sus propias interpretaciones de la obra. Iba a los estudios en coche oficial y se hacía llamar únicamente «señor consejero de Estado». Las indicaciones del director sólo las aceptaba si le llegaban a través del séquito –dos oficiales del Aire– puesto a su servicio por el mariscal Göring. Al fin terminó explicando que si no mostraba interés alguno por aquella obra era porque no recibía ni un solo pfennig a cambio de su aportación.

Con la figura más destacada de la filmografía alemana de la época, Emil Jannings, Goebbels no podía salir malparado. El gran actor, consciente de su importancia en el cine alemán, venía a ganar por término medio 125.000 marcos al año, que debía satisfacer el Estado; al tiempo exigía condiciones especiales a la firma de sus contratos. En el filme «Ohm Krüger», en el que encarnaría el papel del presidente del Transvaal que se enfrentó a la corona británica, el bóer Paul Krüger, estas prerrogativas significaron que el actor Jannings podría permitirse una interpretación a su gusto. «Hizo reformar una y



El pequeño pueblo pionero de los bóers contaba con un verdadero caudillo, un hombre de mirada amplia que regía a sus compatriotas como un pater familias. Este era el buen Ohm Krüger. Ya era un anciano cuando se encontró oro en el Transvaal y surgió la ciudad de Johannesburgo junto a las excavaciones de los mineros. De repente se vieron él y su pueblo en el punto más candente de los acontecimientos de la vida internacional. A pesar de que jamás había salido de su país y de que hasta los veinte años no había aprendido a leer y escribir, poseía una astucia tal que era envidiado por los diplomáticos europeos. Pero de pronto dio con los subterfugios de un Cecil Rhodes y de un Chamberlain cuando él fue a Inglaterra y trató de establecer un acuerdo por el que habría de garantizarse la autonomía nacional del pueblo de los bóers. Cuando Krüger regresó a su país decidió convocar a todos sus compatriotas para que se armaran con vistas a la lucha decisiva que él veía inminente. Había obligado a Inglaterra a ser razonable ante los ojos del mundo, pero, por su parte, estaba seguro de que los ingleses buscarían nuevos caminos para romper las hostilidades con el menor pretexto. La hora de la verdad estaba a punto de llegar. Ahora demostraría el viejo Ohm Krüger con cuánta justeza había valorado a Inglaterra y qué bien había obrado al proveerse de lo necesario para el ataque. Los bóers vencerán. Cuando Inglaterra com-



probo que la lucha del pequeño pueblo era saludada con alborozo por todo el mundo, se convenció de que no podría vencerlo con cañones y fusiles. Entonces cometió una de las mayores vilezas de la historia universal. Encomendó la marcha de las operaciones a un hombre llamado Kitchener, que había impuesto sus métodos previamente en la India y en Egipto. La lucha no se desarrollaba ahora contra un ejército regular, sino contra todo un pueblo. Las granjas fueron incendiadas, muertos los rebaños, se cegaron las fuentes, se entregó armas a los negros y las mujeres y los niños quedaron encerrados en campos de concentración. En cada uno de éstos se trató de vencer la resistencia de los hombres, que continuaban luchando, mediante el hambre y las penalidades a que se vieron sometidas sus familias. Más de 26.000 personas, entre mujeres y niños, perecieron en ellos, mientras Ohm Krüger, ya casi ciego, se apresuraba a recorrer las capitales del continente europeo en busca de ayuda. Pero era demasiado tarde. La diplomacia inglesa había trabajado bien. Los Gobiernos no estaban dispuestos a acceder a aquello que pedía el hombre de la calle con toda energía: el envío de ayuda a los bóers. De todas partes fue expulsado el pobre anciano hasta que encontró asilo en Suiza. Desde entonces han pasado cuarenta años, pero este tiempo es muy reducido para la historia. Al fin ha llegado la hora de la verdad.

(Del folleto explicativo del filme «Ohm Krüger», 1941)

otra vez el libreto, hasta tal punto que cuando entró en el plató seguía siendo una obra antiinglesa, desde luego, pero el argumento era ya más razonable» (Heinrich Fraenkel).

Pero Jannings no había consultado con el patrón. Cuando Goebbels se hizo proyectar privadamente la cinta, no sólo se limitó a presentar objeciones sino que incluso redactó él mismo un par de páginas para incluir en el guión. Luego, ordenó que se repitiese el rodaje teniendo en cuenta sus innovaciones, «tal sarta de barbaridades históricas» (Heinrich Fraenkel) que Steinhoff se revolvía a espaldas de Jannings. Al final, cuando se procedió a la filmación definitiva, Goebbels se encontraba en el plató y así logró lo que se proponía: «Un furibundo filme antibritánico de una crudeza sin precedentes, comprometiendo al tiempo con esta película a dos grandes artistas de la pantalla; así los castigaba por haberse resistido a las directrices del ministro de Propaganda» (Heinrich Fraenkel).

«Ohm Krüger» fue presentado como la obra maestra que esperaba la filmografía alemana. Tres directores habían movido ante las cámaras 40.000 personas y 400 caballos. Todos los papeles principales fueron interpretados por grandes estrellas de la pantalla del Reich: Emil Jannings, Werner Hinz, Harald Paulsen, Otto Wernicke, Ferdinand Marian, Gisela Uhlen. Incluso los papeles secundarios fueron distribuidos entre un buen plantel de actores: Lucie Höflich, Elisabeth Flickenschildt, Hilde Körber, Franz Schafheitlin, Paul Bildt... y Gustav Gründgens. La película fue calificada oficialmente como «filme de la nación» y recibió seis de los siete posibles «calificativos» de la crítica del Estado. El lápiz rojo del jefe de producción anotó una cifra de costos de 5,477 millones de marcos. Solamente sería superada por «Kolberg», rodada en 1945, que costó 8,8 millones.

Tras su esplendorosa gala de estreno, el 4 de abril de 1941 –al mismo tiempo en que las tropas de Rommel conquistaban Cirenaica– con la asistencia de Goebbels y Hess, «Ohm Krüger» se convirtió muy pronto en tema de conversación del momento y en objeto de las preferencias del público.

La reacción superó lo esperado por el doctor Goebbels. De París a Cracovia, de Estocolmo a Nápoles, toda Europa hablaba de los campos de concentración ingleses. El 28 de febrero de 1942 declaraba muy ufano el ministro de Propaganda del Reich: «Que una película como 'Ohm Krüger' haya sido tan importante en política interior como exterior, no necesita explicación alguna». Los que hicieron el filme, por su parte, recibieron entusiásticos aplausos.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



Rudolf Hess con Schreck y Hitler en 1930.

Hermes, portaaviones británico puesto en servicio el 18-II-1924. Desplazamiento: 10.850 toneladas; velocidad: 25 nudos; armamento: 7 cañones de 140 mm y 4 de 102 mm; 15 aviones a bordo. El 8-VII-1940 los aviones del *Hermes* atacaron al crucero francés *Richelieu,* anclado en Dakar, y lo hundieron. El *Hermes* corrió la misma suerte el 9-IV-1942 cuando formaba parte de la British Eastern Fleet en un encuentro con un portaaviones japonés, durante un ataque a Ceilán.

Hess, Rudolf, político alemán. Nació en Alejandría el 26-IV-1894. Conoció a Hitler en Munich e ingresó en el NSDAP (partido obrero nacional socialista alemán). N.º de carnet: 16. Tomó parte en el golpe de 1923 en Munich. Secretario particular de Hitler en 1925. En 1933 lugarteniente del *Führer* y ministro del Reich. En el partido se le consideraba como la «conciencia del *Führer*» y se le tenía por un idealista ingenuo. El 10-V-1941 Hess voló en un *Me 110* desde Augsburgo a Escocia, donde saltó en paracaídas con objeto de establecer contacto y mantener conversaciones de paz con las autoridades británicas. El 13-V-1941 calificó Hitler de «rapto de locura» el intento de su lugarteniente. El propio Hess, al darse cuenta de que su propósito había fracasado, intentó suicidarse el 15-X-1941. El 1-X-1946 Hess fue condenado por el tribunal de Nuremberg a cadena perpetua por haber participado en los preparativos de «una guerra de agresión». Hasta hoy permanece en la prisión aliada de Spandau para criminales de guerra, siendo en la actualidad el único detenido. Todos los intentos de las potencias occidentales de ponerle en libertad han fracasado ante la oposición soviética.

Heydrich, Reinhard, uno de los principales jefes de las SS. Nació en Halle el 7-III-1904 y murió víctima de un atentado en Praga el 4-VI-1942. En 1922 ingresó en la Marina de la que fue expulsado en 1930 por decisión de un tribunal de honor, bajo la presidencia del más tarde almirante Canaris. En 1931 ingresó en el NSDAP y en las SS. En noviembre de 1931 pasó a dirigir la oficina de Información de las SS en Munich, de la que surgiría el SD (Servicio de Seguridad). El 19-VII-1932 fue nombrado director del SD. El 1-III-1934 *Gruppenführer.* En 1934 jefe de la Policía Secreta de Berlín. El 17-VI-1936 jefe de la Policía de Seguridad y del SD. El 27-IX-1941 *Obergruppenführer* de las SS y general de la Policía. El 27-IX-1941 fue nombrado Protector del Reich en Bohemia y Moravia. El 27-V-1942 cayó víctima de un atentado realizado por exiliados checos lanzados en paracaídas por aviones británicos. Como «represalia», los alemanes destruyeron el pueblo de Lidice, fusilando a todos los habitantes varones.

Hilpert, Carl, general alemán. Nació en Nuremberg el 12-IX-1888 y murió en Moscú en 1946. En febrero de 1940, jefe del Estado Mayor del Ejército 1. El 26-X-1940, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B. En 1943, comandante del Cuerpo de Ejércitos LIV. En septiembre de 1944, comandante en jefe del Ejército 16. El 10-III-1945 fue nombrado jefe del Grupo de Ejércitos de Curlandia. Murió en las prisiones soviéticas.

Himmler, Heinrich, jefe de las SS del Reich. Nació el 7-X-1900 en Munich y murió el 23-V-1945 en un campo de prisioneros en las inmediaciones de Lüneburg. Terminó sus estudios de agricultura en agosto de 1922. Participó en 1923 en el golpe organizado por Hitler en Munich como miembro de una organización afín. Ingresó en el NSDAP, con el número 14.303, el 2-VIII-1925. Fue secretario del equipo de los hermanos Strasser. El 6-I-1929 fue nombrado por Hitler jefe de las SS (SS n.º 168). En 1933 jefe de la policía política de Baviera. Nombrado el 20-IV-1934 subjefe de la Gestapo en Prusia. El 17-VI-1936 subsecretario del Ministerio del Interior y como tal jefe de la policía alemana. El 7-X-1939 comisario del Reich para la Consolidación de la nacionalidad alemana y, por tanto, responsable de la colonización de los territorios ocupados (por lo que tuvo que empezar expulsando sin piedad a sus habitantes). El 25-VIII-1943, ministro del Interior del Reich, con poderes plenos dentro de la Administración. El 21-VIII-1944, jefe del armamento militar y encargado de la movilización de nuevos reemplazos. En la primavera de 1945 se hizo cargo del mando del Grupo de Ejércitos del Vístula. El 20-III-1945 debido a su inoperancia fue sustituido por el general Heinrici. Himmler entró en contacto con el conde Folke Bernadotte y con los Aliados para tratar de conseguir una paz por separado en el Oeste. Enterado Hitler, le destituyó de todos sus cargos y le expulsó del partido. Tras la capitulación, fue internado el 20-V-1945 en un campo británico de prisioneros, en el que se suicidó. Al nombre de Himmler van unidos los peores recuerdos del Estado policíaco, la eliminación de los judíos, las torturas y la delirante idea de la raza superior creada bajo la «orden de la calavera».

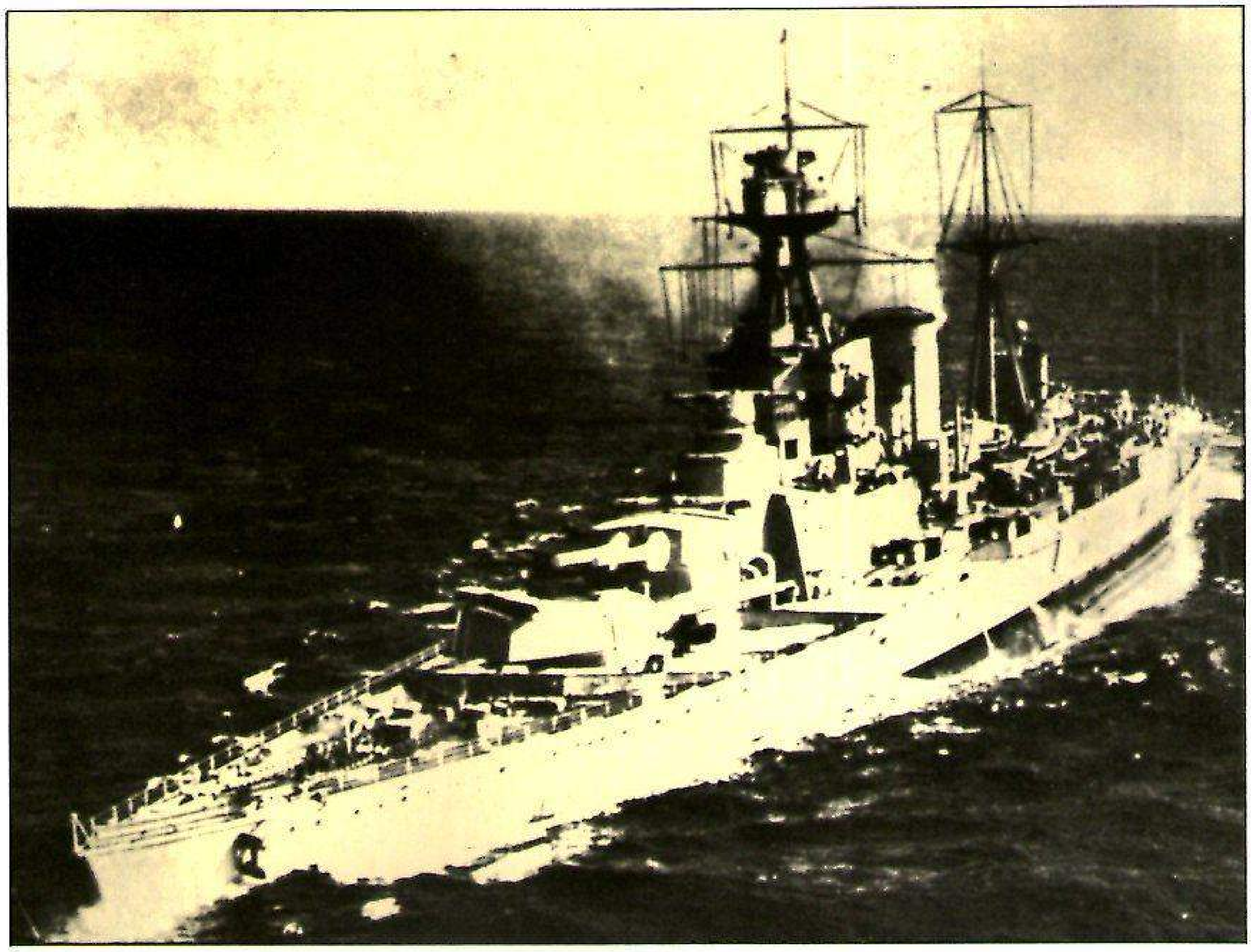


Heinrich Himmler conversando con un oficial de su Estado Mayor.

Hiroshima, ciudad portuaria japonesa en la isla de Hondo. En 1938 contaba con 327.000 habitantes. Centro industrial y comercial. Astilleros, metalurgia e industrias diversas. Destruida en un 80 % por la explosión de la primera bomba atómica norteamericana el 6-VIII-1945, resultando muertas 92.000 personas. Hay cálculos que elevan esta cifra a 200.000. Hasta hoy se pueden registrar las consecuencias de la radiactividad.

Hiryu, portaaviones japonés puesto en servicio el 5-VII-1939. Desplazamiento: 17.300 toneladas; velocidad: 34 nudos; armamento: 12 cañones de 127 mm; hasta 73 aviones a bordo. Tomó parte en el ataque realizado contra Pearl-Harbor el 7-XII-1941. Resultó hundido por los aparatos del portaaviones americano *Yorktown* el 5-VII-1942, durante la batalla de las Midway.

Hitler Adolf, político alemán. Nació el 20-IV-1889 en Braunau/Inn y se suicidó en Berlín el 30-IV-1945. Asistió a la escuela en Linz y residió en Viena, donde realizó diversos aprendizajes y trabajó ocasionalmente. En 1912 se trasladó a Munich. Como voluntario bávaro participó en la primera Guerra Mundial. Terminó la contienda como cabo y fue condecorado con la Cruz de Hierro. Militante del partido obrero alemán, se convirtió pronto en su jefe añadiéndole el calificativo de nacionalsocialista. Condenado a cinco años de prisión por el fracasado golpe de Munich, aprovechó su encarcelamiento para escribir con la ayuda de Hess, «Mein Kampf». Se le concedió la amnistía en 1925. El 30-I-1933 fue nombrado canciller del Reich. El 3-VIII-1934 *Führer* y canciller. Más tarde, comandante supremo de las Fuerzas Armadas alemanas. Fue un gran autodidacto, capaz de suscitar grandes emociones y de cometer errores terribles, no en último lugar por su falta de conocimientos sobre la verdadera situación política de su época y su falta de realismo. De su idea del «espacio vital» surgiría la segunda Guerra Mundial.



«The mighty Hood» («el poderoso Hood»). Así llamaban los ingleses a este crucero de batalla que pasaba por ser el más potente del mundo hasta que fue hundido por el «Bismarck» el 24-V-1941.

Hitlerjugend, división alemana contracarros reclutada entre los voluntarios de las Juventudes Hitlerianas entre los 17 y 18 años. Los Aliados la llamaron «Baby-Division». Formada en julio de 1943, en octubre del mismo año pasó a integrar la División acorazada de las SS «Hitlerjugend». Combatió en diversos frentes experimentando sensibles bajas. Continuamente se reorganizaba con nuevos voluntarios. Tomó parte en los combates del frente occidental y en la ofensiva de las Ardenas. Luchó también en Hungría y otros lugares.



Combatientes de la División acorazada «Hitlerjugend» ante sus carros.

Hoepner, Erich, general alemán. Nació en Francfort el 14-IX-1882 y murió ahorcado en Berlín el 8-VIII-1944. Ascendido a general de Caballería el 1-IV-1939, tomó parte en la invasión de Polonia como jefe del Cuerpo de Ejército XVI. El 22-VI-1941 pasó a mandar el 4.º *Panzergruppe* con el que tomó parte en las batallas de Viazma y Briansk. Expulsado del Ejército el 8-I-1942 por «cobardía e indisciplina ante el enemigo», cosa que no se supo hasta después del atentado contra Hitler de julio de 1944. Hoepner mandó retroceder a cuatro divisiones situadas al oeste de Moscú y que corrían el peligro de verse cercadas por el enemigo. Hoepner, que desde 1933 había criticado siempre el nacionalsocialismo, se enteró a finales de septiembre en Berlín, por el general Obricht, de que se preparaba un atentado contra Hitler. Tras él, Hoepner pasaría a mandar las tropas de guarnición dentro del territorio alemán. El 20-VII-1944, al fracasar el golpe, Hoepner fue detenido en Berlín, donde fue juzgado, condenado a muerte y ejecutado el 8-VIII-1944.

Hollidt, Karl Adolf, general alemán. Nació en Speyer el 25-IV-1891. El 15-IX-1939, jefe del Estado Mayor del Ejército 5. El 25-X-1940, comandante de la División de Infantería 50. El 23-I-1942 comandante del Cuerpo de Ejército XVII. El 23-XI-1942, jefe de la Agrupación Hollidt, que combatía con el Grupo de Ejércitos Sur. Entre el 5-III-1943 y abril de 1944, jefe del nuevamente formado Ejército 6. En abril de 1944 pasó a encargarse de los reservistas. Prisionero de los americanos en 1945, fue condenado a 5 años de prisión en 1948 y puesto en libertad en las Navidades de 1949.



Erich Hoepner

Home Fleet (Flota británica metropolitana), fuerza principal de la Royal Navy, dentro de la zona de las islas Británicas. Base: Scapa Flow. Comandantes supremos durante la segunda Guerra Mundial: 1938-diciembre 1940: almirante sir Charles M. Forbes. Diciembre 1940 mayo 1943: almirante sir John C. Tovey. Mayo 1943-junio 1944: almirante sir Bruce A. Fraser. Junio 1944-noviembre 1945: almirante sir Henry R. Moore.

Home Guard, ejército irregular inglés integrado por un número ilimitado de voluntarios que se

comprometían a dedicar por los menos 60 horas de servicio durante un año. En la segunda Guerra su función principal se refería a la protección civil contra los ataques aéreos alemanes y a la preparación con vistas a una posible invasión nazi.

Hood, crucero de batalla británico puesto en servicio el 5-III-1920. Desplazamiento: 41.200 t; velocidad: 31 nudos; eslora: 262,2 m; manga: 31,7 m; dotación: 1477 hombres; armamento: 8 cañones de 381 mm; 6 de 140 mm; 14 antiaéreos de 102 mm. Modernizado de junio de 1929 a mayo de 1931. A partir de septiembre de 1939 pertenece a la Home Fleet. En noviembre de 1939 ataca a los buques alemanes *Scharnhorst* y *Gneisenau*. En junio de 1940 se le destina a



Nikolaus Horthy von Nagybánya, representante del Reich en Hungría.

escolta de mercantes en ruta hacia Australia. En septiembre de 1940 fue trasladado a Rosyth en previsión de una invasión alemana en la zona del Canal. En 24-V-1941 fue hundido por el *Bismarck* al sur de Groenlandia, pereciendo 1388 marineros.

«Hornisse», nombre popular del *Messerschmitt Me 410*. Significa «avispón». En total se produjeron 1121 unidades de este modelo hasta 1944. Se empleó como bombardero ligero en distintas versiones, como aparato adecuado para misiones de reconocimiento o como caza en ataques diurnos contra formaciones de cuatrimotores americanos. Datos del Me 410 A-1: dos motores de 1750 caballos; velocidad máxima: 625 km/h a una altura de 6700 m; autonomía: 2330 km. Dotación: dos hombres. Carga de bombas: hasta 2000 kg, sin incluir dos bombas de 50 kg situadas bajo las alas. Armamento: 2 cañones de 20 mm, dos ametralladoras de 7,9 mm y otras dos de 13 mm. Las primeras situadas en el morro y las últimas a los lados del fuselaje.

Horthy von Nagybánya, Nikolaus, político húngaro. Nació el 18-VI-1868 en Kenderes y murió el 9-II-1957 en Estoril (Portugal). Contraalmirante y jefe supremo de la Flota austrohúngara en 1918. Elegido administrador del Reich para Hungría, se mostró muy favorable a la implantación del fascismo en su país. Logró el ingreso de su país en el Pacto Tripartito, en 1940, y tomó parte con sus tropas en las campañas de los Balcanes y de Rusia. Poco a poco fue distanciándose de Hitler, hasta abandonarle cuando se impuso la participación de Hungría en la guerra. Accedió, no sin protestar, a la ocupación de su patria, el 18-III-44, por tropas alemanas. Sus esfuerzos por lograr una paz por separado para Hungría fracasaron. Igualmente intentó poner freno a la deportación de judíos de su país. El 14-X-44 fue obligado a renunciar a su puesto y confinado en Baviera.

Hossbach, Friedrich, general alemán de Infantería (1-XI-43). Nacido el 21-XI-1894 en Unna. Ingresó en el Ejército en 1913. Del 3-VIII-34 al 28-I-38, ayudante de Hitler para asuntos de la *Wehrmacht*. En calidad de tal redactó el llamado «protocolo de Hossbach» en el que se contenía una conversación de Hitler con los supremos jefes de las Fuerzas Armadas en la que el dictador manifestaba que el «problema de espacio» en Europa tenía que quedar solucionado por la fuerza como muy tarde en 1943 o 1945. Nombrado general de División el 1-III-42. El 16-V-43, designado comandante de la División 31. Del 2-VIII al 10-VIII-43, segundo jefe del Cuerpo acorazado LVI. Desde el 12-VIII-43, comandante en jefe de dicho cuerpo. Del 19-VII-44 al 28-I-45 comandante supremo del Ejército 4. Fue relevado de su cargo por Hitler, al actuar por su cuenta y riesgo en Prusia Oriental.

Hoth, Hermann, general alemán (19-VII-40). Nacido el 12-IV-1885 en Neuruppin y muerto en Goslar el 26-I-1971. Ingresa en el Ejército en 1904. General de División el 1-X-34. Teniente general el 1-X-36. General de Infantería el 1-XI-38. Comandante de la División 18 el 1-X-35. Comandante general del Cuerpo de Ejército XV el 10-XI-38. En noviembre de 1940, comandante supremo del 3.^{er} *Panzergruppe*. El 5-X-41, comandante supremo del Ejército 17. El 1-VI-42, jefe del Ejército acorazado 4. El 10-XII-1943, depuesto por Hitler bajo la acusación de no haber hecho todo lo posible por recuperar Kíev. Condenado en Nuremberg a 15 años de cárcel. Liberado en 1954 de la prisión de Landsberg.

Hube, Hans Valentin, general alemán (20-IV-1944). Nacido el 29-X-1890 en Naumburg y muerto en accidente de aviación el 21-IV-1944. Ingresa en el Ejército en 1909. General de



Hermann Hoth

División el 1-VI-1940. Teniente general el 1-IV-42. General de tropas acorazadas el 1-X-42. Comandante de la División de Infantería acorazada 16 el 1-VI-40. Del 15-IX-42 al 30-X-42 comandante en jefe del Cuerpo acorazado XIV. El 29-X-43, comandante supremo del Ejército acorazado 1. Condecorado con la Cruz de Caballero de 1.^{a} Clase con hojas de roble y espadas y brillantes (20-IV-1944).

Hudson, avión de reconocimiento costero y cazasubmarinos de la RAF del tipo Lockheed A 28/29. Se costruyó en 1938 en los Estados Unidos por encargo británico como versión militar del avión comercial Lockheed L 14. Un aparato de este tipo fue el primero en poner fuera de combate, el 8-X-1939, en el mar del Norte, a un portaaviones alemán. Datos de la versión Hudson III: Dos motores de 1200 caballos; velocidad máxima: 410 km/h a una altura de 1500 m; autonomía: 3700 km; dotación: 4 hombres. Carga de bombas: 340 kg o 4 cargas de profundidad. Armamento: 7 ametralladoras de 7,7 mm.



Aviones de reconocimiento del tipo Hudson (fotografía aérea).

Otro escenario bélico

Necesito algunos centenares de muertos para sentarme a la mesa de los vencedores». Con estas cínicas palabras justificó Mussolini su decisión del 10 de junio de 1940 de entrar en la guerra al lado de Alemania contra Francia e Inglaterra. Francia estaba al caer y a ella le seguiría Gran Bretaña. Las tropas italianas se pusieron en movimiento en el Norte y Este de África; las de Libia hacia el canal de Suez, las de Abisinia hacia Sudán.

El encargado de dirigir la operación contra Egipto es Italo Balbo, gobernador general de Trípoli, héroe del vuelo sobre el Atlántico en 1929, compañero de las primeras horas de lucha de Mussolini y su rival en la jefatura del partido. En su primera ofensiva los italianos expulsan a los ingleses de Somalia, en la costa oriental africana; el Ejército italiano del África oriental se dispone a iniciar una acción contra Sudán por el sector de Keren, con objeto de tomar a los británicos la posición clave del valle del Nilo. En el Norte de África se concentran más de 250.000 soldados italianos.

En medio de estos preparativos, el 28 de junio de 1940 muere el mariscal Balbo durante un vuelo de reconocimiento sobre las propias posiciones, víctima de los cañones antiaéreos italianos. De esta manera desaparece del escenario bélico quizás el único hombre que hubiera podido vencer el recelo de un Ejército con muy poca confianza en el resultado de las operaciones que se preparaban en África. Italo Balbo tenía 44 años y escasos conocimientos del arte de la guerra. Había sido ministro de Aviación entre 1929 y 1933, lo que tampoco le reportó demasiadas perspectivas acerca de la estrategia moderna. Pero Balbo era un auténtico tribuno popular, que poseía la capacidad de fanatizar a las masas y cuyo valor rayaba en la temeridad.

Su sucesor será el mariscal Graziani, un «fascista de la primera hora» como Balbo; un soldado que había demostrado su valer en la conquista de Abisinia. Graziani tiene la misión de atacar



El ataque italiano contra Egipto se saldó con una derrota de las tropas de Mussolini. 130.000 hombres cayeron prisioneros.

Egipto, y piensa hacerlo lanzándose en medio del desierto contra las débiles unidades anglo-indias. Mussolini ordena que la ofensiva comience exactamente el mismo día en que el primer soldado alemán ponga su pie en las Islas británicas. La fecha se va aplazando; Mussolini pierde la paciencia. Graziani recibe la orden de atacar cuanto antes; responde que necesita tiempo. Mussolini le amenaza con la destitución.

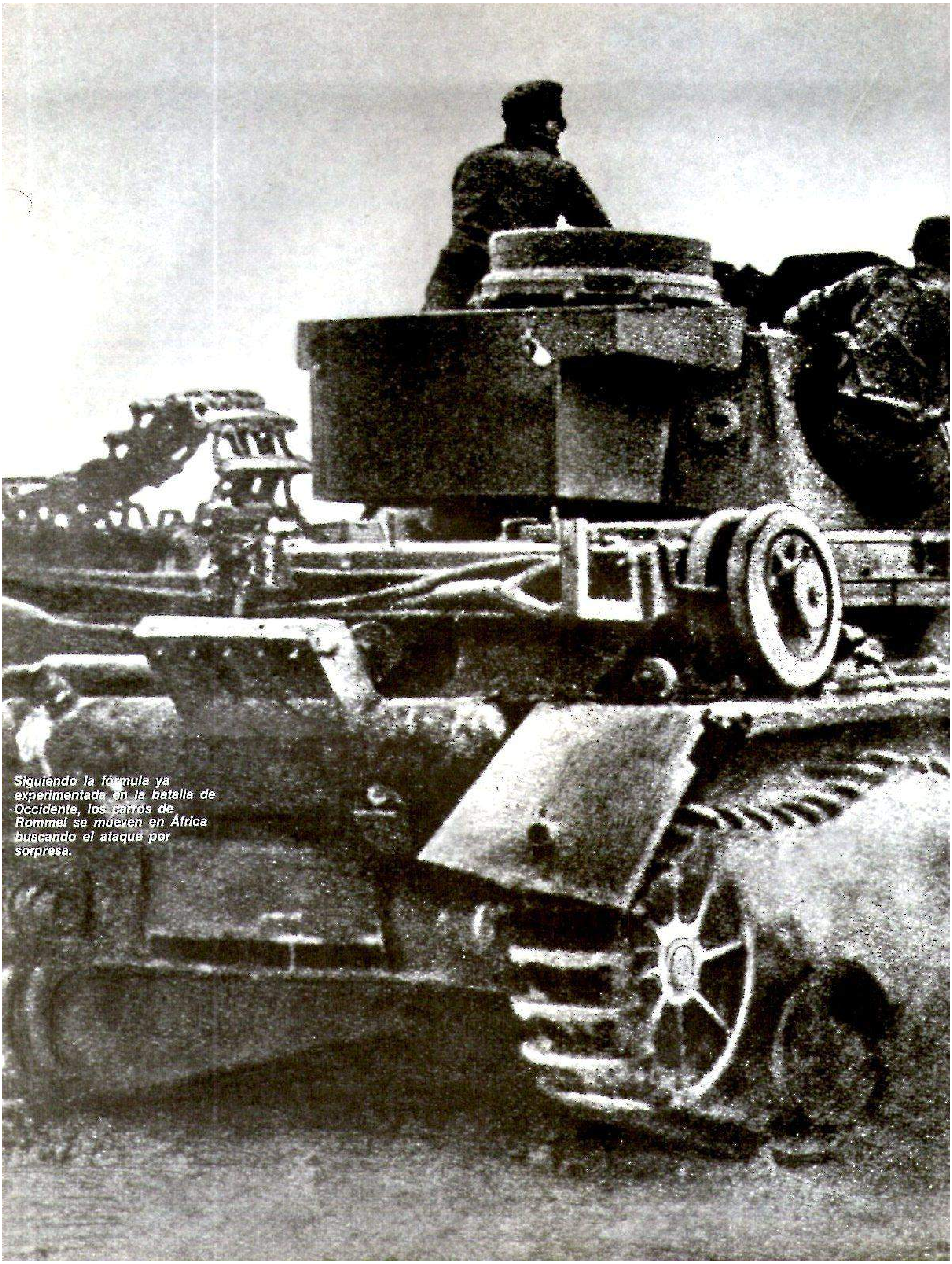
El 13 de septiembre de 1940 Graziani inicia una ofensiva convencional a lo largo de la costa. Las fuerzas británicas en Egipto, todavía débiles, no ofrecen apenas resistencia. Graziani ocupa el fuerte de Sidi el-Barrani, en la frontera occidental egipcia y se asegura así un buen punto de apoyo para futuras operaciones.

El 9 de diciembre de 1940, el comandante supremo británico en Egipto, general sir Archibald Wavell, inicia la contraofensiva con la División 4 de Infantería india y la División acorazada 7 inglesa. En un golpe de mano los británicos ocupan el campo atrincherado de Nibeiwa en las primeras horas de la mañana. El general italiano que manda las fuerzas es hecho prisionero en pijama. En cuatro días de combates cae en poder británico toda la posición de Sidi el-Barrani. Se rinden 28.300 italianos. En total los ingleses registraron 624 bajas, entre prisioneros, heridos, desaparecidos y muertos.

El general Wavell, sorprendido por su propio éxito, no sabe sacarle fruto. La División 4 india es enviada al frente sudanés de Keren; para sustituirla se espera a la División 6 australiana. Graziani, en vista de la baja moral y escaso armamento de sus tropas, quiere retroceder hasta Trípoli, la capital de la Libia italiana. Mussolini se lo prohíbe categóricamente.

Dos Divisiones de Camisas Negras, milicias del partido –según Mussolini tropas especiales–, y dos Divisiones del Ejército se hacen fuertes en Bardia, como punto operacional de partida, después de haber cedido Sollum, en la frontera libio-egipcia. Su jefe es el enérgico general Bergonzoli. El 3 de enero de 1941 inician el asalto a Bardia dos Brigadas australianas, apoyadas por un Grupo de carros de la División 7 acorazada y por el fuego artillero de la Marina de guerra británica. Después de dos días de lucha capitulan los 40.000 italianos. Gran Bretaña, libre ya del peligro de una invasión alemana, envía a Egipto 76.000 soldados ingleses, a los que se añaden 50.000 procedentes de Australia y Nueva Zelanda. Se prosigue el avance por la costa en dirección al Oeste. En Tobruk deponen las armas 25.000 italianos. El importante puerto, con sus grandes depósitos de agua y carburante, cae intacto en manos de los ingleses. El general Graziani da la orden de abandonar Bengasi, capital de Cirenaica, e inicia el repliegue con cinco Divisiones y la División acorazada «Babini» por la vía Balbia, en dirección a Trípoli. Durante la marcha la División acorazada 7 británica ataca sus flancos. Una vez más se rinden 25.000 italianos. El Ejército de Libia se halla en el límite de sus fuerzas. Ha llegado la hora de la ayuda alemana. El otoño anterior, los generales italianos se opusieron a cualquier intromisión germana. La guerra de África era una empresa italiana. Ahora ha dejado de serlo de una vez para siempre.

Walter Görlitz



Siguiendo la fórmula ya experimentada en la batalla de Occidente, los carros de Rommel se mueven en África buscando el ataque por sorpresa.

ROMMEL ATACA

Wulf Weiter

El Cuartel General del «Führer» había dado a Rommel un plazo hasta el 20 de abril para sus planes de ofensiva en África. Ya el 31 de marzo los soldados de Rommel tomaron el fuerte de Marsa el-Brega, iniciando su avance victorioso a través de la Cirenaica.



Entre las dunas del desierto se encuentra un carro de combate camuflado con rayas verdes y amarillas. En su lado derecho, bajo la torreta, dentro de un círculo blanco, puede verse dibujado un jerbo en rojo, distintivo del 11 de Húsares, la mejor tropa acorazada británica en el Norte de África.

La noche del 31 de marzo es tranquila. Desde la caída de la tarde ha dejado de soplar el viento del desierto, el peor enemigo de los combatientes africanos, capaz de levantar la fina arena y filtrarla hasta la ropa interior, a través de los párpados o dentro de los termos cerrados. Tan silenciosa y tranquila es la noche que los cuatro hombres de la dotación del carro se despiertan sobresaltados al ponerse en marcha frente a ellos, pero aún a distancia en El-Agheila, un par de motores pesados. La dotación del carro está compuesta por dos oficiales, el teniente primero James «Nobby» Clark y el teniente Fred Miller, llamado «Dusty», como todos los Miller del Ejército.

Ambos, junto con el conductor y el radio, observan fijamente lo que sucede en el fuerte de El-Agheila, del que surgen algunas siluetas poderosas acompañadas por el ruido inconfundible de motores y cadenas.

Se oyen voces en una lengua extraña... «Son alemanes», murmura «Dusty» Miller. De pronto, el desierto entero despierta y uno de los monstruos comienza decidido a avanzar hacia ellos. Los cuatro ocupan rápidamente sus puestos, y el conductor, maniobrando con gran pericia, logra poner el blindado a salvo moviéndose en dirección al Este.

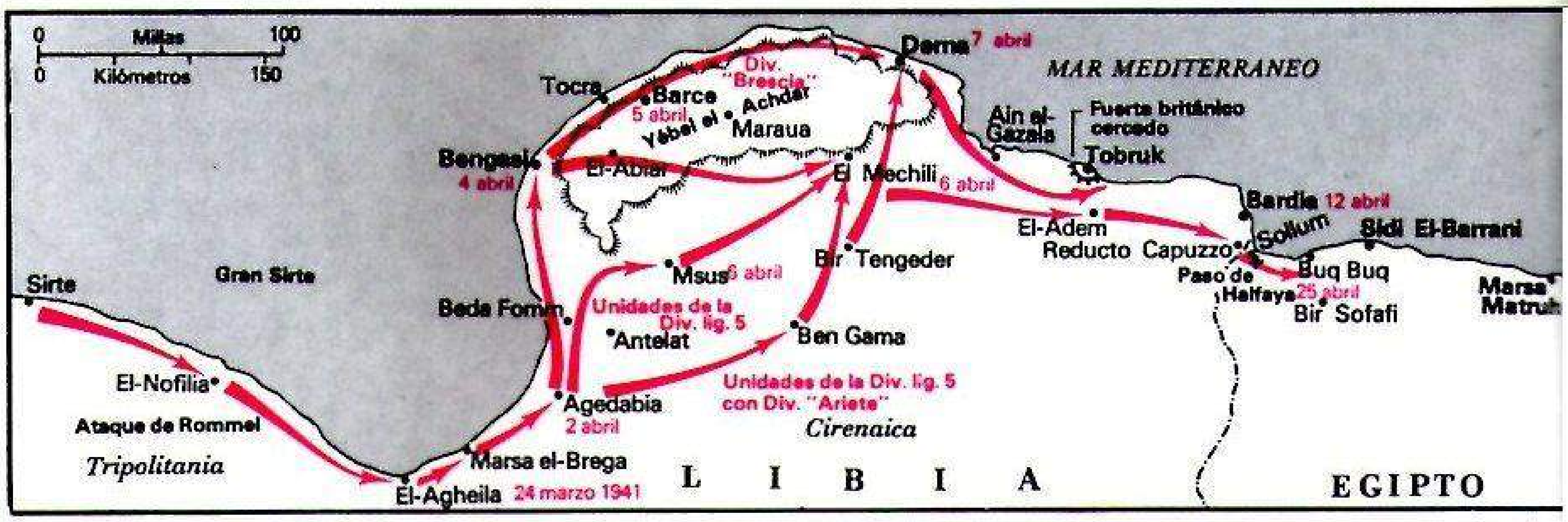
Por precaución deciden no utilizar la radio y, tras una marcha precipitada, comunican verbalmente en Marsa el-Brega a la sección de reconocimiento de la División acorazada 2 británica: «Los alemanes atacan en un amplio frente. Movimiento de carros en el sur y en la carretera de la costa...»

Acaban de anunciar el comienzo de una de las campañas más victoriosas de la historia de la guerra.

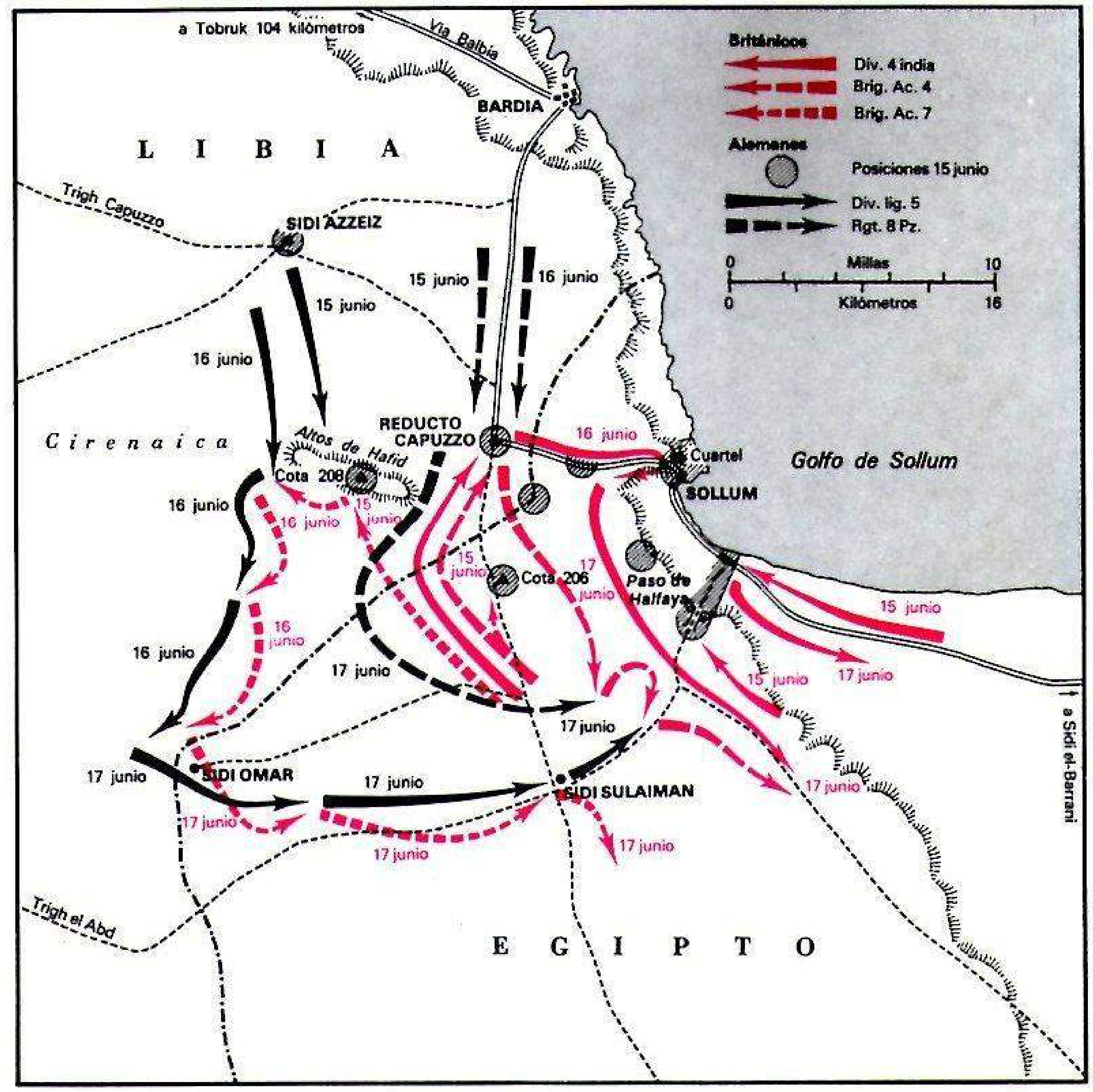
La noticia hace saltar de la cama, en su habitación del hotel Italia de Bengasi, al general británico P. Neame, comandante de las fuerzas de Cirenaica. La noticia le sorprende tanto como a su superior, general Archibald Wavell, en El Cairo. Días antes, sir Archibald había demostrado al ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y al general sir John Dill, expresamente llegados de Londres, que las tropas alemanas no atacarían antes de mediados de mayo. A esta deducción le habían llevado el perfecto conocimiento de la situación general en el Norte de África, los datos que tenía sobre las fuerzas enemigas y hasta la posesión de las instrucciones secretas del OKW para este sector. Sir Archibald, sin embargo, había olvidado entretanto una observación propia. La había formulado el 6 de febrero de 1941 al escuchar el nombre del general Erwin Rommel, nombrado nuevo jefe del Afrikakorps. «Dicen que es un hombre más bien impetuoso», había dicho entonces sir Archibald. Y exactamente eso era lo que iba a ponerse de manifiesto.

En su Directiva n.° 18, Hitler había previsto la actuación de las tropas alemanas sólo cuando las fuerzas italianas hubiesen alcanzado Marsa Matruh. Seguía creyendo que los italianos únicamente necesitaban el respaldo de los carros y de la aviación germanos para llegar al canal de Suez. Algunas semanas después los italianos se encontraban en plena retirada y Hitler daba la orden de preparar el transporte de una División acorazada alemana a África. En la Directiva n.° 22 del *Führer*, de fecha 11 de enero de 1941 se reconoce: «La

Un mes después de iniciado su ataque, Rommel se ha abierto paso por el camino de la costa desde El-Aghella hasta el Paso de Halfaya. Sólo Tobruk permanece en manos de los británicos (mapa de la derecha).



«Battleaxe» era el nombre de la operación preparada por los británicos y que debía servir para expulsar a Rommel de Cirenaica. Los primeros objetivos eran Sollum y el Paso de Halfaya (abajo).



situación en el Mediterráneo precisa por motivos estratégicos, políticos y psicológicos de la ayuda alemana. Tripolitania no debe perderse.» Hitler pensaba en medidas de defensa. Una ofensiva sólo la consideraba posible para el invierno 1941/42.
El propio Hitler había calificado de «barrera» las tropas alemanas de Rommel en África. Su misión era puramente defensiva con objeto de ayudar en su estrategia a las tropas aliadas italianas, bajo cuyo mando se encuadraban.
Entre diciembre de 1940 y febrero de 1941 los ingleses, con tres Divisiones de asalto –31.000 hombres–, habían logrado derrotar a los 200.000 soldados italianos del mariscal Graziani. Los hombres de Wavell habían perseguido a los mal equipados y peor dirigidos italianos durante 1200 kilómetros, desde Sidi el-Barrani hasta más allá de Marsa el-Brega y El-Agheila, para detenerse en el Gran Sirte a causa de las dificultades creadas por el rápido avance a los convoyes de suministro.

Un «hombre impetuoso»

Hitler estaba indignado. Había quedado claro que la malograda iniciativa italiana en Grecia le iba a obligar a intervenir en los Balcanes. Y por añadidura tendría que hacer lo mismo en África. Por entonces estaba decidido a atacar a Rusia y acabar con ella antes del invierno de 1941. Luego pensaba volverse contra los ingleses en Egipto y apoderarse del Oriente Próximo. Estos eran los planes, y de repente debía, «por motivos estratégicos, políticos y psicológicos», salvar al menos la Tripolitania para los italianos.
Así pues: sólo una «barrera», ningún tipo de experimentos. El jefe del Estado Mayor, general Halder, coincidía en el mismo pensamiento: «El Afrikakorps es una empresa política para mantener bien atados a los italianos.» Para cumplir esta misión pareció suficiente la División ligera 5. Sólo cuando los británicos llevaron a cabo su victoriosa y sorprendente ofensiva, añadieron los alemanes la División acorazada 15. A Rommel se le comunicó que cuando estos refuerzos llegaran, hacia finales de mayo, podría emprender alguna ofensiva limitada en el sector de Agedabia. Los planes al efecto debía presentarlos Rommel en el OKW hasta el 20 de abril.
Sir Archibald había recibido cumplida información de los agentes de Londres y Berlín. A esto había que añadir que las tropas de Rommel no estaban aún completas y que no poseían la menor experiencia del desierto. Sin embargo, él era un «hombre impetuoso».
Para Rommel las cosas se presentaban de otra manera: al comenzar Mussolini su aventura de Grecia, los ingleses habían trasladado a ese teatro de operaciones todas sus fuerzas de Aviación y desembarco. Si bien había llegado a África la División acorazada 2 británica, Rommel tenía a su disposición la División ligera 5 y, además, empezaban a desembarcar en Trípoli las primeras unidades de la 15.ª *Panzerdivision*.
Después diría que se vio obligado a seguir hasta Tobruk. Posiblemente ese 31 de marzo no pensó más que en ocupar Marsa el-Brega, que era lo que el mando italiano le había autorizado.
El objetivo tardó en alcanzarse toda una jornada. La sección inglesa de reconocimiento Latham presentó batalla. Detrás de ella maniobraba una Brigada de la División acorazada 2; ambas cerraban el estrecho paso de El-Agheila, acceso estratégico de Cirenaica.
Las posiciones británicas se encuentran bien defendidas. Por todas partes explotan minas. Bajo un calor de 38° C y un fuego infernal, los zapadores van trazando un camino que señalan con banderolas negras. Por primera vez suenan en África las detonaciones del cañón alemán de 88 mm y el ulular de los *Stukas*. A las 17,30 se lanzan sobre las posiciones inglesas dos Grupos de Ju 87.
Marsa el-Brega se rinde. La puerta de Cirenaica está abierta. El que la traspasa tiene ante sí algo más que la carretera de la costa que conduce a Bengasi y Tobruk; tiene múltiples posibilidades de caminos y nudos de comunicaciones que son toda una tentación para cualquier «hombre impetuoso». Las tropas de Wavell la habían utilizado con éxito para cerrar el paso a los italianos reducidos a las posiciones de la costa.
Pero Rommel dejaría de ser Rommel si se conformara con contemplar ante sus ojos el terreno abierto y al no muy firme enemigo. Esos británicos se encuentran en pleno desconcierto. Cierto que Wavell ha enviado a su especialista del desierto, O'Connor, con Neame, pero los dos generales han sido hechos prisioneros cuando intentaban regresar. Wavell se encontraba sin aviación. Los *Stukas* podían sobrevolar la poco delimitada línea de fuego y adentrarse en las posiciones enemigas.
Pero el error también produce estragos en el material bélico. En Msus se encuentra un gran depósito de carburante. En la mañana del 4 de abril llega la noticia de que los carros alemanes avanzan en esa dirección. Poco después se alza, efectivamente, una espesa nube de polvo en el horizonte. La guardia del depósito vuela éste de inmediato. Sin embargo, la columna de polvo que se vislumbra en el horizonte es obra de los blindados británicos de la División 2 que regresan con gran trabajo, escasos de carburante. La mayor parte de ellos queda inmovilizada por esta causa.
En otro depósito se presentan los carros alemanes tan inesperadamente que los británicos no tienen tiempo de incendiarlo. El puerto de Bengasi cae intacto en manos germanas. En Tmimi las tropas alemanas tienen ocasión de aprovisionarse de todo, carburante incluido.
Los blindados siguen avanzando por el desierto y a lo largo de la costa. Rommel se encuentra siempre en la vanguardia con su carro. Organiza convoyes de vehículos con provisiones. Se confirma la vieja máxima de la moderna guerra de movimiento: «Cuando en ataques rápidos aumenta el consumo de la gasolina, disminuye el de las municiones, y a la inversa.»
Habrá un punto en el que sean más necesarias las municiones que la gasolina. Y sangre, mucha sangre: Tobruk.

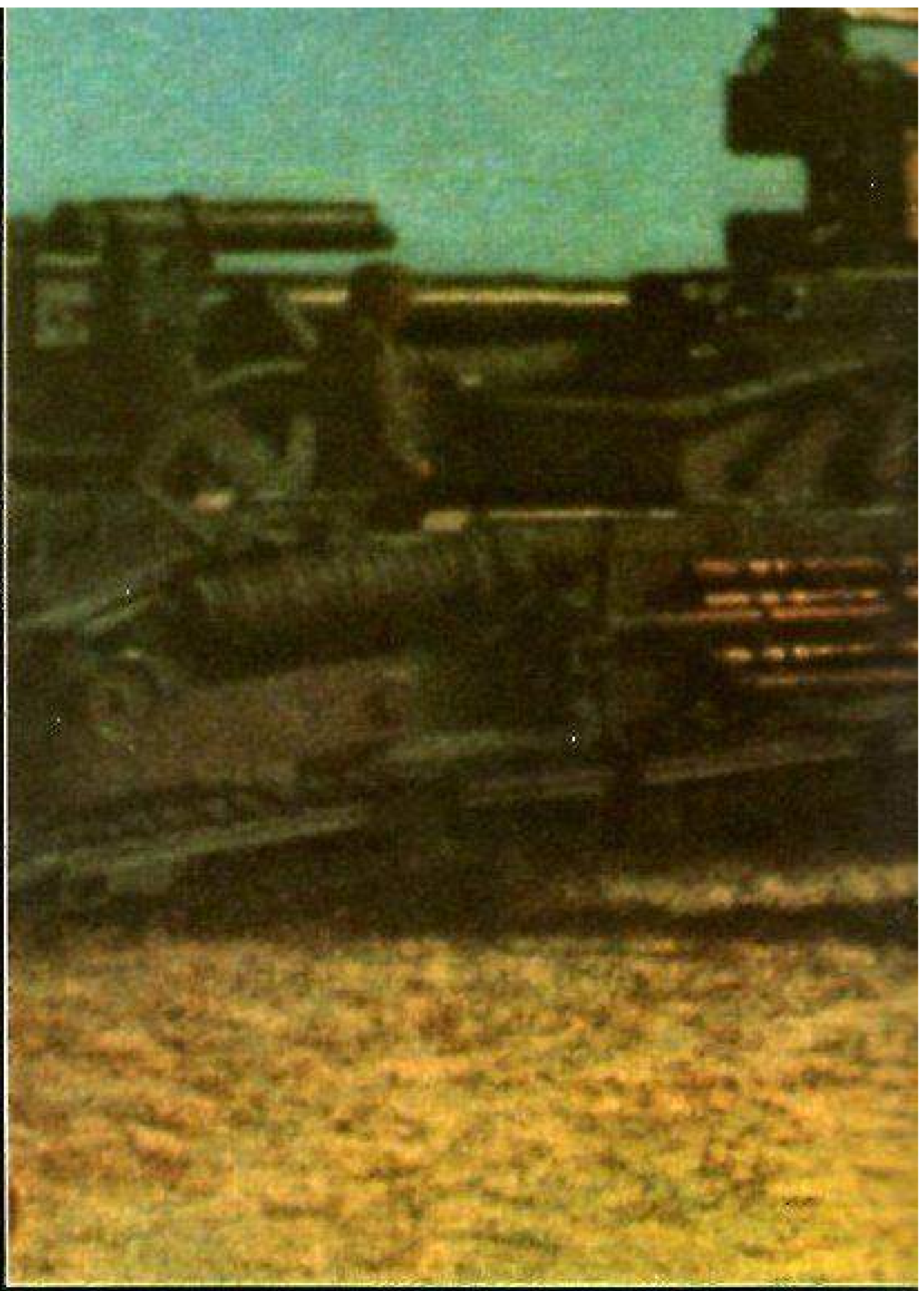
El superfuerte

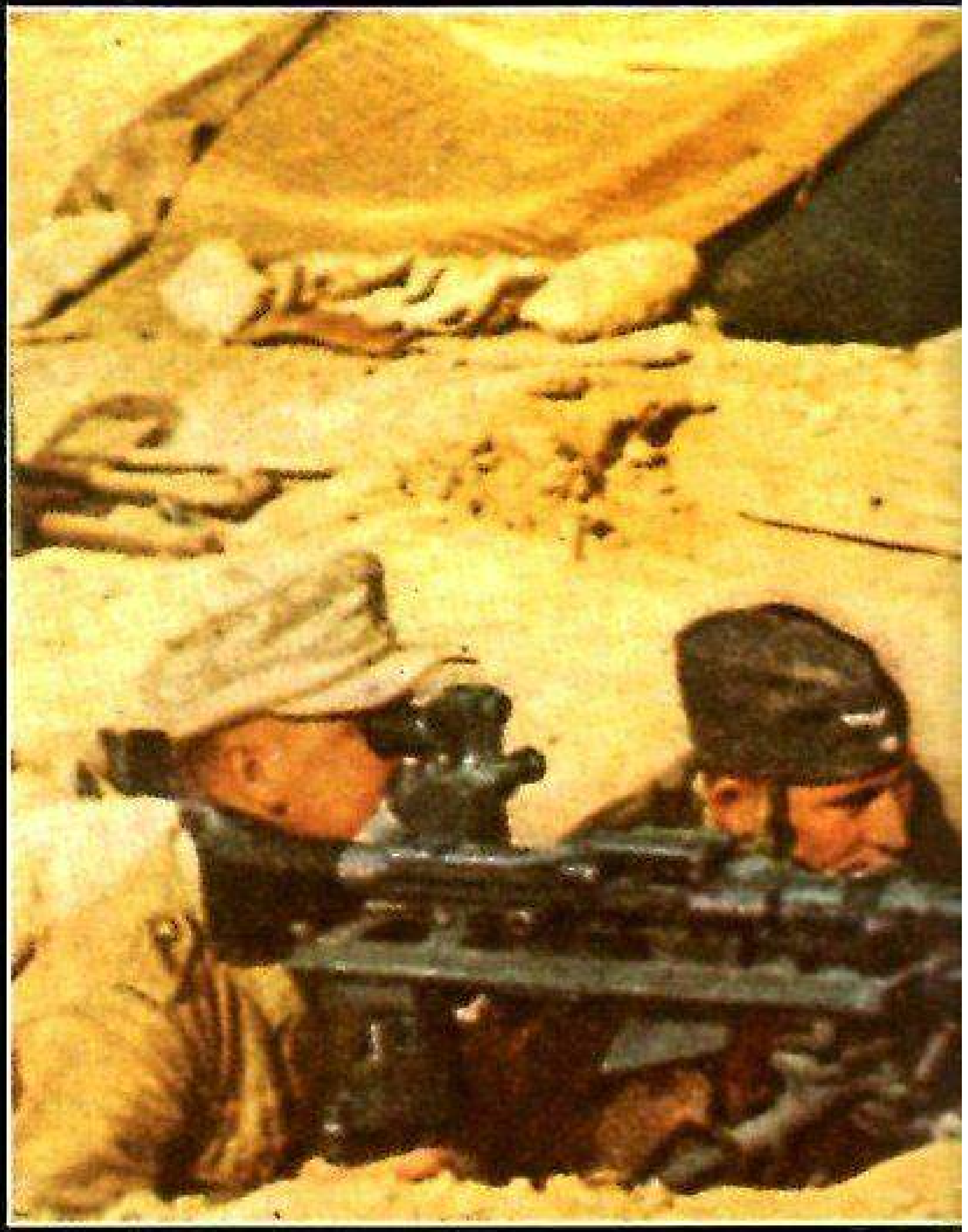
Desde Londres, Winston Churchill ha cursado la orden de defender Tobruk a toda costa, «sin considerar por un momento la posibilidad de retroceder y hasta el último hombre». El importante puerto, el «fuerte sobre la arena», es una posición clave en el Norte de África. «El enemigo correría un gran riesgo si, dejando Tobruk a su izquierda, prosiguiera el camino hacia Egipto; salta a la vista que nosotros recibiríamos refuerzos por mar y con ellos cortaríamos sus medios de comunicación», telegrafía Churchill a Wavell. Así se hace fuerte en Tobruk la Brigada 20 de Infantería australiana. Recibe por mar abundante munición y artillería. La fortaleza ha sido además construida por los italianos con gran acierto.
La guerra en el desierto ha sido comparada a menudo, y no sin razón, con la guerra en el mar. Las grandes extensiones en que se desarrolla permiten todas las sorpresas. El que toma la iniciativa puede mantener en vilo al enemigo porque, como los barcos de guerra, los carros forman continuamente nuevos frentes. Tobruk, sin embargo, es una excepción. Tobruk es un fuerte en la costa.
Del 10 al 14 de abril Rommel lanza contra los australianos unidades de la División acorazada 15 y de la División ligera 5, sin apoyo artillero. Ya el primer día muere víctima del fuego enemigo el general von Prittwitz, comandante de la División 15. La batalla es dura. Los restos del Batallón 8 de ametralladoras, con su jefe, teniente Ponath, caen destrozados en la lucha.
Tampoco se consigue tomar Tobruk durante la segunda quincena de abril pese a contar ya con la protección

artillera y hasta con un mortero de 210 milímetros.
Los australianos son tiradores de gran precisión, frente a los que no está permitido ni siquiera asomar la nariz. El fuerte está armado hasta los dientes.
Sólo cuando el sol, con velocidad africana, desaparece por el horizonte se animan las posiciones. Se reparte la sopa, apreciada más por su calor que por su calidad. Después de las altas temperaturas soportadas durante el día, las noches son terriblemente frías. Hay queso en tubo, sardinas en conserva, pan negro, a veces carne también en conserva, todo procedente de Italia. Las conservas llevan las iniciales AM (Amministrazzione Militare) que los alemanes traducen por «Alter Mann» (anciano) y «Armer Mussolini» (pobre Mussolini), y los italianos por «Asino morto» (asno muerto).
También la tempestad de arena, tan temida, tiene su parte buena. No se ve más allá de la nariz y ni siquiera la artillería se atreve a disparar. El cañón puede llenarse de arena y estallar al utilizarlo.
Tobruk permanece con la muerte en el alma. Churchill ha sabido lo que hacía al dar sus instrucciones. Y sin embargo, Rommel, por más que permanezca detenido ante el fuerte, tiene ya un pie en Egipto. Claro está que durante el primer ataque a Tobruk él ha hecho avanzar otras unidades en dirección sur. Bardia es conquistada el 11 de abril; dos días después cae Capuzzo, el fuerte más antiguo de los italianos en el desierto, reducto fronterizo contra Egipto. Por cuatro veces cambiará de ocupante. Más tarde quedará como testimonio un cementerio sobre cuyas cruces y tumbas figurarán los nombres de todas las unidades italianas, británicas y alemanas que combatieron en África.

El «pastor del Purgatorio»

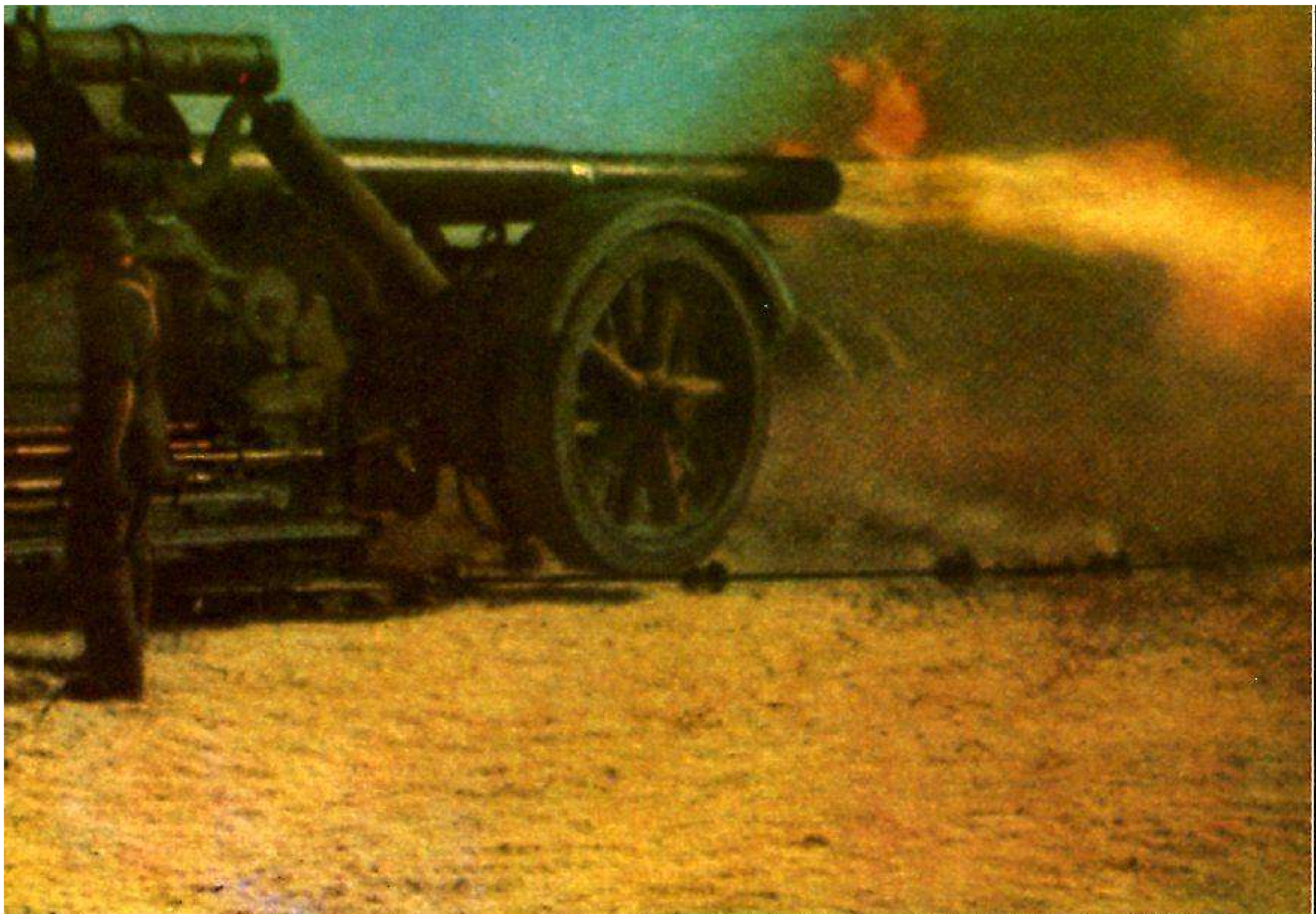
En el territorio egipcio aumenta la resistencia. Pero las unidades rápidas que atacan Sollum poseen un arma que ha causado sensación y temor entre aliados y enemigos: una batería de cañones de 88 mm. Este cañón, pensado en principio para la defensa antiaérea, se ha convertido en la amenaza más seria contra los carros y lo seguirá siendo durante toda la Guerra Mundial. En Sollum puso en fuga incluso a un destructor que se encontraba en aguas del golfo.
Aquí en la zona Sollum-Capuzzo, el desierto acaba en una altiplanicie a 200 m sobre el nivel del mar y que se extiende hacia el sureste, cortada 35 km más allá por un precipicio. La carretera Sollum-Tobruk atraviesa el Paso de Halfaya. Para mantener Tobruk en sus manos Wavell debe defender esta posición. Secciones alemanas de vanguardia habían ocupado el paso en abril, pero lo habían vuelto a perder a mediados de mayo. Desde entonces lo defiende un batallón de los famosos Coldstream Guards, junto con un Regimiento de Artillería de campaña y dos Compañías de blindados.
El 1.^{er} Batallón del Regimiento 104 de cazadores lleva el mayor peso del ataque para la reconquista del Paso de Halfaya. Su jefe es el capitán Wilhelm Bach, un hombre pacífico y tranquilo, algo grueso, de profesión pastor evangélico en Mannheim.
El fuego inglés paraliza a los atacantes, que se mantienen en el fondo del lecho seco del uadi. Con una temperatura de 56° C se va arrastrando un cañón de 37 mm hacia delante. Pero resulta difícil levantarlo por la dura rampa hasta la orilla. ¿Quién se atreve a levantar la cabeza del suelo bajo el fuego decidido del enemigo?
El «pastor del Purgatorio», como más tarde le llamarán los periódicos ingleses, se atreve. Con sus casi cincuenta años sobre sí, grita: «Tenemos que seguir adelante. Esto no tiene ningún sentido.» De pronto se pone en pie, con los prismáticos ante los ojos. Del otro lado abren un fuego ensordecedor; llueven las balas, pero el pastor ha vuelto a refugiarse y da tranquilo algunas instrucciones.
«¿Has visto al viejo?», se preguntan entre sí los jóvenes soldados. El ataque vuelve a cobrar impulso. Poco tiempo después el Paso de Halfaya cae de nuevo en manos alemanas. Sin embargo, los infantes tienen todavía mucho que hacer. Deben cavar trincheras en un terreno duro como la piedra, porque sin tardanza se volverá a repetir el ataque sobre este mismo lugar.
Pese a que las cosas, aparentemente, no han salido bien del todo, el primer ministro Churchill no se siente descontento: ha dado cima a la Operación «Tiger». Cuando a mediados de abril se dio cuenta de que el general Wavell apenas disponía de carros, el primer ministro británico decidió emprender un juego peligroso. Estaba en camino un convoy de buques que debía ganar Alejandría dando el rodeo del cabo de Buena Esperanza, y Churchill ordenó desviarse en Gibraltar a cinco navíos cargados con carros y aviones e intentar la misma meta por el camino más corto del Mediterráneo. Eran 40 días menos. En sus «Memorias» Churchill escribe: «Pasé un gran miedo. En cualquier momento los buques de guerra o la Aviación del Eje podían descubrir el pequeño convoy y echarlo a pique. Uno de los buques chocó con una mina y se fue al fondo del mar con su carga de 57 carros y 10 aviones.»





Prácticamente enterrados en la arena, los soldados se mantienen en los puestos de avanzadilla con sus ametralladoras. Cada una de las precarias trincheras supone muchas horas de trabajo contra el suelo duro como la piedra (arriba).

Un retrato del mariscal Erwin Rommel. Su ingenio táctico le valió pronto el sobrenombre de «Zorro del desierto». Su nombre era también respetado y legendario entre las tropas británicas (derecha).



Una batería pesada en tiro directo. Dada la gran movilidad que ofrece la guerra en el desierto, sucedía a veces que los artilleros se encontraban con carros enemigos a dos pasos de sus cañones (izquierda).

Un autoametrallador alemán avanza por el desierto de Cirenaica. Rommel empleó sus vehículos acorazados con gran habilidad, lanzándolos contra el atacante después de que las posiciones defensivas hubieran frenado el asalto británico.







Pero los cuatro restantes lograron llegar el 12 de mayo al puerto de Alejandría con 238 carros de combate y 43 aviones de caza a bordo. Aliviado, Churchill empezó a apremiar desde Londres: Hay que poner en marcha el plan «Battleaxe», el contraataque que debe expulsar a Rommel de la Cirenaica cuanto antes.

Cuando los hombres del Paso de Halfaya oyeron aproximarse el inconfundible ruido de los motores, se dieron cuenta de que la cosa iba en serio. Todos estaban pendientes del capitán Bach, que fumaba tranquilo su cigarro junto a la posición del 88 mm del teniente Richter.

No han desperdiciado el tiempo. Hasta la larga boca del cañón aparece casi enterrada. El teniente ha hecho cuanto ha podido. Muchas veces se aleja 150 metros hacia el este y repite: No se ve nada. El secreto está en el aire. Todo cuanto no sobresale más de un metro de la tierra es prácticamente invisible.

El paso del fuego infernal

Se ha instalado un campo de minas y un poco más atrás se hallan dispuestas dos baterías de artillería.

En las primeras posiciones tiemblan un poco las manos a medida que se va acercando el rumor de los carros. Abajo, en el pueblo, los camiones transportan a la infantería. Son los hombres de la División 4 india.

–¿A qué distancia se encuentran los carros? –pregunta Bach.

–A unos 500 metros, mi capitán.

–Entonces tenemos tiempo todavía.

A lo lejos suenan los cañonazos de la artillería. De repente se oye el tremendo fragor del 88 mm. Es la señal para todos los demás. La muerte se extiende entre los soldados de infantería, los carros son pasto de las llamas. Ni siquiera el Mark II, llegado con el convoy de Churchill, resiste los proyectiles del 88 mm.

La Brigada 22 británica se lanza al ataque con idéntica bravura y el mismo poco éxito que los hindúes. Pero ahora la artillería británica apunta mejor y abre brecha en las posiciones alemanas. Unicamente al caer el sol termina la batalla. En la carretera del paso han quedado incendiados 11 blindados. El lugar es rebautizado como «el paso del fuego infernal» por los supervivientes de uno y otro lado.

El grueso de la División acorazada 7 de Wavell ha sobrepasado por la izquierda el paso y tiende a realizar una operación de tenaza en torno a la División ligera 5 y a la División acorazada 15. Pero la tenaza no podrá cerrarse por culpa de la cota 208.

Verdaderamente sólo un punto en medio del inmenso desierto, a 30 km al oeste de Capuzzo. Aquí también se encuentra enterrada una batería de 88 mm. La Brigada 7 de la División acorazada 7 inglesa debía pasar adelante y cerrar la tenaza con una conversión hacia la izquierda. Pero en la noche del 16 de junio, los 88 mm llevan destrozados 28 Mark II. Uno de sus jefes, un capitán, cayó prisionero, pidiendo como favor especial que le permitieran ver los cañones. Cumplido su deseo murmuró: «Contra estos no hay nada que hacer...»

En esta situación Rommel se decidió a realizar una operación típica de él. Los ingleses le habían querido cercar; pues bien, ahora él iba a cercar a los ingleses. Desde la cota 208 lanzó el 16 de junio todos los efectivos disponibles de las Divisiones 5 y 15 hacia el sur y el este. A la mañana del día siguiente el grueso de la División acorazada 7 británica había quedado aislado, siendo amenazado además por las unidades de Rommel procedentes del norte.

Esto decidió la batalla de Sollum. Con grandes pérdidas, los ingleses se retiraron hacia el sur. Más de cien carros británicos quedaron inutilizados, y otros muchos, con serios desperfectos, pudieron ser remolcados a duras penas. El salto de la Operación «Tiger» de Churchill resultó más bien un fracaso. Poco después, el primer ministro destituía a sir Archibald Wavell, sustituyéndolo por el general sir Claude Auchinleck.

Durante cinco meses reinó gran tranquilidad. Una tranquilidad engañosa porque el enemigo se preparaba para la próxima batalla. Los combates empezarían con una sangrienta aventura de los ingleses.

En noviembre de 1941 Tobruk continúa sitiado; los australianos han recibido grandes refuerzos. Ni Auchinleck ni Churchill están dispuestos a dejar que se les escape de las manos la perla de Cirenaica, el centro de la antigua colonia italiana de Libia.

Golpe contra «el Zorro del desierto»

Los dos contrincantes se acechan. Rommel quiere conquistar Tobruk. Por su parte, Auchinleck quiere reconquistar toda la Cirenaica. Durante este período de máxima tensión, el Mando británico, con el consentimiento de Churchill, toma una decisión dramática: suprimir a Rommel, el cerebro y motor del Afrikakorps alemán. Se trata más de secuestrarle que de matarle, puesto que el ya legendario «Zorro del desierto» causaría una beneficiosa impresión psicológica detrás de las alambradas de un campo de concentración británico. Más beneficioso incluso que una victoria en combate. En la noche del 16 de noviembre dos submarinos emergen en las inmediaciones de la costa de Cirenaica y se acercan hasta los rompientes. Allí los sumergibles son una y otra vez zarandeados por el fuerte oleaje. Los hombres echan los botes por la borda y se lanzan ellos detrás. Lucha contra las olas, gritos. Algunos botes se pierden, dos hombres mueren ahogados, 32 ganan la orilla completamente rendidos. Son miembros del Long Range Desert Group, una unidad especial inglesa. Su jefe es el comandante Geoffrey Keyes, hijo del almirante sir Roger Keyes. Su meta, el cuartel general de Rommel.

Después de caminar durante un cuarto de hora se encuentran con un árabe singular: el teniente John Haselden, también oficial de comandos, que vive desde hace algún tiempo como un árabe cualquiera detrás de las líneas alemanas. Por medio de algunos amigos árabes cree saber donde se encuentra el cuartel de Rommel: en la antigua prefectura de Beda Littoria en Cirene.

No cabe duda que aquel edificio de piedra, limitado por una cerca de cipreses y un pequeño bosque, con cuevas y peñas, abriga una importante oficina militar. Hay tráfico de vehículos oficiales y se ve trajinar a militares de alta graduación. Pero desde luego no se trata del cuartel general del «Zorro del desierto». Cierto que aquí, entre julio y agosto, se ha formado un nuevo «Grupo acorazado Afrika», pero en la actualidad sólo funciona la dirección de la intendencia. De ella depende el abastecimiento de todas las tropas acorazadas italianas y alemanas. A nadie puede sorprender el movimiento que reina en las dependencias de la prefectura de Beda Littoria.

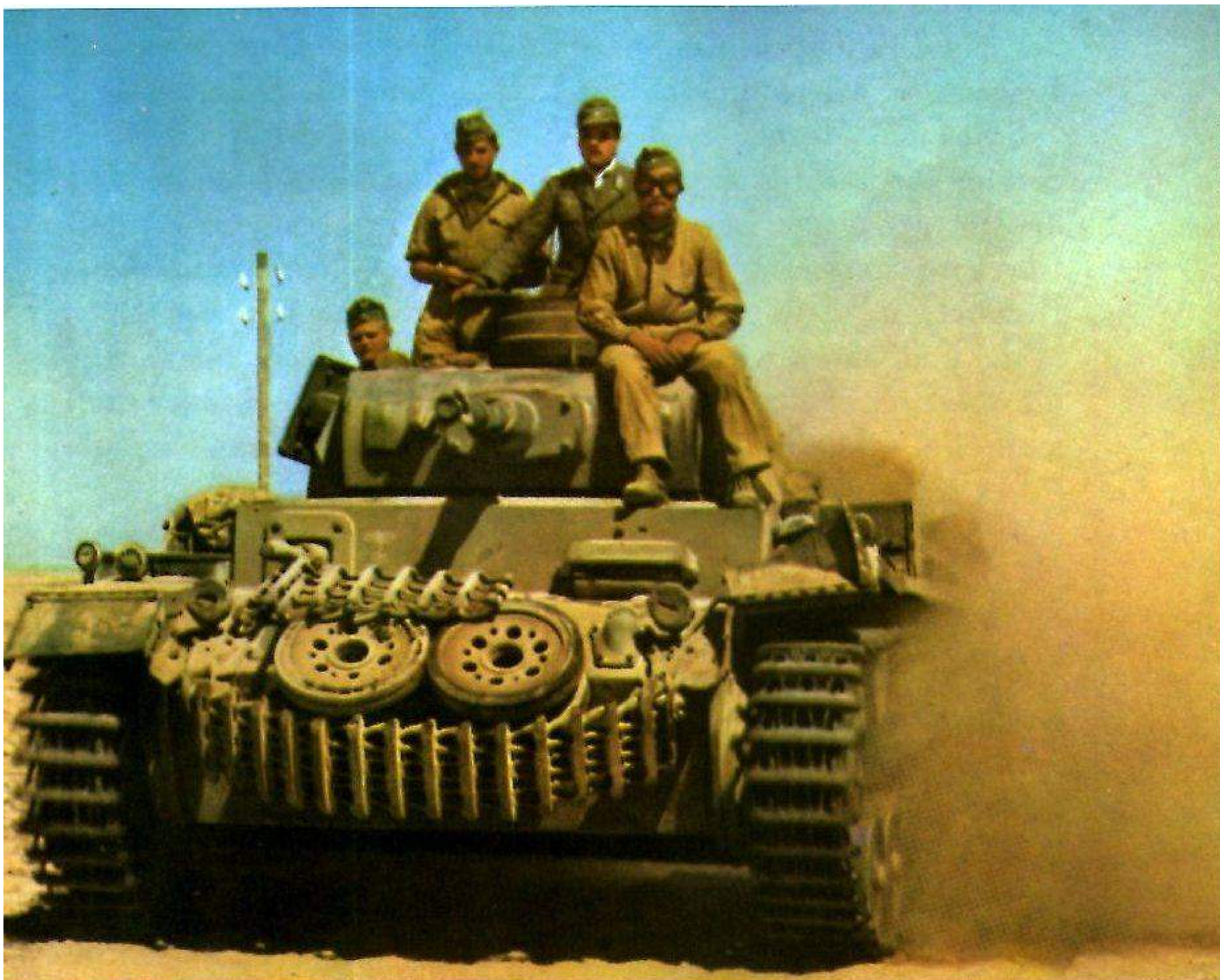
En la desapacible noche del 18 de noviembre el comandante intendente Schleusener no se encuentra en su puesto de servicio sino que está internado en el hospital de campaña, lo mismo que su segundo. El jefe accidental es el 2.º intendente, comandante Poeschel. Poco después de la medianoche se apagan todas las luces. Sólo abajo, en la puerta de entrada, queda encendida una no muy potente, sobre el puesto de guardia del gendarme de servicio, armado con un fusil. El hombre servirá más tarde de correo...

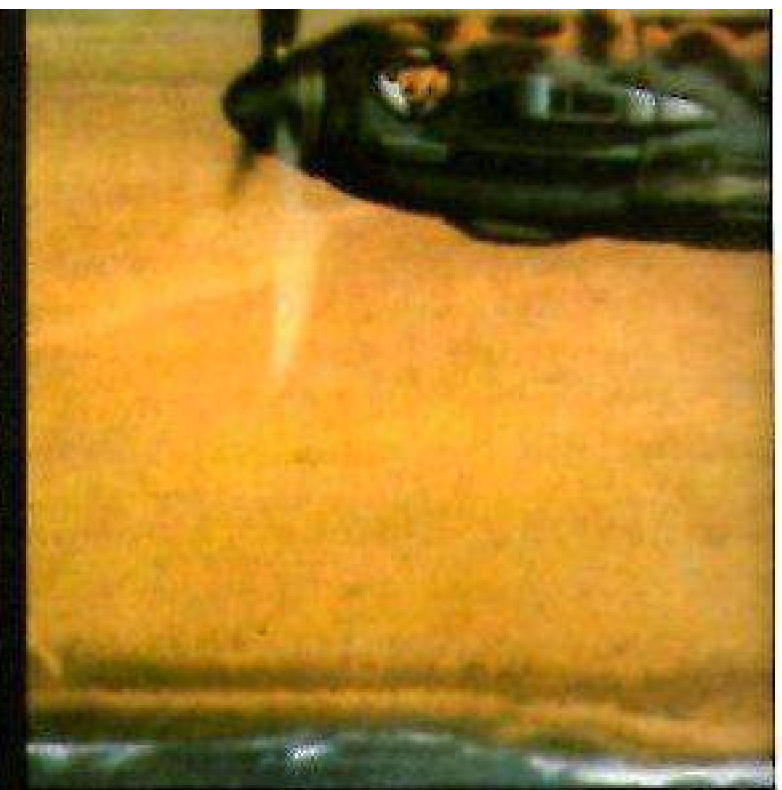
Unas sombras se van filtrando entre la hilera de cipreses. El comandante Keyes y sus hombres acaban de llegar a su objetivo. La tormenta está en todo su apogeo, lo que les beneficia en grado sumo, piensan ellos. Lentamente se van aproximando al edificio. Están seguros de que en él se encuentra Rommel y que éste será pronto su prisionero...

La noche de su partida Keyes había escrito a su padre: «Si salimos con



Un campo de aprovisionamiento alemán en Cirenaica. Aquí abarrotaban los «Ju 52» con carburante, agua, munición, víveres y material sanitario. Al ampliarse el frente africano, el problema del abastecimiento se convirtió en la clave de la guerra en este sector. Crecían las necesidades de material y cada vez era más difícil hacerse con él.







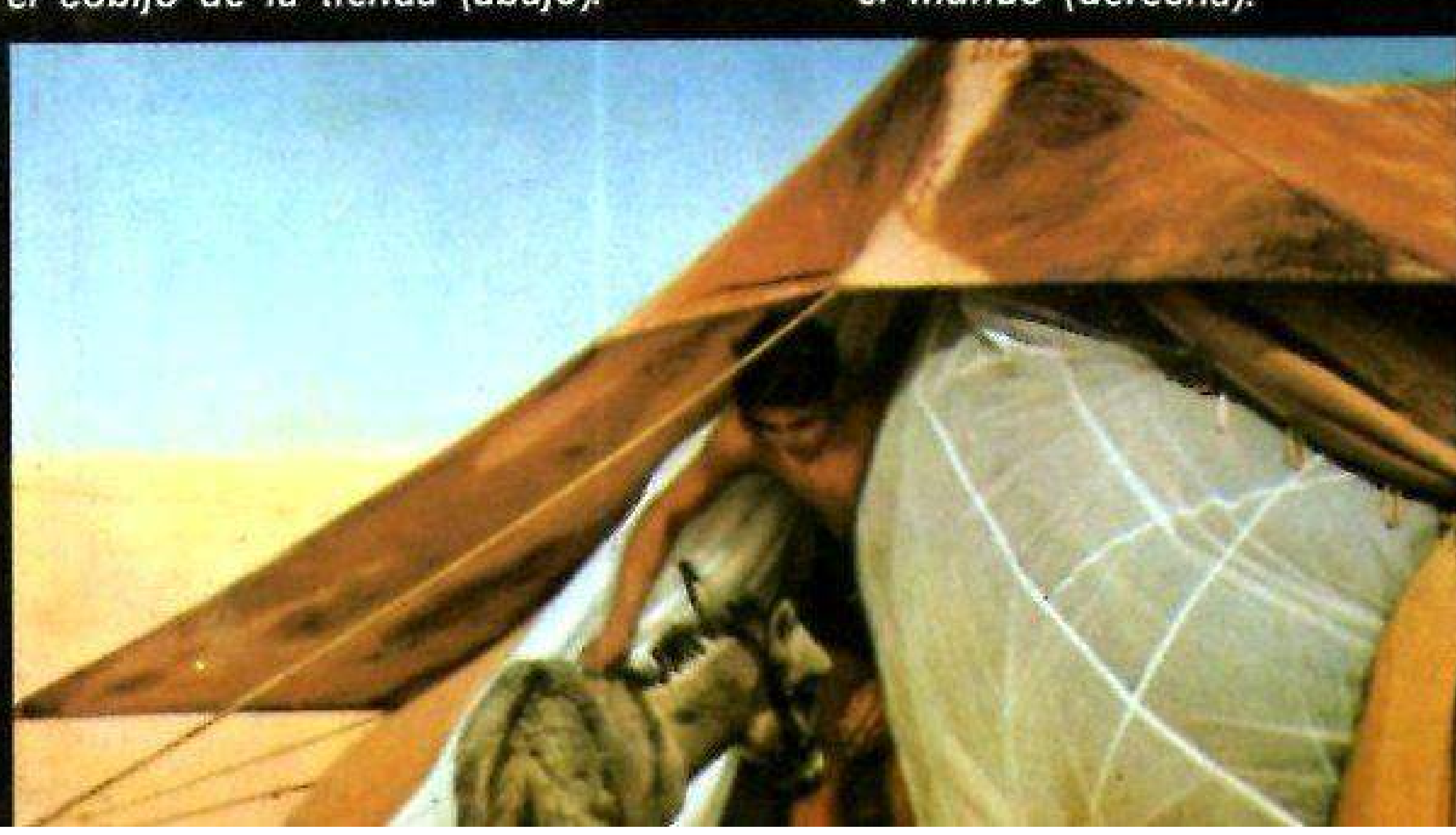
Una y otra vez han demostrado los carros alemanes su superioridad sobre los blindados británicos. Incluso la utilización de modelos americanos ha supuesto una decepción para los ingleses (arriba).

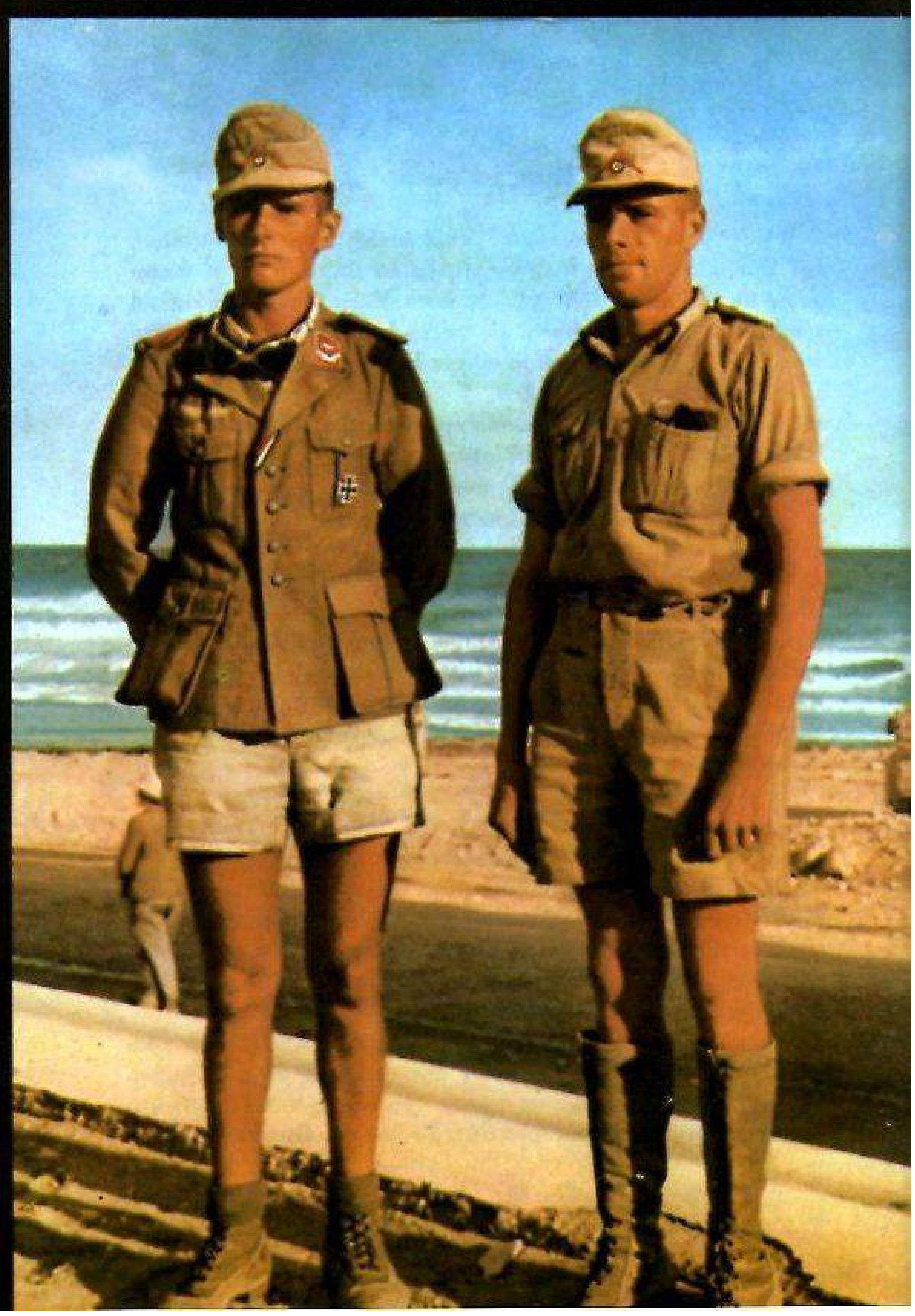
HEROES DEL **DESIERTO**

Alemania e Italia han levantado en el Norte de África una barrera que Churchill no podrá salvar jamás.

Este pequeño amigo de los «africanos» busca también el cobijo de la tienda (abajo).

Todavía muchachos, pero ya unos héroes de los que habla el mundo (derecha).



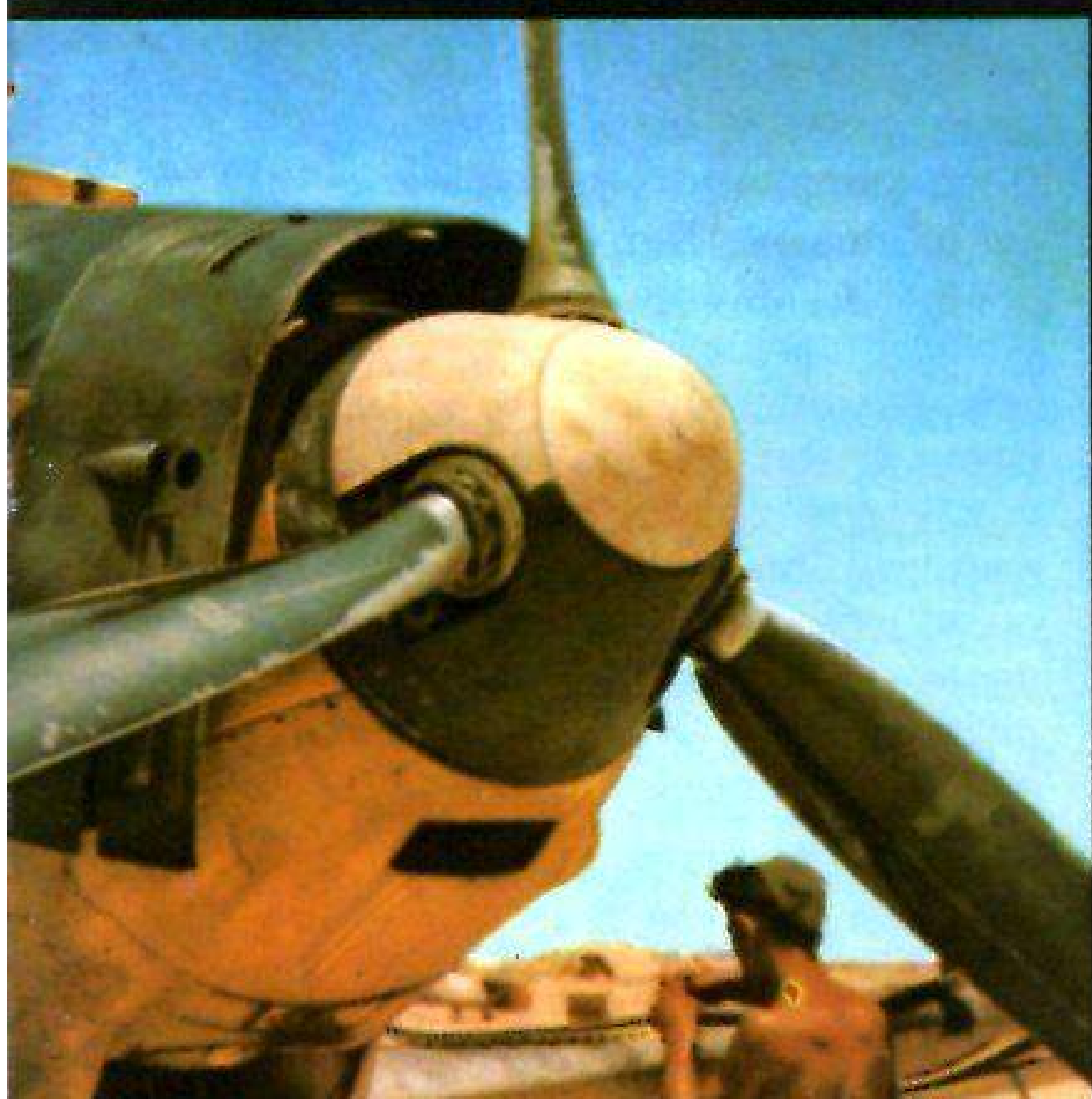


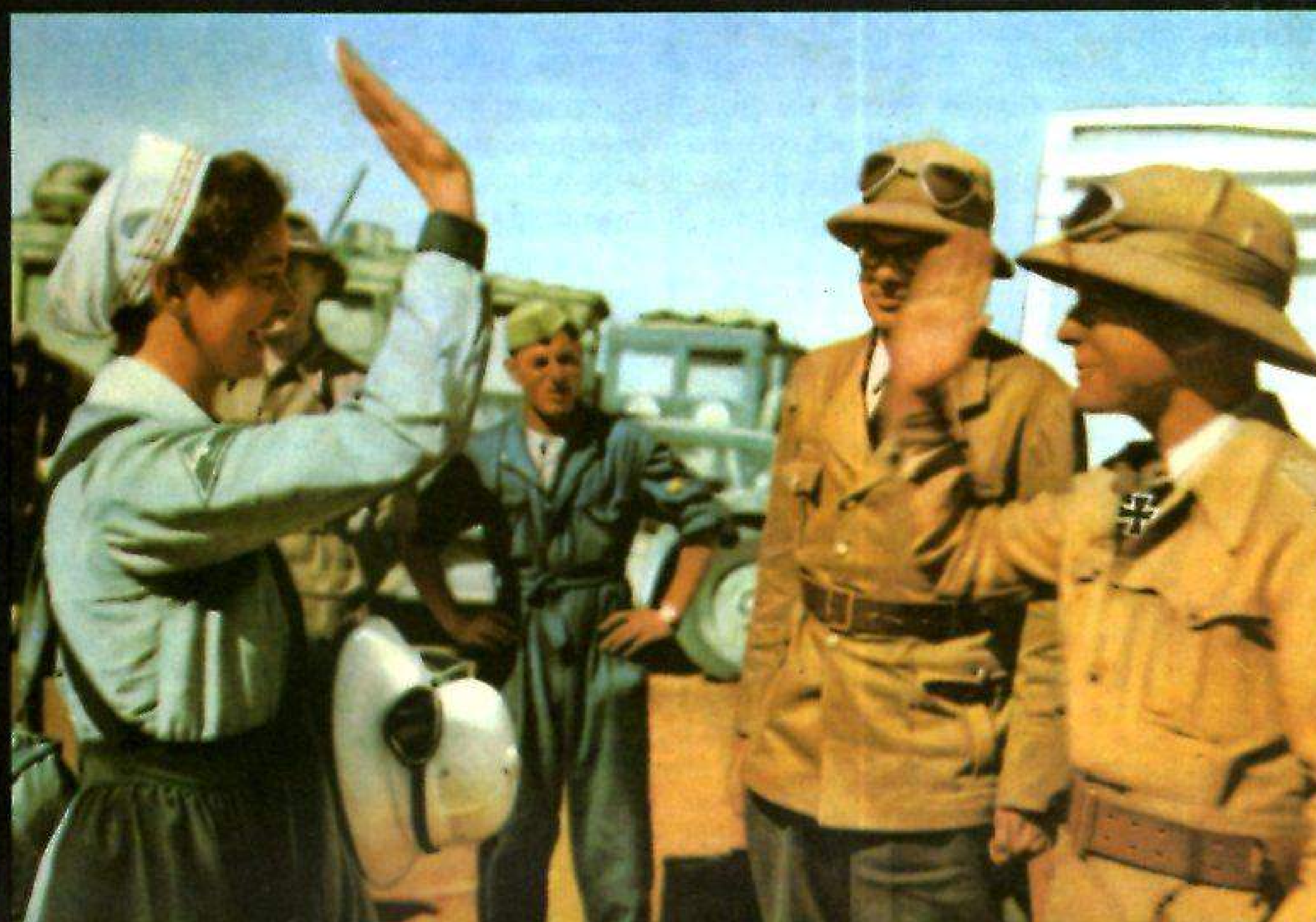


Un caza alemán sobrevuela la costa del Mediterráneo (izquierda).

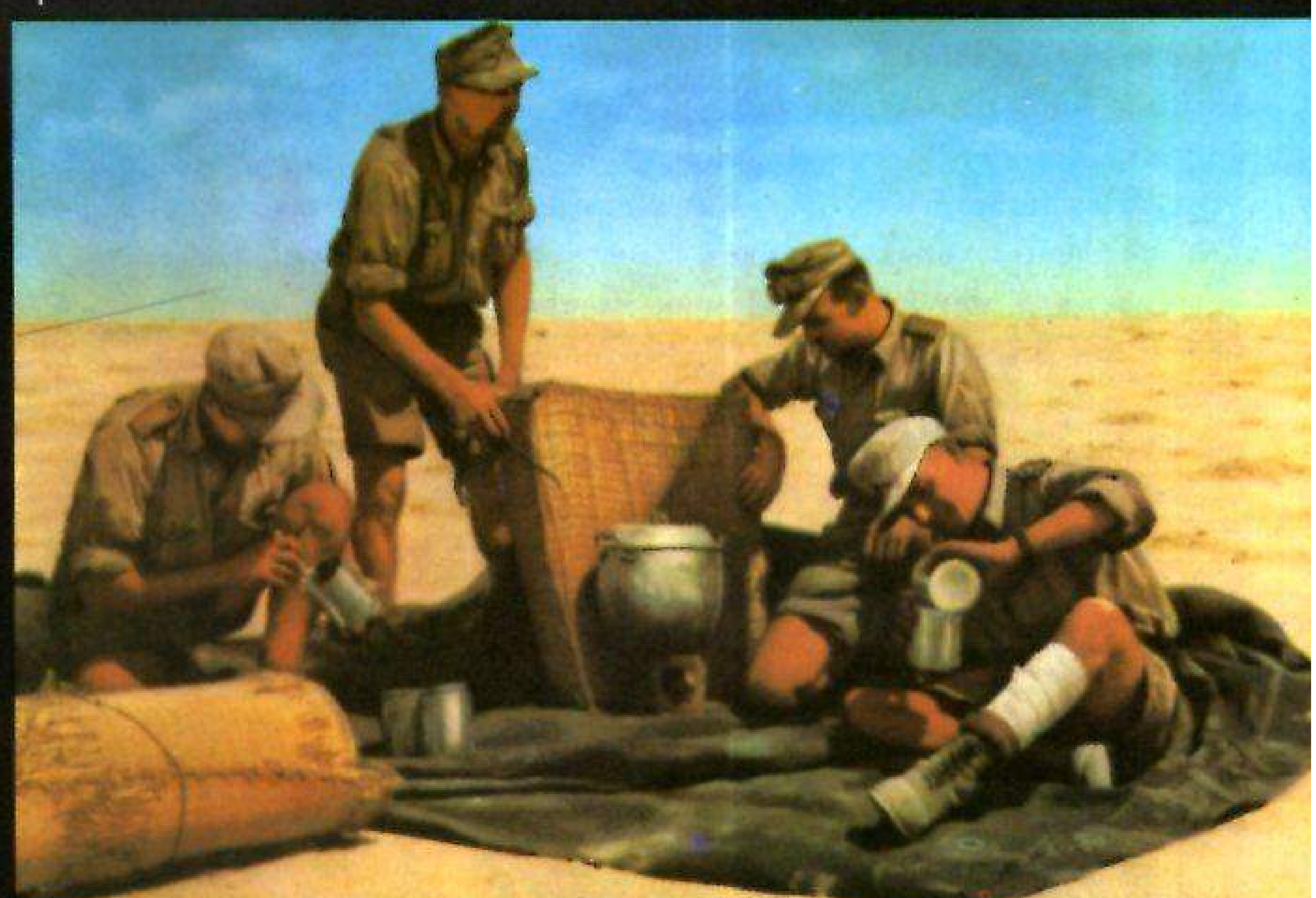
El temido «Messerschmitt» alemán carga munición (izquierda, en el centro).

Una enfermera alemana saluda al general Rommel (abajo).





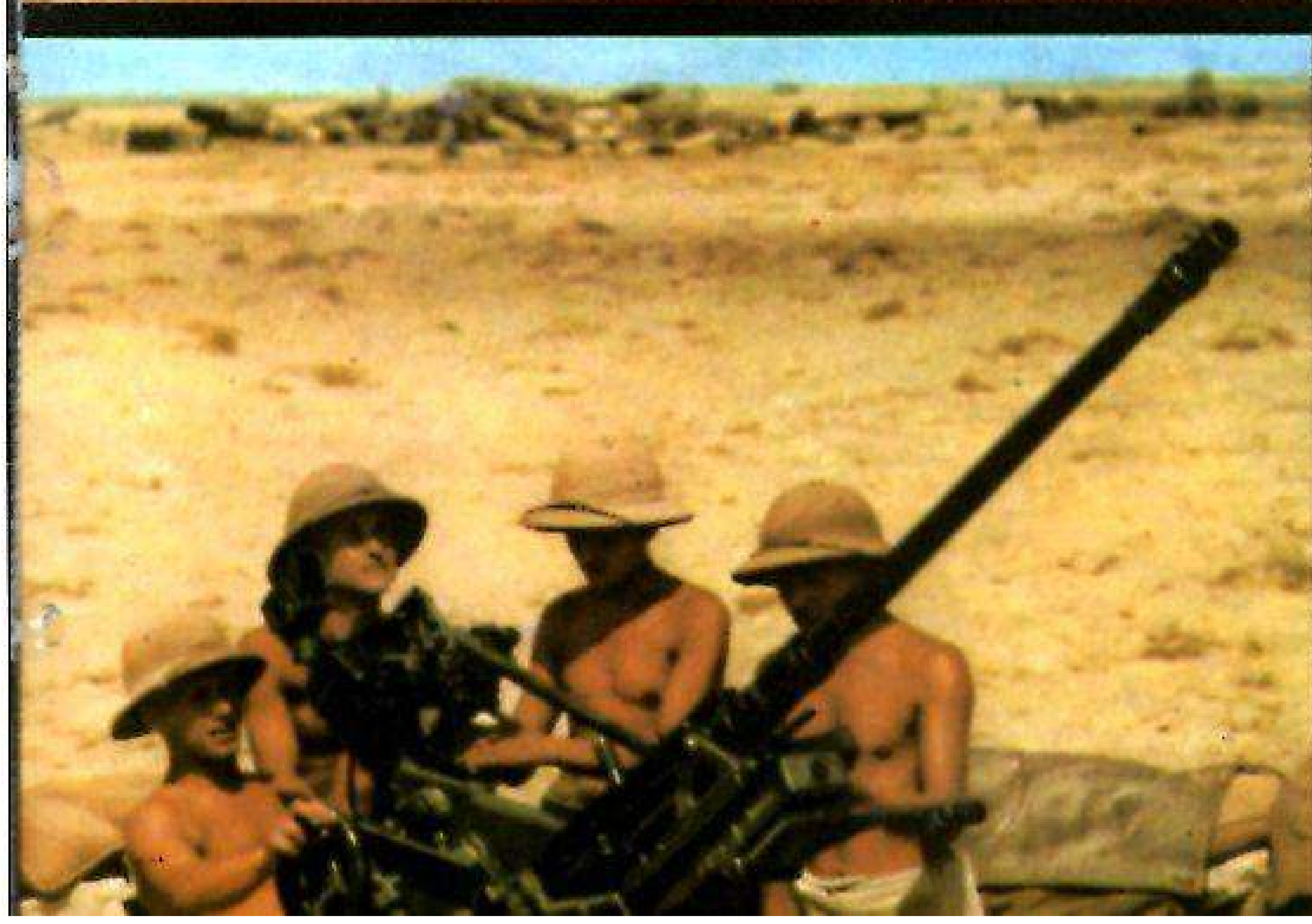




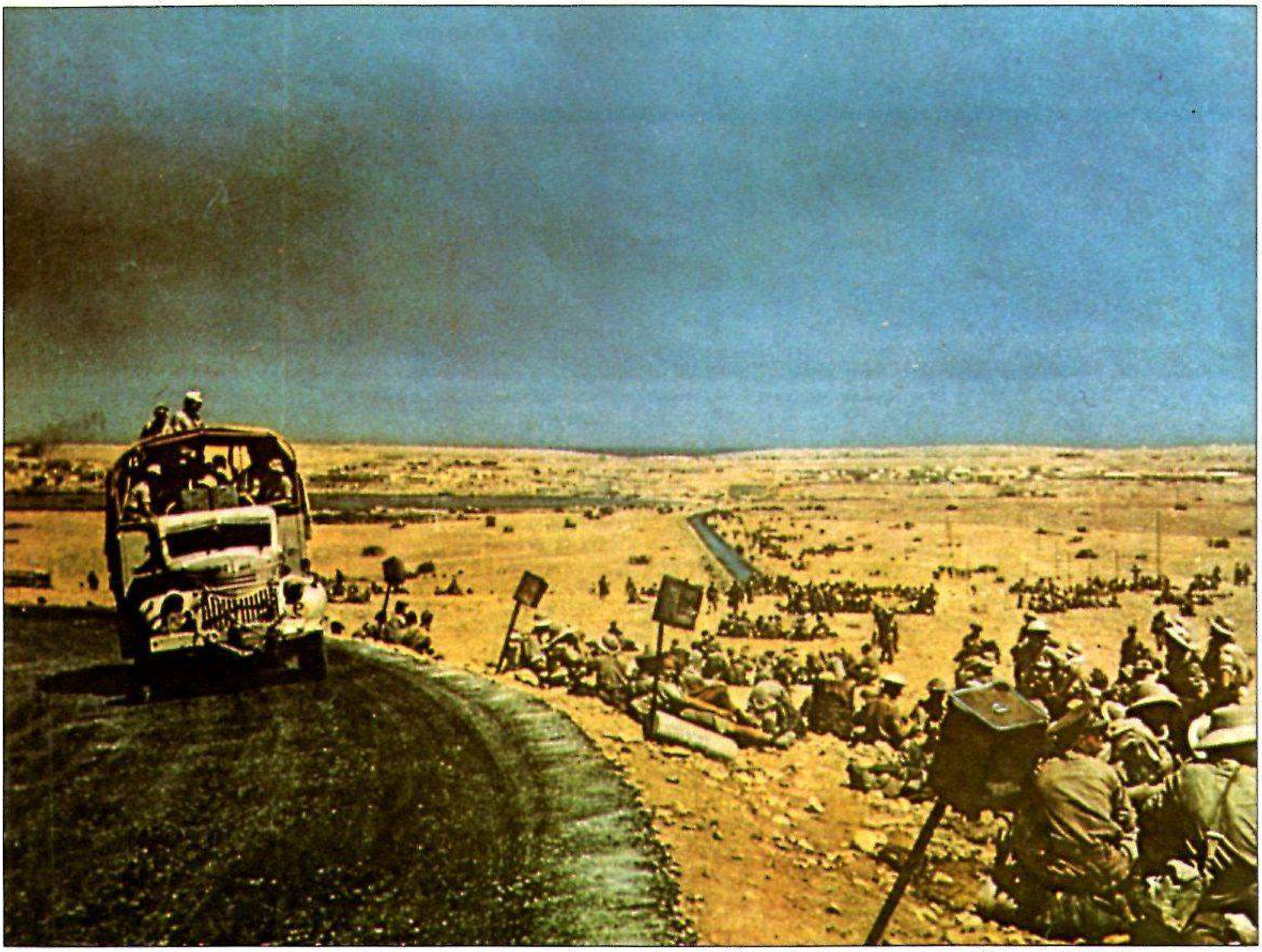
Apenas hay tiempo para una rápida comida (arriba).

Final trágico: junto a los restos del derribado bombardero inglés tipo Martin, las tumbas de los hombres de su dotación (izquierda, en el centro).

Antiaéreo ligero alemán en posición de fuego (izquierda).



bien de nuestra empresa, Inglaterra habrá dado un gran paso hacia delante, y esto vale la pena, aun cuando yo pudiera quedar en el camino.» En dos grupos se lanzan sobre la casa: Keyes guía al que ataca por delante, el otro se dirige a la puerta de atrás.
Fracasa la sorpresa. El gendarme, fuerte como un oso, salta sobre uno de los atacantes y ambos caen rodando contra la puerta del depósito de municiones. Allí duermen dos suboficiales que rápidamente echan mano de sus pistolas colgadas a la cabecera de la cama. Pronto suenan los disparos de las pistolas causando la alarma general. También estallan bombas de mano. El oficial de órdenes, teniente Kaufholz, desciende del primer piso con la pistola en la mano. Dispara dos veces antes de caer muerto bajo una ráfaga de metralleta. Entretanto, el segundo grupo trata de abrirse paso por la puerta trasera sin conseguirlo: un enorme depósito de agua cerraba el paso. El tiroteo continúa. Desde una ventana salta una figura, literalmente lanzada desde la cama. Se trata del teniente Jager, catapultado en pijama por una granada que ha hecho explosión en la habitación contigua a su dormitorio. Un disparo de los británicos le deja en el sitio.
Fuera suenan también tiros. Los atacantes oyen los disparos y se lanzan al exterior de la casa convencidos de que es allí donde se lucha ahora. Descubren a un muchacho de veinte años, con el arma al puño, que viene a su encuentro. El ruido le ha despertado cuando dormía en su tienda de campaña levantada en las inmediaciones de la casa. Uno de los atacantes le corta el paso con una ráfaga de su pistola ametralladora. Es el último muerto de la operación.
El comandante Poeschel y sus hombres encuentran en uno de los pasillos de la casa el cadáver de un oficial inglés; es el jefe del grupo, comandante Keyes. Sin duda muerto por el teniente Kaufholz, que a su vez aparece sin vida sobre las escaleras. También ha perecido un suboficial del depósito de munición, destrozado por una granada. El gendarme se encuentra un tanto magullado, con varias esquirlas en la espalda, pero su vida no corre peligro.
El segundo jefe del comando, capitán Campbell, que tiene una pierna destrozada, es hecho prisionero. Los otros pueden huir –por el momento–. Los alemanes suponen con razón que los ingleses tienen que encontrarse escondidos en alguno de los pueblos árabes inmediatos. Sin embargo, pese a los numerosos registros no consiguen nada.
Un carabinero italiano, con muchos años de residencia en el país, termina dando con la solución del problema. Se acerca a una muchacha árabe y le ofrece: «Tú y los tuyos recibiréis 80 libras de harina y 20 de azúcar por cada inglés que nos descubráis.»
Poco después, el grupo completo está en manos alemanas. Sólo un suboficial y dos soldados logran alcanzar las líneas británicas.
Los prisioneros no fueron ejecutados, como ordenaba una instrucción de Hitler sobre los comandos enemigos. Rommel ordenó que se les tratara como soldados prisioneros. El comandante Keyes fue enterrado con honores militares junto a los alemanes muertos, en el cementerio de Beda Littoria. El



Por una carretera trazada en medio del desierto, los camiones alemanes de aprovisionamiento avanzan ante prisioneros ingleses.

asalto inglés contra el supuesto cuartel general había sido un fracaso. Otro acontecimiento paralelo hizo, sin embargo, que el general Auchinleck exclamara: «What a stroke of fortune!». «¡Qué golpe de suerte!». Sobre su mesa se encontraba un plan de ataque firmado por Rommel. Un traidor se lo había llevado.

Naturalmente que ningún traidor agarra un plan de este tipo, se lo coloca bajo el brazo y se pone en camino hacia la otra parte para entregarlo en el cuartel general. De realizarse una cosa así, se hace a través de intermediarios, cada uno de los cuales suele desconocer la identidad del otro, según todas las reglas del arte de la conspiración. «Durante todo el tiempo tuvimos a uno de nuestros espías en las inmediaciones del cuartel de Rommel», escribe Winston Churchill en su libro «La segunda Guerra Mundial». Se refiere a todo el tiempo que duró la batalla de Sollum. También en el período inmediatamente posterior parece que existió una «relación» de este tipo. El general Auchinleck no podía apartar la vista ni ocultar su entusiasmo: allí estaba la fotografía ampliada de Tobruk y sus alrededores, con sus signos e instrucciones del puño y letra característicos de Rommel. «Sin duda alguna es su escritura, sir; lo ha demostrado nuestro Servicio de Inteligencia comparándola con otros documentos.» Sir Claude, con todo, no terminaba de creer que verdaderamente pudiera tener ante él el plan de ataque y conquista de Tobruk, completado con la especificación de unidades y el detalle de las acciones. Sólo faltaba la fecha, pero era lo natural. En el plan se había escrito: Día X.

¿Habría que pensar que éste pudiera ser un nuevo truco del «Zorro del desierto»? Rommel había probado con éxito ya algunos de su repertorio, como recubrir vehículos normales con cartón al igual que si fueran carros y hacerlos avanzar bajo grandes columnas de polvo, mientras en otro lugar, se llevaba a cabo el ataque con los verdaderos carros de combate... De la misma manera podía hacer llegar al enemigo los falsos planes de la conquista de Tobruk.

El Estado Mayor de Auchinleck llegó a la conclusión de que los planes eran auténticos. Especialmente el hecho de que faltara la fecha era una prueba definitiva. Sir Claude decidió entonces aprovechar la oportunidad. Nuevos refuerzos llegados de Inglaterra habían aumentado sus efectivos materiales a 724 blindados. Mientras el aprovisionamiento inglés transcurría normalmente, Rommel tropezaba con las mayores dificultades.

En el mar Mediterráneo se encontraba Malta, situada en el camino entre el sur de Italia y los puertos de Libia. Malta se había convertido en un verdadero «portaaviones». Durante mucho tiempo la Aviación del Eje había bombardeado los puertos de la isla y los buques que se encontraban en ellos, así como los aeródromos.

Pero la orden de Hitler de enviar a Rusia los contingentes aéreos estacionados en Sicilia, había permitido a Inglaterra concentrar de inmediato su flota en Malta y dominar con sus buques las aguas del Mediterráneo.

Durante el mes de octubre, el 60 % de los envíos a Rommel terminaron en el fondo del mar. El carburante y las municiones empezaron a ser escasos. Y allí estaba el magnífico puerto de Tobruk, en el camino de Creta ocupada por los alemanes. Era evidente que Rommel haría cuanto pudiese para ocupar Tobruk. Sobre todo porque, como muy bien se sabía en el Estado Mayor de Auchinleck, deseaba seguir adelante hasta el Nilo. Y para ello necesitaba Tobruk no sólo como puerto de aprovisionamiento sino también para tener la retaguardia cubierta.

Auchinleck impuso a su Estado Mayor una actividad febril. Su plan era claro: Rommel tendría que concentrar una gran parte de sus fuerzas para el ataque contra Tobruk. En su plano figuraba toda la División 15 al sur de la ciudad. Tan pronto como empezara el ataque había que lanzarse sobre su flanco. El 14 de noviembre los soldados de Auchinleck habían tomado las posiciones al efecto. En marchas nocturnas, con caravanas de camellos, sus unidades pudieron trasladarse sin ser descubiertas ni atacadas una sola vez por la Aviación germano-italiana.

«Escribir historia»

Entonces fue cuando la espera comenzó a poner nerviosos a todos. Especialmente en Londres, donde Winston Churchill no cesaba de apremiar el ataque. El 17 de noviembre, el león de Londres se impacientó. Obligó prácticamente a su general a ordenar el ataque en los días siguientes, al enviar una orden del día del rey a los soldados del desierto. El estilo patético, el recuerdo de los días de gloria, la alusión a la importancia del ataque que se preparaba, tenían un gran parecido con la orden transmitida por el *Führer*:

«Por primera vez se van a encontrar fuerzas de Gran Bretaña y del Imperio, bien equipadas, con las tropas alemanas. La batalla tendrá una gran influencia para la evolución futura de toda la guerra. Se va a librar el combate más importante hasta ahora por la patria y la libertad y en beneficio de la victoria final. El Ejército del desierto va a escribir una nueva página de la historia, comparable a las de Blenheim y Waterloo. Los ojos de todas las naciones están puestos en vosotros. Nuestros corazones laten con los vuestros. Que Dios esté del lado del Derecho.»

En la noche anterior al ataque se desencadenó una tormenta terrible, no sólo en Beda Littoria, donde el comandante Keyes había creído descubrir el cuartel general de Rommel, sino en toda la Cirenaica. Incluso en el Paso de Halfaya, donde hacía más de 60 años que no llovía, empezó a caer del cielo una enorme tromba de agua, entre truenos y relámpagos.

Al principio los soldados de infantería se alegraron. Aun cuando empezaban a inundarse las tiendas no dejaron de bromear: «Por lo menos algo nuevo. Abundancia de agua en el desierto.»

Inundaciones en el horno

¿Cómo iban a saber que el agostado lecho del río, duro como piedra, se había formado con esos diluvios repentinos? ¿Y que el agua que caía en cataratas seguiría el mismo camino con fuerza devastadora, pese a no haber llovido durante decenios?

Al empezar a subir el río sólo pensaron en salvar la vida. Tiendas, vehículos, incluso las armas fueron arrastradas por el agua. El radio Jung y su amigo Degen lograron agarrarse a una peña y permanecieron pegados a ella durante largo tiempo. Desde allí pudieron ver a un italiano, envuelto en su manta y arrastrado de un sitio a otro, que no dejaba de encomendarse a los cielos.

Jung y Degen lograron alcanzar el puesto de mando del batallón. Estaban agotados y no había más que verlos para imaginar lo peor.

—¿Han llegado los ingleses hasta vuestras posiciones? —les preguntaron llenos de susto.

—Los ingleses, no; el agua. Estamos inundados.

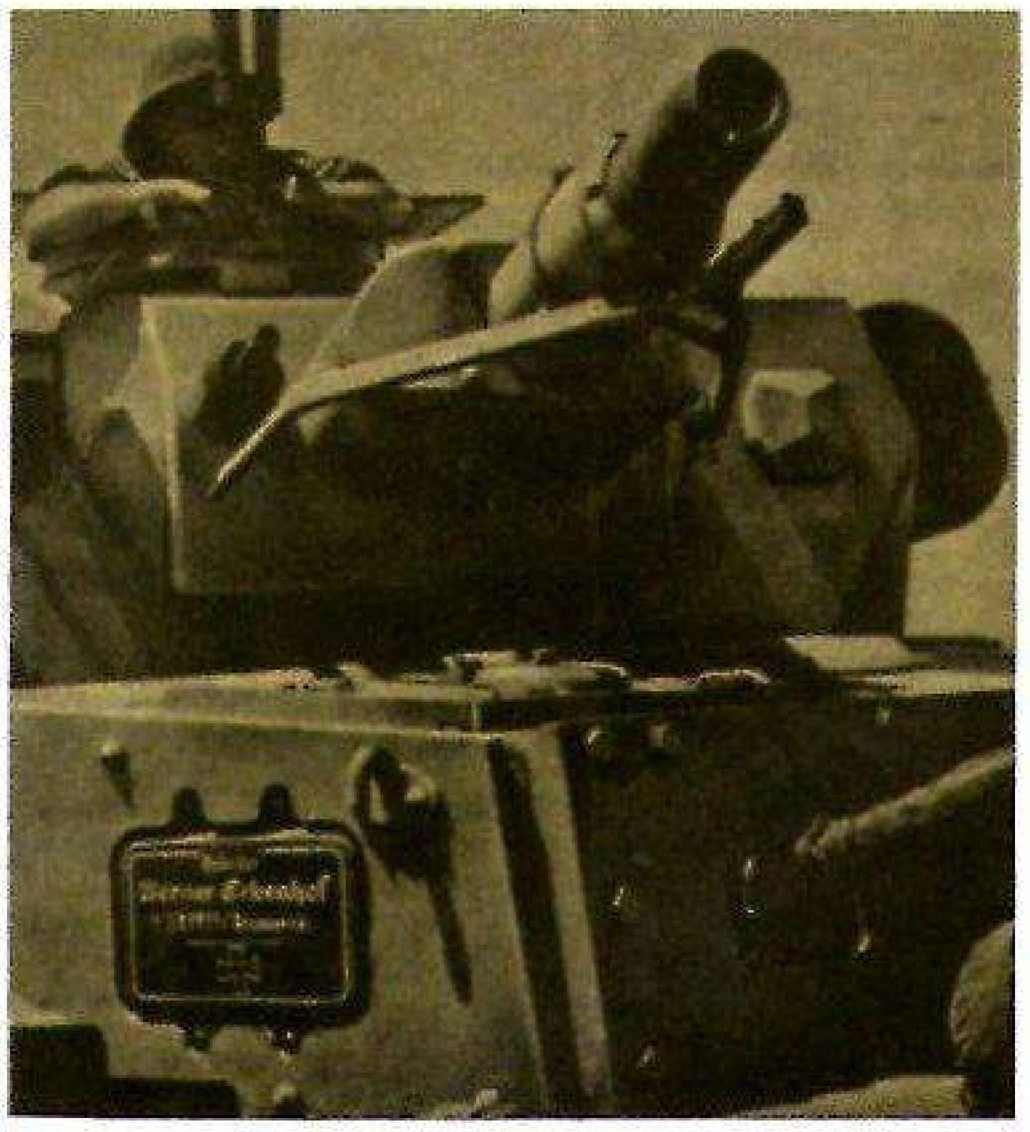
El desconcierto es total. La clave concertada para dar a conocer el esperado ataque de los ingleses era precisamente: «Inundación». Y para un gran ataque: «Diluvio».

¿Quién podía imaginar que en aquel horno del mundo pudiera sobrevenir una inundación? Así, en el mismo instante, se ponen sin querer en circulación las dos contraseñas: «Inundación» y «Diluvio».

Y no sin razón, porque en esos momentos marcha el Ejército acorazado más importante, hasta la fecha, de toda la guerra africana.

En el siguiente capítulo: *La batalla del Día de Difuntos —Auchinleck ataca—. El viaje sin rumbo de Rommel por el desierto. —El regreso a Marsa el-Brega. Los olvidados del Paso de Halfaya.* □

Doble página original de la revista del OKW «Die Whermacht», correspondiente al 2 de julio de 1941.

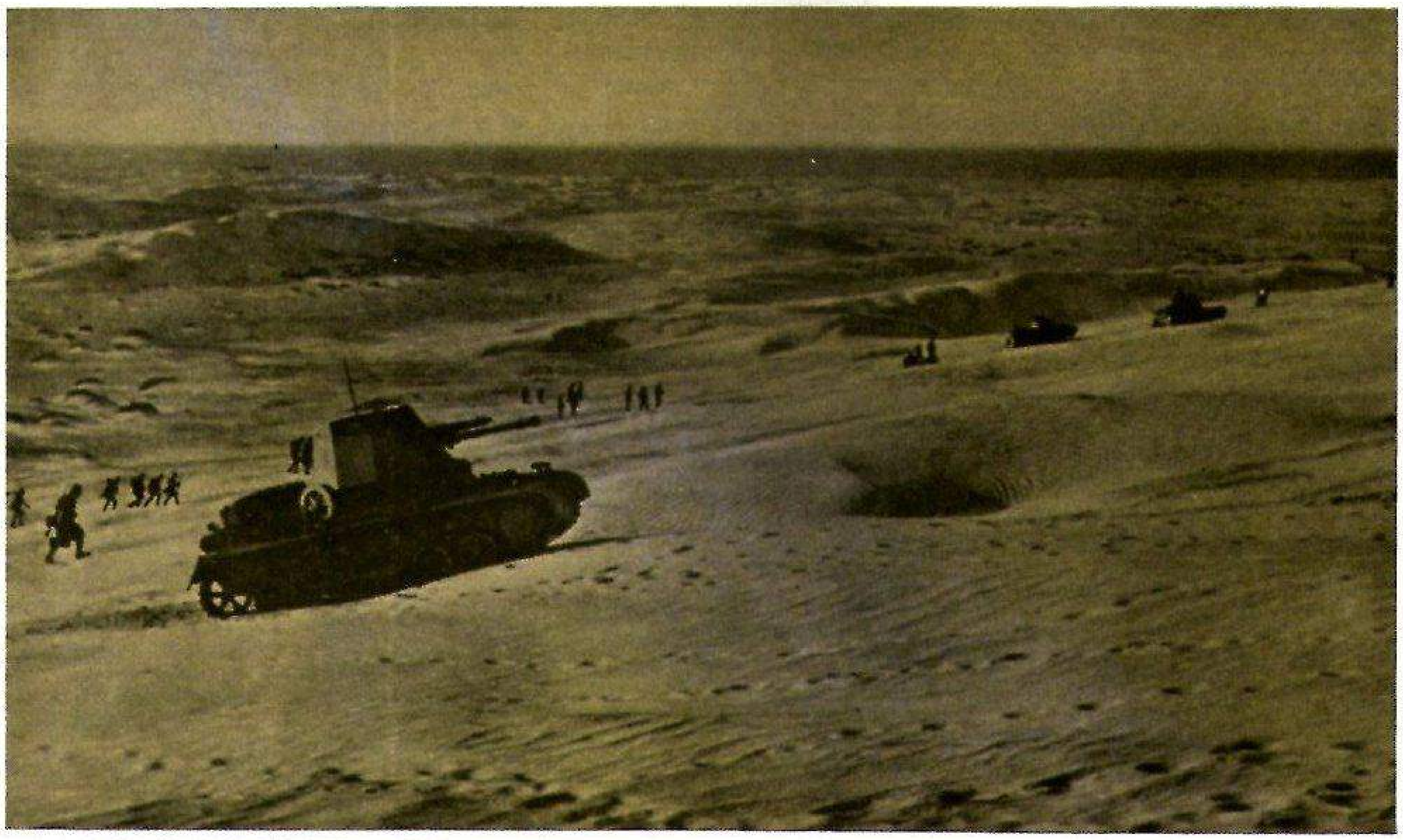


Los héroes caídos en Polonia están presentes en África. Es un signo de la buena calidad del material alemán el que los carros que tomaron parte en los combates de Polonia, Holanda, Bélgica y Francia estén presentes en el campo de batalla africano. El carro ha experimentado sólo un pequeño cambio: el periscopio de tijera sobre la torreta.

ENTRE TOBRUK Y SOLLUM

Texto y fotos de Eric Borchert, de las Compañías de Propaganda

Las cadenas de los carros se mueven sobre la fina arena del desierto infinito. La guerra en el desierto exige un enorme rendimiento de los hombres y del material. Unidades contracarros apoyan el avance del batallón de ametralladoras.

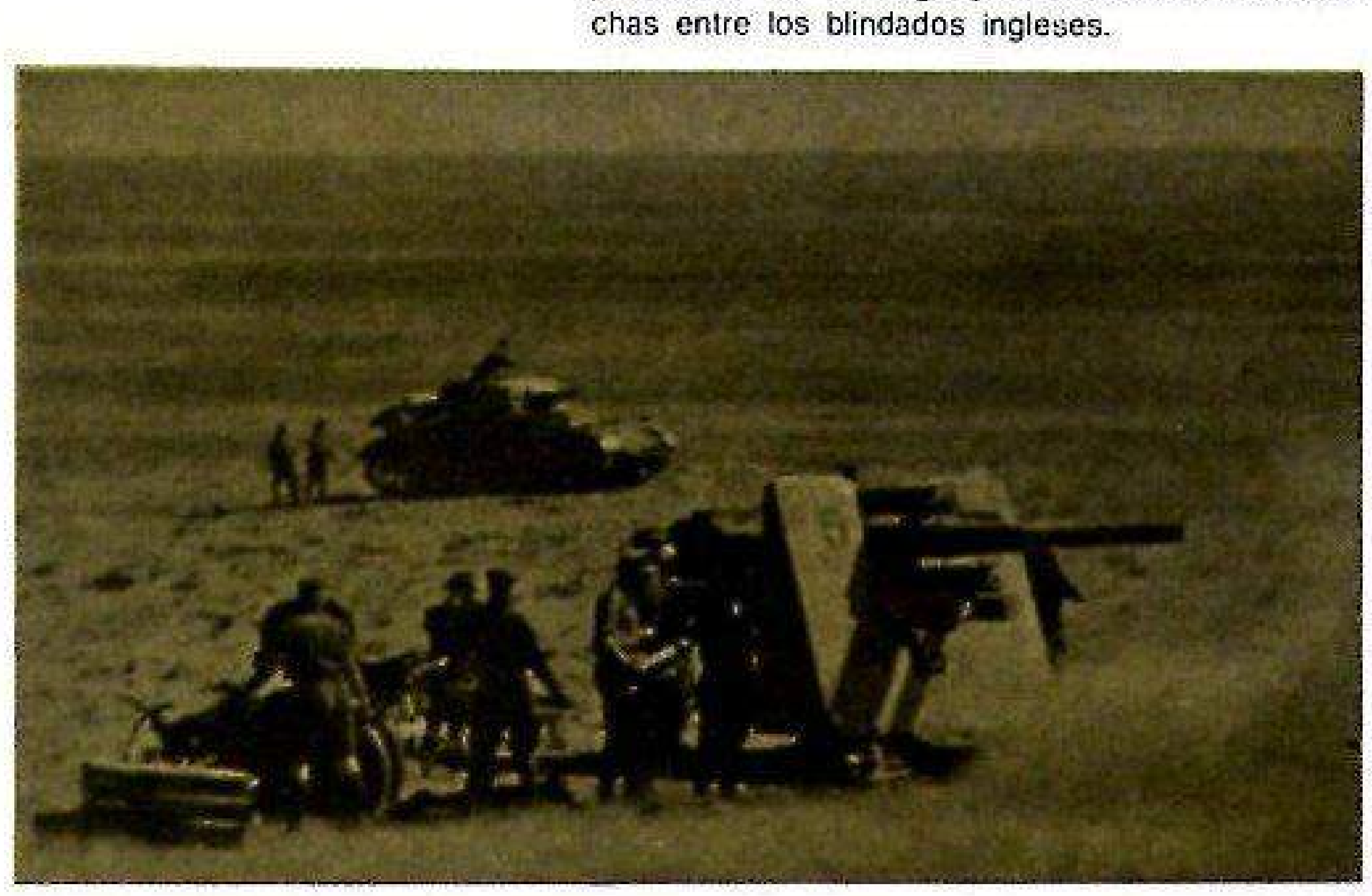




La batalla de los blindados en Sollum. Arrastrados por los hombres, los cañones de artillería pesada son conducidos a su posición. Por su gran alcance, su capacidad de fuego y su desacostumbrada movilidad el cañón pesado es una de las armas más temidas por el enemigo.



Apenas en posición, el cañón apoya con su fuego el avance de los carros propios destrozando la protección del enemigo y abriendo enormes brechas entre los blindados ingleses.







También en África sigue siendo la Infantería la reina de las Armas. 40° C a la sombra, pero, ¿dónde está la sombra en el desierto? El sol abrasa los cascos de acero. La ametralladora pesa sobre los hombros y la sed se hace insoportable. Casi 20 km deben marchar sobre la arena los infantes, ya que con sus vehículos les es imposible aproximarse al enemigo. Entonces conocerá el adversario la voluntad de victoria de estos hombres.

Al primer disparo de los contracarros quedó en el sitio este blindado inglés. Dos hombres de la dotación consiguieron escapar del carro incendiado y huir. Pero en el desierto no hay escondite, y poco después eran hechos prisioneros.





Con la bandera de la cruz gamada, el general Rommel, siempre muy cerca de la primera línea, indica a la vanguardia de los carros el lugar en que ha establecido su puesto de mando.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1942

15. 3.: Palabras de Hitler en el Zeughaus –arsenal– de Berlín con motivo del «Día del recuerdo de los héroes»: «Algo sabemos hoy: las hordas bolcheviques aún no derrotadas este invierno por las tropas alemanas y sus aliados, serán aniquiladas por nosotros hasta el fin en el próximo verano.»

21. 3.: Hitler nombra a Fritz Sauckel, «Gauleiter» de Turingia, comisario general del Servicio del Trabajo.



Fritz Sauckel en 1945.

31. 3.: El ministro de Justicia del Reich, Roland Freisler, declara ante los presidentes de las Audiencias Territoriales: «Los casos que merezcan una pena superior a los diez años de prisión, deben fallarse con pena de muerte.»

17. 4.: Albert Speer habla ante una reunión de consejeros económicos regionales, a los que expone su plan de centralización de la economía alemana.

20. 4.: Con motivo del cumpleaños de Hitler, Hermann Göring lanza una proclama «al pueblo alemán», en la que pide a los hombres y mujeres del Reich que juren fidelidad al «Führer» hasta la victoria final y el logro del Gran Reich Alemán.

26. 4.: Hitler ante el Reichstag: «Inglaterra no puede ganar esta guerra, y la perderá. Y quizá por una vez en su historia comprenda que no se puede confiar el destino de los pueblos ni a los borrachos, ni a los enfermos mentales.»

26. 4.: Hitler aprovecha su discurso ante los miembros del Reichstag para ajustar las cuentas a los jueces alemanes. El «Führer» amenaza con prescindir de aquellos magistrados que desconocedores del deber del momento continúan pronunciándose por la clemencia.

29/30. 4.: Entrevista Mussolini-Hitler en el Berghof, Berchtesgaden. Se ponen de acuerdo para lanzar una ofensiva en el Norte de África a finales de mayo y conquistar Tobruk.

Finales de abril: En representación del «Kreisauer Kreis» –grupo alemán de la resistencia– Adam von Trott entrega en Ginebra a Willem A. Wisser't Hooft un memorándum para sir Stafford Cripps.

1-31. 3.: Los submarinos alemanes echan a pique en el Atlántico 84 mercantes aliados con un total de 446.044 toneladas de registro bruto.

2. 3.: El Ejército 50 soviético intenta en una contraofensiva establecer contacto con el Ejército 33, cercado por los alemanes, y consigue desalojar al Ejército 4 germano de Jujnov.

3. 3.: Primer ataque estratégico de la RAF contra la fábrica Renault en Billancourt, cercanías de París. Una parte de las bombas erró el objetivo y fue a caer sobre el barrio obrero, causando 250 muertes.

13. 3.: En la península de Kerch comienza la gran ofensiva soviética del «Frente de Crimea» contra el Ejército 11 alemán.

23/26. 3.: El convoy británico MW 10 con refuerzos para Malta es atacado por los bombarderos del II «Fliegerkorps» germano, que hunden 4 transportes con un total de 29.244 toneladas.

28/29. 3.: Como preludio de la nueva táctica británica de «bombardeo por áreas» («Area Bombing») la antigua ciudad hanseática de Lübeck queda reducida a escombros y ceniza. Fueron destruidos 1425 edificios; la Marienkirche, templo de singular belleza y fama mundial, ejemplo de arquitectura hanseática, quedó seriamente dañada. Las 300 víctimas del bombardeo fueron calificadas por el parte del OKW como «algunas bajas».

1-30. 4.: Los submarinos alemanes hunden 72 mercantes aliados con un total de 394.760 toneladas.

4-30. 4.: Durante 6 días los 596 aviones del I «Fliegerkorps» germano atacan el puerto, los buques y las defensas aéreas de Leningrado.

5. 4.: Hitler firma la Directiva n.° 41 sobre la inmediata ofensiva de verano en Rusia. Objetivo: «...acabar con los efectivos militares de que aún disponen los soviéticos y ocupar en lo posible todo cuanto contribuya a mantener su economía de guerra.»

12. 4.: Dentro de la proyectada ofensiva de verano contra Rusia, Hitler ordena, como primera meta, la toma de Vorónez.

15. 4.: Los restos del Ejército 33 soviético, cercado desde principios de febrero en las cercanías de Viazma, son aniquilados por los alemanes.

24/25. 4.: Siguiendo su táctica del «bombardeo por áreas», la RAF ataca Rostock. Entre los edificios antiguos y de gran valor destruidos por las bombas figuran la Nicolaikirche, del siglo XIV, y el Steintor, del siglo XVI. Resultaron muertas 204 personas de la población civil.

25/26. 4.: Ataque aéreo alemán de castigo contra la ciudad portuaria de Bath, en el sur de Inglaterra. 400 muertos entre la población civil.

Abril: Durante la primavera, las bombas más pesadas lanzadas contra Alemania fueron de 900 kg. En el verano de 1942 eran de 1800 kg, en el otoño del mismo año cayeron ya algunas de 3600 kg.

3. 3.: Estreno de la película propagandística «Der grosse König» («El gran rey»), con Otto Gebühr, Gustav Frölich, Paul Wegener y Kristina Söderbaum. Dirección: Veit Harlan. Mereció las mejores calificaciones: «Filme nacional», «de gran mérito político y cultural», y otros. El superfilme costó 4,8 millones de marcos y fue la realización más cara hasta ese momento del III Reich, después de «Ohm Krüger», rodada en 1941 con un presupuesto de 5,5 millones.



Otto Gebühr (sobre el caballo blanco) en su papel de Federico el Grande, de la película «Der grosse König».

6-15. 3.: La exposición de primavera de Viena está prácticamente dedicada al desarrollo de la producción agrícola. Lema: «Todo de la propia tierra».

12. 3.: Muere en Stuttgart el industrial Robert Bosch poco después de haber cumplido 80 años. Con motivo del aniversario Hitler le había concedido el título de «Pionero del Trabajo», que sólo ostentaban hasta ese momento cuatro industriales más.

22. 3.: Por vez primera se lleva a cabo unitariamente en todo el Reich la incorporación al «Servicio de la Juventud», que comprende el ingreso de los jóvenes de 14 años en las Juventudes Hitlerianas y en la Liga de Muchachas Alemanas, previo el correspondiente juramento de fidelidad a Hitler.

29. 3.: En toda Alemania se celebran actos conmemorativos del 115 aniversario de la muerte de Ludwig van Beethoven.

2. 4.: Goebbels, hablando ante los corresponsales de guerra de las Compañías de Propaganda, afirma «que les corresponde el mérito de haber introducido también en la guerra el concepto de propaganda, ya elevado a la categoría de arte político».

2. 4.: Los soldados alemanes de Aviación estacionados en Italia, envían a su comandante en jefe, mariscal Göring, 140.000 kg de naranjas para «su reparto en la patria». Göring regaló las naranjas a los niños «de los territorios expuestos a los bombardeos».

3. 4.: En el campeonato de boxeo aficionado de Baja Sajonia, celebrado en Breslau, Herbert Runge, campeón olímpico de todos los pesos, derrotó a su rival Hein ten Hoff, campeón europeo de la misma categoría.



Habla Hitler

Berlín, 1-1-1941
Con fervor religioso ensalza Hitler en su discurso de Año Nuevo los hechos de armas del año anterior y promete para el que ahora comienza la victoria sobre los «plutócratas» e «incendiarios democráticos» de Inglaterra.

Dios no nos abandonará

Acaba de concluir un año de la historia alemana lleno de dificultades. La vigorosa singularidad de los acontecimientos, su revolucionaria significación para el futuro desarrollo de la humanidad, sólo podrán valorarla en toda su trascendencia las futuras generaciones. Nosotros que vivimos esta época, no podemos librarnos de la impresión de que los designios de la Providencia son mas fuertes que el propósito y la fuerza de los individuos. Los dioses no sólo ciegan a los que quieren perder sino que obligan también a los llamados por la Providencia a proponerse objetivos que, en principio, parecen alejados de sus propios deseos originarios. El año 1940 ha sido rico en decisiones de tanta importancia y a un ritmo tal como hasta ahora no había contemplado la historia de los pueblos.

El año 1941 verá operar un Ejército, una Marina y una Aviación mucho más fuertes. Bajo sus golpes irá desapareciendo la palabrería de los criminales de guerra y se irán sentando las bases para un entendimiento real entre los pueblos.

En la lucha entre los privilegios de los plutócratas y los derechos del pueblo nacionalsocialista, terminarán imponiéndose los segundos. En esta confianza iniciamos el año 1941.

Desde principios de junio del pasado año se encuentra a nuestro lado la Italia fascista. El pueblo italiano está tan decidido como nosotros a llevar la guerra adelante, la guerra que una estúpida clase alta aristocrática ha explicado al pueblo italiano de manera singular. Su lucha es nuestra lucha, sus esperanzas las nuestras. El plan de los criminales de guerra pretendiendo romper por medio de acciones aisladas el anillo que se cierra en torno a ellos resulta infantil. Churchill ha celebrado ya muchas «victorias» por adelantado que luego se han revelado como auténticas catástrofes. Churchill fue el hombre que de repente inventó la guerra aérea ilimitada como el gran secreto de la victoria británica.

Por mi parte he soportado durante meses esa inhumana crueldad que militarmente constituía un abuso. Sin dejar por ello de advertir que un día llegaría el castigo. Los demócratas incendiarios sólo han reservado una sonrisa a mis advertencias. Hablan de una «guerra encantadora», «en la que todo está saliendo a pedir de boca y de la que sólo cabe alegrarse.» Exponen con detalle los daños que causan sus bombas a la población y la economía alemanas, etc. Sin embargo, la única consecuencia de esos bombardeos ha sido la creciente irritación del pueblo alemán y la esperanza de que alguna vez llegará la hora del castigo; en el mando ha provocado la decisión de poner fin a esa forma unilateral de hacer la guerra.

Desde mediados de septiembre habrán comprendido que sólo razones humanitarias nos han impedido responder a los crímenes de Churchill. De ahora en adelante vamos a llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias; es decir, hasta que sean eliminados los criminales responsables.

Esto no es una fanfarronada, sino una decisión sangrienta: afirmamos que por cada bomba que arrojen, responderemos con diez y si hace falta con cien. Pueden, si quieren, repetir hoy una vez más su consigna propagandística de que «ha cambiado la suerte de la guerra». ¡Pero no olviden que en esta guerra no triunfará la suerte, sino el derecho!

Y el derecho está del lado de los pueblos que luchan por su supervivencia. Y la lucha por esta supervivencia espoleará a los pueblos para llevar a cabo las proezas más increíbles de la historia del mundo. Si en las democracias el atractivo de los beneficios es la fuerza que mueve la producción, –beneficios que se guardan los grandes industriales, los banqueros y los políticos corrompidos– en la Alemania nacionalsocialista y en la Italia fascista lo es el conocimiento de millones de trabajadores de que en esta guerra se lucha contra ellos; el convencimiento de que, si las democracias llegaran a ganar, serían capaces con el furor de su crueldad capitalista de arrinconar todo aquello que represente algo más elevado que el tener al oro por dios y por regla de conducta la ganancia.

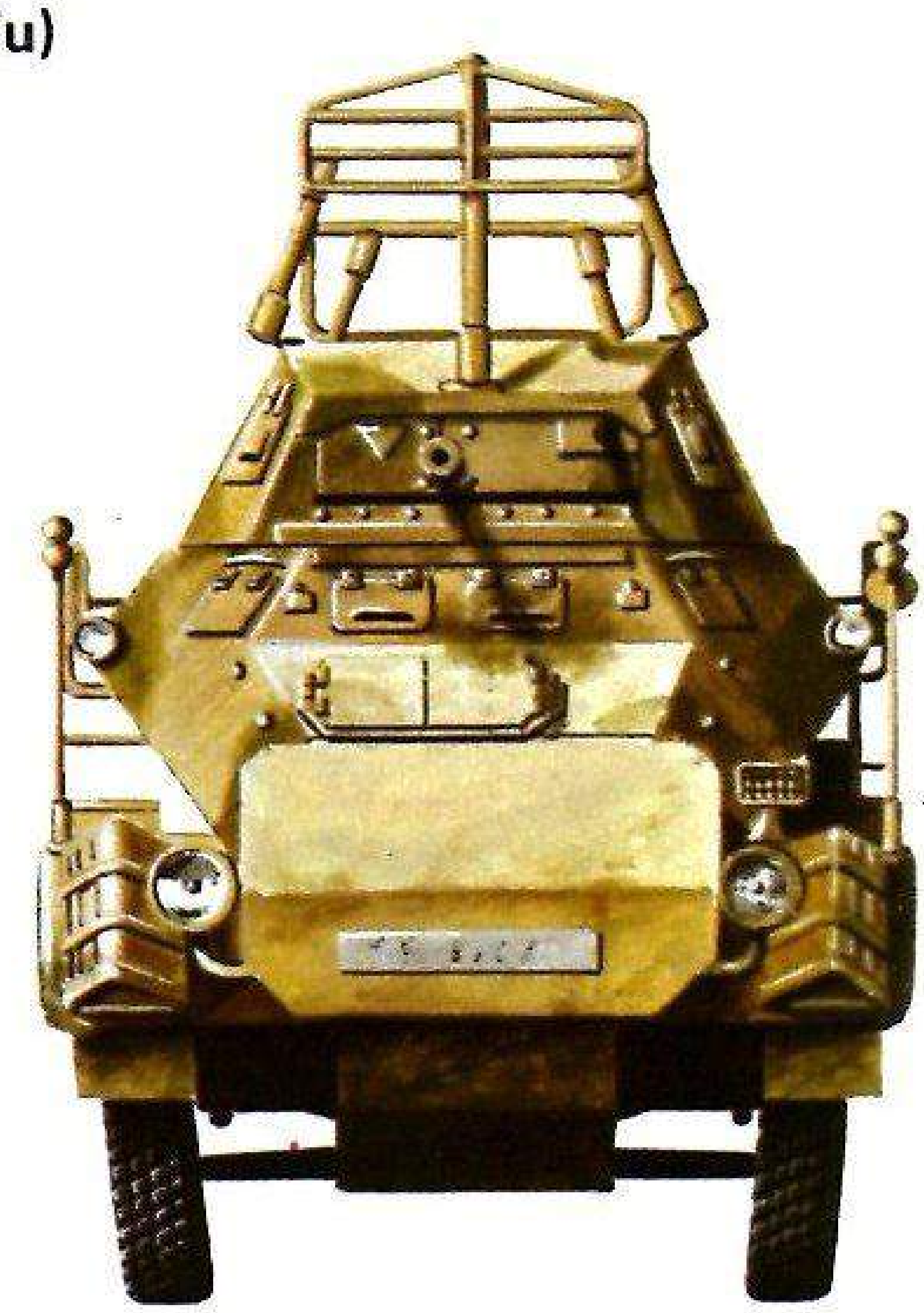
La Alemania nacionalsocialista, la Italia fascista y con nosotros nuestro aliado el Japón saben que en esta guerra no se lucha por una forma de Estado ni por futuras fórmulas internacionales, sino para decidir si este mundo debe ser sólo de unos o si no debe ser también de los otros.

Un político americano ha expresado el ingenioso concepto de que, en el fondo, éste es un intento de los desheredados por recibir algo. Estamos de acuerdo. Mientras la otra parte cuando llega al poder se preocupa de despojar a los desheredados de lo poco que tienen, nosotros nos enfrentamos con los poderosos de este mundo para devolver precisamente a los desheredados de la fortuna los derechos humanos y el derecho a la parte de vida que por principio les corresponde.

Esta lucha no es un ataque contra los derechos de otros pueblos, sino contra la usurpación y la codicia de una clase capitalista dirigente que no quiere comprender que han pasado los tiempos en que el oro gobernaba al mundo, y que, por el contrario, alumbra un futuro en que los pueblos, es decir, los hombres serán la fuerza motriz de las naciones.

Este convencimiento es el que ha empujado a los Ejércitos nacionalsocialistas en los pasados años. Y será el que les otorgue la victoria en el próximo. Porque luchamos por la felicidad de los pueblos nos sabemos acreedores a la bendición de la Providencia. El Señor nos ha acompañado hasta ahora en nuestro batallar y no nos abandonará en el futuro, si sabemos ser fieles y valerosos a la hora de cumplir con nuestro deber insobornable.

Vehículo pesado alemán de reconocimiento Sd. KfZ. 232 (Fu)

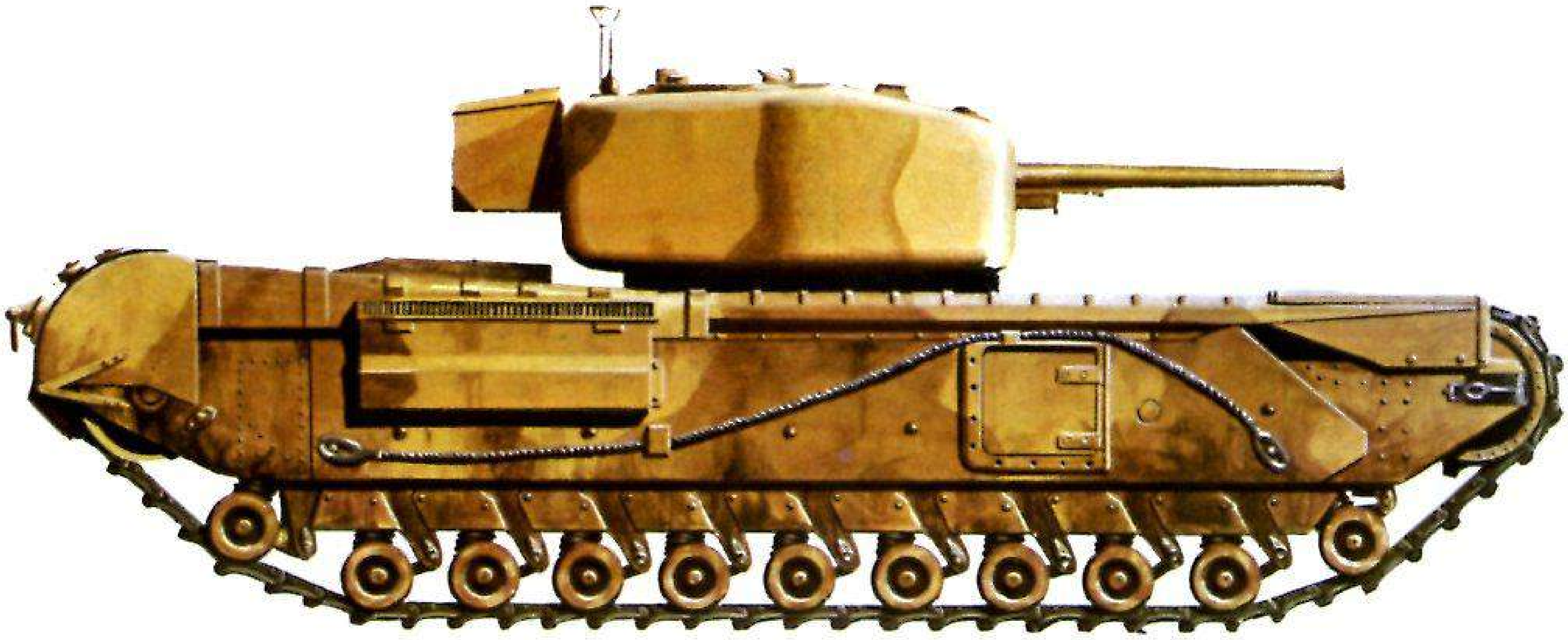


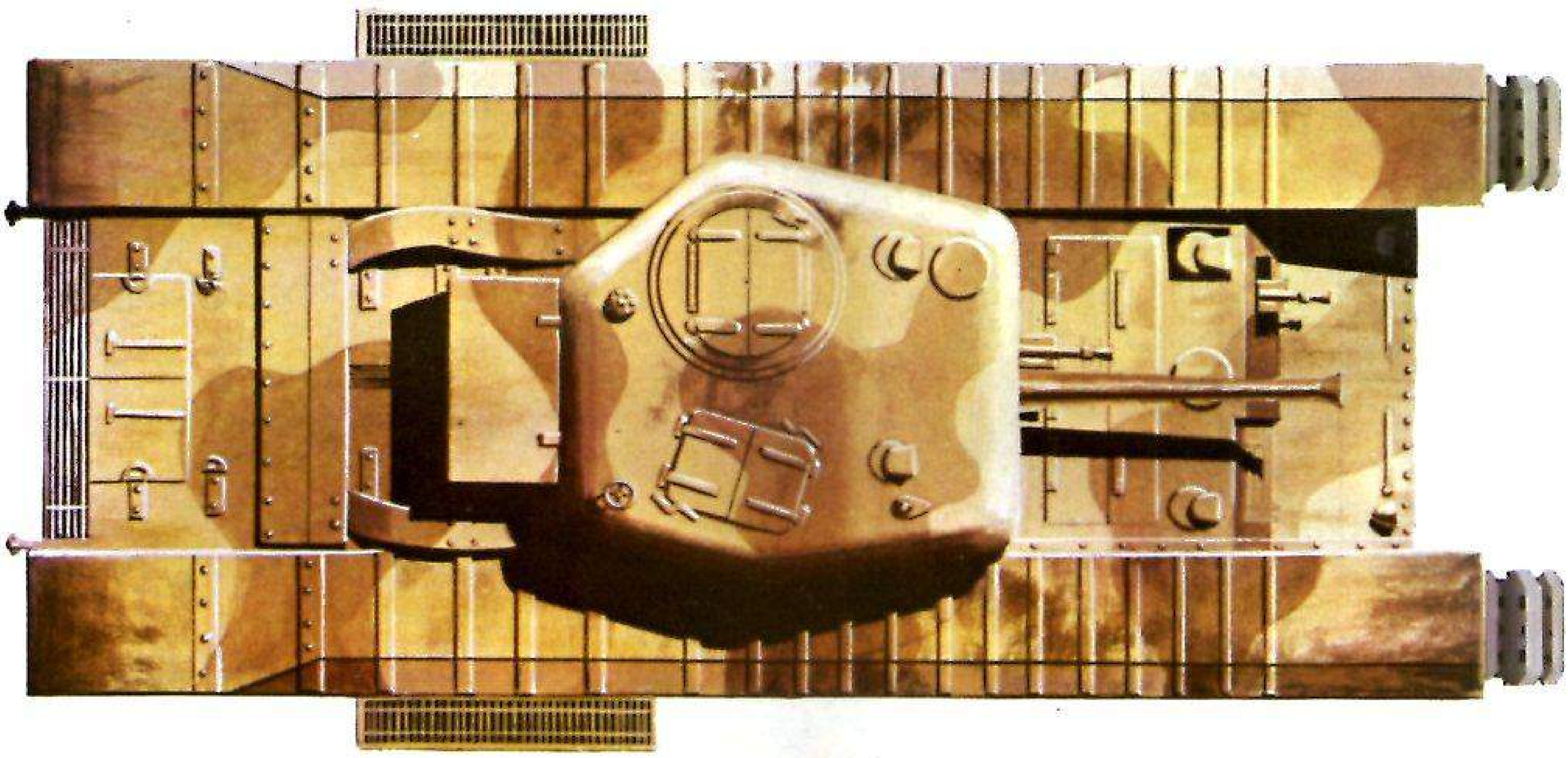
Peso: 8,3 t
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañón de 200 mm y una ametralladora de 7,9 mm
Coraza: frente, 14,5 mm; lados y torreta, 8 mm
Tracción: un motor Büssing NAG de ocho cilindros y 150 CV.
Velocidad máxima: 85 km/h.
Autonomía: en carretera 270 km; en campo abierto 150 km
Longitud: 5,85 m
Anchura: 2,20 m
Altura: 2,90 m (hasta el techo de la torreta)

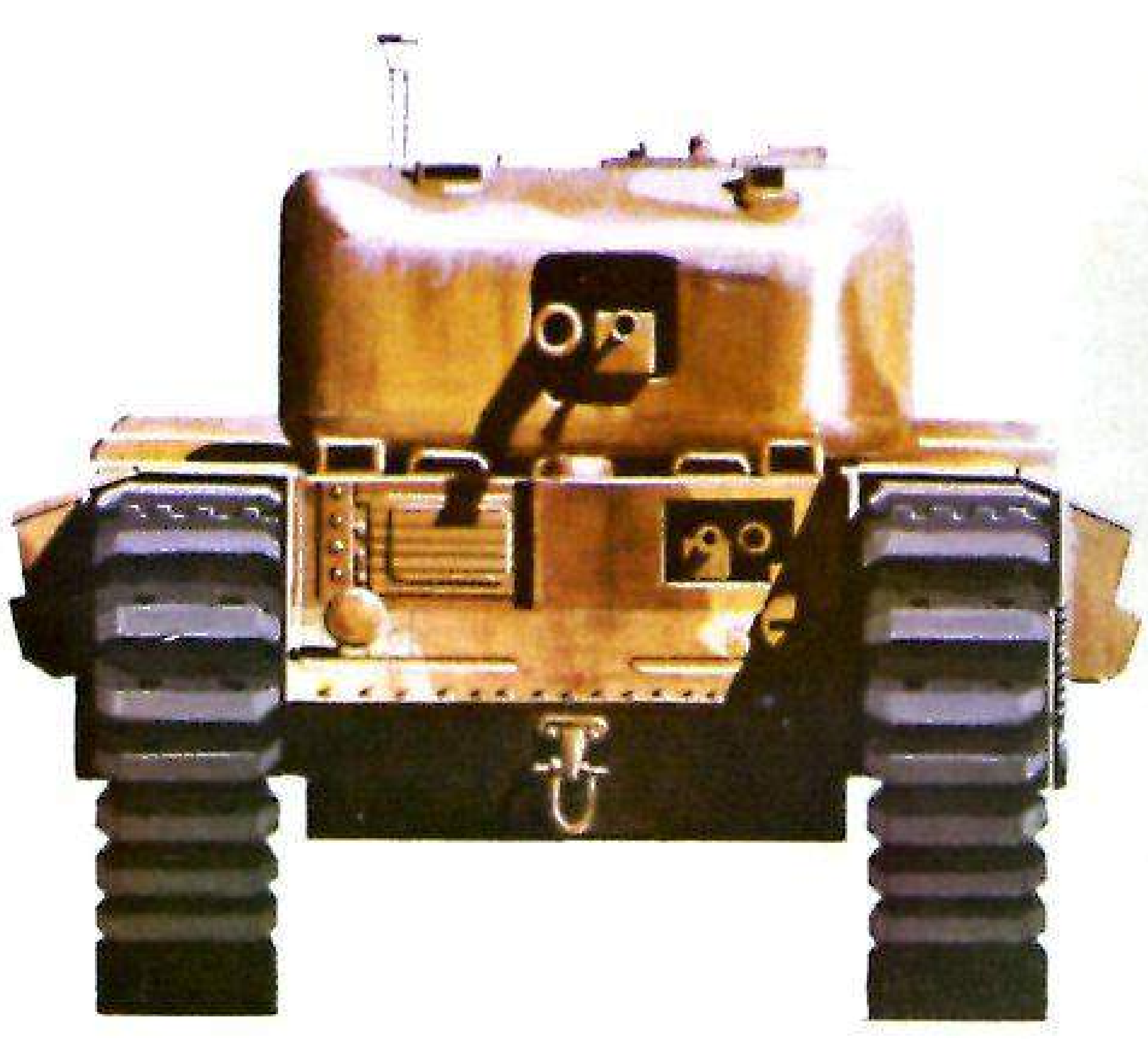




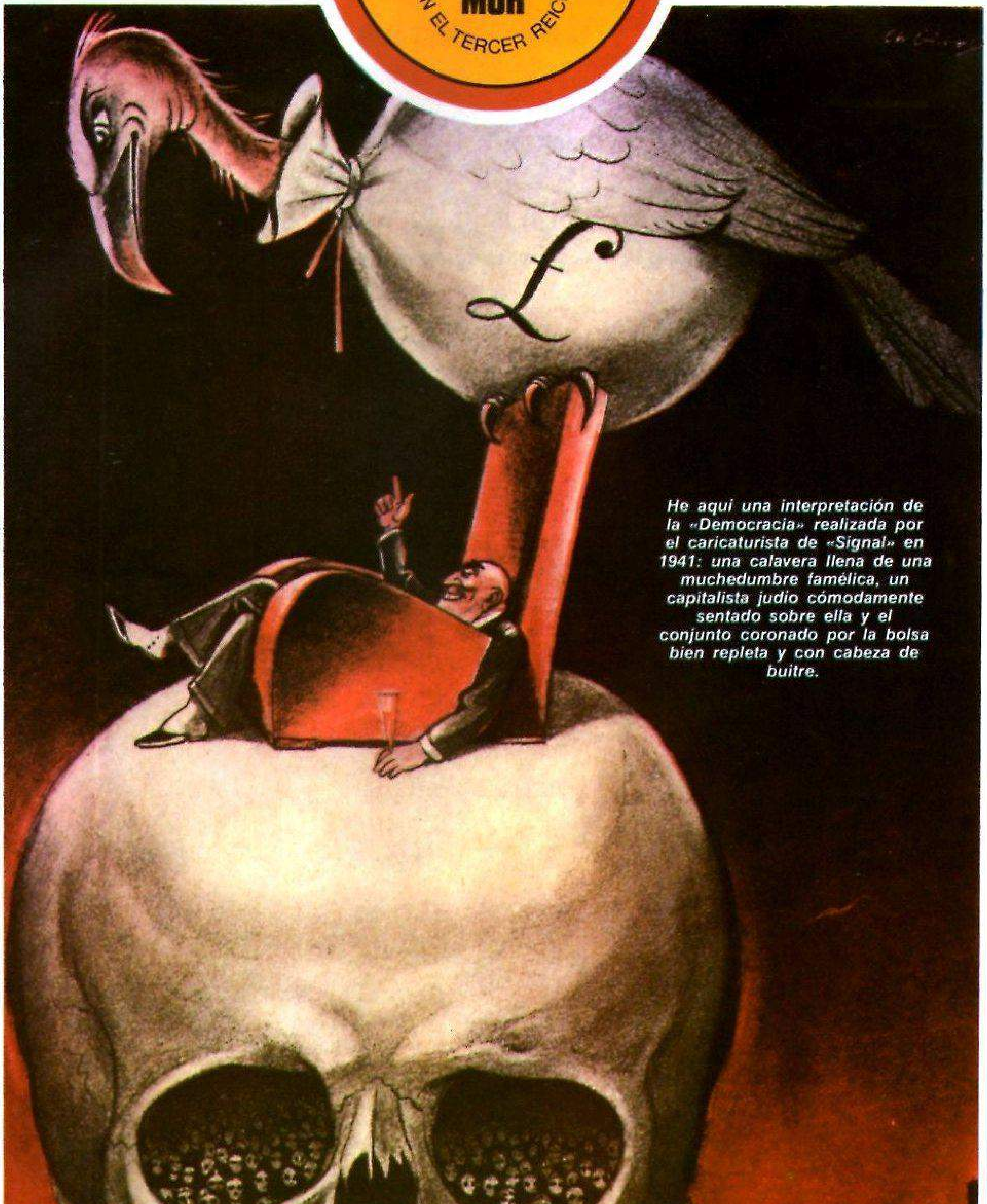
Carro blindado de la Infantería británica Mark IV Churchill IV







Peso: 39 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 57 mm y dos ametralladoras de 7,92 mm
Coraza: 101 mm
Tracción: un motor Bedford «Twin Six» de 350 CV
Velocidad máxima: 27 km/h
Autonomía: 145 km
Longitud: 7,45 m
Anchura: 3,95 m
Altura: 2,70 m



He aquí una interpretación de la «Democracia» realizada por el caricaturista de «Signal» en 1941: una calavera llena de una muchedumbre famélica, un capitalista judío cómodamente sentado sobre ella y el conjunto coronado por la bolsa bien repleta y con cabeza de buitre.

KATYN
UN CRIMEN IRREPARABLE



El Gobierno alemán hizo que una comisión internacional de médicos investigase los restos encontrados en Katyn. En la foto el especialista en medicina legal, doctor Orsós, de Budapest. Reproducción de la revista «Signal».

Proceso de Nuremberg, 14 de febrero de 1946. El segundo fiscal soviético, coronel Pkrowski, pide la palabra. «Quiero referirme ahora a las crueldades cometidas por los hitlerianos contra miembros del Ejército polaco. Según podemos ver en el informe de la acusación, uno de los capítulos más lúgubres fue la ejecución en masa de prisioneros de guerra polacos por los intrusos fascistas alemanes en los bosques de Katyn, cerca de Smolensk.»
A lo largo de los quince días siguientes numerosos testigos alemanes y de otras nacionalidades prestaron declaración sobre aquella matanza. Sus manifestaciones, que se contradecían entre sí según interrogase el acusador o el defensor de turno, no arrojaron luz alguna sobre lo que ocurrió verdaderamente en Katyn. Todo siguió muy oscuro. El defensor de Göring, doctor Otto Stahmer, por su parte, formulaba insistentes preguntas de acoso a los testigos presentados por la acusación. Al final, el tema desapareció del estrado sin pena ni gloria. Desde el 26 de febrero de 1946 no volvió a oírse una palabra oficial sobre el lúgubre episodio de Katyn. El segundo fiscal norteamericano, Robert Kempner, comentaría poco después a este respecto: «Hemos sentido verdadera admiración por Stahmer, que ha obligado a los soviéticos a retirar sus acusaciones sobre lo de Katyn. Desde luego, ha sido un triunfo de la defensa.» El fiscal mayor norteamericano, Jackson, añadiría a este comentario: «Ya en Nuremberg empecé a contar con la posibilidad de que los soviéticos no fuesen inocentes de lo ocurrido en Katyn. Por esta razón rehusamos declarar culpables a los alemanes.»

Stalin guarda silencio

La incógnita sobre qué ocurrió con tantos oficiales polacos hechos prisioneros por los soviéticos durante el avance del Ejército Rojo sobre el este de Polonia, en septiembre de 1939, había preocupado ampliamente al Gobierno polaco en el exilio, establecido en Londres desde mediados de 1941.
El 14 de noviembre de ese año, el embajador polaco ante el Gobierno soviético, Jan Kot, consiguió hablar con Stalin. Le expuso que a comienzos de 1940 habían sido transferidos 40.000 oficiales polacos de los campos de concentración de Starobielsk y Kozelsk a otros puntos desconocidos. «Entre nosotros y esos hombres –explicó el embajador– se ha levantado desde entonces un muro impenetrable.» Ni uno solo de ellos había reaparecido.
Stalin comunicó por teléfono con la central del NKWD (Comisariado del



Katyn, el crimen comunista, fue un precioso bocado para la propaganda nazi. Katyn era un argumento contundente contra el bolchevismo ateo. «Si los soviets ganan la guerra Katyn se repetirá por todas partes». Incluso las palabras finales del delegado suizo, profesor Naville, al concluir las investigaciones realizadas en el lugar de la matanza, coincidieron plenamente con el tono de la propaganda alemana: «Hemos presenciado la más lúgubre exhibición de restos humanos que haya habido jamás. Efectivamente, los oficiales polacos fueron asesinados. Los motivos de esta matanza nacen de una ideología cruel, de una voluntad de aniquilación orientada contra el mundo civilizado que representa un terrible peligro para todo el Occidente.»

Pueblo para el Interior): «Aquí, Stalin. ¿Han sido puestos en libertad todos los polacos?», preguntó. Tras ocho minutos, durante los que habló con su interlocutor de otras cuestiones, llegó la respuesta esperada. Stalin escuchó la información en silencio... y no comentó ni una sola palabra al embajador, que esperaba una explicación sumamente nervioso...

A esta intervención todavía la seguirían otras cincuenta, a cargo del Gobierno polaco en el exilio, ante las autoridades soviéticas y ante el propio Stalin. Sólo hubo respuestas evasivas. Poco a poco fue cundiendo entre los nacionalistas polacos una sospecha cada vez más fundada. Pero se guardaron muy bien de molestar a sus aliados soviéticos con reacciones repentinas mientras Rusia llevase sobre sí la carga más pesada en la guerra.

Entretanto ocurrieron algunas cosas inesperadas. Joe Heydekker y Johannes Leeb informan acerca de ellas en el capítulo dedicado a Katyn de su libro «El proceso de Nuremberg» (1958): En el verano de 1942, es decir, exactamente un año después de la conquista de Smolensk, varias brigadas de la organización Todt trabajaban en las inmediaciones. Pertenecían a ellas diez polacos. Por un agricultor que vivía en los alrededores aquellos hombres tuvieron noticia de unas presuntas tumbas localizadas en un bosque de pinos muy jóvenes entre las estaciones del ferrocarril de Katyn y Gnesdowo. Las brigadas excavaron en el lugar señalado y pronto aparecieron restos humanos. Los obreros volvieron a cubrir las fosas y colocaron encima una cruz hecha con ramas de abedul. Así quedó todo por entonces.

Pero en el invierno de 1942/1943, un lobo solitario hizo que la atención de los habitantes de la zona se concentrase de nuevo en los bosques de Katyn, por entonces lugar de paseo preferido de los vecinos de Smolensk. El teniente Ahrens, del Regimiento de transmisiones 537, seguía las huellas del animal cuando encontró señales de escarbaduras junto al montón de tierra sobre el que se había colocado la cruz de abedul. Observó que cerca de allí había huesos. Los médicos del regimiento confirmaron que se trataba de restos humanos.

Sin embargo, al teniente le pareció muy extraño aquel montón de tierra situado entre los pinos, aunque la cruz pareciese indicar que se trataba de una tumba, e informó de inmediato al oficial encargado de los enterramientos. Más tarde apareció el profesor Buhtz, del Grupo de Ejércitos Centro, y comunicó que se le había encomendado realizar excavaciones en el bosquecillo.

Sus trabajos culminaron con un horrible hallazgo cuya notificación a través de la agencia de noticias alemana el 13 de abril de 1943, dejó aterrados a propios y extraños. «Un descubrimiento espeluznante, realizado hace poco por el Ejército alemán en el bosque de Katyn, junto a Kozogori (Colina de las Cabras), a unos 20 kilómetros al oeste de Smolensk, en la carretera de Smolensk-Vítebsk, da cumplida y terrible explicación sobre el asesinato en masa de más de diez mil oficiales del antiguo Ejército polaco, de diversas graduaciones y entre ellos de numerosos generales.» Habían sido ejecutados por el servicio secreto soviético GPU (NKWD).

Al concluirse las investigaciones se reveló que habían muerto exactamente 4.143 oficiales polacos. Las primeras cifras aducidas por los alemanes –Goebbels llegó a calcular en su diario unos 12.000 asesinatos– eran desde luego exageradas. Pero el número coincidía con el de los oficiales polacos que habían desaparecido sin dejar rastro cuando comenzó el traslado de los dos campos de concentración soviéticos.

Goebbels dio saltos de alegría

Según la perspectiva bélica de cada cual, eso significaba un triunfo, un motivo de horror o de perplejidad.

Goebbels saltaba de alegría. El hallazgo de la enorme fosa de Katyn «entra en juego como un factor inestimable de la propaganda antibolchevique –comentaría–. Hemos invitado a periodistas neutrales e intelectuales polacos para que expongan su opinión ante los micrófonos de nuestras emisoras de radio. Al tiempo he dado la orden de que este material se utilice con el máximo rendimiento». Cínicamente, añadía: «Creo que vamos a vivir algunas semanas a costa de todo esto.»

Sobrecogidos de terror, los polacos exiliados en Londres recibieron la confirmación de sus temores. A la misma hora en que la maquinaria de la propaganda alemana se ponía en marcha, el primer ministro Sikorski almorzaba con Churchill y le comunicaba que poseía «abundantes indicios» según los cuales la responsabilidad de la matanza debía atribuirse a los soviéticos. Churchill, temeroso de que aquello trajera malas consecuencias para la armonía entre los Aliados, trató de poner bálsamo en la herida abierta del general polaco: «Si han muerto, todo lo que usted pueda hacer no los devolverá a la vida.» Por su parte, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Eden, informó al Gobierno el 19 de abril de que «había hecho todo lo posible para hacer caer en la cuenta de que aquello podía ser un capítulo más de la propaganda alemana para sembrar la discordia entre los Aliados». A pesar de ello sus esfuerzos resultaron vanos.

La Polonia nacionalista estaba convencida de la culpabilidad de los soviéticos y, sin consideración alguna para con la alianza armada, pidió que investigase el asunto una comisión internacional. El Kremlin, por su parte, trató de salir de aquello como mejor pudo. Les pareció a los soviéticos que el ataque podría ser la mejor defensa.

«Los cómplices polacos de Hitler», decían los titulares de «Pravda» correspondientes al 20 de abril.

En el artículo se atestiguaba que los prisioneros polacos en cuestión estaban empleados en la construcción de carreteras en los alrededores de Smolensk y, al aproximarse los alemanes, no habían podido ser evacuados. Así habían caído en manos del enemigo y –puesto que se les encontró muertos– fueron asesinados por él. Sikorski y sus polacos exiliados fueron tildados de embusteros. Pronto, el 26 de abril, la Unión Soviética rompió sus relaciones con el Gobierno polaco en el exilio.

Poco después Sikorski perdió la vida en un misterioso accidente de aviación ocurrido en Gibraltar.

Lo que Churchill había tratado de evitar a toda costa se produjo: la introducción de un factor de desconfianza en el bando aliado. Sin ningún tipo de consideraciones hacia la verdad histórica, el Gobierno británico mantuvo en virtud de una férrea razón de estado su fidelidad aliada, que no debía verse oscurecida por ningún acontecimiento. Moscú tenía que ser descargado de toda culpa. Así, Anthony Eden declaró el 4 de mayo en la Cámara Baja «que Gran Bretaña no deseaba cargar a nadie, excepto al enemigo común, con la culpa de esos sucesos». El ministro de Asuntos Exteriores deploraba «el cinismo con que los nazis, culpables de la muerte de cientos de miles de polacos y rusos inocentes, tratan de utilizar la historia de un asesinato de masas para destruir la unidad entre los Aliados».

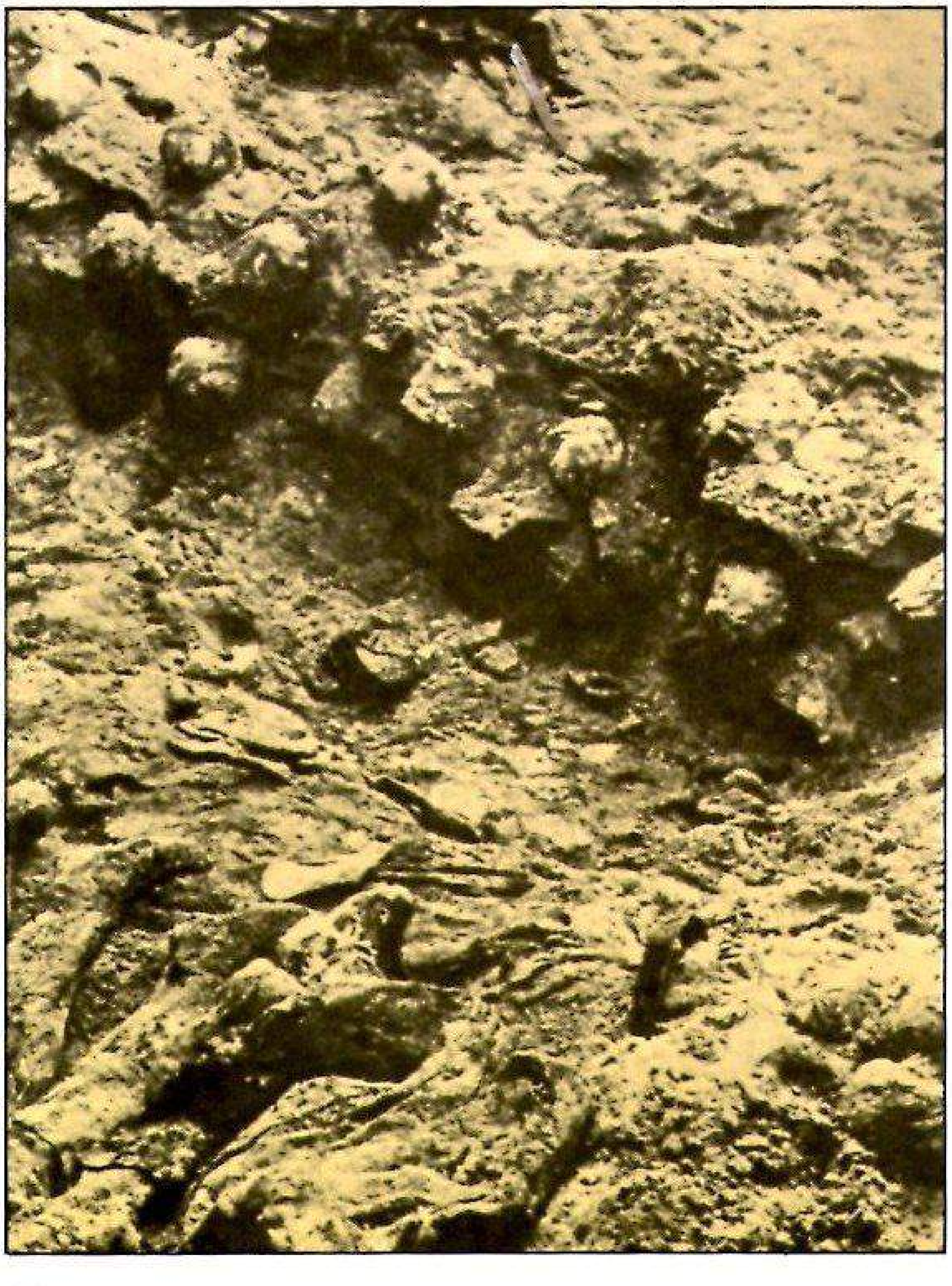
En realidad las palabras de Eden parecían justificadas. Eran ya demasiados los desmanes de la etapa alemana conocidos en el extranjero; el aniquilamiento de la población judía de Europa Central y Oriental estaba en todo su apogeo. El conocimiento de los crímenes stalinistas no había alcanzado el grado de difusión actual sino que estaban ocultos bajo la espesa pantalla de un gigantesco sistema de seguridad. ¿Por qué no podían ser entonces los alemanes responsables también de los de Katyn? ¿No estarían utilizando el viejo procedimiento de «¡Atrapen al ladrón!»?

La sospecha existía.



Capa a capa. *Amontonados, los cadáveres se acumulan unos junto a otros, unos sobre otros. Cuando se hizo esta fotografía se habían retirado ya dos capas de restos. Los trabajos de excavación dejaron al descubierto otras tres.*

La tumba de los 2500. *La mayor de las siete fosas descubiertas hasta ahora adopta forma de «L». Tiene 8 m de anchura, 28 m de longitud en un brazo y, en el otro, 16 m. Los oficiales polacos habían sido enterrados en cinco capas, 500 en cada una de ellas.*





El profesor Orsós, de Budapest, realiza la autopsia a un cadáver. *El especialista húngaro emite su dictamen en presencia de otros médicos.*

El cadáver núm. 800. *El profesor Palmieri, de Nápoles, secciona el cráneo de un coronel polaco. En él se encontraron tres tiros en la nuca.*





Se desnuda a un cadáver. *El profesor Hájek, de Praga, ha retirado algunos documentos del uniforme de una de las víctimas. En segundo término, el profesor Subik, de Bratislava, y el representante de la Cruz Roja polaca, doctor Wodzinski, proceden a comprobar la autenticidad de lo hallado.*



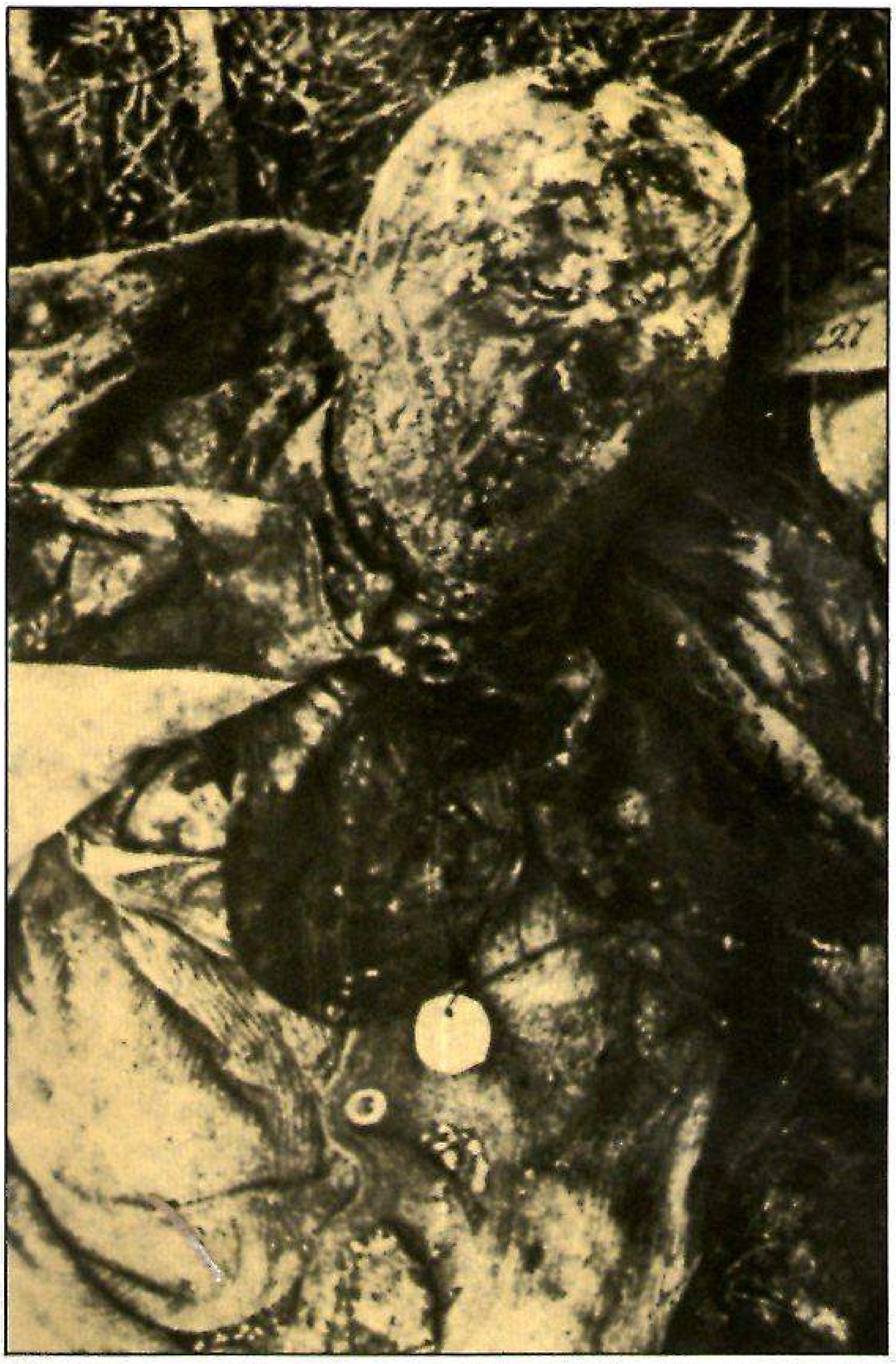
En todos los casos, tiros en la nuca. *El profesor croata Miloslavic, de Zagreb, conocido en Estados Unidos como «Doc Milo», expone al director de las excavaciones, profesor Buhtz, de Breslau, los resultados de su labor.*



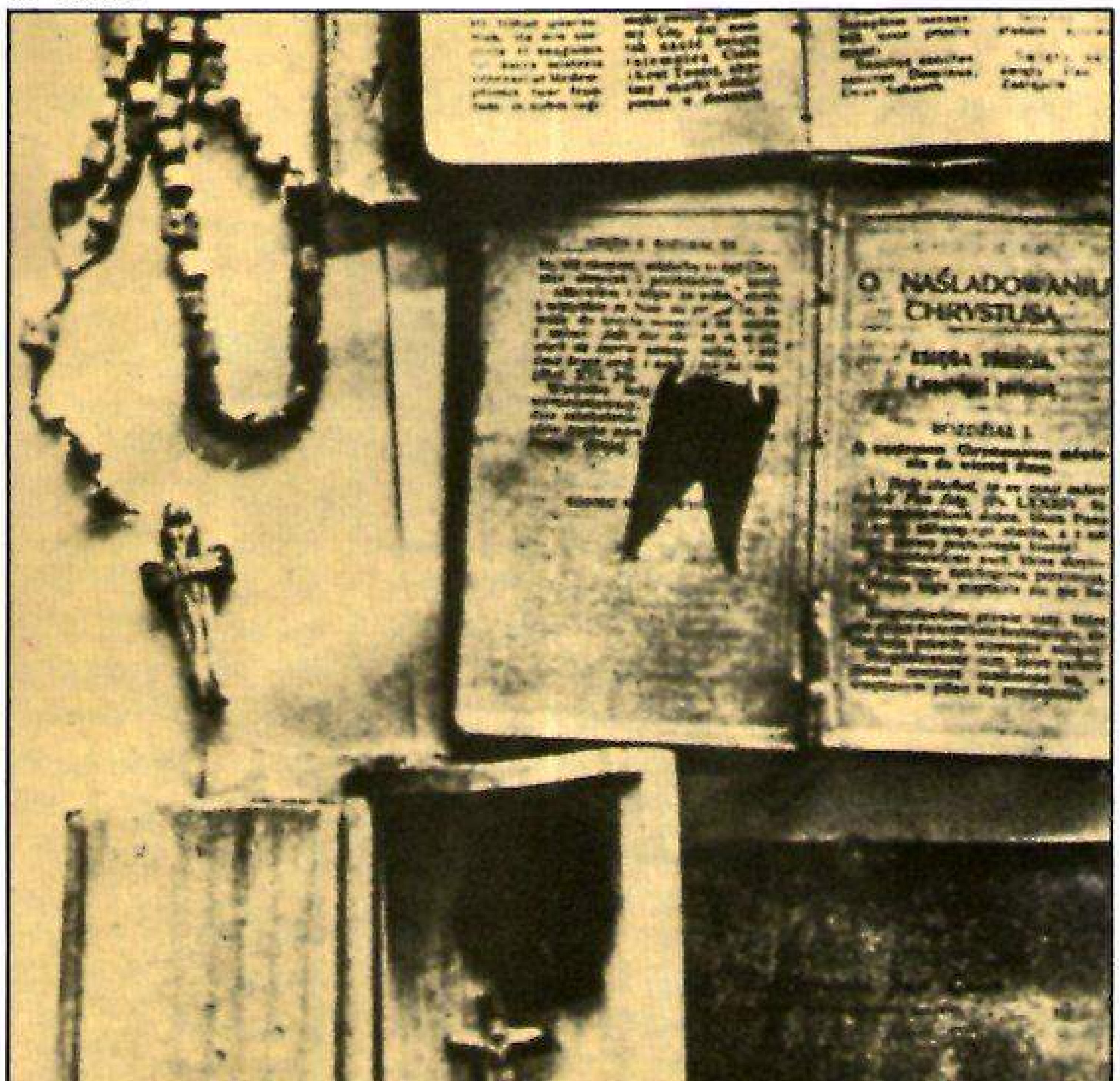
Autopsia de nueve cadáveres. *El Dr. Tramsen, de Copenhague, realiza su trabajo observado por los profesores De Burlet y Saxén.*

Se confirma la nacionalidad. *El profesor Naville, de Ginebra, identifica el uniforme de uno de los asesinados como el de un oficial polaco.*





También un capellán castrense entre los asesinados. *El cadáver del padre Zielkoski llevaba aún puesto el alzacuello, como distintivo de su función. En su uniforme de invierno, que delató la estación en que se produjo la matanza, se encontró un rosario (foto inferior), un pequeño altar portátil –hecho por él mismo en Kozelsk en 1940, poco antes del asesinato–, un libro de oraciones y una tarjeta de visita.*



La fecha delatora

Sin embargo, los ingleses pensaban ya por entonces de una forma que se apartaba bastante de sus manifestaciones oficiales. Hace algunos años, lord Nicholas Bethell, experto en Europa Oriental y autor de una biografía de Gomulka, revisó los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico correspondientes a 1943, que se referían a «Katyn». Y llegó a la soprendente comprobación «de que ya en aquellos momentos, contrariamente a las palabras de Eden, no existía ni un solo político británico que no estuviera convencido de la culpabilidad de los rusos». Owen O'Malley, embajador británico ante el Gobierno polaco en el exilio, tuvo acceso al detalladísimo material aportado por Sikorski y concluyó la investigación. El informe fue impreso y dado a conocer al rey y al Gobierno, lo cual dice mucho en favor del espíritu de independencia de los demócratas, también en tiempos de guerra. Con todo, su difusión no fue general.

Como principal indicio de la tesis de que los alemanes no habían tenido nada que ver con aquellos crímenes, el informe aduce el hecho de que el intercambio de correspondencia entre los oficiales asesinados y sus familiares cesó de repente a primeros de 1940. O'Malley, que todavía parte de la cifra de 10.000, totalmente falsa, escribe para aclarar el problema: «Los alemanes conquistaron Smolensk en julio de 1941. No hay respuesta alguna al interrogante de por qué ni uno solo de los 10.000 oficiales, en el caso de que sobreviviera en el período de mayo de 1940 a julio de 1941, había conseguido hacer llegar a su familia ni una palabra para comunicarle que aún continuaba con vida.»

Entonces se puso la mano en una llaga que los artífices de la propaganda de todos los servicios secretos de los Aliados no lograrían sanar con palabras: la fecha delatora de aquel horrible crimen, cometido a primeros de 1940. Dado que los comandos de ejecución no habían tenido tiempo de hurgar en los bolsillos de sus víctimas, por las prisas en terminar su cometido, los investigadores encontraron entre las ropas de los muertos vestigios preciosos que arrojaron luz sobre el asunto: los documentos, diarios, cartas y periódicos hallados se remontaban al otoño de 1939 o a los comienzos de 1940. La última fecha encontrada en ellos correspondía a un periódico ruso del 22 de abril de 1940. Partiendo de ese dato delator cabría situar la tragedia de Katyn a finales de abril de 1940.

Las investigaciones médicas condujeron a los mismos resultados. Por el estado de los cadáveres, los forenses concluyeron que debían llevar enterrados unos tres años. La corroboración de las fechas aducidas pareció confirmar esta hipótesis.

A pesar de haberse llegado a esta conclusión, el hecho apenas contribuyó a incrementar la autosuficiencia, o autoseguridad, en el gabinete de Propaganda del doctor Goebbels. Él mismo anotó en su diario el 8 de mayo de 1943 que, «por desgracia, se había encontrado munición alemana en las fosas investigadas». Estos proyectiles llevaban la marca de la casa Genschow, de Karlsruhe-Durlach. A este respecto se preguntaba a sí mismo si tal munición habría sido lanzada allí por los rusos, con fines encubridores, o si efectivamente había sido utilizada por ellos tras haberla adquirido en los tiempos de buenas relaciones con los alemanes. Esta última suposición era acertada. En efecto, la casa Genschow había exportado munición a los países bálticos, en virtud del acuerdo de Rapallo. El Báltico había sido ocupado y anexionado por los soviéticos entre 1940 y 1941.

"En algún lugar de un bosque"

En los bolsillos del uniforme del cadáver número 490, identificado como el del comandante Adam Solski, se halló un diario privado:

9. IV. 40. Las cinco menos cuarto. Se nos despierta y observamos preparativos de marcha en el tren en que nos encontramos. Se nos dice que nos llevarán en camiones no se sabe a dónde. ¿Qué ocurrirá después? Desde el amanecer, el día ha seguido un curso desacostumbrado. Partida en coches celulares (terrible). Luego, traslado a algún lugar de un bosque. a una especie de casa de labor. Allí, registro especial e interrogatorios. He tenido que desprenderme de mi reloj de bolsillo, que marcaba las 6,30 de la mañana, y se me pidió mi alianza de matrimonio. También se nos quitaron los rublos, los correajes y las navajas...

La comisión internacional de médicos, creada por iniciativa de los alemanes y de los polacos exiliados, se formó, según la perspectiva actual, con una clara parcialidad. Once de los doce médicos procedían de países ocupados o aliados de la Alemania nazi. Uno de ellos, el doctor Markov, de Bulgaria, declararía en Nuremberg y ante el tribunal popular de Sofía algo muy distinto de lo que afirmó en el protocolo fiscal, rubricado también con su firma. En este cambio parece que influyeron presiones y amenazas soviéticas.

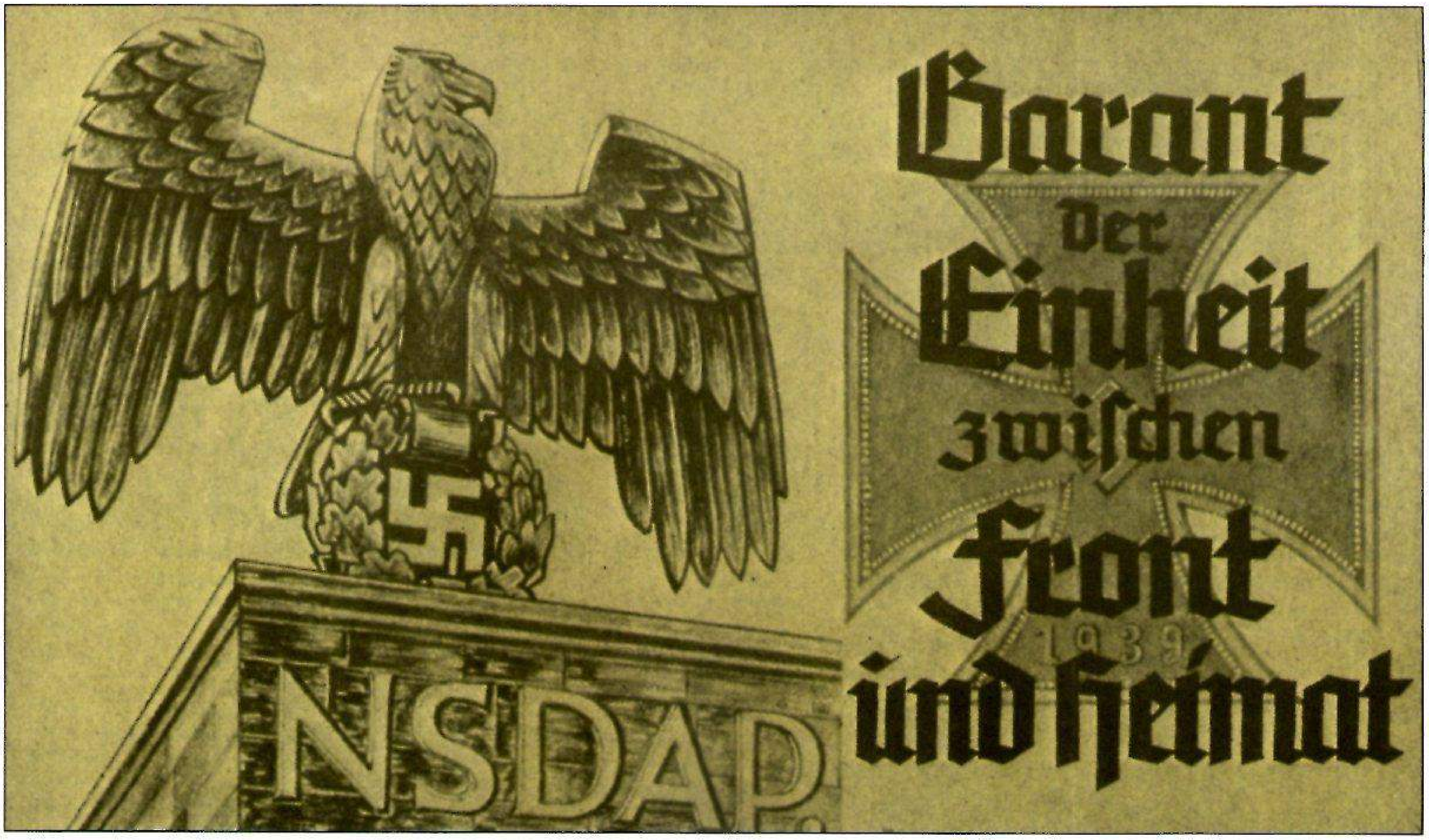
Como argumento de autoridad se insertó en esta comisión de los doce el nombre de un médico neutral, el único: el prestigioso profesor François Naville, especialista en Medicina legal de la Universidad de Ginebra. Este no tenía ninguna necesidad de deformar la verdad por afecto a los nazis. Cuando en enero de 1947 se le tomó declaración ante el Gran Consejo del cantón de Ginebra sobre lo ocurrido en Katyn, el Consejo dictaminó que Naville había actuado entonces «conforme a derecho y en cumplimiento de sus obligaciones profesionales». Con otras palabras, que había actuado en conciencia y había estampado su firma en el informe correspondiente sin presiones de los alemanes. Es decir, también para Naville, los oficiales encontrados en abril de 1943 habían sido asesinados tres años antes.

A la misma conclusión llegó un equipo de investigadores polacos que realizó un nuevo estudio después de la guerra. El abogado doctor Roman Martini, de Cracovia, logró identificar incluso a los oficiales del servicio secreto soviético que habían dado la orden de ejecución. Su jefe era un tal Burianov, enviado ex profeso desde Moscú. Apenas había enviado Martini su informe al Ministerio de Justicia polaco cuando fue asesinado, el 12 de marzo de 1946, por dos miembros de la sociedad para la amistad polaco-soviética...

Katyn se cobraba así sus dos últimas víctimas, las número 4144 y 4145, Sikorski y Martini, precisamente los dos hombres que habían logrado hacer grandes progresos en la investigación sobre la verdad de los hechos.

En el adusto capítulo de la historia de la lucha por el poder entre nazis y stalinistas y en la subsiguiente colisión, Katyn, el infame y bien calculado exterminio de una parte de la inteligencia nacionalista polaca, es uno de los pasajes más oscuros. La documentación detallada era necesaria porque sobre aquella acción inhumana se cernía constantemente la penumbra de los testimonios en mutua contradicción, los interrogatorios interrumpidos, las frías razones de estado y los silencios ominosos. Con todo, no por eso se eliminó la inseguridad que evocaba entonces el nombre de Katyn: ¿Qué ocurrió realmente allí? ¿Fueron los alemanes o los rusos los autores de la matanza? La realidad histórica, comprobada suficientemente, no deja lugar a dudas sobre a quién ha de atribuirse aquel crimen horrendo.

Incluso en los tiempos de ajuste de cuentas del stalinismo, en la época de Kruschev, tampoco se reconoció la ejecución de este asesinato masivo. Aun en nuestros días, este crimen no ha sido expiado.



Águila del partido y Cruz de Hierro. Símbolo del frente y de la patria. El grabado pertenece al encabezamiento de un papel timbrado oficial, del partido nazi, correspondiente a 1940.

Poder con vacíos NSDAP

Según la voluntad de Hitler, el partido nacionalsocialista debía garantizar la unidad y la voluntad común de todos los alemanes. ¿Cumplió efectivamente el «partido nacional socialista obrero alemán» (NSDAP) la misión de ser el gran corchete de unión en la «comunidad nacional»? ¿Cómo se podría interpretar esta monstruosa creación que era el partido nazi a la luz del criterio actual? ¿Dónde y cómo ejerció su poder y hasta dónde llegaban sus límites? Harald Steffahn se plantea estas cuestiones y trata de darles respuesta.

Alguien se encuentra desmontando una veleta del tejado de una casa; un transeúnte se aproxima y pregunta desde la calle: «¿Se va a instalar otra en su lugar?» El de arriba responde: «Nada de eso. Vamos a sustituirla por un funcionario».

Con este chiste mordaz se expresaba caricaturescamente la opinión general sobre los funcionarios del nuevo régimen, dispuestos a orientarse según soplara el viento.

Ya en 1930, el 8,3 por ciento de los miembros del partido nazi correspondía a funcionarios, mientras que dicho estamento sólo significaba un 5,1 de toda la sociedad. Los funcionarios, por lo tanto, estaban más que presentes en el partido nacionalsocialista: «sobrerepresentados», como diría un sociólogo. En 1937 más de un tercio de los dirigentes políticos procedían del funcionariado.

La conclusión es obvia: un sistema que se sabe respaldado por la mayoría de los jueces, catedráticos y burócratas de los Ministerios, tiene un sólido fundamento. Una de las tragedias de la República de Weimar fue que estos guardianes naturales del Estado y de la constitución fueron precisamente quienes no apoyaron internamente a la joven democracia ni la consideraron



Jefe de campamento del Servicio Femenino del Trabajo



Uniforme de verano de la Liga de Muchachas Alemanas



Timbalero de la Juventud Alemana



Miembro de las Juventudes Hitlerianas de Marina



Encuadrado en el Servicio del Trabajo



Jefe de Círculo del partido nacionalsocialista



Jefe de Escuadra de las SS



Jefe de Estandarte de las SA



Jefe de Escuadrilla del *Fliegerkorps*



Jefe de Cuerpo Motorizado nacionalsocialista

Uniformes y condecoraciones del partido



Insignia del partido | Insignia del partido, en oro | Orden de la Sangre | Condecoración al mérito, en bronce | Condecoración al mérito, en plata

Esta página de «Signal», de abril de 1941, reproduce algunos de los numerosos uniformes nacionalsocialistas y las correspondientes condecoraciones. Aparecían constantemente nuevos distintivos: más y más pasto para la vanidad y la emulación.

viable. El Tercer Reich contaba con el terreno abonado desde su mismo punto de partida.

Un gran porcentaje del funcionariado, derechista en extremo, se hallaba dispuesto en 1933 a «nivelarse» ideológicamente, como se decía en la jerga nazi, ingresando en las filas del partido del Estado. Una expresión similar a la empleada en los momentos iniciales de todas las dictaduras. Para el NSDAP la incorporación sin problemas del funcionariado significó un gran apoyo de cara a la «colonización ideológica» de Alemania. En él encontró un fundamento sólido, gracias a que las capas intermedias y bajas de la administración arrimaban el hombro en su favor.

Paradójicamente, en este mismo fenómeno se aprecia una razón básica para entender cómo el partido apenas aprendió a administrar en la época siguiente el Estado que había erigido, porque casi no penetró en él ni lo dominó. En esto se diferencia claramente el Tercer Reich de los Estados comunistas en los que el partido imprimió su medida desde un principio y de forma más sistemática en estas esferas.

Por supuesto, la infiltración defectuosa no le acarreó ningún perjuicio al Estado nazi, puesto que incluso los funcionarios que se incorporaron de modo tardío y sólo formal al partido, y aun los que no ingresaron en él, trabajaron lealmente. De ello se ocupaba la amplia red de control que llegaba a todo el pueblo.

A primeros de 1935 sólo el 60,7 por ciento de los cargos en las administraciones estatal y municipal estaban ocupados por gentes del partido nazi. El 39,3 por ciento de los responsables administrativos no militaban, en consecuencia, en las filas del NSDAP. Los veteranos del partido, es decir, los ingresados en él antes de 1933, tan sólo significaban el 20,6 por ciento, la quinta parte.

En la publicación «NSDAP», editada en 1957 y de la que tomamos estas cifras, dice su autor, Wolfgang Schäfer, a modo de resumen: «La asimilación de los distritos, ciudades y municipios se llevó a cabo únicamente por medio de las limitadas fuerzas políticas consideradas como 'fieles', hasta el punto de que la estructura de poder del nacionalsocialismo era y continuó siendo muy exigua y llena de vacíos.»

Sin embargo el nacionalsocialismo penetró en la «comunidad del pueblo» con más empuje y capacidad de actuación que en el aparato del Estado. En esta esfera, las antiguas unidades de combate de la primera hora se convirtieron en órgano de control e instrumento de mentalización social.

Si creemos a Hitler, el aparato gigantesco y multiforme del partido no era otra cosa que un «mal necesario». Así se enjuicia en el capítulo doce de «Mein Kampf», primer tomo. El autor basa su apreciación de este modo: «Debido al crecimiento incesante de afectos a la nueva doctrina, resulta ya imposible al portador de estas ideas influir directa e individualmente en nuestros innumerables partidarios con el fin de guiarlos y de conducirlos.» Es decir, el «estado ideal» había concluido, con lo que no había más remedio que buscar un nuevo modo de vinculación relativa. «Es necesario formar pequeños grupos subordinados que... en calidad de grupos locales representen el núcleo de la organización posterior.» Según el estatuto del 22 de mayo de 1926, los grupos locales eran precisamente el meollo de la articulación del partido. «Debido a la necesidad, los grupos locales deben quedar comprendidos en las organizaciones de cada *Gau*.

Captación de las masas

El grupo local era el elemento más antiguo y fundamental del partido nazi desde el punto de vista organizativo. Algo así como la espina dorsal del cuerpo nacionalsocialista. Ya en abril de 1920, cuando aún se llamaba «partido obrero alemán» (DAP), dirigido por Anton Drexler –Hitler ocupaba el puesto de jefe de propaganda desde su ingreso en septiembre de 1919–, se fundó el segundo grupo local, después del de Munich, en la localidad bávara de Rosenheim, ciudad natal de Göring. En julio de 1920, nueve meses después del cambio de denominación del partido, que recibió el nombre de nacional socialista obrero, se creaba en Hannover el primer grupo local fuera de Baviera.

De unidades más pequeñas que las locales no se hablaba todavía. La gruesa retícula de la afiliación era suficiente para el período de lucha, o en la calle, pero no bastaba para una infiltración perfecta en un Estado que aún no se había conquistado.

Si se analiza únicamente el número de miembros se observará que, tras la nueva formación del partido, en 1925, se produjo un crecimiento incesante e ininterrumpido. Se pasó de 27.117 militantes a finales de 1925, a 1.414.975 en 1932. Por el contrario, el 30 de enero de 1933 el número de adeptos era ya muy inferior: en total 719.446. Es decir, en un período de ocho años el partido nazi había vuelto a perder la mitad de sus miembros por abandono de éstos. Tan sólo contabilizando impertérrito a partir de las antiguas cifras, el partido consiguió ocultar la enorme marea de flujo y reflujo apreciable en los libros de uso interno de la propia organización.

Con la toma del poder por Hitler cesó el desequilibrio entre el haber y el debe en cuanto a número de adeptos. Se impuso, sobre todo a comienzos de 1933, el ingreso masivo, hasta el punto de que los veteranos calificaban el fenómeno como «violetas de marzo» que unas veces florecían dentro del partido y otras fuera. La evolución general se estabilizó por fin al contar el partido con 8 millones de afiliados, muy pocos si se comparan con los 80 millones de habitantes del Gran Reich alemán. Esta cifra correspondía a la pretensión manifestada por Hitler, según la cual una décima parte del pueblo pertenecía a aquel partido cuyo grupo precursor, el DAP, le había aceptado a él mismo con el número 55.

El 1 de enero de 1935, fecha a la que se remontan las más fieles estadísticas de la época, el 26,4 por ciento de los ciudadanos del Reich eran miembros del partido nazi.

La región más afecta a los nuevos señores era Schleswig-Holstein. En ella, uno de cada 18 habitantes era nazi Un poco menos incondicionales eran las de Hannover Sur, Franconia del Meno y Danzig.

Algo muy distinto ocurría en las regiones más católicas. En Munich y Alta Baviera, solamente existía un miembro del partido nazi por cada 30,1 habitantes; en Westfalia Sur, uno por cada 31,8; y en Westfalia Norte, uno por cada 38.

En aquel momento –1935– el «mal necesario», como lo llamó Hitler, se había convertido en un mecanismo represivo de alcance ilimitado que actuaba implacablemente contra la población del Reich. Los alemanes estaban totalmente «aferrados», según expresión de dudoso significado muy utilizada por el régimen sin recato alguno. So pretexto de bien común y de comunidad popular, se ponía en juego la integridad del individuo.

Cuando los nacionalsocialistas se alimentaban con el escaso pan de los primeros años tenían ante sí una estructura de orden menos perfilada. Una vez acapararon el poder absoluto, no había necesidad de aquella distribución

En la página doble siguiente: «Una mirada a la maravillosa obra de la organización del partido», artículo que apareció en la revista «Signal», en abril de 1941. ▷

1. El bloque

(Existen 539.774 bloques)
Comprende de 30 a 40 viviendas. Es la subdivisión más pequeña en la organización nacionalsocialista. El jefe de bloque, miembro del partido, se ocupa de las familias, ayuda en casos de enfermedad, de muerte y en problemas económicos, controla el estado de las viviendas y eleva las preguntas y cuestiones que se plantean hasta las instancias del partido.

2. La célula

(Existen 121.406 células)
Comprende de 4 a 6 bloques, unas 200 viviendas. Los jefes de bloque están subordinados al jefe de célula. Este cuida (ver gráfico) de las reuniones del partido, de hacer llegar la ayuda en casos de enfermedad y vejez, de asistir a la infancia y, ahora, en tiempos de guerra, de la necesaria limpieza de las escaleras, de recoger papel viejo y combustible, de que marchen bien los transportes, de que esté protegido el medio ambiente.

3. El grupo local

(Existen 30.601 grupos locales)
En las grandes ciudades comprende de 1500 a 3000 hogares. En el campo abarca varias aldeas. El jefe de grupo local tiene en su mano las funciones de los jefes de bloque y de célula al mismo tiempo. Pero también le compete la organización de cuestaciones para el Auxilio de Invierno, la organización de pequeñas exposiciones y asambleas del partido así como competiciones deportivas.

4. El círculo

(Existen 890 círculos)
Comprende ciudades enteras o, en las grandes urbes, distritos enteros. En el campo abarca numerosos pueblos. El jefe de círculo aplica en su demarcación las directrices emanadas del «Gau». Sus miembros cuidan de que haya lugares de esparcimiento bonitos y puestos de trabajo limpios y alegres (ver gráfico) en fábricas y empresas; se ocupan de crear pequeñas colonias, teatros, exposiciones de arte y sesiones cinematográficas.

5. El «Gau»

(Existen 43 «Gau»)
La suprema unidad territorial dentro del Reich. Los «Gauleiter» reciben las directrices directamente del «Führer» y llevan a la práctica los grandes planes sociales, culturales, económicos y propagandísticos derivados de ellas. En el dibujo puede observarse la obra KdF, piscina, playa, marcha en una fiesta nacional, hogar de recreo para empleados, un centro piloto, una colonia de una empresa, un canal nuevo.



Una mirada a la maravillosa obra de la organización del partido

La organización del partido procede de las exigencias prácticas de los tiempos de lucha, pero también constituye desde los comienzos una de las grandes ideas de estado alumbradas por el partido con el fin de llegar a todos y cada uno, para incorporarlo a la tarea del bien común, que por supuesto significa también el bienestar personal. El dibujante de la revista «Signal» trata de representar aquí la tan alabada y admirada estructura básica de esta organización. La unidad más pequeña es el bloque. Le siguen en magnitud la célula, los grupos locales, el círculo y el «Gau». En el bloque se incluye la familia. La célula comprende la vida de una o varias calles. El grupo local extiende sus límites a toda una localidad o, en las ciudades, a todo un barrio. En el círculo se incluye, por ejemplo, una ciudad intermedia, con unos 250.000 habitantes; si se aplica al campo, comprende varios pueblos o ciudades pequeñas. El «Gau» corresponde, por sus dimensiones, a una provincia. El Reich tiene varios «Gau», cada uno de los locales es, desde el punto de vista del espacio y del número de habitantes, mayor que muchos Esta-



dos menores de Europa. El «Gau» es la mayor unidad administrativa de la organización del partido. La iniciativa de la dirección del Reich fluye directamente al «Gau». La fuerza política, para expresarlo con un ejemplo, llega hasta él y luego es distribuida como por canales a todos los círculos dependientes. Los círculos transforman esta fuerza para cubrir las necesidades locales y la difunden por los distintos grupos. Una vez en éstos, se ramifican nuevamente los hilos y se conecta un «cable» con cada célula, que alimenta cada grupo de calles y casas. En los bloques, la fuerza llega a todos los hogares, hasta el punto de que cada ciudadano, de los 80 millones de habitantes del Reich, tiene su propio «aplique». El conjunto de la red es, por así decirlo, un circuito cerrado, al extremo de que si se produce una avería en cualquier punto, inmediatamente se registra en la central más próxima, desde donde puede comunicarse la existencia de este «cortocircuito» a la jefatura del Reich. Esta organización del partido es poderosa y, al tiempo, lo suficientemente amplia como para comprender cualquier manifestación vital, políticamente significativa, de un gran pueblo. De este modo cada sector de la vida puede recibir sin cesar nuevos impulsos. El sistema contempla todas las funciones encomendadas al partido con el objeto de llevarlas a la práctica. Todo lo que sea iniciativa creadora fluye por los canales de la organización del partido: en materia de salud, educación de los jóvenes, protección social del trabajador. En definitiva, todo lo que tenga que ver con la industria, el comercio, el artesanado, el mundo agrícola y sus posibilidades revolucionarias

en células. Así –y hablamos en imágenes–, la «casa parda» comprendía un sótano (el «bloque»), una planta baja (la «célula») y un piso más entre los grupos locales y el *Gau* o región (el «círculo»).
Richard Grunberger, en su obra «El Reich de los doce años. La vida cotidiana en tiempos de Hitler» (1971), ve la tarea de los guardas de bloque como una función de control, entre otras obligaciones: «Debían controlar a todos los inquilinos lo más estrechamente posible y ponerles la hucha del partido debajo de las narices siempre que tuviesen ocasión».
En el rango de importancia, encima del piso del guarda vivía el jefe de célula (en la «planta baja»). La célula estaba integrada por cuatro, cinco o seis bloques. En proporción a la mayor amplitud de los pisos superiores de la «casa parda», el número de funcionarios dirigentes era más reducido. Entre sus obligaciones características se incluía no sólo la organización de cuestaciones para el Auxilio de Invierno, sino también –durante la guerra– el informar a los familiares de los muertos en campaña, por lo cual se les conocía como los «pájaros de la muerte». Excepto esa misión tan amarga y tan seria, el contacto con la población era bastante indirecto en este plano de la pirámide del partido.
Esto era aún más válido en lo tocante a los vocingleros jefes de distrito, en total 890. En la jerarquía de los «faisanes dorados», como se les denominaba por su extravagante atavío, éstos constituían la clase media alta a la que se encomendaba funciones especiales en materia de alimentación, salud pública, cuestiones raciales, propaganda, educación, víctimas de guerra, política comunal.
En los «pisos de los jefes» vivían los 43 *Gauleiter*, cuyas esferas de poder eran muy diversas en cuanto a magnitud y número de encomendados. Su feudo podía abarcar toda la superficie de Hamburgo (728 km²), pero también territorios mucho más amplios, como la Marca del Kur, antaño parte sustancial de la de Brandenburgo (46.471 km²). En sus «principados» se encontraba una población que oscilaba entre 220.000 habitantes (Salzburgo) y 5,2 millones (Sajonia).
Investigando en sus biografías se encuentran algunos datos curiosos. De todos ellos, tan sólo 4 permanecieron en el puesto ininterrumpidamente desde 1925 a 1945: Hinrich Lohse, en Schleswig-Holstein; Martin Mutschmann, en Sajonia; Otto Telschow, en Hannover Este; y Robert Wagner, en Baden. Los restantes fueron trasladados (muchas veces por alteraciones geográficas de los *Gau* debidas a la guerra o a nuevas incorporaciones), o fueron suspendidos, o bien murieron prematuramente. En las esferas más encumbradas del poder regional del partido nazi había, por lo que se ve, muchos cambios y una continuidad personal muy limitada. Con todo, los *Gau* presentaban durante el Tercer Reich una imagen relativamente independiente en sus relaciones con la central del partido. En un estado tan centralista como el nazi, los delegados de las provincias encarnaban algo así como el «elemento anárquico», como dice irónicamente Peter Hüttenberger en su libro «Los Gauleiter» (1969).

Roces y rivalidades

Con ello este autor trata de señalar el estilo de mando caracterizado por la energía y el servilismo, exento de tecnocracia, de aquellos «espadachines» de la época de la lucha por el poder, nombrados personalmente por Hitler y consagrados también personalmente a él. Estos funcionarios gobernaron a su manera y no se dejaban manejar de buena gana desde arriba. Esos individuos eran, por así decirlo, el colegio cardenalicio del Reich de los mil años. Incluso Bormann, jefe de la Cancillería, apenas pudo hacer prevalecer la política centralista frente a la que imponían en sus feudos los veteranos convertidos en *Gauleiter*, que gozaban de unas relaciones muy estrechas con Hitler. Éste se mostraba comprensivo respecto de la conducta individualista de sus paladines de las provincias. Todavía más: Hitler se complacía en observar cómo las olas del centralismo se rompían al ir a dar contra las escolleras de la práctica del poder no convencional de sus servidores; aquello liberaba al sistema de su apariencia de envaramiento. Hasta ahí permitía a Bormann, en principio, que mandase y gobernase: el cálculo del poder y el convencimiento ideológico, simultáneamente, le revelaron a Hitler que había roces y rivalidades en el aparato del partido.
Eso nos lleva a otro tema central: las rivalidades dentro del régimen nazi. Las más intensas se produjeron allí donde se llevaron a cabo procesos de voluntad sin pérdida de contacto, de forma inmediata o por el camino de una competencia sin impedimentos. El régimen envuelto en aquel laberinto de competencias poco claras fue inefectivo e inamovible. El NSDAP era realmente una obra maestra de insuficiencias conscientes. Un ejemplo vale por muchas palabras:
Existía un «Departamento para la promoción de los escritos alemanes». Esta sección estaba encomendada a Rosenberg. Al tiempo, el lugarteniente del *Führer* (Hess) y el jefe de la Cancillería del *Führer* (Bouhler) se repartían la jefatura de una «Comisión de control de los escritos nacionalsocialistas». Por si fuera poco, Max Amann ocupaba el puesto de jefe de la sección de prensa del Reich con competencia para intervenir en las editoriales. Todavía se añadía otra figura: la del jefe de Información del Reich, Dietrich, que ejercía su control sobre todas las publicaciones del país. Por encima de todos ellos se situaba el ministro de Propaganda, Goebbels, zar de la prensa alemana dedicado a observar la actividad de los impresores.
Resultado: «El encadenamiento sistemático acarreó una competencia recíproca creciente» (Schäfer); este caos de competencias en el laberinto del partido nazi fue tal que contribuyó a la paralización de éste y le impidió tener verdadero influjo en las decisiones reales. Por su escaso ahorro de energías aportó poca fuerza a la corriente del poder. Además Hitler tenía en Hess un débil lugarteniente. Sin embargo, no ocurrió otro tanto con Bormann. Pero el peso de Bormann era el del manipulador que se hallaba en la cumbre, que dominaba el aparato del poder y que sabía cómo agradar a Hitler.
La consecuencia general fue que el partido nazi se hallaba desunido en el plano de la administración –por no hablar ya del Ejército, servicio secreto, economía–, y estaba no menos dividido en cuanto a la formación de una voluntad común dentro de sus propias filas. A pesar de ello, el partido gozaba del don de la ubicuidad para todos los alemanes. Era un firme componente de la vida profesional y extraprofesional incluso para aquellos que llevaban el carnet del partido en el bolsillo por presiones superiores, oportunismo o sin convencimiento alguno.
La cuestión que planteábamos al principio sobre si el partido nazi fue realmente un aglutinamiento de la comunidad nacional puede responderse muy bien en el sentido de que no era posible ir contra su polifacetismo cada vez más acusado, porque todo ciudadano tenía que moverse en función de las instancias del partido, organizaciones adjuntas y agrupaciones profesionales nazis. Pero también es cierto que muchos no «quisieron» resistirse al partido, precisamente porque veían en la «comunidad del pueblo» la superación de los conflictos de clases, de la explotación y de las querellas de los partidos democráticos. Sueño utópico, como se comprobó después. El hecho de que colaboraran tantos en la labor de tejer el entramado del partido fue lo que hizo al NSDAP tan amplio. Esto le permitió extender sobre el pueblo alemán una especie de enorme tela de araña que le mantenía inmovilizado. En este sentido sí dominó; ahí radicaba su fuerza. Así pudo el Tercer Reich convertirse en un Estado «total». □

Mujeres en el servicio secreto

En la Mata Hari, espía acaparadora de secretos durante la primera Guerra Mundial, confluían todos los requisitos necesarios para la creación de una leyenda: hermosura, riqueza, apasionamiento, aventura y muerte. Gerhard Jäger trata de averiguar hasta qué punto la actividad de los agentes femeninos que actuaron en la segunda Guerra Mundial, correspondía a la romántica idea de servicio secreto y de erotismo. ¿Es que había pasado, acaso, el tiempo de las «Mata Haris»?

El 16 de septiembre de 1940 descendía de un tren abarrotado hasta los topes, maloliente y sucio, una mujer llamada Mathilde Carrée, de 33 años. Tras una rápida ojeada por el andén de la estación de Toulouse, trató de pasar inadvertida. Pero era algo difícil; su figura resultaba llamativa: tenía el cabello largo y muy negro, ojos rasgados, piel morena, una figura impecable y largas y hermosas piernas.

En principio, Mathilde no era de aquellas mujeres que se recatan de mostrar y servirse de sus encantos. Aquel día estaba dispuesta a conseguir su objetivo. Y este objetivo en Toulouse, ciudad situada en la Francia no ocupada por los alemanes, era un periodista inglés al que ella conocía de otros tiempos. Quería preguntarle cómo podría encontrar un camino para trabajar al servicio de la central de la resistencia francesa establecida en Inglaterra.

Su actitud se basaba en su intuición femenina y en una buena dosis de amor a la aventura, factor que creció en Mathilde con la ruptura de las hostilidades. Mathilde era una mujer ambiciosa. Hija de un ingeniero de París, patriota y germanófobo, se casó a los 18 años con un profesor, tal y como exigía su rango. En cumplimiento de su deber, y no por amor a la aventura, éste se embarcó para Argelia en compañía de su joven esposa. Allí se estableció en un oasis, donde se dedicó a dar clase a los hijos de los colonos franceses. El profesor Carrée era un tipo oscuro, aburrido, testarudo y pedante. El matrimonio marchó bien en tanto Mathilde, aislada en pleno desierto, no dispuso de ocasiones para seguir sus propios intereses.

El primer día de la guerra los Carrée estaban de vuelta en París, debido a que el esposo había sido reclamado. Mathilde se inscribió el mismo día como voluntaria en el cuerpo de enfermeras. ¡Catorce años de desierto...! Imposible seguir. Tras un breve período de adiestramiento la enviaron a un hospital de campaña. En Beauvais demostró ser una mujer de gran valor. Inalterable, dispuesta siempre a ayudar allí donde fuese necesario, de sangre fría, cumplió con su deber, incluso cuando en junio de 1940 los alemanes atacaron ese lugar.

De repente desapareció del hospital cuando los alemanes ocuparon Beauvais y regresó a casa de sus padres, en París. Pero pronto se aburrió de esa vida: no podía limitarse a permanecer todas las tardes pegada a la radio, escuchando con sus padres las emisiones prohibidas de «La Voz de Londres». Ardía en deseos de aventura. Las noticias de la radio se le antojaban excesivamente pobres. Sus compatriotas del «otro lado» y los ingleses parecían pésimamente informados sobre lo que estaba ocurriendo en la parte ocupada de Francia. Se propuso mejorar aquel servicio. Así se le metió en la cabeza la idea de convertirse en espía y decidió hacer las maletas.

De pronto le vino a la memoria el periodista inglés de Toulouse. Su amigo de antaño debía vivir aún en la ciudad y estaría dispuesto a ponerla en contacto con un miembro de la resistencia. Éste, desde luego, no era un don nadie. En realidad se trataba de Armand, como se llamaba a sí mismo, o, mejor, del capitán polaco Roman Czerniawski. Nadie sabe cómo, este hombre había entrado en Francia cuando su patria había perdido ya la guerra y allí se alistó para luchar contra los alemanes al lado de los voluntarios franceses.

Una noche de finales de septiembre de 1940, Armand y Mathilde se encontraron por primera vez. Armand confió en ella. «¿Cómo la vamos a llamar?», preguntó Armand. «La Chatte», la gata, respondió Mathilde.

El dúo se entregó entonces a crear una red de inteligencia en el sur de Francia. «La Gata» consiguió reunir más agentes y sorprendió a Armand con su eficiencia, pues, sirviéndose de sus padres, que seguían en París, lograba recoger gran número de informaciones sobre el ocupante alemán. A finales de octubre la nueva agente no podía conformarse con permanecer en Toulouse: «Tenemos que ir a París. Allí podremos obtener mejores resultados».

«Réseau Interallié» fue el nombre elegido para la red de inteligencia que constituyeron en la metrópoli del Sena, ocupada por los nazis. «La Gata» se ocupaba de buscar contactos fuera de la central. Armand se limitaba al control de la marcha interna del servicio, ya que tenía que ser precavido: hablaba el francés con acento. Por otra parte, sólo un grupo reducido de agentes, experimentados y de probada confianza, podría tener noticia de él. La infraestructura de la red era la más adecuada para un rendimiento perfecto.

Armand concentró todos sus esfuerzos en interceptar informaciones, operación que cada vez tuvo mayor alcance. «La Gata» era incansable. Sin miedo alguno reclutaba más y más agentes entre sus amigos. Para ello no vacilaba en utilizar sus encantos y, mientras disfrutaba de la vida, convencía a hombres influyen-

tes con el fin de que trabajasen para ella. De forma desconsiderada utilizó también a sus padres para la tarea de reunir direcciones. Un día se pudo al fin contar con dos emisores de radio, con lo que el grupo «Réseau Interallié» vio aumentada su eficacia. El «Intelligence-Service» británico había logrado introducirlos subrepticiamente. Otros dos receptores quedaban en poder del citado Servicio de Inteligencia. A partir de ese momento el grupo quedaba conectado directamente con el «War-Office», en Londres, despacho 55. Dos veces al día tenían lugar transmisiones en las que se comunicaban noticias cifradas sobre efectivos de las tropas alemanas, armamento, movimientos tácticos, ejercicios y maniobras, reductos, aeródromos, puertos para submarinos, reparaciones de buques y producción de armas.

En agosto de 1941 un avión inglés tipo Lysander tomaba tierra en un campo cercano a París. La maniobra, que tenía lugar de noche se dirigió desde el suelo mediante lámparas de mano, previa organización del plan por una orden radiada del «War-Office». Se trataba de trasladar a Armand a Londres para que expusiese la situación. «La Gata» quedaba encargada de la marcha de la central.

El «Abwehr» pasa al ataque

En noviembre de 1941 la red de agentes cubría ya toda Francia. En ese momento se produjo el descalabro. Un agente insignificante del departamento de Calvados, al norte del país, tomó demasiadas copas una noche y se fue de la lengua. Un cabo alemán oyó la conversación del irresponsable e informó a sus superiores. Inmediatamente comenzó la caza de espías. Tras un par de días el *Abwehr* había logrado detener al jefe del departamento de Calvados, un ex suboficial francés, conocido como Paul. Este confesó de plano todo cuanto sabía.

En la noche del 16 al 17 de noviembre de 1941 se celebraba una fiesta en la casa número 8a de la rue Villa Léandre. Armand y «La Gata» habían invitado a sus amigos, casi todos agentes o colaboradores inmediatos, para festejar el año de actividad sin tropiezos. El *Abwehr*, por su parte, se encargó de proporcionar un trágico fin de fiesta.

Con todo, la historia de «La Gata» y de Armand no iba a terminar. Armand fue recibido personalmente por el jefe del *Abwehr*, sección de contraespionaje, teniente coronel Reile. Éste le propuso con toda cautela que «virase en redondo». So pretexto de que también los alemanes luchaban contra el comunismo, y con la promesa escrita de poner en libertad a los 66 agentes del «Réseau Interallié», logró de Armand que aceptase trabajar para los germanos. El cambio de bando debería empezar con una huida fingida a Inglaterra, desde donde habría de comunicarse con los ocupantes de Francia. La fuga se llevó a cabo y, al poco, Armand conectaba, según lo convenido, en la frecuencia señalada por los alemanes. Las noticias que aportaba tenían muy poco interés aunque desde luego eran verdaderas. El *Abwehr* llegó a la conclusión de que Armand se había puesto en contacto con sus antiguos jefes y proporcionaba a los alemanes material de distracción con el fin de que no fuesen ejecutados sus 66 ex colaboradores. Estos sobrevivieron, por supuesto. Era aún considerable el poder que tenía el *Abwehr* de Canaris respecto de la Gestapo y del SD, para proteger a sus prisioneros de las ejecuciones. Armand permaneció en Inglaterra. Al terminar la guerra adquirió la nacionalidad británica y pasó a ser oficial del Ejército inglés.

«La Gata», por su parte, sí que viró en redondo, y rápidamente. Comenzó por traicionar a todos sus conocidos, agentes distribuidos por Francia. En total casi cien agentes. Incluso se mostró dispuesta a recorrer el país, junto con el funcionario del *Abwehr*, Hugo Bleicher, para cooperar en la captura de los delatados. Después, «La Gata» y la antigua amiga de Armand, Renée, que también accedió a trabajar para el ocupante, volvieron a conectar con el «War-Office» inglés. Ambas dijeron que habían logrado huir, salvando incluso un emisor, y empezaban a formar un nuevo grupo.

Mientras Armand seguía aún en la cárcel y el *Abwehr* trataba de «darle la vuelta», «La Gata» se mostraba infatigable. Su nuevo jefe era Hugo Bleicher, que le proporcionaba abundantes informaciones de distracción para el «War-Office». Con todo, las noticias cuidadosamente seleccionadas y pulidas eran en su mayor parte auténticas. El «War-Office» agradeció la diligencia de «La Gata» con la oferta de enviar armas, dinero, nuevos emisores y más agentes bien preparados. El «grupo de resistentes» de St. Germain-en-Laye transmitió la localización de un puerto natural para una lancha rápida inglesa en un punto de la costa no ocupado aún por los alemanes. Se trataba de una rada entre peñascos cerca de Morlaix-Lannion, en Bretaña.

«La Gata» se vuelve molesta

Monsieur Jean, como se hacía llamar Hugo Bleicher en su cometido de «hombre de la resistencia», se lamentó en un mensaje de la falta de agentes preparados. Los ingleses le propusieron que enviase a Inglaterra un agente de confianza, trasladándolo a bordo de la lancha rápida anclada en el lugar señalado.

Una vez en Gran Bretaña se le prepararía en la «escuela superior» del espionaje. La elección recayó en «La Gata». Su refinamiento, que la llevaba a engañar a todos los hombres, la hizo insaciable también en los asuntos relacionados con su trabajo. Aparte de esto, «La Gata» se iba haciendo cada vez más molesta en París. Traía de cabeza a la gente del *Abwehr* alemán: traicionaba todo lo que era susceptible de traición, y así empezó a llevar un doble juego. Entró en contacto con la resistencia y comenzó de nuevo a trabajar contra los alemanes.

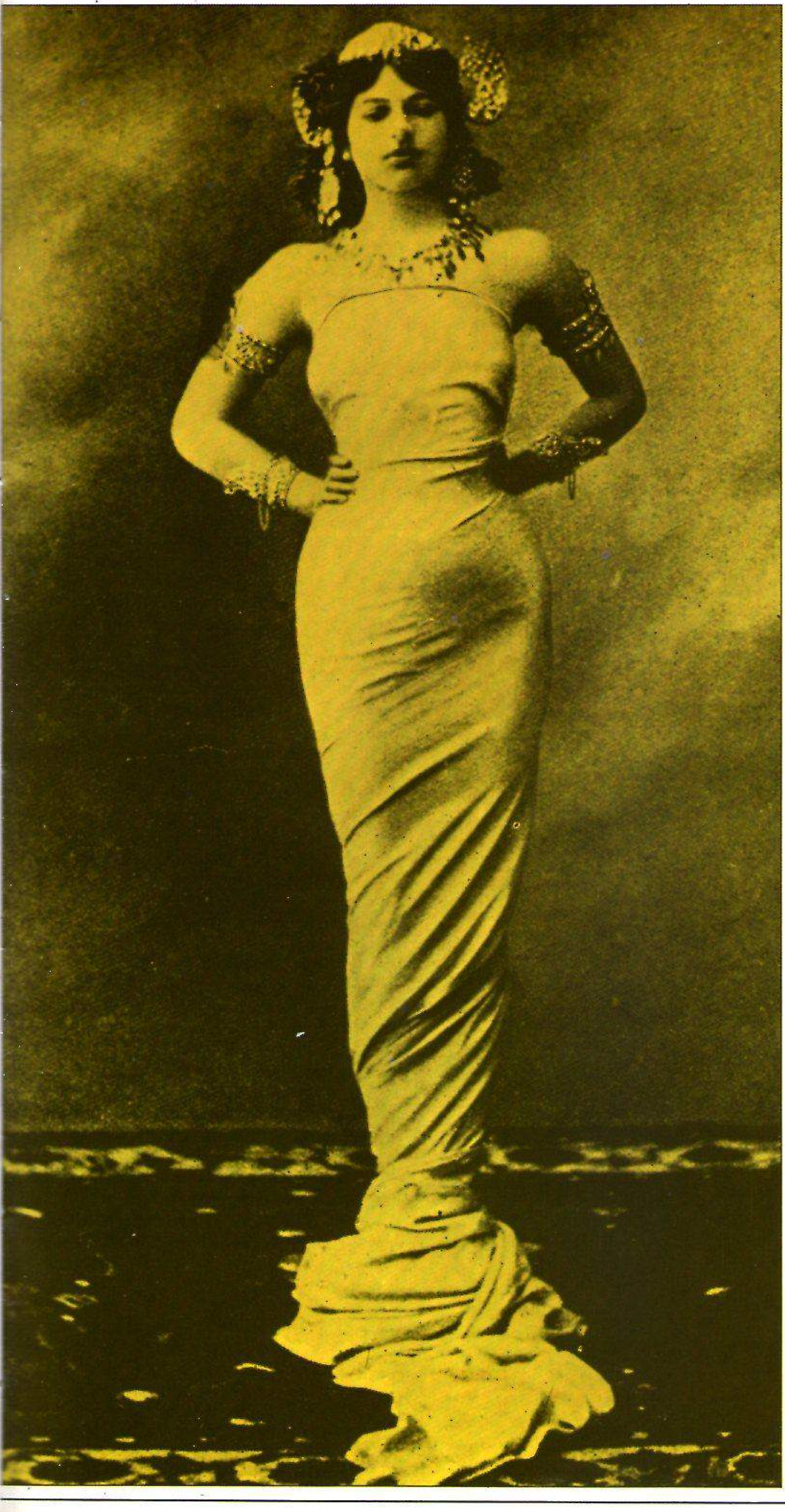
«La Gata» ardía en deseos de trasladarse a Inglaterra, aunque por aquel entonces se había enamorado de un ex oficial del servicio secreto francés, llamado Lucas. El amante fue sondeado convenientemente en la cama y luego delatado a los alemanes. Estos decidieron no detener a Lucas antes de identificar a toda la red a la que pertenecía. El capitán del *Abwehr* al que se había encargado la vigilancia de la operación de la lancha rápida, Eckert, se sorprendió no poco cuando en la mañana del 11 de febrero de 1942 vio a «La Gata», en la estación parisiense de Montparnasse, que ascendía al tren para Brest, bien envuelta en su abrigo de pieles, elegantemente tocada con su sombrero rojo y... en compañía de su nuevo amante, Lucas. Eckert reaccionó de inmediato. Subió al tren; se instaló en el departamento contiguo y descendió en Morlaix detrás de la pareja. El lugar previsto para el desembarco fue desocupado de soldados alemanes.

Así llegó la noche. Poco antes de las doce apareció en el lugar «La Gata» con su amigo... y un tercer hombre. De dónde había salido ese misterioso individuo, es algo que todavía hoy es un misterio. Seguramente se trataba de un guardaespaldas contratado por Lucas para su seguridad personal.

A las 0,30 horas «La Gata» encendió su mechero: ésta era la primera señal convenida para la operación. Instantes después se destacaba la silueta de una embarcación, silenciosa, sobre el agua de la bahía. Entonces se produjo la segunda señal: «La Gata» dio una prolongada aspiración a su cigarrillo. En ese momento los hombres que esperaban en dos botes remaron hacia la orilla. Dos marineros y dos hombres de paisano lanzaron varios paquetes.

En ese preciso instante «La Gata» echó a correr por la playa, dio varios saltos sobre el agua de la orilla y se dejó caer en una de las embarcaciones, que zozobró. Lucas corrió hacia ella y la sacó del agua.

Ahí hubiera podido quedar todo, pero



¿QUIEN ERA MATA HARI?

Se llamaba en realidad Marga Zelle. Su nombre artístico, Mata Hari, se convirtió en símbolo de la espía de gran belleza que alcanza el éxito en su misión.

Su madre procedía de la isla de Java, y su padre, de supuesto origen noble, era un negociante que había quebrado y tenía en su bodega un negocio de petróleos. A los 19 años Marga se casó con un oficial holandés destacado en las colonias: Mac Leod. Con él vivió en el Lejano Oriente. El matrimonio, del que nacieron un niño y una niña, no parece que fuese muy feliz. Cuando murió el niño, el marido acusó a Marga de ser responsable de ello. En 1902 la familia regresó a Holanda, desde Batavia (Yakarta). Un año después Marga se trasladó a París y trató de hacer fortuna, sin éxito, como modelo de pintores.

El camino de la fortuna se abrió ante ella el 15 de marzo de 1905, cuando estaba a punto de cumplir los treinta años, al presentarse como la «india» Mata Hari, en español «Ojo de la aurora», en un círculo selecto de la capital del Sena. Nadie sabe cómo se las ingenió para entrar en aquella sociedad exclusiva. Allí fue donde empezó a interpretar por primera vez exóticas danzas rituales, en muchas ocasiones completamente desnuda. Así comenzaba su carrera. Lo exótico estaba de moda. Luego bailó en el Folies-Bergère, en el Moulin Rouge, en Montecarlo y en Berlín. Pronto se hizo rica, tenía aventuras galantes y habitaba en una villa junto al Bois de Boulogne. La movilización general la sorprendió en Berlín. En la capital alemana circulaban rumores sobre sus romances con el príncipe heredero y con el secretario de Estado, von Jagow. Sin embargo, no se logró nunca reunir datos concretos sobre estas aventuras. Lo que sí parece algo más que un rumor fue su relación con un alto oficial alemán.

Al comenzar la guerra Mata Hari se estableció en una casa modesta en La Haya. Viajaba constantemente. En 1915 fue detenida en Inglaterra bajo sospechas de espionaje, pero pronto se la dejó en libertad. Dos años después cayó en la red del contraespionaje francés. Bajo la acusación de espionaje en favor de los alemanes fue condenada a muerte y ejecutada el 15 de octubre de 1917 en Vincennes, cerca de París. Cuando se encontraba ante el pelotón de fusilamiento se negó a que le vendaran los ojos. No derramó ni una sola lágrima. Durante los interrogatorios había ocultado con obstinación los menores detalles de su actividad como agente.

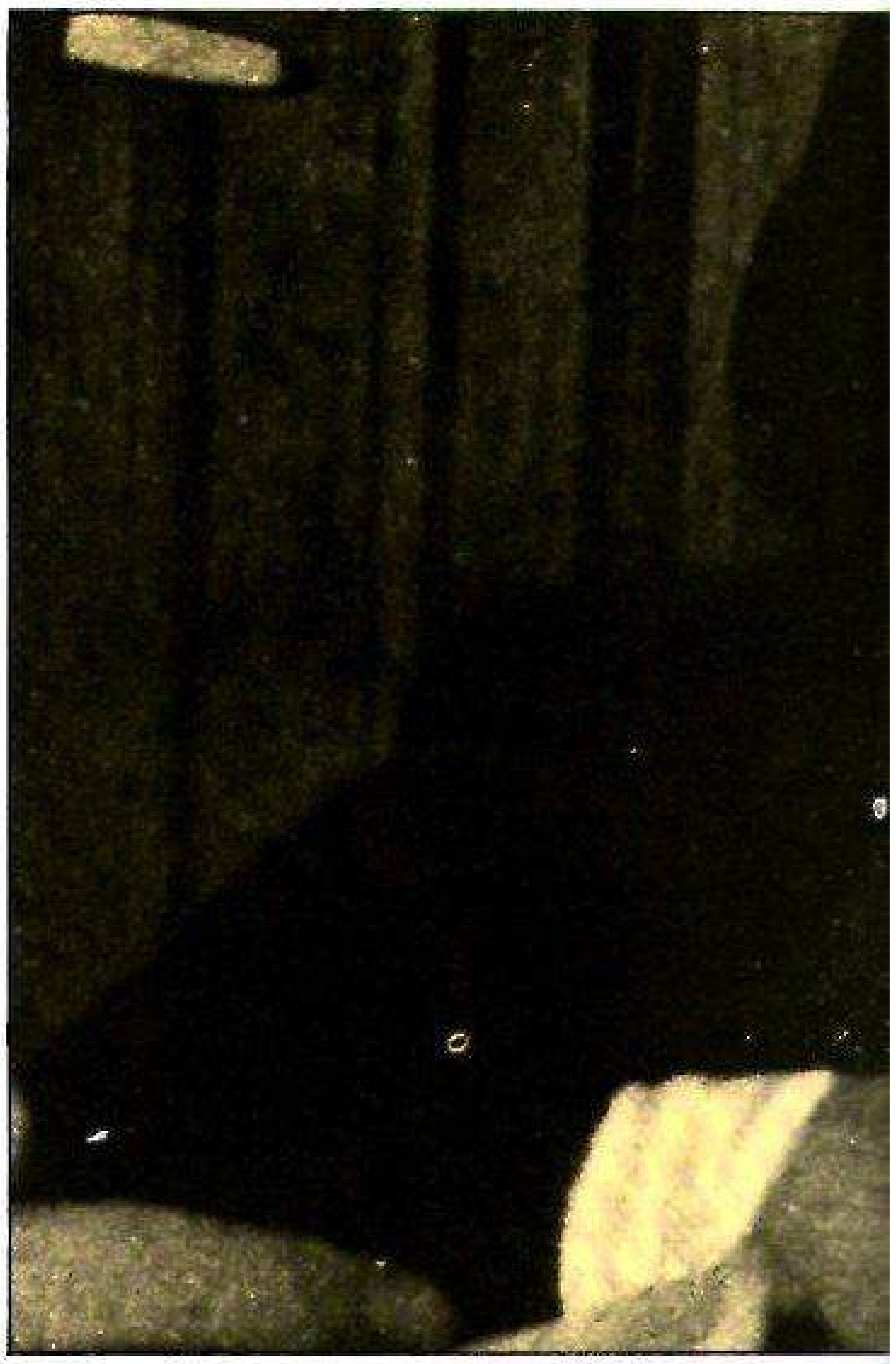
quien ahora viraba en redondo era el capitán Eckert, del *Abwehr*: hizo la señal acordada para que comenzara la operación de captura. De detrás de las rocas y los arbustos comenzaron a salir soldados alemanes que se apresuraron a detener a «La Gata» y a Lucas. El tercer hombre logró escapar. También huyeron los dos paisanos que iban en el bote, aunque fueron detenidos a la mañana siguiente.
El segundo bote de desembarco se alejó de la costa a remo y, dos minutos después, el buque desaparecía en la noche, rumbo a Inglaterra.
Lucas, el agente auténtico se vio más tarde asaltado por serias dudas sobre la autenticidad de la operación. El *Abwehr* trató de borrar lo mejor que pudo las huellas, mientras «La Gata» intentaba convencer a su Lucas de que había sido traicionada. Éste no aceptaría la leyenda, como demostró más tarde.

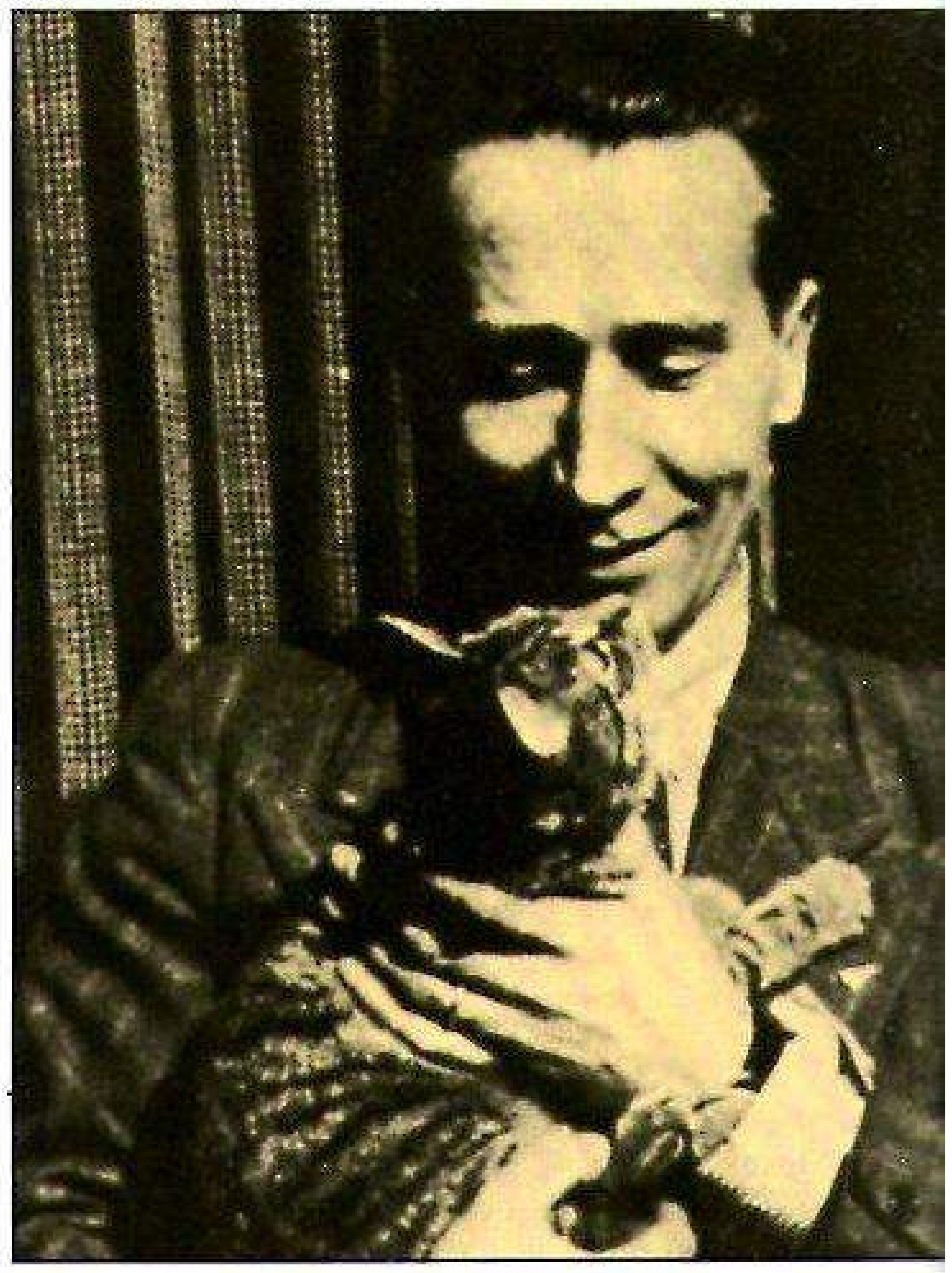
El «War-Office» lo lamenta

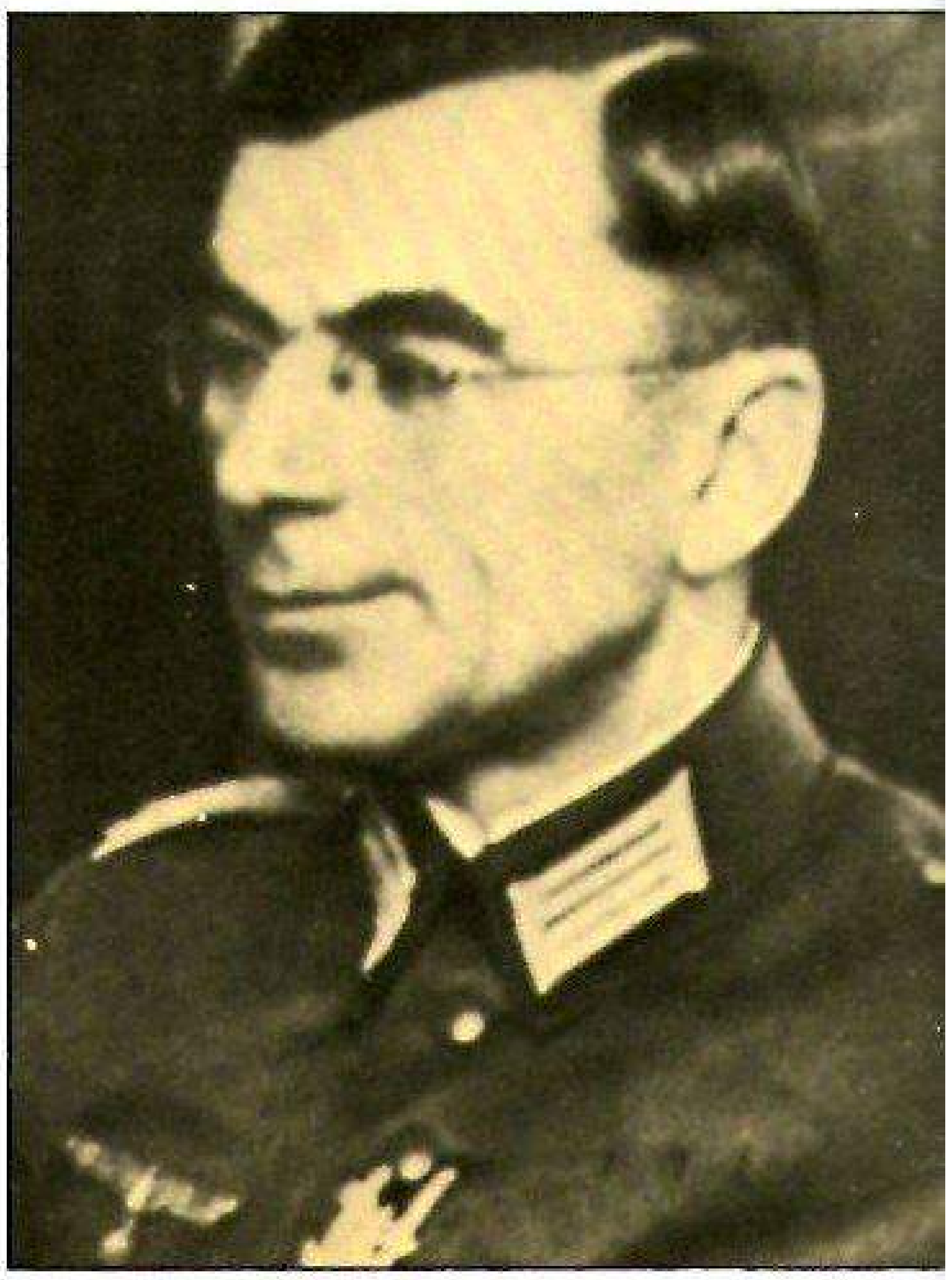
Y ocurrió lo inverosímil: el «War-Office» reanudó los contactos radiofónicos, lamentando el fracaso de la operación, y ofreció intentarlo de nuevo. Esta vez los británicos proponían fecha y lugar del desembarco: El 23 de febrero, a las 23,30 horas, en una bahía rocosa cerca del lugar de la fracasada operación.
De nuevo aparecieron por allí Lucas y «La Gata», y otra vez llegó hasta la costa la lancha rápida a la hora fijada. En esta ocasión se trataba de una barcaza de remos ocupada por 20 marineros bien armados. Catorce de ellos saltaron a tierra y escoltando a «La Gata» y a Lucas, corrieron hacia el bote. El capitán del *Abwehr*, Eckert, sólo pudo contemplar la escena y ver cómo «La Gata» era izada a bordo de la embarcación.
Los dos llegaron a Inglaterra sanos y salvos. Mientras el militante de la resistencia, Lucas, era preparado para una nueva operación de comando, «La Gata» tuvo que someterse a tres penosos días de interrogatorios. El misterioso «tercer hombre» que desapareció en la primera operación había logrado llegar a Inglaterra, atravesando España y Portugal, y había delatado a «La Gata» como agente doble. Lucas confirmó las sospechas, así como también Armand. Tras la guerra, un tribunal de París condenó a muerte a la espía, bajo la acusación de traición a la patria. La sentencia fue conmutada por pena de cárcel. Tras seis años de prisión, en 1955, Mathilde Carrée fue puesta en libertad. ¿Era realmente una segunda Mata Hari? Durante el proceso su figura irradiaba aún la misma fascinación que ejerció siempre sobre los hombres, y que ella utilizó en provecho propio. En su biografía existen numerosos rasgos similares a los de Mata Hari. Como ella, Mathilde Carrée era una mujer desengañada de su matrimonio, con más de treinta años cuando decidió ingresar en el servicio de inteligencia. Como Mata Hari, también Mathilde Carrée vivió un tiempo en las colonias, fuera de su país. Sin embargo, hay una diferencia fundamental: Mata Hari no «viró en redondo»; tras su detención no traicionó a nadie.
Seguramente ha habido pocas mujeres espías cuyas figuras permitan establecer un paralelismo con la legendaria heroína de la primera Guerra Mundial. La inclusión de personajes femeninos en el mundo dudoso y brutal del espionaje es muy discutida.

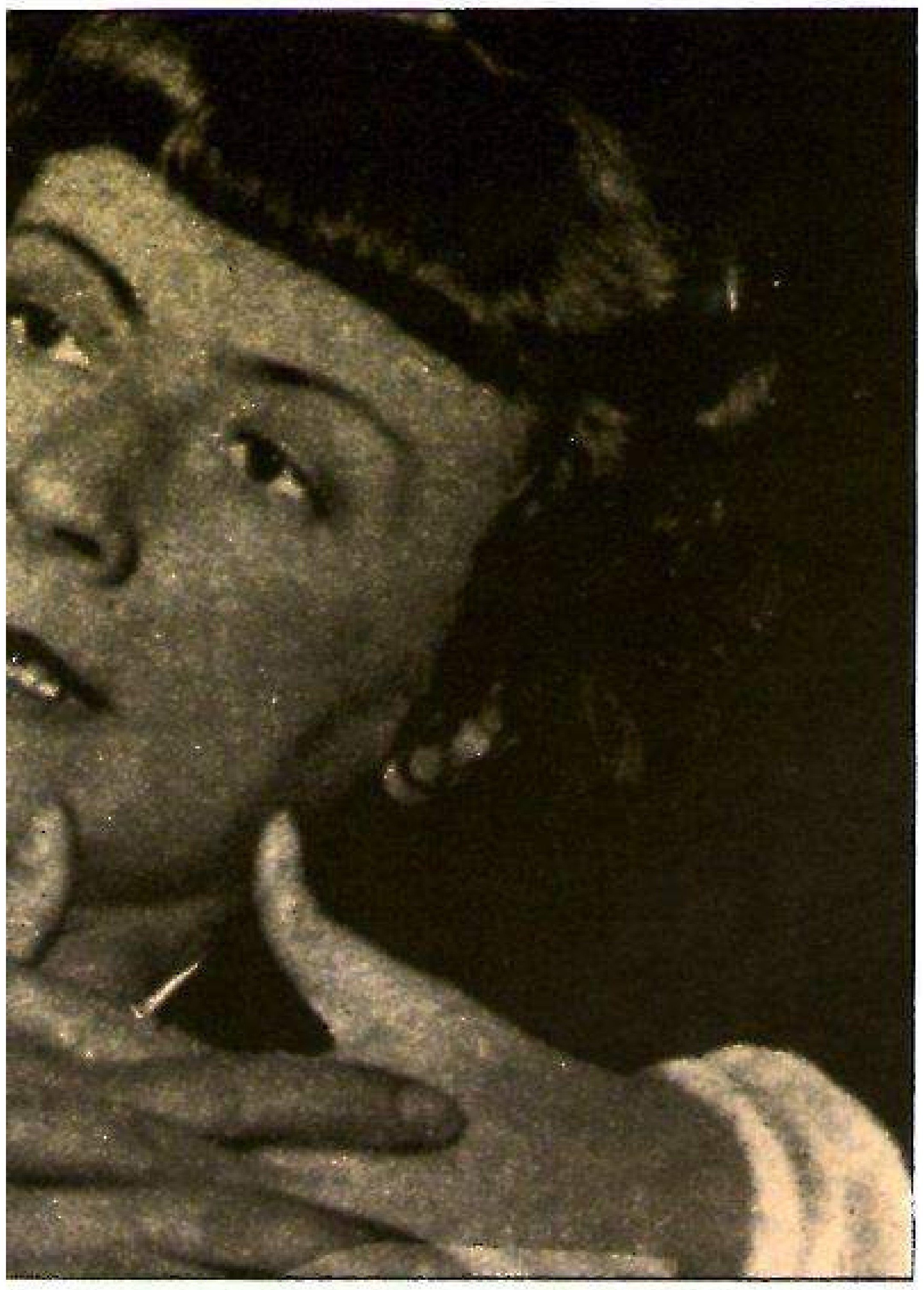
A favor y en contra

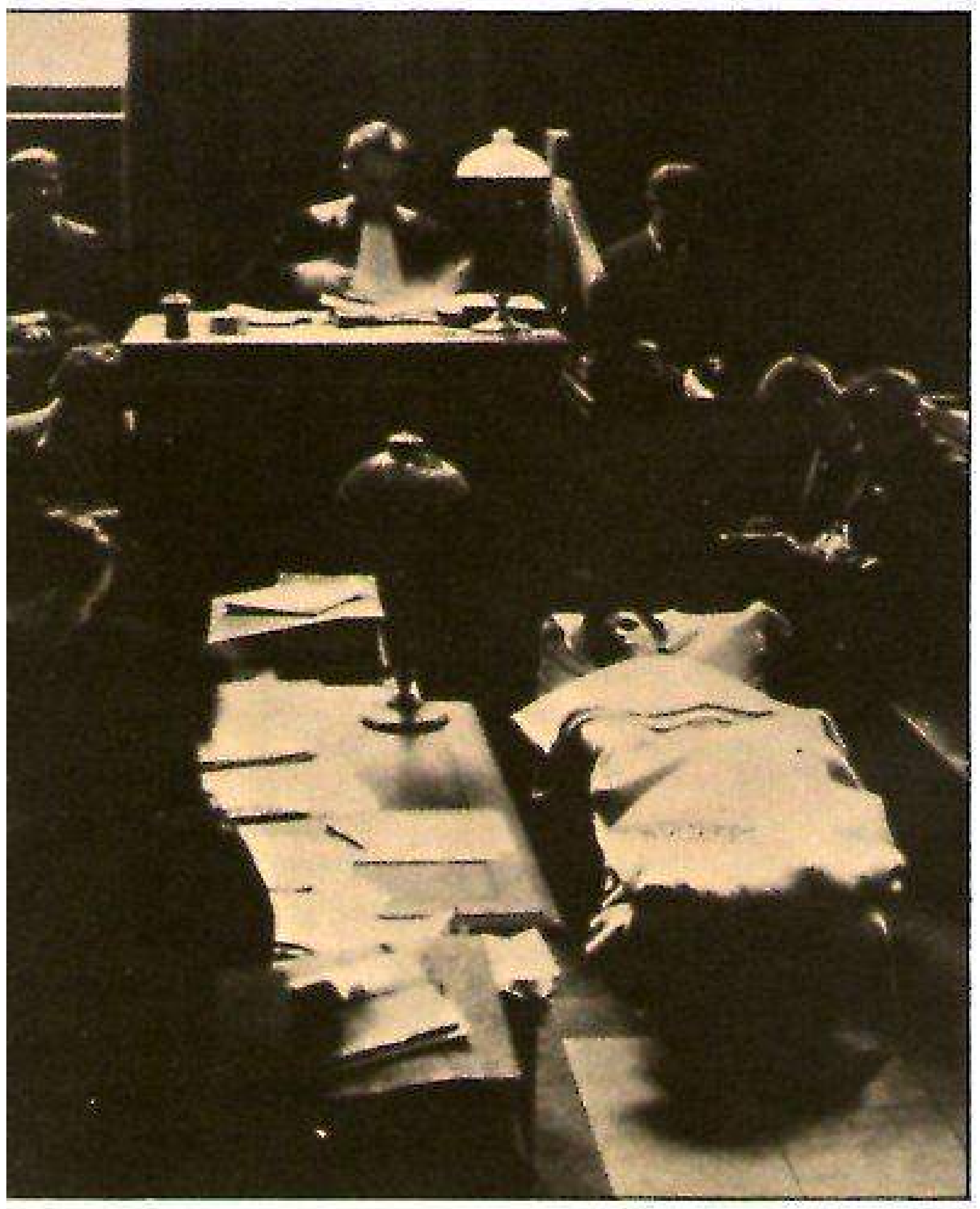
A favor del empleo de agentes femeninos de inteligencia se aducen los siguientes motivos:
Para funciones de transmisión de datos y de espionaje en grupos de la alta sociedad, las mujeres son menos sospechosas, en tiempos de guerra, que los hombres en edad militar.
Las armas femeninas, que van del inocente flirteo a la aventura erótica, con la consabida coacción, funcionan desde tiempo inmemorial con precisión absoluta.
En los momentos críticos, la mujer tiene mayores posibilidades de escapar con vida. Incluso los tipos más duros se ven obligados a superar grandes escrúpulos psicológicos cuando han de detener a una mujer o dispararle.
Contra la inclusión de mujeres en los servicios de espionaje existen poderosas razones:
La mujer mezcla el deber con el sentimiento. Por un desengaño amoroso se sienten «incapaces de trabajar» o incluso cambian de bando.
Las agentes pueden incluso alterar fundamentalmente a los hombres del propio campo, lo cual lleva a situaciones de imprudencia o, al menos, de carencia de precauciones.
Por miedo a la violencia o al castigo, las mujeres son más susceptibles de confesar o de pasarse al enemigo.
Los juicios dispares que origina esta problemática en cada uno de los servicios secretos lleva a conclusiones prácticas diferentes. El *Abwehr* alemán de Canaris rehusaba emplear mujeres para este cometido. El SD y la sección exterior del RSHA se ocuparon de un modo preferente en reclutar agentes femeninos del enemigo convenciéndolos de que cambiaran de bando. El RSHA controlaba una red femenina en el extranjero que había sido constituida por la sección exterior del partido nacionalsocialista. El servicio secreto ruso, por su parte, comprometía para su tra-

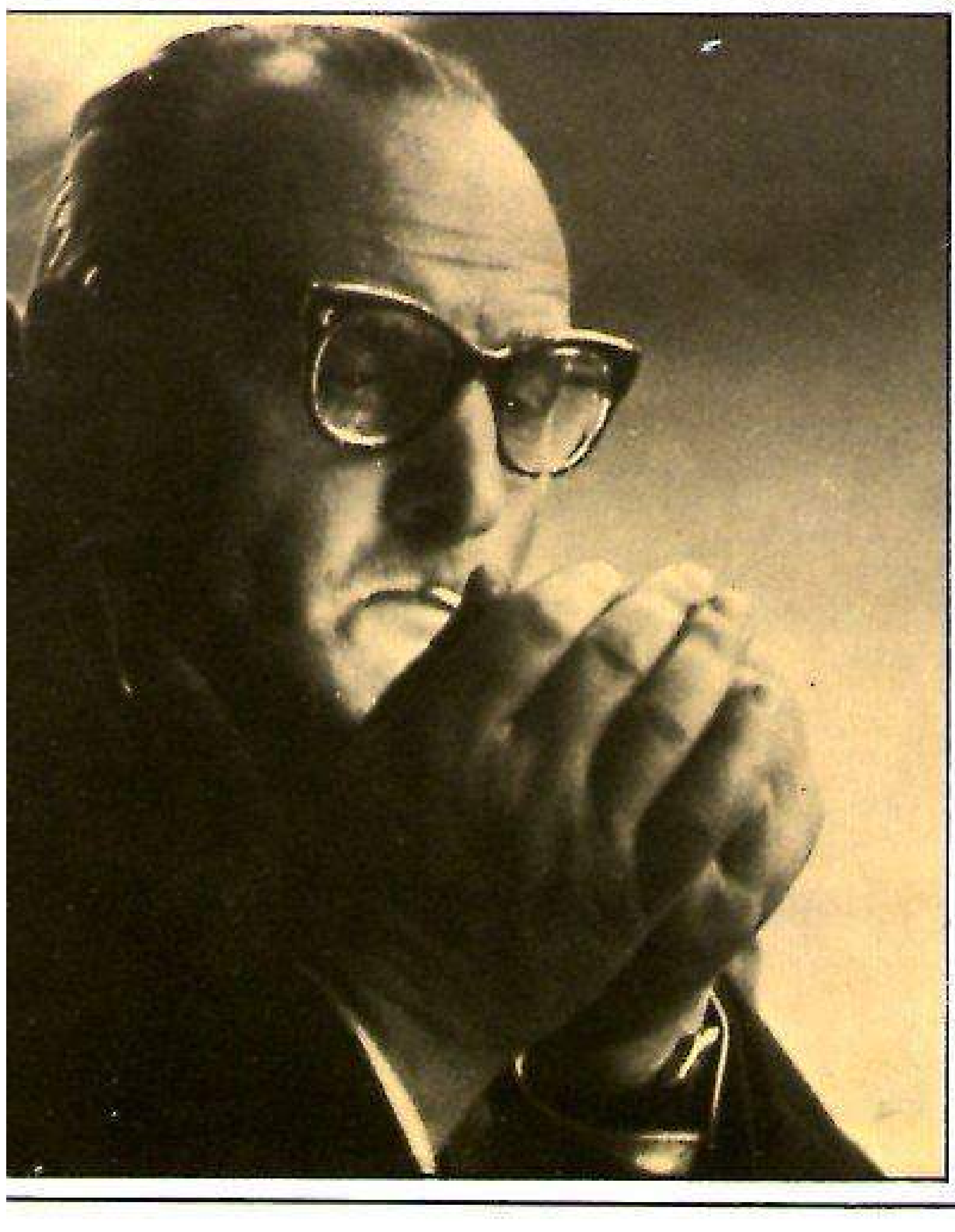












bajo a militantes comunistas de todo el mundo, pero no a mujeres soviéticas. La resistencia francesa aceptó la colaboración de mujeres patriotas para establecer contacto con soldados y oficiales alemanes y como correos.

El grupo berlinés «Capilla Roja» (véase págs. 132-136) constituye un ejemplo típico de esa mezcla de sexo y espionaje a la que nos referíamos al principio. Harro Boysen, el «alma» de la organización, mantenía relaciones amorosas no sólo con la agente Oda Schottmüller sino también, y en parte al mismo tiempo, con dos secretarias del Ministerio del Aire, lo cual le permitió sonsacar a sus amantes informaciones de interés. Su mujer, Libertas, tuvo a su vez numerosas aventuras con miembros del grupo, y fue la primera en confesar todo lo que sabía, cuando fue detenida, con la pretensión de salvar su vida. Un grupo numeroso de agentes femeninos de la organización no tuvieron nada que ver con este tipo de expansiones. Pero todas ellas, excepto una, Greta Kuckhoff, «cantaron» de plano al ser interrogadas.

¿Hombre o mujer?

En la organización que siguió a la «Capilla Roja», el «Tres Rojo», con sede en Suiza, militaban una «Lucy» y una «Dora». Detrás de ambos apodos se ocultaban dos hombres, dos agentes del espionaje soviético: Rudolph Rösler y Alexander Rado. Ambos ofrecían, en cantidades gigantescas, noticias de gran trascendencia desde el punto de vista bélico que confluían en Moscú. Su informador principal era un tal «Werther», un tipo misterioso cuya identidad nunca se ha aclarado y del que tan sólo se sabe que estaba introducido en el cuartel general del *Führer*. Según las últimas revelaciones, si «Lucy» y «Dora» no eran mujeres, «Werther» tampoco era un hombre.

Mathilde Carrée, «La Gata», compareció en 1949 ante los tribunales de París para ser juzgada por un delito de espionaje (arriba).

«Armand» adquirió después de la guerra la nacionalidad británica y se hizo oficial del Ejército (centro, a la izquierda).

Renée, gravemente enferma, fue juzgada también con «La Gata», en París. Se la condenó a dos años de cárcel (centro, a la derecha).

El teniente coronel Oskar Reile, jefe del «Abwehr», sección de contraespionaje en París (abajo, a la izquierda), y el sargento Hugo Bleicher, del «Abwehr» (abajo a la derecha), captaron la voluntad de los agentes principales del «Réseau Interallié» y les proporcionaron material sin importancia.

Bajo el nombre encubierto de «Werther» parece que se ocultaban dos informadoras de la central de teletipos del OKH. Hasta finales de 1943 ambas enviaron a sus jefes de Suiza más de 7000 télex originales o transcritos de protocolos. Su contenido se refería a composición de fuerzas militares, efectivos, armamentos, planes, número de bajas, número de centrales postales en campaña, etc. En realidad, eran dos «super Mata Haris». Tan sólo adolecen de un defecto: su existencia no ha sido probada. Un enlace de estas dos mujeres, que se hace llamar Ruland ha depositado notarialmente un documento firmado por ambas, y ha manifestado que sólo se hará público cuando mueran las dos mujeres.

«Condesa» y «Duquesa»

Las pocas agentes que trabajaron para el *Abwehr* alemán, eran más bien gafes. De ellas, la aparición más misteriosa fue la de la «condesa», hija de un oficial de la Marina zarista que había crecido en Copenhague y que, tras un desengaño amoroso con un francés, fue a dar en los tugurios del Mont Parnasse de París. Allí fue descubierta en los años treinta por el agente alemán Drücke, que no tenía ni remota idea de que la dama en cuestión había trabajado ya para agentes soviéticos. Drücke la convirtió en su amante y se la llevó consigo a Bruselas. En la capital belga se la presentó a su colega Dierks, que sucumbió a sus encantos. La «condesa», cuyo verdadero nombre era Vera de Witte, trabajó un breve período como agente en Inglaterra, luego fue retirada del servicio, poco antes de la guerra, y sirvió al *Abwehr* en Hamburgo durante un tiempo como «ave de reclamo». En septiembre de 1940 fue transferida a Inglaterra en compañía de Drücke y Dierks. La fiesta de despedida en Hamburgo transcurrió envuelta en un mar de bebidas alcohólicas y Dierks sufrió un accidente mortal al volante de su automóvil. A raíz de esto la condesa trató de suicidarse, pero pronto se recuperó y en seguida se encontraba en condiciones de poder acompañar a Drücke y al suizo Wälti, que había ocupado el puesto de Dierks en la operación encomendada. Los tres fueron detenidos por los ingleses poco después de haber llegado a Gran Bretaña. Drücke y Wälti fueron ejecutados. La condesa nunca compareció ante el tribunal. Como había ocurrido ya con «Lady May» y «la duquesa», que había tomado parte igualmente en la operación, también ella trabajaba desde hacía tiempo para los servicios de inteligencia ingleses.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



Tropas americanas desembarcan en la costa italiana junto a Anzio.

Hull, Cordell, político americano nacido el 2-X-1871 en Overton Country y muerto el 23-VII-1955 en Washington. Ministro de Asuntos Exteriores de 1933 a 1944. Apoyó durante la segunda Guerra Mundial una política contraria al aislacionismo de los Estados Unidos y en favor de una estrecha colaboración con la Unión Soviética. Fue consejero de Roosevelt en las conferencias de Moscú y Teherán. Procuró por todos los medios que no se aplicasen a Alemania los planes se desindustrialización dictados contra ella. Le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz en 1945.



Charles Huntziger

Hungría, monarquía (hasta 1944) centroeuropea con el trono vacante, siendo las funciones del monarca ocupadas por un regente, Horthy von Nagybánya. Al estallar la segunda Guerra Mundial Hungría entró en la contienda al lado de Alemania. Sin embargo, a fines de 1942, tras las primeras victorias soviéticas, se formó un movimiento de oposición contra los alemanes, apoyado por el antiguo primer ministro Miklos Kallay. Desde agosto de 1943 en adelante, los servicios estratégicos ingleses se mantuvieron en contacto con los resistentes húngaros, hasta que Hitler ordenó el 19 de marzo de 1944, la ocupación del país. Cuando los avances soviéticos pusieron en peligro la fidelidad de sus aliados húngaros, Hitler desencadenó la Operación «Panzerfaust», que culminaria con el nombramiento de Franz Szlasi como primer ministro. Éste revocó de inmediato el armisticio establecido por Horthy con la Unión Soviética. El 26 de diciembre de 1944, el segundo y tercer frentes ucranianos completaron el cerco de Budapest, quedando encerradas cuatro divisiones alemanas y dos húngaras. Tras las sorprendentes acciones del Ejército 6 y el IV *Panzerkorps SS* alemanes, los germanos lograron hundir, el 17 de febrero, el frente ruso, rastrillando los sectores occidentales y sudorientales. Pero poco después, el 16 de marzo se produjo la contraofensiva soviética: el Ejército 6 sufrió violentos ataques y el Mando perdió las huellas del IV *Panzerkorps SS*. La *Wehrmacht* no logró detener el ataque soviético y fracasó la operación «Frühlingserwachen».

Huntziger, Charles Léon Clément, general francés nacido en Lesneven el 25-VI-1880 y muerto en accidente de aviación el 12-XI-1941. De 1934 a 1938, jefe supremo de las tropas de su país en Siria. De septiembre de 1939 a junio de 1940, comandante supremo del Ejército 2. Ocupó el mismo puesto respecto del Ejército 5 el 5-VI-40. Jefe de la delegación francesa en el acto de la firma del armisticio del 22-VI-1940, en Compiégne. El 6-IX-40, ministro de la Guerra en el Gobierno de Vichy. El 29-VIII-41, comandante en jefe de las tropas francesas en el Norte de África.

Hurricane, monoplaza británico de caza y bombardero de la casa Hawker Aircraft. Se empleó para combatir contra la *Luftwaffe* en la fase inicial de la batalla aérea sobre Inglaterra cuando el moderno *Spitfire* no se encontraba aún suficientemente desarrollado. Se utilizó en todos los frentes. A partir de 1941, avión de escolta para los convoyes, muy útil por su despegue mediante catapulta desde buques mercantes. Se construyeron en total 14.533 unidades, de las cuales 2952 se enviaron a la Unión Soviética. Datos del bombardero en su versión II B: un motor de 1280 CV; velocidad máxima: 547 km/h a una altura de 6400 m; autonomía: 770 km; armamento: 12 ametralladoras de 7,7 mm en las alas; dispositivos para dos bombas de 122 kg o para dos de 245 kg.

«Husky», nombre cifrado para la operación de desembarco aliado en Sicilia el 10-VII-1943. A pesar de la gran superioridad de los Aliados, los alemanes lograron resistir un mes con la isla en su poder. El 17-VIII-43, mediante la Operación «Lehrgang», se procedió a evacuar la isla, trasladándose todas las tropas a la península italiana.



Caza tipo «Hurricane». Estos aviones llevaron el peso de la guerra aérea, durante la batalla de Inglaterra.

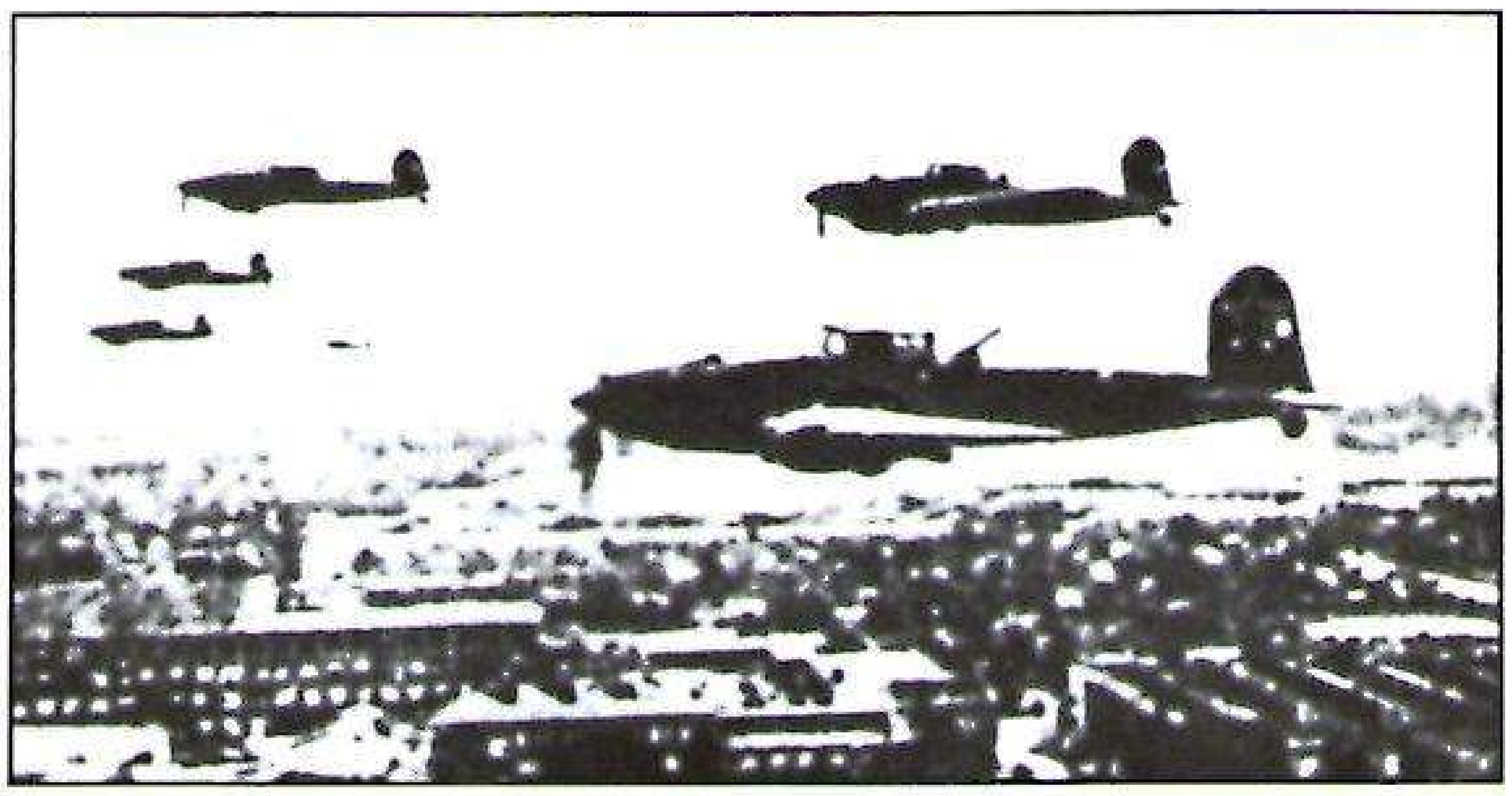
I

Iliushin Il 2, avión de combate soviético que se hizo famoso con el nombre de «Stormovick». Se empleó para apoyar los combates de infantería y en ataques en profundidad contra posiciones enemigas de retaguardia. Los primeros modelos de esta serie de monomotores resultaron tan convincentes en las pruebas realizadas en el verano de 1941, que el propio Stalin ordenó la producción masiva. El «Gustavo de hierro», como se conocía en Alemania al Il 2, debido a su blindaje impenetrable se construyó en Stalingrado en su versión más perfeccionada, el Il 2 M3. Características: un motor de 1350 CV; velocidad máxima: 480 km/h; dotación: dos hombres; armamento: una ametralladora de 12,7 mm de disparo hacia atrás, 2 cañones de 23 mm, fijos, 2 ametralladoras de 7,62 mm y 600 kilos de bombas u 8 cohetes. Para la lucha contra carros, el Il 2 también estaba dotado de 2 cañones de 37 mm. Se construyeron unas 35.000 unidades.

Ilmen, lago de extensión irregular situado al sur de Leningrado. En su nivel medio posee una superficie de 1119 km². Durante la segunda Guerra Mundial fue escenario de duros combates entre 1941 y 1944. El 31-VII-41, el Cuerpo de Ejército X alemán alcanzó la orilla sudoeste. El 16-VIII-41 Novgorod fue conquistado por el Cuerpo I del Ejército 16. En enero de 1944, el Ejército Rojo reconquistó la orilla occidental y, el 20-I-44, Novgorod.

«Infatuate», operación inglesa para la conquista de la isla de Walcheren como medio de dejar expedita la entrada al puerto de Amberes. El 1-XI-1944 se produce el desembarco con asistencia de fuertes efectivos navales. Hasta el 8-XI se mantuvo la resistencia de los alemanes de la División 70 de Infantería.

Inglaterra, batalla aérea, gran ofensiva de la *Luftwaffe* alemana preparatoria de la operación «León Marino», es decir, invasión de Gran Bretaña. Directivas de Hitler n.º 16 (16-VII-40) y 17 (1-VIII-41), en las que hacía saber: «La Aviación alemana con todas sus fuerzas tratará de acabar cuanto antes con la Aviación británica». El 13-VIII-1940 (Adlertag, «día del águila») se inicia la ofensiva aérea desde Francia, Bélgica y sur de Noruega; toman parte un total de 2355 aviones. El 13-VIII se llevaron a cabo 1485 misiones y se perdieron 34 aparatos. El 14-VIII se efectuaron 2119 misiones y se perdieron 55 aparatos. En total, en agosto de 1940 se cubrieron 4779 objetivos, con el lanzamiento de 4447 toneladas de bombas explosivas y 189 toneladas de bombas incendiarias. Las pérdidas alemanas fueron 252 cazas y 215 bombarderos; por parte británica se perdieron 359 aparatos. Desde el 7-IX a mediados de octubre Londres fue atacado todas las noches. En 7260 misiones los alemanes lanzaron 6614 toneladas de bombas explosivas y 428 de bombas incendiarias; sin embargo, no consiguieron dominar el cielo inglés, ni derrotar a los aviadores británicos. Las grandes pérdidas aconsejaron a los alemanes suspender los vuelos nocturnos, cuya eficacia se había calculado muy por encima de la realidad. Desde el 1-VIII-40 al 31-III-41 la Aviación alemana perdió 2840 aviones. Los preparativos necesarios para la batalla contra Rusia obligaron a suspender los bombardeos contra las ciudades británicas.



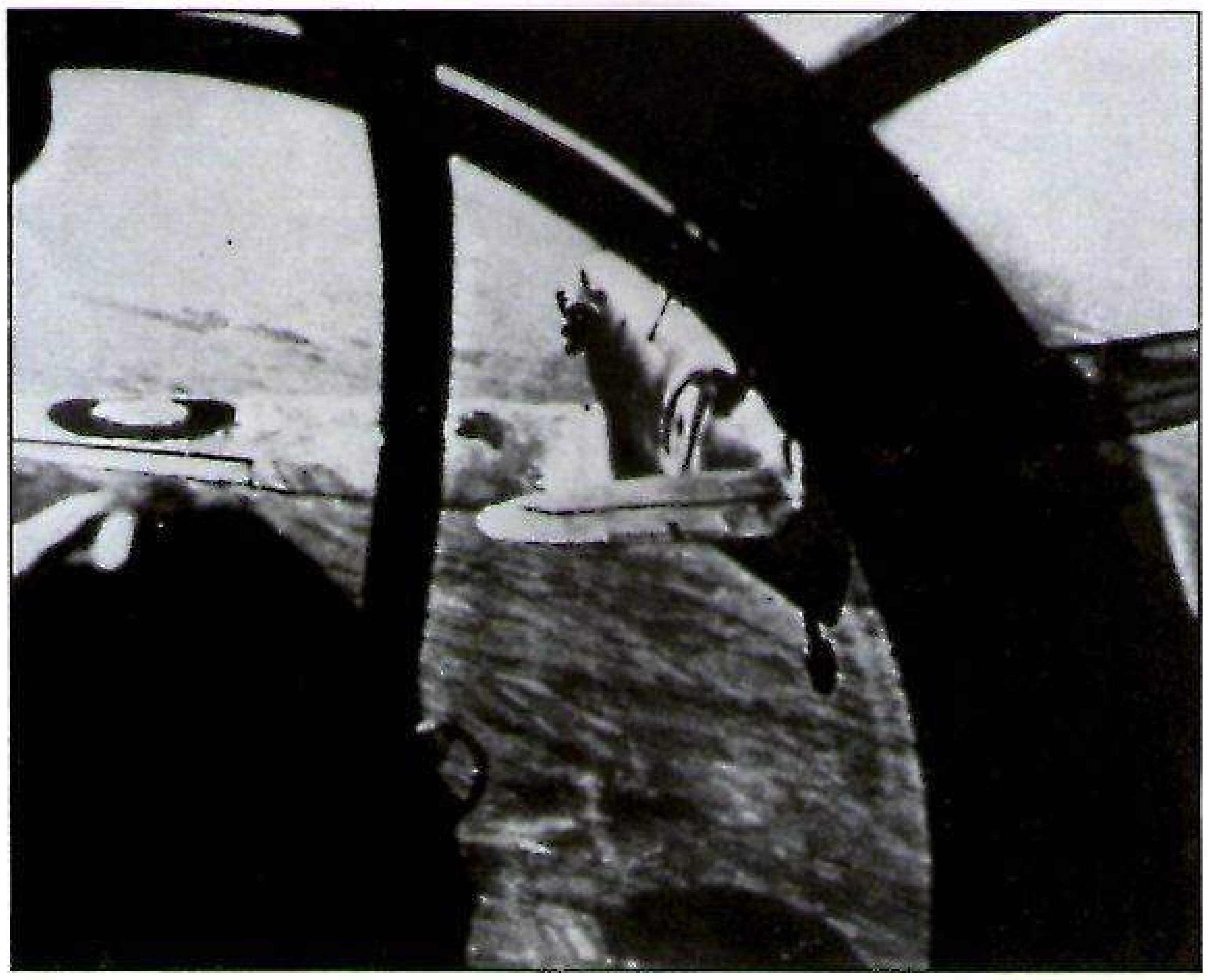
Aviones rusos del tipo «Iliushin Il 2» sobrevuelan Berlín.



El «violinista de la muerte» sobre Westminster (dibujo de la propaganda alemana).

Invader, segundo nombre del bombardero americano *Douglas A-26*. Apareció en 1941 como continuador de la serie *Douglas DB-7*. Se produjeron 7385 unidades hasta 1944. Se empleó por primera vez en el verano de 1944 en el frente de la invasión. Datos: dos motores de 2000 CV; velocidad máxima: 571 km/h a una altura de 4570 m; dotación: tres hombres; armamento; 10 ametralladoras de 12,7 mm, de las cuales 6 fijas en el fuselaje; dispositivos para bombas con un peso total de 1800 kg. Se construyeron unos 2500 aparatos de este modelo hasta 1946. Dotado de mayor capacidad de fuego, este avión se empleó en Corea, el Congo (Zaire) y Vietnam.

Invasión, término que designa la penetración de unidades militares en campo enemigo, y en especial, el lanzamiento sobre el campo opuesto desde el aire o el desembarco desde unidades navales en aquellos casos en los que no existan otras vías de acceso. La invasión por excelencia durante la segunda Guerra Mundial fue el desembarco aliado el 6-VI-1944 en Normandía (Operación «Neptuno»). Protegidos por 5112 bombarderos, 5409 cazas, 7 buques de batalla, 23 cruceros, 105 destructores y otros 1076 buques de distintos tipos, los Aliados lograron situar 326.000 soldados en tierra, el 12-VI, en 4126 vehículos de desembarco y 2316 aviones de transporte, provistos de 104.000 t de armamento y 54.000 vehículos. Esta invasión es la mayor de todos los tiempos en la historia militar. Los alemanes quedaron plenamente asombrados, puesto que esperaban que la invasión se produjese en otro punto. El absoluto dominio aéreo aliado desbarató la resistencia germana, hasta el punto que pronto las cabezas de desembarco se internaron en Francia y comenzó la marcha sobre París.



Batalla de Inglaterra: un «He 111» persigue un «Spitfire».

Islas, asalto de, estrategia americana en la guerra del Pacífico. Consistía en conquistar las islas más importantes desde el punto de vista estratégico mediante el establecimiento en pequeños islotes. Con ello se lograba concentrar las propias tropas contra un enemigo obligado a distribuir sus efectivos para rechazar el ataque americano desde distintos puntos. Se logró así aislar a los japoneses en posiciones sin importancia. Otro paso dentro de esta estrategia fue la creación de bases aliadas para la lucha final contra Japón. Los primeros objetivos fueron las islas Salomón y Gilbert.

Italia, acorazado italiano que entró en servicio con el nombre de «Littorio» el 6-V-1940 y que cambió su denominación por «Italia» el 30-VI-1943. Características: 35.000 t; 30 nudos; 237,8 m de eslora; 32,9 m de manga; dotación: 1872 hombres; armamento: 9 cañones antiaéreos de 381 mm, 12 de 152 mm, 12

de 90 mm. Cumplió misiones en el Mediterráneo desde 31-VIII al 3-X-1940. Alcanzado por un torpedo el 12-XI-1940. Reparación hasta agosto de 1941. Después se le encomendó la tarea de escoltar convoyes. El 15-VI-1942 es alcanzado nuevamente por un proyectil lanzado desde un avión. Reparación hasta febrero de 1943. Alcanzado otra vez por las bombas americanas en La Spezia, el 19-VI-1943. Cuando se trasladaba a Malta el 9-IX-43, tras la capitulación de Italia, fue dañado por las bombas alemanas. El 14-IX-43 se le interna en Alejandría. En febrero de 1947 regresa al país de origen y el 1-VI-1948 se le retira del servicio.

Italia, Reino (hasta 1946) situado en el sur de Europa. Padece desde 1922 la dictadura fascista bajo el «Duce» Benito Mussolini. «Eje Berlín-Roma» (25-X-36). Alianza militar con Alemania el 22-V-1939. Al estallar la segunda Guerra se mantuvo al principio neutral, al no considerarse preparada para la contienda. El 10-VI-40 declara la guerra a Francia e Inglaterra con el fin de participar en el botín que imaginaba se iba a conquistar. Por falta de preparación del Ejército italiano, apenas pudo lograr algunos éxitos aislados contra los franceses en los Alpes. Las esperanzas de Mussolini de participar en el reparto del botín no se cumplieron y decidió lanzarse sobre otras víctimas. Sin embargo, la guerra contra Grecia, que comenzó el 28-X-1940, terminó con la ocupación de la mitad de Albania por las tropas griegas. Solamente la campaña alemana en los Balcanes pudo impedir una derrota total de Italia. Los limitados progresos militares conseguidos por los italianos en una ofensiva reducida en Egipto se convirtieron en fracasos, de diciembre de 1940 a febrero de 1941, por efecto de una contraofensiva inglesa orientada contra el Grupo de Ejércitos África italiano, un fracaso que sólo pudo superarse gracias a la asistencia alemana. Las posesiones italianas del África oriental (Abisinia, Somalia) pasaron a otras manos. Tampoco tuvo suerte la Marina italiana y sufrió pérdidas elevadas. Las continuas derrotas llevaron a la destitución y encarcelamiento de Mussolini, el 25-VII-43, y al establecimiento de un alto el fuego con los Aliados el 8-IX-43. Por esta razón las tropas italianas fueron desarmadas por los alemanes. El 13-X-43, el Gobierno de Badoglio declaraba la guerra a Alemania. En la Italia ocupada por los alemanes se mantuvo aún un Gobierno fascista a cuyo frente se situó Mussolini, ya liberado. La capitulación alemana significó el final del dominio fascista. Mussolini cayó en manos de los partisanos el 29-IV-1945 y fue fusilado. CERDEÑA, la segunda isla italiana en orden de importancia. 24.909 km². En 1940, un millón de habitantes. Al extenderse la noticia de la capitulación italiana, «Achse» («Eje») era la consigna sobreentendida. El 8-IX-43, el general alemán Lungershausen, comandante de las tropas alemanas, renunció a atacar a las italianas de guarnición en la isla y más importantes en número, concentrándose en el norte de Cerdeña. Tras un intento fallido de conquistar el fuerte de la Magdalena, pasaron a Córcega, siguiendo las órdenes del mando, el 18-IX-43. SICILIA, la más grande de las islas italianas. 25.709 km². En 1940 contaba con 4 millones de habitantes. Puertos: Mesina, Siracusa y Palermo. Desde los campos de aviación de la isla se llevó a cabo la ofensiva contra Malta en 1941/42. El 10-VII-1943 aterrizaron las tropas británicas del Ejército 8 (General Montgomery) y del Ejército 7 americano (Patton) en el sur y suroeste de la isla (Operación «Husky»). El Ejército 6 italiano, con 4 div. de Inf. y 5 div. de Art. costera, bajo el mando del general Guzzoni, encargado de la defensa de Sicilia, se dispersó a los pocos días. La isla fue defendida hasta el 16-VIII-43 por el 14 *Panzerkorps* alemán (gen. Hube). El grueso de las tropas y material retrocedió por la carretera de Mesina buscando la salida hacia el sur de Italia. Los Aliados, situados a ambos lados de la carretera, lograron obstaculizar con bastante éxito la operación con su artillería y aviación.

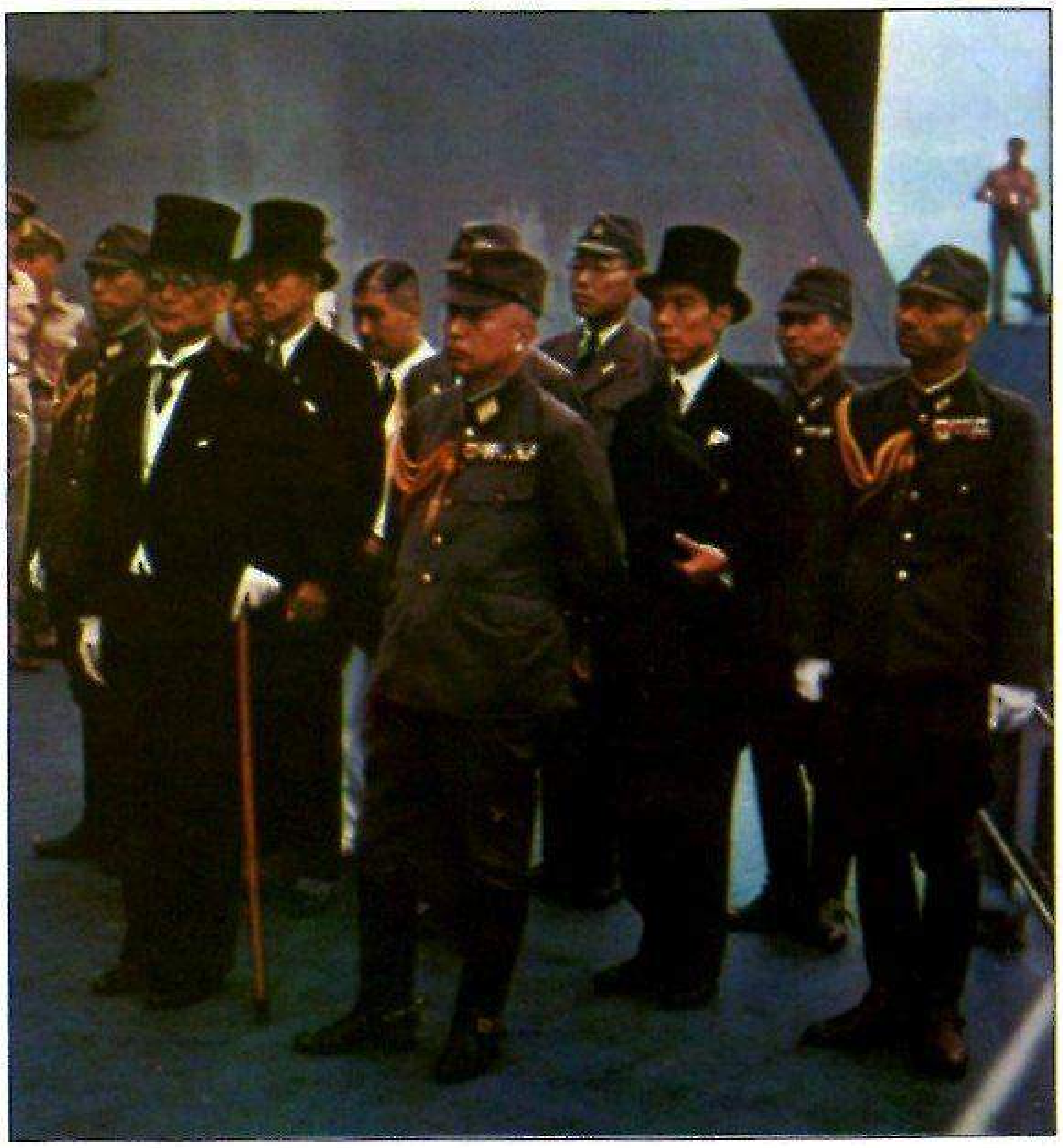
Iwo Jima, islas japonesas, de origen volcánico, con una extensión de 20 km². En ellas se desarrolló el 19-II-45 la Operación «Detachment»: desembarco del Cuerpo V de marines americanos (Schmidt) para atacar este punto bien protegido por los nipones. Con ello se abría camino a los cazas americanos para atacar a Japón. Las duras luchas contra los defensores nipones (kurubayashi) duraron hasta el 26-III-45. De los 22.000 japoneses que defendían la posición, solamente 216 prisioneros; los demás murieron. Los americanos sufrieron 5931 muertos y 17.272 heridos.

J

Japón, imperio en el Asia oriental. Contaba en 1940 con unos 73.000.000 de habitantes. En los años 30 se convirtió en la mayor potencia militar del Asia oriental. Al comenzar la guerra (7-XII-41), Japón disponía de 10 acorazados, 11 portaaviones, 18 cruceros pesados y 22 ligeros, 101 destructores, 21 torpederos y 65 submarinos.

La política expansionista japonesa llevó a este país a una confrontación con los Estados Unidos. El 7-VII-1937 había iniciado una guerra con China. El 27-IX-40 Japón se unió al «Pacto Tripartito», en el que ya se hallaban Alemania e Italia. Firmó un pacto de no agresión con la URSS (13-IV-1941). Con el fin de reducir las tensiones con los Estados Unidos, el Gobierno japonés propuso, el 8-VIII-1941, un encuentro entre el presidente americano Roosevelt y el primer ministro japonés Konoye. Las exigencias norteamericanas dieron al traste con las negociaciones previas, que duraron varias semanas. Tras la formación de un nuevo Gobierno nipón, presidido por el hasta entonces ministro de la Guerra, general Tojo (el gabinete Konoye dimitió el 17-X), el Consejo de la Corona decidió formular dos proposiciones más con vistas a la continuación de las conversaciones con Norteamérica. Roosevelt, por su parte, hizo llegar a los japoneses una «nota de 20 puntos» en términos inaceptables para Tokio (26-XI). En ella se presentaba la guerra como inevitable. El Consejo de la Corona decidió declararla el 1-XII-41. El 7-XII-1941 se produjo el ataque japonés por sorpresa contra la flota americana del Pacífico, anclada en Pearl Harbor.

Tras los grandes éxitos militares de los nipones en 1941 y 1942, los americanos tomaron la iniciativa (véase Midway) y consiguieron que los japoneses se replegasen. Al tiempo las flotas naval y aérea niponas quedaron diezmadas. Los momentos decisivos fueron los del lanzamiento de dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki (6 y 9-VIII-45) y la declaración de guerra por la Unión Soviética. El 15-VIII-45 Japón se vio obligado a capitular y quedó sometido a un desarme total.



La guerra concluye en el Pacífico. La delegación japonesa enviada para el acto de la capitulación.

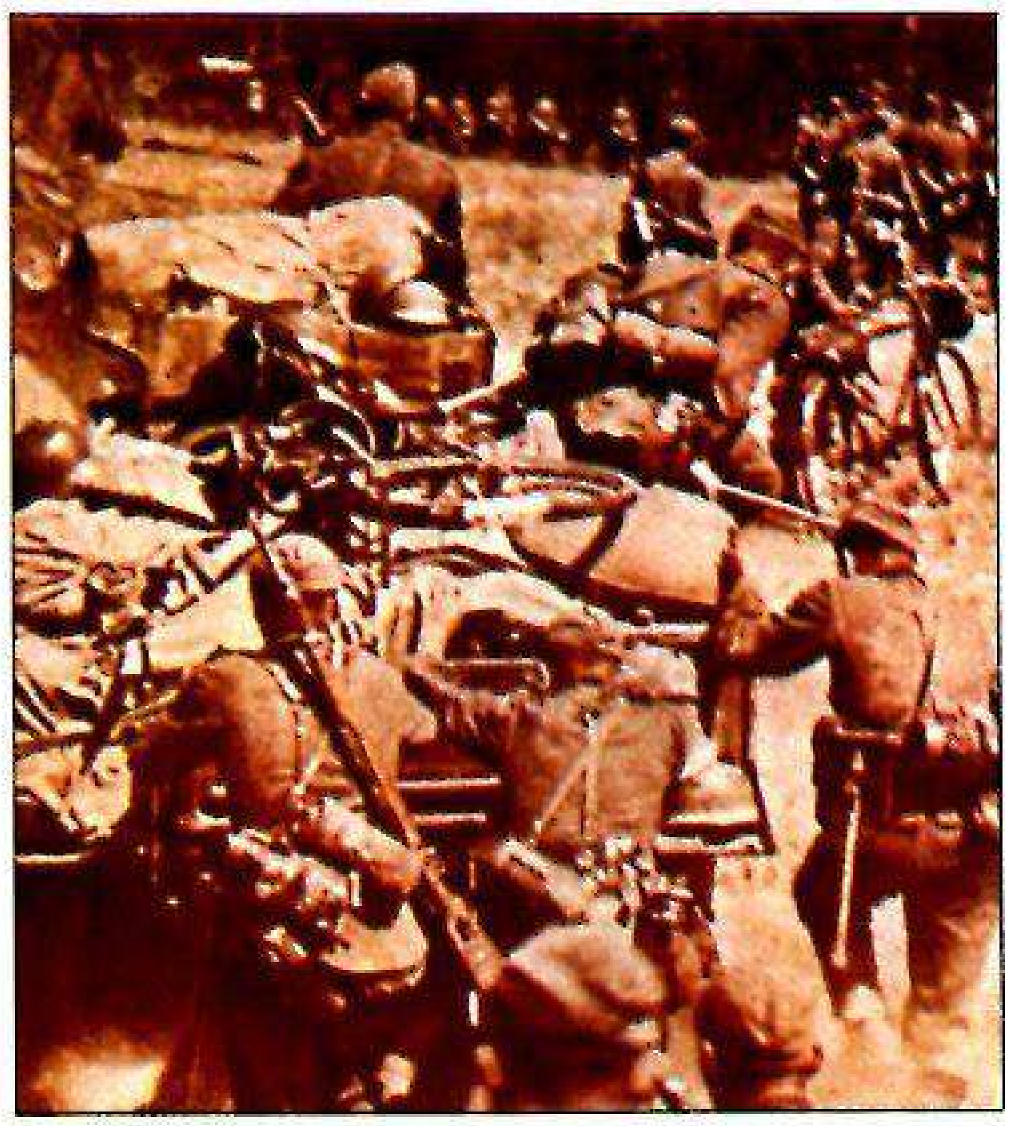
¿Moscú o Kíev?

A finales de julio de 1941, mientras paseaba por la *Wolfsschanze* («Guarida del lobo»), –el cuartel general instalado en Prusia Oriental– con los ayudantes jefes de la *Wehrmacht* y del Ejército, coronel Schmundt y comandante Engel respectivamente, Hitler les confesó que la continuación de las operaciones en el Este le quitaba el sueño. En su pecho –le oyó decir Engel– luchaban dos espíritus: el político-ideológico y el económico. Desde el punto de vista político la preferencia debía concederse a Leningrado y Moscú; desde el económico, el sur, Ucrania, resultaba más importante. Allí había petróleo, cereales, y de todo; era como una tierra de Jauja.

Hitler estaba considerando una reordenación de las fuerzas. Según él, dedicar los carros blindados a la conquista de las ciudades constituía «un insulto a la inteligencia».

¿Qué había ocurrido? Tras la serie ininterrumpida y sorprendente de éxitos, los tres Grupos de Ejércitos alemanes se encontraban paralizados. El del Norte ante Leningrado; el del Centro a medio camino de Moscú; y el del Sur más bien retrasado respecto al plan y teniendo que hacer frente a importantes unidades bajo el mando del mariscal Budennij, que no era precisamente un estratega. Esto hizo que resucitaran en el cuartel general las divergencias acerca de la táctica y objetivos de las fuerzas del frente oriental. En el Mando del Ejército, tanto su comandante supremo, general von Brauchitsch, como el jefe de Estado Mayor, general Halder, veían en Moscú el objetivo principal. Hitler, sin llegar a rechazar el plan del Ejército en este sentido, había opinado siempre, desde el comienzo de las operaciones, que lo importante era Ucrania y el camino hacia el petróleo del Cáucaso. Von Brauchitsch, Halder y el comandante de las fuerzas del Centro, mariscal von Bock, insistían en que tras una pausa se debía proseguir la marcha sobre la capital de Stalin.

Era indudable que el enemigo había sufrido grandes pérdidas y reveses importantes, pero la guerra no estaba aún



Los soldados del frente fueron los más afectados por las disidencias en el Cuartel General.

ganada, por más que Halder lo hubiera escrito así en su diario el 3 de julio de 1941. Hitler valoraba la posibilidad de que el avance sobre Moscú ofreciera ocasión al enemigo para fortalecer el sur y aislar a las tropas alemanas. Durante el mes de agosto de 1941 tomó la decisión de desplazar las operaciones hacia el sur y asegurarse el dominio de Ucrania mediante un movimiento en tenaza, que debía encerrar al mariscal Budennij, para avanzar, después de la derrota de éste, hacia Rostov y el Don, en dirección al petróleo del Cáucaso. Una vez conseguido esto se podría aún conquistar Moscú antes de que llegara el invierno.

Como siempre, von Brauchitsch y Halder protestaron... y al fin cedieron. Ninguno de los dos era capaz de enfrentarse con el *Führer.* El 12 de agosto de 1941 Hitler firmó su Directiva n.º 34: ataque al sur, sobre todo con el *Panzergruppe* de Guderian, por entonces uno de los más encendidos enemigos del proyecto. Veinticuatro horas después, un viernes, Hitler razonó su decisión en un memorándum. Entretanto, había ocurrido algo que causó la cólera de Hitler: von Brauchitsch, que conservaba el viejo espíritu del antiguo Ejército, había redactado un proyecto de reglamento de honor para el cuerpo de oficiales. La clase y el honor de los oficiales debían permanecer bien definidos aun dentro del Estado de masas que preconizaba el *Führer.* Cuando el jefe del Mando de la *Wehrmacht,* general Keitel, le presentó el proyecto a Hitler, el 20 de agosto, éste dio rienda suelta a sus iras. El 23 de agosto de 1941, sábado, el general Halder emprendía el vuelo hacia Smolensk, donde se encontraban las tropas del Grupo de Ejércitos Centro y, con ellas, el general Guderian, hombre al que Hitler valora y aprecia. Se trataba de que Guderian acompañase a Halder a la *Wolfsschanze* e hiciera saber a Hitler su opinión contraria al proyecto. Aquella misma noche se hallaban de regreso en Prusia Oriental. Guderian creía que, llegado el momento, von Brauchitsch y Halder respaldarían sus palabras; sin embargo, el *Führer* le recibió sólo a él. Guderian se encontró frente a un Hitler malhumorado, el cual le espetó bruscamente que sus generales no tenían la menor idea de lo que era una guerra económica, factor determinante en su decisión irrevocable de anteponer el ataque hacia el sur al de Moscú. Al día siguiente, domingo, 24 de agosto de 1941, Guderian visitó a Halder en *Mauerwald,* el cuartel general del Estado Mayor, y le comunicó que debía olvidar todos sus recelos respecto a la operación.

La propia polémica demuestra hasta qué punto la situación era confusa. La «solución Sur» proporcionaría a las fuerzas alemanas, entre el 7 y el 26 de septiembre de 1941, una nueva y rotunda victoria en el cerco de Kíev. Los alemanes hicieron prisioneros 665.000 soldados enemigos. La victoria, sin embargo, no produjo ningún resultado decisivo, al contrario, impidió la conquista de Moscú. Para llevar a cabo la ofensiva contra Moscú era ya tarde. Y mucho antes de que Stalingrado se convirtiera en piedra de toque de la estrategia alemana, éste fue –hoy lo sabemos– el punto decisivo que cambió la suerte de toda la campaña del Este.

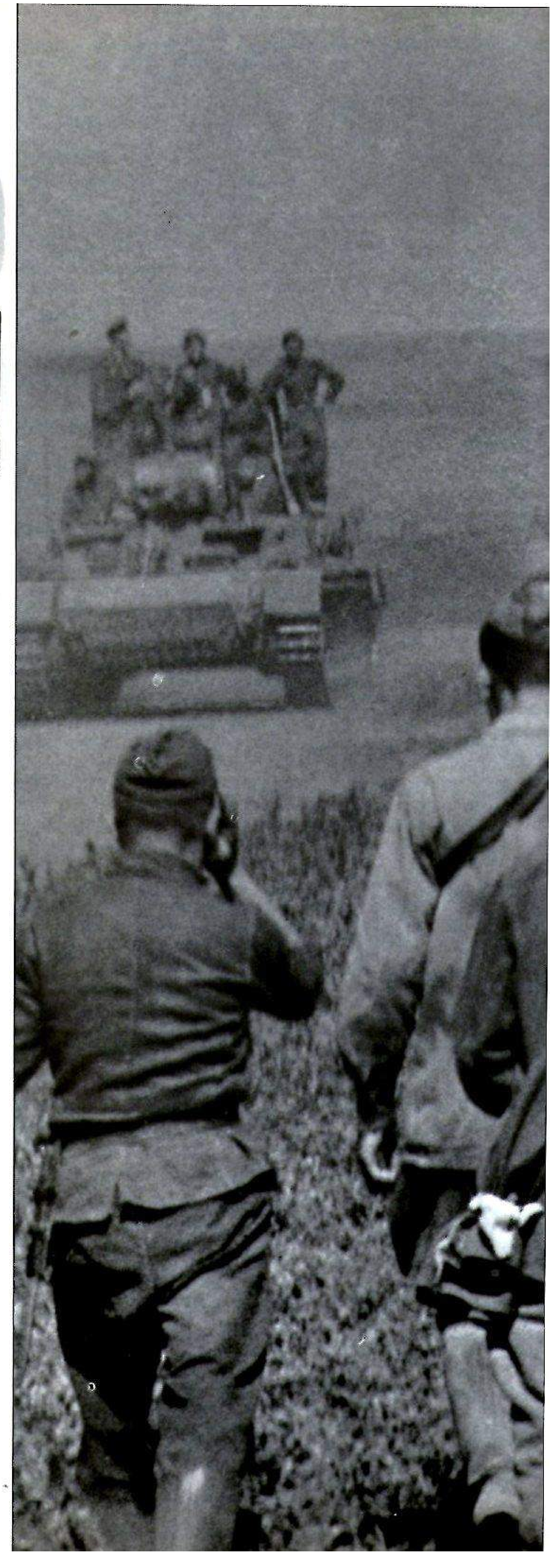
Walter Görlitz

Operación "Barbarroja"- II

OBJETIVO MOSCU

Werner Richter

La primera ofensiva ha conducido a las tropas del Grupo de Ejércitos Centro, a lo largo de la ruta de Napoleón, hasta Smolensk. El mando militar se muestra unánime: el objetivo principal es Moscú. A Hitler, no obstante, sin dejar de interesarle la capital soviética, le parece más importante Leningrado. Una vez conquistada esta ciudad se decidirá la prioridad de Moscú o Ucrania. Tras impartir diversas órdenes en este sentido, rectifica y da a conocer, el 23 de agosto de 1941, que el próximo objetivo será Ucrania. A continuación, las fuerzas alemanas obtienen una serie de victorias que superan todas las conocidas hasta el momento: Roslavl, Uman y Kíev. Como consecuencia de estos éxitos, Hitler ordena en octubre el avance sobre Moscú. Demasiado tarde. Con el objetivo a la vista, las tropas alemanas quedan paralizadas en el barro.



Una vez más, la guerra relámpago se anota victorias importantes. Los carros y la infantería prosiguen su avance, mientras los prisioneros soviéticos caminan en dirección contraria. Sólo en la tenaza de Kiev cayeron prisioneros de los alemanes 665.000 soldados del Ejército Rojo.





La infantería realiza un esfuerzo casi sobrehumano. A veces su marcha cotidiana alcanza los 70 km, bajo el sol ardiente y con caminos llenos de polvo. Cuando, al llegar el otoño, comienzan las lluvias y el lodo de los caminos impide el movimiento de los carros, los infantes se convierten en la única «tropa ligera».

El 23 de agosto Guderian habló con un sordo en el cuartel general: Hitler permaneció fiel a su plan de dejar Moscú a la izquierda y proseguir el avance hacia Ucrania, Crimea y la cuenca del Doniets.

Al regresar el día 24 a su puesto de mando, Guderian halló un enrarecido ambiente. Su Estado Mayor se encontraba en Shumiatshi, en el camino de Moscú, y ni un solo oficial consideraba acertada la decisión de Hitler. Y esto no se reducía a los mandos del *Panzergruppe* de Guderian. El comandante del Grupo de Ejércitos Centro, von Bock, era de la misma opinión, lo mismo que el general Halder.

Todos ellos estaban en lo cierto; la decisión era rigurosamente equivocada, como se demostró más tarde. No obstante, al principio las perspectivas aparentaban ser favorables. La avanzada del frente en el curso superior del Desná, con la punta oriental en la tan duramente conquistada ciudad de Yelnia, a menos de 300 km de Moscú, constituía no sólo una buena posición para el asalto a la capital de Stalin sino también un magnífico punto de partida para la marcha hacia el sur, permitiendo un ataque contra la retaguardia del frente soviético del Sudoeste, al mando del mariscal Budennij, que defendía Ucrania en el Dnieper.

Y aún hay que añadir una ventaja en esta situación: el enemigo estaba completamente convencido de que todas las acciones alemanas se dirigían contra Moscú. Stalin vio confirmada esta opinión en los informes que le mandaba su espía Alexander Rado desde Suiza. Informes que no pueden considerarse del todo falsos, si se tiene en cuenta que hasta la decisión de Hitler todos los planes del Estado Mayor contemplaban el ataque a Moscú partiendo de Briansk.

Exactamente esto se le comunicó al general Eremenko, quien después de haber escapado a duras penas de la tenaza de Smolensk, fue destinado a la defensa de Moscú. Eremenko escribe en sus Memorias a este respecto: «Llegué por la noche a Moscú y tuve que presentarme inmediatamente en el cuartel general de Stalin, donde me esperaba también el jefe del Estado Mayor, Chapochnikov. Éste me explicó la situación del frente. En pocas palabras: en la sección central se esperaba un ataque contra Moscú, procedente de Briansk, por la zona de Moguiliev-Gómel. Stalin nos dijo que era necesario fortalecer el frente en la zona de Briansk con objeto de defender la capital... Entonces me preguntó a qué sitio quería ir. Le respondí: 'Estoy dispuesto a ir al lugar que me destine' Stalin me observó detenidamente un momento con semblante satisfecho. Luego volvió a inquirir lacónico: '¿Con preferencia...?'

–A la posición de mayor peligro –repliqué al punto.

–Por todas partes es igualmente peligroso y difícil.

–Camarada Stalin –añadí– mándeme al sitio en que el enemigo esté operando con unidades motorizadas. Creo que allí seré de mayor utilidad. Conozco perfectamente la estrategia de las unidades blindadas alemanas.

–¡De acuerdo! –exclamó Stalin, complacido.»

Y envió a Eremenko a Briansk, donde se esperaba el ataque del 2.° *Panzergruppe* de Guderian.

Stalin y Eremenko seguían esperando la ofensiva del *Panzergruppe*, mientras Guderian se dirigía hacia el sur. Eremenko no tardó mucho en enterarse. Escribe al respecto: «Soldados alemanes hechos prisioneros a finales de agosto nos informaron que la 3.ª *Panzerdivision* había recibido la orden de unirse al *Panzergruppe* de Kleist para marchar hacia el sur. Estas declaraciones fueron confirmadas por nuestra aviación de reconocimiento, que descubrió el 25 de agosto una columna motorizada enemiga dirigiéndose hacia el sur.»

El error de Stalin

Con esto quedaba al descubierto el objetivo alemán; pero Stalin y su Estado Mayor seguían tan convencidos de que sólo Moscú podía ser la meta del ataque germano que tomaron el avance de las tropas de Guderian hacia el sur como un movimiento envolvente alrededor de Briansk.

Partiendo de esta convicción, Stalin cometió un gran error: mandó disolver el llamado frente central soviético, en el que se encontraban los Ejércitos 3 y 21, preparados para la defensa de Ucrania contra un ataque eventual por el norte, y puso a estas tropas a las órdenes de Eremenko en la zona de Briansk para que participaran en la defensa de Moscú. Esto proporcionó a Eremenko una fuerza suficiente como para aguardar con relativa tranquilidad el ataque alemán. La espera fue en vano. Decepcionado, anotaba: «Pero nuestra sospecha –el ataque alemán sobre Briansk– no se confirma. El enemigo ha lanzado su ofensiva sobre el sur y apenas roza el flanco derecho de nuestro frente. No poseemos ninguna información cierta de que el objetivo del Grupo de Ejércitos Centro alemán haya cambiado de dirección al sur. Este error del Estado Mayor nos ha colocado, en el sur, en una situación comprometida.»

Y era la pura realidad. Las informaciones existían, pero se valoraban equivocadamente. En esto tanto Stalin como Hitler jugaron a sus generales algunas malas pasadas. El primero que sufrió las consecuencias fue Stalin.

El *Panzergruppe* de Guderian, sin duda porque se le esperaba en otra parte, pudo avanzar con toda tranquilidad en dirección al sur. El 25 de agosto la unidad alemana que más había profundizado hacia el sur es la 3.ª *Panzerdivision* de Model. El avance por la carretera que conduce a Novgorod-Severski se desarrollaba sin dificultades, pero no tenía nada de un paseo agradable. El calor era asfixiante, el polvo de la carretera lo invadía todo y se filtraba por todas partes haciendo difícil la respiración. La infantería se vio envuelta en una nube de polvo cuando los vehículos del Estado Mayor de Model –un carro, un camión de comunicaciones y alguno más– la adelantaron en su camino.

Los vehículos del Estado Mayor se separaron un poco hacia la izquierda, sobre los rastrojos. Se extendieron los mapas sobre el suelo.

–¿Cuánto queda todavía? –pregunta el general Model.

Su ayudante echa mano del compás, traza un círculo y responde:

–Unos 35 km, mi general.

A través de la radio llega el primer comunicado: «Fuerte resistencia en la zona de Novgorod-Severski.»

Model asiente: «¡Era de esperar!» En el valle del Desná, junto a Novgorod-Severski, el río forma un embalse de más de un km de ancho, creando una buena barrera natural. Como siempre en estos casos de avance relámpago, el éxito depende de la ocupación de los puentes que salven estos obstáculos. En Novgorod-Severski existen dos: uno de 700 metros de longitud, apto para vehículos, y otro algo más corto, reservado a peatones. Los dos de madera y los dos indemnes, según informes de la aviación de reconocimiento.

–Uno de esos puentes tiene que caer intacto en nuestras manos si no queremos emplear días enteros en salvar el río –observa Model al comandante del 6.° *Panzerregiment*, teniente coronel von Lewinski.

–Lo intentaremos, mi general –replica éste.

Por la noche, el 6.° *Panzerregiment* y un batallón motorizado de cazadores se encuentran ante la ciudad e intentan el asalto. Pero una serie de defensas contracarros formadas con troncos de árboles impiden el avance de los blindados. Durante la noche no hay posibilidad de hacer nada; es preciso esperar al día siguiente.

Por la mañana el fuego de la artillería acaba con las defensas y el avance prosigue. La resistencia de los rusos es desigual. Donde se encuentran unida-

des experimentadas la lucha es dura, pero existen otras compuestas de reclutas de más de 45 años, en su mayoría llamados a filas un par de días antes, incapaces de sostener el empuje de los asaltantes. Cuando se descubre una de estas unidades se concentra todo el ataque sobre ella con objeto de abrir brecha pronto. Al margen del grueso de las fuerzas combatientes, una pequeña unidad acorazada se filtra en la ciudad: una docena de carros y, en medio de ellos, un gran vehículo blindado, en el que se encuentra una sección de zapadores al mando del teniente Störk. La misión de esta pequeña unidad acorazada es abrir paso al vehículo de los zapadores hasta el puente. La unidad se halla al mando del teniente Butterkirch.

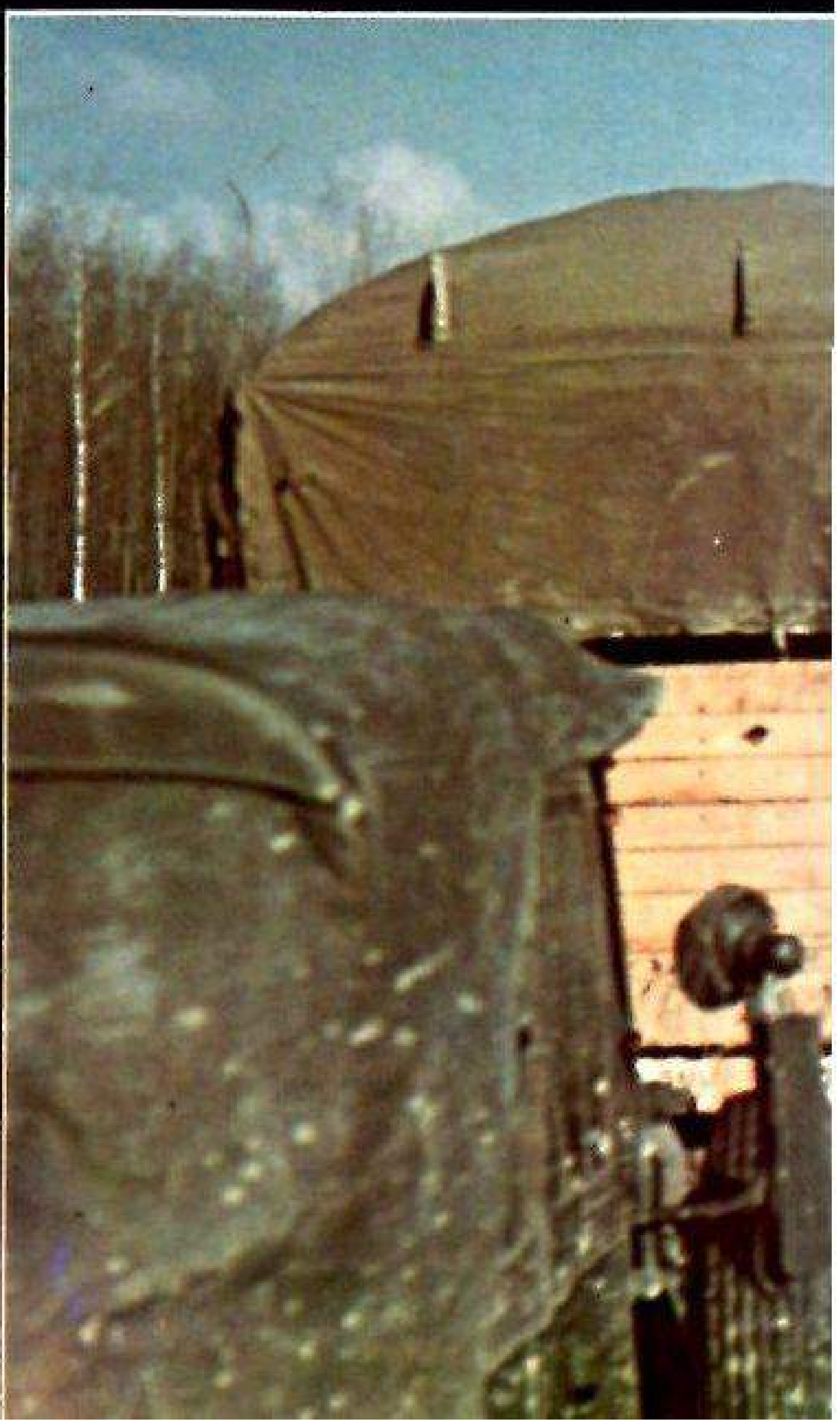
Un comando providencial

Se abren paso tranquilamente, se cruzan con unidades rusas sin llamar demasiado la atención y, de pronto, desaparecen como fantasmas. Con gran desenvoltura se mezclan con los carros soviéticos que retroceden, ocultos entre las nubes de polvo que levanta su propia marcha. Así pueden entrar en la ciudad y llegar al puente.
–Pero, ¡si está todavía en pie! –exclama asombrado Butterkirch.
Los zapadores de Störk saltan fuera y se lanzan sobre los soldados rusos de vigilancia en el puente. Luego cortan la mecha de los explosivos preparados para volarlo y arrojan las cargas al río. Los 700 metros de puente resultan muy largos cuando deben recorrerse bajo el fuego y cuando los rusos que vigilan el otro extremo caen en la cuenta de lo que está pasando. A lo largo del puente se encuentran bidones de gasolina que los zapadores arrojan, uno tras otro, al agua. El teniente Störk se queda de pronto sin aliento: acaba de descubrir en medio del puente una bomba de aviación, al parecer cargada. Sin alterarse, con toda la serenidad que permiten las circunstancias, el teniente se acerca al artefacto y le retira la espoleta.
Mientras tanto, Butterkirch ha seguido con sus carros a los zapadores y se ha situado bajo el puente. Llega a tiempo para detener, con el fuego de sus ametralladoras, a los rusos que intentan colocar explosivos y rociar la madera con gasolina. No puede evitar el incendio ocasional de algún bidón, pero sobre el puente se encuentra material apropiado para apagarlo.
Poco después se lanza al aire la señal luminosa que indica que el puente ofrece vía libre. No tardan en aparecer los carros del 6.° *Panzerregiment.* El camino hacia el sur, por la retaguardia del frente sudoeste del mariscal Budennij, ha quedado expedito. Sólo hace falta que el 1.^er^ *Panzergruppe* de Kleist se abra paso en la dirección contraria, de sur a norte, para que se cierre una tenaza gigantesca en torno a las fuerzas rusas.
Pero, ¿dondé estaba Kleist? ¿Cuál era la situación del Grupo de Ejércitos Sur que mandaba el mariscal Rundstedt? ¿Qué sucedía en el frente del sur mientras en la sección central se acababa con los objetivos de Bialystok, Minsk, Smolensk, Roslavl y Gómel?
La gran meta de Rundstedt era Kiev, la capital de Ucrania, a orillas del Dnieper. Ya durante la preparación de los planes se habían presentado dificultades. Por motivos políticos, en la operación debía prescindirse de los 400 km de frontera de los Cárpatos rumanos. El ataque tenía que llevarse a cabo desde el ala norte del Grupo de Ejércitos Sur. Desde aquí debían avanzar hacia el sur el Ejército 6, bajo el mando del mariscal Reichenau, y el Ejército 17, a las órdenes del general Stülpnagel, y después, en unión de los blindados de Kleist, contribuir a la tenaza en torno a las fuerzas soviéticas. Este gigantesco proyecto de tenaza contaría también, en uno de sus extremos, con el apoyo del Ejército 11 del general von Schobert, procedente del sur de Rumania. Los objetivos desiguales de las dos alas de ataque respondían a un argumento de peso: el Grupo de Ejércitos Sur, a diferencia del Grupo Centro, sólo disponía de un *Panzergruppe,* insuficiente para cerrar el cerco tras el que se encontraba un millón de hombres, todos los efectivos del frente mandado por el mariscal soviético Budennij. Éste podía oponer 2400 blindados, entre ellos muchos del tipo KW y T 34, frente a los 600 carros de Kleist. Tanto en el sector norte como en el sector del frente del Este, se notó pronto la gran equivocación que había supuesto no dotar de más carros a los Ejércitos respectivos. El objetivo no fue alcanzado en el tiempo previsto. Para una operación tan gigantesca en un territorio tan bien defendido como Ucrania, un *Panzergruppe* era muy poco. El éxito en el sector centro se basó en que Bock disponía de dos poderosos *Panzergruppen* para llevar a cabo su ataque y colaborar en la tenaza. Tanto Rundstedt, en el sur, como Leeb, en el norte, no contaban más que con un *Panzergruppe,* lo que explica porque no pudieron mantener la velocidad impuesta a su avance por el centro.

La tenaza se cierra

Tan sólo al amanecer del 7 de julio consiguió el *Panzergruppe* de Kleist romper la llamada Línea Stalin, a la altura de Zvialhel. Tras diez días de









Todavía no rige la consigna de «tierra quemada», pero ya muchos pueblos son pasto de las llamas (arriba).

El verano toca a su fin. El barro impide cualquier movimiento rápido de tropas. La vanguardia avanza falta de reservas y en la incertidumbre de que puedan llegar a tiempo (izquierda).

violentos combates, Kleist alcanzó al fin Belaya-Zerkov, al sudoeste de Kíev –brindando así la oportunidad de formar una tenaza también por el sur. Del Prut y del Dniester llegó también el Ejército 11. El 1 de agosto, el *Panzergruppe* de Kleist se encuentra en Novoarjánguelsk; tres días después llega a Pervomaisk con la vanguardia del Ejército 11: la tenaza queda cerrada. Los carros de Kleist han dejado atrás a tres Ejércitos rusos con un total de 23 divisiones, que ahora se lanzan contra el muro que forman parte de las fuerzas de infantería de los Ejércitos 11, 17 y 16.

Los rusos encerrados en la zona de Uman combaten con desesperación. Algunas unidades logran escapar, pero queda aniquilado el grueso de las fuerzas de tres Ejércitos. 100.000 hombres son hechos prisioneros, entre ellos los comandantes de dos de los Ejércitos.

Stalin: ni un paso atrás

Pero lo más importante no es el número de prisioneros, lo decisivo es que al fin el *Panzergruppe* de Kleist puede seguir avanzando a lo largo de la orilla oeste del Dnieper, sobre Cherkassi y Kremenchug, permitiendo el cerco del Ejército de Budennij por ambos lados de Kíev.

El general Guderian no se sentía precisamente satisfecho al regresar, en la noche del 29 de agosto, tras un vuelo de inspección a las tropas, a su puesto de mando en Unetsha. La situación se presentaba amenazadora. Cierto que se disponía de una cabeza de puente en la orilla oriental del Desná, en las inmediaciones de Novgorod-Severski, pero el ataque se encontraba paralizado. Eremenko intentaba por todos los medios hacerse con el puente destruido. Y a retaguardia de esta posición, en el flanco izquierdo, las *Panzerdivisionen* 17 y 18 se abrían paso lentamente y con grandes dificultades.

–Si logran contenernos un tiempo, o si descubren nuestros planes, podemos darlo todo por perdido –comenta Guderian inquieto.

–¡Cierto! –asiente su ayudante Bayerlein–. Hemos recibido noticias del Ejército 2 de que los rusos se hacen fuertes al sur de Kíev, en el arco del Dnieper. Y en la cuenca del Doniets se están construyendo trincheras.

–¡Era de esperar! ¡Budennij ha aprendido la lección de Uman!

Guderian ha calculado bien lo que prepara el mariscal soviético: planea debilitar el cerco y retirarse hacia las posiciones del Doniets. Stalin, sin embargo, es de otra opinión:

–¡Ni un paso atrás! ¡Antes la muerte! –ordena. E, inmediatamente, envía al arco del Dnieper cuantos refuerzos tiene a su disposición: tropas, blindados y material.

Al propio tiempo aumenta la presión sobre la cabeza de puente establecida por Guderian. Durante muchos días las dos *Panzerdivisionen* se mueven metro a metro.

El 3 de septiembre sucede lo inesperado: la artillería derriba a un avión correo soviético. Entre los restos aparece la saca que contiene órdenes de mando. Cuando estos documentos llegan a manos del general von Schweppenburg, comandante del XXIV *Panzerkorps*, se da cuenta del punto débil que existe entre los Ejércitos 13 y 21 soviéticos. Von Schweppenburg no duda un solo instante: acto seguido envía en dirección al citado punto débil los carros de la 3.ª *Panzerdivision* de Model. Y acierta plenamente. Model se abre paso, derrota al Regimiento de cazadores que acude en socorro, alcanza el Seim el 7 de septiembre y continúa hacia el sur en dirección a Rommi.

Entretanto, en el sur, en Kremenchug, el *Panzergruppe* de Kleist se prepara. No debe partir antes de tiempo para no dar a conocer con excesiva antelación el movimiento de tenaza que se avecina. El 11 de septiembre se da la señal: las *Panzerdivisionen* 16 y 9 cruzan el Dnieper sobre un puente de campaña. Al anochecer del 12, la División 16 ha logrado avanzar 70 km. El día 13 cae Lubni tras duros combates callejeros.

Hitler: el enemigo se encuentra desmoralizado

Al fin los rusos se dan cuenta de lo que preparan los alemanes. La aviación germana comunica que numerosas fuerzas soviéticas marchan al encuentro de los carros de Guderian y Kleist. Su objetivo es mantener la brecha que aún existe entre ambos *Panzergruppen*. El 14 de septiembre esa brecha tiene todavía una anchura de 50 km. La 3.ª *Panzerdivision* de Model ha logrado abrirse paso penosamente hasta Lochviza; las tormentas de finales de verano han hecho impracticables los caminos. Al mediodía, el 6.º *Panzerregiment*, que forma la punta de penetración, envía un destacamento formado por unos cuantos carros y vehículos blindados, bajo el mando del teniente Wartman, para que establezca en lo posible contacto con la vanguardia del *Panzergruppe* de Kleist, evitando el encuentro con el enemigo.

Pero la misión no puede realizarse sin lucha. Repetidamente, el pequeño destacamento tiene que abrirse paso a tiros entre las columnas soviéticas. Por fin, a eso de las seis y media de la tarde, el teniente Wartman ve ante sí soldados alemanes. Acaba de establecer contacto con la vanguardia de Kleist. Los soldados que encuentra Wartman pertenecen a la 2.ª compañía del Batallón de zapadores 16, al mando del teniente Rinschen. Los hombres no pueden contener su alegría. El objetivo ha sido logrado. A 200 kilómetros de Kíev se acaba de cerrar la trampa. Por el momento, claro está, sólo de forma simbólica. Pocos días después, de manera efectiva. Comienza el cerco fatal.

Los rusos se vuelven furiosamente contra el anillo que los va cercando. En alguna ocasión los puntos más débiles de las líneas germanas atraviesan situaciones críticas, pero se mantienen.

El 19 se septiembre Kíev cae en poder de los alemanes. El 26 se da por concluida la batalla. Una batalla sin parangón hasta esos momentos.

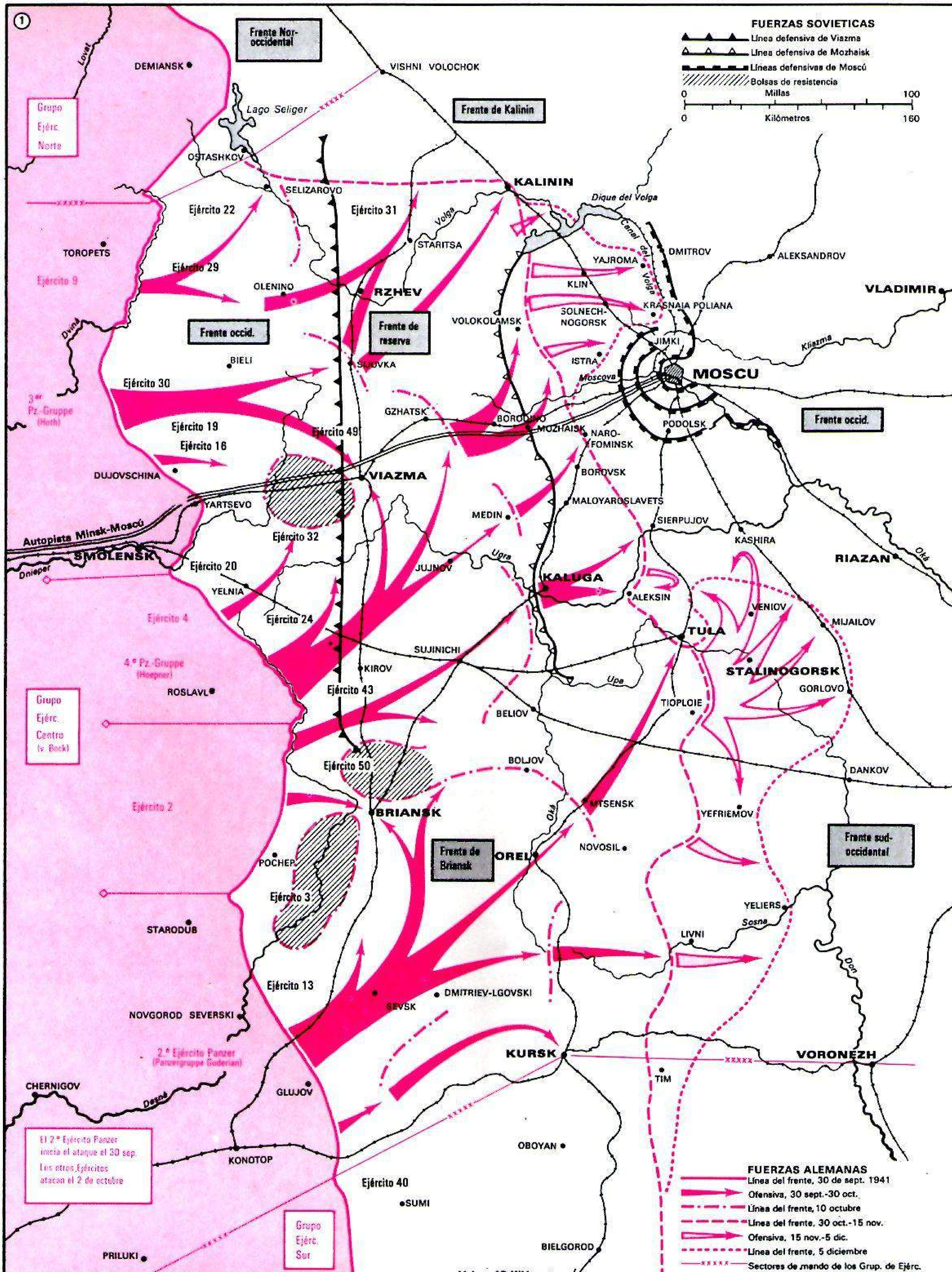
Quedan aniquilados cinco Ejércitos soviéticos. A Stalin le ha costado un millón de hombres la orden de «mantenerse y morir si es preciso». De ellos, 665.000 caen prisioneros y marchan en tristes columnas hacia los campos que se les asignan. Los rusos pierden también 900 carros y 3718 cañones. La batalla acarrea otras consecuencias: Hitler considera al enemigo desmoralizado. Cree que se tambalea. Está convencido de que su estrategia ha logrado sorprender al adversario. En eso se equivoca: Budennij se había percatado a tiempo de lo que preparaban los alemanes, pero Stalin no quiso admitirlo y no tomó las medidas adecuadas.

Así, Hitler ordena el último día de la batalla: «Hay que alcanzar las cuencas del Doniets y del Don antes del invierno.» Y eso era la consecuencia normal de lo logrado. Pero, al mismo tiempo, Hitler, entusiasmado por la victoria de Kíev, decide algo que cuatro semanas antes no ha querido consentir: el asalto a Moscú. Día H: el 2 de octubre. Nombre de la operación: «Tifón».

Esta vez nadie le contradice. También los jefes de los respectivos frentes están ebrios de victoria y se consideran poco menos que invencibles. Olvidan las dificultades que vienen sufriendo últimamente: las tropas, tras nueve semanas ininterrumpidas de combates, se hallan cansadas y diezmadas, el material en malas condiciones y hay carestía de repuestos y reservas. Todo esto se olvida cuando llega la orden de marchar sobre Moscú.

Queda sólo una semana para preparar «la batalla decisiva» (según Hitler). Y en esa semana se ultima el proyecto. El 30 de septiembre se ponen en movimiento tres Ejércitos de Infantería y tres *Panzergruppen*. De acuerdo con el plan previsto, los Ejércitos 9 y 4

Mapa de la ofensiva de octubre que tenía por objetivo Moscú. La línea del frente del 10 de octubre señala con aproximación el lugar en que las tropas alemanas quedaron paralizadas por el barro.



Continúa en la página 254



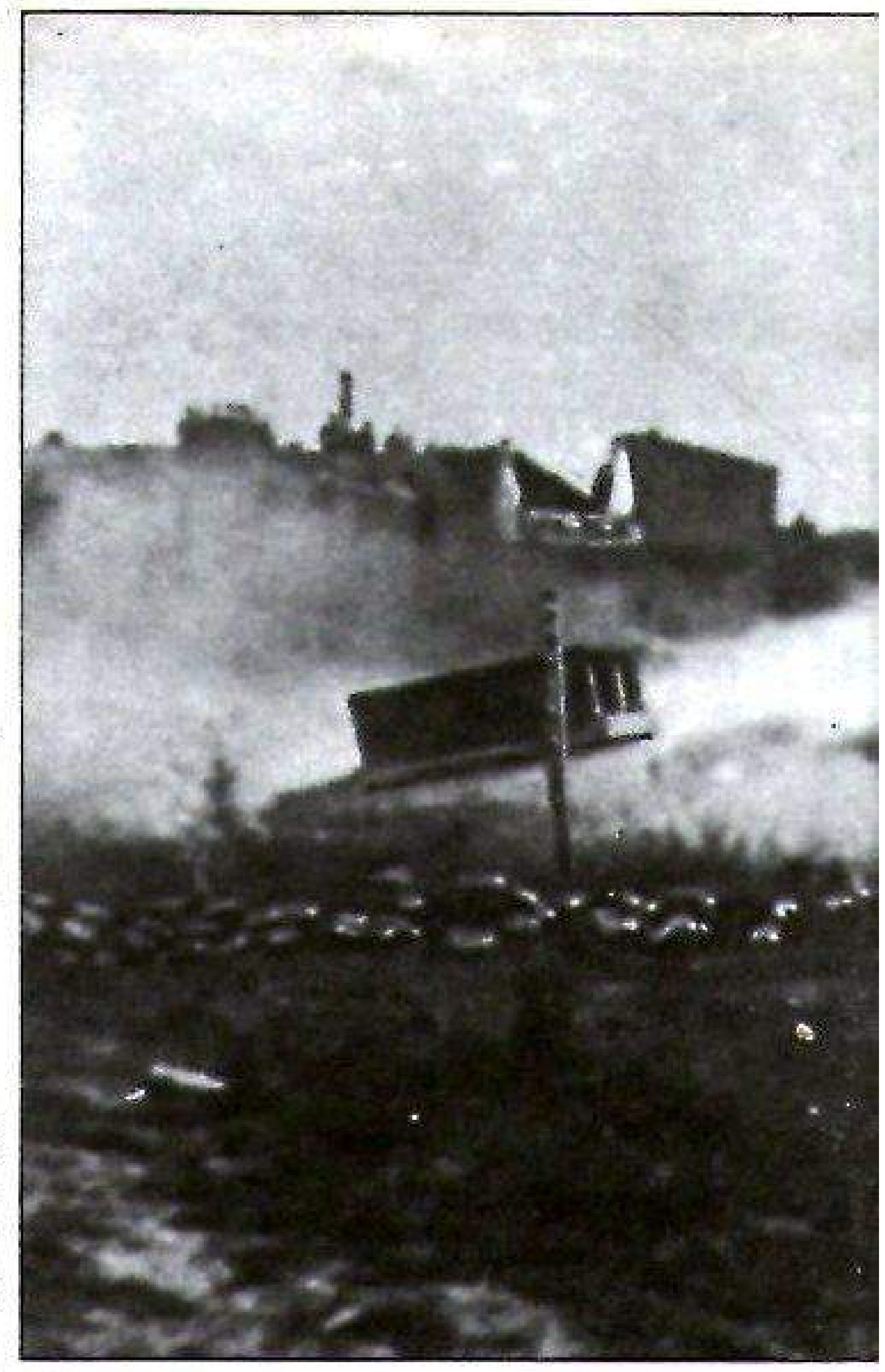


Un «Panzer III» acaba de vadear un río. Con ayuda de una rampa de madera supera la pendiente de la orilla.

Los lanzacohetes en la segunda Guerra Mundial

El órgano de Stalin y el lanzaniebla

Horst Günther Tolmein



El 21 de junio de 1941 le fue presentada a Stalin un arma secreta a la que pronto los soldados rojos darían el nombre de *Katiushka* y también el de *Maria Ivanovna*, y a la que las tropas alemanas denominarían «órgano de Stalin».

En apariencia, el arma no podía ser más simple. Sobre un camión SIS-6 se encontraba montada una rampa con ocho guías de lanzamiento de 5 metros de longitud. En la parte superior e inferior de cada guía podía colocarse un cohete M 13 (42 kg de peso, calibre 132 mm).

En total 16 cohetes que el artillero lanzaba, con un dispositivo eléctrico, desde su cabina blindada. Cada medio segundo podía cruzar el cielo uno de estos cohetes. Su radio de acción máximo alcanzaba los 8470 m.

Tanto Stalin como sus mariscales quedaron favorablemente impresionados por el arma y autorizaron poco tiempo después que el lanzacohetes BM 13 (BM = Boievaia maschina = vehículo de combate) pasara a formar parte del equipo del Ejército Rojo. Por un decreto se ordenó su fabricación en serie. Al día siguiente comenzó la invasión alemana. El Ejército Rojo tan sólo disponía de siete prototipos del arma secreta. Había que improvisar a toda velocidad. El 28 de junio, el capitán Flerov, uno de los más distinguidos alumnos de la Academia de Artillería recibía la orden de formar con los siete prototipos una batería de ensayo. Los servidores de las piezas –soldados cuidadosamente seleccionados– debían prestar un juramento extraordinario: en ningún caso permitirían que el artefacto o la munición cayeran en poder del enemigo y se librarían por todos los medios de ser hechos prisioneros. Al mismo tiempo se les imponía el más estricto secreto, incluso respecto a los superiores. Únicamente el jefe de las Fuerzas Armadas y los miembros del Consejo de Guerra tenían acceso a la nueva arma. Esta protección absoluta impidió durante mucho tiempo la utilización de la nueva arma, ya que los jefes de las distintas unidades carecían de la información necesaria sobre su capacidad y eficacia.

El 7 de agosto de 1941 le llegó al Mando supremo del Ejército alemán la primera información sobre el lanzacohetes, procedente del frente de Yelnia, con ciertos pormenores: se forma una nube oscura sobre el lugar de la descarga, el proyectil desprende una especie de niebla como si fuera un cohete, zumbido prolongado y penetrante; en el lapso de unos 10 a 12 segundos puede disparar hasta 30 o 40 veces produciendo una gran detonación al explotar; los proyectiles abren un cráter de 30 a 40 centímetros. El arma ha causado en la moral de la tropa una sensación deprimente. La batería de ensayo del capitán Flerov no tuvo tiempo de causar excesivos estragos entre los soldados alemanes. El 7 de octubre, en las proximidades del pueblo de Bogotir, distrito de Vashni, la batería fue cercada por las tropas germanas. Fieles a su juramento, los artilleros servidores de las piezas las hicieron explotar. 36 de estos soldados pudieron huir; el resto –el capitán Flerov incluido– cayó en el combate.

Pero, entre tanto, otras baterías similares realizaban sus pruebas en el campo de maniobras de Aprilevka, en las inmediaciones de Moscú. La prueba efectuada en el frente había demostrado el valor de las *Katiushkas*. La falta de seguridad en el blanco se veía compensada por la capacidad de fuego y la rapidez del disparo. Aparte de esto, presentaba muchos aspectos positivos: facilidad de fabricación; mayor resistencia al desgaste que los cañones, por ejemplo, que tras los 3000 disparos perdían efectividad; facilidades de transporte y de movimiento; y, dado su





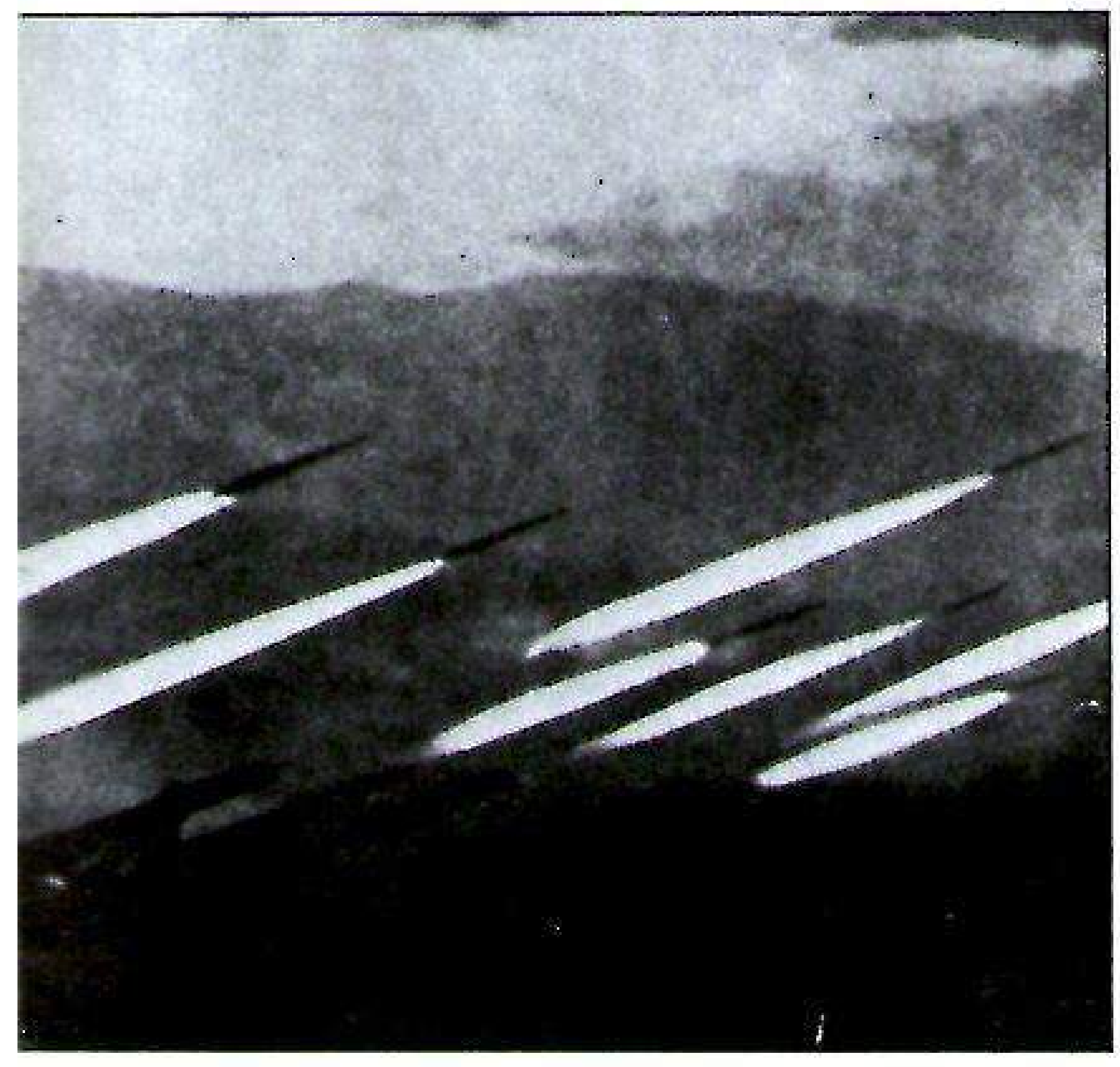




El «Werfer» pesado 40/41, llamado por la tropa «Stuka de a pie», fue el modelo más simple de lanzacohetes. Sus proyectiles podían ser disparados desde la propia caja de transporte (arriba).

El «Werfer» 41, de tipo medio, con un proyectil de 150 mm, era diez veces más ligero que los obuses del mismo calibre, con los que podía compararse en cuanto a efectividad (izquierda).

La réplica enemiga de los lanzacohetes alemanes fue «Katiushka», llamada «órgano de Stalin». He aquí una batería de «Katiushka» en acción (abajo).



poco retroceso en el disparo, posibilidad de empleo en cualquier tipo de terreno.

Pronto *Katiushka* tuvo descendientes: el lanzacohetes BM 8 podía disparar 48 proyectiles de 80 mm en pocos segundos. El lanzacohetes BM 31 –8 proyectiles de 310 mm– fue empleado por primera vez en la batalla de Kursk. Se acrecentó de modo considerable la fabricación de lanzacohetes y proyectiles, pudiendo decirse que continuamente llegaban al frente nuevas *Katiushkas.* A finales de 1941 existían ya 8 Regimientos de lanzacohetes y 73 unidades autónomas. Dos años después se encontraban en el frente 7 Divisiones de *Katiushkas* (con 20 Brigadas), 13 Brigadas independientes, 115 Regimientos y 38 unidades autónomas.

La mayor concentración de armas de este tipo tuvo lugar durante la batalla de Berlín: 44 Regimientos con BM 13 y BM 8, así como 24 Brigadas pesadas con BM 31. Cada kilómetro de la línea de asalto comprendía entre 15 y 20 lanzacohetes, que lanzaban hasta 5 salvas sobre las posiciones alemanas antes de que los rusos se lanzaran al ataque.

La *Wehrmacht* era incapaz de producir tal abundancia de estas armas, por más que la industria de guerra alemana contara con tipo parecido e incluso su fabricación hubiese sido anterior. Al comenzar la batalla contra Rusia, la *Wehrmacht* disponía de 5 Compañías completamente dotadas de lanzacohetes, y en el año 1945 eran 20 Brigadas, con un total de 40 Regimientos. Una fuerza importante, pero muy inferior a la que tenían los soviéticos.

Los orígenes de estas armas, por parte alemana, hay que buscarlos en los tiempos de las antiguas Fuerzas Armadas: según el Tratado de Versalles, las Fuerzas Armadas alemanas *(Reichswehr)* no podían poseer gases, pero sí estaban autorizadas a fabricar niebla artificial. De acuerdo con ello se creó en 1934 la tropa «de la niebla», como única fuerza disponible para luchar en una eventual guerra química. El rojo burdeos fue el color elegido para distinguir a los nuevos combatientes.

En la batalla de Francia tomaron parte seis unidades de este tipo, con tres baterías lanzaniebla cada una. Su misión era arrojar sobre las líneas enemigas nubes de niebla antes de que comenzara el ataque de la infantería. Su arma era el cañón lanzaniebla de 100 mm, que funcionaba siguiendo el principio de los morteros.

Desde 1930 el Ejército había intentado armarse con lanzacohetes para la lucha en tierra. El entonces general Dornberger proyectó el *Do-Werfer,* que venía a ser un «hermano enemigo» del *Katiushka.* Durante la guerra se fabricaron tres tipos diferentes:

- El tipo medio –*Werfer 41*– con seis cañones de 150 mm y un peso de 540 kg –un cañón de campaña de 150 mm pesaba 5500 kg–. El alcance era de 6700 m.
- El tipo pesado –*Werfer 42*– con cinco cañones de 210 mm y un alcance de 7850 m.
- El tipo pesado –*Werfer 42*– con seis cañones de 300 mm y un alcance de 4500 m.

Además existía un modelo de este último lanzacohetes, montado sobre afuste blindado, que disparaba proyectiles de 150 mm y que también podía montarse sobre otro vehículo igualmente blindado pero más ligero, como el *Maultier.* Otro lanzacohetes –*Werfer 35*– que lanzaba proyectiles de 100 mm lo empleaba la Artillería de montaña. Todos estos tipos de lanzacohetes eran exteriormente muy parecidos y no necesitaban más que seis hombres de dotación. Para su transporte bastaba un camión de tres toneladas. Se disparaba a distancia mediante un dispositivo eléctrico, desde un refugio o trinchera situado a unos 10 metros.

Debido a que la estela de humo de más de cien metros, que cada cohete dejaba a su paso, denunciaba al enemigo la posición de las armas, se diseñó un nuevo detonador que sólo producía el humo en el cielo.

Mucho más primitivo que el *Do-Werfer* fueron los pesados aparatos de lanzamiento tipo *Werfer 40/41* y sus sucesores *Werfer 42/43.* Se trataba únicamente de varios tubos o cañones de hierro, colocados sobre dos ruedas de goma y unidos entre sí. Con ellos se podían disparar cohetes de 280 y 320 mm. Se llegó también a lanzar los proyectiles, directamente desde sus cajas, enterrándolos en el suelo para después hacerlos despegar a distancia por medio del dispositivo eléctrico. Los soldados de infantería llamaban a esta manera de lanzar cohetes «Stukas de a pie», apodo que se hizo extensivo más tarde a todas las armas que tuvieran algo que ver con los lanzanieblas o con las tropas provistas de ellos. El efecto de las salvas era terrorífico: cada uno de los infernales cohetes de 320 mm contenía 50 litros de materia inflamable, que después de producir un ruido atronador al estallar, dejaba un círculo ardiente como huella de su caída.

Los restantes cohetes tenían las paredes más delgadas, pero todos llevaban una gran cantidad de explosivos –el 300 mm contenía 100 kg–. La rápida sucesión de las explosiones sobre el objetivo de tiro producía fuertes variaciones de presión que causaban la muerte por desgarro y rotura de órganos internos. □

Viene de la página 249

debían avanzar por el norte y sur de la autopista Smolensk-Moscú, y, con el 4.° *Panzergruppe* (Hoepner) y el 3.° (Hoth), actuar como brazos de tenazas para cercar las fuerzas de la vanguardia rusa y aniquilarlas. El 2.° *Panzergruppe* de Guderian, partiendo del norte de Ucrania, debía marchar hacia el norte, rodear Briansk y presionar sobre el sector central del frente defendido por las fuerzas de Eremenko.

Se trataba de una ingeniosa maniobra doblemente envolvente con tres cuñas de penetración... y dio resultado. En menos de una semana, entre Viazma y Smolensk, seis Ejércitos soviéticos mandados por el mariscal Timoshenko, y tres Ejércitos más bajo el mando del general Eremenko, a ambos lados de Briansk, se encuentran cercados y una vez más –apenas tres semanas después del desastre de Kíev– las divisiones de Infantería acaban con lo que han dejado en pie los Grupos acorazados.

La batalla dura diez días. Transcurridos éstos, los seis Ejércitos de Timoshenko y los tres de Eremenko, que comprenden entre 70 y 80 divisiones, están derrotados. Los últimos en capitular son los regimientos formados por los rusos blancos. Caen prisioneros 663.000 soldados y oficiales, y las tropas alemanas ocupan 1242 carros y 5412 cañones, muchos de ellos destruidos.

Parece abierto el camino a Moscú

Tras las fuerzas que debían proteger Ucrania, Stalin ha perdido también las llamadas a defender Moscú. El camino hacia la capital –al menos así parece– está libre para los carros alemanes. Ha llegado el momento de llevar a cabo la segunda parte del plan del asalto a Moscú.

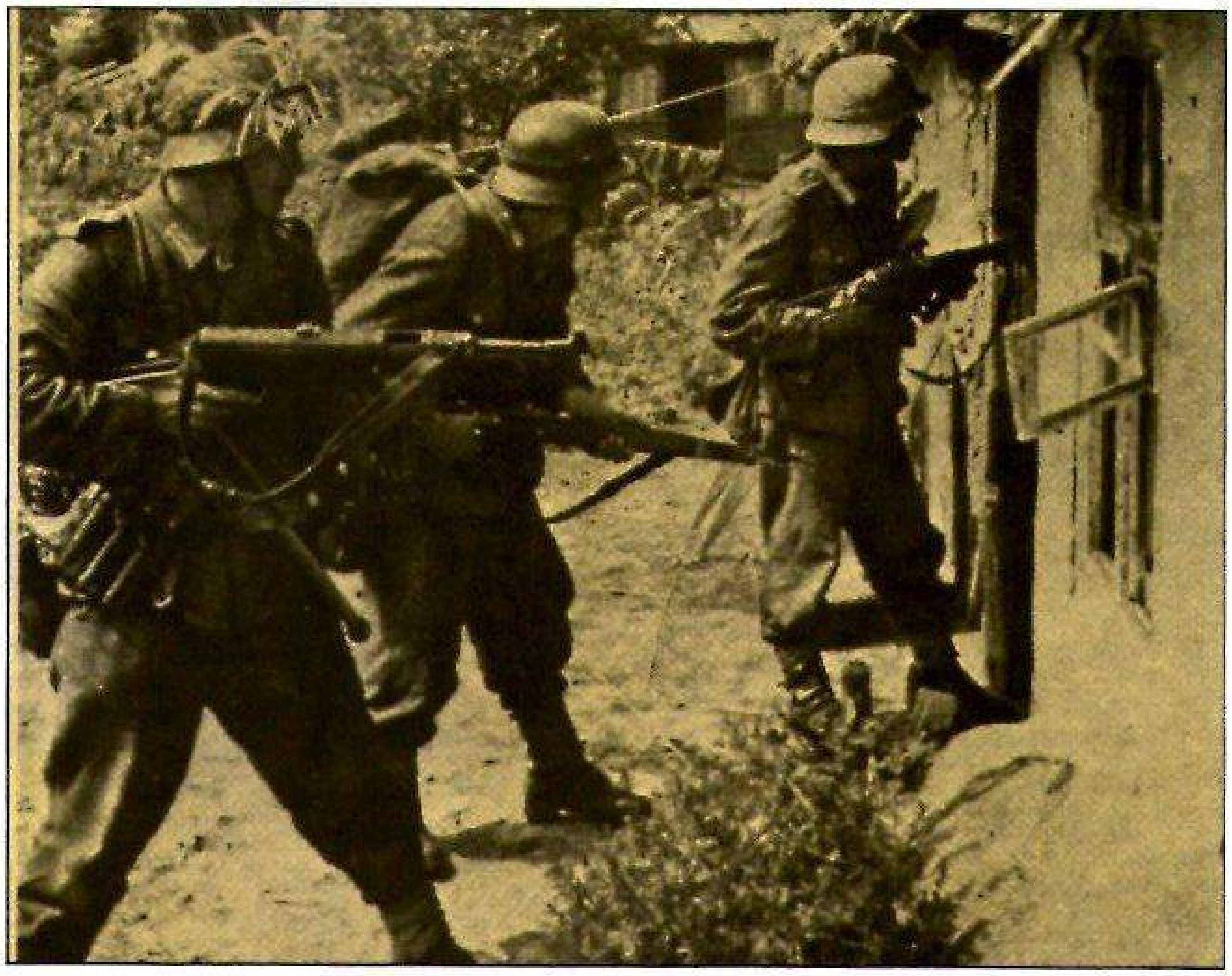
Pero el asalto no se llevó a cabo. Los caminos hacia Moscú estaban también abiertos en otro sentido, fatalmente nada militar: las lluvias del otoño los habían hecho impracticables.

Los vehículos se mueven trabajosamente entre el barro, los más pesados se inmovilizan. Los soldados extienden ramas y maderas bajo las máquinas para que puedan avanzar. Y esto, a veces, durante kilómetros.

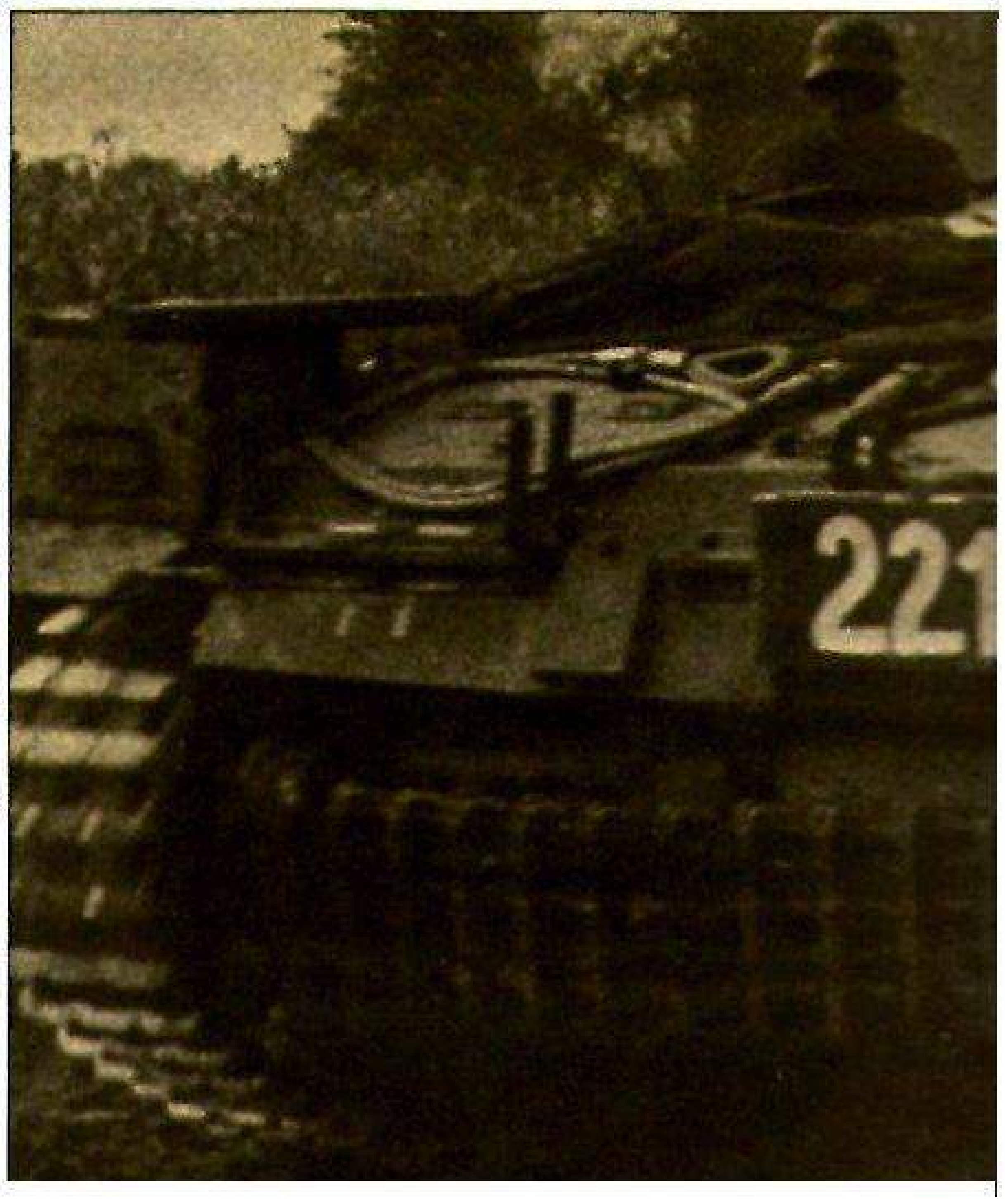
A ello hay que añadir una grave contrariedad táctica. En campo abierto resulta imposible moverse. Los carros quedan prisioneros del barro. La lucha se concentra en las carreteras.

Todavía se sigue luchando en la bolsa de Viazma-Briansk y ya los carros emprenden el avance. El 12 de octubre conquistan Kaluga, 160 km al sudoeste de Moscú. Un día después, la vanguardia de la 1.ª *Panzerdivision* llega a







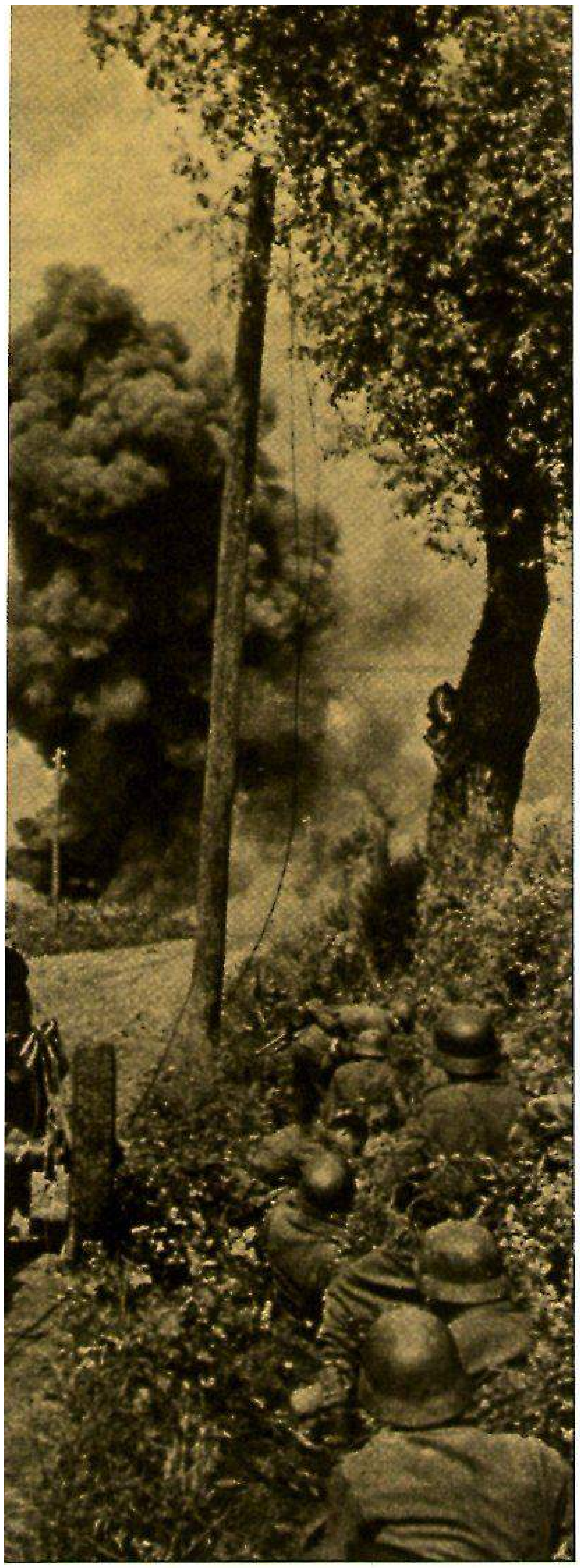


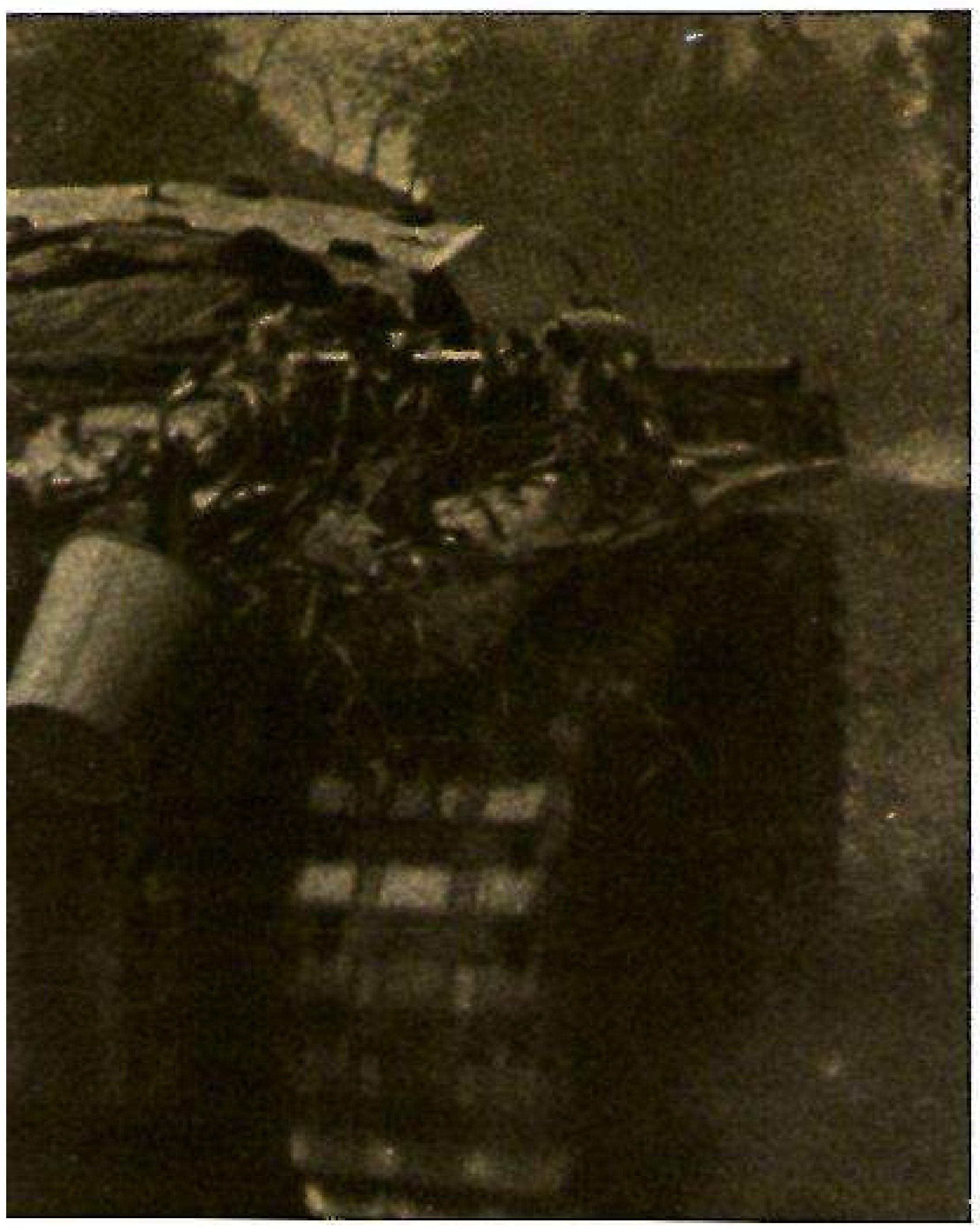
Una serie de fotografías publicada en una revista de la «Wehrmacht» ilustra la lucha en un pueblo del frente del Este:
Ante las tropas de infantería que marchan en vanguardia surge un carro. Inmediatamente se lleva hacia adelante un cañón de 37 mm (derecha).

¡Buena puntería! El carro enemigo no era del temible tipo KW o T 34, contra los que un cañón tan ligero no hubiera tenido nada que hacer (a la derecha, arriba).

El pueblo recién conquistado se registra casa por casa (sobre estas líneas).

Un cañón arrastrado por los soldados. Deberá proteger el avance de la infantería (extremo superior).





Kalinin, 150 km al noroeste de la capital. Ocupa la ciudad y el puente sobre el Volga e interrumpe la comunicación ferroviaria entre Leningrado y Moscú. Con esto alcanzan los alemanes la posición definitiva al norte de la ciudad para el golpe final.
Sin embargo, el núcleo principal de esta operación se encuentra muy al sur, sobre la única carretera que se halla todavía en buen estado, la autopista Smolensk-Moscú: ahí está la clave, a 100 km de la capital, en Borodino. Y quien haya creído que Rusia, tras los reveses de Kíev y Viazma-Briansk, ha llegado al límite de sus fuerzas, se ha equivocado lamentablemente.

Socorros de Siberia

Entre tanto, Stalin ha llamado a la División de cazadores 32, una unidad especial siberiana formada por hombres jóvenes aguerridos, bien entrenados y mejor armados, con cañones contracarros, antiaéreos y los tan eficaces de 76 mm. Stalin se puede permitir desguarnecer Siberia porque sabe perfectamente que no debe temer ningún ataque japonés. El espía Dr. Sorge le ha comunicado que los nipones se preparan a atacar a EE UU en Pearl Harbor, y esta vez, a diferencia de los primeros meses de la guerra, Stalin cree a su espía.
Logra movilizar también dos Brigadas acorazadas que disponen de los modelos T 34 y KW 2; por primera vez, en Borodino, actúa una unidad de T 34. El T 34 es uno de los pocos carros que pueden seguir rodando gracias a sus anchas cadenas antifango.
Así, la batalla de Borodino se presenta dramática. La División SS «Das Reich» el 7.º *Panzerregiment* y el Regimiento de Artillería motorizado 10, deben hacer frente a las unidades siberianas, a los *bunker*, a los lanzallamas manejados a distancia y a las barreras contracarros. Las pérdidas son elevadísimas. La División SS tiene que disolver uno de sus Regimientos y con los supervivientes fortalecer el resto de los otros.
Los siberianos luchan con denuedo, sin ceder un paso, y logran abrir una brecha en el cerco y avanzar por él hasta tomar el 19 de octubre Mozhaisk y continuar su avance sobre la autopista.
La 10.ª *Panzerdivision* bajo el mando del general Fischer se ha hecho fuerte en el cruce de carreteras de Shelkovka y se dirige, a lo largo del Moscova, hacia una zona al norte de Rusia. Al llegar aquí no fue detenido por los rusos, sino paralizado por el barro. Con fango hasta las rodillas, los zapadores construyeron un paso a lo largo de 15 kilómetros con objeto de que por lo menos las distintas unidades pudieran conservar el contacto entre sí. Era imposible esperar refrescos. Los zapadores trabajaban día y noche con una magra ración en el estómago: un pan para cada diez hombres. Esto sin dejar de hacer frente a los rusos. Cuando al fin consiguieron acabar su cometido comenzó a helar. La obra era innecesaria. Pero en este tiempo los rusos habían logrado atrincherarse en los bosques cercanos y bloquear las comunicaciones entre el destacamento y la vanguardia de la División. Los zapadores tienen que abrirse paso para restablecer las comunicaciones. La operación contra los siberianos, buenos conocedores de los bosques, cuesta 30 hombres. Pero la comunicación se restablece.
Las unidades que operan al norte y sur de la autopista consiguen poco a poco irse acercando a la capital: se sitúan primero a 80 km, luego a 60. Pero de allí no pasan. El terreno pantanoso se lo impide, no sólo a las tropas de vanguardia, sino también al aprovisionamiento, que no puede llegar hasta ellas. El carburante llega lata a lata; las granadas una a una, y lo mismo sucede con los víveres. Así es imposible luchar; ningún Ejército del mundo puede combatir en estas condiciones.
Mientras en Moscú se extiende el rumor de que llegan los alemanes, el pantano detiene a los soldados a las puertas de la ciudad. No es posible la guerra de movimientos desde la inmovilidad. Ahora faltan las cinco semanas empleadas en atacar Kíev, en vez de haber marchado sobre Moscú. Estas cinco semanas son las que señalan la diferencia entre marchar y estar detenidos, entre encontrar polvo o barro por los caminos, entre lo difícil y lo imposible.
«Con toda probabilidad, no fue tanto la resistencia de los rusos –sin despreciarla en absoluto–, ni siquiera el mal tiempo que impidió volar a la Aviación alemana, sino más bien el terreno pantanoso, el barro que aprisionaba a hombres y vehículos, lo que salvó a Moscú»; escribe el general británico e historiador J. F. C. Fuller.
Así fue. Por lo menos en los últimos días de octubre. Por todas partes, en el semicírculo formado en torno a Moscú, se oían las mismas palabras, en algunos lugares un par de días antes que en otros: «Nos mantendremos».
Había que esperar las heladas, que se endureciera el barro y los vehículos pudieran otra vez avanzar.

En el próximo capítulo:

El hielo vence al barro y prosigue el ataque. Pánico en el Kremlin. El «general» Invierno contraataca.
En el Norte: se suspende el ataque a Leningrado. En el Sur: se lucha en el territorio industrial de la cuenca del Doniets y en Crimea □

CRONICA

POLITICA — CUESTIONES MILITARES — CULTURA Y TECNICA

1942

POLITICA

12. 5.: Primera fecha conocida de una aniquilación en masa de judíos: 1500 hombres, mujeres y niños perecen en las cámaras de gas de Auschwitz.

21. 5.: Hitler aplaza indefinidamente la conquista de Malta (Operación «Hércules») prometida en marzo a Mussolini.

23. 5.: Es depuesto de sus funciones de ministro Walter Darré. Se hace cargo del Ministerio de Agricultura y Alimentación el subsecretario de dicho departamento, Herbert Backe.

26.-31. 5.: Representantes del movimiento alemán de la resistencia se entrevistan en Estocolmo con el lord obispo de Chichester, George K. A. Bell. Conversaron por separado con el obispo los pastores Dietrich Bonhöffer y Dr. Hans Schönfeld. En un memorándum dirigido por este último al Gobierno británico y entregado al obispo se dice: «La situación interior es en estos momentos especialmente favorable para un golpe de estado del Ejército y de las distintas organizaciones de resistencia.»

27. 5.: Atentado en Praga contra el «Reichsprotektor» y jefe de los Servicios de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, a consecuencia del cual muere el día 4 de junio.



Heydrich en Praga. Abril de 1942.

29. 5.: Hitler recibe al «jefe de la India libre», Subhas Chandra Bose, quien, poco antes del ataque alemán a la Unión Soviética, consiguió huir de su país y llegar a Alemania. Chandra Bose dedicará a los hindúes prisioneros de los alemanes en África del Norte una serie de charlas con objeto de influir en sus compatriotas e inculcarles los ideales nacionalistas y antibritánicos.

10. 6.: Como represalia por el asesinato de Reinhard Heydrich, los alemanes destruyen el pueblo de Lidice.

12. 6.: Heinrich Himmler aprueba el llamado «plan general Este». El plan contempla el envío a Siberia, para su colonización, del 85 % del pueblo polaco, 65 % del ucraniano, 75 % del ruso blanco y 50 % del checo.

CUESTIONES MILITARES

1.-31. 5.: Durante este mes los submarinos alemanes hunden 125 mercantes aliados por un total de 584.788 t.
4.-8. 5.: Batalla naval en el mar del Coral entre unidades japonesas y americanas, en la que por primera vez toman parte portaaviones.
6. 5.: Tropas japonesas conquistan la isla de Corregidor, con lo que prácticamente las Filipinas quedan en sus manos.
8.-18. 5.: El Ejército 11 alemán inicia la contraofensiva en el frente de Kerch. En diez días, el grueso del Ejército soviético (Frente de Crimea) queda aniquilado. Los alemanes hacen 169.198 prisioneros y ocupan o destruyen 284 carros y 1397 cañones.
15. 5.: El Ejército 11 alemán, al mando del general von Manstein, conquista Kerch, en el extremo oriental de Crimea.
17. 5.: Contraofensiva del Ejército 17 y la 1.ª «Panzerarmee» alemanes contra el ataque de los soviéticos en dirección a Járkov. El 22. 5., las unidades soviéticas quedan neutralizadas.
26. 5.: El Ejército acorazado germano-italiano al mando del general Rommel emprende la ofensiva en el frente de Gazala.
28. 5.: La batalla de Járkov se salda con el aniquilamiento de las tropas soviéticas cercadas. Los alemanes hacen 240.000 prisioneros y ocupan o destruyen 1250 carros y 2000 cañones.
30/31. 5.: Primera «incursión de los mil bombarderos»: la RAF ataca Colonia. Mil ciento treinta bombardeos, en noventa minutos, arrojan sobre la ciudad más de 1500 toneladas de bombas, causando 747 muertos entre la población civil.
31. 5.-1. 6.: Ataque de la Aviación alemana a la ciudad de Canterbury.
1.-30. 6.: Los submarinos alemanes hunden en el Atlántico y Mediterráneo 131 mercantes aliados por un total de 616.904 toneladas.
10. 6.: El Ejército acorazado que opera en el Norte de África conquista Bir Hacheim, en el extremo sur del frente británico. Los ingleses se retiran en dirección a Tobruk y la frontera egipcia.
21. 6.: Durante el primer año de las operaciones contra la Unión Soviética las bajas alemanas se elevan a 271.612 muertos –entre oficiales, suboficiales y tropa– y 65.730 desaparecidos.
21. 6.: El Ejército acorazado de África, al mando de Rommel, conquista Tobruk. Los vencedores hacen prisioneros a 33.000 soldados ingleses y de la «Commonwealth». Días después, Rommel es ascendido a «Feldmariscal».
22. 6.: Los próximos objetivos militares de Rommel son El Alamein, Alejandría, el delta del Nilo y El Cairo.
28. 6.: Empieza la ofensiva de verano en el frente oriental. El «Grupo de Ejércitos von Weichs» se lanza, a las 2,15 h desde Kursk contra el frente soviético de Briansk.
30. 6.: El Ejército acorazado germano-italiano que manda el mariscal Rommel, con el material al límite de las posibilidades, alcanza el estrecho de El-Alamein, 100 km al oeste de Alejandría.

CULTURA Y TECNICA

1. 5.: Ferdinand Porsche, Ernest Heinkel y el ministro de Economía, Walter Funk, reciben la condecoración «Pioneros del Trabajo».
3. 5.: Por primera vez, el equipo alemán de fútbol consigue una victoria sobre suelo húngaro. Al terminar el primer tiempo el marcador indicaba una ventaja para los húngaros de 3-1; al final la selección alemana venció por 5-3. Fritz Walter marcó dos goles.
10. 5.: En Viena el equipo alemán de hockey vence por sexta vez a Hungría por 4-2.
12. 5.: Estreno de la película propagandística «Der Fall Rainer», de Paul Verhoven, con Erich Ponto y Karl Schönböck como protagonistas.
15. 5.: Muere en Berlín a consecuencia de una pulmonía, a la edad de cincuenta y cuatro años, Carl Röver, «Gauleiter» de Weser-Ems y administrador del Reich en Oldenburgo y Bremen.
21. 5.: El primer condecorado con la «Cruz de Caballero de la orden del Mérito de Guerra» es el maestro obrero de una fábrica de armamento, Franz Hahne. Hitler ha instituido la orden para premiar los méritos extraordinarios en el campo de la economía de guerra que puedan tener una gran influencia en el desarrollo de la contienda.
23. 5.: El campeón alemán de boxeo de los pesos medios, Josef Besselmann, de Colonia, se proclama en Stuttgart campeón europeo de su categoría al derrotar por puntos, en un combate a 15 asaltos, al italiano Mario Casadei.
31. 5.: En Breslau, el cabo de la «Luftwaffe» Helmuth Bantz se proclama campeón nacional de gimnasia por 1,6 puntos de diferencia sobre su inmediato seguidor, Rudi Gauch.
7. 6.: El equipo alemán de boxeo aficionado gana en Roma una competición internacional en la que participan los equipos de Italia y Hungría.



Zarah Leander y Viktor Staal en una escena de «Die grosse Liebe».

12. 6.: Estreno del filme de propaganda «Die grosse Liebe», dirigido por Rolf Hansen e interpretado por Zarah Leander. La película recibe el calificativo de «valiosa desde el punto de vista artístico, popular y político.»



Habla Hitler

Pese a que habían cesado los ataques aéreos contra Inglaterra y se habían abandonado los planes para invadir la isla, la situación de Gran Bretaña al iniciarse el año 1941 era bastante crítica. Hitler podía así permitirse, en su discurso del aniversario de la toma del poder, desafiar a Inglaterra en términos verdaderamente grotescos.

A la larga, resulta imposible que millones de personas tengan que someterse a los intereses de unos pocos. Los grandes intereses de la humanidad terminarán imponiéndose a los negocios de una minoría de plutócratas. Todavía no hace mucho nos demostraban que nuestros oficiales y generales no podían prestar un servicio eficiente porque estaban envenenados por la ideología nazi, es decir, porque pertenecían a la masa popular. Sin embargo, el tiempo ha demostrado en qué parte se encuentran los mejores generales, en su campo o en el nuestro. Si la guerra se prolonga, supondrá una catástrofe enorme para Inglaterra. Pasarán muchas cosas. Y, un buen día, quizás decidan los ingleses enviarnos una comisión para que estudie nuestro programa.

El nacionalsocialismo guiará durante los próximos mil años la historia alemana. No admitirlo así resulta inútil. Desaparecerá cuando los puntos de su programa formen parte indivisible de lo cotidiano.

Debo proclamar un hecho: tanto el año que acaba de terminar, como el final del año anterior, han decidido ya prácticamente la guerra.

He leído en un par de ocasiones que los ingleses tienen el propósito de iniciar una gran ofensiva en algún lugar. Me gustaría que me lo comunicaran con antelación a fin de dejarles el campo libre. Les ahorraría todas las dificultades del desembarco; entonces podríamos encontrarnos frente a frente y conversar. Conversar en el único idioma que al parecer entienden.

Quizás cifren sus esperanzas en los Balcanes. Yo no me fiaría demasiado, porque allí donde se presente Inglaterra atacaremos nosotros, y nadie ignora que somos lo suficientemente fuertes para hacerlo. Quizás cifren sus esperanzas en otras naciones. No lo sé. Pero puedo garantizarles a ustedes, compañeros y compañeras del partido, que me

Al final nos espera la victoria

Aún tienen esperanzas, porque es lo único que les queda. Pero, ¿qué esperan en realidad? Nosotros estamos en este continente, y de donde estamos no nos va a echar nadie.

Hemos logrado ciertas posiciones desde las cuales, llegado el momento, daremos el asalto definitivo. Que hemos aprovechado el tiempo en este sentido, lo sabrán esos señores en el transcurso del presente año.

Nos encontramos combatiendo en una guerra que no hemos querido. ¡Al contrario! ¡Nadie ha tendido al otro la mano más veces que nosotros! Pero si lo que quieren es la guerra, y el objetivo que se han marcado es la destrucción de la nación alemana, entonces van a saber lo que es bueno. Esta vez no tienen enfrente a una Alemania empequeñecida como durante la guerra mundial pasada, sino que ahora deben hacer frente a una Alemania unida y resuelta a todo.

Y de otra cosa tienen que estar convencidos: el Duce y yo no somos ni judíos, ni negociantes. Cuando nos damos la mano es en signo de la amistad de dos hombres que conservan íntegro su honor. Yo espero que esto, en el transcurso del presente año, les dará que hacer y pensar.

conocen como un hombre preocupado y con la vista siempre en el futuro, que todas las posibilidades han sido consideradas y prevenidas. Al final nos espera la victoria.

Quién sabe si no confían quizás en el hambre. Confianza débil. Hemos organizado nuestro país. Sabíamos de antemano que durante la guerra no podía existir el despilfarro. Pero el pueblo alemán no padecerá nunca hambre. ¡Nunca! Antes la padecerá el inglés. De esto pueden estar seguros esos señores. ¿Materias primas? También hemos pensado y previsto eso. Para eso hicimos el plan cuatrienal. Es posible que algunos ingleses hayan caído ya en la cuenta de ello.

Únicamente les queda una esperanza: la esperanza de que el pueblo alemán crea sus mentiras e infundios. Respecto a esto sólo puedo decir que no debían haberse dormido durante tanto tiempo. Debían haber considerado un poco más el desarrollo del pueblo alemán. Con la misma falta de inteligencia han intentado separar al pueblo italiano del Duce. Un lord británico ha lanzado un llamamiento al pueblo italiano para que no continúe obedeciendo al Duce sino a su señoría. ¡Qué idiotez! Y no ha faltado otro lord que intentara lo mismo con respecto al pueblo alemán y a su «Führer». Por mi parte, únicamente puedo añadir que ninguno de ellos ha sido el primero. Esa gente tiene un concepto muy particular sobre el pueblo alemán, el nacionalsocialismo, nuestra tarea, nuestro Ejército y nuestras masas; pero sobre todo tienen un concepto muy particular de la propaganda.

Como no estaban muy seguros del efecto de sus propias ideas han alquilado los servicios de algunos alemanes. Precisamente de los mismos alemanes que han fracaso aquí. Son los emigrantes huidos del país, ¡esos son sus consejeros! Nos podemos dar cuenta fácilmente a la vista de sus panfletos. Sabemos a la perfección quién ha escrito tal cosa y quién ha hecho tal otra. Todo con las mismas tonterías que ya decían aquí. Con la única diferencia de que antes las propagaban desde el «Vossische Zeitung» y ahora desde el «Times». Y esa gente cree que unas cantilenas tan viejas que ya no surtían efecto en el «Vossische Zeitung» van a surtirlo ahora por el hecho de publicarse en el «Times» o en el «Daily Telegraph». Se trata de una verdadera debilidad mental por parte de esos demócratas. Pueden estar tranquilos: el pueblo alemán llevará a cabo aquello que más en consonancia esté con la defensa de sus intereses. El pueblo alemán seguirá a sus jefes; sabe que sus jefes sólo tienen un objetivo. El pueblo alemán sabe que hoy en día se encuentra al frente del Reich un hombre que no posee ningún paquete de acciones, ni persigue ningún fin particular.

Este pueblo alemán —y yo lo sé y me siento orgulloso de ello— me ha jurado fidelidad y me seguirá en todas las vicisitudes.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

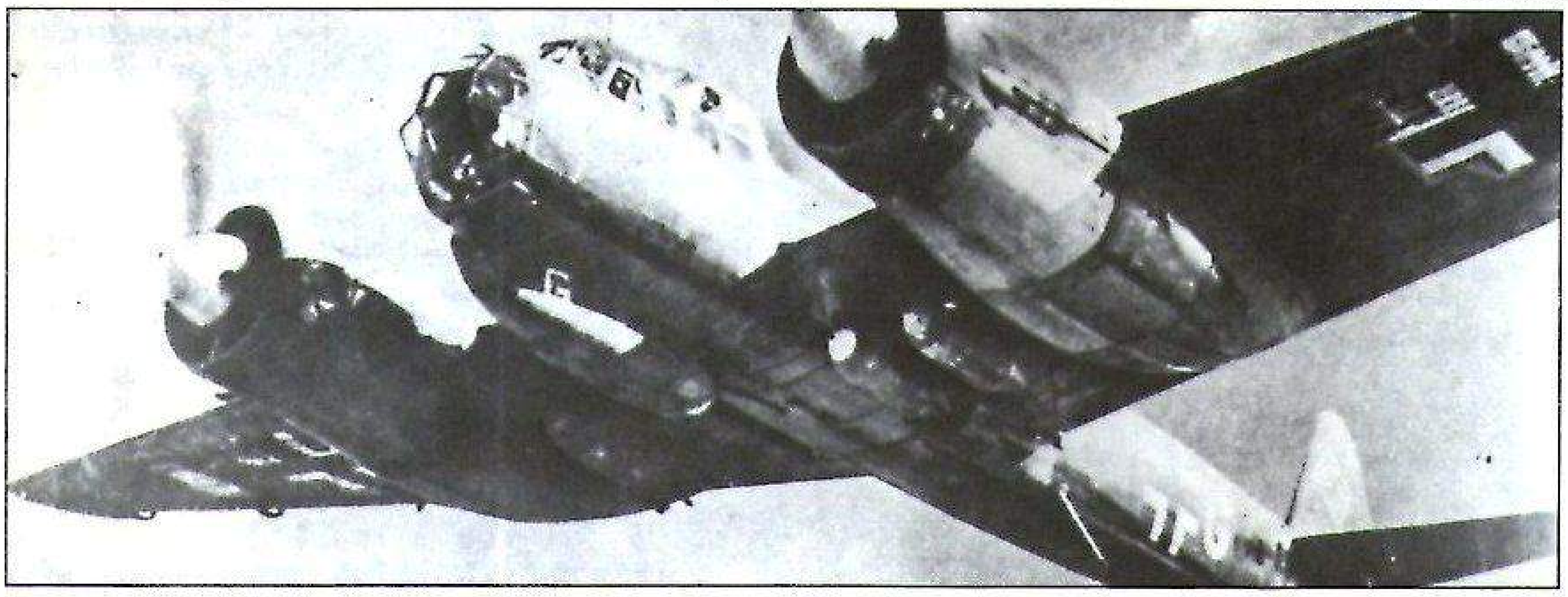
Járkov, nudo de comunicaciones soviético en Ucrania. Contaba en 1940 con 410.000 habitantes. El 24-X-1941 fue tomada la ciudad por el Ejército 6 alemán, al mando del general von Reichenau. Del 17 al 28 del V-1942, se desarrolló en sus alrededores la conocida batalla de su nombre. La penetración soviética hasta Issium fue rechazada y los alemanes recuperaron el Doniets. El 16-II-1943, el II Cuerpo acorazado de las SS, mandado por Haussner, entregó Járkov contra las órdenes de Hitler. La ciudad fue reconquistada el 16-III. El 22-VIII-1943 se produjo el cerco de la ciudad, por el Ejército 5 acorazado soviético de Guardias, al mando del teniente general Rotmistrov y por el Ejército 57 mandado por el teniente general Hagen. El 23-VIII la ciudad es conquistada por el Ejército Rojo.

Jeschonnek, Hans, general alemán (1-III-42). Nacido el 9-IV-1899 en Hohensalza, provincia de Poznan, y muerto —suicidado— el 18-VIII-1943. Desde 1917, en las tropas de Aviación del *Reichswehr.* A primeros de 1934 tomó parte en una de las primeras escuadrillas de combate de la Aviación alemana. En 1937 se integró en el Estado Mayor del Aire. Desde el 1-II-1939, jefe de Estado Mayor de la *Luftwaffe.* General de División el 14-VIII-1939. El 19-VII-1940, general de Aviación. Tras la derrota de Stalingrado y los ataques de los Aliados occidentales contra Alemania, Jeschonek cambió sus puntos de vista sobre la situación, hasta entonces optimistas. Al convencerse de que su situación personal no tenía salida, así como tampoco la situación militar ni sus diferencias con Hitler, optó por el suicidio.



Alfred Jodl

Jodl, Alfred, general alemán (30-I-44). Nacido el 10-V-1890 en Würzburg y muerto en Nuremberg, ejecutado, el 16-X-1946. El 4-II-38, jefe del Departamento de Mando de la *Wehrmacht,* que luego recibiría el nombre de Estado Mayor de la *Wehrmacht,* dependiente del Mando supremo. General de División el 1-IV-39. General de Artillería el 19-VII-40. El 7-V-45 firmó en Reims, en el cuartel general de Eisenhower, el acta de capitulación de los Ejércitos alemanes. Acusado de crímenes contra la paz (preparación de una guerra de agresión) y contra la humanidad (asesinato de prisioneros de guerra) fue condenado a muerte el 1-X-46.



El multiforme avión de combate de la «Luftwaffe» «Junkers Ju 88». En la foto, en su versión de bombardero en picado.

Josef Stalin, carro soviético de la serie JS, construido en cuatro versiones durante la guerra. Peso, 44, 45,8 y 46 t. 550 CV; velocidad: de 37 a 43 km/h; autonomía: 150-190 km; dotación: 4 hombres. Armamento: cañones de 85 mm y 122 mm. Se construyó en 1941 y empezó la entrega en 1943 y 1944. Del tipo JS-2 se produjeron solamente 2350 unidades. Este carro se empleó en los regimientos del Ejército y, después en los regimientos acorazados de los cuerpos y divisiones acorazados.

Juin, Alphonse, mariscal francés nacido en Bône (Argelia) el 16-XII-1888 y muerto en París el 27-I-1967. Cuando estalló la guerra en el occidente, era comandante de la División 15 motorizada. Cayó prisionero de los alemanes cerca de Lille. Liberado en 1941, se convirtió en comandante supremo de las fuerzas del Gobierno de Vichy en el Norte de África (noviembre de 1941). Se resistió a aceptar una operación de desembarco aliado sin ofrecer obstáculos (véase «Torch»), pero luego cambió de frente y recibió el nombramiento de jefe de las tropas francesas en Tunicia. En 1943, jefe del Estado Mayor de las fuerzas de la Francia Libre en la invasión de Italia. En 1944, general jefe del Estado Mayor. Mariscal en 1952. De 1953 a 1956 comandante supremo de las tropas de la OTAN en el centro de Europa.

Junkers, fábrica alemana de aviones y motores, cuya central se hallaba localizada en Dessau. El fundador de la factoría, profesor Hugo Junkers, presentó en la Guerra europea el primer aparato completamente metálico con alas móviles. Su mundialmente conocido *Ju 52* se convirtió en el transporte estándar de la *Luftwaffe* alemana durante la segunda Guerra Mundial. De este modelo se construyeron 2084 aparatos de 1939 a 1944. También se fabricó en la factoría el cuatrimotor de transporte para largas distancias *Ju 290* y el aparato de seis motores *Ju 390* que emprendió vuelos de reconocimiento hasta muy cerca de Nueva York. Como avión de combate, Junkers desarrolló el modelo *Ju 87* (a partir de 1936) Stuka (véase) y el bombardero rápido *Ju 88.* La variante *Ju 88 A-4,* la más fabricada, sirvió como punto de partida para otras series posteriores de cazas para operaciones nocturnas, combates a baja cota y reconocimiento en largas distancias. Propulsión: dos motores de 1200 CV; velocidad máxima: 472 km/h a una altura de 5300 m; autonomía: 2730 km; dotación: 4 hombres; armamento: una ametralladora de 13 mm, 3 de 7,9 mm y otra del tipo gemelo de 7,9 mm. Máximo de carga de bombas: 3000 kg. En una serie muy reducida se produjo en 1943 el tipo *Ju 188* (dos motores de 1750 CV; 550 km/h); este aparato tuvo aplicaciones múltiples, como aparato torpedero, de reconocimiento y caza nocturno. El *Ju 388* y el *Ju 488,* así como el bombardero *Ju 287* no llegaron a construirse en serie.



Un kamikaze vuela hacia el portaaviones «Essex».

K

Kaga, portaaviones japonés. Entró en servicio el 31-III-1928. Datos: 38.200 toneladas; 28,3 nudos; eslora: 246,8 m; manga: 30,5 m. Dotación: 2019 hombres. Armamento: 10 antiaéreos de 203 mm, 16 de 127 mm, 97 aviones. Tomó parte el 7-XII-41 en el ataque a Pearl Harbor. Trasladado a Truk a primeros de enero de 1942, desde donde fue destinado a operaciones contra Rabaul y Port Darwin. Durante la batalla de las Midway, el Kaga fue hundido por aparatos del portaaviones americano *Enterprise* (4-VI-42), pereciendo 800 marineros.

Kamikaze (en japonés, viento divino), nombre aplicado a los integrantes del comando de ataque suicida de la aviación de la Marina japonesa. Sus pilotos hacían estrellar los aparatos contra buques enemigos. El cuerpo de kamikazes se fundó oficialmente el 25-X-44 tras los primeros éxitos en la batalla del golfo de Leyte. Hasta el final de la guerra se emplearon en estas operaciones 2314 aparatos, con sus respectivos aviones de asistencia. De ellos 1228 no regresaron. Según los norteamericanos, 34 buques de los Estados Unidos resultaron hundidos por acciones kamikaze, entre ellos 3 portaaviones y 13 destructores. Asimismo resultaron dañados otros 288, de ellos 36 cruceros y 87 destructores. Con destino a estos pilotos suicidas se desarrolló el *Oka* (véase), o bomba volante tripulada. Sin embargo, los pilotos suicidas no lograron alterar el curso de la guerra. El creador de los kamikaze, almirante Onishi, se suicidó el 15-VIII-45 al no poder aceptar la derrota y la capitulación.

Katiushka, véase Órgano de Stalin.

Katyn, localidad soviética al oeste de Smolensk. En un bosque cercano, tropas alemanas descubrieron, a principios de 1943, una fosa común en la que habían sido enterrados 4143 oficiales polacos, que cayeron prisioneros de los soviéticos en 1939. Berlín y Moscú se acusaron mutuamente de ser los autores de aquella matanza. Tras el proceso de Nuremberg, en el que los soviéticos no lograron demostrar la culpabilidad de los alemanes, quedó en el ánimo de todos que había sido Stalin quien ordenó el fusilamiento de los polacos. Éste se negó a que una comisión de la Cruz Roja investigase en las tumbas. La negativa llevó a una ruptura de relaciones entre el Kremlin y el Gobierno polaco en el exilio.

Kaupisch, Leonhard, general alemán de Aviación (1-XII-1935). Nació en Bitterfeld el 1-IX-1878 y murió en Weimar el 26-IX-1945. Abandonó las Fuerzas Armadas el 30-IX-1932 y se volvió a incorporar el 1-IV-1934 como jefe de la II.ª Región Aérea. El 1-IX-1939 comandante supremo del Cuerpo Kaupisch en la campaña de Polonia. Del 15-X-1939 al 10-IV-1942 jefe del Cuerpo de Ejército XXXI y gobernador militar de Dinamarca del 9-IV-40 al 31-V-40. El 1-IX-1940 pasa a ser general de Artillería. El 3-VI-1942 retirado del servicio activo.



El portaaviones «Bunker Hill» tras un ataque de los kamikazes.

Keitel, Wilhelm, *Feldmariscal* alemán (19-VII-40). Nació en Helmsherode/Harz el 22-IX-1882 y murió ejecutado en Nuremberg el 16-X-1946. General de Artillería el 1-VIII-1937, después de haber sido jefe de la oficina de coordinación de la *Wehrmacht* en el Ministerio de la Guerra. El 4-II-1938 pasó a desempeñar la jefatura del recién creado Mando Supremo de la *Wehrmacht*. Nombrado capitán general el 10-XI-1938. Firmó en nombre del Reich la capitulación francesa en Compiègne el 22-VI-1940. Keitel pasaba por ser un admirador del «genio» de Hitler, por lo que cumplía sus órdenes sin la menor réplica. Keitel fue uno de los miembros de la delegación alemana que firmó la capitulación del Reich ante la Unión Soviética en Karlshorst. Fue detenido en Flensburg el 13-V-1945 y condenado a muerte por el tribunal de Nuremberg el 1-X-1947. Keitel pidió que se le fusilara, pero fue ahorcado, de acuerdo con la sentencia, quince días después.

Keller, Alfred, general alemán. Nació en Bochum el 19-IX-1882 y murió en Berlín el 11-II-1974. Piloto de aviación en 1913. Comandante de unidades de bombarderos en la primera Guerra Mundial, conocido como «bomba Keller». En posesión de la orden «Pour le Mérite». Después de la Guerra europea se dedicó a negocios de aviación. El 1-IV-34 se reintegró al Ejército. El 1-I-1938 fue nombrado jefe de la I.ª Región Aérea. El 1-IV-1938, jefe de las fuerzas de Aviación de Prusia Oriental. El 1-III-39 general de Aviación. El 1-V-1939 jefe de la 4.ª *Fliegerdivision.* En octubre del mismo año pasó a mandar el IV *Fliegerkorps.* El 20-VIII-1949 jefe de la 1.ª *Luftflotte.* El 26-VI-1943 pasó a la reserva.

Kempf, Werner, general alemán de tropas acorazadas. Nació en Königsberg el 9-III-1886 y murió en Goslar el 6-I-1964. El 1-IX-1939 comandante de la División Kempf. El 1-X-1939 jefe de la 6.ª *Panzerdivision.* Del 6-I-1941 al 31-I-1942, comandante del XXXVIII *Panzerkorps.* Del 30-IX-1942 al 18-VIII-1943, jefe del Ejército 8. Del 1-V-1944 al 31-VIII-1944 comandante de la *Wehrmacht* en los territorios del Este.

Kerch, ciudad portuaria y lengua de tierra situada en el extremo oriental de Crimea. En el año 1939 contaba con unos 104.000 habitantes. Conquistada por el Cuerpo de Ejército XLII el 16-XI-1941 y reconquistada por los soviéticos el 22-XII-1941. Los alemanes volvieron a apoderarse de ella el 17-V-1942 y la mantuvieron en su poder hasta el 10-IV-1944.

Kesselring, Albert, *Feldmariscal* alemán (19-VII-40). Nació en Markstedt el 20-XI-1885 y murió en Bad Nauheim el 16-VII-1960. General de Aviación el 1-VI-1937 y desde ese día jefe de la III.ª Región Aérea en Dresde. En febrero de 1939 fue nombrado jefe de la 1.ª *Luftflotte,* con la que tomó parte en la campaña de Polonia. En enero de 1940 pasó a mandar la 2.ª *Luftflotte,* siendo destinado al frente occidental; más tarde, hasta diciembre de 1941, luchó también en el frente oriental. Desde entonces, comandante de las fuerzas aéreas en el Mediterráneo y Norte de África. En 1943 jefe de la *Wehrmacht* en la zona sur. Marzo-mayo 1945 idéntico cargo en la zona occidental. Hecho prisionero el 15-V-1945 por los americanos. Condenado a muerte en Venecia por un tribunal inglés el 7-V-1947. La pena fue conmutada por 20 años de prisión y, finalmente, Kesselring fue indultado en 1952.

Kiel, capital de Schleswig-Holstein. En 1940 contaba con 273.000 habitantes. Puerto militar, objetivo de los ataques aéreos aliados. En la noche del 16/17 de agosto de 1944 los aviones de la RAF arrojaron sobre la ciudad 900 toneladas de bombas. En la noche del 26/27 del mismo mes lanzaron 1921 toneladas. En la noche del 15/16 de septiembre de 1944, 1448 toneladas. El 3 de abril de 1945, 2200 toneladas y, seis

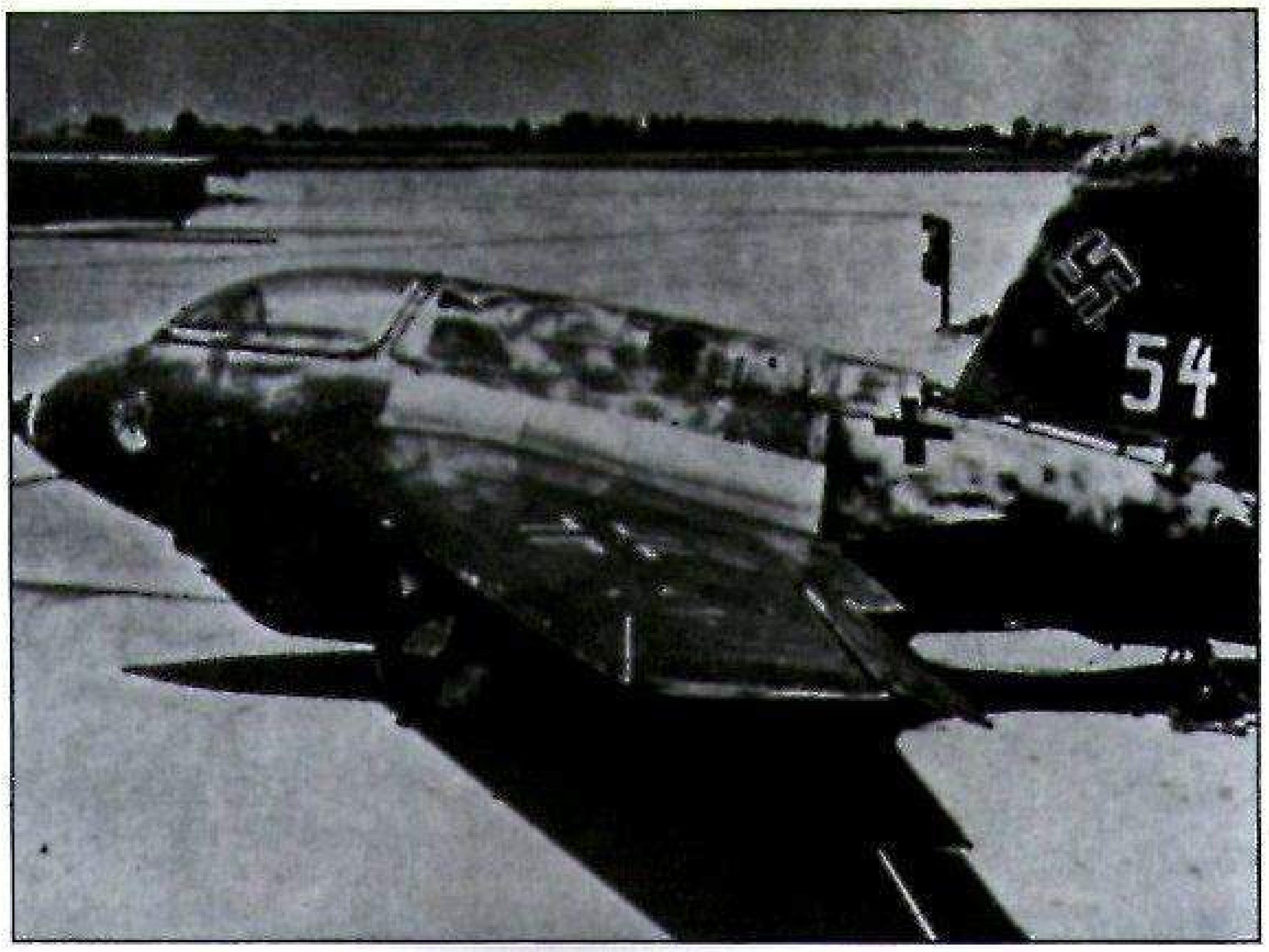
días después, en la noche del 9/10, 2634 toneladas. Resultaron destruidas 44.700 viviendas, el 58% de la ciudad. En el puerto se hundieron los buques de guerra *Admiral Hipper, Admiral Scheer* y *Emden*.

Kíev, capital de la república soviética de Ucrania. En 1939 contaba con 845.000 habitantes. Fue conquistada por las tropas alemanas del Ejército el 19-IX-1941, quedando aniquilado el grueso del frente soviético del sudoeste. Los alemanes hicieron 665.000 prisioneros. Los soviéticos reconquistaron Kiev el 6-XI-1943.

«Kirschkern», denominación que se aplicaba al ingenio volador *Fieseler Fi 103* o *FZG 76*, más conocido por V1 (véase). El artefacto tenía un peso total bruto de 2140 kg, y transportaba 850 kg de material explosivo a 560 km/h, con un radio de acción de 250 a 370 km. El curso se determinaba automáticamente. Una versión llamada «Reichenberg», que debía alcanzar la velocidad de 870 km/h no llegó nunca a entrar en servicio.

Kleist, Ewald von, general alemán *(Feldmariscal* el 1-II-43). Nació en Braunfels an der Lahn el 8-VIII-1881 y murió en octubre de 1954. El 1-VIII-1936 general de Caballería. El 1-IX-1939 jefe del Cuerpo de Ejército XXII en Polonia. Después tomó parte en los combates de los Balcanes. El 22-VI-1941 jefe del 1.er *Panzergruppe*. El 5-X-1941 jefe de la 1.a *Panzerarmee*. El 10-IX-1942 jefe del Grupo de Ejércitos A. Del 9-III-1943 al 31-III-1944 jefe del Grupo de Ejércitos Sur, en Ucrania. En 1945 hecho prisionero por los ingleses, Entregado en 1946 a Yugoslavia y en 1948 a la Unión Soviética. Murió en el campo de concentración de Vladimirovka, situado a 180 km de Moscú.

Kliment Voroschilov, carro soviético de la serie KW, fabricado en seis versiones. Peso: entre 42,5 y 52 toneladas; motor: 550 CV; velocidad: 26-43 km/h; autonomía: 335 km; dotación: 5 ó 6 hombres; armamento: cañones de 762 u 85 mm. Diseñado entre 1938/39, se empezó a fabricar en serie ese mismo año. En total se construyeron 10.300 carros de este tipo. Al principio se dotó con él a las unidades acorazadas autónomas del Ejército. Más tarde sería sustituido por un nuevo tipo, el denominado Josef Stalin.



El aparato «Messerschmitt Me 163» «Komet».

Kluge, Günther von, general alemán *(Feldmariscal* el 19-VII-40). Nació en Poznan el 30-X-1882 y murió en Francia el 19-VIII-1944. El 1-VIII-36 general de Artillería. Como jefe del Ejército 4 tomó parte en la campaña contra Polonia. Con esas mismas tropas pasó al frente soviético, donde se hizo cargo del mando del Grupo de Ejércitos Centro el 19-XII-1941. Un grave accidente automovilístico le obligó a abandonar el frente. El 2-VII-1944 comandante supremo en el Oeste y, tras resultar herido Rommel el 19-VII-1944, se hizo cargo también del Grupo de Ejércitos B. El 16-VIII-1944 fue destituido por Hitler por la sospecha de haber tomado parte en la conjura del 20 de julio, pese a que Kluge no había desempeñado ningún papel en el atentado. El 19-VIII-1944 se suicidó tras haber escrito a Hitler pidiéndole que pusiera fin a una guerra que ya no tenía ningún sentido proseguir.

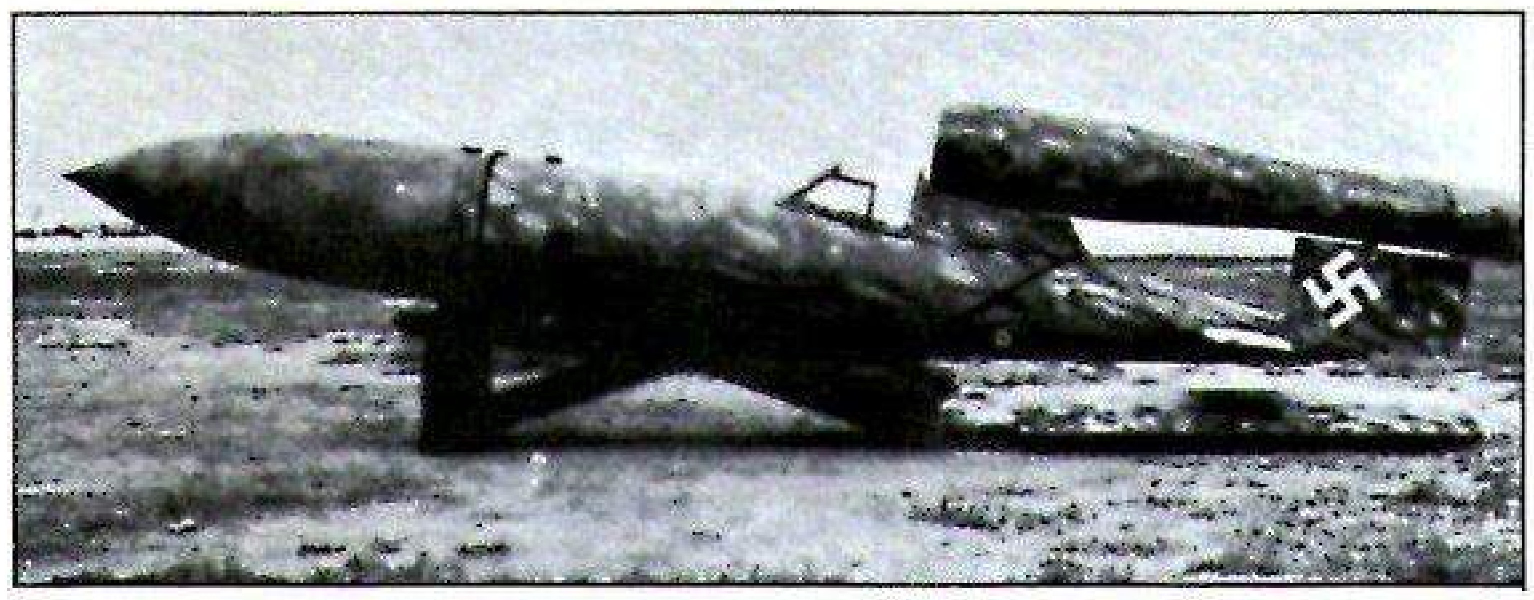
Koenig, Pierre, general francés. Nació en Caen el 10-X-1898 y murió el 2-IX-1970. En 1940, con el grado de comandante, se hallaba en el Cuerpo expedicionario francés que luchó en Noruega y, más tarde, se unió a De Gaulle en Londres. Coronel en 1941, fue nombrado jefe del Estado Mayor de la 1.a División de la Francia libre destinada en Siria. Como general, mandó tropas en el Norte de África y se distinguió en la defensa de Bir Hacheim, durante la marcha de Rommel sobre Tobruk. En 1943 jefe de las tropas francesas en Inglaterra. En 1945 jefe de las tropas francesas de ocupación en Alemania. Miembro de la Comisión de Control Aliada. En 1954 ministro de Defensa de su país.

de Tierra. De 1955 a 1960, jefe de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Del 10-VIII-1961 al 19-IV-1962 jefe de las tropas soviéticas en Alemania.

Königsberg, capital de la Prusia Oriental. En 1940 tenía unos 372.000 habitantes. El centro de la ciudad, con la catedral y el castillo, fue destruido por dos bombardeos ingleses efectuados los días 26/27 y 29/30 de agosto de 1944. El ataque soviético contra la ciudad comenzó el 24 de enero de 1945; cuatro días después Königsberg se encontraba totalmente aislado. En la noche del 7/8 abril los rusos iniciaron el asalto de la incendiada ciudad, cuyos resistentes terminaron capitulando el 9 de abril.



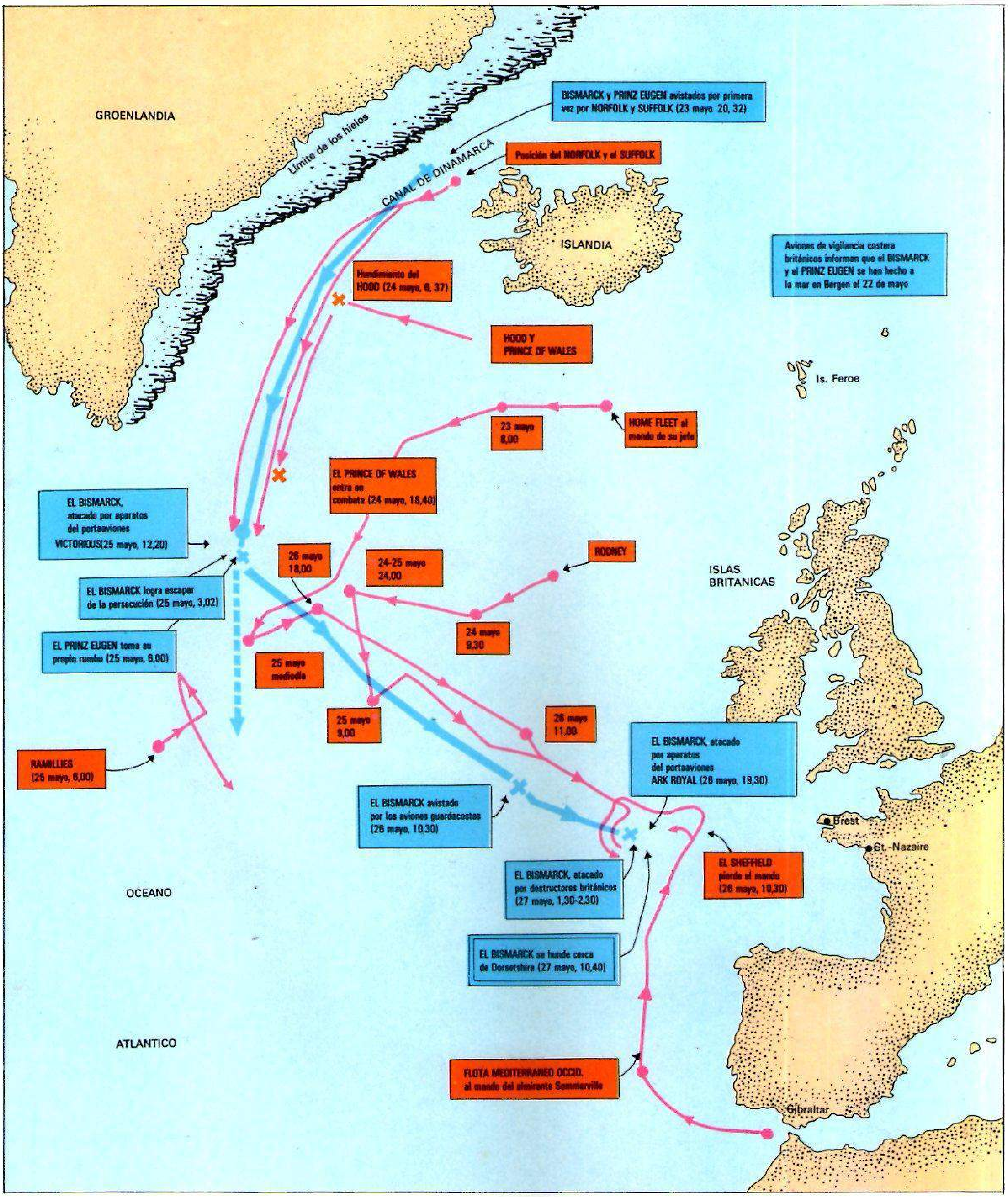
El «Feldmariscal» Kesselring conversa con la tripulación de un aparato en un aeródromo de campaña libio.



Ingenio volador FZG-76 «Kirschkern», aquí en su versión tripulada.

Koniev, Ivan Stepanovich, mariscal de la Unión Soviética. Nació en Lodeino el 28-XII-1897 y murió en Moscú el 21-V-1973. Fue soldado durante la primera Guerra Mundial. Se afilió al PCUS en 1918, participando en la guerra civil. Durante la segunda Guerra Mundial, fue jefe del frente occidental entre septiembre y octubre de 1941. Comandante del frente de Kalinin de octubre de 1941 a junio de 1942. Comandante del frente de las estepas de julio a octubre de 1943. Al mando del segundo frente de Ucrania de octubre de 1943 a mayo de 1944, y del 1 de mayo de 1944 a junio de 1945. En 1946 comandante supremo del Ejército

«Kraftei», nombre dado al primer avión-cohete alemán, el *Me 163*, que realizó su vuelo de prueba el 2-X-1941 logrando una velocidad de 1002 km/h. Una variante de este modelo, el *Me 163 B-1*, entró en combate por primera vez el 13-V-1944, demostrando una gran velocidad de despegue y una extraordinaria capacidad de maniobra. Se fabricaron en total 363 aparatos. Datos del *Me 163 B-1* «Komet»: Velocidad máxima: 880 km/h a 6000 metros de altura; velocidad ascensional: 2,40" hasta 9150 m; autonomía: 199 km; duración máxima del vuelo: 8 minutos; armamento: 2 cañones de 30 mm y cohetes *R4 M*.



La Operación «Rheinübung», que consistía en la penetración del «Bismarck» y del «Prinz Eugen» en el Atlántico Norte, no pasó desapercibida para los ingleses. El 21 de mayo un avión británico de reconocimiento avistó las unidades alemanas en el fiordo de Grinstad, junto a Bergen. El acoso se inició en la tarde del 23 de mayo, cuando el «Bismarck» y el «Prinz Eugen» fueron divisados al noroeste de Islandia por los cruceros ingleses «Norfolk» y «Suffolk».

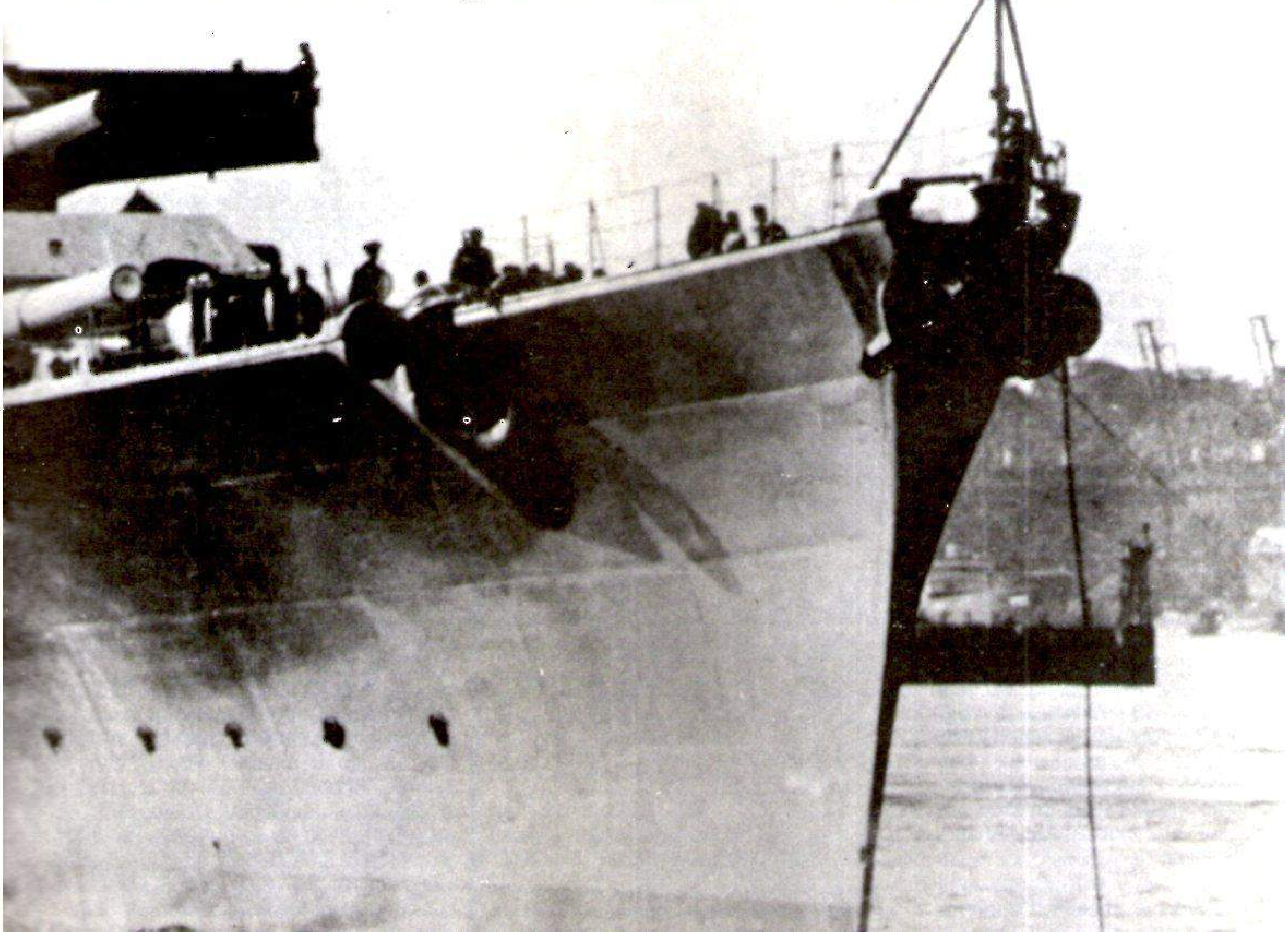
Karlludwig Opitz



El acorazado «Bismarck», bautizado con el nombre del forjador del Imperio, Otto von Bismarck, fue el orgullo de la Marina de guerra alemana.

EL ACORAZADO BISMARCK

Entre las grandes tragedias de la historia de la Marina de guerra se incluye necesariamente el último periplo del acorazado «Bismarck», en mayo de 1941. Con un cometido poco determinado, una cooperación deficiente de la «Luftwaffe» y filtraciones en el servicio de información, el buque fue enviado en misión especial por un mando obcecado. La operación no podía salir bien. Para los ingleses, aún dueños y señores del mar, la aparición del temido acorazado alemán en aguas británicas era un reto de vida o muerte.



La visibilidad era nula. El crucero pesado *Prinz Eugen*, que seguía al acorazado *Bismarck*, apenas podía mantener contacto con el buque insignia. Con el fin de facilitar su tarea al timonel del crucero pesado, el *Bismarck* encendió un reflector de popa.

Se trataba de un viaje fantasmagórico a lo largo de la barrera de hielo, por el Canal de Dinamarca, al norte de Islandia. Los icebergs se extendían a estribor, mientras que a babor la niebla era muy densa. Los relojes de a bordo marcaban las 17,30 del 23 de mayo de 1941. En el *Bismarck* y en el *Prinz Eugen* se conectaron las MES, defensas magnéticas. Los aparatos de detección por radio funcionaban desde el mediodía en giros incesantes. ¿Habría tenido éxito la maniobra de penetración de las unidades navales alemanas en el Atlántico?

¿Habrían logrado burlar el control británico? El *Bismarck* y el *Prinz Eugen* se proponían caer sobre los convoyes ingleses. El primero montaba ocho cañones de 380 mm, doce de 150 mm, dieciséis antiaéreos de 105 mm, dieciséis de 37 mm y doce de 20 mm. El *Prinz Eugen* estaba armado con ocho cañones de 203 mm, doce antiaéreos de 105 mm, doce de 37 mm y doce tubos lanzatorpedos. ¡Ay del convoy que se cruzase con aquellas dos fortalezas flotantes! Por algo eran la pesadilla del Almirantazgo británico.

A las 18,11 horas, según los relojes de a bordo, los aparatos de los dos buques lanzaron una señal de alerta. Habían detectado segundos antes la presencia de un objetivo. Mientras se procedía a las primeras mediciones de la distancia que separaba a los buques del enemigo, los marineros corrieron a los puestos de combate.

El objetivo aparecía como una sombra gris, recortada en rectángulo, con el lado superior algo borroso. Los aparatos de detección y escucha mantenían localizado al buque intruso hasta el punto de que las unidades alemanas se hallaban pendientes de la niebla. A las 20,10 los instrumentos del *Bismarck* revelaron otro objetivo. Veinte minutos después surgía éste de entre la bruma: era la silueta de otro buque. Se destacaban visibles dos mástiles y tres chimeneas ligeramente inclinadas. Se trataba de un crucero británico. El *Bismarck* disparó cinco salvas de artillería pesada sin alterar su rumbo, sin virar, con la pretensión de hundir a cañonazos aquel cascarón de hoja de lata, que eso sería el enemigo comparándolo con el *Bismarck*.

Como consecuencia de las salvas, a bordo del *Bismarck* resultó dañada la instalación de radio de proa. El jefe de la flota, almirante Günther Lütjens, ordenó cambio de cifra. El crucero pesado asumió entonces el mando y el control por radio del semicírculo delantero. Los intentos de esquivar al perseguidor invisible en la oscuridad y en la niebla navegando a toda máquina resultaron vanos. La bruma, las ráfagas de lluvia, la nevisca, tan sólo permitían una visibilidad de pocas millas.

Sobre el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* cayó una helada tormenta de nieve. Por todas partes flotaban bloques de hielo. Las unidades alemanas habían dejado atrás hacía horas el Canal de Dinamarca. Pese a ello no lograban despegar de su popa las sombras de sus perseguidores. Lo que el almirante Lütjens no sabía, aunque sí lo barruntaba, es que esas sombras eran las de los cruceros pesados ingleses *Suffolk* y *Norfolk*, que le perseguían provistos de radar. Cada cambio de rumbo o cada nueva derrota de los alemanes era detectada puntualmente y comunicada por radio al jefe de la «Home Fleet», almirante sir John Tovey.

«¡Zafarrancho de combate!»

Por si fuese poco, aún existía un motivo más de inquietud: a 300 millas de distancia navegaban al encuentro de los alemanes los mayores buques de batalla británicos, el acorazado *Prince of Wales* y el crucero *Hood*. A medianoche, éstos se hallaban ya a sólo 128 millas de los navíos germanos. A las 4,35 de la madrugada, el servicio de escucha del *Prinz Eugen* detectó la situación del enemigo en el punto correspondiente a los 28 grados. Hasta él llegaba claramente el zumbido de sus turbinas. Poco después se destacaban las puntas de los mástiles en el horizonte. El *Bismarck* y el *Prinz Eugen* se aprestaron a la lucha. Segundos después, los cañones empezaron a bramar. A babor se encontraba el *Hood*, «The mighty Hood» –el poderoso Hood–, llamado así por miles de británicos que no ocultaban el respeto que les infundía el navío. También se había colocado en posición el *Prince of Wales*, el buque de guerra más moderno de Inglaterra.

Ambos abrieron fuego casi al mismo tiempo.

Todos los efectivos de artillería fueron preparados a bordo del *Bismarck*. Por orden de Lütjens, el fuego de este buque y del *Prinz Eugen* se concentró sobre el navío que navegaba delante: el crucero *Hood*.

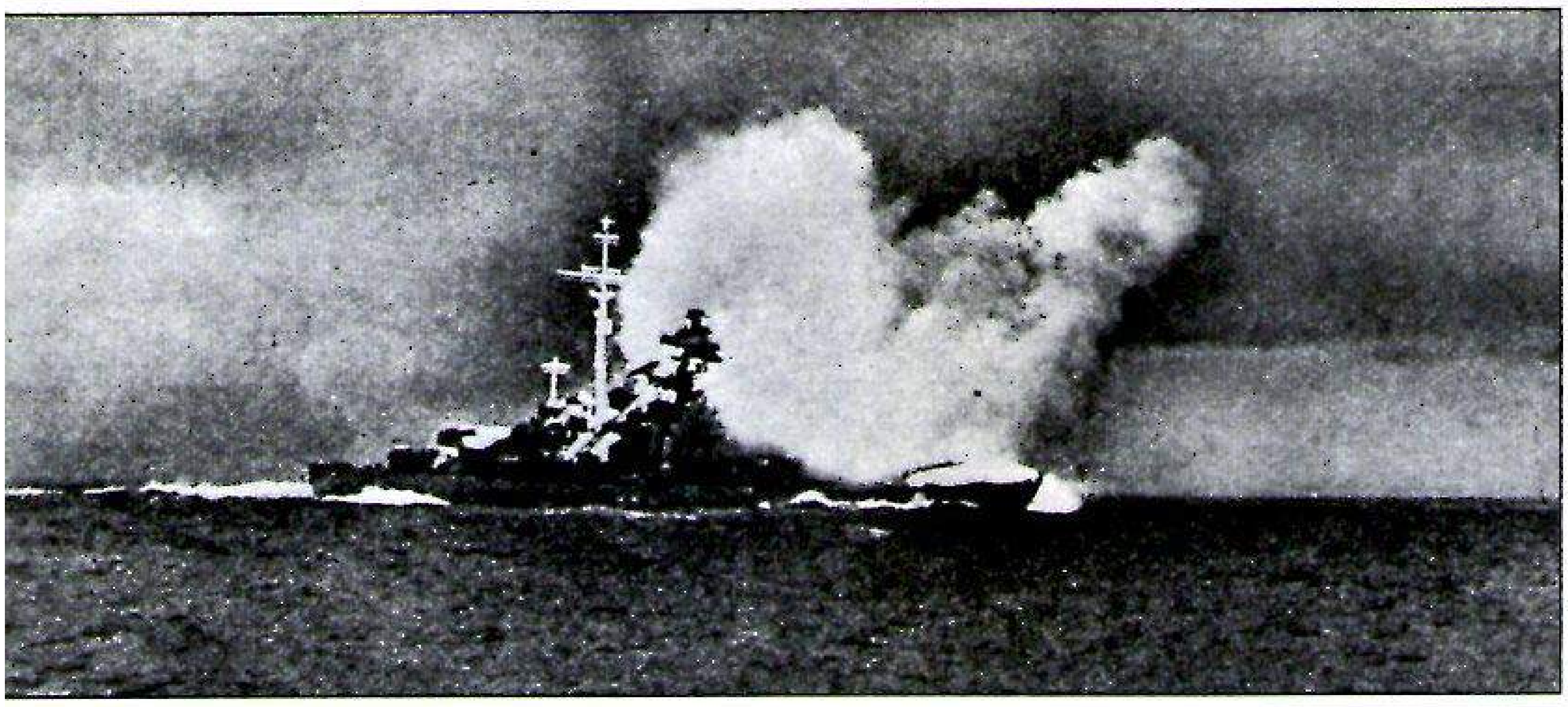
Las granadas producían columnas de agua que se elevaban hacia el cielo gris en el momento de la explosión. Esas cascadas grisáceas se levantaban a sólo 100 ó 150 metros del *Prinz Eugen*. Un proyectil estalló a 50 metros. El agua se agitó bajo la popa. Las siguientes granadas fueron a caer sobre la estela del enorme crucero. Los vapores de la pólvora y el humo de la dinamita flotaban sobre la superficie del mar y brillaban con resplandores metálicos al ser iluminados por el fuego de las salvas de artillería. Los pesados proyectiles cruzaban aullando, silbando, estremeciendo el aire. Una granada fue a dar sobre la proa del *Bismarck*, pero no explotó. Más allá, rozando el *Hood*, las columnas de agua se alzaban a ambos lados del buque. Las llamas eran perfectamente visibles entre los mástiles. Aquel infierno iluminaba el cielo. Una enorme nube de fuego crepitaba, elevándose en remolinos. El *Hood*, el invencible crucero *Hood*, convertido ya en leyenda, terminó por explotar.

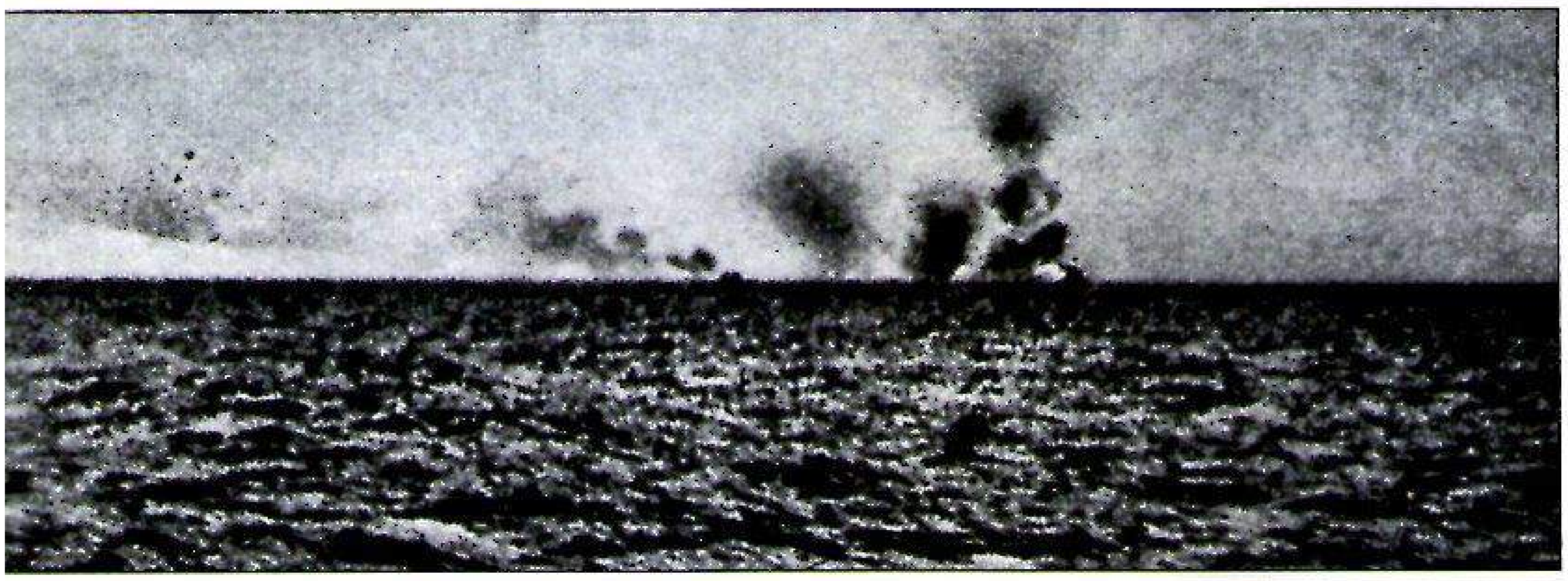
Desapareció en su 21 año de vida en la posición 63° 20′ norte y 31° 50′ oeste. A una velocidad de 28 nudos se sumergió en las aguas. Noventa y cinco oficiales y 1323 marineros se hundieron con él en los abismos.

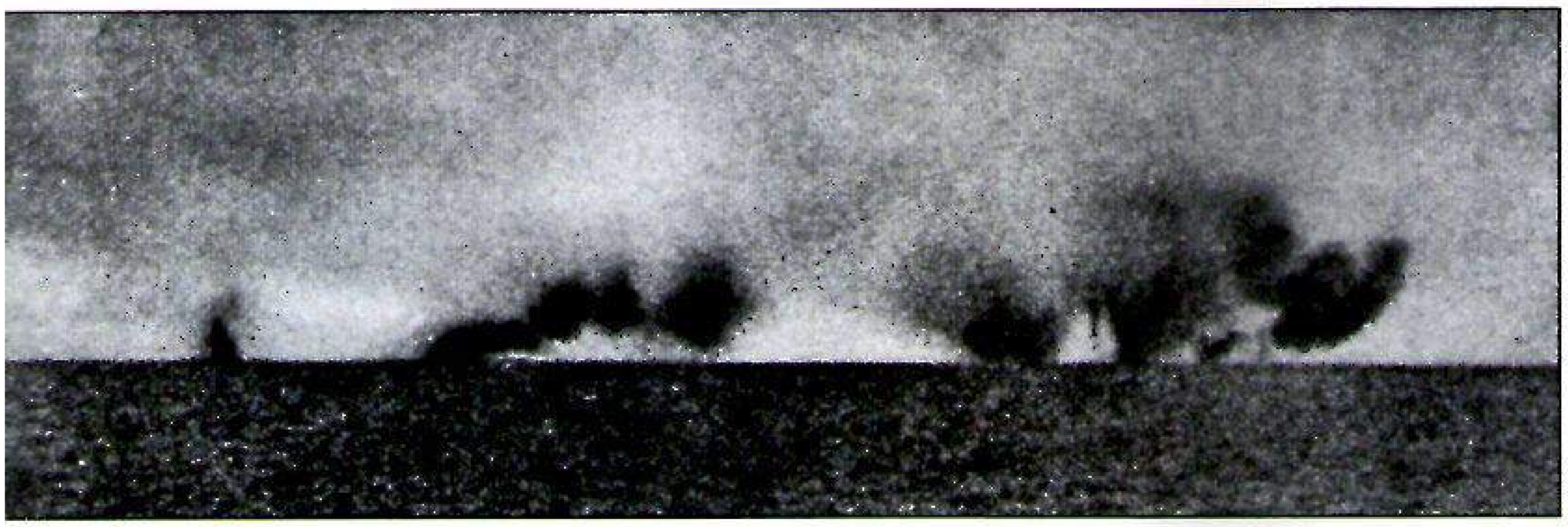
Hubo tres supervivientes, tan sólo tres. El *Prince of Wales* fue alcanzado por cuatro salvas del *Bismarck* y por tres disparadas desde el *Prinz Eugen*. Una granada de 380 mm hizo explosión en el puente y mató a todo el personal de servicio en este sector, con excepción del comandante y del primer señalero. Bajo el puente, en la sala de circuitos, la sangre fluyó por el tubo de órdenes y fue a caer sobre la mesa de mapas. Otra granada del *Bismarck* desmanteló por completo los efectivos artilleros de proa. El *Prince of Wales* apenas podía ya defenderse. El acorazado había salido de los astilleros para dirigirse al combate: aún llevaba a bordo técnicos civiles que tropezaban entre los cañones. El capitán Leach interrumpió el combate y se retiró tras una densa cortina de humo.

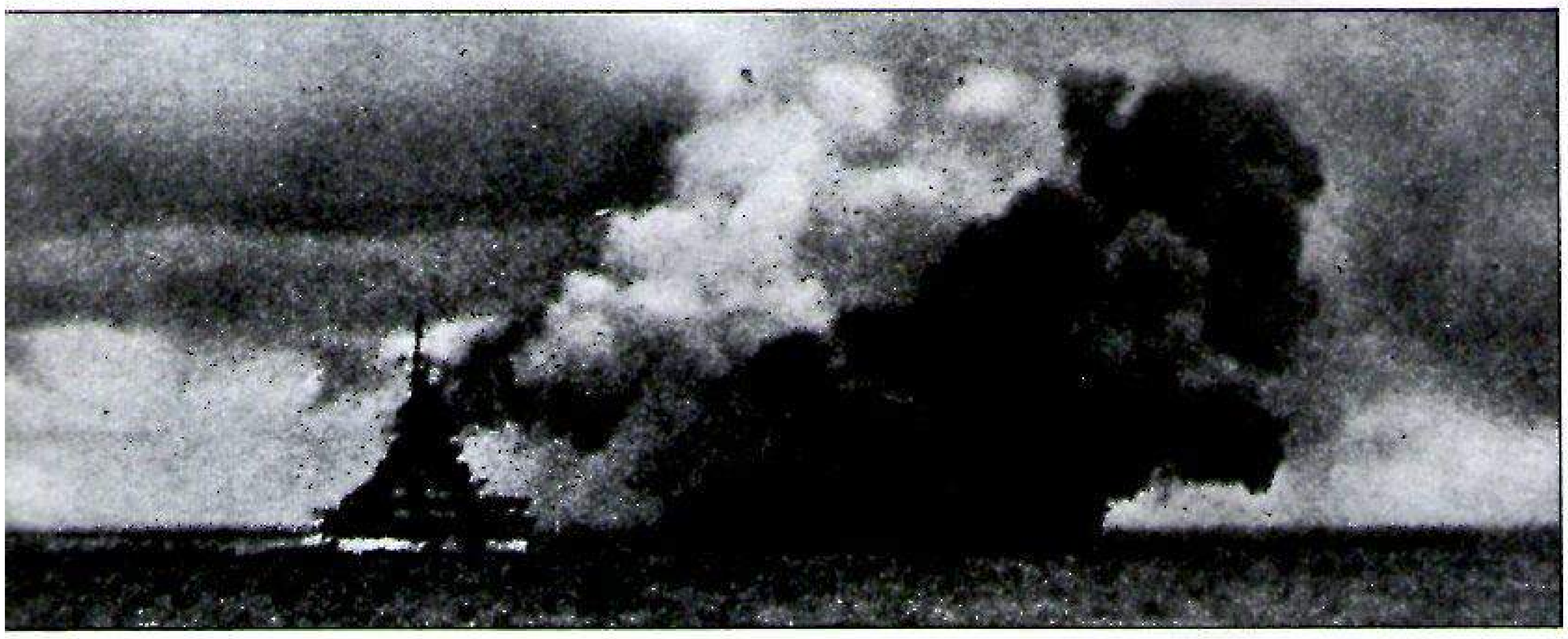
El *Bismarck*, por su parte, no realizó el menor intento de perseguir al acorazado inglés para hundirlo definitivamente. Se podía dar por satisfecho con el hundimiento del *Hood* y con los daños que había causado al fugitivo *Prince of Wales*. Eso era mucho más de lo que se había propuesto como objetivo. En verdad una gran victoria. Para la propaganda alemana, incomparable. Por lo demás, el plan de los grupos de combate alemanes seguía en pie: la Operación «Rheinübung» era viable. Es decir, era factible la destrucción de los convoyes aliados sin necesidad de entrar en confrontación directa con la «Home Fleet».

El 2 de abril de 1941 el Mando naval alemán difundió una orden operacional en la que se decía: «Como objetivo decisivo en la lucha contra Inglaterra debe tenerse bien presente que se trata de aniquilar los transportes hacia Gran Bretaña. Esta operación deberá









El combate entre el «Bismarck» y el «Prinz Eugen», por parte alemana, y el «Hood» y el «Prince of Wales», del lado británico, fotografiado desde la cubierta del «Prinz Eugen».

El fuego de una salva ilumina la estructura superior del acorazado alemán (arriba). El «Hood» ha recibido el disparo que le causaría el hundimiento. La pequeña columna de humo, a la izquierda, señala el punto en que también fue alcanzado el «Prince of Wales» (debajo).

En medio de las salvas alemanas, el «Prince of Wales» se dirige hacia el «Hood», que se hunde. En la foto puede apreciarse una especie de banderola de humo negro, visible a la izquierda de la imagen: procede del crucero «Norfolk» (tercera foto).

Cambio de objetivo sobre el «Prince of Wales». El «Bismarck» navega detrás del «Prinz Eugen». El crucero pesado dirige la operación, dado que en la tarde anterior el «Bismarck» había sufrido una avería en sus aparatos de control por radio.

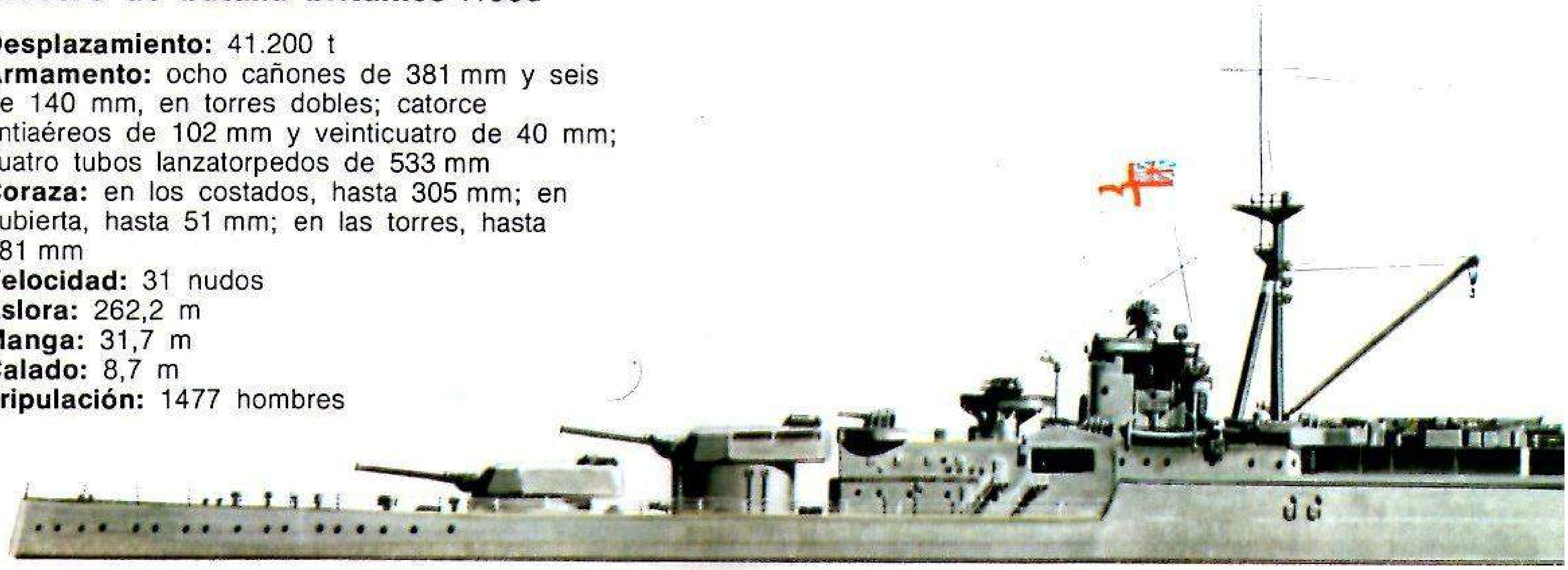
realizarse sobre todo en el Atlántico Norte, en donde será más efectiva debido a que es aquí donde confluyen todas las líneas comerciales inglesas.»
Hasta ese momento ya se habían llevado a cabo diversas operaciones similares. Con todo, desde que los británicos situaron buques de guerra junto a los mercantes de los convoyes, los alemanes no habían conseguido éxitos señalados. Pues aunque los ingleses no disponían más que de viejos navíos de la primera Guerra Mundial, los cruceros pesados como el *Hipper* y el *Scheer* o los cruceros de batalla ligeros, como el *Gneisenau* y el *Scharnhorst,* no podían hacer frente a su artillería.
Tan sólo había que contar con las nuevas unidades, el *Bismarck* y el *Tirpitz,* que podían competir con los buques de guerra enemigos. El *Tirpitz,* sin embargo, no entraría en servicio hasta el otoño de 1941.
Quedaba únicamente el *Bismarck.* Cuando, en los albores de 1941, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* resultaron dañados por ataques aéreos enemigos, la asistencia correspondió al crucero pesado *Prinz Eugen.* En la orden del Mando naval se formulaba un plan de ataque en el que se decía que debía procederse al «empleo del *Bismarck* sólo en relación con un buque de guerra que acompañase a un convoy». Este «en relación» quería decir que el *Bismarck* se ocuparía del navío de guerra, mientras que el *Prinz Eugen* trataría de desarticular entretanto el resto del convoy enemigo. Pero, ¿qué ocurriría si los transportes iban escoltados por varios buques de guerra? El plan de operaciones también incluía esta posibilidad: «En el caso de que el combate sea inevitable deberá llevarse a cabo recurriendo a todos los efectivos disponibles.»

Lütjens se ofrece

Este era el dilema. El *Bismarck* tenía que combatir, pero sólo contra un enemigo y únicamente como factor de distracción. Sin embargo, cuando el Almirantazgo británico tuvo noticia de esta estratagema y de que el *Bismarck* se había hecho a la mar, se ocupó de que el buque alemán no se encontrase tan sólo con un navío de guerra británico, sino con varios al mismo tiempo. A poder ser, con todos los disponibles. El Mando naval alemán lo había previsto, y el propio almirante Lütjens debió de haber pensado en ello, cuando, una semana antes de la partida, había confiado a un amigo sus temores: «Para mí está claro que, tarde o temprano, caeré víctima de los ingleses, a la vista de la desigualdad de fuerzas. Por mi parte, doy por concluida mi vida individual.»

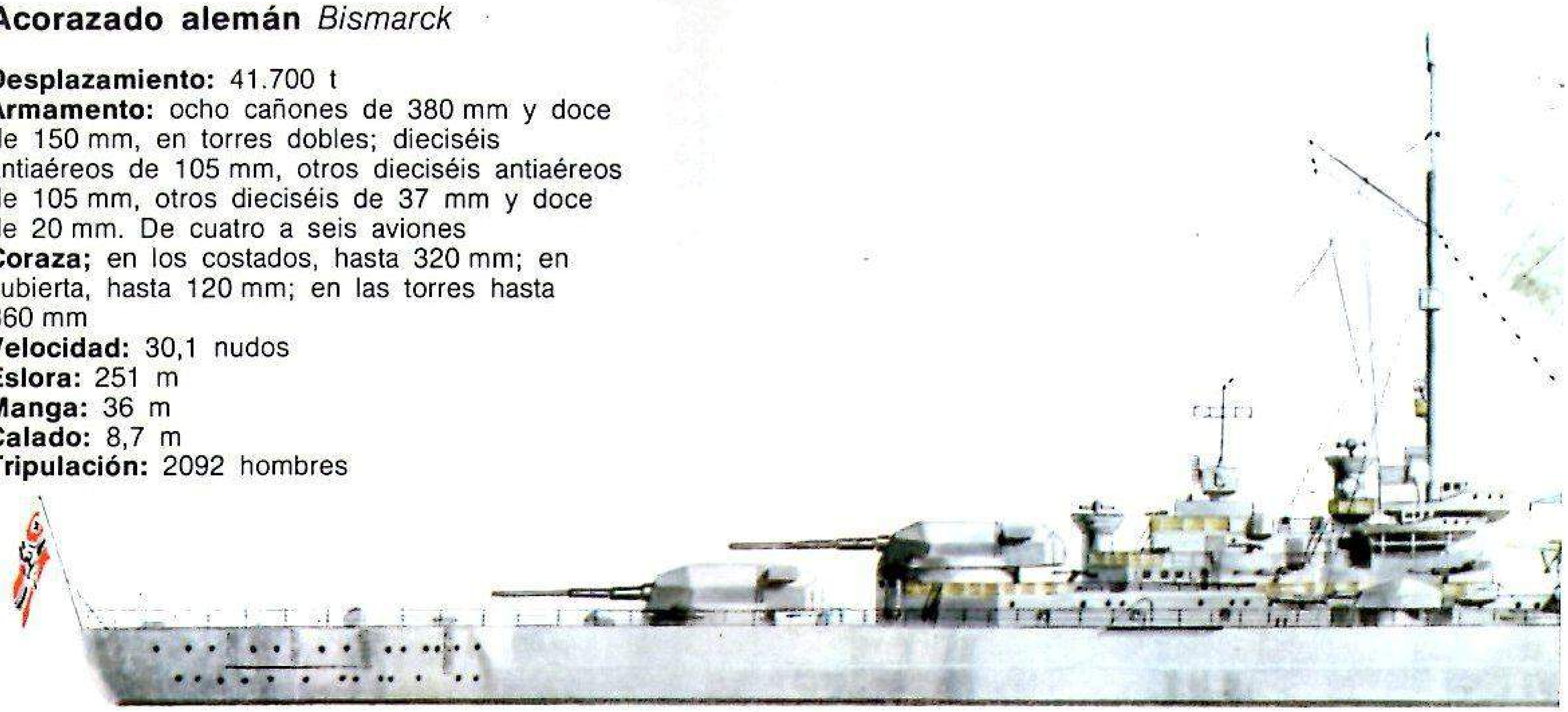
Crucero de batalla británico *Hood*

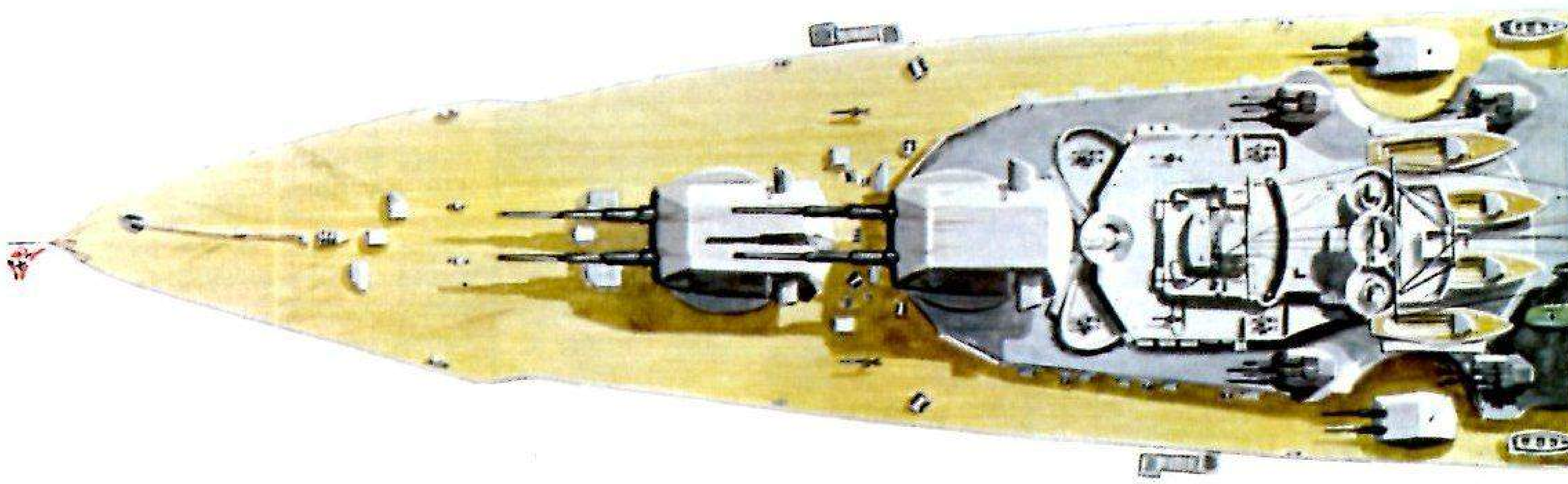
Desplazamiento: 41.200 t
Armamento: ocho cañones de 381 mm y seis de 140 mm, en torres dobles; catorce antiaéreos de 102 mm y veinticuatro de 40 mm; cuatro tubos lanzatorpedos de 533 mm
Coraza: en los costados, hasta 305 mm; en cubierta, hasta 51 mm; en las torres, hasta 381 mm
Velocidad: 31 nudos
Eslora: 262,2 m
Manga: 31,7 m
Calado: 8,7 m
Tripulación: 1477 hombres

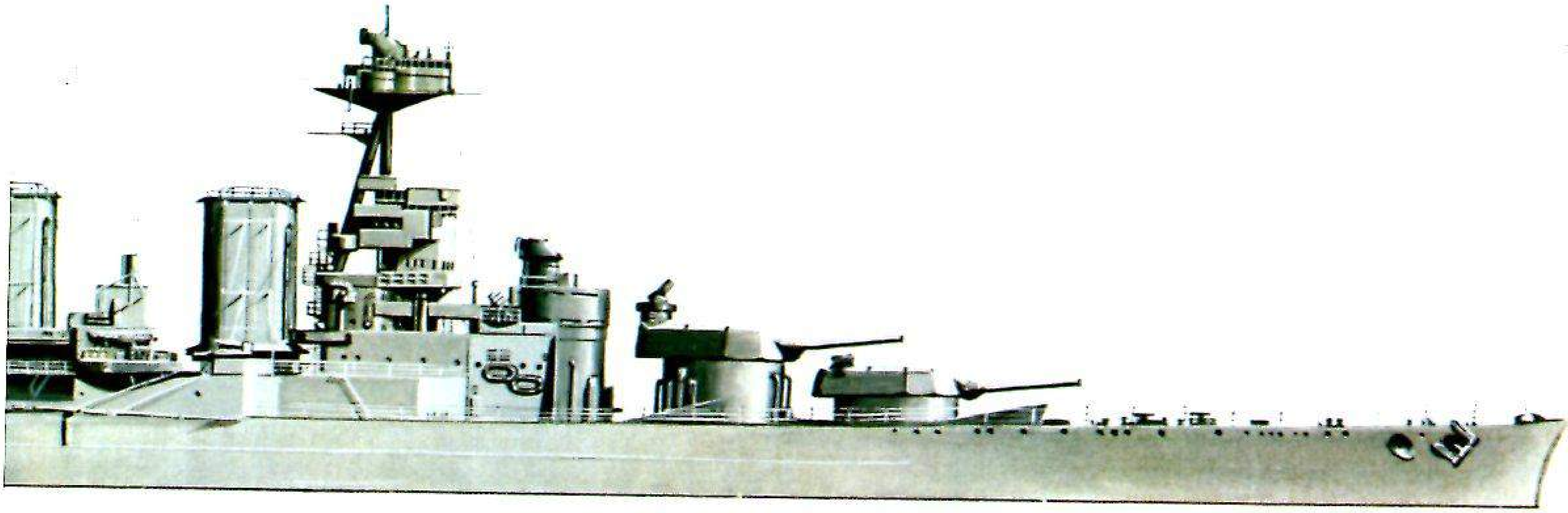


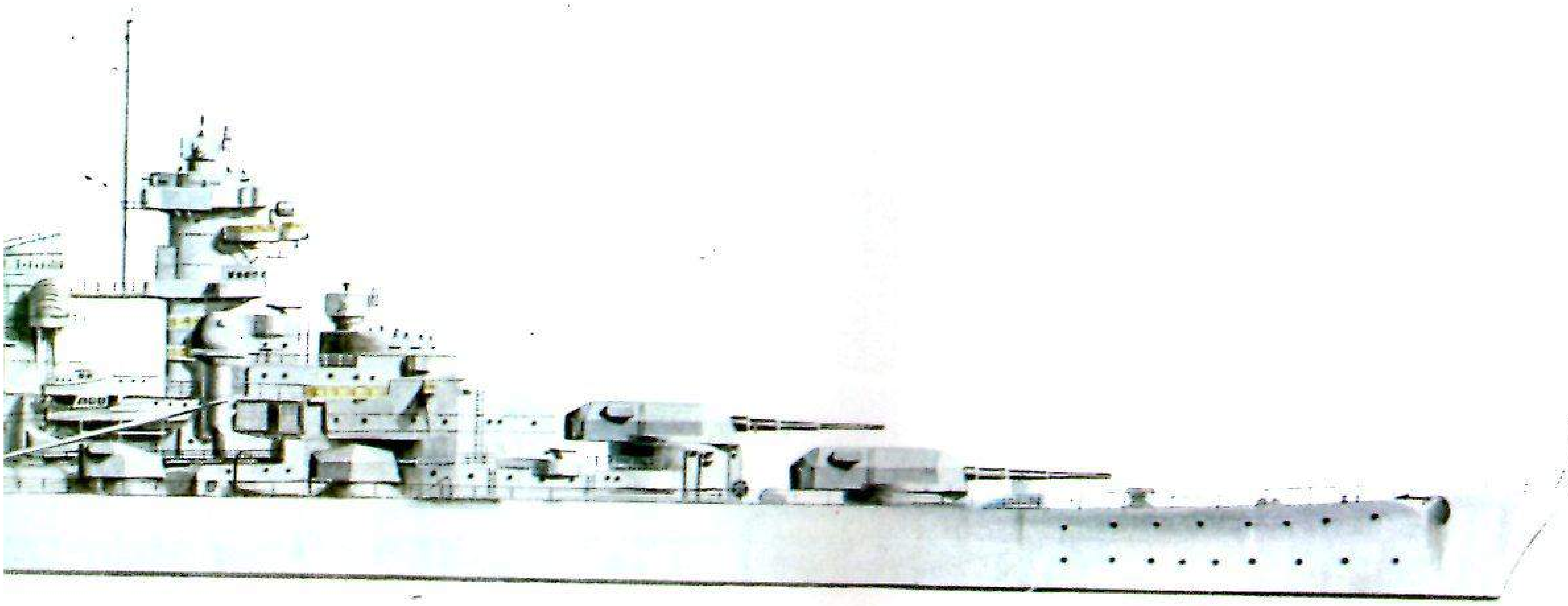
Acorazado alemán *Bismarck*

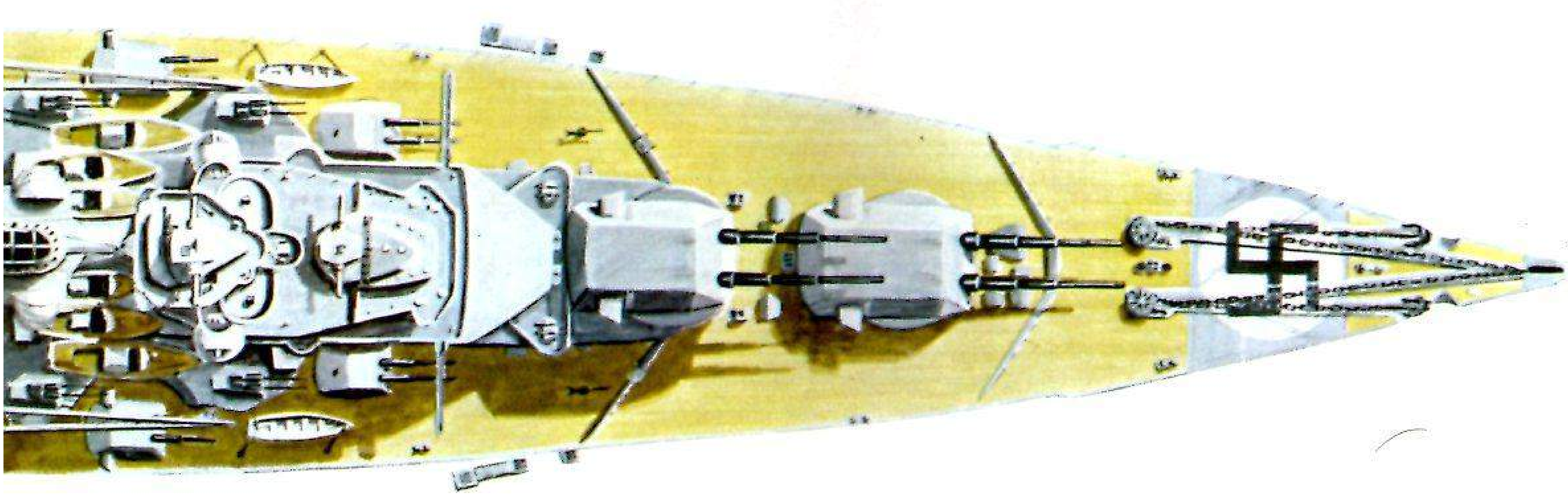
Desplazamiento: 41.700 t
Armamento: ocho cañones de 380 mm y doce de 150 mm, en torres dobles; dieciséis antiaéreos de 105 mm, otros dieciséis antiaéreos de 105 mm, otros dieciséis de 37 mm y doce de 20 mm. De cuatro a seis aviones
Coraza; en los costados, hasta 320 mm; en cubierta, hasta 120 mm; en las torres hasta 360 mm
Velocidad: 30,1 nudos
Eslora: 251 m
Manga: 36 m
Calado: 8,7 m
Tripulación: 2092 hombres











Los preparativos para la Operación «Rheinübung» iban adelante. Vapores de reconocimiento, cargueros y buques de apoyo se dirigían a sus posiciones. El 18 de mayo de 1941, el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* abandonaban la base naval de Gotenhafen, antigua Gdynia, luego llamada Gdingen y hoy hoy nuevamente Gdynia, cerca de Danzig.

Frente a la costa, el acorazado y el crucero realizaron hasta llegar la noche varios ejercicios conjuntos. Al oscurecer, ambos viraron y pusieron rumbo a Arkona. En este punto se encontraron con destructores y otros buques, entre ellos minadores. Según una orden del Mando para la Seguridad del mar Báltico (BSO), todo el tráfico mercante había sido retirado del Gran Belt y del Kattegat, y el acceso a ambas zonas había quedado prohibido, por razones secretas, durante la noche del 19 al 20 de mayo y por toda la mañana siguiente.

Al amanecer el día 20 las unidades de guerra alemanas se encontraban ya en el Kattegat. Ante las costas suecas fueron acompañadas durante un largo trecho por el portaaviones *Gotland,* de esta nacionalidad. A la altura de la barrera del Skagerrak el tráfico se hallaba detenido. Once mercantes suecos, finlandeses, daneses y alemanes, esperaban allí a que los minadores dejaran expedito un paso navegable. En el Skagerrak pululaban las barcazas de pescadores. Nadie podría pensar ya en mantener un secreto en torno a la operación.

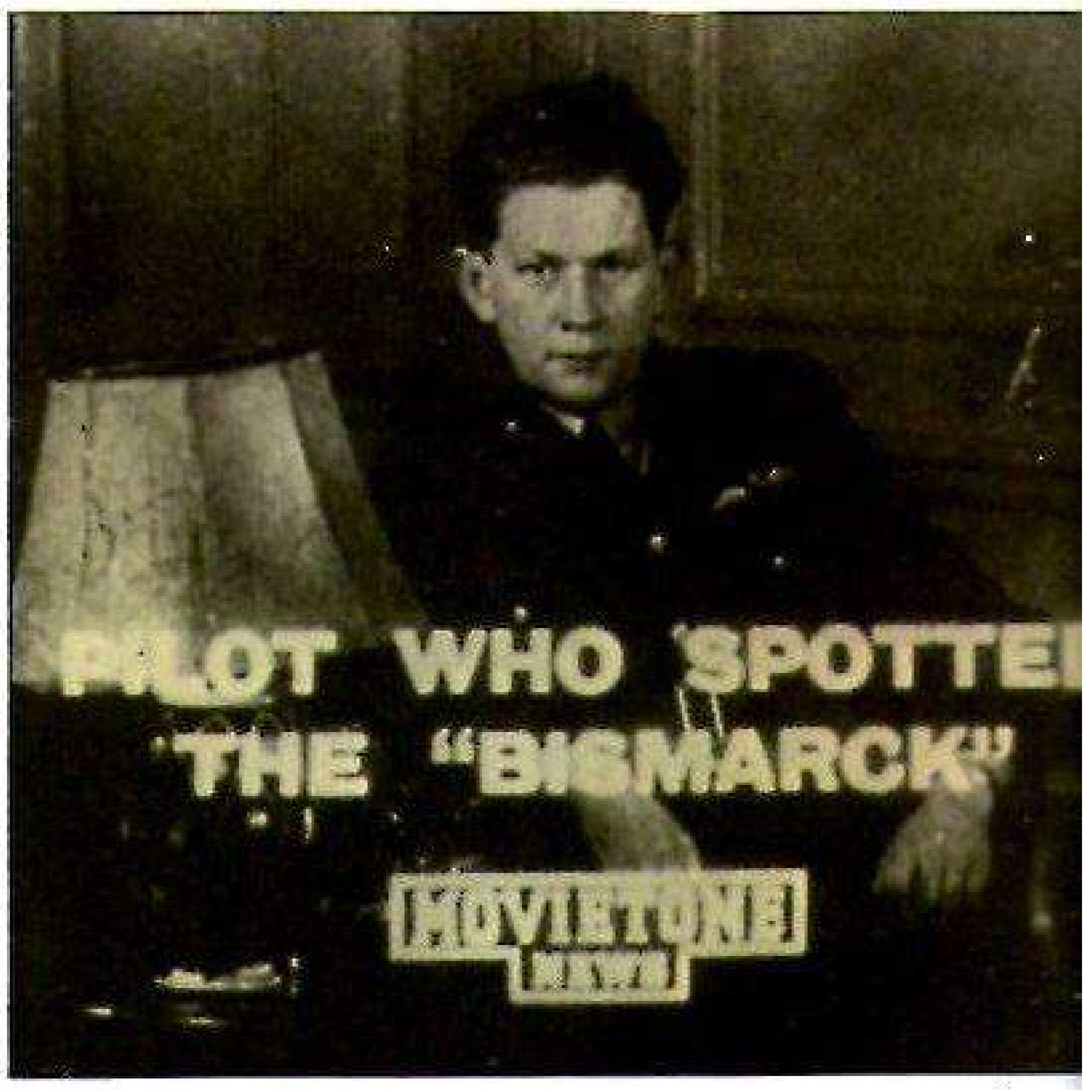
El *Bismarck* echó anclas al sur de Bergen, exactamente en el fiordo de Grimstad. El *Prinz Eugen* y los destructores prosiguieron, con ayuda de prácticos, hacia el norte de Bergen, hasta la bahía de Kalvenes.

Bajo un sol radiante, el acorazado alemán se encontraba no lejos de la orilla. Los noruegos se apiñaban en la ribera para contemplar el grandioso buque. Por supuesto cabía imaginar que entre aquellas gentes hubiera individuos animados por otro interés y que, inmediatamente informasen por radio al Almirantazgo británico de lo que habían visto. A las 13,15 horas el *Bismarck* era fotografiado desde un Spitfire que sobrevolaba la zona. Algo semejante ocurría con el *Prinz Eugen.* El almirante sir John Tovey, jefe de la «Home Fleet», ordenó, al identificar a las unidades de la flota alemana, que el *Suffolk* y el *Norfolk* se situasen en el Canal de Dinamarca. Al tiempo, los cruceros *Arethusa* y *Birmingham* se ocupaban de garantizar la seguridad de navegación al sur de Islandia. Cerca de la medianoche se hacían a la mar el *Hood* y el *Prince of Wales.* A la mañana siguiente fueron avistados por los buques alemanes y los cañones comenzaron a retumbar.

«El *Hood* ha explotado». Con esta noticia se despertó a los jefes de la Marina británica esa mañana, en el Whitehall. Se había perdido el *Hood.* Y el *Bismarck* campaba por sus respetos en el Atlántico Norte. A los pocos minutos –todos los oficiales de alta graduación dormían en el edificio del Almirantazgo– el almirante sir Dudley Pound, el vicealmirante Philipps y sus consejeros se hallaban en torno a la mesa de color verde en el centro del cuarto de operaciones. Los mapas, colgados de las paredes, llevaban prendidas banderitas de colores que indicaban nombres, posiciones, rumbos y velocidades de cada convoy aliado y buques de guerra en todos los mares. También la ruta del *Bismarck* y del *Prinz Eugen* había quedado señalada. El *Norfolk* y el *Suffolk,* a los que se había incorporado el *Prince of Wales,* dañado por el fuego enemigo, transmitían incesantemente datos sobre posiciones.

La respuesta quedaba fuera de discusión: había que dar caza al *Bismarck* con todos los efectivos disponibles. Al caer la tarde, la «Home Fleet» se había hecho a la mar. Al encuentro de los alemanes navegaban el *King George V,* el *Repulse,* el portaaviones *Victorious* y cuatro cruceros ligeros, al mando del almirante sir John Sommerville, que con el crucero de batalla *Renown,* el portaaviones *Ark Royal* y el crucero ligero *Sheffield* se encontraba al oeste de las costas españolas. El almirante había recibido la orden de enfrentarse al *Bismarck.* Al acorazado *Rodney,* que se hallaba a 550 millas al sur junto con tres destructores, se le ordenó también navegar hacia el norte. El acorazado *Ramillies* y el crucero pesado *London,* que escoltaban a sus respectivos convoyes, se incorporaron a la escuadra. No se habló más de asegurar la normalidad de navegación de los mercantes. Literalmente, los ingleses lo abandonaron todo y se dirigieron a la misión considerada como preferente. De las Azores fue convocado igualmente el crucero ligero *Edinburg.* En Halifax se hizo también a la mar el acorazado *Revenge.* El *Nelson,* que se hallaba atracado en Freetown, fue incluido en la operación.

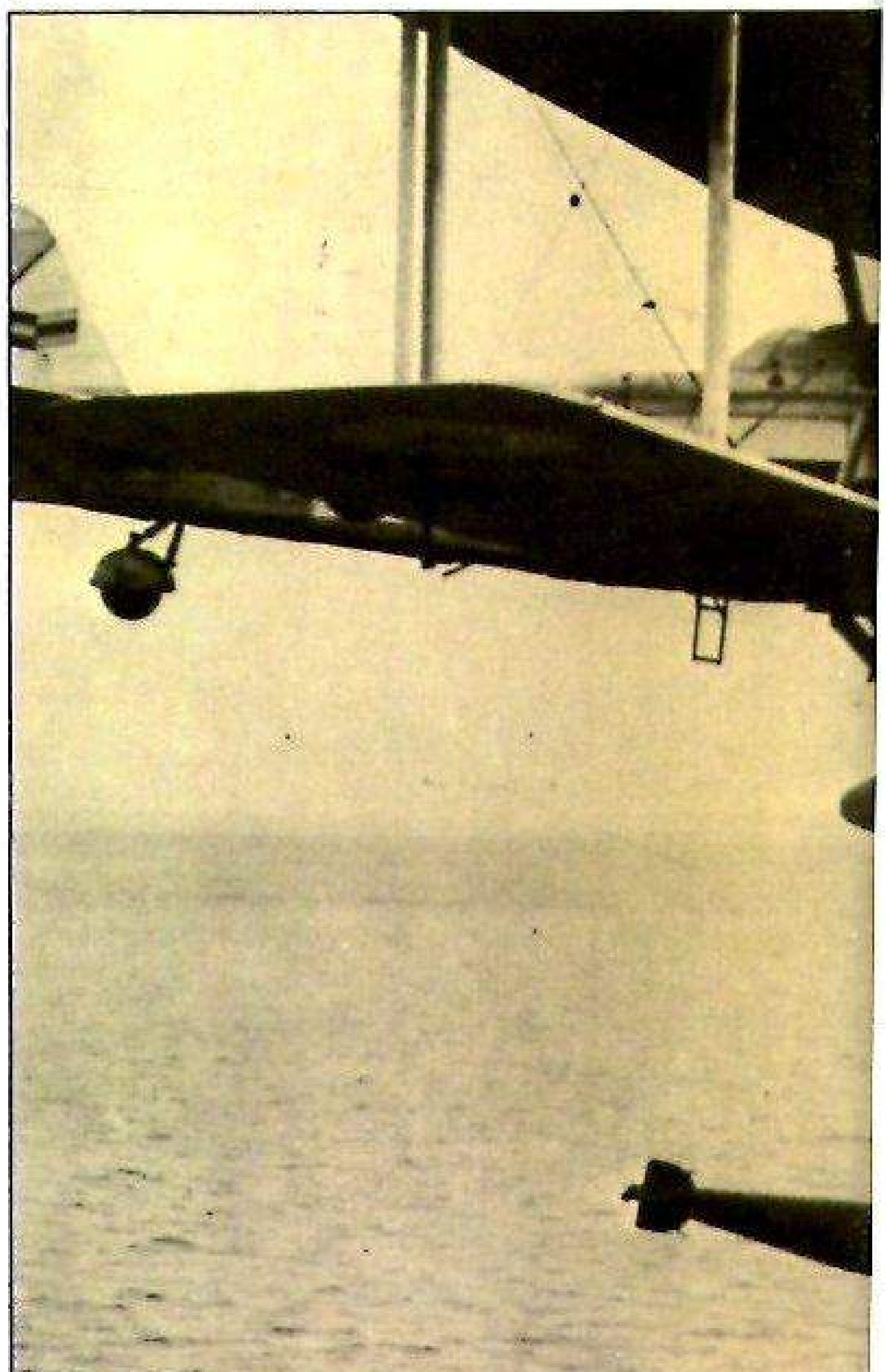
Seis horas después del hundimiento del *Hood,* andaban ya a la caza del *Bismarck* y del *Prinz Eugen.* La zona que debían rastrear los británicos tenía una extensión de un millón de millas cuadradas. A bordo del *Bismarck* y del *Prinz Eugen* no se habían producido bajas entre la marinería. El crucero ni tan siquiera había sufrido un impacto. Pero el *Bismarck* había sido alcanzado, aunque afortunadamente por encima de la línea de flotación. Eso sí, en la proa. Por esta razón el agua que penetraba en el casco, al navegar a toda máquina, había inundado dos secciones: el cabrestante delantero y el circuito eléctrico de las bombas de desalojo. Además los impulsores del aceite de la calefacción hacia la proa

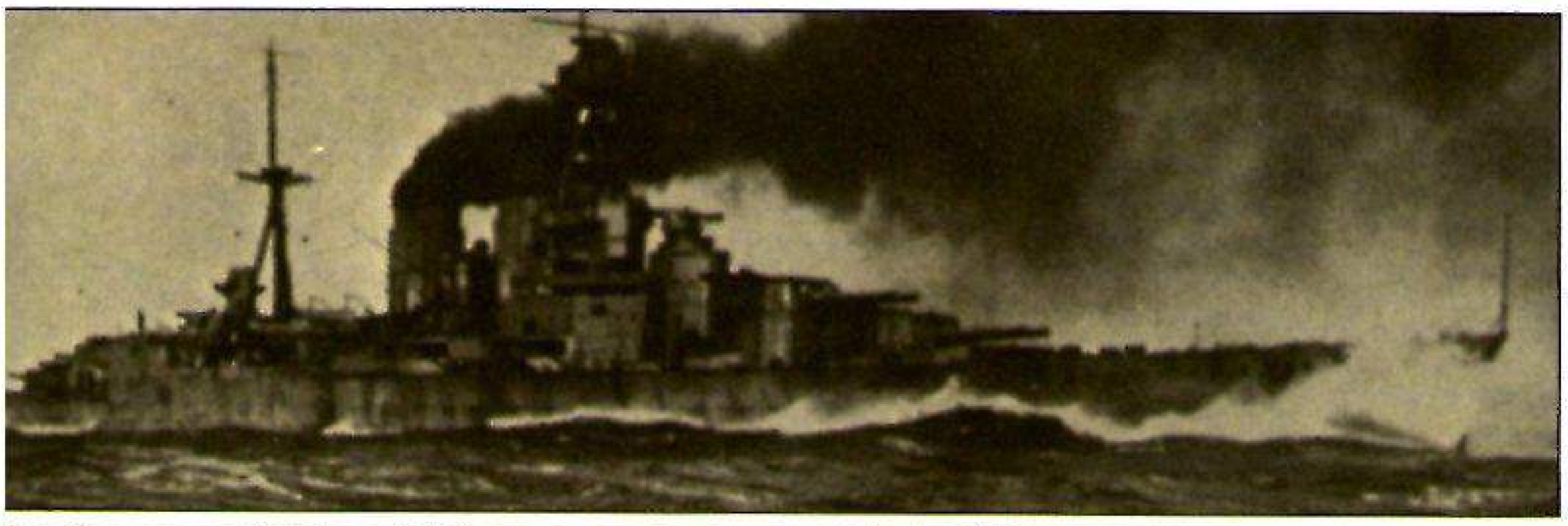


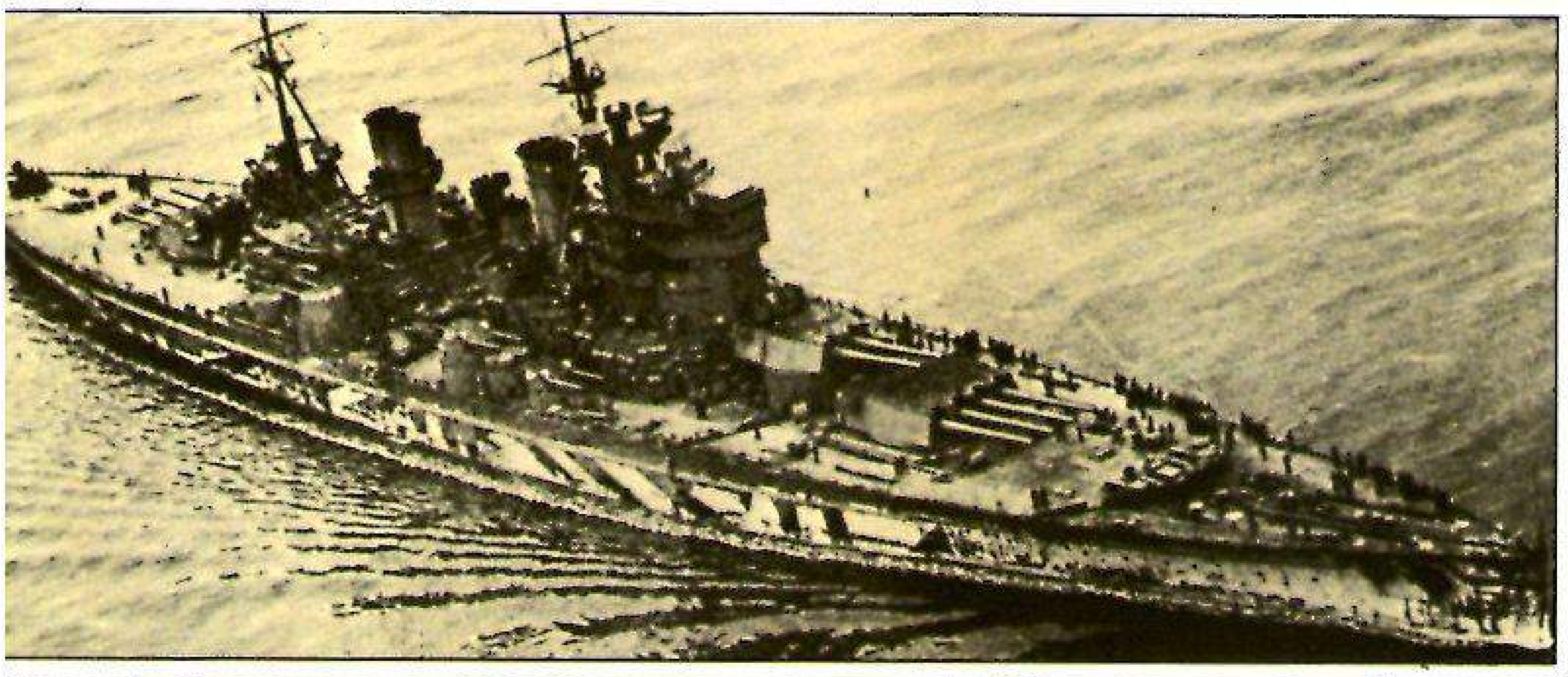
El 25 de mayo los ingleses perdieron momentáneamente el contacto con el «Bismarck». Al fin, un hidroavión lo avistó de nuevo. El piloto apareció en el noticiario cinematográfico británico (arriba).

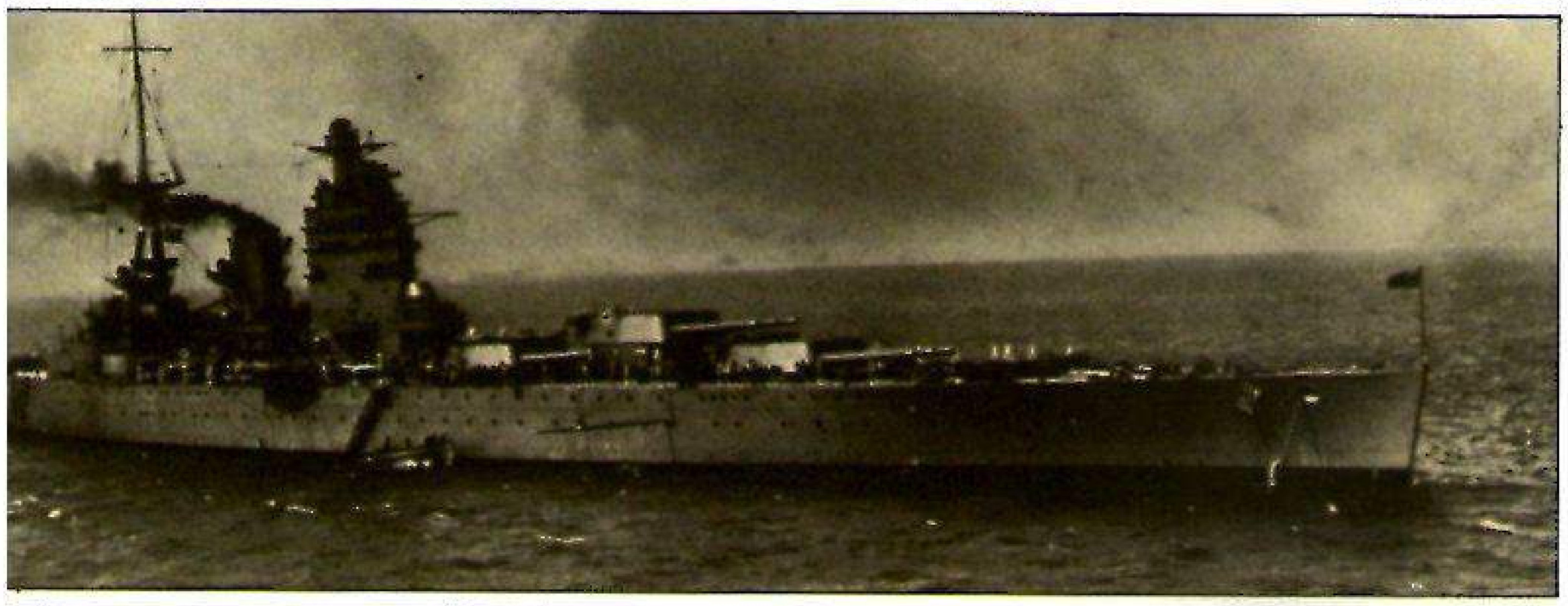
Los rivales del «Bismarck»: de arriba abajo, el crucero «Hood», el acorazado «King George V» –buque gemelo del «Prince of Wales», que tomó parte en el primer combate, al noroeste de Islandia–, y el acorazado «Rodney».

Aparatos «Swordfish» procedentes del portaaviones «Ark Royal» atacan al «Bismarck» en la tarde del 26 de mayo. Uno de ellos logró un impacto directo que destrozó el mecanismo del timón.







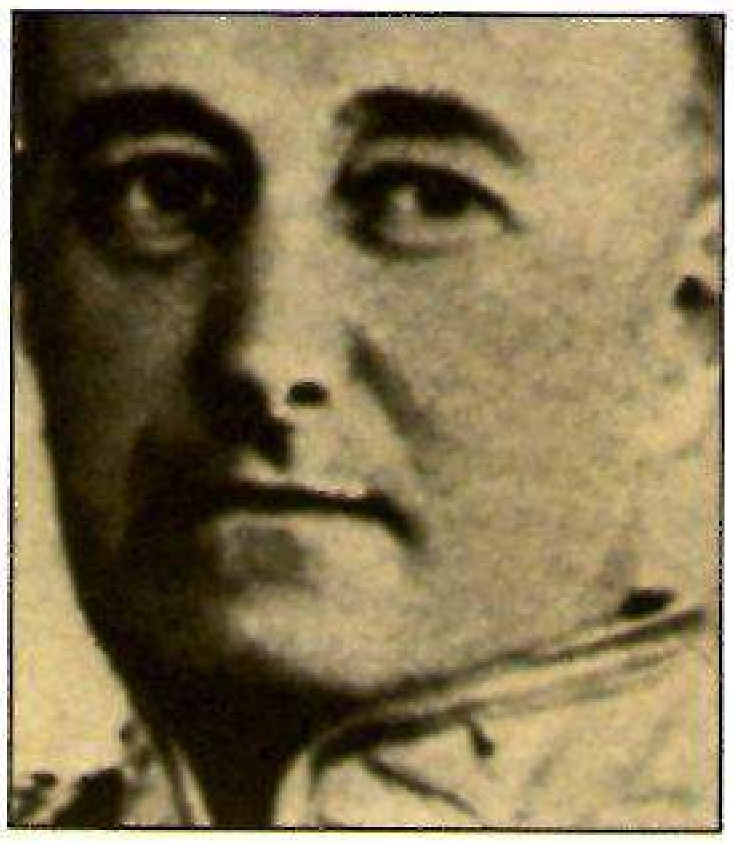








El almirante Günther Lütjens (arriba) desempeñaba el mando de las unidades alemanas. El almirante sir John Tovey (arriba a la izquierda) dirigió la operación de acoso contra el «Bismarck».



El vicealmirante L. E. Holland, que pereció en el hundimiento del «Hood».

estaban atascados. Mil toneladas de aceite habían quedado inutilizadas. En la proa del buque se habían alojado un total de 4000 toneladas de agua de mar. La dotación en pleno trataba de bombear el agua hacia afuera y el aceite hacia los depósitos. Una segunda granada había dañado también seriamente, a babor, el circuito eléctrico número cuatro, que tuvo que abandonarse como irreparable. El cuarto de máquinas número dos y la sección auxiliar de calderas de babor se hallaban sobrecargadas. La línea de flotación se mantenía inclinada de dos a tres grados hacia delante y el buque escoraba nueve grados a babor. La hélice de estribor giraba fuera del agua. Los pañoles de las secciones II y III de estribor estaban inundados. La decisión de anegarlos se había adoptado para reducir la escora. En la estela del *Bismarck* aparecía una enorme mancha de aceite. El buque navegaba a 28 nudos en lugar de a 30. A las 7,01 horas de la mañana, el acorazado mandó a tierra un mensaje radiado en el que daba cuenta de los daños sufridos. En él se incluían también estas palabras: «Propósito arribar St. Nazaire. *Prinz Eugen* guerra de cruceros.»

Aplazada la guerra de cruceros

El Mando naval alemán sabía ahora que los daños que sufría el *Bismarck* eran de tal envergadura que el jefe de la flota estaba obligado a retirar el buque insignia del combate con el fin de que se le practicasen las oportunas reparaciones. En consecuencia, el *Prinz Eugen* debería continuar en solitario la Operación «Rheinübung». El crucero pesado se separó del *Bismarck* al caer la tarde. Luego, emprendió viaje hacia las Azores, en cuyas cercanías se encontraba el buque de apoyo encargado de proporcionarle combustible. Durante la navegación se comprobó que la hélice de estribor había sufrido desperfectos a causa del hielo en el Canal de Dinamarca. El cojinete de la bomba de refrigeración echaba fuego. La turbina de baja presión situada a babor vibraba excesivamente.

El *Prinz Eugen* decidió poner proa hacia Brest, y el 1 de julio, a las 19,30, entraba en los astilleros. La guerra de cruceros quedaba aplazada.

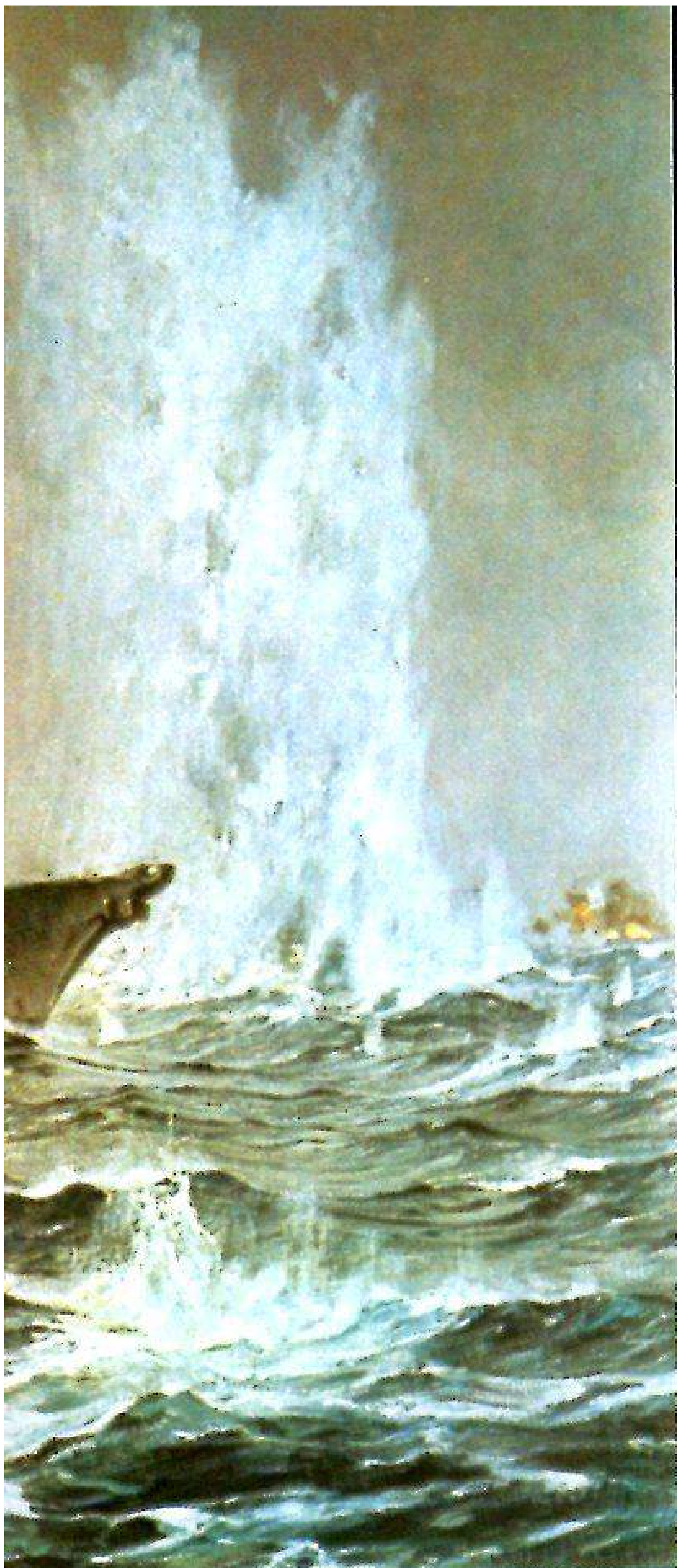
El *Bismarck*, por su parte, siguió con rumbo sur. Ya muy avanzada la noche, aunque dada la latitud el cielo se mantenía claro, el buque se encontró con el guardacostas americano *Medoc*, que inmediatamente dio la noticia a los británicos. Así supo el Almirantazgo inglés que el *Bismarck* operaba en solitario. El capitán Bovell, comandante del *Victorious*, que se encontraba a una distancia de 120 millas a las 22,00 horas, ordenó



El buque de guerra en la pintura

Desde muy antiguo, la pintura ha plasmado en sus marinas buques de airosas velas o poderosos vapores mercantes. Sin embargo, el motivo de mayor ascendiente entre los pintores ha sido el buque de guerra, desde la fragata «Príncipe de Brandenburgo disparando sus cañones», hasta «El acorazado de Su Majestad Guillermo II, envuelto en densa humareda negra». Estas imágenes florecieron incluso durante la segunda Guerra Mundial, cuando la técnica había desplazado al romanticismo de los mares. En la misma línea se incluyen estas reproducciones que reflejan la victoria y muerte del «Bismarck».





Izquierda: el «Bismarck» en la batalla decisiva contra los acorazados británicos «Rodney» y «King George V». Pintura de Claus Bergen, propiedad de la Escuela Naval de Flensburg-Mürwik.

Abajo, en el centro: el «Bismarck» es avistado por un hidroavión «Catalina» de la RAF. Dibujo del pintor británico de marinas Norman Wilkinson.

Abajo: hundimiento del «Hood». Tres acuarelas obra de J. C. Schmitz, que siguió el combate desde la cubierta del crucero «Prinz Eugen». Cuando apareció por primera vez este reportaje pictórico en la revista ilustrada «Signal», Schmitz hizo que el comandante del «Prinz Eugen» testificase la autenticidad de la escena recogida por sus pinceles. «Los tres momentos corresponden al disparo de una andanada por el 'Bismarck' cuando aún persiste la humareda de la anterior. – La explosión a bordo del 'Hood', se representa con un gran realismo. Yo personalmente la vi así. –El acorazado de la clase del 'King George' –en realidad se trataba del 'Prince of Wales' (N. de la R.)– pasa junto al 'Hood', que se hunde. La proa del buque alzándose sobre el agua, la vi también. Era un espectáculo terriblemente grandioso.»











que despegaran 9 aviones torpederos del tipo *Swordfish* y 6 *Fulmars.* A las 23,30 se encontraban sobre el *Bismarck.* En vuelo rasante emprendieron el ataque contra el acorazado. Con todo, sólo un torpedo llegó a alcanzarlo y explotó causando daños superficiales en lo alto del mástil anterior. Entretanto, el Grupo Oeste del Mando naval alemán en el Atlántico organizó una cadena de seis submarinos que deberían prestar protección al *Bismarck.* El buque averiado tuvo suerte: los ingleses lo perdieron de vista en sus pantallas y el acorazado logró escapar.

A toda máquina, el *Norfolk* se dirigió al oeste en búsqueda incesante. El *Suffolk* se orientó hacia el sudoeste; el *Prince of Wales,* dañado por el enemigo, tomó la ruta del sur. El *Ramillies* cambió su rumbo y se dirigió hacia el noroeste para cortar el paso al *Bismarck,* que se encaminaba hacia el centro del Atlántico. Pero el *Bismarck* no aparecía por ningún lado. La radio británica escudriñaba el éter en busca de alguna señal, a pesar de que los radiotécnicos estaban convencidos de que el acorazado que ya sabría que era perseguido, no iba a dar señal alguna de su posición.

En contra de esta hipótesis el *Bismarck* envió un mensaje por radio. Lütjens tenía en un alto concepto el radar inglés, y suponía que aquella «cosa maravillosa» habría detectado hacía tiempo la localización exacta de su buque y, por tanto, no era necesario mantener por más tiempo el silencio. En consecuencia envió por radio un mensaje en el que se especificaban datos sobre acciones, estado del buque, ruta y otros pormenores.

Las víctimas del acoso: marineros supervivientes del «Bismarck» son izados a bordo de un destructor inglés.



Los vencedores: marineros ingleses levantan el dedo como signo de victoria tras el hundimiento del «Bismarck».

El Almirantazgo británico, que interceptó el mensaje, lo envió inmediatamente a sus unidades.

Extrañamente no se comunicó la posición del *Bismarck* sino tan sólo el rumbo. A bordo del *King George V* el mensaje se recibió de forma defectuosa y así se transmitió a otras unidades. De nuevo el *Bismarck* había tenido suerte, pero por última vez.

Domingo, 25 de mayo de 1941. El buen ánimo es evidente a bordo del acorazado. Los hombres están orgullosos de su victoria sobre el *Hood*. Tras rechazar el ataque de los aviones torpederos había quedado bien a las claras que el navío estaba también capacitado para resistir ataques aéreos. Ese mismo domingo el almirante Lütjens, celebraba su cumpleaños. En una alocución dirigida a sus marineros les dio las gracias por las felicitaciones y les expresó su complacencia por el valor manifestado hasta el momento por la tripulación. «Hemos de contar con nuevas persecuciones –les dijo–. Se trata de elegir la victoria o la muerte. Pero, antes de perecer, lograremos aún aniquilar a muchos enemigos y llevarlos con nosotros.»

Chalecos salvavidas bajo las guerreras

Esas palabras fueron como una ducha de agua fría. Lütjens no era un gran orador. ¿Había dicho aquello por propia iniciativa o más bien había interpretado una orden superior? ¿Estaba dando a entender el almirante que la Operación «Rheinübung» había fracasado, o que iba a fracasar sin remedio? En este sentido todo estaría muy en consonancia con la afirmación de su jefe supremo, el almirante Raeder, quien, al estallar la guerra, dijo: «No podemos triunfar, sólo morir con honra.»

Por su parte, la tripulación del *Bismarck* perdió con el discurso de Lütjens la confianza total en la victoria. Los oficiales del navío se colocaron el chaleco salvavidas bajo las guerreras.

Así transcurrió la noche sin que se produjese ningún acontecimiento. A las 3 de la madrugada, un hidroavión del tipo *Catalina* despegaba de la base aérea de Lough Erne, en Irlanda del Norte. A las cuatro rodaba por la cubierta del *Ark Royal* un aparato de reconocimiento provisto de radar y, poco después, se elevaba sobre las nubes en vuelo hacia el norte.

A las 10,25 la suerte estaba echada sobre el *Bismarck*. Pese al mal tiempo, el vicealmirante Sommerville envió en su busca los aviones torpederos del *Ark Royal*. Los aparatos emprendieron el ataque, pero no contra el *Bismarck*, sino contra el *Sheffield*, distante sólo 20 millas. El crucero británico tuvo una enorme suerte, puesto que, debido a su elevada sensibilidad magnética, la mayor parte de los torpedos explotaron antes de que tocaran el buque. Así logró maniobrar fuera de la zona atacada.

La segunda oleada de aviones torpederos, provistos esta vez de espoletas, fueron guiados por el *Sheffield* hacia el *Bismarck*.

Durante media hora los aparatos atacaron en formación. Pegado a un antiaéreo de 37 mm, instalado en cubierta, a babor, se encontraba el cabo Georg Herzog. Éste pudo ver cómo dos aviones envueltos en la granizada de proyectiles, descendían hasta casi rozar las olas. Debido a que el vuelo era tan rasante su ametralladora antiaérea no podía alcanzarlos.

Mientras uno de los *Swordfish* se lanzaba contra el centro del barco, el otro se mantenía a la expectativa. Todos los hombres de servicio en el antiaéreo contemplaron cómo partían los torpedos de los aviones y cómo caían en el mar. Herzog fue lanzado sobre sus camaradas. El *Bismarck* sufrió una enorme sacudida y a duras penas pudo enderezarse. A través de la cortina de agua que se levantó, Herzog pudo observar cómo un avión volaba en picado hacia la popa del buque. Acto seguido notó cómo el acorazado escapaba a toda máquina del ataque enemigo. Luego ya no oyó ningún avión más. Habían desaparecido tan misteriosamente como habían llegado. A bordo del *Bismarck* callaron las armas. Pero, ¿por qué razón viraba el buque? ¿Por qué navegaba en círculo?

El maquinista jefe Wilhelm Schmidt, recibió el aviso: «Hemos sido alcanzados por un torpedo, posiblemente en popa. A babor el timón ha quedado inutilizado.» A pesar de los denodados esfuerzos que se realizaron no se pudo conseguir mantener el curso sudeste. Impelidos por la necesidad no hubo más remedio que navegar contra corriente hacia el noroeste. ¡Y al encuentro de los ingleses!

A las 23,40, Lütjens ordenó enviar el siguiente mensaje radiado: «El buque no puede maniobrar. Lucharemos hasta la última granada. Viva el *Führer*.» Hitler contestó con este otro: «Toda Alemania está con vosotros. El cumplimiento de vuestro deber dará fuerzas a nuestro pueblo en la lucha por su identidad.»

Esa misma noche llegaban a su encuentro los destructores. Sus nombres eran *Piorun, Zulu, Maori, Sikh* y *Cossack*. El *Bismarck* se defendió con fuego de precisión y los destructores dispararon sin éxito sus torpedos. Al clarear el día desaparecieron de la zona. Del puente llegó una voz de mando: «Detened todas las máquinas.»

La caza había terminado. En poco tiempo, el enemigo volvería con sus buques. El *Bismarck* se encontraba dentro del radio de acción de los bombarderos alemanes, pero la *Luftwaffe* no tenía noticia del drama que se desarrollaba en torno al acorazado. No cabía esperar ayuda.

A las 8,15 sonó la alarma. En el horizonte podía divisarse el crucero pesado *Norfolk* y detrás de él los acorazados *Rodney* y *King George V*. El *Bismarck* se puso en movimiento tratando de mantener en lo posible un curso adecuado y al tiempo facilitando el disparo a la artillería de a bordo.

El desigual combate comenzó a las 8,47. A poco, el *Bismarck* sufrió un impacto en las torres de proa. Con ello quedaba destruido uno de los puntos neurálgicos del gigante. La batalla si es que se podía llamar así, se convirtió en una verdadera matanza, que se prolongó hasta las 10: más de una hora. Una granada de 400 mm, de más de una tonelada de peso, lanzada por el *Rodney*, estalló junto a la torre Anton e hizo saltar por los aires el entramado de acero de la torre Bruno, que fue a dar contra el puente. Casi todos los oficiales y marineros que se encontraban en él murieron en el acto. Otra granada destruyó todos los instrumentos de medición. La torre Dora recibió un impacto de lleno que afectó a la sala de máquinas y a la de la calefacción.

A pesar de ello el *Bismarck* se resistía a morir. No se hundió inmediatamente, ni siquiera cuando el crucero *Dorsetshire* lanzó contra él varios torpedos desde una distancia reducida. Durante años se ha mantenido la polémica sobre si realmente fueron los torpedos ingleses los que echaron a pique el acorazado o si más bien la causa de su hundimiento fue la voladura ordenada por el comandante.

Antes de que el crucero disparase la salva definitiva, el mando dio una orden: «Todos los hombres fuera del buque.»

Eran las 10,40 del 27 de mayo de 1941.

De los 400 marineros del *Bismarck* que nadaban alejándose del acorazado, el crucero *Dorsetshire* rescató a 85 y reemprendió viaje. El motivo aducido era que había sido avistado un submarino alemán. En realidad, como se supo después, no había ningún sumergible en varias millas a la redonda. El destructor *Maori* salvó a 25. A las 19,30 apareció en el lugar el *U-74* y rescató a 3 marineros que flotaban en una lancha. A la mañana siguiente el buque de observaciones meteorológicas *WBS 7* izó a bordo a otros 2 hombres que también se habían salvado en un bote neumático.

☐

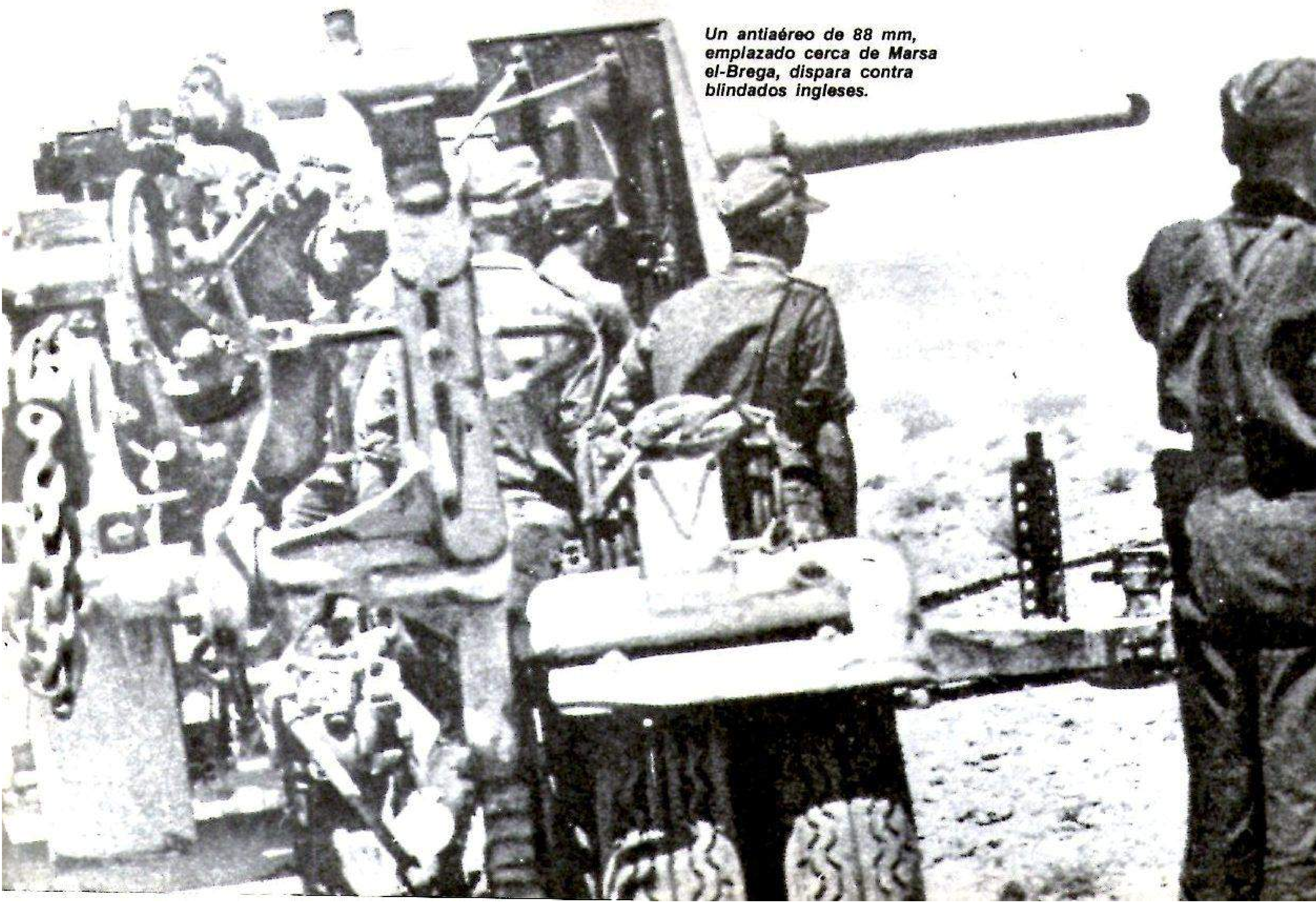
Los "zorros del desierto" II



A diferencia de Rommel, sir Claude Auchinleck llevó a cabo su contraofensiva en el desierto desde su cuartel general instalado en El Cairo.

LA BATALLA DEL DIA DE

Wulf Weiter



Un antiaéreo de 88 mm, emplazado cerca de Marsa el-Brega, dispara contra blindados ingleses.

La ofensiva de Rommel emprendida en marzo de 1941 se convirtió inesperadamente en avance arrollador. Con la toma del Paso de Halfaya, las tropas alemanas se situaban, el 15 de abril, en la frontera egipcia. En mayo los ingleses recuperaron el paso, pero lo volvieron a perder pocos días más tarde. También fracasó el intento británico de forzar la entrada en esta posición clave, intento que, con el nombre de Operación «Battleaxe», se produjo el 15 de junio. Sin embargo, dentro del territorio controlado por los alemanes se mantenía en pie el reducto de Tobruk. El 18 de octubre los ingleses desencadenaron la Operación «Crusader», durante la que se produjo la «batalla del Día de Difuntos». A finales de año Rommel se encontraría nuevamente en El-Agheila, punto de partida de su ofensiva.

DIFUNTOS

Una noche de noviembre en el desierto libio. El cielo está oscuro y la temperatura es helada. La Sección I del 8.º *Panzerregiment,* rastrilla el terreno a la búsqueda del enemigo. Es el 22 de noviembre de 1941.

De repente, ante los cañones de los carros *III y IV,* aparece una formación muy apretada de otros blindados. Al principio sólo se destacan sus siluetas difuminadas en la noche, oscura como la boca de lobo. Pero aquellos carros tenían un aspecto demasiado extraño... A pocos metros de distancia los soldados alemanes reconocieron lo que se



les venía encima: se trataba de vehículos ingleses. Con todo, no se produjo ni un solo disparo. Quizás el desconcierto era tan grande entre los británicos como entre los germanos. El comandante alemán, Fenski, decide rápidamente tomar la iniciativa. Al mando de su carro se dirige hacia el centro de la formación enemiga, mientras transmite por radio órdenes precisas a los demás. En cosa de minutos sus carros circundan a los ingleses, proyectando sobre ellos sus reflectores. Al propio tiempo el ayudante, teniente Beck, lanza bengalas blancas.

Los soldados de las unidades acorazadas inglesas se convencen entonces de que los zorros del desierto de Rommel los tienen cercados. Por el flanco norte algunos carros *Mark II* tratan de romper el bloqueo, pero se lo impiden los cañones alemanes. «Disparad solamente sobre los que traten de escapar», ordena Fenski a través de la radio. Luego añade: «Que los comandantes de carros echen pie a tierra, tomen sus metralletas y procedan a hacer prisioneros. Los de transmisiones y de tiro que permanezcan en los vehículos.»

Algunas dotaciones inglesas se defienden con armas de infantería. Se producen bajas en ambas partes. Un capitán inglés incendia tres carros antes de ser abatido. Pero, con todo, la espina dorsal de la unidad inglesa se ha visto quebrada por el cerco de cañones amenazadores. Sólo un suicida podría jugar a ser héroe en una situación semejante.

Operación «Crusader»

Así terminó la Brigada acorazada inglesa. Un general de Brigada, 17 oficiales y 150 suboficiales cayeron en poder del comandante Fenski. Como botín, los alemanes se apoderaron de 35 carros de combate y numerosos vehículos de campaña.

El comandante Fenski moriría al día siguiente en otro combate similar. Su ataque fulminante decidió la primera fase de la Operación «Crusader», mediante la cual el nuevo comandante supremo inglés en el Norte de África, sir Claude Auchinleck, designado por Churchill, pretendía obligar a los alemanes a levantar el sitio de Tobruk y expulsar a germanos e italianos de Cirenaica. El 18 de noviembre, bajo una lluvia torrencial, se ponía en marcha aquel poderoso ejército de casi mil carros blindados. El Cuerpo acorazado XXX británico, avanzó hacia el sur, para cambiar luego de rumbo hacia el noroeste, hacia Sidi Rezegh y Tobruk, a fin de cercar al Afrikakorps alemán (DAK) con el auxilio de la guarnición cercada desde hacía siete meses. Al tiempo, la División 2 neozelandesa, mandada por el general Freyberg, trataba de conquistar el Paso de Halfaya y Sollum, trazando un estrecho arco hasta la costa.

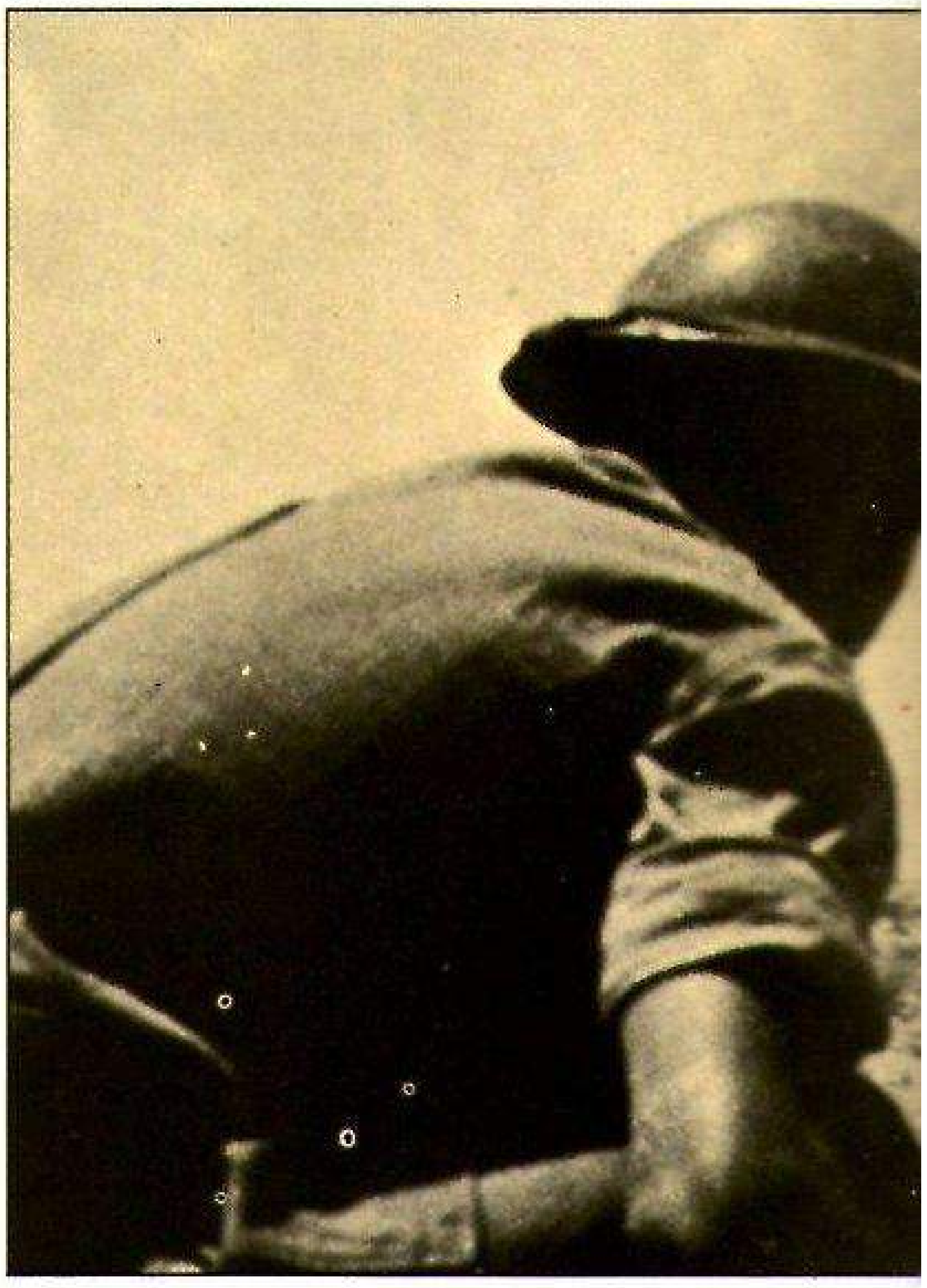
Efectivamente los carros de Cunningham alcanzaron Sidi Rezegh. Los combatientes cercados en Tobruk podían oír el fragor de la lucha. En la noche del 20 de noviembre éstos lograron salir de su encierro y, cruzando a toda prisa las posiciones de la División italiana «Bologna», consiquieron aniquilar dos batallones. Pero la Sección 3 de reconocimiento impidió que continuase la penetración.

En vista de su inferioridad numérica, Rommel sólo podía optar por una táctica que, de todas formas, coincidía plenamente con su modo de ser natural: jugárselo todo a una carta, operando con el grueso de sus fuerzas, y aniquilar, una a una, todas las formaciones enemigas. El supuesto previo para esta operación era que Cunningham lanzase al combate sus brigadas una tras otra. El británico le daría, en efecto, ese gusto.

Nuevamente la estratagema resultó favorable al Afrikakorps: según los planes debía quedar cercado, pero al final él cercó al enemigo. Sin perder contacto con éste, el teniente general Crüwell, jefe del DAK consiguió llevar la 15.ª *Panzerdivision* hacia el este sin que se percataran los ingleses y cambiar la disposición en el flanco del Cuerpo que había penetrado más profundamente. De repente, Cunningham se vio aprisionado por las tenazas que formaban la 15.ª y la 21.ª *Panzerdivisionen*. La noche en la que el comandante Fenski rodeó y aniquiló a la Brigada acorazada 4 británica fue la anterior a la decisión final. El día siguiente era el domingo 23 de noviembre. Día de Difuntos.

Paul Carell narra los pormenores de los combates mantenidos en aquella jornada en su libro *Los zorros del desierto.* «Fue una batalla como jamás había presenciado aquel desierto del Norte de África en su dilatada historia de sangre. Protegidos por los cañones de sus carros, 'cocineros' alemanes colocaban granadas de mano bajo las cadenas de los *Mark II* y de los pequeños *Honey,* recién salidos de las fábricas americanas de armamento y trasladados al desierto hacía pocas fechas. Las baterías de cañones contracarros lanzaban constantemente su metralla hasta reventar. Los hombres de la 2.ª Compañía del Regimiento África 361, saltaban, cubiertos por el fuego de lanzagranadas ligeros, sobre los caros ingleses, abrían la escotilla, eliminaban a los ocupantes con las paletas de zapadores y se unían al combate con los carros tomados al enemigo: en el



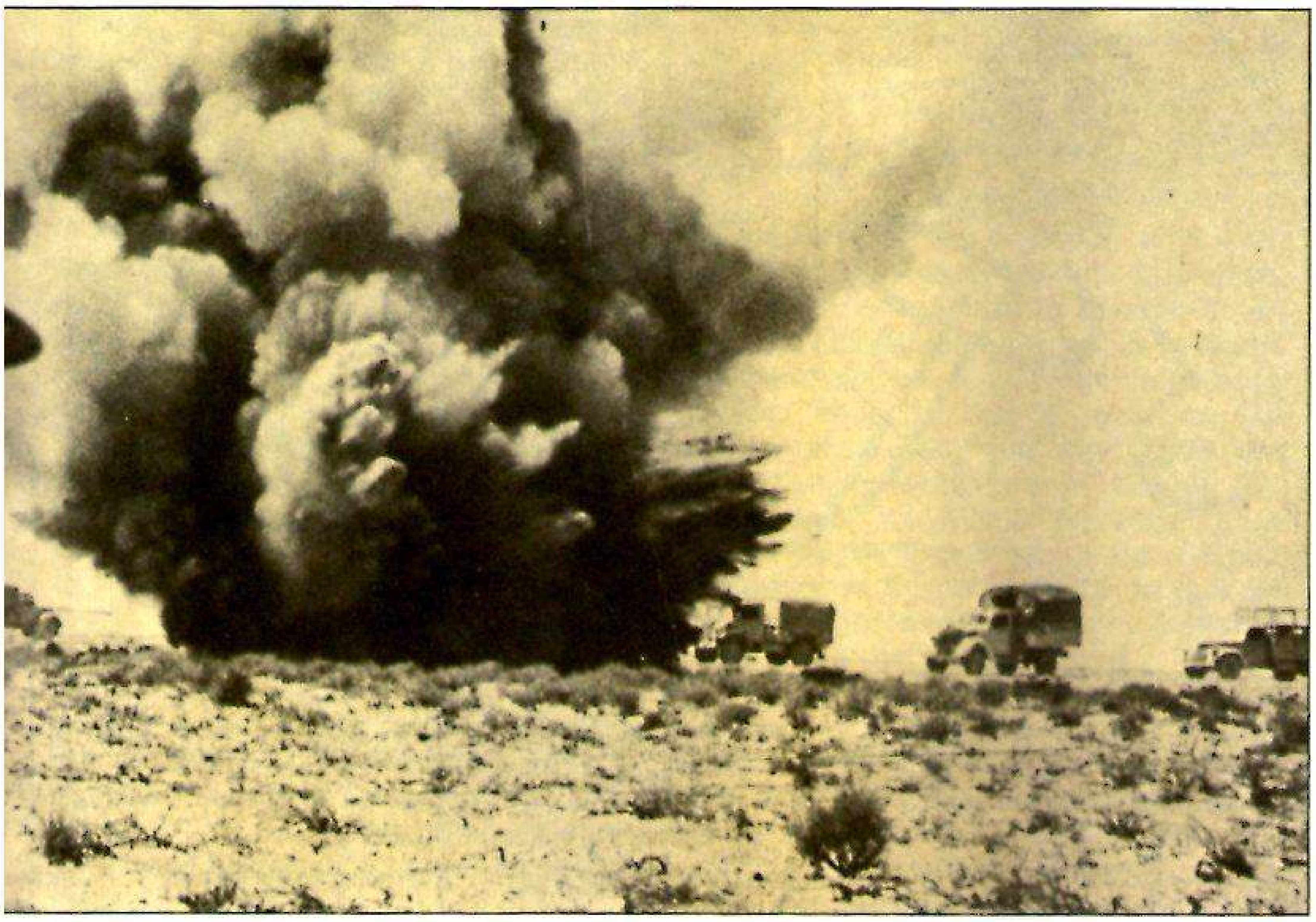


Escenas del otro campo: un retrato del Duce ligeramente retocado contribuye a la diversión de los soldados británicos (arriba a la izquierda).

Rommel perfeccionó la operación de minado en sus «jardines diabólicos». Zapadores británicos dejan expedito un paso por un campo minado. Como instrumento de detección se sirven de sus bayonetas (arriba derecha).

Una columna de aprovisionamiento británica sometida al fuego artillero alemán (arriba).





Tobruk todas las unidades motorizadas y mecanizadas. ¡Todo a una carta! ¿No había tenido suerte hasta entonces? Sin embargo, la situación se presentaba esta vez muy complicada. Atacaba un enemigo muy resuelto que, como Rommel, era partidario de la aplicación de tácticas consideradas heterodoxas. Cunningham, hermano del jefe supremo de la Flota británica en el Mediterráneo, tan sólo pensaba en mantenerse a la defensiva, en vista de las elevadas pérdidas de carros que había experimentado. Repliegue, levantamiento de una línea defensiva en el Nilo, salvar lo salvable... En El Cairo, Auchinleck subió a un avión y voló hacia la guarnición principal establecida en el desierto. Desde hacía largo tiempo era un gran amigo de los hermanos Cunningham, pero ahora esa amistad estaba a punto de perderse. En el campo de batalla decidió reemplazar a Cunningham por el general Ritchie, su segundo en el Estado Mayor. Su orden fue: no limitarse a una defensa sino atacar con todas las fuerzas disponibles.
Mientras Rommel presionaba hacia el este con casi todos sus efectivos, cruzando la frontera egipcia al sur de Sidi Omar y causando una grave confusión en la retaguardia británica, el Cuerpo acorazado XXX británico se reagrupaba a sus espaldas y se dirigía nuevamente hacia Tobruk, ahora defendido por una débil guarnición armada. También los neozelandeses de Freyberg marchaban hacia el oeste. Rommel iría a dar también en el flanco de la División 4 india cerca de Sidi Omar. La guarnición de Tobruk cruzó el debilitado cerco en torno a la población y fue al encuentro de los neozelandeses.

desierto la furia de la guerra era incontenible. Por la noche, los comandos alemanes, provistos de mantas, pasaban como una exhalación por el campo de batalla una vez abandonado y retiraban a los heridos que no habían muerto de frío. Estos confiaban en que, al día siguiente, sus amigos o sus enemigos los encontrarían y se ocuparían de ellos. Las víctimas de la batalla se limitaban a temblar, a rezar o, simplemente, a esperar callados que llegara la muerte. En sus labios no había más que una sonrisa o una maldición contra la guerra...»
Ese domingo de difuntos hizo honor a su nombre. Las unidades inglesas cercadas se defendieron desesperadamente. A pesar de formar parte de un ejército orgulloso, se vieron obligadas a huir: habían caído en la trampa y hasta habían quedado en inferioridad de condiciones, ya que en el momento oportuno entró en combate, en auxilio del DAK, la División acorazada italiana «Ariete».
Hasta muy entrada la noche, la amplia llanura al sur de Sidi Rezegh se vio cubierta por el polvo y el humo procedentes del escenario de la lucha. Cientos de vehículos blindados ardían en el desierto. A su lado yacían los muertos, amigos y enemigos entremezclados.
A la mañana siguiente, el teniente general Crüwell informaba a su jefe, Rommel, que el enemigo había sido aniquilado en Sidi Rezegh.
Pero en el este resistían aún los neozelandeses de Freyberg, que habían sorteado Sollum y el Paso de Halfaya; y al otro lado se mantenía también la División 4 india.
Era típico de Rommel que él, acto seguido, decidiese retirar del cerco de

Se pierde la hegemonía en el aire

Uno de los motivos del rápido deterioro de la situación fue la pérdida de la hegemonía aérea, antes en manos de alemanes e italianos. Sólo quien tuviese el dominio del aire podría atacar sin posibilidad de réplica al enemigo por los flancos... Los bombarderos y los «Jabos» no cejaban de hostigar en aquellos momentos a las tropas en plena marcha infligiéndoles graves pérdidas. Justamente Rommel perdió en aquella situación el contacto con sus unidades. Al norte de Sidi Omar tuvo que quedarse su coche blindado con una seria avería de motor. Temblando de frío el comandante supremo trataba de mantenerse impertérrito en el desierto. Al mismo tiempo el *Mammut* de Crüwell se perdió por aquellos parajes. La dotación del carro de combate encontró al cruzar una carretera un vehículo alemán: precisamente el auto averiado de Rommel. «Llévennos, por



Un soldado británico se detiene ante la tumba de la dotación de un carro alemán (izquierda).

La División italiana «Ariete» y la División acorazada 21 alemana someten a un duro ataque a las unidades inglesas cerca de Bir el-Gobi y Sidi Rezegh (abajo).

Estado del frente en enero de 1942. Los británicos se encontraban a las puertas de El-Aghella. Los ocupantes del Paso de Halfaya capitularon el 17 de enero. Las unidades situadas junto a Sollum suspendieron la lucha el día 2 (abajo).

favor», dijo Rommel sonriendo. Mientras proseguían el viaje, el vehículo se introdujo inopinadamente, por dos veces, entre las columnas de carros de combate ingleses. En plena oscuridad los británicos no distinguieron la cruz alemana en los costados del carro intruso. Era una situación realmente increíble. Tras un largo recorrido sin rumbo fijo, los dos generales alemanes lograron por fin encontrarse con una unidad alemana.

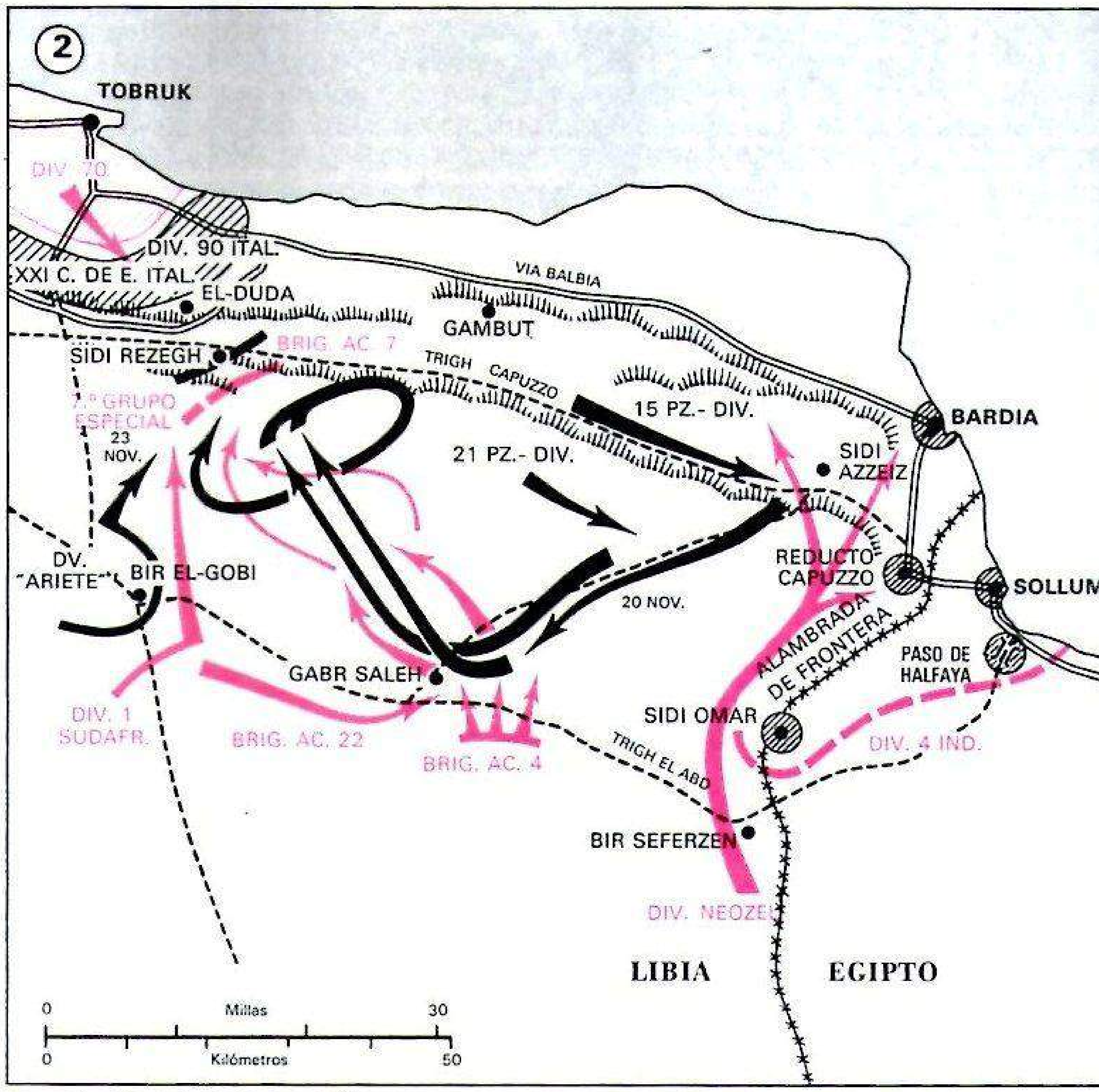
Entretanto la 1.ª *Westphal,* que atendiendo a las órdenes de su comandante había acosado en vano, tuvo que actuar por su cuenta. A la vista de lo dudoso de la situación en la zona de Tobruk, terminó por ordenar, a través de la radio, que se procediese a un repliegue de las divisiones acorazadas hacia el oeste.

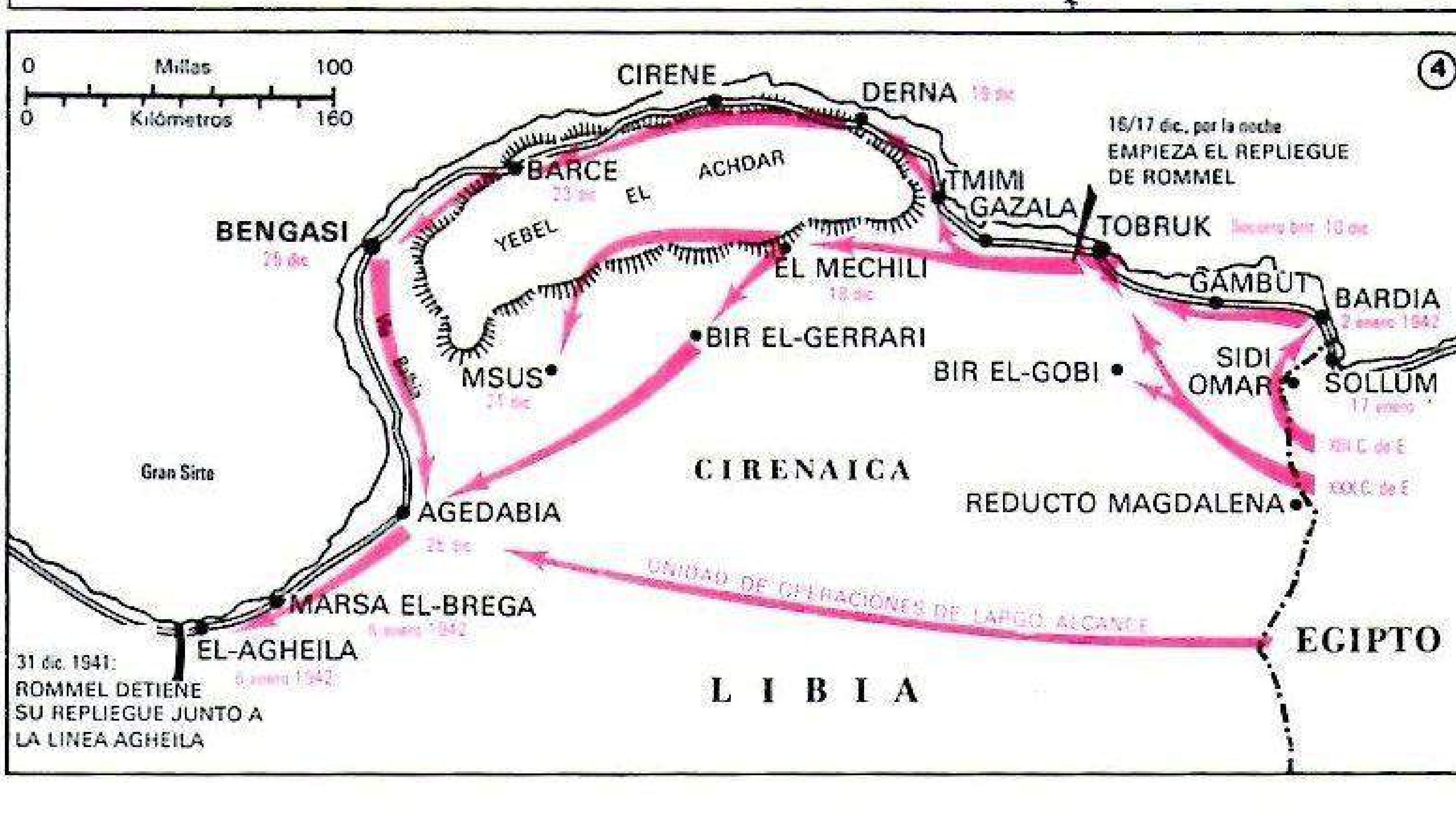
Cuando Rommel lo supo, después de su extravío por el desierto, se puso furioso. Inmediatamente observó el mapa de operaciones, aprobó la orden y se fue a dormir tranquilamente sin decir una palabra. Merecía la pena mantener el cerco de Tobruk. Por su parte, las unidades que habían conseguido romperlo se habían incorporado ya, cerca de Sidi Rezegh, a los neozelandeses de Freyberg.

Según las notas de Churchill se sabe que la 21 división acorazada se hallaba a sólo un cuarto de hora de dos gigantescos depósitos de provisiones ingleses. La pérdida de tales vituallas hubiera significado un rudo golpe para las unidades de Auchinleck, a las que habría dejado en una situación harto difícil, justificando al tiempo la marcha de Rommel hacia el este.

Limitarse, pues, a dejar al enemigo infiltrado y atacarlo en su retaguardia sólo tenía sentido en el caso de que se le pudiese privar del acceso a sus bases de provisión. Pero sin posibilidad de realizar vuelos de reconocimiento, nadie sería capaz de averiguar lo que había más allá del horizonte.

El Afrikakorps atacó de nuevo con toda su potencia: los neozelandeses fueron expulsados violentamente





de Sidi Rezegh, experimentando pérdidas elevadas. Tobruk volvía a quedar aislada y Rommel transmitió por radio un mensaje al cuartel general del *Führer* en Rastenburg: «Hemos conseguido tan gran botín de armas, municiones y vehículos que no hemos podido aún hacer el recuento». Auchinleck, por su parte, volvió a enviar al combate a todos sus efectivos y, bordeando el Cabo de Buena Esperanza, la afluencia de transportes en dirección a Egipto fue ininterrumpida. Hacia el sur continuaban su marcha nuevas unidades acorazadas, el Cuerpo XXX quedó concentrado junto a Bir el-Gobi. La orden de Rommel fue la de siempre. ¡Atacar!

«El enemigo en completa retirada»

En cualquier caso se estaba aún a tiempo de abandonar la zona al este de Tobruk: tan sólo quedaba un angosto corredor entre El-Duda y Sidi Rezegh. Aquí precisamente fue a dar con todo su ímpetu el DAK en su penetración hacia el sur. El cerco de Tobruk se rompió. Hacia el este, en Sollum y en torno al Paso de Halfaya, las unidades alemanas se mantuvieron replegadas, frente a un enemigo superior en efectivos. Pero venían padeciendo desde hacía ya tiempo un severo racionamiento de agua y víveres, tanto en Sollum como en el Paso de Halfaya, bajo la responsabilidad del comandante Bach, conocido como el «pastor del purgatorio»...

El 1 de diciembre Auchinleck volaba de nuevo de El Cairo al cuartel general en campaña; miró a Ritchie por encima del hombro y echó a andar. El 12 de diciembre sir Claude Auchinleck escribía a Churchill: «El enemigo se encuentra a todas luces en franca huida hacia el oeste... Nosotros lo perseguimos con la asistencia masiva de la RAF pisándole los talones.»

En la práctica, la batalla de Bir el-Gobi también estaba perdida para los alemanes. Durante quince días el DAK se mantuvo en combate sin interrupción alguna. Las unidades alemanas, exhaustas, no cejaban en la lucha y volvían a enfrentarse una y otra vez con los ingleses. Bajo la presión del general Crüwell los ingleses iniciaron un repliegue. El jefe de acorazados vio en ese momento la ocasión de tender un nuevo cerco y pidió la colaboración de las divisiones italianas «Ariete» y «Trieste» por los flancos. El comandante italiano del Cuerpo, Gambara, se limitó a responder fríamente que sus divisiones se hallaban fuera de combate. Crüwell, por su parte, atosigaba a Rommel con un insistente mensaje enviado por radio: «¿Dónde está Gambara?» Llegó a convertirse en una frase célebre. Pero Gambara no apareció. Ni tampoco los refuerzos.

Ante Bir el-Gobi cada vez había más carros detenidos; destrozados sin combustible. La División 70 de infantería británica, por su parte, partió otra vez de Tobruk en dirección a Sidi Rezegh.

Rommel decidió replegarse. Había perdido, según Churchill, 33.000 hombres y 3000 carros. Una vez más su dos divisiones se encontraban sin comandante. El general Ravenstein (21 Pz.-Div.) cayó en poder de los neozelandeses y fue retenido como prisionero; el general de división Neumann-Silkow, comandante de la División 15 había perecido en combate, de pie en la torreta de su carro de mando, alcanzado de lleno por un impacto. Había sido uno de los más brillantes comandantes del ejército alemán de África, sencillo y muy querido de sus soldados.

Rommel abandona la Cirenaica

El repliegue de las unidades exhaustas desde la Cirenaica fue una operación aún mayor que el mismo avance. Amenazada constantemente por la aviación de combate, en peligro permanente de quedar rodeada por el enemigo, la retaguardia logró que las tropas se retirasen ordenadamente detrás del desfiladero de Marsa el-Brega. Para Rommel, tras lo ocurrido en Bir el-Gobi, no cabía ya la menor duda de que se acabaría por ceder toda la Cirenaica. De Roma llegó el mariscal italiano conde Cavallero y elevó una protesta; se daba por descontado que le apoyaba en esta actitud el propio Gambara. Sin embargo Rommel permaneció firme en su decisión: Era mejor perder la Cirenaica que permitir la destrucción de todo el Ejército del Norte de África.

A finales de diciembre volvían a encontrarse en el punto del que habían partido nueve meses atrás. Pero no todos regresaron. Algunas compañías volvieron con solamente 10 ó 20 hombres... Las tumbas de los demás quedaron diseminadas entre El-Agheila y la frontera egipcia, resultado de una guerra absurda. Al mismo tiempo sus compañeros se morían de frío en Rusia, vistiendo uniformes de verano porque el *Führer* había ordenado que fuesen derrotados los «infrahombres» del Ejército soviético antes de que irrumpiese el invierno.

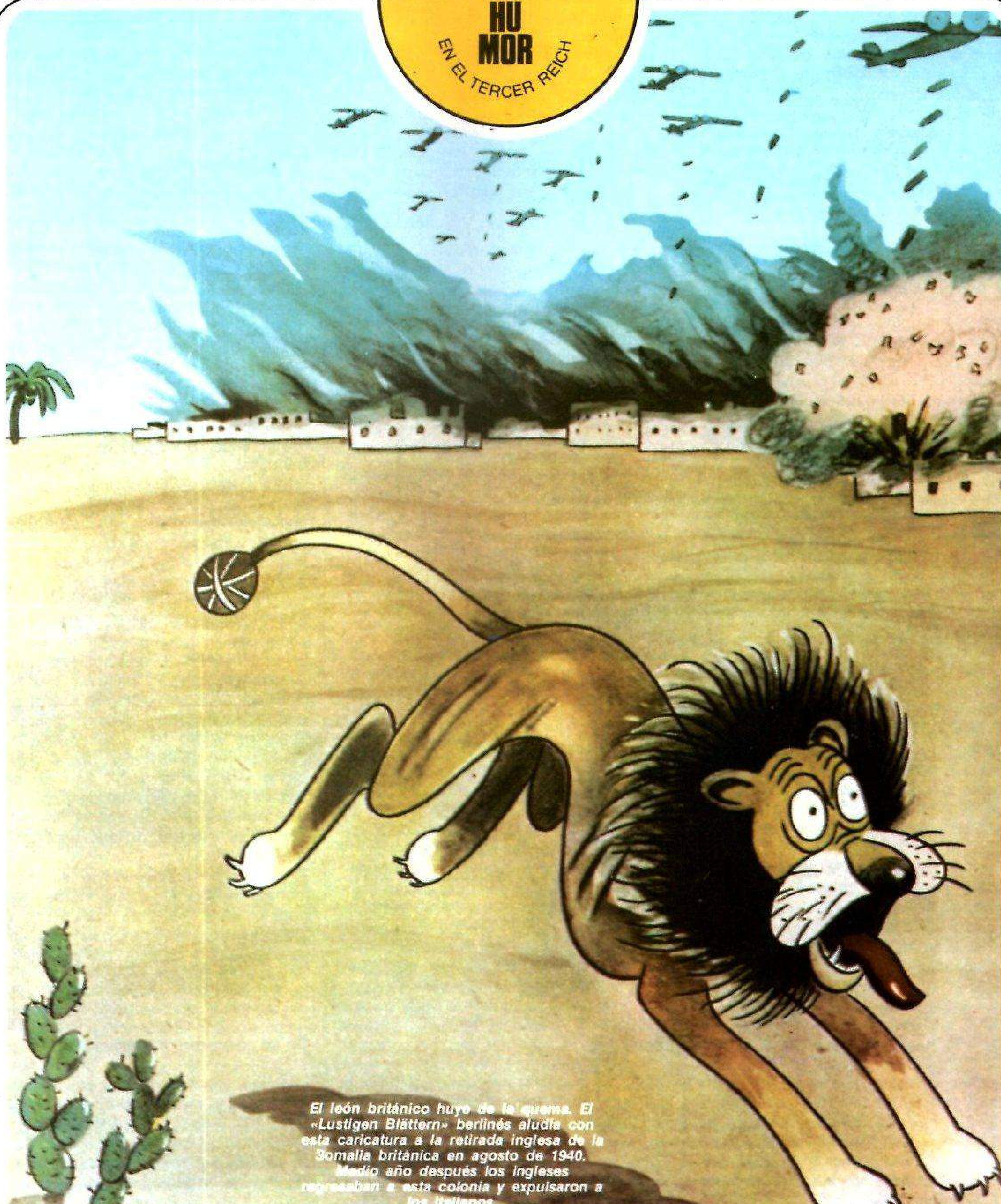
Todo aquello fue tan absurdo y tan triste que permanece en el recuerdo de todos. Al tiempo la actitud de aquellas tropas, merecedoras de toda admiración, fue tal que aceptaron el tener que atrincherarse, tras nueve meses de campaña, en la zona de Marsa el-Brega y Agedabia, y lograron destruir el poderoso ejército acorazado de Auchinleck. A la medianoche del día de San Silvestre todos los cañones alemanes lanzaron al cielo una salva cerrada y todos los hombres cantaron a una el himno alemán, ensalzando a aquella «Alemania sobre todo» que les había enviado al desierto. La Brigada acorazada 22 británica cablegrafió a El Cairo: «El Afrikakorps alemán cantó ayer por la noche el himno de su país en las posiciones que ocupan. No nos sorprendería, en consecuencia, que estos soldados, mandados por un oficial inquebrantable, estuvieran dispuestos a luchar hasta el final».

En la lejanía, hacia el este, la resistencia continuaba en Sollum y el Paso de Halfaya. El 12 de enero capitularían los restos de las compañías de los oasis números 10 y 12 y el Estado Mayor del batallón de los oasis de misiones especiales número 300, cerca de Sollum, mandado por el capitán Enneccerus. La rendición se produjo cuando se había disparado ya desde el bunker hasta la última bala, e incluso la munición de bengalas... En el Paso de Halfaya el primer batallón del regimiento de fusileros número 104, mandado por el comandante Bach, el «pastor del purgatorio», resistió todavía una semana más. Los alimentos fueron racionados al máximo, pero lo que más atormentaba a los combatientes era la escasez de agua. Los ingleses se habían apresurado a conquistar el único pozo de la comarca. En una operación realizada por fuerzas de choque se logró trasladar a la posición un camión cisterna, pero poco después volvieron a decaer los ánimos. El 17 de enero se rindió aquella tropa desfallecida. El informe oficial alemán de la *Wehrmacht* decía que se había disparado hasta el último cartucho, pero en realidad aún quedaba munición cuando la escasez de agua obligó a la rendición.

El Paso de Halfaya volvió a caer en manos de los ingleses. Nadie habría podido creer en aquel momento que los soldados alemanes osarían levantar cabeza una vez más en los mismos campos de batalla.

En el próximo capítulo:

Los británicos dan por aniquilado al DAK. Con una maniobra sorpresa, Rommel atacará repentinamente en enero de 1942. En mayo cruza la línea de Gazala y, tras los éxitos iniciales, se ve en una situación crítica.

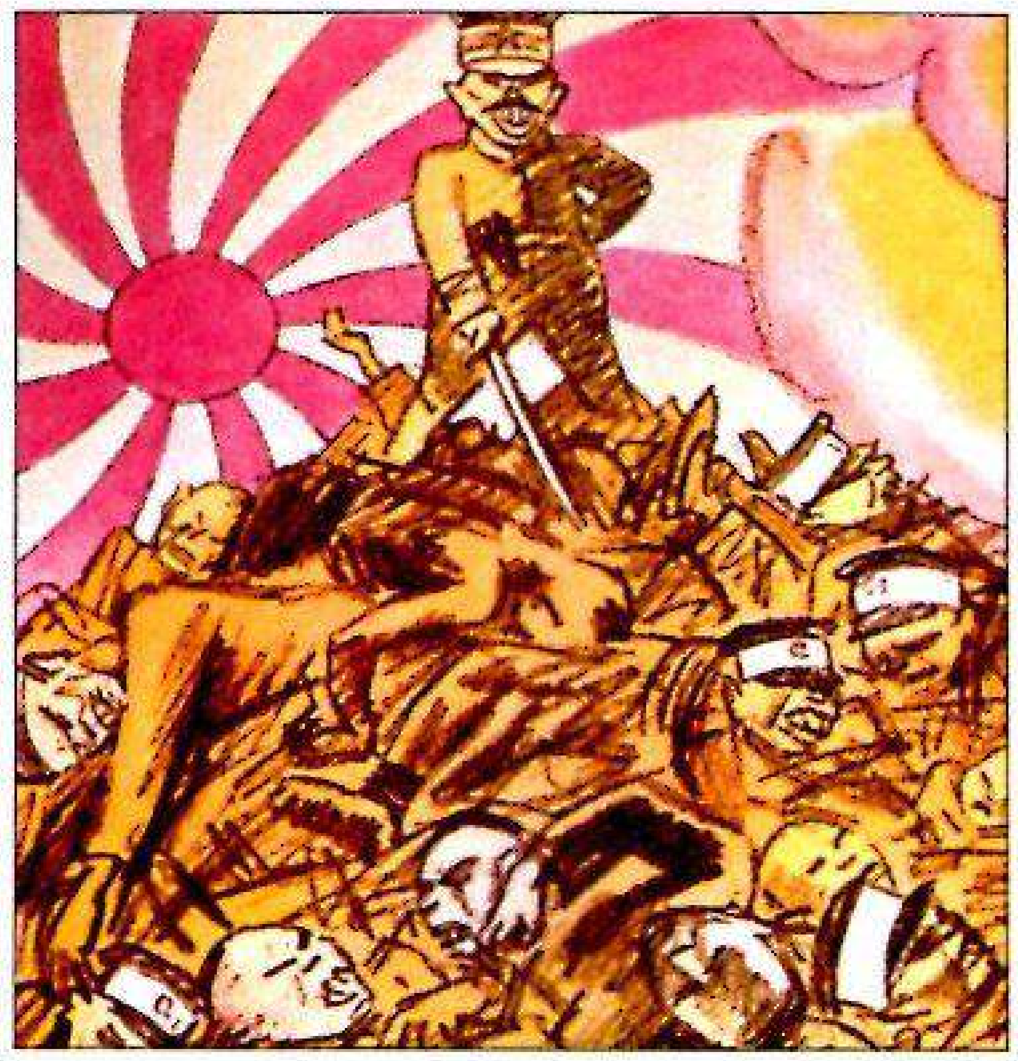


El león británico huye de la quema. El «Lustigen Blättern» berlinés aludía con esta caricatura a la retirada inglesa de la Somalia británica en agosto de 1940. Medio año después los ingleses regresaban a esta colonia y expulsaron a los italianos.

Stalin, sin enemigos a la espalda

A principios de 1941 el pueblo de Tokio tributó una acogida entusiasta al ministro japonés de Asuntos Exteriores, Yosuke Matsuoka, que regresaba de un viaje a Berlín, Roma y Moscú. Matsuoka era portador de un pacto de no agresión establecido con la Unión Soviética. Las operaciones militares japonesas en China, que ya duraban cuatro años, con numerosas victorias, pero no el triunfo definitivo, se habían vuelto excesivamente impopulares. La inquietud aumentó cuando empezó a perfilarse un nuevo conflicto, esta vez con Estados Unidos. Desde el 27 de septiembre de 1940 el emperador de Japón era aliado de los dictadores europeos Hitler y Mussolini: Japón había firmado el Pacto Tripartito. Sin embargo, los aliados estaban muy lejanos geográficamente y apenas podrían influir con eficacia en cualquier acontecimiento que se produjera en el Extremo Oriente.

A ello se unía, desde 1937, el temor de que se desencadenase otra contienda contra la Unión Soviética, en Siberia, a raíz de la ofensiva japonesa en el norte de China sin previa declaración de guerra. La opinión pública sabía, o al menos barruntaba, que los generales japoneses se hallaban divididos entre los partidarios de una intervención en China y los que propugnaban a la Unión Soviética como objetivo. Con el fin de asegurar la provisión de materias primas y combustible para la industria japonesa, repentinamente desarrollada, el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas niponas consideraba una alternativa: cubrir esta demanda por medio de la ocupación de Manchuria y el Norte de China o mediante la conquista de Siberia. El anticomunismo de la oficialidad, arraigado profundamente, contribuyó a este planteamiento. El Almirantazgo, por su parte, proponía otro camino: la expansión hacia el sur; la conquista de los campos petrolíferos y las feraces regiones de los imperios coloniales de Francia, Holanda e Inglaterra en el Asia sudoriental y en la India. Con ello Japón podría acceder a la categoría de libertador de los pueblos oprimidos de Asia.



Tras las distintas guerras en que tomó parte Japón en los años treinta, la caricatura internacional eligió también como motivo –al lado del fascismo y del bolchevismo– a los «odiosos japoneses».

Tras la culminación de la guerra civil en Rusia y Siberia (1920-1922), las relaciones entre Tokio y Moscú se habían normalizado plenamente. Las tropas japonesas que habían intervenido en las regiones más orientales y en la provincia del Amur habían sido evacuadas, y el apoyo de Tokio a los generales blancos antibolcheviques quedó interrumpido. No obstante, Moscú se mostró desconfiado cuando, en 1931, tropas niponas ocuparon Manchuria.

El Gobierno soviético otorgó entonces, a finales del verano de 1937, una importante ayuda de doscientos cincuenta millones de dólares chinos para armamento, pero no al jefe comunista Mao Tse-tung sino al mariscal nacionalista Chiang Kai-shek. Acto seguido empezó a llegar a China gran cantidad de material de guerra soviético. En 1938 y 1939 se produjeron graves incidentes fronterizos entre japoneses y rusos. En el verano de 1938, los choques tuvieron lugar en las montañas de Chang-Kufeng, en el triángulo fronterizo entre Manchuria, Corea y la provincia más oriental de la Unión Soviética, como consecuencia de las diferentes interpretaciones sobre las líneas de demarcación. En el conflicto intervino una división japonesa. En el verano de 1939, los enfrentamientos a orillas del río Chalchin-Gol, en la Mongolia Exterior constituida en protectorado soviético, revistieron caracteres de auténtica guerra. Con todo, ni Moscú ni Tokio sentían en principio deseos de generalizar las hostilidades. Stalin, entretanto, mantenía su apoyo a los chinos nacionalistas, aunque no deseaba por el momento una guerra contra Japón. A la vista de las acciones bélicas que se desarrollaban en China y de los planes del Almirantazgo tendentes a prolongar una ofensiva por el sur, hasta la India, el acuerdo de neutralidad firmado en Moscú el 13 de abril de 1941, por el ministro de Asuntos Exteriores, Matsuoka, fue, a los ojos de muchos japoneses, la solución de uno de los numerosos problemas en perspectiva. Matsuoka no conocía aún los preparativos bélicos que llevaba a cabo Alemania para enfrentarse a la Unión Soviética, aunque sí notó cierto enfriamiento en las relaciones entre Moscú y Berlín. En esta última capital no se imaginaba por entonces la posibilidad de comprometer a Japón en una guerra contra los rusos, en calidad de miembro del Pacto Tripartito. Por el contrario, se pretendía que los japoneses actuaran más bien contra los británicos y su imperio colonial en Asia.

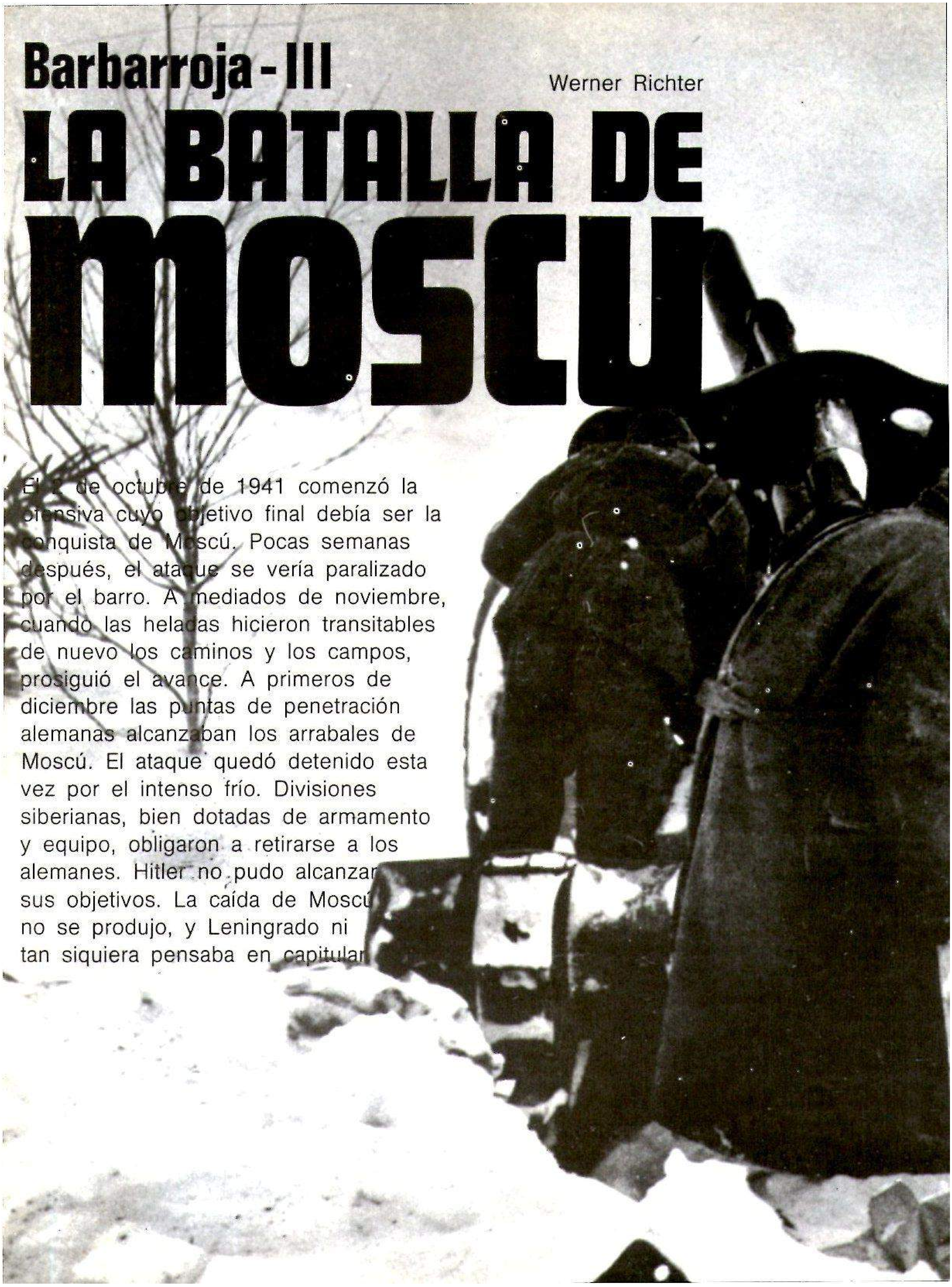
Cuando Hitler atacó la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, la actitud de Tokio se definió. Tal actitud se basaba en el pacto de no agresión suscrito con Moscú. En Tokio vivía un as del espionaje soviético: el corresponsal del «Frankfurter Zeitung», Richard Sorge. Este telegrafió a Moscú que los japoneses no pensaban en un ataque en el Extremo Oriente. Sin embargo esos mensajes secretos, corroborados por la Embajada soviética en Tokio, no decían nada nuevo. Stalin sabía, incluso sin la intervención del famoso Richard Sorge, que podía permitirse transportar al frente occidental el grueso del Ejército destacado en el flanco Este de la Unión Soviética.

Walter Görlitz

Barbarroja - III

Werner Richter

LA BATALLA DE MOSCÚ



El 2 de octubre de 1941 comenzó la ofensiva cuyo objetivo final debía ser la conquista de Moscú. Pocas semanas después, el ataque se vería paralizado por el barro. A mediados de noviembre, cuando las heladas hicieron transitables de nuevo los caminos y los campos, prosiguió el avance. A primeros de diciembre las puntas de penetración alemanas alcanzaban los arrabales de Moscú. El ataque quedó detenido esta vez por el intenso frío. Divisiones siberianas, bien dotadas de armamento y equipo, obligaron a retirarse a los alemanes. Hitler no pudo alcanzar sus objetivos. La caída de Moscú no se produjo, y Leningrado ni tan siquiera pensaba en capitular.

A finales de octubre de 1941 el ataque contra Moscú quedó frenado por el barro. Todo lo que se movía sobre ruedas o cadenas se detuvo. Como en una paradoja grotesca, la infantería se convirtió en la tropa con mayor capacidad de movimiento. Sin embargo también ella se veía inmovilizada, debido a que ni siquiera sus vehículos de aprovisionamiento podían avanzar. Todo quedó paralizado a las puertas mismas de Moscú.
Más tarde, en la noche del 6 al 7 de noviembre, llegó la primera helada, la primera escarcha de las postrimerías del otoño, que contribuyó a endurecer el firme del suelo. Muy pocos de entre esos cientos de miles de soldados, de los que sólo los menos iban provistos de ropa de invierno, podían presentir que iban a padecer las consecuencias del frío. La satisfacción era general porque, al fin, era posible continuar la marcha. Los vehículos de intendencia se pusieron en movimiento: las provisiones se normalizaron, volvieron a distribuirse con generosidad víveres, tabaco, licores y algo que produjo no menor satisfacción: municiones y armas. La maquinaria de la guerra volvía a reemprender su marcha arrolladora, si bien frenada aún por el lodo que se iba produciendo en el avance. Con ello el Mando militar alemán se encontró ante una decisión difícil. La pregunta era ésta: ¿Había que aprovechar la movilidad recuperada con la escarcha para fortalecer las líneas alcanzadas, erigir mejores defensas y esperar así al comienzo del año o, por el contrario, debía proceder a reanudar la ofensiva? Este problema se trató en una reunión de alto nivel celebrada en Orsha, ciudad al sur de Vitebsk. El 13 de noviembre, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Halder, había convocado en ella secretamente a los jefes



Un obús de campaña de las tropas SS emplazado ante Moscú en una posición de tiro abierta. El suelo, completamente helado, imposibilitaba el disparo de granadas explosivas y el almacenamiento de munición.

de los Estados Mayores de los tres Grupos de Ejércitos.
Para el Grupo de Ejércitos Norte (general *Feldmariscal* Ritter von Leeb), así como también para el Grupo de Ejércitos Sur la situación estaba clara: Leeb se había visto obligado a ceder al Grupo de Ejércitos Centro, al comenzar el ataque contra Moscú, todas sus fuerzas acorazadas (4.° *Panzergruppe*, al mando de Hoepner). Sin esos efectivos sus tropas quedaban notablemente debilitadas, tanto que, a su juicio, no cabía pensar en un ataque. Más bien había que disponer una defensa, para lo cual ya se venían preparando hacía tiempo. Algo parecido ocurría en el Grupo de Ejércitos Sur, de Rundstedt. En ese momento se hallaba muy internado en el Este, hasta las orillas del Don, 300 km más allá que el Grupo de Ejércitos Centro, situado cerca de Moscú. Sus lineas eran demasiado permeables, la distancia, excesivamente grande como para imaginar un aprovisionamiento normal, y las fuerzas estaban fatigadas. En consecuencia, apenas existían las condiciones adecuadas para pensar en una ofensiva.
El Grupo de Ejércitos Centro, aunque fuese el poderoso, también se había visto afectado por el caos del lodo. No obstante, era partidario de proseguir el ataque. Su comandante supremo, von Bock, estaba al parecer totalmente convencido de que era necesario conquistar Moscú lo antes posible, de modo que los rusos no dispusieran de tiempo para recuperarse de los tremendos reveses del verano. Para Bock era mayor el peligro que suponía tener que quedarse con todas sus tropas a medio centenar de kilómetros del objetivo, en terreno abierto y en condiciones desfavorables durante todo un invierno, inmovilizado por la nieve y con temperaturas difícilmente soportables para sus hombres.

Ofensiva de otoño de 1941

El jefe del Estado Mayor, Halder, escuchó este punto de vista con verdadera complacencia. Tanto él como el resto del Estado Mayor, e incluso el comandante supremo del Ejército, von Brauchitsch, opinaban desde un principio que sólo la conquista fulminante de Moscú podría llevar a una pronta victoria final en aquella campaña temeraria. El Mando supremo estaba convencido —mucho más que el mando del frente—





El enemigo inexorable fue el «general» Invierno. A 30 grados bajo cero, un trago de bebida caliente sólo podía despertar de modo pasajero el espíritu de lucha (arriba). Una columna de caballería en medio de una tormenta de nieve (derecha).

de que el enemigo se encontraba en el límite de sus fuerzas y de que le podría asestar el golpe definitivo sin necesidad de emplear unos efectivos ingentes.

En estas condiciones, Halder colocó sobre el tapete el plan y las órdenes correspondientes para la «ofensiva de otoño de 1941». Los objetivos eran demasiado ambiciosos, teniendo en cuenta la estación del año y el estado de las tropas. Guderian y su *Panzergruppe,* transformado entretanto en *Panzerarmee,* deberían llegar a Moscú desde el sur, por Tula y Nizhni-Novgorod. En el norte, el Ejército 9, junto con el Ejército acorazado 3 (Reichenau), penetraría por el este, atravesando el canal que unía el Volga y el Moscova, para ir a dar sobre Moscú por detrás y converger hacia el sur, al encuentro de las tropas de Guderian. Finalmente, por el centro, deberían atacar frontalmente cuatro Ejércitos y el Ejército acorazado.

En teoría se intentaba formar un gran cerco de más de 300 kilómetros de diámetro, que situara a Moscú en el centro, exactamente hacia el borde occidental de ese círculo. Y esto, nada más y nada menos, que en invierno.

Pese a todo, el ataque, que comenzó entre el 15 y el 19 de noviembre, iba avanzando. Desde luego no marchaba a la velocidad irresistible del verano, pero seguía adelante. El enemigo quedó al principio sorprendido, y luego se enfrentó a ciegas con el atacante, cosa con la que éste había contado.

El 17 de noviembre, envuelta en la bruma de la mañana, la División de Infantería 106 esperaba cerca de Mussino, a 70 kilómetros al noroeste de Moscú. Estaba a punto de llegar la orden de ataque. Ante los observadores de avanzada se extendía un campo ligeramente nevado y, detrás, un bosque. Cuando el sol, de un rojo pálido, comenzó a asomar tras la niebla, las vanguardias observaron cierto movimiento en los linderos del bosque. «¡Carros blindados!», pensaron involuntariamente. Sin embargo, muy pronto se convencieron de que no era así. Se trataba de fuerzas de caballería. Una tropa reducida que, de repente, se hizo multitudinaria. Todo un regimiento a caballo, integrado por unos mil jinetes y formado para el ataque. Se oyó la voz de mando y todos ellos desenvainaron los sables. El galope tenía como objetivo las líneas alemanas, exactamente la tercera batería del Regimiento de artillería 107, que ocupaba una posición privilegiada para rechazar el ataque y que empezó a disparar.

Un campo anegado en sangre

En el fuego de artillería se utilizaron granadas que explotaban a ocho metros de altura sobre los escuadrones de caballería. El efecto de las explosiones era terrible: caballos y jinetes caían destrozados. Ni uno solo sobrevivió al ataque. La batalla duró unos minutos, pero no había llegado aún el final. Una vez más el suelo helado crepitó por efecto del galope de los caballos. Un segundo regimiento trataba de llegar a las líneas enemigas sobre los cuerpos de los soldados y de los caballos que ya habían perecido ante la metralla alemana... hasta terminar en la misma muerte. Esta vez el final fue más rápido, puesto que los artilleros alemanes habían tenido tiempo de corregir la trayectoria de tiro de sus armas. En cierto momento un pequeño grupo de cosacos logró cruzar en veloz carrera la primera cortina de fuego, pero sucumbió ante las ametralladoras pocos segundos después. Cuando se dio la orden de ataque ya no se oían disparos. En las caras de los hombres del Regimiento de infantería 240 se observaba el horror que les producía el tener que cruzar aquel campo inundado de sangre, sembrado de cadáveres de la División de caballería 44 mongol, sin que ni un solo soldado alemán hubiese sufrido un rasguño.

Un sacrificio, en verdad, absurdo pero que indicaba bien a las claras con qué determinación estaba dispuesto el mando soviético a frenar el avance de las tropas ocupantes alemanas dondequiera que éstas se encontrasen. Por lo demás los soviéticos operarían en lo sucesivo sin tanta irreflexión como en la matanza de Mussino.

Con todo, las divisiones y regimientos de los Grupos de Ejércitos avanzaban incontenibIemente, a pesar de la dura resistencia, cada vez más cerca de la metrópoli de Stalin. En la semana del 23 al 30 de noviembre, el segundo cinturón defensivo de Moscú, último antes de la ciudad en la línea Klin-Tula, fue roto por varios puntos y rodeado por el sur. Aunque el Ejército acorazado de Guderian no logró tomar Tula, sí pudo proseguir la penetración hacia el norte y el este.

El 23 de noviembre se rindió Solnechnogorsk, a 60 kilómetros de Moscú; el 24, Rogachevo. El mismo día se alcanzó el canal Moscova-Volga y se estableció una cabeza de puente al otro lado. El 25 cayó Pechki; el 26, Istra; el 27, Yakroma; el 30, Krasnaia Poliana.

Si cae Moscú...

Algo más al sur, mediado ese mismo día, varias unidades de reconocimiento del Batallón acorazado 62 de zapadores avanzaban por una carretera en dirección a Moscú. No existía resistencia alguna. Ante ellos apareció de pronto una pequeña ciudad. Ni siquiera se divisaba un defensor. Los alemanes entraron en la población. Llenos de temor, sus habitantes buscaron refugio en las casas. Los zapadores hicieron algo de ruido y, luego, decidieron regresar... sin presentir en ese momento que eran los que se habían encontrado más cerca del Kremlin y que su presencia había suscitado una llamada de terror que pronto, en pocas horas, correría como reguero de pólvora por la vecina ciudad de millones de habitantes: «Los alemanes están a las puertas de Chimki». Así se llamaba la pequeña localidad en la que habían penetrado los carros alemanes, a sólo 8 kilómetros de Moscú y a 20 del Kremlin.

«Los alemanes a las puertas de Chimki» equivalía a decir que ya estaban dentro de la capital. El temor y la inquietud cundieron en la ciudad, pero no tanto como cinco semanas atrás, cuando se produjo el primer asalto de los alemanes contra Moscú, la toma de Mozhaisk y la población fue presa del pánico. En ese momento Moscú había estado cerca del colapso. La repentina evacuación del Gobierno, de las autoridades y de las oficinas del partido infundió en la población el convencimiento de que el final se acercaba. Las tiendas y las casas de los evacuados fueron saqueadas y se lanzaron a la calle octavillas con este llamamiento: «Abajo los comunistas.»

En esa ocasión se declaró el estado de sitio en la capital y se reprimió con extraordinaria energía cualquier manifestación de pánico incontrolado. Los hombres útiles que aún quedaban en la ciudad fueron sometidos a una instrucción de urgencia. Los restantes, mujeres, niños y ancianos, se enviaron a los refugios. En condiciones ínfimas, éstos construyeron casi 100 kilómetros de *bunkers,* tendieron 300 kilómetros de barrera de espino y cavaron 8000 kilómetros de trincheras.

Los alemanes acababan de arrollar ahora aquellas defensas. El penoso trabajo de tantos rusos, en condiciones inhumanas, no había servido para nada. A pesar de todos los esfuerzos, los alemanes estaban ya a las puertas de la capital. Al mismo tiempo habían cesado todas las protestas callejeras. El terror se había apoderado de la jefatura del país, tanto o más que de la masa. El propio Stalin consideró la posibilidad: «Si cae Moscú –dijo con voz quebrada al embajador especial norteamericano Harry Hopkins– el Ejército Rojo no tendrá más remedio que ceder toda la Rusia situada al oeste del Volga.» Esta cesión era precisamente lo que perseguía la Operación «Barbarroja»: la conquista de la línea A-A, de Arjánguelsk a Astrajan.

«Si cae Moscú...» Pero Moscú no cayó, porque llegaron el frío y los siberianos.

Tras la primera semana de operaciones, que comenzó con heladas suaves, las temperaturas descendieron de repente a 20 grados bajo cero. El 30 de noviembre, cuando los alemanes podían divisar ya las torres del Kremlin, los termómetros señalaban 32 grados bajo cero.

El frío había irrumpido anticipadamente, pero no por ello cabe hablar de sorpresa, como si hubiese sido un factor decisivo en el destino de las tropas ocupantes. A primeros de diciembre es frecuente padecer estas temperaturas en Moscú y alrededores. Los hombres que se habían aproximado a la capital se colocaron encima toda la ropa que llevaban, pero carecían de prendas de abrigo especiales para la estación de los hielos. En cuanto al calzado, la situación aún era peor. Las botas de los soldados estaban a tono con los uniformes que vestían: tenían suelas claveteadas. «Así es como si anduvieseis descalzos –ironizaban en el norte los camaradas finlandeses cuando observaron a sus hermanos de armas–, las suelas claveteadas son el mejor conductor del frío.»

También en la literatura histórico-militar soviética aparecen una y otra vez los alemanes: eran botas que a temperaturas de 30 grados bajo cero, garantizaban el congelamiento. Los rusos tenían experiencia sobrada; sus soldados recibían por lo menos un número mayor al entregárseles las botas de campaña, precisamente para que pudiesen rellenarlas con hierba o papel de periódico y combatir así mejor el frío.

Con todo, la falta de ropa y calzado adecuados no era lo peor. Lo realmente desastroso fue que los alemanes carecían del aceite apropiado para el invierno, con destino a motores y armas. Algo casi inimaginable. Cuando, a un par de docenas de kilómetros de Moscú, los soldados encontraban cualquier casucha en la que ardía un hogar, no dudaban en entrar para calentar en él unas cuantas piedras que luego usaban para reanimarse cuando montaban guardia y sentían el frío en manos y pies. Y no sólo eso: también empleaban este método para descongelar los cerrojos de las armas. ¿Para qué ser-





Las divisiones acorazadas perdieron hasta el 75 por ciento de los vehículos de combate. Los carros que quedaban en servicio sólo podían ser puestos en marcha con grandes dificultades, debido al intenso frío reinante. Sus funciones se reducían a proteger a la infantería. Ya no había posibilidad de desencadenar ataques masivos con los carros de combate (derecha). Los padecimientos de la población civil aumentaron hasta lo increíble. Cada casa incendiada significaba menor probabilidad de supervivencia (extremo derecha).



vían en definitiva un fusil o una ametralladora, que no podían disparar porque se les había helado la grasa?

Esta era la amarga situación de las tropas alemanas hacia primeros de diciembre, a las puertas de Moscú: todos los efectivos congelados. Si es difícil organizar una defensa con armas que, llegado el caso, no se sabe si van a disparar, no lo era menos emprender un ataque sin la menor garantía de poder hacer fuego.

En cambio, el enemigo estaba bien dotado de todo aquello que le faltaba al atacante. Los siberianos y mongoles que Stalin lanzó al frente de Moscú llevaban largos abrigos de pieles, cubiertos por impermeables para la nieve, gorras de pieles, y botas del mismo material, con lo cual conservaban la cabeza y los pies calientes. Así podían permanecer durante horas, escondidos en la nieve sin morir congelados e invisibles para los alemanes.

Sus armas respondían de maravilla y los motores de sus *T 34* funcionaban satisfactoriamente. Además Stalin, que dirigía en persona las operaciones desde el *bunker* del Kremlin, tenía una gran ventaja táctica: mientras el Grupo de Ejércitos Centro atacaba en un frente de 300 kilómetros, teniendo que reforzar los puntos permeables sin por ello dejar de conquistar nuevos objetivos difíciles, Stalin podía trasladar sus tropas al lugar deseado a una velocidad muy aceptable, usando la bien trazada red viaria de Moscú y sus alrededores. Gracias a ello los soldados soviéticos acudían al lugar en que la situación era más delicada. Y no sólo soldados. También las armas y municiones llegaba con gran rapidez. Los *T 34* salían «por su propio pie» de la nave de producción para incorporarse al frente, que no estaba muy lejos.

Los defensores, en definitiva, tenían todo lo necesario, mientras que los atacantes podía decirse que no contaban con nada, puesto que los vehículos de aprovisionamiento se encontraban en su mayor parte atascados en las carreteras.

El propio mariscal soviético Zukov vio en el fracaso del aprovisionamiento alemán el momento decisivo de la batalla de Moscú. «Los alemanes perdieron su oportunidad a las puertas de la capital –afirmaría más adelante– porque no disponían de locomotoras adaptadas al ancho de vía de la Unión Soviética, con lo cual podrían haber aprovechado la excelente red ferroviaria de nuestro país. De haber contado con ello hubieran podido trasladar todos los efectivos y reservas que hubiesen querido hasta Moscú sin depender de las circunstancias climatológicas.»

El mariscal tenía toda la razón, y ocurrió lo inevitable: el 5 de diciembre, el ataque alemán quedó inmovilizado con el objetivo literalmente ante sus ojos.

El general Guderian había instalado ese día su puesto de mando en un pequeño palacete al sur de Tula, en Yasnaia Poliana, antigua propiedad del poeta León Tolstoi, que yacía enterrado en el parque. Guderian ordenó en la noche del 5 al 6 de diciembre, por imperativos de la situación, que sus unidades «interrumpiesen el ataque». Él mismo anotó: «Ha fracasado la ofensiva contra Moscú. Hemos sufrido una derrota.»

Efectivamente, una derrota cargada de consecuencias. Las tropas habían quedado agotadas, exánimes, diezmadas. Las unidades, ya fuesen divisiones de infantería o regimientos acorazados, se habían visto reducidas a un tercio de sus efectivos, y en ocasiones a un cuarto, en hombres y material. El Grupo de Ejércitos Centro había quedado destrozado, en el límite de sus fuerzas, tras el agotador avance del verano y los dos intentos de conquista de Moscú. Esto, lógicamente, iba a traer graves secuelas.

Avance por el norte

También el Grupo de Ejércitos Norte tenía ante la vista su objetivo, Leningrado. Por el norte el ataque había comenzado, en los primeros días, con un impulso incontenible. La unidad de vanguardia de Manstein, el LVI *Panzerkorps*, había penetrado 400 kilómetros, en sólo 4 días y había ocupado los puentes del Dviná situados en Daugavpils y Jekabpils, objetivos muy importantes para el avance hacia Leningrado cuya conquista era, según la Operación «Barbarroja», el primer fin estratégico del Grupo de Ejércitos Norte. Durante seis días, Manstein tuvo que permanecer muy a pesar suyo, en Daugavpils para esperar la llegada de las unidades que seguían a sus tropas en vanguardia. A primeros de julio la operación volvió a ponerse en marcha. El *Panzerkorps* de Manstein debería partir del puente de Daugavpils para llegar a Novgorod, pasando por Opochka. A su izquierda, el XLI *Panzerkorps* de Reinhardt, tomaría el camino de salida en los puentes de Jekabpils para seguir la línea de Ostrov, Pleskau y Luga.

Durante los primeros 100 kilómetros el ataque no encontró gran resistencia, pero después los atacantes tuvieron que enfrentarse con la llamada Línea Stalin, integrada por una cadena de posiciones defensivas a base de *bunkers* y fortalezas. Esto dificultó la marcha. En la otra parte, el general Kuznetsov se vio obligado a concentrar a toda prisa numerosos refuerzos en los puntos clave de la línea que defendía. En especial en el importantísimo nudo

de comunicaciones de Ostrov, que estaba dispuesto a defender a toda costa. Las tropas de reconocimiento alemanas observaron el movimiento del enemigo y entonces se produjo una verdadera carrera de blindados, contra reloj, en dirección a Ostrov. Quien llegase el primero ganaría la partida. En 24 horas el *Panzerkorps* de Reinhardt logró llegar a la ciudad, tomarla y avanzar en dirección a Pleskau.
Pero los carros de Kuznetsov se les habían adelantado. Los soviéticos no habían podido salvar Ostrov, pero habían tenido tiempo para dirigir la vanguardia de la División acorazada 1 hacia Pleskau. Nuevamente estaban allí los gigantescos *KW1* y *KW2*; frente a tales colosos los alemanes tan sólo disponían de cañones contracarros de 37 mm. Esto significaba que si se limitaban a permanecer en sus posiciones serían arrollados. Momentos después los carros soviéticos rodaban ante los germanos sin preocuparse de ellos. Parecían saber que los blindados alemanes no podían nada contra sus fortalezas sobre ruedas. Sin posibilidad de ayuda, las tropas artilleras y contracarros no tuvieron otra opción que replegarse. ¿Es que no habría ningún medio para combatir aquellos mastodontes de acero? Por supuesto que sí lo había. En las líneas de retaguardia, el jefe de la III sección del Regimiento de artillería 73, comandante Söth, se hacía cargo de la situación y ordenaba emplazar un pesado obús de campaña en la carretera por la que circulaban sin ser molestados excesivamente y sin daño alguno los enormes carros rusos que se dirigían a Ostrov.

Una ocasión desperdiciada

El cabo artillero Georgi apuntó hacia el primer *KW2* que se le puso a tiro, aguardó a que se acercase y disparó. El proyectil lanzado era una granada de las que normalmente se utilizaban para atacar *bunkers*. El disparo alcanzó de lleno su objetivo. La operación se repitió: carguen, apunten, fuego. Carguen, apunten, fuego... Georgi y sus hombres lograron así abatir doce de aquellos gigantes. Mientras tanto, el comandante Söth controlaba el disparo de otros cañones semejantes cuyo fuego concentrado se convirtió en una barrera infranqueable para los carros de combate soviéticos. Horas después el avance proseguía, mientras el enemigo se retiraba.
Pero no por mucho tiempo. A orillas del Luga, en especial junto a la ciudad del mismo nombre y hacia la derecha de la misma, hasta Shimsk, la resistencia se organizó rápidamente. En esta zona el mariscal Voroschilov, que mandaba el frente noroeste soviético, hizo levantar

El cerco de Leningrado

El 1 de septiembre de 1941, las unidades del Grupo de Ejércitos Norte tenían Leningrado al alcance de su artillería. Dos semanas después, las vías de comunicación de la ciudad con el resto de la Unión Soviética quedaban cortadas. La situación permanecía estacionaria. El 12 de septiembre, Hitler había dispuesto que Leningrado no fuese conquistada sino tan sólo sometida a asedio. No deseaba hacerse cargo del mantenimiento de los dos millones y medio de habitantes de la ciudad. Por otro lado esperaba que la urbe, rendida por el hambre, se entregase inerme. Así comenzó un bloqueo que duraría 872 días; cuando empezó, la ciudad disponía de alimentos para un mes. Los soviéticos lograron abastecer ocasionalmente a los habitantes por medio de algún vapor que surcaba las aguas del Ladoga en verano y mediante una línea férrea trazada sobre el hielo del lago en invierno. Con todo, 632.000 ciudadanos perecieron por efecto del hambre y del frío. Otros 370.000 murieron defendiendo la ciudad o tratando de romper el cerco, o a causa de los bombardeos. Sin embargo, Leningrado no se rindió y mantuvo en jaque a todo un ejército alemán. Los padecimientos de la población civil superaron cualquier parangón. Cientos de personas se desplomaban en plena calle, agotadas por el hambre y la desnutrición. En determinados momentos llegaron a morir 3700 personas por día. La escritora Elena Skriabin relata en su «Diario de Leningrado», en el apartado correspondiente al día 15 de noviembre de 1941:
«El hambre ha debilitado tanto a la población que no cabe defensa alguna contra la muerte. Los hombres mueren como si se echasen a dormir. Los que pasan cerca de un moribundo ni tan siquiera reparan en él. La muerte se ha convertido en un acontecimiento normal. Nos hemos habituado a ella. Todo está dominado por la más absoluta de las indiferencias: si no hoy, mañana cualquiera de nosotros puede tener su destino final.»



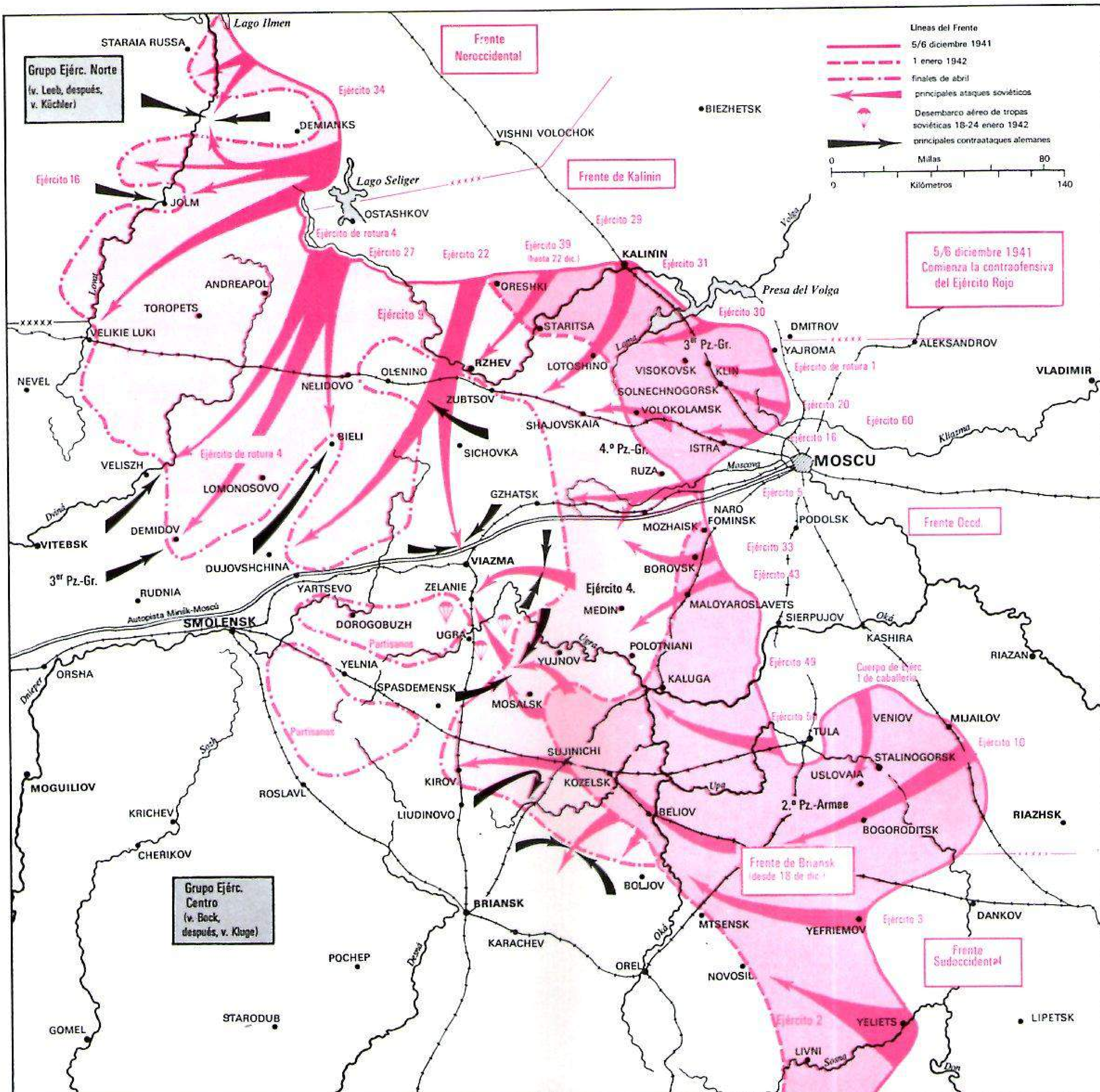




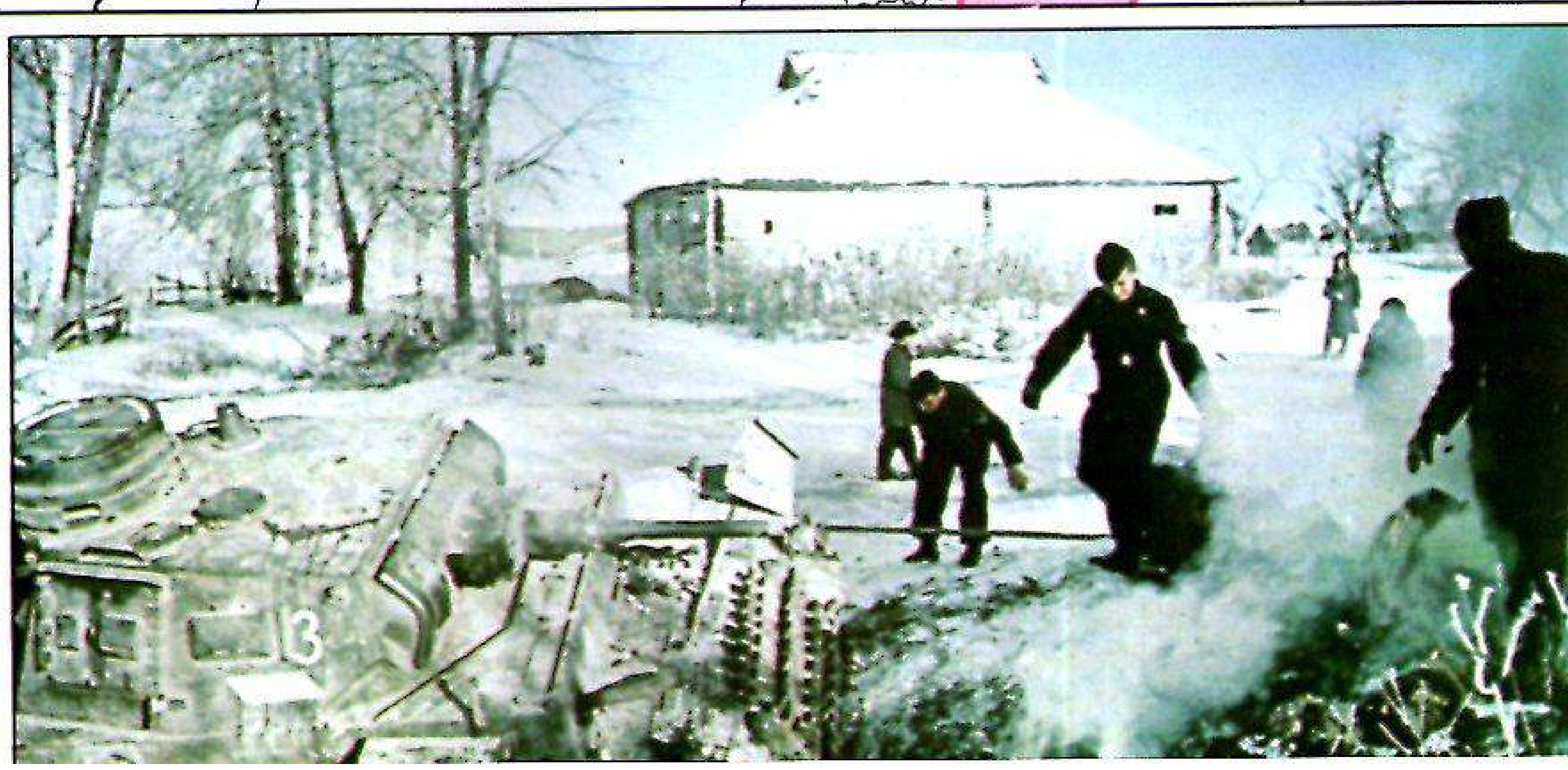
Así eran llevadas al cementerio las víctimas del hambre (arriba). En ocasiones los cadáveres yacían amontonados en un mismo trineo.

«Circulad despacio. Peligro. Bombas sin estallar», advierte el cartel pintado en la valla.

Sobre el lago Ladoga, cuando el espesor de la capa helada era suficiente, discurrían una «autopista de hielo» y una línea férrea destinadas a aprovisionar Leningrado, cercada por los alemanes (abajo).



El mapa refleja el estado de la penetración alemana hacia el Este, hasta llegar a las mismas puertas de Moscú y la maniobra del contraataque ruso.



La dotación de un «Panzer III» comprueba el estado del terreno en torno al vehículo, que ha quedado totalmente congelado.



Con la pretensión de demostrar que «el romanticismo de la vida del soldado se mantenía como antaño», la revista «Signal» publicó esta foto a todo color (arriba). Las imágenes que reflejaban todo el horror de la guerra, como las que se incluyen también en esta página, en blanco y negro, fueron muy escasas en las revistas ilustradas alemanas.





El conductor de un carro de combate soviético aparece en la imagen completamente abrasado (izquierda). Un soldado del Ejército Rojo muerto en combate (centro). Un soldado alemán, herido gravemente en el antebrazo, es atendido por los sanitarios (derecha).







una barrera para proteger Leningrado. El *Panzerkorps* de Manstein se encontraba ya a las puertas de esta línea, precisamente ante un punto fuerte. Por su parte, el reconocimiento aéreo había constatado que más hacia la izquierda, en el curso bajo del Luga, apenas cabría esperar resistencia. El motivo era claro: los caminos desde el sur hacia el curso bajo del río se hallaban en un estado lamentable y cruzaban por terrenos pantanosos. El enemigo no esperaba que los alemanes pasaran por allí. El general Hoepner, jefe supremo del 4.° *Panzergruppe*, se hallaba ante una decisión difícil. Las órdenes eran las de atacar hacia la derecha el punto más defendido, es decir, Luga, donde la resistencia era más fuerte. Pero a la izquierda las oportunidades parecían mayores. Hoepner, desde luego, no era un bravucón sino más bien un hombre reflexivo y tranquilo. Decidió que constituía un problema táctico que no exigía ser elevado a instancias superiores y dispuso que el grueso de las fuerzas de ataque tomase el camino hacia la izquierda.

Mediada ya la ofensiva replegó dos divisiones acorazadas y una de infantería, y prosiguió el avance, incontenible, hacia el bajo Luga, a unos 150 kilómetros de distancia. La operación entrañaba graves riesgos, puesto que, efectivamente, los caminos se hallaban en un estado penoso.

Hoepner había logrado así conquistar un verdadero trampolín para Leningrado, pero no a la derecha sino a la izquierda. Distaba ahora de su objetivo tan sólo 115 kilómetros, dos días de marcha, y apenas tenía enemigos ante sí. Cierto que con sólo el *Panzerkorps* de Reinhardt, que conservaba en su poder las cabezas de puente del Luga, no era posible conquistar Leningrado. Para ello necesitaría por lo menos un par de divisiones de infantería que, desde luego, no podrían ser transportadas con rapidez por unos terrenos tan difíciles. En consecuencia, Hoepner procuró hacerse con una tropa más rápida, concretamente el *Panzerkorps* de Manstein, con destino a la ulterior ofensiva en el ala izquierda... Pero no lo logró.

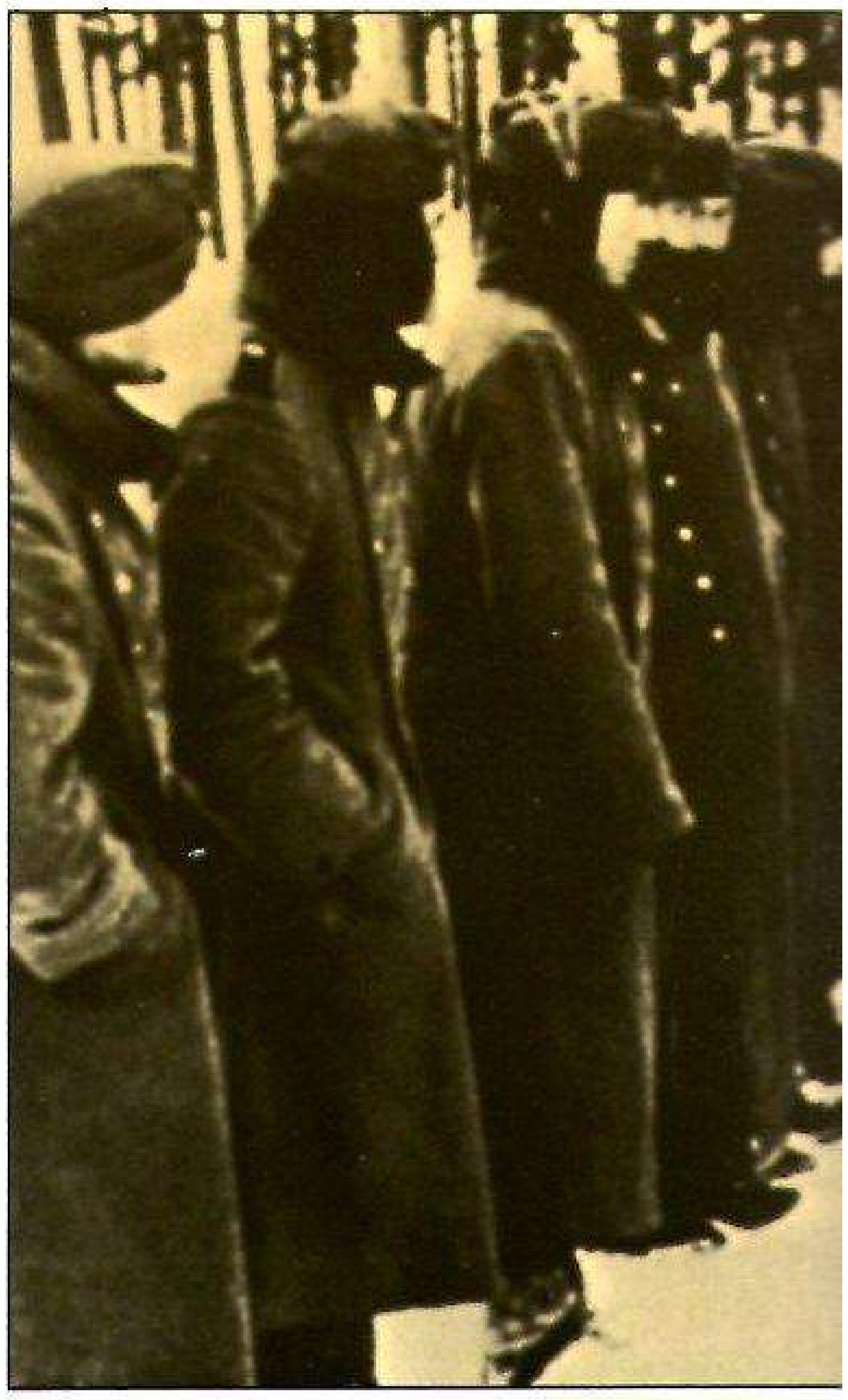
El Mando supremo de la *Wehrmacht* (OKW) había optado definitivamente por actuar en el flanco derecho, aunque en el flanco izquierdo se había conseguido conquistar un punto con mejores condiciones operativas. En lugar de enviar a este punto el *Panzerkorps* de Manstein, el Mando dirigió estos refuerzos hacia la derecha, al lago Ilmen, en donde el avance progresaba a costa de elevadas pérdidas.

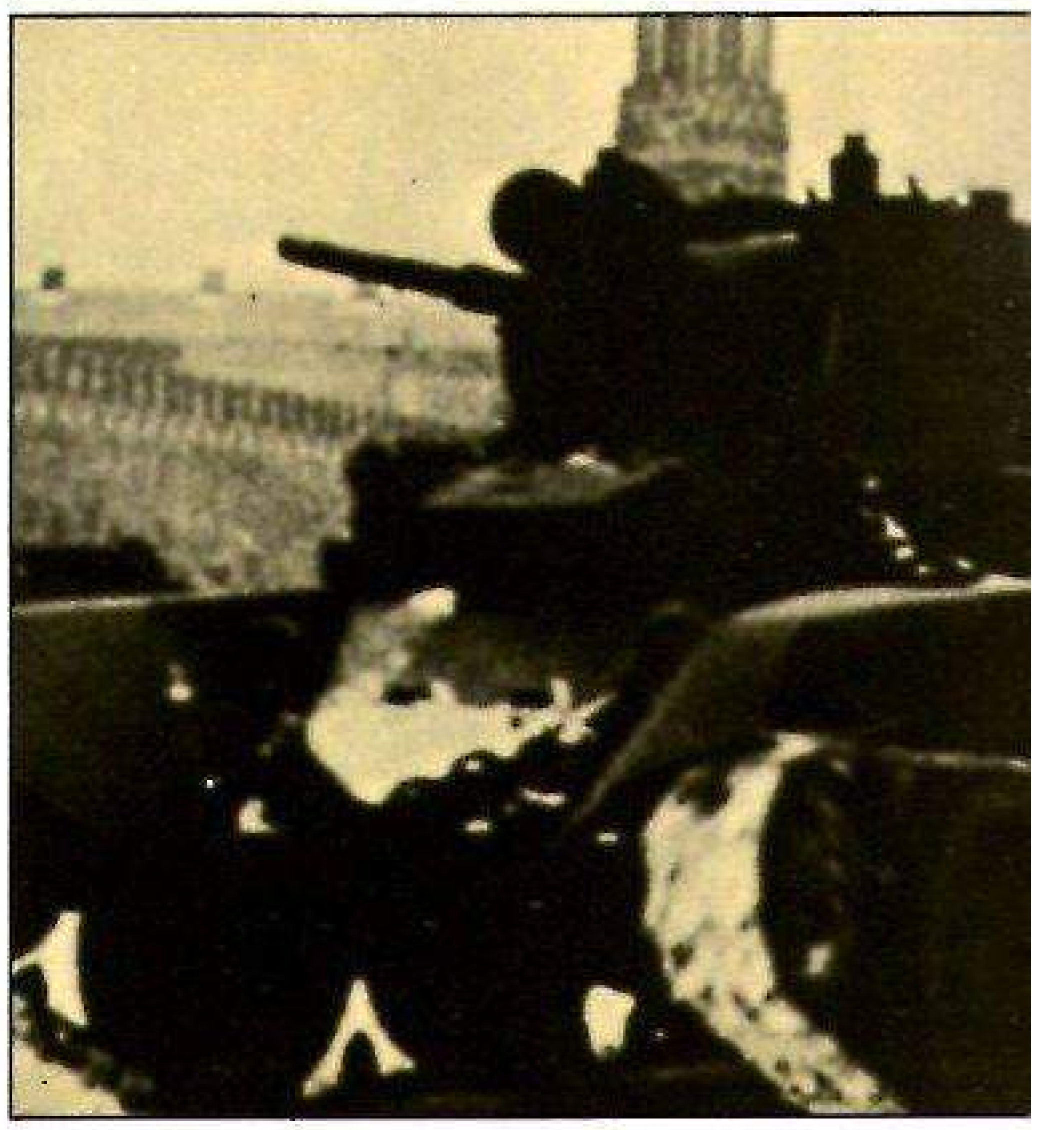
El general Reinhardt escribiría sobre aquella situación: «Que no se pensaba en una prosecución inmediata del ataque parecía claro... Para la concentración y envío de nuevos refuerzos se necesitaban varios días.» Sin embargo, los días se convirtieron en semanas. El 30 de julio, cuando las unidades de Reinhardt tras 14 días de preparación se disponían ya a atacar, el general se vio obligado a anotar con decepción lo que sigue: «Un nuevo aplazamiento. Algo inaudito. La oportunidad que habíamos brindado puede darse por perdida. Cada vez parece todo más difícil.» Así era. Voroschilov y Kuznetsov no eran tontos, desde luego se habían dado cuenta del peligro que suponía para Leningrado la proximidad de las tropas alemanas que habían partido de la cabeza de puente del Luga, y, puesto que el enemigo les concedía un respiro, los soviéticos se apresuraron a reforzar esas posiciones, débiles en un principio. Al mismo tiempo trazaron un plan para obligar a Reinhardt a repasar

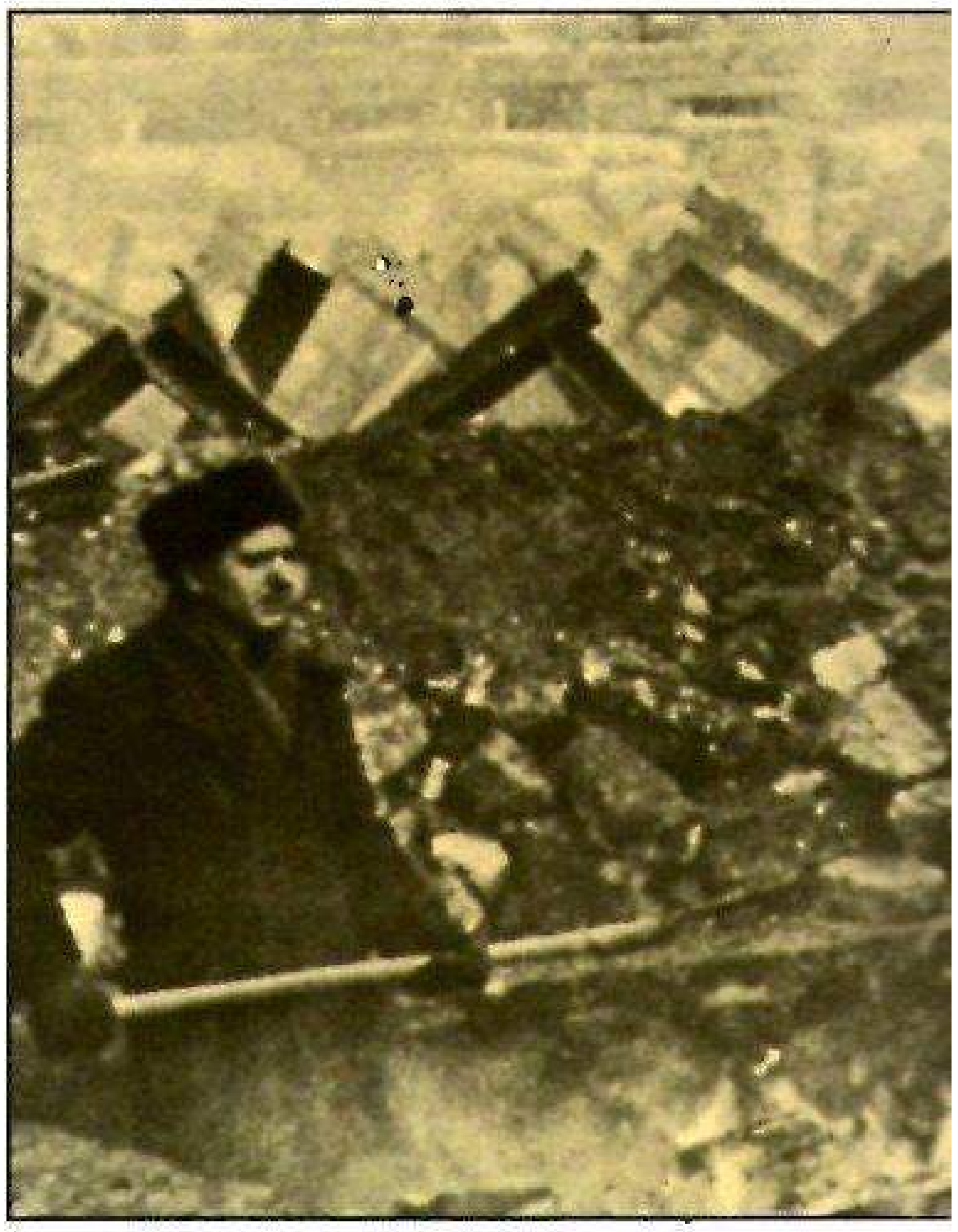
Un enemigo subestimado

Tres factores han conducido a la grave crisis actual:
1. La estación del otoño elegida para la operación. El movimiento de tropas y el aprovisionamiento han quedado paralizados por el mal estado de los caminos, convertidos en barrizales. El aprovechamiento de la victoria alcanzada en Viazma es prácticamente imposible.
2. La carencia de ferrocarril, la falta de fábricas, la ausencia de vagones, locomotoras y personal adecuado.
3. El menosprecio con que hemos valorado la capacidad de resistencia del enemigo y sus reservas en hombres y material.
Los rusos han comprendido el alcance de las dificultades de aprovisionamiento que padecemos, tras la destrucción de todas las vías y tendidos ferroviarios; saben que incluso carecemos de lo más imprescindible para seguir viviendo y luchando: munición, combustible, alimentos y ropa de invierno. Los vehículos apenas pueden utilizarse como consecuencia del estado de las carreteras y de la larga marcha de 1500 km. Así hemos llegado a tener que prescindir de operaciones militares y no podemos hacer otra cosa que mantenernos frente al enemigo. En un lapso extremadamente corto los rusos han logrado reorganizar sus divisiones y fortalecer su artillería con numerosos lanzacohetes. Hoy mismo se encuentran ante nosotros, en el campo enemigo, 24 divisiones más que el 15 de noviembre. Frente a ellas, la fuerza de las divisiones alemanas está muy mermada como consecuencia de la lucha constante y los fríos del invierno, que han reducido nuestro potencial a menos de la mitad.

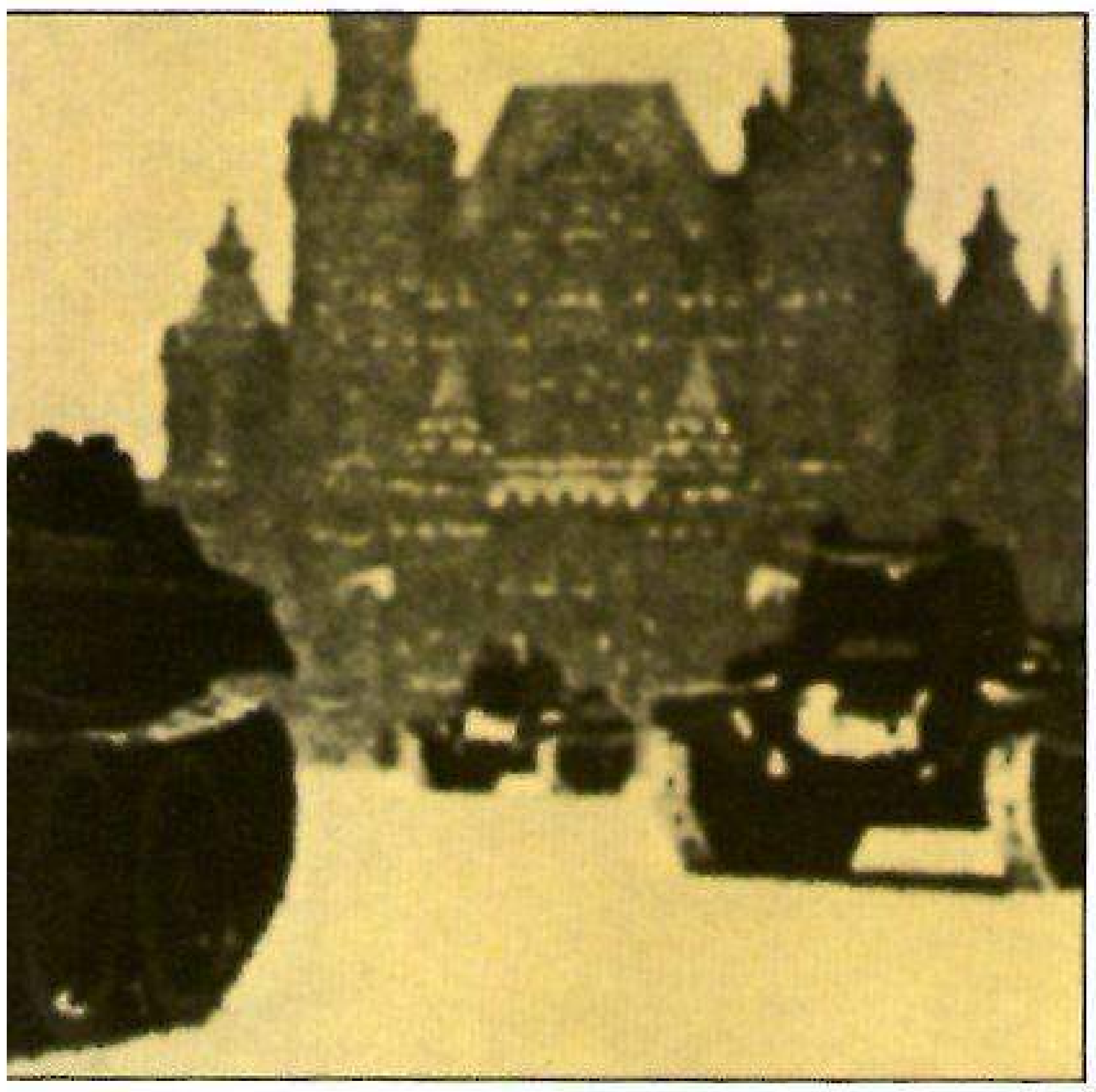
(Anotación del diario del mariscal von Bock, comandante supremo del Grupo de Ejércitos Centro, fechada el 7-XII-1941.)











Soldados alemanes prisioneros. La imagen muestra el precario equipo de que disponían para soportar el crudo invierno ruso. Temblando de frío, encogidos en sus capotes de paño, los alemanes contrastan por su indumentaria al lado de los soviéticos, que van provistos de abrigos de pieles y gorras igualmente recubiertas (arriba).

Los carros soviéticos pasan directamente de las fábricas de armamento al frente, distante muy pocos kilómetros (izquierda).

Los moscovitas echan mano de cualquier instrumento que pueda servir para cavar la tierra. En poco tiempo, la población civil había abierto 8000 km de trincheras (abajo).



el río, en retirada, mediante la intervención de nuevas fuerzas y de flamantes carros de combate radiodirigidos (cuyas dotaciones estaban aún integradas en parte por personal civil especializado). Por tanto, lo que se le pedía en esa situación al XLI *Panzerkorps* era algo más que una espera tranquila. Las tropas alemanas se veían obligadas a defenderse constantemente de los furiosos ataques de los rusos. Los soviéticos habían logrado ya el predominio aéreo en la zona: las unidades de caza y de combate de la 1.ª *Luftflotte,* que operaban en el sector del Grupo de Ejércitos Norte, se hallaban ocupadas en el «punto difícil de la derecha», en el lago Ilmen. Tan sólo una o dos escuadrillas de *Me 109,* con base en el aeródromo de Pliussa relativamente cercano, ayudaron en algunos momentos a las divisiones acorazadas localizadas en el bajo Luga.

Incomprensible para todos

Con todo, la operación no se detuvo, ya que la 1.ª *Panzerdivision* juzgó la situación favorable y acertó. El avance tomó gran incremento. En poco menos de una semana se logró rebasar los bosques pantanosos y las posiciones enemigas. Las divisiones del XLI *Panzerkorps* alcanzaron así de nuevo un terreno propicio; nuevamente el camino hacia Leningrado parecía expedito. Entre el 14 y el 15 de agosto, el comandante del Grupo de Ejércitos, von Leeb, estaba dispuesto a reforzar con nuevos efectivos las divisiones de ataque que operaban en el ala izquierda, para que pudiesen proseguir en su avance. También el *Panzerkorps* de Manstein debería dirigirse hacia estas posiciones. En el Estado Mayor de Hoepner aumentaba la confianza en la victoria. Si podían contar con Manstein, todo el *Panzergruppe* podría «golpear» masivamente y no, como hasta ahora, limitarse a intervenir de forma intermitente. El plan no podía fracasar.
Pero no iba a salir todo a pedir de boca. En el flanco derecho se produjo repentinamente una crisis y el *Panzerkorps* de Manstein tuvo que dar media vuelta. Con ello el ataque inmediato sobre Leningrado ya no era posible.
La situación se prolongó durante un mes, con crisis alternativas a la derecha y a la izquierda, hasta que el Grupo de Ejércitos Norte se decidió a atacar Leningrado. La División 16 soviética quedó cercada a orillas del lago Ladoga. En breve se formaría, a su vez, un cerco en torno de la metrópoli norteña del imperio soviético y se dispondrían las medidas oportunas para tomar la ciudad.
Y de pronto... El general Reinhardt recuerda: «En medio de aquel am-

biente eufórico, en el que todos compartíamos el convencimiento de una pronta victoria, cayó como un jarro de agua fría una nota oficial que llegó el día 12. Según ésta, Leningrado no debería ser tomada sino únicamente asediada desde el exterior. Había desaparecido, en el último minuto, la perspectiva del triunfo para aquellas tropas que habían arriesgado todo hasta el límite de sus fuerzas.»

Esa determinación de Hitler y del OKW de no conquistar Leningrado, sino tan sólo cercarla y obligarla a rendirse por el hambre fue, y sigue siendo aún, un enigma por resolver. En principio el plan no era necesario y, además, traería graves consecuencias.

Leningrado mantiene su producción

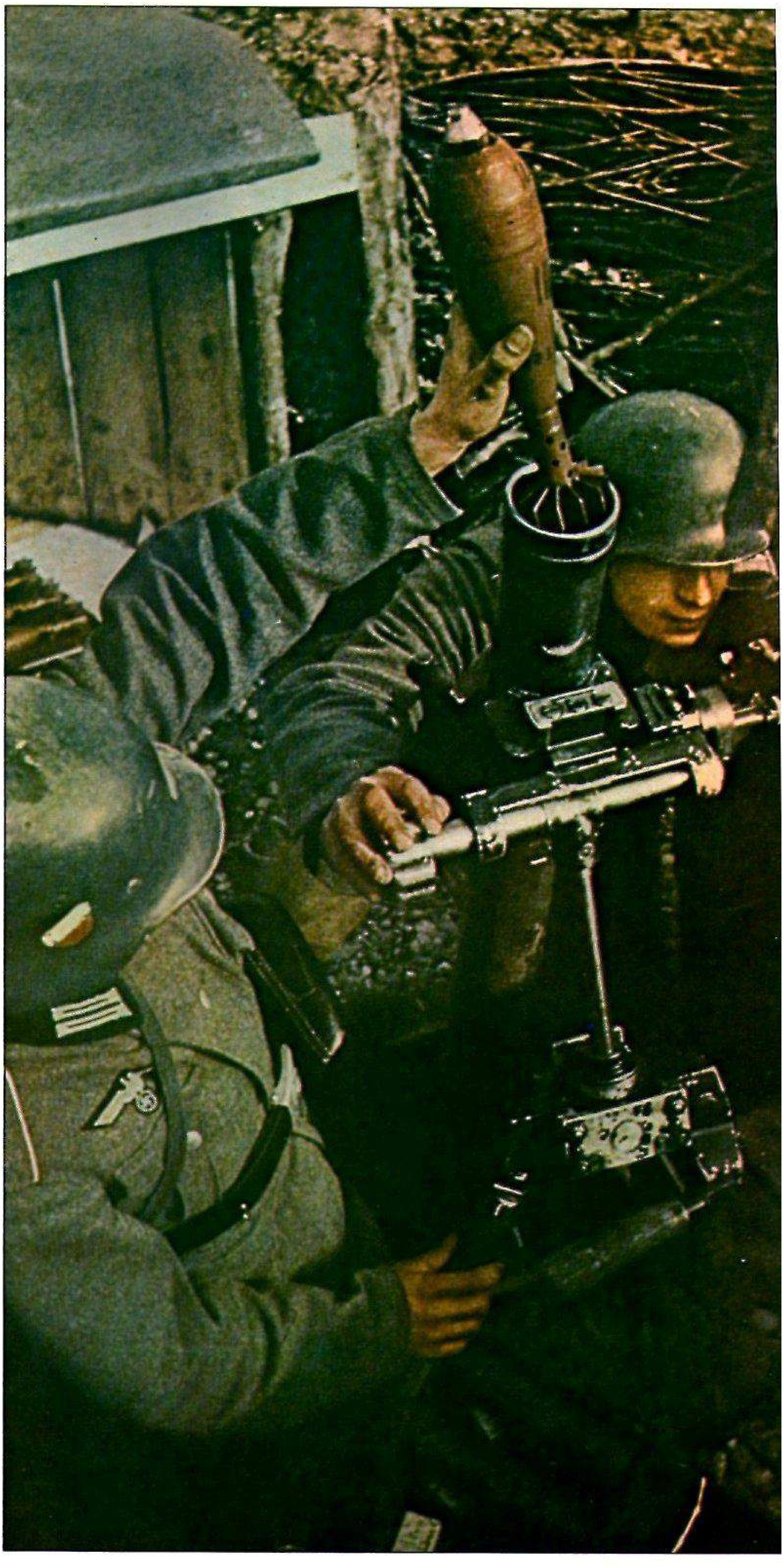
Sin duda alguna, Leningrado hubiera podido ser tomada en septiembre. Esto hubiese significado para el enemigo la pérdida de unas 40 divisiones y de un centro neurálgico de producción de armamento. Para el atacante hubiera representado la conquista de una ciudad clave y, sobre todo, de una línea libre de las amenazas de las heladas y de los partisanos.

La renuncia a este objetivo primordial dentro de la Operación «Barbarroja» produjo un efecto exactamente contrario a lo que se pretendía con él: todo un Ejército alemán, el Ejército 18, tuvo que concentrarse a las puertas de la ciudad, y allí permaneció durante tres años. Sin embargo, la capital no estaba totalmente cercada. En invierno, cuando los pantanos, ríos y lagos se encontraban helados, Leningrado recibía ayuda exterior sin que los alemanes lograran interferir. Y más aún: los rusos llegaron a construir sobre el hielo del Ladoga una autopista y una línea de ferrocarril que sirvieron no sólo para transportar provisiones a la ciudad sino también para enviar al exterior el armamento que se producía dentro. Las fábricas de carros de Leningrado, las factorías de cañones y munición, se mantuvieron a pleno rendimiento durante toda la guerra sin que los alemanes pudiesen evitarlo... para el bien del Ejército Rojo.

Se había desperdiciado una ocasión sumamente propicia.

Continúa en la página 322

El Panzergruppe *de Kleist toma Rostov, pero tiene que replegarse. Sebastópol ofrece una resistencia encarnizada. Batalla de invierno en el centro: los rusos cercan a los alemanes.*



LOS LANZAGRANADAS

«Cuando Iván escupe, los suelta allá abajo uno tras otro. Entonces debes contar hasta veinte y tener los oídos bien atentos: si se oye un fragor en el aire, inmediatamente empiezan los estallidos por todas partes, ¡y de qué modo!» Así adoctrinaban los veteranos a los novatos que llegaban al frente oriental por primera vez.

Los grandes «lanzadores de esputos» de Iván eran los lanzagranadas, cuyos proyectiles estaban provistos de una espoleta sumamente sensible. Detonaban apenas establecían contacto con el suelo. En consecuencia, eran indiferentes al tipo de terreno. Además se rompían en miles de esquirlas que eran proyectadas muy rasantes sobre el campo. Este efecto destructor alcanzaba a todo lo que se encontrase sin la debida protección en un radio de 50 metros.

Los rusos habían desarrollado a costa de amargas experiencias el lanzagranadas como arma moderna de apoyo a la infantería. Cuando, en 1904, los japoneses sitiaron la fortaleza rusa de Port Arthur, las tropas atacantes habían logrado establecer trincheras a sólo 80 metros del bastión. A una distancia tan reducida la artillería del Ejército zarista era prácticamente inoperante. En esas circunstancias el teniente Podgruiski tomó los lanzaminas de los buques destruidos por los japoneses y con ellos disparó proyectiles de 74 kilos contra las trincheras niponas.

Los alemanes habían observado con gran interés la guerra ruso-japonesa, hasta el punto de que en 1907 entraba en servicio el primer lanzaminas alemán, arma que conocería un notable auge en la Guerra Europea. En el transcurso de los combates, franceses, ingleses y americanos desarrollaron las correspondientes armas de trayectoria curva que, en definitiva, no eran más que modelos perfeccionados del lanzaminas utilizado en Port Arthur para atacar trincheras.

Al comenzar la segunda Guerra Mundial el primitivo artilugio se había convertido ya en lanzagranadas, de mayor eficacia. Gracias a su costo más reducido, movilidad, carga rápida, precisión de tiro, efectividad, facilidad de manejo en el cambio de objetivo, y su gran radio de expansión al explotar, esta arma es muy utilizada aún en todos los ejércitos dentro del grupo de las armas convencionales más empleadas.

Los lanzagranadas eran cañones de tiro curvo cuyos tubos lisos disparaban proyectiles con aletas estabilizadoras.

Con ellos se podían atacar posiciones enemigas desde detrás de la propia infantería y no sólo objetivos en campo abierto sino también los parapetos situados tras defensas acorazadas. Su fuego podía batir una zona más inmediata que la reservada a la artillería.

La *Wehrmacht* alemana había dotado a sus tropas de infantería con tres tipos diferentes de esta arma:

- El lanzagranadas ligero 36, con calibre de 50 mm, que podía ser transportado a la espalda por un soldado. Cada unidad de fusileros estaba dotada, por lo menos, de uno de estos «cañones de las Juventudes Hitlerianas», como se les llamaba entre la tropa, aludiendo a su reducido peso y a su alcance de sólo 500 metros. En la segunda mitad de la guerra dejó de utilizarse porque sus efectos eran muy similares a los de una granada de mano.
- El lanzagranadas 34, calibre 80 mm, empleado al principio, fue sustituido por el 42, del mismo calibre, del que se distribuyeron 60.000 piezas en los distintos frentes. Pesaba unos 50 kilos. Podía desarmarse en tres partes (plancha, tubo y dos pies) y era capaz de disparar doce proyectiles por minuto. Cada uno de éstos, de 3,5 kg de peso, tenía un alcance de 5000 metros.
- El lanzagranadas pesado 42 tenía un calibre de 120 mm, pesaba 282 kg y disparaba granadas de 15,8 kg. Su alcance era de 6000 m. En total se fabricaron 8000 unidades.

Según lo establecido, la compañía de ametralladoras de cada batallón de granaderos disponía de una batería de lanzagranadas de tipo medio. La compañía de artillería (la 13) de cada regimiento de granaderos contaba también con una batería de esta arma del tipo más pesado. A partir de 1944 se crearon batallones de lanzagranadas.

En cambio, en el Ejército Rojo los lanzagranadas eran manejados por tropas de artillería, el cincuenta por ciento de las cuales estaban dotadas de esta arma. El constructor de lanzagranadas Boris Ivanovich Shavirin proyectó diversos modelos: los tipos calibre 50 mm, 82 mm y 120 mm, un lanzagranadas de montaña de 107 mm y otro para la infantería de 37 mm cuya base era una simple pala. A partir de 1943 la tropa contó con un lanzagranadas de 160 mm. El constructor Shavirin fue condecorado dos veces con la Orden de Lenin y nombrado «Héroe del Trabajo Socialista». Durante la guerra la industria soviética de armamento entregó anualmente a sus tropas alrededor de 100.000 lanzagranadas de los distintos tipos.

Las existencias crecieron de tal modo que, dentro de la artillería de las divisiones motorizadas, los lanzagranadas lograron el primer puesto. En el año 1945 el peso total de los proyectiles de una salva de los lanzagranadas de una división ascendía a 1406 kg, mientras que la correspondiente a todos los demás cañones de las restantes piezas de artillería de la misma división tan sólo alcanzaba los 882 kg.

Tras la guerra, los lanzagranadas conservaron su papel preponderante durante largo tiempo en el Ejército soviético. El 160 mm, de retrocarga, continuó construyéndose. Su trayectoria cubre ya 8 km. Una nueva versión es el M-53, de tipo muy pesado, también de retrocarga, con un calibre de 240 mm. Sus proyectiles tienen un peso de 130 kg y un alcance de hasta 9,7 km. Esta arma puede utilizarse para el disparo de proyectiles atómicos. Las compañías de lanzagranadas de los regimientos motorizados están ahora dotadas con lanzagranadas M-43 de 120 mm.

Sin embargo, en los últimos años numerosas secciones dotadas hasta entonces con lanzagranadas han recibido como armamento el obús D-30, capaz de hacer fuego en trayectoria curva y recta y de mayor alcance que el lanzagranadas. □



Tropas provistas de lanzagranadas en pleno combate (arriba).

Lanzagranadas alemán de tipo medio, calibre 80 mm, con su equipo de sirvientes (izquierda).



Habla Hitler

Palacio de los Deportes berlinés, 3-X-1941
Con ocasión de inaugurarse la Obra Social Auxilio de Invierno, Hitler anunció la culminación del Plan «Barbarroja», la marcha sobre Moscú.

La mayor batalla de la historia

Si yo, tras largos meses, vuelvo hoy a dirigirles la palabra, no es porque pretenda dar respuesta a aquellos hombres de Estado que se sorprendían hace poco tiempo de mi prolongado silencio. La posteridad sabrá ponderar y establecer qué ha sido lo más importante de lo ocurrido en estos tres meses y medio: los discursos del señor Churchill o mis hechos. Hoy he venido aquí para fijar, como ya es costumbre, una directriz a la Obra Social Auxilio de Invierno. Esta vez, con todo, el regreso me ha resultado especialmente difícil, porque una vez más en nuestro frente oriental tiene lugar una nueva operación con un resultado prodigioso. Desde hace 48 horas esta operación se desarrolla con caracteres gigantescos y contribuirá a destrozar al enemigo en el Este.

Les dirijo la palabra en nombre de los millones de soldados que luchan en estos momentos y les emplazo a todos, a la patria alemana, para que asuman el sacrificio inherente al Auxilio de Invierno.

Desde el 22 de junio llevamos adelante una lucha de trascendencia universal. El alcance y los logros de este acontecimiento serán reconocidos claramente por la posteridad.

Constituyó, debo decirlo hoy, la decisión más difícil de mi vida. Cada paso en este sentido ha sido como abrir una puerta tras la cual se escondían secretos. La posteridad apreciará qué se pudo hacer y qué se hizo. En el fuero interno puede uno arreglárselas con su conciencia. La confianza en su pueblo, en el poder de las armas y, en definitiva, en lo que dije anteriormente, en rezar a Dios para que bendiga al que se ofrece por sí mismo, santificado y dispuesto al sacrificio para luchar por su propia identidad.

El 22 de junio por la mañana emprendimos la mayor batalla de la historia universal. Desde entonces han transcurrido algo más de tres meses y medio y hoy, al fin, puedo hacer aquí una afirmación categórica: todo ha transcurrido tal y como estaba planeado.

Lo que para el soldado o para el común de la tropa haya podido parecer sorprendente, para nosotros, para el mando, era algo previsto en el plan de acción, al extremo de que cada segundo ha respondido a este plan. Hasta el día de hoy, cada acción se ha desarrollado con tanta exactitud, de acuerdo con el plan, que puedo afirmar que todo ha sido normal, tanto en el Este, contra Polonia, como después contra Noruega y, finalmente, en la campaña de los Balcanes y de Occidente. Aún debo añadir algo: no nos hemos engañado en lo relativo a la precisión de los planes, a su viabilidad, a la valentía, inédita en la historia, de los soldados alemanes. Tampoco nos hemos engañado en cuanto a la calidad de nuestras armas.

No nos hemos engañado en cuanto al desenvolvimiento sin obstáculos de todas nuestras operaciones en el frente, en cuanto al dominio del gigantesco territorio, ni tampoco respecto al comportamiento de la Patria alemana. Sin embargo nos ha sorprendido algo: no teníamos idea de cuán gigantescos eran los preparativos del enemigo contra Alemania y contra Europa y qué inconmensurable se presentaba el peligro de aniquilamiento de Alemania, y no sólo de Alemania sino de toda Europa. Hoy ya puedo decir esto.

Hoy puedo declarar aquí todo esto porque también puedo asegurar que este enemigo ya ha sido abatido y jamás levantará cabeza. El enemigo había acumulado un potencial orientado contra Europa del que por desgracia la mayoría no tenía ni idea y todavía hoy muchos desconocen. Si hubiésemos permitido al enemigo un avance se habría producido una nueva invasión mogola de un segundo Gengis Khan.

Que este peligro se haya evitado se lo debemos en primer lugar a la valentía, a la resistencia y capacidad de sacrificio de nuestros soldados alemanes. Y también al sacrificio de todos aquellos que se han unido a nosotros hasta el punto de que por primera vez se ha producido como un despertar europeo que abarca todo el continente. En el norte, Finlandia, un verdadero pueblo de héroes, lucha a nuestro lado. En medio de un extenso territorio, y a menudo en solitario, lucha denodadamente con sus propias fuerzas, con su valor, con su coraje, con su gran capacidad. En el sur combate Rumania, recuperada ya de una de las más graves crisis políticas que haya podido conocer un país y un pueblo, gracias a la intervención de un hombre tan valiente como resuelto.

Podríamos contemplar del mismo modo todo el escenario de la lucha, desde el mar Blanco hasta el Negro. En este espacio lucha ahora nuestro bravo soldado alemán, y, en sus mismas filas, los italianos, finlandeses, húngaros, rumanos, eslovacos, croatas, y ahora se incorporan los españoles, belgas, holandeses, daneses, noruegos, incluso franceses se han unido a este frente o lo harán en fechas próximas.

Yo regresaré de esta guerra con el antiguo programa del partido, cuyo cumplimiento me parece ahora todavía más importante quizá que en los primeros días. A este convencimiento he llegado hoy mismo, no hace mucho.

Lo que se sacrifica en el frente no podrá ser desvalorizado por nada. Pero también aquello que ofrece la patria permanecerá incólume ante la historia. Es necesario que el soldado sepa en el frente que la patria se preocupa por él, a través de cada uno de los que han permanecido en la retaguardia, y que busca para él mejores posibilidades. Esto tiene que saberlo el soldado, y debe ser así, para que también esta patria pueda llamarse con propiedad partícipe de las acciones impetuosas de la línea de batalla. Cada uno sabe qué puede hacer en este momento; cada mujer, cada hombre, sabe qué se le exige en derecho y qué está obligado a dar.

Si usted va por la calle y duda un instante si debe contribuir de nuevo o no, dirija la vista por una vez hacia un lado: quizá se encuentre con alguien que haya hecho más por Alemania que usted mismo. Si todo nuestro pueblo alemán es capaz de una ofrenda común, en este caso podemos esperar que la Providencia siga asistiéndonos también en el porvenir.

Dios jamás ha ayudado a los perezosos, ni a los cobardes. En ningún caso ayuda tampoco al que no quiere ayudarse a sí mismo. Aquí es totalmente cierta la máxima: «Pueblo, ayúdate a ti mismo y Dios no te negará su ayuda».

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1942

POLITICA

6.7.: Según datos del secretario de Estado doctor Syrup, en Alemania trabajan dos millones y medio de extranjeros. Dos millones más que antes de la guerra.
16. 7.: Hitler traslada su cuartel general de Prusia Oriental (la «Guarida del Lobo», en Rastenburg) a Ucrania, concretamente a Vinnitsa («Werwolf»).
18.-25. 7.: Conversaciones entre Churchill, el enviado del presidente Roosevelt, Hopkins, y los jefes de los Estados Mayores, en Londres, sobre los planes operativos aliados para 1942.
20. 7.: Mussolini regresa a Roma desde su posición de expectativa en Derna, desde donde pretendía llegar a El Cairo.



En el «ghetto» judío de Varsovia dominaba la más pavorosa miseria, provocada por los alemanes. Las víctimas del hambre, caídas en la calle, constituían una imagen habitual.

21./22. 7.: Comienza la deportación sistemática de judíos del «ghetto» de Varsovia. En total fueron trasladados 350.000 judíos al campo de exterminio de Treblinka.
6. 8.: El presidente Roosevelt nombra al general Eisenhower comandante supremo de la Operación «Torch», que preveía el desembarco aliado en el Norte de África administrado por Francia.
11. 8.: Hitler determina que al terminar la guerra Noruega debe conocer «por una declaración unilateral del Gobierno germano» cuáles serán «sus relaciones con el Reich alemán».
12.-15. 8.: Conversaciones entre Stalin, Churchill y Harriman en Moscú sobre medidas contra Alemania y sus aliados.
20. 8.: El presidente del Tribunal Popular, Otto Thierack, es nombrado por Hitler nuevo ministro de Justicia del Reich. Su subsecretario será, tras el relevo de Franz Schlegelberger, el presidente del tribunal supremo de la Hansa en Hamburgo, Curt Rothenberger. Roland Freisler es designado sucesor de Thierack como presidente del Tribunal Popular.
24. 8.: Hans Frank, presidente de la Federación nacionalista para el ordenamiento jurídico y presidente de la Academia de derecho alemán, al tiempo que jefe del gabinete jurídico del partido nazi, es destituido por Hitler de todos sus cargos públicos después de varias críticas contra la destrucción del orden establecido en Alemania, críticas que él formuló en algunos discursos, especialmente en uno pronunciado el 22. 7. en la Universidad de Heidelberg.
28. 8.: Brasil declara la guerra a Alemania.

CUESTIONES MILITARES

1. 7.: El Ejército 11 alemán toma Sebastópol. Su comandante supremo, von Manstein, es ascendido a general «Feldmariscal».

2./3. 7.: 263 aviones británicos arrojan sobre Bremen 511 t de bombas.

3. 7.: El general «Feldmariscal» Rommel interrumpe su intento de tres días para conquistar la posición del Ejército 8 británico en El-Alamein. Con sus tropas muy mermadas se limita a una actitud defensiva.

4. 7.: Tras la conquista de la península de Hersones, toda Crimea queda en manos alemanas.

8. 7.: Concluye la primera fase operativa de la ofensiva alemana de verano. Claudica el frente soviético entre el Don y el Doniets, pero no se consigue aniquilar un contingente importante de las fuerzas enemigas. Los Ejércitos de von Weichs logran 28.000 prisioneros, 1000 carros de combate y 500 cañones. El Ejército 6, 45.000 prisioneros, 200 carros y 700 cañones.

12. 7.: El Mando supremo soviético crea el frente de Stalingrado.

12. 7.: Finalizan las acciones bélicas para romper el cerco de Voljov. Los alemanes hacen 32.752 prisioneros, entre ellos el comandante del Ejército 2 de rotura, general Vlasov.

23. 7.: En la «Directiva núm. 45», Hitler establece la doble operación simultánea contra Stalingrado y el Cáucaso.

26./27. 7.: 304 aviones británicos arrojan 724 t de bombas sobre Hamburgo.

28. 7.: Orden del Mando soviético del «Frente de Stalingrado»: «Ni un paso atrás».

7.-11. 8.: El Ejército 6, mandado por el general Paulus, ataca a los soviéticos al oeste de Kalach y consigue 35.000 prisioneros, 270 carros y 560 cañones.

11.-13. 8.: 222 aviones británicos arrojan en dos noches consecutivas 580 t de bombas sobre Maguncia.

13. 8.: El general Eremenko asume el mando del «Frente de Stalingrado».

19. 8.: El general Paulus ordena al Ejército 6 que ataque Stalingrado.

21. 8.: Un grupo de combatientes del Regimiento de montaña 39, de la División 1, iza la bandera de guerra alemana en el Elbrus, la cumbre más alta del Cáucaso.

25. 8.: Se declara el estado de sitio en Stalingrado.

31. 8.: Comienza una ofensiva del Ejército acorazado ítalo-alemán partiendo del sur de El-Alamein. El 2.9. quedaría interceptada. Con ello fracasaría el último intento de recuperar la iniciativa en el Norte de África.

1. 7.-31. 8.: Los submarinos alemanes hunden en el Atlántico y en el Mediterráneo un total de 198 buques, con 971.830 t de registro bruto.

CULTURA Y TECNICA

5. 7.: Por 2 a 0, y ante 90.000 espectadores concentrados en el estadio olímpico berlinés, el Schalke 04 derrota al Vienna, superando así la marca del 1 FC Nuremberg, ganador de seis campeonatos alemanes de fútbol.
2. 8.: El RG Allianz-Berlin gana el tercer campeonato de remo de la guerra, en Berlín-Grünau, delante del conjunto de la policía de Hamburgo y del favorito, el Club de remo berlinés.
2. 8.: En un torneo internacional de atletismo, en el estadio olímpico berlinés, el campeón alemán de salto de pértiga, Glötzner, de Weiden, mejora su marca al lograr 4,16 m, es decir, 2 cm más sobre su marca anterior.
9. 8.: En el campeonato de boxeo aficionado celebrado en Hannover, el peso pesado Adolf Kleinholdermann, de la asociación deportiva berlinesa de las SS, logra derrotar al campeón de Europa Hein ten Hoff, pero sucumbe ante el vencedor olímpico, Runge.
14. 8.: Se estrena oficialmente en los cines berlineses el filme de propaganda «G. P. U.», con Marina von Ditmar y Will Quadflieg.



Escena de la película «G.P.U.». Una chica, Irina (Marina von Ditmar), es sometida a interrogatorio por la policía secreta soviética.

16. 8.: Concluyen en Bayreuth los festivales de Richard Wagner de 1942. Como invitados de honor del «Führer», asisten soldados y trabajadores de las fábricas de armamento.
16. 8.: En Beuthen (Silesia), el equipo nacional alemán de fútbol derrota por 7 a 0 al de Rumania. Fritz Walter marcó tres goles.
25. 8.: La película «Atentado en Bakú», de Fritz Kirchhoff, se estrena en los cines alemanes. Actúan, entre otros, Joachim Brennecke, René Deltgen, Willy Fritsch, Erich Ponto y Lotte Koch.
30. 8.: En Hannover se otorga por primera vez el «Premio Hermann Löns» al escritor caído en campaña Carl von Bremen y al dramaturgo Friedrich W. Hymmen, dos «jóvenes poetas y soldados de este tiempo nuestro, presentido por Löns».

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Kreisauer Kreis, grupo de la resistencia organizado por Helmuth James, conde von Moltke, llamado así por ser éste el nombre de los dominios del conde en Silesia. Pertenecieron a este círculo Alfred Delp, Hans von Haeften, Julius Leber y Peter Graf Yorck, entre otros. Los miembros de la organización se reunían irregularmente y no llevaban a cabo ninguna actividad política; más bien trabajaban en un modelo de nueva sociedad para después de la caída del régimen nacionalsocialista. Moltke fue detenido en enero de 1944 y, tras el atentado del 20 de julio, varios de sus compañeros corrieron igual suerte, con lo que el círculo dejó de existir.

Kruschev, Nikita Sergueievitch, político soviético nacido el 17-IV-1894, en Kalinovka (Kursk), muerto en Moscú el 11-IX-1971. Miembro del partido comunista de Ucrania desde 1918. En 1938 es elegido primer secretario del mismo partido. En 1942, jefe de la sección política del frente de Stalingrado, en la sección sudoeste. Jefe del comité político del frente de Vorónez, como teniente general, de 1943 a 1945. Desde el 10-X-1943, en el frente de Ucrania. Organizó la lucha de los partisanos ucranianos. En 1953, secretario del Comité Central. De 1954 a 1964, dirigente político de la Unión Soviética (de 1958 a 1964, jefe de Gobierno). Desposeído de todas sus funciones el 14-X-1964. Llevó adelante la desestalinización y promovió la coexistencia pacífica.

Kuban, cabeza de puente mantenida por las fuerzas alemanas del Ejército 17 entre el 31-I-1943 y el 9-10 del mismo año, tras la retirada del Cáucaso, en la península de Taman. Entre el 7-IX y el 9-X-1943 fueron transportados por la carretera de Kerch a Crimea 239.669 soldados alemanes, 16.311 heridos y 27.456 civiles; 115.477 toneladas de material militar, de ellas 27.670 toneladas de explosivos; 21.230 vehículos militares, 74 carros, 1875 cañones y 74.657 caballos que arrastraban 27.741 carros. La Aviación se encargó de transportar además 15.661 soldados y 1154 toneladas de material.

Küchler, Georg, *Feldmariscal* alemán (30-VI-42). Nació en Philippsruh/Hessen el 30-V-1881 y murió en Garmisch-Partenkirchen el 25-V-1968. Nombrado general de Artillería el 1-IV-1937. Tomó parte en la campaña de Polonia como jefe del Ejército 3. El 5-XI-1939 pasó a mandar el Ejército 18. Del 17-I-1942 a enero de 1944, jefe de las tropas del Grupo de Ejércitos Norte. Destituido por Hitler a mediados de ese mes por haber autorizado movimientos de repliegue en este frente. No volvió a tener mando durante la guerra. Condenado en Nuremberg, en octubre de 1948, a veinte años de prisión e indultado el 18 de febrero de 1953.

Kugelblitz, carro de combate alemán dotado de antiaéreos. Peso: 24 t; 320 CV; 40 km/h. Autonomía: 200 km. Dotación: 4 hombres. Armamento: 3 antiaéreos gemelos de 30 mm. Este modelo se fabricó en la factoría Daimler-Benz a partir del Panzer IV y era el único carro de combate alemán de torreta cerrada. Se construyeron seis unidades, con resultados excelentes, pero no llegó a producirse en serie.

Kursk, saliente de (véase «Zitadelle»).

Kurzeme (Curlandia), provincia letona, conquistada por tropas alemanas entre julio y agosto de 1941. Desde octubre del 44 a mayo del 45, defendida por los Ejércitos 16 y 18. No pudo ser tomada por el Ejército Rojo tras 6 operaciones sucesivas. Hitler prohibió el regreso por mar de los Grupos de Ejército que habrían llegado a tiempo para reforzar el frente oriental en Alemania. El 8-V-45 la provincia capituló, al rendirse el general Hilpert con 208.000 soldados.



Kurzeme 1945: el Grupo de Ejércitos alemán cercado recibe suministros desde el puerto de aprovisionamiento de Libau y por el aire. Antiaéreos instalados sobre afuste ferroviario defienden la operación de intendencia contra los ataques aéreos soviéticos.

Kuznetsov, Fedor Isidorovich, general soviético nacido el 29-IX-1898 y muerto el 22-III-1961. En junio de 1941, jefe supremo del frente del noroeste (hasta 30-VI). El 24-VII-41, del frente central. Agosto del 41, comandante supremo del Ejército 51 (Crimea). En noviembre del 41, del Ejército 61. En 1941-42, segundo jefe del frente occidental. En 1942-43, comandante de la Academia de Guerra de Frunse. 1943-44, segundo jefe del frente de Carelia, y luego del de Voljov. En 1945, gobernador militar de los Urales. Pasó a la reserva en 1948.

Kuznetsov, Vassili Ivanovich, general soviético nacido el 15-I-1894 y muerto el 20-VI-1964. En junio de 1941, comandante supremo del Ejército 3 y luego de los Ejércitos de rotura 21, 58 y 1; desde junio del 42, jefe del Ejército 63 (después Ejército 1 Guardias). En abril del 45, manda el Ejército de rotura 3 en la batalla decisiva de Berlín. En 1952-57, comandante de la región militar del Volga. En 1957-60, segundo jefe militar en Minsk. Se retiró del servicio activo en el año 1960.

L

La, indicativo de los aviones construidos por el ingeniero soviético Semion Lavochkin. Éste proyectó en 1940-41 el caza monoplaza *La GG 1* y el *La GG 3* (La = Lavochkin, G = Gorbunov, G = Gudkov). Esta serie fue el prototipo del moderno monoplaza *La 5*, que apareció al mismo tiempo, con características similares a las del alemán *Messerschmitt Bf 109 G*. De fácil manejo, los cazas *La 5* diezmaron en el invierno 1942-43, junto a Stalingrado, los convoyes alemanes de transporte y prestaron una ayuda eficaz en la reconquista de la ciudad. Dos versiones perfeccionadas se unieron a las existentes durante la guerra con las siglas *La 7* y *La 9*. Datos del *La 5 FN*: un motor de 1650 CV; velocidad: 622 km/h a una altura de 5000 m; autonomía 700 km. Dos cañones de 20 mm o de 23 mm. Dispositivos para dos cohetes *RS-82*.

Laconia, buque británico para el transporte de tropas, de 19.695 t de registro bruto. El 12-IX-1942 el Laconia fue hundido por el *U 156* alemán (capitán de corbeta Hartenstein) a 600 millas al sur de las Azores. En ese momento llevaba a bordo 1800 prisioneros italianos, que perecieron en el ataque. Hartenstein procedió a salvar a los náufra-

gos. En su ayuda acudieron también otros submarinos alemanes. El 13-IX, un bombardero americano atacó al *U 156*, que resultó dañado. En consecuencia, el Mando alemán de submarinos prohibió que, en lo sucesivo, se procediese al salvamento de náufragos con el fin de no poner en peligro a los navíos propios (orden «Laconia»).

La Haya, Acuerdos de, sobre el comportamiento en tiempo de guerra. Suscritos en las conferencias de paz de 1899 y 1907, se refieren a la distinción entre participantes y no participantes en la contienda. Trato debido a la población civil, a los indefensos, heridos, prisioneros y espías, etc. Limitación de medios estratégicos. Normas sobre derechos y obligaciones de las tropas de ocupación. Las resoluciones de las Conferencias de paz de La Haya fueron, a grandes rasgos, observadas durante la segunda Guerra Mundial y sirvieron de base para las condenas pronunciadas en Nuremberg.

Lancaster, bombardero pesado de la firma Avro. Primer vuelo el 9-I-41. Primer prototipo *Mark I* en octubre de 1941. Primera misión estratégica el 3-III-42, como minador en aguas alemanas. Pronto se convirtió en el bombardero *standard* para operaciones nocturnas sobre Alemania. Este avión destruyó, mediante sus minas de rotación especial, las presas de los embalses de Möhne y Eder en la noche del 16/17-V-43; el 12-XI-44 hundió el acorazado *Tirpitz* en el fiordo de Tromsö. Podía transportar la bomba más pesada del mundo, la «Grand Slam», de 9979 kg. Desde 1941 a 1946 se construyeron en total 7366 unidades de este avión. Datos del modelo de serie *Mk B 1:* cuatro motores de 1280 CV; velocidad: 460 km/h a 3500 m de altura; techo 7470 m; autonomía: 2780 km, con una carga de bombas de 5440 kg; armamento: ocho ametralladoras de 7,7 mm, de ellas cuatro en la torreta de popa; dotación: 7 hombres.

Lápiz volador, nombre con que se designaba el avión bombardero y de reconocimiento *Dornier Do 17.* Su origen se debió a un primer encargo de la Lufthansa alemana, fechado en 1933, para la producción de un aparato bimotor de pasajeros. A partir de 1935 se transformó este tipo en un avión rápido de bombardeo, con destino a la nueva *Luftwaffe.* Entró en servicio por primera vez con la Legión Cóndor, en la guerra civil española. 371 *Do 17* de distintas versiones, junto con el *Heinkel He-111,* constituyeron al principio de la guerra el núcleo de la flota alemana de bombardeo. En 1940 terminó la producción en serie del modelo *Do-17-Z.* Contaba con dos motores de 900 CV. Velocidad máxima: 426 km/h a una altura de 4700 m. Dotación: 4 hombres. Armamento: de 4 a 8 ametralladoras de 7,9 mm. Cámara para 100 kg de bombas.

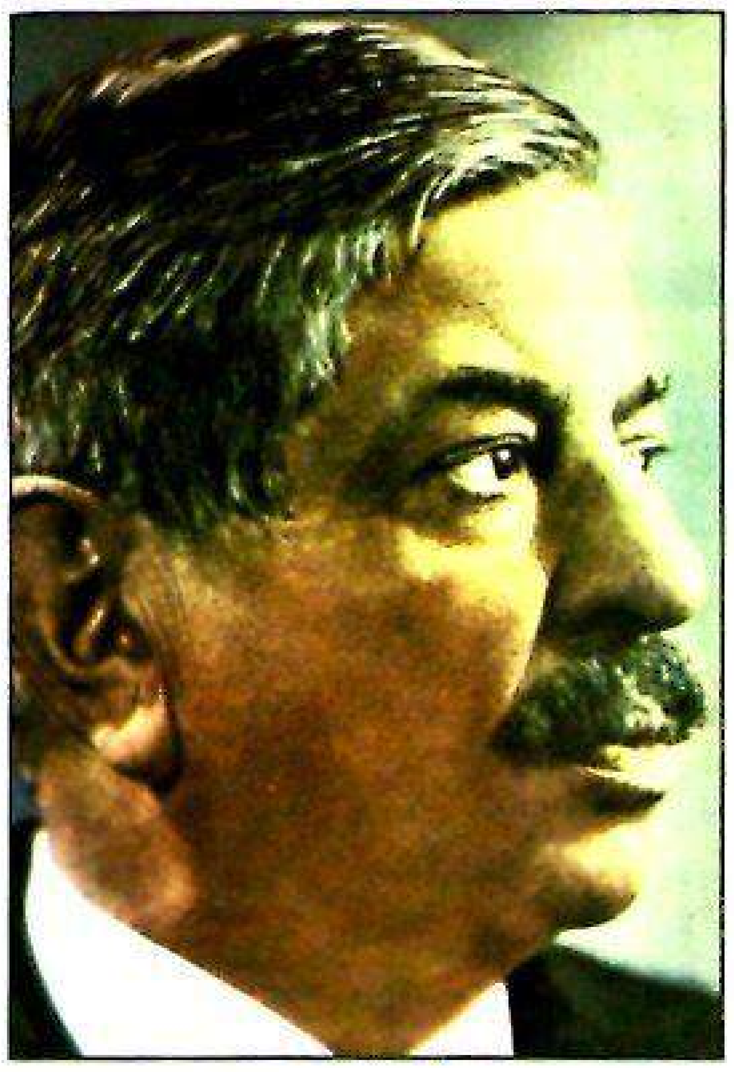
La Rochelle, ciudad portuaria francesa en el golfo de Vizcaya, ocupada por los alemanes el 23-VI-1940. Punto de apoyo de la Armada alemana (temporalmente, de la 3.ª flotilla de submarinos). Permaneció en poder de los alemanes hasta la capitulación, el 8-V-1945.

Lasch, Otto, general alemán de Infantería (1-XI-44), nacido en Pless (Alta Silesia) el 25-VI-1893 y muerto el 29-IV-1971. General de División el 1-VIII-42. Comandante de la División de infantería 217 a orillas del Dnieper. Teniente general el 1-IV-43. Comandante de la División de infantería 349 el 20-XI-43. Del Cuerpo de Ejército LXIV el 1-IX-44. Jefe de la guarnición de Königsberg el 1-XI-44. Tras duros combates en esta plaza, Lasch se vio obligado a capitular ante los soviéticos. Hitler le hizo degradar por «cobardía ante el enemigo». Se le condenó a muerte en ausencia y su familia fue detenida indiscriminadamente. A finales de octubre de 1955 Lasch regresó del cautiverio soviético.

Lattre de Tassigny, Jean-Joseph de, mariscal francés (15-I-1952), nacido en Mouilleron- en-Pareds (Vendée) el 2-II-1889 y muerto el 11-I-1952 en París. Formó en 1941 un núcleo de resistentes en Sète. Detenido por el Gobierno de Vichy, huyó el 3-IX-1943 de la prisión, en Riom. En enero de 1944, jefe de las tropas de la Francia Libre en el Norte de África. Tras el desembarco en el sur de Francia (Operación «Dragoon»), el 15-VIII-44, comandante del Cuerpo de Ejército II francés y jefe supremo del Ejército 1. Firmó también la declaración de Berlín del 5-VI-1945. En 1945, jefe supremo del Ejército francés del Rhin. En 1945-47, jefe del Estado Mayor francés. En 1948, comandante supremo de las fuerzas operativas de tierra en la Unión Occidental. En diciembre de 1950, alto comisario y comandante supremo en Indochina.

Laura, nombre dado comúnmente al fusil entre las tropas alemanas.

Laval, Pierre, político francés, nacido el 26-VI-1883 en Chateldon y muerto en París (ejecutado) el 15-X-1945. Fue al principio socialista, luego independiente. De 1925 a 1935, varias veces ministro. De acuerdo con Alemania procuró desarrollar una política que, luego (junio 1935 a enero 1936), continuaría como primer ministro. Intentó llegar a un acuerdo con Mussolini. Tras la derrota de Francia, se convirtió en viceprimer ministro, en julio de 1940, y creyó poder lograr que los ocupantes alemanes tratasen con consideración a su país. Los alemanes presionaron sobre él hasta que, en abril de 1942, tuvo que ceder su puesto a Darlan. En septiembre de 1944 fue transferido a Alemania. Al finalizar la guerra, Laval trató de evadirse a España, pero fue detenido por los americanos y entregado a los franceses, que lo condenaron a muerte el 9-X-1945.



Pierre Laval

Leber, Julius, político alemán de la resistencia, nacido el 16-XI-1891 en Biesheim (Alsacia) y ejecutado en Berlín el 5-I-1945. Diputado del Reichstag en 1924 y portavoz de cuestiones militares por su partido, el socialdemócrata. Detenido en «prisión preventiva» en 1933, permaneció en un campo de concentración hasta 1937. Luego se convirtió en comerciante de carbones. En torno a él se reunieron los socialdemócratas de la resistencia. El 5 de julio de 1944 fue detenido y condenado a muerte por un tribunal popular nazi.

Leclerc, Jacques Philippe, mariscal francés (26-VI-1952), designado como tal a título póstumo. Nació en 1902 y murió en accidente de aviación en Argelia el 28-XI-1947. Comandante de la División acorazada 2, que intervino en la liberación de París el 25-VIII-1944. En 1945-46 comandante supremo en Indochina. Firmó por parte de Francia, el 2-IX-1945, a bordo del buque americano *Missouri,* el acuerdo de capitulación de Japón. El 19-IV-1947, inspector general de todas las fuerzas de tierra, mar y aire en África.

Leeb, Wilhelm Ritter von, mariscal alemán (19-VII-40), nacido el 5-IX-1876 en Landsberg



Versión especial del bombardero «Lancaster» con fuselaje desmontable, adecuado para el transporte de bombas «Grand Slam».

y muerto en Hohenschwangau el 29-IV-1956. General de División el 1-II-1929. Teniente general el 1-II-1930. General de Artillería el 1-I-1934. Capitán general el 1-XI-1938. Comandante supremo del Grupo de Ejércitos Centro el 26-VIII-1939. Leeb, que era conocido como crítico de Hitler, expresó su opinión desfavorable a una campaña contra Occidente, en una carta que envió a Hitler antes de que comenzaran las operaciones. De mayo del 41 al 16-I-42, comandante supremo del Grupo de Ejércitos Norte. Cuando en diciembre de 1941 unidades del Ejército 16 se vieron amenazadas por el cerco del enemigo, en Jolm y Demiansk, Leeb ordenó que se replegasen, contra la voluntad de Hitler, entre el 7 y el 23 de diciembre. Debido a ello Leeb fue destituido por el dictador. En octubre de 1948 fue condenado en Nuremberg a tres años de cárcel, pero fue puesto en libertad inmediatamente.

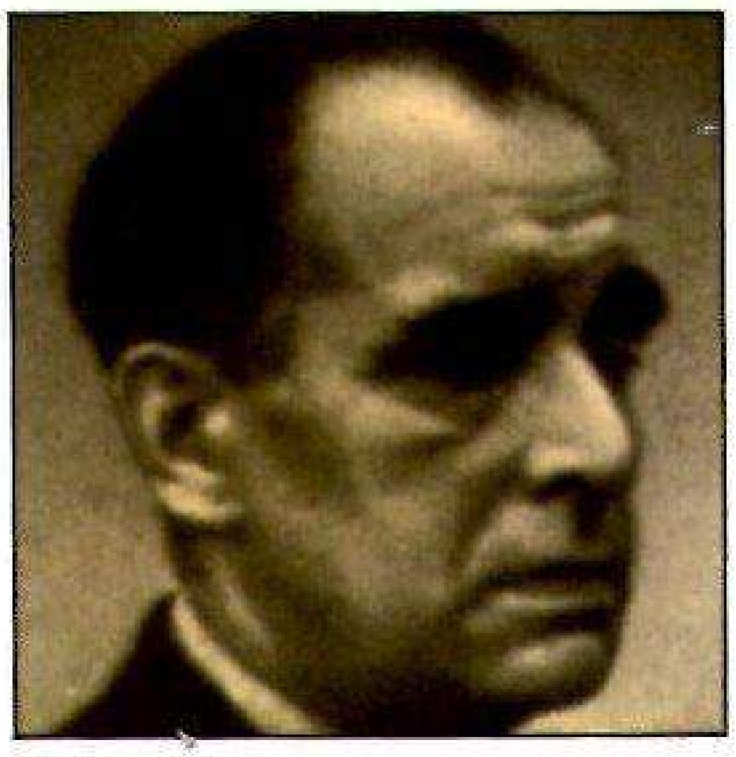
«Lehrgang», Operación, plan para evacuar Sicilia a través del estrecho de Mesina, llevado a cabo por tropas alemanas e italianas entre el 15 y el 17-VIII-1943. Consistió en el traslado al sur de Italia de 39.569 soldados alemanes y de 62.000 italianos, 47 carros, 135 cañones, 9832 vehículos de combate y 17.000 t de material de guerra.

«Leibstandarte Adolf Hitler», unidad creada como guardia de seguridad SS, el 17-III-1933, con el nombre de «Stabswache Berlin». Desde septiembre de 1933 recibió la nueva denominación. En 1938 sus fuerzas correspondían a las de un regimiento de infantería motorizada. En 1940, a las de una brigada. En 1941 se convirtió en división. El 9-IX-42, División acorazada de granaderos SS. En febrero de 1944, 1.ª División acorazada SS. Entró en combate en Polonia, campaña de occidente y URSS. Participó en la ofensiva de las Ardenas, en combates desarrollados en Hungría y, al final, en Austria. Comandantes: 1933-julio 1943, Joseph (Sepp) Dietrich; julio 1943-20-VIII-44, Theodor Wisch; 20-VIII-44-6-II-45, Wilhelm Mohnke; a partir del 6-II-45, Otto Kumm.

Lemberg (Lwów), capital de región en la Ucrania Soviética. En 1919-1939, administrada por los polacos. En 1939, contaba 315.000 habitantes. Conquistada por los soviéticos el 22-IX-1939. Ocupada por la División de montaña 1 alemana, el 30-VI-1941, durante la guerra germano-soviética. Tuvo un gobierno ucraniano presidido por el nacionalsocialista Stetsko. Antes de la marcha del Ejército Rojo el servicio secreto soviético hizo ejecutar a varios miles de detenidos políticos. El 27-VII-1944, Lemberg volvió a ser conquistada por el segundo frente de Rusia Blanca.

«León Marino», nombre clave de la operación de desembarco en Inglaterra, planeada por los alemanes (Directiva núm. 16 de Hitler). En agosto y septiembre de 1940 se concentraron en Occidente 155 buques de transporte (700.000 t de registro bruto), 1277 barcazas y gabarras, 471 remolcadores y 1161 lanchas de motor y se dispusieron los Ejércitos 9 y 16, con 25 divisiones. En una primera oleada debían intervenir 13 divisiones, y el Ejército 6 formaría la reserva. Sin embargo, la *Luftwaffe* no fue capaz de conseguir el imprescindible predominio aéreo sobre el territorio. Por este motivo, y también a causa de la debilidad de la *Kriegsmarine* alemana frente a la *Royal Navy* británica, Hitler no pudo decidirse a dar la orden para la puesta en marcha de la operación. El 12-X-40 el Mando supremo de las Fuerzas Armadas (OKW) notificó que Hitler había determinado utilizar los preparativos del desembarco en Inglaterra sólo como un medio de presión, hasta principios de 1941. La orden definitiva de abandonar los preparativos se dio el 10-I-41.

«Leopard», operación de desembarco de las tropas alemanas en la isla Leros, en el Egeo, el 12-XI-1943. La operación duró hasta el 17-XI, con numerosas bajas por parte alemana. Fueron hechos prisioneros 3200 soldados británicos y 5350 italianos.



Julius Leber

Letonia, v. Bálticos, Estados.

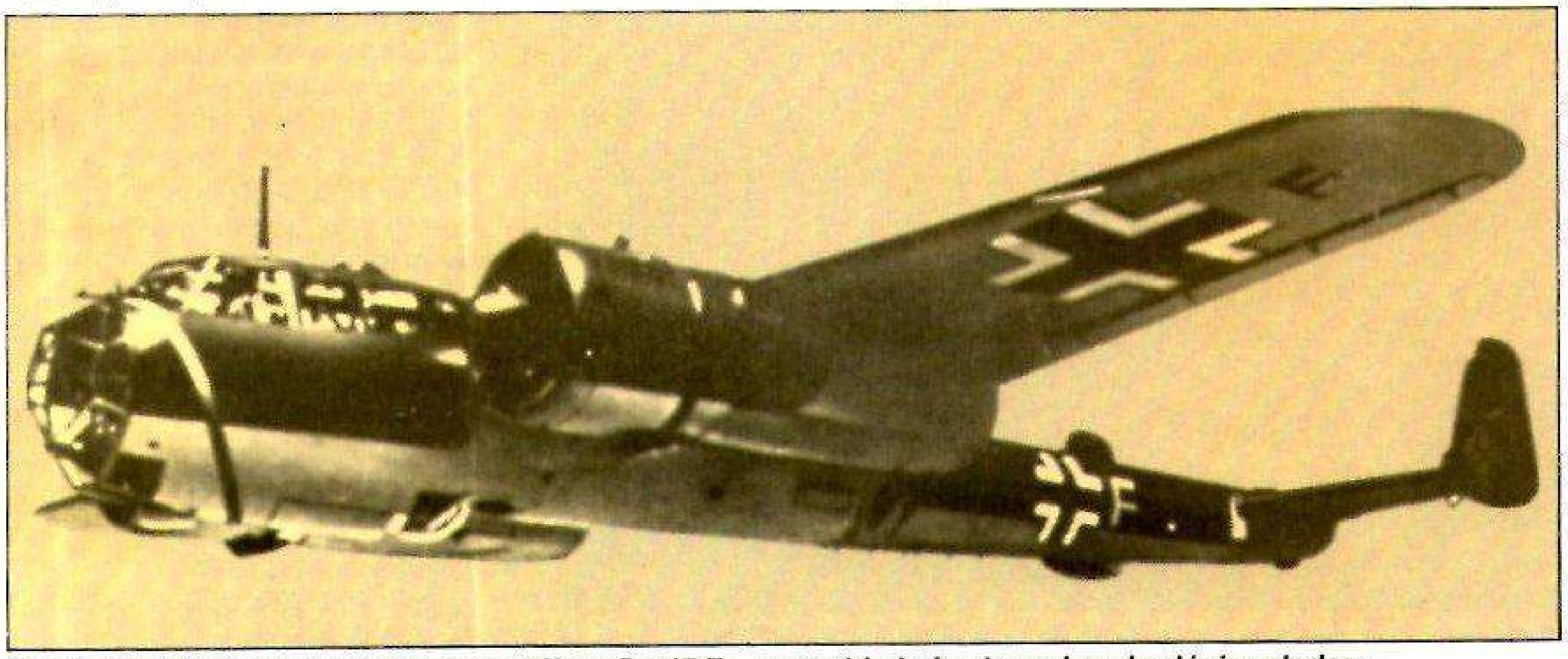
Leuna-Werke, la mayor factoría alemana de las dedicadas a producir gasolina sintética, situada en Leuna, a orillas del Saale. A pesar de estar protegida por fuertes defensas antiaéreas, sufrió 22 bombardeos aliados en los que participaron 6552 aviones, que arrojaron sobre la factoría 18.328 t de bombas. A pesar de ello no se interrumpió la producción.

Leuschner, Wilhelm, político alemán de la resistencia nacido en Bayreuth el 15-VI-1890 y ejecutado en la prisión berlinesa de Plötzensee el 29-IX-44. Sindicalista y miembro del partido socialdemócrata. Ministro del Interior de Hessen (1928-32) y luego miembro de la directiva de la Confederación general de sindicatos alemanes. Tras la toma del poder por los nazis, recluido en «prisión preventiva» e internado en 1933 y 1934, en varios campos de concentración. Tras su puesta en libertad, dirigente de la resistencia en los sindicatos. A raíz del atentado del 20 de julio de 1944, detenido y condenado a muerte.

Lexington, portaaviones americano, construido en principio como crucero de batalla y posteriormente transformado. Entró en servicio el 14-XII-1927. 33.000 t; 34 nudos. Eslora: 270,7 m; manga, 32,1 m. Dotación, hasta 2122 hombres. Armamento: doce antiaéreos de 127 mm y hasta 90 aviones. Gravemente dañado por aparatos japoneses de los portaaviones *Shokaku* y *Zuikaku*, el 8-V-1942, durante la batalla del mar de Coral. Ese mismo día fue hundido por un destructor americano.

Ley, Robert, político nazi. Nació en Niederbreidenbach (Gummersbach) el 15-II-1890 y murió en Nuremberg el 26-X-1945. Ingresó en el partido nacionalsocialista en 1925 y fue nombrado *Gauleiter* de Renania. Miembro del Reichstag en 1930. Jefe de organización del partido en noviembre de 1932. En mayo de 1933, tras la prohibición de sindicatos libres, jefe del Frente Alemán del Trabajo. Al tiempo se ocupó de crear la obra social Fuerza por la Alegría. Tenía asimismo encomendada la orientación en cuestiones de adoctrinamiento nacionalsocialista y el control de los llamados pueblos o ciudades pilotos. Era conocido por su afición a la bebida y se le llamaba popularmente «el borracho del Reich». Al finalizar la guerra huyó a Austria y fue detenido cerca de Salzburgo. El 26-X-1945, a pesar de las estrictas medidas de seguridad a que fue sometido, se suicidó ahorcándose con un pañuelo, en la celda, pocos días antes de que se abriese su proceso.

Leyte, isla del archipiélago filipino (7250 km²). Ocupada por tropas japonesas en diciembre de 1941. El 20 de octubre de 1944 comenzó en ella la conquista de las Filipinas, con el desembarco del Ejército 6 USA. Del 22 al 25-X-44 fracasó el gran ataque japonés contra las tropas de desembarco americanas. Los asaltantes sufrieron graves pérdidas. Fueron destruidos 3 acorazados japoneses, 4 portaaviones, 9 cruceros y 9 destructores. La batalla final decidió el destino de las tropas japonesas en Filipinas.



Bombardero «standard» de la «Luftwaffe» «Do 17 Z», conocido bajo el nombre de «lápiz volador».

En el Norte de África se sufre y se muere como en los demás frentes. «La muerte heroica» es igualmente triste y absurda. A veces incluso más terrible que en otras partes. Pero hay algo que distingue este escenario bélico: algo exclusivo, familiar; podría decirse que los enemigos enfrentados se encontraban más unidos, más entre ellos que en los restantes puntos y más de lo que pudiera esperarse de esta guerra eminentemente técnica del siglo XX.

Cada uno habla demasiado sobre el otro; los informantes traen y llevan las noticias de aquí para allá sin mayor dificultad; no existe una línea de frente definida. Lo mismo ocurre en Roma, donde los secretos encuentran tal eco y son recibidos con tal interés que rara vez permanecen ocultos.

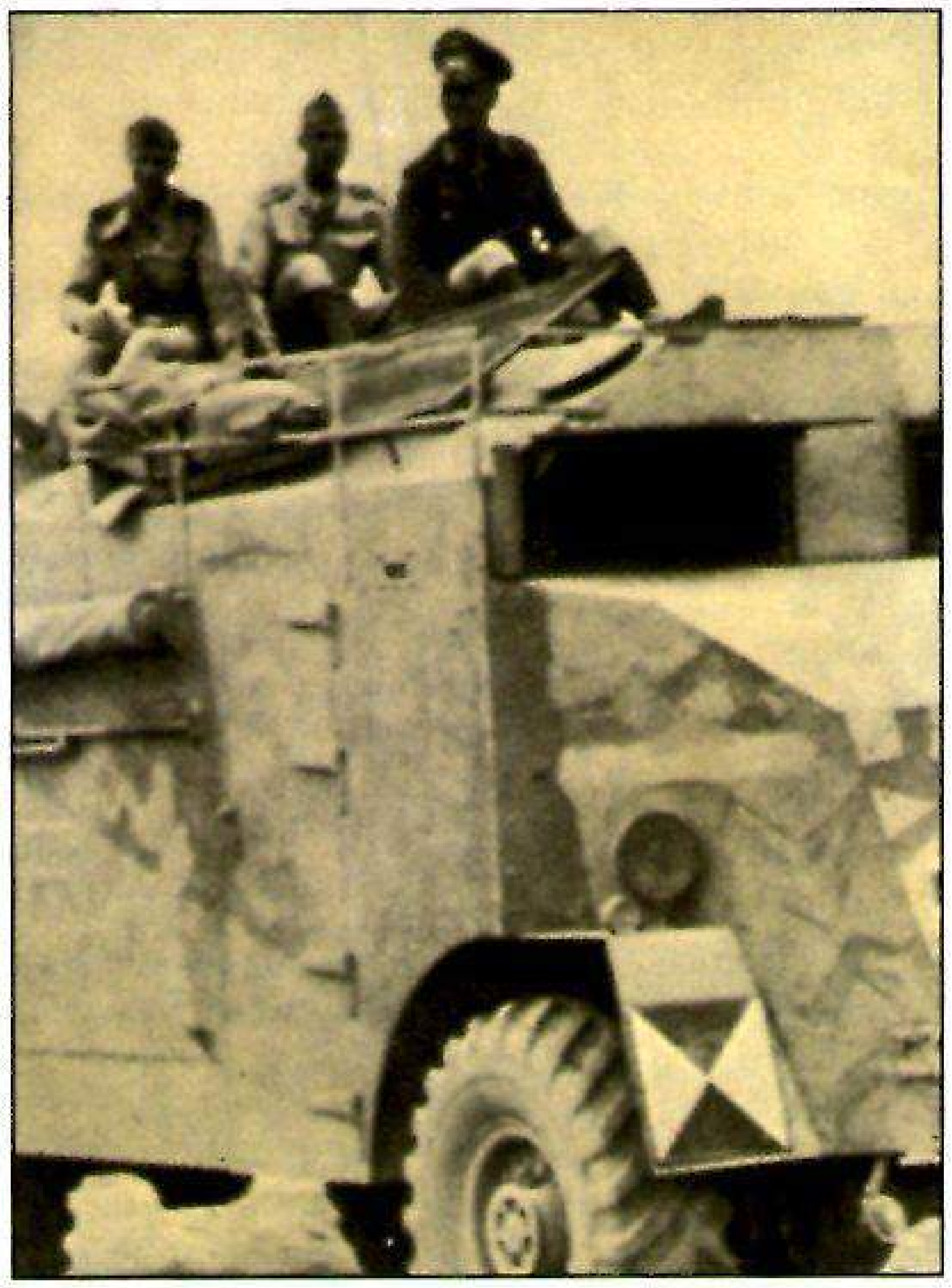
Situación ésta que no dejaba de tener sus atractivos para un virtuoso como Rommel, siempre dispuesto a aprovecharla.

«Rommel va a seguir retrocediendo, está decidido incluso a abandonar la posición de Marsa el-Brega.» Este rumor corría a mediados de enero de 1942 entre el puesto de mando de Tripolitania y Roma. Oficiales alemanes procuraban dejar caer aquí y allá algunas palabras en tal sentido. Palabras que iban de boca en boca tanto en el desierto como en los salones romanos; por su parte el «zorro» de Suabia se divertía con la travesura. «Informaciones dignas de crédito coinciden en asegurar que el enemigo continuará retrocediendo, sir», comunicaba en El Cairo al general Claude Auchinleck su oficial de información.

Era difícil convencer a sir Claude, escarmentado como estaba por los frecuentes ardides enemigos de los que había sido víctima. Por tanto dio orden de que se observaran los movimientos alemanes con todos los medios disponibles. Sir Claude se preguntaba qué podría sugerirle a Rommel la necesidad de proseguir la retirada. Cierto que la campaña de 1941 se había saldado con una formidable sangría para el Afrikakorps y las unidades italianas, pero, de todas maneras, Rommel había conseguido a finales de año reagrupar sus fuerzas en buen orden y disciplina, después de abandonar Cirenaica.

A esto había que añadir que la II *Luftflotte* del mariscal Kesselring había sido enviada a Sicilia y tenía a Malta bajo su vigilancia, de modo que ni la aviación, ni la marina británica podía ya impedir con la facilidad de antes los envíos de reservas y material del Eje a sus fuerzas en el Norte de África.

Pero ¿se podía saber verdaderamente qué se proponía el «zorro»? Cualquier cosa resultaba posible incluso la más inverosímil...



Rommel sobre el gigantesco vehículo «Max» —obtenido como botín de guerra— que servía de puesto de mando y que él mismo utilizó, porque ofrecía protección contra las minas.

Los "zorros del desierto" III

EL MAYOR ARDID DE ROMMEL

En enero de 1942 Rommel se encontraba en el mismo punto del que había partido nueve meses antes para su marcha triunfal hasta la frontera egipcia: en El-Agheila. Los británicos esperaban que el Afrikakorps siguiera retrocediendo; Rommel, por su parte, efectuó una serie de maniobras con objeto de reafirmarles en sus esperanzas. Sin embargo, el 21 de enero, pasó al ataque para detener el avance inglés. Esta acción por sorpresa facilitaría a Rommel la reconquista de toda la Cirenaica.

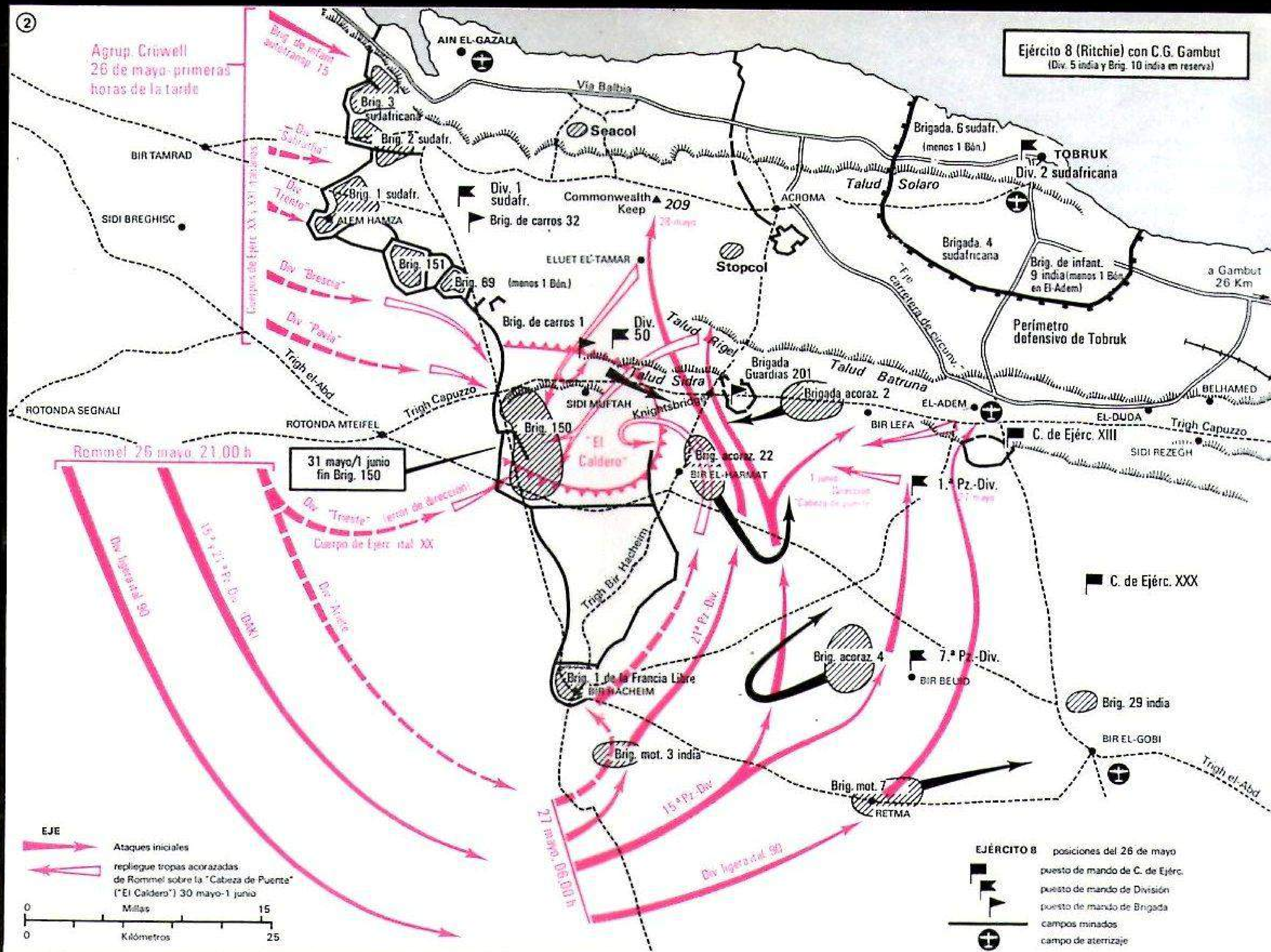
El 20 de enero comienzan a llegar noticias de todas partes sobre Marsa el-Brega: explosiones e incendios en la ciudad y en el puerto. Al parecer Rommel destruye los buques que no pueden hacerse a la mar y los depósitos y almacenes.

Esto termina de convencer a sir Claude. Durante la reunión con su Estado Mayor da la orden de proseguir la marcha. Las instrucciones son claras: «Avanzar hasta conseguir el total aniquilamiento del enemigo. Durante la marcha por el desierto, el problema más grave a que tendremos que enfrentarnos es el del avituallamiento. Hay que presionar sobre los trabajos de extinción de incendios en Suez y Alejandría y sobre los transportes en dirección a la vanguardia. Esta vez no podemos permanecer inactivos pensando en la inmensa extensión del frente.»

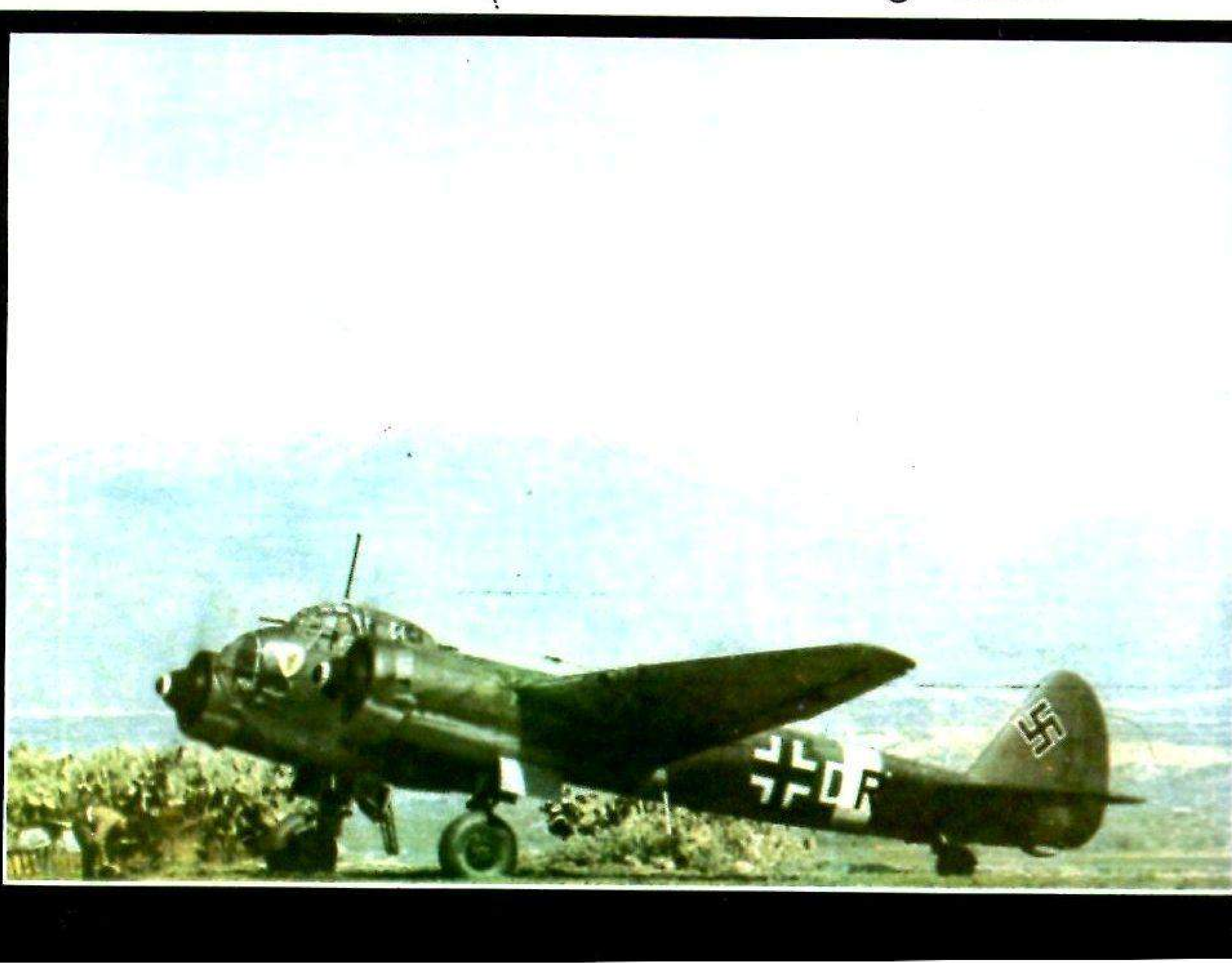
Exactamente eso es lo que deseaba Rommel. Para conseguirlo había sacrificado un par de viejas casas y algunos buques, prácticamente inservibles. Después se aprestó a pasar al ataque. Por la noche, bajo el azote y al mismo tiempo protección de las negras nubes de arena levantadas por el viento que había estado soplando durante todo el día anterior, las distintas unidades ocuparon sus posiciones. Sólo en el último momento se enteraron los oficiales y jefes de lo que se preparaba. Rommel tampoco había dicho una palabra al Mando alemán o italiano. Conversando a solas con él, Rommel había informado vagamente al jefe del Estado Mayor italiano en el Norte de África, general Gambara: «Poca cosa; una especie de operación de comandos.» En realidad, excepto los primeros movimientos, Rommel tampoco había preparado nada. Lo que pretendía era estorbar el avance de las unidades enemigas. «Si damos tiempo a los *Tommies* hasta febrero, terminarán poniéndonos en fuga definitivamente», acostumbraba a repetir.

Una vez más «el zorro del desierto» preparó una tenaza y, de nuevo, uno de sus brazos rodeó al enemigo por el sur, en el inmenso marco del desierto: en este lugar se puso en marcha al amanecer del 21 de enero el Afrikakorps, con la 15.ª *Panzerdivision* y parte de la 21.ª, a lo largo de Uadi Faregh, por la retaguardia de la División blindada 1 británica. El brazo izquierdo de la tenaza estaba formado por parte de la 21.ª *Panzerdivision* y la División ligera 90, que avanzaron por la carretera de la costa, «Via Balbia», hacia el nordeste, contra las posiciones inglesas. El Cuerpo de Ejército XX italiano y las secciones no motorizadas de la División 90 se debían sumar más tarde a la operación.

La tenaza se fue cerrando y los frutos



El ataque de Rommel contra la línea de Gazala, el 27 de mayo de 1942.



Un «Ju 88» en un aeródromo. La II «Luftflotte», al mando del mariscal Kesselring, fue enviada en diciembre de 1941 a Sicilia, desde donde debía vigilar Malta. Gracias a ello pudo volverse a normalizar el envío de refuerzos y material a Rommel, lo que permitió la ofensiva de enero de 1942.

de la sorpresa no se hicieron esperar. Tanto el ataque frontal por la costa, como el rodeo dado por el sur se vieron coronados por el éxito. De nuevo los carros llevaron el peso de la operación y, una vez más, lograron aniquilar una tras otra a las pesadas unidades británicas, tan lentas de movimientos.

«Desde el primer momento falló completamente la coordinación –escribe en su 'Trilogía africana' el inglés Alan Moorehead–, la sorpresa paralizó completamente al mando.»

En el cerco de Msus las fuerzas de Rommel se apoderaron de 12 aviones, 96 carros, 38 cañones y 1000 prisioneros. Gracias al aprovisionamiento dispuesto por sir Claude para perseguir a Rommel, la infantería logró uno de sus más festejados triunfos: un gigantesco almacén de vituallas, un verdadero tesoro en aquellas circunstancias. Los soldados hicieron buen acopio de cigarrillos, mermelada, galletas y whisky. Rommel había conseguido su primer objetivo: contener el avance británico. Roma envió al mariscal Cavallero con la orden de que se diera por terminada la ofensiva y de que las tropas regresaran a la segunda posición de Marsa el-Brega.

Lluvia torrencial en el desierto

Rommel no estaba dispuesto a aceptar la orden. Tenía Bengasi a la vista. Cavallero, indignado, le retiró el mando del Cuerpo de Ejército italiano, cuyas fuerzas fueron enviadas al fuerte de Marsa el-Brega. Rommel no se inquietó por ello. Ordenó que un Grupo, bajo el mando del coronel Geissler, atacara Marausa y él se puso en movimiento con el resto de las tropas hacia Bengasi; esta vez no por el camino de la costa como a principios de 1941, sino a través del terreno montañoso de la Cirenaica.

El plan es astuto, pero al principio la naturaleza juega a Rommel una mala pasada. Una lluvia torrencial cae sobre el desierto convirtiendo la tierra en barro e inmovilizando los pesados vehículos. Pero África no tarda en ofrecer otro milagro: el sol matutino absorbe el agua y la hace desaparecer como si fuera un fantasma. Con Rommel a la cabeza, el Grupo Marcks dejó atrás el antiguo fuerte turco de Er Radjima y continuó hacia Benina y Bengasi. Una vez más el camino se encontraba salpicado por los depósitos de aprovisionamiento británicos, algunos de ellos destruidos por la Brigada india: siete millones de cigarrillos son pasto de las llamas y miles de latas de conservas explotan en el aire; aun así queda botín suficiente.

Sir Claude Auchinleck envía al frente a todos los oficiales que se encuentran en El Cairo: es preciso trazar una línea defensiva a través del desierto, que vaya desde Ain el-Gazala hacia el sur, de 75 km de profundidad, teniendo a Bir Hacheim en el otro extremo.

Los británicos actúan con gran eficiencia. Con un sol ardiente bajo el que «un hombre blanco no puede trabajar», según opinión generalizada, consiguen en poco tiempo trazar un sistema de defensa –el llamado «Boxen»– entre Ain el-Gazala y Bir Hacheim. Es decir, una serie de posiciones rodeadas por un cinturón de minas, que ocupan un frente de 2 a 4 kilómetros, protegido por la artillería, y disponen de ametralladoras y una Brigada de guarnición. Auchinleck mantenía detrás de esta línea sus unidades mecanizadas y sus tropas móviles.

Entretanto Rommel trataba de resolver un problema cada vez más apremiante: Malta continuaba cumpliendo para Inglaterra la función de portaaviones, entorpeciendo la llegada de reservas. Cierto que los aviones de Kesselring bombardeaban también la isla poniendo en fuga a los aparatos y embarcaciones enemigos y dejando expedito el camino desde Italia, pero en ningún caso ofrecían una seguridad a largo plazo cuando se pensaba en el avance sobre el Nilo y el golfo Pérsico...

Carros extraños: los «Grant» americanos

Rommel voló a entrevistarse con Hitler y Mussolini. El *Führer*, ocupado con la campaña rusa, apenas le escuchó y en ningún caso quiso comprometerse. Tampoco el *Duce* dio una respuesta clara. Rommel regresó decepcionado. Algo había conseguido: a finales de abril, los dos dictadores discutieron en el Obersalzberg la cuestión de Malta. Hitler era de la opinión de dejar tranquilos en Malta a los ingleses, que así seguirían brindando la oportunidad de echar a pique sus barcos mercantes. Al final, sin embargo, accedió a que se preparara la Operación «Hércules»: la toma de Malta por las unidades italogermanas.

Condición preliminar era que Rommel reconquistase Tobruk y volviera a adueñarse de Cirenaica hasta la frontera egipcia. En el desierto, en la línea de Gazala, el enemigo se preparaba. ¿Quién atacaría antes? Auchinleck había conseguido del Alto Mando británico retrasar en un mes la ofensiva prevista para mediados de mayo, debido a que, ante los refuerzos recibidos por Rommel, él quería esperar, a su vez, a que le llegaran los suyos.

Pero Rommel no estaba dispuesto a esperar.

El 26 de mayo la artillería alemana abrió fuego en los sectores norte y centro de la línea de Ain el-Gazala. Los *Stukas* se lanzaron sobre los «Boxen» y las unidades de infantería no tardaron en seguirlos. Los ingleses podían divisar perfectamente las inmensas nubes de polvo que se alzaban en el horizonte por el lado occidental. No cabía la menor duda: los carros de Rommel avanzaban por aquella parte.

El polvo, sin embargo, no lo levantaban los carros, sino los motores de aviación que, con hélices y todo, había montado Rommel en la parte trasera de unos camiones. Entre ellos se movían diversos vehículos camuflados como carros de combate revestidos de cartón.

El simulacro de combate duró hasta entrada la noche. Entonces, de pronto, se animó todo el frente alemán. Cuanto podía avanzar, se puso en movimiento hacia el sur. Allí se preparaba el grueso de las unidades blindadas germano-italianas a rodear el punto base británico de Bir Hacheim.

En la mañana del 27 de mayo, el teniente británico James Steel salió con su carro en misión de reconocimiento desde la línea de Gazala en dirección sur. «Parece como si Jerry avanzara con una Brigada blindada», advirtió por radio. Y se echó los prismáticos a la cara para examinar con detenimiento el horizonte. Poco después corrigió: «Es más que una Brigada. Es todo el maldito Afrikakorps.»

Naturalmente, Rommel atacaba una vez más con todos los efectivos disponibles: por el ala izquierda con una División blindada italiana, en el centro con la 15.ª y la 21.ª *Panzerdivision* del Afrikakorps, por el ala derecha con la División ligera 90 y toda la sección de reconocimiento. Este potente ejército se movía hacia el norte, por el camino de la costa, entre Tobruk y la línea de Ain el-Gazala con objeto de dividir en dos las fuerzas de reserva de Auchinleck y aniquilarlas.

Según el plan de Rommel, Tobruk debía caer durante el segundo día de operaciones. Pero esta vez se equivocó. Ya el primer choque entre los carros ocasionó una sorpresa desagradable. Desde sus posiciones de defensa situadas detrás de las dunas fueron apareciendo unos carros enemigos de extraña silueta que abrían fuego y alcanzaban a los blindados alemanes desde una distancia increíble. Eran los *Grant* americanos, con cañones de 77 mm. Los alemanes sólo tenían previsto encontrarse con carros dotados de cañones de 55 mm. No quedaba más que una solución: acercarse a todo motor. Una Brigada entera abre fuego; muchos carros quedan sobre el terreno, como ataúdes metálicos. La batalla la decide el fuego desde los flancos:

la 8.ª de Húsares resulta materialmente destruida; la 3.ª «Royal Tank» pierde 16 *«Grant».*
Con ello queda rota la barrera de la costa. Pero entonces el general británico Ritchie reacciona encaminándose hacia el este y se lanza sobre el flanco de la columna con 10.000 vehículos. Al mismo tiempo, las Brigadas de los «Boxen» lo hacen por el oeste. Aparece otra arma nueva: un cañón contracarro de 75 mm y 3 kg de peso, que dispara también sobre la columna. Al mediodía del 27 de mayo se retiran del sur y oeste las unidades de aprovisionamiento del Afrikakorps, mientras que en el norte los carros permanecen paralizados, sin reservas, sin abastecimiento, en el punto de concentración. La catástrofe parece inevitable. Rommel se encuentra en el centro de la operación sin que su enlace pueda establecer contacto con él. El Estado Mayor y el puesto de mando y transmisiones se encuentran aislados de las unidades; el centro vital del Afrikakorps permanece indefenso y a merced de los ataques del enemigo.
Mientras tanto la cadena de reveses continúa. Rommel ordena por radio al general Crüwell abrir brecha hacia el oeste en la línea de Gazala con las fuerzas italianas a su mando. El 29 de mayo, a las 8,30 de la mañana, el general vuela al frente en un *Fieseler Storch.* Se ha acordado que en el momento en que el aparato vuele sobre las posiciones italianas se le señalará el lugar de aterrizaje lanzando una bengala luminosa al aire. Un oficial se encuentra dispuesto para realizar la operación, cuando le llaman por teléfono, exactamente en el instante en que surge el aparato. El avión sigue volando hacia el este, sobre las posiciones británicas, a sólo 150 metros de altura. No tarda en alcanzar el aparato una ráfaga de ametralladora que paraliza el motor y causa la muerte del piloto. Por un milagro, el aparato planea en vez de entrar en barrena. Crüwell es hecho prisionero sin un rasguño.
Retroceder no es para Rommel el movimiento favorito, pero por el momento es la única dirección posible: pasar la línea de Gazala en dirección Oeste.
Cuando Ritchie se dio cuenta del movimiento iniciado por Rommel, telefoneó a El Cairo: «¡El enemigo flaquea!» Lleno de alegría, Auchinleck respondió «¡Bravo, Ejércitos! ¡Acabad con él!» Pero no era tan fácil. El calculado repliegue de Rommel le proporcionaría su victoria más sensacional. □

En el próximo capítulo:

El «repliegue» se convierte en ataque. La batalla más encarnizada de la guerra de África: Bir Hacheim. La caída de Tobruk.





Cuando sopla el viento del desierto, enmudecen las armas y los observadores quedan «ciegos». Rommel aprovechó uno de estos temporales para llevar sus tropas hasta las posiciones de partida para un ataque (arriba).

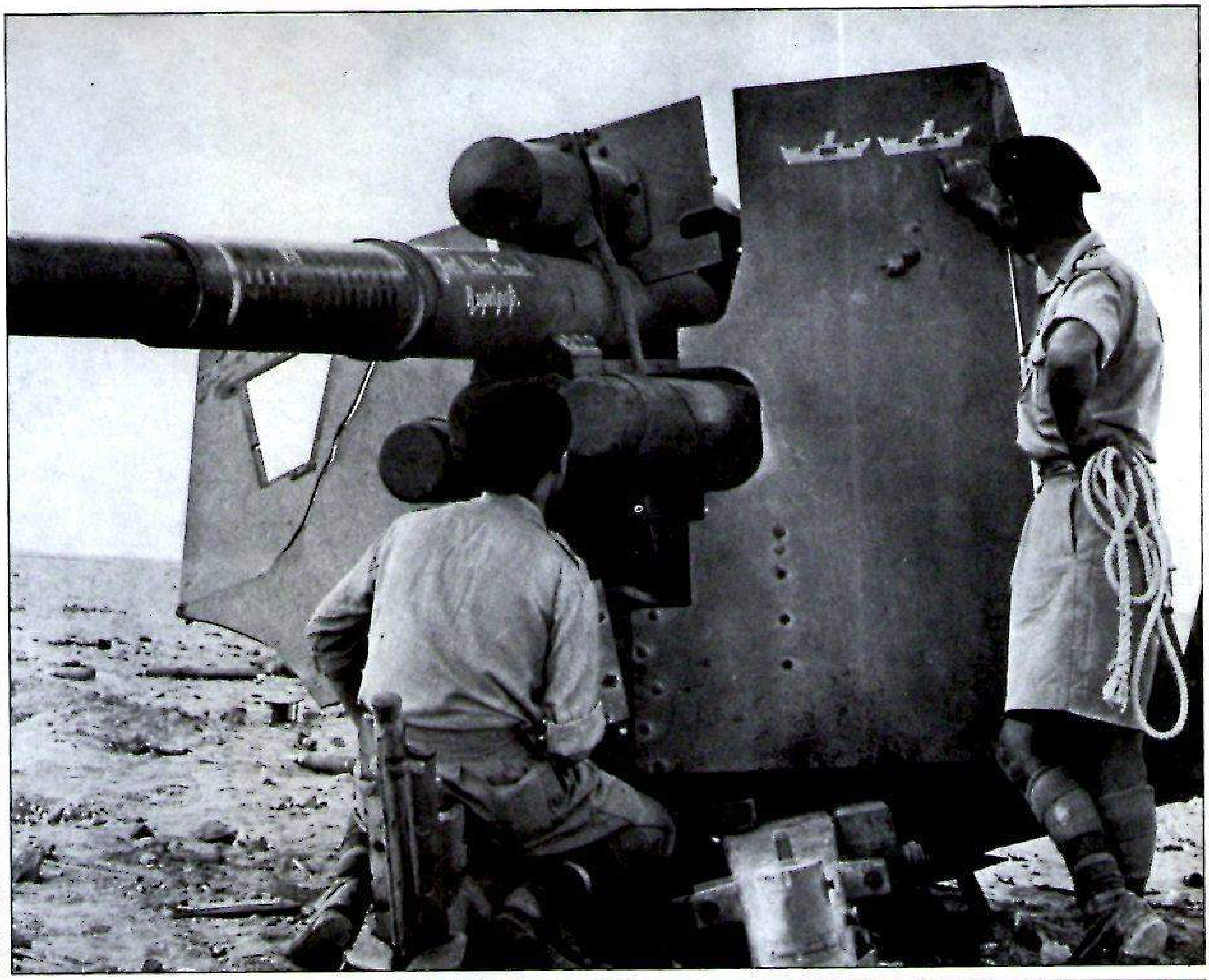
Soldados británicos ante los restos de un cañón de 88 mm que hundió dos barcos y tomó parte en el combate del fuerte de Eben Emael. Las rayas en el cañón señalan cuatro cañones y ocho carros enemigos destruidos (arriba, a la derecha).

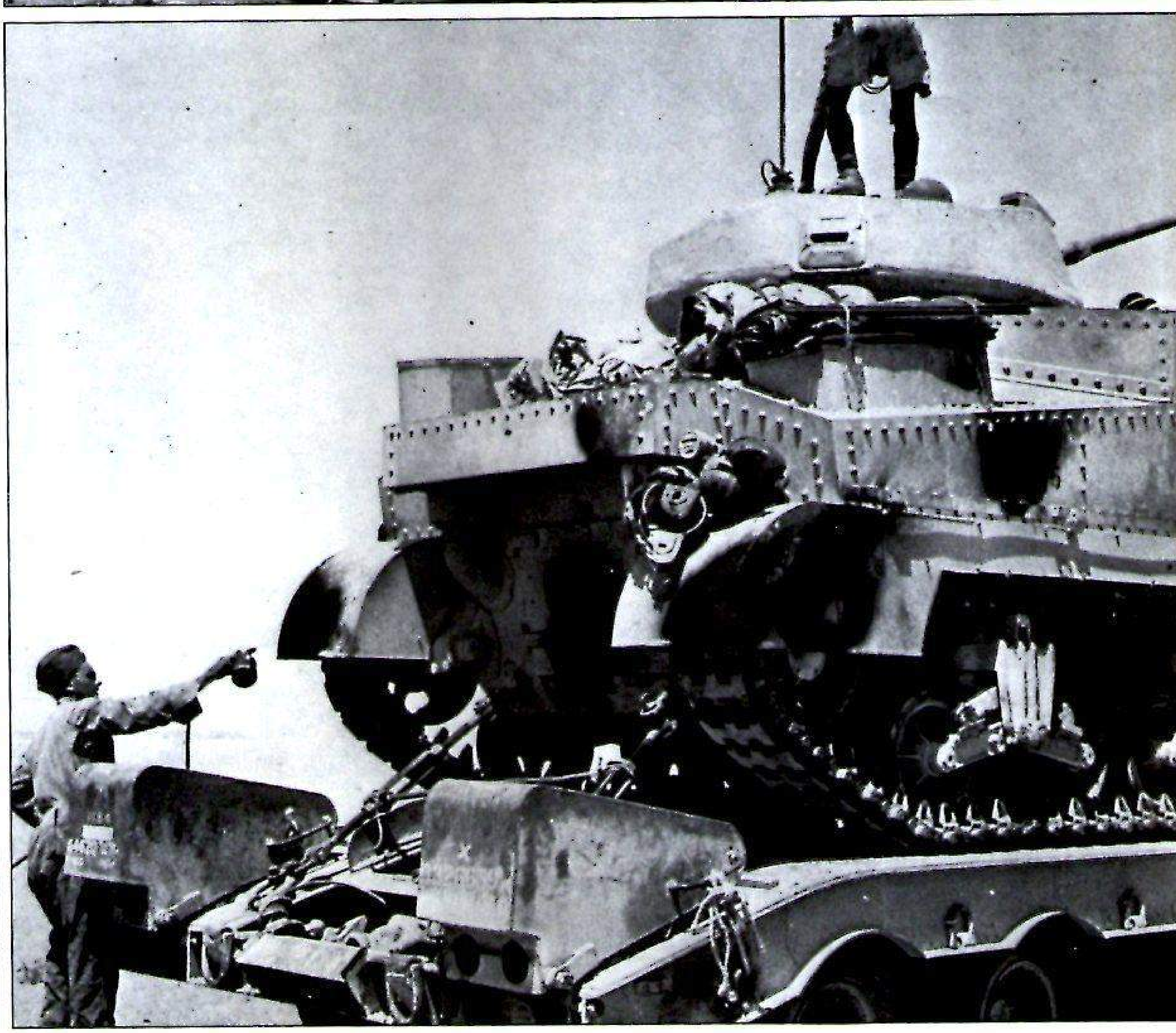
Soldados de transmisiones italianos en un refugio. En el desierto, el descubrimiento de uno de estos agujeros podía ser cuestión de vida o muerte (derecha).

El carro americano «General Grant» constituyó una desagradable sorpresa para el Afrikakorps durante el ataque a la línea de Gazala, el 27 de mayo de 1942 (extremo derecha).











El general Erwin Rommel con oficiales de su Estado Mayor, para los que nunca fue un jefe cómodo.

DIVISION BRANDENBURG

En abril de 1940 los soldados de la «Brandenburg» no podían ocultar cierto nerviosismo: en su campo de entrenamiento a orillas del Quenzsee, en la provincia de Brandenburg, se preparaban para una guerra de la que no sabían una sola palabra.

Fue una unidad sin precedentes en la historia de las guerras alemanas. Su misión: «La información ofensiva.» Sus soldados eran una mezcla de agentes y guerrilleros: luchaban con uniforme enemigo, realizaban operaciones de guerrilla y sabotaje, provocaban rebeliones y eran utilizados como partisanos para la caza de guerrilleros. Su actividad no encontró siempre la aprobación del mando del Ejército, apegado a las tradiciones. Creada por el almirante Canaris como fuerza propia del «Abwehr» que sirviera de contrapeso a los Servicios de Seguridad del Reich, la División Brandenburg siguió la suerte de su fundador cuando la estrella de éste comenzó a declinar. La División Brandenburg, separada del «Abwehr», quedó integrada en el Cuerpo de Ejército acorazado «Grossdeutschland». Gerhard Jäger narra aquí la legendaria historia de esta división.

Las misiones inmediatas no dejaban de tener sus encantos para algunos de ellos: 12 debían hacer amistad con 8 chicas de la organización femenina del partido y del Servicio del Trabajo y viajar en su compañía, como si se tratara de un viaje organizado, al vecino y neutral Luxemburgo.

Para las chicas, el viaje a Luxemburgo tampoco tenía nada de desagradable; sabían que al final debían estar preparadas para una «acción» que supondría el punto culminante de sus servicios a la patria.

Sin embargo, ese punto culminante tuvo lugar para ellas la misma noche de su llegada al Gran Ducado, en la habitación del hotel: el hombre contacto de los Servicios Secretos se presentó para participarles en pocas palabras que deberían desaparecer al día siguiente después de haber cubierto ostensiblemente un abundante programa de visitas turísticas y culturales.

Lo que debía empezar pocos días después no era apto para muchachas: Alemania comenzaba su campaña de Occidente. Los 12 de la «Brandenburg» introducidos en Luxemburgo fueron trasladados a Bélgica, donde en traje civil, pero armados de pistolas y bombas de mano asaltaron la central de los servicios de información del Ejército belga, exactamente en el minuto X en que las tropas alemanas se ponían en movimiento en dirección al Oeste.

Las consecuencias fueron inmediatas: las noticias de la central que debían dar la alarma a los distintos frentes no llegaron a su destino, al mismo tiempo que los partes de la primera línea corrían la misma suerte. Las comunicaciones militares de los belgas quedaron totalmente interrumpidas gracias al golpe llevado a cabo por el comando de la «Brandenburg» que, por otra parte, se realizó sin derramamiento de sangre.

Y así se efectuó el golpe contra la central de los servicios de información de Stavelot: el 9 de mayo de 1940, cuando ya los alemanes habían encontrado alojamiento privado en Stavelot, el locutor de la «Deutsche Welle» –Ondas Alemanas–, después de leer las noticias de las 22 horas, añadió por las buenas una palabra sin relación alguna con lo que estaba diciendo: «Mörgenröte» (Aurora). Clave que venía a anunciar que a la mañana siguiente se iniciarían las hostilidades en el frente occidental.

A las tres de la mañana los *Brandenburger* cortaron el cable principal entre la central de correos y la de los servicios de información. Uno de los soldados, electricista de oficio, colocó un relé. Tal y como habían calculado, los soldados belgas que recorrieron la línea se encontraron con el cable cortado y sin saber qué hacer con el relé, por lo que llamaron al electricista del pueblo.

El electricista había sido puesto previamente a buen recaudo por los *Brandenburger*. Cuatro de ellos subieron al auto del maestro y se presentaron en la central de los servicios de información diciendo que se encontraba enfermo y que venían en su lugar. Inmediatamente se pusieron al trabajo. Su «reparación» consistió en terminar de desarreglar las comunicaciones. Cuando los belgas, gracias a la radio y a otras líneas secundarias, se enteraron de que había empezado la guerra, los ocho soldados alemanes se encontraban ya en la central. Y en el momento en que el jefe de la central se disponía a dar orden de volar las instalaciones, los alemanes echaron mano de sus pistolas. Los belgas salieron huyendo, siendo hechos prisioneros poco después en los alrededores del pueblo de Stavelot. En la misma madrugada del 10 de mayo de 1940, otro grupo de *Brandenburger* se encontraba metido en una trinchera a unos 100 metros del puente de Gennep (Holanda).

Algunos de ellos vestían uniforme alemán, pero sin cinturón. Debían hacerse pasar por prisioneros. El resto llevaba el uniforme de los gendarmes holandeses. La operación consistía en conducir a los «prisioneros» por el puente y aprovechar la primera distracción para reducir a la guardia holandesa, y, en todo caso, evitar la destrucción del puente hasta la llegada de las tropas alemanas. «¡En marcha!», ordenó el jefe del comando, teniente Walther; la sorprendente comitiva se puso entonces en movimiento en dirección al puente. Los cuatro soldados holandeses de guardia en él encontraron muy original el espectáculo de los primeros alemanes hechos prisioneros en la guerra; pero apenas lo contemplaron, la guerra se había terminado para ellos. De acuerdo con lo escrito en el protocolo por los *Brandenburger,* los cuatro fueron «neutralizados, inutilizándolos para la lucha». Posteriormente fueron los «prisioneros» los que en uniforme holandés continuaron la guardia en el puente. El truco de los presos dio resultado también al otro lado del puente. En esta parte fueron 20 los soldados holandeses neutralizados. En los minutos siguientes los asaltantes ocuparon tres *bunkers*. Los alemanes se echaron sobre los hombros abrigos militares holandeses, precipitándose después a las puertas de los *bunkers* pidiendo ayuda y refugio porque el puente había sido ocupado por las fuerzas enemigas. El ardid fue un éxito.

A toda prisa, un especialista del comando logró cortar todos los cables de los explosivos dispuestos para hacer volar el puente, cuando ya un carro alemán iniciaba su avance sobre él.

El teniente Walther, jefe de la operación, fue el primer miembro de la División «Brandenburg» que recibió la Cruz de Caballero, precisamente por el feliz desenlace de esta misión.

Pocas posibilidades de salir con vida

Otros tres *Brandenburger* de paisano, pero con transmisor a la espalda, lograron pasar la frontera y mezclarse con los fugitivos que llenaban los caminos y de esta manera llegar a Charleroi, que era su meta. Allí debían informarse de si los belgas planeaban la voladura de las minas. En caso afirmativo, y dada la importancia que tenían éstas para la economía de guerra alemana, se mandarían unidades de paracaidistas a ocuparlas.

Los tres pudieron saber de buena fuente que los belgas no habían pensado nunca en volar las minas. La novedad fue transmitida al puesto de mando y los hombres lograron volver sanos y salvos al campo alemán, no sin antes, y de camino, haber volado tres puentes de suma importancia para la defensa de Bélgica.

Sin lugar a dudas puede afirmarse que la mayor parte de estas operaciones de comando eran misiones suicidas. Las probabilidades de regresar con vida eran mucho menores que en cualquier otra clase de tropas. Al peligro que encerraban las operaciones en sí había que añadir que éstas se realizaban dentro del territorio enemigo, en la retaguardia de su frente, y que en caso de caer prisioneros, la aventura se solía saldar con la muerte.

También hay que tener en cuenta que para pertenecer a estos comandos se necesitaba un gran valor personal, una serie de conocimientos y un entrenamiento perfecto. Todos los de la «Brandenburg» eran voluntarios. Arrojo, deseo de aventuras, pero también patriotismo y voluntad de victoria eran condiciones esenciales.

Desde nuestro punto de vista actual la mayor parte de las operaciones realizadas por los hombres de la «Brandenburg» entrarían en el terreno del espionaje, el sabotaje y la provocación.

El hombre de la calle piensa que el soldado debe combatir llevando el uniforme de su país. En caso de vestir de paisano o ponerse el uniforme de otro país se está haciendo pasar por algo que no es, y pierde el derecho de ser tratado como soldado por el enemigo.

En el proceso por crímenes de guerra celebrado en Nuremberg se citó repetidamente a la División «Brandenburg». Los Aliados, los rusos sobre todo, hubieran querido calificar a esta unidad especial como organización de criminales de guerra. Pero, de forma asombrosa, los *Brandenburger* fueron declarados inocentes. Después de la guerra se modificó incluso el artículo 23 de los Acuerdos de La Haya con objeto de regular la existencia de los comandos durante las hostilidades.

«La misión de los comandos no debe consistir en procurarse facilidades para un ataque vistiendo uniforme extranjero, sino en ocupar sin lucha, dentro del campo enemigo, objetivos importantes como puentes, desfiladeros, refinerías de petróleo, para defenderlos después y evitar su destrucción.»

Absolución para los «Brandenburger»

«Los comandos podían utilizar los uniformes enemigos sólo para operaciones por sorpresa, sin lucha, y para acercarse a los objetivos deseados dentro del territorio enemigo. En caso de verse envueltos en un combate estaban obligados a darse a conocer como soldados de las fuerzas a que pertenecían.

Los comandos que respetaran estas normas no transgredían el Derecho Internacional. Es decir, los soldados en uniforme enemigo hechos prisioneros por el adversario sólo se podían considerar espías si habían realizado servicios de observación valiéndose del uniforme, y criminales de guerra si habían disparado con él puesto...»

Esta absolución de los hombres de la División «Brandenburg» sirvió también de descargo a las propias potencias vencedoras:

- Gran Bretaña tuvo sus «Commands». Una de sus más famosas unidades, la «Long Range Desert Group» intentó en África secuestrar a Rommel.
- Los «Rangers» norteamericanos los mandó el general Donovan («Wild Bill»); estos comandos lucharon en uniforme alemán en Aquisgrán y en el Sarre.
- Francia tuvo su «Service Air Special», que mandó el más tarde jefe de los legionarios de Tshombé en el Congo, coronel Trinquier.
- Los «partisanos» soviéticos estaban nada menos que bajo las órdenes del mariscal Voroschilov.

Todos ellos se comportaron más o menos de la misma manera; eran los soldados del diablo en una guerra en la que se habían pervertido todas las normas; decididos a todo, se neutralizaban entre sí, afortunadamente para los pueblos.

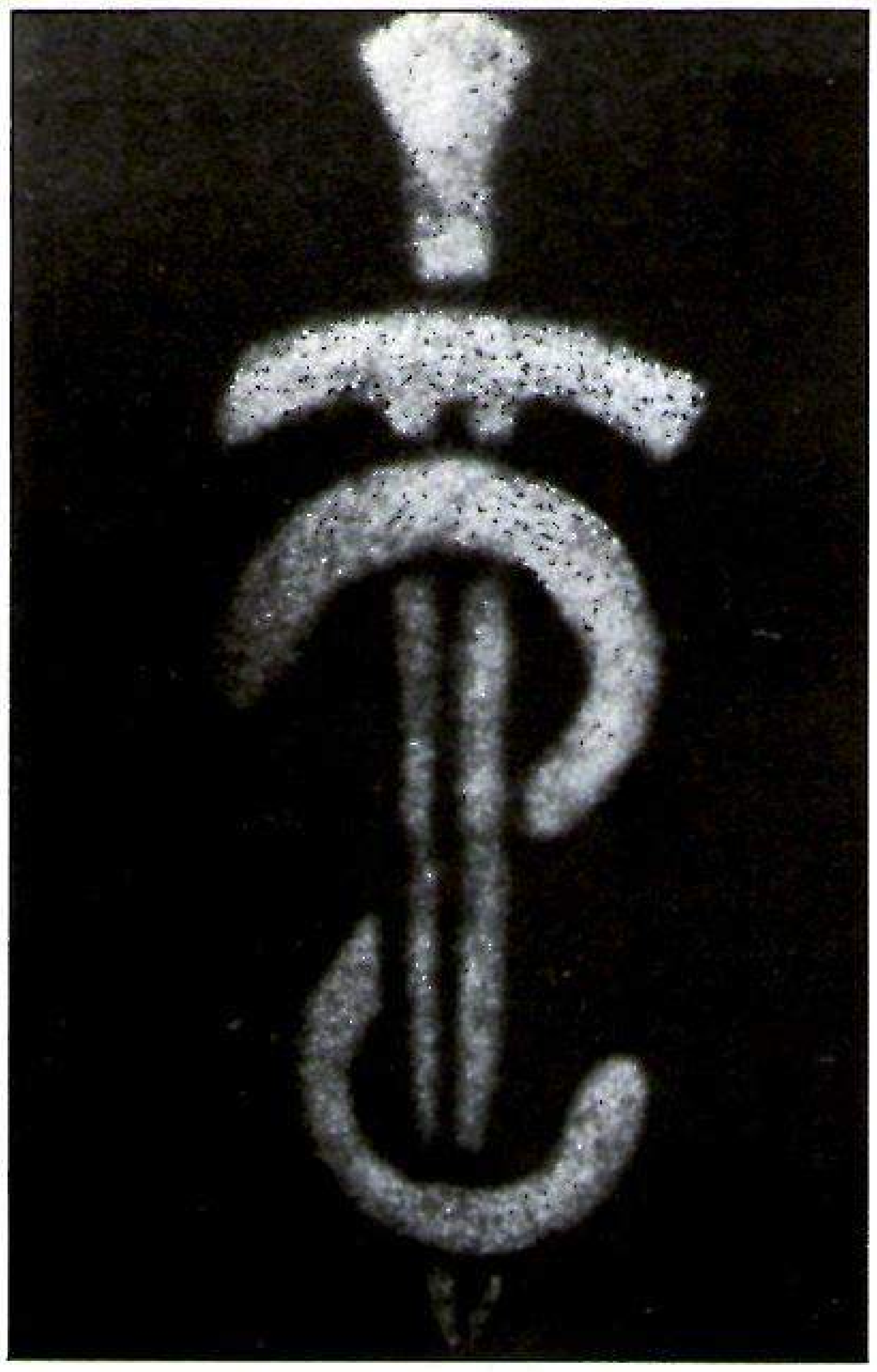
El propio Canaris tuvo la idea de organizar una unidad especial a la que encomendar las misiones difíciles y peligrosas. En principio lo llamó «servicio ofensivo de información»; sabía por la experiencia de la primera Guerra Mundial que tales soldados eran inmediatamente eliminados si llegaban a caer en manos del enemigo, por lo que quiso rodear a esta tropa de las máximas garantías de seguridad.

Esto sólo podía conseguirse sometiéndola a una doble autoridad: por una parte, a la II sección del *Abwehr* (sección a la que no pertenecía ningún espía civil) para su formación, y, por otra, haciendo depender a los hombres del mando de la *Wehrmacht* del sector en que operaran.

Captación de los extranjeros de ascendencia alemana

En Quenz (Brandenburg/Havel) encontró Canaris el lugar más adecuado para la formación de la primera «Bau-Lehr-Kompanie z.b. V.800» —nombre dado a esta unidad especial— formada casi exclusivamente por hombres de los Sudetes, Alta Silesia y otros de origen alemán residentes en el extranjero. La selección es fácil de comprender: estos alemanes hablaban por lo

menos una lengua extranjera con la misma perfección que si se tratara de la suya propia; conocían su país de adopción con todo detalle, no sólo geográfico, sino también en todas sus peculiaridades, muchas de las cuales habían hecho suyas. Poseían en el país amigos y parientes. Por lo tanto, de entre estos alemanes era necesario movilizar a todo aquel que se mostrase dispuesto a poner sus conocimientos y relaciones al servicio del III Reich, sin hacer muchas preguntas sobre el futuro y la suerte que se reservaba al país del que había sido huésped.
Poco después de la primera se fundó una segunda «Bau-Lehr-Kompanie»; en mayo de 1940 existían ya dos batallones, y en octubre se formó el «Lehr-Regiment Brandenburg» –regimiento especial Brandenburg–, que dio lugar a finales de enero de 1942 a una División. Pero mientras en Berlín se trabajaba durante el verano de 1939 en las bases de lo que sería la primera «Bau-Lehr-Kompanie», entró en actividad la sección del *Abwehr* en Breslau. Se formó el grupo Ebbinghaus, compuesto por vecinos de la Alta Silesia procedentes de uno y otro lado de la frontera germano-polaca. Los 500 hombres de esta unidad estaban armados con ametralladoras, pistolas y bombas de mano y debían ocupar importantes fábricas y minas polacas al comenzar la guerra, e impedir que fueran destruidas. El precipitado asalto del teniente Harzner, contra el paso de Jablunka, hay que anotarlo en la cuenta de la sección del *Abwehr* en Breslau, pese a que la misión estuvo dirigida por el *Abwehr II* de Berlín (según puede leerse en el tomo II de esta obra, pág. 122 y ss). Si bien en ese momento no existía aún la «Bau-Lehr-Kompanie», ni mucho menos la División «Brandenburg», este acto de sabotaje tuvo una gran influencia tanto en su constitución como en las personas. En esta acción se distinguió el teniente de la reserva Siegfried Grabert. Grabert trabajaba en el servicio exterior del NSDAP, atrayendo a los camaradas del partido para que entraran a formar parte de su «Deutsche Kompanie», y preparó el ataque a Polonia con sus grupos de combate. Más tarde, Grabert y sus hombres pasaron a las filas de la División «Brandenburg». Se puede decir que él fue el primer oficial con que contó la División.
La gran hora de Grabert sonó la noche en que comenzó la guerra: la importante estación ferroviaria de mercancías de Katowice debía caer intacta en manos alemanas. A las dos de la madrugada, Grabert y sus hombres se encontraban emboscados en las inmediaciones de los muelles, dispuestos a reducir al personal de servicio y a ocupar más tarde los puentes.



Divisa que lucían los hombres de la División «Brandenburg» en su brazalete, y su emblema: un puñal con un signo de interrogación en torno de la hoja.

Brandenburg

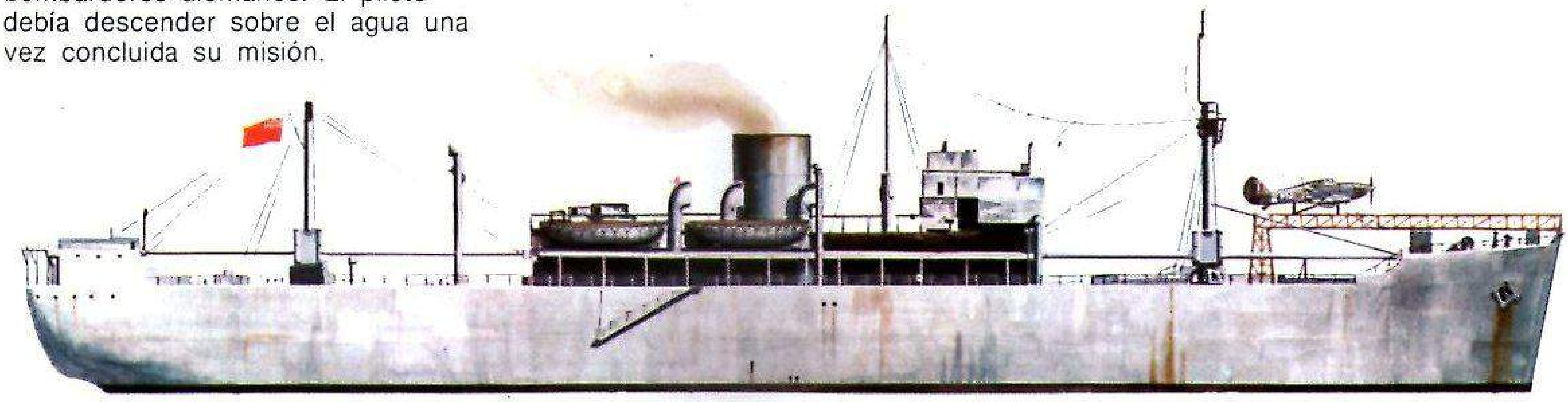
En ese momento apareció un tren de mercancías repleto de soldados polacos enviados para la defensa de la estación y sus dependencias. Contra tales refuerzos su escasa tropa no tenía nada que hacer. Grabert recurrió a un ardid: dos de sus hombres se ocuparon del maquinista y su ayudante; otros lanzaron granadas y abrieron fuego sobre los puentes, al mismo tiempo que un tercer grupo corría pidiendo auxilio en dirección al convoy, diciendo que la estación acababa de caer en poder de los alemanes.
La locomotora dejó oír su silbido, los soldados polacos saltaron al tren, éste se puso en marcha y, tras muchas maniobras, avances y retrocesos, fue a detenerse en una vía muerta situada entre Katowice y Königshütte. Poco más tarde la vanguardia de los blindados alemanes hacía prisioneros a los soldados polacos. Grabert y los hombres restantes que habían quedado con él se hicieron cargo de la estación y de los almacenes y la mantuvieron en su poder hasta que las fuerzas alemanas entraron en Katowice.
Quince días después, un grupo de voluntarios de la Alta Silesia con uniforme polaco, fueron lanzados en las cercanías de Demblin, en la retaguardia polaca, con objeto de impedir la voladura de un puente importante. Todos los hombres llegaron al suelo en buenas condiciones y la aproximación se realizó sin grandes dificultades: columnas interminables de soldados y fugitivos, vehículos de todas las clases, cruzaban el puente huyendo de los alemanes.
El grupo avanzó en fila cantando canciones militares polacas hasta colocarse a la altura de un par de tiendas en las que se hallaban cobijados los soldados encargados de la defensa del puente. Kodon, uno de la Alta Silesia, que en el Ejército polaco había llegado a ser cabo, se hizo pasar por teniente y explicó a la guardia que había sido enviado para relevarles.
La guardia, después de intercambiar algunas palabras, pretender en vano telefonear y sufrir un ataque en vuelo rasante de la aviación alemana, se sintió satisfechísima de poder abandonar el puente y se retiró en dirección este. La nueva guardia se preocupó acto seguido de retirar las cargas explosivas colocadas debajo del puente; sólo quedaron por el momento fuera de su alcance dos cargas situadas en el lado opuesto. Cinco horas más tarde llegaban los primeros carros blindados.
El falso teniente empezó a gritar a los fugitivos que en pocos minutos se produciría la voladura del puente. Con ello aumentó la presión hacia el este y nadie pensó ya en ocupar posiciones defensivas del lado occidental. Por otra parte se desató gran pánico ante la imposibilidad de que todos los fugitivos pudieran cruzar el puente antes de que se presentaran los alemanes. Eso era precisamente lo que deseaba el comando, así los carros germanos podían seguir aproximándose sin que nadie les prestara atención.

Imposible la voladura

Pese a no encontrar la menor resistencia a su paso, los blindados disparaban regularmente contra la masa humana. A menos de diez metros de distancia los carros alemanes perseguían a los fugitivos polacos que cruzaban el puente. Tal situación impedía la voladura a la guardia situada del lado oriental. Habría causado la muerte de cientos de sus compatriotas.
Los hombres de la «Brandenburg» lucharon fieramente. Buscaron el combate desde los primeros días de la guerra. A todos los sitios llegaron antes que nadie, abriendo camino a la vanguardia. Pero tampoco se avergonzaban de retroceder si veían la situación perdida. La prensa enemiga les llamaba los «diablos verdes». Tal nombre se debía en realidad a unas circunstancias muy especiales.
A mediados del mes de septiembre de 1943, la suerte de la guerra había ya cambiado de campo. En Italia, Badoglio

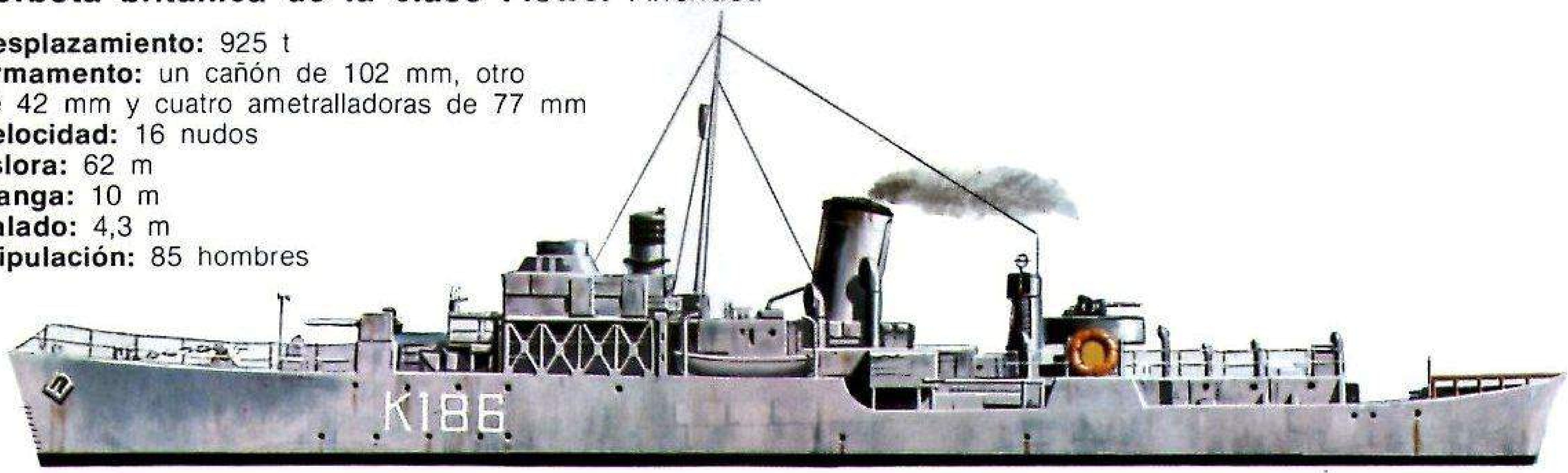
Mercante británico C. A. M. *Empire Faith*

Bajo el nombre de «Catapult Aircraft Merchantman» (C. A. M.) se dotó a los mercantes británicos, desde principios del verano de 1941, de una catapulta y un caza «Hurricane», para mejor defenderlos de los bombarderos alemanes. El piloto debía descender sobre el agua una vez concluida su misión.



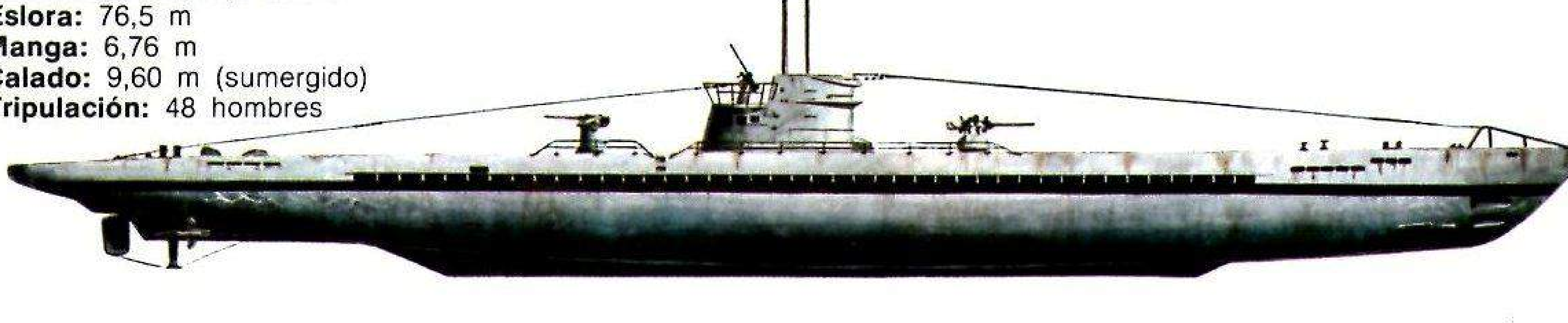
Corbeta británica de la clase Flower *Anchusa*

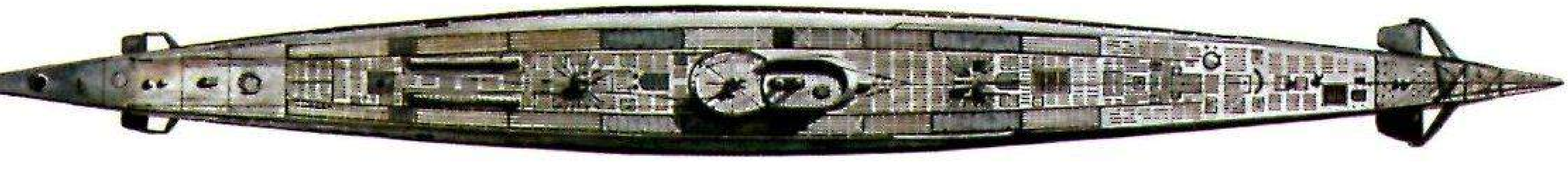
Desplazamiento: 925 t
Armamento: un cañón de 102 mm, otro de 42 mm y cuatro ametralladoras de 77 mm
Velocidad: 16 nudos
Eslora: 62 m
Manga: 10 m
Calado: 4,3 m
Tripulación: 85 hombres



Submarino alemán tipo IX B

Desplazamiento: 1051 t (en superficie); 1178 t (en inmersión)
Armamento: un cañón de 105 mm; dos antiaéreos de 37 mm y 20 mm respectivamente; seis tubos lanzatorpedos para 22 torpedos de 533 mm o 6 torpedos de 533 mm y 42 minas
Velocidad: 18,2/7,3 nudos
Eslora: 76,5 m
Manga: 6,76 m
Calado: 9,60 m (sumergido)
Tripulación: 48 hombres

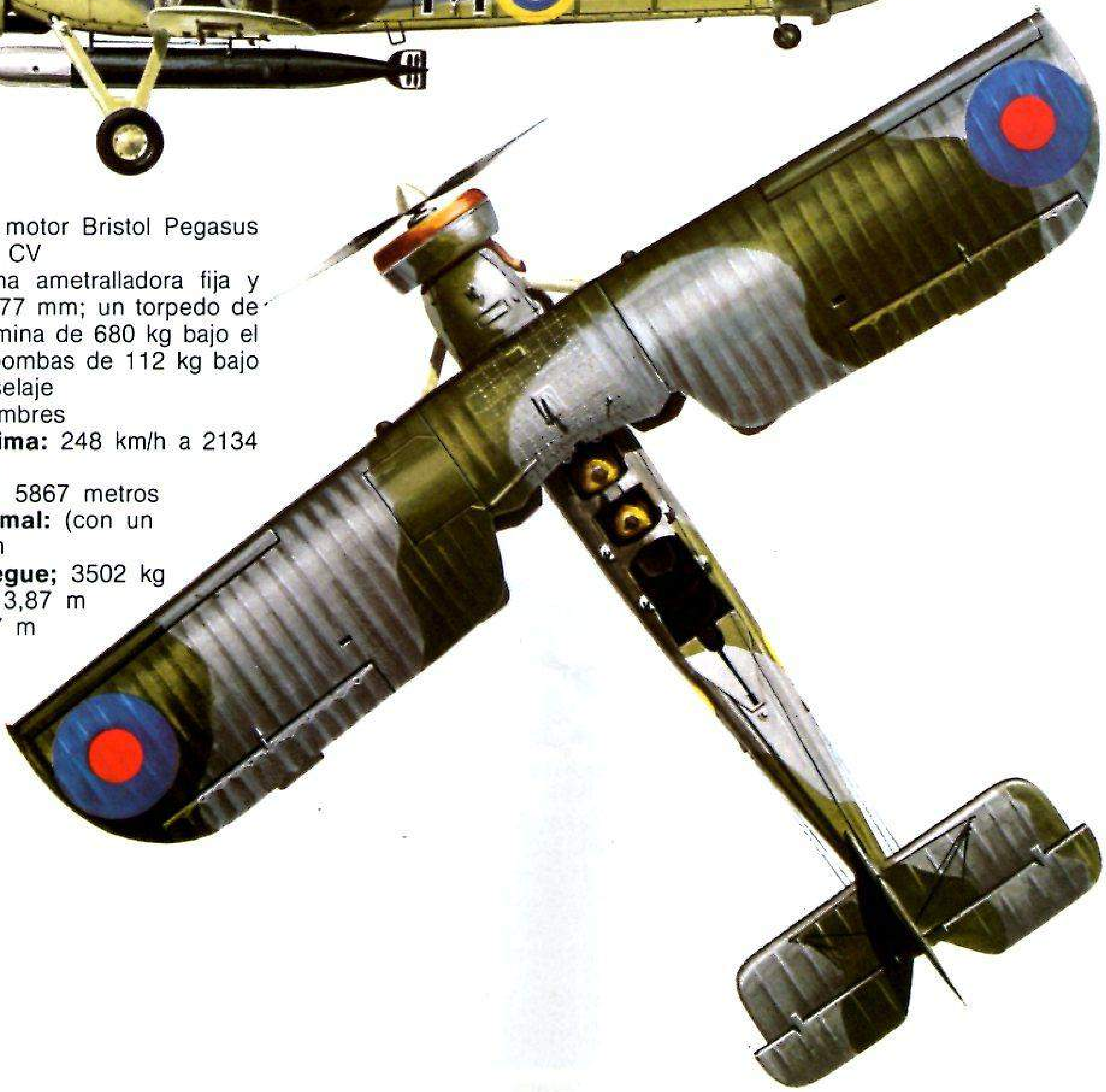




Bombardero británico Fairey Swordfish Mark I



Propulsión: un motor Bristol Pegasus III M. 3 de 690 CV
Armamento: una ametralladora fija y otra abatible de 77 mm; un torpedo de 460 mm o una mina de 680 kg bajo el fuselaje o seis bombas de 112 kg bajo las alas y el fuselaje
Dotación: 3 hombres
Velocidad máxima: 248 km/h a 2134 metros de altura
Altura máxima: 5867 metros
Autonomía normal: (con un torpedo) 879 km
Peso de despegue; 3502 kg
Envergadura: 13,87 m
Longitud: 11,07 m
Altura: 3,91 m





había derrocado al *Duce*. Los soldados italianos que ocupaban las islas griegas del Dodecaneso estaban cansados de la guerra y no habían ofrecido gran resistencia a los ingleses cuando éstos empezaron a desembarcar. Así cayó también en su poder la isla de Cos, para indignación de los alemanes, porque en Cos se encontraron los ingleses con un campo de aviación perfectamente montado. Cos debía recuperarse.

Un comando de la «Brandenburg» resolvió el problema desembarcando con un par de botes en la parte sudoeste de la isla, apenas defendida.

Con gran arrojo dominaron los primeros *bunkers* de la playa, mientras la guarnición de los restantes huía en desbandada. Se trataba de soldados italianos de Badoglio que se habían unido a las tropas inglesas para librarse de los campos de concentración, pero que no sentían el menor deseo de protagonizar «la muerte del héroe».

Por la tarde los *Brandenburger* ocuparon un pueblo pequeño situado entre peñascos y descubrieron a la vera de las casas unas frías cuevas, en las que se encontraba almacenado un excelente vino griego. Los cansados combatientes avanzaron en la oscuridad, pisando el líquido hasta darse cuenta de que era vino, lo que, aparte de sorprenderles, no les desagradó en absoluto.

Entretanto, ingleses e italianos habían conseguido reponerse y se preparaban para acabar con los alemanes asentados en el pueblo. El jefe del comando, teniente Langbein, se dio cuenta al instante de lo peligroso de la situación y no dudó en emplear los grandes remedios: ordenó al médico del pueblo que inyectaran Pervitin a sus embriagados soldados. Y cuando se terminaron las agujas hipodérmicas se lo dio mezclado con el vino.

La reacción no se hizo esperar. El vino y el Pervitin no sólo despiertan, sino que enfurecen. Según testigos de la escena, los soldados se quitaron las guerreras, se arremangaron las camisas y se lanzaron como locos al asalto de las posiciones de la artillería inglesa. Los británicos se olvidaron de sus cañones y echaron a correr, después de algunas escaramuzas que se saldaron con numerosas bajas.

Por la noche, tras la llegada de los paracaidistas alemanes que ocuparon inmediatamente el aeródromo, fueron hechos prisioneros 1000 ingleses y 5000 italianos. La isla de Cos volvió a manos alemanas.

Los soldados de la «Brandenburg» que habían actuado bajo los efectos del Pervitin vieron que su piel iba tomando una coloración verdosa. De aquí arranca la leyenda de los «diablos verdes». El mando alemán se olvidó rápidamente del asunto del Pervitin, sin duda por aquello de que el fin justifica los medios.

También dependía de la División «Brandenburg» el Batallón «Nachtigall», la primera unidad legionaria de la *Wehrmacht*. Estaba formado por ucranianos occidentales liberados de las prisiones polacas. Más tarde se sumaron al batallón otros ucranianos anticomunistas; todos ellos lucharon con un tremendo fanatismo y hasta con un odio brutal contra los soviéticos. El jefe político de esta unidad, una suerte de «comisario», fue el profesor Oberländer, que más tarde sería ministro de refugiados en la República Federal de Alemania.

El jefe militar del Batallón «Nachtigall» era el teniente Herzner, el hombre que cinco días antes de que comenzara la guerra había mandado la operación Jablunka, y facilitado con ello la campaña de Polonia. Cuando el 30 de julio de 1941 los ucranianos le presionaron para que ordenara de inmediato la conquista de Lemberg (Lwow), Herzner se zafó del asunto aduciendo que tal operación no podía llevarse a cabo sin el consentimiento del jefe político, Oberländer. El motivo de los ucranianos para tomar cuanto antes la ciudad era las informaciones, facilitadas por los fugitivos y los pasados de frente procedentes de Lwow, de que los rusos estaban procediendo a ejecuciones masivas de anticomunistas y ucranianos, en las cárceles de la NKWD, al conocer la proximidad de las tropas alemanas.

Herzner no podía contener a sus soldados ucranianos durante mucho tiempo. Pidió instrucciones al mando y recibió manos libres con una recomendación: «Mantenga en lo posible alejado de los acontecimientos al personal alemán de su unidad». Una hora después los primeros atacantes saltaban sobre las trincheras rusas. Sin dejar de vociferar, arremetiendo, dispararon y atravesaron con sus bayonetas a los soldados rusos que no pudieron disparar. No se hicieron prisioneros. Los soldados del Ejército Rojo huyeron con sus comisarios. Inmediatamente después, los ucranianos asaltaron las prisiones de la NKWD y, en los patios, como les habían dicho, se encontraron con cientos de sus compatriotas asesinados y bañados en un gran charco de sangre. Los soldados se desataron en sollozos de ira y en terribles gritos de indignación. Locos de furor, recorrieron las instalaciones de la cárcel, las calles inmediatas y al fin toda la ciudad, disparando sin compasión contra todos los soldados soviéticos que encontraron a su paso, tanto si intentaban la fuga como si se rendían con los brazos en alto...

Soldados con turbante

Un regimiento de la «Brandenburg» que hasta entonces había permanecido a la expectativa fue ocupando los puntos clave de Lwow: Correos, estación de ferrocarril, fábricas, puentes. No tardó en aparecer el líder nacionalista Bandera, que convocó en el Ayuntamiento a todos los jefes de las organizaciones anticomunistas, entre los que se encontraban algunos oficiales del Batallón «Nachtigall». Poco después se leyó por Radio Ucrania una proclama en la que se decía que había llegado el momento de crear el Estado Libre de Ucrania. Todavía hoy los expertos en temas del Este coinciden en afirmar que uno de los grandes errores cometidos por Hitler durante la guerra fue precisamente no permitir la fundación de este Estado.

También luchó integrada en la División «Brandenburg», con la esperanza de conseguir la independencia después de la victoria final, la «Legión Asad Hind»: 2000 hindúes en uniforme de la *Wehrmacht*, tocados con turbante fueron entrenados por la División «Brandenburg», para que interviniesen en las revueltas de su país con objeto de sembrar la confusión en el Imperio británico. El oponente de Ghandi, Subhas Chandra Bose, antiguo alcalde de Calcuta, había favorecido la idea. Sólo unos cientos de estos legionarios lograron alcanzar su país y dedicarse en él a la guerrilla. La mayor parte se hundió con los buques que les llevaban a la India, echados a pique por los ingleses.

Es comprensible que, para el mantenimiento de la propia moral, los soldados de la División «Brandenburg» necesitaran del reconocimiento legendario de su valor y, al mismo tiempo, de su caballerosidad en la lucha. Y es cierto que allí donde hubo lugar demostraron ampliamente ambas cualidades.

Por ejemplo en el desierto libio, en el oasis de Siwa. Una sección de la «Brandenburg» que allí operaba se había acercado al oasis, en manos de sus contrincantes británicos de la «Long Range Desert Group», una unidad africana de los «Commands».

Buscaban un «permiso para comerciar», y se les permitió que pernoctaran en el lugar reservado para las caravanas. Durante la noche, los falsos árabes robaron seis uniformes de una tienda británica y vestidos con ellos, amparados en la oscuridad y pese a la barba, lograron hacerse pasar por ingleses, introducirse en otra tienda y llevarse la clave para descifrar los mensajes de radio.

Al día siguiente los falsos árabes abandonaron el oasis y durante días estuvieron comunicando falsas noticias a los ingleses. Hoy todo esto, en la distancia del tiempo, parece un tanto de novela





El comandante de la División «Brandenburg», Alexander von Pfuhlstein (arriba). Un jefe de batallón de la «Brandenburg» con su ayudante en el campo ruso de batalla (izquierda). Sobre un camión tomado al enemigo los hombres de la «Brandenburg» se dirigen a un nuevo sector del frente (abajo).



de aventuras. Pero fue realidad, y es preciso añadir que para las dos partes cualquier error durante una de estas maniobras era mortal. Si los ingleses hubiesen identificado a los alemanes no se hubieran andado con contemplaciones. Por parte de los germanos la situación era idéntica: debían tender una serie de trampas a los «Commands» y, después de haber sacado partido de ellos, acorralarlos y aniquilarlos. Y así sucedió en este caso. Tras una serie de partes falsos, los «Commands» cayeron en la trampa y emprendieron en ocho jeeps la marcha hacia el lugar en que se encontraban preparados los *Brandenburger*. Todo se desarrolló como estaba previsto: los «Commands» se dirigieron tranquilamente hacia el sitio elegido por los alemanes...

En el último momento, sin embargo, ocurrió algo inesperado: los ingleses, para acortar su camino, se desviaron de la ruta prevista. En ese momento su muerte era segura, los jeeps iban a adentrarse por un terreno minado por los alemanes. Iban a abordar una zona normal de la guerra. En ella, pensaron los *Brandenburger*, debían volar los carros o perecer la infantería, pero no un grupo de los «Commands» británico. Por tanto decidieron salir de su escondite y hacerse visibles llamando la atención de los ingleses con banderas blancas. Éstos se percataron al punto de lo que sucedía y dieron la vuelta precipitadamente.

El teniente Koenen se adelantó al encuentro del jefe del destacamento británico y ambos se estrecharon las manos: «Muchas gracias», dijo el inglés en alemán. «Estaba obligado a hacerlo», respondió Koenen.

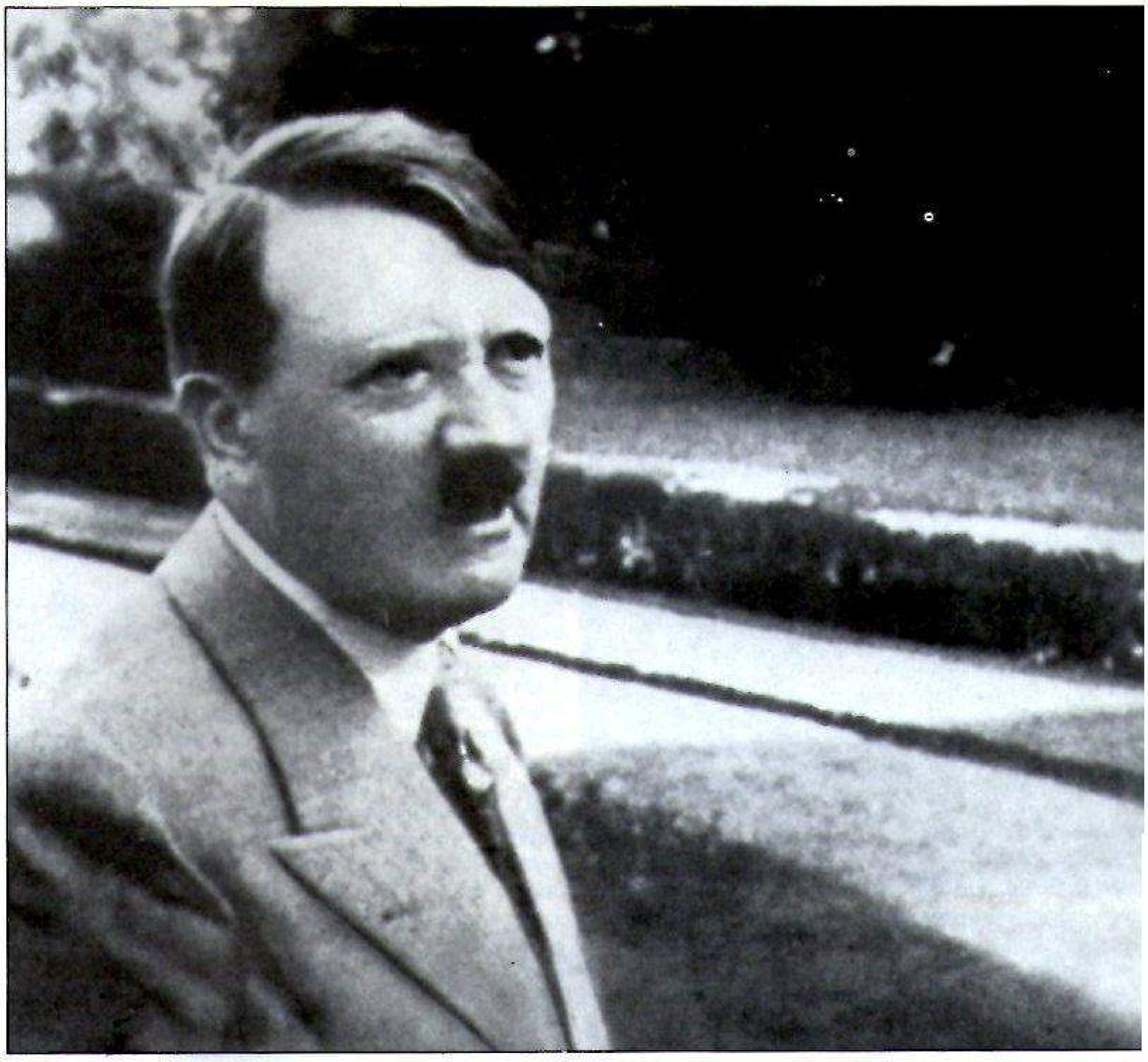
Después buscaron juntos un camino para evitar el terreno minado y se dispusieron a celebrar el final feliz de la aventura con whisky y cigarrillos ingleses; el comandante Crew pronunció un discurso en alemán. Unos y otros se esforzaron todo el tiempo en expresarse en el idioma del adversario.

Al anochecer se separaron los dos grupos sin que sonara un solo disparo. Ambos dieron pronto que hablar. Los «Commands» destruyeron la noche siguiente unos depósitos de agua del Afrikakorps, después de haber eliminado a los soldados de guardia. Los *Branderburger* consiguieron nuevos depósitos de agua después de asaltar una columna británica de abastecimiento.

Los *Brandenburger* eran ante todo combatientes. Combatientes a cualquier precio. Cuando el Afrikakorps tuvo que rendirse ante la superioridad británica, los hombres de la «Brandenburg» no les acompañaron a los campos de prisioneros. Valiéndose de frágiles embarcaciones de pesca y botes neumáticos, consiguieron cruzar el Mediterráneo y desembarcar en Sicilia. Querían seguir luchando. Y lucharon incluso hasta más allá del final de la guerra. En el otoño de 1944, la División «Brandenburg» fue transformada en División acorazada e integrada en el Cuerpo de Ejército acorazado «Grossdeutschland». Para comandos especiales no había ya oportunidad ni había misión que encomendarles. La mayor parte de los *Branderburger* hicieron lo único razonable en aquellas circunstancias, y para lo cual poseían entrenamiento y experiencia suficiente: desaparecer sin dejar huella.

Otros que no podían abandonar tan fácilmente su vida de aventura entraron a servir a otros señores. Los servicios de información de las potencias vencedoras estaban dispuestos a ocupar a los *Brandenburger* que se dejasen adoctrinar. Americanos y rusos emplearon sin duda a algunos de ellos. Los jóvenes Estados africanos se sirvieron para los sucesivos golpes de Estado de muchos profesionales de la «Brandenburg». El jefe de los servicios de seguridad del presidente de Indonesia, Sukarno, era un *Brandenburger*. Mao Tse-tung y el separatista congoleño Tshombé tuvieron en su día consejeros que habían pertenecido a la «Brandenburg». □

Según las investigaciones de Werner Maser, biógrafo de Hitler.



Impotente, homosexual, con un solo testículo, padre de un hijo ilegítimo, todo esto debió ser Hitler a juzgar por los abundantes rumores. Werner Maser, investigador y biógrafo de Hitler –su libro sobre Hitler es el más traducido del mundo en esta materia– demuestra que no pasan de ser productos de la fantasía, pese a citarse en los llamados libros de especialistas o de documentación. Maser ha dedicado 25 años de su vida al estudio de Hitler y su familia, y ha

HITLER Y LAS MUJERES



consultado documentos, hablado con testigos y leído notas y cartas escritas del puño y letra de Hitler. Asimismo ha tenido ocasión, entre otras cosas, de leer las fichas médicas de Hitler, hasta ahora fuera del alcance de biógrafos e historiadores. Con este trabajo sobre los amoríos, los amores y las aventuras sexuales de Adolf Hitler iniciamos una serie de artículos realizada a base de los escritos del conocido historiador.



A la derecha: Geli Raubal, a la que Hitler amó apasionadamente y que se suicidó en su apartamento de Munich, Prinzregentenstrasse, el 18 de septiembre de 1931.

Werner Maser: Adolf Hitler: Legende-Mythos-Wirklichkeit. Bechtle Verlag-München 1971.



Unity Walkirie Mitford se sintió fascinada por Hitler. La joven aristócrata británica estudió en Munich entre 1935 y 1939. Al empezar la guerra intentó suicidarse (arriba).

Una escena de «SOS Eisberg», con Leni Riefenstahl, de la que siempre se dijo que había mantenido relaciones con el «Führer» (izquierda).

Entre las muchas bailarinas y actrices que admiraron a Hitler y fueron admiradas por él se encontraba la rubia Margarethe Slezak (abajo).



La noticia de la muerte de Geli supuso para él un golpe muy duro, sumiéndole en la desesperación. Su primer propósito fue suicidarse, ¿para qué podía servir la vida en adelante? Pero, en el último momento, Rudolf Hess, el secretario inseparable, logró quitarle la pistola de las manos. Tres semanas más tarde –aún no repuesto del todo– Adolf Hitler fue recibido por el presidente del Reich, Paul von Hindenburg. El *Führer* del NSDAP se preparaba para escalar los últimos peldaños que le separaban del poder.

Angela Raubal, llamada Geli, a la que su amante estuvo a punto de seguir en su suicidio, se quitó la vida el 18 de septiembre de 1931 en el piso que tenía con Hitler, en la elegante Prinzregentenstrasse de Munich. Los motivos que la llevaron a tomar tal determinación permanecen y permanecerán siempre oscuros. No faltaron los rumores que señalaran que Geli esperaba un hijo de Hitler, pero el hermano de Geli, Leo Raubal, que conoció mejor que nadie las interioridades de la relación entre Geli y su tío Adolf Hitler, cree que éste fue por completo inocente del suicidio, según le dijo a Maser en marzo de 1967. El hecho de que Hitler le fuera fiel –la única mujer a la que fue fiel entre las muchas que desempeñaron un papel en su vida– inclina a pensar que no tuvo nada que ver en el suicidio de su sobrina, quien solía llamarle cariñosamente en la intimidad «tío Adi».

Geli era hija de la hermanastra de Hitler, Angela; tenía un tipo claramente eslavo, con el pelo negro, y era 20 años más joven que su amante. Geli entró por primera vez en la vida de su tío durante el verano de 1925: Hitler, puesto en libertad antes de tiempo, pero sobre el que pesaba la prohibición de hablar en público en Baviera, Prusia, Baden, Sajonia, Hamburgo y Oldenburgo, se dedicó por aquel tiempo exclusivamente a escribir. Como entonces no tenía la obligación de permanecer de continuo en la central de Munich, se retiró a la montaña, alquilando una casa en Obersalzberg, por encima de Berchtesgaden. E invitó a su hermana, que se había quedado viuda, a que se trasladara desde Linz para llevarle la casa. Angela no tardó en cerrar su vivienda en Austria y seguir a su hermano a Alemania, dando así ocasión a su hija del mismo nombre, pero familiarmente llamada «Geli», a conocer de cerca a su tío, por aquel entonces ya famoso.

Geli había cursado el bachillerato en la misma institución en que estudiara su tío: en la Realschule de Linz, llamando la atención de profesores y condiscípulos por su extraordinaria simpatía. Primero pensó en estudiar canto, más tarde se decidió por la medicina, proyecto que no tardó tampoco mucho en abandonar.

Junto con su madre (y más tarde Eva Braun), Geli sería la única mujer unida a Hitler por algo más que el contacto físico o la influyente atmósfera de una conversación interesante. Geli, a quien Hitler terminó llevándose con él a Munich en 1928, se convertiría en su gran amor. Tan a menudo como le era posible se brindaba a acompañarla, y si durante el día no tenían oportunidad de verse, siempre quedaban las veladas y las noches. Todas ellas reservadas a Geli.

Pero la relación con Hitler era difícil. Hitler la perseguía con sus celos. Le impuso la vida que debía llevar. No le dejaba la menor iniciativa, ni la menor libertad. Es posible incluso que fuera él quien le prohibió estudiar canto en Austria.

Alan Bullock, colega británico de Maser, asegura que a Hitler le acometió un ataque de furia cuando se enteró de que su chófer Emil Maurice se interesaba por ella, prohibiendo a Geli que tratara a cualesquiera otros hombres sin distinción alguna.

Flores para la amante muerta

El tiempo vivido al lado de Geli no lo olvidó Hitler en toda su vida. Mucho después de su muerte confesaba todavía que a su lado había pasado las horas más felices de su vida. Su dolor era profundo. Su habitación en la Prinzregentenstrasse quedó como estaba; sólo su ama de llaves, Anny Winter, y él mismo podían entrar en ella. «Únicamente en el caso de mi muerte –escribía en su testamento privado en 1938– deben entregarse los enseres de la habitación a mi hermana Angela». Más tarde encargó a destacados artistas del partido que realizaran un busto y un retrato de Geli, piezas que ocuparon siempre un lugar de honor en sus casas de Berlín y Obersalzberg. Y todos los años, en el aniversario de su muerte, no olvidaba adornar con flores los retratos que de ella poseía tanto en Munich como en Berlín. Si bien hay muchas razones para pensar que efectivamente Hitler no tuvo en absoluto nada que ver con el suicidio de Geli, y pese a estar locamente enamorado de ella, no cabe duda de que en 1929 Hitler entró en relación, por lo menos, con dos mujeres. A las dos las conoció en el estudio de su amigo y fotógrafo personal Heinrich Hoffmann. Hitler tuvo que ponerse a salvo del cerco que le tendía la joven, bonita y algo opulenta Henriette, hija de Hoffmann y más tarde esposa del jefe de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach. Hen- ▷

riette hizo cuanto pudo por conquistar a Hitler y, de paso, hacer rabiar a la rubia y esbelta empleada del estudio de su padre Eva Braun.
Henriette fue la primera en abandonar: Hitler salía con ella de vez en cuando, gustaba de su encanto y de su buen humor, pero no se dejó nunca llevar más allá.
La ingenua Eva Braun, recién salida del colegio de monjas, con sólo 17 años, se sintió desde el principio celosa de Henriette, tres días mayor que ella. Pero también sabía de la existencia de Geli, así como Geli de la suya. No llegaron a conocerse nunca, pero cada una de ellas hizo sufrir a la otra. Sobre todo sufría Geli al darse cuenta de que, cada vez más a menudo, su tío buscaba la presencia de la discreta Eva.

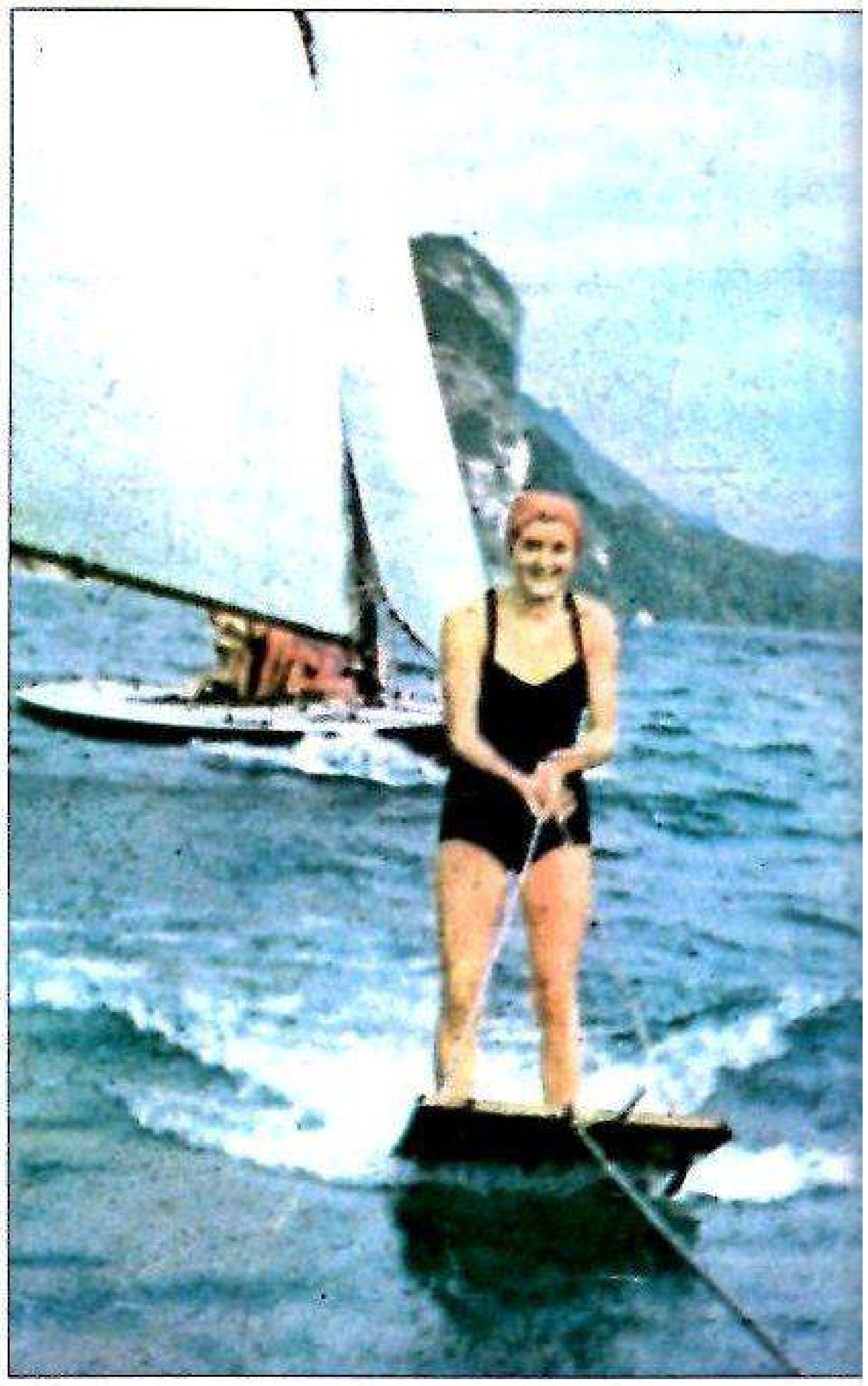
Fiel hasta la muerte

Después del suicidio de Geli, en septiembre de 1931, Eva se encargó de consolar a Hitler con su amor sin condiciones. Lentamente se lo fue ganando para ella sola. A principios de 1932, después de haber pasado la velada juntos, le acompañó a su casa y se convirtió en su amante. Durante 13 años, la rubia, impulsiva, cariñosa y no muy inteligente Eva sería fiel a Hitler, permaneciendo (hasta 1944) en la sombra.
Eva Braun se supeditó a todas las pequeñas tiranías que suponían las «instrucciones del *Führer*»; sólo bailaba y fumaba a escondidas; siguió estudiando como buenamente pudo para adquirir un cierto nivel de cultura y continuó nadando y esquiando, deportes para los que poseía extraordinarias condiciones. Pero nunca pasó de ser una sombra situada en las inmediaciones de Hitler, aun después de que en 1936 fuera autorizada a abandonar la villa de Munich y trasladarse al Berghof. Desde el principio tuvo que acostumbrarse a una cosa: esperar. En su diario íntimo se hace eco a veces de lo que la torturaba. La falta que siente, por ejemplo, de amor correspondido. «Sólo me necesita para una cosa... Y cuando durante ella dice que me quiere, se refiere exclusivamente a ese momento». Cuando en los últimos años de su vida en común, la sexualidad de Hitler empezó a debilitarse, Eva pidió al médico personal del *Führer*, Theo Morel, que le ayudara en este aspecto. Morel, desde entonces, le inyectaba a Hitler cada dos días un extracto de esperma y glándulas prostáticas.
El segundo motivo por el que sufría Eva Braun era la soledad. En los primeros años sus relaciones fueron muy discretas. Incluso en 1936, cuando se trasladó como ama de casa al Berghof, tuvo que permanecer en segundo tér-



Eva Braun con Hitler en el Obersalzberg. Joven, alegre y elegante, tuvo que someterse a las exigencias de «su señor» y prescindir de muchos de sus gustos. Por ejemplo, del baile y de los cigarrillos que el «Führer» odiaba tan cordialmente como entusiasmaban a su amante.





mino. A menudo comía sola, en cuyo caso colocaba una foto del *Führer* frente a ella, como pudo observar un par de veces el director cinematográfico Luis Trenker, durante algunas visitas ocasionales al Berghof. Después, durante la guerra, las visitas de Hitler se hicieron más raras, puesto que al principio tenía prohibido presentarse en el Cuartel General. Únicamente cuando ya los días del Reich estaban contados pudo Eva Braun introducirse en el *bunker* de la Cancillería para cuidar personalmente del *Führer.* En los últimos momentos Hitler saldó «los muchos años de fiel amistad» casándose con ella. La fidelidad de Eva fue tan lejos que no quiso sobrevivir a su amigo, *Führer,* amante y marido. El 13 de abril de 1945 preguntaba a Gerhard Engel, ayudante militar, sobre la manera más segura de dispararse un tiro. La hora sonó en la tarde del 30 de abril: hacia las 3 Hitler entregó una ampolla con veneno a su mujer y poco después se pegó él mismo un tiro.

Tan sólo durante los últimos años de la guerra, cuando ya Hitler se había prácticamente retirado de la vida social y de los compromisos que llevaba consigo, pudo liberarse Eva del más terrible de sus sufrimientos: los celos, para los que sin duda le sobraron motivos.

Ya en los primeros tiempos de sus relaciones escribía en su diario: «Según me ha informado la señora Hoffman con tanto cariño como falta de tacto, él ha encontrado a alguien que me sustituya. Se llama Valkiria y se parece mucho a ellas. Esas proporciones le gustan a él. Si eso es cierto, se quedará muy pronto en los huesos, si no posee el talento de engordar gracias a los disgustos».

«Dejar su huella en cada mujer»

Esta Valkiria debía ser sin duda alguna la noble británica Unity Walkyrie Mitford, hija de lord Redesdale y cuñada del jefe del movimiento fascista británico, sir Oswald Mosley. Su abundante busto satisfacía sin duda el ideal de belleza de Hitler, hasta el punto de que Eva Braun, en los primeros meses de sus relaciones, se llenaba el sostén con pañuelos para poder alcanzar si no la forma sí al menos el volumen deseado. La noble dama fue una de las muchas mujeres que se cruzaron en el camino de Hitler y más tarde intentaría quitarse la vida. Lady Unity se pegó dos tiros en la cabeza al conocer el 3 de septiembre de 1939 que Gran Bretaña había declarado la guerra a la Alemania de Hitler; sin embargo pudo salvar la vida y murió en 1948, sola y olvidada.

También Eva Braun intentó en dos ocasiones suicidarse; las dos veces desilusionada por la poca correspondencia que encontraba en Hitler. Sobre uno de estos intentos corrieron muchos rumores. Se dijo que esperaba un hijo de Hitler y que el *Führer* la había obligado a abortar. La hermana de Eva declaró sobre esto a Maser el 18 de marzo de 1969:

«Mi hermana no estuvo embarazada nunca. De haberlo estado, no hubiese interrumpido jamás el embarazo. Una cosa así hubiera sido contraria a sus principios. De la misma manera que no obedeció a Hitler en 1945 cuando quiso sacarla de Berlín y prefirió morir a su lado, tampoco hubiese obedecido la orden de interrumpir el embarazo.»

Sea como fuere, el caso es que de otras mujeres sí esperaba Hitler muchos hijos. Y para conseguirlo no hilaba nada fino en lo que se refiere a las relaciones legítimas o ilegítimas. Lo cual se halla en completa antítesis con la imagen radicalmente conservadora que el mundo guarda de él. Quizás recordara en esto a su propia familia, en la que los hijos ilegítimos no fueron ninguna rareza. A este propósito decía el 1 de marzo de 1942:

«Una muchacha que tenga un niño y cuide de él es para mí más importante que una solterona. Los prejuicios sociales están en franco retroceso. La naturaleza se abre paso. Llevamos el buen camino.» En esta cuestión Hitler no cambió nunca de parecer. En las páginas de «Mein Kampf» abogaba para que, de acuerdo con la naturaleza, se crearan las medidas sociales que permitieran los matrimonios a temprana edad, con lo que, de paso, se conseguiría eliminar una lacra social: la prostitución. «Para hombres de su talla –solía monologar– el matrimonio no era ninguna solución, porque llevaba consigo ciertas obligaciones. Era mucho mejor tener una amante. Un hombre debe poder dejar en cada mujer su sello personal. La mujer no busca otra cosa.»

Hitler vivió de acuerdo con estas máximas, y a Eva no le faltaron nunca competidoras más o menos serias. Antes de que llegara al poder el 30 de enero de 1933, y aun después, alguno de «sus viejos camaradas» realizaron para él oficios de alcahuete. Así, Joseph Goebbels solía dejarle su casa y su cama, y hasta le proporcionaba hermosas mujeres pertenecientes a los círculos artísticos. La serie comenzó con la rubia, alegre y exuberante Gretl Slezak, hija del famoso cantante judío de ópera, Leo Slezak. Después de haber cenado juntos en casa de Goebbels, el dueño se ocupó de que sus huéspedes pudieran quedarse solos. El agregado de prensa de Hitler tocaba el piano con objeto de evitar que se filtraran ruidos indiscretos a la habitación contigua.

De la misma manera, Goebbels puso en contacto a Hitler con la bella, simpática, inteligente y culta actriz Leni Riefenstahl, quien después de la toma del poder disfrutó de honores y dignidades extraordinarios. Filmó, por ejemplo, las películas «Der Sieg des Glaubens» y «Der Triumph des Willens», sobre los Congresos del Partido. Por este último filme se le concedió el premio nacional de Cinematografía. «Por deseo expreso del *Führer*» realizó después la película sobre los Juegos Olímpicos de 1936, pese a que un director tan famoso como Luis Trenker había intentado conseguir el encargo.

Afecto de madre

De los círculos del cine y el teatro procedía una de las mujeres que tras la guerra fueron declaradas, sobre todo en los EE UU, «favoritas» de Hitler: la inteligente y excéntrica Mady Rahl, que jamás se manifestó al respecto. Si Hitler tuvo o no relaciones íntimas con Leni Riefenstahl y Mady Rahl es imposible demostrarlo. La Rahl, a quien los rumores y las noticias aparecidas en torno a esto le impidieron hacer la brillante carrera que era de esperar, declaró a Maser que no había tenido relaciones íntimas con Hitler. Otras confesaron orgullosamente en público lo contrario.

Así, por ejemplo, el historiador Maser, durante una conferencia sobre Hitler que pronunció en la famosa librería berlinesa «Elwert & Meurer», en 1971, fue testigo de la indignación de una señora que le gritó que siempre había creído que Hitler les había sido fiel a ella y a Eva Braun.

Una cosa es cierta: Hitler conocía y se aprovechaba de su ascendiente sobre las mujeres. No fue casualidad que formaran parte de su círculo más íntimo de colaboradores durante los tiempos de lucha, mujeres procedentes de todas las clases sociales, que sacrificaron por él sus ahorros y hasta vendieron sus joyas y objetos de valor.

De vez en cuando Hitler evocó este tipo de relaciones, calificando los sentimientos que le profesaban ciertas damas de «afecto maternal». Apreciación que algunas de ellas no han dejado de reivindicar aun después de 1945.

En esta categoría hay que contar a Helene Bechstein, esposa del conocido e influyente fabricante de pianos Bechstein. A Hitler se la presentó el famoso escritor bávaro, autor teatral y periodista, Dietrich Eckart, uno de los mentores espirituales del *Führer.* Helene Bechstein quedó fascinada por Hitler, y le invitó a entrar en su círculo exclusivo de amistades. Influyó también



para que su marido prestara dinero a Hitler con destino al partido; incluso cuando las finanzas de éste amenazaban con llegar a la bancarrota, puso a su disposición valiosos objetos de arte y joyas. Tras el fracasado golpe de estado de noviembre de 1923 declaró ante la policía, según reza el correspondiente protocolo: «He entregado a Hitler algunos objetos de arte para su tasación, pero advirtiéndole que podía hacer con ellos lo que quisiera. Entre estos objetos hay algunos de gran valor.»

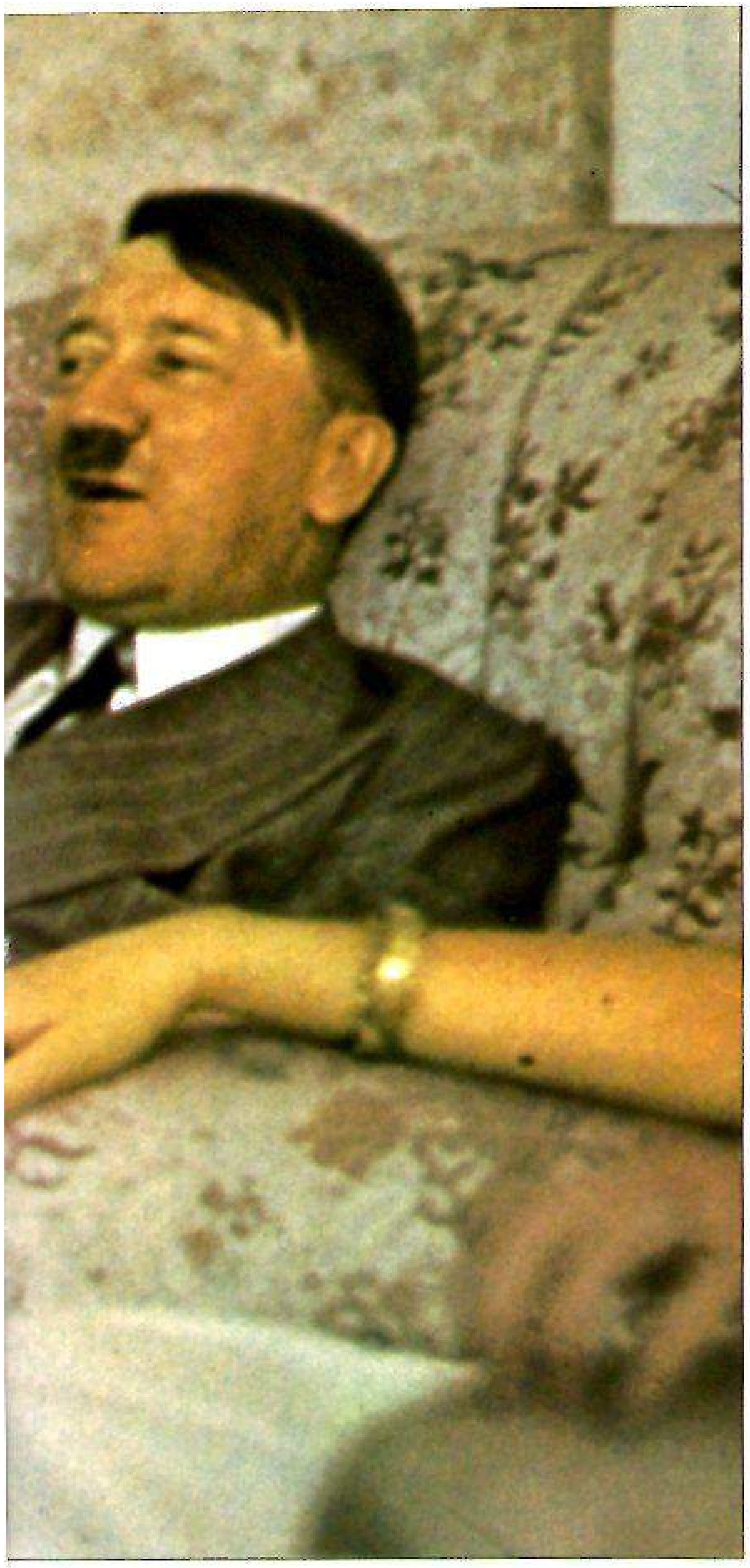
De la gaveta de Helene Bechstein y de otras de sus sacrificadas admiradoras, como escribía la prensa socialdemócrata al referirse al fracasado golpe, procedían diversos objetos de no menos valor y que Hitler solía empeñar cuando las circunstancias apremiaban. En su libro «Der Sturm auf die Republik» (1973) Werner Maser publica una lista correspondiente al verano de 1923: «Un medallón de esmeraldas con platino y brillantes sujeto a una cadena también de platino... Un anillo de rubíes montado en platino y brillantes... Un solitario con un brillante... Brillantes montados en plata... Un anillo de oro de 14 quilates... Un pañuelo de seda española bordado con hilos de oro...

Las mujeres no saben cerrar la boca a tiempo

La galería de las mujeres ricas que se enamoraron de Hitler y le admiraron hasta la histeria y hasta el suicidio es muy amplia. Y abarca personalidades tan distintas como Ingla Ley, ex actriz y última mujer del jefe del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley (condenado a muerte en Nuremberg y que se salvó del verdugo en 1946, ahorcándose él mismo en su celda aprovechando una distracción del vigilante americano); una ex monja llamada «hermana Pía» que tomó parte incluso en la «marcha sobre el Feldherrnhalle» en 1923 y fue la única mujer condecorada con la máxima distinción en los inicios del movimiento nacionalsocialista; la bellísima Maria Reiter-Kubisch, hija de uno de los fundadores de la socialdemocracia en Berchtesgaden, que se encontró con Hitler en 1926 y se siguió viendo con él aun después de casada, por lo menos hasta 1938. (Estuvo casada primero con el dueño de un hotel de Innsbruck y luego con un capitán de las SS llamado Kubisch). Y otras muchas más...

La lista de Maser contiene nombres conocidos y desconocidos, porque entre 1921 y el comienzo de la guerra, Hitler gustó siempre de rodearse de mujeres bonitas. Únicamente durante la contienda comenzó a prescindir de ellas. Al Cuartel General sólo tenían acceso su secretaria y la cocinera de su régimen dietético. Y en el Berghof, aparte de Eva Braun, sólo se le veía de vez en cuando con la esposa de alguno de sus colaboradores inmediatos. Poco a poco se fue retirando al mundo de sus visiones políticas, perdiendo interés por la vida social y las mujeres hermosas.

Ellas, sin embargo, siguieron admirándole desde lejos. Cuando Hitler sentía la necesidad de escapar del ambiente poco cultivado que le rodeaba día tras día, había que movilizar mujeres de



Cuando Hitler dejó de visitarla, la rubia Maria Reiter, de Berchtesgaden, llamada Mimi, Mizzi o Miezzerl, intentó suicidarse. No existe la menor duda sobre sus relaciones íntimas con Hitler (izquierda).

inmediato, según supo Maser a través de Hanz Baur, piloto de Hitler. Cierto día en que Baur manifestó a su *Führer* que envidiaba su conformidad de ver a las mujeres sólo de lejos, Hitler le respondió: «No puedo permitirme ningún desliz. Las mujeres sólo me utilizarían como propaganda y, como hombre que se debe a la opinión pública, no puedo correr el riesgo. Si usted, Baur, tiene una aventura no preocupará a nadie, pero si me la permitiera yo no podría dejarme ver en ningún sitio. Las mujeres no saben cerrar la boca a tiempo».

«En diversas ocasiones –siguió relatando Baur– hablé acerca de Hitler con algunas mujeres de distintas edades. Todas ellas estaban entusiasmadas, fanatizadas, histéricas incluso. Una noche me la pasé hablando con mi vecina de mesa sobre Hitler. Me confesó que estaba enamorada de él y temía no encontrar marido, porque ninguno podría resistir la comparación con el *Führer.* No pude contenerme y le confié lo que Hitler me había dicho sobre el tema.

–¿Verdaderamente ha dicho eso? Dígale que yo soy capaz de guardar el secreto, que soy capaz de dejarme cortar la lengua.»

Cuando, al día siguiente, se lo conté a Hitler, éste no pudo evitar una sonrisa. Baur no pudo decir a Maser si Hitler terminó por recibir a la dama en secreto. Pero lo que sí pudo aclarar Maser con su investigación es que Hitler no estaba enfermo, ni era impotente, ni perverso. Y sin duda es igualmente falsa la imagen que en aquellos tiempos se quiso dar del *Führer* al pueblo: Hitler no fue ningún desapasionado, ningún ser sublime, ni excelso, capaz de prescindir de la mujer para dedicarse al servicio de su pueblo con todas sus fuerzas.

□

Inga Ley, la bellísima ex actriz y esposa del jefe del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley, disfrutó de una posición especial en el protocolo de la residencia berlinesa de Hitler. Se suicidó en 1943 (abajo).



HUMOR EN EL TERCER REICH



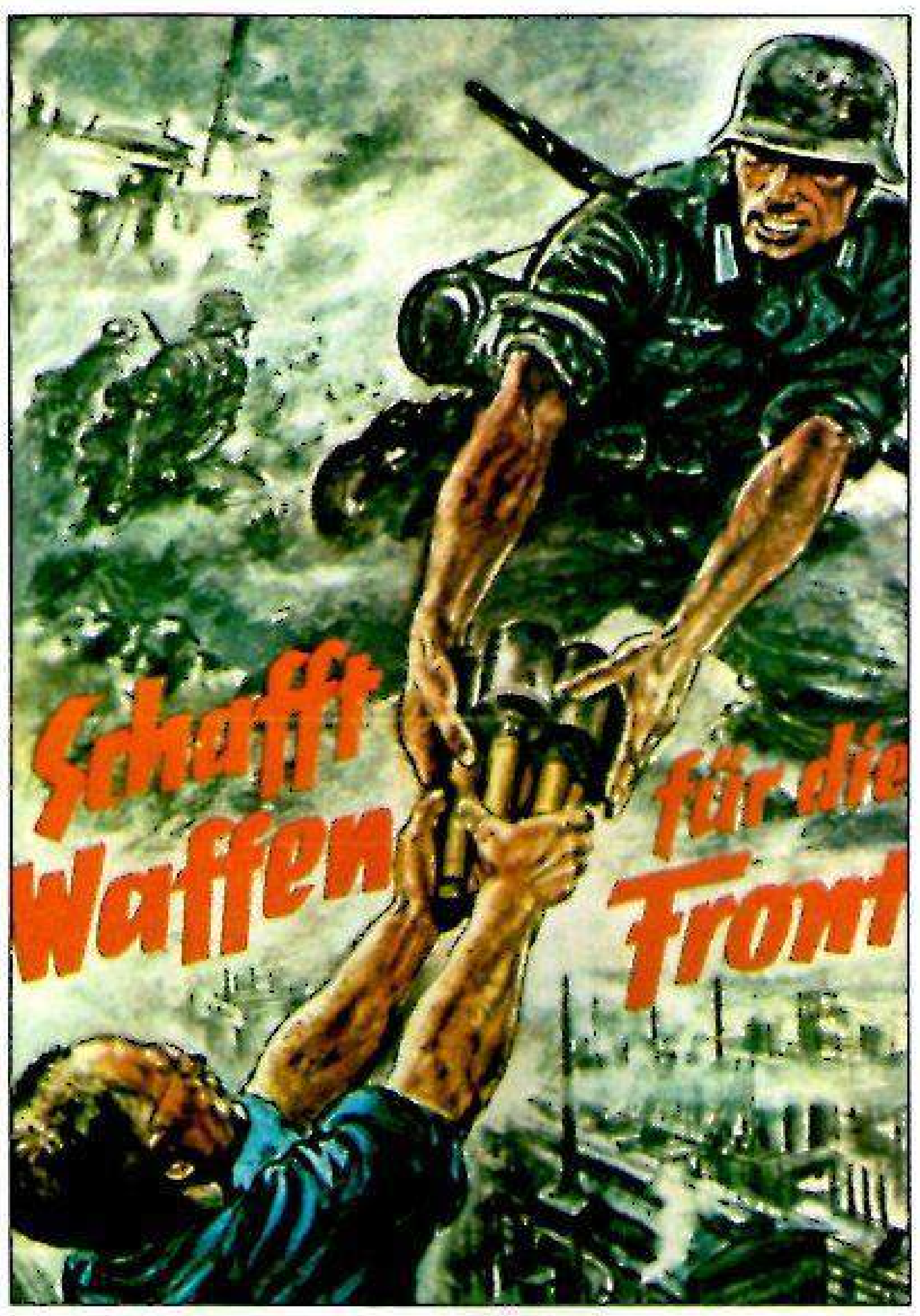
Hitler puede hacer lo que se le antoje, sus generales le obedecen sin rechistar (caricatura realizada por el equipo de artistas soviéticos Kukrynixy sobre el militarismo alemán).

Crisis de aprovisionamiento en el invierno 1941/42

Hoy puedo decirlo al fin: el enemigo ha sido derrotado y no volverá a levantar cabeza», manifestó Adolf Hitler el 3 de octubre de 1941 en su discurso con ocasión de la jornada inaugural del Auxilio de Invierno 1941-42. La voz suena opaca, dura y provocativa. Hitler pronunciará aún otras predicciones de amplio alcance. Se había procurado de antemano la posibilidad de emplear la mayor parte del armamento en la guerra aérea y naval contra Inglaterra. Días antes se había puesto en marcha la Operación «Tifón», la última gran ofensiva contra Moscú. En el frente el tiempo era bonancible, un radiante día otoñal. El jefe del Estado Mayor, general Halder, anotaría que la operación se desarrollaba conforme a los esquemas clásicos.

Dos meses y tres días después, la «ofensiva clásica» se hallaba detenida a las puertas de Moscú debido a la nieve y el hielo del duro invierno ruso. Los soviéticos lograban rehacerse e iniciaban la gran contraofensiva. Ese invierno fue duro no sólo en la Unión Soviética, sino también en Alemania. El caos se produjo no sólo en el frente, sino también, y más acusado, en la patria.

La mortal debilidad de la economía alemana, en los sectores de comunicaciones y aprovisionamiento, y la endeble contextura del mando nacionalsocialista, en relación con una guerra técnica quedaron al descubierto. Antes de la contienda, el Tercer Reich, y el *Führer* a la cabeza, había concedido carácter de prioridad a la construcción de vehículos y de autopistas. En consecuencia se había descuidado la producción de locomotoras y de convoyes ferroviarios, a pesar de que toda movilización, todo avance militar, dependía de la red férrea y no de las carreteras. Al replegarse, el Ejército Rojo se había ocupado de ir destruyendo tendidos ferroviarios, estaciones, locomotoras, depósitos de agua, todo lo que quedaba aún intacto. Ahora se veía claramente que los ferrocarriles del Reich no se encontraban en disposición de abastecer a las tropas. Ya durante la marcha contra Checoslovaquia, en el



Carteles como éste no fueron suficientes para remediar los efectos de la planificación económica respecto del aprovisionamiento. La austeridad que se imponía tanto en la patria como en el frente crearon un amplio malestar y una grave situación de peligro.

curso del Plan «Grün» («Verde»), en septiembre de 1938, el mando se había estrujado el cerebro para solucionar el problema del material ferroviario. En realidad, se imponía una transformación de los efectivos de defensa, pero no con vistas a la guerra aérea y naval contra Inglaterra, sino en favor de la construcción de locomotoras.

La forma en que se llevaban todas las medidas de aprovisionamiento, absolutamente insatisfactorias, tenía mucho que ver con la falta de un mando unitario. Desde 1939 existía un ministro de Armamento y Munición, que era el enérgico inspector general, doctor Fritz Todt. Sin embargo, éste se veía obligado a luchar de manera permanente contra la competencia que ejercía también en esta materia el mariscal del Reich, Göring, que era el supervisor del plan cuatrienal en el que se incluía toda la economía de guerra. Competencia que chocaba a su vez con las inquietudes de Hitler por conservar su popularidad personal.

Hitler estaba convencido de que la táctica a seguir debería ser la de presentar la guerra ante la patria de modo que el pueblo no tuviese una idea adecuada del conflicto. Churchill, Roosevelt y, no faltaba más, también Stalin, procuraron una movilización total de los recursos económicos sin recatarse en lo más mínimo. En cambio, Todt sólo disponía en 1941 del 37,5 por ciento de la producción total de acero para el capítulo de armamento; es decir, de un 9 por ciento menos qué en la primera Guerra Mundial. El *Führer* confió a su arquitecto Speer, en diciembre de 1941, nada menos que 65.000 trabajadores para que los emplease en los propios proyectos, que ya habían quedado por completo superados.

En las campañas del verano y del invierno de 1941, los alemanes perdieron en el Este unos 3000 carros de combate. En Alemania se había construido por aquel entonces un total de 3256 carros blindados de diversos tipos, entre ellos el anticuado *Panzer III*. La producción apenas compensaba las pérdidas experimentadas durante el año. Para transportar los carros al frente, distante miles de kilómetros, se trazó una vía férrea cuyos preparativos habían sido muy descuidados. Así se produjeron en el invierno 1941-42 situaciones grotescas. Todavía en febrero de 1942 las dificultades de aprovisionamiento mantenían inactivas 143 fábricas de armamento, y a medio rendimiento a otras 35, sobre todo porque faltaba carbón. De repente, cadenas de producción destinadas a la fabricación de carros recibieron la orden de producir locomotoras. La situación mejoró muy poco cuando Albert Speer trató de imponer una movilización general de la economía de guerra, al asumir el puesto ocupado hasta entonces por el doctor Todt, muerto en accidente de aviación el 8 de febrero de 1942.

Walter Görlitz □

Operación "Barbarroja"- IV

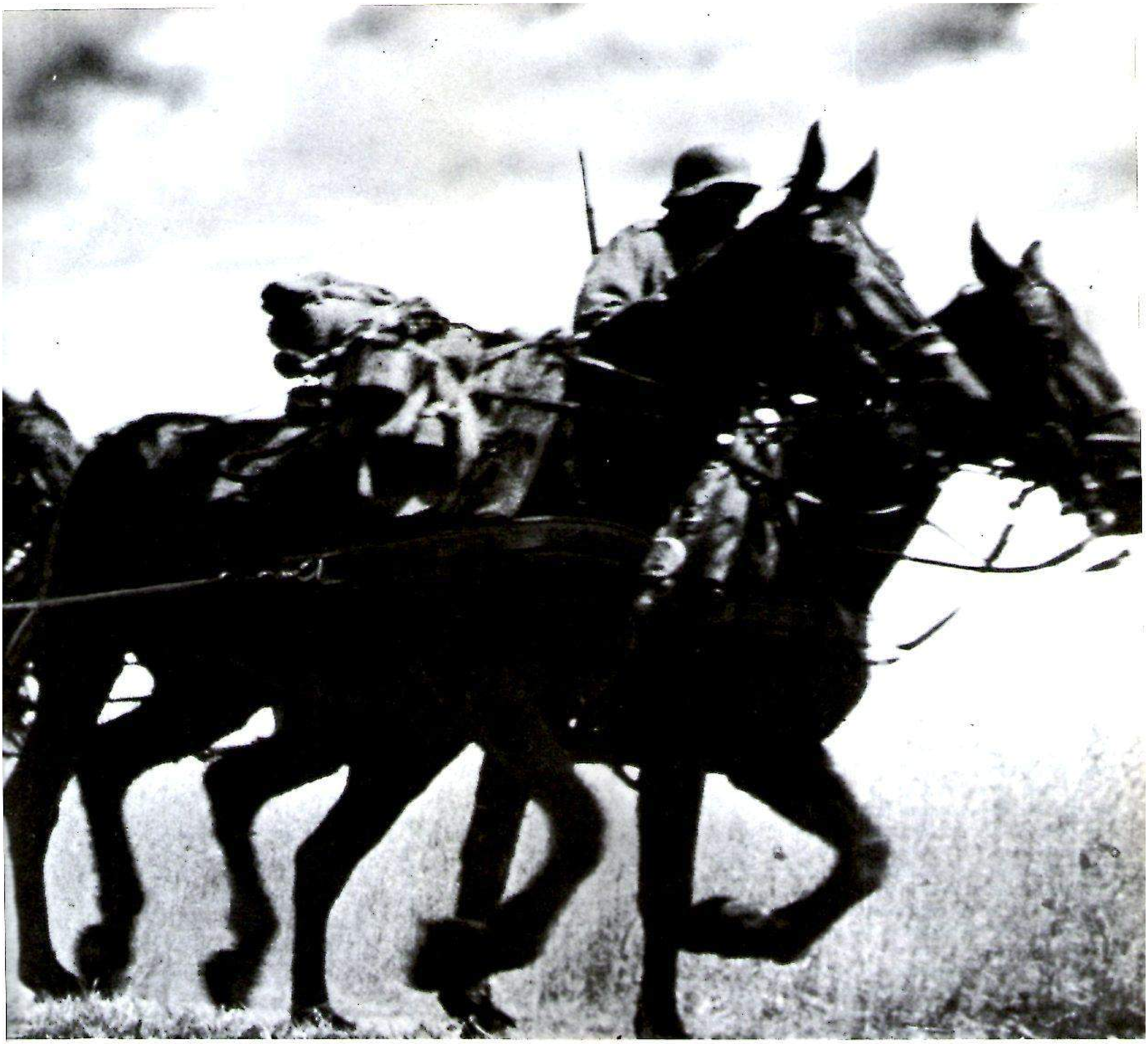


Artillería tirada por caballos en el sector sur del frente oriental. A finales del otoño de 1941 se logró conquistar Crimea y Rostov. En diciembre hubo que entregar Rostov y suspender el ataque contra Sebastópol.

RESISTIR A TODA COSTA

En el invierno de 1941-1942, las Fuerzas Armadas alemanas que habían penetrado en Rusia se hallaban amenazadas por el mismo destino que derrotara a las tropas napoleónicas. En el sector central no existía ya un frente en regla. En el sur la iniciativa estaba en manos de los soviéticos. Tan sólo un esfuerzo supremo y una extraordinaria capacidad de sacrificio evitaron la catástrofe.

Werner Richter



12 de septiembre de 1941. El general Ritter von Schobert, jefe del Ejército 11, despegó en un avión militar para realizar un vuelo de reconocimiento. El Ejército 11 constituía el extremo meridional del frente que cruzaba Rusia, en el ala derecha del Grupo de Ejércitos Sur. El *Fieseler-Storch* sobrevolaba fantasmalmente las vanguardias que se mantenían volcadas hacia delante y las unidades rusas, que se replegaban sin dejar de luchar.
Schobert no abrigaba recelo alguno al volar sobre el campo enemigo, porque no había que contar con la presencia de antiaéreos o de aviones de caza. Pero ocurrió lo imprevisto. Dos rusos dispararon al aire, en dirección al avión, sin imaginar quizá que lo alcanzarían. Uno de los proyectiles perforó el depósito del aparato. Por suerte para quienes iban en él, no se produjo el incendio, sino tan sólo la pérdida del combustible. El aterrizaje de emergencia se realizó apenas alcanzadas las líneas alemanas, en un campo allanado. Había tomado ya tierra el aparato, cuando, de repente, sonó una violenta explosión: el lugar de aterrizaje era un campo de minas.
Dos horas después de la muerte del general von Schobert, un teléfono de campaña sonaba a unos mil kilómetros hacia el norte, en una tienda empapada. La tienda era el puesto de mando provisional de von Manstein. El general y algunos oficiales de su Estado Mayor jugaban a las cartas, con el fin de relajar los nervios, mientras esperaban la hora de las noticias. Aquel había sido un día gris, y no sólo por la lluvia persistente que calaba las húmedas lonas de las tiendas. Esa misma fecha Hitler había ordenado detener el ataque contra Leningrado cuando ya se vislumbraba el triunfo.
De mala gana, Manstein dejó sus cartas cuando el capitán Specht le tendió el auricular: «Para usted, mi general. Le llama el comandante supremo».
Se trataba de una llamada del general Busch, jefe supremo del Ejército 16, al que pertenecía el *Panzerkorps* de Manstein. Sin salir de su asombro,

Manstein oyó cómo su amigo, el general Busch, le felicitaba efusivamente: se le había transferido a Manstein el mando sobre el Ejército 11.
El nombramiento de comandante en jefe de un Ejército constituía un elevado honor. Era la máxima aspiración a la que podía tender un oficial de carrera, pero, con todo, Manstein no se sintió especialmente feliz. Por una parte eso significaba que se le reconocía como estratega consumado e incluso, cuando la ocasión lo requería, poco convencional; sin embargo, por otra, él se sentía un hombre de tropa, alguien que avanza sistemáticamente con sus soldados.
El Ejército 11, cuyo mando asumía, era, según pudo constatar de inmediato, una tropa excelente que había logrado ya realizar misiones de primer orden, entre ellas uno de los pasos fluviales más espectaculares de toda la guerra: el cruce del Dnieper, cerca de Berislav. Esta operación comenzó el 24 de agosto. Ese día alcanzaba la vanguardia de la División de infantería 22 (integrada en Baja Sajonia) los aledaños de la ciudad de Berislav, en la orilla occidental del río. El Dnieper, segundo río en importancia de la Rusia europea, tiene en este punto más de 700 m de anchura, y carecía de puentes que pudiesen ocupar los alemanes, como solía ocurrir en otras zonas. A pesar de este problema había que cruzarlo si se quería dar cumplimiento al plan establecido. El 25 de agosto por la mañana las tropas de avanzada atacaban la ciudad mandadas por el teniente coronel von Boddien. Los rusos se defendieron heroicamente, hasta el punto de que, en poco tiempo, su resistencia dio lugar a encarnizadas luchas calle por calle. Entonces se ordenó la entrada en combate del Regimiento de infantería 16 asistido por fuego de artillería. La lucha duró 36 horas. Por la noche del día 26 Berislav había caído en manos de los alemanes, así como también las zonas de esa orilla del río.

Un espectáculo infernal

Sin embargo, los rusos mantenían en su poder la otra ribera. Sabían con certeza absoluta que los alemanes pretendían ocuparla, pero que sólo lo lograrían si llegaban a construir un puente... y esto había que impedirlo por encima de todo.
Durante tres días los alemanes acumularon, con vistas a la operación, efectivos de artillería, gran número de zapadores y material abundante. El paso del río comenzó al amanecer del día 30 de agosto, bajo el mando del coronel Ritter von Heigl, jefe del Regimiento de zapadores 690.
La ribera occidental del Dnieper era





El general «Feldmariscal» Walter von Reichenau (arriba) asumió el mando del Grupo de Ejércitos Sur después de que su predecesor, el general «Feldmariscal» Gerd von Rundstedt (derecha) iniciara el repliegue de Rostov contra la voluntad expresa de Hitler.

Los combates de invierno en el sector central fueron de una dureza enorme. Soldados alemanes han logrado reconquistar una posición. En primer término un soldado soviético muerto durante el asalto (página opuesta, arriba).

Esta fotografía rusa refleja lo bien equipados que iban los soldados siberianos para superar las inclemencias del invierno (abajo, página opuesta).





llana y sin accidentes que permitiesen la protección contra el enemigo. La infantería y las tropas de reconocimiento respiraron con alivio cuando, poco antes de iniciar la operación, apareció una•densa niebla que cubría todo el cauce.

Instantes después la artillería comenzaba su acción, simultáneamente con el rugir de los motores de las lanchas de transporte y el fragor de las armas pesadas de la infantería. La artillería lanzó sobre la otra orilla un auténtica barrera de fuego que protegía la operación de las lanchas de asalto y de los botes neumáticos más lentos. Al tiempo, las bengalas iluminaban a estas unidades con su luz blanquecina. Por fin los primeros soldados lograron poner pie en la otra orilla y la artillería corrigió el ángulo de tiro, concentrando el fuego más hacia delante. Los botes regresaron para trasladar nuevos soldados de infantería.

Aquello tenía todos los caracteres de un espectáculo infernal... La niebla desapareció y la artillería rusa disparaba sobre el sector elegido por los alemanes para el paso del río.

Tras 48 horas de esfuerzos quedó establecida la cabeza de puente, de cuatro kilómetros de profundidad por seis de anchura. Los zapadores podían comenzar el tendido del puente. Esta complicada operación técnica fue dirigida por el coronel Zimmer, jefe del Regimiento de zapadores de montaña 620. Más de dos mil quinientos hombres lograron cumplir la misión perfectamente planeada, en un tiempo récord: 116 pontones en total, que habían permanecido antes convenientemente camuflados, fueron uniéndose de cuatro en cuatro para formar el puente flotante.

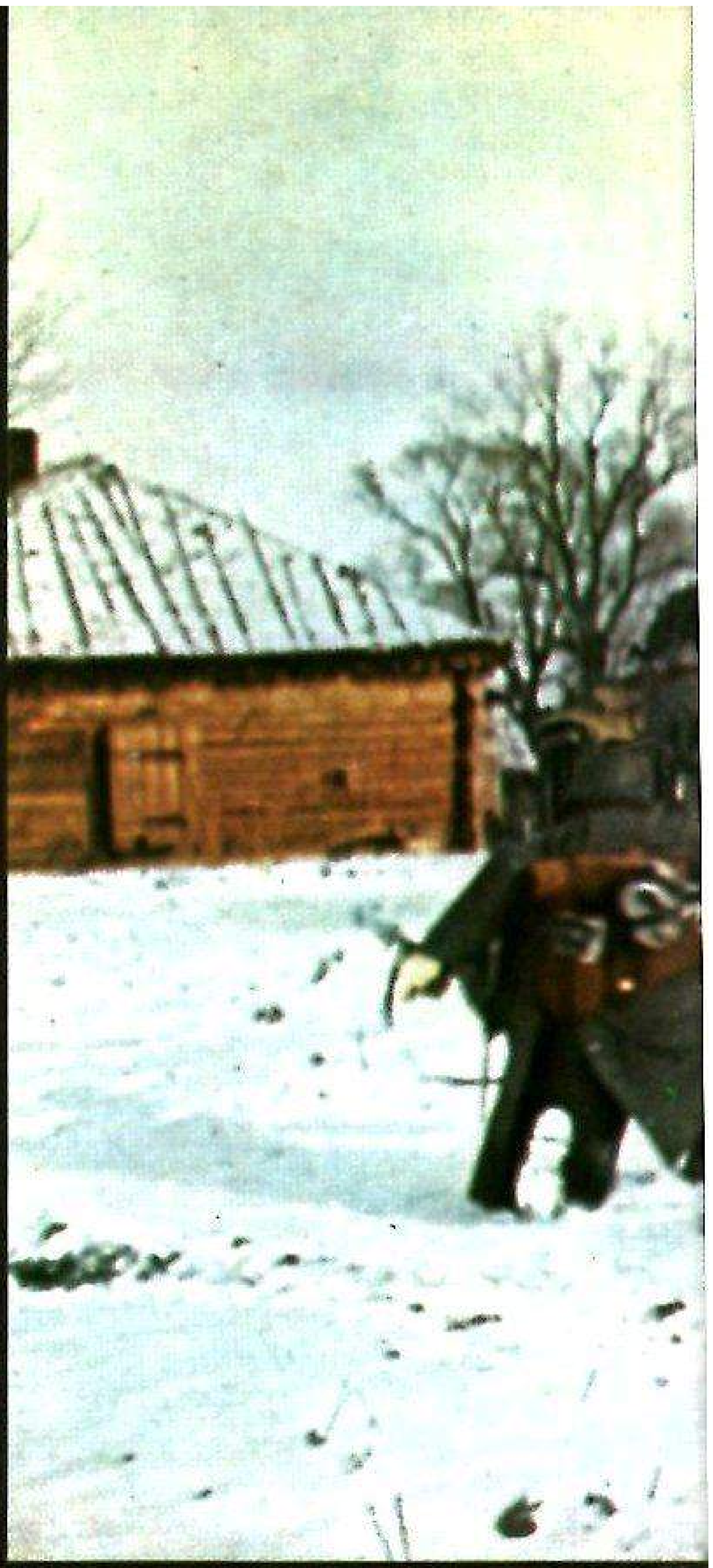
Esto había ocurrido hacía dos semanas. El general von Manstein sabía que la misión que habría de realizar ahora el Ejército 11 en modo alguno podría cumplirla con las fuerzas existentes. La orden era ésta: tras el paso del río Dnieper, por su curso inferior, el Ejército 11 tenía que conquistar con parte de sus fuerzas la península de Crimea y, bombardeando la costa del mar de Azov, llegar hasta Rostov.

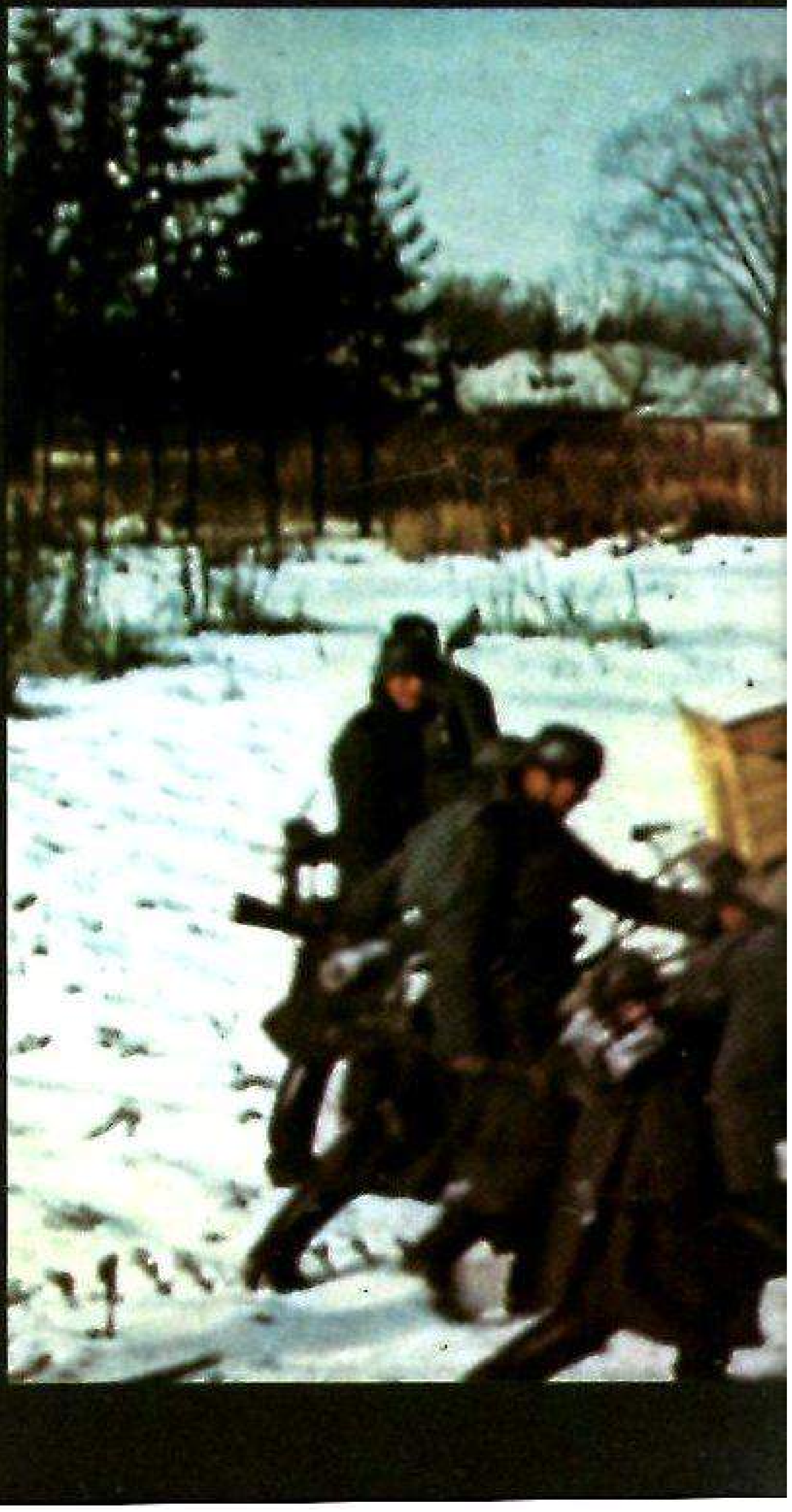
Hay que observar esta zona en el mapa para explicarse la profunda desazón que sentía Manstein. El estratega entendió, sin embargo, la trascendencia de aquel objetivo: Crimea era, por decirlo de algún modo, una especie de gigantesco portaaviones que amenazaba constantemente los indispensables campos petrolíferos rumanos de Ploesti, de los que Alemania tenía tanta necesidad. Rostov, en el estuario del Don, era prácticamente la puerta del Cáucaso. Por lo tanto ambos eran objetivos sumamente codiciados por los alemanes.

Pero Manstein sabía también que la mejor tropa que se pudiese imaginar, la más manejable en combate, la más poderosa, no podría realizar lo imposible. Lo que se le encomendaba ahora al Ejército 11 superaba con creces sus fuerzas y habría de terminar necesariamente en fracaso.

Sobre tumbas de tártaros

Ambos objetivos, Crimea y Rostov, de un solo golpe y con aquellas tropas ya agotadas, eran, sencillamente, innaccesibles. Manstein se decidió a concentrar primero todas sus fuerzas en Crimea para continuar después hacia el norte, con la finalidad de no perder el contacto con un enemigo en retirada.
Pero conquistar Crimea no era fácil. El único acceso efectivo a la península era un istmo de 7 kilómetros de anchura, en Perekop. A la derecha se encontraba el Sivash, llamado también «mar perezoso», una especie de pantano de sal infranqueable para los vehículos de tierra y de agua. A la izquierda quedaba el mar Negro. A lo largo de la lengua de tierra había unas fosas de unos 12 o 15 metros de anchura, cavadas cincuenta años antes y conocidas como las tumbas de los tártaros, cuya función era realmente la de defender la autonomía de la península respecto del continente.
Para esto servían aún en 1941 esas antiguas trincheras y constituían una auténtica trampa para los carros de combate. Los rusos las habían dispuesto ya como centro de una línea defensiva.
Por cierto que el Ejército 11 de Manstein, que ya se acercaba al istmo de Perekop, carecía en absoluto de carros y sólo disponía de algunos vehículos acorazados y de dos docenas de cañones de asalto, con gran pesar del comandante en jefe de las fuerzas, que se incluía entre los mejores tácticos alemanes en el manejo de carros de combate. La carencia de blindados era más de lamentar por cuanto el camino hacia Perekop y el ataque, aplazado en un principio, en dirección a Rostov, atravesaba las estepas de Nogaish. Una región fascinante, extraña, sin una sola colina, sin un árbol, sin un arbusto, cubierta tan sólo de hierbas esteparias. En verdad un terreno ideal para los carros de combate.
Manstein, a falta de carros, situó en el istmo todos sus efectivos antiaéreos, artillería y zapadores al mando del general Hansen, al que encomendó también el Cuerpo de Ejército LIV. Eso, desde luego, no era poco en la franja de sólo 7 kilómetros de anchura que constituía el frente. Manstein se daba perfecta cuenta de que para penetrar en la península esto bastaba, aunque no para conquistar toda Crimea, cuya extensión es parecida a la de Bélgica. Para ello necesitaba más tropas, y sobre todo más rápidas. Proyectaba conquistar, tras una rápida penetración, la fortaleza de Sebastópol mediante un golpe de mano de gran efecto.
Así decidió, cuando aún el general Hansen libraba duros combates en las tumbas tártaras, que avanzasen hacia el norte dos divisiones de montaña y el «Leibstandarte Adolf Hitler», mejor armado y con mayor capacidad de movimiento, haciéndoles abandonar el frente. Su misión era la de penetrar en territorio enemigo, desplegarse rápidamente y ocupar la gran península.
Un buen plan, desde luego, pero también algo temerario. Sin embargo, salió bien. Las unidades del general Hansen lograron avanzar, después de tres días de encarnizada lucha en las tumbas tártaras. El camino de Crimea quedaba expedito.
Pero ocurrió lo que era de temer. El general Kuznetsov, en la otra parte, tuvo noticias de que Manstein había «desnudado» prácticamente su flanco norte en las estepas de Nogaish, y esto le movió a presionar con sus tropas. Fue un ataque en profundidad. Los Ejércitos 9 y 18 soviéticos causaron un hundimiento de 20 kilómetros en el frente alemán y amenazaron con atacar por la retaguardia al Ejército 11 de Manstein. La situación se tornó amenazadora. A poca suerte que tuviese, Kuznetsov podría arrojar al mar Negro a una parte del Ejército 11, y hasta aniquilarlo. Manstein no permaneció desde luego con los brazos cruzados. Dispuso que por cualquier medio se contuviese la operación del enemigo y para ello empleó el «Leibstandarte Adolf Hitler» y el Cuerpo de montaña «Kehrt».
Movilizar a un tiempo dos divisiones y una brigada, en plena marcha, no era tan sencillo. En consecuencia, la situación del Ejército 11 se hizo aún más crítica. Sin embargo, una guerra de movimientos tiene sus propias leyes internas. En el sector central terminaba al mismo tiempo la batalla decisiva del cerco de Kiev. El 1er *Panzergruppe,* al mando del general von Kleist, quedaba disponible para otros cometidos y recibió inmediatamente una nueva misión: Kleist tenía que partir del norte y atacar a los dos Ejércitos rusos por la retaguardia.
Con ello se invirtieron los papeles: el Ejército 11 ya no se encontraba entre los rusos y el mar, sino que ahora era Kuznetsov quien se hallaba entre Kleist y Manstein. Durante cinco días, hasta el 10 de octubre, se desarrollaría una batalla en círculo en las estepas de Nogaish, al norte del mar de Azov. Los Ejércitos de Kuznetsov fueron aniquilados. 65.000 soldados soviéticos cayeron prisioneros y perdieron a manos del enemigo 212 carros y 672 cañones.









Estas imágenes eran típicas de los combates defensivos que libró el sector central en el invierno 1941-42. Las unidades diezmadas se transformaron en grupos de combate de infantería y de zapadores que luchaban por todas partes asistidos por unos cuantos carros de combate.

La fortaleza más segura del mundo

Aquel giro favorable para los alemanes costó, empero, un alto precio. En ese momento se convencieron los Mandos supremos del Ejército de Tierra y de la *Wehrmacht* de que el Ejército 11 era demasiado débil para acometer la doble misión de conquistar Crimea y Rostov. El ataque contra Rostov se encomendó al *Panzergruppe* de Kleist, reforzado con el «Leibstandarte» y el Cuerpo de montaña XLIX. Al fin podría Manstein concentrar en Crimea todas las fuerzas de su Ejército 11, pero aquella operación por sorpresa para la conquista de Sebastópol, que habría sido posible tres semanas antes, ahora aparecía como irrealizable.

Se logró incluso, a pesar de que el avance fue lento, dar fin a la conquista de Crimea el 16 de noviembre, capturando 16 divisiones soviéticas (más de 100.000 prisioneros), pero Sebastópol resistió. La fortaleza más segura del mundo estaba repleta de tropas selectas. Mediante embestidas rápidas el baluarte no se podría expugnar. Por otro lado, tener en la mano Crimea sólo merecía la pena en un cincuenta por ciento mientras el enemigo mantuviese en su poder aquel puerto dotado de excelentes defensas.

Con todo, Manstein hizo cuanto pudo. Cuatro semanas duraron los preparativos del ataque final. Para ello concentró poderosos efectivos de artillería capaces de atacar la fortaleza. El 17 de diciembre dio la orden de ataque. Pero Sebastópol era inexpugnable. En casi todas sus posiciones clave, la fortaleza contaba con enormes *bunkers* subterráneos con torres dobles móviles, desde las que cañones de 305 mm sembraban la muerte y la destrucción. Al tiempo, Sebastópol contaba con numerosos *bunkers* armados con ametralladoras. El avance sólo progresaba metro a metro, conquistando los alemanes refugio por refugio, posición por posición, en duros combates cuerpo a cuerpo.

Dos semanas duró aquella lucha sangrienta y terrible, dificultada aún más por el intenso frío que también iba llegando al sur. Por fin los alemanes penetraron tras el cinturón defensivo interior, pero ya todo era inútil. El 25 y el 26 de diciembre habían llegado ya al brazo oriental de Crimea, lanzándose en paracaídas junto a Kerch y Feodosia, fuertes contingentes soviéticos, obligando con su presencia a los alemanes a replegarse hacia el oeste de la península.

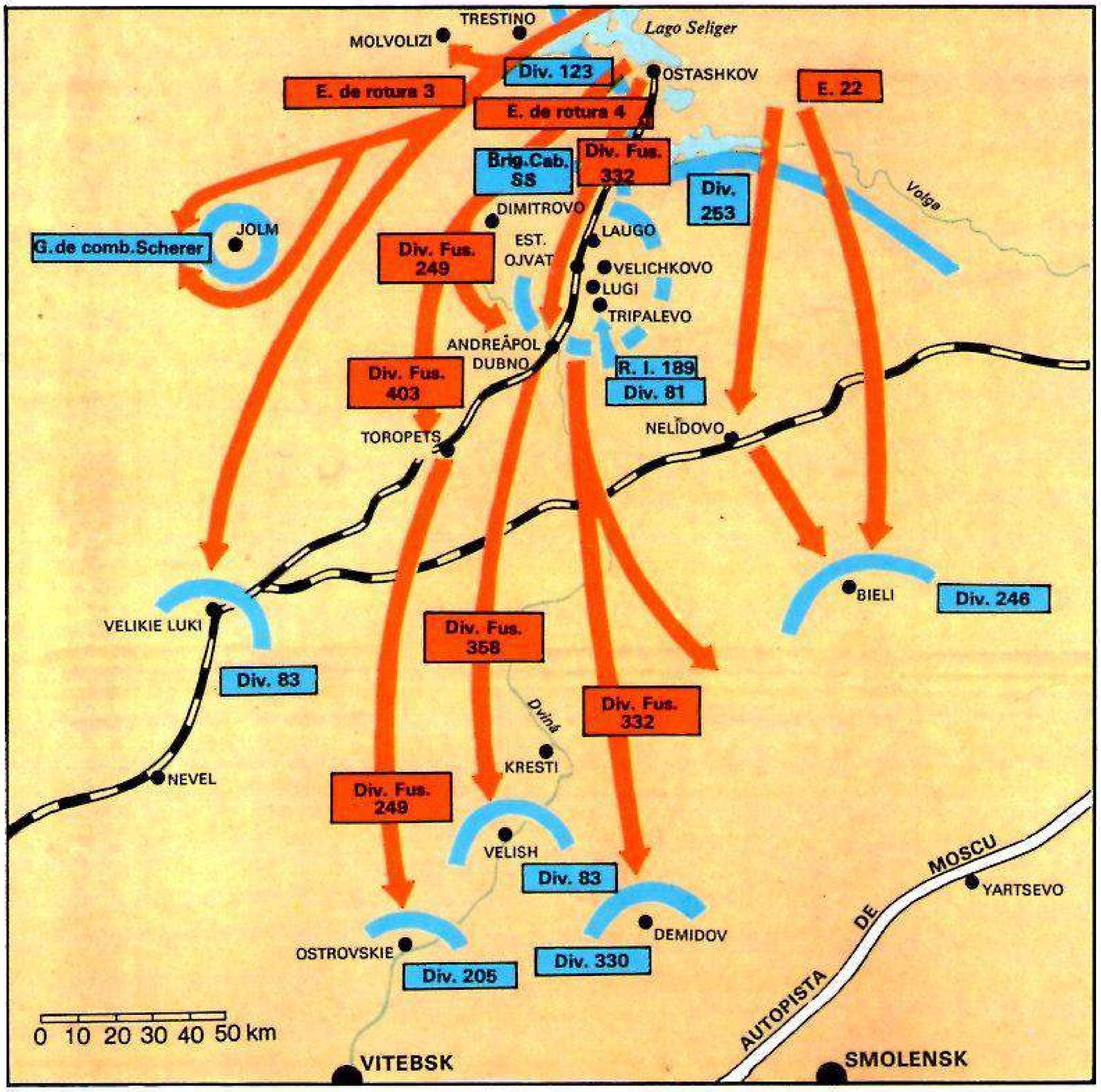
Manstein tuvo que cesar en el acoso de la fortaleza, pese al enorme tributo de sangre que había pagado, y replegar a numerosas unidades, establecidas ya



Hasta el 16 de noviembre de 1941 se prolongaron las operaciones del Ejército 11, dirigido por el general von Manstein, para la toma de Crimea. Al fin toda la península cayó en su poder, menos la plaza de Sebastópol. Dos soldados del Ejército de Crimea (arriba).

Un antiaéreo de 20 mm en plena acción contra objetivos en tierra durante el ataque contra Kerch (derecha).







en las posiciones conquistadas con tanto esfuerzo. En definitiva debió resignarse a formar un cerco en torno de Sebastópol, con el fin de oponer a los soviéticos que avanzaban por el este las tropas replegadas de las posiciones. En esta operación se topaba con el eterno problema: tampoco eran suficientes las tropas para ello. Y no había reservas. Detener a los rusos, que a pesar de las enormes pérdidas no habían sufrido bajas humanas, frenar su avance allí donde se produjese, significaba en todo caso desmantelar un sector del frente para superar esa situación. Esto, a la larga, no podía traer buenas consecuencias. Y así ocurrió.

Un ejemplo típico lo constituyó el destino del *Panzergruppe* de Kleist, convertido en Ejército acorazado. Tras la batalla en cerco del mar de Azov, esta unidad habia sido empujada hacia el este, hasta el Mius, y luego quedaría retenida por el barro del otoño, hasta que pudo continuar su marcha el 17 de noviembre con la llegada de las primeras heladas.

El 21 de noviembre se logró un gran triunfo: Rostov cayó en manos de los alemanes; los puentes del Don, incólumes, también. Al fin se contaba ya con la puerta del Cáucaso, de los campos petrolíferos de Bakú, del golfo Pérsico...

Sin embargo, la victoria no aportaba nada nuevo. No había posibilidad alguna de aprovecharse del triunfo: tres divisiones habían logrado ocupar Rostov, a costa de quedar prácticamente aniquiladas, pero todavía existía un tercio de los efectivos. Desgraciadamente, a su encuentro avanzaban sin pausa quince divisiones soviéticas, de artillería y caballería, y algunas brigadas acorazadas.

Con todo su empuje, en condiciones óptimas, esas fuerzas no hubieran representado un factor decisivo, en principio, pero conservar lo ganado en condiciones muy deficientes, como las de los alemanes, era prácticamente imposible con aquel desequilibrio de fuerzas a la vista. El general von Rundstedt, comandante supremo del Grupo de Ejércitos Sur, vio la situación poco halagüeña y el 29 de noviembre recabó del cuartel general del *Führer* el per-

Penetración del Ejército de rotura 4 soviético en la línea de confluencia de los Grupos de Ejércitos alemanes Norte y Centro (mapa superior).

Las operaciones del Grupo de Ejércitos Sur, a finales de 1941. Sus objetivos eran la región del Doniets, Crimea, Rostov, y la neutralización de los contraataques soviéticos (mapa inferior).



y volverá a brillar el sol. *El automóvil de la «Wehrmacht» za el paso abierto en la nieve por una carretera de vik a Kirkenes. Los días se han vuelto más cortos y el so del sol más oblicuo. Hoy apenas ha aparecido sobre horizonte. La nieve se tiñe todavía; el cielo adquiere aún reflejo cromático del oro. A partir de mañana, la uridad reinará durante treinta «días» y noches.*

A cuatro mil kilómetros hacia el sur... *El sol abrasa ya siete horas cada día. En estos momentos se alza en su cenit. La sombra del pabellón de fusiles montado por los soldados de guardia ante el viejo templo de Apolonia apenas sobrepasa las culatas. La temperatura alcanza los 50 grados. Aquí, como allá, hay también soldados alemanes, a más de 4000 km de distancia, bajo el mismo cielo.*

Nieve y arena

Esta doble página original de la revista ilustrada de la «Wehrmacht», «Signal», es un documento sobre la capacidad de adaptación del soldado





pero el mismo sol

alemán. Pero también muestra la amplitud del escenario bélico y con ello el empleo desmesurado de la «Wehrmacht».

En Bardia ondean las banderas. *Soldados alemanes e italianos montan guardia junto a la puerta de la ciudad. Llevan pantalones cortos, las mangas de la camisa recogidas. El radiante cielo africano es de un azul purísimo.*

El Círculo Polar divide el camino en Noruega. *carretera de montaña se eleva hasta los mil metros. camión, que lleva gasolina para las tropas del norte, y auto, que regresa de allí, se detienen en la altur Envueltos en sus capotes, los hombres contemplan sol, que se mantiene amarillento sobre el horizonte.*

Fotos: Wollschläger (2), Kenneweg, de Compañías de Propaganda

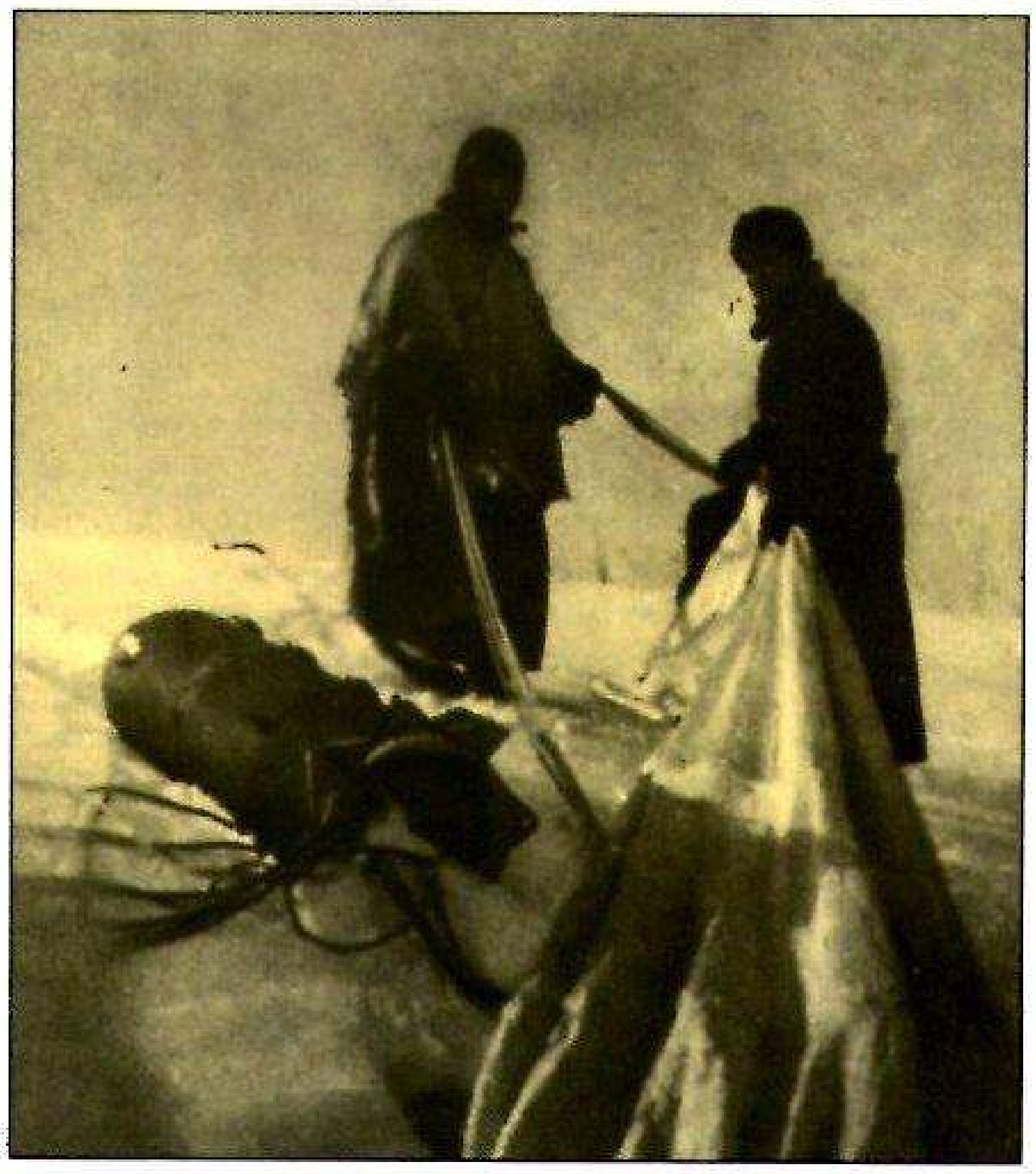


miso correspondiente para abandonar Rostov, recomendando el repliegue a una línea más favorable, por más corta, a orillas del Mius.
Hitler accedió pero, cuando la operación se había iniciado, rectificó su orden anterior: «Permanezca donde está y absténgase de retroceder más.»
Sin embargo Rundstedt no era un hombre que se sometiese fácilmente a los abusos del mando, sobre todo cuando estaba en juego la vida de miles de sus hombres. Sacrificar irracionalmente vidas humanas a la sinrazón de uno, eso no era lo suyo: por tanto se negó a aceptar aquella orden del *Führer* y, en cambio, agilizó el repliegue de las unidades amenazadas de aniquilación y que se encontraban dentro o alrededor de Rostov. Esto bastó para que Hitler lo fulminase con una destitución automática. El mando del Grupo de Ejércitos Sur pasó al general von Reichenau, al frente hasta entonces del Ejército 6, que operaba en el ala norte del mismo Grupo de Ejércitos, y había conquistado la cuenca del Doniets, zona industrializada soviética similar a la cuenca del Ruhr alemana. Como primera providencia, Reichenau frenó los preparativos de repliegue ordenados por su predecesor. Pero no logró detener el impulso de los rusos en las orillas del Don, junto a Rostov. No llevaba aún 24 horas como comandante supremo del Grupo de Ejércitos cuando tuvo que comunicar a su *Führer:* «No tenemos más remedio que retroceder.» Un día escaso después de que Rundstedt fuese destituido por una petición similar, Hitler accedía a las demandas de Reichenau. Así comenzaba el primer repliegue de la campaña, perfectamente en orden, con arreglo a un plan, sin caracteres de catástrofe.

Retirada sin jefes

Aquello fue una advertencia. Cuando Guderian, instalado en su cuartel general de la propiedad de Tolstoi, Yasnaia Poliana, supo lo que ocurría en el sur, comentó: «Esto es, señores, el primer toque de rebato».
Mientras Guderian decía esto ante su Estado Mayor, proseguía el ataque del Grupo de Ejércitos Centro sobre Moscú. Un par de días después, cuando, a la vista ya del objetivo, las tropas quedaron detenidas por las intensas heladas, Guderian anotó: «Hemos sufrido una derrota.»
En aquel preciso momento no podía hablarse de derrota, sino tan sólo de fracaso: no se había logrado conquistar Moscú en su segundo intento. Con todo, la derrota seguiría muy pronto, casi de inmediato.
El 5 de diciembre, cuando el ataque





Un puesto de ametralladoras en el cerco de Demiansk. Por primera vez, unidades alemanas quedaron rodeadas por tropas soviéticas (arriba).

64.844 toneladas de provisiones llegaron por el aire a los combatientes alemanes cercados en Demiansk. Entre 100 y 150 aviones tomaban tierra diariamente. El aprovisionamiento destinado a Jolm hubo que lanzarlo en paracaídas (izquierda).

Jolm permaneció cercado desde el 21 de enero hasta el 4 de mayo. Su comandante, general de División Scherer, fue distinguido en plena defensa con la Cruz de Caballero (abajo).



alemán se hallaba literalmente congelado, comenzó la contraofensiva soviética. ¡Y qué contraofensiva! Stalin trasladó para ello al frente central de Moscú a diecisiete ejércitos del flanco oriental. Tropas selectas, muy resistentes, acostumbradas al frío y equipadas para el mismo, integradas por siberianos y mogoles, fueron empleadas como núcleo de la operación.

El Grupo de Ejércitos Centro sólo podía enfrentarles su voluntad inquebrantable de defenderse enconadamente. Pero la resistencia contra los rusos, muy superiores en medios, fue vana. Los alemanes acabaron dispersándose por todas partes: coroneles, tenientes coroneles, generales, aparecían de repente tendidos sobre la nieve, con un fusil en las manos y disparando cada uno por su cuenta sobre el primer objetivo que se ponía a tiro.

Con todo, los hombres de la primera línea se cerraron en erizo, desesperadamente, y defendieron sus posiciones incluso cuando los rusos pasaban por la derecha y la izquierda. Aquellos erizos actuaban como piedras de choque de la corriente que los envolvía.

A finales de año, tres semanas después del comienzo del contraataque ruso, en el norte y centro no existía ya un frente alemán en regla. Los soviéticos habían logrado penetrar hasta el sur del lago Ilmen, hacia posiciones inmediatas entre los Grupos de Ejércitos Norte y Centro, y se lanzaron con fluidez hacia Velikie y Vítebsk. Más al sur, junto a Rzev, los rusos penetraron por las brechas producidas en el frente del Ejército 9 y amenazaban, a mediados de enero, al Grupo de Ejércitos Centro, al que podrían atacar por la retaguardia.

El comandante en jefe del Ejército 9, general Strauss, se encontraba al límite de su resistencia física y nerviosa. Su lugar fue ocupado por el general Model, un oficial muy dinámico de medios acorazados para el que no era suficiente resistir, sino que siempre trataba de tomar la iniciativa. «Los refuerzos deberán orientarse en torno a las divisiones rusas que hayan penetrado ya», anunció durante la primera sesión de análisis de la situación a su Estado Mayor, que se encontraba no poco perplejo. «Después nos lanzaremos sobre los flancos de los soviéticos y los estrangularemos».

–Y, ¿qué va a darnos usted, mi general, para que podamos realizar ésta operación? –preguntó el teniente coronel Blaurock con cautela.

–A mí mismo, –contestó Model seca e irónicamente. En efecto, el nuevo comandante en jefe del Ejército, que estaba más en contacto con la primera línea que ante la mesa de mapas del cuartel general, irradiaba de un modo extraordinario confianza y espíritu de lucha en torno de él. Así logró que los ejércitos soviéticos infiltrados fueran cercados y acosados constantemente hasta el aniquilamiento.

¡Cercados!

De la dureza de los combates hablan anécdotas como la que sigue: Model visitaba al mando de la División SS «Das Reich». Cuando se encontraba examinando la situación con el comandante del Regimiento, *Obersturmbannführer* Kumm, el general le comentó: «Ya sabemos qué habrá de hacer su Regimiento; sólo nos falta conocer con cuántas fuerzas cuenta usted aún».

Kumm se dirigió hacia la ventana: «Mi general, mi Regimiento está ahí afuera». Model se aproximó y miró hacia el exterior: fuera había únicamente treinta y cinco hombres.

Sin embargo, la situación en torno al ala norte del Grupo de Ejércitos Centro se había estabilizado. Más al norte, en aquel punto hasta el que habían penetrado los rusos entre los lagos Ilmen y Seliger –a las órdenes del general Eremenko, un intrépido militar que había sido herido y luego regresó al campo, ya repuesto– no se lograron los objetivos: el ataque contra las desguarnecidas retaguardias alemanas. El Cuerpo de Ejército II, al mando del general Graf Brockdorff-Ahlefeldt, merodeaba por los alrededores de Demiansk y dentro de la población.

El Cuerpo de Ejército II con seis divisiones –100.000 hombres–, se encontraba cercado desde el 12 de febrero. Era la primera vez que el cerco afectaba a una unidad tan grande del Ejército alemán. Hasta entonces los alemanes habían sido los que habían tomado la iniciativa a la hora de provocar una situación semejante. A 90 km hacia el sur se encontraban acorralados, cerca de Jolm, 5000 hombres mandados por el coronel Manitius.

Antes de que se hubiese producido este cerco se había considerado la oportunidad –sobre todo tras la penetración de los rusos– de replegar aún más el frente. La situación también se planteó así en el sur. Pero Hitler no quería ni oír hablar de esto. Su determinación era inamovible: «Resistir a toda costa». En ambos casos tuvo razón.

En el cerco de Demiansk, el general Brockdorff-Ahlefeldt interpretó la situación mediante una orden del día plenamente desacostumbrada, precisamente porque su contenido estaba razonado y justificado, cosa poco habitual en las comunicaciones del mando.

He aquí un extracto de esa orden:

«El enemigo se ha abalanzado en los meses más fríos del invierno sobre los témpanos del lago Ilmen, el antiguo delta pantanoso del Lovat y a través de los valles de los ríos Pola, Redia y del Polist, así como por sus numerosos afluentes, colocándose entre el Cuerpo de Ejército II y sus contactos de la retaguardia. Estos valles fluviales forman parte de una gran depresión y de una región pantanosa que se vuelve intransitable al llegar los hielos y las nieves, produciéndose en ellos inundaciones y barrizales. El movimiento del enemigo, en especial el transporte normal de efectivos, puede darse por absolutamente excluido.

El aprovisionamiento de los rusos únicamente sería posible en la estación húmeda por carreteras firmes y amplias. Pero los nudos de comunicaciones de esta red viaria, es decir, Jolm, Stáraia Russa y Demiansk, se encuentran sólidamente asegurados en manos alemanas. Aparte de esto el Cuerpo de Ejército domina la única meseta de la zona con sus seis divisiones de reserva. Por lo tanto debe excluirse que los rusos puedan resistir en primavera en las zonas bajas de la región, zonas húmedas por cierto, con sus numerosos soldados sin aprovisionamiento.

En consecuencia, hay que mantener la ocupación de los nudos de comunicaciones y la meseta en torno a Demiansk hasta la época de las nieves.»

El cerco de Demiansk y Jolm tenía que ser mantenido desde el aire. Esta operación fue un éxito. Diariamente tomaban tierra cien o más aviones *Ju* dentro del cerco, y dejaban en ambas localidades alimentos, municiones, embarcaban a los heridos y regresaban al campo alemán. Hasta que se rompió el cerco, en los primeros días del año, se transportaron 65.000 toneladas de alimentos y se trasladó a 36.000 hombres. Durante todo este tiempo el Cuerpo de Ejército II y el Grupo de combate de Scherer resistieron en Jolm el empuje de cinco ejércitos soviéticos.

Esta operación de puente aéreo tuvo, con todo, una consecuencia nefasta algunos meses después, cuando Hitler creyó que, a semejanza de Demiansk, el Ejército de Stalingrado podría también ser mantenido desde el aire. Un error que afectaría gravemente a las tropas alemanas.

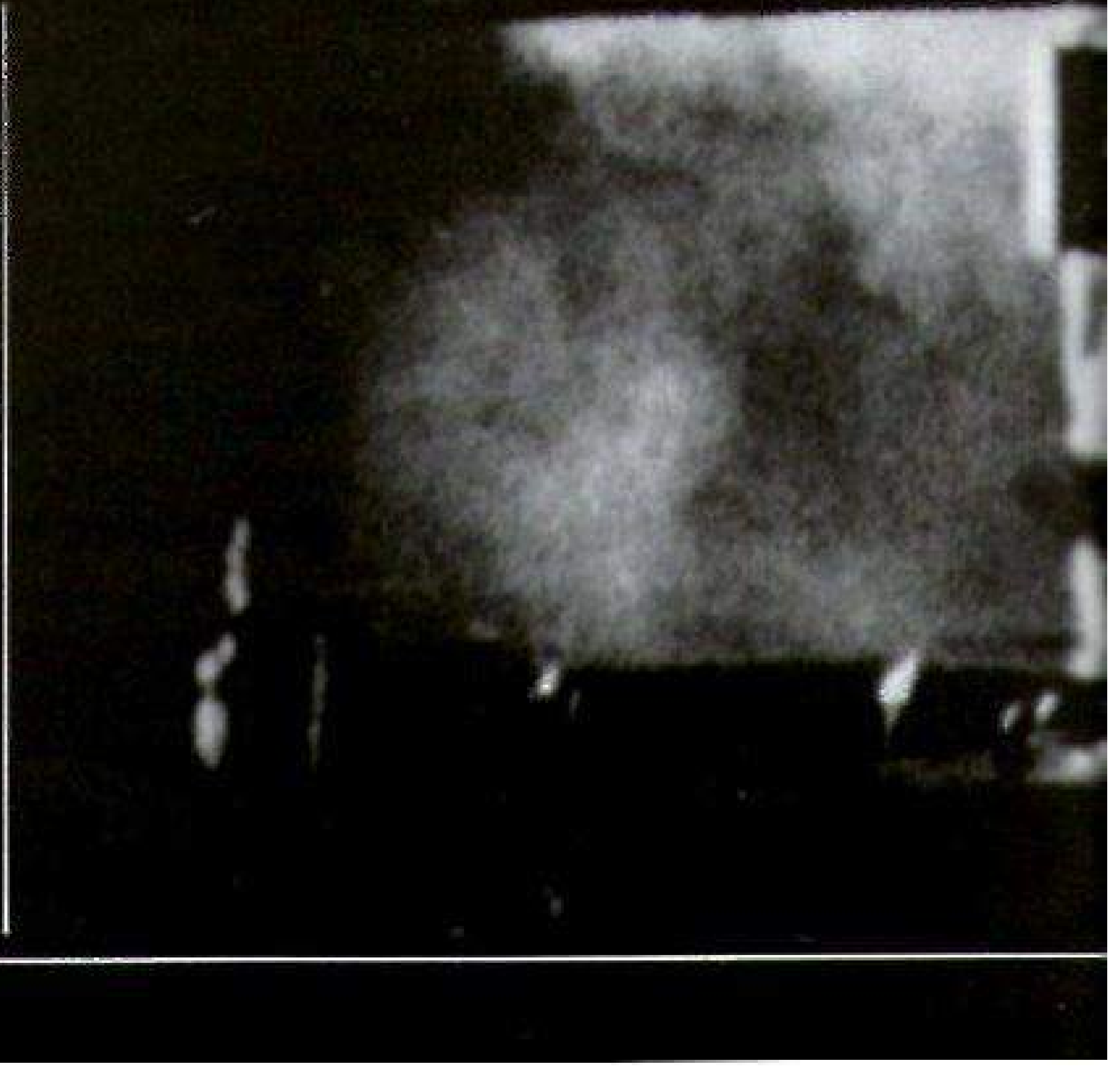
En el próximo capítulo:

Ataque al norte del Círculo Polar Ártico. La línea de Murman. La conquista de Sebastópol. Batalla de año nuevo en Járkov. «Fall Blau»: comienza la ofensiva de verano.

LOS MARAVILLOSOS CAÑONES "OCHO-OCHO"

Horst Günter Tolmein

Durante la guerra franco-alemana de 1870 era frecuente ver maniobrar sobre el Paris sitiado, por encima del cerco alemán en torno a la capital, multitud de globos aerostáticos.
La factoría alemana Krupp se ocupó inmediatamente de proyectar el cañón de 37 mm, provisto de cureña, y lo instaló en la plataforma de un vagón tirado por caballos. El 12-XI-1870 disparaba el primer proyectil uno de los dos *Bak* (cañones antiglobo) ya terminados. El disparo iba dirigido contra uno de los 66 globos franceses que se elevaban desde el interior de la capital cercada. Fue precisamente el *Bak* de 1870 el abuelo del *Flak* 8,8 (88 mm) el temido antiaéreo de la segunda Guerra Mundial.
En la primera Guerra Krupp construyó aún, a partir de 1916, un nuevo *Bak* de 88 mm, también instalado en un vagón. Luego seguiría un nuevo modelo: el antiaéreo *Flak 18*, de 88 mm, que se empleó en la guerra civil española y luego en la segunda Guerra Mundial contra aviones y carros. Transformado fundamentalmente y muy mejorado, el modelo 18 dio paso a los cañones de 88 mm con los números 36 y 37 y, finalmente, a los antiaéreos 41 y 43, que superaron ampliamente a sus predecesores.
Mientras el *Flak* 37 disparaba hasta 9750 m de altura y tenía un alcance horizontal de 14.800 m, el *Flak* 41 conseguía hasta 14.930 m de altura y 19.700 m de alcance horizontal.
Con todo, dos decisiones trascendentales interrumpieron la producción del tipo 41 por largo tiempo:
Una orden de Hitler detuvo la producción hasta entrado el año 1943 porque el *Flak* 41 costaba más horas de trabajo y suponía el empleo de más material que los modelos anteriores. Además de esto, el Ministerio de Defensa ordenó en 1943 que el 75 por ciento de los *Flak* 8,8 fuesen desmontados con el fin de emplear el material en las cureñas de otros cañones. Luego quedaría patente que las cureñas de hierro y hormigón exigían mucho más material que las cureñas de cruz y los chasis móviles. Grandes secciones de las unidades de antiaéreos, sin embargo, habían dejado de ser móviles, mientras que aumentaban los ataques aéreos del enemigo contra ellas. Sin embargo, el *Flak* 8,8 era el cañón más versátil y temido de la segunda Guerra Mundial.
Ya en los comienzos de la guerra se daba por descontado que el campo de aplicación del *Flak* 8,8 –llamado en el frente simplemente Ocho-Ocho– iba más allá que el simple ataque contra los aviones enemigos. Así, el primer cuerpo antiaéreo alemán de la *Luftwaffe* logró destruir durante la campaña de Francia 372 aviones, en vuelo, 252 aviones en tierra, 47 carros, 30 *bunkers* y 1 buque de guerra. Al tiempo destruyó numerosas posiciones, puestos de observación, nidos de ametralladoras, baterías y columnas en marcha. Aparte se logró alcanzar 12 navíos de guerra, 8 transportes y 1 mercante.
En estos datos –como también en los siguientes– se incluyen los impactos logrados por los antiaéreos ligeros de 20 mm y 37 mm. En mayo de 1943 la sección de antiaéreos de la *Luftwaffe* declaró que, desde el principio de la guerra, había eliminado 10.000 aviones, 6000 carros o vehículos acorazados, 23 buques mercantes, con un total de 67.000 toneladas de registro bruto, 50 embarcaciones fluviales o costeras y 36 navíos de guerra, entre ellos tres destructores.
Fueron precisamente los «Ocho-Ocho» los que evitaron una catástrofe militar en África: entre la posición de Ain el-Gazala y Tobruk la red de aprovisionamiento del Afrikakorps se había visto interrumpida el 27 de mayo de 1942. Las unidades acorazadas habían quedado retenidas y superadas por las inglesas, que avanzaban de forma arrolladora. En pleno caos, el teniente general Walther Nehring tuvo una idea salvadora: ordenó al comandante del Regimiento de antiaéreos que destruyera las alambradas con sus «Ocho-Ocho». También el destructor *Zulu* fue hundido por una batería italiana y los «Ocho-Ocho» alemanes. La superioridad del *Flak* 88 mm residía en su construcción adecuada y la aplicación



de los nuevos aparatos de precisión, como el mecanismo de encendido, el de transmisión de órdenes y una plataforma de carga, que facilitaba la operación con tubos de gran altura. Más importante aún era la velocidad con que impulsaba el proyectil, el «V-cero».

En el caso del *Flak* 18, 36 y 37, esta velocidad alcanzaba los 840 m por segundo; el *Flak* 41 enviaba su proyectil por el tubo, de 6,55 m, a una velocidad de 1020 m por segundo; y el *Flak* 43, a 1200 m por segundo.

Como munición se empleaban cartuchos. El pesado proyectil, de 9 kg, se introducía en una vaina que contenía como sustancia propulsora 2,55 kg de nitropenta. Durante la trayectoria, el proyectil giraba 10.000 veces por minuto en torno a su eje longitudinal. El cartucho permitía una mayor capacidad de fuego rápido, hasta el punto que se conseguían de 15 a 20 disparos por minuto; sin embargo, la enorme velocidad de partida proporcionaba al proyectil una trayectoria peculiar, temible, conocida como *rasanz*. Fue precisamente el «Ocho-Ocho» el que elevó este término, «rasancia», a la categoría de palabra muy usada entonces, al extremo de que todavía hoy se emplea en balística, aunque se utiliza equivocadamente, en expresiones como «rasante» y «vuelo rasante».

El *Flak* 8,8, empleado como antiaéreo, produjo en las escuadrillas de bombardeo aliadas graves daños, hasta afectar al 40 por ciento de sus efectivos.

Debemos considerar a este respecto no sólo las condiciones técnicas, en relación con los aparatos para la transmisión de órdenes y el radar, sino también el cumplimiento del deber. En los últimos años de la guerra sacrificaron su vida no sólo soldados, sino también jóvenes artilleros de antiaéreos, mujeres que prestaron voluntariamente sus servicios en estas armas, voluntarios rusos...

Los «Ocho-Ocho», que en principio se empleaban como protección del arma aérea, fueron aplicados muy pronto a la Marina. El submarino del tipo VII-A iba armado con este cañón. El Ejército de Tierra empezó en 1941 a dotar con esta arma y secciones especiales subordinadas por lo general a las divisiones, cuando la *Luftwaffe* no podía cumplir ya el requisito exigido de gran movilidad. Pronto los antiaéreos desempeñaron un papel decisivo en la lucha en tierra, aún más que en la lucha tierra-aire. Esto obligó a una serie de modificaciones del «Ocho-Ocho» para cubrir las exigencias del Ejército. El *Panzer VI*, más conocido como *Tiger I*, montaba un cañón 8,8 L/56.

El *Tiger II* –el «rey de los tigres»– fue dotado con un 8,8 más perfecto, el KwK 42 L/71 largo. La velocidad de partida del proyectil era de unos 1200 m por segundo. La granada era capaz de perforar, a mil metros, una coraza de 167 milímetros en un ángulo de 60 grados.

Se acercaba el momento de producir el «Ocho-Ocho» como cañón contracarros. En 1943 comenzó la producción de esta arma –*Pak*–. La primera de este tipo, el *Pak* 8,8 43 L/71, iba montado sobre una cureña circular. Sin embargo, era un arma fija y demasiado grande, y se perfeccionó con la *Hornisse*, de cureña móvil, que a su vez se mejoró aún más al aparecer la *Nashorn* («rinoceronte») apta para la lucha contra carros y como cañón auxiliar de infantería. Este *Pak* «Ocho-Ocho», con una longitud de tubo de 6,40 m y una velocidad de partida de 1200 metros por segundo, proporcionó gran fama al mejor carro de caza que se entregó a la tropa en 1944: el *Jagdpanther*.

Naturalmente hubo también intentos fallidos de «Ocho-Ocho». Un *Flak* 8,8 se montó en un avión de combate del tipo *He-177* para atacar buques. Pero el retroceso del disparo se llevó parte del aparato. Asimismo fracasó un tipo de 8,8 cm contracarros.

En nuestros días los cañones de 88 mm sólo pueden verse en los museos del ejército o como piezas curiosas en los patios de los cuarteles: los cohetes, los misiles, han desbancado a los maravillosos cañones de entonces. Jamás se ha podido saber cuántos se construyeron. Algunas apreciaciones hablan de 14.000 antiaéreos, sin incluir los *Park* y cañones contracarros. Es una cifra realmente elevada que, por otra parte, los soviéticos superaron con creces. Su producción llegó a cuadruplicar la de los alemanes.

Un «Ocho-Ocho» con su dotación durante una defensa antiaérea.



LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



La matanza de Lidice, llevada a cabo por los nazis como represalia. El terror nazi produjo en Lidice su obra maestra.

Liberator, nombre del bombardero de gran autonomía conocido también como *Consolidated* (después *Convair*) *B-24*. Fue el cuatrimotor que alcanzó mayor número de unidades durante la segunda Guerra Mundial: 18.188. Por su gran alcance los americanos lo emplearon como avión de transporte, de reconocimiento y bombardero de patrulla en la lucha antisubmarina. El *Liberator* se hizo famoso por su participación en el ataque contra los campos petrolíferos rumanos de Ploesti, el 1-VIII-1943, en el que operó en vuelo rasante. En el Extremo Oriente, aviones *B-24* sobrevolaron las islas japonesas en los primeros días del ataque contra el imperio nipón. El modelo más frecuente y perfeccionado fue el *B-24 J*. Características: cuatro motores de 1200 CV; velocidad: 467 km/h a una altura de 7620 m; techo: 8530 m; autonomía: 3380 km, con una carga de 2270 kg de bombas. Diez ametralladoras de 12,7 mm, abatibles. Dotación: 10 hombres.

Libia, antiguas provincias turcas de Cirenaica y Tripolitania, que los italianos conquistaron entre 1911 y 1912 que en 1934 se convirtieron en la colonia de ese nombre. Durante la segunda Guerra Mundial, Libia fue ocupada por tropas británicas y de la Commonwealth, de noviembre de 1942 a enero de 1943. En 1947 Italia se vio obligada a renunciar a su colonia, en virtud del tratado de paz. El país es independiente desde entonces.

Lichtenstein, nombre clave del aparato de medición por radio FuG 202/212, de la *Luftwaffe*. Realizado por Telefunken, este primer aparato de radar portátil fue probado por los aviones alemanes en una operación nocturna en el verano de 1941. Operaba con una longitud de onda de 60 cm y tenía un radio de acción de 200 a 300 m. Logró imponerse tras sus victorias aéreas, en aumento a partir de 1942, a pesar de que sus antenas en forma de cornamenta, situadas en la proa (llamadas «colchones»), aminoraban la velocidad de los aviones destinados a los vuelos de noche. Este aparato, mantenido en estricto secreto, conocido también como «Emil-Emil», cayó intacto en poder de los ingleses, el 9-V-1943. Más adelante fue en parte sustituido por el «Windo» (véase). A partir del otoño de 1943 entró en servicio el Lichtenstein SN 2 (FuG 220) que podía operar en una longitud de onda de 3,30 m. Este aparato cayó también en manos de los ingleses el 13-VII-1944 a raíz de un error de navegación de un aparato alemán.

Lidice, localidad checa en el centro de Bohemia. Lidice fue destruida el 10-VI-42 por un batallón de la policía de seguridad alemana. Como represalia por el atentado en el que murió Reinhard Heydrich, todos los habitantes varones mayores de dieciséis años (173 hombres) fueron fusilados en el pueblo. Las mujeres y los niños, transferidos a los campos de concentración de Ravensbrück y Auschwitz. El pueblo quedó arrasado completamente. Según los nazis, alguno o algunos habitantes del pueblo habían apoyado a los que perpetraron el atentado y poseían una emisora espía ilegal. Pronto se comprobó que los que mataron a Heydrich ni tan siquiera conocían el nombre del pueblo. Lidice se ha convertido, desde entonces, en el símbolo del terror alemán en las regiones ocupadas por los nazis.

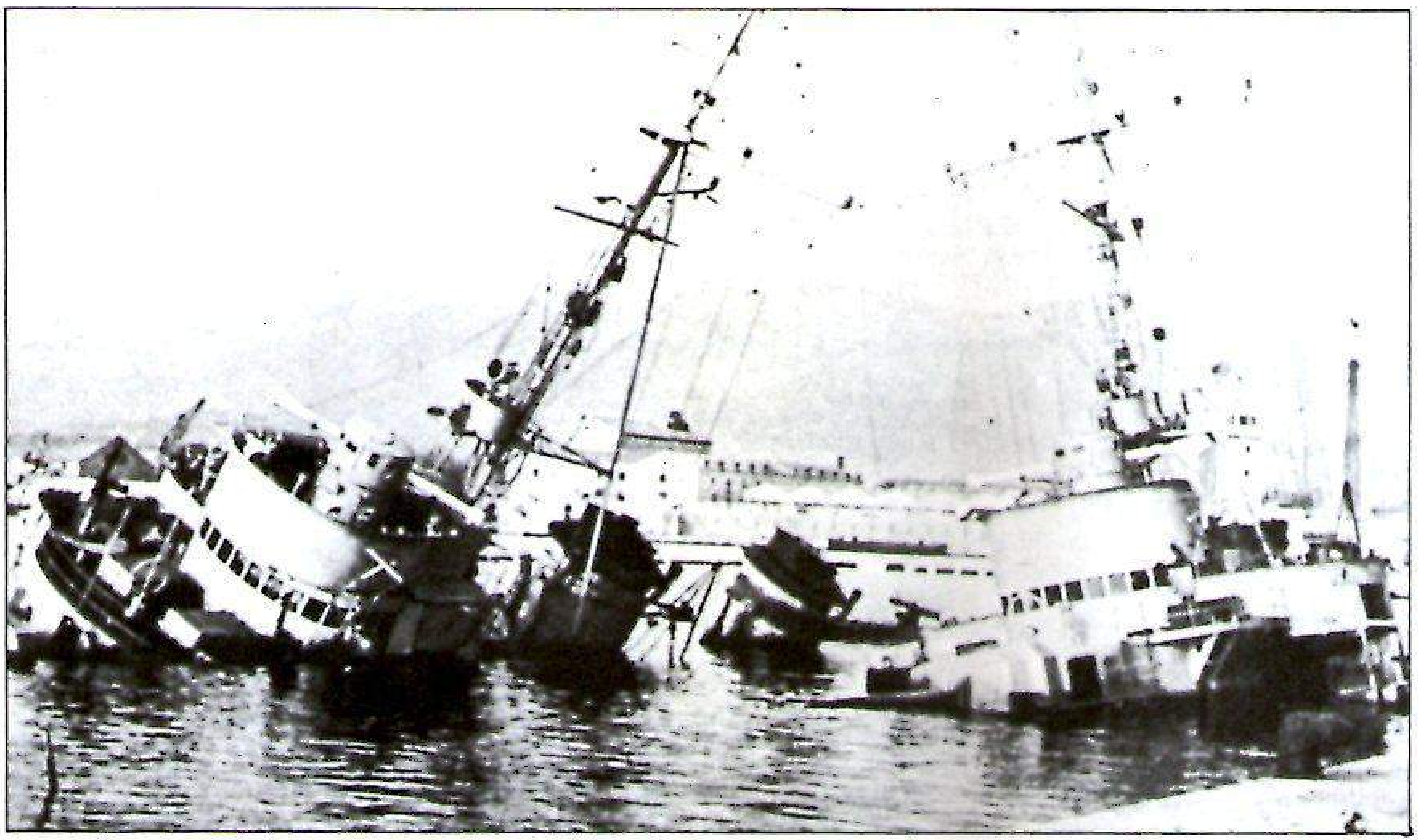
Lightning, uno de los nombres del caza de gran autonomía americano y bombardero *Lockheed* P-38. El prototipo de este bimotor voló por primera vez el 27-I-1939. Desde finales de 1942 se empleó con profusión en el Pacífico y Norte de África. Como bombardero de caza, el



Bombardero cuatrimotor americano del tipo B-24 «Liberator». Podía llevar una carga de 500 kg de bombas.

Lightning era muy temido en la parte alemana por su gran capacidad de fuego: se le llamaba «el diablo del tridente». Su superioridad como caza de grandes alturas disminuía cuando se trataba de combates a menos de 5000 m. Hasta 1945 se construyeron 9923 unidades. Datos de la serie P-38 L: Dos motores de 1425 CV; velocidad máxima: 630 km/h, a una altura de 4600 m; techo: 12.200 m; autonomía normal: 3640 km; armamento: un cañón de 20 mm y 4 ametralladoras de 12,7 mm como armamento fijo. Diez cohetes de 127 mm o carga de bombas hasta 1916 kg, instaladas bajo las alas.

«Lila», nombre de la operación destinada a ocupar Tolón mediante tropas acorazadas alemanas (al mando de Hausser) el 27-XI-1942. Originó el barrenamiento de la flota francesa: se hundieron 61 buques, de ellos 3 acorazados, 1 buque de apoyo, 7 cruceros y 25 destructores. Supuso también la neutralización del resto del Ejército francés que, en virtud del tratado de alto el fuego, se le había permitido aún a la república.



Operación «Lila». La flota francesa, hundida por el propio Mando para evitar que cayese en manos de los alemanes. La medida se aplicó en 1942, cuando la «Wehrmacht» tomó la Francia no ocupada.

Lindemann, Georg, general alemán (3-VIII-42) nacido en Osterburg (Altmark) el 8-VI-1884 y muerto en Freudenstadt el 26-IX-1963. General de División el 1-IV-1936. Teniente general el 1-IV-38. Comandante de la División de infantería 26 en la campaña de occidente, el 1-IX-39. Comandante general del Cuerpo de Ejército L el 1-X-40. General de Caballería el 1-XI-40. Comandante supremo del Ejército 18 del 16-I-42 al 29-III-44. Comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte del 31-III-44 al 4-VII-44. Pasó a la reserva porque Hitler no aceptaba sus valoraciones de la situación. El 27-I-1945, gobernador militar de Dinamarca. Comandante supremo del Ejército Lindemann el 6-V-45. El 4-VI-1945, Lindemann fue detenido y, en 1948, liberado por los daneses.

List, Wilhelm, general *Feldmariscal* alemán (19-VII-40) nacido en Oberkirchberg (Ulm) el 14-V-1880 y muerto en Garmisch-Partenkirchen el 16-VII-1971. El 1-X-30, general de División. El 1-X-32, teniente general. El 1-X-35, general de Infantería. El 1-IV-39, capitán general. El 1-IX-39, comandante supremo del Ejército 14. El 25-X-1939, comandante en jefe del Ejército 12. Del 1-VII-41 al 15-X-41, comandante en jefe del sudeste. Desde el 10-VII-42 mandó el Grupo de Ejércitos A, en Rusia. Desposeído de sus grados el 10-IX-42 cuando se produjeron entre él y Hitler graves conflictos sobre valoraciones de la situación. Detenido en 1945 y condenado a cadena perpetua en Nuremberg, en el proceso llamado «proceso del sudeste». Puesto en libertad el 24-XII-1952.

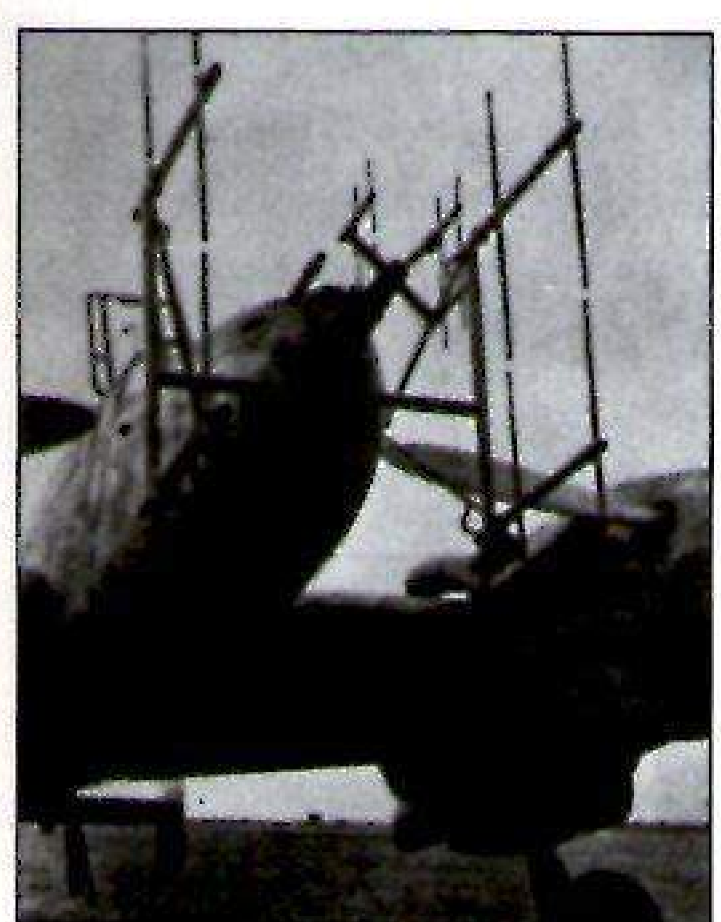
Little Boy, nombre dado a la bomba atómica americana lanzada sobre Hiroshima el 6-VIII-45 por el coronel Paul W. Tibbets, desde el avión Enola Gay (véase), y que produjo la muerte a 92.000 personas y destruyó la ciudad en un 80 por ciento.



«Lockheed P 38 Lightning», el temible «diablo del tridente» americano.

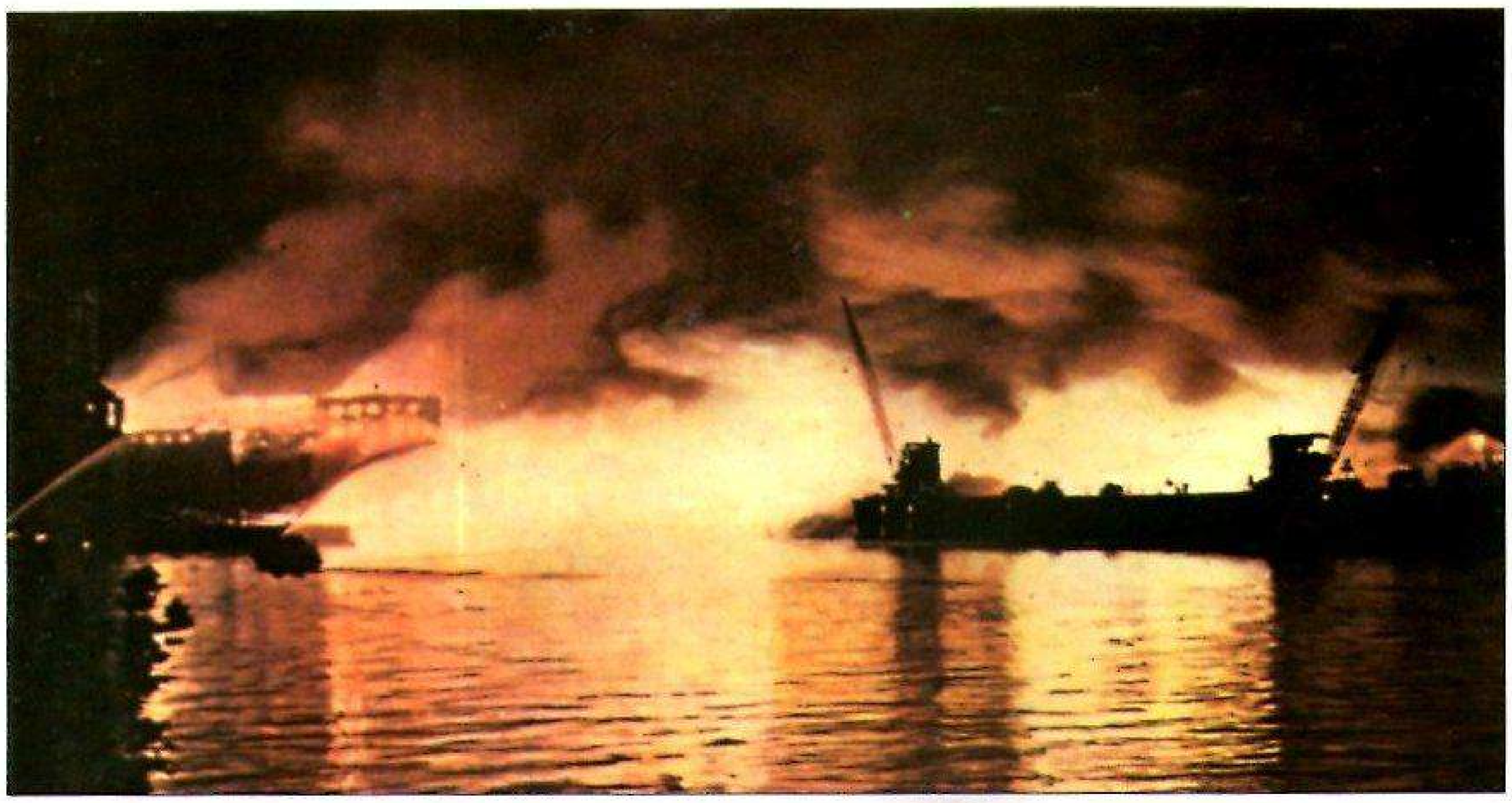
Lituania, véase Bálticos, Estados.

Löhr, Alexander, general alemán (3-V-41) nacido en Turn-Severin el 20-V-1885 y muerto en Yugoslavia, ejecutado, el 16-II-1947. Durante la primera Guerra Mundial, oficial de Infantería del Ejército austriaco. En 1918, comandante de batallón. Creador del arma aérea austriaca y comandante supremo de ella hasta el *Anschluss*, de Austria. Teniente general el 1-II-1938. El 1-IV-38 comandante en jefe de la *Luftwaffe* en Austria. Jefe de la 4.ª *Luftflotte* del 18-III-39 al 23-VI-42. Luego, jefe en el sudeste (Grupo de Ejércitos E), en los Balcanes. Fue condenado tras la guerra, entre otras razones por su participación en el ataque aéreo contra Belgrado el 6-IV-41, a pesar de que, desobedeciendo a Hitler, había evitado destruir toda la ciudad, concentrándose exclusivamente en los objetivos militares.



Lichtenstein SN2 instalado a bordo de un «Me 110».

Lohse, Heinrich, político nacionalista alemán nacido el 2-IX-1896, en Mühlenbarbeck (Schleswig-Holstein) y muerto en el mismo lugar el 25-II-1964. *Gauleiter* de esa región en 1925. Diputado del Parlamento en 1932. «Comisario del Reich para el Este» (Báltico), en otoño de 1941. Su política de pillaje, sin consideración de ningún tipo, a través de las llamadas «compañías del Este» hicieron odiosa la presencia alemana en



El puerto de Londres tras un bombardeo nocturno alemán contra los muelles de las riberas del Támesis.

los paises bálticos. Lohse fue detenido tras la guerra y condenado en Bielefeld, en 1948, a diez años de cárcel.

Londres, capital de Gran Bretaña. En 1940 tenía 8,7 millones de habitantes. Durante la batalla aérea contra Inglaterra, Londres fue objetivo preferente de los bombarderos alemanes. Del 7 al 30-IX-1940 los aviones alemanes arrojaron sobre la ciudad 5361 t de bombas y 7499 artefactos incendiarios. Otros ataques que produjeron graves daños tuvieron lugar en noviembre y diciembre de 1940, en abril/mayo de 1941 y en enero y abril de 1944. Entre el 8-X-44 y el 2-IV-45 se produjeron los ataques con las temibles V. En 500 acciones murieron 2724 personas y 6500 resultaron gravemente heridas.

Lübeck, ciudad hanseática alemana a orillas del Trave. En 1940 contaba 155.000 habitantes. En la noche del 28 al 29-III-42, 234 bombarderos británicos arrojaron sobre ella 304 toneladas de bombas, que produjeron la muerte a 320 personas. Esta acción fue el primer bombardeo en superficie de los que realizó la RAF. Esto determinó el «desquite» por parte alemana, el ataque llamado de Baedeker. Se alegaba que en Lübeck, como después en Rostock, habían sido destruidos monumentos muy valiosos. Hitler hizo entonces atacar las históricas ciudades inglesas de Bath, Canterbury, Exeter y otras.

Lublin, Comité de, organización comunista polaca. El 21-VII-1944 se forma en Jolm el «Comité Polaco para la Liberación Nacional», a partir del «Consejo nacional» creado en Moscú y de la «Liga de patriotas polacos». El comité se estableció en Lublin el 25-VII-1944 y se convirtió el 1-I-1945 en «Gobierno provisional de la República de Polonia». Entró en competencia con el Gobierno polaco en el exilio, en Londres.

Luchs, carro de reconocimiento alemán. Peso: 12 t; 178 CV; velocidad: 60 km/h; autonomía: 250 km; dotación: 4 hombres; armamento: un cañón de 20 mm. Se empleó desde 1943 en los grupos de reconocimiento de las secciones acorazadas.

Ludwigshafen, ciudad industrial alemana situada en la orilla izquierda del Rhin. En 1940 contaba unos 145.000 habitantes. Sufrió reiterados bombardeos, entre ellos los de agosto y septiembre de 1943; septiembre, noviembre y diciembre de 1944; y enero de 1945. El 25 de marzo de 1945, el Cuerpo XX norteamericano, al mando del general de División Walker, ocupó la ciudad. En total quedaron destruidas 23.600 viviendas (55 %).

«Lustre», nombre de la operación de refuerzo llevada a cabo en Grecia por los británicos, en marzo/abril de 1941, para apoyar a las tropas griegas contra los italianos, que atacaban desde Albania. Hasta el 24-IV-41, los ingleses transportaron a Grecia unos 58.000 hombres, que, pocos días después, tuvieron que ser evacuados ante el avance arrollador de los alemanes (véase «Demon»).

Lütjens, Günther, almirante alemán (1-IX-40) nacido el 25-V-1889 en Wiesbaden y muerto en el Atlántico Norte el 27-V-1941. Desde octubre de 1937, jefe de lanchas torpederas. Desde octubre de 1939, comandante de las fuerzas de reconocimiento. Desde julio de 1940, jefe de la flota. En febrero y marzo de 1941, Lütjens operó con el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* en el Atlántico. El 24-V-41 hundió con el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* el crucero británico *Hood.* Tres días después Lütjens pereció en el hundimiento del *Bismarck.*

Lützow, crucero pesado alemán que entró en servicio como acorazado el 1-IV-1933, con el nombre de *Deutschland.* El 15-IX-39 recibió el nuevo nombre de *Lützow,* 11.700 t, 28 nudos; eslora: 187,9 m; manga: 20,6 m; tripulación: hasta 951 hombres. Armamento: seis antiaéreos de 280 mm, ocho de 150 mm, seis de 105 mm; ocho tubos lanzatorpedos. Dañado por torpedos de submarinos británicos el 11-IV-1940, tras una misión en el Skagerrak y en el fiordo de Oslo. El 13-VI-41 fue alcanzado nuevamente por aviones británicos. Los trabajos de reparación duraron hasta enero de 1942. A partir de octubre de 1944 tomó parte en operaciones contra fuerzas soviéticas en Memel, Frauenburg, Gdynia y Danzig. Hundido el 16-IV-1945, al sur de Swinemünde, por una bomba inglesa, y dinamitado el 4-V-1945. En septiembre de 1947 el buque fue rescatado por los soviéticos y trasladado a Leningrado, donde se desguazó durante los años 1948-1949.

Luzón, la mayor isla del archipiélago filipino (105.704 km²). En 1941 tenía 7,3 millones de habitantes. El 8-XII-1941 desembarcaron en ella los japoneses, con el Ejército 14. El 2-I-42 conquistaron la capital, Manila. Los últimos americanos resistieron hasta el 9-IV-42 en la península de Bataan. El 6-V-42 capituló la isla fortificada de Corregidor. La reconquista de la isla por los americanos comenzó el 9-I-1945 con el desembarco del Ejército 6 de los Estados Unidos en el golfo de Lingayen. Del 4-II hasta el 4-III-45 se produjo la conquista de Manila. Una vez terminada la guerra continuaron combatiendo en el interior de la isla de Luzón dos grupos de japoneses: el del general Yamashita, que capituló con sus 50.000 soldados, y el del teniente general Yokoyama, con sus 6300 combatientes, resto de un total de 260.000. El Ejército 7 americano perdió en las operaciones de reconquista de Luzón, del 9-I al 30-VI-45, un total de 8297 hombres, entre muertos y desaparecidos, y sufrió 29.527 heridos.

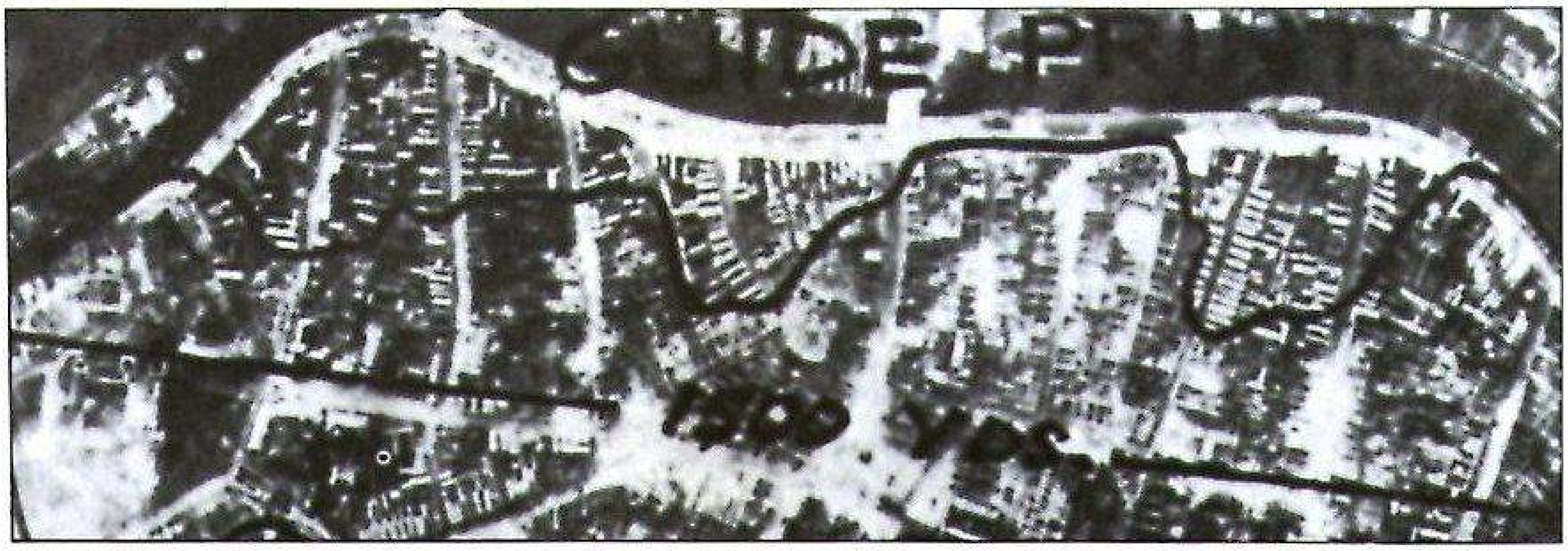


Foto británica de reconocimiento, tomada el 29-III-42. En ella se aprecia el sector bombardeado de Lübeck.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1942

1. 9.: Palabras de Hitler con ocasión de la cuarta convocatoria del Auxilio de Invierno: «De esta confrontación de pueblos, el Reich alemán debe regresar y regresará convertido en un Estado nacionalsocialista en paz.»
1. 9.: Dimite el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Togo, por diferencias con el primer ministro Tojo en relación con el establecimiento de un «Ministerio de la Gran Asia Oriental». Como nuevo titular de AA. EE. se nombra a Tani.
14. 9.: El mariscal Göring ordena que se aumenten las raciones semanales de pan y carne a partir del 19-10-1942.
22. 9.: El general Eisenhower fija la fecha del desembarco aliado en el noroeste de África (Operación «Torch») para el 7-11-1942.
22/23. 9.: El viceprimer ministro rumano, Mihai Antonescu, visita a Hitler en su cuartel general, la «Guarida del lobo».
29. 9.: Discurso de Hitler ante los comandantes del Mando del Oeste. En sus palabras se refirió al desmantelamiento de la «Muralla del Atlántico» (la orden de construcción, databa del 25. 8. 1942).
30. 9.: Hitler inaugura la cuarta edición del Auxilio de Invierno con un discurso en el Palacio de Deportes berlinés. En él manifestó que Stalingrado había sido conquistado y que «nadie conseguiría expulsarnos jamás de esta posición».



Adolf Hitler durante la inauguración de las cuartas jornadas del Auxilio de Invierno, en Berlín.

1. 10.: Se declara territorios del Reich las provincias austríacas de Estiria y Carintia, administradas por funcionarios civiles alemanes desde el 15. 5. 1941.
6. 10.: El «poglavnik» de Croacia, Ante Pavelic, depone a su lugarteniente, mariscal Kvaternik, y asume personalmente la cartera de Defensa.
9. 10.: Se decide en la URSS encomendar el mando absoluto de las tropas a los jefes militares. Se suprime el cargo de comisario del Ejército Rojo.
13. 10.: Se despide a la primera sección de la nueva legión de las SS «Estonia», que parte para el frente.
13. 10.: El ministro de Justicia del Reich, Thierack, comunica en su escrito a Bormann el acuerdo de principios para que la persecución de polacos, rusos, gitanos y judíos pase a la competencia del jefe de las SS del Reich.

3. 9.: Unidades alemanas se aproximan a 8 km del centro de Stalingrado.
8/9. 9.: Ataque aéreo anglo-canadiense contra Francfort del Meno.
9. 9.: Hitler destituye al comandante supremo del Grupo de Ejércitos A, general List, y asume personalmente el mando del mismo.
9. 9.: Crisis de confianza entre Hitler y el general Jodl. Hitler considera oportuno nombrar al general Paulus, en lugar de Jodl, jefe del Estado Mayor de la «Wehrmacht», y al general Kesselring, en sustitución de Keitel, jefe del Mando supremo de la misma.
10/11. 9.: 360 aviones británicos arrojan sobre Düsseldorf 760 t de bombas. El balance fue de 44 muertos, 170 heridos, 4000 personas sin vivienda y 400 incendios importantes.
12. 9.: El «U 156» hunde en el centro del Atlántico el buque británico «Laconia», que llevaba a bordo 1800 prisioneros italianos. Durante las operaciones de salvamento el submarino fue bombardeado. A raíz de esto, el almirante Dönitz establece que, en lo sucesivo, se eviten tales operaciones de salvamento («Orden Laconia»).
19/20. 9.: El Mando de bombarderos de la RAF ataca Munich: 34 muertos y 91 heridos de entre la población civil. Graves daños en instalaciones industriales.
24. 9.: Retirada del jefe del Estado Mayor del Ejército, general Halder. Como sucesor se designa al general Zeitzler.
4. 10.: El general Zukov y el general Vassilievski, del Mando supremo del Ejército soviético, establecen con los comandantes en jefe de los tres Frentes en la zona de Stalingrado los planes de una operación de cerco contra el Ejército 6 alemán.
11/12. 10.: Batalla naval del cabo de Esperance. Cruceros japoneses son atacados por cruceros americanos delante de Guadalcanal.
14. 10.: Hitler considera que sus soldados del frente oriental se encuentran «mejor preparados y dispuestos» con vistas al invierno, y, al tiempo, estima que el Ejército Rojo se halla «debilitado tras los últimos combates». Las tropas alemanas reciben la orden de «mantener a toda costa las líneas ya alcanzadas, punto de partida de una ofensiva alemana prevista para 1943».
18. 10.: En la «Directiva núm. 46», Hitler establece que todos aquellos que operan en acciones de comando «pasen por las armas a los enemigos que caigan en poder de las tropas alemanas, ya se trate de soldados de uniforme o de saboteadores, con o sin armas, ya luchen o huyan, sin perdonar uno solo». («Orden de comandos»).
23. 10., 21, 40 h: Comienza una ofensiva del Ejército 8 británico, al mando de Montgomery, en el frente de El Alamein.
1. 9.-31. 10.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico, Mediterráneo, mar del Norte, ante las costas de Sudáfrica y en el Índico 188 buques mercantes aliados, con un total de 1.058.012 t de registro bruto.

6. 9.: Ante 15.000 espectadores, Walter Neusel se convierte en el nuevo campeón alemán de boxeo en la categoría de los pesos pesados. Adolf Heuser defendía el título, y lo perdió en el noveno asalto.
11. 9.: Como muestra de solidaridad con el «precursor de la lucha por la libertad de la India», Subhas Chandra Bose, se crea en el hotel Atlantik, de Hamburgo, una sociedad germano-india.
13. 9.: En el «campeonato femenino de balonmano de la guerra», en Magdeburgo, vence el Stahl-Union Düsseldorf, tras dos prórrogas, por 5 a 4 al Einsbüttel, de Hamburgo.
20. 9.: En el estadio olímpico berlinés la selección alemana de fútbol pierde, ante 90.000 espectadores, por 2 a 3 frente a Suecia.



Emil Jannings, en el papel de Bismarck, y Werner Hinz, en el de Guillermo II joven, en la película «Die Entlassung», dirigida por Liebeneiner.

6. 10.: Estreno en Berlín de la película «Die Entlassung». Reparto a cargo de Emil Jannings, Werner Kraus, Werner Hinz y otros. Director: Wolfgang Liebeneiner.
11. 10.: El ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, coloca sendas coronas de flores ante las tumbas de Goethe y Shiller, en Weimar, con ocasión de la clausura de la asamblea de poetas alemanes y el congreso de la unión europea de escritores.
18. 10.: La selección alemana de fútbol vence a la suiza, en su encuentro internacional número 27 y ante 35.000 espectadores reunidos en el Wankdorfstadion, de Berna. El resultado fue 5 a 3.
23. 10.: Con motivo del «Día del arte» de 1942, habla en Düsseldorf Alfred Rosenberg, que expresó su esperanza de que «se erradicase el judaísmo de todos los estados europeos».
25. 10.: En la sala berlinesa Ufa-Palast am Zoo, con ocasión del festival cinematográfico juvenil, se proyecta la película de propaganda de las Juventudes Hitlerianas «Hände hoch» («Arriba las manos»).
25. 10.: En su séptimo encuentro internacional de hockey contra Hungría, los alemanes fueron derrotados por primera vez en Budapest por 0-1.

HUMOR EN EL TERCER REICH



Tan mal les va a los soldados británicos en el desierto que no tienen más remedio que alimentarse con las hojas del laurel de la victoria, que ya habían llevado ex profeso de su país. Con estas palabras comentaba el dibujo que reproducimos la revista humorística berlinesa «Lustigen Blätter». En realidad, los ingleses jamás padecieron problemas serios de aprovisionamiento.

ROOSEVELT Y LA GUERRA

Wulf C. Schwarzwäller

Las relaciones germano-americanas hasta la entrada de los EE UU en la contienda



Servicio religioso sobre la cubierta del «Prince of Wales». Durante este encuentro celebrado en agosto de 1941 se redactó la Carta del Atlántico.

Durante el verano de 1954, nueve años después de concluida la guerra, llegó a Berlín el historiador norteamericano Paul Seabury, con objeto de recopilar material para un libro sobre la política exterior alemana. Una tarde salió a dar un paseo, atravesó la Puerta de Brandenburgo y siguió hacia el este por la calle Unter den Linden. Cuando llevaba recorridos 100 metros torció hacia el sur, por la Wilhelmstrasse. He aquí su impresión: «La Wilhelmstrasse, un día centro del tráfico y la actividad de los diplomáticos, no es más que un camino paralelo a la frontera del sector; el polvo se mete en los ojos y hace saltar las lágrimas del curioso transeúnte.»
Seabury no consiguió dar con el lugar exacto en el que antaño se encontraba el centro de la diplomacia internacional: el n.º 76 de la Wilhelmstrasse. Allí se desarrolló cierto día de diciembre de 1941 un pequeño acto diplomático por el que la guerra que había empezado dos años antes como un conflicto armado entre dos Estados de Centroeuropa se convertía definitivamente en «mundial». El jueves 11 de diciembre de 1941, a las 14,30, el encargado americano de Negocios en la capital del Reich, Leland Morris, cruzaba la puerta del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores. Fue conducido inmediatamente al despacho del ministro, donde le esperaba Ribbentrop acompañado por el intérprete, Dr. Paul Schmidt. El intercambio de saludos fue agrio, casi descortés. Al diplomático americano no se le tendió la mano, ni se le ofreció asiento. De pie, Ribbentrop dio lectura a un documento cuyas últimas líneas decían: «El Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica ha pasado de sus iniciales violaciones de la neutralidad a una conducta de guerra abierta contra Alemania. Ante la situación creada por el presidente Roosevelt, Alemania se considera a partir de hoy en estado de guerra contra los Estados Unidos de Norteamérica.»
Con gesto frío, Ribbentrop entregó al diplomático americano el documento, dándole a entender con una formal inclinación de cabeza que la audiencia había terminado. Fuera esperaba ya a míster Morris el jefe del protocolo, barón von Dörnberg, que entregó al americano sus documentos de viaje. Al contrario que su jefe, el barón despidió a Morris con unas palabras de sentimiento y un apretón de manos. Morris se dirigió a la embajada suiza para transferir la salvaguarda de los intereses americanos, y luego se fue a preparar sus maletas. El fuego que los hombres de las SS prendieron el 1 de septiembre de 1939 en la emisora de Gleiwitz, ocultos bajo los uniformes polacos, acababa de extenderse a todo el globo.
Medio año antes, Inglaterra era todavía el único enemigo de Hitler. Durante el verano el *Führer* había acometido la aventura de una guerra de dos frentes, que él mismo había calificado de mortal y suicida en su libro «Mein Kampf». Ahora, al concluir el año 1941, se encontraba frente a la alianza de las tres grandes potencias industriales del mundo, sin contar las colonias del Imperio británico. La entrada de Norteamérica en la guerra no sólo selló el destino del III Reich, sino que cambió el panorama político del mundo de una manera tan radical como ninguna guerra anterior lo había hecho.
¿Cómo se pudo llegar a esa dramática jornada de diciembre de 1941? Desde la «noche de los cristales» —el *pogrom* judío— de noviembre de 1938, las relaciones diplomáticas entre Washington y Berlín se había ido enfriando y entraron finalmente en un punto muerto. El 13 de noviembre, el Departamento de Estado había llamado a su embajador en Berlín, Hugh Robert-Wilson. Ribbentrop reaccionó a su vez llamando al embajador alemán, Hans Heinrich Dieckhoff. Las relaciones diplomáticas se encontraban desde entonces en manos de los respectivos «encargados de Negocios». Su campo de acción era tan limitado que no pasaban de ser meros portadores de correspondencia. De ahí que, tras el ataque alemán a Polonia, sonara para estas relaciones la hora de los diplomáticos aficionados. En septiembre de 1939 Hitler consiguió la victoria sobre Polonia. No tenía interés, de momento, en continuar la guerra. Los esfuerzos oficiosos por mantener la paz habían fracasado. Ni en Londres ni en París se estaba dispuesto a admitir «el quinto reparto de Polonia». El otro componente del Eje, Mussolini, no era un mediador aceptable. Su prestigio había salido malparado, tanto en Whitehall como en el Quai d'Orsay, al no conseguir disuadir a Hitler de su ataque contra Polonia. El mediador potencial en quien Hitler podía confiar era Franklin D. Roosevelt. En opinión del *Führer*, el presidente americano no podía tener ningún interés en que se propagara una guerra que él conscientemente había limitado a la Europa central. Por tanto podría influir en Inglaterra y Francia para que aceptasen los ofrecimientos de paz de Hitler.

Göring y la política exterior

Hitler confió a su sucesor, mariscal Göring, la delicada misión de encontrar el intermediario adecuado. Göring era mucho más popular en el extranjero que Ribbentrop. Además, odiaba a Ribbentrop, al que consideraba, no sin razón, un diletante presuntuoso. Göring se valió de un viejo amigo de toda su confianza: el Dr. Joachim Hertslet, que representaba en México a industrias y bancos alemanes. Y Hertslet se preocupó de presentar en seguida al hombre adecuado para tal misión: un amigo tejano, William Rhode Davis, millonario y petrolero de Houston. Gracias a Hertslet, Davis mantenía relaciones comerciales muy lucrativas con la Marina y la Aviación del Reich y hasta había realizado ya alguna misión delicada para Alfred Rosenberg, el «ministro» de Asuntos Exteriores del partido nacionalsocialista. Davis, además, estaba interesado en una pronta solución del conflicto: la guerra en Europa y el bloqueo británico impedían su negocio petrolero con Alemania y le habían causado ya pérdidas muy importantes. Pero lo que verdaderamente le calificaba para la empresa era el hecho de que en 1936 había respaldado con 300.000 dolares la campaña electoral de Roosevelt; a eso había que añadir su amistad con John L. Lewis, jefe de los sindicatos. El propio Lewis había apoyado la campaña de Roosevelt con un millón de dólares sacados de las arcas sindicales.
El 15 de septiembre, Davis se presentó en Washington y arrancó a Roosevelt, tras conferenciar con él en la Casa Blanca, la autorización para realizar un «viaje de sondeo» a Berlín.
En su primera entrevista del 1 de octubre, Davis comunicó a Göring que, en el caso de una paz inmediata, Roosevelt estaría dispuesto a reconocer a los alemanes la posesión de Danzig, el pasillo y las provincias de la Prusia Oriental separadas por el Tratado de Versalles. La cuestión de las colonias alemanas podría ser resuelta por medio de un compromiso. Göring, después de conferenciar con Hitler, recibió por segunda vez a Davis el 3 de octubre. Durante este encuentro hizo una sorprendente proposición al americano: en caso de llegar a un acuerdo de paz, Alemania estaría dispuesta a reconocer una Polonia independiente bajo el gobierno del príncipe Radziwill, e incluso a permitir una Checoslovaquia autónoma. Alemania se avendría a tomar parte en una conferencia mundial de la paz con una delegación que presidiría Göring.

¿Cambios en la cumbre berlinesa?

Este era el cálculo de Hitler: si Roosevelt aceptaba el plan y convocaba una conferencia mundial de paz en Washington, Inglaterra no podría ignorar ese gesto y tendría que terminar reconociendo a Alemania como vencedora de Polonia.
Pero el cálculo falló. A su regreso a Washington, Davis no fue ni siquiera recibido por Roosevelt, y tuvo que



Ni siquiera la visita a Berlín del ministro de Asuntos Exteriores nipón condujo a una estrategia común germano-japonesa. En la foto, de derecha a izquierda: el embajador Oshima, Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka y el consejero doctor Schmidt.

contentarse con entregar su informe a un funcionario del Departamento de Estado.

Si bien algo decepcionado al no recibir noticias de Washington, Göring no se dio por vencido. A través de un mediador en Suiza dio a entender al Gobierno norteamericano que desde el comienzo de la guerra él se encontraba en abierta oposición respecto a Hitler y Ribbentrop. Sugería la posibilidad de que se llevara a cabo un cambio en el poder alemán, en virtud del cual él mismo se encargaría de formar el nuevo Gobierno; Hitler pasaría al puesto honorífico de presidente del Reich, Ribbentrop y Goebbels abandonarían el escenario político y Alemania cesaría en su actividad antijudía. Washington continuó guardando silencio. Roosevelt tenía la posibilidad de mediar, pero no estaba dispuesto a ello. ¿Por qué? Temía que el reconocimiento de una Alemania victoriosa pudiera convertir a ésta en el centro de la economía europea, con grave perjuicio para los americanos que se verían expulsados de tan importante mercado. Por el contrario, una mediación americana de paz que limitara las reivindicaciones alemanas en Europa central redoblaría el prestigio de los EE UU. Por motivos tácticos, estaba dispuesto a permitir los sondeos que deseaban algunos poderosos industriales como el presidente de la General Motors, James D. Mooney. Pero su estrategia política se hallaba decidida desde el otoño de 1939: convertir a los EE UU en una potencia mundial por medio de una colaboración con Francia e Inglaterra y un enfrentamiento con Alemania. Cuando el embajador americano en Londres, Joseph Kennedy, intentó ganarse al presidente para que hiciera de mediador en un acuerdo de paz, advirtiéndole de las consecuencias catastróficas que podía tener la extensión del conflicto al Occidente de Europa, tanto en el terreno social como en el económico, Roosevelt le respondió: «No veo posibilidad ni oportunidad para un tratado de paz mientras continúe en Europa la situación actual.» Al mismo tiempo conminó a Kennedy para que mantuviera en secreto información tan confidencial. Roosevelt sabía de sobra que de ser conocido su desinterés por lograr la paz en Europa disminuirían considerablemente sus posibilidades ante los votantes norteamericanos en las elecciones de 1940.

Dos motivos aconsejaron a Roosevelt enviar a Europa al subsecretario de Estado, Sumner Welles, en la primavera de 1940 para realizar sondeos: por una parte, quería poner de manifiesto su interés por la paz y, por otra, deseaba saber si Mussolini estaría dispuesto bajo ciertas condiciones a abandonar a su socio del Eje y a pasarse al campo aliado. Ya durante la primera entrevista con Mussolini se vio claro que la respuesta era negativa. Únicamente en el ministro de Asuntos Exteriores, Ciano, que consideraba a los alemanes en general y a Ribbentrop en particular como «tontos, falsos y pérfidos germanos», encontró Welles un cierto eco.

Mientras tanto, Hitler había realizado todos los preparativos para llevar a cabo un ataque en el oeste. Cuando Welles llegó a Berlín el 2 de marzo de 1940, Hitler acababa de firmar la orden para que un mes más tarde fueran ocupadas Noruega y Dinamarca. Hitler ya no estaba interesado en un tratado de paz. Durante su entrevista con Welles le dijo francamente que no veía otra solución al conflicto con Inglaterra y Francia que proseguir las hostilidades hasta la derrota de ambos países.

Roosevelt se alegró del resultado de la misión de Welles. Un alto diplomático había podido darse cuenta sobre el propio terreno de que Hitler y sus compañeros no tenían ningún interés en mantener conversaciones de paz. Desde el comienzo de la guerra el presidente norteamericano no había dejado lugar a dudas sobre sus simpatías y preferencias. Aunque declaró la neutralidad de los EE UU el 5 de septiembre de 1939, retrasó la publicación del correspondiente decreto durante muchos días, dando ocasión a que pudiera embarcar mientras tanto gran cantidad de material bélico con destino a Inglaterra. El 28 de septiembre, Roosevelt remitió al Congreso una proposición de enmienda al decreto de neutralidad: el embargo total debía ser modificado por la cláusula llamada «Cash and carry». Esta cláusula autorizaba a los países en guerra a comprar material bélico en los EE UU, siempre que lo pagaran al contado y lo transportaran con sus propios barcos. La «Cash and carry» favorecía a Inglaterra de manera decidida, porque ese país dominaba el Atlántico con sus barcos y poseía además las divisas necesarias. Después de un debate acalorado entre los partidarios del presidente y los aislacionistas, el 3 de noviembre se aprobó la enmienda. La neutralidad americana era desde entonces pura fórmula.

Al atacar las tropas alemanas, el 10 de mayo de 1940, las neutrales Holanda y Bélgica, Roosevelt se dio cuenta por primera vez del peligro que podía correr el continente americano si Hitler

llegaba a conseguir el dominio sobre Europa. En un mensaje al Congreso sobre la defensa del territorio americano, Roosevelt contemplaba la posibilidad de una invasión enemiga. El Congreso autorizó que se dedicaran a armamento 1500 millones de dólares.
Al mismo tiempo Roosevelt se esforzó en conseguir que Mussolini se separara de su aliado y abandonara el Eje. Advirtió al *Duce* que una extensión del conflicto al Mediterráneo terminaría por afectar los intereses norteamericanos. Mussolini le respondió que no entendía qué intereses podían tener los americanos en el Mediterráneo; tampoco Italia tenía intereses en el golfo de México. Mussolini había decidido por entonces entrar en la guerra para beneficiarse del reparto del botín francés, tan pronto como quedó claro que Francia no podía escapar a la derrota.
Cuando el derrumbamiento de Francia era ya sólo cosa de días, el presidente Reynaud pidió desesperadamente auxilio a Roosevelt. Mas el presidente americano debía seguir teniendo muy en cuenta la opinión pública de su país y respondió con vagas promesas, alentando a Francia a «ofrecer una resistencia heroica». Por mediación del embajador Kennedy hizo saber a Churchill que el Gobierno de los EE UU haría cuanto estuviera en su poder para que los Aliados pudieran contar con el material de guerra necesario. El ruego de Churchill de dar a conocer el documento para fortalecer la voluntad de resistencia del pueblo francés no encontró en Roosevelt la respuesta deseada. Se acercaba la campaña electoral, y Roosevelt no podía esperar ganarse la confianza del elector americano si confesaba que Norteamérica se encontraba a las puertas de la guerra.
Con la derrota de Francia y los preparativos para la invasión de Inglaterra la posición de Roosevelt se volvió crítica. Se dio cuenta del peligro que correría América si Hitler, tras la derrota de Gran Bretaña, se adueñaba de la flota inglesa. Desde hacía semanas Churchill presionaba sobre Roosevelt para que entregara a Inglaterra 50 destructores procedentes del arsenal de la primera Guerra Mundial. Estos barcos serían la mejor defensa contra la invasión que se preparaba.

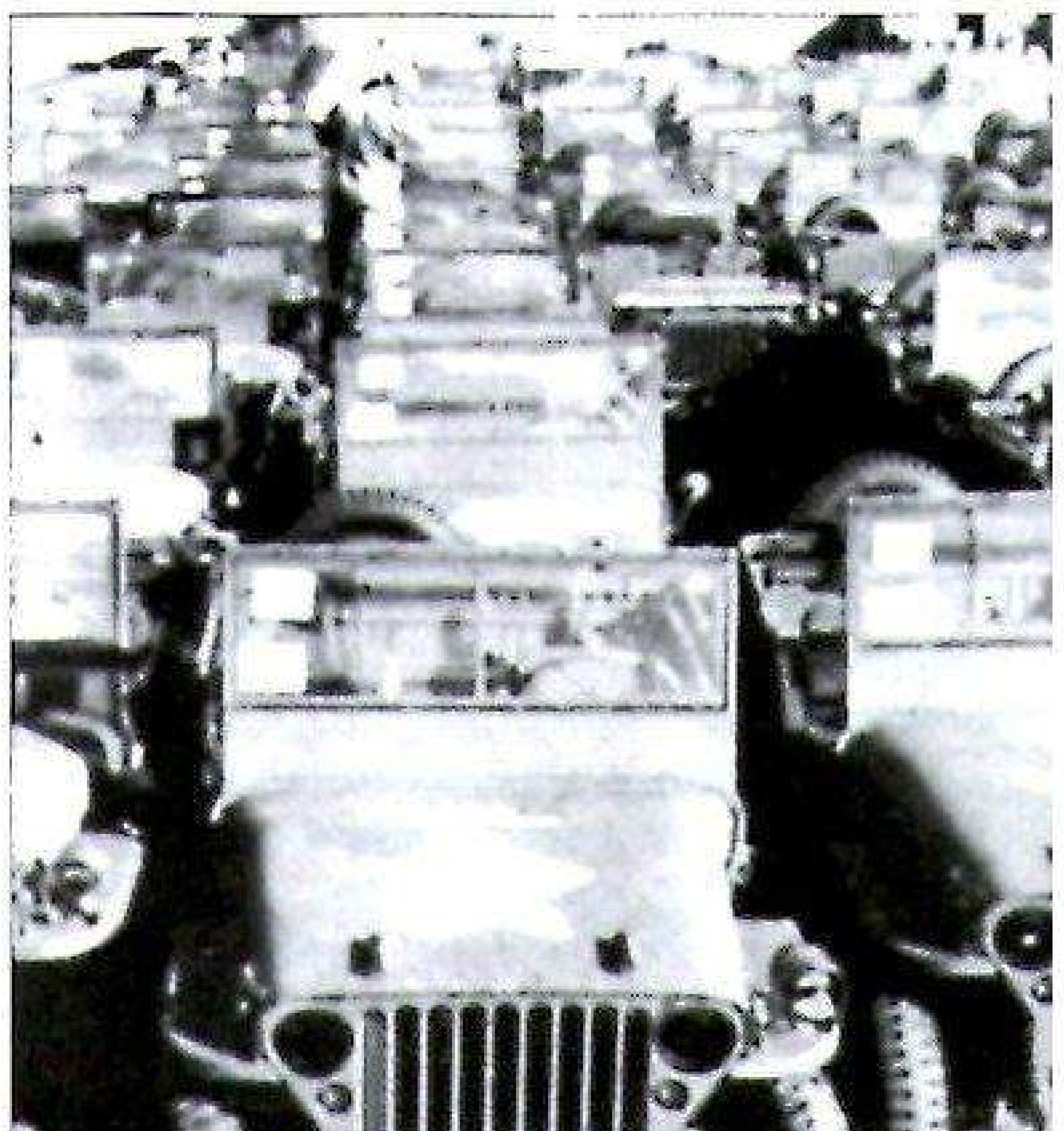
«El dictador Roosevelt»

El 2 de septiembre de 1940 quedó sellado el negocio: «A cambio de armamento y material para el Ejército y la Marina de Su Majestad, Inglaterra concederá durante 99 años la utilización de bases militares para la Aviación y Marina de los EE UU en la península de Avalon, Terranova, Bermudas, Bahamas, Jamaica, Santa Lucía, Trinidad y Guayana británica». Churchill se comprometía también a no hundir ni entregar la flota británica a los alemanes, y a no mantener conversaciones de paz con Alemania sin consulta previa con los EE UU. Al día siguiente el aislacionista «St. Louis Dispatch» titulaba su información: «El dictador Roosevelt negocia la guerra.»
Desde el punto vista del derecho internacional la entrega de los destructores significaba una grave violación de la neutralidad americana que justificaba por sí sola una declaración alemana de guerra. Pero Hitler no se atrevió. No había conseguido el dominio necesario del cielo para llevar a cabo la invasión de Inglaterra y había tenido que aplazar la Operación «León Marino». En su lugar habían comenzado los preparativos de la Operación «Barbarroja», es decir los planes para la invasión de la Unión Soviética. Hitler no tenía el menor interés en verse envuelto en una guerra con los EE UU. Por el contrario, el *Führer* evitaba cuidadosamente cualquier provocación de los EE UU en el Atlántico. No deseaba ningún incidente que pudiera motivar la entrada de Norteamérica en la guerra.
Después de su victoria electoral de 1940, Roosevelt pudo abandonar una serie de escrúpulos tácticos. La primitiva neutralidad americana se fue convirtiendo poco a poco en una «no beligerancia» armada en beneficio de Inglaterra. A principios de 1941, la prohibición de vender material a crédito a los países beligerantes se sustituyó por la «Ley de préstamos y arriendos». Esta ley permitía a los EE UU entregar a Inglaterra grandes cantidades de material bélico en calidad de «préstamo».
En el Atlántico la Marina norteamericana empezó a apoyar activamente a la británica. Destructores americanos seguían a los mercantes alemanes y comunicaban su posición a los ingleses. Buques de la Flota USA y baterías costeras protegían con su fuego a los mercantes británicos. Destructores y torpederos de los EE UU atacaban a los submarinos alemanes con cargas de profundidad. Cuando el plenipotenciario danés en Washington, Henrik Kauffmann, fue llamado a Copenhague por el Ministerio de Asuntos Exteriores en poder de los alemanes, el diplomático pidió asilo político y siguió siendo considerado por el Departamento de Estado como el representante de Dinamarca. Kauffman firmó con el secretario de Estado para AA. y EE., Hull, un tratado en virtud del cual los EE UU quedaban autorizados para ocupar Groenlandia con fines militares.
Los alemanes se abstuvieron de protestar contra todos estos actos. En mayo de 1941 Hitler dio a conocer sus instrucciones sobre la guerra naval:



Unas 20.000 personas aplauden llenas de júbilo a Charles A. Lindbergh, en el Madison Square Garden de Nueva York, durante un discurso contra la política del presidente Roosevelt. Lindbergh, que en 1927 fue el primer aviador que cruzó el Atlántico, era uno de los más destacados aislacionistas de Norteamérica.

Los «jeeps» esperan su embarco con destino a Europa. La ley de «Préstamos y Arriendos» puesta en vigor en marzo de 1941 permitió a los Aliados adquirir material bélico en Estados Unidos sin la menor limitación.



- No atacar a ningún buque de guerra o mercante norteamericano.
- No apresar ningún mercante de ese pabellón.
- No abrir fuego contra los barcos de los EE UU aun en el caso de que éstos violen claramente la neutralidad.
- Hacer uso de las armas únicamente cuando los americanos disparen primero.

Hitler comprendía que debido a estas instrucciones los jefes de la Marina y los oficiales destinados en el Atlántico se sintieran un tanto defraudados. Tras los primeros enfrentamientos entre unidades navales norteamericanas y alemanas, el gran almirante Raeder pidió que se dictaran las medidas oportunas. Hitler se opuso. «No deseo en ningún caso que se produzcan incidentes que puedan justificar la entrada de América en la guerra.» Goebbels, por su parte, indicó a la prensa que eludiera los ataques contra EE UU.

Después de la invasión de la Unión Soviética, Hitler extremó aún más sus cuidados respecto a América. El 9 de julio de 1941 prohibió a la Marina alemana cualquier reacción a la toma de Islandia por los americanos.

El objetivo de Hitler era mantener a los EE UU alejados de la guerra, al menos mientras durase la campaña rusa. Debido a ello ignoró el encuentro Roosevelt-Churchill a bordo de un buque de guerra, en agosto de 1941, ante la costa de Canadá; encuentro en el que se redactó la Carta del Atlántico. En ella aparece el pensamiento preferido de Roosevelt: «la cruzada contra las dictaduras» y los principios para la paz y el nuevo orden futuro que no serían aplicables a Alemania. De hecho anticipaba la ominosa exigencia de la «capitulación sin condiciones». Una innovación en la historia de los conflictos armados. Hasta el momento sólo en una ocasión se había producido una exigencia de este tipo: en la guerra de Secesión americana, que no constituyó un conflicto internacional.

Japón libra a la Unión Soviética

Incluso cuando Roosevelt hizo público que había dado orden a la Marina norteamericana de abrir fuego en cuanto divisara un buque alemán, Hitler siguió negándose a permitir que los navíos germanos pudieran actuar en igual forma.

Al servicio de esta misma estrategia, Hitler mantenía conversaciones con el Japón. En opinión del *Führer* los japoneses no debían atraer a los EE UU a la guerra, sino al contrario, evitar que entraran en ella. Al propio tiempo quería convencer a los nipones para que tomaran parte en la lucha contra Inglaterra. La anexión de Singapur y la amenaza sobre la India por las tropas japonesas traería como consecuencia el envío de apreciables contingentes británicos a Asia y distraería la atención norteamericana del Atlántico, centrándola en el Pacífico. Hitler no creía que los EE UU fueran capaces de declarar la guerra al Japón, dada la preponderancia de los japoneses en el Pacífico. Inmediatamente después de comenzar la invasión de la Unión Soviética, Hitler inició sus presiones para que Japón ocupara Vladivostok y marchara sobre Siberia. El *Führer* confiaba que tras una victoria relámpago germano-nipona sobre la Unión Soviética, Norteamérica no sentiría la menor tentación de alinearse con la debilitada Inglaterra contra las grandes potencias de Europa y Asia.

Y aquí es donde verdaderamente Hitler se equivocó. Japón no estaba dispuesto a sacarle las castañas del fuego y a poner Manchuria en peligro, teniendo por añadidura toda la flota americana del Pacífico a sus espaldas. Los japoneses preferían tostarse sus propias castañas.

Yosuke Matsuoka, favorable a la ocupación de Singapur y Vladivostok, fue quedando cada vez más aislado dentro del Gobierno del príncipe Konoye. El 16 de julio de 1941 fue relevado del Ministerio de Asuntos Exteriores por el almirante Tejiro Toyoda. Ya en febrero, Konoye había enviado al diplomático filoamericano Kichisaburo Nomura como embajador a Washington. Nomura había sido amigo de Roosevelt durante sus años de estudiante en la universidad de Harvard, y fue recibido por éste con grandes muestras de simpatía. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores era, a su vez, un gran amigo de Nomura y estaba de acuerdo en buscar una base de relación amistosa con los EE UU. Toyoda y Nomura confiaban en conseguir que Norteamérica apoyara los intereses japoneses en Machuria y en China, que suspendiera la ayuda a Chiang Kaishek, que levantara el embargo comercial y permitiera al Japón la compra de importantes materias primas.

Hitler seguía estas relaciones con inquietud. Quería que los EE UU siguieran considerándose neutrales, pero un entendimiento Washington-Tokio no le agradaba en absoluto. Hitler temía que tras el entendimiento con Japón, Norteamérica considerara sus espaldas cubiertas y se decidiera a declarar la guerra a Alemania. De ahí que a partir de ese momento se hiciera todo lo posible desde Berlín para entorpecer la relación entre americanos y japoneses. El embajador germano en Tokio, general Otto, se presentó repetidas veces en el Ministerio de Asuntos Exteriores nipón para protestar contra las conversaciones que Nomura mantenía en Washington con el ministro Hull.

Lo que no sabían ni en Berlín ni en Tokio es que Washington estaba al corriente de las presiones alemanas sobre los japoneses: desde hacía un año los americanos conocían toda la correspondencia diplomática de los japoneses. A finales del verano de 1940, el coronel William F. Friedman, del servicio americano de información, había conseguido apoderarse de la clave secreta en que se cifraban los escritos japoneses.

Roosevelt y Hull no sólo conocían los despachos que se cruzaban entre Tokio y el embajador en Washington sino también los que mandaban los japoneses a Berlín. Quizás esto desempeñara un papel importante en la decisión de Roosevelt de no entrevistarse con Konoye. De todos modos el motivo principal fue muy otro: de la misma manera que se había negado a mediar para conseguir un tratado de paz con Alemania, con objeto de impedir una posición hegemónica de ésta en Europa, Roosevelt debía oponerse ahora a un entendimiento con los nipones que concedería al Japón la preponderancia en el Este asiático.

Contra el consejo del embajador americano en Tokio, Joseph C. Grew, y de su colega británico, sir Robert Craigie, que consideraban que el Gobierno Konoye-Toyoda brindaba a Washington la mejor oportunidad de separar a Japón del Eje e incluso de pasarse al campo angloamericano, Roosevelt y Hull condujeron las negociaciones a un punto muerto, minando la posición de las fuerzas japonesas pro-americanas y poniéndolas a merced de los partidarios de la guerra.

El 16 de octubre la posición de Konoye se hizo insostenible y dimitió con todo su gabinete. El emperador Hiro Hito designó al general Hideko Tojo como nuevo jefe del Gobierno.

Hitler y Ribbentrop se encontraron pronto atrapados en las redes de su propia estrategia diplomática: Ribbentrop admitió sin resistencia la interpretación del embajador Oshima de que la caída del gabinete Konoye era algo muy positivo. El general Tojo no tardaría en darse cuenta de la pérdida de tiempo que suponían las conversaciones con los americanos. Oshima se callaba, sin embargo, algo muy importante: Tojo estaba dispuesto a declarar la guerra a los EE UU si estos seguían negándose a permitir el cumplimiento de los deseos japoneses en Asia oriental. Esto no coincidía con las intenciones alemanas, ni mucho menos. Para Alemania la entrada en la guerra del Japón sólo sería útil si se decidía a ocupar Singapur y a marchar sobre Siberia. El fracaso de las conversacio-

nes Nomura-Hull, que tanta satisfacción causó a Hitler, se convirtió al fin en una trampa: Japón no atacó a Rusia y atrajo a la guerra a los EE UU.
El 19 de noviembre, el Servicio Secreto americano interceptó un telegrama japonés y se enteró de que Tokio estaba decidido a declarar la guerra a los EE UU. Lo único que quedaba por descubrir era el momento.
Los japoneses se dedicaron mientras tanto a mezclar en su juego a los alemanes, que desconocían sus verdaderos objetivos. El 18 de noviembre invitaron a Ribbentrop a firmar un tratado por el cual ambos paises se comprometian a no suscribir la paz por separado con enemigos comunes. Pensando ingenuamente que al fin Japón se decidia a entrar en guerra con la Unión Soviética, Ribbentrop se declaró «en principio de acuerdo». La ilusión de Ribbentrop sufrió un rudo golpe cuando le telegrafió el embajador Otto, el 23 de noviembre, comunicándole que los japoneses se dirigian hacia el sur. Ribbentrop creyó entonces que se preparaban para atacar a Inglaterra. Unos dias después supo que el objetivo nipón eran los americanos.

El «Führer» está firmemente decidido

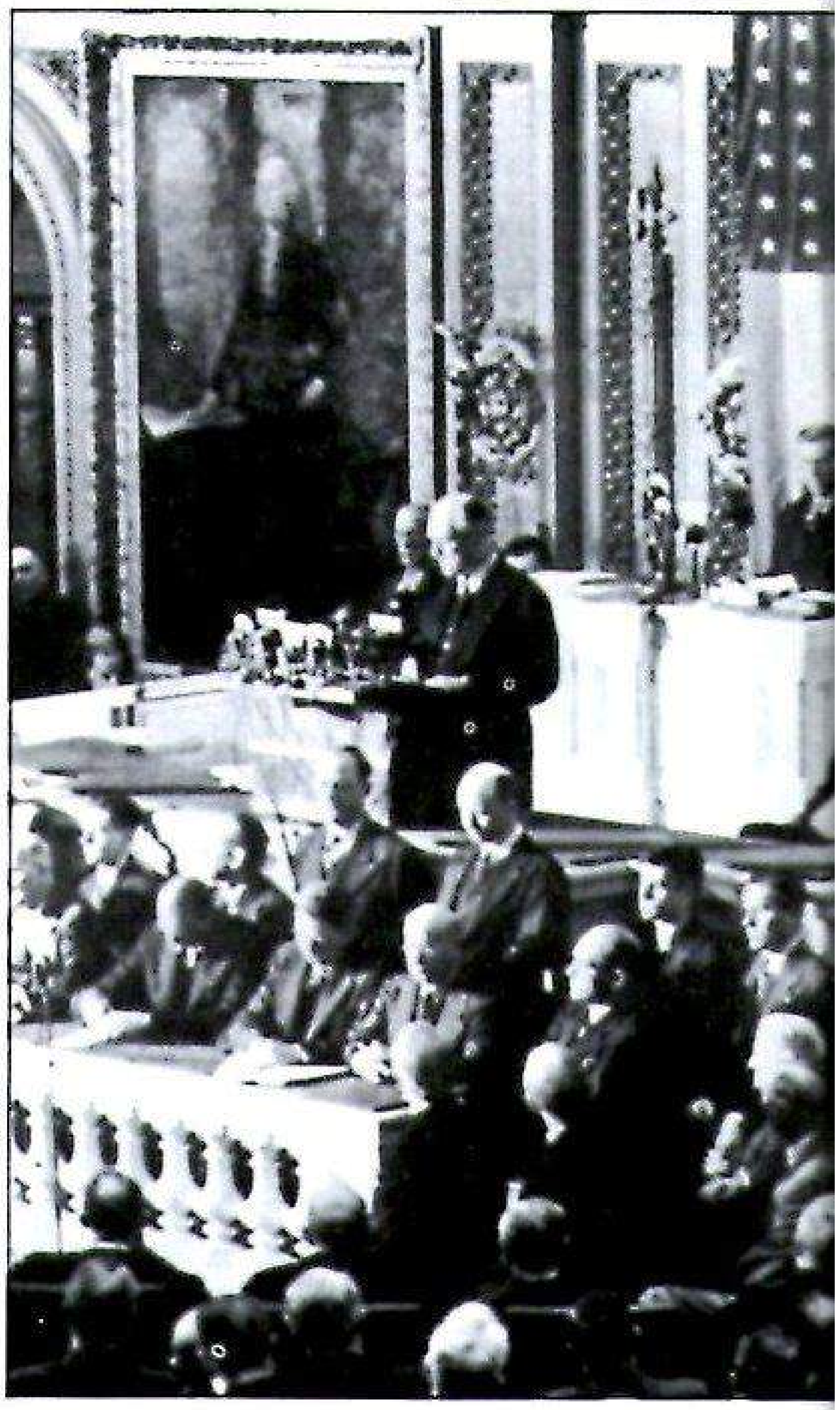
Ribbentrop, entonces, se adelantó a los acontecimientos al asegurar al embajador Oshima: «En el caso de que Japón se vea envuelto en una guerra con los EE UU, Alemania declarará inmediatamente la guerra a Norteamérica y, en ningún caso, hará la paz por separado con los americanos. El *Führer* está firmemente decidido en este sentido.» Tokio sólo esperaba esta garantía, y la pidió por escrito. Ribbentrop dudó. Pensó que quizás había ido demasiado lejos y decidió consultar a Hitler. El *Führer* concedía aún gran crédito a su ministro de Asuntos Exteriores y le autorizó para que redactase un borrador de tratado. El 5 de diciembre, a las 3 de la mañana, Ribbentrop remitia el borrador a la embajada.
Sin embargo seguia faltando la firma. En Tokio se empezó a temer que Hitler condicionara su apoyo a la entrada de Japón en la guerra contra Rusia. El 6 de diciembre el mariscal Zukov inició la contraofensiva en el frente de Moscú. Bajo una tempestad de nieve y un frio atroz, las tropas alemanas, casi sin equipo de invierno, se vieron obligadas a retroceder. Pero ocurrió lo inconcebible: Hitler no exigió de los japoneses que le ayudaran en Rusia. El ataque nipón contra la flota americana concentrada en Pearl Harbor sorprendió a Ribbentrop, que en principio creyó se trataba de una estratagema urdida por la propaganda enemiga.

El 9 de diciembre, a las 11 de la mañana, Hitler llegó a Berlín procedente del frente oriental. Ribbentrop, lleno de temor por la garantia verbal dada al Japón, intentó aclarar a Hitler que de acuerdo con lo estipulado en el Pacto Tripartito, Alemania no estaba obligada a declarar la guerra a los EE UU, puesto que el agresor había sido sin lugar a dudas Japón. Por otra parte, el tratado cuyo borrador poseía Oshima seguía pendiente de firma. Hitler se quedó pensativo. Luego manifestó que lo más probable era que los americanos declarasen de inmediato la guerra al Reich. Pero Roosevelt no parecia tener prisa. Estaba convencido de que Alemania daría el primer paso. Y no se equivocó.
Hitler pospuso su decisión durante dos días. Había convocado el Reichstag para el 9 de diciembre, y pensaba anunciar y argumentar ante él con fines propagandísticos la declaración de guerra. En el último momento envió a los «diputados» a sus respectivos hoteles y aplazó la sesión 48 horas. Necesitaba tiempo para redactar un discurso de tanta importancia para el pueblo alemán. Ese pueblo alemán no había olvidado que la entrada de Estados Unidos en la primera Guerra Mundial significó la derrota de las potencias centrales. Hitler tenía que disimular la importancia de la participación de Estados Unidos en la guerra europea y desplazar su significado al Extremo Oriente. Por otra parte, la declaración de guerra le brindaba ocasión de esquivar la responsabilidad por el fracaso de la prometida «guerra relámpago» contra Rusia.
De la preocupación que los dirigentes nazis sentian por la moral popular da idea esta instrucción de Goebbels a los directores de los periódicos alemanes: «Se debe subrayar especialmente en los comentarios la diferencia existente entre la situación actual, tan favorable para nosotros, y la que reinaba durante la primera Guerra, de manera que contrarreste la propaganda enemiga dedicada a establecer comparaciones con los años 1917/18.» Al enterarse Churchill de que Italia y Alemania habian declarado la guerra a los EE UU exclamó: «¡Dios les acaba de poner en nuestras manos!» □









Joseph P. Kennedy, fundador del clan, advirtió desde Londres sobre las consecuencias de una participación norteamericana en la guerra (arriba). Cordell Hull (centro, izquierda), secretario de Estado para Asuntos del Exterior que presentó a los japoneses duras condiciones para un entendimiento. El subsecretario de Estado norteamericano, Sumner Welles, que sondeó en Berlín los propósitos de los dirigentes alemanes (centro, derecha). El 8 de diciembre, a las 12,30 de la mañana, el presidente Roosevelt de los EE UU de Norteamérica declaraba ante el Congreso la guerra al Japón (abajo).



Habla Hitler

Löwenbräukeller de Munich, 8-XI-1941.
Con motivo del aniversario del golpe de 1923 Hitler habló a sus camaradas de la primera hora. A falta de buenas nuevas sobre los acontecimientos en el frente del Este se limitó a glosar el panorama en general.

Esta guerra, camaradas, no es solamente importante para Alemania, se trata también para toda Europa de un combate entre el ser y el no ser.

Ya conocen a nuestros aliados empezando por ese pequeño pueblo de héroes del norte, los finlandeses, que una vez más han sabido crecerse ante el peligro. Y a ellos se han unido eslovacos, húngaros, rumanos y fuerzas de toda Europa: italianos, españoles, croatas, holandeses, voluntarios daneses y hasta belgas y franceses. Puedo decir que quizá por primera vez en el Este combaten por el mismo ideal todos los pueblos de Europa; como una vez lo hicieron contra los hunos ahora lo repiten contra ese Estado mongol de un nuevo Gengis Khan. Las cuestiones de prestigio no juegan el menor papel entre nosotros. Si alguno me dice hoy: «Pero en Leningrado se encuentran ustedes a la defensiva», puedo responderle: «Hemos llevado la ofensiva en Leningrado mientras ha sido preciso para cercar la ciudad. Ahora nos encontramos a la defensiva y los otros deben tratar de romper el cerco, pero terminarán muriéndose de hambre. No estoy dispuesto a sacrificar en Leningrado un hombre más de lo estrictamente necesario.

Si hubiera alguien en Leningrado capaz de liberar la ciudad, entonces daría la orden de asaltarla y la asaltaríamos. Porque quien ha sido capaz de marchar desde la Prusia oriental hasta diez kilómetros de Leningrado bien puede ser capaz de cubrir los diez kilómetros que le separan del centro de la ciudad.

Quizá somos excesivamente honestos

Pero no es necesario. La ciudad esta cercada y nadie podrá librarla de caer en nuestras manos. Y a los que dicen que entonces sólo será un montón de cenizas, les respondo que no tengo ningún interés en poseer una ciudad Leningrado sino en destruir el centro industrial Leningrado. Si a los rusos les parece bien hacer explotar en el aire su ciudad, es posible que con ello nos ahorren algún trabajo. Repito que las situaciones de prestigio no tienen para nosotros la menor importancia.»

Cuando se nos pregunta: «Pero, ¿por qué no continuamos avanzando?» Cabe responder: Porque llueve, o nieva o porque nuestras unidades no están preparadas en ese momento. El desarrollo de nuestros avances no depende del humor de los estrategas británicos, que deciden sin embargo el de sus retrocesos; nuestros avances se llevan a cabo como queremos nosotros.

El pueblo alemán que se encuentra esta vez en guerra no es el mismo del de la Primera.

Esa es la desgracia de nuestros enemigos: el que no se han percatado todavía de ello y hacen caso a esos espantapájaros judíos que tan sólo saben decir: «Únicamente es necesario repetir lo que ya una vez hicimos.» Cosa que yo ni siquiera intento con nuestros enemigos por más que no los tenga por excesivamente inteligentes. Ni yo mismo repito dos veces la misma cosa, sino que cada vez hago algo distinto. ¡Deberían no insistir en sus viejas esperanzas! Ahora aseguran por ejemplo: «Durante la próxima etapa se producirá la revuelta.» Es posible que exista algún idiota que se deje seducir por las noticias de la radio británica. ¡Pero no durante mucho tiempo! ¡Nosotros sabemos hacer frente a esas cosas! Tales intentos conocen pronto un mal fin: hoy no tienen frente a ellos a la Alemania burguesa con guantes de cabritilla sino a la nacionalsocialista de los puños recios. Por todas partes en los territorios que ocupamos procuramos portarnos honestamente con los ciudadanos, quizás demasiado honestamente. En esos territorios no se violenta a nadie, ni los soldados alemanes están dedicados a robar o atropellar. Estas cosas se encuentran más castigadas en los territorios de ocupación que dentro de nuestras propias fronteras. Nosotros protegemos a esos pueblos.

Pero si alguien cree que puede levantarse contra el ocupante o causarle alguna baja para aterrorizarle, en ese caso sabremos responder también con la misma fuerza con que lo hicimos en nuestra patria durante los años en que nuestros enemigos creían que podían asustarnos. Al final supimos dominar su terror. Para ello supimos poner en pie la organización adecuada. Es posible que alienten también la última estúpida esperanza de que en Alemania se pueda producir un levantamiento, una revolución. Aquellos que podían hacer aquí una revolución han desaparecido. Hace tiempo que se encuentran en Inglaterra, en América, en Canadá... No están más entre nosotros. Y aquellos otros que quizá quisieran poderla realizar son tan pocos y revisten tan poca importancia que sería absurdo esperar algo de ellos.

Pero si efectivamente alguien cree, de modo serio, poder dañar nuestro frente, igual de dónde proceda, igual en qué campo milite, entonces ya conocen mis métodos –durante un tiempo le observo tranquilo.

Es su oportunidad. Pero inmediatamente llega el instante en que caigo como el relámpago sobre él y lo aniquilo. Y en ese instante no hay argumento que lo salve, ni siquiera el de la religión. Pero como he dicho, nada de esto será necesario porque todo el pueblo alemán está unido en un gran movimiento, cosa que nuestros enemigos no acaban de comprender; un movimiento que está presente en cada hogar y que ha despertado el sentimiento de que nunca más se pueda repetir otro noviembre de 1918. He sido a menudo profeta en mi vida, muchos se han reído de mí pero, al final, he tenido razón. Quiero ser profeta una vez más: Todo es imaginable menos una cosa: que Alemania capitule.

Cuando nuestros enemigos dicen: «En ese caso la guerra durará hasta el año 1942», cabe responder: durará lo que haga falta pero el último batallón sobre el campo de batalla será un batallón alemán.

Agentes alemanes en Egipto

TRES MALAS BAZAS CON EL CAIRO

La táctica de la sorpresa y el engaño que practicaba el Afrikakorps de Rommel sólo podía tener éxito en el caso de que su jefe estuviera previamente enterado de los propósitos de sus enemigos. Patrick Metrass relata aquí tres intentos del «Abwehr» alemán en El Cairo, gran mercado de la información, para lograr establecerse sólidamente.

Por el momento en la iglesia de Santa Teresa del barrio cairota de Shoubrah pasan cosas poco santas. Mientras en el templo se canta el Te Deum, un radiotelegrafista del *Abwehr* alemán manipula una estación clandestina que está situada precisamente detrás del altar. Se encuentra allí gracias a la complicidad de un sacerdote austríaco que no oculta sus escrúpulos morales, pero que espera que el Señor le conceda el eximente de su gran amor a la patria.

La historia de esta escena de película comenzó en Budapest en la primavera de 1940. Allí conoció un oficial del *Abwehr* alemán al ex capitán húngaro László Graf von Almásy, que durante años había trabajado para el Instituto Cartográfico de El Cairo. Almásy fue reclutado por el *Abwehr* y nombrado capitán de aviación. Con él había realizado el *Abwehr* alemán una buena conquista. El especialista del desierto y buen conocedor de la escena social de El Cairo no tardó en presentar un aventurado plan a sus jefes. El jefe del Estado Mayor egipcio, El Masri Pacha, destituido por los británicos en 1940, podía ser ganado para la causa alemana. El Masri era un enemigo declarado de los ingleses y conspiraba con un grupo de oficiales egipcios, cuyo jefe, Gamal Abdel Nasser, sería más tarde presidente de Egipto. Todos ellos deseaban la derrota de los británicos y la victoria de los alemanes, que estaban convencidos supondría la independencia egipcia. El jefe del *Abwehr*, Canaris, autorizó el plan Almásy y dio orden al oficial del servicio Nikolaus Ritter de que comenzara los preparativos para su realización. Ritter integró en el X Cuerpo de Aviación un grupo de 10 hombres que junto con Almásy realizarían las funciones de intérprete, chófer, codificadores y descifradores y transmisores. A los preparativos de la operación se unió también la emisora que funcionaría en la iglesia de Santa Teresa. El aparato viajó por la valija diplomática del representante húngaro de Budapest a El Cairo. El plenipotenciario se lo entregó al capellán austríaco que se encontraba al servicio de Hungría. Poco después la emisora pudo ser puesta en servicio. Desde ella la central del *Abwehr* en Derna recibió importantes informaciones y valiosos partes meteorológicos. Informaciones que El Masri pasaba a los alemanes por mediación del plenipotenciario húngaro. El Masri no puso ningún obstáculo cuando los alemanes le invitaron para que visitara el Reich. Se acordó que un avión le tomaría a bordo en el desierto, cerca de El Cairo. La primera cita fracasó porque el general tuvo un accidente de automóvil. Por fin, el 7 de junio de 1941 el comandante Ritter y el capitán von Almásy despegaron con dos *He 111*, que habían conseguido movilizar en su unidad, para hacerse cargo de El Masri. Pero cuando llegaron al punto establecido de antemano no encontraron la menor huella del general.

Los dos aviones regresaron inmediatamente a su base. Al día siguiente la emisora de la iglesia de Santa Teresa comunicó lo siguiente: «Pacha posiblemente detenido. Alguien le ha traicionado. Cabe incluso que la posición de esta emisora se encuentre en peligro, por lo que interrumpiremos de momento contacto. Corto.»

¿Qué había pasado? El Masri pensaba valerse de un avión egipcio para llegar al lugar de la cita con los alemanes. El comandante de una escuadrilla, Hussein Zulfikar, le había ofrecido su ayuda. Mas al parecer el piloto perdió un tanto los nervios porque el oficial británico de la torre de control del aeródromo de Heliópolis le había hecho antes del despegue una serie de preguntas llenas de sospecha. Durante el vuelo surgió un avión británico en los alrededores. Esto fue más de lo que podía soportar el piloto de El Masri. Puso el aparato en picado buscando un aterrizaje de emergencia, rozó las copas de unos árboles, dejó prendidos los restos del avión entre las ramas y huyó. Una patrulla egipcia ayudó a El Masri a descender del árbol. El general había tenido suerte en medio de la desgracia. El jefe de la patrulla pertenecía al grupo de oficiales revolucionarios y ni por un momento pensó en cumplir las órdenes del oficial británico de la torre de control de Heliópolis. En lugar de El Masri detuvo a un viejo comandante que también formaba parte de los conjurados y que pasó a la cárcel en vez del general. Sólo tres meses después se dieron cuenta los ingleses del engaño y detuvieron al verdadero Masri, lo que no impidió al general seguir manteniendo relaciones con el grupo de conspiradores encabezado por Gamal Abdel Nasser.

El «Abwehr» se muestra descontento

Para el comandante Ritter y el capitán Almásy todo aquello supuso por el momento la pérdida de contacto con los agentes egipcios. El *Abwehr* alemán tuvo que valerse de lo que le pasaban los colegas italianos. Insuficiente a la larga. Debido a esto se decidió en junio de 1941 enviar agentes secretos alemanes a la central británica en Egipto. Debían instalar más emisoras y tomar contacto con posibles agentes egipcios y con los grupos de conspiradores. Para esta misión se preparó a dos hombres que habían vivido largo tiempo en los países árabes y que hablaban perfectamente su lengua. Un simpático cincuentón llamado

Klein y apodado «Patachón», y un tipo deportivo apellidado Mühlenbruch. Desde Derna, Klein debía alcanzar Alejandría, y Mühlenbruch, Haifa. Se discutió largamente el «cómo»: ¿por carretera a través del desierto? ¿con la ayuda de un submarino que les depositaría en la costa egipcia? Las dos posibilidades se rechazaron por considerarse excesivamente peligrosas. Apoyado en sus conocimientos del terreno, Almásy expuso un plan que terminó aprobándose: desde el oasis de Farafrah existe un camino que conduce a las caravanas a Dairut, en las cercanías del Nilo. En las proximidades de ese camino Almásy conocía un cerro con una franja de terreno firme capaz de permitir el aterrizaje y despegue de un avión. Quedaba en pie el problema de los 100 kilómetros que separarían al agente de Dairut, desde donde debería dirigirse a El Cairo para entrar en acción. A pie resultaba una empresa prácticamente imposible. Almásy había realizado en auto el camino, pero un auto era imposible de introducir en el avión. La solución era recurrir a una motocicleta. El 16 de junio de 1941 se dieron por terminados los preparativos. La operación se inicia en Derna con dos *He 111*. En un aparato vuelan los dos agentes, el otro les escolta. Poco antes de emprender el vuelo se descubre que el avión de transporte tiene un defecto en una de las ruedas y los agentes cambian de aparato. Esto obliga a los pilotos a realizar la operación llevando a cabo cada uno la misión que se había encomendado al otro. Finalmente se obtiene el permiso para despegar.

Tras cinco horas de vuelo el piloto del transporte hace descender su aparato a unos doscientos metros. El sol se oculta a sus espaldas; queda poco tiempo. El avión de escolta permanece a 1000 metros de altura. La dotación se sorprende de que el piloto no intente el aterrizaje y lo mismo piensa el comandante Ritter desde la cabina de ese mismo *He 111*: en pocos minutos la noche hará imposible el intento. El piloto del transporte se acerca al suelo y señala una nube de polvo en el horizonte: una columna blindada británica. Remonta el aparato y vuelve a intentar por segunda vez el aterrizaje. Todos se sujetan fuertemente, pero el piloto vuelve a remontarse sin tocar tierra. Considera que el terreno es demasiado accidentado para intentar un aterrizaje, y el crepúsculo, por si fuera poco, ilumina mal la franja que debe servir de pista. Cuando al fin quiere intentarlo por tercera vez se ha hecho de noche y hay que desistir. Al veterano piloto que ahora manda el avión de escolta no le hubiera pasado tal cosa. Una pequeña avería en la rueda ha provocado en último término el fracaso de la operación.

Pero todavía sucederá algo peor. A la hora fijada de antemano la radio de a bordo se pone en comunicación con la central. Derna no tarda en dar señales de vida: Corto, largo, largo, corto, largo... Imposible aterrizar en Derna, pues se encuentra bajo un ataque enemigo. Mientras en la cabina se calcula si el carburante bastará para el vuelo de los 350 km que median hasta Bengasi, uno de los motores empieza a fallar. No hay más remedio que intentar descender en Derna. Pronto suenan las ametralladoras de los bombarderos británicos. El aparato pierde la estabilidad. La radio queda estropeada. Apenas queda carburante para veinte minutos. Por fin el avión realiza un aterrizaje sobre el agua. Mühlenbruch se hunde herido, o tal vez muerto en el mar.

Cuatro hombres a bordo de un pequeño bote, y dos más que se mantienen sujetos







Los dos oficiales del «Abwehr», comandante Ritter y capitán von Almásy, planearon las tres operaciones de El Cairo que terminaron en grandes fracasos (arriba, izquierda).

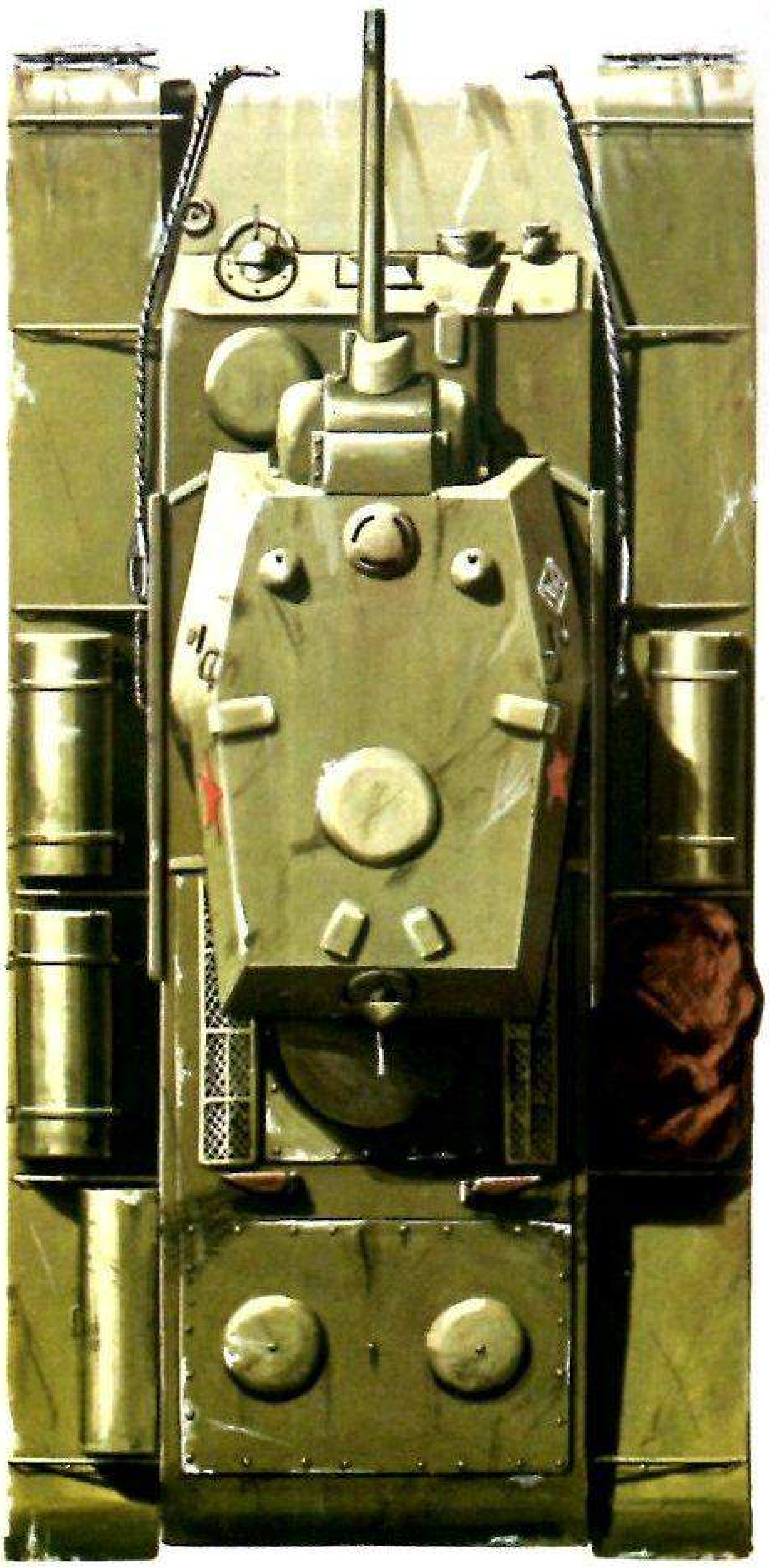
El Masri Pacha, jefe del Estado Mayor egipcio destituido por los británicos y cuyo traslado a Alemania fracasó (arriba).

Anuar el Sadat, hoy presidente de Egipto y que en sus tiempos de teniente perteneció a un grupo de la resistencia antibritánica, colaborando con el «Abwehr» alemán (abajo).

▷

Carro pesado soviético
Kliment Voroschilov (KW) – 1 A

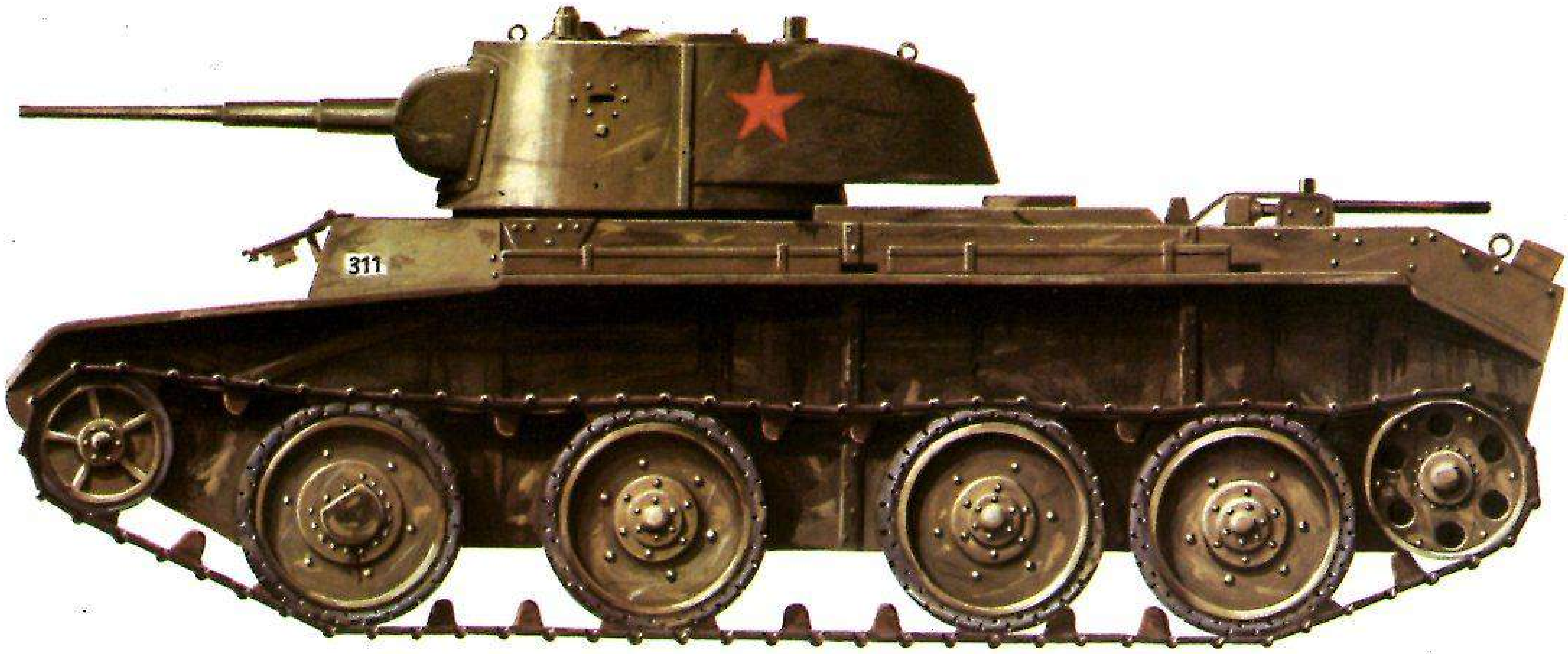






Peso: 43,5 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 76,2 mm y tres ametralladoras de 7,66 mm
Coraza: 90 mm
Propulsión: un motor Diesel V-2 K de 12 cilindros y 550 CV
Velocidad: 35 km/h
Autonomía: 335 km
Longitud: 6,75 m
Anchura: 3,32 m
Altura: 2,71 m

Carro de combate ligero soviético BT–7





Peso: 13,8 t
Dotación: 3 hombres
Armamento: un cañón de 45 mm y dos ametralladoras de 7,62 mm
Coraza: 20 mm
Propulsión: un motor M-1 7 T de 12 cilindros y 450 CV
Velocidad: 73 km/h sobre ruedas y 53 km/h sobre cadenas
Autonomía: 500 km sobre ruedas, 375 km sobre cadenas
Longitud: 5,66 m
Anchura: 2,29 m
Altura: 2,42 m



a él, pasan la noche en el agua, hasta el mediodía siguiente. En ese momento consiguen llegar a tierra. En una dura marcha llena de penalidades, abrasados por la sed, logran alcanzar un pueblo árabe. Allí les recoge un avión de la escuadrilla de socorro del desierto. Se enteran de que el otro *He 111* ha conseguido llegar salvo, con la última gota de carburante en el depósito, a Bengasi.
El *Abwehr* alemán no se descorazona y realiza un tercer intento. Se seleccionó a dos hombres de la central de Berlín que habían vivido muchos años en el Norte de África, Eppler y Sandstede. Con la experiencia de las operaciones de El Masri y Klein-Mühlenbruch se decidió prescindir del avión. Los agentes deberían ganar El Cairo a través del desierto. Esto suponía recorrer 3000 kilómetros, muchos de ellos dominados por el enemigo o zonas del desierto que aún no había hollado ningún ser humano. Para apoyar esta parte de la operación, que llevó el nombre de «Salam», se enviaron hombres del Regimiento «Brandenburg» a los puntos necesarios.

Los mapas están equivocados

Los preparativos duraron tres meses. Cuando el 29 de abril de 1941 se pone en marcha la operación «Salam», se lleva realizado un gran esfuerzo. Se han enviado ya dos Ford de Luxe y dos vehículos de transporte también Ford de 1,5 toneladas. Dos de los vehículos llevan brújulas y uno de ellos un compás solar, también llevan montada una ametralladora. Todos ellos van repletos de víveres, agua y carburante. Forma parte del equipo un nuevo tipo de aparatos emisores para corta y larga distancia, especialmente diseñados y de poco peso. Pertenecen al grupo, además de los dos agentes, tres radiotelegrafistas, un vigilante del *Abwehr* y el propio capitán von Almásy. La primera meta es el oasis Gialo en el que se encuentran estacionadas tropas italianas. Esto da lugar a la primera sorpresa: los mapas italianos no están bien trazados. Donde indican terreno duro aparece todo lo contrario, y durante muchos kilómetros. Es decir, los cálculos efectuados sobre el rendimiento del carburante pierden todo su valor. Además, el agua del oasis no se puede utilizar más que durante tres días y no vale para llenar los depósitos. Von Almásy no se rinde. Con temperaturas que van desde 50° C durante el día a 8° C durante la noche, la expedición prosigue su camino. El encargado de la protección sanitaria del grupo comienza a padecer los síntomas de la enfermedad del desierto, un tremendo cansancio acompañado de pérdida del sentido, y el vigilante del *Abwehr* sufre varios ataques cardíacos. Von Almásy tiene que suspender la operación. Cinco días después de haberla abandonado regresan al oasis Gialo.
El 11 de mayo Almásy vuelve a intentarlo. Se ha fijado un nuevo camino. Los enfermos no forman parte de la expedición. Al sexto día la columna alcanzó un campo pedregoso de basalto sobre el que el explorador alemán Friedrich Horneman había escrito ya en 1798 que se trataba de uno de los panoramas más desolados del mundo. Sin poder avanzar más de 10 kilómetros por hora, los vehículos emprendieron la lucha contra los elementos. Poco más tarde los expedicionarios se encontraron frente al Gilf Kebir. Almásy había sido el primer europeo que lo escaló, en 1932. Ahora debe buscar el paso que utilizó en 1937. Almásy termina por encontrarlo, y da también con un depósito de agua establecido entonces. El agua puede ser utilizada todavía.
En la noche del 22 de mayo, la columna descubre a sus pies las luces del oasis de Charga. De seguro ocupado por las tropas británicas. Sólo puede servirse una comida fría. Hacer fuego sería peligroso.
No hay ningún camino que pueda orillar el oasis. A la mañana siguiente un vehículo con seis hombres emprende la marcha. El oasis, efectivamente, se encuentra ocupado. Bajo las palmeras descansan unos cuantos soldados junto a unos vehículos. Intentar volverse sería absurdo. No queda más remedio que echar mano a las pistolas y abrirse paso. Un guardia egipcio detiene el auto. Almásy se vuelve a Eppler: «Dígale que somos la vanguardia del Estado Mayor de la División.» Eppler traduce en perfecto árabe: «Vanguardia del Estado Mayor de la División. El general viene detrás de nosotros.» El guardia saluda y deja pasar el auto.
A primeras horas de la tarde los dos autos han cruzado el paso de Japsa. Ante ellos se extiende el valle del Nilo y, a 10 kilómetros, el pueblo de Assiut. En él debe comenzar la misión de los dos agentes Eppler y Sandstede, la Operación «Cóndor.» Ambos sacan del auto sus ropas civiles, que llevan todas etiquetas de El Cairo, así como permiso de conducir egipcio, cuentas de hotel y un calendario del Automóvil Club de la capital egipcia. En el maletín de Eppler hay además 20.000 libras en billetes de banco, unos 400.000 marcos. El aparato emisor va en una maleta. Es el momento de las despedidas. Queda por ver si el «Cóndor» será capaz de poner los huevos de oro que de él se esperan.



Los dos agentes alemanes Klein (izquierda) y Mühlenbruch que debían haber alcanzado el territorio egipcio con un avión y luego seguido hasta El Cairo en moto.

Más de 2000 kilómetros tienen que recorrer los hombres de von Almásy en su regreso para salvar los puestos británicos de vigilancia, y terminan por encontrar un puesto inglés de abastecimiento del Long Range Desert Group, sus directos competidores. Almásy proveyó a sus hombres de todo lo necesario y destruyó el resto, así como 15 vehículos que allí se encontraban. A principios de junio Almásy pudo presentarse ante el general Rommel en su puesto de mando de Bir Hacheim: «Mi general, la Operación 'Salam' ha terminado con todo éxito, la 'Cóndor' puede empezar.»
Rommel comunicó a Almásy que había sido ascendido a comandante y le dijo también –lo que le alegró mucho menos– que pocos días antes había tenido

SE PRESENTA HEKMAT FAHMI

En su libro «Die Wüstenfüchse – Mit Rommel in Afrika» (Verlag Ullstein GmbH, Francfort/M, Berlín, Viena) Paul Carel evoca una noche en el bar «Kit Kat» de El Cairo:

En el bar de El Cairo «Kit Kat» la vida empieza a medianoche. Los farolillos dan al jardín una luz multicolor. Se escucha el rumor de las conversaciones. Suenan las risas. Los orientales no aman el sosiego. La orquesta de baile interpreta tangos y foxtrot. Y en medio la especialidad de la casa: los bailes árabes. Hoy se anuncia un número extraordinario: la presentación de Hekmat Fahmi, la más bella intérprete de la danza del vientre.

Donde ella actúa sólo hay aplausos; vuelan los ramos de flores al escenario y los botones se multiplican para llevarle las tarjetas de visita de sus admiradores. Hekmat se mueve como una reina entre sus cortesanos, tantos son sus suspirantes y amigos. Su verdadero interés, sin embargo, se centra en un joven egipcio que desde hace muy poco tiempo ha vuelto a surgir en la sociedad de El Cairo; se llama Hussein Gaafar. Tiene mucho dinero, mucho humor, mucha vitalidad y mucho tiempo, todo ello imprescindible para atraer y mantener la amistad con una artista de tal categoría. Todo el mundo le considera un desocupado. En realidad se trata de un agente alemán, Hans Eppler, que con su compañero Hans Gerd Sandstede se encuentra en El Cairo en misión especial. Sandstede pasa por ser un amigo americano, irlandés de nacimiento y que utiliza su pasaporte de los EE UU para sustraerse a sus obligaciones militares respecto a Inglaterra. Según este pasaporte se llama Peter Monkaster, pero todos sus conocidos le llaman Sandy.

El «Kit Kat» registra un gran lleno. Hussein Gaafar se vuelve para buscar al camarero y su mirada se fija en la mesa que se encuentra cerca del bar. Allí se sientan una media docena de oficiales egipcios de paisano. Entre ellos el teniente Anuar el Sadat. Se le ve a menudo en compañía de otro teniente, Abdel Nasser, cuando éste viene a El Cairo desde su guarnición del sur de Egipto. En los cuarteles los oficiales se hacen guiños cuando se habla de ellos: ni Nasser, ni Sadat son amigos de Inglaterra. Son hombres que esperan su hora. Militantes de una de las innumerables células que en Egipto preparan la independencia del país. Canalizan el descontento. Luchan incluso contra el rey Faruk y los pachás que se entienden con el colonizador. Se dice que preparan una revolución. Pero la mayor parte de los egipcios no acaba de tomarlos en serio. Hussein Gaafar y Sadat se saludan con los ojos, pero sólo con los ojos. Fuera de eso ningún gesto, ninguna sonrisa traiciona el hecho de que ambos se conocen. En medio del baile parece contagiarse una cierta emoción por culpa de las ediciones extraordinarias de los periódicos que traen en sus manos. Únicamente se oye una palabra: ¡Tobruk! Por



La bailarina Hekmat Fahmi (segunda por la izquierda) con su conjunto. Hekmat fue una ayuda valiosa para los servicios alemanes de información.

fin una de las hojas llega hasta la mesa de los oficiales egipcios. Uno de ellos lee la noticia en voz alta. Los que no han oido bien preguntan a los camareros, o a los botones, en ningún sitio tan amables como en El Cairo. Y los botones no se hacen preguntar dos veces, sobre todo parecen satisfechos de dar la noticia a las mesas en que se encuentran clientes ingleses: «Rommel ha conquistado Tobruk en un día. El Ejército 8 británico se encuentra en plena fuga y los alemanes lo persiguen por territorio egipcio, en dirección a El Cairo, sir, ¡a El Cairo!»

«Damned», murmura un respetable caballero que acaba de sentarse a la mesa de Hussein Gaafar y de su amigo Sandy a ruego de éstos. Inmediatamente se excusa de la palabra «Damned», que ningún gentleman digno de tal nombre debe utilizar nunca. Pero Hussein Gaafar comprende perfectamente la situación y comenta: «Mala noticia.»

«Muy mala», replica el caballero, que descubre a cien leguas que se trata de un oficial de paisano del Ejército de Su Majestad Británica. «Incomprensible», continúa diciendo. Se le nota desconcertado y, sin embargo, del comandante Dunstan podría esperarse que supiera controlar mejor sus sentimientos, porque se trata del jefe de los servicios británicos de inteligencia en El Cairo, el equivalente a la sección del *Abwehr* alemán que se ocupa del espionaje.

«Cierto. Ese maldito Rommel», dice Hussein Gaafar, y su amigo Sandy se queda sorprendido de la naturalidad con que lo ha dicho.

Con tanta naturalidad que el comandante Dunstan está plenamente convencido de haber encontrado a un joven egipcio que simpatiza con Inglaterra. «Efectivamente se trata de un verdadero diablo. Sabe el cielo cómo ha conseguido su objetivo. ¡Tobruk! Durante ocho meses pudo resistir el año pasado y ahora cae en un día. ¡Incomprensible!» Al menos para el bueno del comandante, que es quien comenta la noticia.

Hussein quiere alejar los malos presentimientos: «El Ejército está intacto. En Tobruk habrá costado 30.000 hombres, pero Egipto está lleno de soldados británicos. Y además queda el Ejército 10. ¿Para qué vale en Siria? Debe venir aquí a defendernos –Gaafar dice «defendernos»–. No pueden permitir ustedes que El Cairo caiga en manos de los alemanes. Por un momento el comandante Dunstan tiene un sentimiento de sospecha, pero los ojos entusiasmados de Hussein Gaafar le desarman: «Puede usted estar tranquilo caballero, el Ejército 10 no contemplará desde Siria la llegada de las tropas de Rommel a El Cairo.»

Los ojos de Sandy ríen abiertamente: «That's fine.» Una buena noticia. Por Dios que es una buena noticia. «Y además –añade Hussein– queda todavía el Ejército egipcio.» El comandante Dunstan apaga bruscamente su cigarrillo. «¿El Ejército egipcio? Perdone usted, no quiero contrariarle, pero ahí tiene usted al Ejército egipcio, sentado detrás de usted, ¿le parecen excesivamente tristes por la caida de Tobruk?» Y el comandante señalaba mientras tanto la mesa en que se encontraban Sadat y sus amigos.

Sandy iba a decir algo pero se lo impidió su amigo apretándole fuertemente el brazo al tiempo que decía: «Silencio. Va a actuar Hekmat Fahmi.» Los aplausos acallaron el ruido de las conversaciones. En el escenario apareció Hekmat. «Un milagro como los jardines de Semiramis», musitó el comandante.

Hekmat era una auténtica belleza. Una belleza árabe sin nada que ver con el tipo de *girl* americana. Una árabe plena de formas, melodiosos movimientos y ojos maravillosos. Un perfil egipcio y arte inigualable a la hora de bailar la danza del vientre. □

que salir huyendo con sus tropas desde la línea de Gazala y había perdido una parte de su servicio de información; entre ellos estaba el vehículo de radio y los dos técnicos, Aberle y Weber. Estos dos hombres tenían en su poder toda la documentación de la Operación «Cóndor,» incluyendo un ejemplar de la novela de Daphne du Maurier, «Rebeca», en su edición inglesa, de la que Sandstede había extraído las frases claves para sus partes. El *Abwehr* se había hecho en Londres con tres ejemplares del libro para uso de la Operación «Cóndor.» Con su sentido suabo del ahorro, Rommel acababa de poner en peligro el feliz desarrollo de la operación. En ningún caso debían haber partido a una acción en el frente los dos radiotelegrafistas llevando consigo tan importante documentación.

Mientras tanto Eppler y Sandstede han ganado El Cairo y se han instalado sin dificultad. Eppler se ha convertido en el joven y rico egipcio de familia acomodada Hussein Gaafar, y Sandstede pasa por ser un extravagante americano, irlandés de nacimiento, llamado Peter Monkaster. Los dos han alquilado una embarcación lujosa en el Nilo y allí han montado su emisora, procurando entrar en contacto con los grupos de la resistencia egipcia. Uno de los intermediarios es un teniente de una unidad informativa llamado Anuar el Sadat. Sadat, hoy presidente de Egipto, representa a su amigo, el también teniente Gamal Abdel Nasser, que se encuentra en misión de servicio en Sudán y que desempeña un papel importante en la resistencia egipcia. Por intermedio de un salón político secreto de la señora Amer, Sadat hace llegar valiosas informaciones a los dos agentes, procedentes de El Masri, cuyo viaje a Alemania terminó en un estrepitoso fracaso.

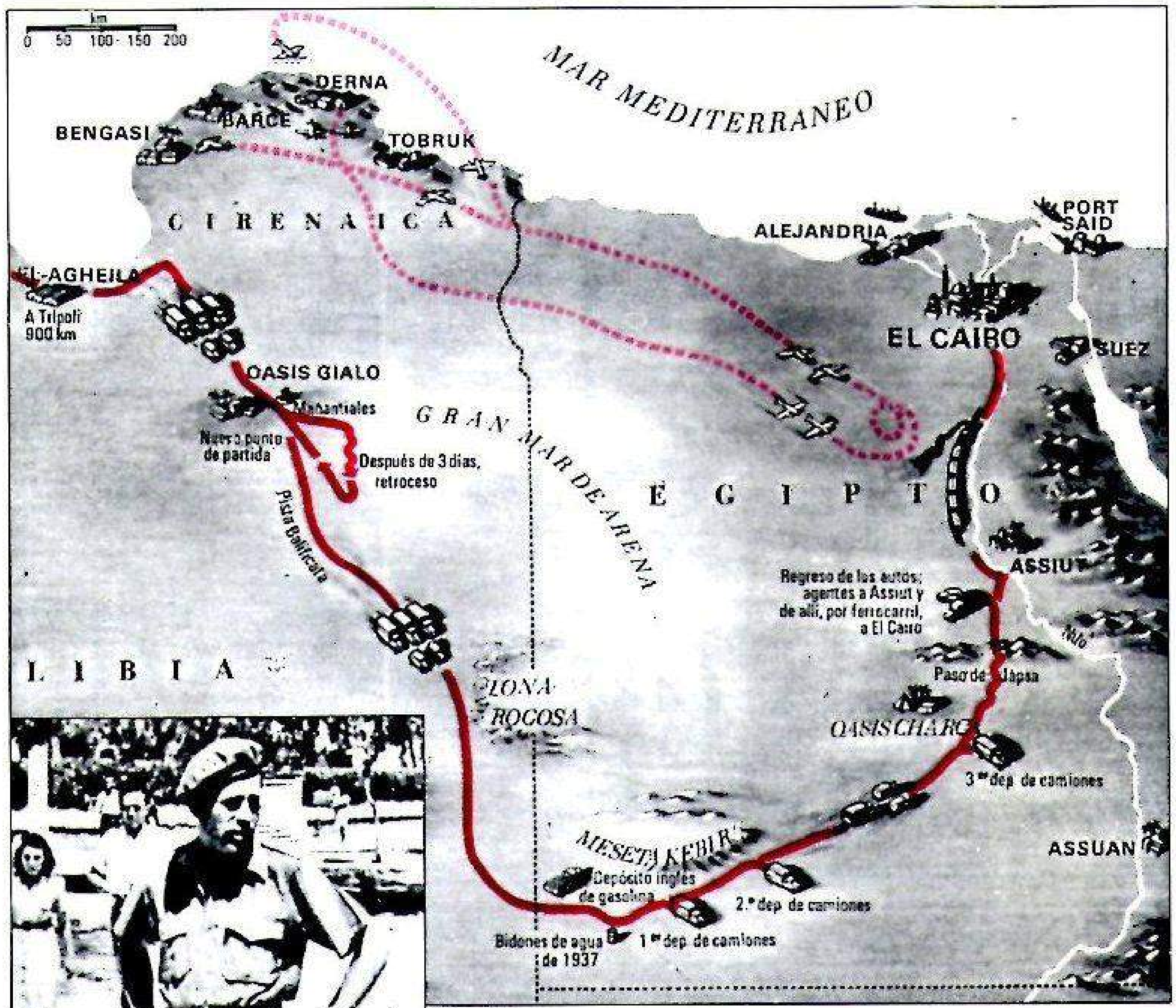
Pero sin duda el más valioso informante de que disponen Gaafar y Monkaster es Hekmat Fahmi, la popularísima intérprete de la danza del vientre. Sus actuaciones en el Bar Kit-Kat despiertan el mismo entusiasmo en los oficiales ingleses que se encuentran de paso que entre los habitantes egipcios. Hekmat odia a los ingleses y está dispuesta a todo con tal de hacerles daño. Gracias a sus buenas relaciones con los oficiales británicos, Hekmat se encuentra siempre al corriente de todos sus planes. Por ella se enteró Gaafar del traslado de una parte del Ejército 10 británico desde Palestina y Siria a Egipto y de la colocación de 100.000 minas en el frente de El-Alamein, mucho antes de que los alemanes supieran siquiera que se pensaba establecer allí una línea de defensa. También se enteró por la bailarina del traslado a Marsa Matruh de la División 2 neozelandesa.

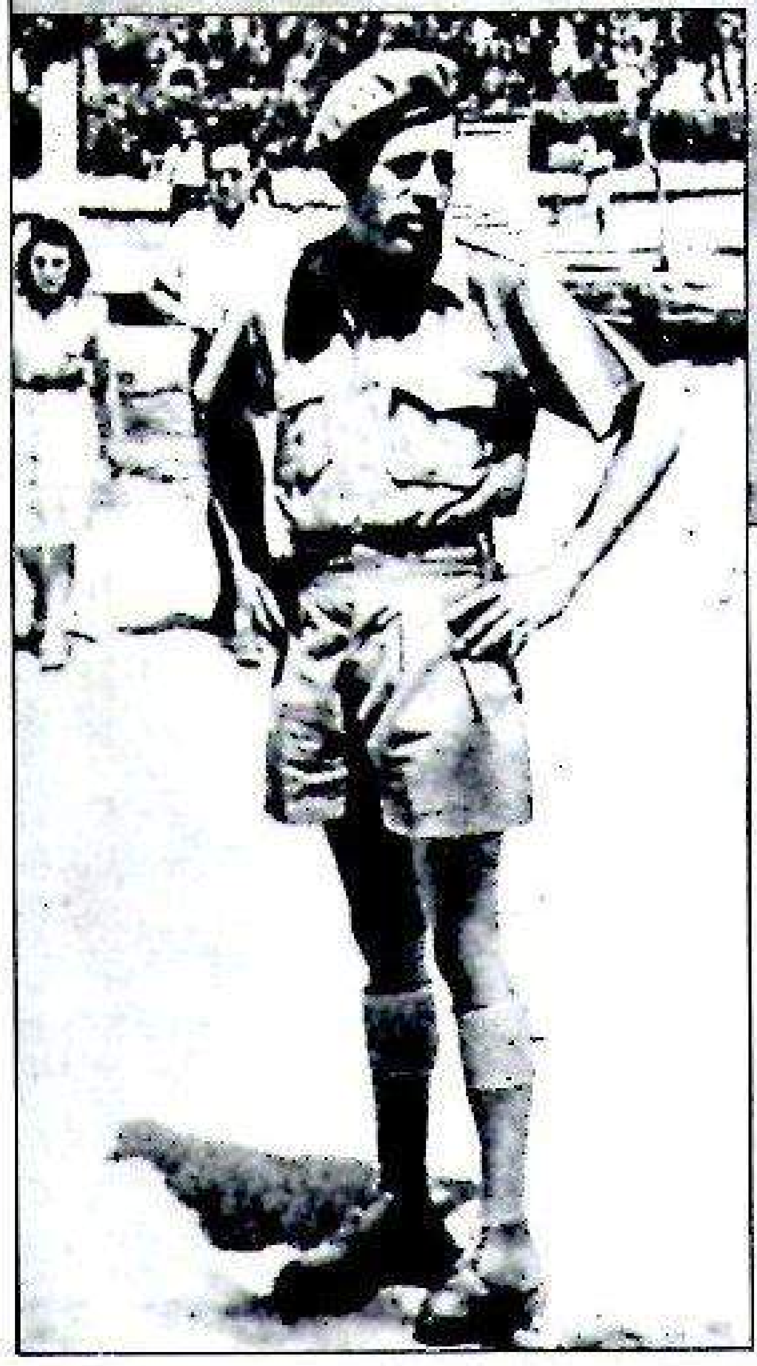
La central no contesta

Peter Monkaster posee material en abundancia; sólo necesita transmitirlo. Pero todos los intentos son vanos: la central no contesta. El «Cóndor» sólo puede recitar un monólogo. Hoy existen para ello dos aclaraciones. La primera versión procede del mismísimo Sadat, quien escribe en su «Libro secreto de la revolución egipcia» que Monkaster le había confiado sus dificultades para emitir y que él, Sadat, se había preocupado de examinar detenidamente los aparatos encontrándolos en perfecto estado; por ello dedujo que los agentes no tenían el menor interés en transmitir, dado el peligro que existía de que fueran descubiertos y tuvieran que poner fin a la alegre vida que ambos llevaban en El Cairo.

La otra versión procede del campo alemán y su autor fue jefe de todos los comandos especiales que operaron en el Oriente Próximo, conocido como «Angelo» por propios y extraños. Dice así: «Después que los dos radiotelegrafistas Aberle y Weber fueron hechos prisioneros por los ingleses era de temer que terminaran hablando. Gracias a las claves que habían caído en sus manos, los británicos estaban en condiciones de participar en el diálogo con el «Cóndor» induciendo a las tropas germanas a todos los errores. Cualquier información del «Cóndor» carecía de valor a partir de ese momento. El *Abwehr* cursó la orden a todos los puestos de radio de suspender sus contactos con el «Cóndor» y de no responder a sus llamadas.

Por tercera vez los intentos del *Abwehr* en El Cairo se saldaban con un gran fracaso.



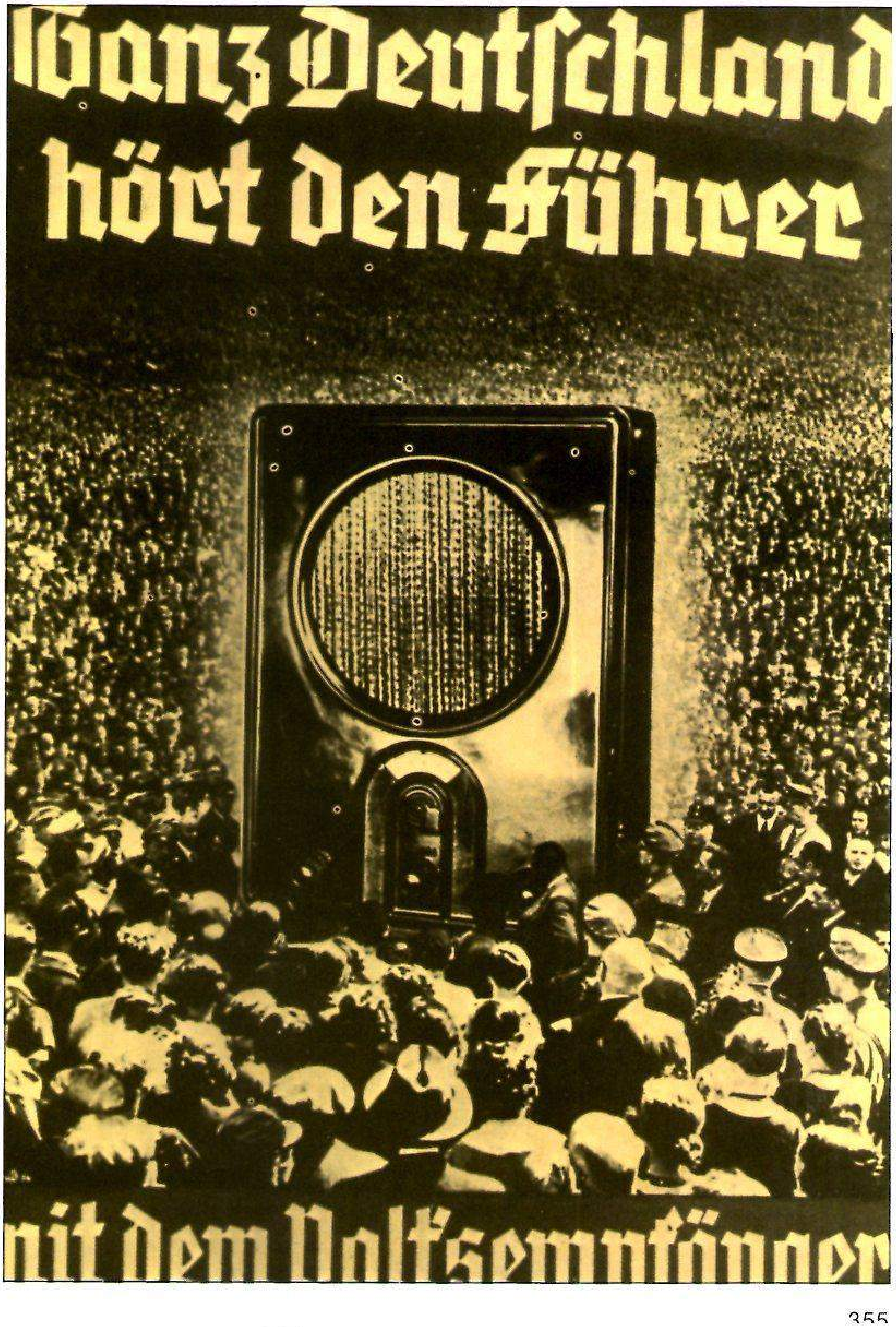


La línea roja señala el camino que tuvieron que recorrer (3000 km) los hombres de la Operación «Salam»/«Cóndor» con los agentes Eppler y Sandstede para soslayar el fracaso de sus compañeros Klein y Mühlenbruch, que lo intentaron sin éxito por avión (línea de puntos). A la izquierda, Eppler como Hussein Gaafar en El Cairo.

EMISORAS CLANDESTINAS

Ernest K. Bramsted

Sobre los efectos de las emisiones políticas en radio y televisión siguen discutiendo los expertos sin ponerse de acuerdo. Pese a todo, durante la guerra, tanto Gran Bretaña como el III Reich dedicaron millones a la guerra del éter, con objeto de doblegar la resistencia moral del enemigo. Sobre todo dos ingleses se enfrentaron entre sí: «Lord Haw-Haw», de la emisora alemana, y Sefton Delmer desde la emisora secreta británica.



«Toda Alemania escucha al «Führer».

Gracias al receptor popular, muy barato y de una gran fidelidad, se extendió rápidamente después de 1933 el número de los radioyentes alemanes. Tanto en la guerra como en la paz, el centralismo de la radiodifusión bajo la dirección del ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, contribuyó en gran manera a la formación de la opinión pública.

Un irlandés y un francés fueron los que durante la primera fase de la guerra desempeñaron los más importantes papeles en la llamada «batalla desde el asiento», dentro del servicio de lenguas extranjeras del Ministerio de Propaganda. Ferdonnet, «el traidor de Sttutgart», como le llamaban los servicios oficiales franceses, era un periodista francés muy bien informado, que desde los estudios de Radio Stuttgart incitaba a sus compatriotas en su lengua materna a abandonar la alianza con Inglaterra y a no empuñar las armas. Su propaganda estaba especialmente dirigida a los soldados que combatían en la Línea Maginot. El programa resultaba muy entretenido, ya que mezclaba las noticias con informaciones de todo tipo y música y canciones. Franceses que durante aquel tiempo compararon las emisiones de Ferdonnet con las que para Francia dedicaba la BBC de Londres concedían su preferencia a Radio Stuttgart. En 1940 Ferdonnet fue condenado a muerte en ausencia por un tribunal francés y ejecutado al terminar la guerra.

La misma suerte corrió el irlandés de nacimiento y ciudadano británico William Joyce. Antes de establecerse en Alemania, en 1939, había pertenecido en Londres a un activo grupo fascista. Pronto fue nombrado locutor y comentarista de las emisiones de ultramar en las emisoras del Reich, que desde 1940 transmitían nueve veces al día noticias en lengua inglesa desde los estudios de Hamburgo y Bremen. Joyce fue apodado en Inglaterra «Lord Haw-Haw»: un periódico inglés lo llamó así una vez debido a su modo peculiar de hablar.

Sus emisiones fueron pronto conocidas en Inglaterra. Durante los largos meses de la guerra de posiciones, en los que lo único digno de mención era el apagón total de las luces, que no debían filtrarse a la calle, un 25% de los adultos británicos oían los jocosos y mordaces comentarios de «Lord Haw-Haw» sobre los políticos ingleses y sus supuestos vicios y crímenes. La BBC tuvo pronto que establecer un programa de música ligera a las 21,15 para distraer la atención del público de «Lord Haw-Haw». Según una consulta popular de la época al «Lord» le oían en Inglaterra más hombres que mujeres, y eran más numerosos los mayores de 50 años que los jóvenes. 58% de los interrogados daban por sentado que los comentarios eran falsos, pero los encontraban divertidos; 29% deseaba conocer la opinión alemana; 6% se sentían influidos por lo que decía «Lord Haw-Haw», pensaban que lo que decía era cierto. Pese a todo, Joyce se había ganado la caja de cigarros que le enviaron Goebbels y Göring en las Navidades de 1939. Goebbels gustaba de favorecer la difusión de noticias que podían desmoralizar al enemigo y Joyce tenía mucho que ofrecerle en este sentido. Sabía impresionar a los oyentes de un distrito concreto, como Wolverhampton o Cambridge con detalles precisos de su ciudad y de los alrededores. Así decía por. ejemplo: «Sabemos que el reloj del ayuntamiento de X va quince minutos adelantado.» O anunciaba un ataque aéreo alemán a un distrito concreto de Londres y añadía: «No os preocupéis más de que la Hight Street en Orpington sea tan estrecha, nuestros pilotos están dispuestos a arreglar el problema...»

Mientras «Lord Haw-Haw» intentó ridiculizar a míster Chamberlain, los ingleses no se sintieron afectados, pero cuando el «Lord» intentó hacer lo mismo con su sucesor Churchill y la guerra se fue poniendo en el país cada vez más al rojo vivo, los ingleses fueron perdiendo el interés por escuchar Radio Bremen. De la curiosidad pasaron al desprecio y a la indiferencia.

Exagerar cuanto sea posible

William Joyce actuó también en las cinco emisoras clandestinas llamadas de la «concordia», creadas por Goebbels en 1940 como arma contra la libertad inglesa de opinión.

En contra de la llamada «propaganda blanca» que se presentaba como tal, como la realizaban la BBC o la Radio Alemana, había otra «negra» —clandestina— que se filtraba como si fuera en realidad una emisora más del enemigo. Así operaban las emisoras secretas nacionalsocialistas desde suelo alemán, pero diciendo que lo hacían desde las islas.

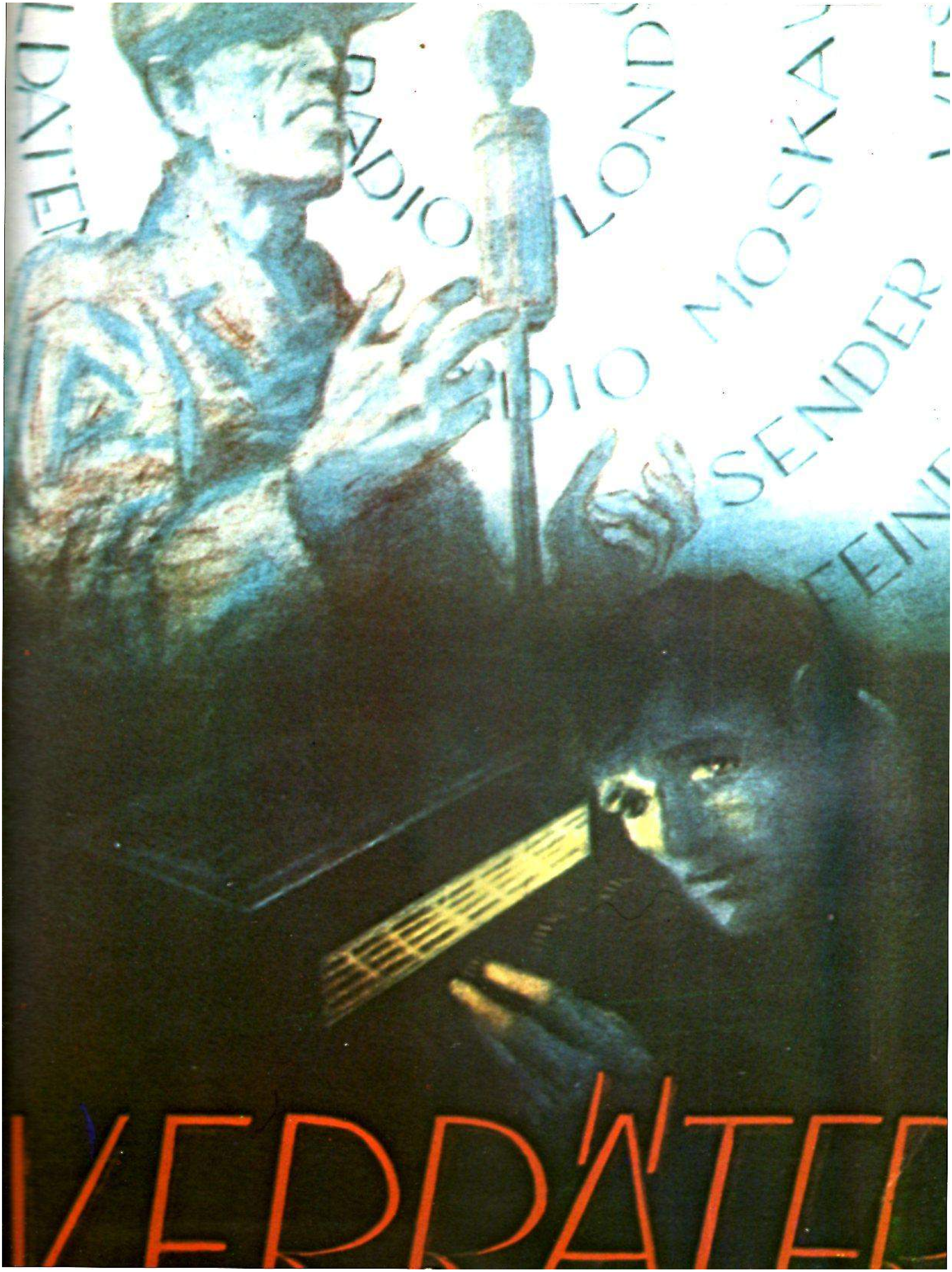
La más importante de las radioestaciones de este tipo fue la New British Broadcasting Station (NBBS). Trabajaba desde Prusia Oriental y terminaba todas sus emisiones con el himno nacional británico. La estación pedía el entendimiento con Hitler. Más belicoso era el tono de Radio Caledonia, que decía radiar desde Escocia y que comenzaba sus emisiones con el himno escocés «Auld Lang Syne» y trataba de enzizañar las relaciones entre ingleses y escoceses. Esta misma táctica la cultivaba una estación que emitía en galés y decía funcionar en el país. Una cuarta estaba dirigida a los trabajadores y trataba de ganarse a sus oyentes, incluso recurriendo a un lenguaje obsceno, para que se levantaran contra la plutocracia. Por último emitía también una emisora para los oyentes cristianos y pacifistas.

Cuando todo el mundo esperaba la invasión de Inglaterra, Goebbels, en una conferencia de prensa celebrada en su Ministerio el 24 de julio de 1940 dio instrucciones precisas a las emisoras «blancas» y «negras». Para las «blancas» el objetivo era combatir la plutocracia e intentar aterrorizar a los oyentes con lo que se avecinaba. «En esto hay que exagerar cuanto sea posible.»

Para las emisoras clandestinas, la consigna era no darse a conocer nunca como alemanas, para lo que debían intercalar algún ataque contra el nacionalsocialismo. Al mismo tiempo debían propagar el pánico de tal manera que cuando llegara el golpe contra Inglaterra encontrara ya el terreno psicológicamente preparado. Pero como la invasión alemana no llegó a realizarse fue imposible saber el valor de la acción de las emisoras clandestinas. Mientras William Joyce causaba impresión con sus acertadas informaciones y su buen tino, el resto de las emisoras clandestinas no pasó de un tono mediocre, llamando la atención por lo mal informadas que se encontraban de los asuntos ingleses en los que quería influir.

Del lado inglés las emisiones alemanas de la BBC no podían eludir el hecho de que, durante la primera fase de la contienda, Inglaterra había sido puesta a la defensiva. En la debilidad, el mejor remedio político es la sinceridad y nunca el engaño. Y si bien en el servicio europeo de la BBC no faltaron errores y exageraciones, por ejemplo en las noticias sobre los bombardeos ingleses a las ciudades alemanas o sobre los aviones germanos derribados sobre territorio inglés, la BBC se fue haciendo con un auditorio en el continente —sobre el que pesaba la prohibición de escuchar emisoras no nacionales bajo severísimas penas—, que consideraba a la emisora inglesa como digna de toda confianza. Lindley Fraser, antiguo profesor de una universidad escocesa y comentarista del servicio alemán de la BBC, no se cansaba de repetir que era preciso no ocultar o retocar la verdad. Tras la conquista de Singapur por los japoneses a principios de 1942, Fraser comparó la ocupación

***«TRAIDORES»:** Cartel advirtiendo de los peligros que suponía escuchar la radio enemiga. Al que se le sorprendía en los tiempos de la guerra total podía contar con la pena de muerte. Con objeto de tener más atado al pueblo, Hitler era partidario de la radio por cable; el no haberla conseguido antes de la guerra fue uno de los más notables fracasos del ministerio de Propaganda. Para el futuro estaba programada como algo ineludible.*


RADIO
SENDER
FEIND
VERRÄTER

Peligrosa propaganda enemiga

En un comunicado secreto dirigido a los jefes y subjefes de las unidades alemanas combatiendo en el frente occidental, advertía el teniente Herbert Schwan, cronista de guerra, de los peligros que encerraba la propaganda enemiga difundida por la llamada «Emisora del Soldado de Calais». Sefton Delmer que fue durante el transcurso de la guerra responsable de esta emisora felicitó al terminar la contienda al teniente Schwan porque había sabido interpretar plenamente los fines y el estilo de la emisora.

Dentro de la zona en que se mueve nuestro Ejército –cada vez con más nitidez– es posible oír los programas de una titulada «Emisora del Soldado, Calais». La manera en que esta emisora lleva a cabo su propaganda puede ser calificada de muy peligrosa, ya que difícilmente será reconocida por naturalezas primitivas. La emisora mezcla noticias ciertas con otras falsas y tiene por costumbre dar a conocer al principio de la emisión los partes de la *Wehrmacht* y la concesión de condecoraciones. Con ello consigue ganarse no una cierta confianza sino la confianza plena de una numerosa parte de sus oyentes.

Las noticias falsas las coloca la emisora entre las verdaderas sin el menor comentario y de una manera sencilla y directa de modo que sean fácilmente digeribles. Otro de los trucos consiste en pasar después de alguna de ellas un poco de música de modo que el oyente tenga tiempo de darse bien cuenta de lo que le acaban de decir.

Como ejemplo de la forma en que la emisora difunde falsas informaciones a sus oyentes, cito la noticia siguiente en su forma no textualmente original, pero conservando el sentido de sus palabras:

«La administración de los preventorios infantiles nos comunica una buena noticia para los padres de familia. Según ella las defunciones causadas por la epidemia de difteria han descendido de 548 a 372 a la semana. Pese a la falta de medicamentos y médicos se tiene la firme seguridad de que podrá ser mantenida esta relativa baja tasa de defunciones».

Es todo.

Esta noticia que suena a cierta y que es falsa en todos sus puntos termina actuando como un veneno en el corazón de nuestros soldados que la aceptan como buena y que quizás muchos de ellos tienen a sus hijos en algún preventorio. El mismo efecto causan los partes sobre fantásticos bombardeos de nuestras ciudades que nunca han tenido lugar, pero que se dan a conocer con todo detalle y simplicidad, sin olvidar evocar «el valiente comportamiento de nuestros cazas que lograron derribar tantos bombarderos angloamericanos».

La emisora enemiga sabe perfectamente cuáles son sus objetivos. Ha hecho suyos los conocimientos de Adolf Hitler citados en el capítulo VI de su libro «Mein Kampf»: «La propaganda no tiene nada de inteligencia científica –la propaganda tiene tan poco de ciencia como los carteles de arte–, la propaganda debe estar dirigida a las masas, y mucho más a la emoción que a la razón.»

Para contrarrestar el veneno que vierte la propaganda enemiga es precisa una acción aclaratoria. Acción que debe llevarse a cabo por pequeños grupos y de manera directa. Haciendo ver a los soldados que se trata de una emisora montada por la propaganda enemiga.

Esta acción sobre la Emisora del Soldado, Calais, debe llevarse a cabo sobre todo con los soldados más elementales y primitivos, aquellos que se creen todo sin pararse a pensar si es o no cierto y lo creen porque se trata para ellos de una emisora alemana y porque el material que propaga se presta al engaño. Este mismo soldado es el que se encarga más tarde de propagar entre sus camaradas lo que ha oído. Y al mismo tiempo debe dirigirse la acción a aquellos soldados que pese a que han reconocido que se trata de una emisora enemiga la continúan escuchando por diversión, aburrimiento o necesidad de sensacionalismo. □

con un dique que impedía la marcha de los nipones hacia la India y Australia. El dique acababa de saltar hecho pedazos y la corriente de las tropas japonesas podía fácilmente extenderse hacia el océano Índico.

Al principio los comentarios en lengua alemana de la BBC eran muy secos y atraían poco. Pero con el tiempo los ingleses se dieron cuenta de que entreteniendo a sus oyentes podían aumentar la audición e influir en ellos. A partir de 1941 escenificaron una serie de guiones radiofónicos que fue muy apreciada por el público. Los textos estaban escritos en su mayoría por escritores alemanes exiliados que junto con la prensa alemana disponían de material secreto de información, lo que les permitía ser actuales y eficaces.

Una serie de personajes típicos se fue haciendo con las simpatías del auditorio. Frau Wernicke, por ejemplo, una lavandera berlinesa llena de gracia que no acababa de admitir como buenos a los delirios nacionalsocialistas de grandeza. Frau Wernicke se acordaba perfectamente de los días de la primera Guerra y aprovechó el cumpleaños de Hitler en 1941 para lanzar una mirada retrospectiva: «Yo he sido testigo de todo aquello, no puedo deciros el júbilo que reinaba allí, mucho más que ahora. Y mi Gustavo se encontraba exactamente en ese momento en los Balcanes. Todo resultaba muy hermoso. Muchos amigos quedaron allí para siempre por el Káiser y la patria, mientras que ahora mueren por el *Führer* y la patria... Las banderas y los periódicos... todo lo mismo que hoy, salvo que en aquellos tiempos no había radio, ni Goebbels siquiera. Y un buen día se terminó todo pese a que el Adolf también estaba allí.» En otro tono se transmitían desde un café berlinés los diálogos de Kurt y Willi. El honesto militante del partido, profesor Kurt Kruger y su cínico amigo Willi Schimanski, del Ministerio de Propaganda. Dos buenos actores, Peter Ihle, que había pertenecido al conjunto berlinés de la Volksbühne, y Fritz Wendhausen, interpretaban los papeles. Muchos años después decía Konrad Adenauer que Kurt y Willi habían sido sus preferidos durante la guerra.

Y por último estaban las «Cartas del cabo Hirnschal a su mujer en Zwiefelsdorf». El cabo informaba a su fiel Amalia, en un tono mezcla de sentido común, picardía y humor, sobre sus vivencias en el campo de batalla ruso. La vida cotidiana en la estepa soviética

Un alto en el camino. Mientras esperan la orden de proseguir su marcha los soldados han sacado el aparato de radio y escuchan las noticias que transmite la Radio Alemana.



sonaba en sus cartas de una manera muy diferente al tono heroico empleado por el Ministerio de Propaganda sobre los mismos acontecimientos. En una ocasión en que la compañía de Hirnschal hace un alto en la marcha para escuchar en la radio un discurso del *Führer*, los soldados aprovechan la pausa para matarse los piojos. Junto al programa oficial en lengua alemana transmitido por la BBC trabajaron más tarde otras emisoras clandestinas. Su jefe y maestro era Sefton Delmer. Hijo de un australiano, profesor de lengua inglesa en las universidades alemanas, se educó en Alemania antes de la primera Guerra y hablaba perfectamente alemán. En su juventud había sido periodista de éxito en el «Daily Express», de la cadena de Lord Beaverbrook. Durante los años treinta Delmer había entrevistado varias veces a Hitler para su periódico.

Gustav Siegfried Eins

«La propaganda clandestina», afirmaba en 1941, debe ser inteligente y no poseer muchos escrúpulos. Debe estar destinada a engañar al enemigo y a doblegar su capacidad moral de resistencia. Las emisoras «negras» debían perseguir fines patrióticos. No debían atacar al *Führer*, ni a sus ministros, pero sí ensañarse con los cargos medios e inferiores, con los bonzos del partido. Al contrario de los programas oficiales de la BBC, las emisoras clandestinas mezclaban las noticias ciertas con las falsas utilizando un lenguaje directo. Perseguían chocar al oyente tanto con el fondo como con la forma e indisponerle con el sistema reinante en su país.

Los programas de las emisoras clandestinas británicas empezaron a funcionar el 23 de mayo de 1941, dejando oír por primera vez la voz del «Jefe» por la estación «Gustav Siegfried Eins» por onda corta. El Jefe se expresó en términos muy radicales sobre el reciente vuelo de Rudolf Hess, lugarteniente del *Führer*, a Escocia. Debido a ello Hess había caído en desgracia con Hitler y Göring. «Ese tremendo arrogante, no es precisamente el peor. En los días del *Freikorps* –cuerpo de voluntarios– supo permanecer fiel, pero tiene como toda esa banda de vagos, locos, intrigantes y bolcheviques de salón que componen nuestro gobierno, los nervios demasiado débiles para aguantar una crisis. En el momento en que se enteró del lado amargo de algunas cosas que se nos vienen encima, ¿qué hizo? Perdió la cabeza, se guardó un par de píldoras hormonales y una bandera blanca en su maletín y dio el salto... Sin pensar que es portador de los más altos secretos del Reich y que a estos miserables ingleses no les va a costar mucho sacárselos del cuerpo...

Al parecer, «Gustav Siegfried Eins» respaldaba la política de los elementos más conservadores del Ejército y del Partido. Sefton Delmer ha contado después de la guerra por qué en esos programas se atacaba al Partido y a la *Wehrmacht* y se la presentaba siempre como un conjunto de valerosos, honestos patriotas alemanes. Se atacaba a los funcionarios del Partido porque, en opinión de Delmer, «esos fanáticos seguidores de Hitler, resueltos a todo, realizaban un gran trabajo y eran la fuerza motriz que movía al pueblo alemán en una guerra que nunca había deseado». Presentaba a estos funcionarios como gente corrompida y privilegiada que exigía todo del ciudadano medio pero que no estaban dispuestos a realizar el menor sacrificio. En los a menudo picantes chismes de «Gustav Siegfried Eins» –así como en los transmitidos por sus sucesores «Kurzwellensender Atlantik», destinada a los marinos alemanes, y «Soldatensender Calais»– se glosaban las andanzas de los jefes locales del Partido, alcaldes y *Gauleiters*, ofreciendo un contraste entre sus palabras y sus hechos. No faltaban los detalles sobre su vida sexual. Muchas historias se inventaban, otras se basaban en informaciones ciertas que hacía llegar el servicio secreto británico a las emisoras. También jugaban un papel importante las cartas alemanas dirigidas a países neutrales e interceptadas por los ingleses. Por ejemplo una carta de la esposa americana de un industrial de Colonia que contaba a su amiga en Nevada todos los detalles de una fiesta organizada por el alcalde nacionalsocialista de la ciudad Winkelkämpner. Había sorprendido a sus invitados con un pastel que representaba a la famosa catedral y esto pocos días después de que fuera reducida la ración a todos los alemanes. Lo del pastel era mentira, pero la fiesta se había celebrado real y verdaderamente.

En la lucha del éter la técnica jugaba también un importante papel. Con la ayuda de un teletipo del DNB –del servicio alemán de noticias– consiguieron los ingenieros ingleses y los agentes británicos del servicio secreto recibir todos los comentarios y noticias de Goebbels, así como sus instrucciones a los periódicos, al mismo tiempo que las redacciones de los diarios y emisoras alemanas. De esta manera Lindley Fraser en la BBC podía contestar ya la noche anterior al artículo de Goebbels que aparecería al día siguiente.

Pero los grandes dolores de cabeza se los proporcionó al mando alemán la «Soldatensender Calais». Ya el 28 de noviembre de 1943, pocos días después de que iniciara sus programas, escribía Goebbels en su diario: «Grandes preocupaciones nos causa una llamada 'Soldatensender Calais', puesta sin duda en marcha por los ingleses y que transmiten en la misma onda de las emisoras alemanas durante los ataques aéreos. Por medio de ella llevan a cabo una inteligente propaganda y después de escucharla se nos puede reprochar el que los ingleses están perfectamente al corriente tras un bombardeo de lo que han destruido y de lo que no han destruido en Berlín.»

Unos meses más tarde, en marzo de 1944, un informe de la jefatura de las SS, departamento Munich, admitía que el pueblo oía cada vez más la «Soldatensender Calais» sobre cuya nacionalidad no estaba muy seguro. Esta estación realiza un trabajo psicológico sin paralelo gracias a la técnica de presentar una serie de noticias tomadas textualmente del servicio alemán oficial y a mezclarlas con otras más o menos tendenciosas. Los propios oyentes se explican que si las noticias de la «Soldatensender Calais» tienen una fuerza de la que están desprovistas las que transmiten los normales servicios alemanes, esto se debe a que no se puede ofrecer al soldado que combate en el frente la misma propaganda que se difunde en la retaguardia. Frente al soldado hay que emplear la verdad. El informe continúa diciendo que la emisora con sus noticias sobre el estado del frente y la retaguardia está creando una gran intranquilidad en el pueblo, que cree lo que dice la emisora porque muchas de sus noticias se han demostrado que eran verdad.

Otro motivo del éxito de la emisora fue la utilización creciente de los prisioneros de guerra que se declaraban enemigos del régimen de Hitler y que fácilmente podían influir con sus palabras a los oyentes. Sin duda ninguna fue esta emisora la que más éxito cosechó entre las clandestinas. En los últimos tiempos pasó a llamarse «Soldatensender West». Hay que considerar también que era menor el riesgo que se corría escuchando una emisora que se suponía alemana, que oyendo los programas en lengua alemana de la BBC considerada como estación enemiga. □

Roosevelt presiona en favor de la guerra

Cuando en 1936/37 se constituyó el triángulo formado por Berlín, Roma y Tokio, el entonces embajador americano, Grew, definió la nueva constelación con estas palabras: «Si se analiza la combinación triangular recién formada... puede apreciarse de inmediato que no se trata de un grupo puramente anticomunista, sino que su política y su práctica contradicen las de las potencias democráticas... Se trata, en realidad, de Estados que se orientan al derrocamiento del *status quo*. Es, en pocas palabras, una alianza de los 'desposeídos' contra los 'poseedores'.» En efecto, Alemania, Italia y Japón estaban dispuestos a trastocar fundamentalmente el *status quo* a efectos de la distribución del poder y del espacio vital. El objetivo de Hitler era la creación del «Gran Reich germánico»; Mussolini soñaba por su parte en el «Imperio romano mediterráneo»; y Japón buscaba instaurar «la esfera del bienestar de la Gran Asia». El contrincante más consecuente y decidido de estos tres países eran los Estados Unidos del presidente Roosevelt. Pero el objetivo de Roosevelt no apuntaba tan sólo a la eliminación de las ideologías autoritarias y totalitarias de nuevo cuño y de sus ambiciones expansionistas. Ni tan siquiera perseguía la estabilización o, si se quiere, la restauración del *status quo* en favor de las potencias europeas estables y de sus colonias. En América no interesaba esto. Roosevelt pretendía un orden universal plenamente nuevo que se derivase de la integración económica mundial bajo la égida americana.

La competencia, en Asia, procedía de Japón y, en Europa, de la Alemania del proteccionismo y la autarquía. Pero al tiempo también los grandes mercados coloniales de África y el sur de Asia se mantenían cerrados para los norteamericanos. Si Estados Unidos entraba en la guerra –y Roosevelt estaba resuelto a ello desde hacía tiempo– entonces se lograría una paz que reportaría buenos intereses a los norteamericanos. Los mercados de las colonias y los de Europa se abrirían a la industria de los Estados Unidos.

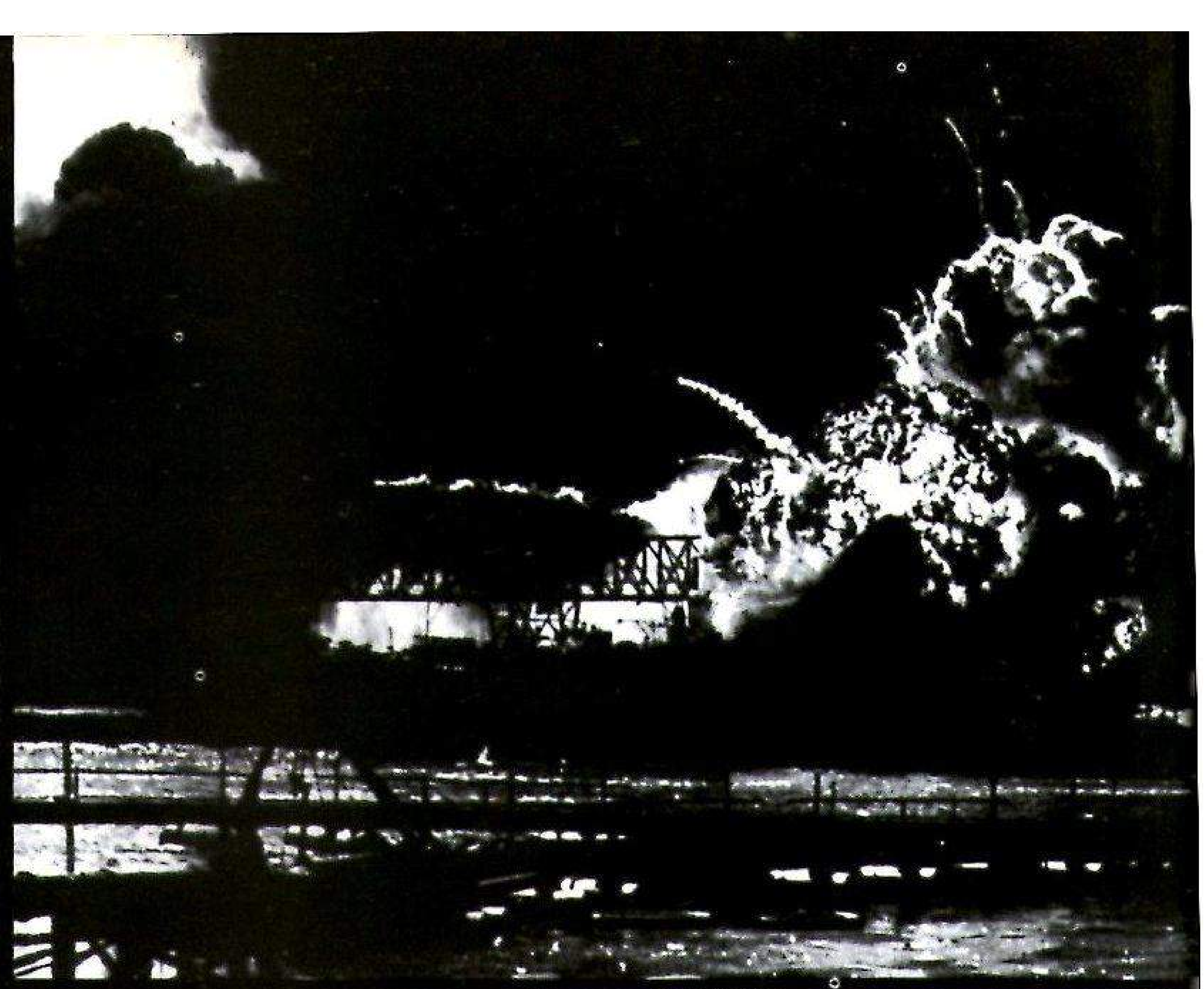
La ocasión anhelada para entrar en la conflagración fue el ataque japonés contra Pearl Harbor, después de que Roosevelt hiciese todo lo posible para provocarlo. Cuando el Japón imperialista, afectado por su enorme población y la carencia de materias primas, comenzó en julio de 1937 a orientar su poderío militar contra China, con el fin de anexionarse amplios territorios, los Estados Unidos, imperialistas como el que más, se sintieron provocados. Inmediatamente el Gobierno nacionalista chino del mariscal Chiang Kai-Shek recibió el apoyo político y material de Norteamérica. Tras la ocupación del norte de China, de una gran parte de China central y de la mayoría de los puertos del Sur, el avance de las tropas japonesas quedó detenido. Tokio buscó entonces una salida política para aquella complicada situación militar. En principio, se intentó una aproximación a los Estados Unidos. Pero Norteamérica, que pronto sería potencia mundial, no abrigaba interés alguno, por el momento, en establecer un tratado de paz. Cuanto más tiempo estuviese comprometido militarmente en China el Japón, único país que podría ejercer una competencia en el espacio del Pacífico y Asia oriental, tanto más se debilitaría Tokio. Y, en cambio, una China victoriosa gracias a la asistencia norteamericana, pero asolada e hipotecada, se convertiría en un país dependiente de los Estados Unidos. «El inmenso mercado de China, que desde hacía largo tiempo trataban de conquistar las potencias coloniales europeas, caería al fin en las manos de los norteamericanos y se abriría a su industria en expansión, al tiempo que proporcionaría materias primas y oportunidades de ventas.» (1) Cuando el propio Chiang Kai-Shek aceptó una mediación de Norteamérica en el conflicto con Japón, el secretario de Estado para AA EE de Washington, Hull, prohibió a sus diplomáticos que estableciesen compromisos entre los dos contendientes. El intento de Japón en el sentido de solucionar el problema de China con la constitución de un Gobierno fantasma en Nankín recibió como respuesta norteamericana el envío a Chiang Kai-Shek de un nuevo crédito por valor de 100 millones de dólares. A pesar de las advertencias de jefes militares norteamericanos, recelosos de que se produjese una guerra en dos océanos, Roosevelt intensificó gradualmente su presión sobre Japón. Así se interrumpió la exportación de bombas hidráulicas y de equipos destinados a la elaboración de aceites lubricantes para motores de avión y se redujeron drásticamente los envíos de hierro y bronce, cobre, latón, cinc, níquel y potasas. Finalmente, los Estados Unidos decidieron un embargo total. Las ofertas de petróleo, de vital importancia para Japón, desaparecieron y las cuentas bancarias cuyos titulares fuesen japoneses, abiertas en bancos norteamericanos, quedaron congeladas. Con todo, las fuerzas moderadas de Tokio continuaron buscando un arreglo con Washington. Hasta finales de noviembre de 1941, es decir, hasta la misma víspera del ataque japonés contra Pearl Harbor, se prolongaron las conversaciones entre los dos países, fracasando siempre por la dura actitud de Roosevelt. A las proposiciones modificadas de los japoneses seguían implacables contraofertas norteamericanas. Roosevelt no está dispuesto a ningún compromiso. El que se estableciese cierto predominio japonés en el espacio del Pacífico y Asia oriental era algo que no admitía negociaciones. Mientras tanto, en Tokio iba creciendo el convencimiento unánime de que Washington no buscaba en modo alguno una solución pacífica, sino que, por el contrario, trataba de neutralizar a Japón como gran potencia mediante una implacable guerra comercial. En estas condiciones era obvio que Japón terminaría por luchar: de eso se estaba seguro en Washington, y así se preveía con minuciosidad. «La única pregunta –anotaría el ministro de la Guerra norteamericano, tras una reunión del Gobierno el 25 de noviembre de 1941– era cómo tendríamos que actuar para que Japón efectuara el primer disparo.»

C. Z. □



Los múltiples rostros del presidente norteamericano Roosevelt no lograban ocultar que, en el fondo, lo único que éste perseguía era el predominio de los Estados Unidos.

[1] Bernd Martin: «Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Weltkrieg», Dusseldorf (Droste Verlag) 1974





En las últimas noches, el vicealmirante Nagumo se encontraba inquieto en su camarote, a bordo del portaaviones japonés *Akagi*, y no cesaba de pasear arriba y abajo. Al fin, el 2 de diciembre de 1941, pudo verlo todo claro. Ese día se le entregaba un telegrama cuyo contenido era el siguiente: «*Niitaka Yama Nobore*» («Escalad el monte Niitaka»), texto clave para la puesta en marcha del ataque contra Pearl Harbor. Seis días atrás, Nagumo había abandonado el puerto de concentración, en las Kuriles, con su armada completa: en total seis portaaviones, dos acorazados, dos cruceros pesados y uno ligero, nueve destructores y tres submarinos. Los 423 aviones distribuidos entre los primeros navíos, bombarderos en picado, bombarderos de ataque horizontal, cazas y cazas torpederos, constituían el mayor potencial aéreo trasladado por mar. Veintisiete submarinos capaces de largas singladuras habían zarpado previamente para tomar posiciones en torno de las Hawai.

La navegación de la flota de portaaviones por la ruta del norte resultó penosa. Nieblas, un intenso frío y mar picada causaron un sinfín de problemas. Cuando Nagumo dio a conocer la misión a las dotaciones, el entusiasmo de todos fue incontenible. El 7 de diciembre por la mañana, con mar agitada, las formaciones de Nagumo tomaron posición de ataque a 270 millas al norte de Oahu. Aún no había amanecido. Los pilotos recitaron sus oraciones ante el altar sintoísta de a bordo, instalado en cubierta. Muchos de ellos lucían el *hashikami,* la cinta de los samurais, en torno al casco de vuelo. A las 6 de la mañana despegaban de los portaaviones los aparatos de la primera oleada de ataque.

PEARL HAR









BOR

En tres horas escasas, los aviones japoneses convirtieron en un verdadero infierno la base naval de Pearl Harbor. Una lancha procede a rescatar a los supervivientes (izquierda, abajo).

El destructor «Shaw» explota tras ser alcanzado por una bomba cuando se hallaba en dique seco. A la derecha, el acorazado «Nevada», igualmente alcanzado por un proyectil (izquierda, arriba).

Una lancha de bombeo trata de extinguir el incendio del combustible. Al fondo, la columna de humo del acorazado «Maryland», alcanzado por una bomba japonesa (derecha, arriba).

En la base de Ford Island fueron destruidos 33 aviones. Detrás, en la imagen, pueden apreciarse las enormes nubes sobre el acorazado «Arizona» (derecha, abajo).

Los dos motores del *B-17* («fortaleza volante») zumbaban con monotonía. Desde hacía varias horas el «Mary Anne» se encontraba en vuelo. La noche caía sobre el Pacífico. Parte de la tripulación dormitaba. Tan sólo el piloto, el radiofonista y el capitán observaban con atención los instrumentos. Para mitigar la rutina del vuelo, uno más –el «Mary Anne» se dirigía con otras ocho «fortalezas volantes» desde San Francisco a la base aérea de Oahu, en Hawai–, el radiofonista, Tom Shirer, se dedicó a recorrer la escala de las ondas. Sintonizó un poco de música de baile transmitida desde la costa occidental americana... algo en ruso... Tom bostezaba sin cesar. Su reloj, con esfera luminosa, indicaba las 7,50, hora de Hawai. Una hora después el avión debía tomar tierra en Hickham. Quizá se pudiese captar ya la emisora militar de Honolulú... De repente, Tom sintió una especie de sacudida que le hizo despertar del todo:
–¡Mensaje para el capitán, mensaje para el capitán!
–Oigo, Tom ¿qué ocurre?
–Escuche, señor...
A través de los auriculares se percibía nítidamente el rugir de motores de aviación, el tableteo de ametralladoras, y, a veces, algunas frases en japonés.
–Esto me suena un poco raro. ¿Tenemos información sobre maniobras japonesas por estos andurriales?
–No, señor. No entiendo qué puede ocurrir...
–¿Qué es lo que no entiendes, Tom?
–Pues que estoy en la frecuencia de nuestros muchachos en Honolulú. No cabe error posible.
–¡Rápido! ¡Comunica con la emisora!... Aquí 06455... aquí 06455... Llamando a Hickham... Pedimos información a tierra. Pedimos información a tierra, aquí 06455.
En los oídos del radiofonista se acumulaban los sonidos procedentes de los comandos japoneses. Y después, insistentemente, el grito de ataque nipón: «Tora, tora, tora.» «Aquí Hickham Air Base... Aquí Hickham Air Base... Desde hace diez minutos estamos sometidos a intenso fuego japonés. Denegados todos los permisos para tomar tierra en Hickham. Capitán, diríjase a la pista secreta 011. Haga todo lo posible por llegar con el 06455 hasta la pista 011.»
–¿Significa esto la guerra?
–En cualquier caso parece que estamos condenados a ella... y el primer golpe ha sido propinado por los japoneses... Corto.
Cuando el «Mary Anne» sobrevoló a máxima altura, exactamente 73 minutos después, la isla de Oahu, completamente inerme, puesto que en tiempos de paz el aparato no iba dotado de munición, se hizo oír la voz del capitán Steven McIntire:
–El capitán hablando a la tripulación. Todo listo para el aterrizaje. Emergencia... ¡Vengaremos a Pearl Harbor!
–¡Venganza para Pearl Harbor! –resonó la voz de todos en la cabina, a través del circuito de comunicación.
El vicealmirante japonés Nagumo se había servido de la emisora militar americana de Honolulú como referencia orientadora de los 214 aviones que envió en la primera oleada contra los estadounidenses desde sus portaaviones, situados a 270 millas de Pearl Harbor. Los aparatos que tomaron parte en la operación eran éstos:

- 40 aviones torpederos del tipo *Nakajima B 5 N 2* «Kate». Bajo sus alas pendía la temible «anguila» de 800 kilos, especialmente ideada para aguas poco profundas.
- Otros 50 «Kate» para bombardeo horizontal desde gran altura.
- 51 aparatos del tipo *Aichi D 3 A 2* «Val».
- 43 cazas del tipo *Mitsubishi A 6 M 2* «Zero», superiores a cualquier tipo norteamericano en velocidad, altura de vuelo y armamento.
- 20 cazas de construcción antigua, destinados a desorientar al radar norteamericano.

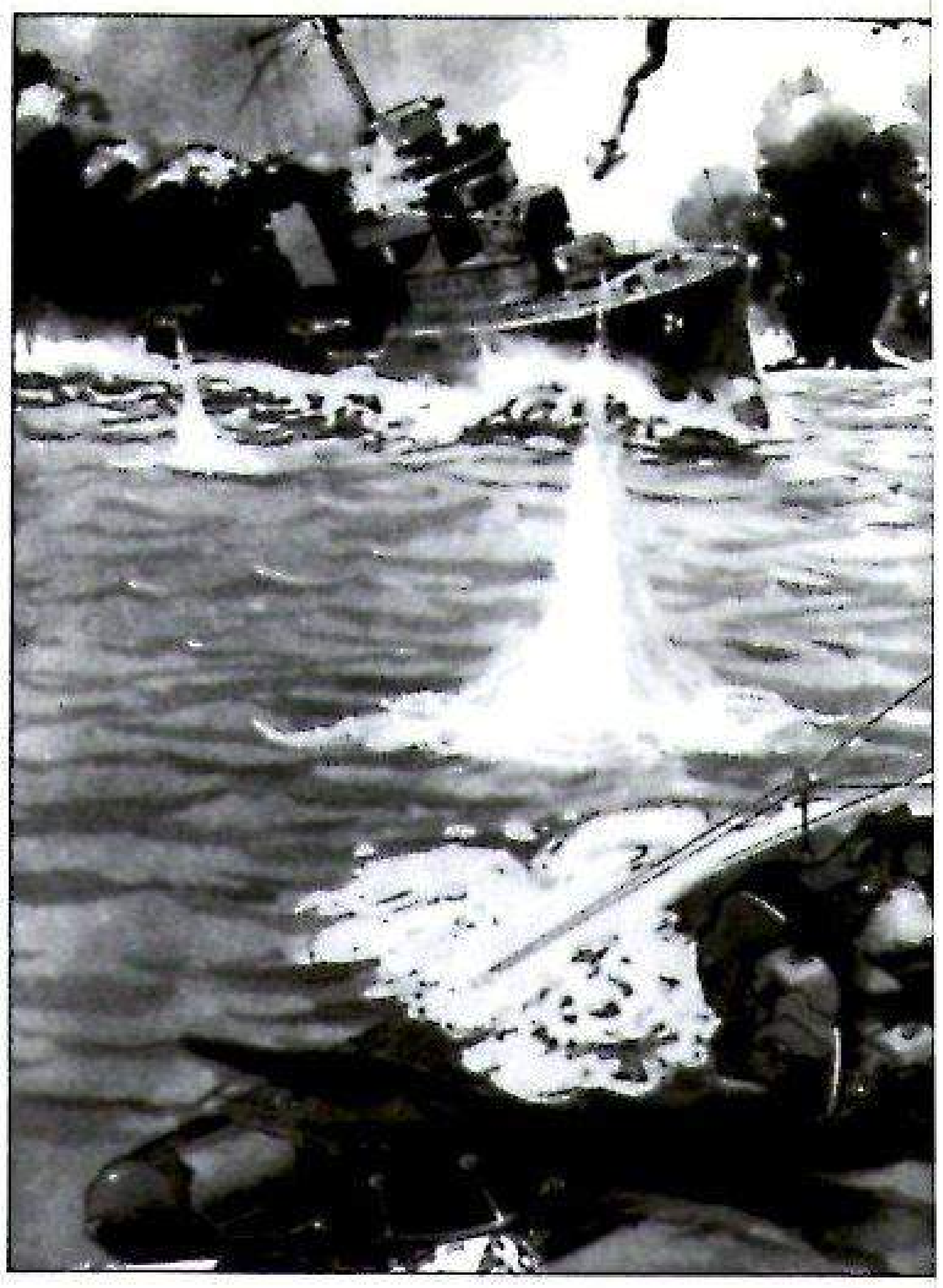
Una hora después despegaron estos otros:

- 54 cazas «Kate» de bombardeo horizontal.
- 41 bombarderos «Val».
- 36 cazas «Zero».

Hacia las 7,20 horas, las antenas del radar norteamericano, instaladas en una estación costera, detectaron aviones en vuelo. El oficial de guardia tranquilizó a su gente: con toda seguridad se trataba de las escuadrillas de «fortalezas volantes», entre ellos el «Mary Anne», que volaba desde California y que ya se esperaba.

«Todo está aún dormido»

A las 7,30, un marinero observó una escuadrilla de veinte o veinticinco aparatos que evolucionaban en círculo. Lo que no podía imaginar era que aquellos aviones fuesen enemigos.
A las 7,40, las unidades japonesas alcanzaban el vértice norte de Oahu. Con el fin de evitar ser detectados con antelación, los pilotos interrumpieron el contacto mutuo por radio.
A las 7,50, el teniente coronel Nakaya, jefe de cazas en esta primera oleada, restableció el contacto para anunciar: «Pearl Harbor ante nosotros, envuelto en la niebla. Todo está aún dormido.»
A las 7,53, el capitán de fragata Fuchida participaba a su portaaviones *Akagi*: «La sorpresa ha sido un éxito.»
A las 7,55 en punto comenzaba el primero de los cuatro ataques que realizarían los torpederos. Seis impactos



alcanzaron al acorazado *West Virginia*. Los proyectiles lo dejaron incapacitado para maniobrar y, por supuesto, para combatir.
Tres minutos más tarde, el contraalmirante Patrick Bellinger gritaba por los micrófonos de su cuartel general en la isla Ford: «Ataque aéreo contra Pearl Harbor. No se trata de un ejercicio de tiro.» La frase fue repetida con insistencia.
En ese mismo instante la guardia se disponía a izar la bandera norteamericana con la ceremonia habitual, como cada mañana a las 8. Mientras se procedía a pasar revista a los buques, anclados en el puerto, el oficial de guardia observó estupefacto cómo numerosos aviones torpederos se aproximaban en vuelo rasante y dejaban caer su carga mortífera.
Pocos segundos después, las explosiones se sucedieron en la bahía y en tierra firme, sobre los aeródromos en los que se alineaban los aviones norteamericanos como para una parada militar, casi tocándose las puntas de las alas unos a otros. En este preciso momento ni un solo aparato de los Estados Unidos había remontado el vuelo, ni un cañón había disparado un solo proyectil.
El primer ataque apenas duró media hora. Cuando la primera oleada de aparatos japoneses regresaba a sus puntos de partida, la mayor parte de los aviones norteamericanos alineados en las pistas de las bases aéreas se encontraban gravemente dañados o destruidos por completo. El *West Virginia* se incendió y terminó por hundirse. El *Arizona* sufrió el mismo fin y arrastró consigo al fondo del mar a más de mil marineros que no lograron salir a tiempo de la cubierta inferior. El *Oklahoma* zozobró, hasta el punto de

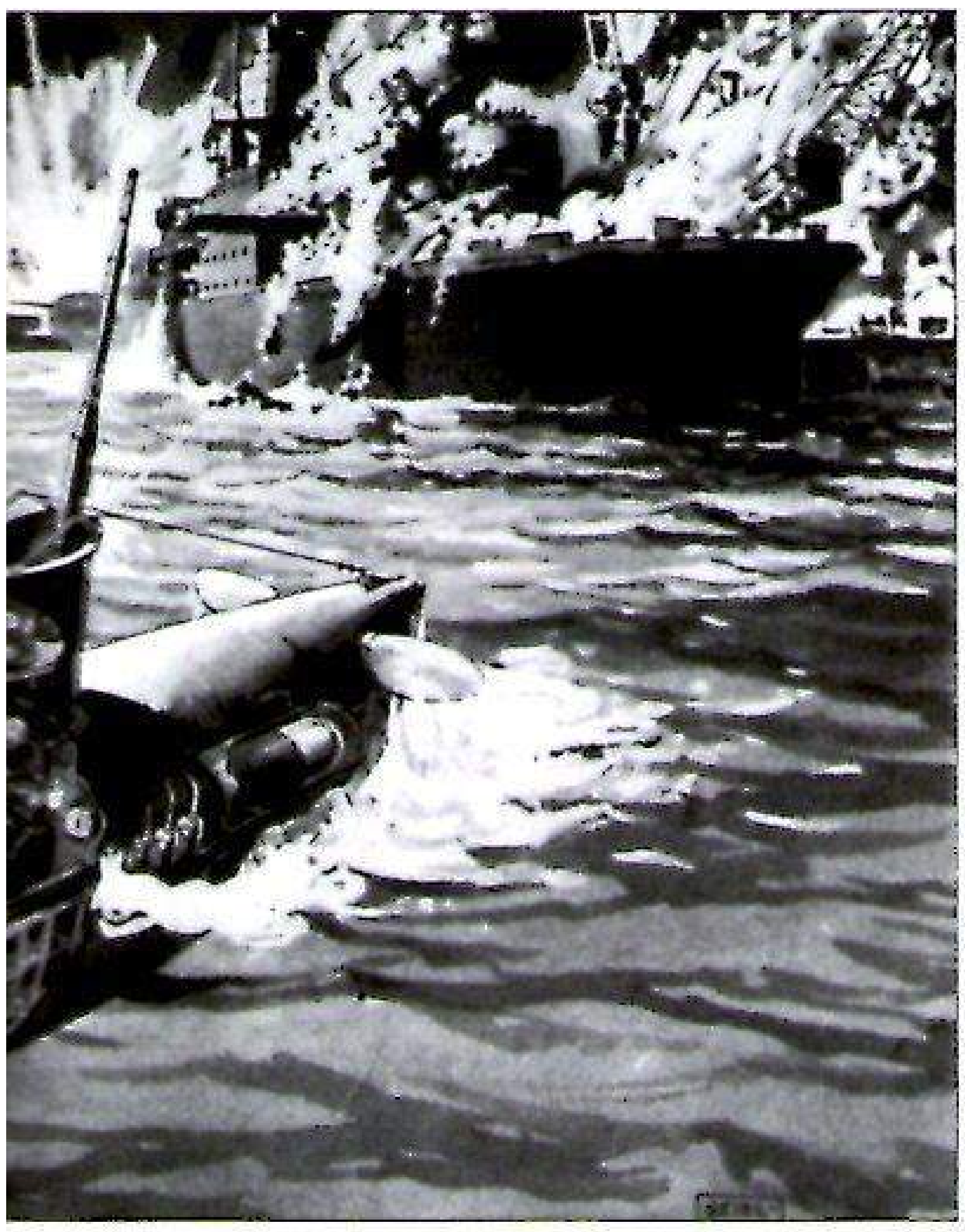


Imagen norteamericana de un submarino de bolsillo japonés. Durante el ataque nipón contra Pearl Harbor se emplearon cinco de estos sumergibles, que medían unos 15 metros de eslora, tenían una dotación de dos hombres e iban armados con dos pequeños torpedos. Los cinco desaparecieron sin haber disparado un solo proyectil.

que solamente la quilla sobresalía por encima de la superficie del agua. A bordo del *Tennessee* se desató un incendio como consecuencia del impacto de una bomba japonesa contra la torre de combate principal. La marinería del *California*, por su parte, trataba febrilmente de cerrar una vía de agua que al fin provocó el hundimiento del buque. Del *Utah* podía decirse otro tanto: su quilla emergía sobre las aguas. El *Raleigh* tan sólo se mantenía a flote por efecto de las amarras.

Tras una breve pausa volvió a reproducirse, hacia las 8,40, aquel infierno. Esta vez los bombarderos de ataque horizontal japoneses extendieron una verdadera alfombra de proyectiles desde una altura inalcanzable.

Detrás seguían los bombarderos de ataque y los cazas, que atacaban los puntos de apoyo norteamericanos con bombas y las armas de a bordo. A las 9,45 viraban los últimos aparatos japoneses, rumbo a sus puntos de partida.

Con todo, esa segunda oleada, dirigida por el teniente coronel Shimazaki desde el portaaviones *Zuikaku* contó con una mayor resistencia norteamericana. Se había tenido tiempo de colocar munición en los antiaéreos durante la breve pausa anterior, los servidores de estas armas habían logrado reunirse, quedaron montadas y servidas las ametralladoras, y por todas partes se veía a los hombres que se dirigían precipitadamente a sus posiciones, aunque, eso sí, en la mayoría de los casos armados solamente con fusiles y pistolas ametralladoras. La lucha se presentaba de todas formas sin esperanza alguna.

Cuando, poco antes de las 10, todo hubo pasado, se comprobó que también el *Pennsylvania* y dos destructores se habían convertido en pura chatarra en un dique seco. En el dique flotante cercano un destructor más había saltado por los aires. El *Nevada*, duramente castigado por los japoneses, parecía reunir sus últimas fuerzas para salir del puerto y embarrancar en la arena de la playa como última solución.

Honolulú, capital de las Hawai, distante unos 10 kilómetros de Pearl Harbor, apenas resultó alcanzada por los atacantes. Los pocos incendios declarados se debieron a disparos fallidos de los antiaéreos norteamericanos. A las 11,41, el gobernador de las Hawai se colocó ante los micrófonos de las emisoras de la radio local y declaró el estado de emergencia. Inmediatamente después, por orden del Ejército, las emisoras civiles interrumpieron su programación. Poco después de las cuatro de la tarde, los habitantes de las Hawai y de los Estados Unidos recibieron los primeros detalles de lo sucedido aquella mañana. Entre estos datos se incluía un balance de las bajas: 2403 muertos, de ellos 2008 oficiales y soldados de la Marina, y 1178 heridos.

Al mismo tiempo se imponía la ley marcial en la isla de Oahu. Los puestos de vanguardia norteamericanos, establecidos en la lejanía del Pacífico, se hallaban destruidos e inermes: los japoneses habían aniquilado los dos tercios del total de los aviones de la Armada, y la Aviación tuvo que reconocer que solamente contaba con 16 aviones en condición de poder realizar una operación de ataque. Mientras los americanos trataban de salvar lo que podían sin considerar la posibilidad de un nuevo ataque japonés, el vicealmirante nipón Chuichi Nagumo cometió un error irreparable: a pesar de que el capitán de fragata Fuchida, y la mayoría de su Estado Mayor, le apremiaban para que diese la orden de atacar nuevamente a los norteamericanos, el vicealmirante ordenó a las 13 h: «A toda máquina fuera de la posición actual. Curso noroeste.» El temeroso Nagumo sólo pensaba en huir lo antes posible del radio de acción de los bombarderos norteamericanos y regresar a Japón. Dos bombarderos nipones que, como consecuencia de lo repentino de la orden y de la interrupción de las comunicaciones por radio, se habían perdido al regreso de la operación, no lograron establecer contacto con su portaaviones y al fin se precipitaron en el mar.

Con ello perdió Nagumo la oportunidad de eliminar al *Enterprise*, que regresaba a Pearl Harbor desde Wake cargado de combustible. También podrían haber destruido los japoneses las gigantescas instalaciones de los norteamericanos para la reparación de buques. En pocas palabras: los nipones habrían podido obligar a los estadounidenses a replegarse a su costa occidental como línea primordial de defensa, y por un período de varios meses.

Con esta decisión, Nagumo dejó en una posición desairada a su propio comandante supremo, el almirante Yamamoto, que había prometido al país que destruiría la Marina norteamericana en un primer ataque. Realmente la Armada estadounidense había sufrido un rudo golpe –se encontraba *groggy*, por utilizar un término boxístico– pero no había sido abatida. Sin embargo, y a pesar de las pérdidas, el grueso de la marina se hallaba en disposición de entrar en combate. Para ello contaba con:

- 3 portaaviones
- 20 cruceros pesados y
- 65 destructores

Además, muchas de las unidades dañadas en el ataque japonés pudieron repararse en un trabajo febril:

- El *Nevada* se emplearía en la invasión de la costa del Atlántico y tomaría parte más tarde en el combate contra Iwo Jima, donde llevó a cabo un bombardeo implacable.
- El *California, Maryland, Pennsylvania, Tennessee* y *West Virginia* participarían en la batalla de las Filipinas.

Un grito de furor incontenible

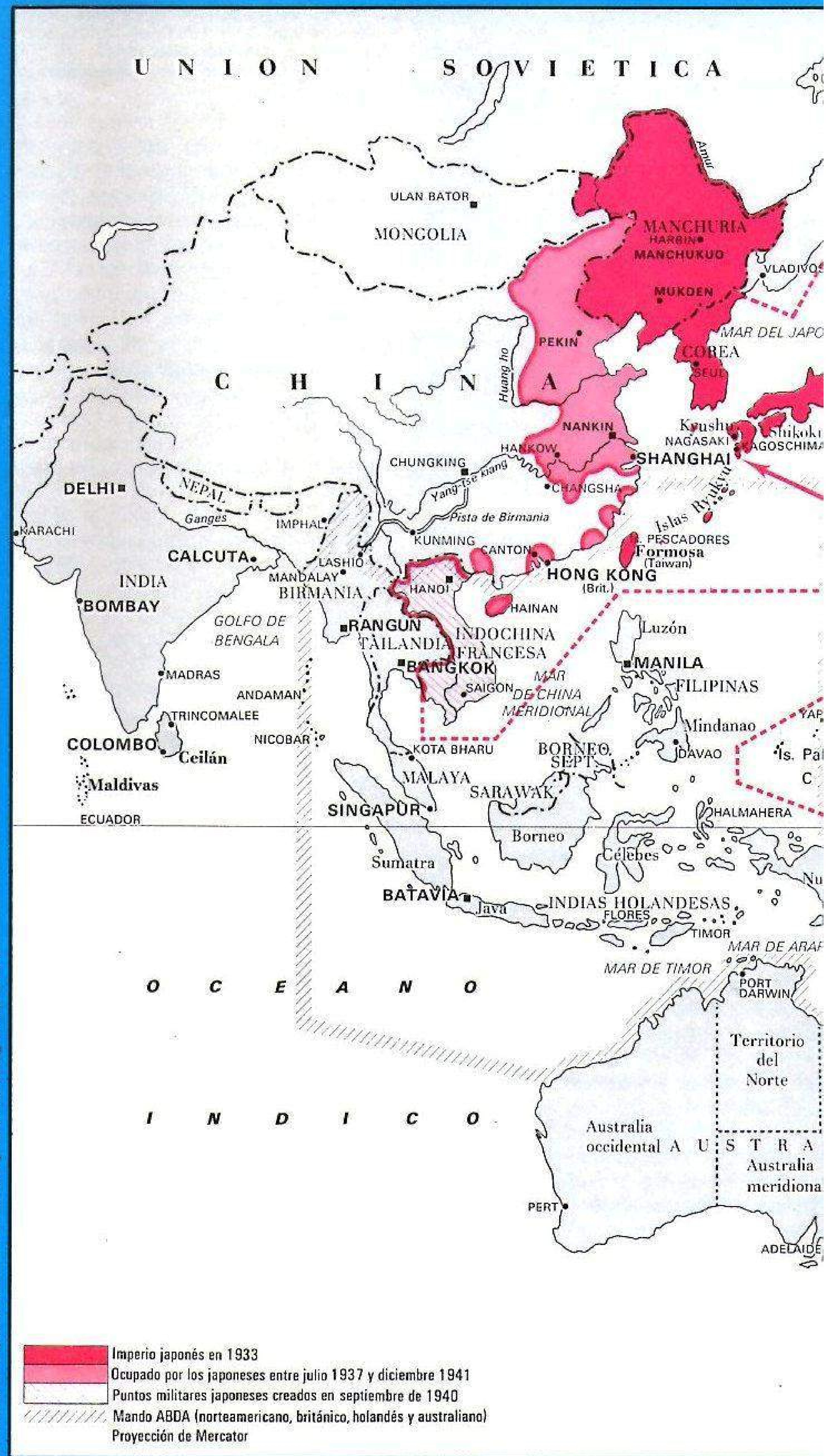
Puede que suene temerario o simplemente frívolo, pero es la pura realidad: para el presidente Roosevelt, elegido por tercera vez para el puesto, la agresión japonesa vino muy oportunamente. Por entonces los ciudadanos americanos estaban detrás de su Gobierno como si fuesen un solo hombre. La respuesta a lo ocurrido en Pearl Harbor no podía ser más que una: la guerra. Se llegaría tan lejos como no se podía imaginar pocas horas antes. Los Estados Unidos habían dejado de ser neutrales hacía algunos meses, mas para entrar en la contienda se hubiera necesitado aún algunos meses más. Los partidos aislacionistas eran un verdadero freno para aquellos que deseaban dar el último paso.

Las bombas de Pearl Harbor habían cambiado todo aquello de pronto. El 8 de diciembre de 1941, antes de que el presidente apareciera ante el congreso, los jefes de los aislacionistas, entre ellos Hoover, Lindbergh, Wheeler y otros, se pusieron a disposición del país. También antes de que Roosevelt condenara al enemigo públicamente, se

veía claro que el Senado votaría como un solo hombre en favor de la guerra. Asimismo, con anterioridad a la declaración de guerra por parte de Norteamérica contra Japón, y las correspondientes de Alemania e Italia contra los Estados Unidos –con lo que quedaría formado el cuadro de las confrontaciones de la segunda Guerra Mundial– se alzaba en el país un clamor incontenible contra los nipones. Más de cien mil japoneses, de nacionalidad norteamericana, fueron recluidos en campos de concentración, proscritos y perseguidos. Y cuando el contraalmirante William F. Halsy, en el puente de mando del *Enterprise,* volvía a entrar en Pearl Harbor, abarrotado de chatarra y casi destruido, no tuvo más que reflejar como un eco lo que se decía a gritos en toda Norteamérica:
«Hasta que no terminemos con ellos, solamente se hablará japonés en el infierno.»

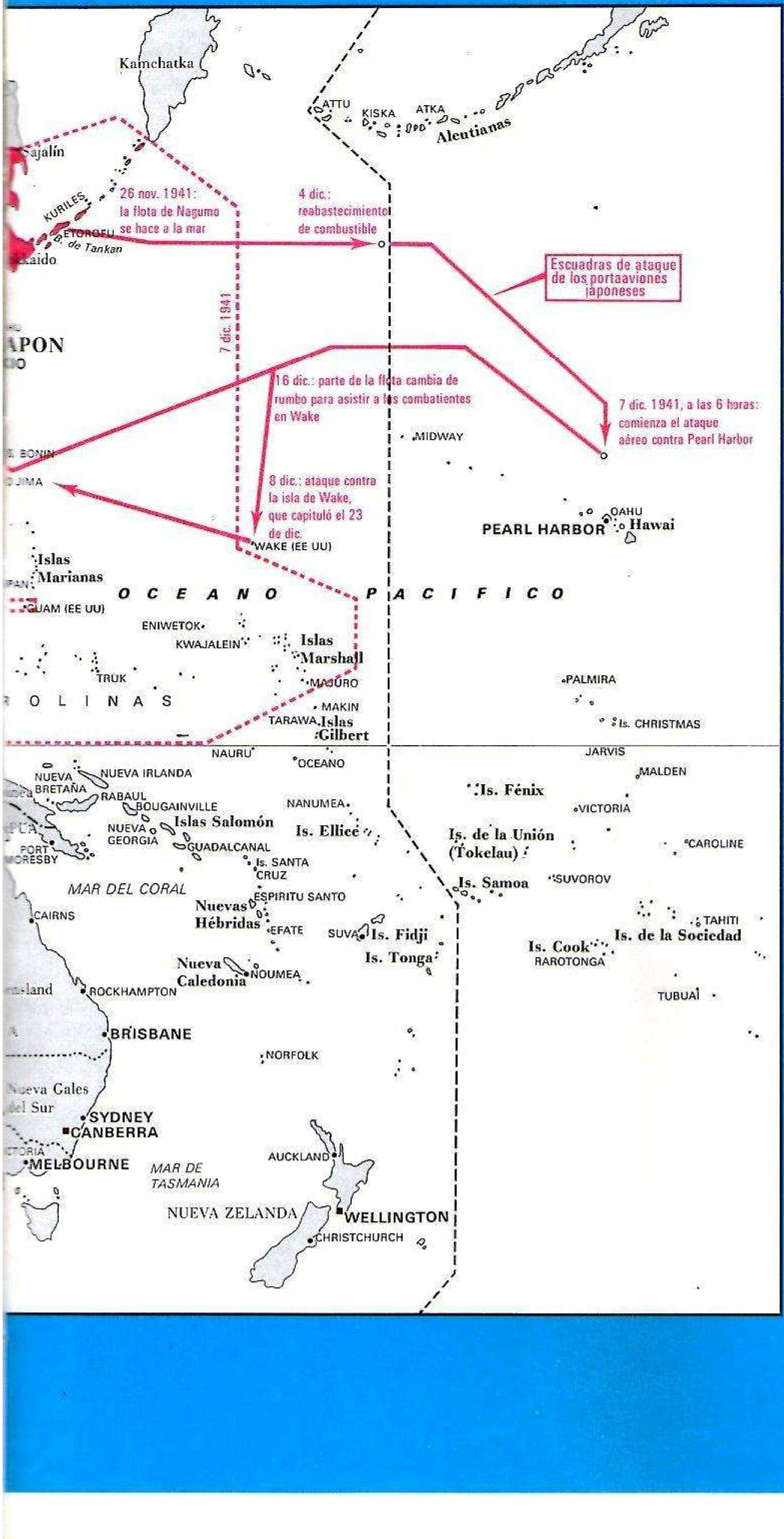
Churchill resplandeciente de alegría

En la Cámara de representantes de Washington sólo hubo una voz que se distanció del apasionamiento nacional: la de Jeanette Rankin, diputada por Montana. Esta solterona entradita en años agitó enérgicamente su cabeza, cubierta ya de cabellos grises, y votó en contra de la declaración de guerra... como ya había hecho en 1917.
A miles de kilómetros de distancia de Pearl Harbor y de Washington, un hombre daba gritos de alegría. Se llamaba Winston Churchill.
Aquel 7 de diciembre el premier británico tenía invitados a comer. Sus huéspedes eran el enviado especial del presidente Roosevelt, Averell Harriman, y el embajador de los Estados Unidos, John Winant. El tema fundamental de la conversación era el de África como escenario de la guerra y, también, el de la continuación de los envíos de ayuda norteamericana a Gran Bretaña. Como fondo de la acalorada conversación, el director de los servicios de la BBC transmitía las últimas noticias. Pero los tres políticos no escuchaban, porque se dedicaban con entusiasmo a valorar las posibilidades que tenían Rommel y Auchinleck. De repente, Churchill alzó la mano. El diálogo se interrumpió.
–¿He oído bien? Los japoneses han bombardeado la Flota norteamericana en Pearl Harbor... –dijo Churchill.
–Yo no lo he oído –repuso Winant.
–Ha tenido que ser un buque en alta mar –añadió Harriman.
Entonces entró en la sala el *butler sawyer* para preguntar si los señores tenían algún otro deseo. Este constató la veracidad de la noticia:



Tomado de: Der grosse Atlas zum II. Weltkrieg, Sudwest-Verlag Munich, 1976

El escenario de la lucha en el Pacífico.



–Sí, señor. Todos lo hemos oído en la cocina. Los japoneses han atacado a los norteamericanos en Pearl Harbor.

Churchill se abalanzó sobre su escritorio, pidió conferencia urgente con la Casa Blanca. La voz de Roosevelt temblaba de indignación cuando procedió a describir al premier británico lo que había ocurrido en Pearl Harbor. Churchill resplandecía de gozo. Ese era el momento que él tanto había esperado, por el cual había puesto en juego el destino de su país. Tras despedir a sus invitados, se marchó satisfecho y tranquilo a la cama. «Pensé en un comentario que había hecho delante de mí, hacía treinta años, Edward Grey. Dijo que los Estados Unidos parecían una enorme caldera capaz de producir una energía ilimitada si se la colocaba al fuego. Esa noche dormí el sueño de los salvados y agradecidos.» Con estas palabras recordó Churchill aquel momento.

A la mañana siguiente, el premier se ocupó de preparar la declaración de guerra contra Tokio. Cuando presentó el documento al embajador japonés no olvidó una nota de sarcasmo, al pie de página: antes de la firma incluía la frase «su afectísimo servidor».

¿Guerra contra Alemania?

A Roosevelt las cosas le resultaron más difíciles. Ya en 1938 había confesado a su colaborador más inmediato, Harry L. Hopkins, en una conversación junto a la chimenea, que para él la confrontación con las potencias del Eje eran tan inevitable como necesaria. Ahora discutía con sus consejeros y militares si efectivamente había llegado ya el momento de tomar las armas contra los tres aliados del Eje. Que la vergüenza de Pearl Harbor tenía que ser reparada, era algo en lo que todos los norteamericanos estaban de acuerdo. La declaración de guerra contra Japón contaba con el respaldo de la voluntad de todo el país. Pero la duda estribaba en si era oportuno «legalizar» la guerra naval que, desde hacía tiempo, mantenían los Estados Unidos contra Alemania.

El círculo de consejeros andaba a la greña en este punto. El factor más discutido era el del potencial alemán. En un momento determinado Roosevelt interrumpió la discusión: hasta el 11 de diciembre los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa prepararían un informe y luego ya se vería.

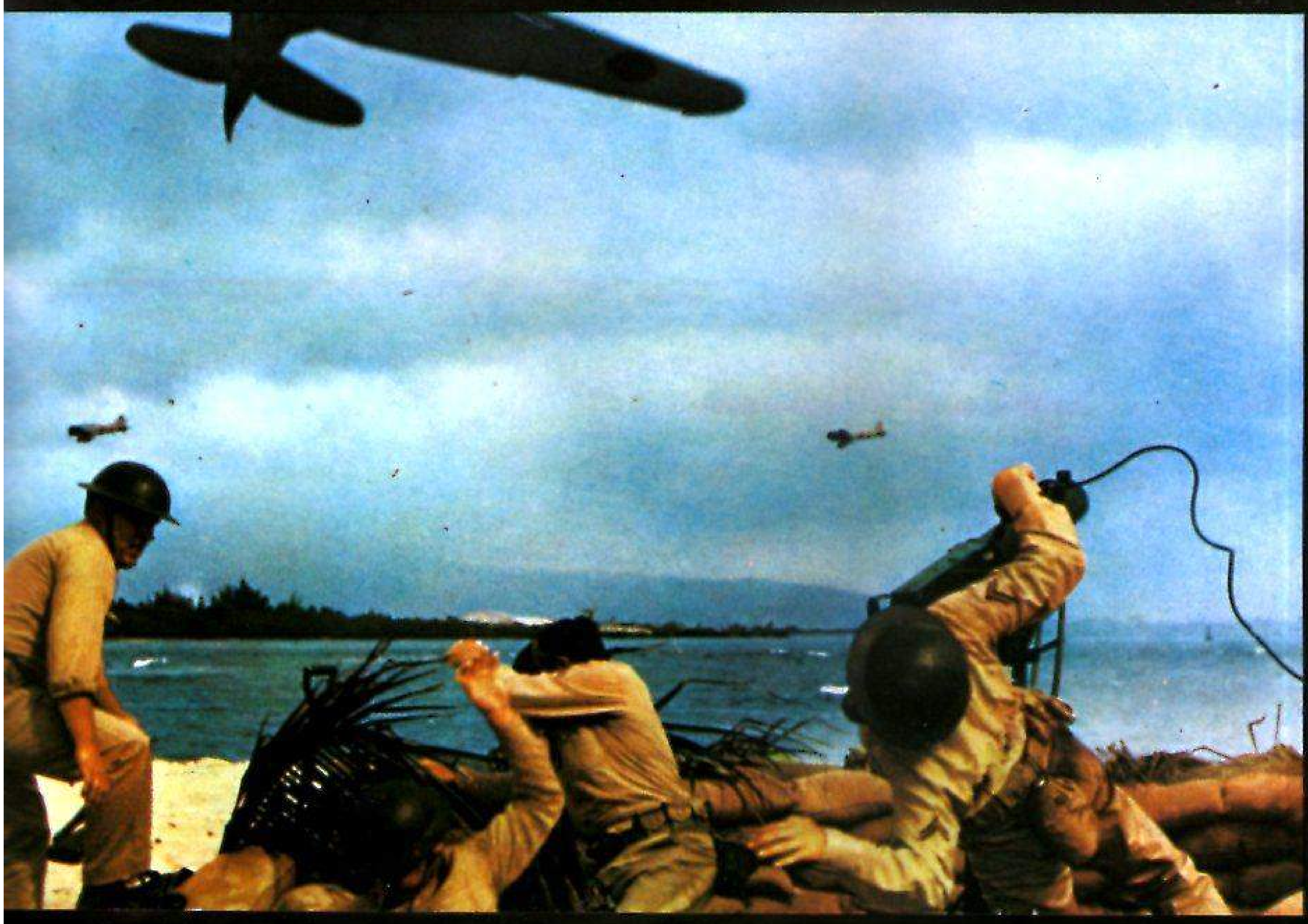
Todavía en la tarde del 7 de diciembre, el *B-17* «Mary Anne» levantaba nuevamente el vuelo, sólo que esta vez armado hasta los dientes. Los nervios de los hombres estaban tensos. Durante horas las hélices entonaron su canción, monótona y adormecedora. El

camino hacia la isla de Wake no revistió incidente alguno digno de reseñarse. El Pacifico y, encima, el cielo, hacían honor a su nombre y a su fama: todo estaba silencioso y vacío.
Apenas el avión había cruzado la línea horaria y la dotación había adaptado sus relojes y mentes al cambio de día, se oyó en los auriculares de Tom: «Wake Island... Wake Island... Llamando a 06455... Llamando a 06455.»
Tom Shirer se afanaba en transmitir su respuesta por la radio, pero era en vano, a juzgar por el silencio inexpresivo del otro lado. Sólo permanecía el tecleo del morse como único puente en la distancia. Tras varios minutos de intentos se recibió el siguiente mensaje que se pasó al capitán en una nota: «Intensos chubascos desde hace días. Constantes ataques japoneses con bombas. Aterrizar imposible. Vuelo directo a Guam.»
El capitán Steven McIntire pronunció un juramento que levantó de sus sitios a sus hombres, que estaban adormilados.
–Es imposible. El combustible no llegará hasta Guam.
El ingeniero de a bordo comprobó una vez más el estado del depósito de la gasolina.
–No hay nada que hacer, jefe.
–Entonces... volaremos a Wake. Vamos a ver quién es capaz de esconderse mejor entre las nubes, si los japoneses o nosotros.

Esto parece obra del diablo

–Allí, allí delante, a la izquierda –gritó el piloto. ¿Sería Wake realmente esa mancha diminuta?
–Vigía llamando al capitán... Se divisa un avión no identificado. Distancia, unas ocho millas –anunció la voz tranquila de Snuffy. Su deje cansino, propio de los Estados del Sur, provocaba siempre la hilaridad de sus compañeros.
–Bueno, vamos a ver qué ocurre. Todos a sus puestos de combate.
–Mensaje para el capitán... ¿Debo comunicar a la torre de Wake nuestra posición?
–No, Tom. Aún no. Si nos han descubierto los japoneses siempre estaremos a tiempo de hacerlo... Pero después, sí. En caso contrario nos derribarán nuestros propios muchachos.
Las últimas palabras se perdieron entre el zumbido de los motores y el tableteo de las ametralladoras. Dos cazas pasaron rozando como una exhalación. En el fuselaje podía apreciarse con toda nitidez el símbolo del sol naciente. Segundos después el *B-17* se veía envuelto en un combate a muerte con 3 aparatos nipones.
Cómo fue posible que salieran con vida de aquello era algo que los hombres del aparato norteamericano no acertaron a explicárselo, momentos después, al comandante de Wake, James Devereux
En Wake parecía que había estado el diablo. El cuartel, en el que había 522 hombres, sólo se hallaba ocupado en una tercera parte. De los doce vetustos *Grumman F 4 F Wildcats,* de la escuadrilla de la armada, siete estaban totalmente destruidos. Tres de los doce antiaéreos eran por completo inútiles. Únicamente los seis cañones de las baterías costeras estaban intactos. El radar y el tren de servicio contra incendios eran realidades tan inexistentes como los cinturones de minas o las empalizadas de alambre de espino en torno a la isla. Entretanto, los japoneses se acercaban con una flota de tres cruceros ligeros dispuestos a la invasión. Los cruceros iban acompañados por seis destructores y varios buques de escolta. El comandante Devereux ordenó entonces a los valientes del «Mary Anne» que prosiguiesen vuelo hacia Guam lo antes posible.
A toda prisa se cargó más munición, se llenaron los depósitos de combustible hasta rebosar, se repararon los daños más graves y se taparon los orificios de los proyectiles. Después de dos horas y media todo estaba listo:
–Fuera calzos. Vamos a despegar.
(Nota: la guarnición de Wake logró rechazar el primer intento de invasión japonesa. Los nipones perdieron dos destructores y 700 hombres. Dos cruceros y otros buques resultaron dañados. El 23 de diciembre, Wake se rindió ante una segunda invasión. En ella perdieron los japoneses otros 120 hombres. Los americanos tuvieron que lamentar 52 bajas, entre los soldados, y 70 entre la población civil. Cuatrocientos setenta oficiales y soldados cayeron prisioneros de los japoneses. La isla sucumbió ante la superioridad atacante.)
Guam, 10 de diciembre. En Agana, principal base en la isla más meridional de las Marianas, cuya extensión es de 520 km², están ya listos desde el amanecer numerosos depósitos de gasolina y cargas de dinamita, que se han repartido entre los defensores. La consigna es: no puede caer nada en manos de los japoneses. Al margen de la pista, convenientemente escondido bajo un par de palmeras, se hallaba el «Mary Anne». El avión se había visto envuelto en otro combate aéreo durante el trayecto hacia Guam, pero en esta ocasión había resultado muy dañado. El tren de aterrizaje estaba muy deteriorado, en la cola se apreciaba un gran orificio, la cúpula de las ametralladoras también resultó alcanzada. Pero lo más lamentable era que el capitán Steven McIntire no había sobrevivido al ataque. Poco después del aterrizaje había muerto en el hospital de campaña.
El copiloto, Raymond Douglas, hizo que sus compañeros se apresurasen. La orden que había recibido era la de volar lo antes posible hacia Manila con el fin de reforzar los efectivos del general MacArthur. Mientras el ingeniero de a bordo y dos mecánicos trabajaban febrilmente para reparar los daños causados al aparato, una columna de soldados provistos de cubos procedían a llenar los depósitos de combustible.
De repente llegó corriendo un sargento con dos hombres:
–¡Teniente Douglas!
Por efecto de la gran excitación el hombre olvidó saludar.
–¿Qué ocurre, sargento?
–Los japoneses han tomado tierra. Todo lo más podemos detenerlos una media hora. Orden del comandante: tenemos que destruir el «Mary Anne» si no han terminado en diez minutos.
Muy cerca se escuchaban ya los disparos de la infantería. Douglas saltó al avión y puso en marcha los motores.
Pocos minutos más tarde aparecían los primeros japoneses. De repente emergió la cabeza del ingeniero de a bordo:
–Trabajo terminado. Despegamos.
La «fortaleza volante» recorrió en principio un trecho de pista, dio un par de bandazos y se elevó. Volaba. Efectivamente, podía volar.
(Tras una dura resistencia, la isla norteamericana de Guam capituló al fin 35 minutos después de que comenzara la invasión japonesa. Los japoneses no pudieron reunir material bélico que les fuese de utilidad.)
Cuando la fortaleza volante *B-17* «Mary Anne» alcanzó la costa de la isla filipina de Luzón, los japoneses también comenzaron a operar en torno a ella. La dotación fue destinada inmediatamente a combatir los intentos de aterrizaje de los japoneses. Aquellos hombres lograron hundir un destructor y dañaron gravemente un buque de apoyo. La falta de combustible les obligó al fin a descender a toda prisa en las inmediaciones de Manila.
Cuando el 6 de mayo de 1942 el general Wainwright, defensor de Corregidor, capituló en Luzón, la dotación del «Mary Anne» cayó en poder de los japoneses; Todos los tripulantes perecieron durante la espantosa «marcha de la muerte de Bataan».
Cuando en la tarde del 11 de diciembre de 1941 los consejeros del presidente se reunieron con él, tal y como se había acordado, había comenzado ya la segunda Guerra Mundial. Roosevelt abrió la sesión con todos los pronunciamientos a su favor. Sobre su mesa aparecían las declaraciones de guerra del Reich alemán e Italia contra los Estados Unidos. Ya sólo quedaba afrontar la guerra e implantar un nuevo orden político mundial en beneficio de Norteamérica. □



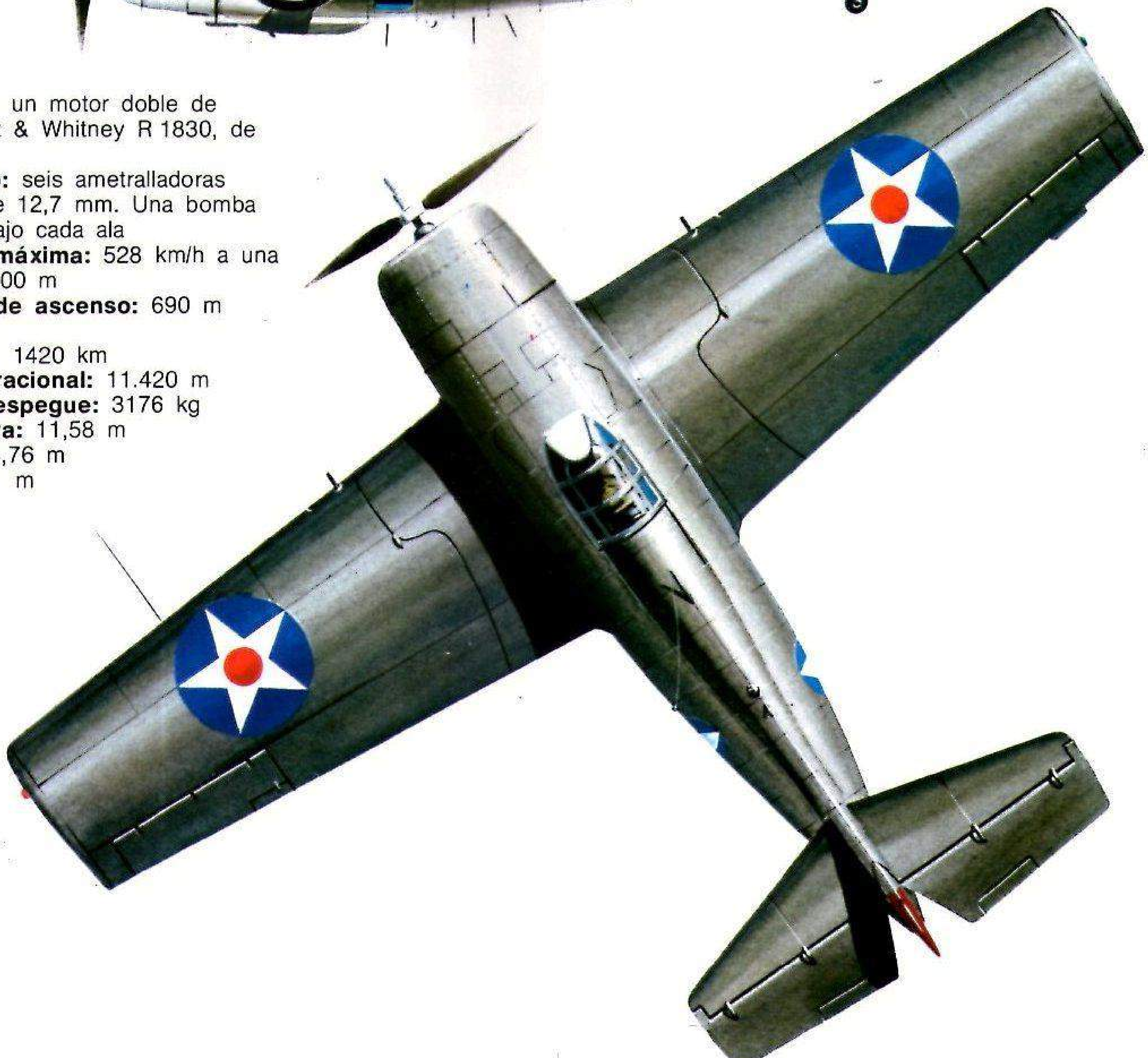


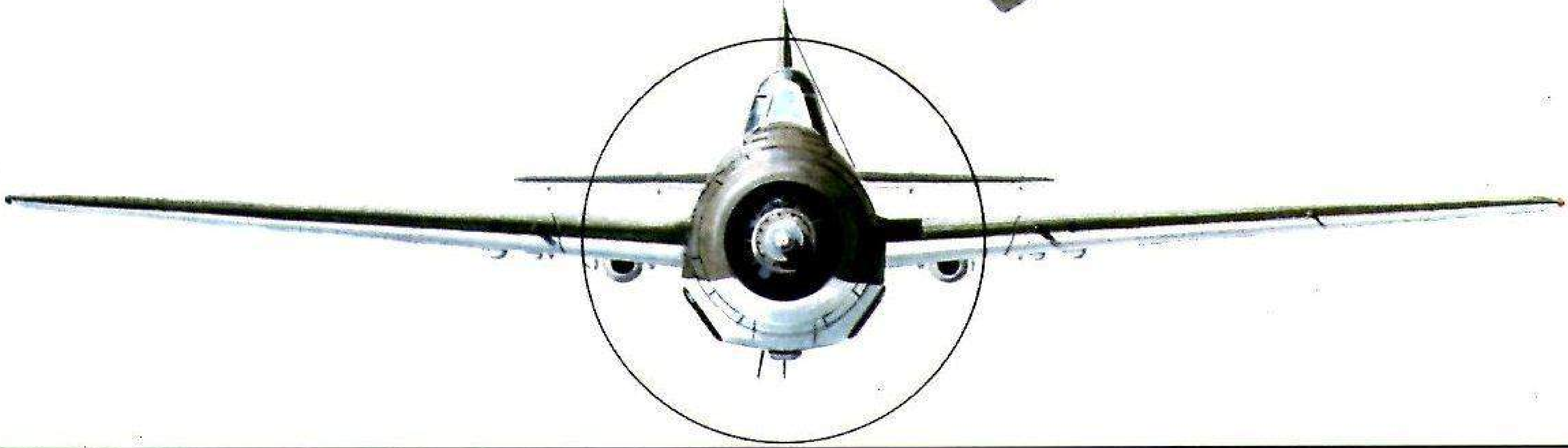
Los acontecimientos de Pearl Harbor actuaron en la opinión pública norteamericana como un verdadero «shock» que puso en movimiento sentimientos insospechados. Numerosos libros y películas han tratado de analizar o superar los antecedentes de lo ocurrido el 7 de diciembre de 1941. Estos dos fotogramas proceden de un filme norteamericano.

Bombardero norteamericano de caza Grumman F4F-4 Wildcat

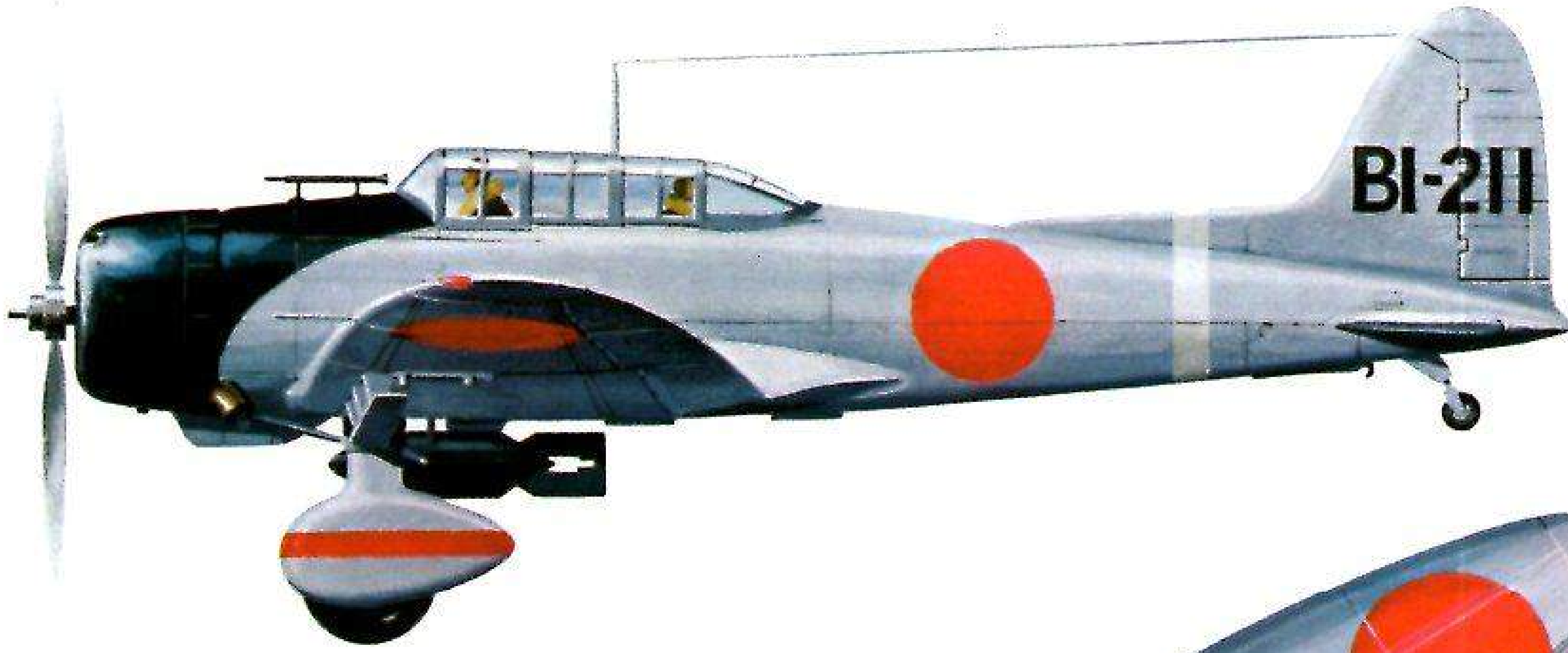


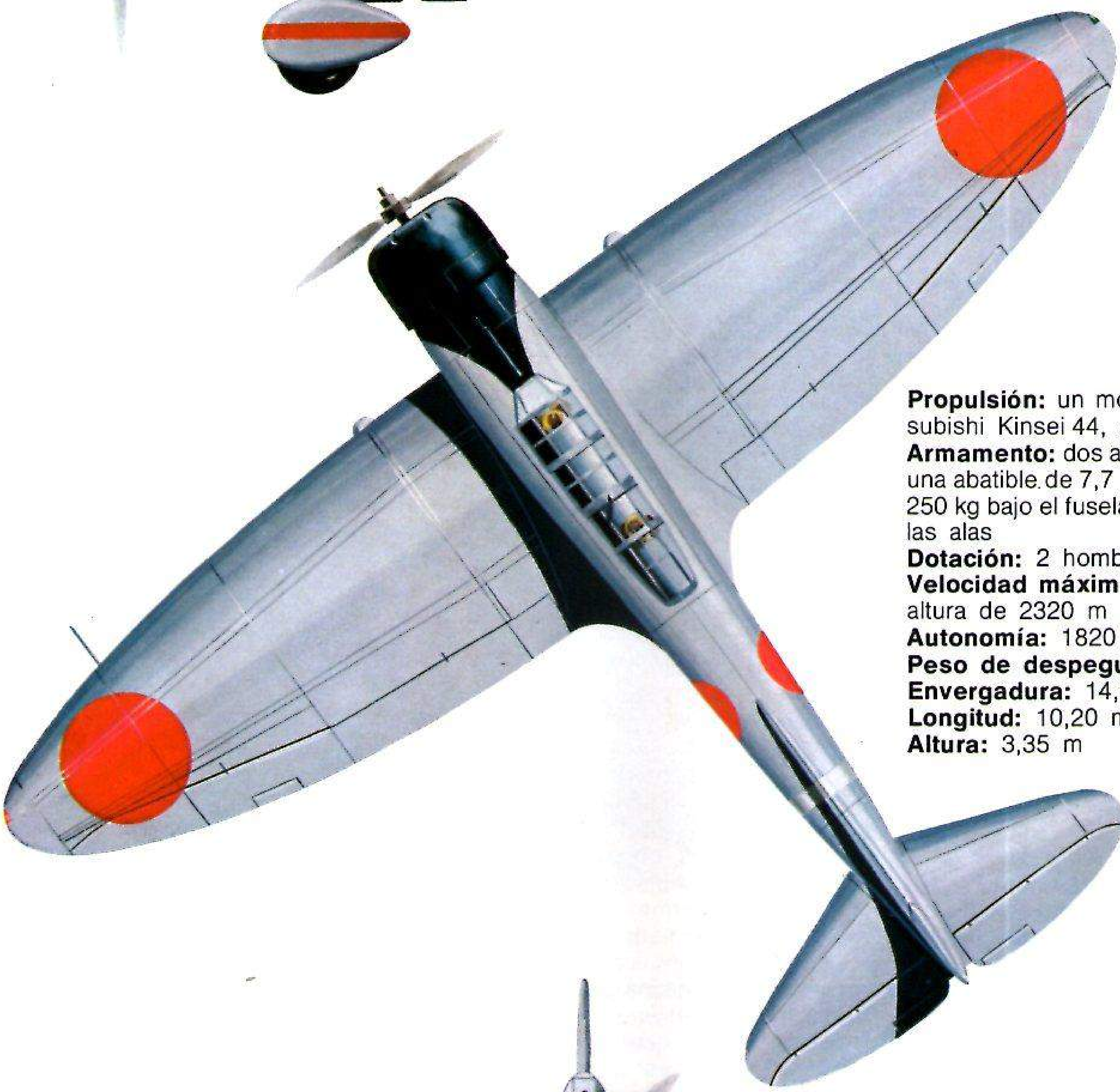
Propulsión: un motor doble de estrella Pratt & Whitney R 1830, de 1200 CV
Armamento: seis ametralladoras Browning de 12,7 mm. Una bomba de 45 kg bajo cada ala
Velocidad máxima: 528 km/h a una altura de 6400 m
Velocidad de ascenso: 690 m por minuto
Autonomía: 1420 km
Techo operacional: 11.420 m
Peso de despegue: 3176 kg
Envergadura: 11,58 m
Longitud: 8,76 m
Altura: 2,81 m



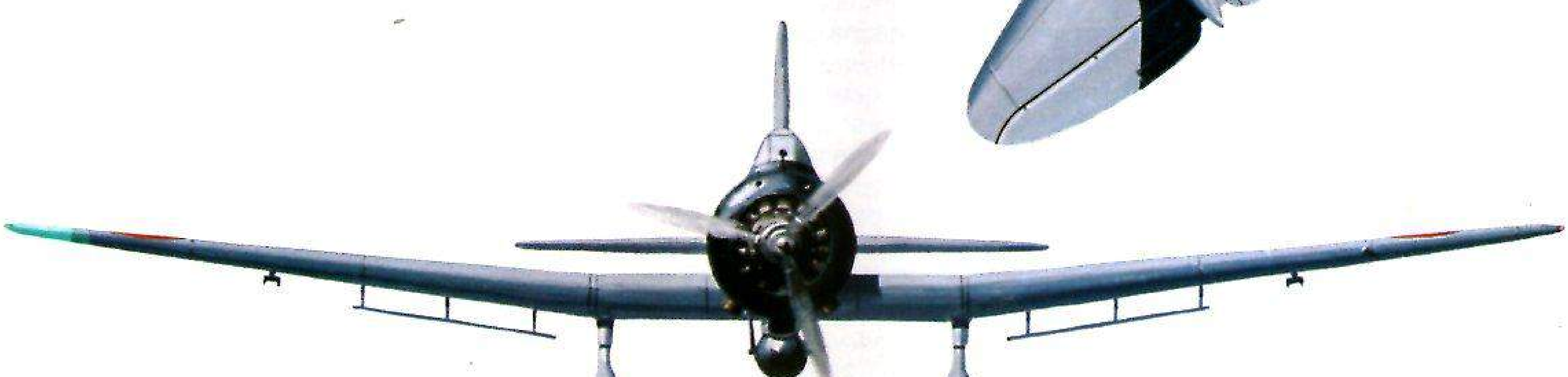


Bombardero japonés en picado Aichi D 3 A-1 (Val)

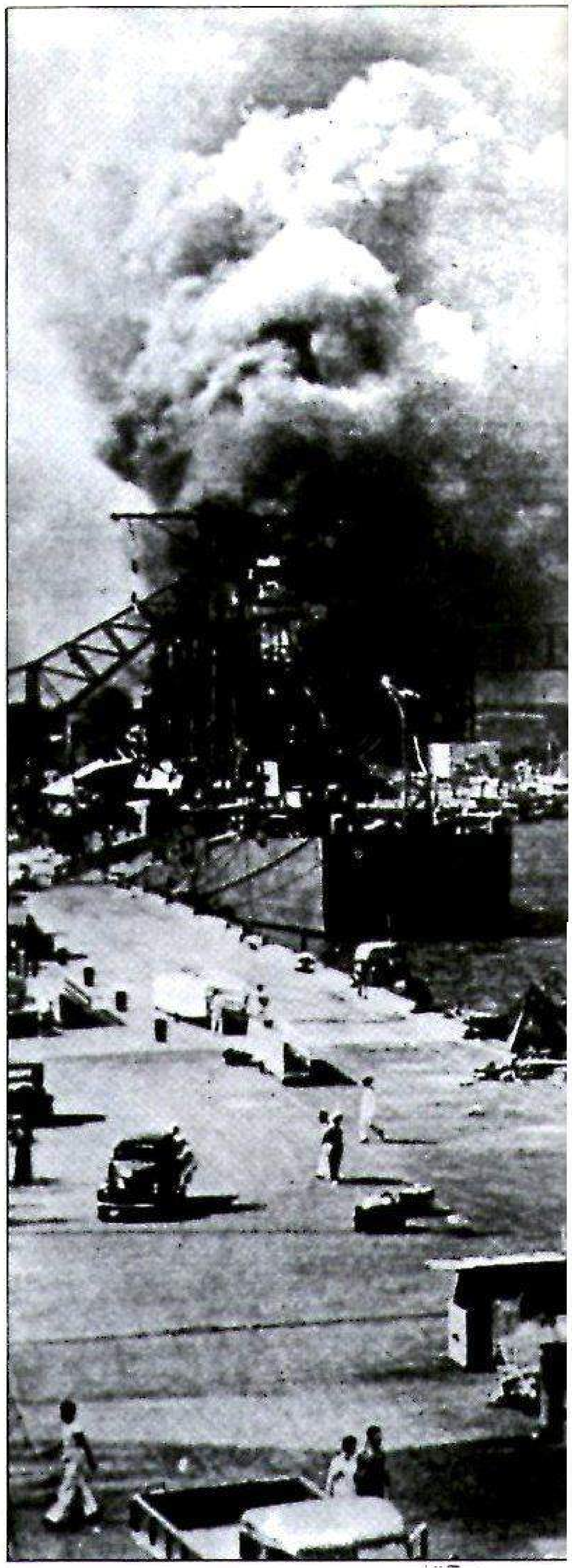




Propulsión: un motor de estrella Mitsubishi Kinsei 44, de 1075 CV
Armamento: dos ametralladoras fijas y una abatible de 7,7 mm. Una bomba de 250 kg bajo el fuselaje o dos de 60 bajo las alas
Dotación: 2 hombres
Velocidad máxima: 389 km/h a una altura de 2320 m
Autonomía: 1820 km
Peso de despegue: 3650 kg
Envergadura: 14,36 m
Longitud: 10,20 m
Altura: 3,35 m



¿INCITADO AL ATAQUE?



Con insistencia se le ha atribuido a Roosevelt el haber conocido de antemano ciertos detalles de los planes de ataque japoneses. Se le ha achacado el haber dispuesto la flota americana en Pearl Harbor como cebo, evitando que se aplicasen medidas de previsión y de defensa. El profesor Rohwer trata de analizar una vez más esta teoría. Exponemos a continuación un resumen de sus análisis.

Apenas 24 horas después del ataque japonés contra Pearl Harbor, el presidente Roosevelt reclamaba ante el Congreso una declaración de guerra contra Japón. Entre otras cosas, el presidente dijo: «...En el día de ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que será imborrable para vergüenza de todos, los Estados Unidos fueron víctimas de un ataque premeditado y repentino perpetrado por los buques de guerra y los aviones del Imperio japonés. Los Estados Unidos no se hallaban en guerra contra Japón sino que, por el contrario, estaban en negociaciones hasta el mismo día de ayer con el Gobierno japonés, precisamente a instancias de éste, y con el emperador, con el fin de garantizar la paz en el Océano Pacífico...»

Estas palabras del presidente y las primeras noticias aparecidas en la prensa y transmitidas por la radio suscitaron la impresión de que el ataque japonés había constituido una sorpresa total para el Gobierno y las Fuerzas Armadas norteamericanas mientras en el terreno diplomático se desarrollaban aquellas conversaciones tan prometedoras, orientadas precisamente a solucionar las tensiones existentes. Aquello produjo una enorme excitación en el pueblo norteamericano: su país había sido agredido.

Sin embargo, muy pronto se disipó parte de aquella seguridad y comenzó a aflorar la duda. ¿El ataque había sido realmente tan inesperado? Basándose en determinadas indiscreciones crecieron los rumores sobre ciertas noticias que, al parecer, se habían presentado previamente al Gobierno. Cada vez fueron afirmándose más las sospechas, que los diarios enemigos de Roosevelt se ocuparon de airear. Al fin se llegó tan lejos que hasta se aseguró que Roosevelt conocía perfectamente, con antelación, los planes de ataque japoneses, hasta el punto de que lo había provocado porque ambicionaba llevar a la guerra al pueblo americano, fin que ya había alcanzado. Ya el 18 de diciembre de 1941 Roosevelt creó una comisión investigadora. Su informe sobre lo acaecido ofrecía a Roosevelt la oportunidad de culpar a los dos máximos jefes militares de las Hawai, almirante Kimmel y general Short, de la responsabilidad por el desastre de Pearl Harbor.

En los comienzos de la campaña electoral de 1944 los rumores volverían a surgir y, por efecto del peso de la opinión pública, obligaron a realizar una serie de investigaciones sobre el hecho. Estos informes llevaron a un resultado: determinadas personalidades, responsables en los Ministerios de la Guerra y de Marina en Washington, así como otros con un puesto clave en las Hawai, habían incurrido en negligencia y eran culpables de faltas. Además, los Ministerios afectados prosiguieron las pesquisas oportunas aquel mismo año. La búsqueda de víctimas propiciatorias continuó, pero todos los informes permanecieron secretos hasta el final de la guerra y carecieron de influjo en la opinión pública.

Pero no por ello se disiparon los enigmas. Apenas había concluido la contienda cuando en el mismo mes de septiembre de 1945 el Congreso nombraba una comisión de diez miembros que asumió la tarea de repasar el conjunto de interrogantes no aclarados. En proporción a las fuerzas presentes en el Congreso, también se nombraron cuatro miembros del partido minoritario. A los 70 días el «Joint Commitee» había finalizado los interrogatorios. El 20 de julio de 1947 hizo público su informe. Dado que no se llegó a una unidad de criterio, se preparó un informe por la mayoría y otro por la minoría. La mayoría llegó a la conclusión de que la negligencia y las faltas se habían cargado unilateralmente en la cuenta de los jefes militares de las Hawai, mientras que en Washington se había hecho todo lo posible. Algo muy diferente alegó la minoría: Washington, y en especial el presidente, tenían por lo menos tanta culpa como los señalados.



Pearl Harbor después del bombardeo: buques semihundidos, depósitos en llamas.

Junto con el informe, de 580 páginas, se publicó el protocolo de las pruebas, incluidas aquellas que se habían realizado con anterioridad. El enorme interés que despertó en la opinión pública la cuestión de Pearl Harbor, y la favorable actitud de las fuentes, llevaron a numerosos periodistas e historiadores norteamericanos a ocuparse de la materia. Así como las sucesivas encuestas oficiales sobre el círculo de personas que rodeaba a los culpables se aproximaban cada vez más a la verdad, en las publicaciones que siguieron la crítica de los responsables fue cada vez más clara, formulada cada vez más abiertamente hasta culminar con la acusación dirigida contra Roosevelt en el sentido de que el presidente conocía perfectamente que se iba a producir un ataque contra Pearl Harbor. Sí, el presidente había enviado a los buques norteamericanos como cebo, a sabiendas de que se iba a producir el ataque, para así tener el camino libre para la guerra que deseaba, para su guerra.

Para adoptar una postura realista en este problema, que desató controversias tan acusadas en América, es necesario conocer las fuentes más decisivas sobre las cuales ambas partes basan sus respectivas demostraciones y en las que ha de buscarse las raíces de la interpretación diferente que dan a los hechos. En primer lugar se trata, como cuestión esencial, de analizar los «magic messages», o comunicaciones radiadas de diplomáticos japoneses. El servicio de información norteamericano había logrado a partir de diciembre de 1940 descifrar el código secreto japonés, y desde el 2 de julio de 1941 todos los mensajes y telegramas japoneses enviados por radio podían ser ya interpretados. Con toda propiedad puede afirmarse que el Gobierno norteamericano se hallaba en esta época tan bien informado sobre las pretensiones del japonés como pudiera estarlo la embajada nipona en Washington. El ministro de Asuntos Exteriores, Cordell Hull, conocía no sólo las notas que posteriormente le presentarían los japoneses sino también las directrices especiales emanadas del Ministerio de Asuntos Exteriores nipón sobre cómo habrían de llevarse las negociaciones con los norteamericanos.

El 4 de noviembre, a través de su ministro de Asuntos Exteriores, el Gobierno japonés transmitió al jefe de la delegación nipona, almirante Kichisaburo, una serie de nuevas peticiones que habría de presentar a los norteamericanos. En el telegrama que acompañaba estas directrices –telegrama que lograron detraer los agentes del servicio secreto de Washington– se decía taxativamente que se trataba de la última oferta japonesa.

En un telegrama del 5-XI-1941 se fijaba el plazo definitivo para un acuerdo: el 25 del mismo mes. Dado que el día 22 Norteamérica no había respondido a las proposiciones japonesas, este plazo se pospuso hasta el 29. En el telegrama correspondiente se decía esta vez: «Si se puede lograr cualquier cosa nos parece oportuno esperar hasta el día arriba indicado. En este momento debemos señalar que, en ningún caso, el plazo volverá a alterarse. A partir de este momento las cosas se desarrollarán automáticamente.»

Los norteamericanos, por su parte, decidieron no seguir discutiendo el criterio sobre un «modus vivendi» con Japón, tema que ya les había ocupado muchos días. En lugar de concluir esta discusión el ministro Hull presentó a los japoneses, el 25 de noviembre, la «nota de 10 puntos» para un acuerdo, sin que nadie dudara en Washington de que iba a molestar a los japoneses, hasta el punto de obligarles a no aceptarlo. De los telegramas interceptados en los días siguientes podía deducirse con toda claridad que Japón daba por interrumpidas las negociaciones. El Ministerio de Asuntos Exteriores nipón dio a conocer a su delegación negociadora que las conversaciones quedarían interrumpidas «de facto» dentro de dos o tres días. Literalmente se decía más adelante en la nota: «Es inevitable. Sin

embargo, no deseamos que ustedes den la impresión de que efectivamente se han interrumpido estas conversaciones. Díganles simplemente que esperan instrucciones. A partir de ahora hagan lo que mejor les parezca...»

No cabe la menor duda de que el Gobierno norteamericano, tras conocer el texto del telegrama, veía con absoluta claridad la gravedad de la situación y contaba con acciones hostiles por parte de los japoneses para un futuro muy inmediato. Así parecen indicarlo las advertencias del general Marshall *(Army Chief of Staff)*, y del almirante Stark *(Chief of Naval Operations)*, correspondientes a los días 24 y 27 de noviembre, enviadas a los comandantes de las posiciones avanzadas en el Pacífico.

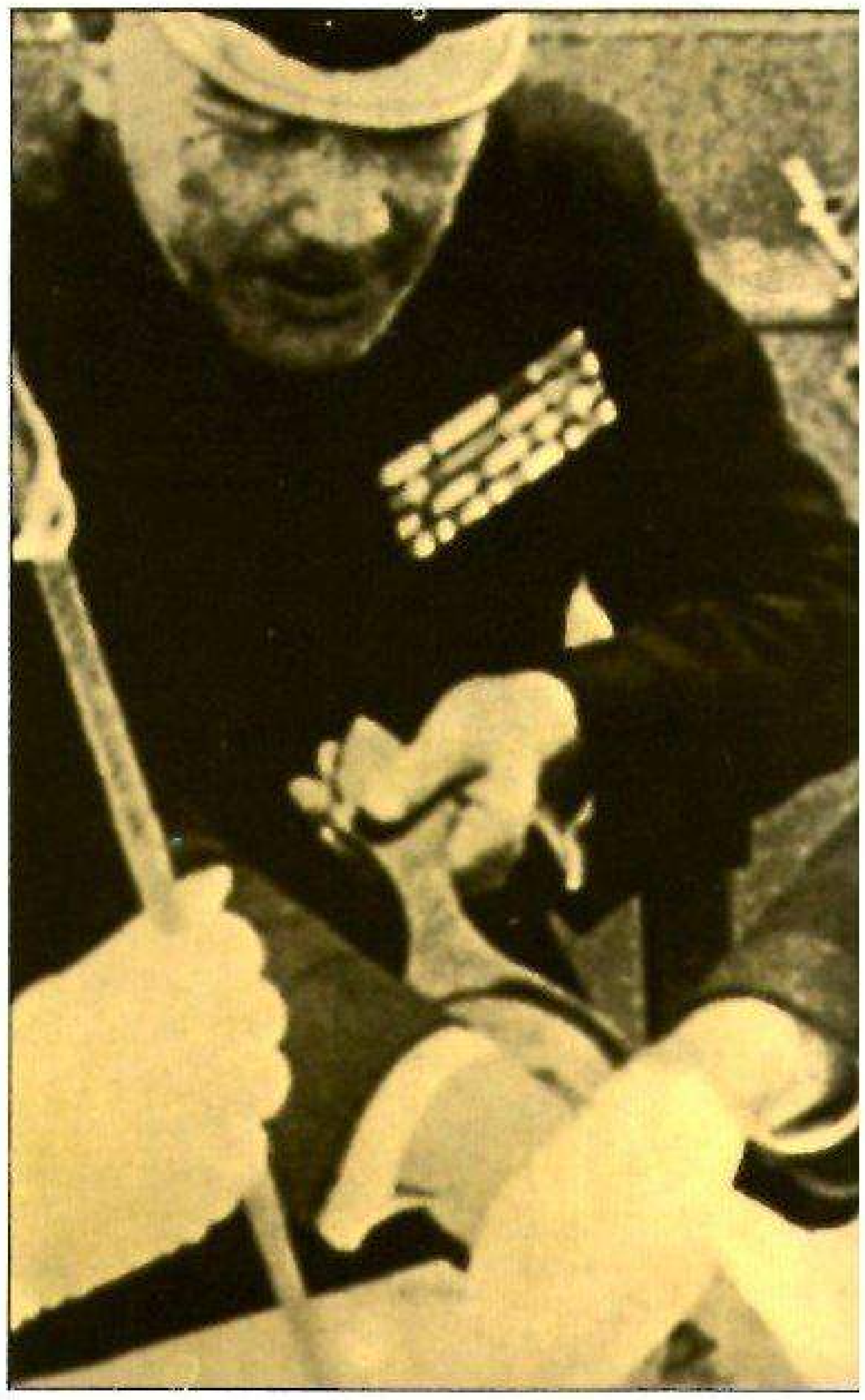
El 1 de diciembre se introdujo repentinamente una nueva clave cifrada para las operaciones de la Marina japonesa. El estallido de la guerra en el Extremo Oriente era ya inevitable. Los norteamericanos habían captado, con seguridad, los signos evidentes de que la guerra estaba en puertas. Las informaciones que habían caído en sus manos no indicaban desde luego que se iba a producir un ataque contra Pearl Harbor, pero, con todo, existían indicios de que iba a tener lugar... La prueba de que estos indicios no fueron tomados demasiado en consideración por los responsables aparece en los llamados *bomb plot messages*. Se trataba de directrices destinadas al cónsul japonés, Kita, en Honolulú, descubiertas en mensajes interceptados, según las cuales debería observar el movimiento de buques de guerra norteamericanos en Pearl Harbor como objetivo de posibles bombardeos *(bomb plots)* y comunicar inmediatamente a Tokio todos los detalles. En principio tal función de observador no parecía ser extraordinariamente rara en la actividad de los cónsules japoneses, como continúa siéndolo en todos los cuerpos diplomáticos. Sin embargo, las directrices cursadas a Honolulú presentaban también algunas particularidades curiosas que, en cierto modo, hacían que tales notificaciones se saliesen de lo normal.

El 24 de septiembre, el cónsul Kita fue instruido por su Gobierno en el sentido de que dividiese sus informaciones otorgando una importancia especial a la situación de los buques de la bahía de Pearl Harbor, especialmente de los acorazados y portaaviones, y de un modo particular si observaba que dos buques se hallaban amarrados a lo largo de un mismo muelle. El 15 de noviembre recibió una instrucción: debería comunicar sus noticias dos veces por semana, sin fijar día. El 28 de noviembre recibió otra instrucción especial: debería destruir su código cifrado inmediatamente en el caso de que se produjese una emergencia seria. El día 2 llegó a manos del cónsul esta instrucción: «... De acuerdo con la situación actual, la presencia de acorazados, portaaviones y cruceros en ese puerto es de particular importancia. Comuníquenos a partir de ahora, con arreglo a sus posibilidades, día a día, estos datos. En cualquier caso telegrafíe usted si se han instalado globos de intercepción sobre Pearl Harbor, o al menos si existen indicios de que el espacio permanecerá libre. Al tiempo infórmenos sobre si los buques van provistos de redes de protección contra torpedos o no...»

Analizadas aislada y retrospectivamente tales indicaciones, y las noticias del cónsul, que también fueron interceptadas, puede concluirse que el lenguaje no ofrece dudas. Con todo, estos telegramas no recibieron una interpretación adecuada en los puestos de responsabilidad de Washington. Junto a esto es necesario tener bien presente las siguientes realidades, que los enemigos políticos de Roosevelt pasan por alto con notable frecuencia en su argumentación:

- Los telegramas cursados al cónsul en Honolulú, así como los informes de éste a Tokio, iban transcritos en un código que se tenía por poco seguro. Por ello no despertaron gran atención. La manipulación y traducción de los textos se vio sustituida por un vacío derivado de la utilización del «código púrpura» (empleado entre Tokio y su embajada en Washington) en el acceso de telegramas urgentes. Así, los telegramas citados fueron traducidos semanas más tarde, algunos de ellos incluso tras el ataque del 7 de diciembre.
- Telegramas similares a los indicados fueron dirigidos igualmente a los cónsules en Panamá y en algunas ciudades portuarias de la costa occidental de los Estados Unidos, con lo que, una vez interceptados y descifrados, desviaban las sospechas en relación con el papel que jugaba en todo ello el cónsul Kita.
- El análisis de la situación que se hacía en Washington, basado fundamentalmente en las comunicaciones por radio de la Flota japonesa, así como en la propia observación visual, encaminaba las pesquisas hacia una posible acción japonesa en el Asia sudoriental, hasta el punto de que ciertas informaciones aisladas que hablaban de otros planes apenas merecieron la atención de los responsables norteamericanos.

Esto hace comprensible que en Washington no se considerase con interés los *bomb plot messages*. Sin embargo, no se les comunicó nada a los jefes militares en las Hawai, y esto sí que constituía una negligencia sumamente grave. Sin lugar a dudas, el enemigo se interesaba particularmente por Pearl Harbor. Así como no se tuvo en cuenta las



indicaciones al cónsul Kita sobre una acción dirigida contra las Hawai, del mismo modo la Marina americana tampoco vio una relación entre los *lost carriers* y Pearl Harbor. Los *lost carriers* eran unos portaaviones japoneses «extraviados», cuatro en total, a los que los norteamericanos habían perdido de vista a finales de noviembre. En realidad, los contactos radiofónicos de la Flota japonesa eran observados normalmente por las estaciones norteamericanas, y, a través de la orientación radiogoniométrica de las emisoras japonesas, así como la intercepción de sus indicativos –técnica usual en la Marina–, se fijaba la posición de las unidades de la Flota nipona y de cada buque de la misma. La neutralización de estos datos fue llevada a cabo tanto en Washington como en los gabinetes de los jefes militares destacados en las Hawai y Filipinas.

Dado que los buques no facilitaban sus posiciones diariamente, no era raro perder su pista durante varios días y hasta semanas. El vacío informativo, en consecuencia, no despertó desconfianza alguna en relación con los portaaviones. La situación se había producido ya repetidas veces con anterioridad. Justamente en las decisivas semanas anteriores al ataque habían trascendido informaciones imprecisas sobre movimientos de buques nipones. Los japoneses, como ya hemos indicado, alteraron el 1 de diciembre el código operativo. En estas circunstancias, era obligado que pasasen varios días hasta poder contar con la nueva clave. Deducir de la ignorancia de la posición



Oficiales japoneses discuten la intervención de los aviones de bombardeo.

de algunos portaaviones la inmediatez de un ataque contra las Hawai, es algo que sólo puede hacerse en las circunstancias actuales, partiendo de ulteriores conocimientos precisos. Un estudio detallado sobre los diferentes análisis de la situación y sobre los planes de distribución de la Flota japonesa, presentado en Washington, Pearl Harbor y Manila por los oficiales de comunicaciones que reunieron datos mediante la radio, contenía suficientes indicios de una operación en dirección sur. Las Hawai se encontraban lejos, demasiado al este, del punto en que se imaginaban podría situarse el ataque. En Washington se decidió la marcha hacia el Asia sudoriental, donde se esperaba por momentos que los japoneses asestaran el golpe decisivo. Una noticia de aquellos días aclara esta realidad: «6-XII. El Almirantazgo británico comunica que esta mañana, a las 3 horas de Londres (22 horas del día 5 en Washington), han sido avistados en el extremo meridional de Camboya dos transportes que se desplazaban lentamente en dirección oeste, hacia Kra, distante catorce horas del punto de observación. El primer grupo estaba integrado por 25 transportes, 6 cruceros y 10 destructores. El segundo grupo constaba de 10 transportes, 2 cruceros, 10 destructores. Se prevé una acción japonesa con carácter inmediato.» En la tarde del 6 de diciembre se recibía en Washington la nota de respuesta japonesa, en la cual se consideraba como insatisfactoria la última oferta norteamericana. La nota estaba dividida en catorce apartados.

El día 6 por la noche, a las 21,30 exactamente, un oficial entregó al presidente Roosevelt los 13 primeros puntos de la nota interceptada. Su formulación apenas dejaba entrever otro desenlace que no fuese el de que Japón estaba resuelto a llegar hasta el fin. Roosevelt tendió el papel a Hopkins y exclamó: «Esto significa la guerra». Después trató de ponerse en comunicación con el almirante Stark. Este se encontraba en el teatro y el presidente mandó que fuesen a buscarlo, «para no alarmar a la opinión». Ni Roosevelt ni los despachos militares de Washington adoptaron medida alguna con el fin de extender la alerta máxima en las guarniciones situadas en el Pacífico.

En la mañana del 7 de diciembre, a las 8, el párrafo 14 de la nota japonesa se hallaba ya traducido. Esta parte contenía también graves acusaciones contra los norteamericanos y terminaba así: «El Gobierno japonés lamenta, en consecuencia, tener que comunicar al de los Estados Unidos que, a la vista de la actitud del Gobierno norteamericano carece de sentido que se prolonguen las negociaciones». A las 9,15, el almirante Stark recibía este apartado de la nota. Su comentario fue: «Dios mío, esto significa la guerra.» Luego trató de localizar al general Marshall, pero éste, como todos los domingos por la mañana, había salido a montar a caballo.

Hacia las 10 recibieron la misma nota Hull, el ministro de la Guerra Stimson y el de Marina Knox, que se hallaban reunidos en el Departamento de Estado. Roosevelt, que fue informado más o menos hacia la misma hora, pensó: «Esto tiene toda la apariencia de que los japoneses quieren interrumpir las relaciones.» En este momento ni los ministros más implicados en el asunto, ni el presidente, adoptaron decisión alguna. Inmediatamente después del párrafo 14 fue interceptada también una instrucción dirigida al embajador japonés. Esta nueva nota contenía la orden de que hiciese llegar a los norteamericanos, el 7 de diciembre a las 13 horas, la citada comunicación y que procediese a destruir el resto del material secreto y la última clave. Dado que no se había impuesto aún el estado de alerta en las centrales de información del Ejército y de la Marina, no había en ese momento un intérprete a disposición y tuvo que esperarse hasta que, al fin, a las 9,30, la nota pudo traducirse.

Con todo, se produjo una nueva demora, puesto que en esos instantes los oficiales de ordenanzas se encontraban de camino con el apartado 14. A las 10,35 llegó el oficial de ordenanzas comandante Kramer, que regresaba de hacer su ronda, y trajo la directriz citada al almirante Stark; el texto no ofrecía lugar a dudas. Los japoneses habían quemado las naves tras de sí. A las 13 h se contaba ya con el comienzo de las operaciones japonesas. Sin embargo, ni el almirante Stark, que intercambiaba opiniones con el almirante Wilkinson, ni Roosevelt, que había recibido esta última comunicación hacia las 11 cuando repasaba su colección de sellos, hicieron lo más mínimo para que cundiese la alarma en el propio Ejército.

A las 11,25 el general Marshall regresó de su cabalgada matinal y recibió la noticia. Inmediatamente telefoneó al almirante Stark y propuso que se diese la alarma general en las circunscripciones militares de ultramar. Stark, en cambio estimó que éstas ya habían recibido suficientes alarmas. Marshall, por su parte, se decidió a cursar por su cuenta y riesgo una advertencia a los jefes del Ejército en ese sentido. El texto era: «Los japoneses han presentado hoy, a las 13, hora del Este, una especie de ultimátum. Al tiempo han recibido la orden de destruir sus claves. No sabemos con certeza qué puede significar esto en el momento presente, pero nos obliga a estar sobre aviso. Informad a la Marina de esta noticia...»

A las 11,58, una hora y 27 minutos antes del ataque, se transmitió esta noticia a las centrales de información. Por desgracia esa mañana las comunicaciones por radio del departamento de la Guerra con Hawai se hallaban cortadas desde las 10,20. En caso contrario la advertencia habría circulado en veinte minutos lo suficientemente de prisa como para haber llegado a tiempo, mucho antes de que se produjese la agresión nipona. Marshall, que había sido informado de la deficiencia en los circuitos de radio, no había calificado el telegrama en la escala de urgencia que le hubiese correspondido y la central lo cursó como si fuese una comunicación normal. En lugar de recurrir a centro emisor del FBI o de la Marina, que eran más potentes, el telegrama se envió por teletipo a San Francisco desde donde se transmitió a Honolulú a través del centro emisor de la RCA. En Honolulú se recibió a las 13,03, 22 minutos antes de que comenzase el ataque. En esta ciudad, donde todo transcurría con la mayor rutina, no se había impuesto una alerta máxima. El teletipo con el que debía enviarse el telegrama desde la oficina de correos a Fort Shafter, puesto de mando del general Short, se hallaba estropeado. En consecuencia, el motorista se encontraba aún de camino cuando comenzó el ataque.

La agresión japonesa se produjo en pleno fin de semana, rutinario y despreocupado, para los soldados americanos. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

M

M 13, carro blindado italiano, de 105 CV; peso: 14 t; velocidad: 31 km/h; autonomía: 200 km; dotación: 4 hombres; armamento: cañones de 47 mm. Producción en serie desde 1940. El *M 13* se convirtió en el carro *standard* de las divisiones acorazadas italianas en la campaña de África y luego en el carro de combate de un regimiento británico, que lo había capturado, a pesar de que el modelo era inferior en armamento y movilidad que los tipos ingleses.



Douglas MacArthur

MacArthur, Douglas, general estadounidense con categoría de *Feldmariscal* (general of the Army –18-XII-1944–), nacido en Little Rock (Arkansas) el 26-I-1880 y muerto en Washington el 15-IV-1964. En 1930-35, jefe del Estado Mayor del Ejército. Del 8-XII-41 hasta el 23-II-42, defensa sin éxito de las Filipinas. El 17-III-42, comandante supremo de las Fuerzas Armadas norteamericanas en el sudoeste del Pacífico. Recibió el 2-IX-45 la rendición sin condiciones de Japón. De 1945 a 1951, comandante supremo en el Extremo Oriente (Ejército de ocupación en Japón). En 1950, comandante de las tropas norteamericanas en Corea. El 11-IV-51, desposeído de sus cargos por el presidente Truman como consecuencia de ciertas críticas a las decisiones del presidente en materias político-militares. MacArthur, por ejemplo, había exigido el empleo de armas nucleares contra China.

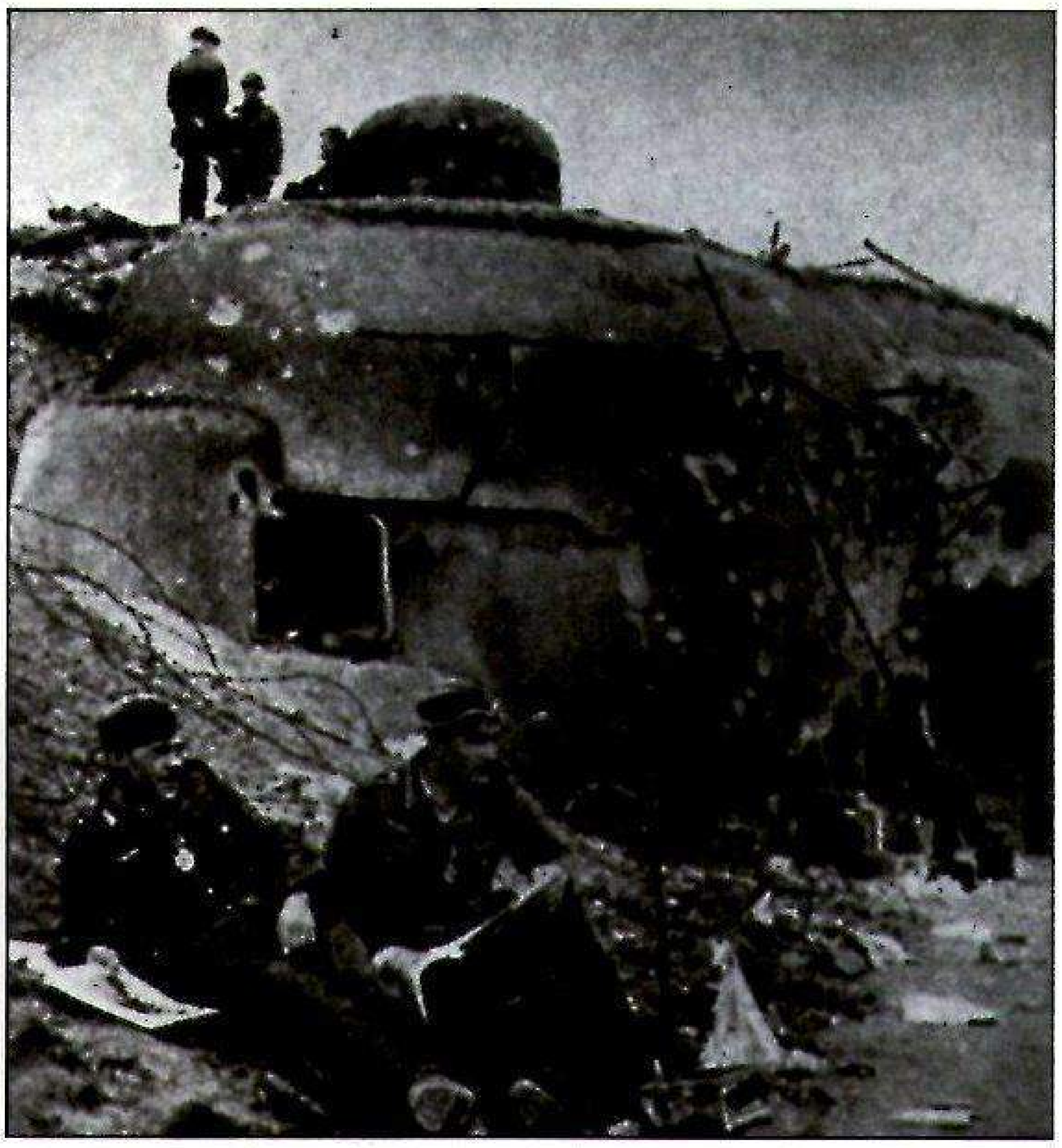
Macchi *C 200 «Saetta»* y *Macchi C 202 «Folgore»* (relámpago). Caza monoplaza italiano. El *C 200* apareció en los años 30 en el marco del programa de producción de armamento de la Regia Aeronautica como caza totalmente metálico con tren de aterrizaje replegable. Armado tan sólo con dos ametralladoras de 12,7 mm, pero preferido por los pilotos por su gran maniobrabilidad. Apenas se construyeron 1200 ejemplares. El modelo que le siguió, el *C 202*, tenía una forma aerodinámica muy diferente. El *«Folgore»* pasaba por ser el mejor monoplaza de caza italiano desde el punto de vista técnico durante la segunda Guerra Mundial. A partir del verano de 1941 fue muy empleado. Se construyeron unos 1400 aparatos. Un motor de 1075 CV; velocidad máxima: 595 km/h a una altura de 6000 m; autonomía: 765 km; armamento: dos ametralladoras de 12,7 mm y otras dos de 7,7 mm, todas ellas fijas.

Mackensen, Eberhard, general alemán (6-VII-43), nacido el 24-IX-1889 en Bromberg y muerto el 19-V-1969 en Altmühlendorf, cerca de Nortorf. El 1-I-1939, general de División, jefe de Estado Mayor del Ejército 14 en la campaña de Polonia; en noviembre del 39, jefe de Estado Mayor del Ejército 12. El 1-I-40, teniente general. El



Rodion Malinovski

1-VIII-40, general de Caballería. El 15-I-42, comandante en jefe del III[er] *Panzerkorps*. El 22-XI-42, comandante en jefe del Ejército 1 acorazado. Del 5-XI-43 al 6-VII-44, jefe del Ejército 14 en Italia. Por discrepancias sobre tácticas a seguir, fue destituido por Hitler el 6-VII-44 y no volvió a tener mando hasta el final de la guerra. Condenado a muerte por los ingleses en Roma el 30-XI-46, la pena fue conmutada por la de cadena perpetua en julio de 1947. Finalmente la condena se redujo a 25 años. Recobró la libertad en octubre de 1952.



«Bunker» de la Línea Maginot destruido tras un ataque alemán.

Maginot, Línea, cinturón defensivo francés, en los confines entre Francia y Alemania (desde Longwy a Basilea) que recibió el nombre del ministro de la Guerra André Maginot (1877-1932). Se construyó de 1929 a 1932 y costó 2.900 millones de francos. Se trataba de un conjunto subterráneo de corredores de 150 km de longitud, más 39 emplazamientos dotados de abundante armamento, 70 *bunkers*, 550 puestos de infantería y artillería, 500 casamatas, más torres de observación y refugios. Se la consideraba inexpugnable y contribuyó a la fatal actitud defensiva francesa. Durante la campaña de Occidente fue cercada por los alemanes en 1940, a través de Bélgica, Holanda y Luxemburgo –al romper su neutralidad este país– y al final también por unidades del Grupo de Ejércitos C (Ritter von Leeb), que la cruzaron por el alto Rhin.

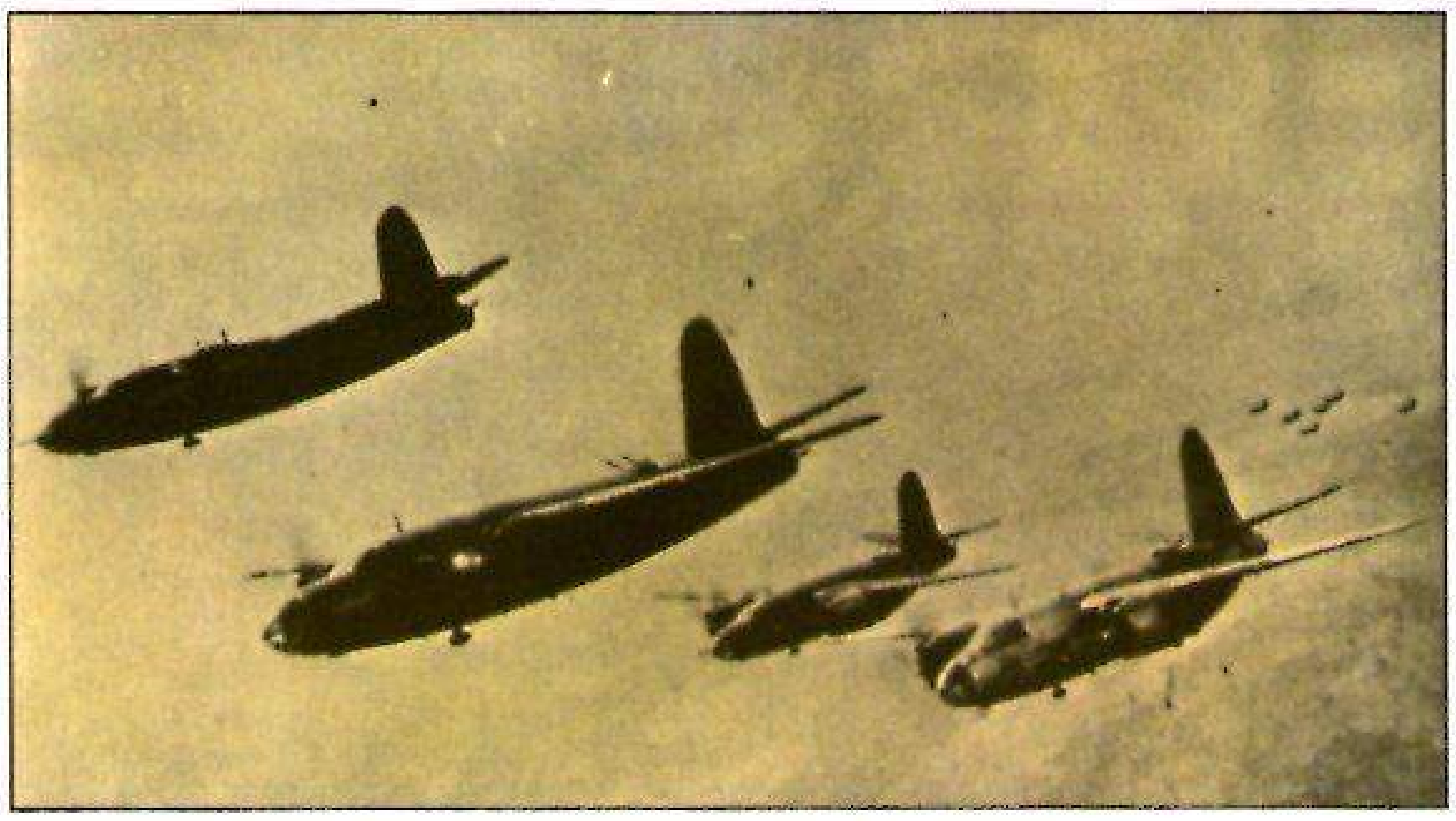
Maidanek (oficialmente Lublin-Maidanek), campo de concentración y exterminio nazi. Creado en otoño de 1941 como campo de prisioneros, el 9-IV-43 se transformó en c. de concentración; en verano de 1944 tomado por el Ejército Rojo (primer c. de concentración liberado, el 27-VII-44). Según estimación polaca fueron exterminados en él 360.000 personas, en su mayoría judíos, pero también prisioneros de guerra y presos políticos. En 1975 comenzó en Dusseldorf un proceso contra 16 de los 1300 miembros que formaban parte del personal de guardia.

Malaya, protectorado británico en la península de Malaca (1824-1948), en el Asia sudoriental. Tras desembarcos del Ejército 25 japonés (teniente general Yamashita), permaneció en manos niponas del 8-XII-1941 al 31-I-42. La defensa correspondió al Cuerpo III británico (teniente general Percival). Los supervivientes se replegaron a la fortaleza isleña de Singapur, que capituló el 15-II-42.

Malinovski, Rodion, ministro soviético de Defensa nacido en Odesa el 23-XII-1898 y muerto en Moscú el 31-III-1967. En el verano de 1941 Malinovski mandaba temporalmente un Ejército en el Frente del sur. Junio-agosto de 1942, en el Frente de Stalingrado. En diciembre de 1942 mandaba el Ejército 2 de Guardias en el Don. A principios de 1943 fue nombrado nuevamente coman-

dante supremo en el Frente del sur. En mayo de 1944, del segundo Frente ucraniano, con el que Malinovski ocupó Rumania. A finales de 1944, fue nombrado mariscal de la URSS. Finalizada la guerra, jefe de las tropas soviéticas en el Lejano Oriente, comandante supremo de las fuerzas de Tierra y, desde octubre de 1957 hasta su muerte, ministro de Defensa.

Manila, capital de las Filipinas en la isla de Luzón. Tenía en 1939 unos 625.000 habitantes. El 2-I-42, ocupada por la División 48 japonesa. Reconquistada por el Ejército 6 norteamericano (teniente general Walter Krueger) en duro combate del 4-II al 4-III-45. La población civil sufrió muchas bajas y la ciudad quedó prácticamente destruida. El comandante japonés había ordenado que no se defendiera la ciudad, pero las tropas de Marina, al mando del contraalmirante Sanji Iwabachi, se negaron a cumplir esta orden.



Al principio rechazado y luego alabado: el bombardero norteamericano Marauder.

Malta, isla y Estado del mismo nombre en el Mediterráneo. Base naval británica de 1800 a 1964, entre Sicilia y el Norte de África. La isla principal, Malta, tiene 264 km². Otros islotes, son Gozo (67 km²) y Comino. Estratégicamente, supone una posición importante en la segunda Guerra Mundial. Desde ella se dificultó el envío de efectivos alemanes e italianos hacia África. A pesar de los duros ataques aéreos alemanes de 1941/42 no se logró demantelarla. La operación de desembarco sobre Malta, preparada desde febrero de 1942 y planeada para julio (Operación «Hércules») se desarrolló en Egipto a la vista de la marcha de los acontecimientos, y fracasó precisamente por el entorpecimiento desarrollado desde Malta.

Mannerheim, Carl-Gustav Freiherr von, mariscal (5-VI-42) y político finlandés. Nacido en Gut Louhisaari (Villnäs) el 4-VI-1867 y muerto en Lausana (Suiza) el 27-I-1951. Desde 1887, oficial del Ejército ruso. Tomó parte en la guerra ruso-japonesa (1904-05). Desde diciembre de 1917, nuevamente en Finlandia. Líder de la guerra de liberación finlandesa de 1918, contra el Ejército rojo finés. De diciembre de 1918 hasta julio de 1919, regente de su país. Desde el 21-III-1931, presidente del Consejo supremo militar. En la guerra de invierno de 1939-1940, y en la guerra ruso-finesa de 1941-44, fue comandante en jefe de las fuerzas finlandesas. Presidente de su país el 4-VIII-44. En 1944 estableció un armisticio con la URSS. Dimitió en enero de 1945 como jefe de las Fuerzas Armadas y el 5-III-1946 como presidente de la nación. Desde entonces vivió retirado en Suiza.



«Market Garden»: Un avión velero inglés tras el aterrizaje.

Mannerheim, Línea, fortificaciones defensivas llamadas así en recuerdo del mariscal finlandés Mannerheim. Tenía 125 km de longitud y se extendía entre el golfo de Finlandia y el lago Ladoga. La Línea Mannerheim constaba de 96 *bunkers* de hormigón, nidos de ametralladoras y trincheras. En los flancos se hallaban instaladas baterías costeras pesadas dotadas de cañones de 254 mm, 150 mm y 120 mm. Según los especialistas no pasaba de ser una obra mediocre, pero, con todo, fue suficiente para contener durante largo tiempo el avance de los soviéticos durante la guerra de invierno.



Erich von Manstein

Manstein, Erich von, de nombre verdadero Erich von Lewinski, llamado von Manstein. General *Feldmariscal* alemán (1-VII-42), nacido el 24-XI-1887 en Berlín y muerto el 10-VI-1973 en Irschenhausen (Isertal). El 1-X-1936, general de División. El 1-IV-38, teniente general. El 1-IX-39, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Sur. El 26-X-39, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A. Propuso el plan operacional de la campaña en Occidente (véase «Movimiento en hoz»). El 1-II-40, comandante en jefe del Cuerpo de Ejército XXXVIII. El 1-VI-40, general de Infantería. El 13-IX-41, comandante en jefe del Ejército 11, con el que conquistó la fortaleza de Sebastópol entre el 7-VI-42 y el 3-VII-42. El 7-III-42, capitán general. Del 22-XI-42 al 30-III-44, comandante supremo del Grupo de Ejércitos del Don, después Sur. El 30-III-44, destituido por Hitler como consecuencia de algunas diferencias de opinión. Encarcelado en 1945. Compareció el 23-VIII-49 ante un tribunal británico constituido en Hamburgo y fue condenado a 18 años de cárcel. Tras un indulto, se le redujo la pena a 12 años y fue puesto en libertad el 7-V-53. En cuanto a su preparación militar, el experto británico Liddell Hart dijo que Manstein era el más peligroso rival de los Aliados durante la segunda Guerra Mundial.

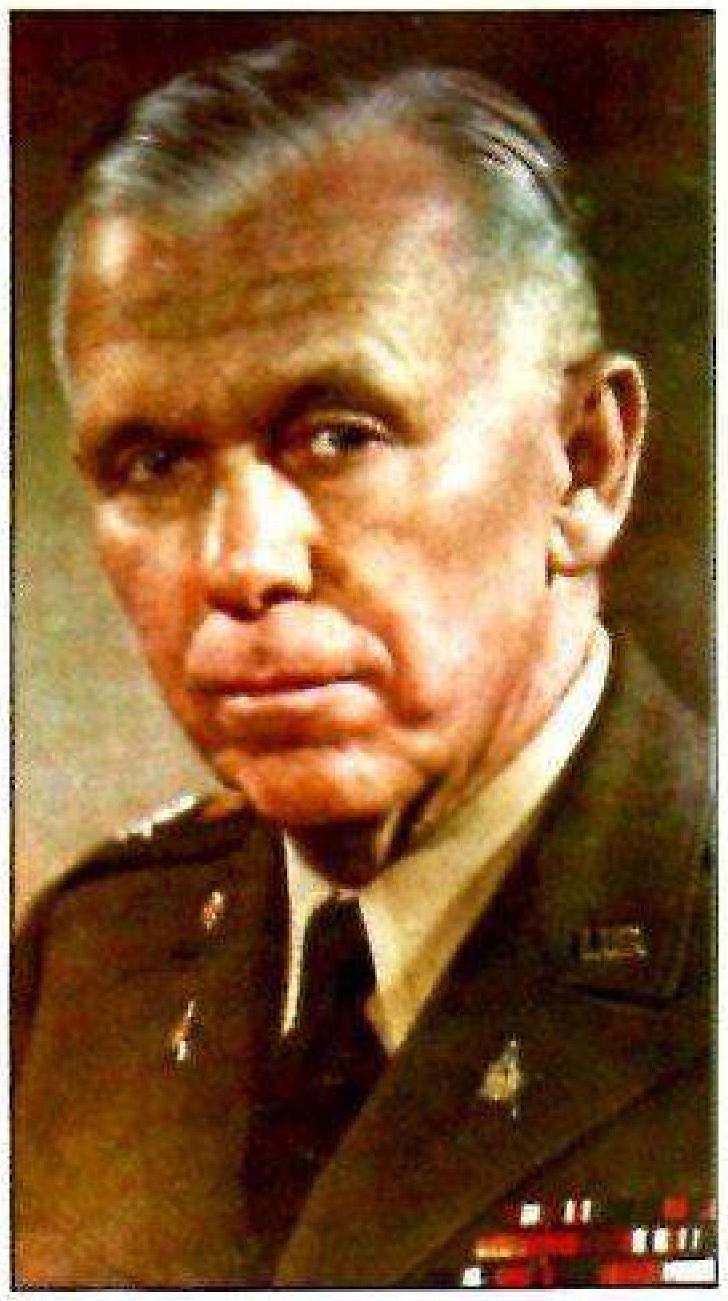
Manteuffel, Hasso von, general alemán de tropas acorazadas (1-IX-44) nacido el 14-I-1897 en Potsdam. Al comienzo de la guerra, teniente coronel. El 1-X-1941, coronel. El 1-V-43, general de División. El 8-II-1943, comandante de la División von Manteuffel. El 1-VIII-43, comandante de la División acorazada 7. El 1-II-44, teniente general y comandante de la División acorazada «Grossdeutschland». El 1-IX-44, comandante en jefe del Ejército acorazado 5. El 18-II-45, Cruz de Caballero con hojas de roble, espada y brillantes. El 5-III-45, comandante en jefe del Ejército acorazado 3.

Maquis, palabra francesa equivalente a monte bajo o maleza. En un sentido translaticio, se aplicaba a los integrantes del movimiento de la resistencia francesa durante la segunda Guerra Mundial. Sus combatientes también se llamaban *maquisards*.

Marauder, uno de los nombres del bombardero americano de alcance medio *Martin B-26*. Con unas 16 toneladas de peso de despegue, este bombardero sumamente pesado recibió el apodo de «fabricante de viudas», debido al elevado número de accidentes que sufrió desde que, el 25-XII-40, entró en servicio en manos de pilotos inexpertos. Con todo, posteriormente se acreditó como un avión extraordinariamente resistente. De 1940 a 1945 se construyeron 5157 unidades, de las cuales 427 se transfirieron a la RAF en virtud de un acuerdo de cooperación en materia de armamento. Las diferentes versiones en las distintas series hasta el último modelo, el *B-26 G*, iban cada vez más armadas y blindadas. Dos motores de 1920 CV; velocidad máxima: 457 km/h a una altura de 1520 m; autonomía: 1770 km; armamento: 11 ametralladoras de 12,7 mm; bombas por un peso total de 1810 kg; dotación: 5 hombres.

Mareth, Línea de, posiciones del Ejército acorazado italo-germano de África, en Tunicia oriental, tras el repliegue de estas fuerzas de la Cirenaica y Libia en el invierno de 1942/43, a impulsos del avance del Ejército 8 británico. Los ingleses rebasaron esta línea el 24-II-43. El 6-III-43 se produjo un nuevo ataque del Afrikakorps alemán y de las tropas italianas contra las posiciones británicas. Sin embargo, esta operación no condujo a una conquista de territorio. El 20 y 21-III-43, unidades del Ejército 8 británico cercaron la Línea de Mareth, que fue entregada por las tropas italo-germanas el 27-III-43.

«Margarethe I», nombre clave de los planes alemanes para la ocupación de Hungría, prevista para el caso de un cambio de frente (7-XI-43). El 12-III-44, Hitler dio la orden para que comenzara la operación, preparada ya desde el 28-II-44.



George C. Marshall

«Margarethe II», nombre de los planes de ocupación orientados contra Rumania, cuyos preparativos comenzaron el 26-I-44. Por una orden de Hitler, se reactivaron los preparativos el 28-II-44.

Marianas, islas, archipiélago de la Micronesia, en el Pacífico occidental. Las islas principales del grupo son Saipán, Tinián (mandato japonés desde 1920) y Guam (desde 1898 norteamericana y ocupada por los japoneses el 10-XII-1941). Saipán fue ocupada del 15-VI al 9-VII-1944 por el Cuerpo de Ejército V norteamericano. En la operación murieron 3126 norteamericanos y 27.000 japoneses. El 24-VII-44 desembarcaron dos divisiones de infantería de marina USA en Tinián, donde tuvieron que vencer, hasta primeros de agosto, la resistencia japonesa. Del 21-VII hasta el 10-VIII-44, conquista de Guam. Murieron 1400 americanos y 10.000 japoneses.

«Marita», nombre cifrado de la Directiva núm. 20 de Hitler (13-XII-40) en relación con un ataque contra Grecia partiendo de Bulgaria. El fin de las operaciones era la ocupación de las costas del Egeo y de la cuenca de Tesalónica. Cabía la posibilidad de prolongar el ataque sobre Larissa y el estrecho de Corinto. Se contaba con la marcha del Ejército italiano de Albania, pero estos efectivos fueron expulsados de Grecia cuyos partisanos obligaron a los italianos a adentrarse nuevamente en el corazón de Albania (véase Balcanes, campaña de los).

«Market Garden», nombre clave de la operación de desembarco aéreo de los Aliados según la cual el 17-IX-1944 serían ocupados Eindhoven, Nimega y Arnhem. Tras una reagrupación con el Cuerpo XXX británico debería procederse a la conquista de Holanda. Por rivalidades entre Montgomery y Eisenhower (el primero llamaba al segundo «incapaz» y el segundo al primero «psicópata»), Montgomery planeó la «Market Garden» como la más gigantesca operación de desembarco aéreo de la historia militar, a la que Einsenhower accedió de mala gana. La operación fue un fracaso. De 35.000 soldados que tomaron parte, 17.000 habían sucumbido ya en los nueve primeros días, se les daba por desaparecidos o habían caído prisioneros de los alemanes (véase Arnhem).

Marsa Matruh, ciudad portuaria egipcia a orillas del Mediterráneo. A ella llegaron los Ejércitos acorazados italogermanos el 26-VI-42 tras la conquista de Tobruk. Rommel consideró erróneamente Marsa Matruh como el último reducto británico antes de Alejandría y sólo empleó fuerzas muy debilitadas en el ataque. La ofensiva quedó detenida tres días después en El Alamein (véase). En Marsa Matruh capitularon 6000 hombres el 29-VI-42.

Marshall, George C., general y político estadounidense nacido el 31-XII-1880 en Uniontown (Pennsylvania) y muerto en Washington el 16-X-59. En octubre de 1938, subjefe del Estado Mayor. De septiembre de 1939 a noviembre de 1945, jefe supremo de las fuerzas americanas. En diciembre de 1944, «general of the Army» *(Feldmariscal).* Marshall tomó parte en las conferencias de Casablanca, El Cairo, Teherán, Yalta y Potsdam. En noviembre de 1945, embajador personal de Truman en China. De enero de 1947 a enero de 1949, ministro de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos. El 5-VI-47 hizo público el plan de asistencia económica norteamericana para Europa (Plan Marshall). De septiembre del 50 a septiembre del 51, ministro de Defensa. El 30-X-53, Marshall fue distinguido, junto con Albert Schweitzer, con el premio Nobel de la paz.

Maslennikov, Iván, general soviético nacido el 16-IX-1900 en Chalikla (Saratov) y muerto en Moscú el 16-IV-1964. Maslennikov pasó de la policía al Ejército. En 1941/42, comandante en jefe del Ejército 29 del Frente occidental, y después del Ejército 39 del Frente de Kalinin. Teniente general en 1942. Del 24-I al 13-V-43, comandante supremo del Frente del Cáucaso septentrional. Capitán general y, en 1943/44, segundo jefe de los Frentes del Voljov, sudoeste, tercero de Ucrania y de Leningrado. En 1944, general del Ejército, jefe supremo del tercer Frente báltico. En 1945, segundo jefe de las tropas soviéticas en el Lejano Oriente. Maslennikov fue el único general de policía que desempeñó una función de mando en la guerra.

Matapán, cabo en el extremo meridional de Grecia (Peloponeso). No lejos de él tuvo lugar, entre el 26 y 29-III-41 una batalla naval entre unidades inglesas e italianas. Teniendo como buque insignia al acorazado *Vittorio Veneto,* unidades navales italianas se habían hecho a la mar con el fin de interceptar el paso a los convoyes ingleses que se dirigían a la Grecia amenazada. Al tiempo abandonaron el puerto de Alejandría tres acorazados ingleses y un portaaviones de la misma nacionalidad; del Pireo, zarparon cuatro cruceros y cuatro destructores. Los italianos cambiaron de rumbo y se dirigieron a su patria el 28-III, pero fueron avistados por aviones ingleses



El ministro de Asuntos Exteriores japonés, Matsuoka, durante una visita que hizo a Alemania en 1941. Selló, con Berlín y Roma, el Pacto Tripartito.

y bombardeados. Toda una formación italiana, compuesta por tres cruceros y dos destructores, fue abordada por el acorazado británico *Valiant* y aniquilada. En el enfrentamiento murieron más de 3000 hombres.

Matilda, carro de combate británico, Mark II «Matilda». Construido en cinco versiones, de 174 a 190 CV; peso: de 25 a 26,5 t; dotación: 4 hombres; velocidad: 24 km/h; autonomía: 112 km; armamento: cañón de 40 mm y ametralladora de 7,92 mm. El prototipo apareció en 1938. Un año después se fabricó en serie. En total se alcanzó la cifra de 3000 unidades. Se empleó en Francia, Creta, Unión Soviética y Norte de África.

Matsuoka, Yosuke, político japonés nacido en marzo de 1880 y muerto en Tokio en 1946. Ministro de Asuntos Exteriores en 1940/41, trató de establecer un nuevo orden válido para todo el «espacio asiático». Se adhirió al Pacto Tripartito, que formaba con Alemania e Italia, y firmó un tratado de no agresión con la Unión Soviética. En 1945 fue detenido por los norteamericanos como criminal de guerra y murió en prisión.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1942

5. 11.: El «Gruppenführer» de las SS doctor Best es nombrado plenipotenciario del Reich alemán en Dinamarca.
8. 11.: Discurso del «Führer» ante los «veteranos» en la cervecería Löwenbräukeller de Munich. Pronunció estas palabras acerca de Stalingrado: «En ella había un gigantesco puerto. Yo lo quise tomar, saben ustedes; estábamos predestinados para ello, ¡y ya lo tenemos!»
10. 11.: Entrevista de Hitler con el primer ministro francés Laval, a quien el «Führer» había invitado a trasladarse a Munich para sondear si el Gobierno francés de Vichy estaba dispuesto a luchar con los alemanes contra británicos y norteamericanos.
16. 11.: Hitler dicta una orden en relación con los comisarios de defensa del Reich y la unificación de la administración económica.
16. 11.: Movilización parcial en España para proteger su posición de neutralidad.
1. 12.: Mussolini aconseja a Hitler que cierre «el capítulo de la guerra contra Rusia de un modo u otro, a la vista de que no tiene ya objeto proseguirlo».
5. 12.: El «Gauleiter» y ministro de Propaganda del Reich, doctor Goebbels, afirma ante los colaboradores de su distrito que «en el Este conseguirá la victoria definitiva el mejor hombre, la mejor raza, la mejor ideología, como puede comprobarse a lo largo de la historia universal».



El «Führer» fascista holandés Anton Mussert.

13. 12.: Con ocasión del decimoprimer aniversario del movimiento nacionalsocialista en Holanda, el comisario del Reich, doctor Seyss-Inquart da a conocer que el partido nazi holandés ha recibido la encomienda de la administración de su país. Al tiempo, Hitler reconoce a Mussert como «Führer» del pueblo neerlandés.
27. 12.: Fundación del comité de Smolensk bajo la dirección del ex general soviético Vlassov. Más adelante cambió su nombre por el de «Comité para la liberación de los pueblos de Rusia». Sin embargo, el 8. 7. 1943 Hitler prohíbe el empleo del ejército de liberación formado por este comité.

1. 11.: El cuartel general del «Führer» se traslada de Vinnitsa a Rastenburg («Wolfsschanze»), en Prusia Oriental.
2. 11.: El Ejército 8 británico emprende la penetración a través de las posiciones del «Ejército acorazado África» italoalemán.
3. 11.: Hitler ordena al comandante en jefe de las fuerzas en el Norte de África: «Resistir a toda costa». Rommel había iniciado el repliegue en la noche del 2.11.
4. 11.: Rommel imparte la orden de continuar el repliegue, bajo su responsabilidad personal.
7/8. 11.: Desembarco de tropas angloamericanas al mando del general Eisenhower en Marruecos y Argelia.
11. 11.: A las 7 de la mañana, tropas alemanas e italianas cruzan la línea de demarcación establecida en el armisticio y ocupan la parte de Francia no tomada anteriormente.
17. 11.: Primeros enfrentamientos entre las tropas alemanas establecidas en Túnez y unidades aliadas, a 50 km al oeste de Bizerta.
19. 11.: A las 5 de la mañana comienza la gran ofensiva soviética sobre Stalingrado.
22. 11.: Las tropas soviéticas cercan al Ejército 6, junto con otras unidades alemanas y rumanas (en total 250.000 hombres), en el espacio entre el Don y el Volga junto a Stalingrado.
22. 11.: Hitler regresa del «Berghof» a la «Guarida del lobo». Al tiempo renuncia al mando sobre el Grupo de Ejércitos A y nombra al general von Kleist comandante en jefe del mismo. La orden que siguió fue ésta: «El Ejército 6 debe constituirse en formación de erizo y esperar las provisiones del exterior.»
25. 11.: Comienza el aprovisionamiento aéreo del cerco de Stalingrado. Por término medio llegaban cada día 95 toneladas de las 300 que había prometido Göring.
27. 11.: Ocupación de Tolón por tropas acorazadas alemanas. Barrenamiento de la Flota francesa en el puerto de esa ciudad: desaparecieron 61 buques con un total de 225.000 toneladas.
16. 12.: Comienza la ofensiva del «Frente de Vorónezh» soviético. La importante base de aprovisionamiento de Stalingrado, Tazinskaia, es ocupada por carros de combate soviéticos. 124 aviones alemanes lograron remontar el vuelo sometidos a intenso fuego.
21. 12.: El Grupo de ataque del 4.° «Panzerarmee» logra aproximarse a 48 km de Stalingrado. El ataque fracasa ante la resistencia de las tropas soviéticas.
22/23. 12.: Hitler niega el permiso para que se lleve a cabo la Operación «Donnerschlag» («Trueno») consistente en el ataque de conjunto del Ejército 6, como última posibilidad.
1. 11. - 31.12: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico, mar del Norte y Mediterráneo, ante las costas de Sudáfrica y en el océano Índico 177 mercantes aliados por un total de 1.058.994 t de registro bruto.

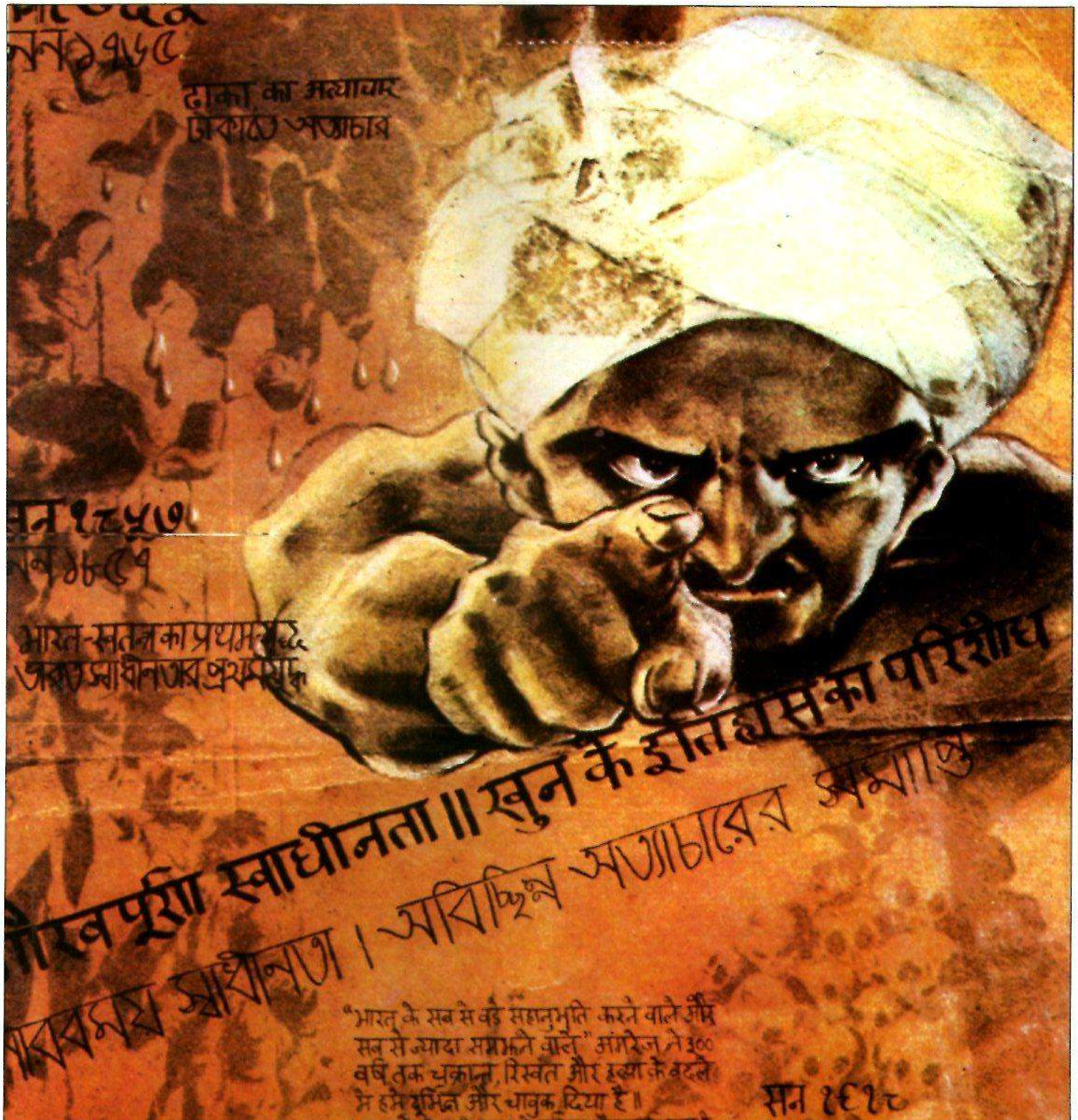
13. 11.: Con ocasión de su 70 aniversario Hitler concede al industrial de Saarbrücken Hermann Röchling la insignia del águila, con esta dedicatoria: «Al pionero de la siderurgia, al veterano luchador del Sarre.»
13. 11.: Estreno del filme de propaganda «Diesel», con Willy Birgel, Erich Ponto y Hilde Weissner. Director: Gerhard Lamprecht.
15. 11.: El München 1860 derrota por 2 a 0 al Schalke 04 en el Estadio olímpico berlinés y se convierte en campeón de la copa alemana de fútbol (copa Tschammer).
15. 11.: El Niederrhein gana en Essen la copa de las regiones (copa Reichsbund) al derrotar por 2 a 1 al Nordmark.
19. 11.: Se estrena en Berlín la película de propaganda «Andreas Schlüter», con Herbert Hübner, Olga Chejova, Paul Dahlke y Heinrich George. Director: Herbert Maisch.



Heinrich George en el papel del escultor Andreas Schluter en el filme de este nombre.

22. 11.: Alemania derrota a Eslovaquia en el último partido de fútbol del año, celebrado en Pressburg (Bratislava), por 5 a 2. Esta es la 100 victoria de la selección nacional alemana. En 198 encuentros, Alemania logró 100 victorias, 63 derrotas y 35 empates.
29. 11.: En un torneo triangular de natación, celebrado en La Haya, la hamburguesa Inge Schmidt establece una nueva marca de natación en 200 m braza con un tiempo de 2' 57", 8.
6. 12.: En el último torneo triangular de boxeo del año 1942, Alemania vence a Hungría e Italia en Berlín, tras derrotar previamente a estos mismos países en Roma y Budapest.
7. 12.: El sistema de alerta aérea alemán queda completado, en virtud de un decreto, con la «alerta aérea nocturna».
13. 12.: Alemania vence en Budapest a Hungría en el torneo internacional de gimnasia sobre aparatos.
20. 12.: El equipo nacional alemán de hockey sobre hielo gana en Pressburg (Bratislava) al conjunto eslovaco por 10:2 (3:0, 6:2, 1:0).

Con la intención de someter a la prepotencia nipona toda el Asia oriental, los japoneses se presentaban como adelantados de la «raza amarilla» en la lucha contra el odiado colonialismo europeo. Este cartel de propaganda japonés se dirige al movimiento de liberación de la India, al que ofrece Japón la oportunidad de sacudirse el yugo británico.



LA ALHAJA DEL DESIERTO

El Volkswagen - como hecho para Africa





En el Norte de África el «Volkswagen» se reveló como el vehículo ideal. Ligero, fácil de maniobrar y pudiendo prescindir del agua, parecía especialmente diseñado para el desierto.

En el desierto libio, marzo de 1942

Todos le deben respeto: nadie puede levantar tanto polvo para hacer hablar de él. Y en contra de lo que suele suceder vale más de lo que parece. Desde fuera nadie puede suponer que con él se ha escrito un nuevo capítulo en la historia de esta zona de África, tan fanáticamente enemiga del tráfico: pequeño, gracioso, ligero, en la parte de atrás un motor no más grande que la bomba de agua de una granja, y con todo capaz de haber superado definitivamente el medio ideal durante miles de años para atravesar el desierto: el camello. La mayor parte de los «Volkswagen» que se encuentran en el Norte de África han dejado pequeñito el viaje de Julio Verne alrededor del mundo: 40.000 km han supuesto para ellos apenas el comienzo, un entrenamiento para más altas empresas. Siempre en movimiento, cubiertos de polvo que nadie se preocuparía de quitar, aunque tuviera agua para hacerlo, porque la arena es el mejor camuflaje que existe en el desierto, seguros y pacientes, recuerdan un poco a los infatigables borriquillos que trotan por los pueblos que salpican las pistas del desierto con una diferencia: el borriquillo se encabrita a menudo, el «Volkswagen», gracias a Dios, no. En una palabra: es una encantadora y pequeña pulga que no decepciona nunca. No en balde se ha convertido en el preferido de todos los que están aquí y en motivo de envidia de los africanos de piel blanca o morena que no ocultan su admiración, entre otras cosas por el hecho de que el pequeño vehículo no necesite agua, sino aire para el refrigerador y que tardan en reponerse de la sorpresa que les causa el que pese tan poco, cuando se apresuran a echar una mano para sacarlo de algún atolladero entre la arena del desierto. Tan ligero es que bastan cuatro manos para sostenerlo mientras se cambia una rueda, tan fácil de manejar que muchos de ellos han podido huir en zigzag por el desierto, evitando las ráfagas de ametralladora de los cazas británicos volando a ras de tierra; tan económico que incluso en las perdidas arenas del desierto libio no gasta más de 8 litros de carburante cada 100 km; y tan resistente que docenas de impactos —no hay veterano sin huellas— no le causan el menor efecto.

Lo que han aguantado los «Volkswagen» en África no hay piel de camello que lo resista. Su capacidad de adaptación, la división de su espacio permiten múltiples utilizaciones, desde instalar la emisora de radio hasta servirse de él para realizar filmaciones cinematográficas: todo esto y mucho han hecho con la genial construcción de Porsche los fieles equipos que la manejan. Para proteger el filtro del aire del polvo y la arena del desierto un conductor ha tenido la ocurrencia de utilizar una máscara británica de gas. Otro ha utilizado una planta exótica para reparar el acelerador. Lo mejor de todo son los asientos: ¿qué sería de los animosos devoradores de kilómetros del desierto si al final de sus penas no encontraran la comodidad de los sillones del «Volkswagen» para su merecido reposo? Kilómetros y kilómetros transporta material y tiendas de campaña, para después en un gesto generoso ofrecer hasta sus asientos para el reposo del guerrero...

(Tomado de la revista del Frente Alemán del Trabajo «Freude und Arbeit», marzo de 1942).

Los "zorros del desierto" IV



Durante su avance por la Cirenaica en 1941 no logró Rommel alcanzar la meta soñada: Tobruk. En la primavera de 1942 se propuso por segunda vez su conquista. Etapas: Agedabia, Ain El-Gazala. Bir Hacheim cae en junio. El camino de Tobruk está libre.

Wulf Weiter

CAE TOBRUK



Batalla de blindados en el desierto. Zumbido atronador de los cañones, columnas de humo negro que se elevan sobre el material incendiado.
Un carro con la cruz alemana en sus laterales se detiene; evidentemente el comandante estudia la situación. Tras él no tarda en pararse un vehículo de campaña del que salta un joven oficial con una barra de hierro en la mano y se dirige amenazador hacia la torreta del primer carro por la que asoma un rostro sorprendido y desconcertado. Todavía del coche recién llegado surge un hombre con el rostro curtido, la espalda de su abrigo de piel como si fuera una malla, que grita con fuerte acento suabo: «¡Adelante! ¡Los ataques no se llevan a cabo quedándose uno quieto!» El hombre del vehículo de campaña es el general Rommel; el oficial de la barra de hierro, su ayudante teniente Freiherr von Schlippenbach. Rommel lleva siempre una barra consigo para utilizarla en casos como éste.

No cabe duda de que sólo un hombre así puede ser capaz de obtener el increíble rendimiento de que está haciendo gala el Afrikakorps alemán (DAK).

Pero al mismo tiempo también es verdad que más de una vez llevó a sus oficiales hasta la desesperación cuando era necesario que decidiera y no aparecía por ninguna parte, y hasta en un momento de impaciencia desconectaba su receptor de radio.

El mariscal Kesselring persiguió una vez al jefe del Estado Mayor de Rommel, Gause, herido por bala de cañón, hasta el hospital de campaña para decirle: «Las cosas no pueden seguir así. El general en jefe no manda la División o el Cuerpo de Ejército... ¡Como tal comandante tiene que ser siempre posible dar con él! Debe usted convencerle de ello. El general Gause, lo mismo que el teniente Westphal tendido a su lado y herido por el mismo proyectil, se limitó a replicar: «Es imposible decirle nada algunas veces...»

Al otro lado, los jóvenes oficiales británicos estaban convencidos de que la diferencia de estilo en el mando era la causa principal de muchas de las catástrofes que tenían que soportar las tropas inglesas.

Por todas partes imperaba el sentimiento de que el mando inglés quería ganar una guerra blindada relámpago con los procedimientos de la Primera Guerra: sir Claude Auchinleck daba desde el lejano Cairo las instrucciones estratégicas que más tarde en el puesto de mando del general Ritchies se reconsideraban e impartían a las unidades correspondientes; un complicado sistema muy del tiempo de la caballería y la infantería pero poco apto para una guerra motorizada en el desierto, que exige, como en el mar, que el almirante esté a bordo de su barco para tomar las decisiones rápidas.

Así sucedió cuando Rommel sacó de la trampa en que había caído al Afrikakorps, que se encontraba entre el Ejército 8 de Ritchie y la línea de Gazala. El fuerte del Ualeb ocupado por la Brigada 150 británica cerraba el camino hacia el oeste para salir del cerco. El sangrante 1 de junio de 1942: durante horas se lanzan sobre los «box» amparados por campos de minas; se han perdido 12 carros. Los *Stukas* han bombardeado en un mal momento y sus bombas han ido a parar sobre las propias posiciones. En ese momento ataca Rommel con el III^er Batallón motorizado de transmisiones. Los zapadores abren un camino libre de minas bajo un fuego atronador, los hombres del batallón se lanzan sobre las posiciones británicas y ocupan sus nidos de ametralladoras.

Churchill tiene una corazonada

De pronto grita Rommel: «El enemigo está vencido, sacar vuestros pañuelos blancos y se rendirá.» Él mismo da ejemplo y agita su pañuelo al viento; sin creerle del todo algunos le imitan y se produce el milagro: 2000 hombres se entregan sin duda sorprendidos en el momento psicológico. Queda abierta la salida del cerco.

Rommel no se para por tan poco: gran parte de las tropas que acaban de liberarse del «Agujero de Ualeb» se dedican a perseguir y acabar con las brigadas del Ejército 8 británico.

Aquí puede apreciarse una segunda desventaja de la manera de operar y de la táctica británica: como en tantos combates pasados no se emplea toda la fuerza disponible sino dividida en unidades que no superan a la brigada. Lo que a distancias tan grandes de Gambut o El Cairo puede parecer dictado por la prudencia es en realidad una gran locura: el Afrikakorps por regla general se abre paso empleando todo el peso de sus tres Divisiones. Y puede aniquilar por partes al enemigo, muy superior a él, porque el enemigo combate seccionado. En estos días de finales de mayo y principios de junio el Ejército 8 perdió 170 blindados. La División 5 india fue prácticamente puesta fuera de combate.

Confuso comunicaba Auchinleck el 10 de junio a Londres: «Calculamos nuestras pérdidas en 10.000 hombres, de los que unos 8000 han sido hechos prisioneros. Las pérdidas de la División 5 india no las conocemos todavía exactamente...»

¿Tantos prisioneros? En su diario Churchill expresa la corazonada de que ha tenido que pasar algo muy desagradable. Pero lo más desagradable no había pasado todavía.

En las batallas de Tobruk y Bir-Hacheim la coordinación entre la Aviación y las tropas de Tierra alcanzó su máximo acoplamiento. Un «Focke Wulf Fw 190» pone fuera de combate a un carro británico en un momento de la lucha.

Aún permanece firme el puntal sur de la línea de Gazala, con el fuerte de Bir Hacheim bien armado y defendido por vastos campos de minas. El fuerte lo han defendido desde el 26 de mayo contra toda la División italiana «Trieste», la 1.ª Brigada de voluntarios franceses con unos 3000 hombres, más unos 1000 voluntarios de un Batallón judío; todos bajo el mando del general Koenig.

Rommel presentó batalla con unidades de la División ligera 90, algunos carros y la Sección 33 de batidores. «No tardarán en caer», confió Rommel al coronel Fritz Bayerlein, jefe de su Estado Mayor como consecuencia de haber sido herido el general Gause. La batalla de Bir Hacheim fue la más dura de la campaña de África.

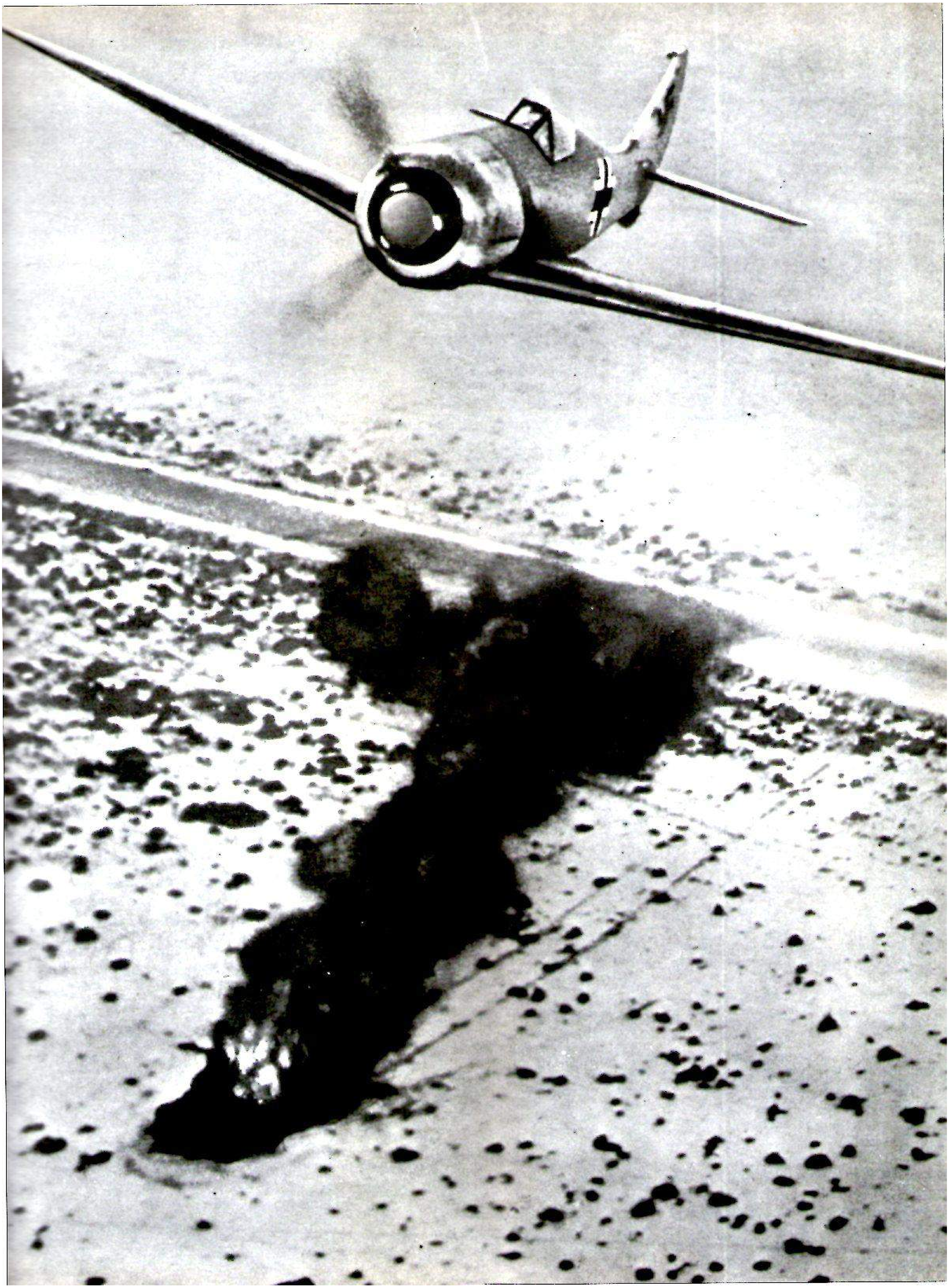
El ardid del pañuelo, repetido por Rommel en el momento más álgido del combate, sólo provocó un fuego más nutrido en todos los sectores. Los carros eran inmovilizados por las llamas; infantes y zapadores experimentaron copiosas pérdidas.

¡Stukas!, ordenó Rommel.

La 3.ª escuadrilla de *Ju 87* había realizado ya algunos ataques con éxito moderado. La posición de Bir Hacheim había sido hábilmente descentralizada en estrechas trincheras y nidos que sólo un total acierto podía eliminar: había que dar de lleno en el blanco. Fuera de que la arena neutralizaba los efectos de las bombas incendiarias.

A la orden de Rommel realizó la escuadrilla un ataque concentrado. El general Koenig pidió auxilio por radio. Pronto aparecieron los cazas británicos que pudieron con los pesados *Ju 87*. En pocos días fueron derribados 14 *Stukas*.

El jefe de las fuerzas de aviación en África, general von Waldau, se quejó al mariscal Kesselring. Sabía que algunos oficiales habían pedido a Rommel que utilizara más fuerzas terrestres que en ataque cerrado aprovecharan la confusión creada por la aviación. El empleo de pequeñas unidades no conducía a nada. Kesselring se presentó en el desierto y armó un escándalo. Rommel se decidió entonces a emplear más fuerzas: cañones, anticarros, granaderos. Tres batallones de zapadores debían abrir un camino al norte por el campo de minas, reforzados por tropas italianas y la «Unidad especial 288».



Ésta, bajo el mando del coronel Menton, se había reservado en principio para el ataque al Irak, pero en marzo de 1942 fue enviada a África. Se les sumaron tropas de refuerzo del grupo Kiehl ya en combate. Pero contra los bravos defensores incluso estas tropas se revelan insuficientes. La artillería bombardea los puntos de asalto. Los cazas ametrallan a los zapadores que deben abrir camino.

Al Este ataca de pronto la Brigada blindada 6 británica. Afortunadamente los flancos están protegidos por la artillería, pero los blindados contraatacan con grandes pérdidas. El coronel Hecker con su vehículo de reconocimiento se puso al frente de dos batallones italianos de infantería: «Avanti!»

Sobre un terreno liso, contra un fuego nutrido... A los pocos momentos caen tres de los seis jefes de compañía italianos. De los once carros seis son puestos fuera de combate por los cañones y cuatro más volados por las minas. Pero se consigue abrir paso hacia las primeras posiciones.

«El judaísmo os contempla»

A la mañana siguiente, 9 de junio, los *Stukas* deben realizar un ataque concentrado. Con objeto de poder atacar inmediatamente después, el coronel Hecker adelanta al máximo su carro. Los *Stukas,* sin embargo, no aparecen debido a un error de transmisión; el sol surge de repente como lo hace en el desierto y en pocos minutos es de día. El vehículo del coronel es descubierto por la artillería y tiene que virar. Poco después tropieza con una mina... Rommel está indignado y hasta juega con el pensamiento de abandonar el ataque del fuerte, pese al peligro que representa para sus flancos y sus refuerzos, y seguir adelante hacia su meta principal: Tobruk, la fortaleza del desierto.

Pese a todo moviliza un batallón del Regimiento blindado 115, que se presenta con más armas pesadas y Kesselring trae de Grecia y Creta 76 *Ju 88.* En la misma tarde del 9 atacan los *Ju 87* y a la mañana siguiente lo hace una fuerza de 124 *Ju 87* y 76 *Ju 88* escoltados por 168 cazas del tipo *Me 109.* Por tres veces vuelan sobre el fuerte los aviones dejando tras de sí una densa cortina de humo negro.

Pero los defensores saltan una y otra vez de las semidestruidas trincheras a otras posiciones sin abandonar las armas. El general Koenig ha dicho en la orden del día: «Tenemos que demostrar en esta encrucijada del desierto que los franceses saben luchar y morir». La orden del batallón judío es más escueta: «Luchad. El judaísmo mundial os contempla». Pero con el masivo ataque de los *Stukas* ha comenzado el último acto de la tragedia. Caen 140 toneladas de bombas incendiarias y cuando aún no se han apagado se lanzan al asalto los infantes y granaderos. Se desarrolla una sangrante lucha cuerpo a cuerpo, con pistolas y bayonetas. En la noche del 10 de junio la vanguardia ítalo-germana se encuentra ante las ruinas de las murallas del fuerte.

El general Koenig comunica a Ritchie: «Es el final. El enemigo se halla ante mi puesto de mando...»

Respuesta: «Intente abrirse paso.» En la noche del 11 de junio la sección del capitán Briel hace un prisionero al sur de Bir Hacheim. El soldado declara que los defensores van a intentar escapar durante la madrugada a través de un camino abierto en el campo de minas. El capitán coloca todas las fuerzas de su unidad en el sitio señalado. Cuando el general Koenig y su gente intentan salir caen en medio de un fuego espantoso. Por primera vez se emplea en África la nueva ametralladora 42, capaz de disparar 1200 proyectiles por minuto.

Sólo la mitad de los defensores capaces de combatir pudieron abrirse paso, entre ellos el general. Cuando a la mañana siguiente ondeó sobre Bir Hacheim la bandera blanca, los alemanes se encontraron con 500 heridos y una pequeña retaguardia.

Rommel no dejó ni a sus enemigos ni a sus propios soldados un segundo de descanso. Una vez fracasado el ataque relámpago a Tobruk y al adentrarse sus tropas entre las posiciones de Gazala y el Ejército 8 británico, ha estado a punto de conocer la derrota. Pero con la caída del fuerte Bir Hacheim se debilita todo el sector sur que Auchinleck y Ritchie sin duda alguna habían intentado utilizar como elemento estabilizador en la siempre móvil guerra de los blindados, con la que el enemigo parecía encontrarse tan endiabladamente seguro.

El Afrikakorps y las tropas italianas continuaron inmediatamente su marcha hacia el norte, por la costa. Esto traía consigo para el sector norte de las posiciones de la línea de Gazala, ocupadas por dos Divisiones, el peligro de encontrarse incomunicadas. Debido a ello Ritchie envió sus carros al encuentro de las tropas de asalto.

De esta suerte, una vez más, las tropas británicas fueron enviadas al combate por partes y aniquiladas por la fuerza concentrada de Rommel. En la tarde del 12 de junio la mayor parte de las unidades enemigas habían sido puestas fuera de combate y el desierto se encontraba poblado de «Grants», «Crusaders» y «Stuarts» incendiados. Auchinleck voló de El Cairo a Gambut, cuartel general de Ritchie. Se encontraba muy intranquilo porque estaba clara la meta que perseguía Rommel; y de Londres llegaba la orden de Churchill de no abandonar en ningún caso Tobruk. Los dos generales británicos decidieron formar una línea defensiva ante la fortaleza del desierto: desde las posiciones establecidas en Gazala sobre el fuerte Knightsbridge y El-Adem hacia el Este. Con lo que una vez más las fuerzas disponibles quedaban desperdigadas a lo largo de 70 km, si bien en esta ocasión obedeciendo a una cierta táctica: Rommel, tan cerca de su objetivo, hubiera aprovechado cualquier paso franco en la línea del frente, abierto en beneficio de una concentración de fuerzas, para un ataque a fondo en dirección a Tobruk.

Auchinleck volvió a El Cairo un poco más tranquilo. Casi al mismo tiempo era diezmado su Ejército 8 por el Afrikakorps entre Knightsbridge y El-Adem. «Una batalla de carros en la que los nuestros llevaron la peor parte y el enemigo se hizo dueño del terreno», escribió Winston Churchill con cierta piedad. La descripción de la batalla quedó en sus líneas incompleta. Contra la opinión y protesta de Auchinleck no le quedó a Ritchie más remedio que desencadenar el «Freeborn»: dio la orden a las dos Divisiones que permanecían en la línea de Gazala de que no presentaran batalla y que por el camino de la costa se retiraran hacia Tobruk o a territorio egipcio.

Desorden completo

Pese al enorme castigo sufrido, la División 15 acorazada de Rommel alcanzó en la madrugada del 15 de junio la Vía Balbia, la carretera de la costa. Por allí debían pasar las tropas británicas. Artillería, *Stukas* y blindados organizaron un verdadero baño de sangre: con enormes pérdidas y sin armamento pesado la División 1 sudafricana huyó en dirección a Tobruk.

Lo mismo sucedió con las unidades supervivientes del frente: en su retirada vinieron a caer en la posición que ocupaban las tropas alemanas. El desorden era completo. A veces, por la noche, la distancia entre las unidades británicas y alemanas era de apenas unos cientos de metros.

Sólo una tropa seguía en ese momento una dirección contraria: la División 50 británica que, ante la trágica situación de la carretera de la costa, se dirigió hacia el oeste y rompió la línea mantenida allí por los soldados italianos. Después torció hacia el sur, evitó Bir Hacheim y profundizó en el desierto hasta establecer contacto con las unidades británicas cerca de Magdalena. También esta División tuvo que dejar sobre el terreno su armamento pesado. ¿Atacaría Rommel Tobruck directa-



mente o como el año anterior bordearía el fuerte y se dirigiría hacia la frontera egipcia? Esta era la pregunta que se hacía el Estado Mayor británico. El astuto Rommel hacía cuanto podía para hacer creer al enemigo que su propósito era dirigirse hacia el sur. Personalmente figuraba a la cabeza de la División 90 ligera que llegó a Bardia el 19 de junio. Partes radiofónicos no codificados daban a entender que también las dos Divisiones blindadas y las fuerzas motorizadas italianas se encontraban al sur de Tobruk y que únicamente tropas de infantería se encontraban al oeste de las murallas del fuerte. Sin embargo, esa maniobra en dirección Este no sólo perseguía engañar al enemigo: en Gambut se encontraba el campo de aviación más importante de la RAF. Rommel no quería cometer el mismo error que el año anterior en Tobruk y no hacía mucho en Bir Hacheim, y que tanta sangre había costado: atacar una plaza sin el apoyo masivo de la aviación y sin la asistencia de suficientes fuerzas de a pie.

Únicamente después de apoderarse del campo y dejar prácticamente a Tobruk sin protección aérea, desvió Rommel su camino en la noche del 19 de junio y reunió la División 90 ligera con el grueso de las tropas que se encontraban al sur de Tobruk.

Al salir el rojo sol del desierto el 20 de junio por el horizonte sonaban ya en el cielo los motores de los aviones. Esta vez debía darse una perfecta coordinación entre las distintas fuerzas.

Rommel se aseguró de que todo estaba claro con la *Luftwaffe*. Frente a él la primera oleada de *Stukas* se lanzaba al ataque de la parte sudeste del fuerte, defendido por los hindúes. Se elevan inmensas nubes de polvo, saltan en pedazos los obstáculos y a la detonación de las bombas siguen series de explosiones: el cordón de minas vuela por el aire. Por el camino abierto se lanzan al asalto los soldados de la infantería italiana y alemana y los carros de las Divisiones 15 y 21 inician el avance. Columnas de humo azul indican a la aviación dónde se encuentra la vanguardia.

Mientras los aparatos de la primera oleada se retiran para abastecerse de carburante y munición, surge en el cielo la escuadrilla de *Ju 88*. Sus bombas destrozan las posiciones de la artillería. Poco después aviones del tipo *Me 110* en vuelo rasante destruyen con sus cañones de a bordo los nidos de ametralladora y los cañones antiaéreos. Toman el relevo aviones italianos hasta que de nuevo surgen los *Ju 87*. El

Después de la caída de Tobruk, Rommel fue ascendido a «Feldmariscal». Sobre los motivos de fondo del ascenso se habla en el presente artículo.

ataque combinado se desarrolla a la perfección. Cada blindado puede señalar su posición con humo azul, los extremos de las alas del ataque con granadas de humo. Incluso las tropas de tierra pueden hacer llegar a la aviación sus peticiones de ayuda. Un disparo con un proyectil señalizador en dirección de una posición enemiga equivale a lanzar sobre ella a los bombarderos o destructores...

A las 8 de la mañana los zapadores tienden un puente sobre los fosos anticarros hasta la parte central de acceso al fuerte. La primera en cruzar es la 8.ª Compañía del Regimiento 5 blindado bajo el mando del teniente Koch; debido a que delante de los *Panzer* siguen explotando las bombas de la *Luftwaffe,* los blindados no dejan de enviar las columnas de humo azul.

Hacia la plaza de armas

Sobre el terreno ya libre de minas continúa el avance de los carros que tropiezan de pronto con una unidad enemiga dotada con «Mark IV». El teniente Koch da orden inmediatamente de abrir fuego sobre el carro del comandante fácilmente reconocible entre los británicos por llevar un gallardete en la antena. El segundo disparo acierta. El resto de los blindados, no tarda en dar media vuelta. Levemente herido el comandante inglés abandona su carro. El teniente Koch da orden de que se cure al prisionero. ¿Qué puede hacer con él? Le hace subir a su carro y continúa marchando, exactamente en dirección de una posición de artillería. Un proyectil alcanza su torre y se encuentra con su dotación y el prisionero metido en un hoyo.

El conductor está herido, por tanto es el propio teniente el que vuelve a su dañado carro, se acerca con él al sitio en que se encuentran sus compañeros, vuelve a tomar a bordo a todos ellos y emprende la retirada. Sólo entonces se da cuenta de que está herido en un muslo.

Se cruzan con Rommel que inmediatamente les hace pasar a un vehículo de su acompañamiento y todos ellos, prisionero incluido, se dirigen hacia la plaza de armas. El ataque a Tobruk continúa. Ni un solo minuto se encuentra el cielo sin aviones alemanes y la artillería no cesa de bombardear las posiciones enemigas.

Los fuertes de Gabr Gasem y Pilastrino se rinden tras los estragos ocasionados por la *Luftwaffe.* Los *Stukas* atacan los barcos que se encuentran en el puerto, el campo de aviación y cuanto tiene aspecto de ser una posición defensiva. El propio comandante de la ciudadela, general Klopper de la División sudafricana, se libra por milagro de la muerte tras un bombardeo de su puesto de mando. Poco después vuelve a ser alcanzado su nuevo emplazamiento. Carece de medios de comunicación para poder dirigir la lucha. Nunca hasta entonces se había demostrado de una manera tan evidente la importancia del dominio del aire en un ataque por tierra. La ciudadela estaba defendida por 33.000 hombres, muchos más que los atacantes.

Desesperado Klopper telegrafió a El Cairo: «La situación es insostenible. Voy a intentar abrirme paso hacia el Oeste.»

Poco después insiste, perdida toda esperanza: «Demasiado tarde. La mayor parte de los medios de transporte han sido destruidos. Seguiré resistiendo hasta que el material de mayor peso sea destrozado». La tropa se encuentra en plena fuga. Incluso los soldados de su escolta han huido utilizando los vehículos de su Estado Mayor. En 1941 Tobruk había resistido un asedio de 28 semanas, ahora tras 28 horas de lucha se acercaba el final. La ciudad era un montón de ruinas del que apenas sobresalía el alminar de la mezquita. En el puerto únicamente se distinguen algunos mástiles de los barcos hundidos sobresaliendo del agua.

El 21 de junio, a las 9,40 de la mañana en la Vía Balbia, Rommel aceptaba la capitulación del general Klopper. Una negra humareda se alzaba sobre los parques móviles y los depósitos de intendencia. Los británicos habían logrado destruir cuanto quedaba de algún valor, aunque todavía quedó mucho.

Ese día se encontraba en Washington Winston Churchill entrevistándose con Roosevelt. En medio de una conversación entregaron al Presidente americano un telegrama que sin comentario de su parte pasó a su huesped: «Tobruk ha capitulado.»

Churchill escribe en sus «Memorias». «Fue el golpe más duro que de la guerra guardo en mi memoria... Ni siquiera intenté ocultar mi desesperación ante el Presidente... El momento fue muy amargo.»

Churchill recordaba agradecido que Roosevelt le había preguntado inmediatamente: «¿Qué podemos hacer por ustedes?»

El premier respondió sin dudarlo un momento: «Dénos cuantos carros 'Sherman' tenga disponibles y envíelos al Oriente Medio cuanto antes».

Poco tiempo después trescientos «Sherman» y cien cañones se encontraban de camino por el Atlántico. Uno de los barcos que transportaban motores para los blindados fue hundido por un submarino alemán. Al enterarse el presidente americano hizo que se cargara otro y que a toda máquina se dirigiera a unirse con el convoy. Con la llegada de los «Sherman» al escenario bélico africano la guerra tomó un nuevo giro.

Los dos dictadores fascistas trataron de aprovechar la victoria para proseguir su enfrentamiento personal.

Al mediodía del 21 de junio daba a conocer Mussolini en un parte extraordinario que los británicos habían ofrecido la entrega de Tobruk al general en jefe del Ejército 21 italiano. Lo que en parte era cierto porque el parlamentario del general Kopper se había encontrado primero con el puesto de mando italiano que le remitió a Rommel.

Hitler no tardó en reaccionar: nombró *Feldmariscal* a Rommel con objeto de subrayar el papel jugado por el comandante supremo de las tropas en África y del propio Afrikakorps.

Mussolini no quiso ser menos y ascendió a mariscales a los generales Cavallero y Bastico, lo que al decir del general Enno von Rintelen, representante alemán en el cuartel general de los italianos, no estaba en modo alguno previsto.

Juegos entre dos dictadores que hacían navegar sus barcos de papel en ríos de sangre...

Decidir la guerra

Pero quien tras la espectacular victoria sobre «el fuerte en la arena» espere el descanso está equivocado por completo. Rommel da a conocer en su orden del día: «Soldados del Ejército blindado de África, ahora tenemos que aniquilar totalmente al enemigo. En los próximos días volveré a exigir de vosotros una total entrega para poder lograr nuestros objetivos.»

El recién nombrado mariscal quiere seguir avanzando hacia el este, hacia el Nilo, hacia el golfo Pérsico, hacia el petróleo británico. Quiere decidir la guerra.

En el Mediterráneo, en su línea de abastecimiento, sigue en pie Malta verdadero portaaviones británico. ¿Tras Tobruk no debería ponerse en marcha el plan «Hércules», es decir la conquista de la isla? ¿No lo había pedido así Rommel a Mussolini y Hitler cuando los aviones ingleses entorpecían la llegada de refuerzos?

Pero ahora ha tomado otra decisión, sin preocuparse del Mando Supremo lo más mínimo. Y esta decisión tendrá penosas consecuencias. □

En el próximo capítulo:
Malta devora los refuerzos – Los primeros bombardeos intensivos de Malta – Hitler contra el plan «Hércules» – Mussolini sueña con El Cairo.

«Gobierno de los obreros y de los campesinos: ésta es la libertad soviética» (Propaganda nacionalsocialista en la Rusia ocupada).


РАБОЧЕ-КРЕСТЬЯНСКАЯ ВЛАСТЬ
С.С.С.Р.
ТАКОВА СОВЕТСКАЯ СВОБОДА

PLAN GENERAL

Günther Deschner



ESTE

El dominio alemán en Rusia



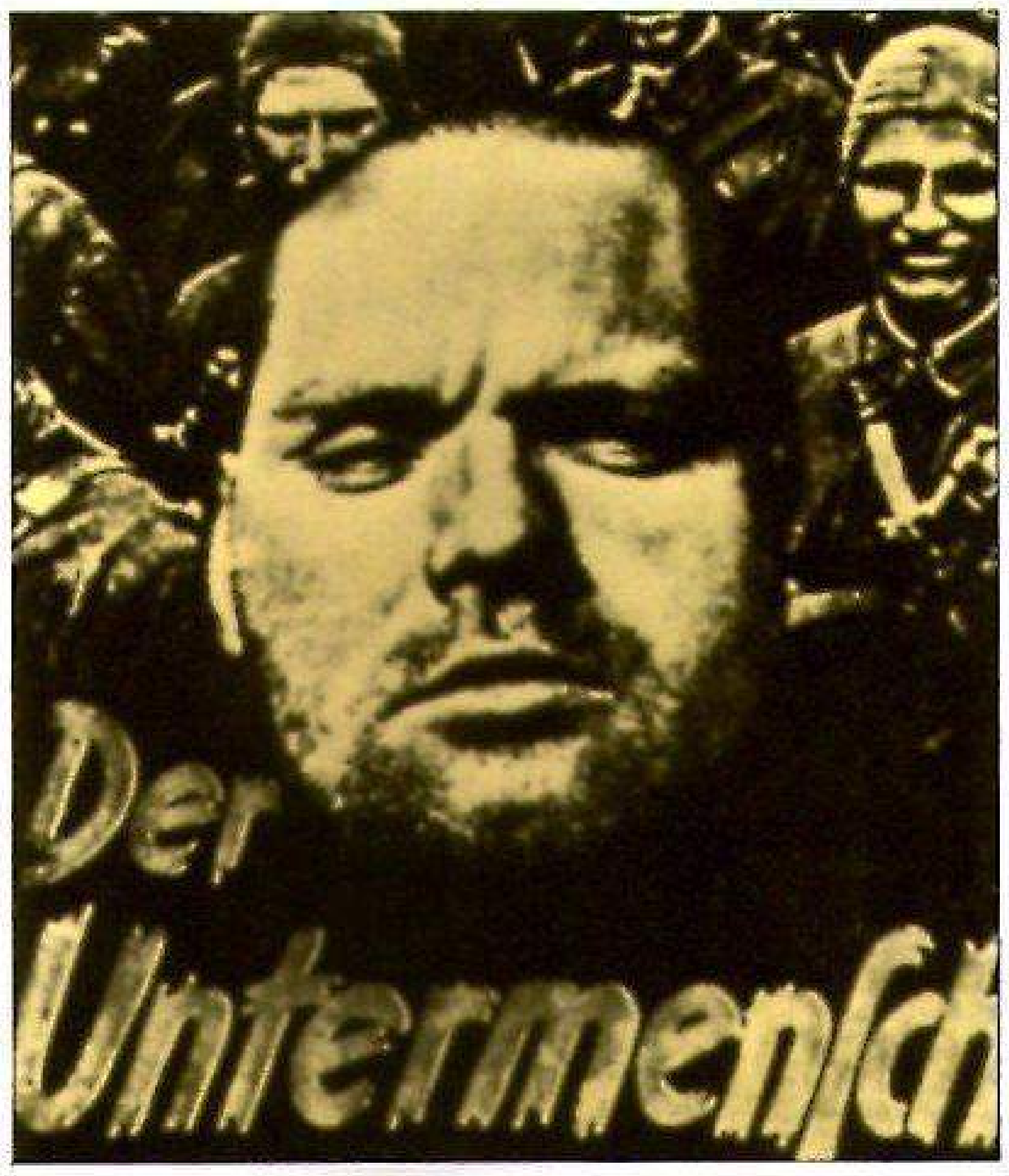
Al igual que aquí en Ucrania, las tropas alemanas fueron recibidas en muchos sitios como libertadoras. Pero no por mucho tiempo. La política de los comisarios nacionalsocialistas no tardó en convertir a los amigos en enemigos encarnizados.

En julio de 1941, durante las primeras semanas de la batalla del Este, los hombres del 4.° *Panzergruppe* del general Hoepner y las tropas del Grupo de Ejércitos Norte encargadas de marchar sobre Leningrado se encontraron con un panorama inesperado en Daugavpils y Riga, en Dorpat y Plesco: en vez de las granadas de los soldados rojos se encontraron con que eran recibidos con ramos de flores. Las mozas y las mujeres de los pueblos ofrecían a los soldados té caliente y pastas. El Báltico acogía a los alemanes como libertadores.

En el sur sucedía lo mismo: en los pueblos de Ucrania los campesinos ofrecían a los soldados alemanes pan y sal, el tradicional saludo de bienvenida reservado a los amigos. Para los pueblos no rusos sometidos a la Unión Soviética la presencia de la *Wehrmacht* era un motivo de esperanza. Tan fuerte había sido la presión del dominio de Stalin sobre Estonia, Letonia, Lituania y Ucrania. Todavía poco antes de la invasión alemana, la policía secreta rusa había depurado los pueblos de «elementos indeseables». Tan sólo de las provincias del Báltico el comisario de la NKWD Serov había deportado a 60.000 ciudadanos: profesores, intelectuales, religiosos y antiguos oficiales. Las prisiones de los territorios fronterizos fueron evacuadas por la NKWD a su manera. En Dorpat y Lemberg se encontraron las tropas alemanas con miles de ejecutados mediante un tiro en la sien, y con numerosos bálticos, polacos, ucranianos y judíos mutilados.

De la presencia alemana y del final del dominio soviético se esperaba la libertad, la posibilidad de una autodeterminación, la organización o reorganización de los Estados de Letonia, Estonia, Lituania y de una Ucrania libre.

Esta resuelta voluntad política chocaba con el caos que regía el Reich alemán. En los inmensos territorios del Este pronto se perdió la política alemana y con ella las simpatías que en principio había despertado. En un mar de destrucción desencadenado por una oscura política racial convencida de su superioridad, tenían que naufragar todos los propósitos de los servicios y comandantes militares. Sobre el papel los territorios entre la bahía de Kronstadt y el mar Negro estaban sujetos al «ministro del Este» Alfred Rosenberg. Pero luchaban e intrigaban por el dominio real los comisarios que jerárquicamente le estaban sometidos, como el terrible Erich Koch de triste memoria para los ucranianos; a ellos había que añadir un Comité ruso del ministerio de Asuntos Exteriores y los distintos servicios del Ejército, el inspector general



Con su folleto «Der Untermensch», que contenía una cuidadosa y astuta selección de fotos, las SS intentaban demostrar la inferioridad del pueblo ruso.

del Servicio del Trabajo, Fritz Sauckel, a Martin Bormann y finalmente, y sobre todos las SS de Heinrich Himmler.

Crímenes abominables

Entre todos estos polos se perdió la oportunidad de lograr una larga, y quizás para la guerra decisiva, alianza entre el Reich alemán y los pueblos esclavizados por el centralismo moscovita: en el Báltico, Ucrania y el Cáucaso. Mientras Rosenberg y sus colaboradores preparaban una política que debía conducir a la autodeterminación de Estonia, Lituania, Letonia, Ucrania, Georgia y Turkestán, Bormann despertaba en Hitler sus viejos resentimientos contra los pueblos del Este. Por ejemplo, cuando Rosenberg propuso cultivar el sentido nacionalista del pueblo ucraniano e incluso fundar una universidad ucraniana en Kíev, Bormann observaba al pie del informe que a menudo le había llamado la atención la debilidad que sentía Rosenberg por «esos ucranianos». Bormann no dejó en ningún momento de obstaculizar por todos los medios los esfuerzos del ministro para los Territorios del Este en favor de una autonomía ucraniana.

El propósito de Hitler tras la victoria era tratar a la Unión Soviética como la India de Alemania. Las dos metrópolis rusas Leningrado y Moscú pensaba arrasarlas en el transcurso de la contienda. En principio y mientras durase la guerra el territorio del Este fue dividido en dos grandes «comisariados del Reich»: «Ucrania» bajo el mando de Erich Koch y «Ostland» bajo el comisario Heinrich Lohse. A su vez «Ostland» se subdividió en cuatro «comisariados generales»: Estonia, Letonia, Lituania y Rusia Blanca. Ya dentro del «imperio» de Lohse se dio el contraste de la política alemana: errores, fallos, gestos de buena voluntad y crímenes abominables. Mientras que Estonia bajo el mando de Karl Sigmund Litzmann, hijo del anciano general Litzmann, que había combatido en la Gran Guerra, se encaminaba a una progresiva autoadministración, la Rusia Blanca estaba sometida a un rígido estatuto de ocupación.

Cierto que en Minsk el *Gauleiter* del territorio, Walter Kube, contra el parecer de Hitler había iniciado una política de igualdad de derechos. En sus servicios trabajaban indígenas, había permitido la creación de grupos juveniles de ucranianos y rusos blancos, había abierto escuelas y encaminaba las cosas hacia una autoadministración. O lo que era lo mismo liberaba a su territorio sin contar con nadie.

El Mando Supremo soviético envió a un capitán a través del frente, que convenció a la criada de Kube para que asesinara al comisario general alemán. Cosa que hizo colocando una bomba en su residencia. A efectos de Moscú, Kube se había mostrado excesivamente conciliador con los rusos y ucranianos, de manera que Stalin tenía muy pocas posibilidades de levantar a las gentes de los territorios gobernados por él contra el ocupante alemán. Por el contrario el comisario para Ucrania con residencia en Kíev, Erich Koch, no dio a Moscú el menor motivo de inquietud en este aspecto. Fue nombrado contra la voluntad de Rosenberg y desde el primer momento aplastó cualquier sentimiento nacionalista con fusilamientos en masa; además dejó en vigor el odiado sistema de koljoses, cerró las escuelas y eliminó a los representantes de la autonomía ucraniana. Así pocos meses después los mismos pueblos que habían recibido a las tropas alemanas con el pan y la sal de la amistad rivalizaban en ofrecer partisanos a Stalin para luchar contra el ocupante.

En medio de este constante vaivén de la política alemana de ocupación sobre los pueblos del Este, comenzó a ganar terreno a lo largo de 1942 una variante aún más radical: la política de Heinrich Himmler y sus SS. A medida que las SS iban ganando importancia en la lucha interna por el poder, se agudizaba la capacidad de Himmler para llevar a la práctica las teorías y directrices de su *Führer*.

Hitler había establecido vagamente sus objetivos con respecto al Este durante su prisión en Landsberg: «Proseguiremos la labor interrumpida hace seiscientos años: detendremos la emigra-

ción permanente hacia el Sur y el Oeste europeos y nos expandiremos hacia el Este.» El jefe de las SS, el «fiel Heinrich» entendió mejor que ningún otro de los colaboradores inmediatos de Hitler la manera de traducir a la práctica en todos los terrenos estas sugerencias de Hitler.

Ya durante 1941 encargó Himmler a los servicios de Seguridad del Reich y a los del «Comisariado del Reich para la consolidación del pueblo alemán» la confección de un plan que fijara la política futura de las SS en el Este y al que deberían someterse minuciosamente todas las actividades en aquellos territorios.

En mayo de 1942 fue presentado a Himmler un exhaustivo memorándum con el título «Plan general Este: Principios legales, territoriales y económicos para la organización del Este.» El plan había sido realizado bajo la dirección del jefe del departamento central de planificación del «Comisariado del Reich para la consolidación del pueblo alemán», «*Standartenführer* de las SS y Director del Instituto para cuestiones y política agrarias de la Universidad de Berlín, profesor Dr. Konrad Meyer-Hetling.

El plan partía de la base que de los calculados 45 millones de habitantes no alemanes de Polonia, los Estados bálticos y las provincias soviéticas de Kamenets-Podolsk, Zhitomir y Vinnitza, 31 millones debían ser expulsados y 14 millones debían ser germanizados, sobre todo los estones, letones y ucranianos. La frontera entre eslavos y germanos se desplazaría así mil kilómetros hacia el Este.

Al pedante Heinrich Himmler no le satisfizo del todo la obra del profesor. Le reprochó que territorios tan importantes como las penínsulas de Crimea y Kola no estuvieran comprendidos en los que debían integrarse. Tampoco estaba conforme con el plazo marcado: 25 años para llevar todo aquello a la realidad le parecía excesivo; había que dejarlo en 20 años como máximo. Sobre el número exacto de los colonos las opiniones eran contradictorias; el ministro del Reich, Rosenberg, sostenía que no eran 31 sino 51 millones a los que afectaban las medidas. Mas para la fantasía de Himmler 20 millones carecían de importancia. En su gigantesco plan se manejaban otras medidas. El plan debía enmendar la historia de los últimos dos mil años aproximadamente.

Reinhard Heydrich, *Obergruppenführer* SS y por aquel entonces Protector de Bohemia y Moravia con residencia en el castillo de Praga, expuso, durante un discurso pronunciado en la primavera de 1942, los objetivos que perseguía el plan: «La dirección de los vientos geopolíticos que durante mil años han soplado de Este a Oeste, debe cambiarse mediante una decisión histórica. Vamos a cambiar esa vieja dirección y a poner en marcha un movimiento en sentido contrario de Oeste a Este.»

En este movimiento Oeste-Este abundaba también el plan que tras algunas correcciones puso Himmler en vigor sobre la política de las SS en el Este. Primero debían ser totalmente despobladas las viejas provincias alemanas entregadas a Polonia por el tratado de Versalles y después junto con ellas, por etapas la Rusia Blanca, los Estados Bálticos y Crimea debían ser ocupadas por colonos alemanes.

«En el Este tenemos que combatir y colonizar»

Himmler preparaba también la fundación de pequeñas ciudades de no más de veinte mil habitantes dentro del vasto territorio soviético. En un círculo de 10 kilómetros debería surgir una cadena de pueblos. Estos centros de colonización estarían bajo la protección de unidades de las SS. Himmler pensaba distribuir tales collares con su perla colonizadora por toda Rusia, primero hasta el Don y luego «hasta el Ural». Esto decía al menos en los altos círculos de la policía y de las SS en septiembre de 1942. Una red de ferrocarriles, autopistas y aeropuertos comunicarían unas colonias con las otras. La idea de una India alemana quedaba así abandonada. Himmler no se conformaba con explotar las colonias, sino que quería germanizar una gran parte del territorio del Este, «desde la misma sangre».

El sueño de vastísimos territorios para los colonos alemanes contaba con una larga tradición. Ya en los escritos del geopolítico Haushofer se tropieza con el miedo «del peligro de ahogo de la Europa propiamente dicha». De ahí la teoría del teórico nacionalsocialista Alfred Rosenberg de que únicamente en el Este podría Europa encontrar aire suficiente para respirar a gusto. «Está en contra del orden natural, escribía en 1937, que a cada ruso le corresponda veinte veces más espacio que a un alemán.»

Después de escuchar una conferencia sobre problemas del Este, escribía en su diario el estudiante Heinrich Himmler a los 21 años de edad: «Si se desencadenara una guerra en el Este participaría en ella. El Este es lo más importante para nosotros. El Oeste agoniza. En el Este tenemos que combatir y colonizar.» En consonancia con este deseo colonizador el estudiante Himmler empezó a estudiar ruso. Corría el año 1921.

Veinte años después, en 1941, poseía Himmler poder y espacio suficientes como para poder ensayar su plan. Mientras el Ejército 11 del mariscal Manstein se debatía en sangrienta batalla con las unidades soviéticas en la península de Crimea, organizaba Himmler la campaña de propaganda para conseguir colonos y expertos. Así escribía al *Gruppenführer* Hans Rauter, jefe de la policía y de las SS en el Noroeste con residencia en La Haya: «Mire a ver si podemos disponer de especialistas para riego, que hayan realizado grandes proyectos quizás en las colonias. Podríamos utilizarlos en Crimea y sitios parecidos.»

Con esto queda claro el contrasentido del plan de las SS para los territorios del Este: en principio se trataba de buscar espacio a un pueblo que carecía de él, y de pronto surge la dificultad de encontrar pueblo para el espacio conseguido. La gran dificultad para Himmler era encontrar los millones de alemanes que debían colonizar los pueblos que en el Este organizarían las SS. Al fin se encontraron tres grupos llamados en el futuro a ocupar las colonias del Este: los alemanes procedentes del antiguo Reich, sobre todo veteranos de guerra que tras la victoria podrían ser fácilmente ganados para ellas, así como los rumanos, húngaros y yugoslavos de procedencia alemana. O de otros puntos de Europa. Los habitantes del Tirol meridional, por ejemplo, que Hitler, de acuerdo con Mussolini, quería llevarse de Merano y Bolzano se había pensado que podrían colonizar Crimea.

Un segundo grupo estaba formado por holandeses y flamencos a los que se quería trasladar del Oeste al Este. «Ven tú también al servicio germano en el Este», invitaba un cartel con las insignias de las SS colocado en Amsterdam, Utrecht, Amberes y Bruselas con el propósito de reclutar colonos.

Oficialmente se consideraba la posibilidad de mandar a cinco millones de campesinos holandeses a los territorios orientales. El prominente colaboracionista holandés Dr. Rost van Tonningen recorrió la zona con un grupo de estudio y para acompañarles y facilitar el experimento se creó una «Compañía oriental» holandesa. No tardaron mucho en aparecer en Ucrania los primeros expertos agrarios holandeses.

Lo que faltase de «material humano» debía movilizarse de un tercer grupo formado por bálticos y rusos, ucranianos y checos, a los que las SS consideraban germanizables. Las medidas

para esta norma se trazaron sobre el modelo racial nacionalsocialista: sólo podía tenerse en cuenta a miembros pertenecientes a las razas nórdica, occidental o dinárica. El resto, los pertenecientes a pueblos orientales o no europeos debían ser empujados más hacia el Este, si ya antes no habían sido víctimas de los pelotones de ejecución.

A los ojos de Himmler este plan no sólo quedaba legitimado por la ley del más fuerte sino también por una reivindicación histórica. Así podía leerse en el manual de las SS sobre el germanismo, en alemán, flamenco y holandés: «Hace 1500 años los godos fundaron su gran imperio entre el mar Báltico y el mar Negro. Con él comenzó la lucha germana para conseguir espacio vital en el Este.» Y Himmler continuaba: «En ese increíble imperio que alcanzaba hasta el Ural rigieron siempre señores y príncipes alemanes. Fue la invasión de los hunos, siglos más tarde, la que puso fin a esta hegemonía.»

Por todo ello las SS se dedicaban con esmero especial a la fundación de colonias en los territorios del Este: la lanza rúnica de Kovel así como las excavaciones germánicas de Crimea testifican el derecho histórico: «Quien colonice el Este –se lee en el manual SS– no es ningún colonialista sino heredero de sus antepasados, privados durante un tiempo de ese suelo porque les empujaba la necesidad de tierra o el placer de emigrar, sin que dispusieran de un Reich capaz de defender sus derechos.»

Esto sonaba a regreso feliz y no a robo. Todavía en 1944 seguía Himmler adelante con su sueño: «La revolución nacionalsocialista y su *Führer* Adolf Hitler ven su misión en el servicio a la historia alemana; el Reich destruido por el tratado de Versalles lo volvió a reconstruir Adolf Hitler ya antes de la guerra, extendiéndolo luego hasta lograr el Gran Reich alemán. Y tras el Gran Reich alemán vendrá el Reich germánico y luego el Reich góticogermano hasta el Ural.»

Estas frases fueron escritas por Himmler cuando ya las divisiones alemanas se encontraban en franco retroceso sobre las tierras del Este. El viento geopolítico había cambiado de nuevo. Del sueño de un Reich gótico-germano no quedaría en pie ni siquiera el mermado Reich salido del tratado de Versalles.



«El Ejército alemán protege tu trabajo, agradéceselo con tu productividad.» La realidad en la Rusia ocupada era muy otra que la idílica del cartel nazi. Junto al programa futuro de germanizar el Este, se desarrollaba durante la guerra el más inmediato de sacar el mayor provecho posible a las zonas ocupadas. El sistema de los koljoses siguió en vigor. La industria y el campo debían producir para el ocupante. El pueblo ruso debía servir con su prestación personal a la victoria alemana.

Documentación

Con el ataque a la Unión Soviética la II Guerra Mundial adquirió una nueva dimensión. El 16 de julio de 1941, tres semanas y media después de iniciarse la operación «Barbarroja», se celebró en el despacho de Hitler una reunión de los más prominentes personajes del partido. Seguros de la victoria, la conversación discurrió sobre la futura política de ocupación en Rusia. El protocolo de Bormann es suficientemente esclarecedor.

DOMINIO ADMINISTRACION EXPOLIO

Cuartel General del «Führer», 16 de julio, 1941
Bo/Fu
¡Secreto del Reich!

Acta
Por orden del *Führer* se ha celebrado hoy a las tres de la tarde en su despacho una reunión en la que han participado el ministro del Reich, Rosenberg, el ministro del Reich, Lammers, el mariscal Keitel, el mariscal del Reich (Göring) y yo (Bormann). La entrevista comenzó a las tres y se prolongó hasta las ocho, con una pausa para tomar café.
El *Führer* comenzó diciendo que deseaba establecer algunos principios. Que eran necesarias algunas medidas, como lo prueba, por ejemplo, la afirmación hecha por un desvergonzado periódico de Vichy de que la guerra contra la Unión Soviética es una guerra europea; de serlo debe ser empresa también de toda Europa. Al parecer, más bien lo que quiere dar a entender el periódico es que los beneficios que se obtengan de ella no deben ser tan sólo para el pueblo alemán, sino que han de compartirlos todas las naciones europeas. Lo que hace necesario que no demos a conocer públicamente los verdaderos objetivos de nuestra lucha; tampoco parece necesario. Lo imprescindible es que nosotros mismos sepamos lo que queremos. En ningún caso debemos hacernos el camino más difícil con nuestra propia verbosidad. Porque la realidad es que podremos realizar cuanto alcancen nuestras fuerzas nada más.
De cara al mundo las motivaciones de nuestros pasos deberán obedecer a puntos de vista tácticos. En este caso debemos comportarnos como lo hicimos con Noruega, Dinamarca, Holanda y Bélgica. Tampoco allí lo dijimos y ahora afortunadamente tampoco vamos a hacerlo.
Lo que vamos a subrayar es que nos hemos visto obligados a ocupar un territorio, a ordenarlo y protegerlo; en interés de los habitantes nos hemos visto obligados a asegurar el orden, el abastecimiento, el transporte, etc. De ahí nuestra reglamentación. En ningún caso debe quedar al descubierto que lo que pretendemos es crear un orden definitivo. Todas las otras medidas —ejecuciones, destierros, etc.— seguiremos manteniéndolas y podemos llevarlas a cabo.
Sin embargo, no tenemos por qué crearnos enemigos antes de tiempo e innecesariamente. Debemos dar la impresión de que estamos cumpliendo con una obligación. Mas para nosotros debe quedar claro que ese territorio no lo volveremos a abandonar nunca. Se trata, pues:



Alfred Rosenberg, ministro del Reich para los territorios ocupados del Este.

1. De no realizar nada que pueda considerarse como una reglamentación definitiva, pero teniéndola dispuesta para su momento.

2. Debemos pregonar que con nosotros ha llegado la libertad.

Y en concreto:
Crimea deberá ser despoblada de todo elemento extraño y colonizada por alemanes. Asimismo se integrará en el Reich el antiguo territorio austríaco de Galitzia.
En la actualidad nuestras relaciones con Rumania son buenas pero nadie sabe como serán en el futuro. Por eso hemos de trabajar y fijar nuestras fronteras. No debemos estar pendientes de la buena voluntad ajena; de acuerdo con todo esto debemos fijar nuestras relaciones con Rumania.
En principio lo que importa es partir el gigantesco pastel, de manera que podamos primero apropiárnoslo, luego administrarlo y, por último, explotarlo.
Los rusos acaban de desencadenar una guerra de guerrillas en nuestra retaguardia. Esta guerra tiene también su lado bueno: nos permitirá arrollar cuanto se nos ponga por delante.
Puntos fundamentales:
En ningún caso consentiremos que vuelva a crearse una potencia militar al oeste de los Urales, aunque para ello tengamos que continuar la guerra durante cien años. Todos los sucesores del *Führer* deberán tener en cuenta que la seguridad del Reich depende sobre todo de que al oeste del Ural no exista ningún poderío militar extraño. Alemania se hace cargo de la protección de ese espacio frente a cualquier eventual amenaza.
Un principio irreversible debe ser el que nadie no alemán pueda llevar armas.
Es enormemente importante, aunque no lo parezca a primera vista, el no reclamar la ayuda militar de ningún pueblo sometido. Tarde o temprano se sublevaría contra nosotros. Sólo los alemanes podrán llevar armas, y no los eslavos, ni los checos, ni los cosacos, ni los ucranianos.
En ningún caso debemos desarrollar ▷

una política titubeante como hicimos en Alsacia en 1918. Lo que distingue a los ingleses es que siguen una línea y un objetivo inmutables. En este sentido tenemos que aprender de los ingleses. Tampoco debemos hacer depender nuestro comportamiento de la opinión de esta o aquella personalidad; también en este caso resulta ejemplar el comportamiento de los ingleses frente a los príncipes hindúes. Siempre debe ser el soldado el que garantice la seguridad del régimen.
En los territorios conquistados del Este debemos construir un verdadero Edén; para nosotros son de importancia vital. Las colonias juegan, en cambio, un papel muy secundario.
Aun cuando ya desde ahora dividamos algunas zonas, debemos seguir apareciendo como defensores del derecho y de la población. De ahora en adelante habrá que saber elegir bien las palabras; no se hablará más de un nuevo territorio del Reich sino de las necesarias tareas bélicas.

En concreto:

En la zona del Báltico debe ahora administrarse el territorio hasta el Dviná, en estrecho acuerdo con el mariscal Keitel.
El ministro del Reich Rosenberg asegura que en su opinión cada comisariado deberá poner en práctica métodos diferentes según la población. En Ucrania debemos poner en práctica una motivación cultural, despertar el sentido histórico ucraniano, crear una universidad en Kíev y cosas similares. El mariscal del Reich aduce que ante todo debemos asegurar nuestro abastecimiento sobre el propio terreno y que todo lo demás vendrá después.
(Pregunta incidental: ¿Existe verdaderamente en Ucrania un estrato culto o sólo se encuentra fuera de la Rusia actual como emigrante?)
Rosenberg añade que en Ucrania debe también fomentarse ciertos afanes de autonomía.
El mariscal del Reich ruega al *Führer* comunique qué territorios han sido prometidos a otros Estados.
El *Führer* replica que Antonescu desea Besarabia y Odesa así como una franja de terreno desde Odesa hacia el Noroeste.
A sugerencia del mariscal del Reich y de Rosenberg, el *Führer* declara que la nueva frontera deseada por Antonescu se aparta muy poco de la vieja frontera rumana.
El *Führer* subraya que a los húngaros, turcos y eslovacos no se les ha hecho ninguna promesa concreta.
El *Führer* puso a discusión si sería conveniente someter al Gobierno directamente el antiguo territorio austríaco de Galitzia; oídas las objeciones, el *Führer* decidió que no pasara a la administración central sino simplemente a depender del ministro del Reich Frank (en Lemberg). El mariscal del Reich es de la opinión de que ciertos territorios bálticos, por ejemplo los Bosques de Bialystok, deben adjudicarse a la Prusia oriental.
El *Führer* afirma que todo el territorio del Báltico debe integrarse en el Reich. También Crimea con una considerable zona del norte debe ser territorio del Reich; ese Hinterland ha de ser lo mayor posible. Rosenberg da a conocer sus reservas debido a los residentes ucranianos.

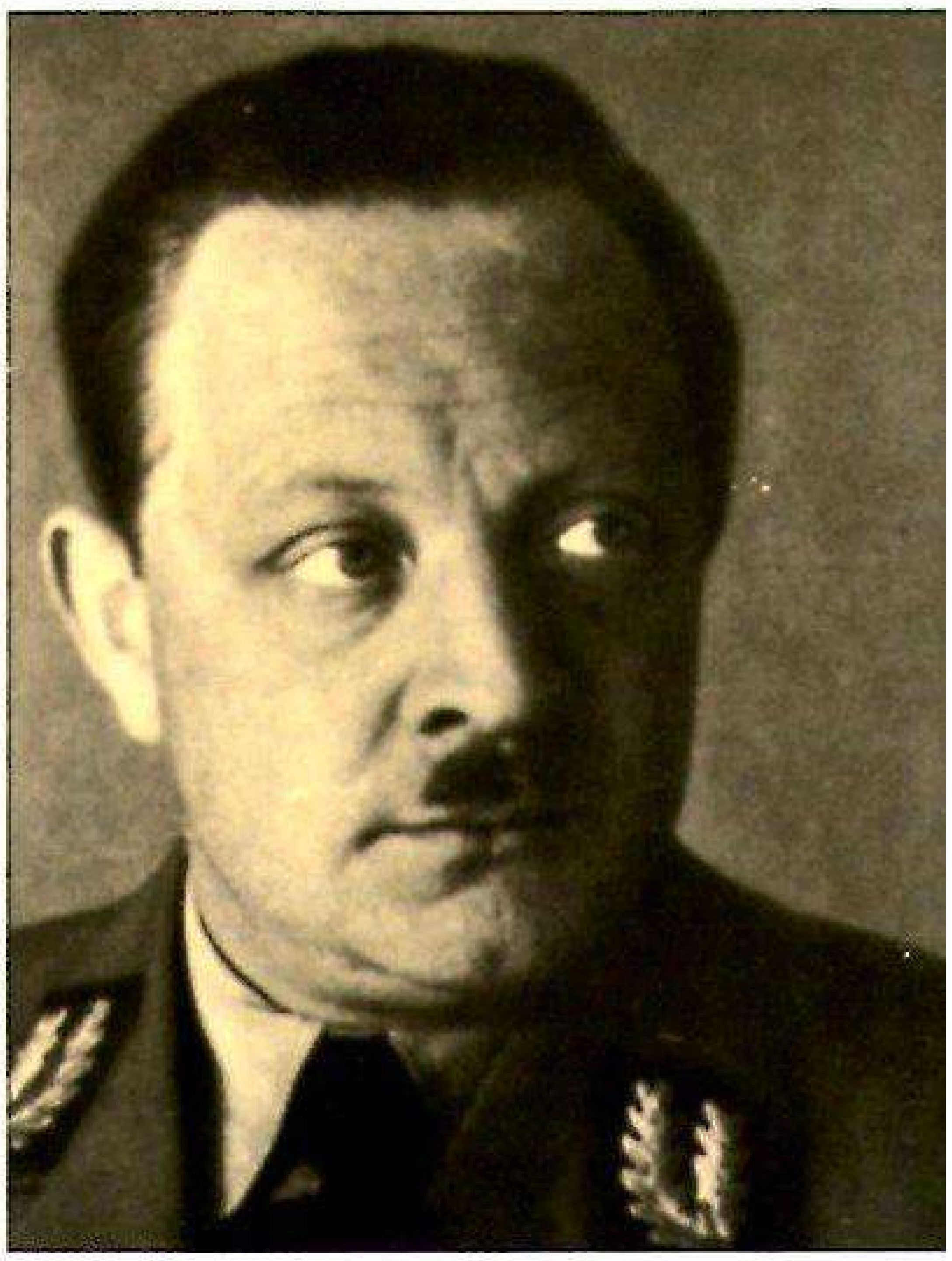
(Nota: Varias veces da a conocer Rosenberg su debilidad por Ucrania; quiere incluso acrecentar notablemente el antiguo territorio ucraniano).

El *Führer* afirma que la colonia del Volga deberá integrarse en el Reich, así como el territorio de Bakú debe pasar a ser una concesión alemana (una colonia militar).

Arrasar Leningrado

Los finlandeses quieren la parte oriental de Carelia, pero debido a los grandes yacimientos de níquel toda la península de Kola pasará a integrarse en el Reich. Con todo cuidado debe prepararse la inclusión de Finlandia como Estado federado. Los finlandeses reivindican el territorio de Leningrado. El *Führer* quiere arrasarlo y después entregárselo a los finlandeses.
A continuación se discute largamente la calificación del *Gauleiter* Lohse al que Rosenberg desea nombrar gobernador de la zona del Báltico. Rosenberg dice que ha hablado ya con Lohse y que sería muy desagradable no nombrarle; la parte occidental del territorio báltico será regida por Kube bajo la dirección de Lohse. Para Ucrania Rosenberg ha pensado en Sauckel.
El mariscal del Reich repite que lo más importante para nosotros por el momento es asegurar el abastecimiento y cuidar la economía y la seguridad de las carreteras...
El mariscal del Reich opina que o Koch recibe el territorio del Báltico, que conoce perfectamente, o se le da Ucrania que administraría con eficiencia ya que posee una personalidad destacada,





***Arriba:* Hinrich Lohse, comisario del Reich para el Ostland.**

***Centro:* Wilhelm Kube, comisario general para la Rusia Blanca.**

***Abajo:* Erich Koch, comisario del Reich para Ucrania.**

junto a una poderosa iniciativa y la mejor preparación.
El *Führer* pregunta si no se podría nombrar a Kube comisario del Reich para la zona de Moscú; el mariscal del Reich y Rosenberg son de la opinión de que es demasiado viejo.
Insistiendo en el tema Rosenberg da a conocer su temor de que Koch no tardaría en prescindir de sus instrucciones; el propio Koch se ha cuidado ya de anunciarlo así.
El mariscal del Reich replica que Rosenberg no puede tener a su gente atada por el cuello y que deberían trabajar con mucha autonomía.
Para el Cáucaso Rosenberg aboga por el nombramiento de su ayudante Schickedanz; asegura que es el hombre más indicado para esta misión, lo que pone en duda el mariscal del Reich.
Rosenberg declara a continuación que Lutze le ha hecho la proposición de utilizar algunos jefes de las SA, por ejemplo, Scheppmann en Kíev; Manthey, Dr. Bennecke y Litzman en Estonia, y en Letonia al alcalde Dr. Drexler. El *Führer* no tiene nada en contra de que se utilice a los jefes de las SA.
Rosenberg da a conocer que ha recibido una carta de von Ribbentrop en la que éste expresa su deseo de que el ministerio de Asuntos Exteriores participe en la administración de los nuevos territorios. Rosenberg ruega al *Führer* que considere que tales territorios no tienen en absoluto nada que ver con el mencionado ministerio. El *Führer* participa de la misma opinión y afirma que es suficiente con que Rosenberg nombre un enlace entre él y el ministerio de Asuntos Exteriores.

No debe consentirse ninguna actividad de las Iglesias

El *Führer* subraya que el territorio más importante para los próximos tres años será Ucrania. De ahí que lo mejor será mandar a Koch allí. Si es necesario utilizar a Sauckel puede emplearsele en la zona del Báltico. Rosenberg propone como comisarios de la zona de Moscú a Schmeer, Selzner y Manderbach. El *Führer* desea que sea nombrado también Holz y que la administración de Crimea pase al antiguo *Gauleiter* Frauenfeld.
Rosenberg dice que quiere también aprovechar los méritos del capitán von Petersdorff; rechazo general. El *Führer* y el mariscal del Reich son de la opinión de que von Petersdorff está loco. Rosenberg da a conocer que también el alcalde de Stuttgart Stroelin está disponible para un empleo. Ninguna opinión en contra.
Debido a que el mariscal del Reich y Rosenberg consideran a Kube como demasiado viejo para administrar la zona de Moscú se acuerda concedérsela a Kasche.
El mariscal del Reich dice que considera que la explotación de la península de Kola debe dirigirla el *Gauleiter* Terboven. El *Führer* da su acuerdo.
El *Führer* resume que en principio, y si Lohse se cree con fuerzas para ello, debe éste ser enviado a la zona del Báltico, Kasche a Moscú, Koch a Ucrania, Frauenfeld a Crimea, Terboven a Kola y Schickedanz al Cáucaso.
Rosenberg plantea entonces la cuestión de la seguridad de la administración. El *Führer* dice al mariscal del Reich y al mariscal Keitel que él ha insistido siempre para que se arme a la policía con vehículos blindados; para la policía en los nuevos territorios resultarán imprescindibles. Puesto que con tales medios el rendimiento de los regimientos de policías se cuadriplicará. De todas maneras la seguridad seguirá siendo problemática. El mariscal del Reich trasladará sus campos de entrenamiento para la aviación a los nuevos territorios y si es preciso acudirá la *Luftwaffe* con sus bombarderos a establecer el orden. Los territorios tendrán que ser pacificados cuanto antes; el mejor método será ejecutar a todo el que mire sospechosamente.
El mariscal Keitel añade que el mejor sistema será hacer responsables de lo que pase a los propios ciudadanos, ya que resulta prácticamente imposible colocar en cada granja y en cada estación de ferrocarril un policía. Los vecinos deben saber que será ejecutado todo aquel que no cumpla con su deber y que las faltas serán castigadas con el máximo rigor.
Respondiendo a una pregunta de Rosenberg el *Führer* dice que deben ponerse en marcha algunos periódicos, por ejemplo en Ucrania, con objeto de influir mejor en sus habitantes.
Después de la pausa el *Führer* declara que debemos tener en cuenta que Europa no pasa de ser un término geográfico; en realidad Asia llega hasta nuestras fronteras.
Rosenberg expone su proyecto de organización. No desea nombrar desde el principio al representante permanente del comisario del Reich, sino elegirlo más tarde entre los mejores comisarios generales.
Con el comisario del Reich quiere fundar cuatro departamentos: uno se hará cargo de la administración general; el segundo de la política; el tercero de la economía y el cuarto de la técnica y de la construcción.

(Nota: El *Führer* indica que la actividad de las Iglesias no será consentida bajo ningún aspecto. Papen le ha enviado a través del ministerio de Asuntos Exteriores un memorial en el que asegura que ha llegado el momento de trabajar otra vez con las Iglesias. Esto no merece ni considerarse siquiera.)

El mariscal del Reich quiere retirar del servicio de Rosenberg a los directores ministeriales Schlotterer y Riecke.
Rosenberg pide que se le adjudique un edificio para su ministerio. Sugiere la representación comercial de la Unión Soviética en la Lietzenburgerstrasse. El ministerio de Asuntos Exteriores opina, sin embargo, que ese edificio goza de extraterritorialidad. El *Führer* dice que eso es una tontería. El ministro Lammers recibe el encargo de participar al ministerio de Asuntos Exteriores que la casa debe entregarse sin más dilaciones a Rosenberg.
Rosenberg propone nombrar un enlace con el *Führer*. Esta misión podría ejercerla su ayudante Koeppen. El *Führer* está de acuerdo e indica que Koeppen debe desarrollar la misma misión con respecto a Hewel. El Dr. Lammers lee a su vez sus proposiciones.
Se abre una larga discusión sobre las atribuciones del *Reichsführer* de las SS; sin duda ninguna todos los presentes piensan también en las atribuciones del mariscal del Reich.
El *Führer,* el mariscal del Reich, etcetera, están de acuerdo en que Himmler no debe adjudicarse más competencias de las que ya tiene, y que son imprescindibles.
El *Führer* subraya que en la práctica cualquier diferencia se arregla inmediatamente y recuerda la perfecta colaboración de la Aviación y el Ejército de Tierra sobre el campo de batalla.
Por último se acuerda llamar a los territorios del Báltico, Ostland (Territorios del Este).

□

En la doble página siguiente: Los dos partidos se encargaban de encender el odio por todos los medios. El nacionalsocialismo no se cansó de predicar que su lucha contra el bolchevismo era su gran misión en beneficio de Europa. También los soviéticos subrayan la trascendencia universal de su combate contra el fascismo. Al «caníbal Hitler» no se le podía consentir que devorase al mundo.


Die Gefahr des
Bolschewismus


France
Rumania
Poland
Belgium



Habla Hitler

Del discurso pronunciado en el Reichstag el 11-XII-1941. En la noche del 8 de diciembre Hitler había recibido la noticia del ataque japonés a Pearl Harbor. Cuatro días después dio a conocer durante su discurso en el Reichstag la declaración de guerra de Alemania a los EE UU.

El perturbado Roosevelt

El nacionalsocialismo llegó al poder en Alemania el mismo año en que Roosevelt fue nombrado presidente de los EE UU. Es importante examinar hoy cuáles han podido ser las causas que han llevado a este proceso. Ante todo las personales:

Yo me doy cuenta perfectamente de la diferencia enorme que existe entre la manera de interpretar el mundo del presidente Roosevelt y la mía. Roosevelt pertenece a una familia rica, desde el primer momento se ha contado entre esa clase de personas que por su nacimiento tienen garantizada la ascensión dentro de la sociedad democrática.

Por mi parte, soy el hijo de una familia modesta y pobre y he tenido que abrirme paso con esfuerzo, aplicación y trabajo. La primera Guerra la vivió Roosevelt en un puesto bien protegido por Wilson al lado de los vencedores. De ahí que sólo conozca el lado positivo del enfrentamiento entre pueblos y Estados; el lado en que se realizan los grandes negocios mientras otros ofrendan su sangre.

En esos momentos una vez más mi vida se encontraba precisamente al otro lado. Yo no figuraba ni entre los que hacían historia ni entre los que hacían negocios, sino entre los que se limitaban a cumplir órdenes. Como soldado raso mi única preocupación en esos cuatro años fue cumplir con mi deber frente al enemigo. Y volví de la guerra naturalmente tan pobre como me había ido en el otoño de 1914. Yo compartí el mismo destino que millones de seres mientras Mr. Franklin Roosevelt participaba en el de los diez mil elegidos. Mientras después de la guerra míster Roosevelt demostraba sus aptitudes para la especulación bursátil y sacaba provecho a la inflación, yacía yo en un hospital de campaña, como otros cientos de miles.

Y cuando, finalmente, míster Roosevelt inició su carrera política con su experiencia mercantil y económica, protegido por sus iguales, luchaba yo, pobre desconocido, por el resurgimiento de mi pueblo sobre el que había caído la mayor injusticia de su historia. Las fuerzas que sostenían a míster Roosevelt eran las mismas que yo combatía, tanto por lo que representaban en la desgracia de mi pueblo como por mi propia convicción interior.

El «trust de cerebros» del que declaraba servirse míster Roosevelt estaba integrado precisamente por miembros del mismo pueblo al que nosotros en Alemania calificamos de parásito de la humanidad y que hemos ido expulsando de la vida pública. Los insultantes ataques de ese llamado Presidente contra mí personalmente no merecen la menor consideración. El que me llame gángster me es tanto más indiferente cuanto que ese concepto no corresponde a sujetos de Europa sino de EE UU.

Fuera de esto, yo no puedo ser insultado por míster Roosevelt, porque le considero, como en su día a Woodrow Wilson, un perturbado mental. Que este hombre con su camarilla judía combate con los mismos métodos al Japón lo sabemos de sobra.

No hace falta que lo repita aquí. También aquí se han aplicado. Primero incita a la guerra, después falsifica los motivos y lanza una serie de falsas acusaciones para refugiarse luego sorprendentemente en un fariseísmo cristiano y llevar lentamente, pero con toda seguridad, a las gentes a la guerra, no sin antes como corresponde a un viejo masón poner a Dios por testigo de la pureza de su comportamiento.

Me figuro que todos ustedes han sentido un cierto alivio al conocer que, por fin, un Estado se ha levantado contra este caso único en la historia de falsedad y de injusticia; ha procedido como este hombre deseaba y sobre cuyas consecuencias ahora no puede sorprenderse. Nos satisface a todos que el Gobierno japonés se haya al fin cansado de soportar las trapisondas de ese falsario tras muchos años de paciencia; esto nos satisface a todos nosotros, el pueblo alemán, y creo que a todos los hombres honestos del mundo.

Sabemos qué fuerzas respaldan a Roosevelt. Esos mismos judíos que creen llegada su oportunidad para hacer con nosotros lo que temblorosos estamos contemplando en la Unión Soviética. Nosotros hemos conocido el paraíso judío en la tierra. Millones de soldados alemanes han podido hacerse personalmente una idea sobre un pueblo en el que el judaísmo internacional ha destruido bienes y personas. Quizás el Presidente de los EE UU no acabe de entenderlo.

Nosotros, sin embargo, sabemos que el objetivo principal de su lucha es ése precisamente. Aun cuando no estuviéramos aliados con los japoneses, no ignoraríamos que el propósito de los judíos y de su Franklin Roosevelt es destruir un pueblo tras de otro. El actual Reich alemán no tiene nada que ver con el de otros tiempos. En consecuencia, por nuestra parte vamos a comportarnos como ese provocador desde hace años espera que nos comportemos. No tan sólo porque somos aliados de los japoneses, sino también porque Italia y Alemania en el momento actual poseen suficiente sentido y fuerza como para darse cuenta de que en este histórico instante se va a jugar el ser o no ser de las naciones, quizá para siempre. Sabemos lo que ese otro mundo pretende hacer de nosotros. Trajeron el hambre a la Alemania democrática y quieren aniquilar a la Alemania nacionalsocialista.

Debido a todo esto he entregado hoy su pasaporte al encargado de Negocios de los EE UU de Norteamérica.

□

Convoyes para los rusos en el mar del Norte

La historia de las entregas de ayuda británico-americanas a la Unión Soviética pone de manifiesto que Rusia apenas habría podido resistir el ataque alemán sin el material de guerra llegado desde el exterior. También parece claro que con las enormes prestaciones de los occidentales, y pese a la desconfianza que suscitaba el antiguo aliado de Hitler, se trataba de evitar por todos los medios la claudicación del Ejército Rojo. «Los rusos se han echado encima su propio destino cuando, en virtud de su pacto con Ribbentrop, dejaron a Hitler las manos libres en Polonia», escribió Churchill con furia no contenida al embajador británico en la Unión Soviética, sir Stafford Cripps, en los últimos días de octubre de 1941, a la vista de la ofensiva alemana sobre Moscú. El hecho de que Churchill hubiese establecido un acuerdo de asistencia con Stalin, en Moscú, el 12 de julio de 1941, mediante el embajador Stafford Cripps, no significaba que se hubiera desprendido de toda su desconfianza respecto de los soviéticos, concretamente respecto de Stalin. El acuerdo se firmó unas tres semanas después de que comenzase la agresión alemana contra la Unión Soviética. Churchill dijo entonces que si fuese necesario se aliaría hasta con el demonio con tal de vencer a Hitler. Pero, ¿no había hablado también éste, en el círculo de sus colaboradores más íntimos, de un «pacto satánico» tras firmar en 1939 el pacto de amistad y de no agresión con la Unión Soviética violado ahora?

Stalin se imaginó en el verano de 1941 que la oferta de alianza por parte de Gran Bretaña era como establecer un «segundo frente» en la Europa occidental que podría retirar a los alemanes de su propio frente del Oeste. Sin embargo, para Gran Bretaña eso no era viable en aquel verano de victorias alemanas contra el Ejército Rojo. El primer ministro británico, Churchill, y el presidente de los EE UU, F. D. Roosevelt –aliado secreto de Gran Bretaña, pero oficialmente jefe de Estado de una gran potencia que aún no se encontraba en guerra con Alemania–, se pusieron de acuerdo en agosto de 1941 en que la única ayuda posible que se podría prestar a Stalin sería la de dotar al muy castigado Ejército soviético de los efectivos necesarios. El 2 de agosto de 1941 los Estados Unidos se obligaron a tomar parte en esta operación de asistencia. El 6 de noviembre de 1941 la Unión Soviética quedó incorporada al círculo de países que recibían créditos y préstamos americanos. Con todo, EE UU no se encontraba aún en guerra con Alemania.



Stalin recibe la papilla de manos de sus aliados. Caricatura del «Punch».

La ruta directa elegida para el transporte de material era la del cabo Norte, hasta los puertos árticos soviéticos de Múrmansk y Arjánguelsk. El 21 de agosto de 1941 partía el primer convoy con material de guerra y provisiones de todo tipo hacia Múrmansk. Durante el primer año de operaciones los convoyes árticos llevaban las siglas PQ, durante el viaje de ida, y QP, al regreso. Hasta julio de 1942 tomaron esta ruta 16 convoyes, escoltados por unidades navales ligeras y pesadas, y todos ellos tenían como destino los puertos de Múrmansk y Arjánguelsk.

Así empezaba la batalla aeronaval en las rutas aliadas del mar del Norte. Por parte alemana, el comienzo fue lento. Mientras se desarrollaban las operaciones alemanas contra Múrmansk no se presentía el peligro que representaban los convoyes aliados en ruta hacia los puertos soviéticos. Aquello era un signo más de la característica confrontación y falta de concordancia entre las fuerzas de Tierra, Mar y Aire de Hitler. Poco después de la partida del primer convoy hacia Múrmansk se abría violentamente la segunda ruta de aprovisionamiento, que partía del golfo Pérsico hasta los puertos rusos del Caspio, cruzando por el ferrocarril transiraní. El Sha de Persia, Reza Pahlevi, se negó a poner a disposición de los Aliados sus medios de transporte. Rompiendo el *status* de neutralidad, unidades soviéticas y británicas, en una primera acción conjunta, obligaron entre el 25 y el 28 de agosto de 1941 al Ejército iraní a capitular y forzaron la abdicación del Sha. Como sucesor fue impuesto su hijo, Mohammed Reza Pahlevi, que entonces se convirtió en un príncipe marioneta de ingleses y rusos y hoy es el señor todopoderoso del moderno Irán. El segundo cerrojo que debía saltar era el de Turquía, firmemente cerrado para los Aliados que trataban de llegar a los puertos soviéticos del mar Negro y del Cáucaso. El 17 de junio de 1941 el Gobierno turco había establecido un pacto de amistad con Hitler.

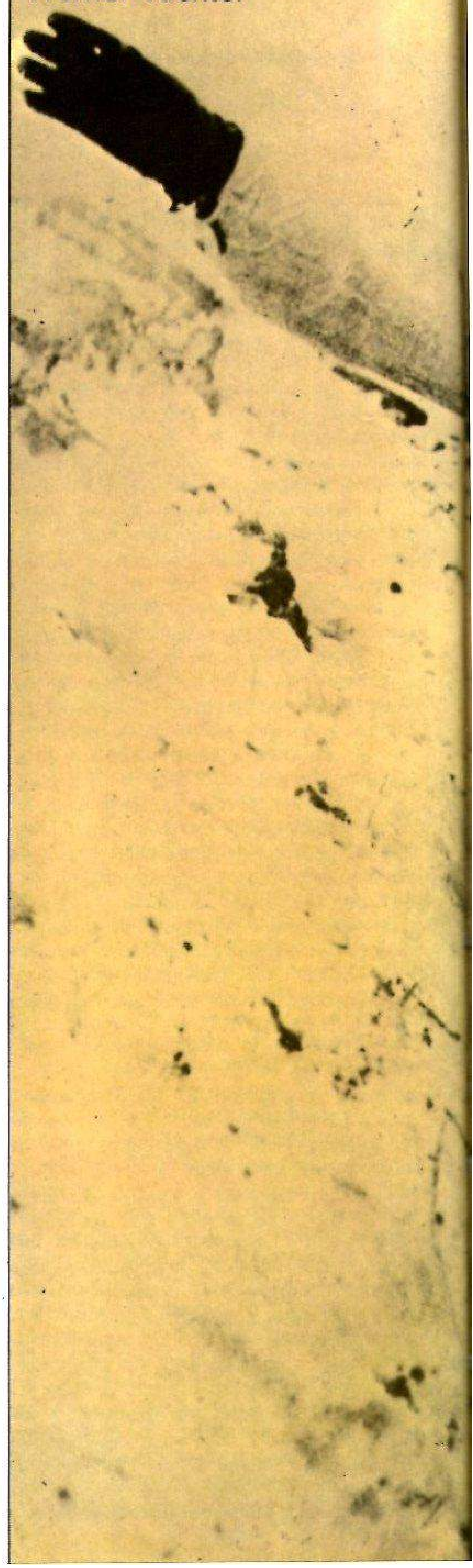
La batalla aeronaval por las rutas del mar del Norte tomó cuerpo después de que las operaciones alemanas en el frente del Ártico quedaran detenidas y cuando Hitler concentró en el norte de Noruega fuertes contingentes navales –el acorazado *Tirpitz*, el crucero de batalla *Scharnhorst*, dos cruceros pesados y unidades de destructores, así como flotillas de submarinos–, convencido de que los ingleses intentarían una invasión por Noruega septentrional. Los PQ comenzarían entonces a ser hostigados por submarinos y por la 5.ª *Luftflotte,* con base en Noruega.

Walter Görlitz □

GUERRA EN EL EXTREMO NORTE

Operación "Barbarroja"-V

Werner Richter



¿De dónde sacaban los rusos el material con el que, tras las incalculables pérdidas del primer año de la guerra, lograron recuperarse? Con seguridad, no procedía de sus propias reservas. Desde el Este, el Sur y sobre todo, desde el Norte, desde Múrmansk, en la península de Kola, partían suministros aliados con destino al frente. Múrmansk y el ferrocarril de Murman eran los objetivos del general Dietl, que se disponía a atacar en la región más inhóspita de la tierra al frente de sus tropas germano-finlandesas.

La región más septentrional de cuantas habían sido escenario de combates contra los soviéticos en retirada, en el invierno de 1941/42, se encontraba muy al norte del círculo polar Ártico, en plena zona de la noche polar: era la península de Kola, bordeada por el mar de hielo. En realidad no podía hablarse de una batalla, puesto que allí el frío era aún más intenso que en el resto de Rusia –50 °C bajo cero– y las tormentas de nieve impedían los movimientos hasta tal punto que atacantes y defensores apenas lograban moverse con relativa normalidad.
Para el Mando supremo alemán la zona de combates situada al norte tenía el carácter de «escenario auxiliar de la guerra», lo cual es explicable desde un punto de vista cuantitativo: por parte alemana no se había empleado más de media docena de divisiones. Sin embargo, lo que ocurría al norte del círculo polar podía incluirse decididamente entre los capítulos más trascendentales de la guerra.
La Operación «Platinfuchs» («Zorro plateado»), y su punto de partida, se habían decidido el 21 de abril de 1941 en la sala de mapas de la Cancillería del Reich, es decir, antes de que comenzara la campaña de Rusia.
Ese día el general Dietl recibió la orden de presentar un informe. El rudo bávaro, «héroe de Narvik», se sentía un tanto extraño –pero en modo alguno cohibido– en medio de aquel círculo integrado por Hitler, Keitel, Jodl y sus respectivos ayudantes y ordenanzas.
Hitler revisó en primer lugar el informe de la *Wehrmacht* –victorias por doquier, en Yugoslavia, Grecia, Norte de África– y luego se volvió hacia el invitado especial señalando sobre un mapa la región de Múrmansk.
Múrmansk, un pequeño milagro de la naturaleza. Una ciudad de 100.000 habitantes, completamente aislada en un paisaje estepario. La tundra se extendía en torno a ella, sin caminos, sin árboles, sin arbustos, con tres meses de intenso calor al año y el resto de un frío polar, factores que hacían imposible el



Con unas fuerzas armadas insuficientes, sin apoyo aéreo, erróneamente informados, los soldados de Dietl debían avanzar por la tundra. Pero pronto la lucha quedaría consolidada en forma de guerra de trincheras.

normal desarrollo de cualquier manifestación de vida.
Sólo Múrmansk conservaba su vida en el invierno polar. Un postrer y fatigoso efluvio de la Corriente del Golfo hacía posible que el puerto de Múrmansk se mantuviese libre de hielos incluso con temperaturas de 50 °C bajo cero. Múrmansk era el único nexo disponible todo el año en las comunicaciones de Rusia con los mares del mundo. Por esta razón se construyó durante la primera Guerra Mundial un tendido ferroviario de 1400 kilómetros que unía Petersburgo (Leningrado) con Múrmansk, cruzando la tundra.
Esta vía de comunicación era como una espina clavada en el corazón de Hitler. El dictador temía que Stalin trasladase por ella a Múrmansk grandes contingentes de tropas con el fin de atacar las minas de níquel de Petsamo, fundamentales para Alemania, situadas a sólo 100 kilómetros en territorio finlandés, y los depósitos de mineral en Noruega, no menos importantes para el Reich.
«Este peligro debe superarse como sea –manifestó Hitler– incluso mediante una operación de ataque. Usted –se volvió hacia Dietl– tiene que dominar esos ridículos cien kilómetros de Petsamo a Múrmansk con sus cazadores de montaña y poner fin a la amenaza».

Un desierto infranqueable

Al general Dietl, por el contrario, no le parecían tan ridículos esos cien kilómetros entre Petsamo y Múrmansk. Junto con su Estado Mayor había considerado exhaustivamente la situación y comentó a Hitler sin rodeos: «Mi *Führer*, en la tundra de Múrmansk parece como si acabara de ser creado el mundo. No hay ni un árbol, ni un arbusto, ni una cabaña, tan sólo rocas, guijarros, pantanos, arroyos agrestes y ríos desbordados. Durante el invierno el territorio es un puro desierto de hielo azotado por tormentas polares con temperaturas de 50 grados bajo cero.
Allá arriba, en la tundra, jamás ha osado nadie hacer la guerra. Sencillamente, no se puede: ese desierto es infranqueable para cualquier formación militar. Para ello sería preciso construir carreteras o, al menos, caminos aptos para carros. Pero si yo he de hacerlo con mis dos divisiones, me permito recordar que apenas dispongo de hombres para luchar. Además nuestros efectivos técnicos no son, ni mucho menos, de los mejores; mis oficiales llaman al equipo de que disponemos 'armamento de aprendices artesanos'. Nos faltan locomotoras, animales de tiro, artillería móvil, y, por si fuese poco cada división tan sólo cuenta con dos regimientos.»
Este tipo de lenguaje no era precisa-

mente del agrado de Hitler, pero pasó por ello en consideración al general bávaro. Dietl no había terminado. Todavía añadió que para él resultaría mucho más adecuado ocupar la línea férrea más al sur, sobre un terreno mejor, lo que haría innecesario tomar Múrmansk: el efecto sería el mismo.
Hitler quedó impresionado. Se hizo entregar el informe de Dietl y añadió que reconsideraría la situación. Cuando, tres semanas más tarde, Dietl recibió la orden de ponerse en marcha, se quedó de una pieza. Sus consideraciones habían sido tomadas en cuenta, pero, ¡de qué modo! Sus dos divisiones de montaña deberían partir de Petsamo y encaminarse directamente hacia la ciudad y el puerto de Múrmansk. Al tiempo, el Cuerpo XXXVI, con dos divisiones de infantería, se dirigiría 350 km hacia el sur, con objeto de cortar la vía férrea a la altura de Kandalaksha; avanzando otros 150 km también en dirección sur, el Cuerpo III finlandés, con otras dos divisiones, debería ocupar la estación de Louji.

Fraccionamiento de fuerzas

Eso era realmente una operación descabellada. ¡Atacar con 6 divisiones tres objetivos muy distantes entre sí...! Y todo por una línea férrea, que bastaba interceptar en un punto cualquiera.
Cómo pudo llevarse a cabo este incomprensible fraccionamiento de fuerzas es algo que se sabría más tarde. Su puesta en marcha se debió a un bien intencionado pero erróneo consejo del Mando supremo finlandés. Los altos jefes fineses habían indicado a sus colegas alemanes que no sería posible operar con dos divisiones, ni abastecerlas, en todo el frente de Laponia, por motivos de deficiencias del terreno.
Si se pretendía aplicar medidas convencionales, la observación era desde luego oportuna. Para abastecer a un ejército con gran capacidad de ataque, compuesto de 4 ó 6 divisiones, desplegado por la tundra, no había más remedio que recurrir a nuevos métodos, como podían ser máquinas para la construcción de carreteras o un suministro desde el aire. La capacidad de transporte de la *Luftwaffe* era en ese momento, al comienzo de la campaña del Este, todavía buena. Incluso sería más que suficiente cuando, nueve meses después, se recurrió a ella para abastecer a seis divisiones en el cerco de Demiansk durante meses y en condiciones difíciles.
Sin embargo, el OKW no estaba dispuesto a conceder estas medidas excepcionales; la Operación «Zorro plateado» se desarrollaría en un escenario marginal de la guerra cuya importancia era presentida por el mando alemán pero no reconocida plenamente.



El general Dietl. Sus proposiciones relativas a la Operación «Zorro plateado» tan sólo fueron atendidas en parte por el OKW.



Cazadores de montaña alemanes en plena tormenta polar.

Y así ocurrió lo que tenía que ocurrir. El ataque de los grupos de dos divisiones progresó algo en los tres puntos pero inevitablemente terminó por encontrar una enérgica resistencia soviética.

Dietl situó en la mejor de las carreteras –según los mapas que había recibido– la División de montaña 3, mandada por el general Kreysing. El camino conducía desde el lago Chapr hasta Motovski y, de allí, a Múrmansk. El Regimiento de cazadores de montaña 139 se esforzó con denuedo en la búsqueda de la carretera que tendría que comenzar allí a orillas del Chapr, pero desgraciadamente no pudo encontrar nada. Algo similar le ocurrió al Regimiento 136, que buscaba 40 km más al norte el camino que debería conducir de Titoviga a Sapádnaia Liza. Para Dietl eso significaba que la ofensiva se interrumpía a medio camino. En aquel punto se vio claro cuánta razón tenía el general en sus previsiones de primera hora: muy pronto tan sólo se hallaría empeñado en el combate un tercio de sus divisiones; mientras los otros dos tercios se ocupaban del aprovisionamiento y del transporte de los heridos hacia la retaguardia.

A pesar de todos los intentos fallidos, los cazadores de montaña bávaros y austríacos lucharon denodadamente hasta alcanzar las márgenes del Liza, rebasar Sepádnaia Liza, un pueblecito de pescadores junto a la bahía, una vez vadeado el río, y saquear un campamento de provisiones ruso en el que recogieron no sólo pan y tabaco para sus compañeros sino también camiones. En consecuencia, allí tendría que haber una vía de comunicación. Poco después localizaron lo que buscaban: una carretera espaciosa y perfectamente construida.

La vieron, pero no consiguieron tomar aquella hermosa carretera hacia Múrmansk. Los rusos defendían implacablemente ese punto clave y, por si fuese poco, todavía contaban con el ferrocarril; es decir, disponían de la posibilidad de transportar con gran rapidez hasta las inmediaciones del frente tropas y material. Desde Múrmansk hasta el Liza, donde se encontraban las tropas de Dietl, tan sólo había 45 kilómetros y los rusos contaban con las dos vías: la carretera y el ferrocarril.

Los cazadores de Dietl, en cambio, no tenían nada: ni carros de combate, ni asistencia de *Stukas*, ni artillería pesada. Si hubiesen contado con estos efectivos les habría sido posible penetrar a través del cerrojo soviético en dirección a Múrmansk. Pero así no. Por tres veces trataron los cazadores de montaña, entre el 6 de julio y el 19 de septiembre conquistar la famosa carretera. En la última ocasión incluso contaron con el refuerzo de dos nuevos regimientos y el apoyo de los *Stukas*, pero entonces ya no eran suficientes aquellas fuerzas: la superioridad de los rusos era demasiado clara. Las divisiones de Dietl tuvieron que replegarse al otro lado del Liza dejando 2211 muertos, 7854 heridos y 425 desaparecidos, el elevado precio de las operaciones hasta el 19 de septiembre.

En los dos avances que se desarrollaban más al sur la situación no era mejor. El Cuerpo de montaña XXXVI, mandado por el general Feige, cuya misión era la de interceptar el ferrocarril cerca de Kandalaksha, se encontraba al final de sus fuerzas cuando aún quedaban 36 kilómetros hasta su objetivo. Por su parte, el Cuerpo III finlandés se encontraba detenido en Kiestinki, a 70 kilómetros de Louji, donde tendrían que haber destruido el tendido ferroviario.

Los rusos enviaron tropas de voluntarios seleccionados al frente de Múrmansk, mientras se veían obligados a mantener feroces encuentros en Uman, Viazma, Briansk, Kíev. Evidentemente, Stalin conocía con más precisión que el Mando alemán de qué se trataba, a pesar de que los germanos deberían haberlo sabido de sobra.

Stalin no pareció interesarse ni por las minas de níquel, ni por el mineral noruego, sino tan sólo por los puertos y por el ferrocarril. Sabía perfectamente que, con sus propias fuerzas, Rusia no podría superar las enormes pérdidas de material experimentadas durante los primeros meses de la guerra; dependía, por lo tanto, de una ayuda de ultramar, de los Estados Unidos. Esta ayuda solamente podría llegar a través del puerto de Múrmansk, libre de hielos. Por otra parte, el ferrocarril se había convertido en el cordón umbilical absolutamente imprescindible para el imperio soviético.

Debido a esta razón los rusos no se limitaron a una defensa sino que constantemente hostigaban a los alemanes y trataban de expulsarlos de las posiciones amenazadoras que habían ocupado cerca del Liza. Con todo, pronto quedó patente que las condiciones extremas del terreno y del clima ocasionaban dificultades insuperables a unos atacantes bien equipados y, sin embargo, ayudaban a unos defensores resueltos.

El frente se consolidó en el extremo norte. El cordón umbilical permaneció intacto y con él fue posible el objetivo para el que había sido defendido. Las cifras hablan por sí solas: solamente durante el primer año del programa de ayuda americana a Rusia llegaron el puerto de Múrmansk 19 convoyes. Su carga consistió en 3052 aviones, 4048 carros, 520.000 vehículos de transporte de todo tipo.

Eso era mucho más de lo que tenía a su disposición la *Wehrmacht* al comienzo de la campaña del Este (1830 aviones, 3580 carros). La afluencia de provisiones no cesaría en toda la guerra. Que la Unión Soviética no hubiera podido subsistir sin esta entrega de ayudas es algo que puede tenerse por seguro. El fracaso de la Operación «Zorro plateado» fue, para el desenlace de la guerra de Rusia, más decisivo que todas las demás victorias en los combates que ya se habían librado o que habrían de librarse en lo sucesivo.

No dar tiempo a los rusos

Esas victorias contundentes duraron todavía un tiempo. Aunque la ofensiva de invierno soviética había logrado ser detenida a costa de elevadas pérdidas, el flanco central no se había estabilizado todavía a principios del año. La situación se volvió enormemente peligrosa entre finales de marzo y primeros de abril, al sur de Járkov. En esta zona los rusos habían logrado abrir una brecha de 80 kilómetros en el frente del Doniets y habían penetrado 100 kilómetros hacia el oeste. Por todas partes en torno a ese enorme «abultamiento» en el frente alemán se produjeron encarnizados combates hasta muy entrado el mes de abril.

Mientras se desarrollaban aún estos combates, el OKW comenzó a preparar los planes para la siguiente ofensiva. Previamente se había llegado a unificar criterios en un punto: no había que ceder a la tentación de dejar volver a los rusos en espera de una consolidación tras los duros reveses del invierno; no se debía dar tiempo a los soviéticos. Según Hitler y los generales, como el jefe de la sección de operaciones, Heusinger, no se podía dejar la iniciativa al enemigo, que había resultado tan desangrado como los alemanes en la dura campaña de invierno. En definitiva, la orden fue la de atacar.

De nuevo hacia Moscú –pensó el jefe de Estado Mayor, Halder–. Con todo Hitler no quería ni oír hablar de ello. Él, que había formulado advertencias antes de la campaña de Rusia en relación con la insuficiente economía del Reich, economía de guerra se entiende, presentaba ahora objetivos económicos como fines preferentes de la misma campaña: había que arrebatar a Stalin el petróleo caucásico de Bakú para –siempre según los planes de Hitler– continuar después hasta Persia en un movimiento continental en forma de tenazas.

En el sur, concretamente partiendo del Norte de África, Rommel podría luego avanzar por el desierto hasta el golfo Pérsico para apropiarse igualmente del petróleo de esta zona. Era realmente ▷

un proyecto gigantesco o, con mayor propiedad, megalomaniaco.
Es decir, nada de dirigirse a Moscú, sino hacia el sur, siguiendo el curso del Don en dirección a Stalingrado, y luego hacia el Cáucaso. Se trataba de llevar a la práctica la Operación «Blau» («Azul»), la ofensiva de verano de 1942, llamada así escuetamente porque Hitler, decepcionado tras las dificultades que sufría la «Barbarroja», dejó de interesarse por los pomposos nombres clave para sus planes operacionales. La Operación «Azul» estaba caracterizada también por otra particularidad: el Estado Mayor de la *Wehrmacht* había traducido en forma de órdenes las intenciones de Hitler; es decir, perfiló los objetivos del plan con absoluta precisión. Al destinatario de las órdenes, en este caso el comandante del Grupo de Ejércitos Sur, general *Feldmariscal* von Bock, se le dejó el decidir y planificar por sí mismo cómo se podrían lograr los objetivos de la ambiciosa operación.

Una evolución fatal

Esto era ya frecuente en el Ejército alemán desde los tiempos de Scharnhorst, es decir, desde hacía unos 130 años: el Estado Mayor planeaba y ordenaba en términos generales; a los comandantes correspondía después la aplicación táctica de las órdenes.
Así fue hasta el 4 de abril de 1942. Ese día el general Jodl presentaba a Hitler la propuesta de la Operación «Azul». Sin embargo, el *Führer,* que había asumido directamente el mando del Ejército tras retirar al comandante supremo von Brauchitsch, víctima propiciatoria del caos del invierno anterior, no otorgó la libertad de movimientos que comportaba el plan. Sus visiones triunfales del año anterior no se habían convertido en realidad y esto le hizo desconfiar desde entonces de sus propios generales. En consecuencia, decidió no atender a la propuesta de orden de marcha. Necesitaba conocer con detalle cada orden, que él mismo se encargaría de estudiar. Éste era el primer paso de una evolución fatal que conduciría más tarde a un proceso absurdo: sería en el cuartel general del *Führer,* lejos del frente, donde se tomarían las decisiones menos relevantes. Pero en abril de 1942 no se había llegado aún a ese punto. El paso de poderes a Hitler, es decir, la Directiva del *Führer* número 41, de 5 de abril, era un conglomerado de principios básicos, orden operativa y concreciones tácticas, reunido en 10 folios, todo ello orientado a un fin: «Aniquilar definitivamente el poder militar que aún tenían los soviéticos y privarles en lo posible del acceso a las fuentes de energía que tuviesen que ver con la economía de guerra. En otras palabras, se imponía la marcha hacia el sur.
Antes de que comenzase el avance, el frente debería quedar unificado y estabilizado. Esto se lograría hasta primeros de mayo. Solamente cerca de Isium se conservaba una especie de «quiste» hacia el oeste que hubo de quedar marginado del ataque principal o, si se quiere, seccionado de él. Ésta sería la función, a partir del 18 de mayo, del Ejército 6 y del Grupo de Ejércitos de Kleist. Sin embargo, también el mariscal Timoshenko concentraba su interés en el arco del frente de Isium. Para él, ésta era una posición clave con vistas a un ataque orientado a envolver al Ejército 6 alemán en las inmediaciones de Járkov. Timoshenko era más rápido que su colega alemán von Bock, y así atacó el 12 de mayo con efectivos excepcionales.
El brazo norte de la tenaza estaba formado por el Ejército 28 soviético que atacaba con 16 divisiones, 3 brigadas acorazadas y dos motorizadas; estas fuerzas comenzaron sus operaciones cerca de Volchansk y se dirigieron hacia el sudoeste.
Aún más poderosas eran las tropas que integraban el brazo sur, partiendo del arco de frente establecido cerca de Isium: en total se trataba de dos Ejércitos, el 6 y el 57, con un total de 44 divisiones y 14 brigadas acorazadas.
Contra una fuerza tan arrolladora como ésta apenas se podría ofrecer resistencia. Con todo, el general Paulus logró con su Ejército 6 detener el brazo norte de la tenaza de Timoshenko a unos 50 km escasos de Járkov, pero el brazo sur era absolutamente imposible de frenar. Los rusos rebasaron las débiles líneas alemanas y penetraron incontenidamente hacia el oeste. El 16 de mayo se acercaban ya a Poltava, en donde se encontraba el cuartel general de von Bock, a unos 100 km de Járkov. La situación era realmente amenazadora.
A impulsos de la repentina ofensiva de Timoshenko, el plan de ataque alemán resultaba inviable: el Ejército 6 tenía tarea más que sobrada con detener al Ejército 28 soviético y hubo que prescindir de él para otras funciones. La cuestión era si podría llevarse a cabo el ataque en tenaza planeado en un principio, contando con que sólo podría emplearse un brazo, el Grupo de Ejércitos de von Kleist. Bock, incitado por su jefe de Estado Mayor, general von Sodenstern, se atrevió al fin a atacar; incluso adelantó un día la fecha señalada para ello y envió a Kleist con sus nueve divisiones de Infantería y tres acorazadas, el 17 de mayo, en dirección al norte.
Fue una respuesta temeraria, y por lo tanto no esperada, contra el impetuoso ataque soviético. Timoshenko comprendió demasiado tarde qué se cernía a las espaldas de sus ejércitos que avanzaban impetuosamente hacia el oeste. Cuando se dio cuenta del peligro ya no había remedio: las divisiones de Kleist habían penetrado por sus flancos más débiles y lograban enlazar el 22 de mayo, cerca de Bairak, con el Ejército 6 junto al Doniets. Dos Ejércitos de Timoshenko quedaron separados del resto de las fuerzas.
Al mariscal soviético no le quedaba otra opción que interrumpir su ataque, dar media vuelta y concentrar su esfuerzo en defender sus propias líneas. La cuestión era si las fuerzas alemanas, relativamente débiles, podrían resistir el ímpetu de las tropas rusas en retirada; es decir, si el débil cerco en torno a Timoshenko podría mantenerse.

Victoria enérgica

El hombre que debía impedir el repliegue de Timoshenko era el general von Mackensen, comandante del III[er] *Panzerkorps*, a quien también se había encomendado algunas divisiones de Infantería. Mackensen se jugó el cerco como una partida de póquer. Sabía que los rusos atacan furiosamente en las situaciones desesperadas y estaba convencido de que en tales circunstancias el cerco no podría mantenerse. Entonces dispuso lo mejor que pudo sus unidades y reservó una división, la División de montaña 1, mandada por el general Lanz, para que actuase taponando el cerco si se producía alguna fisura.
Esta previsión decidió la suerte de la batalla. Las divisiones de Timoshenko atacaron efectivamente con toda su furia, sin reparar en sus elevadas pérdidas, cerca de Losovenka. Creían que se hallaba expedito el camino del frente del Doniets, distante unos 40 kilómetros, donde podría conectarse con otras tropas soviéticas. Pero no fue así. La División de montaña 1 se encontraba en el punto más débil en el momento más oportuno.
La lucha fue sangrienta. El cerrojo alemán no cedió y los ejércitos de Timoshenko no pudieron replegarse. En tres días la suerte quedó echada: 240.000 soldados del Ejército Rojo pasaron al cautiverio, dejando en el campo de batalla 1250 carros y 2016 cañones. La derrota que se había acercado a las filas alemanas había terminado en una indiscutible victoria; un paso decisivo para la ofensiva del verano.

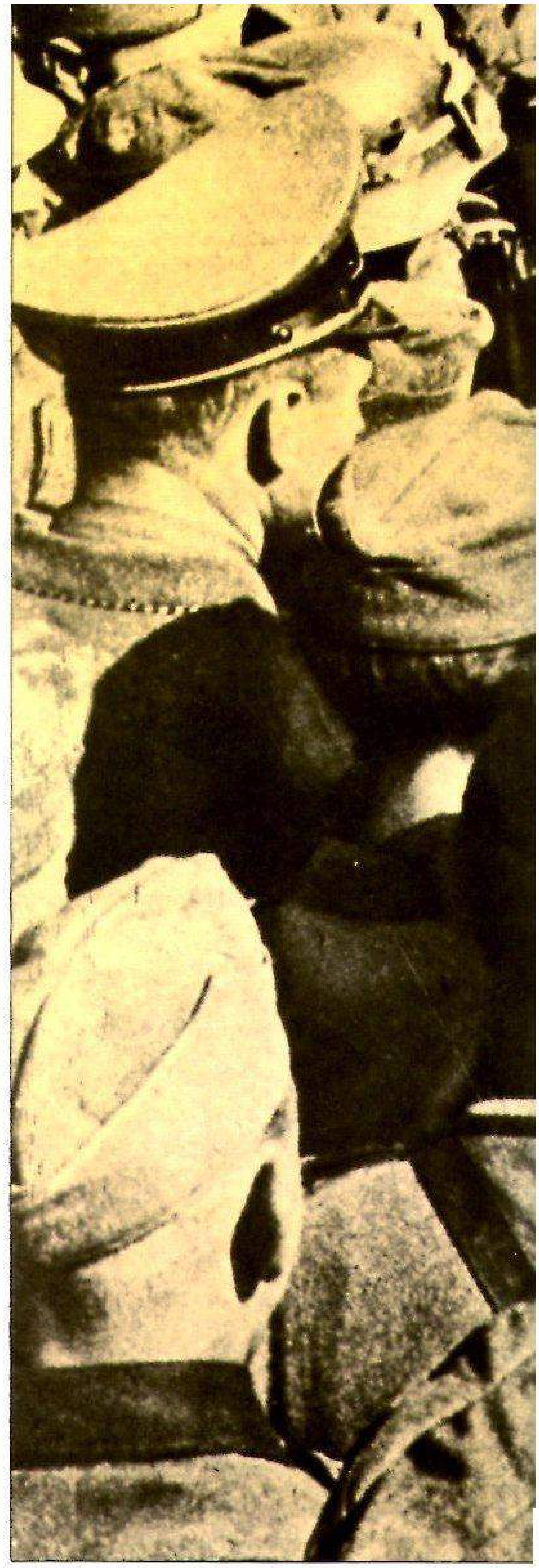
En el próximo capítulo:

Crimea es liberada, primero Kerch, luego Sebastópol. La ofensiva del verano de 1942. Se retrasa la orden de marcha por falta de coordinación en el mando. Los rusos evitan los encuentros. □



El frío era el enemigo número uno. Un grupo de soldados aprovecha una breve pausa en el combate para calentarse al amor de una hoguera.

EL PRIMER MOSQUETERO DEL REICH



La propaganda centralizada no encontró demasiadas dificultades, a partir de 1933, al tratar de convencer de la grandeza e infalibilidad del «Führer». Hitler iba de éxito en éxito, tanto dentro como fuera de las fronteras de su país. Incluso tras el estallido de la guerra no se interrumpió la cadena de triunfos del comandante supremo de las Fuerzas Armadas del Reich. Tras la derrota fulminante de Francia, Hitler apareció como el «mayor estratega de todos los tiempos»; ni la patria ni el frente veían razones para dudar de ello. La opinión pública ni tan siquiera barruntaba los enfrentamientos que tenían lugar en torno a cuestiones de estrategia y táctica y los verdaderos objetivos bélicos de Hitler. De ello da testimonio el informe de la revista del OKW «Die Wehrmacht», aparecido a primeros de 1942.

A comienzos del año 1757 Federico el Grande escribía a su hermana: «Esta primavera verá el mundo lo que es realmente Prusia; prevaleceremos sobre todos gracias a nuestra fuerza y, en especial, gracias a nuestra disciplina.» Había empezado el segundo de la Guerra de los Siete Años y el mundo vería, efectivamente, hasta 1763, de enero a enero, de qué era capaz Prusia. Los éxitos alternaban con las derrotas, pero al final llegó la victoria definitiva. 1757 comenzó con el triunfo a las puertas de Praga y terminó con la batalla de Rossbach, en la que 22.000 prusianos derrotaron a 62.000 austríacos y franceses. Así ocurrió en casi todas las batallas de aquella guerra gloriosa: el número de enemigos creció constantemente y su preeminencia respecto de Prusia fue cada vez más grande. Todo el peso de la guerra recayó sobre el pequeño pueblo prusiano, de 3,7 millones de habitantes, mientras que el enemigo contaba con 50 millones. El *Führer* ha llamado «tiempo federiciano» a nuestra época, en su discurso del 30 de enero de 1942, aunque esto no quiere decir que debamos igualarnos con ese período al pie de la letra. La Prusia de Federico luchó denodadamente contra un enemigo casi cinco veces superior a ella en número. Ésta es precisamente la proporción de nuestras armas respecto de nuestros enemigos: contamos con los ejércitos más poderosos del mundo. Hablamos con gran placer de los momentos cumbre de nuestra historia y fácilmente olvidamos los sacrificios que fueron necesarios para llegar a ellos, a esas altas cotas, y los golpes que hubo de sufrir nuestro pueblo con el fin de hacerse fuerte para el futuro. Si el pueblo alemán de hoy no tiene derecho alguno a compararse con los tiempos federicianos de la Guerra de los Siete Años, esto no afecta a la historia particular de aquel hombre que, hace 23 años, siendo un ignoto soldado combatiente de la Guerra Europea, comenzó con un puñado de idealistas la lucha por un pueblo, dispuesto a asumir sobre sí la derrota para convencernos de que no representaba un destino insuperable. Así como de los siete hombres de la cervecería se hicieron cien; así como del ideal de un hombre se formó un movimiento que fue capaz de obtener la fuerza de una tormenta partiendo de cada derrota hasta que, tras veintitrés años, «movimiento» se identificó con «pueblo», así en el próximo siglo la gran epopeya de nuestro pueblo tendrá el mismo papel que hoy tiene la Guerra de los Siete Años de Federico el Grande.

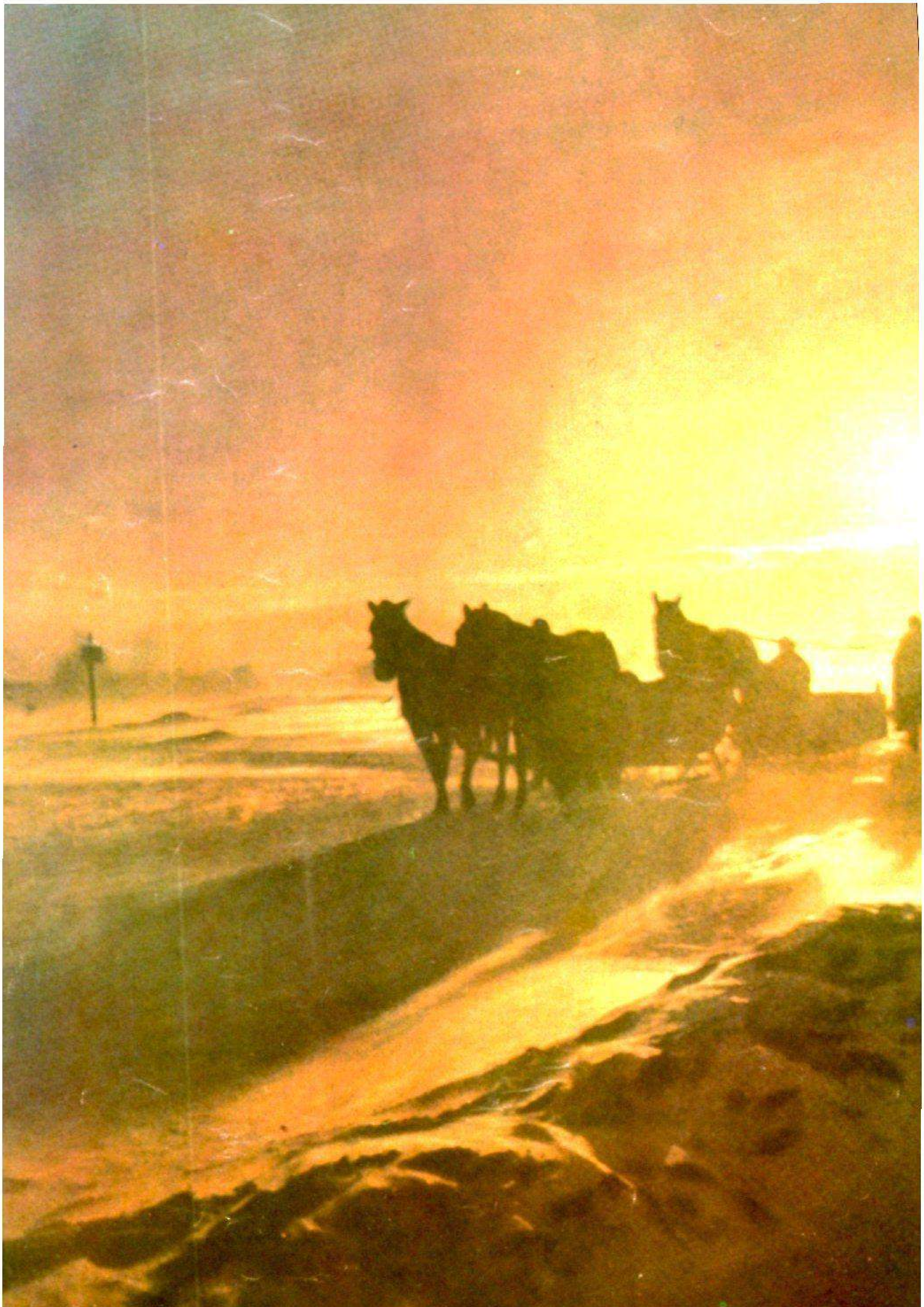


Hoy es para nosotros la historia de este hombre y de su movimiento como una fuente de fuerza cegada por todos nuestros enemigos. Si hoy declara el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica que su país construirá este año 60.000 aviones y en el próximo 120.000, y que todos ellos estarán en condiciones de ser tripulados para aniquilar a la infame Alemania de Adolf Hitler; si el primer ministro británico quiere aterrorizarnos con el número de nuestros enemigos, con los cien millones de anglosajones, bolcheviques, indios, chinos, con las cifras de producción del Imperio de los Estados Unidos y con unas misteriosas reservas mineras en los Urales soviéticos, ¿qué pueden las cifras contra un hombre que empezó con siete y ganó la voluntad de cien millones. Un recuento del número de hombres capaces de enrolarse en el ejército, con los miles de millones en oro, con los millones de toneladas de bronce y petróleo es algo tan nimio para esta guerra como lo fue para la guerra de Federico el Grande y para la lucha de Adolf Hitler por el pueblo alemán, que no dependieron de las cifras.

«¿Qué importa todo esto si se compara con lo que hemos poseído y con lo que pondremos en orden a partir de los comienzos del próximo año?»

No recibiremos regalos, desde luego, como ya le ocurrió al pueblo en los tiempos de Federico. «Este año será duro y riguroso –dijo una vez Federico el Grande al comenzar una nueva etapa de la Guerra de los Siete Años– pero habrá que mantenerse alerta, y todo aquel que sienta el honor y el amor por la patria deberá apoyarlo todo en ellos.»

□





Una columna de aprovisionamiento camino del frente del Ártico. Esta imagen pintoresca parece paliar la terrible dureza de la lucha en el Círculo Polar.



Horst Günter Tolmein

MG 42

El fusil ametrallador 08 pesaba sesenta y cuatro kilos, incluida la cureña. El arma se montaba, junto con su dotación, en un armón tirado por dos animales o, a veces, incluso por cuatro monturas. La dotación constaba de un artillero jefe, cuatro soldados más y, por cada dos ametralladoras, un enlace. El circuito de la MG 08 contaba con una refrigeración por agua. La rapidez de disparo –600 proyectiles por minuto– hacía hervir el agua del circuito. Un tubo, uno de cuyos extremos se hallaba enterrado en el suelo, conducía el vapor fuera del arma.
Los ejércitos alemanes iniciaron la primera Guerra Mundial con 2438 ametralladoras 08. Muy pronto las ráfagas de las ametralladoras de las dos partes contendientes se generalizaron por toda la tierra. Así desaparecía la guerra de movimientos y comenzaba la de posiciones. Con el fin de dotar de una mayor capacidad de fuego a las compañías de Infantería, mediante el uso de armas ligeras adecuadas, se creó, partiendo de la ametralladora pesada (sMG) 08, la ligera (IMG) 08/15. Pero también esta pesaba demasiado: 21,6 kg. El artillero primero tenía que ser un Hércules para correr con ella en brazos, durante el ataque, mil metros hasta las posiciones enemigas, echarse luego al suelo, disparar y volver a correr. Tras el fin de la primera Guerra Mundial los alemanes tuvieron que entregar a los Aliados 25.000 ametralladoras y otras 107.000 quedaron destruidas. Según el Tratado de Versalles, el nuevo Ejército del Reich solamente podría tener 1926 de estas armas. Pero en 1932 poseía ya 22.024, en parte escondidas en arsenales secretos, algunas de ellas recuperadas de la primera Guerra y otras de nueva producción, igualmente secreta.



La ametralladora 42: rapidez de disparo y alto rendimiento incluso en condiciones desfavorables como el barro, la suciedad y el hielo.

El sueño del Mando militar del Reich era lograr un fusil ametrallador de unidad que pudiese entregarse a los fusileros como arma ligera pero que pudiera también instalarse en una cureña como ametralladora pesada. El motivo era éste: una instrucción sencilla de los soldados de Infantería y un costo reducido gracias a un elevado índice de producción. Partiendo de la MG 13 –que no se consideraba ya ametralladora pesada– se imprimió un rápido desarrollo a esta arma hasta llegar al modelo 34, refrigerado con un circuito de aire. Esta arma se entregó a la *Wehrmacht* en 1935. Su peso era de 12 kg (con cureña, 32 kg); su rapidez de disparo 1000 proyectiles por minutos. Esta arma muy perfeccionada proporcionó a la Infantería gran capacidad de fuego, pero fracasó en la campaña de Rusia: los elementos deslizantes, diseñados con gran precisión, fallaban por efecto de las tormentas de nieve, el frío glacial, el barro y el polvo de la estepa. Esto permitió que los rusos pudiesen atacar en oleadas las posiciones alemanas.
En el frente se necesitaba una ametralladora de disparo rápido, resistente a las inclemencias, que pudiese fabricarse en un tiempo récord y sin necesitar para ello excesivo material. El ahorro de tiempo y material se podría conseguir si determinadas piezas del arma se construían no mediante fresado, como hasta entonces, sino por moldeado.
Por esta razón se recurrió a «especialistas ajenos». A la cabeza en el sector del chapado se encontraba la empresa de objetos lacados Grossfuss, de Döbeln/Sajonia, cuyo constructor, el ingeniero Grunow, había ideado un nuevo cerrojo de ametralladora y un cañón fácilmente intercambiable. En abril de 1938 Grunow presentó al departamento de pruebas del Ejército el nuevo modelo, parte de cuyas piezas se habían construido en latón. Un año más tarde tenía lugar la prueba en tropa; en 1941, la segunda prueba con la «MG 39». Ampliamente mejorada, se entregó a la *Wehrmacht* a principios de 1942. Sin embargo, fue a partir de 1943 cuando se confió a la tropa en un número verdaderamente importante: hasta el final de la guerra se produjo un total de 400.000 unidades.
Los enemigos del Reich alemán temían su rápida y eficiente capacidad de fuego: 25 proyectiles por segundo (1500 por minuto).
La MG 42 hacía fuego con tanta celeridad que el sonido de las detonaciones no se percibía como disparos aislados, sino como un solo tiro. Al igual que en la MG 34, también en este caso había que cambiar el tubo cada 250 disparos, pero un buen artillero podía realizar la operación en cinco segundos. Por otra parte, la MG 42 no necesitaba más que un solo hombre. Cuando se la utilizaba como ametralladora pesada iba montada en un trípode del modelo 34.
A pesar de este elevado rendimiento, y debido a la falta de materias primas, hubo que construir otro modelo. La nueva «MG 45», llamada al principio «MG 42 V», disparaba 40 proyectiles por segundo y pesaba 9 kg (peso de la MG 42 ligera, 11,6 kg). Tan sólo se produjeron diez unidades de la MG 45 cuando la guerra ya había concluido.
Once años después, la MG 42 fue adaptada a la munición de la OTAN y, con mejoras, se entregó bajo el nombre de MG 3 al Ejército federal alemán y a los de Dinamarca, Noruega e Italia. También se conoce en España como A 3.

ELOGIO DE LA WEHRMACHT

El Servicio del Trabajo del Reich durante la guerra

«La aportación valiosísima del Servicio del Trabajo, en especial en las obras de reconstrucción de carreteras, puentes y líneas férreas, ha facilitado extraordinariamente al mando su misión.» Así enjuició el OKW tras la campaña de Polonia la aportación del Servicio del Trabajo a tareas relacionadas con la lucha. En el presente capítulo resumimos parte del libro «Bilanz des Zweiten Weltkrieges» de Walter Kumpf, en el que se habla de esta contribución.

Las tropas del trabajo, como la conocida Organización Todt, el Servicio del Trabajo del Reich (RAD) y la Ayuda Técnica de Emergencia, forman parte de la esencia de la moderna estrategia militar: las unidades motorizadas rápidas necesitan una red viaria intacta. Los aviones solamente pueden entrar en acción si existen aeródromos y pistas en buen estado, o si, tras los bombardeos, se ha logrado limpiar de escombros y se ha vuelto a poner en servicio estas instalaciones. Dada la amplitud del escenario de la guerra moderna, el aprovisionamiento sólo es posible si la red de carreteras, los puentes y las líneas ferroviarias –todos ellos, objetivos muy atrayentes para el enemigo– se conservan en perfecto estado, son reforzados y, tras cada destrucción, reconstruidos lo antes posible.

El Servicio del Trabajo no fue, desde luego, un hallazgo del Tercer Reich. Ya en la primera Guerra Mundial el Mando supremo del Ejército había fomentado, a modo de complemento de la acción



de los soldados en el frente, el «Servicio Auxiliar Patriótico» que se ejercía en la patria, servicio que, con todo, se desarrolló con muchas limitaciones. En los años de crisis que siguieron a la primera conflagración mundial, cuando la economía se hallaba por los suelos, cuando apenas había puestos de trabajo para la juventud y el desempleo amenazaba por todas partes, se formó espontáneamente en diversas regiones una especie de servicio de voluntarios del trabajo. En un decreto de emergencia de 5 de junio de 1931 el Gobierno de entonces estableció que se hacía necesario este servicio en interés de los desocupados de quienes recibían el correspondiente subsidio para superar la crisis y la necesidad.

El nacionalsocialismo no hizo más que construir sobre lo ya iniciado: transformó el Servicio del Trabajo en un instrumento educativo, a su modo, de la joven generación e introdujo su obligatoriedad, a título de deber, por ley de 26 de junio de 1935. Según ella, «todos los jóvenes alemanes de ambos sexos estaban obligados a servir a su pueblo en el RAD», cuando hubiesen cumplido los 19 años y hasta los 25. Los jóvenes deberían convencerse del valor del trabajo, superar la lucha de clases, destruir los prejuicios que abrigasen contra el simple trabajo manual, y reafirmar la conciencia común que debería unir a todas las capas sociales. La guerra contribuyó más a interrumpir este proceso espontáneo que a estimularlo: la contienda tenía sus propias necesidades prioritarias, objetivos de los que el Servicio del Trabajo pasó a ser instrumento. Con la movilización, cerca del 60 por ciento de los mandos del RAD fueron transferidos a las Fuerzas Armadas. La falta de jefes que se derivó de ello para el Servicio del Trabajo obligó a cerrar numerosos campamentos. Por efecto de la enorme necesidad de brazos en el frente que se experimentó en los años del final de la guerra, el OKW se vio obligado a reducir la edad de los reclutas. En consecuencia tuvieron que pasar por el Servicio del Trabajo no sólo el año correspondiente sino las quintas sucesivas, en rápidos reemplazos. El deber del Servicio del Trabajo, que había que prestar durante seis meses en tiempos de paz, fue acortándose cada vez más durante la guerra. A partir de 1944 el tiempo de permanencia quedó reducido a dos meses. Los adscritos pasaban inmediatamente, una vez licenciados, a las fuerzas de la reserva y a veces eran transferidos a las cajas de reclutas de las secciones de campo del Ejército. El momento de la transferencia dependía de las necesidades de la *Wehrmacht* y se fijaba por el OKW. Estas circunstancias dificultaban extraordinariamente la formación y la educación en las filas del RAD. La transformación de los afiliados al Servicio del Trabajo más adecuados para el puesto de «auxiliares» sólo era posible como consecuencia de una orden de emergencia.

Al comenzar la guerra, gran número de secciones del RAD, integradas por veteranos sin formación militar, se convirtieron en batallones de albañiles mandados por oficiales del Ejército. Esta mezcolanza de gentes no homogéneas no dio buen resultado, hasta el punto de que se adoptaron medidas contrarias a estos batallones a partir de 1940. Para suplirlos se situaron al lado de las brigadas de obras de la *Wehrmacht*, simples unidades de albañiles del RAD que también tomaban parte en las operaciones del frente. Tras un periodo de formación básico en la patria, y atendiendo a las demandas del OKW, determinado número de grupos del RAD, que tenían de 4 a 6 secciones, cada una con 200 hombres, quedaban subordinados a jefes del propio Servicio y distribuidos entre los puestos de

«La pala de trabajo ha quedado revalorizada; se ha convertido en el símbolo de una nueva comunidad» (Hitler).




Der Reichsarbeitsdienst ruft!
Arbeitsdienst für die weibliche Jugend ist Mütterdienst.
Arbeitsmänner sind frische, frohe, selbstbewußte Soldaten der Arbeit.
Adolf Hitler: Durch Eure Schule soll die ganze Nation gehen
Reichsarbeitsdienst-Annahmestellen für den Reichsarbeitsdienst im Lande Oesterreich
Für Führer- und Amtswalterersatz des Reichsarbeitsdienstes:
Wien, 15. Bez., Maria-Hilfer-Str 129 • Wien, 1. Bez., Ebendorferstr. 6 • Linz, Brucknerstr. 8 • Salzburg, Kaigasse 12
Innsbruck, Bienerstr. 8 • Klagenfurt, St. Veiter-Ring 1 • St. Pölten, Kremser-Landstr. • Graz, Rathaus
Für Führerinnenersatz des Arbeitsdienstes für die weibliche Jugend:
Wien, 1. Bez., Naglergasse 1 • Linz, Brucknerstr. 8 • Graz, Rathaus, Zimmer 135 • Innsbruck, Landhaus, Bienerstr. 8
Klagenfurt, St. Veiter-Ring 1 • Salzburg, Kaigasse 12

mando de la *Wehrmacht*, como Grupos de Ejércitos, Ejércitos, Flotas aéreas, estaciones navales. Las unidades de construcción del RAD estaban dotadas, normalmente, de bicicletas y, en contados casos de pequeños vehículos; contaban con fusiles y, a veces, hasta con ametralladoras. Previamente se las instruía en tiro como disciplina auxiliar. Con vistas a su acción militar, estas unidades del RAD terminaron por quedar sometidas al mando de oficiales. El jefe del OKW y el del Servicio del Trabajo del Reich acordaron que estas unidades de construcción del RAD no entrasen en combate fuera de aquellos casos excepcionales en los que tuviesen que hacerlo como medio de autodefensa, debido a que se hallaban insuficientemente preparados para la lucha y carecían de las armas adecuadas. Además, estas unidades no deberían emplearse para la vigilancia de los prisioneros de guerra reunidos en los campos de concentración o empleados en obras del Reich; en suma, no debería implicárseles en aquellas tareas que, por una razón u otra, pudiesen dañar el normal desarrollo de los chicos y chicas. Respecto de la realización de determinadas misiones, el jefe del RAD era responsable ante el mando militar al que estaba supeditado. Los integrados en el RAD estaban, lógicamente, subordinados a sus jefes. Estos eran los que decidían la dedicación de cada uno de ellos. De este modo habría de lograrse que los jóvenes fuesen tratados correctamente y con toda suerte de miramientos durante el período bélico. Esta norma de funcionamiento del mando entró en vigor de inmediato y, en general, se cumplió. La capacidad de rendimiento y la actitud de las unidades de trabajo del RAD se ganaron muy pronto y sin excepciones el reconocimiento del mando militar. En todos los escenarios de la guerra, con exclusión del Norte de África y los lugares en los que combatían los italianos, prestaban sus servicios las brigadas del trabajo. Su empleo en el frente ruso se interrumpió a partir de 1943 a petición del jefe nacional del Servicio del Trabajo, debido a que el esfuerzo físico exigido, las condiciones especialmente difíciles del territorio ruso y la dureza de aquella guerra podrían dañar física y anímicamente a los jóvenes trabajadores.

Cartel de propaganda del Servicio del Trabajo del Reich difundido en Austria. Entre los títulos que incluye figuran estos: «Los hombres del Trabajo son soldados del trabajo; alegres, activos, conscientes.» «El Servicio del Trabajo para la juventud femenina es un servicio de madres.» «Adolf Hitler: toda la nación pasará por esa escuela que sois vosotros.»

Nacionalismo y Servicio del Trabajo

A finales de los años veinte prácticamente todas las instituciones confesionales, sociales o políticas, con excepción de las SA y la Liga de militantes del Frente Rojo, tenían su propio «servicio del trabajo». En general se llamaba FAD (Servicio del Trabajo Voluntario). En virtud de la ley de emergencia de 5 de junio de 1931, la oficina del Reich para asuntos de empleo y seguro de trabajo asumió el fomento y la financiación de este «deber del trabajo popular y voluntario».

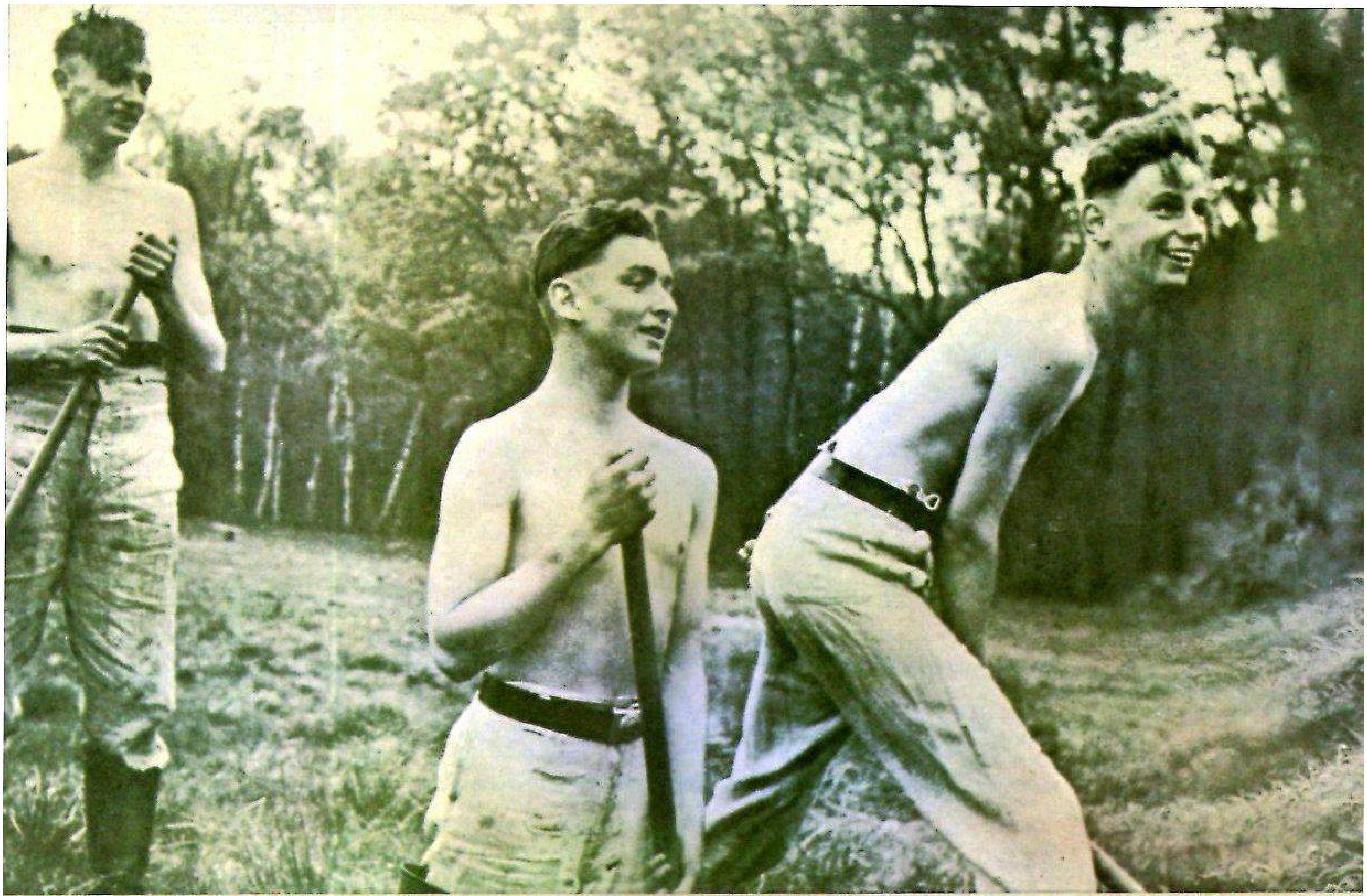
En la Casa Parda, central muniquesa del partido nazi, apenas existía interés, hasta 1932, en imponer un FAD estatal. El «encargado del 'Führer' para el Servicio del Trabajo», coronel de la reserva Konstantin Hierl, prefería esperar a la toma del poder para introducir el servicio general del trabajo obligatorio. Se dio cuenta demasiado tarde de las posibilidades que ofrecía el FAD como medio de acumulación de experiencias y de formación de un criterio de mando. A primeros de 1931 el partido nazi creó el primer campamento del Servicio del Trabajo en Hammerstein (Pomerania). El segundo, con sección de instructores y escuela de mandos, surgió en Gross-Kühnau bei Dessau. Hasta finales de 1932 se fundaron por todos los rincones de Alemania numerosas «Asociaciones del Servicio del Trabajo» nacionalsocialistas y una infinidad de campamentos.

Entretanto, la tormenta nazi se precipitó por todo el Reich, también en estos campamentos. En la noche del 30 de enero de 1933 se izaron allí las banderas de la cruz gamada y los jefes de campamento fueron expulsados de ellos. Miles de voluntarios del trabajo que se resistieron a producir bajo la bandera nazi recibieron el mismo trato.

El caos se extendió por todas partes. En numerosos campamentos faltaba el dinero, los alimentos y la calefacción; por supuesto, apenas se trabajaba. Las herramientas, las vías de ferrocarril, las instalaciones de las cocinas, la ropa de cama, los uniformes de faena... desaparecieron para no volver. Oficiales retirados de la policía y el Ejército y algunos jefes SA lograron «restablecer el orden» y asumieron el mando en los campos. El 31 de marzo de 1933, Hitler nombró al coronel retirado Hierl «secretario de Estado para el Servicio del Trabajo». Estaba de acuerdo con él sobre el fin de su RAD: debía ser una organización para la formación estatal de los jóvenes alemanes de cara a un compromiso con la comunidad popular, de modo que fuese como un nexo entre el deber escolar y el servicio de las armas, dotado de una formación premilitar. Con ello se echaban los cimientos para una reordenación del Servicio del Trabajo según el sistema de prepotencia nacionalsocialista.

La guerra significó una limitación de objetivos y una transformación de la estructura interna del Servicio del Trabajo, en el caso de los muchachos, pero no así en el de las chicas. Éstas, por el contrario, vieron ampliarse sus funciones, que adquirieron una gran importancia. La llamada a filas de los muchachos produjo, sobre todo en las zonas agrícolas, una gran falta de mano de obra. Las campesinas, sobrecargadas de trabajo, necesitaban ayuda. Entonces se pensó en el Servicio Femenino del Trabajo. En septiembre de 1939, lo que hasta entonces era prestación voluntaria se convirtió en obligación, por una orden del Gobierno del Reich. Pero con ellos se vio afectado el Servicio Auxiliar de Guerra, en el que también faltaban brazos. En consecuencia, las «chicas del trabajo» quedaron obligadas a prestar otro medio año de colaboración en el Servicio Auxiliar de Guerra tras permanecer seis meses en el del Trabajo.

La evolución de la guerra a partir de 1943 tuvo una gran incidencia también en el RAD. Con el fin de liberar al personal militar y poderlo dedicar a funciones más propias, y al tiempo para reforzar las dotaciones de los antiaéreos de la retaguardia, se crearon 400 baterías servidas por chicos del RAD. Tras un período de instrucción acelerado fue posible al poco tiempo que estas unidades estuviesen dirigidas incluso por militantes del Servicio del Trabajo. En el último año de la guerra, y como asistencia al Ejército de la reserva, los jefes del RAD aplicaron a sus muchachos una formación netamente militar. Debido a que era grande la falta de personal de instrucción, a que escaseaban las armas para los ejercicios tácticos, y a que el tiempo disponible para éstos era muy reducido, sólo se consiguió una preparación muy deficiente. También el Servicio Femenino del Trabajo tuvo que prestar una cooperación directa como cuerpo armado. Unidades femeninas del RAD tomaron parte como auxiliares de información en la *Luftwaffe*. En la última fase de la guerra las chicas del RAD tenían encomendada, por ejemplo, una parte de las baterías de reflectores antiaéreos, aunque el control técnico y las decisiones tácticas correspondían al personal del Ejército del Aire. La encomienda de una u otra misión correspondía, por lo demás, a las jefes del Servicio. Durante los dos últimos años de guerra, y por efecto de la situación general, el RAD fue convirtiéndose poco a poco en una institución improvisada dependiente de la *Wehrmacht*. Aunque seguía ostentando su nombre de Servicio de Trabajo del Reich, apenas conservaba nada de su función primera. □



Futuros oficiales en el Servicio del Trabajo: *con sus botas de goma y sus palas en las acequias. El trabajo de estos aspirantes a oficiales tiene un valor practi*
en transitable mediante el trazado de zanjas. El primero y el tercero empezando por la izquierda quieren ingresar en la «Luftwaffe», el segundo y el cuarto en la Marina. El g

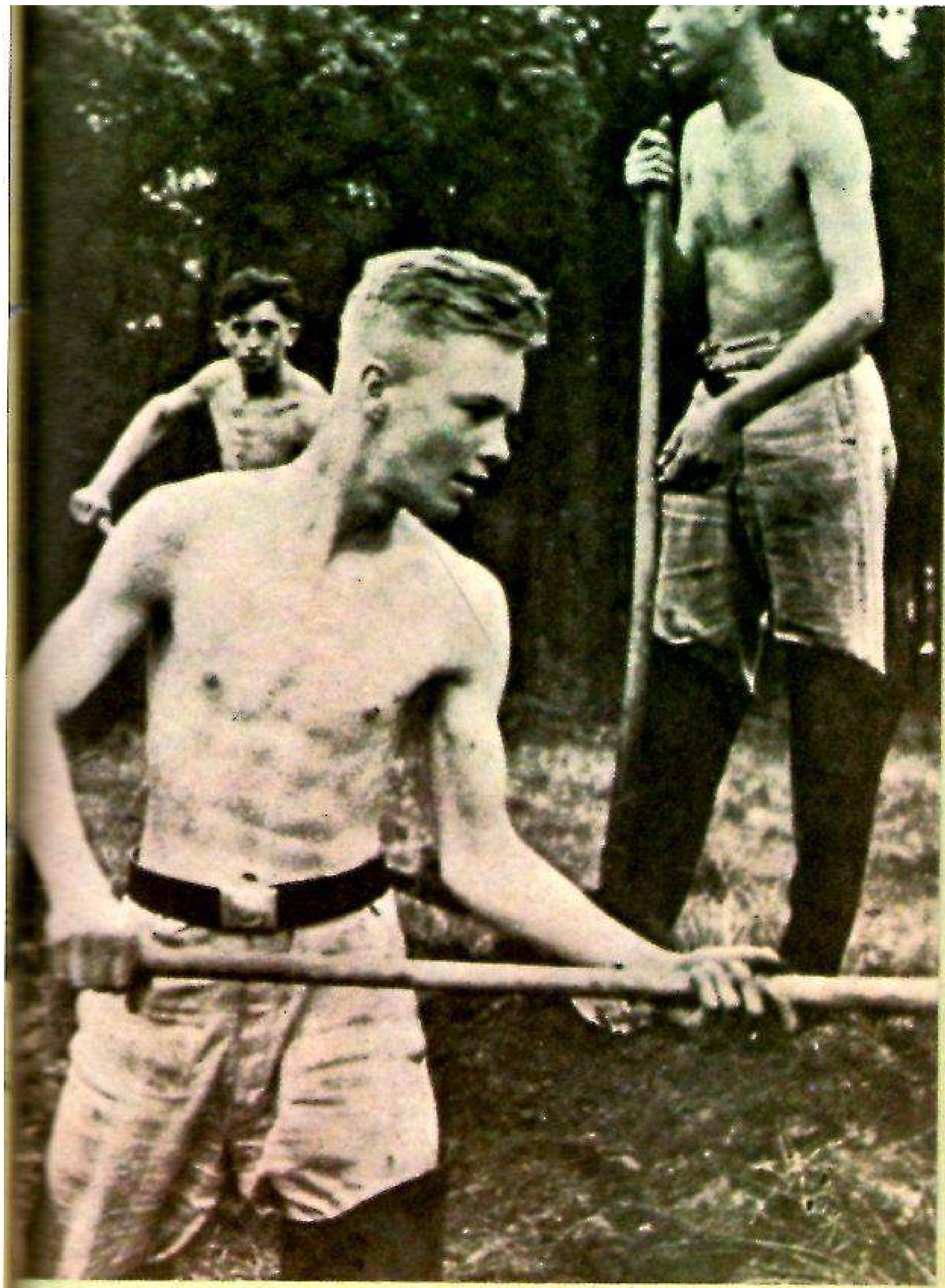
Oficiales de 1945
n el Servicio del Trabajo

o de los fundamentos nacionalsocialistas
rdura también en el 4.º año de la guerra.

En plena guerra total, la Alemania nacionalsocialista presta al Servicio del Trabajo, durante tres meses, a sus aspirantes a oficiales. Con ello se da cumplimiento a algo fundamental; nadie debe mandar si antes no ha aprendido a obedecer y a servir. Gracias a lo que puede parecer pérdida de tres meses, los oficiales de la promoción de 1945 adquirirán la importante experiencia de saber trabajar con un sentido práctico. El futuro comandante comienza su carrera como cualquier soldado, desde abajo, con el pico y la pala.

ra del descanso y la lectura.



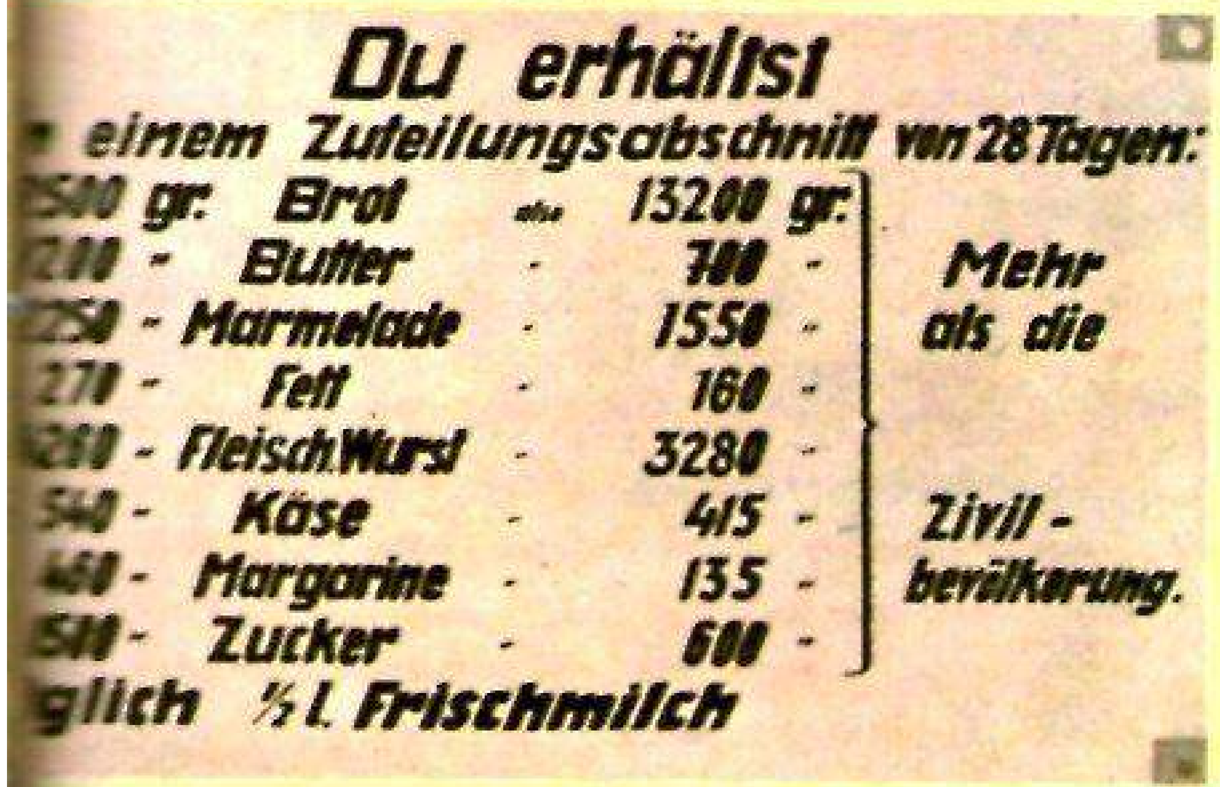


En la imagen tratan de convertir un terreno pantanoso ... a la derecha en la foto quiere ser zapador.

Fotografías: Kenneweg



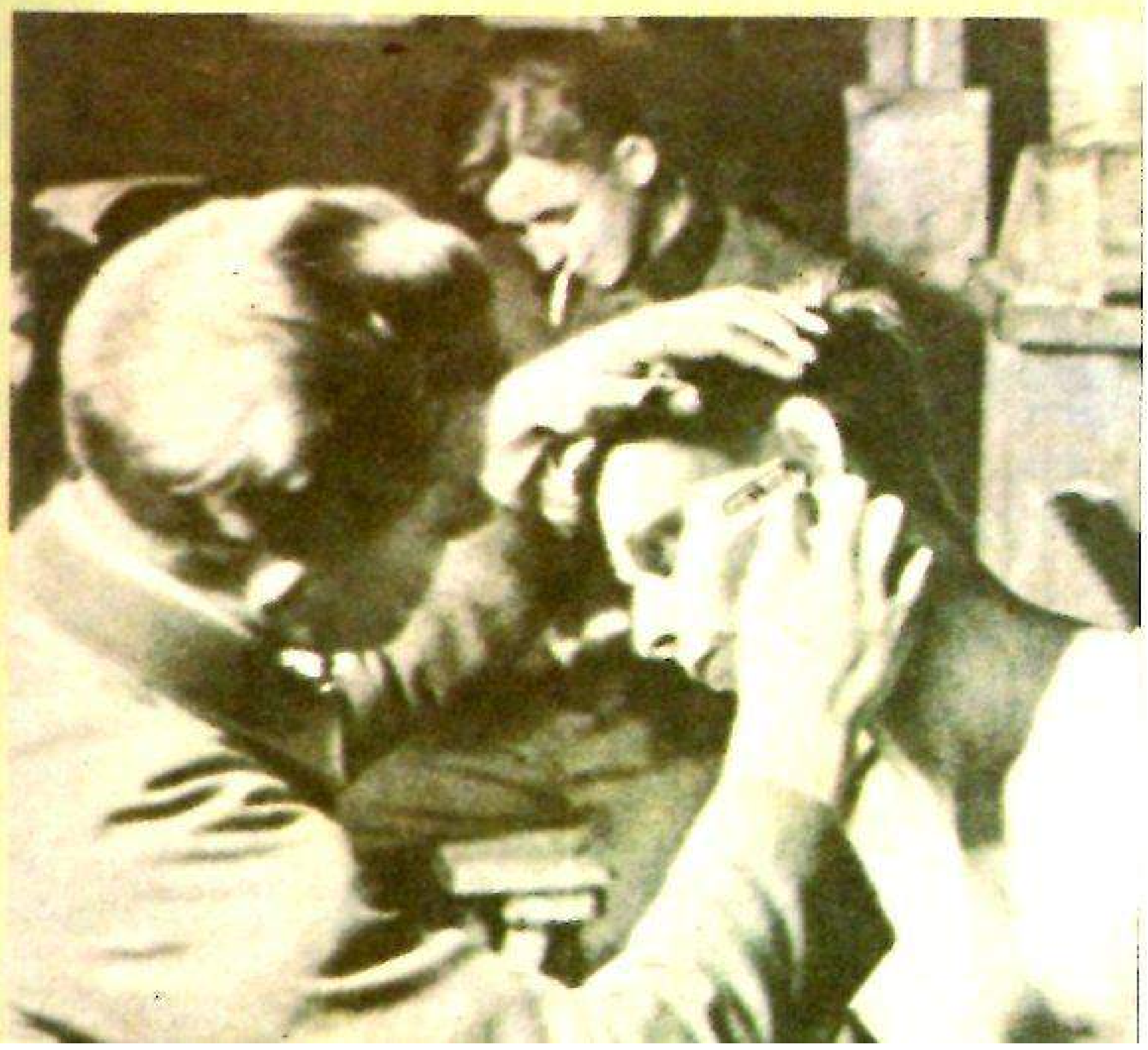
En el frente: *ahora tienen 17 años. Sus rostros poseen aún rasgos juveniles, pero cuando cumplan los 19 serán ya oficiales en el frente.*



Du erhältst
in einem Zuteilungsabschnitt von 28 Tagen:
2500 gr. Brot also 13200 gr.
1200 - Butter - 700 -
1250 - Marmelade - 1550 -
270 - Fett - 160 -
4200 - Fleisch.Wurst - 3280 -
540 - Käse - 415 -
460 - Margarine - 135 -
1500 - Zucker - 600 -
täglich ½ l. Frischmilch
Mehr als die Zivil-bevölkerung.

Este cartel cuelga en el barracón que les sirve de comedor. *La columna de cifras situada a la izquierda corresponde a la cantidad que toca a cada uno de pan, mantequilla, mermelada, tocino, carne y embutido, queso, margarina y azúcar. Estos lotes han de bastar para 28 días. El aumento de peso de los hombres del trabajo durante las seis primeras semanas se sitúa entre los 5 y los 7 kilogramos.*

El primer afeitado en su vida joven.



Prueba de valor: *el salto sobre cuatro compañeros.*



HUMOR EN EL TERCER REICH



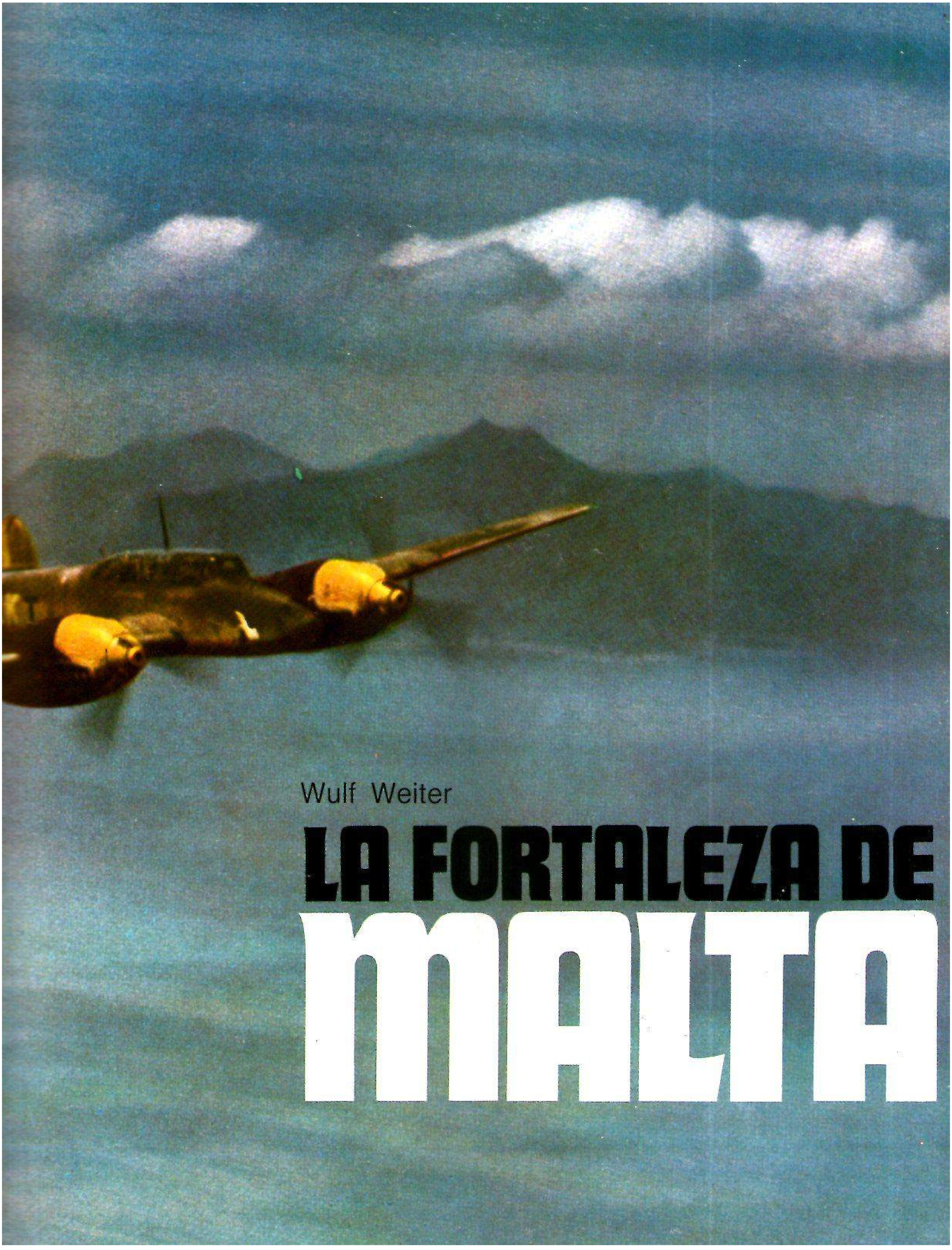
Portada de un folleto de propaganda alemán, destinado a la difusión en la Ucrania ocupada. Tras la mascara de Stalin se esconde el espantoso rostro del diablo.



Un mercante carga en un puerto italiano carros y munición.



Aparatos alemanes de tipo «Me 110» en un vuelo de patrulla a lo largo de la costa africana. Las fuerzas británicas, que por mar y aire operaban desde Malta, eran para Rommel más peligrosas que muchos de los ataques directos del Ejército 8.



Wulf Weiter

LA FORTALEZA DE MALTA

El general británico John Gort no era fácil de asustar. Pero cuando el 7 de mayo de 1942 tomó posesión del puesto de gobernador de la isla de Malta y realizó el primer recorrido por La Valetta sintió que se tambaleaba un poco su firmeza. «Pues estamos apañados», no pudo menos de murmurar, lo que para un británico de su educación no dejaba de ser una expresión bien gráfica del más profundo horror.

Ante sus ojos tenía las consecuencias del primer bombardeo en alfombra llevado a cabo por la *Luftwaffe*: edificios destrozados y en llamas, campos de aviación inutilizados por los impactos de las bombas, chatarra y restos humeantes de barcos en el puerto.

Ya al ir a despedirse de Winston Churchill antes de salir de Londres, el primer ministro tampoco había podido alimentar mucho sus esperanzas: «Le va a caber la triste misión de entregar Malta al enemigo», le susurró ceñudo el siempre decidido jefe del Gobierno británico.

Bien mirado el vizconde, que apenas dos años antes había logrado sacar de su apurada situación en Dunkerque al cuerpo expedicionario británico y devolverlo a las Islas, no estaba ahora muy seguro de poder siquiera llegar a su destino. Desde Sicilia los aviones de la *Luftwaffe* dominaban el cielo y los submarinos del Eje hacían insegura la navegación.

Pero al fin consiguió llegar y no tardó en recibir un consuelo: a los dos días 64 cazas del tipo *Spitfire* despegaron a la altura de Argelia de los portaaviones *Wasp* y *Eagle* para dirigirse a Malta. Menos tres que debido a fallos de motor tuvieron que posarse en el agua, el resto llegó a la isla y pudo ser empleado poco después para contener el siguiente ataque de los pilotos alemanes. Al otro día el dragaminas *Welshman* pudo acercarse al puerto de La Valetta y descargar una tan importante como necesaria carga de proyectiles de artillería, cubierto por una nube de niebla artificial.

Nadie, sin embargo, dudaba sobre la grave situación: a poco más de 100 km al sur de Sicilia, Malta suponía una permanente puñalada en el corazón para las tropas del Eje, un «portaaviones insumergible» en el camino de los abastecimientos entre Italia y el Norte de África.

La Marina y Aviación británicas operando desde Malta habían enviado más material bélico germano-italiano al fondo del mar que el que pudo llegar al Norte de África. Y el camino a través del Mediterráneo había costado la vida a más soldados que las batallas del desierto. Por todo ello los ingleses no dudaban en absoluto que la invasión no tardaría en producirse, sobre todo ahora que los alemanes dominaban el cielo. Los dictadores de Berlín y Roma no iban a ser tan poco lúcidos como para permitir que Rommel presentara la batalla definitiva sin asegurarle antes el camino de los refuerzos. En caso contrario la catástrofe no tardaría en producirse. ¿No se habían pronunciado ya sobre la importancia de la fortaleza los estrategas de la antigüedad? Para dominar el Mediterráneo había que poseer la isla.

Pero el ambicioso Mussolini, que había entrado en guerra, con un ejército mal equipado y peor preparado, por temor a que se le escapara la parte del botín, no acababa de aceptar el riesgo de la operación. Hitler, por su parte, tenía otras cosas en la cabeza. Ni siquiera después, cuando impartió la orden de «luchar contra las posiciones británicas en el mar Mediterráneo... desde Libia, hasta Egipto, desde Bulgaria hasta Turquía y, de ser posible a través del Irán hasta Transcaucasia»... Se había dado cuenta exacta de la importancia estratégica de Malta.

Decisión aplazada

Por lo pronto Italia se limitó a realizar algunos ataques aéreos contra Malta, con los que no causó grandes daños. Cuando durante la primavera de 1941 quedó claro que los italianos sin la ayuda de la *Wehrmacht* serían expulsados del Norte de África, fue trasladado el X *Fliegerkorps* a Sicilia bajo el mando del general Geissler. Inmediatamente se inició una ofensiva aérea en toda regla. A 100 km al oeste de Malta fue descubierto el portaaviones británico *Illustrious* escoltando un convoy. Mientras dos buques del convoy tropezaron con unas minas y se hundieron, los *Stukas* se dedicaron a «la olla gorda», a la que alcanzaron con tres bombas de 500 kg. Sufriendo daños importantes logró refugiarse en La Valetta. Ante el continuo ataque aéreo que sufría Malta los británicos enviaron a la isla todos los aviones disponibles. Entretanto los convoyes del Africakorps llegaban sin el menor inconveniente a Trípoli. Rommel conquistaba Cirenaica y en la isla se esperaba la invasión de un momento a otro. Mucho no tenían los británicos que oponer entonces: ocho batallones y un regimiento, un par de baterías artilleras con un calibre máximo de 150 mm. Las fuerzas mecanizadas estaban integradas por dos carros ligeros y cuatro vehículos blindados.

Pero la invasión no llegaba, y hasta los ataques de la *Luftwaffe* se fueron haciendo cada vez más esporádicos.

En abril se empezaron a necesitar aviones para la batalla de los Balcanes con la sangría de Creta; luego vino la orden de marcha contra Rusia.

Churchill se dio cuenta en seguida de la oportunidad y comenzó a mandar nuevos convoyes a Malta. De 39 grandes buques sólo fue hundido uno. No fue casual que las vicisitudes de la campaña de África corriera pareja con la intensidad de los ataques aéreos contra Malta.

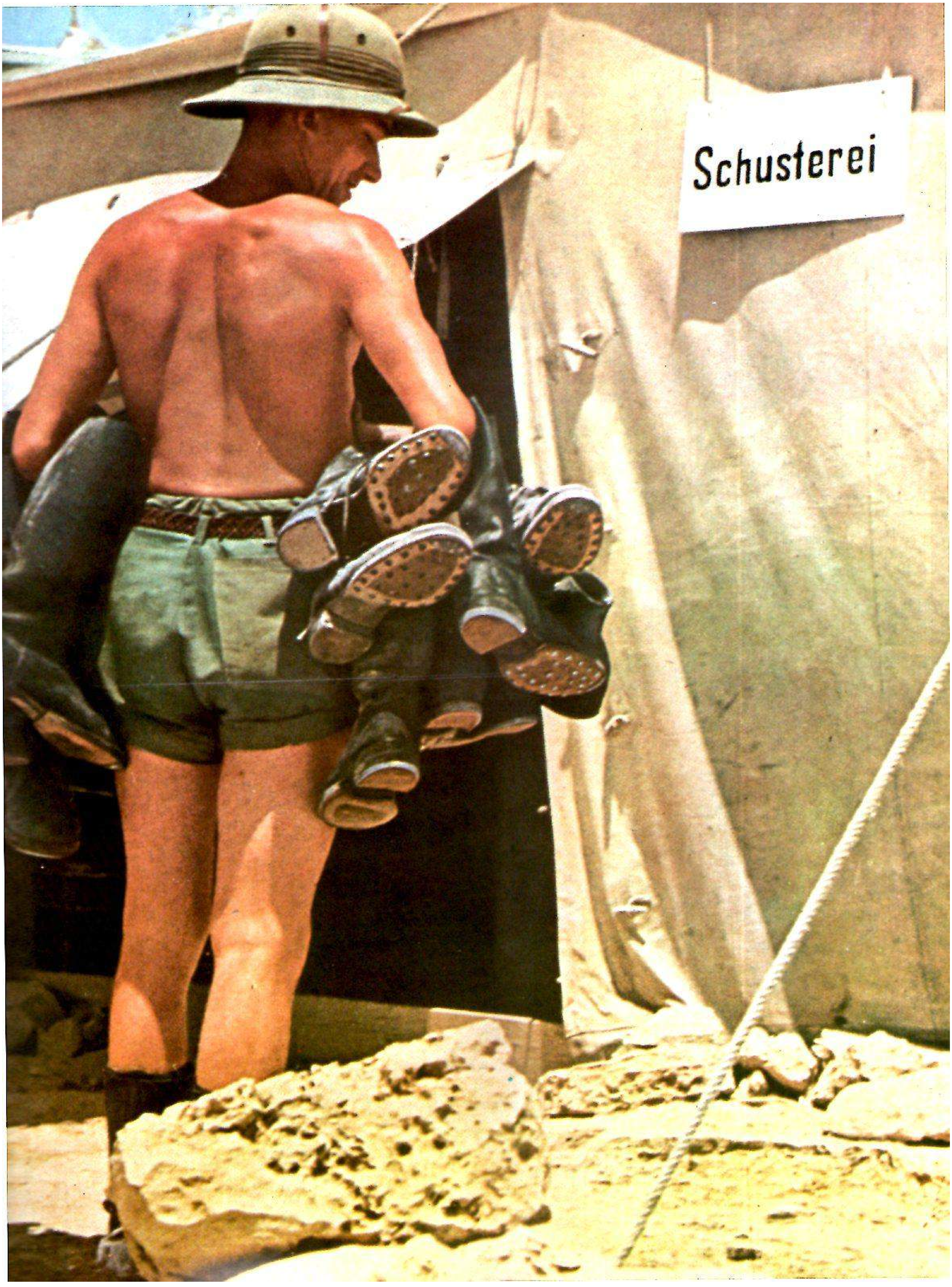
Entre junio y octubre de 1941 las fuerzas ítalo-germanas perdieron 40 barcos con un total de 179.000 toneladas de registro bruto. Desde el aire, en superficie y bajo el mar los británicos empezaron a atacar desde Malta por todas partes. Tan sólo el 18 de septiembre echaron a pique dos grandes transportes italianos de 20.000 toneladas cada uno: 5000 soldados perdieron la vida. Los transportes se hicieron escasos. En octubre un convoy para Rommel salió de Italia con un total de 50.000 toneladas y sólo llegó la tercera parte. El día más negro, sin embargo, fue el 9 de noviembre: submarinos británicos atacaron un convoy y echaron a pique los siete barcos que lo componían: en total 39.787 toneladas. Nueve días más tarde el Ejército 8 británico pasó al ataque y a finales de año el Eje había vuelto a perder Cirenaica.

De nuevo volvió a reconsiderarse la situación en el cuartel general del *Führer*. Kesselring fue llamado del frente del Este y con él se presentó el Estado Mayor del II *Fliegerkorps*. En diciembre pudieron reunirse cinco grupos formados por *Stukas* y bombarderos horizontales tipo *Ju 88* A 4, uno de *Ju 88*, otro de destructores *Me 110* y una escuadrilla de cazas tipo *Me 109* F: en total 352 aparatos. Nueve meses antes el general Geissler había podido disponer de 500. La sangría de los múltiples frentes se dejaba sentir.

También en el Mediterráneo las acciones se saldaron con grandes pérdidas. Sorprendentemente los ataques no se concentraron en el centro de todos los males, la isla de Malta; los bombarderos realizaron abundantes ataques contra los puertos norteafricanos. Día y noche los cazas se dedicaron a proteger la navegación de los convoyes hacia África.

Durante este tiempo los barcos del Eje

Al tiempo que el abastecimiento se convertía en el problema decisivo para el Afrikakorps, la revista «Signal» daba a entender con fotos de este tipo que las tropas de Rommel no carecían de nada y estaban provistas hasta de las más pequeñas cosas («Zapatería», reza el cartel de la tienda).


Schusterei

fueron descubiertos y atacados con sorprendente precisión por las unidades británicas. ¿Traición? El general Kesselring estaba convencido de ello. En el libro de Paul Carell «El Zorro del desierto» da la siguiente información: «Yo mismo dije al jefe del Estado Mayor italiano, mariscal Cavallero, con el que colaboré en estrecha camaradería, que posiblemente alguien traicionaba en Italia el movimiento de nuestros convoyes con destino a África. Se lo dije repetidas veces. Pero nunca pude romper el velo que cubría la traición. Tampoco nuestro magnífico servicio de escuchas aportó ninguna aclaración».

Kesselring precisa también que un libro publicado por el entonces oficial de los servicios secretos aliados, el americano Ellis M. Zacharias, afirma que se encontraban al corriente de las idas y venidas de los convoyes del Eje gracias al servicio de información de la Marina italiana «Servicio Informazione Navale». La figura central de aquel «servizio» era el almirante Maugeri al que los Aliados recompensaron debidamente al final de la contienda.

Enno von Rintelen en su libro «Mussolini como aliado» («Mussolini als Bundesgenosse») ve las cosas de muy otra manera: «Como siempre que en la guerra hay que soportar reveses se habló de traición...; pero con sus aviones de observación podían muy bien los ingleses vigilar con toda garantía los obligados caminos que debían seguir los convoyes del Eje entre Italia y África.»

La guerra proyectó de vez en cuando sobre los grados superiores de la jerarquía militar verdaderas muecas burlescas. Un concepto táctico, que aportaba un cambio decisivo en la guerra por mar y aire que se desarrollaba en el Mediterráneo y que suponía de paso un apreciable alivio para Rommel, terminó elaborándose en las esferas inferiores. El empleo parcial de los aparatos del II *Fliegerkorps* seguía saldándose con grandes pérdidas. Estaba claro que la situación no tendría remedio en tanto no se dominara por completo el cielo de la zona; es decir, en tanto no se dominara Malta.

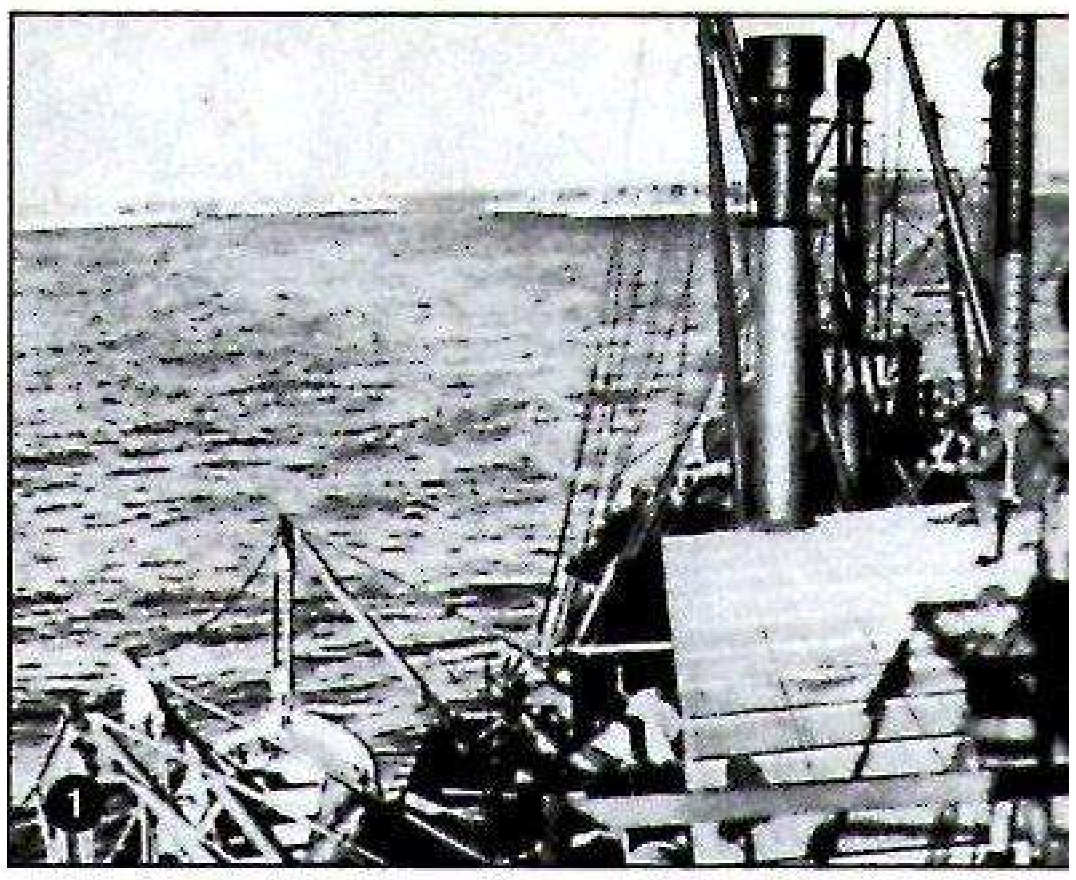
Existía en el mando de la Aviación un principio sagrado inspirado conjuntamente por Hitler y Göring: los bombarderos susceptibles de lanzarse en picado como el *Ju 88* debían también ser utilizados como *Stukas* para mejor alcanzar los objetivos. Este principio costó la vida a muchas dotaciones, sobre todo en Malta. Por diversas causas el *Stuka* es una víctima propiciatoria de los cazas enemigos. Debido a las diferencias de velocidad los cazas de escolta no pueden seguirle de manera efectiva durante todo el vuelo. En el despegue o en la fase siguiente del vuelo horizontal o de lado del aparato resulta extraordinariamente pesado y debido a la proximidad del suelo es incapaz de evolucionar rápidamente. A esto hay que añadir el peligro de los cañones antiaéreos automáticos ligeros. Al mismo tiempo los ataques de aviones aislados sobre objetivos concretos y de una gran superficie como los campos de aviación y los puertos de Malta no producían grandes daños. Fue entonces cuando el jefe del Estado Mayor del II *Fliegerkorps,* coronel Deichmann, ideó un nuevo concepto de ataque, y meses antes de que volaran sobre el Atlántico desde América a Inglaterra las primeras «fortalezas volantes» puso él en práctica a escala reducida, el sistema con el que más tarde llevaría a cabo sus ataques y decidiría la guerra sobre Alemania la Fuerza aérea 8 de los EE UU: ataques concentrados de todos los bombarderos disponibles escoltados por cazas, bombardeos de precisión en alfombra –los primeros en la historia de la guerra aérea–; aniquilación de las fuerzas defensivas enemigas y sus centros de aprovisionamiento, hasta dominar el cielo.

La tierra se abrió en llamas

Al II *Fliegerkorps* no le fue nada fácil imponer su teoría frente a la ideología sagrada de los *Stukas.* Pero al anochecer del 20 de marzo, 60 *Ju 88*, escoltados por *Me 109* y *Me 110,* volaron sobre el aeródromo de cazas británico de Ta Kali y dejaron caer sus pesadas bombas incendiarias. La tierra se abrió en llamas; la cadena de explosiones corrió de las pistas a los tanques de carburante y a los hangares. Se atacan los puntos importantes; los *Ju 88* lanzan bombas de 1000 kg y otras especiales incendiarias sobre una rampa localizada mediante fotografías aéreas y que posiblemente conduce a un depósito subterráneo.

Durante los días siguientes se destruyen sistemáticamente los aeródromos de Malta. Los bombarderos británicos tampoco pueden despegar para atacar a los convoyes destinados a Rommel. Por el contrario, es prácticamente destruido un convoy que navegaba hacia Malta: de 26.000 toneladas apenas se salvaron 5000.

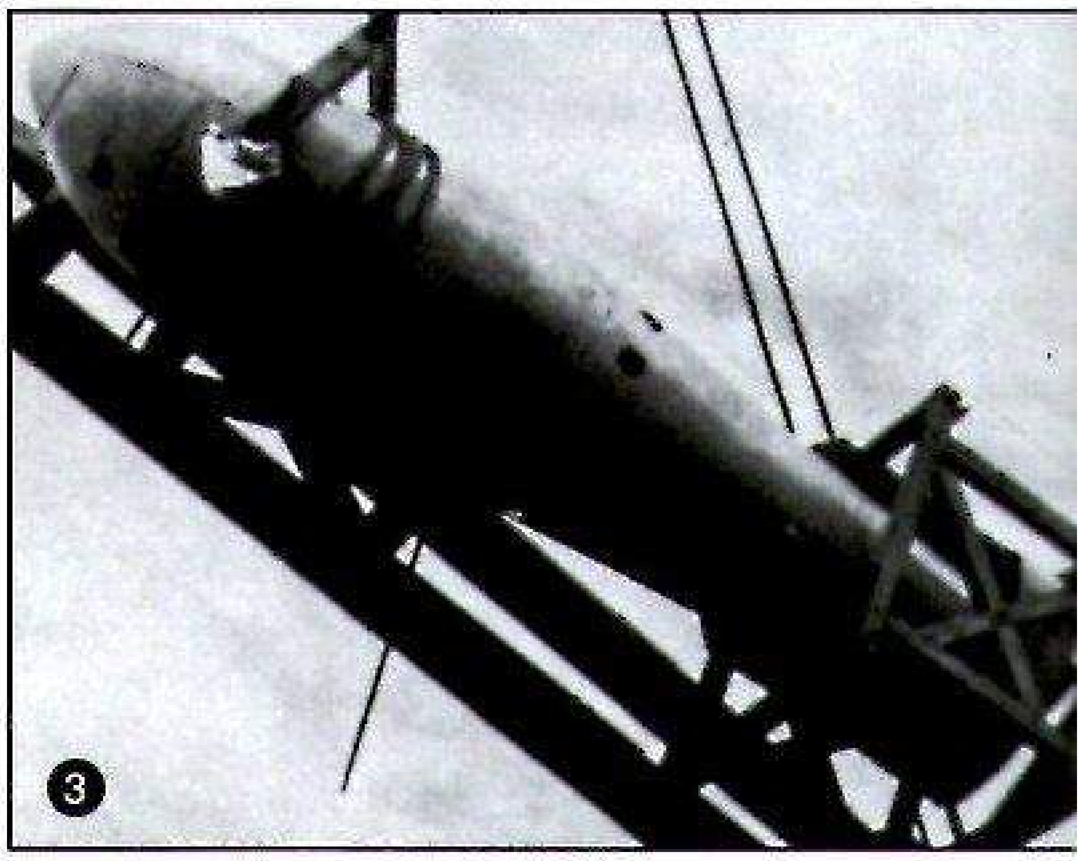
Inmediatamente después los bombarderos arrasaron los puertos y muelles de la isla. Los restos de la Flota británica abandonaron a toda prisa La Valetta. Con esta situación se encontró el vizconde Gort al llegar a la isla. A este propósito cuenta el vicemariscal del aire Lloyd, jefe de la RAF en Malta: «Mes tras mes teníamos que irnos apretando el cinturón. Nuestra dieta se componía de rebanada y media de pan



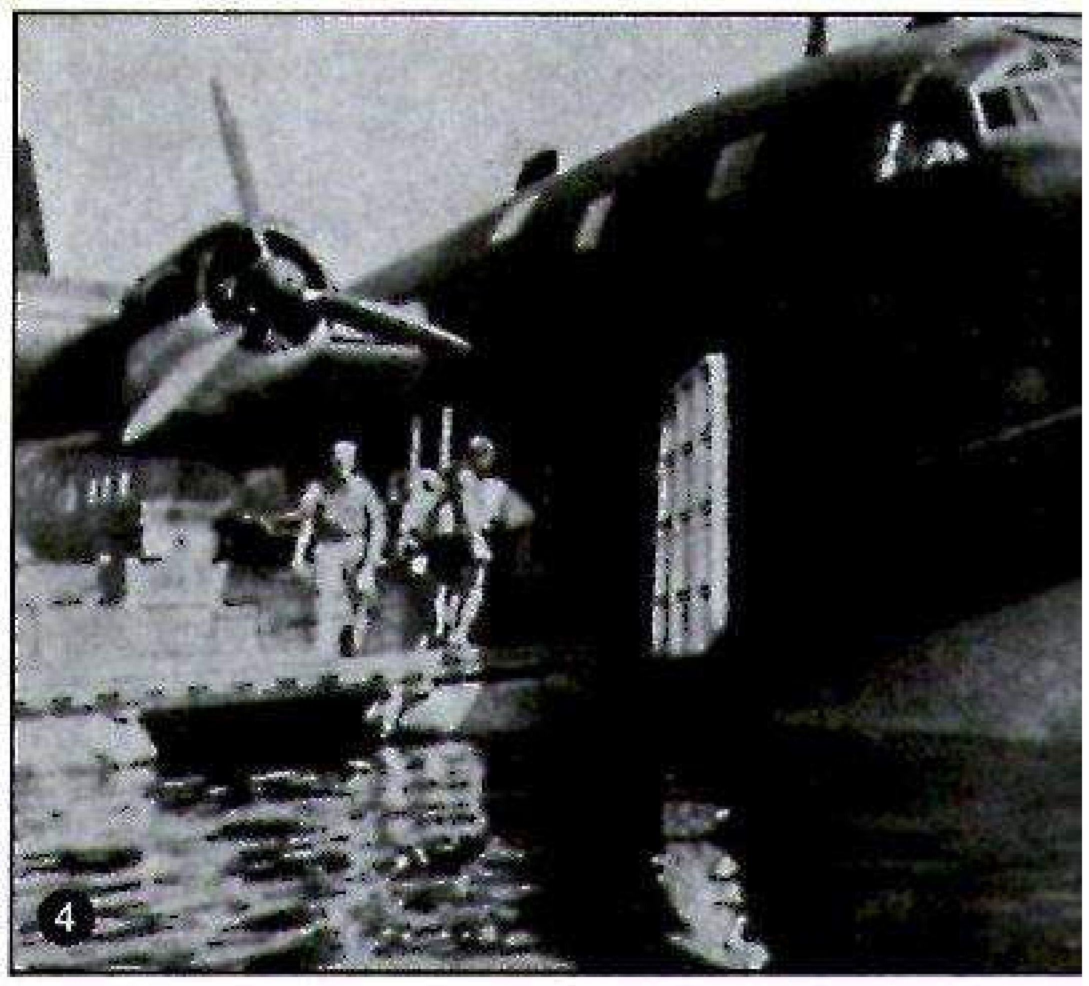
1



2



3



4

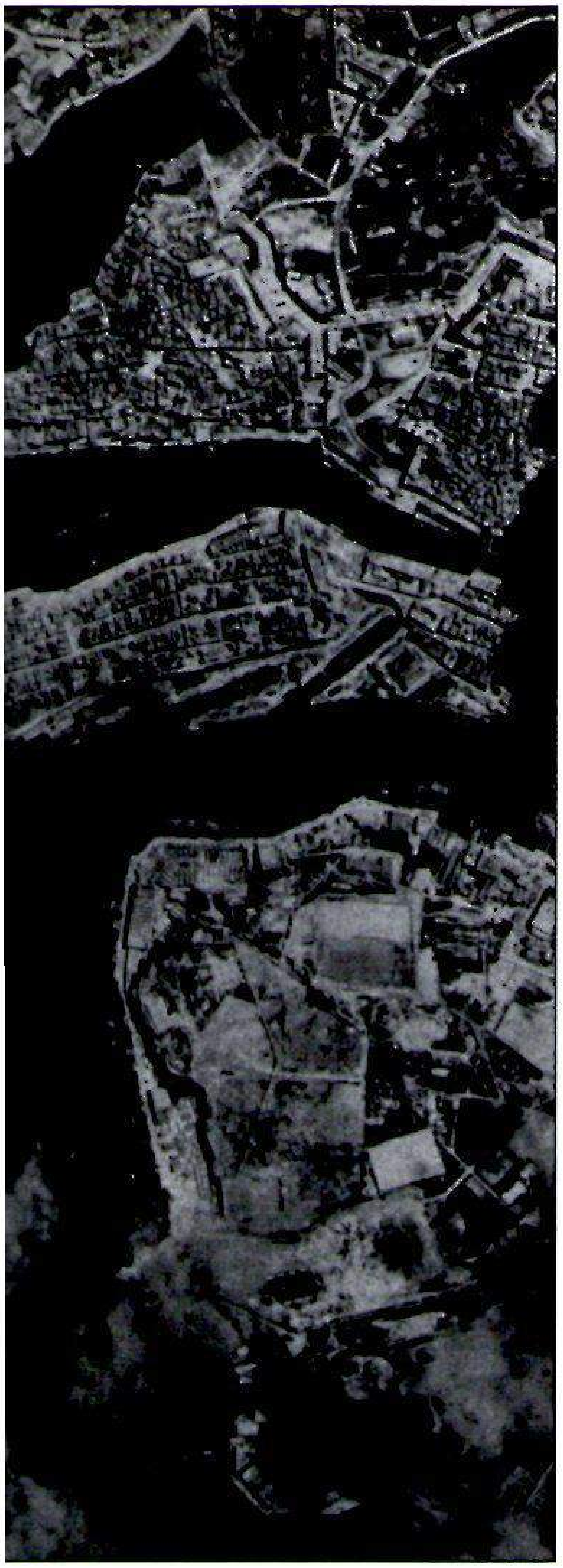


Foto aérea de Malta tomada después de un bombardeo. En el centro puede apreciarse la negra columna de humo que escapa de un petrolero incendiado (arriba).

❶ Un torpedero escoltando un convoy que se dirige al Norte de África.

❷ Carga de cajas de víveres.

❸ Embarco de una bomba volante.

❹ El transporte aéreo de víveres y material sobre el Mediterráneo lo realizaba la «Luftwaffe» a bordo de los hidroaviones de 6 motores tipo BV 222 «Wiking».

malo para el desayuno, carne en conserva con otra rebanada de pan para la comida y lo mismo para la cena. Incluso el agua potable, la luz y la calefacción estaban racionados. Faltaban las cosas más indispensables. Malta se encontraba ante la triste decisión de tener que rendirse como consecuencia del hambre y de la falta de armas y municiones.»

La isla estaba abocada a la catástrofe. ¿Se iba a cumplir la negra profecía de Churchill?

Por entonces Rommel había reconquistado la mayor parte de Cirenaica y se encontraba ante la línea de Gazala. Incluso él, siempre obsesionado por avanzar, se acordaba del puñal a su espalda. De ahí que volara a entrevistarse con Mussolini y Hitler para urgir la conquista de Malta. Hasta se ofreció para realizar la empresa.

Por excepción se encontraba esta vez en completo acuerdo con el jefe del Estado Mayor, Cavallero. De la triste experiencia de 1941, el Mando supremo había sacado la consecuencia de que había que liberar al Ejército blindado de África de los avatares que pudieran seguir los convoyes con refuerzos.

Cavallero dio orden para la formación y entrenamiento de una División de paracaidistas italianos con vistas a llevar adelante la empresa. Se fijó en principio la fecha del 10 de junio para la operación. Esa noche habría luna llena y muchas posibilidades de buen tiempo.

El OKW, en principio reticente, terminó dando su consentimiento. Se creó un «Estado Mayor Malta» dirigido por el general italiano Gandin, al que pertenecían también dos generales alemanes. Se acordó que se sumara a la operación una División alemana de paracaidistas.

Mussolini, que como Hitler había reaccionado con muchas reservas a la petición de Rommel, se mostró al fin de acuerdo. El 29 y 30 de abril se reunieron Hitler y Mussolini con sus respectivos consejeros militares en Obersalzberg. Tras la amarga experiencia de Creta el *Führer* era bastante reacio a hablar de misiones aéreas. Sin disimular su escepticismo escuchó a Cavallero que la conquista de Malta era condición indispensable para poder continuar con éxito la guerra en África. Kesselring opinaba lo contrario. Los carros de Rommel debían acabar antes con los británicos en el Norte de África. Sólo entonces podría la *Luftwaffe* retirar fuerzas del desierto para la empresa de Malta. No había suficientes aparatos disponibles para actuar al mismo tiempo en dos escenarios bélicos.

Tanto Jodl como Keitel opinaron lo mismo. De mala gana Cavallero terminó aceptando la idea. Se estableció un calendario que Hitler acabó por aprobar:

1. Ataque de la *Panzerarmee* a finales de mayo.
2. Derrota del Ejército 8 británico a ser posible con la conquista de Tobruk.
3. Estacionamiento de la *Panzerarmee* en la línea Sidi Omar-Halfaya-Sollum.
4. Conquista de Malta.
5. Avance de la *Panzerarmee* hacia el Nilo.

Con este compromiso claro está que no quedó nadie contento.

No obstante, se designó al general jefe del XI *Fliegerkorps*, Kurt Student, para que colaborara en los preparativos de la operación que recibió el nombre de «Hércules». Student estaba decidido a no repetir las faltas cometidas en Creta y juzgaba muy positivamente el desarrollo del nuevo objetivo. «Sabíamos del enemigo mucho más que en Creta. Las fotografías desde el aire permitían distinguir la situación de las baterías antiaéreas, las baterías costeras y las instalaciones de la fortaleza con todo detalle. Sabíamos hasta el calibre de las baterías y su grado de movilidad hacia el interior de la isla.»

Se preparó una fuerza cinco veces superior a la empleada en Creta: 30.000 paracaidistas y siete Divisiones italianas con unos 70.000 hombres debían seguir la ruta del mar. Para el transporte aéreo se habían previsto 500 *Ju 52*, capaces de cubrir cuatro veces al día la corta distancia que separa a Sicilia de Malta. E igualmente se dispuso una flota de embarcaciones mucho más importante que la empleada en Creta.

A principios de junio, y sin saber lo que le esperaba, voló Student a Rastenburg, al cuartel general del *Führer* para informar sobre los preparativos. Hitler admitió que en tales condiciones sería posible establecer en Malta una cabeza de puente.

De dominio del aire ni una palabra

De pronto se indignó: «¿Y después qué? Le garantizo lo siguiente: las escuadras de Gibraltar y Alejandría se harán a la mar. Y entonces verá usted lo que hacen los italianos. En el momento que oigan los primeros partes correrán a refugiarse en los puertos de Sicilia tanto los barcos de guerra como los transportes. ¡Y usted se encontrará solo, con sus paracaidistas en la isla!»

Hitler prohibió a Student que volviera a Italia. Mientras tanto el Afrikakorps afrontaba las más duras batallas de blindados. Pero el cinturón de Tobruk no cedía.

La presión sobre Malta empezaba a ▷

aflojar. El II *Fliegerkorps* se había ido desintegrando: por orden expresa de Hitler una escuadrilla de *Ju 88* volvió a Rusia, así como una buena parte de los cazas. Otras unidades de *Stukas* y destructores se unieron a las fuerzas de África.

Mientras que el 20 de abril un intento británico de reforzar con cazas la isla aún se saldó con enormes pérdidas –20 de los 47 *Spitfires* fueron destruidos apenas aterrizaron–, durante los días siguientes pudieron tomar tierra tranquilamente 64 aparatos más procedentes de los portaaviones *Waps* y *Eagle*. Poco después las escuadrillas inglesas buscaron el combate con las diezmadas unidades alemanas causándoles pérdidas cada vez mayores. De dominio del aire no se podía hablar.

Entre el 10 y el 12 de mayo perdieron los alemanes más aviones en Malta que durante toda la ofensiva de primavera en la que se realizaron 11.500 vuelos. Incluso durante la noche atacaron los cazas británicos los aeropuertos alemanes de Sicilia para destruir en tierra a los bombarderos de regreso.

De nuevo la Marina británica de superficie sufre un grave contratiempo. En la noche del 10 de mayo se hizo a la mar desde el puerto de Alejandría una escuadra de cuatro destructores. La escuadra bajo el mando del capitán Poland debía interceptar un convoy italiano que se dirigía de Tarento a Bengasi.

Al día siguiente la escuadra inglesa fue avistada por un avión alemán de reconocimiento que voló sobre los destructores a gran altura en pleno Mediterráneo. Poco después sonó la señal de alarma en el aeródromo de Iraklion en la isla de Creta. Una escuadrilla de 14 *Ju 88* bajo el mando del capitán Jochen Helbig despegó inmediatamente en dirección al sur.

A las 15,30 los aparatos se lanzaron sobre los destructores que abrieron fuego antiaéreo. El primer buque fue hundido al segundo impacto. La escuadrilla de Helbig volvió rápidamente al aeródromo de Iraklion para cargar munición y repostar carburante. A las 19 horas estaba otra vez sobre los barcos ingleses que regresan a toda máquina hacia Alejandría...

El capitán Poland volvió a Alejandría con el solo destructor *Jervis* en el que iba embarcado, llevando a bordo 600 supervivientes de los otros buques.

El capitán Helbig fue condecorado con la «Cruz de caballero» por esta victoria.

A partir de ese momento son cada vez más frecuentes los convoyes ingleses en llegar a Malta. Con ello aumentaba el peligro para el abastecimiento de Rommel.

Pero él se encuentra en el punto culminante de sus éxitos. El 21 de junio ha capitulado Tobruk. El Ejército 8 británico en plena derrota deja abierto el camino del Nilo.

¿Se concederá ahora prioridad en Obersalzberg a la «marcha sobre Egipto» o se darán órdenes para la realización del plan «Hércules»? El jefe del Estado Mayor italiano Cavallero establece contacto con el general Enno von Rintelen, representante alemán en el cuartel general del Duce, y le recuerda lo pactado. También el general Rintelen está de acuerdo en que debe atacarse a Malta. Rommel recibe una orden refrendada por Mussolini: «¡Deténgase a la altura de la línea Sollum-Halfaya!»

Sin embargo el mismo día solicitaba Rommel de Rintelen hiciera lo posible para que el *Duce* anulase su orden. El Afrikakorps había ocupado en Tobruk tan buenos dispositivos de aprovisionamiento que podía seguir hasta el Nilo.

El mariscal alemán, que no mucho antes había presionado todavía porque se decidiera la ocupación de Malta, con la toma de Tobruk se encontraba ante un dilema: De no conquistar la isla, y pese a la importancia de los depósitos ocupados, a la larga las dificultades de aprovisionamiento volverían a aparecer. Por otra parte, esperar al desarrollo de la operación «Hércules» equivalía a dar una oportunidad de rehacerse a las tropas británicas, que a buen seguro establecerían su línea defensiva entre la frontera egipcia y el Nilo.

«Tocando el laurel de la victoria»

Rommel toma su decisión de siempre: ¡Adelante! Pero esta vez contra esa estrategia pesan tres fuertes razones, que no tardarán en revelarse decisivas. Ante todo entre el Afrikakorps y el soñado objetivo de Rommel –el Nilo y aun el golfo Pérsico– media mucho terreno, en el que el enemigo por muy castigado que se sienta no deja de tener oportunidades de desquite. En especial un enemigo de la potencia del inglés que comenzaba a disponer de la inagotable fuente de ayuda americana; de esa América que empezaba a enviar sus convoyes por la ruta del cabo de Buena Esperanza y el canal de Suez. Por otra parte, las tropas de Rommel se encontraban cansadas y agotadas. Incluso un jefe en contacto continuo con las tropas, como Rommel, puede tensar excesivamente el arco. Sobre el tercer punto le insistió debidamente el mariscal Kesselring:

El comandante en jefe de la Zona Sur voló a África el 21 de junio, inmediatamente después de la toma de Tobruk, y tuvo con Rommel una dura discusión en su carro de mando. Le advirtió sobre las consecuencias de continuar avanzando. Cuanto más se adentrara el Afrikakorps en la persecución de los ingleses, mejor blanco ofrecería a la RAF. La aviación británica operaba en vuelos cortos desde los bien aprovisionados aeródromos, mientras que la *Luftwaffe* cada vez podría proteger menos a las tropas alemanas. Por el contrario, se debía de atacar a Malta antes de que resultara imposible; ya ahora para asegurar el camino libre a los convoyes de abastecimiento habría que retirar de África cuantas tropas fueran posibles y trasladarlas a Sicilia. De otro modo la catástrofe sería inevitable.

Precisamente con vistas a los planes en África y en Oriente quedaba claro que sin la conquista de Malta no se podría seguir adelante.

Rommel, sin embargo, no se dejó convencer y presionó al cuartel general del *Führer* para que le diera carta blanca.

Hitler aprovechó rápidamente la oportunidad de aplazar y aun olvidar para siempre la operación «Hércules» que no le era nada simpática. Escribió una carta a Mussolini en la que le urgía a conceder prioridad a la conquista de Egipto, cosa que no podía ser más del gusto de su colega italiano:

«*Duce,* una vez más tenemos al alcance el laurel de la victoria. Una oportunidad de este tipo no volverá a repetirse. En 1941 evitó usted que los ingleses ocuparan toda Libia al obligarlos a retirar sus fuerzas para acudir a Grecia...»

El portador de la carta, general von Rintelen, se dio cuenta de que para el *Duce* este hábil cambio representaba una justificación de su desgraciada iniciativa en Grecia. Enno von Rintelen escribiría más tarde: «Me miró lleno de orgullo y se entusiasmó vivamente por el ataque inmediato... Por entonces la fe del *Duce* en las dotes estratégicas de Hitler aún estaba intacta.»

Cavallero tuvo que anular su orden. Rommel pasó al ataque. Kesselring, que razonablemente había comenzado a pasar a Sicilia una parte de la aviación alemana de África para el ataque de Malta fue llamado por el *Führer* y hubo también de dar la contraorden.

Y mientras las tropas de Rommel tomaban Marsa Matruh, Benito Mussolini volaba a África. Quería entrar en El Cairo sobre un caballo blanco y con la espada del Islam en la mano.

En el próximo capítulo:

Huida de Alejandría y El Cairo – El grupo de combate Briel se abre paso – El-Alamein final de trayecto – Montgomery sustituye a Ritchie – El ardid del mapa.

CRONICA

POLITICA | **CUESTIONES MILITARES** | **CULTURA Y TECNICA**

1943

POLITICA

14/25. 1.: Conferencia de Casablanca entre Churchill y Roosevelt en la que se decide admitir tan sólo «la capitulación sin condiciones» de Alemania, Italia y Japón.

20. 1.: Tratado comercial germano-nipón que permanecerá sin efecto debido a la inseguridad de las vías de comunicación.

25. 1.: Hitler promulga el «Decreto sobre aplazamiento de las elecciones en el Gran Reich», por el que se prolonga el período legislativo del Reich hasta el 30-I-1947.

27. 1.: El «Inspector General del Servicio del Trabajo», «Gauleiter» Sauckel, ordena que la población civil se presente en las delegaciones de trabajo para tomar parte en las tareas de defensa del Reich. La orden obliga a los hombres de 16 a 65 años y a las mujeres de 17 a 45.

30. 1.: A propuesta del jefe de las SS, Hitler nombra al jefe de grupo de esa organización Ernst Kaltenbrunner, jefe de la policía y de los servicios de seguridad. Kaltenbrunner pasa a ser el sucesor de Heydrich muerto el 4-6-1942.

4.2.: El ministro de Economía del Reich, Funk, ordena el cierre de todos los comercios, talleres y locales del ramo de la hostelería que no sean imprescindibles a efectos bélicos.

5. 2.: Mussolini se hace cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores. El conde Ciano es nombrado embajador en el Vaticano.

6. 2.: Se conceden a Himmler plenos poderes para que se haga cargo de «todo el trabajo germánico» en los territorios ocupados de Holanda, Dinamarca y Noruega.

11. 2.: Decreto por el que los alumnos de los cursos escolares superiores podrán ser considerados como auxiliares de Aviación. Serán llamados a filas a partir de los 15 años.

16. 2.: Nuevas medidas del ministro de Economía para la mayor movilización de los recursos en favor de la guerra. Se cierran más talleres.

18. 2.: Discurso del ministro de Propaganda sobre la «guerra total» en el Sportpalast berlinés. Goebbels: «¿Creéis con el "Führer" y con nosotros en la victoria definitiva y total del pueblo alemán?» (Respuesta: «¡Sí!») «¿Queréis la guerra total?» (Respuesta «¡Sí!»).

18. 2.: Los hermanos Scholl y Christoph Probst lanzan octavillas en la universidad de Munich criticando el inútil sacrificio de los soldados alemanes en Stalingrado. Los tres fueron detenidos y condenados a muerte por un tribunal popular el 21. 2.

27. 2.: Llamamiento a la movilización total de los pueblos letón, estón y lituano. Los hombres deben presentarse para combatir en las legiones de sus propios países o participar como conductores, enlaces, etc., dentro de las filas de la propia «Wehrmacht» alemana.

CUESTIONES MILITARES

1. 1.: En su orden del día a la «Wehrmacht» dice Hitler: «Si el señor nos ha dado fuerzas para que pudiéramos resistir los inviernos de 1941 y 1942 también las tendremos para pasar el presente invierno y el año actual.»

10. 1.: Comienza la ofensiva de los Ejércitos soviéticos en Stalingrado.

10/12. 1.: El mariscal Antonescu visita a Hitler en su Cuartel General. Conversaciones sobre la reorganización del Ejército rumano y su participación en el frente oriental.

16/17. 1.: Grave ataque aéreo a Berlín: 256 bombarderos británicos atacan la capital del Reich. Veintitrés fueron derribados.

20. 1.: Las unidades rusas consiguen dividir a las tropas alemanas que se encuentran en Stalingrado. Los rusos exigen la capitulación del general Paulus. Nuevamente, como ya el 8-1, Hitler la rechaza: «Prohíbo la capitulación. Las tropas deberán defender sus posiciones hasta el último hombre y el último cartucho, para con su heroico comportamiento contribuir a la estabilización del frente y a la defensa de Occidente.»

20. 1.: Se inicia en Yugoslavia la guerra de guerrillas. Unidades alemanas, italianas y croatas intentan acabar con los hombres de Tito en Bosnia. Los guerrilleros consiguen huir a la parte ocupada por los italianos.

30. 1.: Cesa el comandante supremo de la Marina, Gran Almirante Raeder. El jefe de la flota submarina, Almirante Dönitz, es ascendido a Gran Almirante y nombrado sucesor de Raeder.

31. 1.: Hitler asciende a «Feldmariscal» al general Paulus el mismo día en que se rinden a los rusos con el Grupo Sur del Ejército 6 en el frente de Stalingrado.

2. 2.: El Grupo Norte del Ejército 6 bajo el mando del general Strecker capitula en Stalingrado.

16. 2.: Hitler nombra Mariscal al jefe de la IV «Fliegerkorps», general Freiherrn von Richthofen.

17. 2.: A las 2 de la madrugada emprende Hitler en su cuatrimotor Condor una visita de tres días al Cuartel General del Sur, en Zaporozhe. Hitler exhorta a los soldados a que disputen cada metro cuadrado del suelo: «Un arma desconocida y única se encuentra ya camino de vuestro frente.»

23. 2.: Rommel unifica las tropas alemanas e italianas en Túnez en el Grupo de Ejércitos África, e intenta sin éxito, avanzar hacia el Noroeste por el paso de Kasserine.

24. 2.: De acuerdo con la Directiva núm. 7 de Hitler, un superior militar «fusilará en el acto a los insubordinados».

1. 1./28. 2.: Durante este tiempo los submarinos alemanes han hundido en el Atlántico, y en los mares del Norte y Mediterráneo así como en el océano Índico 110 buques mercantes aliados con un total de 599.284 toneladas.

CULTURA Y TECNICA

8. 1.: Se reparte una ración de 125 gramos de chocolate o mazapán a todos los mayores de 18 años.

10. 1.: La Oficina Alemana de Correos para conmemorar el «Día del Sello» pone en circulación uno especial de 6 + 24 pfennigs con un motivo –coche postal con cochero– del pintor berlinés Erich Meerwald.

10. 1.: El campeonato alemán de patinaje artístico sobre hielo lo gana en Hamburgo la vienesa Martha Musilek.

16. 1.: En Dusseldorf renuevan su campeonato alemán de patinaje artístico sobre hielo para parejas, los berlineses Gerda Strauch y Günther Noak.



La pareja campeona Strauch-Noak.

26. 1.: Para conmemorar el 30 de enero de 1933 la Oficina Alemana de Correos pone en circulación un sello en el que se ve un águila gigantesca sobre la puerta de Brandenburgo. El sello cuesta 54 + 96 pfennigs.

6. 2.: En la Künstlerhaus de Viena se inaugura la exposición de pintura «Artistas alemanes jóvenes».

8. 2.: Hitler concede al cantante Heinrich Schlussnus con motivo de sus 25 años de permanencia en la Ópera de Berlín, la medalla de Goethe.

12. 2.: Estreno en Dresde de la película dirigida por Marischka: «Ein Walzer mit Dir», con Lizzi Waldmüller, Grethe Weiser, Rudolf Platte y Lucie Englisch, entre otros. Calificación: gran valor popular.

16. 2.: Según una orden del ministerio de Agricultura y Alimentación, el 1 de marzo contra el cupón correspondiente de la cartilla de conservas se entregarán 100 gramos de legumbres secas por persona.

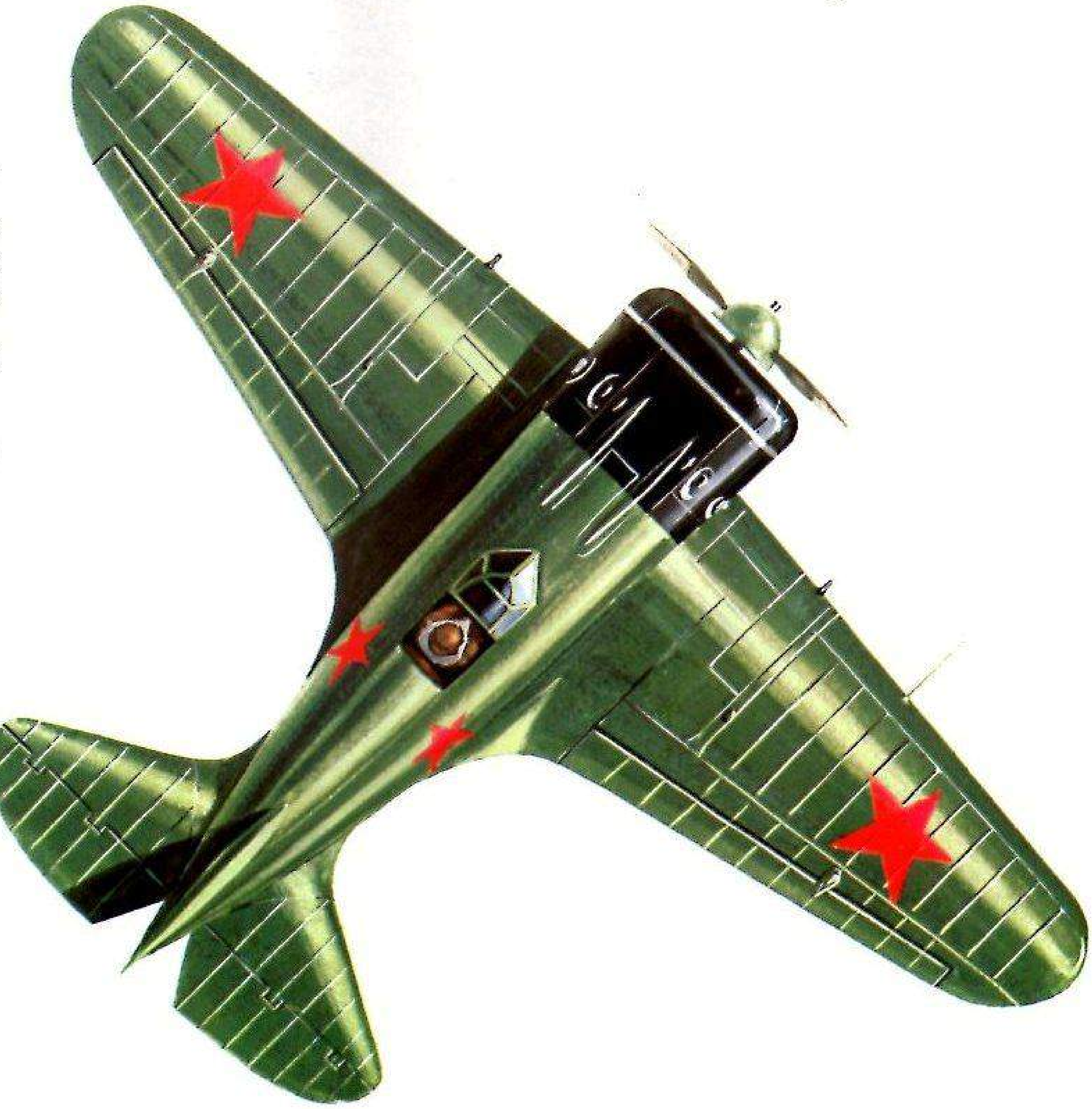
25. 2.: Con objeto de disponer de más brazos para las tareas de la defensa del Reich se cierran todos los velódromos e hipódromos del Reich.

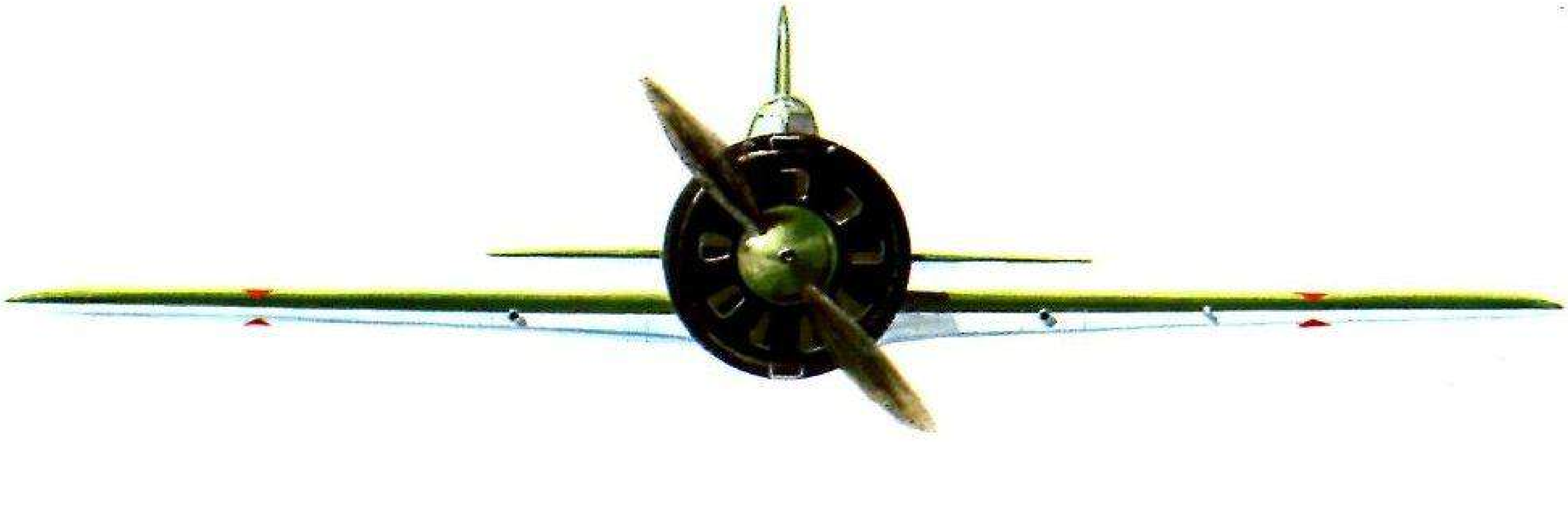
26. 2.: Se estrena en Berlín la película dirigida por Heinz Rühmann y producida por Terra-Films «Sophienlund». Calificación: gran mérito artístico.

Caza monoplaza soviético Polikarpov I-16 (tipo 24)

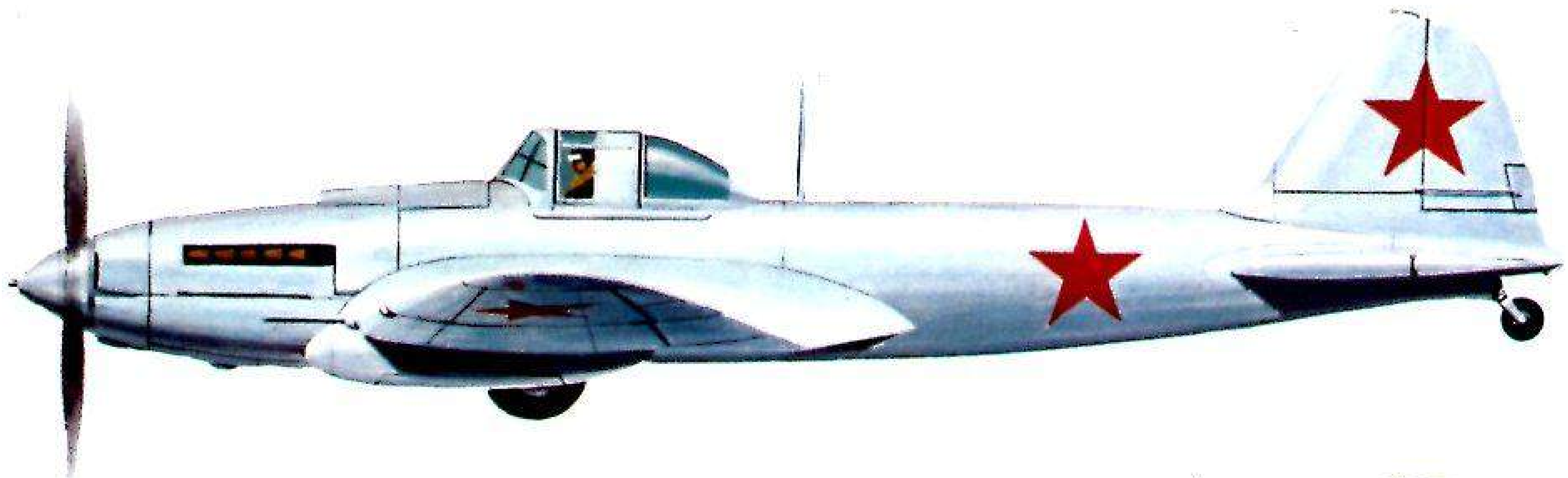


Propulsión: un motor Schezov M 62, 1000 CV
Armamento: dos cañones de 20 mm, dos ametralladoras de 7,62 mm y hasta tres cohetes RS-82 (82 mm)
Velocidad máxima: 525 km/h sobre el nivel del mar
Autonomía: 400 km
Peso de despegue: 2050 kg
Envergadura: 9 m
Longitud: 6,13 m
Altura: 2,41 m

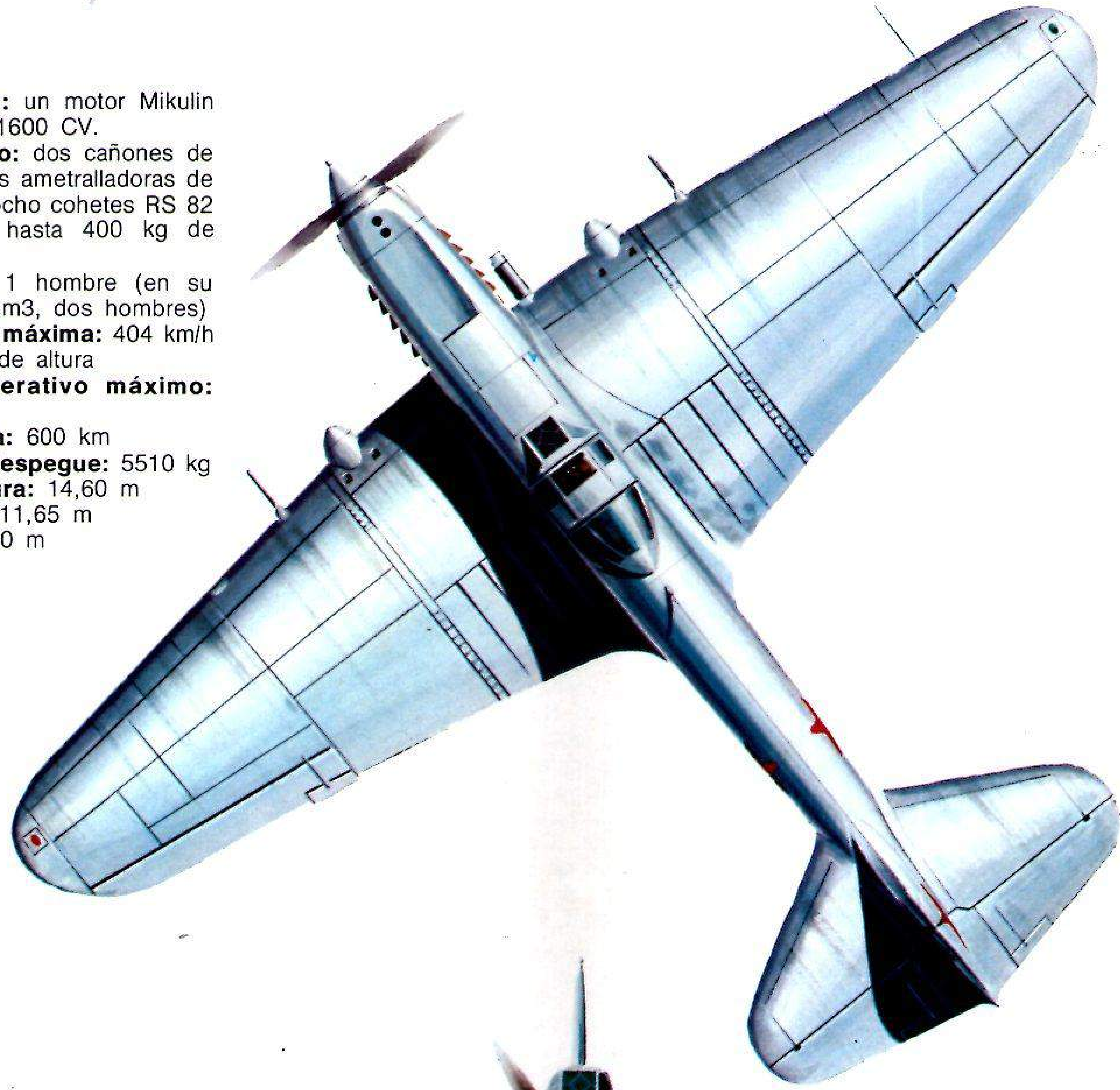


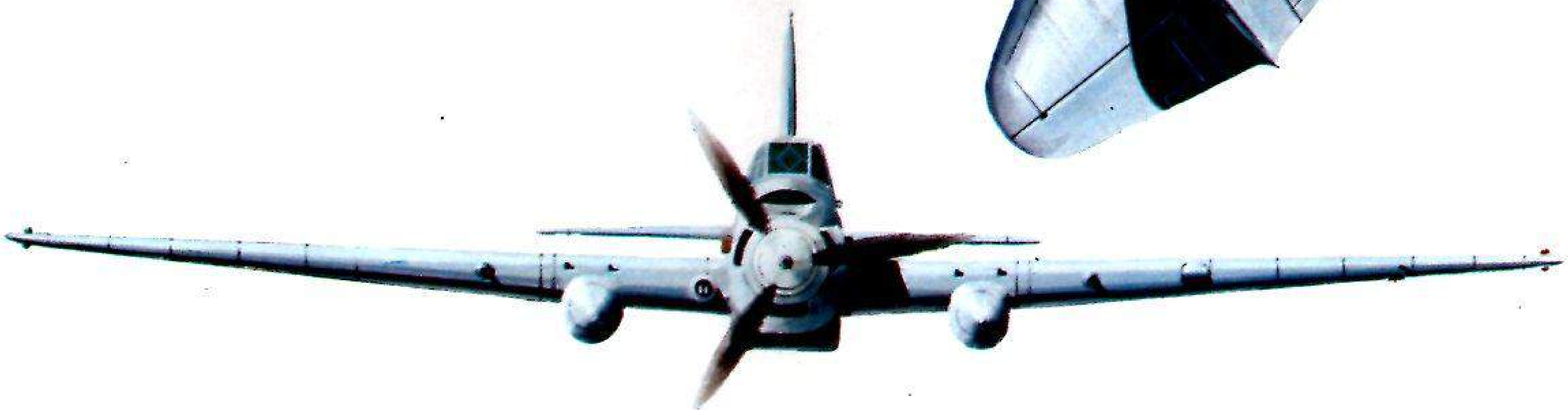


Avión soviético de combate Iliuschin Il-2 Stormovik



Propulsión: un motor Mikulin AM 38 F, 1600 CV.
Armamento: dos cañones de 20 mm, dos ametralladoras de 7,62 mm, ocho cohetes RS 82 (82 mm); hasta 400 kg de bombas
Dotación: 1 hombre (en su versión Il-2m3, dos hombres)
Velocidad máxima: 404 km/h a 1500 m de altura
Techo operativo máximo: 6000 m
Autonomía: 600 km
Peso de despegue: 5510 kg
Envergadura: 14,60 m
Longitud: 11,65 m
Altura: 3,40 m





El espía Dr. Richard Sorge

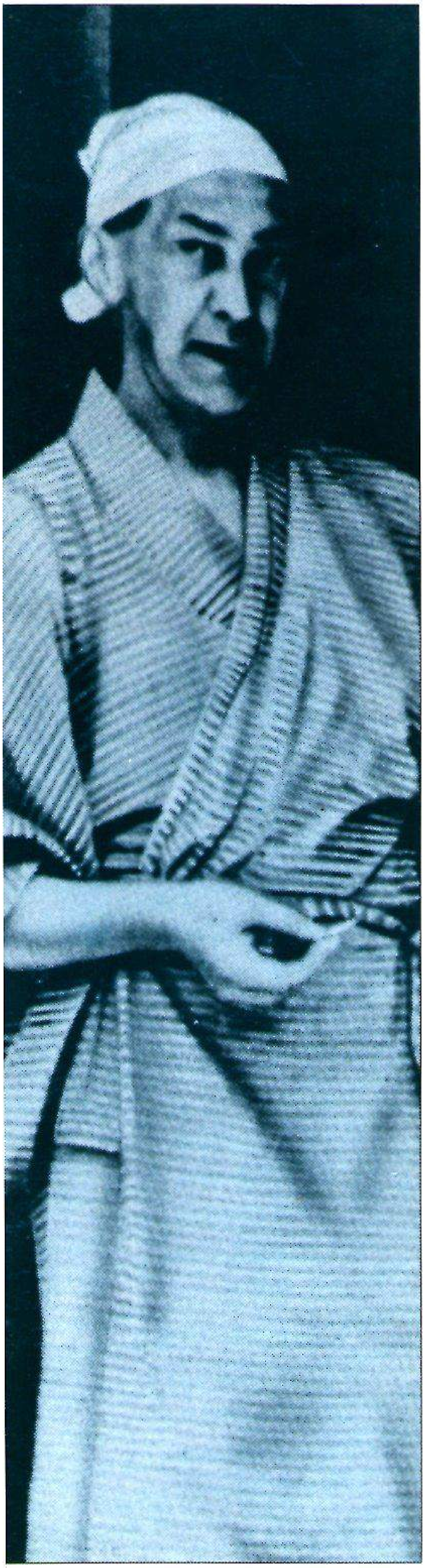
EL HOMBRE DE STALIN EN TOKIO

Son muchos los historiadores que niegan incluso a los espías de éxito el haber influido de manera decisiva en el desarrollo de la segunda Guerra Mundial. Las decisiones militares y políticas dependen de muchos factores y no exclusivamente de los informes del Servicio Secreto. Sólo en un caso se admite el hecho de que un espía pueda haber decidido una fase importante de la contienda: el del Dr. Richard Sorge.

El alemán Richard Sorge, corresponsal del «Frankfurter Zeitung» en Tokio, militante del PC desde 1925, más tarde afiliado al NSDAP, mujeriego famoso, bohemio y amigo del alcohol, pasa por ser el mayor espía de la segunda Guerra Mundial. Más aún: con su actividad probablemente puso a la Unión Soviética en condiciones de derrotar a las tropas alemanas en una fase decisiva de la lucha. Sin él la batalla de Moscú durante el primer invierno de la invasión hubiera transcurrido sin duda alguna de manera muy diferente. Los expertos políticos y militares se resisten a admitirlo así y prefieren achacar las consecuencias al «General» Invierno si se trata de comentaristas del lado alemán, y si lo son del soviético prefieren atribuir el resultado a la genialidad estratégica de Stalin y a los principios del socialismo.

Y, sin embargo, fue un periodista poco cuidadoso en el vestir, mal afeitado y continuamente oliendo a alcohol, quien impidió la conquista de Moscú. El 14 de septiembre de 1941 enviaba el Dr. Sorge el siguiente mensaje a Moscú: «El Gobierno japonés ha decidido no entrar en guerra contra la Unión Soviética, si bien piensa dejar tropas en Manchuria. Las operaciones militares podrían comenzar en la primavera próxima, si la Unión Soviética sufriera una derrota.»

Y dos semanas después, posiblemente el 29 de septiembre, confirmaba: «El Extremo Oriente soviético puede considerarse a salvo de un ataque nipón.» El hábil periodista Sorge, con un olfato especial para las mujeres y las noticias, envió a Manchuria a uno de sus colaboradores para que se convenciera sobre el propio terreno de si las tropas japonesas allí concentradas se preparaban para un ataque. No. Todo lo contrario: una buena parte del Ejército de Kwantung fue retirada de las inmediaciones del territorio soviético. El Dr. Sorge volvió a comunicar: «15 de octubre. Al Director. Confirmo una vez más que el Japón no entrará en guerra contra la Unión Soviética. Japón se prepara para atacar a Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica. No hay peligro ninguno para la Unión Soviética». Tres días después fue detenido el Dr. Sorge. Pero sus telegramas se encuentran sobre la mesa de Stalin que con su Gobierno y los miembros del Comité Central había huido del Moscú cercado ya en tres de sus lados por las tropas alemanas, a Kuibischev en Siberia. Los suburbios y el aeródromo de la capital soviética se hallaban ya en poder de los alemanes. Ante esa situación y con el telegrama de Sorge en la mano decidió Stalin reducir a la mitad la guarnición soviética en Extremo Oriente, preparada para contener el posible ataque japonés. Las divisiones liberadas de aquella zona pasaron inmediatamente al frente central de Moscú. Poco más tarde quedaba frenado el ataque alemán. Los soldados alemanes se encontraron de pronto frente a unidades soviéticas de refresco. Al terminar de llegar los refuerzos procedentes de Siberia la iniciativa pasó totalmente a manos del Ejército rojo. Cuando sobre los mapas del Estado Mayor germano se retrocedieron los banderas que señalaban las primitivas posiciones, subrayó el general Blumentritt: «Ningún soldado alemán ignora que el resultado de la batalla de Moscú es para nosotros una cuestión de vida o muerte. Si los rusos nos derrotan aquí, estará todo perdido sin remedio». En el lenguaje grandilocuente de los partes de guerra soviéticos la situación se enunciaba así: «Las enormes pérdidas sufridas por el enemigo y la oportuna disposición de las reservas estratégicas por el Mando Supremo, ha cambiado el equilibrio de fuerzas en el frente de Moscú a favor del Ejército rojo... La victoria del Ejército rojo en Moscú supone el fin de la primera y más difícil etapa de la lucha de la Unión Soviética contra la Alemania fascista». Ni una sola palabra sobre el Dr. Sorge. Pero el periodista berlinés oriental Gerhard Stuchlik, redactor jefe de la revista infantil «Der junge Pionier» y comunista fiel, narra en su libro «Dr. Sorge funkt aus Tokio». «La heroica defensa de Moscú y la consiguiente ofensiva no podrán separarse nunca del heroico comportamiento del Dr. Sorge y de su grupo 'Ramsey' de Tokio». De acuerdo con que resulta inconcebible que un político, y mucho menos un militar, se deje influir por un tipo mal conocido, extranjero por añadidura y de costumbres no muy claras... ¿Precisamente el todopoderoso Stalin iba a escuchar a un hombre como el Dr. Sorge? Hay una razón de peso para creerlo así: Stalin estaba



obligado a tomar medidas desacostumbradas, si quería cambiar el signo de la guerra a su favor.
Fuera del traslado de las tropas de Siberia, que gracias al telegrama de Sorge parecía factible sin grave riesgo, Stalin no disponía de ningún otro medio importante. Ya en otra ocasión le había facilitado Sorge una noticia decisiva: la invasión alemana de la Unión Soviética, y esto seis meses antes; en marzo de 1941 precisó la fecha señalando que el ataque se llevaría a cabo el 20 de junio; en una tercera comunicación enviada un mes antes rectificó señalando el 22 de junio, y en un telegrama remitido una semana antes del comienzo de la ofensiva anunciaba definitivamente que ésta empezaría el 21 de junio a las tres de la mañana. Aviso que sólo se equivocaba en 24 horas.
Por aquel entonces Stalin reaccionó como reaccionaría cualquier político incluso hoy en trance similar: ¿De dónde puede saber el alemán de Tokio todo eso? De acuerdo con que nos es fiel y nos ha proporcionado ya noticias de informaciones que son dominio exclusivo de muy pocos políticos, quizá conocidas tan sólo por diez hombres, ¿cómo pueden llegar a un simple periodista?» Así se decidió a escribir al margen del telegrama enviado por Sorge: «La noticia pertenece a las de diversión...»
Cuando se produjo la invasión de la Unión Soviética por las tropas alemanas, los rusos no estaban preparados para hacerle frente.

Héroe de la Unión Soviética

De haber hecho caso a principios de año a lo que el Dr. Sorge había comunicado, la batalla rusa se hubiera convertido posiblemente desde el principio para los alemanes en una catástrofe.
En esto debió pensar Stalin al encontrarse con los telegramas de Sorge sobre la decisión del Japón y ordenar que prácticamente fuera desguarnecido su frente de Siberia.
¿Qué tipo de hombre era éste que desde Tokio influyó de una manera tan decisiva a favor de los rusos? ¿De dónde venía?
Richard Sorge había nacido en Kaff, al sur del Cáucaso posiblemente el 4 de octubre de 1895. Su padre era ingeniero al servicio de una compañía alemana y trabajaba en Bakú en los campos petrolíferos. Allí había conocido a su mujer Yekaterina. Richard tenía dos años cuando vio Alemania por primera vez. La familia se trasladó a Berlín y vivió en el barrio residencial de Lankwitz.

Claro que en aquel tiempo era una gran cosa tener por madre a una extranjera. Y naturalmente que la madre «Nina» contó al hijo muchas historias sobre su país de origen. Pero resulta ingenuo atribuir al espía Sorge la ciudadanía soviética por medio de su madre, como ha intentado la RDA. Con ello la propaganda de la Alemania del Este trata de salvar al héroe de la Unión Soviética, declarado en 1960 ciudadano de ese país, Dr. Richard Sorge, de la acusación de traidor a su patria.

Pero tratar de comprender y explicarse la conducta del Dr. Sorge resulta algo más complicado. Richard no volvió a ver la Rusia de los zares; fue a la escuela en Berlín, donde hizo posteriormente su bachillerato y pasó a la universidad Humboldt. Se licenció «summa cum laude». Él mismo confesó después de su detención en octubre de 1941 que durante sus años de estudiante se había sentido influenciado por la revolución rusa y en consecuencia orientado hacia los movimientos de izquierda. «Decidí respaldar no sólo teórica o ideológicamente ese movimiento sino tomando parte activa...»

Richard Sorge estuvo en 1926 en la Unión Soviética como miembro del PC alemán. Está comprobado que fue entonces cuando fue reclutado como agente. Y comprobado está también que se dedicó con todas sus fuerzas al servicio de su nuevo cometido, con la misma intensidad que puso en todas sus cosas.

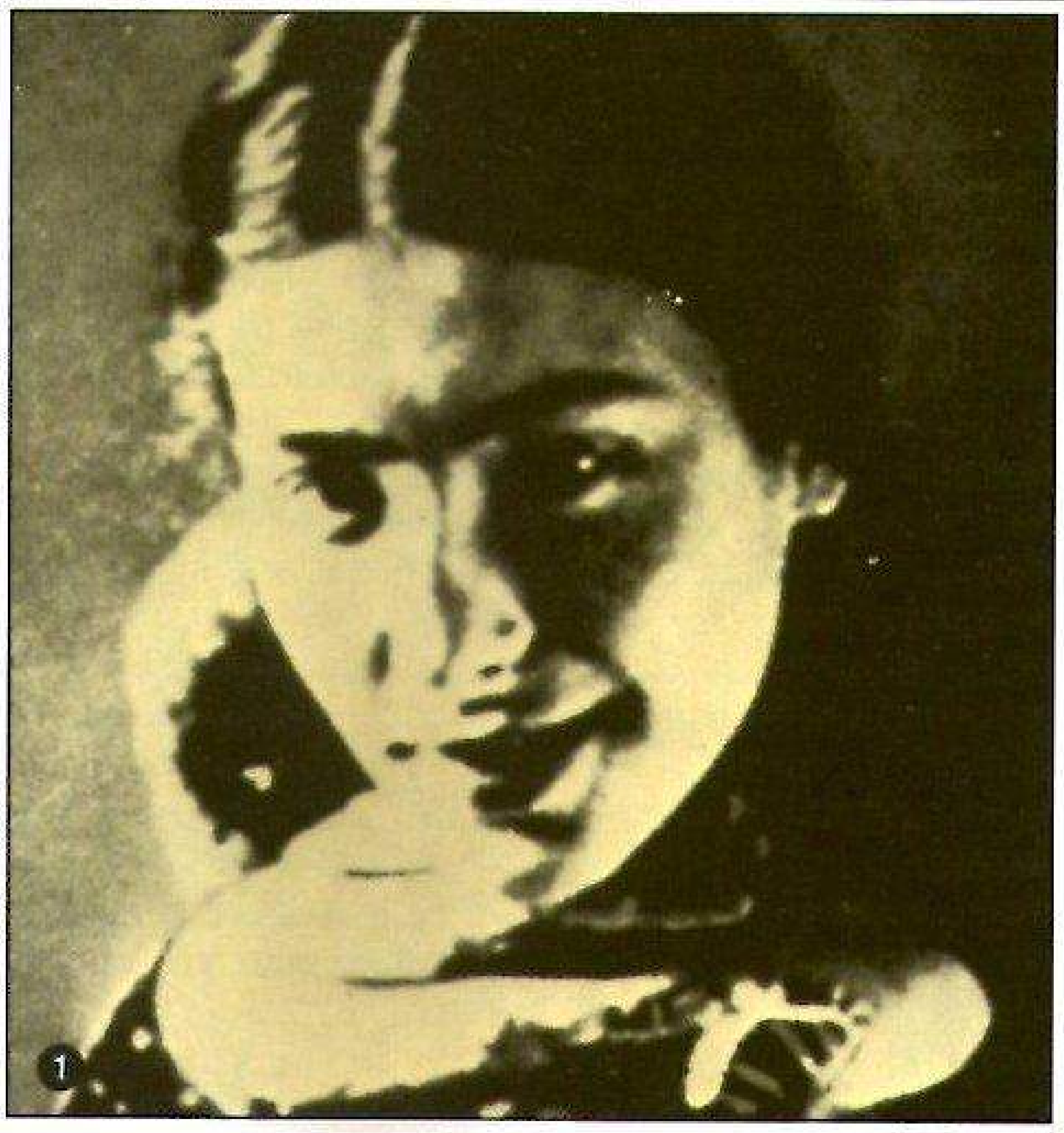
A Sorge no le enviaron los rusos como agente al Extremo Oriente. Fue él mismo el que decidió a finales de los años veinte irse a China; allí aprendió el idioma. Luego volvió a Alemania con el propósito de hacerse nombrar corresponsal de algún periódico en Oriente. El 30 de julio de 1933 comunicó a su central en Moscú: «No puedo decir que haya conseguido plenamente mi propósito. Muchas cosas resultan imposibles de conseguir. Pero quedarme aquí más tiempo para lograr más corresponsalías no tendría sentido. De una u otra manera hay que intentarlo».
Se fue a Japón porque le gustaba el Oriente y su mentalidad. En Berlín había conocido previsoramente al teniente coronel Ott, agregado militar en Tokio, con el que estrechó amistad rápidamente una vez en la capital nipona. Pero ni el propio Sorge podía suponer que Ott ascendería a general y se convertiría más tarde en embajador de Alemania en Japón. Por tanto resulta gratuita la afirmación de la propaganda del Este en el sentido de que la amis-

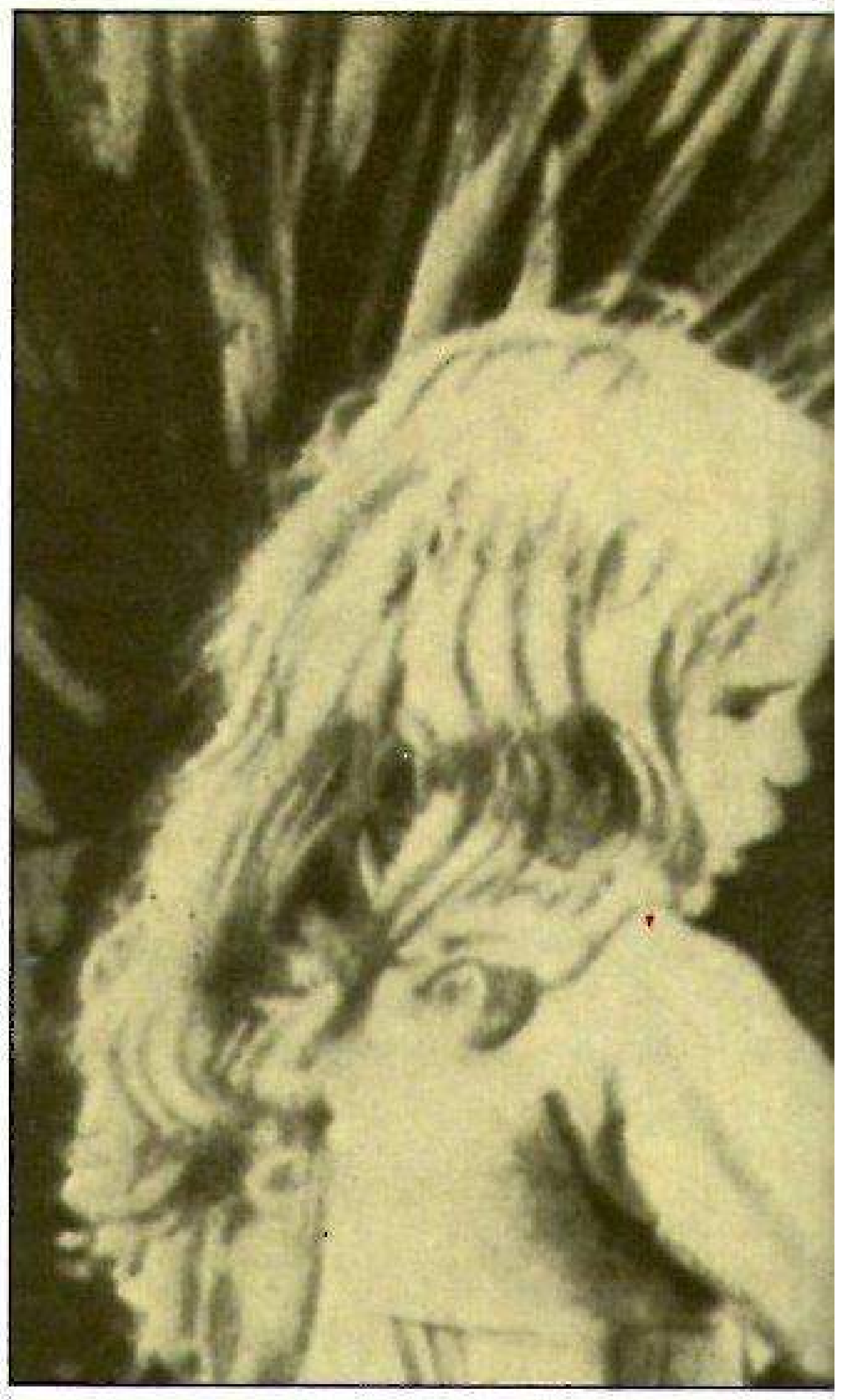
El Dr. Richard Sorge, en quimono; eligió el Extremo Oriente como campo de operaciones. Su dominio del idioma y su conocimiento del país le convirtieron en un experto en asuntos japoneses.

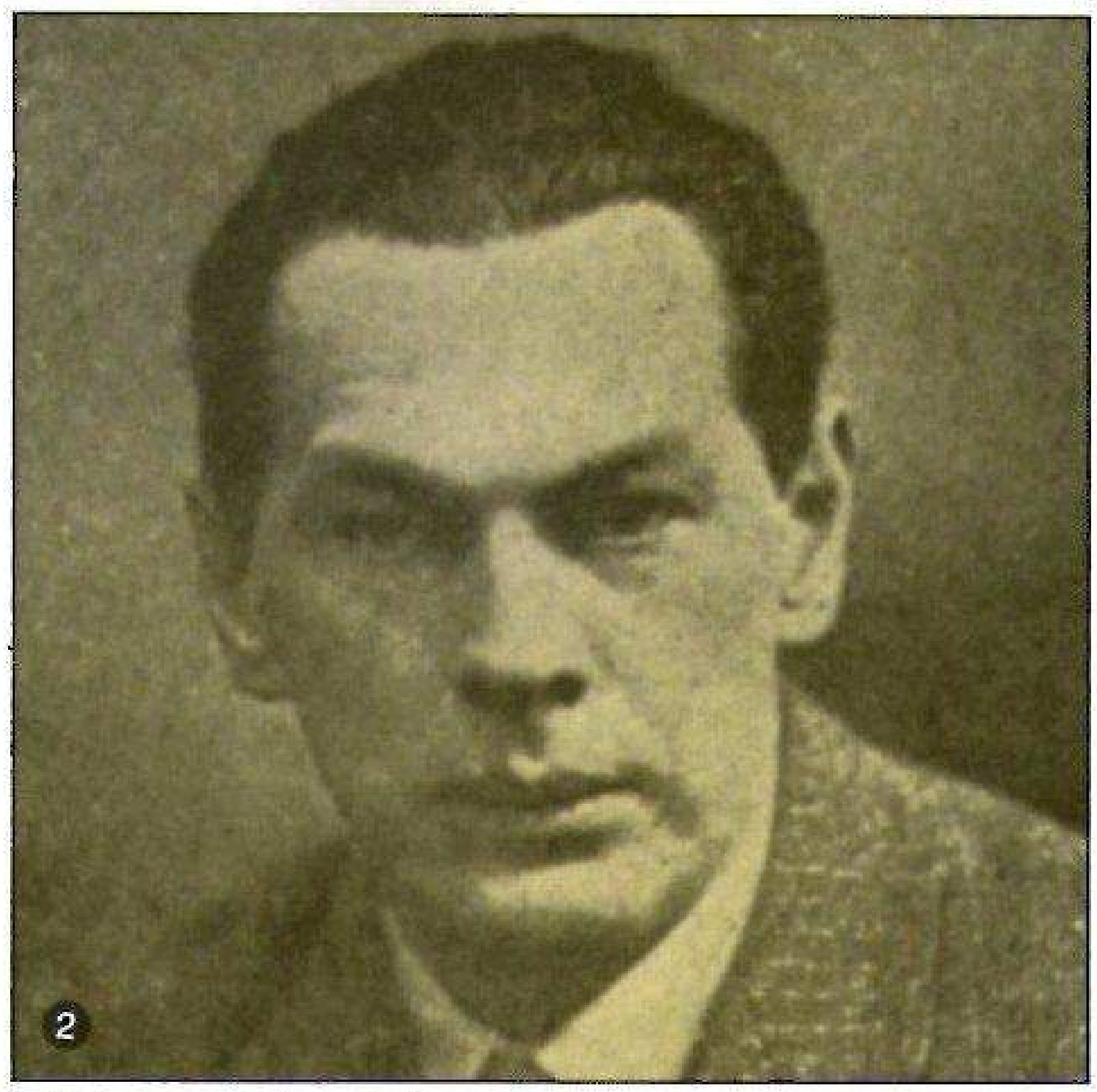
tad de Sorge con Ott únicamente fraguó en función de su mayor capacidad de maniobra. La amistad entre los dos hombres fue sincera, además de útil para ambas partes.
La prueba está en que cuando el ayudante de Ott sospechó de las actividades de Sorge, Ott defendió públicamente a su amigo. Incluso cuando la policía japonesa descubrió y detuvo a Sorge acudió Ott a la prisión a verle por considerar la acusación absurda, falsas las pruebas y todo como resultado de una confabulación internacional.
Es cierto que el embajador había ordenado que se vigilara al periodista, pero no porque dudase de su integridad, sino por miedo de que pudiera pasarle algo durante alguna de sus múltiples borracheras y continuos líos de faldas. Que Sorge era un maestro del disimulo y del dominio de sí mismo lo demuestra el hecho de que, aun bebido, nunca lograron arrancarle una palabra comprometedora.

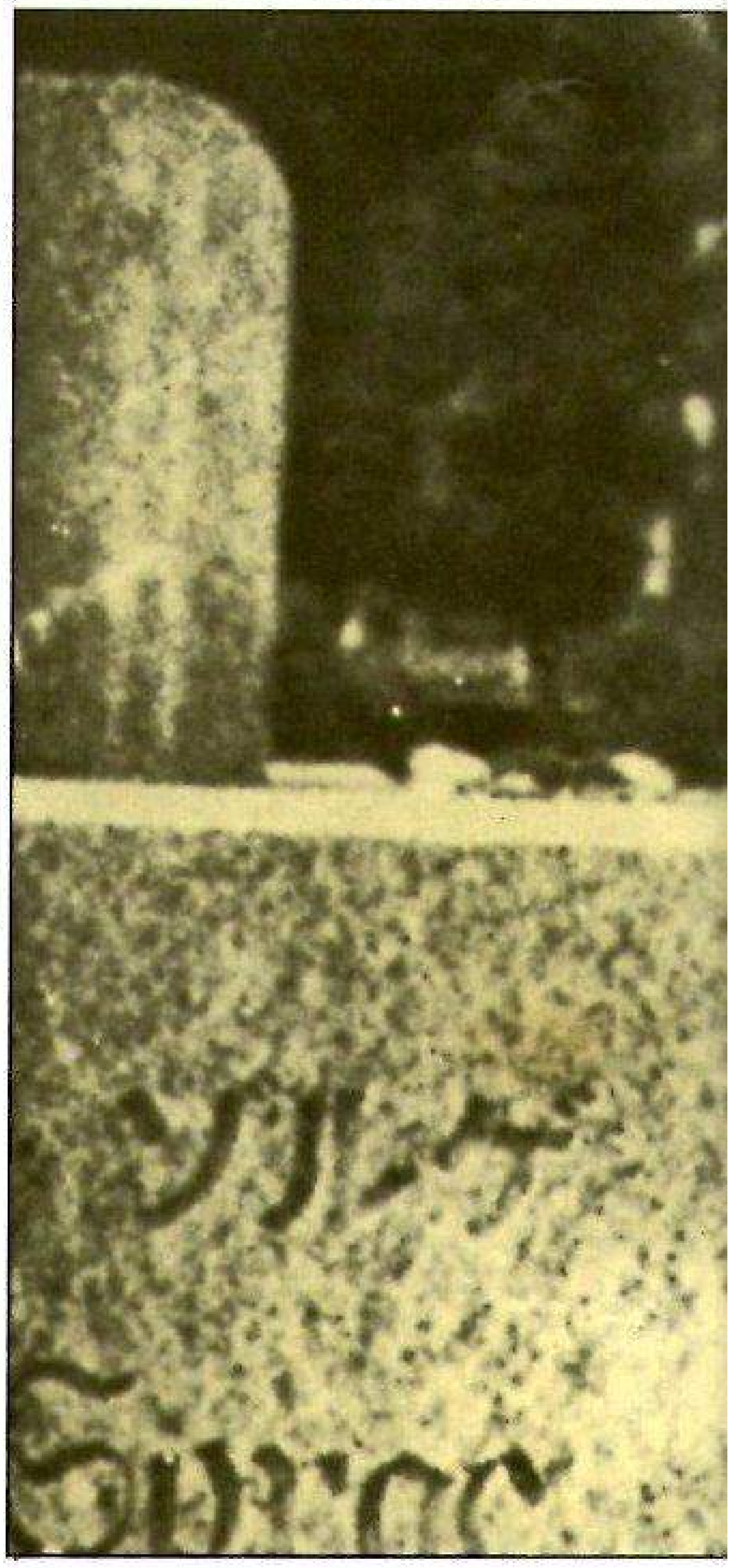
Comunicaciones para el ministerio de Asuntos Exteriores

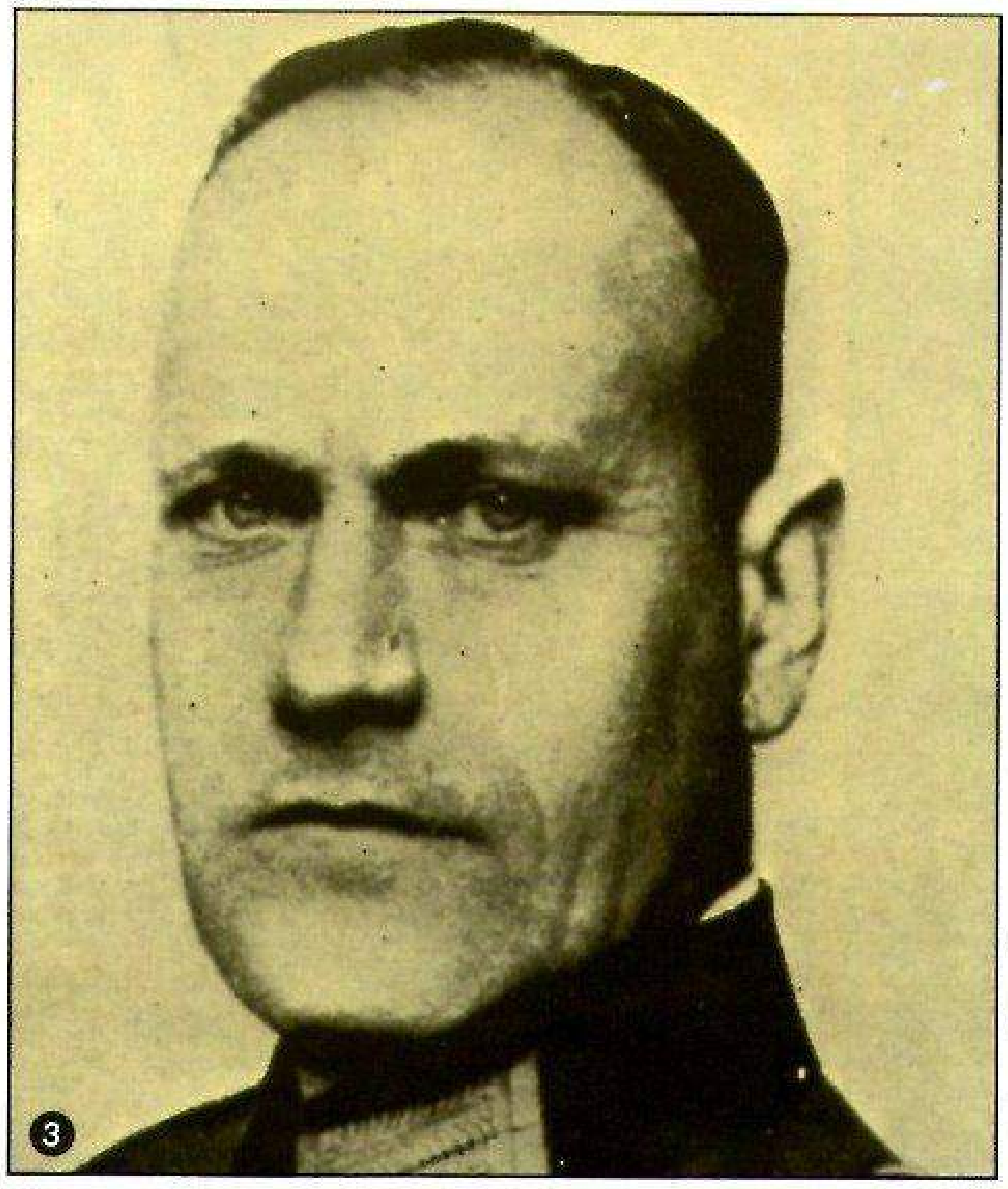
Por otra parte el embajador Ott podría demostrar que Sorge era un buen patriota alemán: sus informaciones sobre secretos de Estado japoneses, que éstos ocultaban a sus aliados en el ministerio de Asuntos Exteriores alemán por lo exacto y valioso del Servicio.
No es verdad la afirmación soviética de que el Dr. Sorge sólo entregaba a los alemanes material falso para desviar su atención de él. El embajador Ott se enteraba por Sorge, que entretanto hablaba japonés perfectamente, de casi todas las decisiones que tomaba el canciller nipón, y que afectaban a la política alemana, independientemente de que se las enviara o no a sus amigos soviéticos.
Todo esto lo hacía el Dr. Sorge sin que nadie se lo pidiera. Y todavía más: logró hacerse amigo íntimo del secretario particular del canciller japonés –y aquí ciertamente que la casualidad no jugó papel alguno– que era también un comunista convencido y que, sin atender a la propia seguridad, comunicaba a Sorge para que a su vez se las pasara a los soviéticos, todas las informaciones secretas.
Y todavía más: a través de este secretario, Sorge comunicaba a los japoneses todas las decisiones alemanas que él conocía a través de la embajada y que podían interesarles. Tampoco es cierto que Sorge pasara informaciones a alemanes y japoneses en beneficio de la Unión Soviética y con el objetivo de crear entre ellos la desconfianza y la







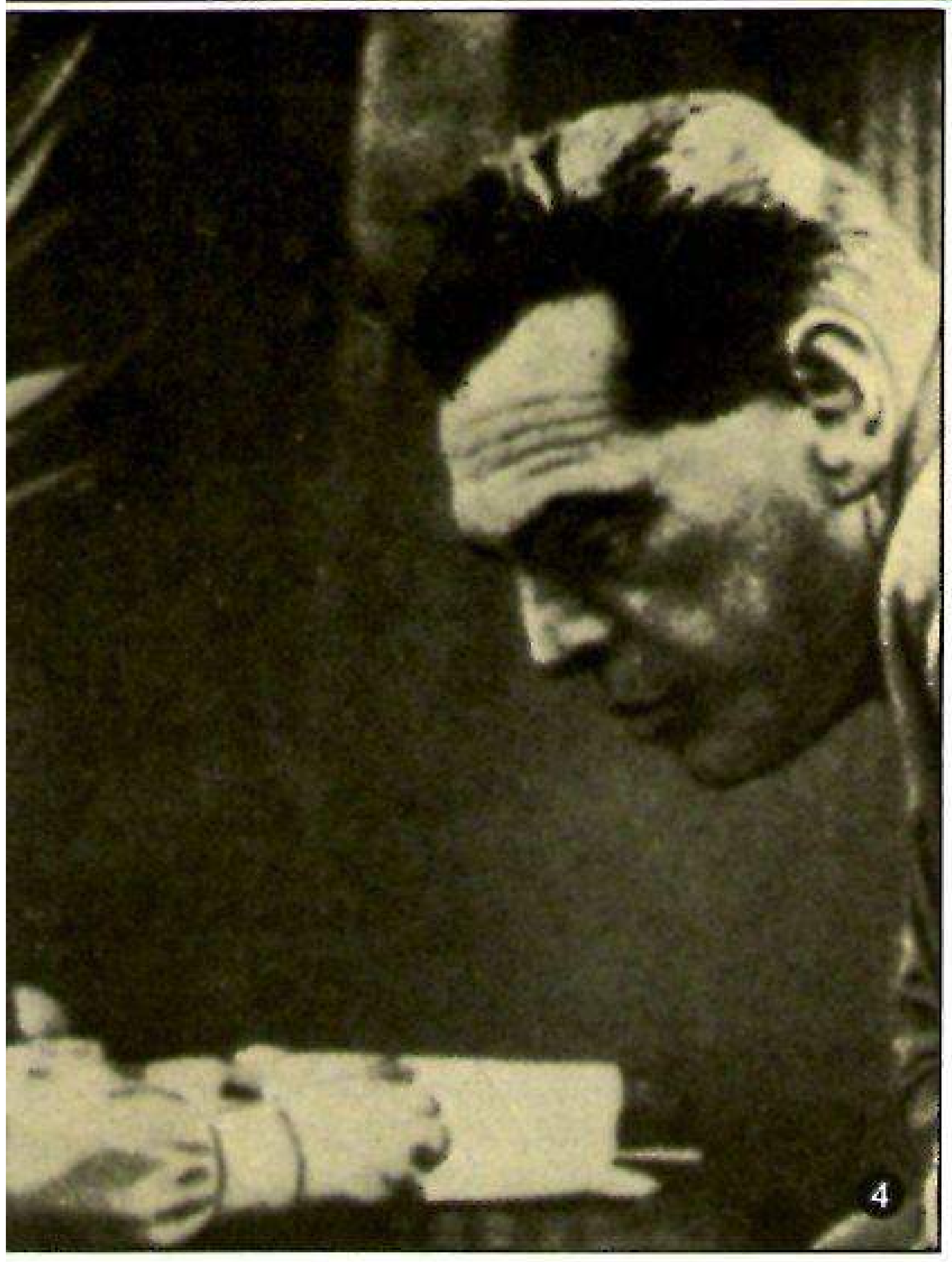


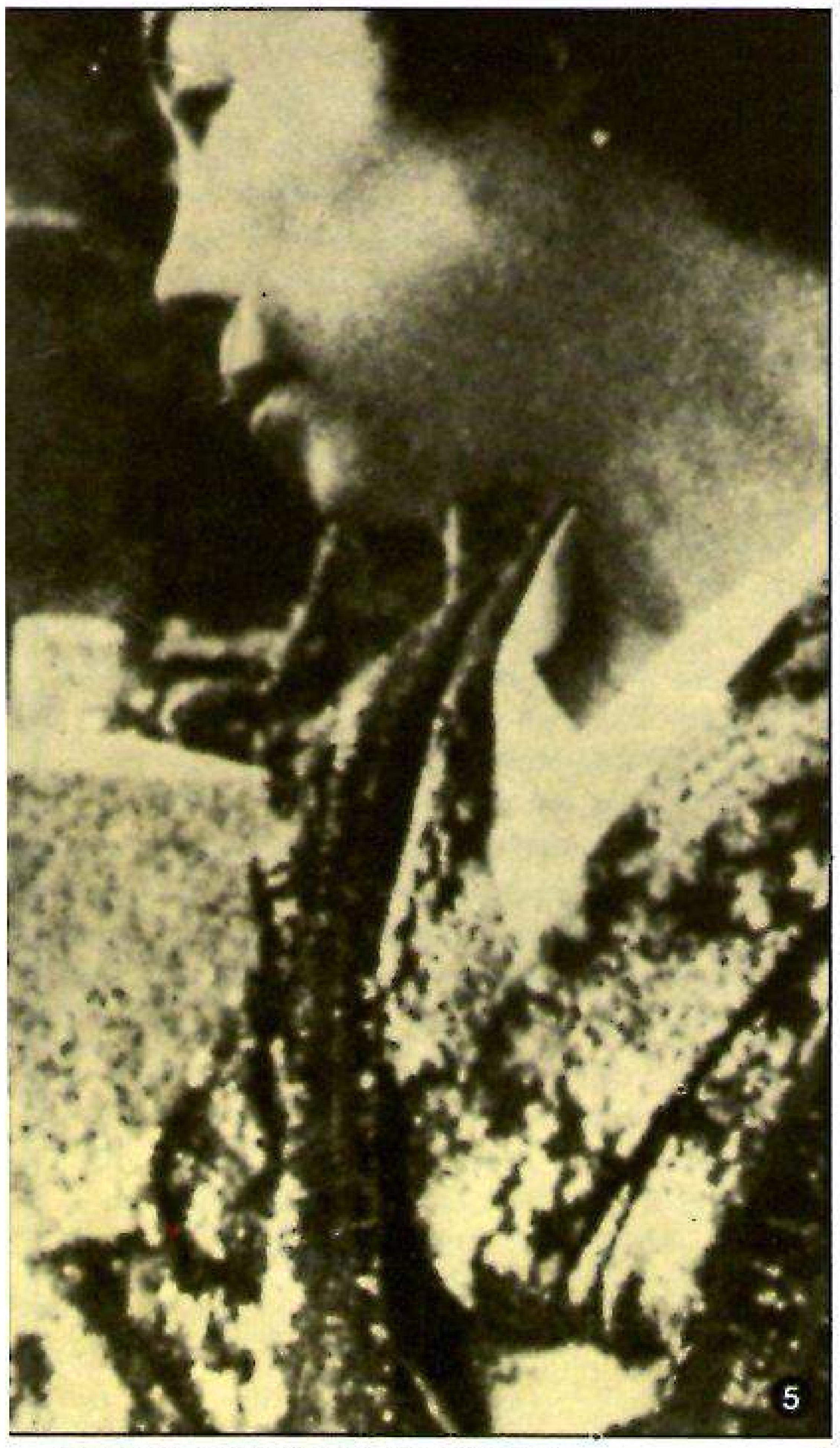


❶ En 1933 la actriz soviética Yekaterina Alexandrovna Maximovna se convirtió en la mujer de Sorge.

❷ Richard Sorge.

❸ El teniente coronel Ott, más tarde general y agregado militar en la embajada alemana de Tokio, era un gran amigo de Sorge. Al ascender a embajador encargó a Sorge que le proporcionase información.





❹ *El Dr. Sorge con la hija del príncipe von Urach, diplomático en Tokio (1936)*

❺ *Tumba del Dr. Sorge en el cementerio de Tama (Tokio). En primer término, la amiga de Sorge, Ishii Hanako.*

confusión: en ningún momento durante la estancia del Dr. Sorge en Tokio existió el menor recelo en las relaciones entre Alemania y el Japón.

Los japoneses admiraban y querían a Sorge. No les estorbaba su afición por la bebida; muy al contrario, en el país del sol naciente el beber es un signo de virilidad.

Los alemanes también querían a Sorge. Le rogaron –era ya militante nazi– que aceptara la jefatura del grupo del partido que se encontraba en Japón. Sorge rechazó la idea: su manera de vivir era contraria a la dignidad del puesto y además se encontraba sobrecargado de trabajo. Lo que no dejaba de ser cierto porque el embajador había convertido al periodista en jefe de su servicio de información y editor de un boletín de noticias. Sorge no aceptó nunca dinero de nadie: ni de los soviéticos, ni de los japoneses, ni de los alemanes. Vivía de lo que ganaba como periodista y jefe del servicio de noticias.

¿Quién era entonces el Dr. Sorge a los 50 años, en el punto culminante de su carrera como espía? ¿Un comunista fanático? Ello no basta. Parece cierto que poco antes de su detención había establecido contacto con un agente americano con el que había tratado la venta del proyecto de ataque japonés a Pearl Harbor a cambio de que él y su amiga sueca fueran admitidos en los EE UU. Esta vez sí pidió dinero por la información: Un millón de dólares, como capital inicial para edificar una nueva vida. La proposición fue aceptada pero no llegó a consumarse.

¿Fue un aventurero? Su afición al alcohol y las mujeres parece sugerirlo. ¿Pero qué aventurero hubiera sido capaz de trabajar al ritmo inhumano de Sorge que, además de su actividad periodística, era capaz de editar un boletín de noticias germano-nipón y servía personalmente la emisora de comunicación con su central moscovita?

¿Fue un traidor? Al nacionalsocialismo desde luego. ¿Pero lo fue también a los soldados alemanes que murieron a consecuencia de las noticias que él facilitó?

De todo el material informativo enviado por él, y conocido hasta ahora, se deduce que, independientemente de a quién fuera destinado, sólo envió el que era capaz de acortar la guerra, impedir su extensión o facilitar su final. Está demostrado que ocultó a los rusos noticias que consideró inoportunas. Puede decirse que fue un hombre con una gran fantasía y que quiso trazar a su medida su propio destino.

La personalidad del Dr. Sorge es muy probable que permanezca oscura, no así su desarrollo político. Resulta incomprensible que un hombre cuya posición respecto al comunismo era de sobra conocida pudiera alcanzar los puestos que desempeñó. Es indudable que algo no funcionó a la hora de examinar su historial. Más tarde cuando ya se había convertido en íntimo del embajador alemán su integridad estaba tan fuera de duda que no se recurrió a un examen más detenido.

Japonesas con trajes típicos alemanes

Una revisión normal, de rutina, como la que se realiza con cualquier secretario que preste servicios en el extranjero hubiera descubierto motivos sobrados para sospechar en principio de Sorge y reclamarlo a Berlín. El hecho de tener una madre rusa, de haber sido miembro del PC, de haber viajado a la Unión Soviética y a China, de haber realizado su tesis de doctorado sobre un tema sindical... Pero su caso no se sometió a ningún examen. Resulta sorprendente, ¿pero no es paralelo al caso Guillaume de nuestros días? Cosas así se repiten de vez en cuando. Es la suerte de los agentes secretos. Por su parte, Sorge se sentía tan seguro que se comportaba con una enorme ligereza.

En el «Alt-Heidelberg», restaurante alemán de primera calidad en Tokio, escribía sin ocultarse lo más mínimo sus informes para la embajada alemana, los japoneses y los soviéticos.

«Alt-Heidelberg» era un restaurante que los japoneses, tan enemigos de todo lo extranjero, hubieran cerrado de muy buena gana. De dudosa reputación, con japonesas vistiendo los trajes típicos alemanes, el busto más alto que de costumbre; gorras de estudiantes y espadas de duelo en las paredes. Muchos visitantes extranjeros, negocios turbios. Como se supo después, los japoneses no cerraron el establecimiento porque el Dr. Sorge, tan admirado y querido, era cliente habitual. Y no es que se le vigilara, gozaba de toda la confianza de los japoneses; sino que aquí debía tener la oportunidad de sentarse a trabajar el jovial, encantador, amigo de la bebida y un tanto difícil periodista alemán.

Cuando terminaba de escribir sus noticias en el restaurante, se subía a su viejo, sucio y poco llamativo automóvil y se iba a la costa, sin más medidas de precaución. Siempre de noche. Luego doblaba hacia cualquier sitio pero siempre hacia un punto diferente. Después se acercaba a un pequeño bosque, paraba el motor, descendía y fumaba un cigarrillo. Si a unos diez metros de distancia de él, en la oscuridad, se encendía otro cigarrillo, signifi-

caba que todo había salido bien y que uno de sus colaboradores había podido asistir a la cita.

La clave es demasiado extensa

Sin decirse una palabra los dos se dirigían a un barco. Allí Sorge sacaba sus noticias, cifraba sus informaciones y daba órdenes para que se enviaran a Moscú. «Ahora sólo ocho palabras para que no nos sorprendan los escuchas japoneses, el resto más tarde desde el mar».

Luego abandonaba el barco no sin antes marcar el lugar y hora de la próxima cita.

Le sobraba razón para actuar de esta manera, para andar con cuidado. Desde hacía años los escuchas japoneses habían descubierto las comunicaciones de radio, exactamente desde 1938. Pero a la policía japonesa le faltaban dos detalles para obrar en consecuencia:

- No podían establecer desde dónde se transmitía: las emisiones eran muy cortas y el lugar cambiaba continuamente.
- No acababan de dominar las claves. Sorge se servía hábilmente del código ruso.

Ni la más leve sospecha recayó nunca sobre el periodista que, ocasionalmente, durante las recepciones de la embajada, establecía contacto con alguna gran personalidad:

Acababa de entregar a su amigo Ott el informe mensual sobre la situación del Japón, que como siempre contenía un juicio exacto sobre la política interior y exterior nipona, además de sobre las actividades militares. (Japón se encontraba en guerra con China y sus victorias no se proyectaban sobre el frente político). Ott se había acostumbrado a formular su propio informe mensual a base del material de Sorge y a enviarlo como tal a Berlín.

En tanto Ott retocaba el informe en su despacho, se dedicó Sorge a las damas de la sociedad japonesa y se retiró discretamente con una periodista sueca, que tenía fama de esquiva, a su oficina entregándole un paquete de fotografías para que las estudiara con detenimiento. Después Sorge entró al despacho del agregado naval, abrió su caja de caudales con una llave ganzúa y se puso tranquilamente a fotografiar con su «Minox», una a una, las hojas de un informe secreto alemán sobre la ruptura del bloqueo. Habiéndolo dejado todo en orden, se reunió con su joven amiga que días más tarde convertiría en su querida.

Entre las cosas que Sorge había fotografiado se encontraba el código de la Marina alemana. En una sola noche a bordo de su barco resolvió el espía las equivalencias de las columnas cifradas sin poseer el libro clave, dejándose guiar por su experiencia, de su olfato que nunca le abandonaba ni cuando se trataba de buscar una noticia, de conquistar a una mujer, de ventear un peligro o de descifrar una información. El sistema de Sorge era mucho más complicado que el empleado por los alemanes. Resultaba imposible de descifrar por más que los servicios secretos japoneses hasta 1941 habían realizado intentos con no menos de 29.179 grupos de cifras diferentes. Lo mismo que su trabajo, la persona del Dr. Sorge se presenta indescifrable: existen por lo menos media docena de descripciones de este espía, muy diferentes las unas de las otras en puntos decisivos. Su fin tampoco se presenta nada claro.

Una agente de buena familia

Parece seguro que uno de los colaboradores menos calificados del grupo «Ramsey» los traicionó. El hombre no sabía mucho, pero lo suficiente para sospechar del barco, al que se asignaron dos lanchas rápidas durante semanas para que pudieran seguir sus movimientos y, finalmente los japoneses descubrieron la estación de radio. Al mismo tiempo fue descubierto el secretario del canciller.

Todo esto, sin embargo, no condujo a la detención de Sorge. Los japoneses se sentían tan inseguros que en ningún caso se decidieron a participar sus sospechas sobre el amigo del embajador alemán. Pero, conocida su debilidad, confiaron a una mujer la empresa de lograr una prueba. Se trataba de una dama de buena familia, de una gran belleza y de un gran patriotismo por añadidura, pese a ser mestiza. Por sus venas corría sangre inglesa.

Sorge no tardó en enamorarse de la bella, que se le resistió al principio. Sorge le confesó que era comunista. Esto era interesante pero insuficiente para detener a nadie en Japón. Una noche de octubre de 1941 se dirigía Sorge a su casa acompañado de su amiga. Durante el camino rompió un pequeño papel y arrojó los trozos por la ventanilla del coche... Con la disculpa de que sólo podía quedarse a dormir con él, si avisaba a su doncella por teléfono, rogó la bella a su adorador que detuviera el auto en la próxima esquina. Inmediatamente corrió a una cabina telefónica y avisó a la policía secreta del sitio donde Sorge había arrojado los papeles...

Luego volvió al auto y acompañó a su casa al Dr. Sorge. Mientras la policía componía el mensaje (posiblemente se trataba del secreto proyecto de atacar Pearl Harbor), la bella se entregaba a su adorado enemigo. Al amanecer irrumpieron tres oficiales japoneses en el dormitorio de Sorge y se dirigieron a la mujer: «Señora, ha rendido usted un gran servicio a la patria».

Sorge la abofeteó y siguió a la policía. De la japonesa se sabe que murió poco después de terminar la guerra en una clínica psiquiátrica. Posiblemente vivía con un nombre supuesto, perdida su dignidad en la aventura con Sorge.

Richard Sorge y la mayor parte de los componentes de su grupo fueron condenados a muerte. Las ejecuciones parece ser que no se cumplieron hasta 1945 con todo secreto, en contra de lo que dispone la ley japonesa de que esté presente un representante diplomático del país de origen del delincuente. Antes habían negado los japoneses la extradición de Sorge a Alemania, porque por un lado conocía demasiadas interioridades de la política japonesa que ni siquiera eran aptas para los oídos aliados y, por otra, sabía demasiado de lo que se proponían hacer los rusos. La policía secreta japonesa, como la Gestapo o la GPU, sabía perfectamente el modo de hacer hablar a sus prisioneros. El mucho tiempo transcurrido entre la detención y la ejecución del Dr. Sorge indica que fue sometido a largos interrogatorios.

Y precisamente esta circunstancia fue la que más tarde alimentó los más extraños rumores:

Sorge salvó la vida y fue canjeado a la Unión Soviética por varios espías japoneses. Hay «gente» que incluso está segura de haberlo visto en Berlín Este. Tales especulaciones parecen increíbles. Rusia no reconoció como tal a su gran espía hasta 1960. Todos los testigos fueron anónimos. Ni uno solo se presentó con su nombre y apellido para decir que él había visto tal día y en tal sitio al Dr. Sorge.

Sorge no debió ser canjeado. Sabía demasiado. Mucho más de lo que nunca confió a nadie. Continuamente traicionó aquello que le vino en gana. Los japoneses no tenían el mínimo interés en que Sorge contara cuanto sabía ni a los alemanes, ni a los rusos. □



Habla Hitler

Berlín, Palacio de los Deportes, 30-I-1942.
En vez de en el Reichstag, como tenía por costumbre, Hitler habló en esta ocasión en el Palacio de los Deportes para conmemorar la toma del poder ante los trabajadores de las fábricas de armamento, enfermeras y soldados heridos. Quería –según él– «volver al pueblo» del que había salido...

Acabarán los hielos

No nos ha sido fácil pasar del ataque a la defensa en el Este. Pero no han sido los rusos los que nos han obligado a ponernos a la defensiva, sino temperaturas de 38, 40, 41 y hasta 42 grados bajo cero. Con este frío no puede luchar ninguna tropa que no esté acostumbrada a sufrirlo, como tampoco puede luchar en el desierto en los meses de las altas temperaturas sofocantes. En el momento en que se hizo imposible seguir he creído mi obligación y me he hecho cargo de la responsabilidad de la nueva táctica. Deseaba tener a mis soldados menos dispersos y quiero decirles desde aquí, de acuerdo con la situación que presenta el frente que sé muy bien lo que rinden, pero que sé también que lo peor lo hemos pasado ya.

Hoy es el 30 de enero. El invierno constituía la gran esperanza del enemigo oriental. No va a ver sus esperanzas satisfechas. En cuatro meses habíamos llegado casi hasta Leningrado y Moscú. En el Norte han pasado los primeros cuatro meses del invierno y el enemigo sólo ha conseguido avanzar unos cuantos kilómetros y esto a costa de una hecatombe de sangre y muerte. Es posible que esto le sea indiferente. Pero en pocas semanas irá desapareciendo el invierno en el Sur y la primavera se irá lentamente hacia el Norte, y comenzará el deshielo y pronto llegará la hora en que el suelo vuelva a ser duro y firme para que sobre él puedan operar de nuevo los mosqueteros alemanes con todo su armamento y les puedan llegar las nuevas armas al frente; armas con las que derrotaremos al enemigo y vengaremos a cuantos han caído víctimas tan sólo del frío. Porque una cosa puedo asegurarles: el soldado del frente no ha perdido el sentimiento de que sigue siendo superior a los rusos. Compararle con ellos sería ofenderle. Lo decisivo era que lográramos la adaptación del pase del ataque a la defensa ¡y lo hemos logrado! Nuestros frentes están estabilizados y en los pocos sitios en que los rusos han logrado abrirse paso y creído que ocupaban algún pueblo, no han ocupado ninguno sino únicamente ruinas. ¿Qué importancia puede tener esto frente a lo que nosotros poseemos, hemos puesto en orden, y a lo que nosotros en la próxima primavera o desde la próxima primavera ocuparemos y reglamentaremos?

Ignoro lo que va a pasar este año. Si durante él terminará la guerra no lo sabe nadie. Pero una cosa sí sé yo: allí donde surja el enemigo le seguiremos batiendo como hasta ahora. Será otro año de grandes victorias. Y así como antes he portado siempre la bandera, así la elevaré ahora más que nunca. Porque ¡en qué situación tan distinta me encuentro ahora!

Tenemos una gloriosa historia y uno hace gustosamente comparaciones con ella. En ella han combatido a menudo héroes germanos aparentemente en una lucha sin esperanzas en razón de su inferioridad. No debemos establecer ninguna comparación con los tiempos de Federico (el Grande), por ejemplo. No tenemos ningún derecho. Tenemos la mejor aviación del mundo. Federico el Grande tuvo que luchar contra unas fuerzas mucho más poderosas que las suyas.

Un hombre con una voluntad de hierro que contra todas las adversidades supo mantener la bandera en alto y no llevar a su pueblo al fracaso, y cuando alguna vez se sintió desfallecer supo reponerse y tomar de nuevo la enseña de la patria en sus manos fuertes. ¿Qué podemos ahora decir de nosotros? Combatimos a un enemigo numéricamente muy superior a nosotros. Pero en la primavera cambiarán las cosas. Entonces le batiremos. Ante todo, ahora tenemos aliados; no es como durante la primera Guerra Mundial. Es incalculable lo que Japón lleva a cabo en el Oriente. A nosotros no nos queda más camino que el de la lucha y la victoria. Puede que sea sencillo o puede que sea difícil; en todo caso no lo será tanto como para nuestros antecesores. No debemos esperar, sin embargo, que nos sea fácil.

Así comprenderemos mejor el sacrificio de nuestros soldados y ¿quién puede comprender este sacrificio mejor que yo, que he sido también soldado? Aún hoy me sigo considerando como el primer mosquetero del Reich. En los tiempos en que era un simple soldado supe cumplir con mi deber. Lo mismo exactamente que hoy. Pero comprendo plenamente los sufrimientos de mis camaradas; sé perfectamente lo que están pasando. Por ello no me quiero perder en palabras, que no entenderían. Les puedo decir, sin embargo, una cosa: que la patria conoce perfectamente cuanto están haciendo por ella.

La patria sabe lo que significa estar a 35, 38, 40 y 42 grados bajo cero para defender Alemania. Y porque lo sabe quiere también poner de su parte cuanto pueda. ¡Quiere trabajar y trabajará sin descanso! Yo mismo les pido a todos: ¡Compatriotas en la retaguardia, trabajad y cread armas y cread municiones y más armas y más municiones! Con ello salvaréis la vida de muchos camaradas.

Trabajad duramente en favor de nuestros medios de transporte, de manera que sea fácil llegar a la primera línea. Con ello podrá mantenerse el frente y nuestros soldados cumplirán con su deber y la nación alemana podrá estar tranquila, y no se cumplirá la plegaria de ese diabólico sacerdote que desea que Europa sea castigada por el bolchevismo, sino que será oída otra plegaria diferente:

Señor, danos la fuerza para que sepamos conservar la libertad de nuestro pueblo, de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos, y no sólo de nuestro pueblo sino de todos los pueblos de Europa. Porque ésta no es una guerra en la que luchamos por nuestro pueblo alemán únicamente, sino una guerra en favor de Europa entera y por lo mismo en favor de toda la Humanidad civilizada. □



Un soldado alemán en un «bunker» de la Línea Metaxas.

Mechelen, localidad en el oeste de Bélgica. El 10-I-1940 realizan allí un aterrizaje de emergencia los comandantes de la *Luftwaffe* Hönmanns y Reinberger, que llevaban los planes para la inminente ofensiva alemana en el Oeste. Pudieron destruir la mayor parte de los documentos; por el resto, sin embargo, los belgas supieron que el ataque alemán se realizaría a través de Holanda y Bélgica. De ahí que Hitler ordenase la suspensión de todos los movimientos de marcha en el Oeste y un cambio del plan de ataque.



Giovanni Messe

«Menace», nombre clave de la operación de ataque de unidades navales británicas contra Dakar y Marruecos como preparación de un desembarco de unidades gaullistas. La Operación «Menace» fracasó entre el 23 y el 25-IX-1940 como consecuencia de la defensa que hicieron los franceses de los puntos de ataque, concretamente de la base naval de Dakar. Churchill ordenó la suspensión de la operación tras comprobar que dos acorazados ingleses habían sufrido graves daños.

«Mercurio» («Merkur»), nombre clave asignado para la operación de conquista de la isla de Creta desde el aire, del 20-V hasta el 1-VI-1941, por el IX *Fliegerkorps* (general de Aviación Student), División 7 de paracaidistas (teniente general Süssmann) y la División 5 de montaña reforzada (general de División Ringel). El defensor era el teniente general neozelandés Freyberg, al frente de 42.640 soldados, de ellos 10.158 griegos. Aterrizaje en tres grupos. Parte de la División de montaña fue trasladada a Creta por mar. La flota británica sufrió graves pérdidas al tratar de evitar este transporte. Fue bombardeada intensamente por aviones alemanes. El 27-V comenzó la evacuación de la isla por los ingleses. La flota británica transportó 17.000 soldados. Bajas inglesas, 17.754 hombres. Los alemanes perdieron 6580, de ellos 4000 muertos y desaparecidos. Este terrible balance llevaría consigo que los alemanes no intentaran más un desembarco similar.

Meretzkov, Kiril Afanesevich, mariscal de la Unión Soviética (26-X-44), nacido el 7-VI-1897 cerca de Saraisk (no lejos de Moscú) y muerto en la capital el 30-XII-1968. Ingresa en el Ejército Rojo en 1918. Durante 1936 y 1937, en España. Comandante supremo del Ejército 7 durante la guerra soviético-finesa de 1939/40. En 1940-41, jefe de la administración del Estado Mayor. En 1941, comandante supremo del Ejército 4; luego, del Frente del Voljov (dic. 41-feb. 44); del Ejército 33 (un corto tiempo, en 1942); del Frente de Carelia (feb. 44-junio 45); del primer Frente del Lejano Oriente en la guerra contra Japón (agosto-septiembre 45). De 1955 a 1964 viceministro de Defensa.

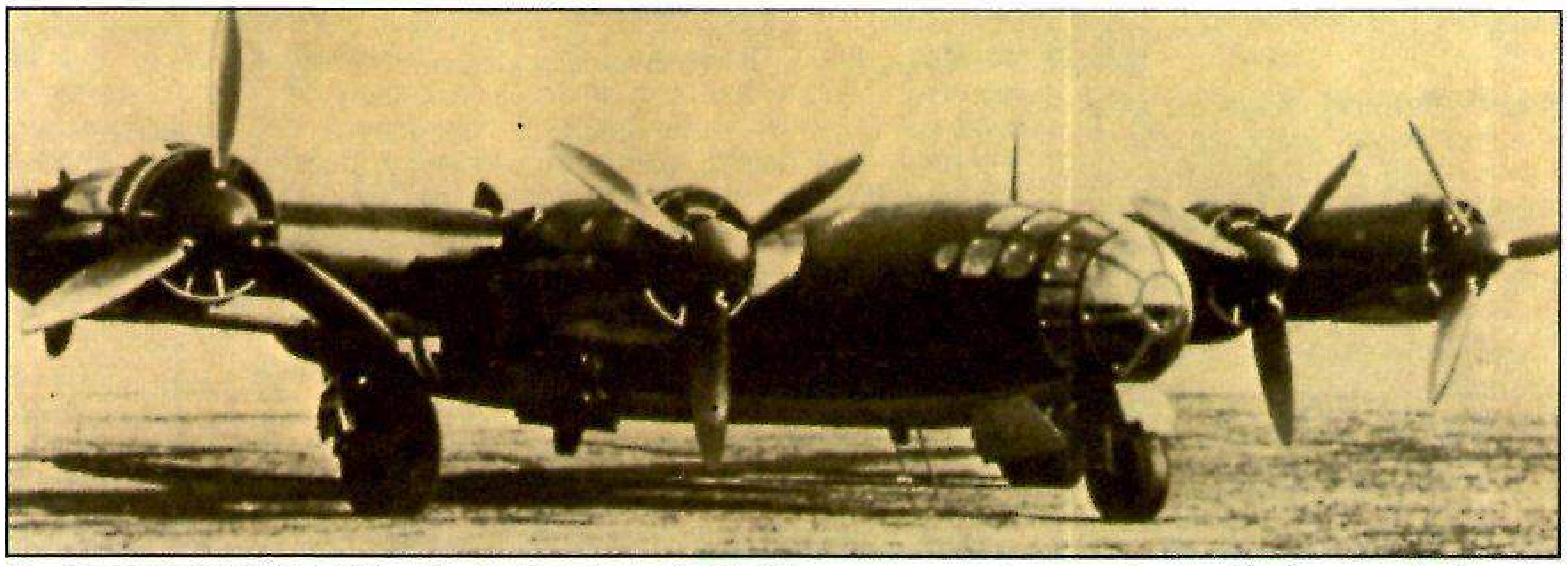
Mers el-Kebir, base naval francesa cerca de Orán (Argelia). El 3-VII-1940 la flota británica de Gibraltar cayó sobre parte de la francesa e infligió a ésta graves pérdidas, a pesar de que apenas se hallaba preparada para un combate, tras un ultimátum rehusado por el comandante francés, almirante Gensoul. El acorazado *Bretagne* se hundió con 977 marineros; el *Dunkerque* (que fue atacado nuevamente el 6-VII) y el *Provence*, resultaron gravemente dañados. En total la marina francesa perdió en los ataques del 3 y del 6-VII-40, 1927 hombres. El ataque contra el antiguo aliado se debió a que Churchill temía que los buques cayesen en poder de las potencias del Eje.

Messe, Giovanni, mariscal de Italia (12-V-1943), nacido el 10-XII-1883 en Mesagne, cerca de Brindis, y muerto en Roma el 18-XII-1968. General de Bri-



La Operación «Mercurio» se ha llevado a cabo con éxito. Una guardia costera alemana ocupa una posición en Creta.

gada en 1935, general de División en el 38, comandante del cuerpo expedicionario en Albania, en el 39. Comandante general del cuerpo de Caballería en mayo del 40. Comandante general del cuerpo expedicionario contra la URSS (17-VII-41-9-VII-42). Comandante general del Cuerpo XXXV del 10-VII-42 al 1-XI-42. Comandante en jefe del Ejército 1 de Túnez del 5-II al 13-V-43. Hasta noviembre del 43 prisionero de guerra de los ingleses. Jefe de Estado Mayor del gobierno Badoglio, del 21-XI-43 al 1-V-45. De 1953 al 61, senador. Presidente de la liga de combatientes italianos.



El «Messerschmitt Me 264», el «bombardero de América», como se le conocía, no llegó a construirse en serie. Circulaba el rumor de que Hitler tenía siempre listo un «Me 264» para el caso en que se produjese un golpe de estado contra él. En esta circunstancia se hubiera trasladado a Japón. En la imagen, un cuatrimotor experimental.

Messerschmitt AG, empresa para la fabricación de aviones establecida en Augsburgo. Nació en 1938 de la Factoría de Aviones de Baviera, cuya sigla «Bf» fue incorporada a la nueva denominación. Normalmente se le citaba con la abreviatura «Me». Construyó, entre otros, el monoplaza de caza *Bf 109,* el destructor *Bf 110,* así como el primer caza de reacción listo para entrar en combate de todo el mundo: el *Me 262* «Schwalbe» (Golondrina) (ver art.). El *Bf 109,* entonces el caza más rápido del mundo, se probó en la guerra civil española por la Legión Cóndor. Hasta 1945 se fabricaron unas 35.000 unidades. Datos de la versión G-6: Un motor de 1745 CV; velocidad máxima de 620 km/h a una altura de 7400 m; autonomía de 1000 km contando con el tanque de reserva; un cañón de 30 mm, dos ametralladoras de 13 mm. El *Bf 109* siguió construyéndose tras la guerra en España y Checoslovaquia. Del *Bf 110* se construyeron hasta 1945 6150 unidades. Rechazado por falta de maniobrabilidad durante la batalla de Inglaterra como caza de escolta en largos trayectos se acreditó sin embargo hasta el 43 en la lucha contra el enemigo como caza nocturno. Datos del *Bf 110 G-4*: Dos motores de 1475 CV; velocidad máxima de 547 km/h a una altura de 7600 m, autonomía de 2000 km con el depósito de reserva. Efectivos: cuatro cañones de 20 mm, cuatro ametralladoras de 7,9 mm. Aparte de estos aviones, de la casa Messerschmitt procedieron también el *Me 410* «Hornisse» (ver art.), el caza dotado de cohetes *Me 163* «Komet» (ver «Kraftei»), así como el transporte de amplio recorrido *Me 323* «Gigant» (ver art.). El proyecto del «Bombardero América», de cuatro y seis motores, no pasó de los dos aviones muestra.

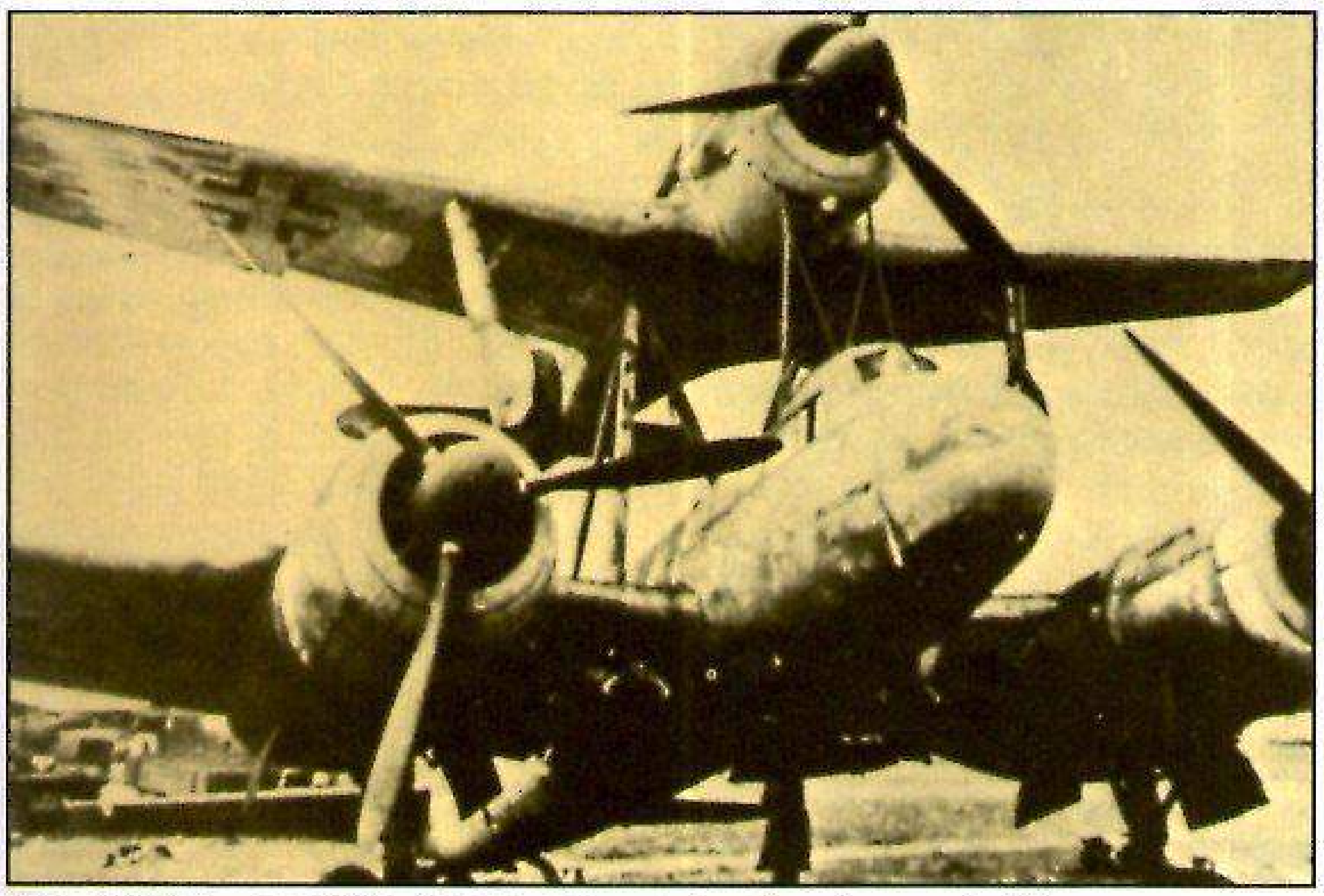
Metaxas, Línea, posición defensiva griega en Macedonia, a lo largo de la frontera con Bulgaria. Comenzaba en las montañas de Beles y se extendía 200 km hacia el este, a lo largo del Nestos hasta la desembocadura de éste. Las instalaciones más fuertes se hallaban en el sector del paso de Rupel y Struma. Esta línea fue construida durante el gobierno (1936-41) del general Joannis Metaxas (12-IV-1871 - 29-I-1941) y forzada por los alemanes. El 7-IV-41 el Ejército 12 la cruzó provocando así el 9-IV la capitulación del ejército griego de la Macedonia oriental.

Meteor, caza de reacción británico de la firma Gloster Aircraft Co. Fue el único y el primero de los aviones a chorro que se emplearon en la II Guerra Mundial en la parte aliada. Dieciséis unidades del tipo Meteor I se entregaron en julio de 1944 a la RAF con destino al combate de las V-1. Estos aparatos lograron destruir dos de estas «bombas volantes» el 4-VIII-1944, por primera vez. Al finalizar la guerra operaron dos escuadrillas de este tipo de avión en suelo continental europeo, pero no han vuelto a emplearse en combates. Datos del Meteor III: Velocidad máxima 793 km/h a una altura de 9150 m. Autonomía, 2150 km. Cuatro cañones de 20 mm fijos en la proa.

«Michael», nombre de la operación de evacuación de Crimea por las tropas alemanas. En octubre del 43 el Ejército 17 alemán se hallaba amenazado de estrangulamiento por el 4.º Frente ucraniano. Con todo, cuando el comandante en jefe, general de zapadores Jaenecke, ordenó la puesta en marcha de la operación «Michael», fue destituido por Hitler el 28-X-43. El 1-XI-43, unidades soviéticas penetraron hasta el Dnieper y lograron separar Crimea del frente alemán. El Ejército 17 sólo pudo ser suministrado desde el aire y por mar. El 12-V-44 cesó la resistencia alemana en la península.

Midway, archipiélago del Pacífico. Los japoneses necesitaban Midway como punto de apoyo para sus acciones aéreas en el Extremo Oriente. Para conquistar las islas movilizaron prácticamente todas sus fuerzas. Tras un ataque simulado a las Aleutianas, pensaban desembarcar en Midway y obligar a combatir a la Flota americana. Los americanos no se dejaron engañar y la batalla se desarrolló entre el 3 y el 7-VI-42 ante Midway; los japoneses perdieron cuatro portaaviones *–Akagi, Kaga, Soryu* e *Hiryu–* y los americanos uno: *Yorktown.* Sin que salieran claramente derrotados, la batalla acarreó a los nipones tan sensibles pérdidas que hubieron de pasar a la defensiva.

MiG, avión soviético debido a los constructores Artom Mikoyan y Mijail Gurevich. A los dos se debió el proyecto entre 1939/40 del caza monoplaza *MiG 1.* Más tarde crearon la versión *MiG 3* con cabina cerrada para el piloto y un mayor depósito de carburante. En comparación con otras series de aviones soviéticos el *MiG* no tuvo gran importancia. Hasta finales de 1941 se fabricaron 2100 ejemplares que se distinguieron sobre todo por su servicio a gran altura. Datos del *MiG 3*: un motor de 1350 CV; velocidad máxima: 640 km/h a 7000 m de altura; techo operativo máximo: 12.000 m; autonomía 820 km; armamento: tres ametralladoras, una de 12,7 mm y de 7,62 mm las dos restantes.



Un «Mistel», o avión ligero con un bombardero «Ju 88».

Mihailovic, Dragojub (apodado Draza), jefe servio de guerrillas. Nació en Ibanjica (Servia occidental) el 27-IV-1893 y murió en Belgrado el 17-VII-1946. Fue el organizador en mayo de 1941 de la resistencia servia contra los alemanes como jefe del Chetnik (grupo partisano). El 12-I-1942 pasó a ser ministro de la Guerra del Gobierno yugoslavo exiliado en Londres. En mayo de 1944 perdió su puesto, debido a que los Aliados confiaban más en el guerrillero comunista Tito. Mihailovic fue detenido en marzo de 1946, acusado de

traición y ejecutado en Belgrado el 17-VII-1946.

Miklós-Dálnoki, Bela, general húngaro. Nació en Budapest el 11-VI-1890 y murió en la misma ciudad el 21-XI-1948. Agregado militar en Berlín entre 1933/1936. En 1939 comandante de la Brigada II de Caballería. 1-III-1941 comandante general del Cuerpo Ligero (que combatió en la URSS en los años 41/42). De febrero de 1942 al 5 de agosto de 1944 jefe de la cancillería militar del Almirante Horthy. Del 6-VIII al 16-X-1944 comandante en jefe del Ejército 1. Miklós se pasó a los soviéticos el 16-X-1944 para mejor defender ante ellos la causa de Horthy y porque temía ser detenido por los alemanes. El 22-XII-1944 presidente del Gobierno nacional provisional organizado en Debrecen (Hungría oriental). No afiliado a ningún partido. Declaró la guerra a Alemania el 31-XII-1944. Dimitió y se retiró de la política el 15-XI-1945.

Milch, Erhard, mariscal alemán. Nació en Wilhelmshaven el 30-III-1892 y murió en Wuppertal el 25-I-1972. Aunque de ascendencia judía fue nombrado director general del Ministerio del Aire en 1933. 1-XI-1938 *Generaloberst.* 1-II-1939 inspector de la *Luftwaffe.* Mandó la Flota aérea que tomó parte en la ocupación de Noruega. 5-XI-1941 jefe de los arsenales de la *Luftwaffe.* Cesó como director general y como jefe del armamento en junio de 1944 por diferencias con Hitler a propósito del mismo. En enero de 1945 perdió también su puesto como inspector general. Fue condenado en Nuremberg el 17-IV-1947 a cadena perpetua. En 1951 le fue conmutada la pena en 15 años y puesto definitivamente en libertad el 4-VII-1954.

Mindanao, la segunda isla en importancia de las Filipinas: 96.630 km². La Brigada 65 nipona desembarcó en ella atacando la capital Davao y ocupando toda la isla en muy pocos días. En 1945 fue defendida por parte del Ejército 35 japonés contra los norteamericanos que desembarcaron en ella el 17-IV-1945. Davao cayó el 3-V-1945 y los japoneses resistieron en el interior de la isla hasta el final de la guerra.

Minsk, capital de la Rusia Blanca. En 1940 tenía unos 240.000 habitantes. El 27-VI-1941 alcanzó el XLVII *Panzerkorps* el cordón sur de la ciudad estableciendo contacto con el LVII que venía del Norte. De esta manera quedaba cercada una parte del frente occidental soviético (bajo el mando del mariscal Timoshenko) que sería totalmente aniquilada el 9-VII-1941. Las tropas alemanas hicieron 323.898 prisioneros y ocuparon o destruyeron un total de 1809 cañones y 3332 carros. Minsk fue reconquistada por el Ejército 3 soviético el 3-VII-1944.

Missouri, acorazado americano puesto en servicio el 11-VI-1944: 45.000 toneladas, 33 nudos, 270,5 m de eslora; 33 m de manga. Dotación: hasta 2978 hombres. Armamento: 9 cañones de 406 mm y 20 de 127 mm. Desde noviembre de 1944 actuó en el Pacífico. En febrero de 1945 tomó parte en los combates contra Honschu, Iwo Jima y Okinawa. El 2-IX-1945 se firmó a bordo del *Missouri* la capitulación japonesa. El 26-VIII-1945 fue dado de baja del servicio activo y pasó a formar parte de la flota de reserva.



Los «North American B-25 Mitchell» fueron los encargados de realizar el primer ataque «respuesta» de EE UU contra Tokio.

«Mistel», nombre dado a la versión especial del bombardero *Junkers Ju 88;* en vez de la cabina del piloto llevaba en su espacio una carga explosiva de 3,8 toneladas y era conducido sobre el objetivo por un avión ligero. Fue ensayado a principios de 1943 y hasta el final de la guerra se emplearían en ella unos 250 *Ju 88.* Como aviones ligeros para el transporte del «Mistel» sirvieron los *Messerschmitt Bf* 109, tipo S1, y los *Focke Wulf Fw* 190, tipo S2. El programa «Beethoven» no aportó el éxito esperado debido a que en cada ataque resultaba destrozado el «Mistel».



Walter Model

Mitchell, nombre dado al bombardero y avión de combate americano de corto radio de acción *North American B 25.* Con 9841 ejemplares fue el bimotor americano más utilizado durante la guerra. Se hizo famoso en abril de 1942 al bombardear 16 *Mitchell,* bajo el mando del general Doolittle, Tokio (Doolittle-Raid) despegando desde el portaaviones *Hornet.* El bombardero americano que más se fabricó fue su versión *B-25 J* que entró en servicio en 1943. Propulsión: 2 motores de 1850 CV; velocidad máxima: 444 km/h a 4580 m de altura; autonomía: 2060 km; armamento: 13 ametralladoras de 12,7 mm y 1360 kg de bombas; dotación: 4 hombres.

Mitsubishi, grupo industrial japonés. Durante la guerra fabricó varios tipos de aviones para la Marina y Aviación niponas. El más conocido fue el *Mitsubishi A6M,* caza con un solo hombre de dotación. De la gran variedad de bombarderos el más importante fue el *Mitsubishi G4M,* puesto en servicio en 1941 y del que se fabricaron 2497 ejemplares, la mayor parte con destino a la Marina. Los Aliados le dieron el nombre de «Betty» y fue utilizado hacia finales de la guerra como transporte de las bombas Oka de los kamikaze, los pilotos suicidas. Datos de la serie G4M 2a, modelo 24: dos motores de 1850 CV; velocidad máxima 437 km/h a 4600 m de altura; autonomía: 2410 km; armamento: 4 cañones de 20 mm, 1 ametralladora de 7,7 mm y hasta 1000 kg de bombas o un torpedo de 800 kg.

«Mittelbau», nombre dado al centro de armamento montado bajo tierra al sur del Harz, con su punto clave en la zona de Nordhausen. Muchas de sus instalaciones cayeron intactas en manos de las tropas americanas. El 1-VII-1945 fueron entregadas a los soviéticos que trasladaron a Rusia a los especialistas alemanes y a sus familiares.

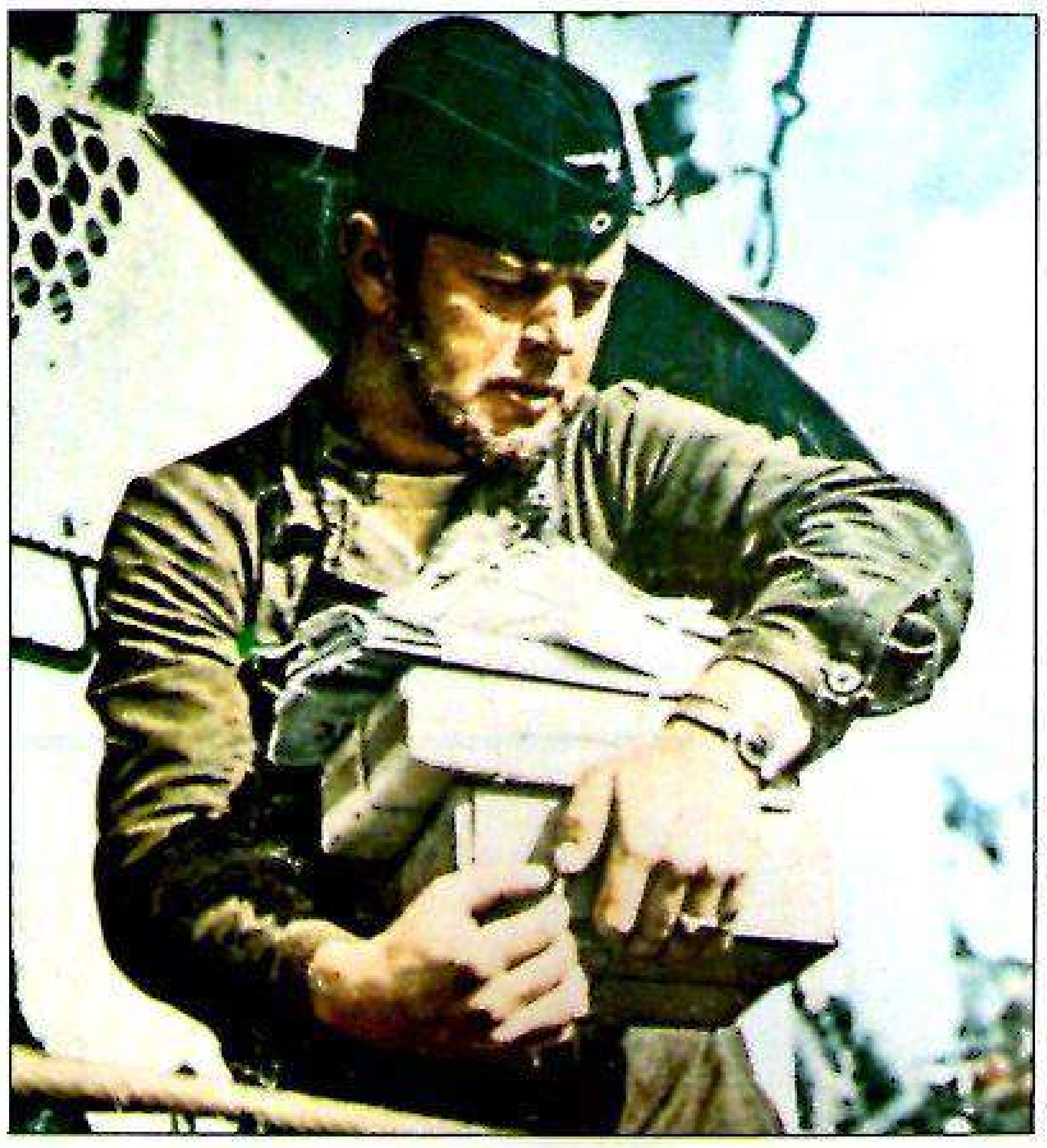
Model, Walter, mariscal alemán. Nació en Genthin el 24-I-1891 y se suicidó en Lintorf el 21-IV-1945. Ingresó en el Ejército el año 1909. El 1-X-1941 general de tropas acorazadas. El 25-X-1939 jefe del Estado Mayor del Ejército 16. El 13-XI-1940, jefe de la 3.ª *Panzerdivision.* El 1-X-1941 jefe del XLI *Panzerkorps.* 16-I-1942, lo fue del Ejército 9. El 9-I-1944, jefe del Grupo de Ejércitos Norte. El 31-III-1944, jefe del Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional. El 28-VI-1944, jefe del Grupo de Ejércitos B y de la zona occidental hasta el final de dicho Grupo en la tenaza de abril de 1945. Model estaba considerado como «un maestro de la defensiva».

Manada de submarinos y convoyes del Atlántico

Un ambiente fúnebre imperaba el 3 de septiembre de 1939 en el puesto de mando de la «Comandancia de submarinos» en Sengwarden, cerca de Wilhelmshaven, al recibirse la noticia de que Inglaterra, la mayor potencia naval del mundo, había declarado la guerra a Alemania.

El capitán Karl Dönitz, «comandante de los submarinos», está persuadido de que en una guerra muy larga, probablemente de 6 ó 7 años, es imposible llegar a obtener una victoria de Inglaterra por aniquilamiento. Pero él cree poseer aquel concepto estratégico capaz de mantener en jaque a Inglaterra y con el cual se podrá llegar a una paz negociada. Este concepto es el ataque con submarinos agrupados en «manadas», es decir, un ataque en aguas del Atlántico contra las líneas de abastecimiento aliadas hacia las Islas. Eran las líneas que habían de hacerse legendarias con el nombre de «Western Approaches».

La operación de submarinos en manada había sido ya tomada en consideración por el Mando Naval alemán en la primera Guerra Mundial, cuando en 1917 se ordenó la guerra total submarina contra Inglaterra. Pero la debilidad técnica de los submarinos de entonces no permitió que se llegase a nada. Solamente Dönitz desarrolló este concepto de la manada en los años 35 al 39, como sistema de ataque contra los convoyes fuertemente armados y escoltados. En 1917 y 1918 los convoyes habían tenido que enfrentarse con la caza aislada de los submarinos que se reveló quimérica. Sin embargo, el Alto Mando de la Marina de Guerra alemana, con el gran almirante Raeder al frente, no tenía gran confianza en los planes de Dönitz sobre una gran guerra submarina en el Atlántico y el propio Hitler no se percató del valor de esta estrategia contra las líneas de abastecimiento británico, hasta que fue ya demasiado tarde. Y sólo comprendió a medias su meta principal pues, en lugar de sostener su valor decisivo, que era desarrollar una carrera entre hundimientos y construcciones navales, trasladó parte de las unidades submarinas a puntos secundarios como el Mediterráneo, Noruega y el mar Negro.



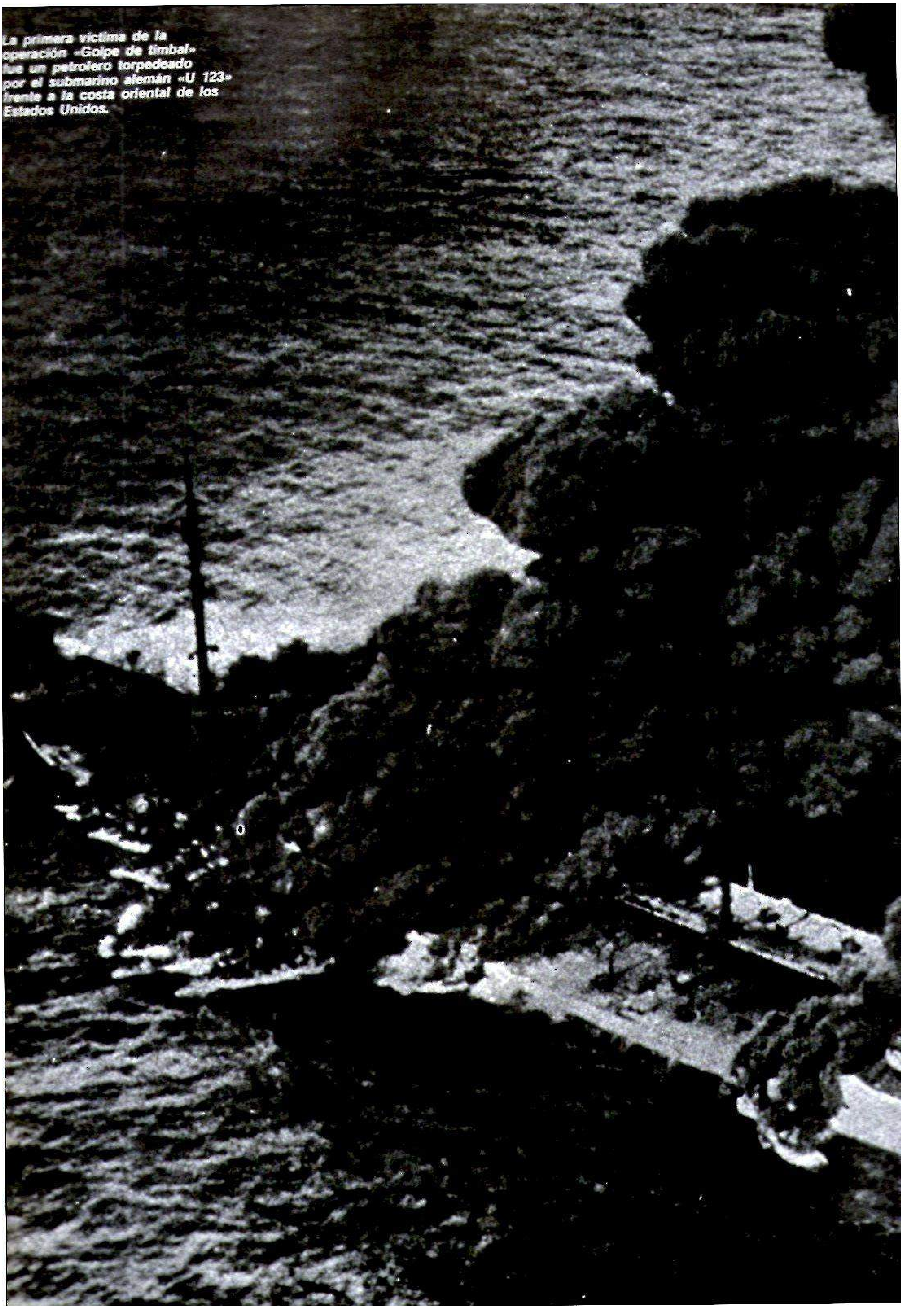
El correo para la tripulación. Los curtidos hombres de los submarinos constituyeron uno de los temas predilectos de la fotografía bélica.

Dönitz había hecho una regla básica para la batalla del Atlántico: si se podían tener constantemente 100 submarinos en la línea de combate, otros cien navegando hacia el frente y otros tantos camino de las bases, se podría —mes tras mes— contar con un promedio de hundimiento de 700.000 toneladas de registro bruto. Con ello cabía superar la capacidad de construcción naval del enemigo. Inglaterra se vería así en una situación tan apurada para su abastecimiento, que sería posible obligarla a una paz negociada.

Desde los tiempos del gran almirante imperial, secretario de Estado von Tirpitz, en el cargo de 1898 a 1916, que tuvo la idea de la creación de la flota alemana de altar mar e inventó el torpedo, esta idea de Dönitz fue la aportación más importante de un almirantazgo germano. Pero hasta 1941 y 1942, años dorados de los submarinos, pasó un largo tiempo durante el cual el Alto Mando Naval alemán prosigue el hostigamiento clásico contra la Marina mercante inglesa con acorazados y cruceros auxiliares y en los cuales los submarinos desempeñan tan sólo un papel secundario.

Solamente hacia la segunda mitad de 1940 fue posible la operación de submarinos en manada. El control de las costas occidentales europeas, desde Vizcaya hasta el cabo Norte, brinda a los sumergibles alemanes bases de partida suficientes. El puesto de mando de Dönitz, almirante y comandante en jefe de los submarinos, es trasladado a Kernveld, en el norte de Francia, desde donde se dirigen por radio las operaciones de mando de los submarinos. El campo de acción se extiende, después de entrar en guerra los Estados Unidos en 1941, a una enorme superficie, desde las costas americanas, el Caribe y las costas brasileñas, al África del Sur y Occidental. En 1941 y 1942 se registran las grandes batallas de los convoyes, donde el enemigo incrementa constantemente la escolta, pone incluso portaaviones en servicio para proteger los convoyes y, especialmente, grupos dedicados a la caza de submarinos. En junio de 1942, se registra por primera y única vez la cifra de hundimientos calculada por Dönitz: 700.000 toneladas. Pero después la balanza se inclina en contra de Alemania, pues el enemigo ha desarrollado nuevos métodos electrónicos de localización, que permiten descubrir a los submarinos incluso de noche y con niebla, y que son localizados, tanto en su aproximación al objetivo, como en su huida. En 1943, 38 sumergibles alemanes son hundidos en pocos días. El comandante en jefe de los submarinos, y desde febrero de 1943, comandante en jefe de la Marina de Guerra, admite la derrota en la batalla de los transportes y suspende los ataques contra los convoyes. El submarino tradicional, que navegaba en superficie y luchaba inmerso, ha encontrado la horma de su zapato.

Walter Görlitz



La primera víctima de la operación «Golpe de timbal» fue un petrolero torpedeado por el submarino alemán «U 123» frente a la costa oriental de los Estados Unidos.

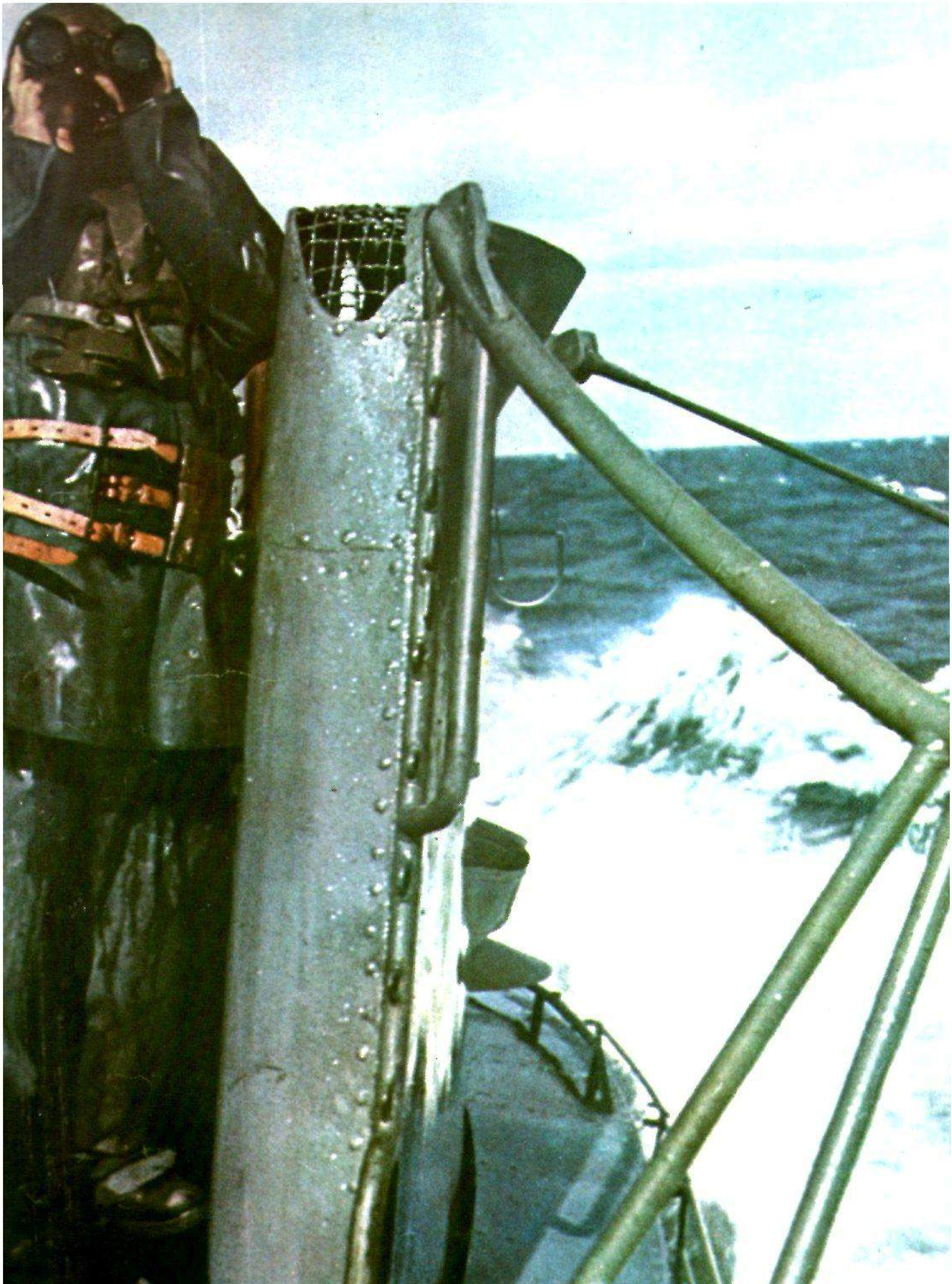


Guerra submarina III

Adrian Wells

LA BATALLA DE LOS TIMBALES

Norteamérica se acostumbró muy lentamente a la guerra con Alemania; su Armada no parecía creer en absoluto en la aparición de sumergibles alemanes ante sus costas. Después de haberle declarado la guerra al III Reich el 11 de diciembre de 1941, todo seguía desarrollándose como durante la paz: ciudades y casas de la costa oriental permanecieron plenamente iluminadas, la Marina mercante continuó radiando sin clave el curso de sus navíos y la Armada rechazó obstinadamente la formación de convoyes.



Cuando, el 10 de enero de 1942, el mercante de 10.000 t *Cyclops* fue hundido por un submarino alemán frente a la costa canadiense de Halifax, sólo la Prensa estadounidense se irritó por la desvergüenza alemana. El Ministerio de Marina norteamericano se limitó a registrar la pérdida sin comentario alguno. Al fin y al cabo, Canadá era territorio beligerante y pertenecía a los británicos.

La objeción de un joven oficial de Estado Mayor, de que este hundimiento podría ser la señal de un emplazamiento de la guerra submarina ante las costas americanas, no fue tomada en serio por el Mando atlántico estadounidense.

«¿Cree usted que, por fin, tras cuatro semanas de guerra, se acercan los alemanes a la costa estadounidense?» preguntó un contraalmirante. A lo que el joven oficial –cuyo nombre ignoramos por desgracia– contestó: «Quizás el almirante Dönitz no ha tenido hasta ahora bastantes sumergibles...»

La contestación provocó una carcajada. Desde que el ministro de Marina, Knox, ordenara en septiembre de 1941 a la Armada estadounidense «capturar o destruir por todos los medios a los submarinos pirata o de superficie alemanes» se cree seriamente en Washington que los alemanes tienen miedo de la poderosa Flota estadounidense.

Sin embargo, el joven oficial tenía razón. Al producirse la declaración de guerra, Dönitz no tenía suficientes unidades para el escenario americano. El hundimiento del *Cyclops* fue la primera señal de la guerra submarina que comenzaba ante las puertas de América.

El comandante del *U 123* Reinhard Hardegen titubeó mucho antes de hundir el mercante de 10.000 t *Cyclops*. Y es que sus órdenes rezaban: situarse silenciosamente ante el puerto de Nueva York y esperar allí el golpe de timbal. Con una sola excepción: si se le ponían a tiro unidades de más de diez mil toneladas, podía atacarlas. Dönitz creía realmente que con el hundimiento del *Cyclops* se había revelado prematuramente su plan. ¡Cómo podía sospechar que la advertencia sólo la había recibido un joven oficial de Estado Mayor!

«El Mando alemán –escribe Dönitz en sus memorias– también se vio sorprendido por el ataque japonés contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Ningún submarino alemán se hallaba por aquellos días en aguas americanas.»

De los 91 sumergibles de primera línea de que disponía el Mando de submarinos el 1 de enero de 1942, los 23 en mejores condiciones se hallaban en el Mediterráneo para asegurar las líneas de suministros de Rommel. Tres más debían seguirles; 6 patrullaban al oeste de Gibraltar; 4, en aguas noruegas; y de los 55 restantes, el 60 % estaban, por falta de estibadores, en los puertos del Golfo de Vizcaya. En altar mar solamente se hallaban 22 unidades, la mitad de ellas en viaje de ida y vuelta del campo de operaciones. Se puede decir que, después de dos años de conflagración, toda la guerra contra los convoyes se llevaba a cabo con una docena de sumergibles. Esta era la situación al comenzar 1942, el «año dorado» de la guerra submarina, al término del cual habían sido hundidos más de mil navíos aliados, con un tonejale total superior a los seis millones de toneladas. El *U 123*, bajo el mando de Hardegen, fue uno de los tres buques que el almirante Dönitz pudo enviar a América el 18 de diciembre de 1941, una semana después de la entrada en guerra de Estados Unidos. Medio año llevaba el Mando de submarinos soñando con un «golpe sonado» en el que, por lo menos 30 sumergibles, dispararan contra el puerto de Nueva York a los cinco minutos de declarada la guerra.

La Armada estadounidense despierta

Pero la noche en que Dönitz da la orden de ataque –primeras horas del 13 de enero de 1942– solamente el capitán Hardegen y su submarino se hallan frente a Long Island y, de tantas presas apetecibles, no sabe contra cuál apuntar. Sus primeros disparos los dirige a un gran petrolero que, instantes antes de hundirse en las aguas, aún transmite por radio: «He chocado contra una mina...»

Hardegen hunde tres navíos norteamericanos sin que la Armada USA piense, ni por un momento, en la presencia de un submarino alemán. También los otros dos sumergibles –el *U 66*, al mando del capitán de corbeta Zapp, y el *U 130*, mandado por el capitán de corbeta Kals– disponen de abundante presa.

En la noche del 19 de enero el capitán Hardegen hunde, en uno de los puntos de más intenso tráfico marítimo frente al cabo Hatteras –cerca de Washington– tres grandes mercantes y torpedea a un cuarto. Por fin, después de que el *U 123*, él solito, hubiera hundido ocho buques con un total de 53.360 toneladas de registro bruto, reacciona la Marina estadounidense y suspende temporalmente todo tráfico naval.

Por aquellos días de enero el *U 66* de Zapp hunde cinco navíos con 50.000 t y el *U 130* destruye tres petroleros y un mercante, con un total de 30.748 t. Con otros dos sumergibles, que Dönitz logra recuperar, esta primera «manada» hunde más de 200.000 toneladas. Un golpe de timbal que, de momento, sólo parece evolucionar hacia un redoble de tambores y que luego alcanzará las proporciones de un auténtico estruendo de timbales.

Ahora, por fin, autoriza Hitler –que en los dos meses anteriores sólo había podido anotar en el haber de los submarinos alemanes el hundimiento de cien mil toneladas en cada uno de los meses de noviembre y diciembre– que se destinen a la guerra contra Estados Unidos cuatro grandes unidades del tipo IX C (740 t). El Mando de los submarinos los destina al Caribe, el área Aruba-Curaçao-Trinidad, que es la zona de mayor tráfico en las comunicaciones con América del Sur.

«Durante el día permanecemos quietos en aguas poco profundas –escribe un capitán en su diario– para no llamar la atención de los aviones que los norteamericanos tienen en abundancia. Profundidad de sólo 10 metros. La tripulación, tras los largos derroteros a través del hielo y la niebla, se lo había imaginado de otra manera. Pero no hay nada que hacer. Con las primeras tinieblas empieza la faena contra las piezas más gordas...»

En este mismo diario sigue una frase que revela cuánto ha deformado esta guerra la mentalidad de los «submarinistas»: «...es como en la paz. No tenemos bastantes torpedos para hundirlos a todos. ¡Cada disparo hace blanco!» Cuando los partes de éxitos de la costa norteamericana empiezan a apilarse, recibe Dönitz más y más submarinos. Sobre todo a finales de abril, puede disponer del primer petrolero submarino, un navío de 1.700 t que abastece al grupo de Hardegen de combustible y torpedos.

Pero a la satisfacción de que, una vez más, había tenido razón, se mezcla el amargo reconocimiento de que el tiempo trabaja contra los sumergibles. Cierto que la Armada estadounidense opera aún desangeladamente –por ejemplo, la protección de los destructores sigue desarrollándose de modo regular a lo largo de las mismas rutas con la precisión de un tren expreso–. Y que los almirantes norteamericanos siguen negándose a agrupar sus transportes en convoyes y hasta les parece impracticable enviar en clave los mensajes radiofónicos.

«Pero –escribe Dönitz– estas pérdidas no son soportables para los americanos a la larga.» Más pronto o más tarde, piensa, el sentido práctico reemplazará al orgullo y los Estados Unidos adopta-

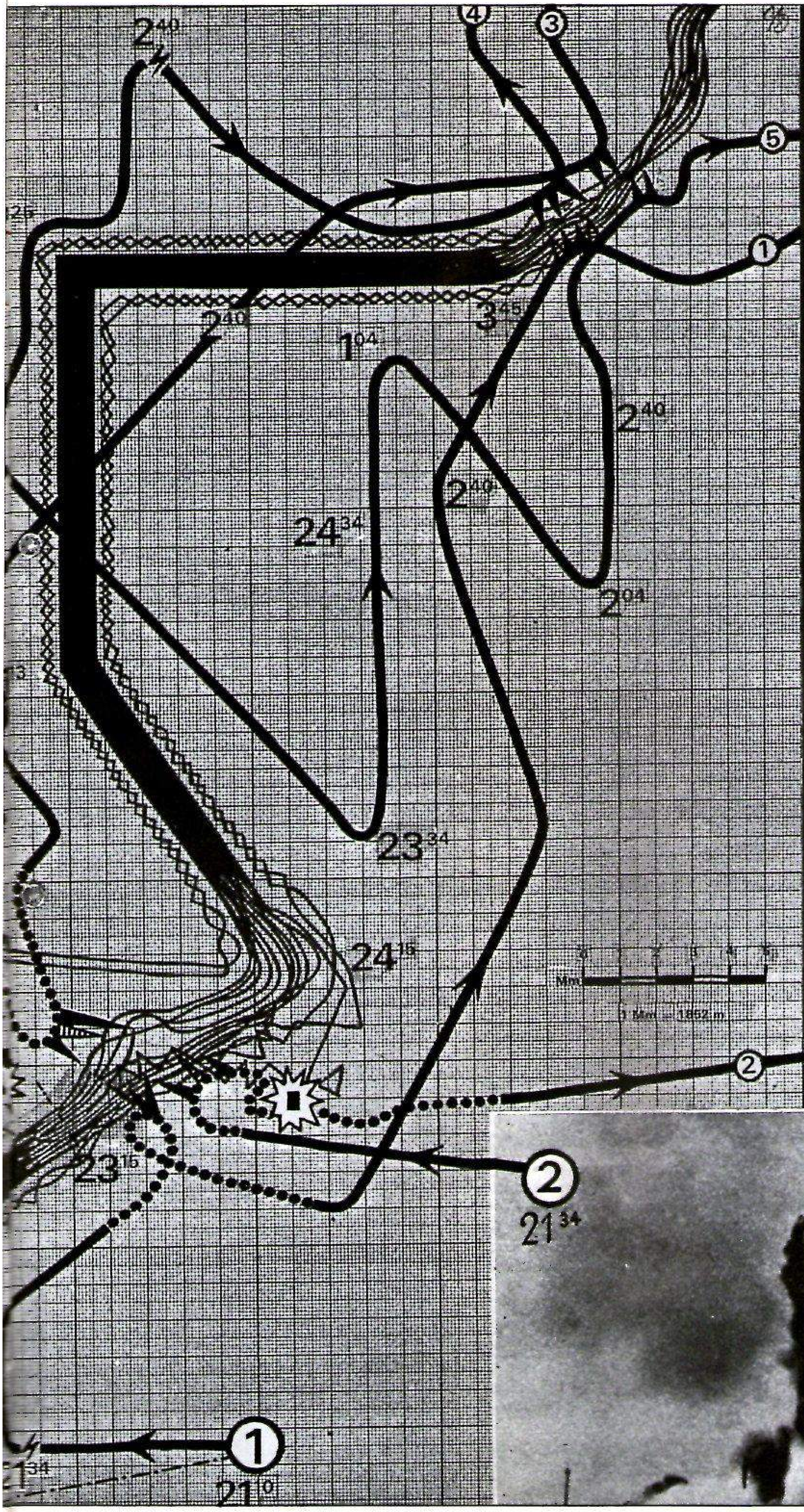
El primer mandamiento en aguas enemigas: estar alerta. Un vigía, bien sujeto con correas, en la torre del submarino.

Página procedente de la revista «Wehrmacht», febrero 1942

A LAS PUERTAS DE NUEVA YORK

Para los Estados Unidos de Norteamérica la guerra ha comenzado con algunas sorpresas. Aún no había asimilado Washington la sorpresa del ataque japonés contra Pearl Harbor, y ya se veía enfrentado a la presencia de los submarinos alemanes que hacían muy arriesgada la navegación en aguas canadienses y estadounidenses, con sus inesperados éxitos. En la última semana de enero los submarinos alemanes hundieron, casi ante la vista de los norteamericanos, 40 navíos con un tonelaje total bruto superior a las 300.000 toneladas. Dos petroleros fueron echados a pique en las inmediaciones de Nueva York; la batalla del Atlántico prosigue y los efectivos alemanes logran, pese a las dificultades meteorológicas, éxitos extraordinarios inclúso en regiones tan distantes de sus bases como las aguas canadienses y norteamericanas. Mostramos por vez primera en estas páginas cómo se desarrolla un ataque contra un convoy con un dibujo ajustado a la cronología de los acontecimientos.





Así atacaron los submarinos alemanes

(las cifras dentro de los círculos corresponden a los distintos sumergibles)

(1) Este submarino avista a las 21,10 horas, hacia Poniente una ligera humareda y se dirige a media marcha hacia este punto. Descubre un fuerte convoy y da cuenta de ello por radio. Se sumerge, hunde dos buques y se separa del convoy.

(2) El mensaje es captado a las 21,34, maniobra contra el convoy y lanza tres torpedos de los cuales dos hacen diana. Es, a su vez, fuertemente atacado con cargas de profundidad, resulta averiado y emprende el camino de regreso a su base.

(3) Esta unidad logra hundir con tres torpedos dos petroleros que, en la confusión general originada por el ataque de los dos submarinos anteriores, se le habían puesto a tiro.

(4) Esta nave se ve apartada del convoy por los buques escolta antes de que haya llegado a disparar. Pero logra zafarse de la persecución y, navegando en superficie, vuelve a tomar contacto con el enemigo: éste intentaba librarse de los alemanes con un brusco cambio de rumbo. Al hacerse mayor la oscuridad se acerca más al convoy y, a las 2,40 horas, tras nuevo cambio de rumbo del convoy, da cuenta por radio de haber tomado contacto con el enemigo. En navegación de superficie hunde a las 04 h, a la luz de la luna, tres navíos enemigos.

(5) La unidad se hallaba demasiado alejada del convoy para tomar parte en el primer ataque. Al principio opera inútilmente sobre el rumbo base, hasta que a las 2,40 h, capta el mensaje radiado y hunde, también en ataque de superficie, otros dos mercantes del convoy.

(1) Después de haberse separado vuelve a operar sobre el curso base probable del enemigo y, orientado por el mensaje de las 2,40 hunde con cuatro disparos de torpedo (dos fallidos) a dos grandes mercantes.

(3) Al emerger vuelve a localizar el convoy pero pierde contacto con el mismo, tanto por el súbito cambio de rumbo como a causa de las malas condiciones de visibilidad. El mensaje radiado de las 2,40 vuelve a ponerle sobre la pista y alcanza con dos disparos de torpedos a un mercante y un destructor.

Las líneas punteadas representan los rumbos en inmersión. Las cuñas negras indican dianas; las rayadas, fallos. Los recuadros estrellados indican hundimientos.



rán las mejores medidas defensivas de los británicos.
Dönitz envía también unidades menores, de radio de acción limitado, para que operen ante las costas de Terranova. Cuando llegan las vacas lecheras —como se llama en la jerga submarinista a los buques nodriza— los pequeños sumergibles se lanzan también contra la costa africana y paralizan todo el tráfico en la Bahía de Chesapeake.
El 14 de abril de 1942, el consejero personal de Roosevelt, Hopkins, telegrafía —después de una conversación con Churchill— desde Londres a Washington dando cuenta de que los Aliados habían perdido desde comienzos de año (es decir, en tres meses) un millón doscientas mil toneladas, ¡la mitad de ellas petroleros! Churchill no puede reprimir su sarcasmo: «Sin la Armada estadounidense nos iría mejor». Tres días después envía la acosada Inglaterra a la US Navy dos escoltas antisubmarinas. Los Estados Unidos han capitulado ante Dönitz...
Inmediatamente ganan en eficacia las medidas defensivas de los Aliados. Pero el Mando de submarinos sigue teniendo la iniciativa. Y ya que los ingleses no pueden estar en todas partes, envían más unidades hacia América. Contra la pérdida de un solo submarino, los alemanes pueden contabilizar a finales de abril el hundimiento de 198 navíos. El submarino perdido es el *U 85*, del capitán S. Greger. «Realmente, una época fructífera» anota Dönitz en su diario.
De las promociones «apagadas» de jóvenes comandantes de submarinos descuellan en pocos meses ases fulgurantes. Hardegen, para no citar más que un ejemplo, recibe en febrero la Cruz de Caballero y, en abril, las hojas de roble de la misma. Antes de que Dönitz retire en julio las unidades —dada la cada vez mayor eficiencia de los dispositivos de defensa aliados— puede comunicar que sus sumergibles han hundido 460 barcos con un registro bruto de 2.300.000 t.
La primera mitad de 1942 transcurrió para los submarinos realmente como un redoble de timbales.

Hitler no desea incidentes

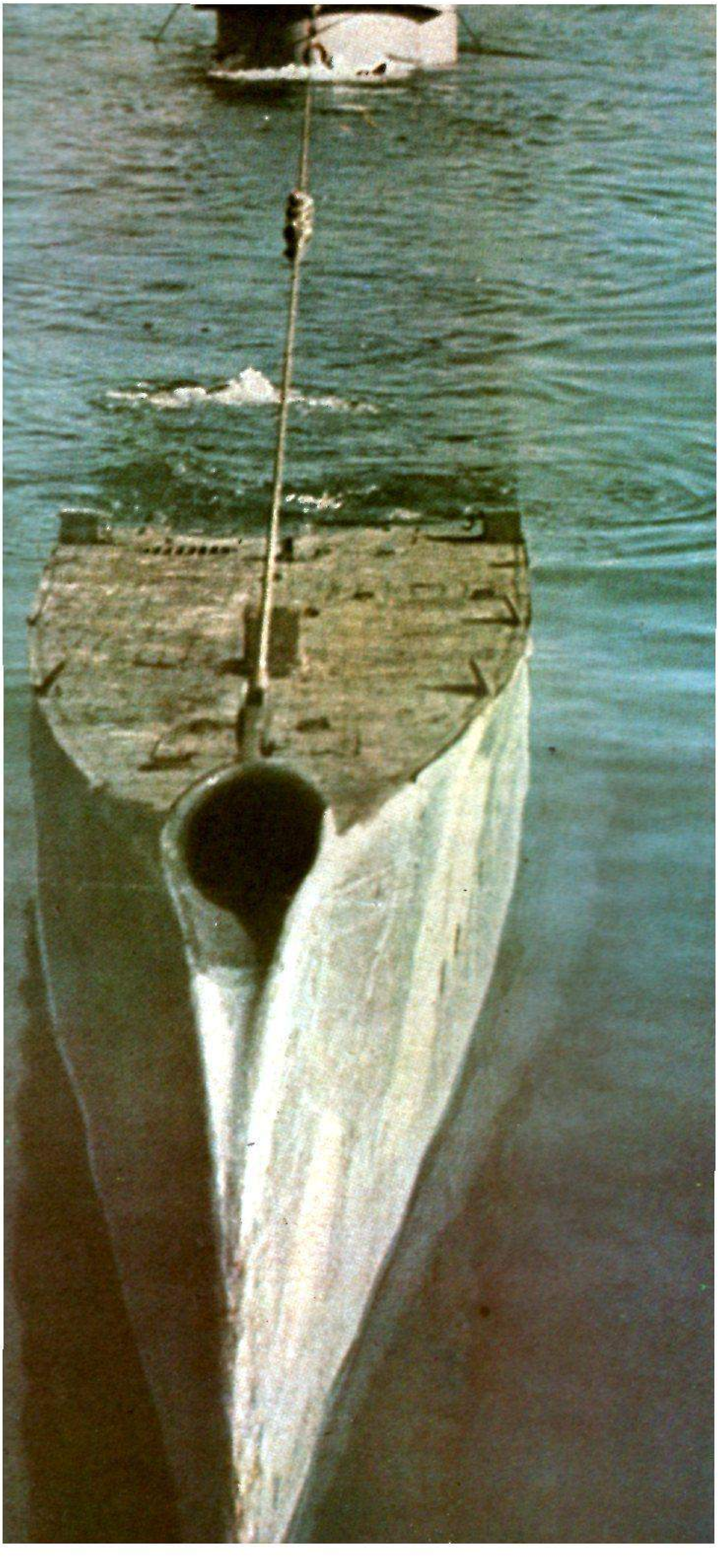
Mucho antes de que los norteamericanos entraran en guerra, Washington había declarado la mitad occidental del Atlántico su esfera de intereses, había ocupado en julio de 1941 Islandia, estratégicamente tan importante, y los convoyes ingleses eran escoltados con creciente frecuencia por los destructores estadounidenses. Hitler, que estaba obsesionado con Rusia, no quería ningún incidente que pudiera provocar la entrada en guerra de los Estados Unidos y había dado a Dönitz severas instrucciones de no actuar en la esfera de interés americano. Después del «incidente Greer» —en el cual el *U 652* había disparado contra el destructor estadounidense que le perseguía— el Mando de submarinos pudo imaginarse que pronto todo el Atlántico Norte quedaría «libre para hundimientos».
Ahora, tras la batalla frente a la costa oriental de los Estados Unidos, lanzó Dönitz con mayor empeño aún sus submarinos sobre las rutas de los convoyes. Comenzaba la batalla homónima en todo el frente atlántico. En amplio abanico cruzaban cada vez más submarinos el Atlántico Norte de Este a Oeste. Y es que, con sus éxitos americanos, había logrado Dönitz que se incrementara enormemente la producción de submarinos desde mediados de año. Frente a las costas estadounidenses operaban cada vez más sumergibles nodriza que abastecían a las unidades para que pudieran volver rápidamente al campo de operaciones. Con ello lograba Dönitz ahorrar a los sumergibles los largos viajes hasta el Golfo de Vizcaya y, de paso, los mantenía en constante actividad.
Pero también los enemigos aprovechaban el tiempo. Especialmente se hacía notar la vigilancia aérea estadounidense desde Terranova, Islandia e Irlanda del Norte. El «hueco» para los submarinos alemanes resultaba cada vez menor en el Atlántico septentrional. Además, no sólo actuaban los observadores humanos desde los aviones (escrutando las aguas con poderosos prismáticos); por primera vez, recurrían ingleses y norteamericanos al radar, que con sus ondas cortas, detectaban los submarinos en el horizonte.
En febrero, marzo y abril, se había registrado en el Atlántico la pérdida de submarinos de una forma harto misteriosa. Las unidades *U 82, U 587* y *U 525* habían sido detectadas por el nuevo artefacto *OG 82* y destruidas antes de que pudieran darse cuenta de lo que les estaba sucediendo. «La lucha se ha hecho más dura» escribía Dönitz. Sólo lentamente llegó a percatarse de que sus capitanes luchaban contra un arma maravillosa. «Incluso en noches de plenilunio hay que contar con ataques de la aviación enemiga. Y aumentan los ataques sorpresa de día, unos ataques que difícilmente pueden explicarse por un despiste del vigía. Se hacía evidente que los aparatos que atacaban desde las nubes o el cielo azul habían tomado sus posiciones de combate desde fuera de la visibilidad del submarino. Es decir, que habían detectado el sumergible y su posición antes del ataque».
Con esta desventaja comenzó la se-

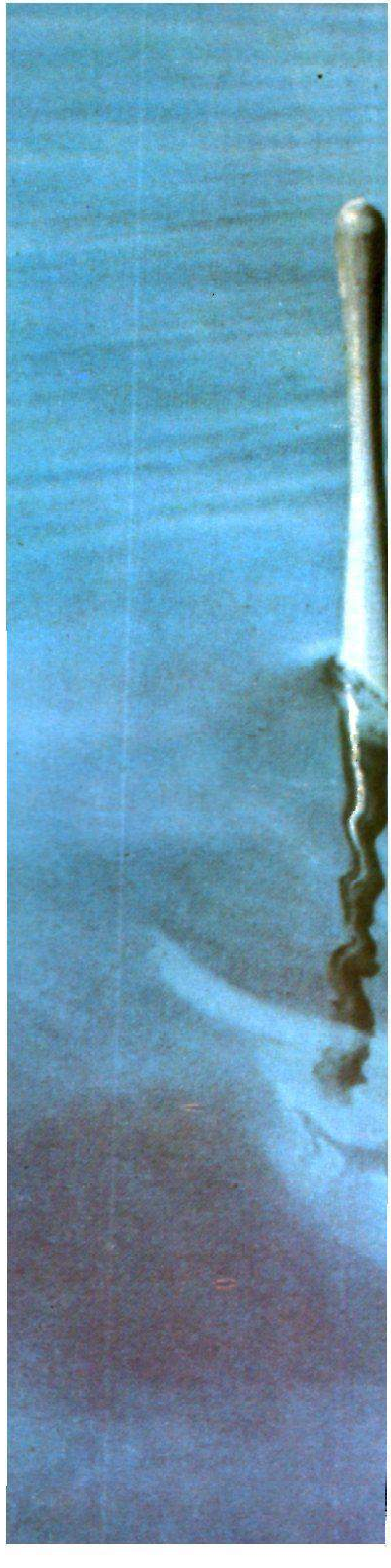
Inmersión de prueba en una tranquila bahía del Mediterráneo

gunda fase de la guerra submarina en 1942. Un convoy británico que había sido detectado el 11 de julio al noroeste del archipiélago canario, logró escapar a los ataques de toda una manada de submarinos sin perder más que 5 unidades (32.186 t de registro bruto). En esta acción se perdió el *U 136*, mandado por el capitán Zimmermann, ya que en la zona patrullaban constantemente aviones norteamericanos que localizaban sus blancos incluso de noche.
El laureado comandante del *U 564*, Reinhard Suhren, transmitió al Mando de submarinos esta sorpresa: El 17 de julio, a su regreso de la costa norteamericana, quiso atacar al Norte del archipiélago canario un convoy aliado... y se vio atacado por la aviación enemiga, pese a que se hallaba a más de 800 millas marinas de la costa más próxima.
He aquí algunos pasajes de su diario de guerra: «00,14 h: inmersión de alarma ante el ataque de un cuatrimotor. El avión parece equipado con un aparato de localización, ya que sobrevuela todas las unidades apercibidas del convoy. Pero, seguramente debido a la gran distancia de tierra firme, debe ir sin cargamento de bombas... 00,30 h: paro delante del convoy y viro conjuntamente con éste, hasta tener en posición favorable las líneas de flotación de estribor. El objetivo son tres cargueros medios de unas 5000 t y un barco de pasajeros, de unas 8000 t, de dos chimeneas y una obra muerta muy alta...»

Una enorme llamarada

Suhren había descubierto instintivamente una nueva técnica contra la detección aérea, una técnica de la que no se dieron plenamente cuenta ni él ni el Mando de submarinos hasta bien entrado el año: submarinos que, en navegación de superficie, se «adhieren» de noche a un convoy (es decir que se ponen al paso y no llaman la atención por ninguna maniobra extraña), no pueden ser localizados por los detectores electrónicos de las demás unidades del convoy.
«02,30 h: en posición 50° y una distancia de 1000 m disparo los tubos I a IV. Luego viro fuertemente a babor, después de haber dado marcha para poder ponerme en posición de tiro también con el tubo de popa (maniobra que despertó inmediatamente las sospechas de los aviones de vigilancia; pero lo que sucedió a partir de entonces descompuso por completo al convoy









«Las pérdidas ocasionadas por los submarinos alemanes frente a las costas atlánticas desorganizan todos nuestros planes bélicos» (El jefe del Estado Mayor norteamericano, Marshall, el 19 de junio de 1942)

entero –nota del autor–) Ya –prosigue Suhren– se levantan dos llamaradas y la nube negra de una explosión. Después una tercera y ensordecedora detonación, una gigantesca llamarada y todo el buque vuela por los aires. Se trata del barco con dos chimeneas; iba cargado con munición. En seguida, otra llamarada y más explosiones. Trozos del barco caen en torno a nosotros como metralla. Ordeno a la tripulación de cubierta que la abandone para ponerse al abrigo de aquella lluvia de metal...»

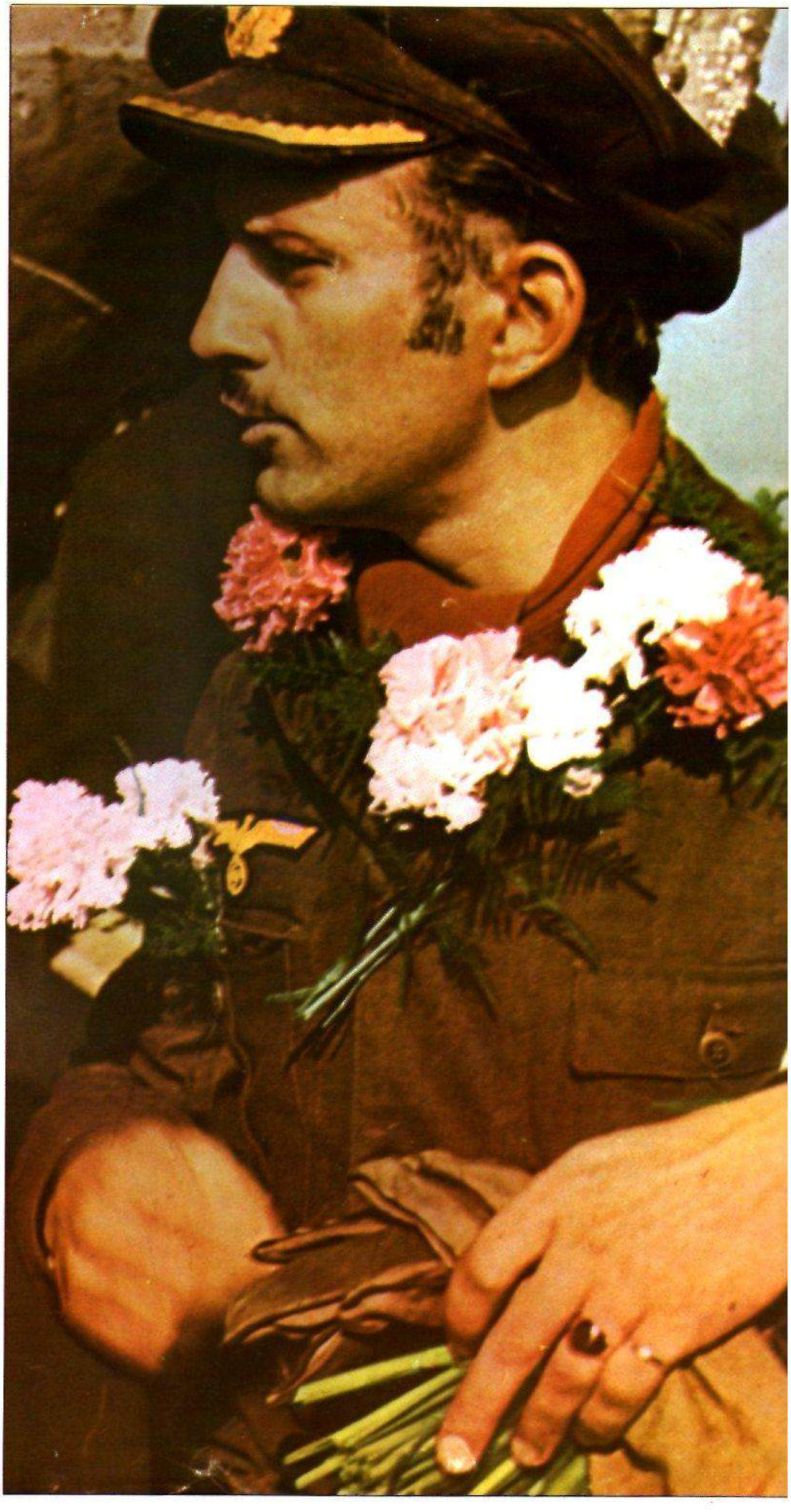
El Mando alemán casi no podía creer que aviones con bases en tierra firme se adentrasen tanto en el mar; los alemanes no disponían de nada similar que oponer a los Aliados. Por fortuna en su desgracia, el Mando de submarinos no ordenó la retirada de sus unidades ya que, al final de la guerra, se pudo comprobar que éste había sido un caso aislado de la Aviación americana, muy difícil de repetir.

El 5 de agosto de 1942 lograba un grupo de submarinos alemanes localizar un convoy que, a 400 millas marinas al nordeste de Terranova, se dirigía hacia Inglaterra. Después de una larga persecución que duró días, logró hundir 11 barcos con un total de 52.461 t.

De esta acción hablan aún hoy los supervivientes; debió haber sido un auténtico infierno pues las nubes bajas y la neblina hacían multiplicarse a los ojos de los observadores las llamaradas de las explosiones. En la última noche, cuando las detonaciones de los torpedos se mezclaban con las explosiones de las bombas de profundidad y los alaridos de los heridos, sucedió algo único en la guerra: las tripulaciones de tres cargueros británicos arriaron los botes salvavidas y abandonaron sus navíos, pese a que éstos ni siquiera habían sido tocados.

Instinto y amor propio

Dos de las tripulaciones regresaron más tarde –cuando se hubieron percatado de su error– a los barcos abandonados. La tercera se negó a hacerlo; no quería seguir siendo «carne de torpedo» y tuvo que ser distribuida entre varios navíos. Lo que no se encontró fue ninguna tripulación que quisiera hacerse cargo del mercante y éste tuvo que ser abandonado a su destino en medio del Atlántico. Tiempo después fue hundido por un submarino alemán. En esta acción se perdieron también dos atacantes alemanes: el *U 210*, mandado por el capitán Lemcke chocó



El comandante Suhren, uno de los más afortunados que operaron frente a las costas americanas.

navegando a toda máquina con el destructor británico *Assiniboine* que venía también a toda máquina y quedó destrozado. El choque fue tan fuerte que el propio destructor quedó seriamente averiado. El *U 379* fue alcanzado por la corbeta británica *Dianthus*, en tanto que otros tres submarinos regresaron también tocados.

Se trataba en su mayoría de gente joven, de capitanes sin experiencia, que desarrollaron en esta segunda fase de la batalla de los convoyes mucho amor propio e instinto. Una banda de éstos persiguió pocos días después de la batalla relatada, a otro convoy británico por espacio de 33 horas a través de la niebla y la lluvia, hundiendo cuatro unidades con 17.235 t de registro bruto. Ese mismo día, otra manada de sumergibles se topó al sudeste de las Azores con dos convoyes de siete buques que se dirigían hacia Inglaterra.

En esta ocasión el *U 566*, mandado por S. Remus, fue embestido por uno de los barcos escolta. Pero su dotación logró reparar con los sopletes de a bordo el averiado puente y dejar el submarino apto para la navegación.

A primeros de septiembre, otra bandada de sumergibles logró hundirle al convoy ON-127 –que se dirigía hacia Estados Unidos– 11 navíos (casi 90.000 t) en una batalla que duró cuatro días. También consiguieron hundir al destructor *Ottawa*. El convoy no estaba aún equipado con radar.

Ese mes dispuso por fin Dönitz de tantos sumergibles que pudo enfrentarse al gran convoy SC-100 que navegaba hacia Inglaterra, veinte submarinos a la vez. Pero un fortísimo temporal impidió que fueran hundidos más de tres navíos.

Los enemigos pasaban tan cerca el uno del otro que no podían hacer uso de sus armas. En una acción similar chocaron entre sí los submarinos *U 221* (mandado por el capitán Trojer) y *U 254* del comandante Gilardone; Dönitz se dio cuenta de que no tenía sentido enviar contra un convoy a más de 13 o 15 submarinos a la vez.

Cuando la caza frente a las costas norteamericanas se hizo más difícil, Dönitz trasladó los campos de acción al sudeste de las Bermudas (donde algunos submarinos nuevos hundieron 15 barcos con 87.603 toneladas de registro bruto) y frente a la costa de Guayana (donde torpedearon en el mes de septiembre 23 navíos con un saldo de 143.000 t). En cambio sus esperanzas de «cosechar» abundantemente ante Freetown le resultaron fallidas: sólo fueron hundidos once navíos. Al *U 507* del capitán Schacht le correspondió en cambio, en solitario, un golpe de gran efecto frente a las costas sudamericanas. Hundió, fuera de las aguas territoriales, cinco barcos brasileños y el Brasil declaró la guerra al III Reich. Los Aliados perdieron en los meses de julio a septiembre de 1942, 302 buques con un total de 1.505.888 toneladas.

Estos éxitos, que Inglaterra acusaba ostensiblemente, se registraron también en los meses de octubre, noviembre y diciembre sin perder Alemania –pese a las mayores medidas defensivas de los Aliados– más del 10 % de los submarinos en acción.

Aquel capitán Trojer, que había creado una innovación con el espolón de otro submarino alemán, hundió a mediados de octubre, en dos noches, 7 barcos frente a Terranova, entre ellos al petrolero *Southern Express* de 12.390 t y que debía abastecer de combustible a los barcos escolta británicos. Del 24 al 29 de octubre, una manada de submarinos persiguió al sudeste de Groenlandia al convoy H 212 que navegaba hacia Inglaterra, hundiéndole 7 navíos con un total de 60.000 t. Entre las víctimas se hallaba el petrolero de 16.699 t *Kosmos II*. Ese año descendieron en Inglaterra las reservas de petróleo a 300.000 toneladas, con un consumo mensual de 130.000.

Pese a que la presencia de los bombarderos estadounidenses aumentaba notablemente de día en día, los submarinos seguían registrando éxitos asombrosos. A partir de septiembre los sumergibles grandes fueron dotados de una artillería antiaérea más potente y, consecuentemente, recibieron la orden de disparar contra los aviones estadounidenses si los atacaban; hasta entonces la solución contra los ataques aéreos había sido la inmersión.

Dura sorpresa

La entrada en guerra de los Estados Unidos fue bienvenida para nosotros, la recibimos con alivio. A partir de ahora iba a compartir con nosotros el esfuerzo, un amigo de recursos casi inagotables. Especialmente en el mar podíamos esperar que nos ayudase a luchar contra los submarinos. Con la colaboración de los Estados Unidos parecía asegurada nuestra arteria principal de abastecimiento, aunque se tuviera que seguir contando con pérdidas hasta que el aliado trasatlántico desplegara todo su potencial. Bajo esa protección se podía continuar la lucha contra Hitler, tanto en Europa como en Oriente.

El año 1942 tuvo sorpresas desagradables para nosotros y, en el Atlántico, se reveló como el peor de toda la guerra. Se evidenció que nuestras medidas defensivas conjuntas –por muy reforzadas que se hallaran en comparación a los tiempos en que luchábamos solos– eran insuficientes ante la nueva embestida contra el tráfico marítimo, que se había hecho mucho más intenso. Seis o siete meses estuvieron los sumergibles actuando a sus anchas en aguas americanas y poco faltó para precipitarnos en la catástrofe de una prolongación imprevisible de la guerra.

La protección brindada por la Flota estadounidense estuvo durante meses irremisiblemente a la zaga de las necesidades. Resulta sorprendente que a lo largo de los dos años de guerra total en que ésta se aproximaba más y más a la costa norteamericana, no se hubiera previsto nada mejor contra ese ataque mortal.

De las Memorias de Churchill

Éxito notable

El Alto Mando naval se vio totalmente sorprendido por el desembarco estadounidense en el Norte de África el 8 de noviembre. Dönitz no logró enviar más que unos pocos de sus sumergibles frente a las costas marroquíes. Pero estos pocos lucharon en aguas de escasa profundidad y contra un fuerte cinturón protector con notable éxito.

El *U 173*, mandado por el joven oficial Schweichel fue el primero que logró traspasar –el 11 de noviembre– el anillo defensivo de la rada de Fedala y hundió al destructor *Hambleton*, un mercante y un petrolero.

El 12 de noviembre fue el capitán de corbeta Kals, con el *U 130*, quien burló las defensas: «...a las 14,40 ligero contacto con el fondo del mar, a 23 metros de profundidad... 16,00 horas: en la rada, aproximadamente 20 navíos, entre ellos un portaaviones al sur, un crucero muy próximo a la costa y dos petroleros... debido a la mar en calma debo navegar con mucha prudencia y arrojar sólo rápidas ojeadas. Selecciono los buques más a tiro... 17,28 horas a 18,33 horas: cuatro disparos aislados de los tubos de proa y luego, viraje rapidísimo para disparar el tubo de popa IV; con el V no se sabe lo que ha ocurrido. Diana en tres grandes cargueros modernos, fuertes detonaciones y una espesa nube negra sobre la flotilla.

La noche siguiente el *U 515* que mandaba el capitán Henke torpedeó al barco de intendencia británico *Hecla* y al destructor *Marne*. El único capitán de sumergibles que alcanzó a la flota de desembarco en alta mar fue Piening con el *U 155*. En la noche del 5 de noviembre hundió el portaaviones *Avenger* y dos mercantes.

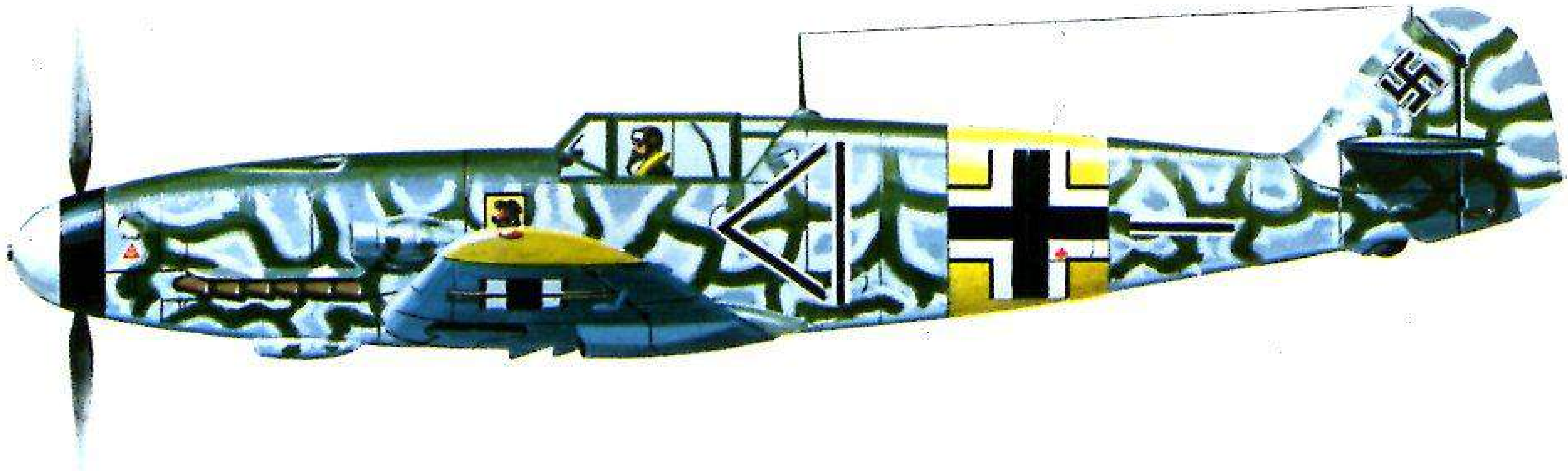
Así acabó el año 1942, el de las grandes hazañas de los submarinos.

Avión alemán de combate Henschel 123 A



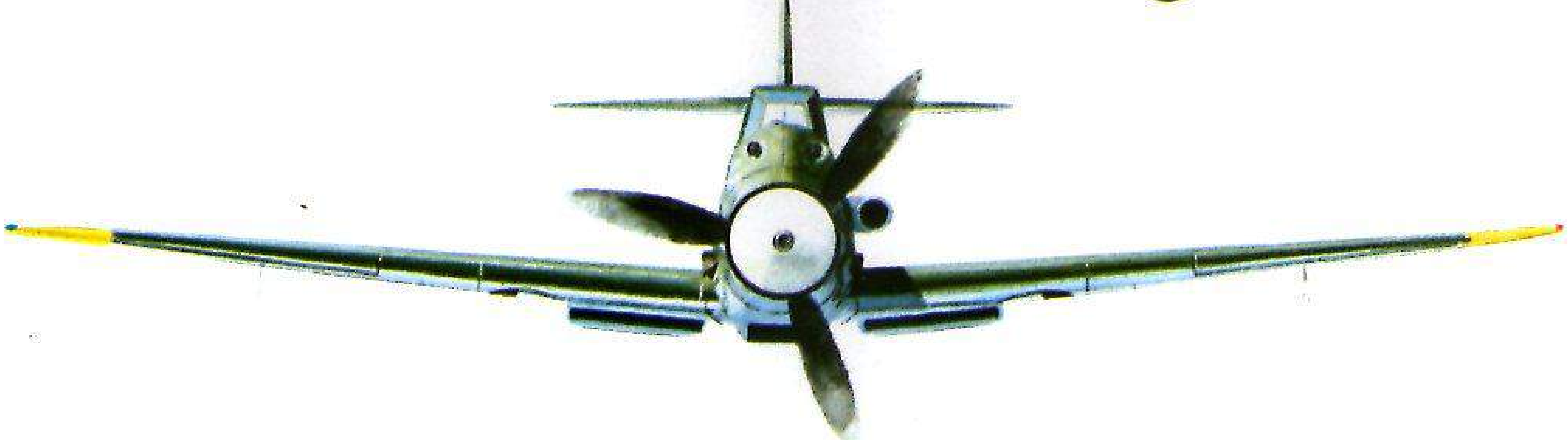
Propulsión: motor BMW 132 D de nueve cilindros en estrella, 880 CV
Armamento: dos ametralladoras de 7,92 mm; una bomba de 250 kg bajo el fuselaje
Velocidad máxima: 340 km/h a una altura de 1200 m
Autonomía con carga máxima: 860 km
Altitud máxima: 9000 m
Peso de despegue: 2200 kg
Envergadura: 10,50 m
Longitud: 8,33 m
Altura: 3,21 m

Caza monoplaza Messerschmitt Bf 109 F

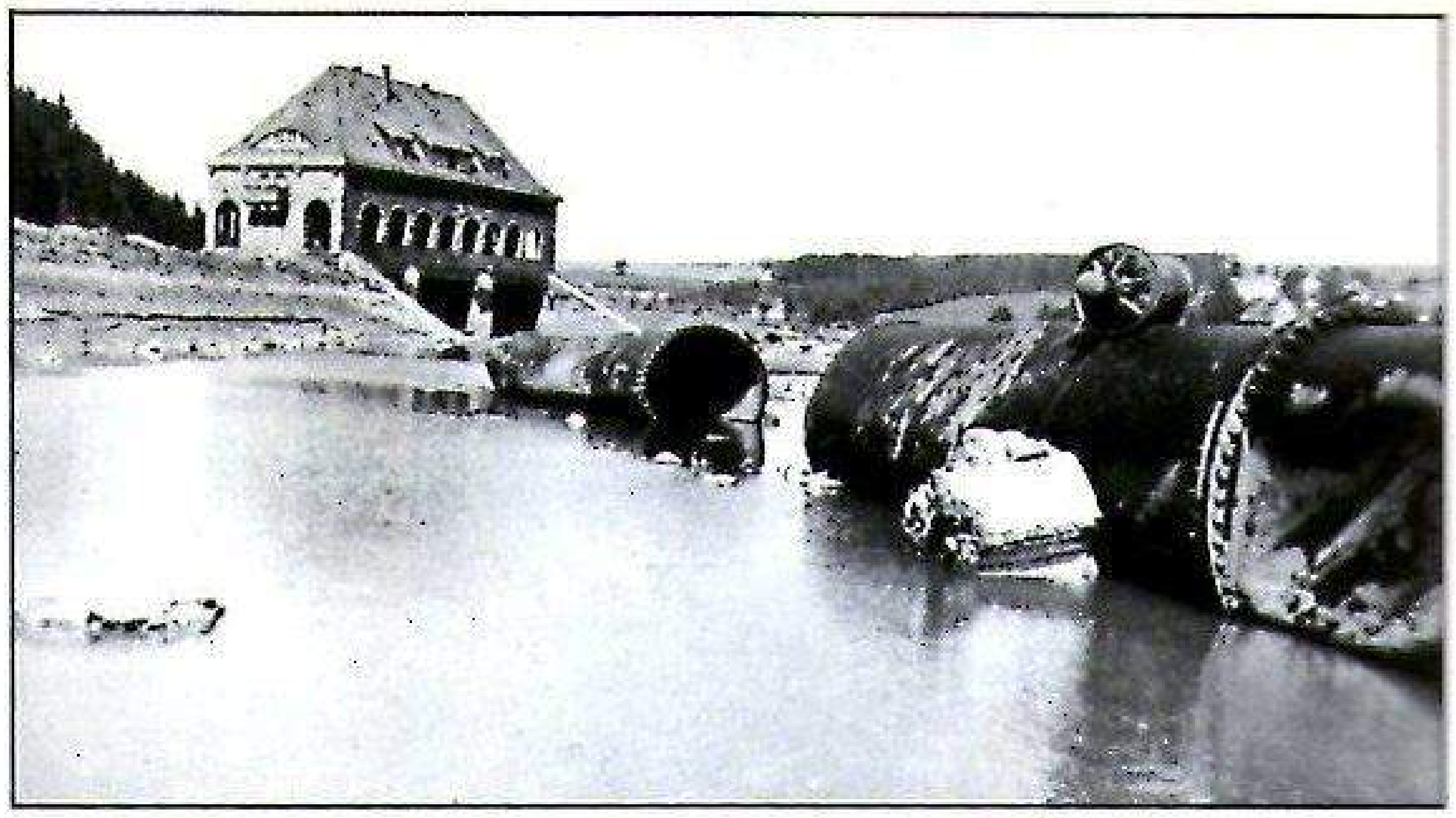




Propulsión: motor Daimler-Benz DB 601 N, doce cilindros en línea, 1200 CV
Armamento: una ametralladora de 15 mm, cañón 151/15, dos ametralladoras de 7,92 mm
Velocidad máxima: 595 km/h a una altura de 5200 m
Autonomía: 590 km
Velocidad de ascensión: 16 m por segundo a ras del suelo
Altura máxima: 11.000 m
Peso: 3062 kg
Envergadura: 9,92 m
Longitud: 8,94 m
Altura: 3,67 m



LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



La presa de Möhne tras el ataque británico el 16/17-V-43.

Möhne, pantano del, cerca de Günne. Construido entre 1908 y 1913. El muro de contención era de 45 m de alto y su capacidad total de 135 millones de m³. En la noche del 16-17-V-1944 los bombarderos británicos realizaron un ataque contra los pantanos de Möhne, Eder y Sorpe así como contra las instalaciones industriales del Ruhr. Como resultado del ataque el muro quedó destruido. Perecieron unas 1200 personas, pero la industria del Ruhr no sufrió grandes pérdidas.

Mölders, Werner, coronel de la *Luftwaffe* (mediado 1941); nació el 18-III-1913 en Gelsenkirchen, y murió en Breslau el 22-XI-1941, al ser derribado su aparato. Participó en la guerra civil española con la Legión Cóndor (14 derribos); también en la campaña del Oeste, julio del 40, como comandante en jefe de la 51 Escuadrilla de cazas; en el verano del 41 fue trasladado al frente oriental. El 16-VII-41 fue el primer soldado de la *Wehrmacht* en recibir la Cruz de Caballero con hojas de roble y brillantes. Poco después era coronel y general de Cazas. En total Mölders contaba con 115 derribos.

Molotov, Viaceslav (V. Skriabin), político soviético. Nació en Kurkaka el 9-III-1890. Se afilió al PC en 1906. Fue cofundador de la «Pravda». En 1926 pasó a formar parte del «Politburó», siendo uno de los confidentes de Stalin. En 1939 sucedió a Litvinov en el Ministerio de Asuntos Exteriores y fue el encargado de negociar el pacto con Hitler que decidió la suerte de Polonia, cubriendo de paso las espaldas al Reich, lo que permitió al *Führer* iniciar tranquilo la guerra. Fue cesado como ministro de Asuntos Exteriorés en 1956 y el 29-VI-1957 se le retiraron todos sus otros cargos, pasando a Mongolia en calidad de embajador.

Molotov, cóctel, nombre que se da a las botellas de líquido inflamable empleadas en la lucha anticarros. *Guitarra Molotov:* nombre dado a las pistolas ametralladoras soviéticas.

Moltke, Helmuth James, conde de, resistente alemán. Nació en Kreisau el 11-III-1907 y murió en Berlín-Plötzensee (ejecutado) el 23-I-1945. Agricultor y jurista. Entre 1939-1944 especialista en Derecho Internacional en el Alto Mando de la *Wehrmacht.* Desde el principio fue enemigo declarado del nacionalsocialismo al que consideraba como la encarnación de la «estrechez de espíritu, de la violencia, la presunción y la intolerancia». Alrededor de él se agrupó el llamado «Kreisauer Kreis» (grupo de intelectuales enemigos del régimen). Fue detenido en enero de 1944 por haber advertido a un amigo que la Gestapo le seguía los pasos. Pese a que no se le pudo probar ningún delito, fue condenado el 11-I-1945 por haber participado en los preparativos de un acto de alta traición.



El «as» de la Aviación W. Mölders, modelo para la juventud.

Montecassino, monasterio benedictino fundado en el año 529 en lo alto del monte del mismo nombre a 519 m de altitud sobre la ciudad de Cassino, en el sur de Italia. Entre el 15-I y el 18-V-1944 se combatió allí encarnizadamente, tomando parte tropas indias neozelandesas, francesas y polacas. Pese a que en el monasterio no se encontraba ningún alemán fue totalmente destruido por la aviación americana por orden del general neozelandés sir Bernard Freyberg. Inmediatamente después el monasterio fue incluido en la posición defensiva de la División 1 alemana de paracaidistas. En la noche del 18-V-1944 soldados polacos ocuparon las ruinas que pocas horas antes habían abandonado las fuerzas alemanas. La biblioteca y los objetos de arte del monasterio se salvaron de la destrucción gracias al teniente coronel Julius Schlegel.

Montgomery, Bernard, vizconde de El-Alamein y Hindhead. Mariscal británico. Nació en Kensington/Londres el 17-XI-1887, y murió en su casa de campo en Hampshire el 24-III-76. En 1939/40 jefe de la división 3 que combatió en Francia (Dunkerque). Noviembre 1941, jefe de la zona suroriental inglesa. El 13-VIII-1942, jefe del Ejército 8 en Egipto, con el que ganó la batalla de El-Alamein y derrotó al *Panzerarmee* ítalo-germano en África. En 1943 en Sicilia e

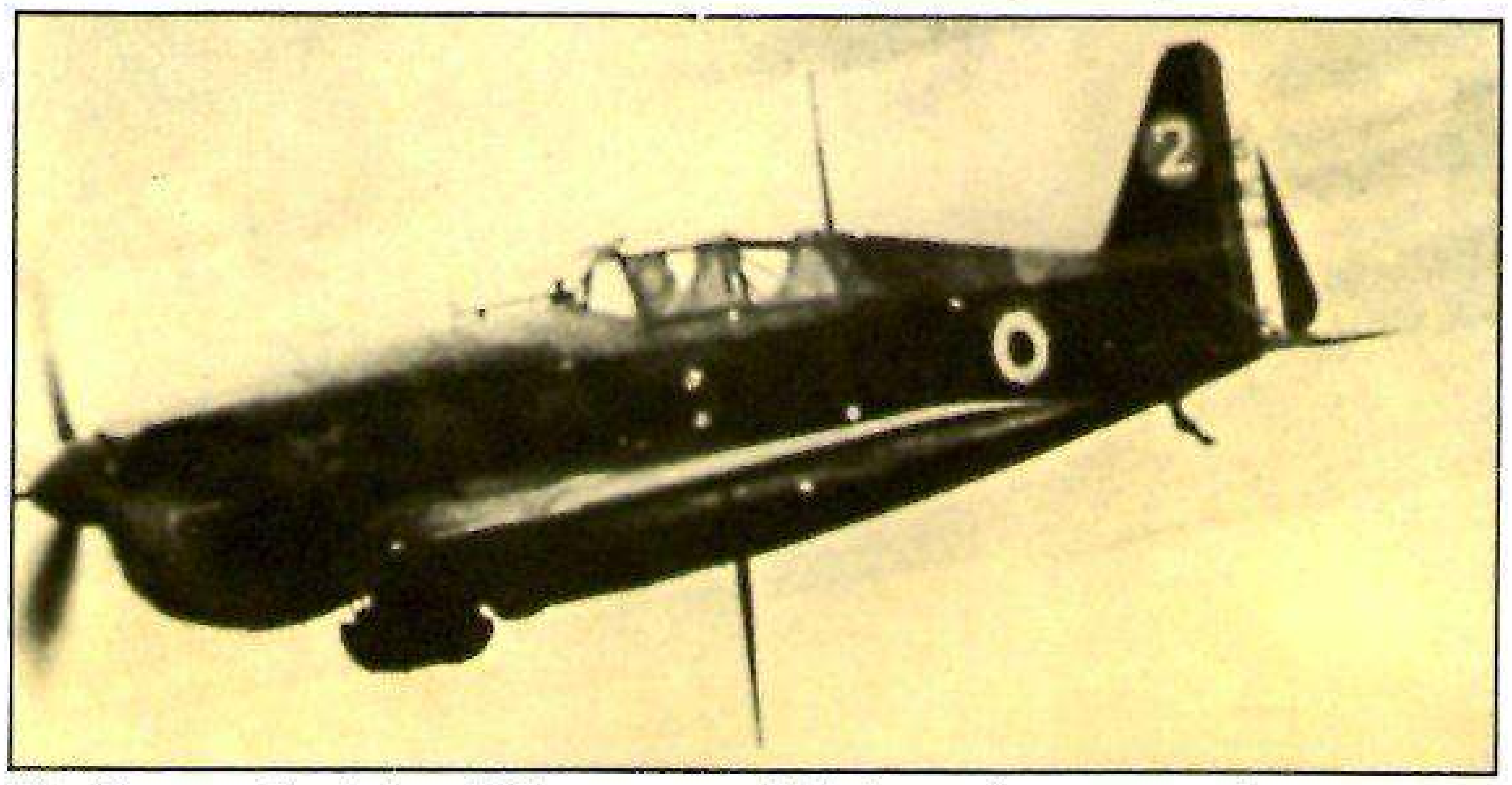


Ni siquiera el vencedor sonríe: Montgomery (derecha) con el general von Thoma, prisionero (11-XI-1942).

Italia. En diciembre de 1943 pasó a mandar el contingente de tropas británicas llamadas a participar en la invasión aliada. El 30-V-1945 - 26-VI-1946 jefe de las tropas británicas de ocupación en Alemania. El 26-VI-1946 jefe del Estado Mayor del Imperio Británico. De 20-III-1952 hasta agosto de 1958, jefe de las fuerzas de la OTAN.

y los Aliados originando el comienzo de la guerra fría.

Moscú, capital de la Unión Soviética. En 1940 tenía casi 4 millones de habitantes. Uno de los objetivos principales al iniciarse la invasión alemana (Hitler dijo el 8-VII-1941 que pensaba arrasar Moscú «para impedir que se quedara allí gente a la que tendríamos que alimentar durante el invierno»). 21-22-VIII-1941 primer ataque aéreo. 6-IX-1941 directiva de Hitler n.º 35 sobre el ataque a Moscú del Gr. de Ejerc. Centro; el ataque comenzó el 2-X-1941; el 7-X prohibió Hitler admitir una capitulación de la ciudad; 16-X huida del Gobierno soviético y del Cuerpo diplomático. Tregua por el período de los barros. El 15-XI-1941 la vanguardia de los zapadores del Batallón 62 acorazado alemán llegó a 8 km de Moscú y 20 del Kremlin. Más cerca ya no llegarían los alemanes; el ataque se suspendió el 5-XII-1941 y el 5-I-1942 tuvo que retroceder la parte central del frente alemán ante Moscú.



El «Morane Saulnier 406» era muy inferior a los cazas alemanes.

Morane Saulnier 406 (M. S. 406). Avión de caza francés de una sola plaza. Al comenzar la guerra el avión más abundante y efectivo de que disponían los franceses, junto al proyecto Marcel Bloch (hoy Dassault) *MB 152* y el *Curtiss H 75* americano. Al comenzar la ofensiva tenía Francia 278 *MS 406* que pronto se revelaron muy inferiores al *Messerschmitt Bf 109*. Se exportaron a Suiza, Turquía y Finlandia que además recibió después de la derrota de Francia, de manos alemanas, 75 aparatos. Datos: 1 motor de 1100 CV; velocidad máxima: 485 km/h a 4000 m de altitud; armamento: 1 cañón de 20 mm y 2 ametralladoras de 7,5 mm.

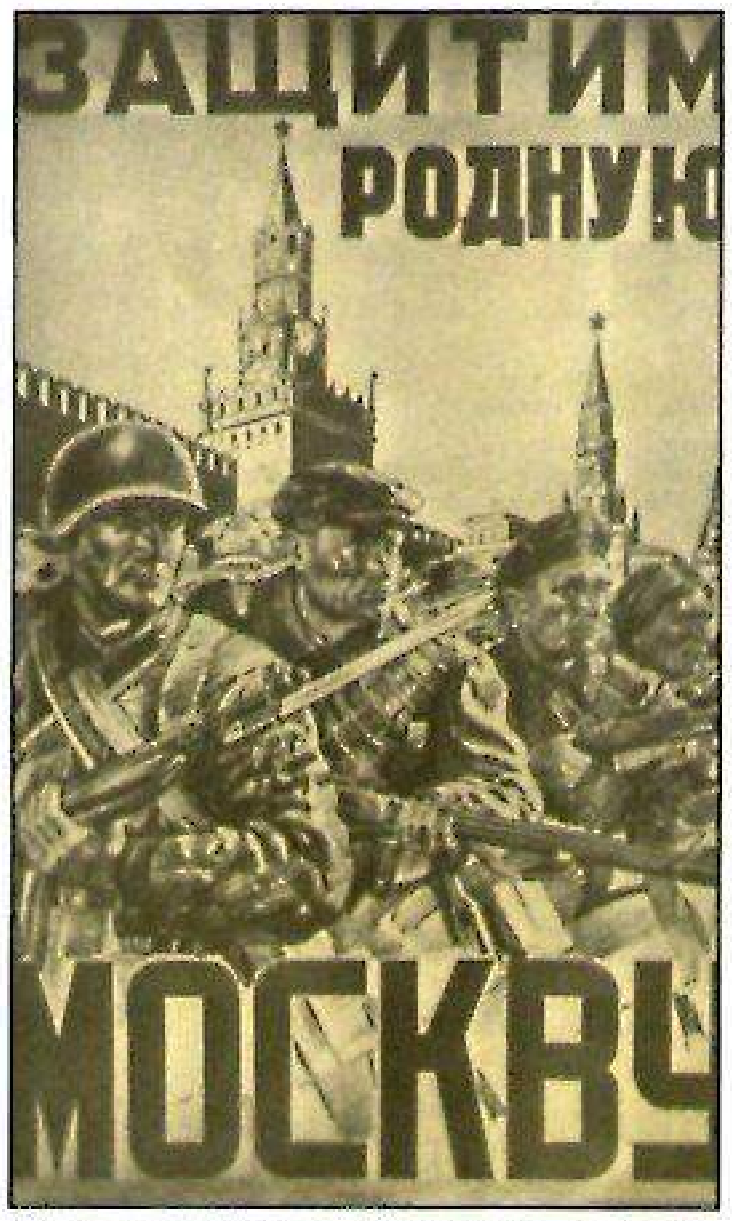
Morgenthau, Henry, Jr., político americano. Nació en Nueva York el 11-V-1891 y murió en las inmediaciones de la misma ciudad el 6-II-1967. De 1934 a 1945 fue ministro de Hacienda del presidente Roosevelt de cuya política «New Deal» fue coautor. A él se debe el Plan Morgenthau presentado en la Conferencia de Quebec (11/19-IX-1944). Según ese plan Alemania debía ser dividida y desmilitarizada después de su derrota y tanto la cuenca del Ruhr como las rutas fluviales internacionalizarse. En resumen: Alemania debía dejar de ser una nación industrializada para convertirse en agraria. El plan admitido en principio fue rechazado por Roosevelt y Churchill ante la protesta de otros ministros; influyó, sin embargo, grandemente en la política de ocupación de los EE UU, perdiendo efectividad ante la tensión que se desencadenó entre la URSS



El mercado de vituallas de Munich, después de un bombardeo aéreo.

Moscú, Conferencias de, nombre con el que se conocen tres reuniones celebradas en la capital soviética por políticos aliados. 19-30-X-1943 conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores: Hull (EE UU), Eden (Gran Bretaña) y Molotov (URSS) en la que se acordó: colaborar hasta el final de la guerra; fundar las Naciones Unidas; la entrada de la Unión Soviética en la guerra contra el Japón; el restablecimiento de la democracia en Austria e Italia y el procesar a los criminales de guerra alemanes. 9-18-X-1944, entrevista Stalin-Churchill. Temas: Cuestión polaca; distribución de zonas de influencia en los Balcanes (Rumania, Bulgaria y Hungría: 70 % soviética y 25 % anglo-americana; Grecia, 75 % británica, 25 % soviética; Yugoslavia: 50 % británica, 50 % soviética). 10-III/24-IV-1947, conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de las potencias vencedoras, ya bajo la tirantez entre el Este y el Oeste. Temas: Tratado de paz con Alemania; desarme; desmilitarización, tratado con Austria, etcétera.

Moskalenko, Kiril Semionovich mariscal de la Unión Soviética. Nació el 11-V-1902 en Gritschino/cuenca del Doniets. Ingresó en el Ejército Rojo en 1920. Durante la guerra contra Finlandia –invierno 39/40– fue comandante de artillería de la División 51. Durante la invasión de Besarabia en 1940, comandante de artillería del Cuerpo de cazadores XXXV. Durante la segunda Guerra fue además jefe de Brigada de un Cuerpo de Artillería, de un Grupo mecanizado y de un Cuerpo de Caballería. Entre finales de 1941 y 1943 fue sucesivamente jefe de los Ejércitos 6, 38 y 1, del Ejército 1 acorazado y nuevamente del Ejército 38, al que volvió hasta la conquista de Checoslovaquia en 1945, tras haber mandado durante un corto plazo del 40. 1948-1953



Cartel soviético invitando a la defensa de Moscú.

estuvo destinado a la defensa aérea. 1953/1960 gobernador militar del distrito de Moscú. 1960/1962 jefe de los grupos estratégicos de cohetes. Desde abril de 1962 subsecretario del Ministerio de Defensa soviético.

Mosquito, bombardero rápido de la firma Havilland, construido en su mayor parte con madera de balsa. Este aparato, debido a su excelente construcción (lo llamaban «la maravilla de madera»), superaba incluso a los cazas alemanes y, especialmente en vuelo de altura, sus resultados eran muy superiores. El primer vuelo de este prototipo tuvo lugar el 25 de noviembre de 1940, en su primera versión, es decir, como aparato de observación. También como elemento de observación se desarrolló una segunda versión que entró sistemáticamente en servicio a partir de la primavera de 1942. El 30 de enero de 1943 llevó a cabo el primer ataque aéreo contra Berlín. Su maniobrabilidad y rapidez permitieron su utilización también como caza nocturno. De la serie de cazabombarderos nocturnos *MK 6*, se construyeron 2718 ejemplares; en total, fueron 7781 «Mosquitos» los fabricados. La versión del «Mosquito» de observación D 16, tenía 2 × 1680 CV, 656 km de velocidad máxima a una altura de 7900 metros, un radio de acción como bombar-

dero de 2200 km, un techo máximo de 11.280 metros y una capacidad de carga de 1800 kg. No llevaba equipo defensivo.

Mountbatten, Louis F. Albert, Earl de Birmania desde 1947 y almirante británico de la Armada (Gran Almirante: 21-X-1956) y político. Nació el 25 de junio de 1900 en Windsor. Desde septiembre de 1943 hasta mayo del 46, fue comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas del Sudeste Asiático. En 1947 fue el último virrey británico de la India. En 1947 y 1948 fue gobernador general de este mismo territorio. De 1952 a 1954, comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN en el Mediterráneo. De 1955 a 1959, primer Lord del Mar del Almirantazgo británico. De 1959 a 1965, jefe del Estado Mayor de la Defensa.

«Movimiento en hoz», nombre dado por Churchill a la propuesta de operación del general v. Manstein para un ataque al Oeste, que se tradujo en el plan de marcha del 24-II-1940: avance con fuertes contingentes de carros a través de las Ardenas, rotura del frente aliado entre Namur y Sedán para envolver por el sur los ejércitos aliados situados en Bélgica, avanzar hacia el Oeste en la región al norte del Marne, Aisne y Somme, y alcanzar finalmente la costa del Canal en Bologne. Con ello se pretendía separar los Aliados que luchaban en Bélgica del grueso de las fuerzas francesas. A causa de la débil ocupación del frente entre Sedán y Namur, y de la sorpresa ejercida por el enemigo, el plan alemán pudo llevarse a cabo con éxito.



Benito Mussolini



En un tiempo récord de 117 días se montó el caza de la North American «P-51 Mustang».

Munich, capital de Baviera. En 1940 tenía aproximadamente 330.000 habitantes. Sufrió fuertes ataques aéreos en septiembre de 1942, septiembre y octubre de 1943, noviembre y diciembre de 1944 y, el más fuerte de todos, el 7 y 8 de enero de 1945, cuando los británicos lanzaron 2175 toneladas de bombas sobre la ciudad. El 30 de abril de 1945 fue ocupada por el Ejército 7 de los Estados Unidos. La ciudad sufrió en conjunto la pérdida de 82.000 viviendas, es decir, el 33 % del total.

Murman, ferrocarril de, línea construida en 1915-17 e inaugurada en 1921 entre Leningrado y Múrmansk, en el mar del Norte, cubriendo un recorrido de 1451 km. En 1941/43 fue objeto de las operaciones conjuntas fino-alemanas, pero éstas no alcanzaron nunca la línea ferroviaria. Fue una de las principales para el transporte de los suministros bélicos de los Aliados a la Unión Soviética, desde Múrmansk al Sur.

Múrmansk, puerto soviético y punto de apoyo naval en el mar del Norte, en su parte septentrional. En 1939 tenía cerca de 117.000 habitantes. El puerto está libre de nieves durante todo el año, y es punto final de la línea de Murman. En la segunda Guerra Mundial fue objetivo frecuente de los ataques aéreos alemanes por ser punto de destino para los convoyes aliados de suministros.

Mussert, Anton Adriaan, político holandés nacido el 11-V-1894 en Werkendam; fue ejecutado en La Haya el 22-III-1946. Fundó en 1931 el Movimiento Nacional Socialista que ganó en importancia tras la ocupación de Holanda en mayo de 1940. Colaboró con los alemanes, y organizó el reclutamiento para formar la Legión de Voluntarios de los Países Bajos. De todas formas, subrayó siempre la independencia de Holanda y rechazó todos los esfuerzos para anexionar el país al III Reich. Toleró la deportación de judíos. En mayo de 1945 fue detenido y condenado a muerte como colaboracionista.

Mussolini, Benito, político italiano. Nació el 29 de julio de 1883 en Predappio (Forli); murió el 28 de abril de 1945 en Dongo (Como). En sus principios fue socialista, pero evolucionó en el transcurso de la primera Guerra Mundial hacia el fascismo. Fundó el 23-III-1919 los Fasci di Combattimento que a partir de 1921 se llamaron Partido Nacional Fascista, con el cual organizó la marcha sobre Roma que le permitió llegar al poder (a partir de 1925, con poderes dictatoriales). Al principio fue enemigo de Hitler, pero se aproximó a él después de la benevolencia mostrada por Berlín durante la contienda ítalo-abisinia (1935). Compartió también la intervención alemana en la guerra civil española. Paulatinamente fue cayendo bajo la dependencia de Hitler, de cuya ayuda precisaba para sus programas de conquistas. Durante la campaña de Polonia (1939) aún se mantuvo neutral; llevó a su país, que todavía no estaba preparado para la guerra, a la lucha contra Inglaterra y Francia, el 16 de junio de 1940. Las derrotas militares de Albania (1940/41) y de Libia, en los mismos años, sólo pudieron compensarse por la ayuda alemana y determinaron el desmoronamiento de la autoridad del «Duce». El 25 de julio de 1943 el rey Víctor Manuel III ordenó que fuera detenido. El 12-IX-1943 le liberaron paracaidistas alemanes. A partir de entonces, Mussolini presidió un Gobierno títere en el Norte de Italia. Al desplomarse las fuerzas del Eje, Mussolini fue apresado en su huida por elementos de la Resistencia y ejecutado junto con su amiga, Clara Petacci; los cadáveres de ambos fueron colgados de los pies.

Mustang, nombre con el cual era conocido el caza americano *North American P 51.* El prototipo fue creado en 1944 en un tiempo récord de 117 días por encargo británico, para sustituir al *Curtiss P 40.* A partir de diciembre de 1943, aparecen los *Mustang* en número creciente como aparatos de escolta de la Fuerza Aérea VIII estadounidense que actúa sobre Alemania. El modelo que se construyó en mayor cantidad (8236 unidades), es el *E 51 D* con carlinga cerrada, que escoltaba a los bombarderos americanos en marzo del 1944 hasta Berlín. Tenía un motor de 1450 CV, desarrollaba una velocidad máxima de 704 km/h a una altura de 7600 metros; altitud máxima: 12.200 m; radio de acción sin tanques adicionales: 2100 km. Armado con 4 ó 6 ametralladoras de 12,7 mm fijadas en las alas. Capacidad para transportar dos bombas de 450 kg o cohetes de 125 mm.

CRONICA

POLITICA | **CUESTIONES MILITARES** | **CULTURA Y TECNICA**

1943

Política

16. 3.: Hitler ordena que los distintivos por heridas recibidas en ataques aéreos enemigos se concedan a todos los hombres, mujeres y niños sin excepción alguna, al igual que está previsto para los soldados que resultan heridos en el campo de combate.

26. 3.: En un memorándum secreto dirigido a los generales justifica Carl Goerdeler la necesidad de un golpe de Estado.



Alcalde Carl Goerdeler.

7. -10. 4.: Mussolini, con su cortejo, es huésped de Hitler en el castillo Klessheim. El italiano insiste para que se negocie la paz en el Este a fin de tener libertad de acción en Occidente. Hitler le hace cambiar de idea. Goebbels: «El 'Duce' por lo que me ha contado el 'Führer' vuelve a estar en la debida forma por las conversaciones de estos cuatro días».

14. 4.: En Alemania comienza una gran campaña de prensa a cuenta de los cadáveres descubiertos en Katyn. A comienzos de abril habían encontrado los soldados alemanes en los bosques de Katyn la fosa común con más de 4000 oficiales polacos que habían sido fusilados por los rusos en 1939, a raíz de la entrada de éstos en Polonia oriental.

16. 4.: El almirante húngaro Horthy realiza una visita de dos días a Hitler en el castillo Klessheim.

19. 4.: Comienza la rebelión en el barrio judío de Varsovia. Los hombres de las SS, mandados por Stroop, arrasan la zona hasta el 16 de mayo.

27. 4.: Hitler recibe al jefe de Estado croata Ante Pavelic en Klessheim. Goebbels escribe sobre el encuentro: «En Croacia la situación es caótica. Cierto que Pavelic ha visitado al 'Führer', pero semejante encuentro sólo puede incrementar su prestigio exterior»

30. 4.: En su alocución a los trabajadores con motivo del «Día del trabajo 1943» el «Reichsleiter» Robert Ley dice sobre el comportamiento de los alemanes: «... Tan duro y flexible como el acero; tan fuerte y resistente como el cuero y tan orgulloso y firme como un germano: éste es el magnífico resultado de la educación nacionalsocialista del hombre alemán»

Cuestiones militares

1./2. 3.: Fuertes ataques aéreos contra Berlín causan los siguientes daños: 600 incendios de consideración; 20.000 edificios dañados, 711 muertos y desaparecidos, 1570 heridos.

4. 3.: Hitler autoriza «al mando militar competente para ratificar una sentencia de muerte que determine si la ejecución ha de ser fusilamiento, decapitación o garrote vil».

6. 3.: Rommel intenta una última e inútil ofensiva contra el Ejército 8 británico en el Norte de África.

6. 3.: Duros combates al Oeste de Járkov; la ciudad es conquistada el 16 de marzo por las tropas alemanas.

7. 3.: Hitler protesta ante Albert Spper «por la falta de cabezas rectoras en la 'Wehrmacht'»

8./9. 3.: A últimas horas de la tarde llegan al cuartel general del «Führer» noticias sobre el fuerte ataque aéreo contra Nuremberg (292 aviones británicos arrojaron 782 t de bombas). A raíz de esto Hitler reprocha a Goebbels y Speer el fracaso de la «Luftwaffe» y el deficiente mando de toda la guerra aérea.

10. 3.: Hitler recibe al mariscal Rommel que llega de Túnez. El objetivo es eliminarle sin llamar la atención pública. Rommel: «No hubo nada que hacer. Debía ir a reponerme».

13. 3.: En su vuelo de regreso desde Vinnitsa a Prusia oriental, Hitler visita el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos «centro», en Smolensk. El coronel von Treschkov aprovecha la oportunidad para entregar al teniente coronel Brand –del cortejo de Hitler– un paquete con dos minas de fabricación británica. Están camufladas como sendas botellas de «Cointreau». El mecanismo detonador falla y el avión del «Führer» llega indemne a su destino en Rastenburg.

21. 3.: Alocución de Hitler en Berlín con motivo del «día del héroe». En la visita que realizará después a una exposición de fotografías del frente oriental el comandante von Gersdorf proyecta llevar a cabo un atentado contra el «Führer». En los bolsillos de su abrigo lleva sendas minas; pero el mecanismo detonador precisa diez minutos y Hitler despacha la visita en dos.

3./4. 4.: Ataque aéreo contra la factoría Krupp en Essen: son alcanzados 27 edificios, 120 casas son destruidas y 4000 dañadas.

7. 4.: Hitler recibe al comandante en jefe de la Armada, gran almirante Dönitz y le impone la Cruz de Hierro con hojas de roble. Es el 223° hombre de la «Wehrmacht» en recibir la Orden de Caballero.

1. 3. - 30. 4.: Los submarinos alemanes hunden en el Atlántico, el Mediterráneo y el océano Índico 153 navíos mercantes aliados, con un total de 866.571 toneladas de registro bruto.

Cultura y técnica

4. 3.: Con motivo del 25 aniversario de la productora cinematográfica UFA, Hitler impone al fundador de la misma, Alfred Hugenberg, el águila del Reich alemán.

5. 3.: Con ocasión del mismo aniversario, se estrena la película en color «Münchhausen», dirigida por Joseph von Baky. Actores: Hans Albers, Brigitte Horney, Ilse Werner, etc. Calificación: especialmente recomendada desde un punto de vista artístico y como espectáculo.

15. 3.: De acuerdo con una disposición de la «Oficina del Reich para Vestidos», queda prohibida la venta de sombreros de fieltro hasta el 15.8. Quedan exceptuados los sombreros típicos de la población lugareña.

16. 3.: El responsable en el Reich para vidrio, cerámica y trabajo de la madera, ordena medidas unitarias para la construcción de ataúdes (ataúd 1: consumo máximo de 0,11 m³; ataúd 2: 0,12 m³).

22. 3.: En Breslau (el 15.5.43 en Berlín) se estrena la película «Compañera de verano» con Anna Dammann, Paul Hartmann, Victoria von Ballasko, Gustav Knuth, etc. Calificación: recomendada artísticamente y como espectáculo.

26. 3.: Con motivo del «Día de la responsabilidad de la juventud», Correos emite un sello especial de 6 + 4 pfenning.



El sello especial con motivo del «Día de la responsabilidad de la juventud».

27. 3.: En Gottinga son condenados a prisión dos menores de edad por haber pescado más de 50 kg de peces en el río Wesel con granadas de mano robadas.

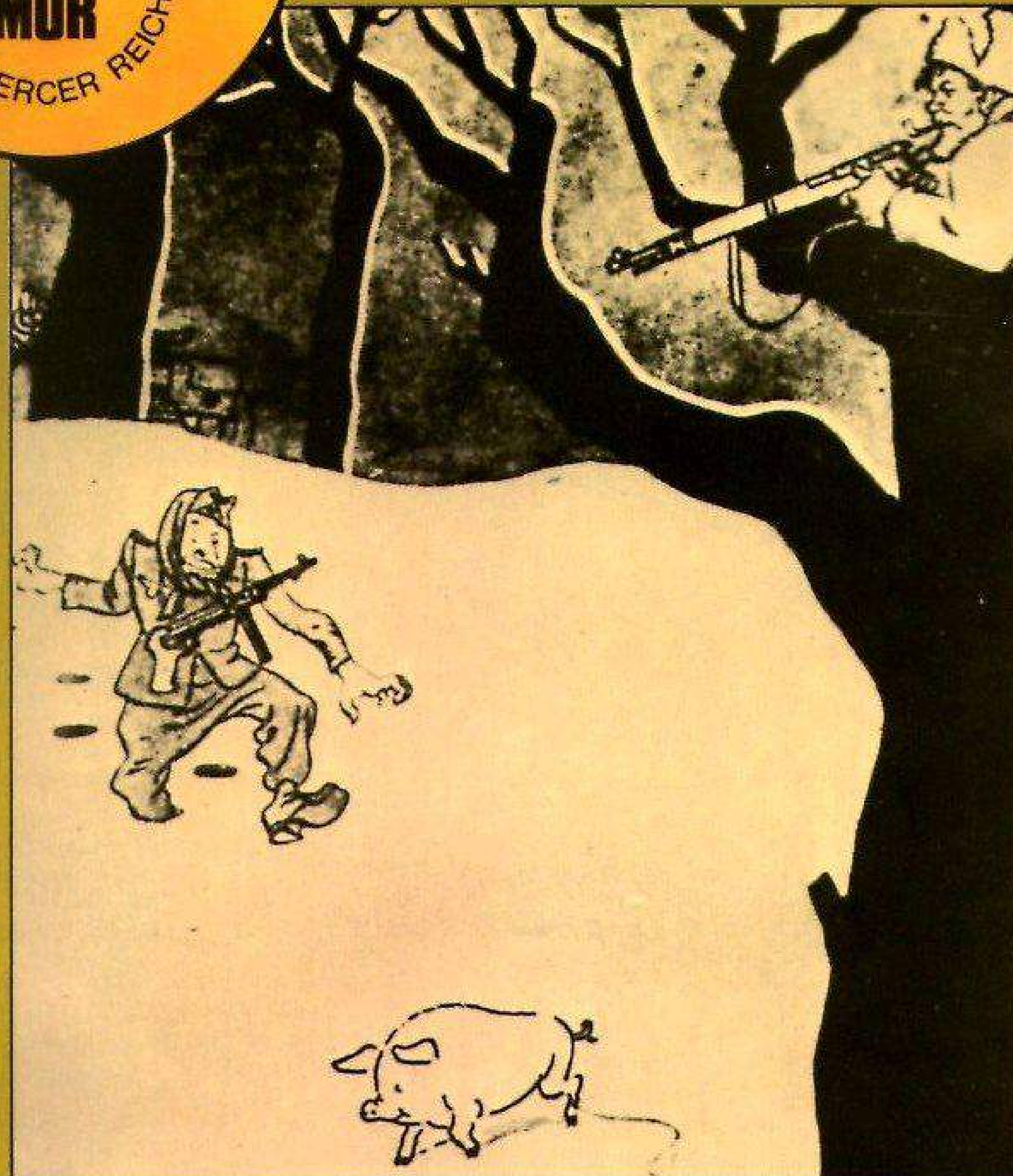
1. 4.: El encargado en el Reich para metales preciosos prohíbe la talla y el trabajo de piedras preciosas, diamantes y perlas auténticas.

11. 4.: Por motivos económicos se juega la primera vuelta del Campeonato alemán de Fútbol 1942-43, sólo entre los equipos de distritos (Gau) vecinos.

13. 4.: Con motivo del 54 cumpleaños de Hitler, Correos emite 6 sellos especiales. El correspondiente diseño es obra del profesor de arte de Munich, Gottfried Klein, según una foto de Heinrich Hoffmann.

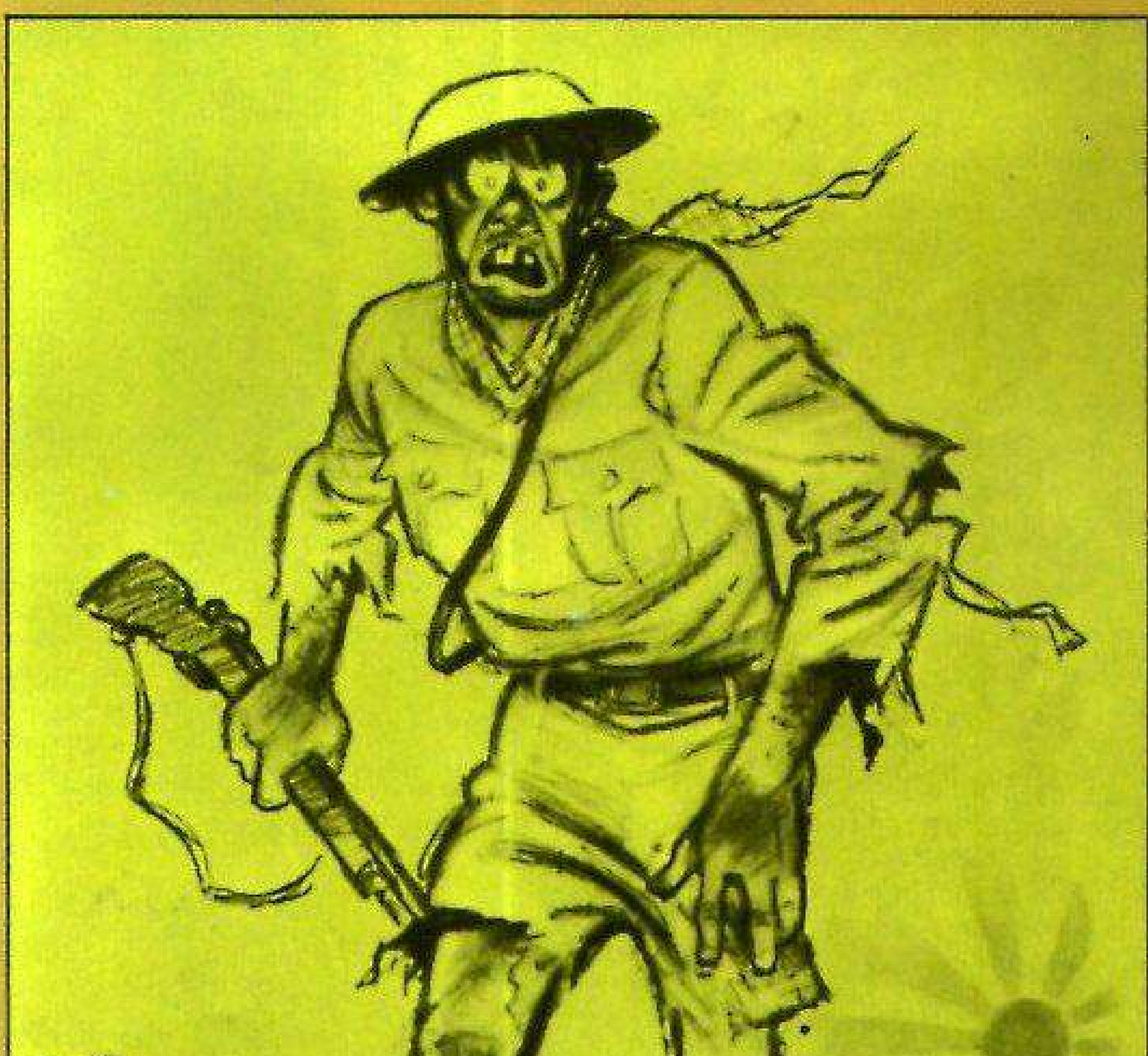
L' HUMOR EN EL TERCER REICH

Cuestación a beneficio del «Auxilio de invierno». Schael no logra un solo donativo mientras Tunnes tiene la hucha llena.
–¿Cómo lo logras?
–Muy fácilmente, yo pido para el nuevo gobierno.



Una caricatura soviética sobre la actividad de las guerrillas rusas en el Este. B. Jefimow demuestra la manera de atraer hacia el bosque a los soldados alemanes del ejército de ocupación.

«El camino hacia la nada», se titula esta caricatura con que los nacionalsocialistas celebraban los triunfos japoneses en el Extremo Oriente:
Desde Birmania viene rondándoles la muerte
Por más que crean en su buena suerte
que el Tommy toma el fusil que mata
pero el tiro le sale por la culata.



La carrera por el dominio del Atlántico, la dramatiza este dibujo del «Daily Mirror» de Londres: ¿Logrará reponerse de sus pérdidas la industria aliada? (abajo a la derecha).



Operación "Barbarroja"- VI

Werner Richter

SEBASTOPOL



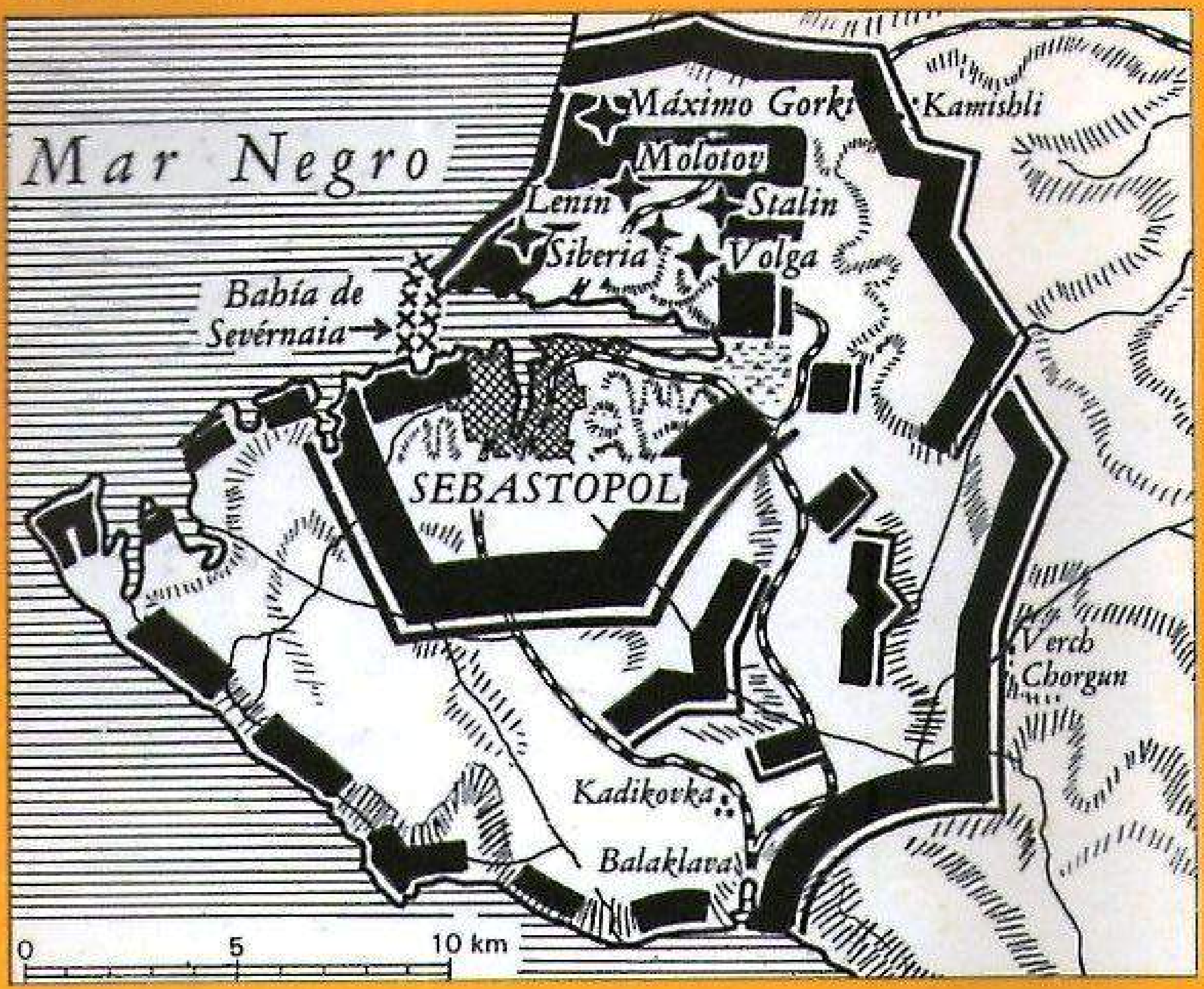
El general von Manstein (a la derecha) comenta la situación, en un puesto avanzado, con el general von Richthofen (VIII «Fliegerkorps»).

1300 piezas de artillería y lanzacohetes, apoyados por los bombarderos de la «Luftwaffe», machacaron durante 5 días las posiciones defensivas de la mayor fortificación naval y terrestre de la segunda Guerra Mundial, en Sebastópol. Al término de la preparación artillera las tropas se lanzaron al asalto. Tras 27 días lograron conquistar la posición. A partir de entonces, la «Wehrmacht» tenía la retaguardia libre de enemigos para avanzar hacia el Cáucaso y Stalingrado.

La gran batalla al sur de Járkov no fue la única batalla de aniquilamiento registrada antes de la ofensiva alemana del verano de 1942.

Hay que tener presente que el frente de Isium, en el que se inició la ofensiva, no era tampoco la única espina en la carne de los agresores alemanes. Abajo, en el Sur, los rusos se habían hecho fuertes desde enero en la parte oriental de Crimea, la península de Kerch y seguían como antes en Sebastópol. Kerch dominaba uno de los caminos que llevaban al Cáucaso, cosa tan evidente para los alemanes como para Stalin. Por eso había estacionado allí el dictador soviético tres ejércitos, en la porción más estrecha de la lengua de tierra que la une con el continente; en el paso de Parpach, de sólo

Mapa de las fortificaciones de Sebastópol. Los fortines al norte de la bahía de Sevérnaia ofrecieron una resistencia tenaz.





El mortero alemán «Thor», de 600 mm, uno de los gigantes de la artillería empleados en el bombardeo de Sebastópol.

Los combatientes de Crimea recibieron este escudo distintivo que iba cosido en la parte superior derecha de la manga.



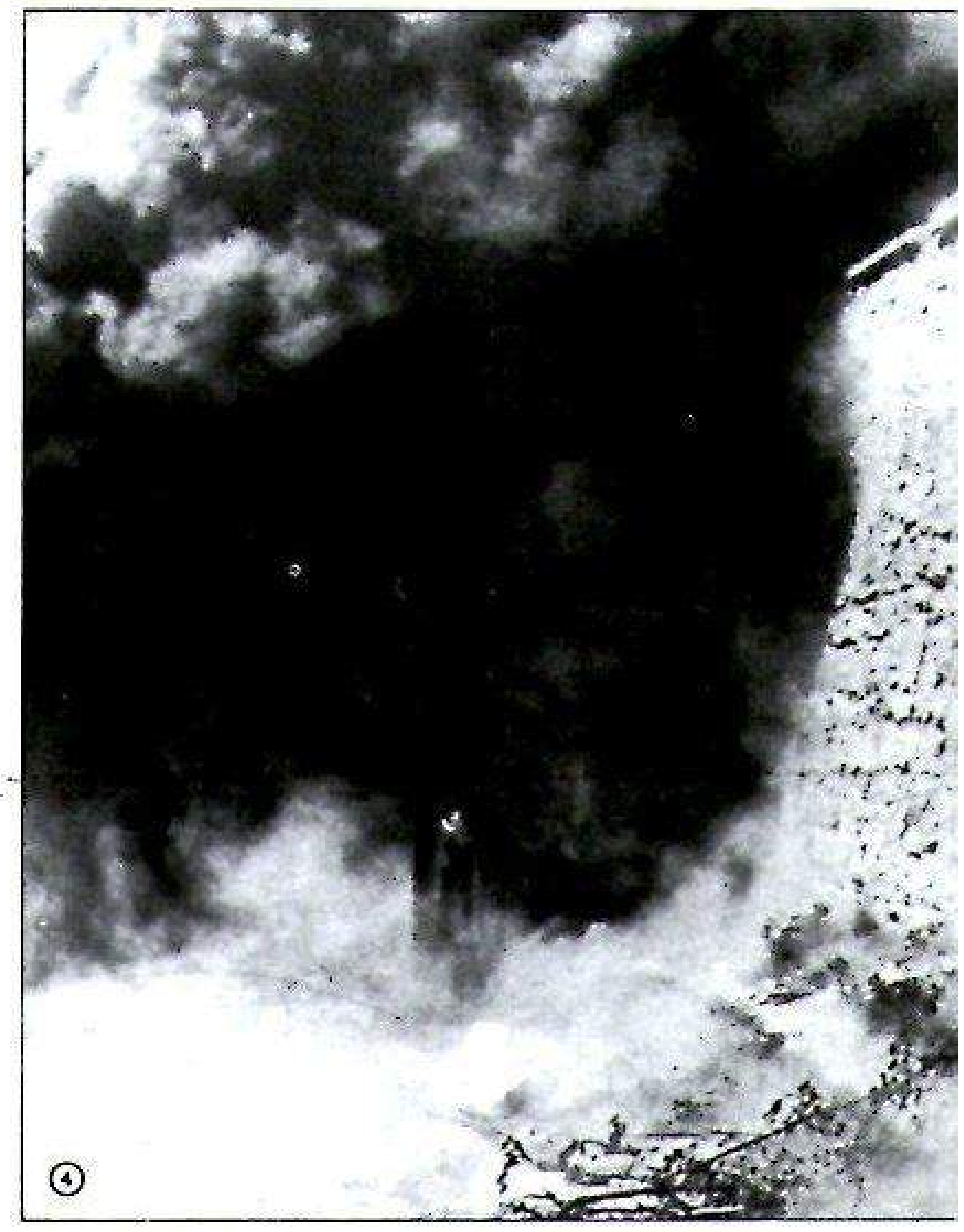


18 km de anchura: diez mil hombres por km y diez por cada metro. Y esto no era todo: a lo largo de la línea defensiva, había mandado cavar un foso contracarros de 10 metros de anchura y cinco de profundidad. Le precedía un campo minado y detrás seguían enormes alambradas como última línea defensiva.
Era un enfrentamiento desigual: Manstein, con el Ejército 11, contra tres ejércitos rusos, todos ellos en una posición defensiva casi ideal. Pero Manstein no hubiera sido Manstein si no se le hubiese ocurrido nada. Por de pronto, no lanzó su ofensiva sobre el sector Norte, donde se le ofrecía una situación favorable, razón por la cual los rusos le esperaban con dos ejércitos.

Botes en el foso contracarros

Manstein ataca en el extremo Sur del foso contracarros, justamente allí donde más difícil parece franquearlo. Y para lograr el primer paso decisivo hacia el otro lado del foso, ha encontrado también un camino original.
En la noche del 8 de mayo, en la costa del mar Negro, al este de Feodosia, tropas de Infantería y zapadores de la División 132 suben en unas cuantas decenas de botes de asalto.
A las 3,15 horas suena el primer disparo con la señal de ataque. Morteros, artillería ligera y pesada, y bombas de los *Stukas* machacan las posiciones rusas. Éstas disparan con todas sus bocas de fuego. En el infierno de las explosiones pasa inadvertido el ruido de los motores de las lanchas de desembarco que se aproximan a la costa. A toda velocidad las barcazas se dirigen hacia el sitio en que el foso contracarros desemboca en el mar. Allí el foso parece un canal y está lleno de agua muchos metros tierra adentro; no es difícil para las embarcaciones de fondo plano penetrar en él. Al desembarcar, los hombres están ya disparando sus ametralladoras y, a los pocos pasos, se hallan dentro de la primera trinchera rusa. Los soldados del Ejército Rojo creen estar viendo visiones: se hallan desconcertados, no comprenden de dónde pueden haber salido aquellos alemanes que los dominan en pocos minutos. El golpe ha dado resultado, la sorpresa es completa y se ha establecido una cabeza de puente en la parte rusa.
El plan de Manstein cuaja por lo demás en todos sus puntos. En el intervalo de pocos días logran penetrar las tropas por el Sur, y las puntas de lanza de la División acorazada 22 avanzan rápidamente hacia el Este y giran luego hacia el Norte. A los dos días, el 11 de mayo, alcanzan el mar, con lo cual han logrado por primera vez cercar a un ejército ruso.





① En una profunda trinchera las tropas esperan la orden de lanzarse al asalto.

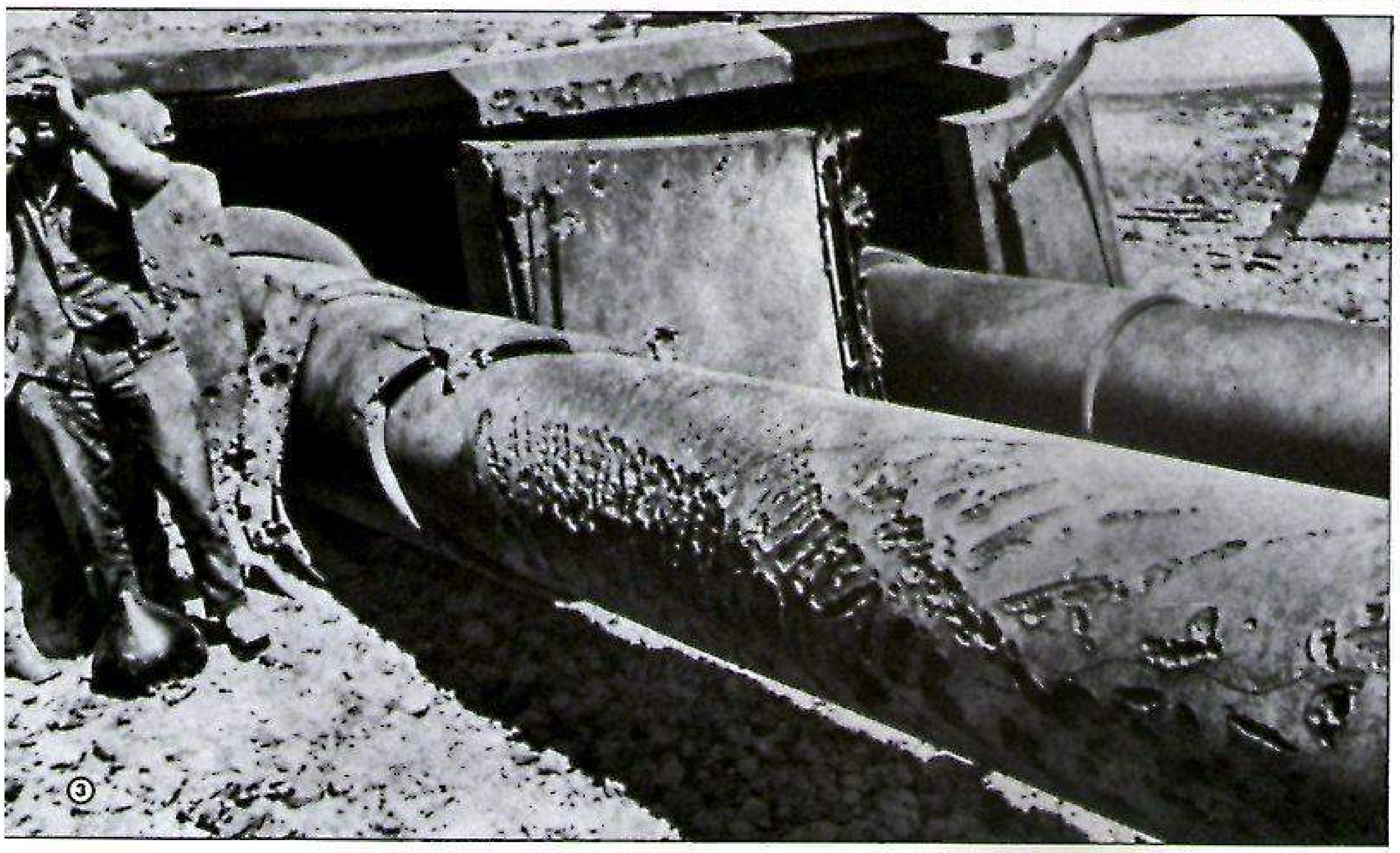
② Zapadores sobre el techo de la torreta blindada del «Máximo Gorki I».

③ Esta torre gemela del «Máximo Gorki I» fue destruida por una gran bomba de aviación. Los tubos de acero de los cañones muestran la huella de las muchas dianas de la artillería alemana.

④ Penosamente, los zapadores de la «Wehrmacht» se abren paso hacia el interior. Al fondo, la densa humareda de un arsenal volado.

⑤ La aviación y los cañones antiaéreos han destruido la parte antigua de la fortificación. Sobre las ruinas se pueden ver aún las piezas antiaéreas.









A los otros ejércitos no les va mejor. Manstein frustró todos sus intentos de escapar por mar. Después de ocho días han quedado aniquilados los 3 ejércitos rusos; 169.198 prisioneros se encuentran en poder de los alemanes, así como 1397 piezas artilleras y 284 blindados.

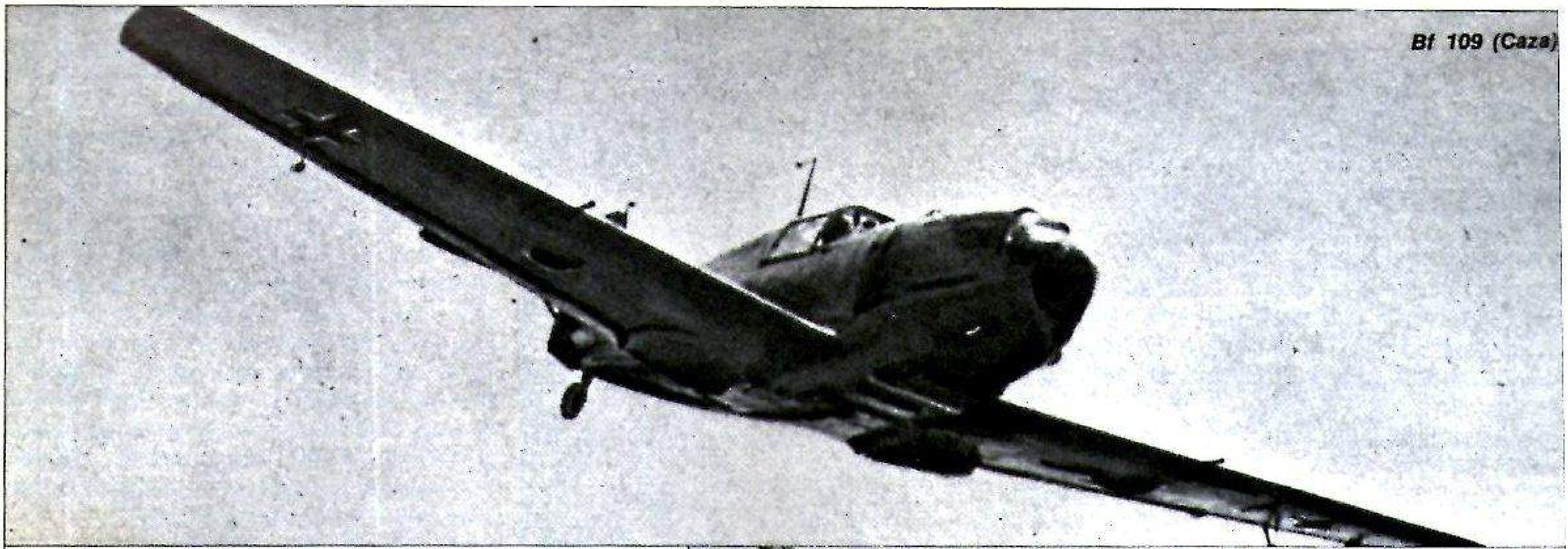
Dos días después de este éxito impresionante de 6 divisiones alemanas y 3 rumanas contra 3 ejércitos soviéticos, Manstein se halla sobre una colina al este de la ciudad de Kerch, prácticamente en el punto más oriental de Crimea. Es una mañana clara y se puede apreciar perfectamente la orilla opuesta de la península de Tamán, que dista sólo unos quince km. Desde allí el camino lleva hasta el Cáucaso, a los pozos petrolíferos de Stalin.

Sin embargo, el Ejército 11 de Manstein no puede emprender ese camino: a sus espaldas se halla todavía incólume la fortaleza de Sebastópol, cuyo puerto es una base operativa para las fuerzas navales rusas y, por lo tanto, una amenaza constante para las operaciones al este del mar Negro. De ahí que sea imprescindible la conquista de Sebastópol, la mayor fortaleza del mundo.

En las últimas semanas del año 1941, de mediados de noviembre a finales de diciembre, la ciudad había resistido a los más violentos ataques alemanes. No era una novedad: noventa años antes, en la llamada Guerra de Crimea, el cuerpo expedicionario turco-anglofrancés se estrelló contra las fortalezas de Sebastópol durante todo un año y sufrió numerosas bajas antes de que la ciudad cayera. Desde entonces se habían ampliado las fortificaciones antiguas con un enorme y moderno sistema de *bunkers,* de los que solamente se podían ver las macizas y pesadas cúpulas desde las cuales disparaban piezas automáticas y aun piezas de artillería naval de hasta 305 mm. El trenzado de bocas de fuego parecía cerrar eficazmente toda posibilidad de aproximación a la fortaleza.

En su primer intento de asalto el ejército de Manstein lo había comprobado con dolor y había comprendido que con el bombardeo normal previo a un asalto no había nada que hacer contra semejante fortín; lanzar a sus hombres contra las indemnes fortificaciones era una enorme carnicería que Manstein no estaba dispuesto a repetir. Había que prepararlo mejor.

Por eso, mientras el Ejército 11 limpiaba en la primavera la mitad oriental de Crimea, se concentró frente a Sebastópol el mayor número de piezas de artillería jamás visto durante la segunda Guerra Mundial. Eran en total 1300 piezas de todos los calibres las que el 3 de junio formaban el cerco en torno a



Bf 109 (Caza)

Luchamos en Crimea

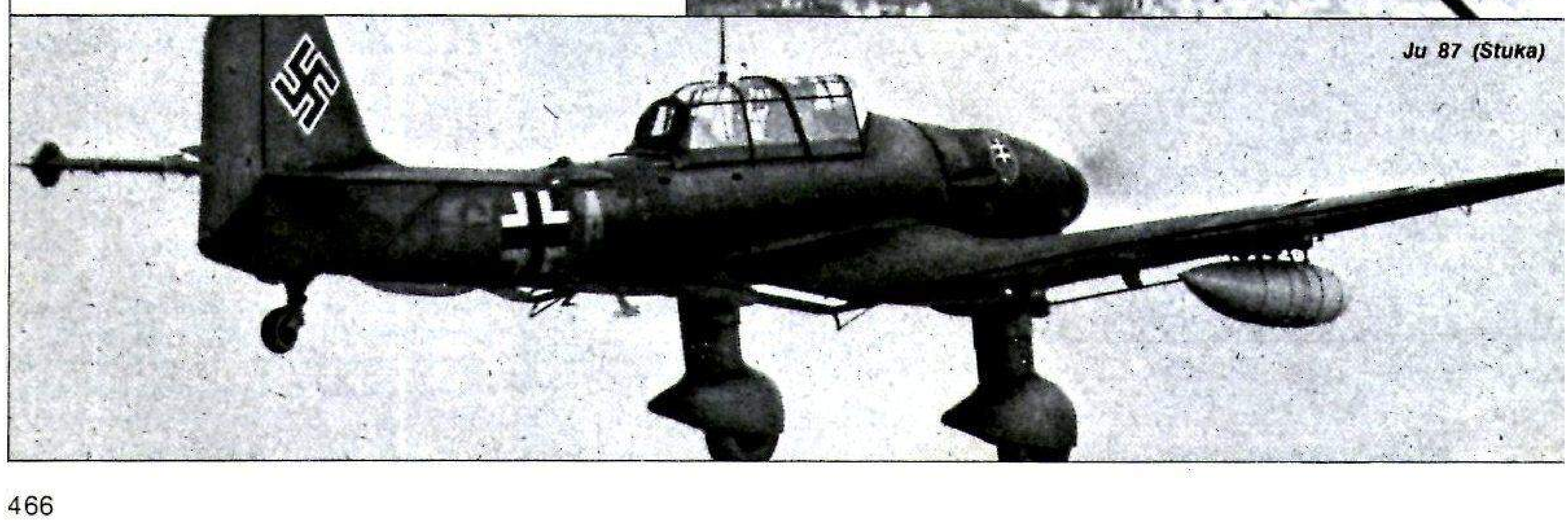
1941/42

KERCH-SEBASTOPOL

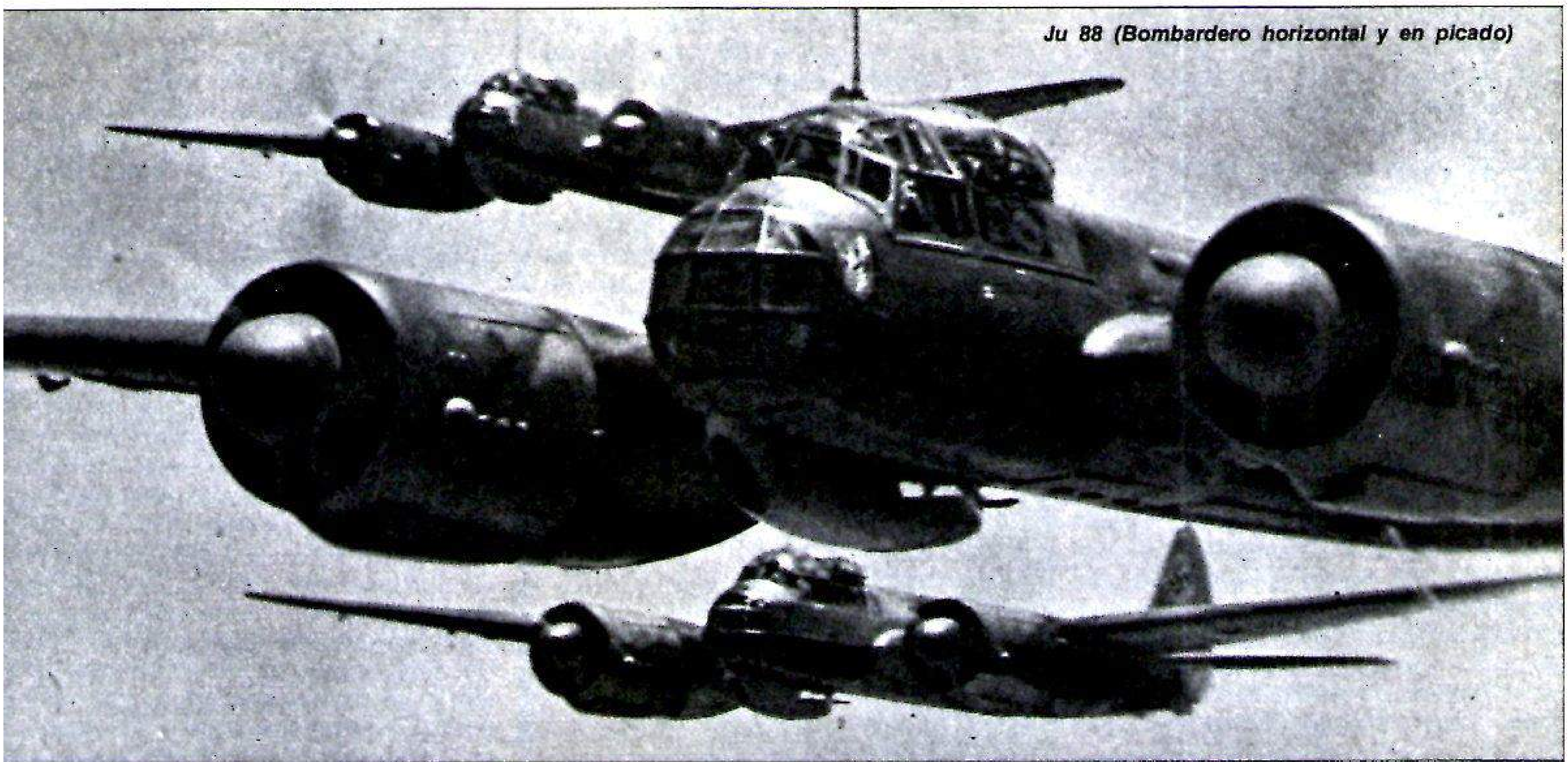
Páginas procedentes de un volumen conmemorativo de la Aviación alemana



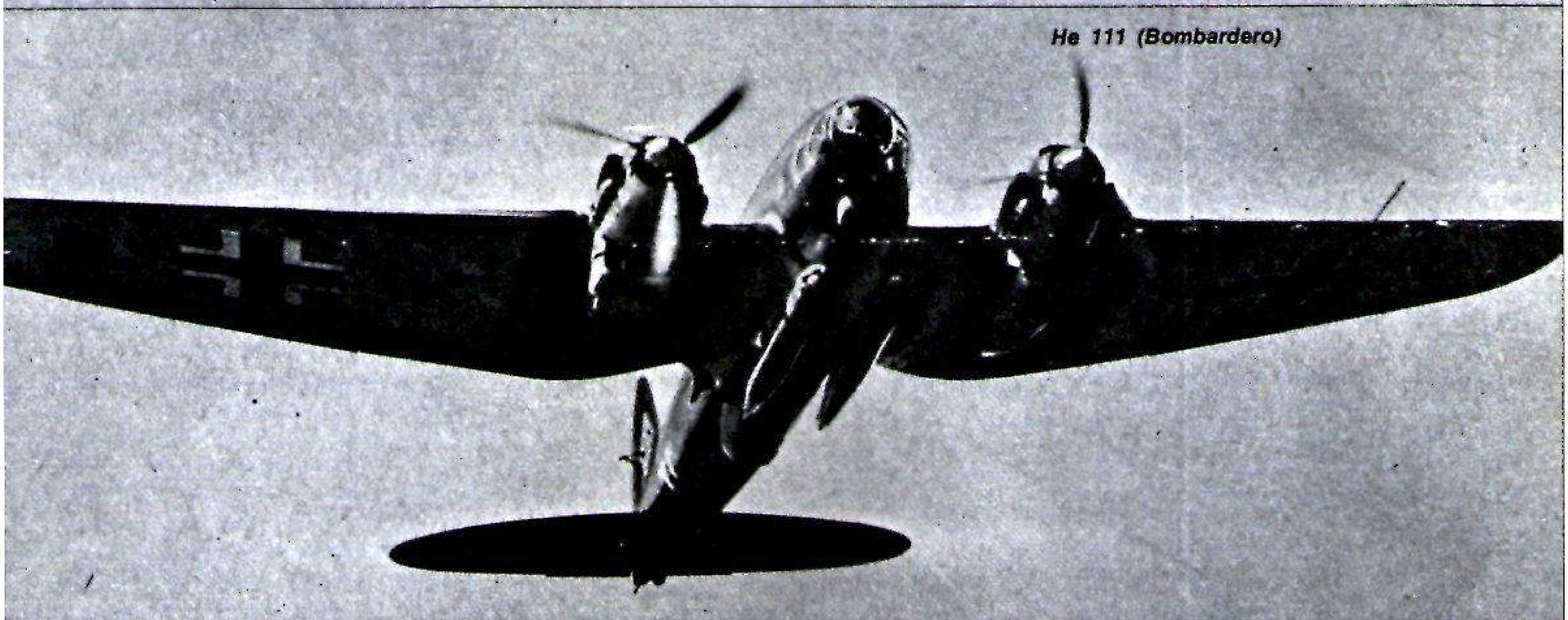
Fw 189 (Aparato de reconocimiento de corto radio de acción)



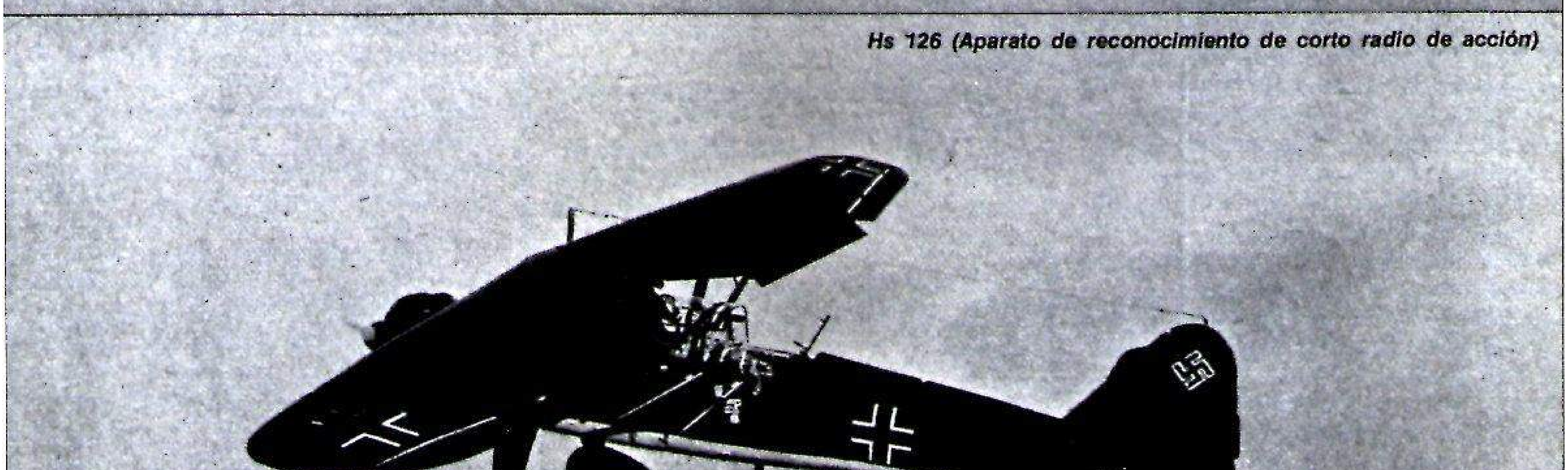
Ju 87 (Stuka)



Ju 88 (Bombardero horizontal y en picado)



He 111 (Bombardero)



Hs 126 (Aparato de reconocimiento de corto radio de acción)

Sebastópol y disparaban constantemente mientras los *Stukas* y los aviones de combate del VIII *Fliegerkörps* cooperaban bajo el mando del general von Richthofen.

Aquí se ve la diferencia frente a otras operaciones artilleras previas a un asalto: no fueron unas cuantas horas de bombardeo, sino cinco largos días de diálogo de cañones y aviones de bombardeo que destrozaron materialmente la fortaleza antes del asalto propiamente dicho.

Los alemanes habían aunado dos regimientos de lanzacohetes, 21 baterías en total, 576 tubos en un espacio reducidísimo. Entre ellos, piezas pesadas con una capacidad de destrucción correspondiente a los calibres de 280 y 320 mm; 324 piezas se disparaban en unos pocos segundos sobre objetivos perfectamente delimitados. El efecto de estos cohetes es tremendo; no tanto por el poder destructivo, sino por la onda expansiva que desencadenan.

La pieza más grande que se llegó a ver en esta guerra era «Dora», un cañón de 800 mm de calibre sobre afuste ferroviario, uno de los llamados «cañones de ferrocarril», pues semejante monstruo no se podía transportar por carretera. Para su traslado era preciso desmontarlo y repartirlo en 60 vagones; una vez puesto en acción, no podía disparar desde un tendido normal sino que necesitaba doble vía. Además, para poder actuar tranquilamente necesitaba dos baterías completas de piezas antiaéreas para su protección. En resumidas cuentas, para operar con el «Dora» se precisaban 4120 hombres mandados por un general.

Por el tubo de 32,5 metros del «Dora» se podían disparar granadas de 4,8 o de 7,1 t. Las primeras recorrían una distancia máxima de 47 km, las segundas de 38. Una sola granada de éstas, con su cartucho, medía unos 8 metros. El cañón «Dora» no era rápido. Llegaba a disparar, como máximo, 3 proyectiles por hora, lo que no se puede calificar de productividad, especialmente teniendo en cuenta el esfuerzo invertido y su rentabilidad bélica. De todas formas, a los constructores del «Dora» les resultó la intervención de Sebastópol extraordinariamente afortunada: una de las granadas de 7,1 toneladas fue a caer encima de un almacén de municiones, cavado a 30 metros de profundidad y en principio totalmente invulnerable para la artillería enemiga.

Mucho más útiles que el monstruo «Dora» se revelaron ante Sebastópol los llamados –con razón– «maravilla de la segunda Guerra Mundial»: los cañones antiaéreos de 88 mm. Esas piezas habían sido concebidas en un principio para luchar contra los bombarderos enemigos a 10.000 metros de altura. Desde principios de la guerra, y mucho más al comienzo de la campaña de Rusia, habían demostrado ser insustituibles en la lucha tierra-tierra; ya fuera para destruir los *bunkers* de tierra o cemento, o para detener a los carros pesados rusos del tipo *KW-1*, *KW-2* o el *T-34*, siempre había que recurrir al antiaéreo de 88 mm. En estas luchas decisivas se demostró la velocidad con que podía ser disparada esta pieza de artillería antiaérea.

El mito de Sebastópol

«Los alemanes bravuconeaban: el 15 de junio estará todo hecho, ese día beberemos champán en Crimea. Los expertos decían: esto es cuestión de días, quizás una semana. Nosotros conocíamos cuántos planes de ataque tenían los alemanes y ellos sabían cuán duro es defender una ciudad cuyas calles están todas cortadas. Pero se habían olvidado de algo: Sebastópol no es sólo una ciudad; es la gloria de Rusia, el orgullo de la Unión Soviética. Hemos visto la capitulación de ciudades, de fortalezas famosas, de estados enteros. Pero Sebastópol no se rinde. Nuestros soldados no juegan, luchan a vida o muerte. No dicen 'nos entregamos' cuando ven que el enemigo dispone de dos o tres piezas más sobre el tablero.»

Ilya Ehrenburg, escritor ruso, en la publicación «Estrella Roja» del 30 de junio de 1942, cuatro semanas después de comenzado el asedio de Sebastópol.

Otra vez ataque general

Durante 5 días el huracán artillero azotó Sebastópol, pero la ciudad seguía sin estar madura para el asalto. Cada vez que las divisiones de Infantería se aprestaban a avanzar, los rusos les oponían un muro de fuego. Aún había que conquistar uno por uno cada *bunker*, cada fortificación, cada nido de ametralladoras. Y en estas operaciones las bajas eran tan elevadas que la División 132 de Infantería tuvo que ser retirada del frente totalmente diezmada. Sin olvidar que al cabo de diez días empezaron a escasear las municiones. Varios comandantes de división aconsejaron interrumpir momentáneamente el ataque.

Pero Manstein se niega. Sabe que los refuerzos están en camino, que no puede reducir la presión y, en consecuencia, el 17 de junio ordena nuevamente un asalto general en todo el frente norte de las fortificaciones.

En ese punto sigue dominando en el campo de operaciones el gigantesco fortín «Máximo Gorki I» con sus piezas de artillería naval de 305 mm –montadas en torretas blindadas–. La coraza de hormigón –1 m de espesor– resiste todos los disparos, incluso los de los cañones antiaéreos de 88 mm.

Por fin se logra situar relativamente cerca del «Máximo Gorki I» dos morteros de 355 mm. También sus granadas especiales contra el hormigón resultan ineficaces. Pero con estas piezas se pueden disparar asimismo proyectiles especiales: los «Röchling». Estos enormes obuses de 1000 kg estallan tan sólo después de haber penetrado profundamente en el muro de cemento. Tres salvas de «Röchling» y el observador artillero anuncia: «Las torretas han saltado de sus goznes.»

El último mensaje radiado

El arma más poderosa del «Máximo Gorki I» ha sido reducida al silencio. El Regimiento 213 de Infantería se lanza al ataque. Dentro del fortín los rusos no se dan por vencidos. Hacen salidas, disparan desde todos los agujeros, sean boquetes de ventilación o troneras. Los zapadores alemanes acarrean cargas de demolición, artefactos incendiarios, cohetes luminosos. Proceden a las detonaciones, sin resultado alguno. Los rusos siguen disparando. Más voladuras. ¡Por fin! Se ha abierto una brecha en el muro del *bunker*. Pero esto aún no significa el final de la lucha. Cada departamento del fortín –y éste dispone de generadores propios, hospital, abastecimiento independiente de agua, etc.– ha de ser conquistado uno por uno. Y, entre sección y sección, una sólida puerta de acero cierra el paso; cada vez hay que volarla para poder proseguir el ataque.

Desde la central se transmiten los últimos mensajes radiados de los defensores. El penúltimo, tras largas horas de lucha en el interior del fortín, dice: «Somos todavía 46 hombres. Los alemanes golpean contra las compuertas de acero y nos conminan a que nos rindamos. Por dos veces hemos abierto las troneras y disparado contra ellos; ahora ya no es posible.» Media hora después el parte radiofónico reza: «Ahora ya no somos más que 22. Estamos preparando la voladura de la central. Éste es el último mensaje. Buena suerte.» Momentos después de la transmisión retumba en todo el fortín la explosión que pone fin a la lucha. De los 1000 hombres que defendían la posición sólo 40 son hallados con vida; y aun éstos, malheridos.

Así se conquista *bunker* tras *bunker*, fortín tras fortín... a lo largo de todo un mes. Finalmente, el 3 de julio cesa la resistencia; Sebastópol ha sido conquistado.

En el próximo capítulo:

Se inicia la Operación «Blau». La lucha por Vorónezh. La lucha por Róstov. Dos ejércitos cercados, pero ninguna victoria. □



Habla Hitler

Reichstag, 26-IV-1942. En la última sesión del Reichstag, Hitler pide plenos poderes extraordinarios para «poder obligar a cada uno a cumplir con sus deberes».

Me llena de gran orgullo y profunda satisfacción el que la educación nacionalsocialista de nuestro pueblo se haga notar más y más. Pese a que el partido tiene la mayoría de sus miembros en el frente, no sólo la masa de afiliados, sino sus mandos, los millones de hombres de las organizaciones políticas como las SA, la NSKK, etc., que cumplen sus obligaciones como soldados, desarrollan impresionantemente sus obligaciones de mando. No sólo ayudan a la patria, acosada seriamente, con su organización en el Frente del Trabajo, las ayudas asistenciales del «Volkswohlfart» nacionalsocialista, sino que también prestan socorro a los soldados en la primera línea de combate. Mi llamada para la donación ha hecho posible que, en un plazo brevísimo, gracias también a alguna mejora técnica de la organización, se pueda suministrar a las tropas un equipo mucho más caliente de lo que han tenido hasta ahora.

Por ello ha de ser para todos, y hablo en primer lugar para el soldado del frente, un orgullo el saber que hemos superado el destino que hace 130 años había hundido a otros[1]*. Pero la prueba que este invierno ha supuesto para el frente y la patria ha de ser una lección para todos nosotros. Desde un punto de vista puramente organizativo, creo haber tomado aquellas medidas necesarias para que, desde un principio, quede descartada la repetición de una situación similar. Los ferrocarriles alemanes, en el invierno próximo, independientemente de dónde nos encontremos, cumplirán mejor sus obligaciones que en el presente.*

[1] *Se refiere a la campaña de Napoleón en Rusia.*

La Justicia debe aprender

Desde las locomotoras hasta los carros de combate, tractores y camiones, el Ejército del Este tendrá un mejor abastecimiento. Mas, para el hombre individualmente, incluso si se ha de repetir una catástrofe de la Naturaleza como ésta, no se volverá a dar, con la experiencia y el trabajo realizados, una situación similar. Estoy decidido a hacer cuanto sea posible para atender este compromiso: de ello no tendrán ustedes, mis viejos compañeros de lucha, ninguna duda.

Mas para ello espero algo: que la nación me dé el derecho de intervenir en todas partes; allí donde en el gran servicio de la nación, donde se trata de ser o de no ser, no se cumpla con el deber. Frente, patria, Administración y Justicia han de estar regidos por una sola idea: obtener la victoria. En estos tiempos nadie puede reclamar sus bien ganados derechos sino que ha de saber que, hoy, no existen más que obligaciones.

Por eso pido al Reichstag alemán la confirmación expresa de que poseo los derechos necesarios para constreñir a cada uno a cumplir con sus obligaciones y, aquellos que, a mi parecer, no cumplen debidamente con este precepto, llamarlos a casación o condenarlos a cesar en sus puestos y cargos, sin consideración de los méritos y derechos que posean.

De ahí que no me interese en absoluto, en los casos individuales, si para un empleado o funcionario sean oportunas y convenientes unas vacaciones, y yo me prohíbo a mí mismo que estas vacaciones, que no pueden concederse, sean computadas para un tiempo posterior.

Si es que alguien se ha ganado el derecho de tener vacaciones, éstos serían ante todo nuestros soldados en la primera línea y, después, el trabajador o la trabajadora que operan para el frente. Y si, desde hace meses, no he podido conceder vacaciones al Frente del Este, no puede nadie, aquí en casa, esgrimir su «bien ganado derecho» al descanso. Espero asimismo que la Justicia comprenda que la nación no se halla a su servicio, sino que es ella quien está al servicio de la nación. Esto significa que no puede hundirse este mundo del que Alemania forma parte para que viva un Derecho formal, sino que Alemania debe sobrevivir, independientemente de cuál sea el concepto de la justicia que se vea contradicho. Yo no alcanzo a comprender –y voy a citar sólo un ejemplo– cómo el delincuente que, casado en el 37, maltrata de continuo a su mujer hasta que ésta pierde sus facultades mentales y fallece a consecuencia de sus malos tratos, pueda ser condenado tan sólo a cinco años de prisión[2]*.*

[2] *Alude al técnico de la construcción de Wilhelmshaven, Ewald Schlitt, cuya esposa falleció a finales de 1940 después de un altercado con su marido. A pesar de que en la causa quedaron sin aclarar muchos puntos, se reconoció la culpabilidad de Schlitt y fue condenado, el 19 de marzo de 1942, por el tribunal de Oldenburg a cinco años de prisión.*

En unos momentos en que decenas de miles de magníficos hombres alemanes mueren para salvar a su patria de la destrucción por el bolchevismo, es decir, para defender a sus hijos y mujeres, estas cosas no se pueden tolerar. A partir de ahora, intervendré en todos los casos en que los jueces no se hallen a la altura de las circunstancias y los apartaré de sus cargos.

Después de la intervención de Hitler, Göring dio lectura al solicitado «Acuerdo del Reichstag»:

No puede haber duda alguna de que en el momento actual de la guerra, en la que se decide el ser o el no ser del pueblo alemán, el «Führer» ha de tener el derecho que reclama de hacer cuanto sea posible para llevarnos a la consecución de la victoria. De ahí que el «Führer» tenga, sin que esté previsto por el Derecho existente, en su condición de jefe de la nación, de comandante supremo de las Fuerzas Armadas, de jefe del Gobierno, de primer titular del Ejecutivo, de primera autoridad de la Justicia y de jefe del partido, la posibilidad en todo momento de obligar a cada alemán, ya sea soldado u oficial, alto o pequeño funcionario, juez, autoridad del partido u oficinista, a cumplir con las obligaciones requeridas y, en el caso de que así no sea, proceda sin consideración de los llamados «derechos conquistados», a su castigo, y que de forma directa, sin un procedimiento previsto, le aleje de su función, de su rango o de su cargo.

Günther Deschner

«El joven y maligno dios de la muerte» del III Reich le llamaba el diplomático suizo C. J. Burkhardt. Cuando Heydrich murió víctima de un atentado, se le dispensaron las más fastuosas ceremonias fúnebres de toda la era nazi... hasta con víctimas humanas. Como represalia por el atentado, las SS fusilaron a 199 hombres de la localidad checa de Lidice.

EL DIOS DE LA MUERTE

Reinhard Heydrich

Jueves, 26 de mayo, ocho de la tarde. A 1500 km del frente de Járkov y a 3000 km de Tobruk no parece que haya guerra. En Praga, la capital del Protectorado de Bohemia y Moravia, incorporado al Gran Reich, acaban de comenzar las «Semanas Musicales».
Esa misma tarde una representación particular de la Sociedad Alemana de Música ha atraído también al patrocinador de las «Semanas Musicales»: el protector de Bohemia y Moravia, *Obergruppenführer* de las SS, Reinhard Tristan Eugen Heydrich. Esbelto, alto, rubio claro, 37 años; hace apenas medio año que Hitler ha enviado a Praga al jefe de la Policía y del Servicio de Seguridad. Desde la Central berlinesa de Seguridad mandaba sin limitación sobre la Policía de Seguridad del Estado (Gestapo), la Policía de Seguridad (Sipo) y el Servicio de Seguridad (SD), tanto en Alemania como en la Europa ocupada. Justamente en Bohemia, afectada por numerosos sabotajes y huelgas, región donde se producía tanto material bélico, había de encargarse Heydrich –dotado de plenos poderes– del orden y el aumento de la productividad. La tranquilidad en Bohemia era fundamental, dada la condición de plataforma giratoria que tenía este territorio para las comunicaciones con el frente del Este.
Esa tarde, al ocupar con su esposa Lina, una belleza un tanto áspera nacida en la isla Fehmarn, los lugares de honor del palacio Waldstein mientras cantaba el cuarteto de cámara de su ciudad natal (Halle, en Sajonia) debió pasar revista a toda su vida. El cuarteto interpretaba fuera de programa una pieza del padre de Heydrich, Bruno. Este último había tenido tiempo de componer numerosas piezas en los momentos que le dejaban libres la dirección del conservatorio estatal de Halle y sus actuaciones como intérprete de Wagner. Había compuesto óperas, canciones y música de cámara. Aún hoy en día es uno de los autores consagrados de la música contemporánea.
El hecho de que Bruno Heydrich fuera citado en el «Diccionario de Música» de Riemann como «Heydrich, realmente dulce» y que en Halle, a causa de su manera de ser melosa, el compositor fuese tildado de «medio judío», había ocasionado muchos disgustos al joven Heydrich. Sus compañeros de clase le provocaban con el mote de «Isidoro» y faltó la punta de un alfiler

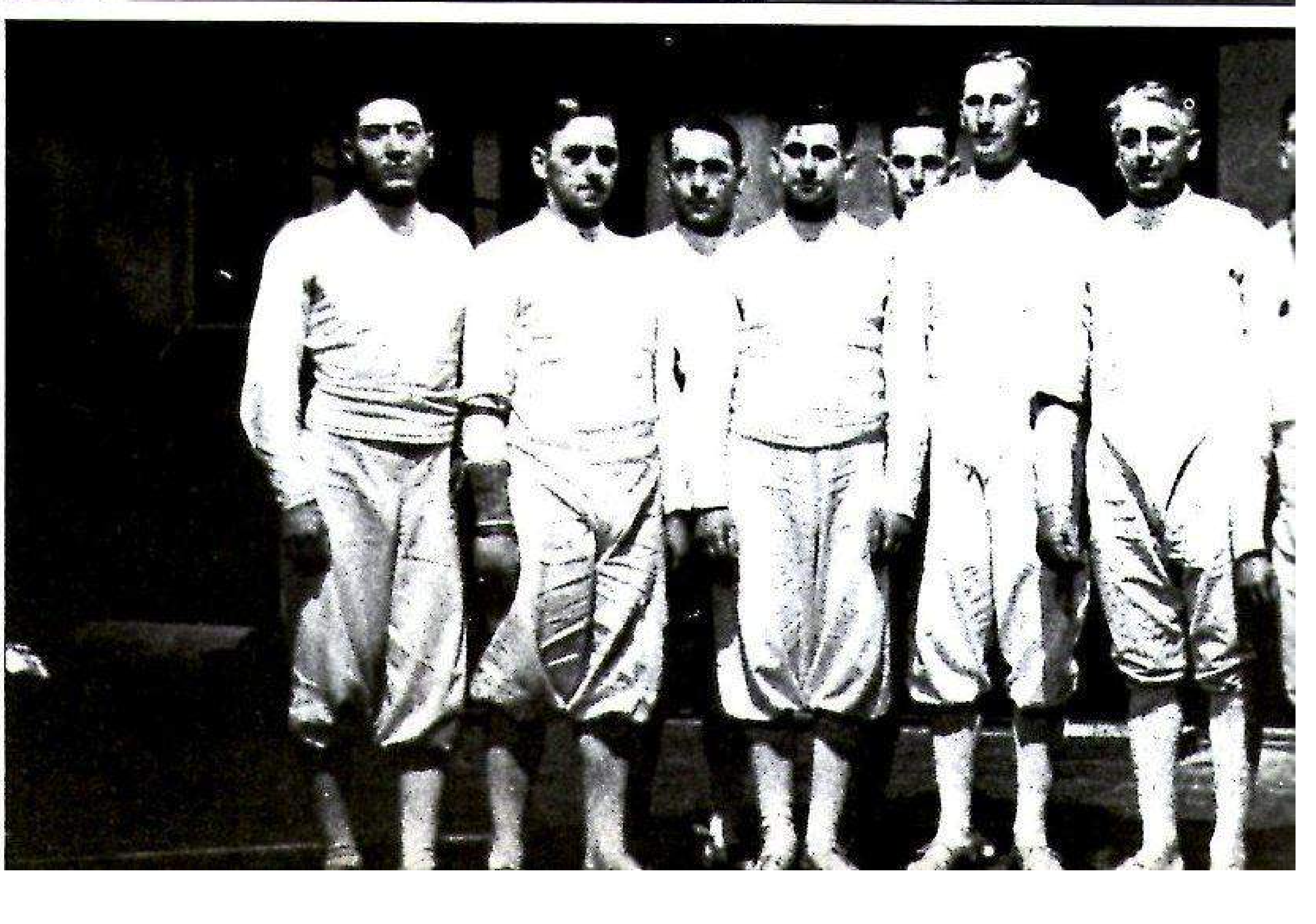


Reinhard Heydrich, técnico del poder y posiblemente el único hombre capaz de llegar a ser peligroso para Hitler. Ante algunos amigos había llegado a decir que «cuando el viejo se columpiase» él sería el primero en retirarlo de la circulación.

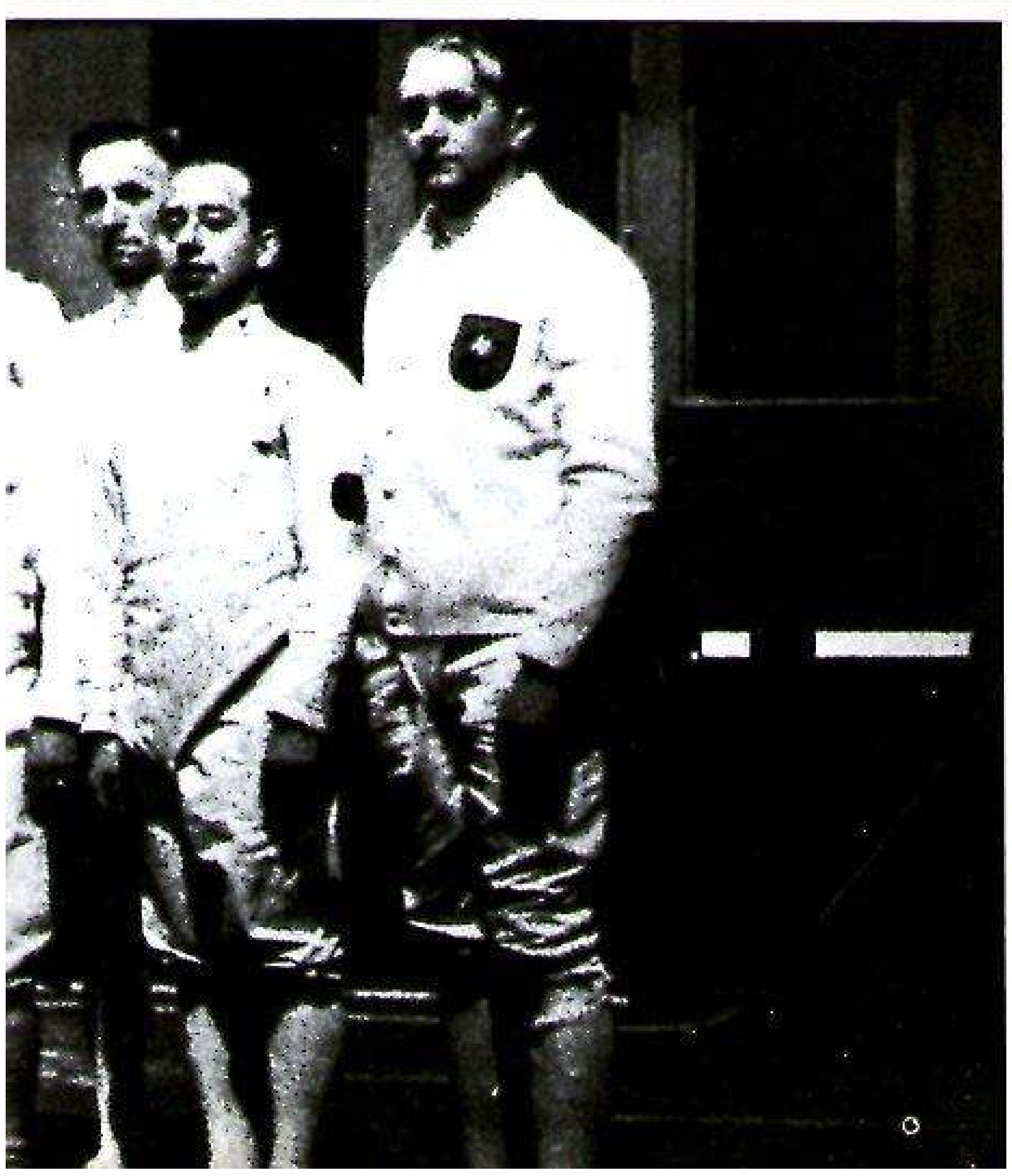


para que Reinhard Heydrich fuera expulsado del SD –aun antes de la subida de Hitler al poder– por sus presuntos antepasados judíos. Pero los máximos inquisidores y depuradores raciales del partido habían aclarado las cosas ya en 1932: «el oficial de Marina Reinhard Heydrich está libre de antepasados judíos o de color».
Eso del oficial de Marina, es toda una historia. Después de pasar el examen de estado, Reinhard causó a sus padres la mayor de las decepciones; se negó a emprender una profesión musical. Era un excelente violinista, buen pianista, había estudiado contrapunto... pero su vocación le llamaba a las armas. En las primeras promociones de la Marina alemana tras la primera Guerra Mundial Reinhard Heydrich comenzó una carrera muy prometedora. Su formación como oficial de transmisiones e información recibió las mejores calificaciones de sus superiores. El joven teniente soñaba ya con los galones de almirante.
Sin embargo, no pasó de ser un sueño, a causa de un tribunal de honor de la Armada. Una historia de faldas –en la que aparecía la hija de un consejero de construcción naval, con la cual no quiso casarse bajo ningún concepto– determinó en 1931 su expulsión del Cuerpo por «conducta indigna». El estricto código moral de la Armada lanzó a Heydrich a la masa de millones de desocupados: Heydrich era un oficial fuera de servicio y sus conocimientos profesionales se limitaban a la carrera militar.
En estas condiciones el camino hacia el partido de Hitler se hacía fácil. Por unas amistades Heydrich se enteró de que cierto Heinrich Himmler, titular del pomposo cargo de *Reichsführer* SS y por lo demás apenas conocido, tenía disponible un alto puesto en la dirección de las SS. Hasta ese momento Heydrich no se había preocupado gran cosa del partido nazi (NSDAP). Le había resultado hasta entonces demasiado plebeyo, poco fino, y los dirigentes del partido –en conjunto– escasamente brillantes. Nada que pudiera atraer al «as» deportivo (esgrima y pentatlón) Heydrich. A pesar de todo, la perspectiva de un alto cargo que le permitía vestir uniforme y que le volvía a abrir el horizonte de la carrera militar fue decisiva. El acuerdo llegó pronto. Heydrich se mudó a Munich para ocupar la jefatura de la organización más secreta del NSDAP, el Servicio de Seguridad (SD) del *Reichsführer* SS.
Con cinco cajas de cigarros (en las cuales almacenaba Heydrich los nombres de los enemigos del partido) comenzó lo que había de ser una de las más fulgurantes carreras del Tercer Reich: con gran dureza, amor propio y una inteligencia privilegiada, Heydrich fue abriéndose camino hacia las alturas.









El miedo que inspiraba Heydrich a todos sus subalternos era compartido incluso por uno de sus jefes: Himmler. El «Reichsführer» de las SS (en la foto superior, junto al auto de Heydrich) no podía con la fría lógica de Heydrich. Y, al margen del servicio, las cosas tampoco iban mejor. Heydrich resistió todos los intentos de separarle de su mujer (en la foto superior izquierda, con sus hijos). Himmler se había hecho eco de la opinión que circulaba entre los miembros de las SS de que la señora Heydrich era incontrolable. También físicamente se diferenciaba Heydrich de los demás jefes nazis: era el único que practicaba en serio el deporte (foto de la izquierda).

1933: jefe de la policía política de Baviera; 1936, jefe de la Policía de Seguridad y SD; 1939, jefe de la Central Nacional de Seguridad del Reich; 1940, presidente de la Interpol y, en septiembre de 1941, Protector del Reich para Bohemia y Moravia... sin renunciar a ninguno de sus cargos anteriores.

Azucarillo y latigazos

El concierto del palacio de Waldstein es para Heydrich una especie de despedida de Praga: a la mañana siguiente ha de volar hacia Berlín y, de allí, al cuartel general del *Führer*. Su misión en Bohemia la ha cumplido tan satisfactoriamente –aplicando el principio de alternar el azucarillo y el latigazo– que Hitler le quiere encomendar una tarea similar en Francia y Bélgica, dos territorios cada vez más inquietos.

Viernes, 27 de mayo, diez de la mañana: Esta radiante mañana de primavera Heydrich abandona bastante tarde su residencia campestre –la casa señorial de Jungfern-Breschau–. Hasta su oficina en el Hradschin de Praga no hay más de 20 minutos. La despedida ha sido más larga que de costumbre. Heydrich cuenta con una estancia más prolongada en Berlín y, posiblemente, con el traslado inmediato a París y Bruselas. En el aeropuerto le espera ya su avión, que piensa pilotar personalmente hasta Berlín.

Mientras Heydrich juega en el jardín de Jungfern-Breschau con sus hijos y la pequeña Silke, y va retrasando más y más su partida, a 20 km la tensión de tres hombres alcanza niveles insoportables. Desde las nueve y media dos de ellos se hallan emplazados en la acera de una curva muy cerrada de Holeschowitz, un arrabal de Praga. Una vigilancia sistemática ha revelado que el automóvil de Heydrich pasa cada día a esa hora por este punto. Antes de la curva se ha situado el tercer hombre con un silbato y un espejo para avisar a los dos primeros de la llegada del «Mercedes» verde de Heydrich. Pero cuando son ya más de las diez y el tercer hombre sigue sin dar la señal convenida, los dos de la curva empiezan a angustiarse. ¿Se ha enterado la Gestapo de su plan? ¿Sabe también que uno de ellos oculta bajo la gabardina que lleva doblada al brazo una pistola ametralladora y que lo que parece un morral de caza del otro no es más que la bolsa de una bomba de mano? ¿Saben en el cuartel general de la Gestapo, en el sótano del banco Petschek, que la clave «Antropoide» designa el atentado contra el primer cazador de agentes y terroristas enemigos, Reinhard Heydrich? Un plan que ha de llevar de golpe y porrazo la guerra lejana al corazón de Praga.



Los funerales de Heydrich, constituyeron la más impresionante ceremonia fúnebre dedicada jamás a un dirigente nacionalsocialista. Y, sin embargo, ninguno de sus camaradas sintió personalmente su muerte. La aversión general imperante en las SS hacia Heydrich la expresó el general de las SS, Sepp Dietrich, al decir ante los amigos: «¡Gracias a Dios que ha reventado ese cerdo!»



Por fin, cuando a las 10,30 centellea el espejo del tercer hombre, ya no queda tiempo para cavilar: «Antropoide» ha comenzado. El gran «Mercedes» –tres litros y medio– de Heydrich dobla la esquina. El chófer del auto descapotable, Klein (también SS), se halla al volante y, a su lado, Heydrich. En el momento en que Klein reduce la marcha, el terrorista de la gabardina la echa hacia un lado, apoya el arma sobre el hombro, apunta hacia Heydrich y aprieta el gatillo. Pero no sale el disparo; con la excitación se le ha olvidado levantar el seguro.

¿Es Heydrich inmune a la muerte? Incluso parece que se han cambiado los papeles. Ahora es Heydrich quien se levanta del asiento y saca la pistola de la funda. Klein detiene el «Mercedes» para intervenir también en la caza del terrorista. Es el error decisivo de los dos SS y la última oportunidad de los hombres de «Antropoide». Antes de que Heydrich y Klein puedan apearse del coche y lanzarse a la persecución del frustrado ametrallador, el segundo terrorista lanza su bomba de mano. El automóvil detenido es una diana fácil. La granada especial «Mills» estalla junto a la rueda trasera derecha. Heydrich resulta gravemente herido por la metralla. Aun así sale del auto para dirigir sus tiros contra el segundo terrorista. Sólo después de haber disparado todas las balas de su pistola cae inerte sobre el radiador del automóvil. El chófer Klein corre tras el hombre que ha arrojado la bomba de mano. Pero éste ha montado ya en su bicicleta y desaparece tras el tranvía que justamente acaba de doblar la esquina. El otro terrorista huye a pie. Una mujer checa se apresta a socorrer a Heydrich. La estupefacción de los transeúntes desaparece. El primer auto que pasa –la furgoneta de reparto de una panadería–, es detenido, e introducen a Heydrich de bruces en la enharinada caja de la camioneta. El prepotente personaje es trasladado al hospital como un saco de harina.

Cólera de Hitler

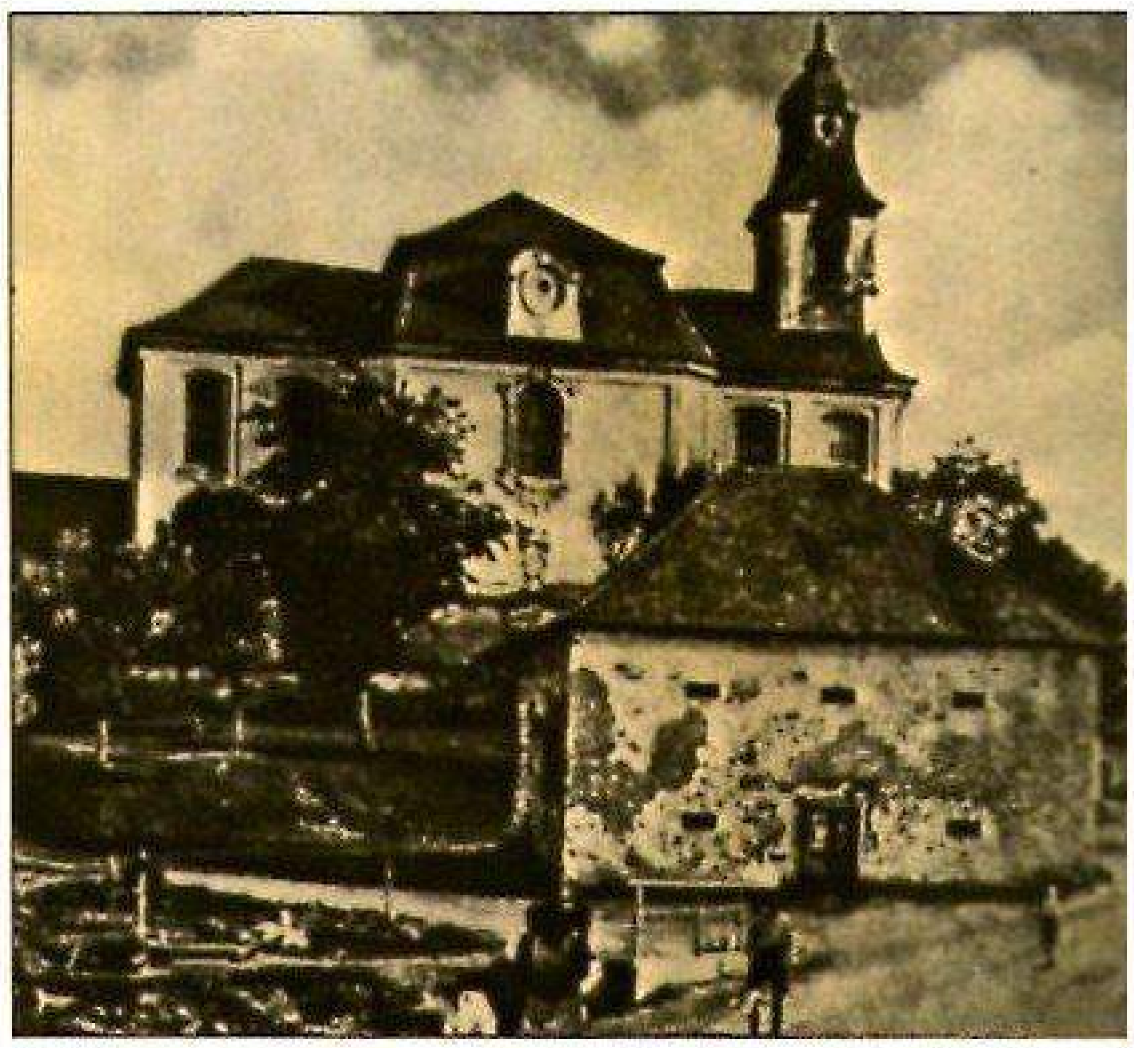
Se trata del sanatorio Libovka. En un santiamén se transforma en el puesto de servicio del *Reichsprotektor.* El secretario de Estado y *Gruppenführer* de las SS, Frank, se presenta allí. Una delegación del Gobierno checo del Protectorado espera impaciente fuera hasta que puede expresar su sentir. El vaivén de oficiales de policía y asistentes portadores de partes y órdenes es incesante.

A las 12,50 h le pasan a Frank una llamada urgente de Hitler. Este le ordena que se haga cargo del mando «hasta el restablecimiento de Heydrich» y que ofrezca una recompensa de un millón de marcos para la captura de los autores del atentado. El *Führer* está excitadísimo a causa del golpe de mano terrorista. Da dos órdenes personalmente: «Quien preste cualquier ayuda a los autores del atentado o conozca su escondrijo y no lo comunique a la policía será fusilado juntamente con su familia.» La otra disposición es: «Como castigo, diez mil checos sospechosos recluidos en campos de concentración serán fusilados.» Frank, muy en el espíritu del «terror escalonado» que aplicaba Heydrich se muestra en desacuerdo con esta matanza masiva. Quiere ganar tiempo y le propone a Hitler una entrevista en su cuartel general para discutir las medidas a adoptar. Este acepta.

Frank proclama el estado de excepción. Radio Praga anuncia: «Quien ayude o aloje a los autores del atentado o los conozca o sepa su escondite y no lo comunique a la policía será fusilado juntamente con su familia.» Al propio tiempo se da cuenta de la prohibición de circular entre las 21 y las 6 horas y se anuncia la recompensa de 10.000.000 de coronas para quien delate y ayude a capturar a los autores del atentado. En todos estos comunicados domina constantemente una sola idea: «...será fusilado.» Pero aún les parece poco a Hitler y Himmler. Pese a que Frank y Hitler están citados para tratar de las represalias, Himmler pasa un mensaje urgente a las 21,05 h para que sean llevadas a cabo las ejecuciones masivas. Entre otras cosas ordena que dentro del cupo de los diez mil sean «arrestados en primer lugar los intelectuales de la oposición». Y los cien más destacados de entre ellos, han de ser ejecutados esa misma noche. En el transcurso de la tarde llega a Praga el colaborador inmediato de Heydrich, Kurt Daluege, quien había recibido de aquel el mote de «Dummi-Dummi»; es el jefe de la policía.

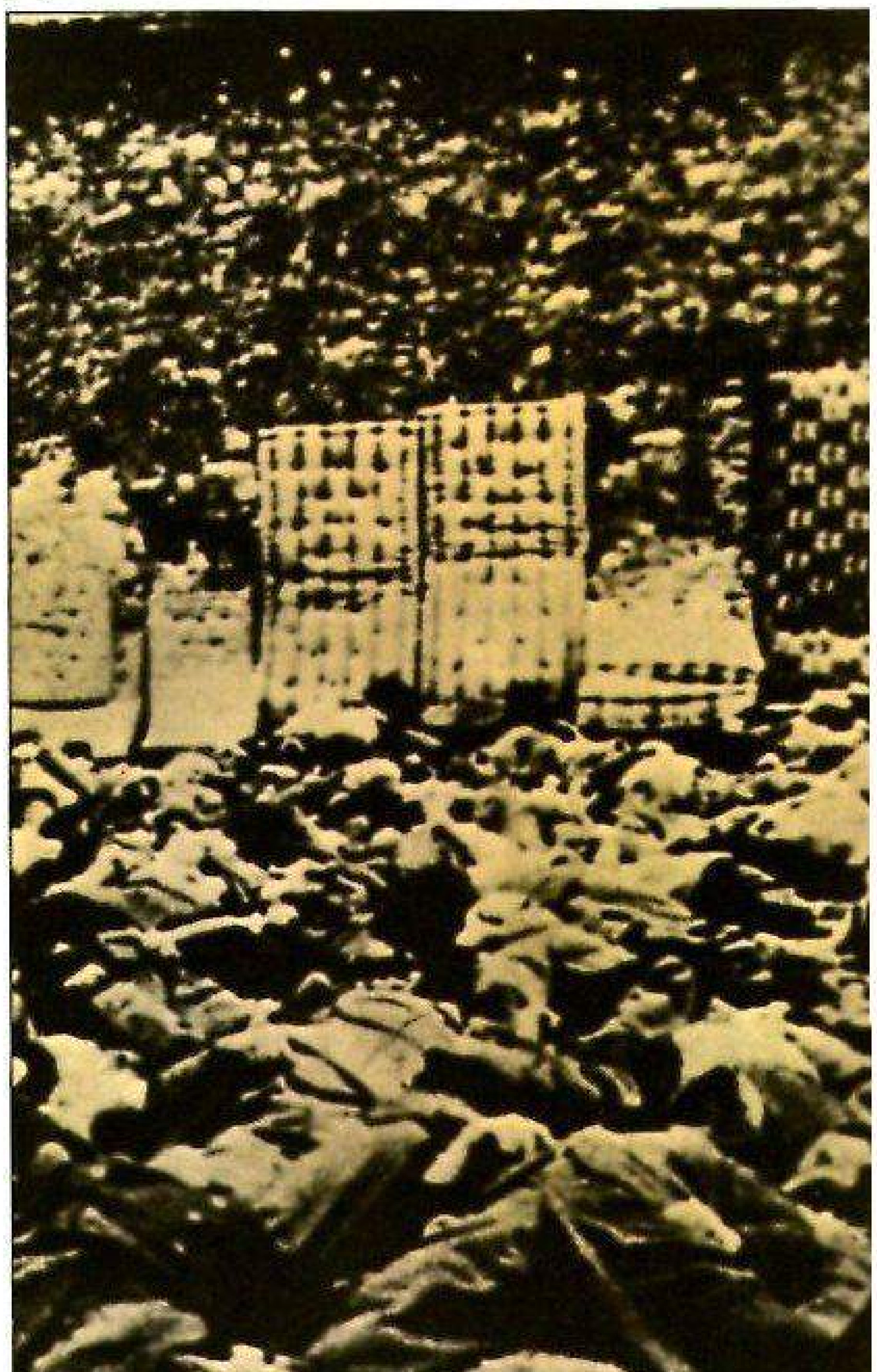
El doctor Geschke, jefe de la Gestapo, y el doctor Böhme, comandante de la Policía de Seguridad transforman Praga, en la noche siguiente al atentado, en un auténtico hormiguero. Durante la tarde se había planeado una búsqueda en gran estilo en la central de la Gestapo, situada en el palacio Petschek. La operación comienza al oscurecer, cuando entra en vigor el toque de queda.

La tarde se sume en una atmósfera de congoja. Cines, teatros, restaurantes y cafeterías están cerrados; en las calles no hay paseantes, ni parejas de enamorados por las orillas del Moldava; la música no suena. Hasta las funciones de la «Semana Musical» han sido suspendidas. La guerra ha llegado también a Praga. Patrullas armadas de la *Wehr-*





Sobre Lidice, la pequeña localidad minera (arriba, la foto de la iglesia) cayó el destino en la noche del 9 de junio de 1942. Puesto que los autores del atentado contra Heydrich habían encontrado ayuda en este pueblo, todos los varones adultos fueron fusilados (abajo) y los niños y mujeres deportados a campos de concentración (en el centro, la foto de una clase de Lidice).



macht y la policía, vehículos aislados llevando mensajes y órdenes, es lo único que se mueve por las calles. De repente hacia las 22 horas, la capital se transforma en un aquelarre. Partiendo de determinadas bases comienza el desarrollo de la mayor búsqueda de la historia europea. La lleva a cabo la Gestapo con la ayuda de la Policía de Seguridad, las *Waffen* SS, policía, gendarmería checa, SA, NSKK y tres batallones del Ejército. A algunos comandos especiales se incorpora policía secreta alemana y checa.

¿Quiénes son los autores del atentado?

La operación está destinada al fracaso desde el principio. ¿Cómo se ha de buscar en una ciudad de más de un millón de habitantes a un par de personas... y aun éstas, desconocidas? Pese a que no queda una calle sin controlar, una casa sin registrar, el despliegue acaba infructuosamente. Cierto que aparecen muchas personas indocumentadas y que, junto con estos detenidos, caen en manos de la policía delincuentes buscados desde hace tiempo, pero de los autores del atentado no hay rastro. Ni indicio de quienes son ni de dónde vienen. Al principio Hitler y Himmler creen que «los checos de Heydrich se han rebelado», que es una acción espontánea de la resistencia nacional. Walter Schellenberg, que se entera en La Haya del atentado, sospecha inmediatamente de Bormann y Himmler (a los que había sobrepasado Heydrich en importancia y poder) como instigadores de un asesinato cometido por malhechores profesionales. Sólo Karl Hermann Frank y la Gestapo aciertan desde el comienzo en sus sospechas: creen desde un principio que la operación ha sido ideada y dirigida por Londres y el grupo de exilados de Benes. Éste y la propaganda bélica de los Aliados intentan presentar el atentado como una acción espontánea «del sojuzgado pueblo checo». Como es lógico, el jefe del Gobierno checo en el Protectorado —que colabora con los alemanes— Hacha, trata de crear la impresión opuesta. Hacha declara a la prensa y la radio que los autores han sido los agentes de Benes, pues a éste «no le agrada que en nuestro país impere la paz y el orden».

Mientras tanto, Heydrich lo ignora todo acerca de la búsqueda y las especulaciones en torno a los autores. Su preocupación es desde luego otra. Completamente solo en una sala del hospital, está acurrucado sobre el borde de una mesa. El médico checo Vladimir Snajdr entra en la sala y saluda en checo. Heydrich responde con un gesto leve. Más tarde Snajdr informó: «Tomo unas pinzas y un tampón de algodón y empiezo a reconocer la herida de la espalda. Heydrich no se mueve, no contrae ni un músculo, pese a que debe padecer fuertes dolores.» Entretanto una enfermera ha telefoneado al médico alemán, profesor Dieck. Este acude de inmediato. De pura excitación saluda primero militarmente y después se pone a reconocer a su vez la herida. Sus primeros temores son una lesión renal. Pero no, Heydrich parece haber tenido suerte; tampoco la columna vertebral parece afectada. En una silla de ruedas se conduce a Heydrich a la sala de rayos X. Heydrich no quiere perder la compostura; de la silla de ruedas al aparato de rayos X va por su propio pie.

Sólo ahora se ve que es imprescindible una inmediata intervención quirúrgica. Una costilla tiene fracturas múltiples, la pleura está perforada, un trozo de metralla se ha alojado en el bazo. Heydrich se niega. Desconfía; quiere los mejores cuidados. Reclama un cirujano de Berlín. Dieck insiste en la urgencia de la operación. Después de unos instantes de reflexión, Heydrich accede. Pero exige que a la operación asista también el profesor Hohlbaum, de la Clínica Alemana de Praga.

Muerte por septicemia

Es una operación difícil. Con la metralla han penetrado en el bazo partículas de cuero y crines del tapizado del asiento. Es muy dudoso que se pueda evitar una septicemia, a menos que se extirpe el bazo entero. Heydrich se queda sin conocimiento hasta la tarde del 28 de mayo. Una semana después, a las 4,30 h del 4 de junio, los médicos informan del fallecimiento de Heydrich. La causa de la muerte es una septicemia. Heydrich fue enterrado como uno de los soberanos más grandes de todos los tiempos. Como uno de los semidioses a los que se erige un templo para su mayor gloria y a los que se brindan sacrificios cruentos. Un batallón de las *Waffen* SS y todos los oficiales de la Policía de Seguridad y SD presentes en Praga formaban la noche del 5 de junio la guardia fúnebre, enarbolando estandartes y antorchas encendidas. Fue un espectáculo impresionante en el patio del hospital. El «mártir de Praga» como no tardó en llamarlo irónicamente la emisión alemana de la BBC, fue llevado sobre un armón hasta el palacio. A lo largo del recorrido no se vio un solo paisano, ni checo ni alemán. Tan sólo los hombres de las SS estuvieron presentes.

En la mañana del 7 de junio el cadáver fue expuesto en el patio del palacio Hradschin, amparado por una gigantesca reproducción en madera de la Cruz de Hierro, y pilastras rematadas por portallamas. Las banderas blanquinegras de las SS ondeaban a media asta. Desde primeras horas de la mañana, y hasta los funerales, desfilaron ante el cadáver decenas de miles de alemanes de Praga, de checos, campesinos con indumentaria folklórica, mujeres llevando ramos de flores, trabajadores, gendarmes. Por la tarde, el cadáver de Reinhard Heydrich fue llevado en un tren especial desde Praga a Berlín, donde también fue expuesto; primero en la sede de los Servicios de Seguridad del Reich, en la Prinz-Albrecht-Strasse; después en la «sala de mosaico» de la nueva Cancillería. A las 15 h del 9 de junio comenzaron las fastuosas exequias con honores de estado por «el más fiel seguidor del *Führer*». Después de la muerte de Hindenburg, fue éste el funeral más impresionante celebrado en el Tercer Reich. Al mismo asistieron todos los personajes de cierta relevancia del Estado, partido y Ejército, así como cuerpo diplomático, SS y policía y el presidente checo Hacha. La Orquesta Filarmónica de Berlín interpretó la marcha fúnebre de Wagner del «Ocaso de los dioses». En su panegírico, Himmler alabó «el carácter de rara pureza» y la «inteligencia de penetrante claridad y lógica» del difunto.

Parecía que el nazismo se estuviera despidiendo de la encarnación de sus sueños del prototipo humano, que, muerto Heydrich, no volvería a darse. Acaso Hitler lo sintiera así. «Visiblemente emocionado, apenas podía hablar» recuerda uno de los asistentes a las ceremonias. Hitler habló con voz queda y, prácticamente, pronunció una sola frase: «Ha sido uno de los mejores nacionalsocialistas, uno de los más poderosos defensores del concepto del Gran Reich y uno de los mayores adversarios de todos los enemigos del Reich.» Luego el *Führer* se adelantó hasta el cojín de condecoraciones que sostenían unos oficiales y prendió en él el distintivo dorado de herido en combate y «la mayor distinción que puedo conceder: el grado máximo de la Orden Alemana».

Al retirarse Hitler de la ceremonia oficial, acarició, como ausente, las mejillas de los dos hijos de Heydrich y se despidió de Himmler y su séquito inmediato murmurando: «Heydrich fue un hombre con el corazón de hierro.» Evidentemente conmovido se retiró con Bormann para discutir las consecuencias del fallecimiento de Heydrich.

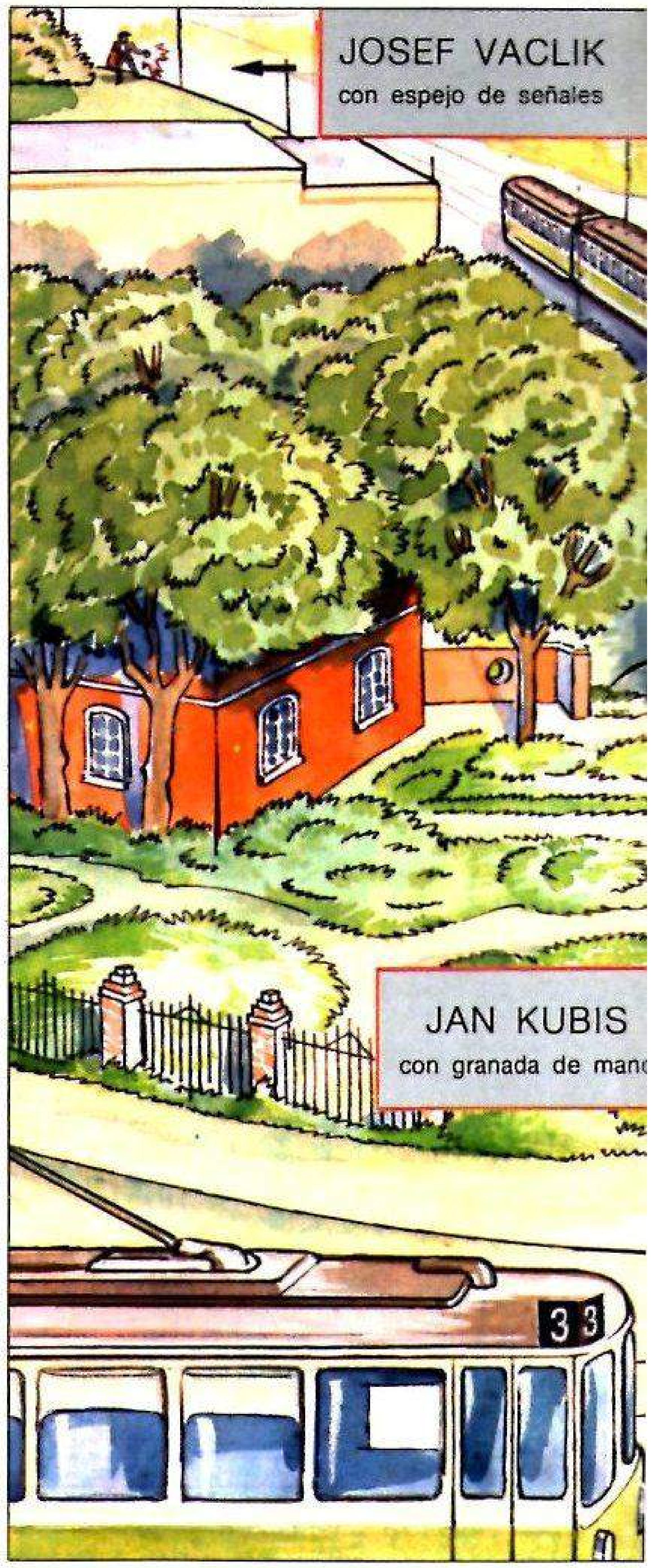
El templo a la gloria del semidiós había sido erigido. Ahora tocaba el turno a los sacrificios. Inmediatamente después de las ceremonias, a las 18 horas, Hitler recibió al presidente del Gobierno

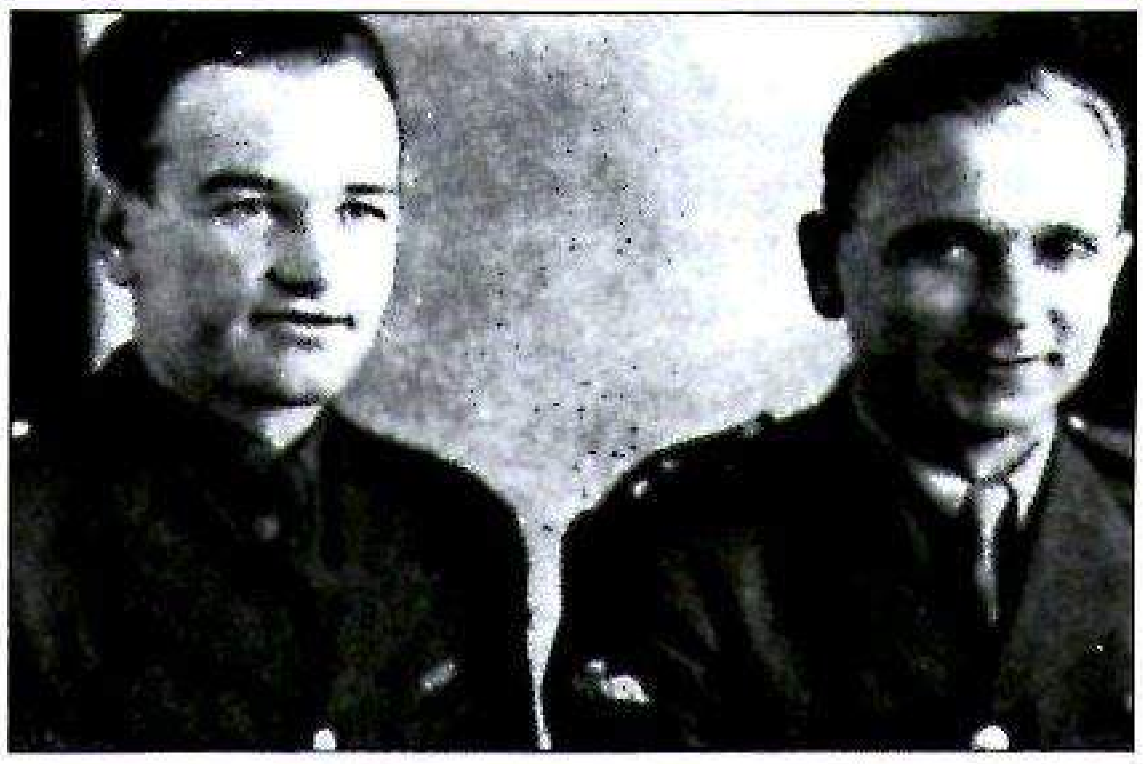
Continúa en la página 480

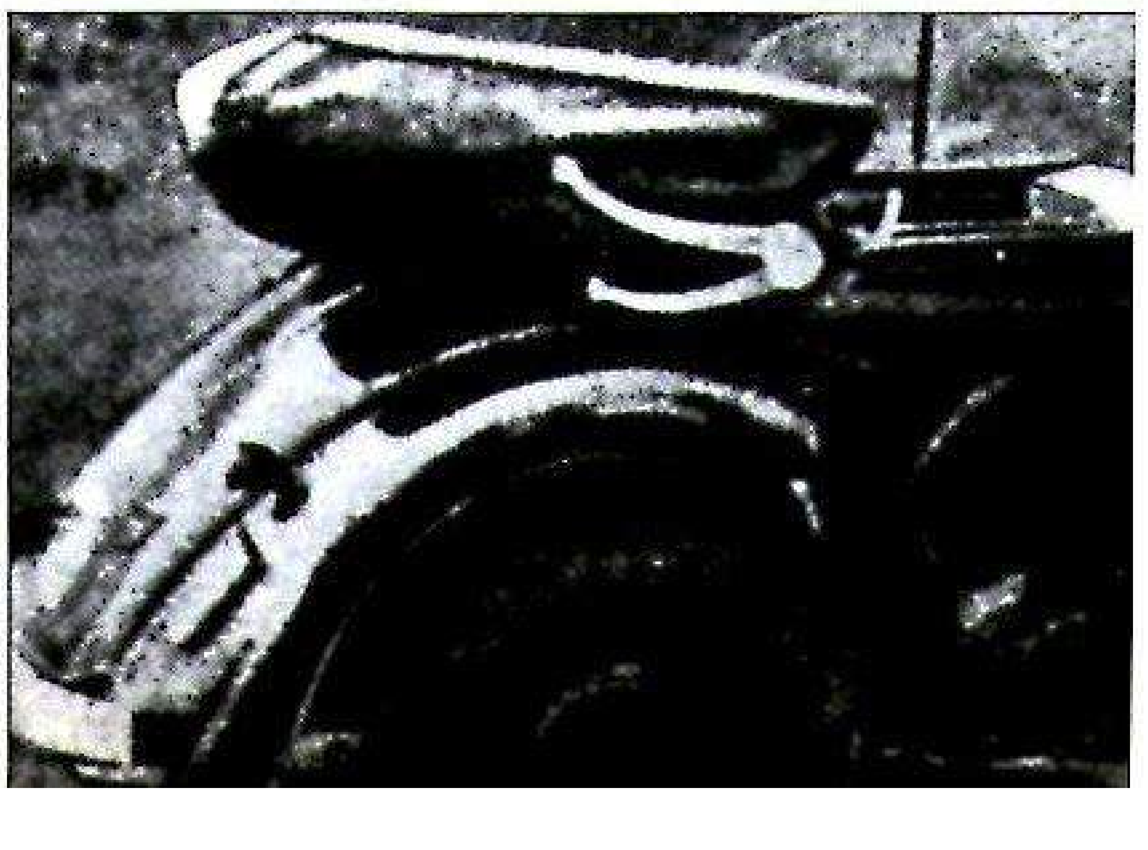
EL FINAL EN LA CRIPTA

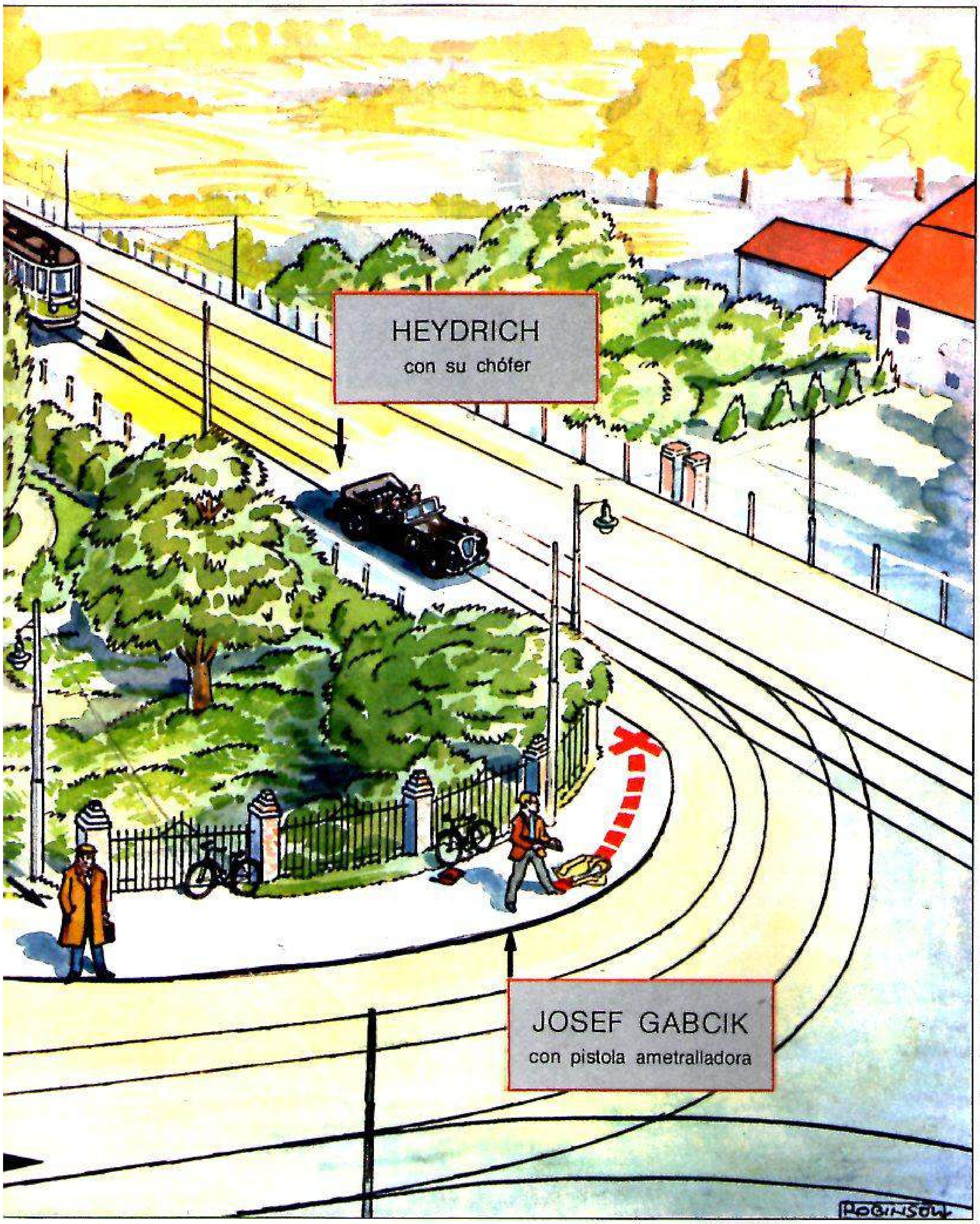
En la madrugada del 18 de junio de 1942 los dos autores del atentado contra Heydrich y otros cinco agentes habían sido localizados en una iglesia de Praga. Allí se defendieron hasta el mediodía contra tres batallones de la División de las SS «Deutschland». El historiador británico Alan Burgess relata la última fase de la lucha, cuando ya habían caído tres de los agentes, y los demás se habían refugiado en la cripta de la iglesia. Los alemanes se disponían a inundar ésta con agua bombeada desde el cercano río Moldava.

Otra vez se interrumpe toda la actividad; la cripta parece inexpugnable.
El *Gruppenführer* de las SS, Frank, llega a la conclusión de que el próximo objetivo ha de ser los muros de la cripta. En el que da a la calle se notan perfectamente las huellas de una puerta que ha sido tapiada. Con un camión y una viga fijada en su baca se improvisa un ariete. En marcha atrás, embiste la puerta. El impacto retumba atronador; saltan astillas como metralla. El chófer repite la operación. De nuevo retumba todo y la caja del camión recibe un impacto tan fuerte que queda visiblemente desplazada hacia delante. El motor ruge, de los ejes de las ruedas llegan chirridos inquietantes. Es evidente para todos que una tercera acometida arrancaría de cuajo la carrocería. Y, en cambio, la puerta tapiada sigue incólume, sin una grieta. Se suspende la acción y el camión se arrastra lentamente hacia el taller.
Por fin aparece el equipo de zapadores. En la enorme losa de piedra que obstruye el acceso a la cripta se taladran agujeros. En estos momentos la munición debe escasear ya en la cripta. A los sitiados les quedan balas de revólver y algunos cargadores de pistola ametralladora. Pero ya no pueden disparar con tanto despilfarro como hasta ahora. Saben que aún falta un buen rato hasta que el agua pueda llegar a constituir un peligro; cierto que entra en grandes caudales, pero la cripta es grande; tienen tiempo para esperar.
El agua del Moldava, sucia y oleosa, no tarda mucho en alcanzar una altura de 30 cm. Josef Gabcik se encarama a un nicho preparado para los monjes fallecidos y se instala allí, con su revólver y su pistola ametralladora, lo más cómodamente posible. Desde una prudente distancia observa las gruesas mangueras por donde fluye el agua del Moldava. Al precipitarse en la cripta burbujea, se arremolina y sube irremediablemente. Pero este método lento no les va a los alemanes. Frank quiere ir más de prisa.
Los zapadores informan que han terminado los preparativos. Frank da la orden de proceder inmediatamente a la voladura. La cripta se ve sacudida por un ruido ensordecedor que encubre incluso el caer del agua. Los cuatro sitiados tardarán en darse cuenta de lo que ha sucedido, pero los zapadores observan con satisfacción cómo la gran losa había sido rajada y casi sacada de su sitio. Una espesa nube de polvo llena la iglesia. Con ganchos, cuerdas y palancas los soldados se precipitan hacia la losa para apartarla y dejar expedito el camino hacia la cripta.
La nueva situación posiblemente les pareció grata a los sitiados. La posibilidad de morir matando les resultó a los cuatro mucho más seductora que el lento perecer ahogados.
Aún medio ensordecidos por la explosión toman las mejores posiciones para proseguir la lucha. Josef se queda en su nicho, medio metro sobre el nivel del agua, con el colt, la pistola ametralladora y la munición a su lado.
Vaclik está casi delante de él, detrás de un pilar; los otros dos, más atrás, también protegidos por sendos pilares. Todos tienen las armas a punto para rechazar el primer ataque. Pero esta vez la prisa de los alemanes no es tan grande. El capellán Petrik observa cómo en la iglesia se instalan focos para iluminar el boquete en la losa y la escalera que se abre detrás de ésta.
Las condiciones para un ataque continúan siendo desfavorables. Más de dos soldados a la vez no pueden descender por la estrecha escalinata. Bajar a la cripta sigue siendo una empresa suicida, con pocas perspectivas de retorno. Los primeros hombres están listos. A la primera orden se precipitan de dos en dos por la escalera. No llegan a hacer uso de sus armas. Cuatro pistolas ametralladoras disparan simultáneamente, abatiéndolos. Los gritos de dolor resuenan en la cripta hasta que los hombres quedan cubiertos por las aguas. Casi sin solución de continuidad el segundo ataque sigue al primero. Para éstos es aún peor. Los muertos de la primera oleada están todavía en la escalera y constituyen un obstáculo más;











El lugar elegido para el atentado era una curva cerrada en Holeschowitz, un arrabal de Praga. Allí el automóvil de Heydrich debía reducir la velocidad. Josef Gabcik (a la derecha en el retrato), después de recibir la señal del espejo de Vaclik, debía apostarse detrás de la curva y, junto con Kubis, aguardar a Heydrich. La granada de mano abrió un gran orificio en la carrocería del auto de Heydrich (en la página opuesta, abajo). Los autores del atentado fueron sitiados el 18 de junio de 1942 en la iglesia de los santos Cirilo y Metodio, en Praga, y, finalmente, se suicidaron (izquierda).

también este grupo es aniquilado por los defensores.

Sucios, mojados y exhaustos los sitiados esperan el próximo ataque de los alemanes. Les queda poca munición de pistola ametralladora. Hace ya seis horas que defienden su posición contra las SS. Le han causado al enemigo muchas bajas. Los escalones que llevan a la cripta están cubiertos de cadáveres, resbaladizos de sangre y el agua se está tiñendo lentamente de rojo.

La medida siguiente de los alemanes es instalar una ametralladora ligera en la iglesia; sus disparos pueden barrer la escalera de la cripta. En la práctica resulta inofensiva. Sus balas no son peligrosas ni siquiera de rebote; lo único que logran es revolver un poco las aguas que inundan la cripta. Después de una larga salva de ametralladora, interrumpida súbitamente, penetran en la cripta dos siluetas negras. Pero Vaclik y Josef están preparados también para esto. Las bombas de mano estallan con un ruido seco; esquirlas de metal y chorros de agua salpican las paredes. Los cuatro guerrilleros permanecen ilesos. Agarran fuertemente las armas, pues la zarabanda mortal de los alemanes comienza de nuevo. Una vez más se precipitan por la escalera hombres de las SS disparando sus armas. No es valor lo que les falta, sino inteligencia. La mayor parte de ellos resulta alcanzada por las balas de los sitiados, ya al pie de la escalera. Algunos se lanzan de cabeza al agua, caen de bruces, emergen con las caras crispadas dando grandes bocanadas en pos de un poco de aire y terminan hundiéndose definitivamente con una bala de plomo en la cabeza.

Los que aún se hallan en la iglesia aguzan el oído. Al cesar el fuego de la ametralladora se percibe que desde la cripta sólo disparan con las pistolas. ¿Se les ha acabado a los cuatro la munición o es sólo una nueva añagaza para atraer a la trampa a nuevos soldados alemanes? La verdad es que los cuatro de la cripta no están ya en condiciones de tender emboscadas. Las municiones se han agotado y para ellos esto significa el fin. A cada uno le quedan sólo dos balas de revólver. No pueden malgastarlas. Se han portado heroicamente hasta el final y a ninguno le pasa por la cabeza dejarse apresar después de todo lo que han hecho. Las últimas balas serán para ellos.

En la cripta retumban cuatro disparos de revólver.

Se suspende el bombeo de agua del río. Los bomberos recogen las mangueras. Los sanitarios pueden empezar a recoger los cadáveres.

Del libro de Alan Burgess: «Sieben Man im Mongengrauen. Das Attentat auf Heydrich». Gütersloh (Sigbert Mohn Verlag), 1961.

Viene de la página 477

checo en el Protectorado, Hacha, en presencia de Bormann, Lammers, Himmler, Sepp Dietrich, Daluege y Frank. Hitler comenzó hablando tranquila y pausadamente, para ir excitándose más y más y levantar de forma progresiva el tono de voz. Debía ser evidente para todo el mundo –dijo– que el III Reich era lo suficientemente poderoso como para «arrasar y aniquilar todo nido de resistencia en Europa Central». Y esto en pocos días. Ahora, mientras no fueran localizados aún los asesinos de Heydrich, el pueblo checo tenía las manos libres para «librarse a sí mismo de un destino que podría ser comparado mañana con el de Polonia». Y Hitler prosiguió: Se podría trazar un paralelo entre la generosidad de Alejandro Magno después de la conquista de Grecia y su evolución hacia una dureza implacable después de la rebelión de los tebanos mientras sus ejércitos luchaban contra los persas.

«Todos los varones adultos han de ser fusilados»

Pero Hitler estaba preparando ya su propia «solución tebana». Su Tebas era Lidice, una pequeña localidad de mineros en el distrito de Kladno. Él mismo no conocía Lidice; solamente había oído que los autores del atentado habían encontrado ayuda en dicho distrito. Una hora después de la audiencia concedida a la delegación checa, Frank ordenaba telefónicamente desde Berlín –a las 19,45 h– al comandante de la Policía de Seguridad y de la SD de Praga cómo había de proceder contra la localidad de Lidice. Frank explicó que la orden era consecuencia de una decisión tomada a raíz de la conversación con Hitler. Las instrucciones eran:
1) todos los varones adultos serán fusilados.
2) todas las mujeres serán recluidas en campos de concentración.
3) los niños serán reunidos y, en la medida que ello parezca posible, entregados a familias de las SS en el Reich para su germanización. Los restantes recibirán otro tipo de educación.
4) la localidad será incendiada y arrasada hasta que nada sobresalga del suelo.

Y así sucedió. El 9 de junio la policía rodeó el pueblo y dejó que los lugareños que regresaban del trabajo entraran en Lidice, pero no permitió que saliera nadie de la localidad. Al caer la tarde, después de que una unidad del Ejército se hubiera hecho cargo del bloqueo, la policía penetró en Lidice. Las mujeres y los niños fueron montados en camiones y recluidos en la sala de deportes del instituto de Kladno. «Después de la evacuación de las mujeres y los niños –reza el informe de la policía– fueron fusilados 173 hombres. El pelotón de ejecución lo componían un oficial, 2 suboficiales y 20 hombres.» Otros once varones que regresaron por la noche de sus turnos de trabajo y 15 familiares de legionarios checos que prestaban servicio en Inglaterra (y que ya estaban detenidos desde hacía tiempo) también fueron fusilados; en total, 199 personas; 184 mujeres fueron llevadas al campo de concentración femenino de Ravensbrück, en Mecklenburgo; siete a la prisión de mujeres de Theresienstadt; cuatro, que estaban encinta, fueron recluidas en un sanatorio de Praga. Después de la guerra, sólo 143 mujeres regresaron a Lidice. De los 98 niños, 90 fueron a parar –sea vía Theresienstadt, sea vía Lodz/Litumannstadt– al campamento «Gneisenau», en Wartheland. Los ocho restantes fueron considerados dignos de la «germanización» y adoptados por familias alemanas. Después de la guerra sólo reaparecieron 16 de estos niños. En cuanto a Lidice fue incendiado esa misma noche y las ruinas voladas con dinamita.

El dios de Heydrich era el poder por el poder; personificaba la tecnología de la pura razón de Estado, aquella desconfianza del gobernante que había obsequiado a Heydrich con el mote de «el supercreador de sospechas». El odio sólo lo conocía Heydrich como expresión de su propio resentimiento. Al gran almirante Raeder, que había permitido que Heydrich fuera expulsado de la Armada, le persiguió con saña implacable y rechazó toda oferta de mediación de sus antiguos camaradas de la Marina. En cambio Heydrich desconocía la animosidad por razones ideológicas. Con respecto a las visiones confesionales del mundo, inclusive la nazi, no sentía más que desprecio. Tampoco tenía la ilimitada fe en el «Führer» que le había permitido al pequeño burgués que en el fondo era Himmler llegar a realizaciones sobrehumanas. Heydrich era perfectamente capaz de imaginarse una Alemania sin Hitler, pero no sin Heydrich. Sus más próximos colaboradores están aún hoy convencidos de que el 20 de julio de 1944 Heydrich hubiera estado entre los conjurados.

De la obra de Heinz Höhne: «Der Orden unter dem Totenkopf. Die Geschichte der SS». S. Fischer Verlag.

El 17 de junio la Gestapo identificó a los autores del atentado; un día después fueron localizados. Se trataba de los dos suboficiales del antiguo Ejército checo Jan Kubis y Josef Gabcik. Y tal como había sospechado Frank desde el primer momento, habían sido enviados desde Londres. Poco después del comienzo de la guerra habían actuado en la Legión Extranjera y, más tarde, en la Legión de Exiliados checos. El grupo de comandos del Servicio Secreto británico, el «Special Operations Executive» (SOE), los entrenó después y, en diciembre de 1941, los lanzó en paracaídas sobre Bohemia. Iban provistos del armamento especial de los comandos de «ejecución», documentación falsa, una serie de direcciones a las que acudir y el encargo de llevar a cabo el atentado contra Heydrich «costase lo que costase».

La sección de documentación histórica del Ministerio de Defensa británico reconoció más tarde que «posiblemente fuese cierto que la idea del atentado hubiera sido concebida por Benes como jefe del Gobierno checo en el exilio y que la función del SOE se limitaba exclusivamente al entrenamiento y transporte de los agentes».

Los grupos locales checos de la resistencia se habían opuesto desde un principio a este plan. Así, el profesor Vanek, uno de sus dirigentes, había enviado por radio un mensaje a Londres diciendo: «Este atentado no beneficiaría en nada a los Aliados, y para nuestro pueblo tendría consecuencias imprevisibles. No sólo pondría en peligro a nuestros presos y rehenes políticos, sino que costaría también la vida a otros miles de personas. Todo el país sería víctima de una fortísima reacción y los restos de nuestra organización también serían arrasados.» Con otras palabras: un hombre que conocía el frente guerrillero de Lidice había pronosticado a los hombres reunidos en Londres en torno a una mesa de despacho el holocausto de un «super Lidice». Benes y su aliado Churchill aceptaron el riesgo. Y es que la política de Heydrich, que aplicaba sus métodos horrendos sólo contra los miembros activos de la resistencia, en tanto que a las masas obreras les brindaba una atractiva política social, había llegado a aniquilar casi la resistencia en el país y causaba en el mundo la impresión de una población checa conforme con su destino. De ahí que, para Londres, fuera esencial que muriera Heydrich. Solamente una provocación desorbitada sería capaz de desencadenar una reacción tan brutal de los alemanes como para justificar y motivar entre la población civil un apoyo activo a la resistencia checa. Esta gran provocación era con toda certeza el atentado contra Heydrich, una blasfemia contra el templo erigido al dios de la seguridad. «Éste fue el motivo –explicó después de la guerra el diputado británico Ronald T. Paget (laborista)– de que enviáramos a Checoslovaquia un comando para asesinar a Heydrich.»

Industria y materias primas

Tras largas vacilaciones se fraguó la gran decisión de Hitler del 23 de agosto de 1941: abandono –temporal– del avance sobre Moscú, desviación hacia el sur, para tomar Ucrania, así como la comarca del Don, las reservas del Doniets y el Cáucaso.
Ya conocemos esta decisión. Pero no una idea abstrusa que se ocultaba tras ella como fundamento. Llama la atención que Hitler hablase repetidamente de un alma político-ideológica y de un alma económica que alentaba en su pecho. Estas almas eran para los comandantes supremos del Ejército como un espíritu de soldado, que en realidad no correspondía al mismo. La queja de Hitler, en el sentido de que sus generales no tenían ni idea de estrategia moderna, ni de economía de guerra, continuaría manifestándose a lo largo de 1942, después que fracasó el intento tardío de conquistar Moscú a finales del otoño de 1941, pese a la llegada prematura del invierno. Moscú se había vuelto poco importante, a pesar de su carácter de mayor centro neurálgico, económico y político de la Unión Soviética. La gran ofensiva de verano planeada para el 28 de junio de 1942 y que habría de desarrollarse en el sur de Rusia, la Operación «Blau» («Azul»), perseguía en definitiva objetivos de economía de guerra: la ocupación de Stalingrado, gigantesco centro de navegación fluvial por el Volga, nudo económico y, al tiempo, paso obligado de las más importantes redes de navegación interior de la URSS; y la conquista de los campos petrolíferos del Cáucaso.
El 1 de junio de 1942 Hitler se personó, con un nutrido séquito, en el cuartel del Grupo de Ejércitos Sur, en Poltava. Estaban presentes el comandante en jefe del Grupo, general von Bock, y los jefes de Estado Mayor y comandante de las fuerzas destinadas a la Operación «Blau». Bock expuso la situación. En dos operaciones sucesivas, de grandes proporciones, había que tomar Stalingrado y el Cáucaso. Hitler pareció quedar satisfecho con la exposición del aristocrático Fedor von Bock.



Los intereses de Hitler apuntaban hacia los centros industriales de la Unión Soviética. En la imagen, un blindado alemán cruza un sector fabril soviético.

El *Führer* se recreaba entretanto en la seguridad de una victoria en el Este. En su discurso en la cervecería «Löwenbräu», afirmó: «Yo no deseaba en modo alguno atacar por el centro... Yo sólo quería llegar al Volga, y precisamente a un punto concreto, a una ciudad determinada... Con ello se lograría interceptar un tráfico de aprovisionamiento por un total de 30 millones de toneladas, de ellas nueve millones de petróleo... Ese punto era un importante puerto de embarque y por ello necesitaba tomarlo. Como ustedes saben, la decisión se ha concretado y ya lo tenemos...» El puerto en cuestión era Stalingrado. Exactamente once días después los soviéticos comenzaban en el sector una operación de tenaza que conduciría al establecimiento de un cerco en torno al Ejército 6 del general Paulus.
Según el esquema tradicional, la guerra se desarrollaba en Europa con el fin de batir al enemigo, ocupar su capital y obligarle a aceptar unas condiciones de paz. En la estrategia bélica de Hitler en el Este esta concepción pasó a segundo plano. En realidad lo que se buscaba aquí era la consecución de regiones ricas en materias primas necesarias para proseguir la guerra; el objetivo global se daba por perdido.
Con todo, la ofensiva del verano de 1942 trajo consigo éxitos grandes y espectaculares. Por ejemplo, se logró ocupar toda la región industrial situada en el sur y sudeste de Rusia, y además los campos de Kuban, ricos en cereales. Esto como primera providencia. El ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, se atrevió a formular en un discurso que pronunció en Berlín a finales del verano de 1942 la siguiente afirmación, carente de buen gusto: Los alemanes podrían ahora atacar en perfectas condiciones de salud.
Sin embargo, la ofensiva del Cáucaso había quedado detenida. A este respecto Hitler comentó en la cervecería muniquesa Löwenbräu que se marchaba despacio, pero siempre adelante. A pesar de todo, Moscú, centro neurálgico de la estrategia soviética, dejó de ser atacado. El 19 y 20 de noviembre de 1942 se impondría un giro trascendental en aquella «guerra de recursos económicos» al desarrollarse a ambos flancos de la ciudad de Stalingrado la contraofensiva soviética «Uran».
En el año siguiente, 1943, el reverso de esa «estrategia económico-militar» se mostró claramente. Hitler desistió de cualquier libertad operativa y ordenó, sin consideración alguna a la potencia real de sus fuerzas, ni a la situación general, que se procediese a reforzar los objetivos conseguidos. En lugar de buscar una gran decisión de la guerra recurriendo a eludir los enfrentamientos en amplios espacios y a un ataque de revés, como quería el comandante de los Ejércitos del Sur, von Manstein, con lo cual se habría roto quizá la apenas renacida fuerza de ataque del enemigo, ahora había que limitarse a reforzar las posiciones conseguidas hasta ese momento.
¿Para qué servía en realidad el ideal de Hitler, la guerra de los recursos económicos? ¿Iba a liquidar efectivamente la guerra convencional, como había amenazado el año anterior? Al fin no lo hizo. Y aunque así hubiese sido el enemigo no habría cesado de hostigarle.

Walter Görlitz

Operación "Barbarroja" VII

OFENSIVA DE VERANO DEL 42

La fortaleza de Sebastópol se encontraba ya próxima a su caída cuando la «Wehrmacht» inició el 28 de junio de 1942 su ofensiva de verano.

Con ella pretendía Hitler alcanzar lo que no había logrado en el invierno de 1941/42: el exterminio total del Ejército Rojo. Tras un mes de lucha, el frente ruso se había extendido 300 kilómetros. Vorónezh y Rostov habían caído, pero las operaciones de cerco no se habían convertido en batallas de exterminio.

El repliegue del Ejército Rojo se desarrolló con arreglo a un plan. Los núcleos habitados, sobre todo, fueron defendidos encarnizadamente.







Mientras se desarrollaba aún la batalla de Sebastópol, comenzaba en el sector norte del Grupo de Ejércitos Sur la ofensiva de verano propiamente dicha, el «Fall Blau». El 28 de junio el Grupo de Ejércitos de Weichs –Ejército 2, Ejército 2 húngaro, Ejército 4 acorazado– entraba en combate. El primer impulso se orientó hacia Vorónezh. A modo de cuña intervendría el Ejército 4 acorazado del general Hoth y, en su vértice, la 24 *Panzerdivision* al mando del general Ritter von Hauenschild. De repente volvía a aparecer el empuje de los primeros meses, ahora, en esos últimos días de junio. Durante casi un año exacto la capacidad de ataque había desaparecido de las tropas alemanas.

La División de Hauenschild, que partía desde la zona de Kursk, sobrepasaría las posiciones rusas del río Tim y avanzaría a una velocidad arrolladora hacia el Este, ocupando la cabeza de la División el Estado Mayor de la misma. El 30 de junio entraba en combate, a 150 km al sur, el Ejército 6, y más adelante, el XL *Panzerkorps*, al mando del Freiherr Geyr von Schweppenburg. Su objetivo era igualmente Vorónezh. Se trataba una vez más de aplicar el acreditado método de las tenazas: avance de dos cuñas, conversión de ambas y formación de un cerco. El primer cerco, según el plan, debería formarse antes de Vorónezh, en torno de Stari Oskol. Pero se produjeron contratiempos. Antes de que el cerco quedase formado Geyr comprobó que no había nada que cercar. Los rusos habían presentado cierta resistencia ante los carros alemanes, pero la mayoría de las unidades soviéticas se desplazaban ordenadamente y a buen paso hacia el Este, apenas más despacio que los blindados alemanes que avanzaban en la misma dirección.

Geyr von Schweppenburg comprendió de inmediato la situación y pronto se percató de que el repliegue ruso obligaba a alterar por completo el plan. En consecuencia pidió a los jefes supremos del Ejército el permiso correspondiente para anular el movimiento en tenazas y proceder a un avance normal hacia el Este.

Pero el Estado Mayor del Ejército se mantuvo en sus trece: se había ordenado establecer un cerco y así se haría. Y así se hizo, aunque a regañadientes. Tal y como se había fijado en el plan, el 4.º *Panzerarmee* (Hoth) y el XL *Panzerkorps* se encontraron en el punto exacto, cerca de Stari Oskol, formaron el cerco y comprobaron que, efectivamente, no había nada en su interior. Los rusos se habían llevado a tiempo incluso las armas pesadas.

Al fin se empezó a barruntar también en el cuartel general del *Führer* instalado por aquel entonces en Vínnitsa, en Ucrania, que la vieja táctica empezaba a fracasar, que los soviéticos rehuían la batalla.

A la vista de lo ocurrido podía concluirse que Timoshenko estaba decidido a replegar a sus tropas hasta el otro lado del Don. Si llegaba a conseguirlo, la Operación «Blau» sufriría un rudo golpe, puesto que su principal objetivo era el de detener a los rusos y aniquilarlos antes de llegar al Don.

Hitler realizó una visita relámpago al cuartel general de von Bock y decidió que, en aquellas circunstancias, el mariscal debería renunciar a la conquista de la ciudad de Vorónezh y marchar arrolladoramente hacia el Sur, a lo largo del curso del Don

Un error fatal

Al principio pareció que von Bock se proponía llevar esto a la práctica. En la tarde del 3 de julio, el XL *Panzerkorps*, de Geyr recibió la orden de avanzar hacia el Don y frenar allí el repliegue ruso. Geyr estaba satisfecho con la orden, pero no duraría su entusiasmo. Al mediodía siguiente llegó una contraorden: tenía que ponerse en marcha inmediatamente hacia el norte, en dirección a Vorónezh.

Existe una vieja máxima castrense que dice: «Orden-contraorden-desorden». Es decir, si se anula una orden con una contraorden, todo termina en desconcierto. ¿Qué le había llevado al mariscal von Bock a actuar contra esta máxima?

En principio, el avance asombrosamente rápido del 4.º *Panzerarmee* de Hoth. Sus vértices, la 24 *Panzerdivision*, así como la División 16 de Infantería motorizada y la División motorizada «Grossdeutschland», situadas a la derecha y a la izquierda de la División 24, respectivamente, habían conseguido llegar a las riberas del Don en la noche del 3 de julio, acercarse a Vorónezh, tomar varios puentes sobre el Don, y al fin tan sólo se encontraban a pocos kilómetros de la ciudad. Se daba por descontado que podía conquistarse rápidamente aquel punto neurálgico de comunicaciones que era Vorónezh y hasta disponer de tiempo suficiente para cortar la retirada a Timoshenko. En todo caso von Bock estaba convencido de ello.

Aquello fue un error fatal. Vorónezh se hallaba en realidad abarrotada de tropas y su conquista no podía resultar fácil. Timoshenko no estaba dispuesto a ceder en esta posición. Todo lo contrario: decidió trasladar refuerzos a la ciudad. El mariscal soviético se había percatado de que el día en que lograse mantener a raya a los alemanes junto a Vorónezh se mejorarían sus propias condiciones y las posibilidades de salvar a sus tropas cruzando el Don. Un efecto secundario pero muy importante a tener en cuenta era, para Timoshenko, el que la dura resistencia rusa en Vorónezh hubiese provocado la precipitación de una contraorden en el campo alemán.

Cuando se comprobó el 4 de julio que en Vorónezh las cosas no habían salido como estaba previsto, Hitler ordenó que el ataque cesase inmediatamente. Esta vez acertó. Su decisión era la de dirigirse al sur.

Pero la 24 *Panzerdivision* y la División «Grossdeutschland» habían «mordido» bien en la ciudad y no les era posible desenredarse tan pronto. El 6 de julio los alemanes seguían allí y los rusos aparecían muy debilitados. Entonces Hitler volvió a cambiar sus órdenes y otorgó como permiso que se procediese a conquistar Vorónezh. Sin embargo, el XL *Panzerkorps* debería continuar su avance hacia el sur, siguiendo el curso del Don. El resultado de ese tira y afloja fue el fraccionamiento de fuerzas.

En una situación tan confusa como ésta, comenzó en el flanco sur, el 9 de julio conforme se había planificado, el ataque del Ejército 17 y del 1.er *Panzerarmee*. Se ponía en movimiento, por lo tanto, el brazo sur de la tenaza. Su cometido era el de moverse hacia el Este, penetrar en la zona de Stalingrado, enlazar con el brazo norte y así cercar a los soviéticos en un amplio sector delimitado por el Doniets y el Don.

Esa era su misión, pero no pudo cumplirla. El gigantesco plan de tenaza no marchó bien. Efectivamente, el Ejército 17 y el *Panzerarmee* de Kleist habían logrado adentrarse desde la zona de Taganrog sin graves problemas, pero el efecto de conjunto fue que los rusos se sintieron empujados y terminaron por refugiarse en el gigantesco arco del Don.

Esta circunstancia podría haber sido favorable a los alemanes si el brazo norte de la tenaza, dispuesto hacía horas, hubiese cortado el camino a los rusos, muy debilitados. Pero aquel no era un frente de resistencia alemán; se había desperdiciado demasiado tiempo en Vorónezh, y no sólo esto: cuando al fin se puso en marcha el avance hacia el sur, con un gran retraso, por cierto, todavía se interrumpió una vez más para formar un nuevo cerco en Millerovo. Eso supuso un gasto de tiempo y no reportó ninguna utilidad: Timos-

Una unidad de acorazados alcanza su objetivo fijado para un día concreto: ahora hay que disponer la munición, cargar combustible, hacer las reparaciones necesarias y comer algo...

henko se escapó como ya había hecho en Stari Oskol.
Cuando en un examen de la situación, el 13 de julio en el cuartel general del *Führer*, explicaba el general Halder cómo habían transcurrido las fracasadas operaciones de cerco, dijo con su habitual sobriedad: «Los rusos se retiran ordenadamente, mi *Führer*». A lo que Hitler contestó: «¡Absurdo! ¡Se retiran, huyen, están acabados, están llegando al final!»
Convencido de ello, Hitler empezó, de nuevo, a improvisar, a dividir aún más sus tropas e incluso a retirar unidades del frente, en una ciega seguridad en la victoria. Su visión errónea de la situación le llevaría a una serie de decisiones fatales.
En primer lugar creía firmemente que los ejércitos rusos, según él acorralados en el alto Don, podrían quedar cercados en el curso bajo del río. En consecuencia alteró los planes primitivos de la Operación «Blau», que preveían el avance sobre Stalingrado con todas las fuerzas situadas a lo largo del Don, una vez cruzasen por los puentes disponibles este río y el Volga. Con esta maniobra se interceptaría el bajo Volga.

El Ejército 6 avanza en solitario

Este nuevo plan hubiera sido posible, y hasta probable, y habría tenido una importancia estratégica paralela a la del cerco del puerto de Múrmansk, en el extremo norte. Con ello la Rusia central hubiera quedado aislada de las fuentes de petróleo y de la ayuda aliada que afluía a través de Persia. Por otra parte, se contaba con fuerzas suficientes como para caer rápidamente sobre Stalingrado: dos ejércitos acorazados en condiciones inmejorables para ponerse en marcha.
Pero Hitler creía poder sorprender a los rusos mediante una operación improvisada, de modo que quedasen encerrados en un amplio cerco cuyo centro debería ser Rostov. Una vez en él podría aniquilarlos sin piedad. En correspondencia con este plan, el 13 de julio ordenó que virasen hacia el sur el 4.° *Panzerarmee* y el XL *Panzerkorps* que se dirigían a Stalingrado. En esta dirección sólo continuaría el Ejército 6.
Esta no fue la única decisión fatal. Dos días después, el 15 de julio, Hitler destituyó al comandante supremo del Grupo de Ejércitos Sur, mariscal von Bock. Dos días antes había reestructurado la composición de los Grupos de Ejércitos: se había formado un Grupo de Ejércitos A, partiendo del Ejército 11 (Manstein), del Ejército 17 (Ruoff) y 1.^{er} *Panzerarmee* (Kleist). Como jefe supremo designó al general



Soldados de una unidad de ametralladoras atraviesan en precario equilibrio los restos de un puente destruido sobre las aguas del Don (arriba).

Un grupo de zapadores con lanzallamas ante un «bunker» soviético.



List. Bock se había resistido enérgicamente a esta partición de fuerzas y por ello se vio obligado a separarse del mando.
El resto del Grupo de Ejércitos Sur, ahora Grupo de Ejércitos B (Ejército 6, Ejército 2, Ejército 2 húngaro), fue encomendado, tras la retirada de Bock, al general von Weichs. «Con esto lo que se ha logrado es dividir la batalla en dos frentes», anotó Bock amargamente en su diario; y esta observación correspondía de modo exacto a la situación real: Hitler creía efectivamente poder lograr los dos objetivos de la Operación «Blau» mediante la simple partición de las fuerzas disponibles.



Idiotas de ojos de pez

Puede soportarse todo: la penuria, el hambre, la propia muerte. Pero no se puede soportar la presencia de los alemanes. No se puede soportar a esos idiotas con ojos de pez que desprecian todo lo ruso. No podemos vivir mientras estén aún con vida estas babosas pardas. Hoy no existen ni libros ni estrellas en el cielo. Hoy sólo existe un pensamiento: matar a los alemanes, matarlos y enterrarlos. Después ya tendremos ocasión de pensar nuevamente en la vida, en los libros, en las muchachas, en la felicidad. No podemos dedicarnos a los ríos y a las montañas. Tenemos que encomendarnos a nosotros mismos. Ni las Termópilas, ni el mar, ni Creta podrán detenerlos. Nuestros hombres los detienen, no en las montañas sino en los huertecillos cercanos a Moscú. Nosotros los mataremos a todos. Pero habremos de hacerlo rápidamente, porque de lo contrario profanarán toda Rusia y matarán aún a varios millones.

Ilia Ehrenburg, escritor soviético, en la revista «Estrella Roja» de 13 de agosto de 1942.

Estos objetivos eran la aniquilación del «resto» de tropas enemigas «delante del Don» y la conquista de los campos petrolíferos soviéticos a orillas del mar Caspio (Bakú). Ambos objetivos, pensaba él, podrían lograrse al mismo tiempo en lugar de sucesivamente, tal y como preveía el plan «Blau». Tan firme se mantenía Hitler en su seguridad de la victoria final que retiró del frente, en plena ofensiva, un número importante de unidades de combate: 5 divisiones del Ejército 11 de Manstein fueron separadas y enviadas al norte para que conquistasen Leningrado; la División de granaderos acorazados *«SS-Leibstandarte Adolf Hitler»;* una división magníficamente dotada fue enviada a Francia, hacia donde le siguió también poco después la División de Infantería motorizada «Grossdeutschland», que tenía el carácter de división de honor. En total sumaban siete las divisiones retiradas del frente por el «mayor estratega de todos los tiempos» en un momento muy poco oportuno. Siete divisiones que de haber permanecido en las líneas de combate habrían sido más que suficientes para evitar la catástrofe de Stalingrado.
Todavía ocurrió algo más el mismo 13 de julio de 1942, fecha en que Hitler despidió al mariscal von Bock y envió al sur al 4.º *Panzerarmee* y al XL *Panzerkorps*: aquel día se celebraba en el Kremlin un consejo de jefes militares presidido por Stalin. Muy contrariamente a la fatuidad que dominaba en el cuartel general del *Führer*, en Vínnitsa, en la reunión de los soviéticos destacaba el espíritu de realismo que se mantenía en el mando soviético, a pesar de las amenazas enemigas que aún gravitaban sobre el Kremlin.
Los participantes en este consejo eran, además de Stalin, el ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, el mariscal Voroschilov, el jefe del Estado Mayor, Shaposhnikov, así como algunos oficiales de los Aliados. De un modo distinto al de Hitler, Stalin no impartía órdenes en contra de los consejos de sus generales. No hacía mucho se había visto obligado a aceptar el voto de éstos por el que quedaba sin efecto la consigna del año anterior: «mantenerse, resistir y morir si fuese necesario». El Ejército soviético no se hallaba en situación de participar en batallas aniquiladoras dentro de un cerco alemán, como en el caso de Kíev o Viazma. Shaposhnikov presentó el criterio común en el Gran Estado Mayor de cara a los próximos meses:



La batalla de Vorónezh, como la de Rostov, fue especialmente dura y encarnizada. Soldados de infantería entran en combate asistidos por un antiaéreo de 37 mm.

Proseguir el repliegue, hasta detrás del Volga y hasta dentro del Cáucaso; después organizar la resistencia con el fin de mantener a raya al enemigo; luego, obligarle a pasar el invierno en condiciones desfavorables. Al tiempo, evacuación de todos los centros industriales más importantes de los Urales.

Stalin concedió su aprobación. En principio se mantenía el primer criterio por el que también había fracasado Napoleón: volvía a utilizarse como factor estratégico la inmensidad del territorio ruso. El enemigo podía penetrar tierra adentro si lo deseaba; podía avanzar tanto que quedara extenuado y se convirtiese así en una presa fácil. Desde luego no era un criterio heroico, pero sí muy efectivo.

Hitler, y sobre todo sus generales de tropas acorazadas habían evitado este peligro en la primera fase de la guerra contra Rusia mediante la aplicación de golpes rápidos, imprevistos, sobre los centros neurálgicos del enemigo. Incluso se aproximaron al éxito completo. Pero Hitler terminó por hacerlo imposible cuando, poco antes de llegar al objetivo, echó por la borda sus conocimientos históricos y sacrificó un rápido golpe contra Moscú en aras del cerco de Kíev, sin duda espectacular. Ahora, un año después, volvió a repetirse el error. Hitler sacrificaba el control del bajo Volga, de gran importancia estratégica, en favor de una ilusoria batalla de cerco en torno a Rostov. A pesar de todo no se produjo la batalla de cerco sino un amargo combate dentro y en torno de Rostov.

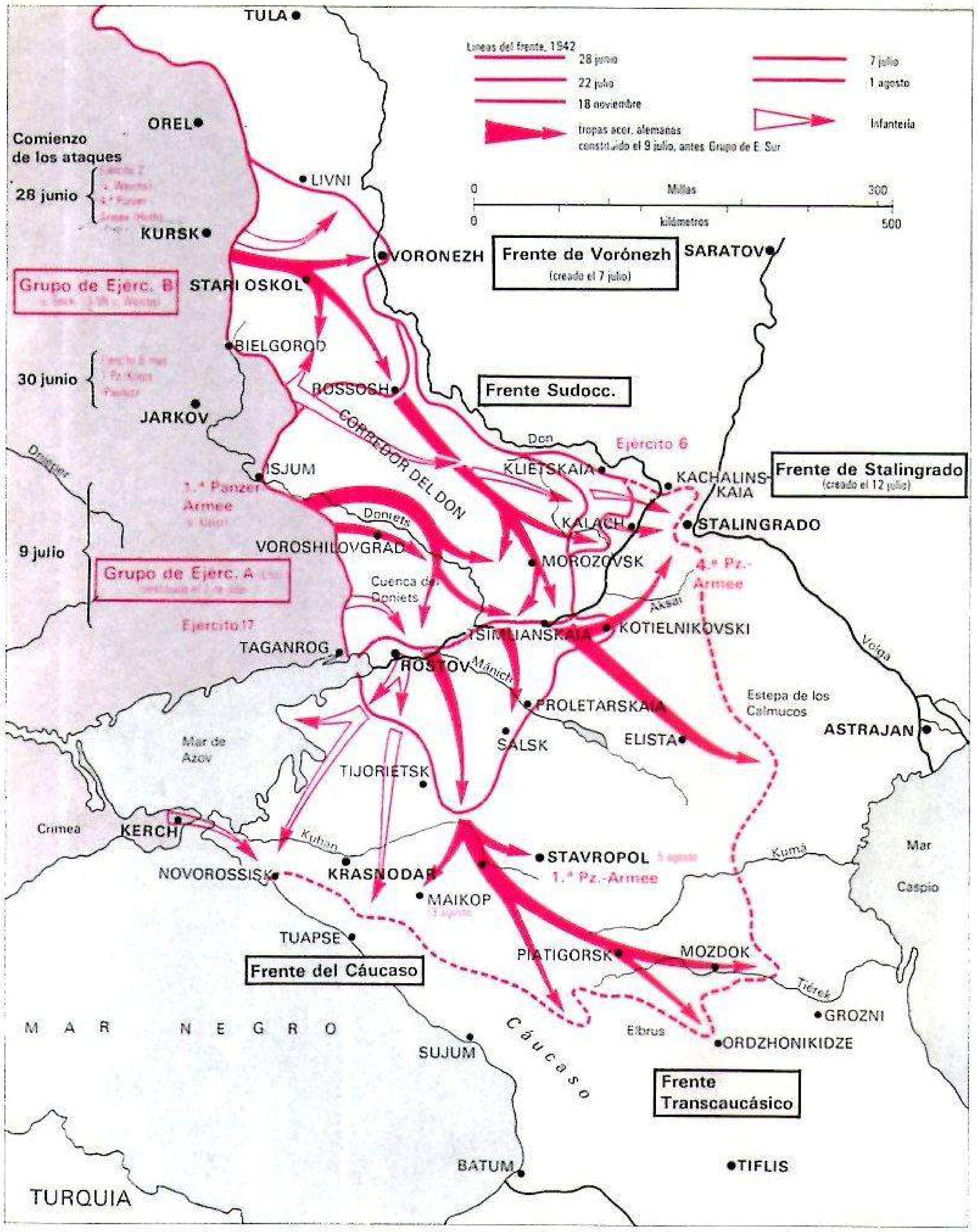
Los rusos defendieron encarnizadamente aquel nudo de comunicaciones tan importante para ellos. Una vez que hubieron reconquistado de manos alemanas la ciudad, el año anterior, procedieron a dotarla de toda suerte de defensas. En torno de ella trazaron tres enormes anillos de fortificaciones con amplios campos de minas, fosos contracarros y otros obstáculos contra los blindados.

Los puestos defensivos se hallaban ocupados por tropas del NKWD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores) y zapadores de la misma organización, todos ellos luchadores dispuestos al último sacrificio. En la parte alemana, una vez superados los anillos defensivos exteriores por las tropas acorazadas, iniciarían la terrible batalla casa por casa los hombres del Regimiento de Infantería 421 suabo, al mando del coronel Alfred Reinhardt.

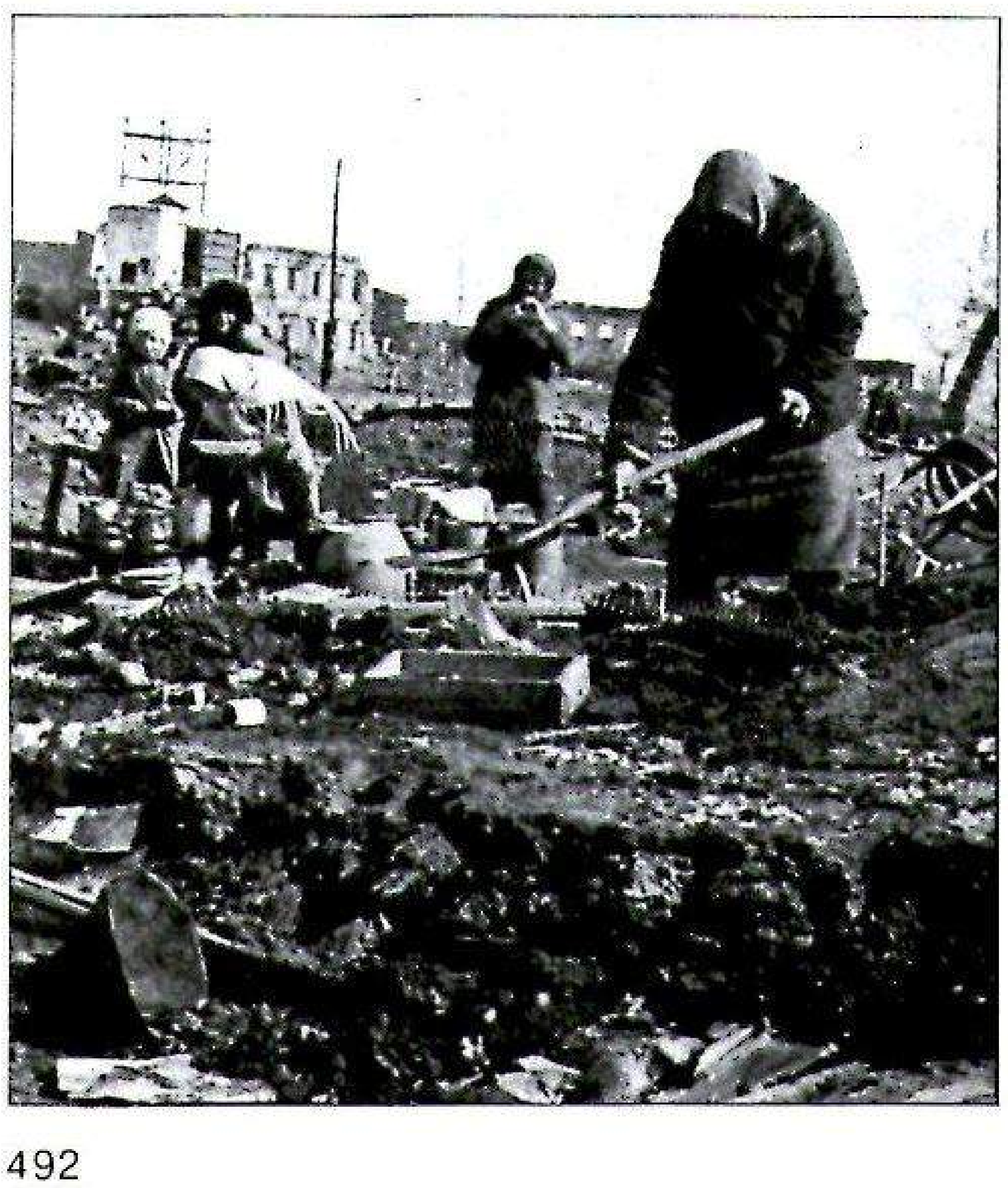




Un alto en la marcha por la estepa. Esta foto en color, publicada en «Signal», parece reflejar una escena de un sencillo paseo sin problemas. En realidad lo que se vieron obligados a afrontar los soldados era de una enorme dureza. En los rostros de dos de ellos (arriba) se aprecian las huellas de la fatiga y la tensión.



Mapa de la ofensiva de verano de 1942. El presente capítulo refleja su evolución hasta alcanzar la línea del Don.



Una escena cotidiana durante el avance alemán. Cuando las tropas germanas proseguían su marcha, la población intentaba recuperar algo de entre las ruinas.

El coronel Reinhardt comprobó entonces que era necesario crear una táctica especial y efectiva para la lucha callejera. En consecuencia formó con dos batallones seis compañías de choque, dotada cada una de ellas con una ametralladora pesada, un antiaéreo, un cañón de infantería y un obús de campaña ligero. Estas compañías especiales se situaron unas junto a otras en dirección norte-sur, siguiendo la dirección de las calles principales de la ciudad, y fueron tomándolas hasta alcanzar una determinada línea de obstáculos que había marcado el coronel sobre un plano de la ciudad siguiendo la dirección del ataque: Línea A, Línea B, etc. Tan pronto como una determinada compañía había rebasado la línea a la que se refería la orden de ataque, estaba obligada a esperar hasta que llegase una nueva orden del Regimiento por la que se disponía el asalto de la siguiente línea. Esta orden la impartía Reinhardt sólo cuando tenía noticias de que todas las compañías habían logrado su objetivo. Tal proceder tenía mucho de sentido realista: todas las unidades luchaban a una misma altura, ninguna podía ir demasiado lejos, dejando algún flanco al descubierto, y el mando podía tener un cuadro completo de la marcha de la operación a pesar del problema que suponía aquel enjambre de casas y calles. Además de esto, Reinhardt encomendó a otras seis compañías de vanguardia que registrasen a fondo cada vivienda, desde el sótano hasta el tejado. Cincuenta horas duraron los encarnizados combates callejeros hasta que, al fin, la ciudad quedó en manos de los alemanes. Pero no así los puentes sobre el Don, ni el muelle levantado a lo largo del río sobre el fango de la orilla, de varios kilómetros de longitud, que llevaba hasta el gran puente de Bataisk. Aquella misión se cumpliría en los tres días siguientes, del 24 al 27, realizada por tres docenas de voluntarios del Batallón 43 y media Compañía de los *Brandenburger*. A primera hora de la tarde del 27 de julio, las avanzadas del LVII *Panzerkorps* cruzaban los puentes y el muelle y se dirigían hacia el sur, hacia el Cáucaso. □

En el próximo capítulo:

Hacia el Cáucaso a través de las estepas de los Calmucos y de Kuban. La bandera de guerra del Reich ondea en el Elbrus. Patrulleros enviados a Ástrajan. La falta de combustible paraliza al Ejército 6.

El problema no ha encontrado aún solución, ni siquiera se ha discutido globalmente. ¿Qué debe hacer un médico cuando se le pide que aplique una inyección definitiva a un enfermo incurable? Todavía hoy se cierne sobre cualquier tipo de ayuda clínica a morir la sombra de la época nazi; la sombra de aquellos funcionarios incontrolados que decidían sobre la vida o la muerte sin preguntar al enfermo. La eutanasia significó el exterminio de 100.000 personas durante el terror nazi.

EL PROGRAMA EUTANASICO

El director Bouhler y el doctor en Medicina, Brandt han sido encargados de la responsabilidad de conferir a determinados médicos la facultad de aplicar la muerte de gracia a aquellos enfermos que, según su humano entender, no ofrezcan garantías suficientes de curación. Adolf Hitler.»

Con esta nota redactada en un estilo informal, firmada por Hitler en octubre de 1939, aunque llevaba fecha del 1 de septiembre, comenzó en Alemania la acción «Muerte de gracia», el programa eutanásico del Tercer Reich.

Bouhler era jefe de la «cancillería del *Führer* del NSDAP», una especie de cancillería privada de Hitler, independiente de las cancillerías del partido y del Reich. El doctor Brandt era el médico de cabecera de Hitler desde 1933. Brandt fue uno de los principales responsables de la muerte de unos 100.000 hombres, que cayeron víctimas de la llamada «Acción Eutanásica» iniciada por la orden del *Führer* reproducida más arriba, aunque en el texto no se especificase los detalles de la misma. La razón motriz de esta acción eutanásica, en la cual se aniquilaría la «vida sin valor» de muchos ciudadanos, era la voluntad del mando nacionalsocialista de llevar a la práctica una manifestación concreta de su ideología. Lo que comenzó con las disposiciones sobre «protección contra la descendencia enferma», «protección de la sangre alemana y del honor alemán», «protección de la salud hereditaria del pueblo alemán», siguió secretamente mediante la eutanasia, como una consecuencia lógica de la concepción nacionalsocialista que observa al hombre, ante todo, bajo el prisma de los factores raciales y biológicos, colocando en muy segundo plano los valores morales, humanos y cristianos. Hitler, para el que «los llamados sentimientos humanitarios» eran «una mezcla de idiotez, cobardía y arrogancia presuntuosa», escribió en su libro «Mein Kampf»:

«Llegará una raza más fuerte que procederá a dar caza a los débiles, de ahí que el impulso de vivir en su última forma irá marginando todos esos ridículos escrúpulos de la llamada humanidad del individuo para imponer en su lugar la humanidad de la naturaleza, que aniquila a los débiles para conceder su puesto a los fuertes.»

Esta especie de darwinismo social radicalizado, en el que se extrapolaron las leyes internas del reino animal y de la caza del ser irracional a la sociedad humana, no otorgaba por supuesto ningún lugar a la «compasión cristiano-eclesiástica», que exigía el derecho a la vida para todo ser humano, sano, enfermo o incurable. Alfred Rosenberg, ideólogo del nacionalsocialismo, escribió en su libro «El mito del siglo xx»: «Partiendo de la creencia en un amor ilimitado y una igualdad de todos los hombres ante Dios, por un lado, y, por otro, del mito de un 'derecho humano' democrático, ajeno a cualquier principio racial y no animado por un espíritu nacional, Europa se ha convertido en protectora de minusválidos, lisiados, deficientes, delincuentes y vagos.»

A la eutanasia pertenecía la muerte provocada de los niños y adultos que sufriesen defectos físicos o psíquicos graves. Con estos asesinatos se pretendía eliminar «una carga colocada sobre nuestro cuerpo social», en virtud de «puntos de vista de política alimentaria» y, «en último término, como medidas para la protección de la raza».

Una buena ocasión para ello, para la marginación de las «bocas inútiles» la brindó el estallido de la guerra, como el propio Brandt dio a entender tras el conflicto:

«Debo suponer que el *Führer* era de la opinión de que tal problema podría resolverse más fácil y limpiamente durante la guerra, puesto que durante el conflicto la clara resistencia que se esperaba por parte de la Iglesia no tendría papel alguno.»

Una nueva ocasión se produjo también con el caso del niño Knauer, como fue conocido en la sección de «Competencias ministeriales y 'muerte de gracia'», de la cancillería del *Führer*. «El padre de este niño –escribe Bert Honolka en su libro 'Kreuzelschreiber»– suplicó al *Führer* un permiso especial para que los médicos pudiesen acortar la vida de aquel ser digno de compasión. Tras algunas averiguaciones que llevó a cabo el doctor Brandt por encargo de Hitler, se supo que se trataba de un niño que había nacido ciego, tenía aspecto de idiota y carecía de una pierna y de parte de un brazo. Se encontraba en la clínica de la Universidad de Leipzig, de la que era director el profesor Werner Catel. El pobre niño fue dormido para siempre. El caso Knauer se convirtió en punto álgido de la discusión sobre la eutanasia. Lo infernal de los métodos nazis consistía en que, partiendo de este caso, que se produjo en circunstancias muy concretas, se buscó la aprobación de cara a la aplicación de la eutanasia a nivel masivo en el tiempo que siguió. Poco después, y basándose en el caso Knauer, Hitler otorgaría plenos poderes en esta materia al director Bouhler y al profesor

Brandt, de forma que actuasen del mismo modo en los casos similares que se fuesen planteando. Por supuesto, la actuación no se limitó a los casos parecidos...
En lo sucesivo, y de acuerdo con las órdenes de Hitler, se podría aplicar la «muerte de gracia» una vez los doctores «especificados nominalmente» emitiesen un «diagnóstico de máxima gravedad» sobre un paciente concreto al que «considerasen incurable según las posibilidades humanas para juzgar sobre el estado del enfermo». A este gremio de doctores pertenecían:
El profesor Werner Catel, director de la Clínica universitaria de Leipzig y profesor de psiquiatría y neurología en la misma Universidad;
el profesor Hans Heinze, director del Hospital municipal de Brandenburgo;
el pediatra Ernst Wentzler, de Hanno-versch-Münden;
el doctor Helmut Unger, de Berlín;
y como representante de la burocracia, el director general Herbert Linden, jefe del departamento de Salud pública de la IV sección del Ministerio del Interior del Reich.

Comienza a rodar la bola burocrática

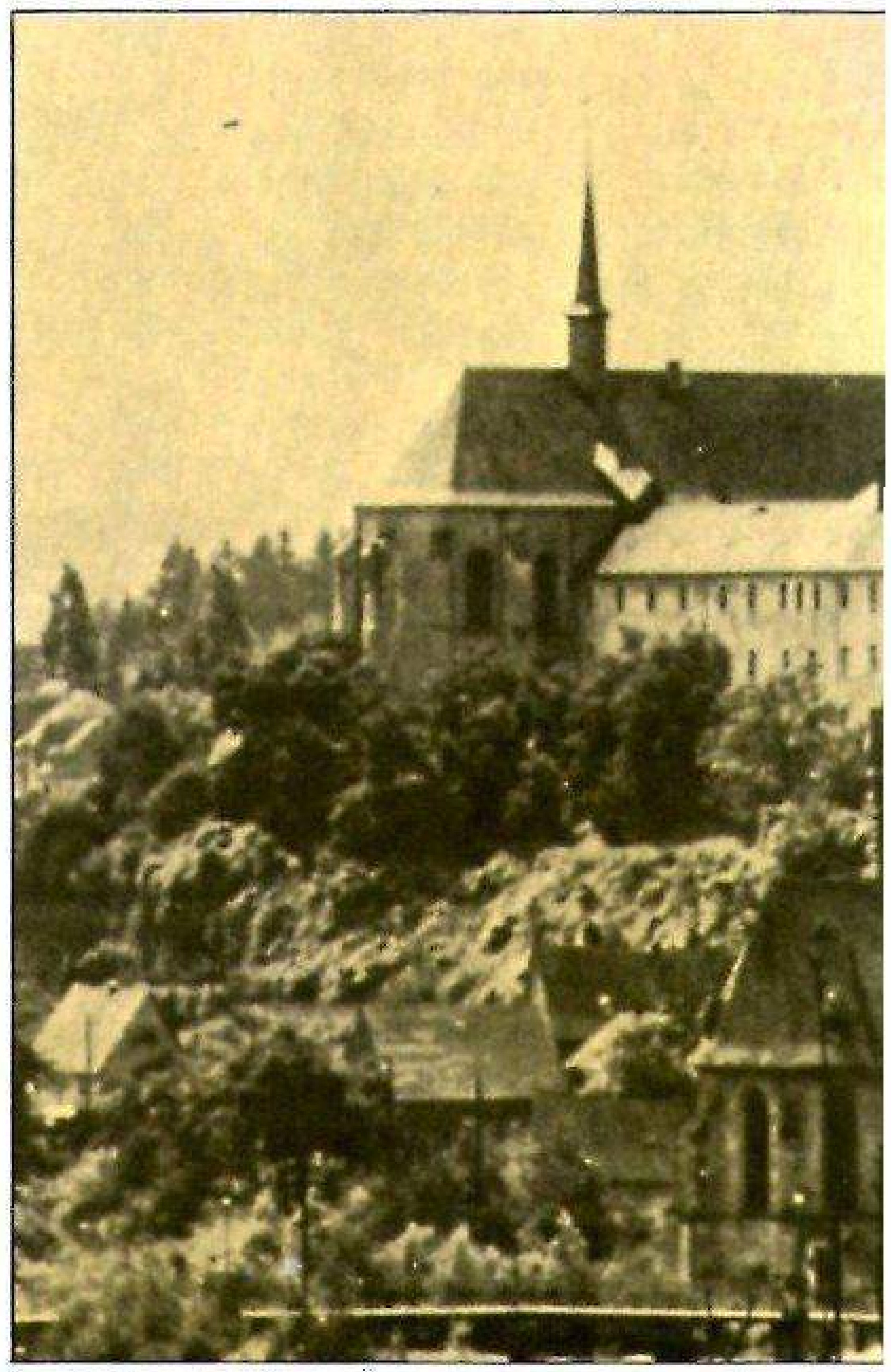
Al fin este gremio se ampliaría considerablemente para poder aplicar la eutanasia no solamente a niños enfermos sino también a adultos. Al grupo pertenecerían también:
El doctor Bender, director del Hospital Buch, en Berlín;
el profesor Max de Crinis, profesor de psiquiatría y neurología en la Universidad de Berlín;
el profesor Berthold Kihn, catedrático de neurología y psiquiatría en la Universidad de Jena;
el doctor Pfannmüller, director del hospital bávaro de Eglfing-Haar;
el profesor Carl Schneider, profesor de neurología y psiquiatría en la Universidad de Wurzburgo;
el profesor Paul Nitsche, director del Hospital de Sonnenstein, junto a Pirna (Sajonia);
y como sucesor de Schneider en la Universidad de Wurzburgo, el profesor Werner Heyde, el hombre de este grupo que más famoso se hizo después de la guerra porque, a pesar de ser buscado por asesinato, logró permanecer escondido bajo un nombre falso gracias a la cooperación de altos funcionarios del Gobierno federal e importantes juristas.
La avalancha burocrática comenzaba así a rodar. Se enviaron cuestionarios a los hospitales para que se documentasen con datos concretos sobre el estado de salud de cada enfermo. El gremio de doctores, integrado por 37

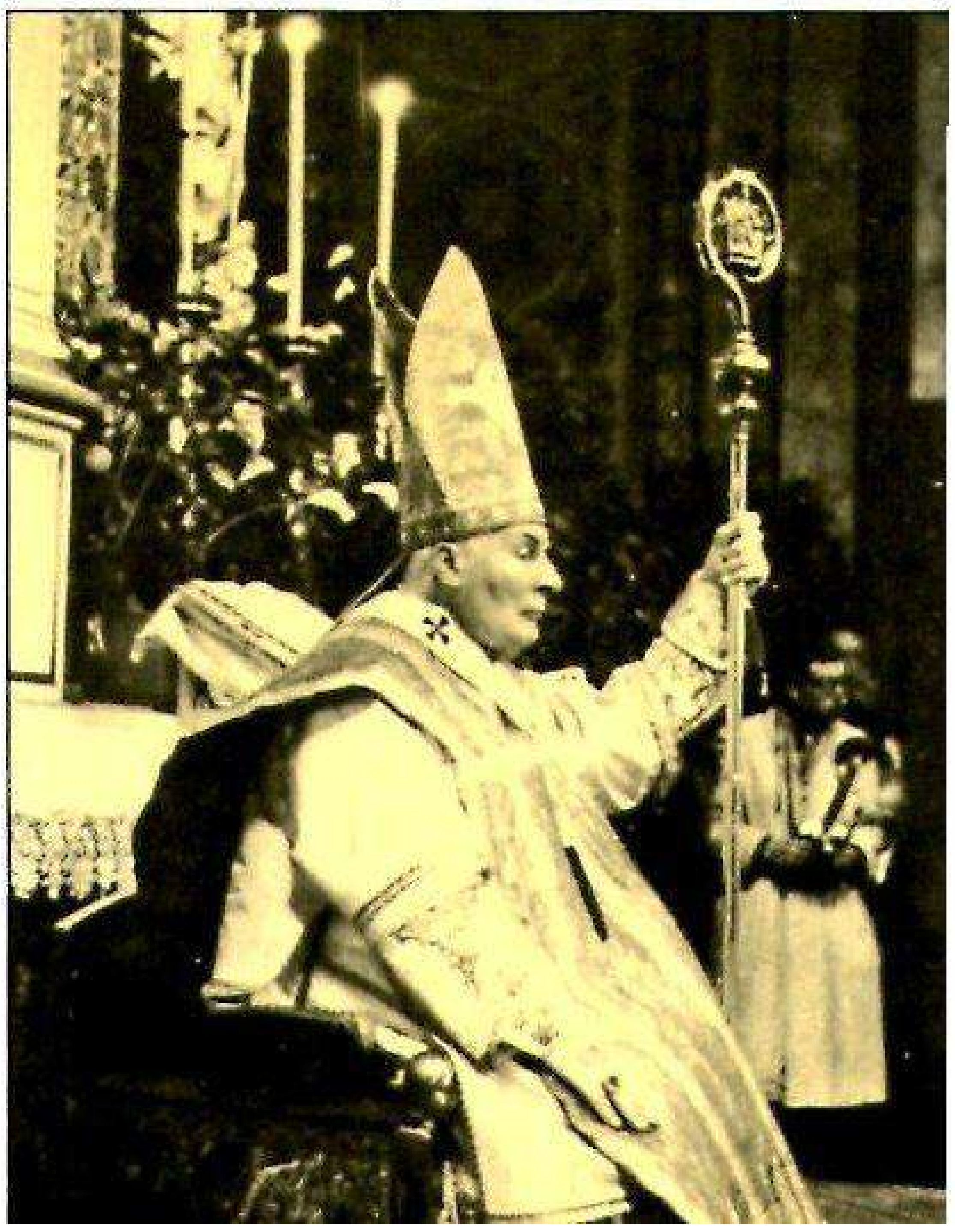
Una fiesta en el hospital de exterminio

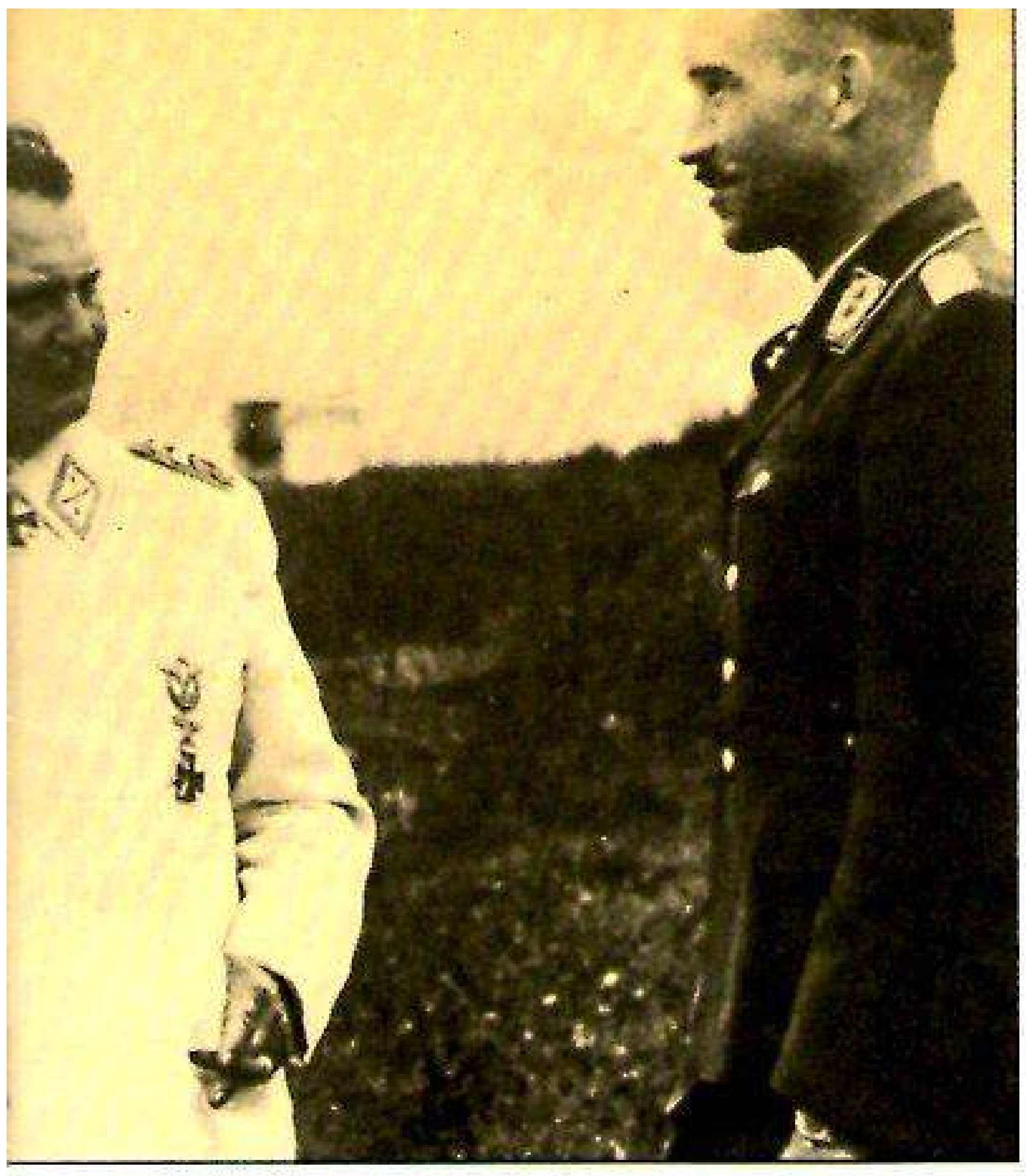
Hadamar adquirió una fama pésima. Sin embargo, no pasaba de ser un centro de exterminio como los demás, incluso hasta más pequeño. La cámara de gas, instalada en el sótano, sólo medía 28 metros cúbicos y carecía de cualquier detalle interesante. Los muros de aquella cámara de muerte se hallaban alicatados hasta media altura y el suelo era de losetas. La ducha característica era manejada desde el exterior por un médico.
Las ejecuciones por medio del gas eran monótonas, sin acontecimientos que reseñar. Pero, con todo, el nombre de Hadamar se hizo más famoso que el de los otros centros de exterminio. De Hadamar trascendieron más detalles a la opinión pública. Aquella casa era, ciertamente, un lugar de una crueldad indescriptible, y esto trascendió cuando se supo algún que otro pormenor de una fiesta celebrada en ella. Una fiesta como jamás se había celebrado otra en ningún centro nacionalsocialista.
El archivero de actas del centro de Hadamar, Maximilian Lindner, refirió en 1946 en forma de protocolo que, cierto día, el médico «T 4», doctor Berner, comentó durante la comida en común que sería exterminado en las próximas horas el enfermo número 10.000, a lo cual asistiría todo el personal. Lindner recuerda ese momento: «Nos reunimos, cuando caía la tarde, en el vestíbulo del ala derecha y una vez allí se nos dio una botella de cerveza. Luego nos encaminamos hacia el sótano. Allí se encontraba el cadáver de un hombre afectado de hidrocefalia, desnudo sobre unas angarillas. Pude comprobar que se trataba de un auténtico cadáver y no de una imagen de papel. El hombre fue colocado sobre una especie de artesa y lanzado a las llamas. Acto seguido, un empleado del centro, llamado Märkle, dirigió una especie de plática, como si fuese un eclesiástico.»
También el doctor Hans-Bodo Gorgass, recordaba aún tras la caída del Tercer Reich aquellas macabras exequias. Confesó haber asistido a ellas, pero insistió en que quedó «desagradablemente afectado» cuando, una vez en el lugar en que habían de celebrarse aquellas «fiestas de la incineración», «se encontró» con un discurso burlesco de esta calaña.
A pesar de todo, Gorgass encontró siempre una explicación de por qué se celebró esa fiesta en presencia de un cadáver, que debería haber suscitado cierto nerviosismo y extendido un sentimiento de horror: «En general, en Berlín se concedía valor a todo aquello que contribuyese a afirmar el sentimiento de camaradería, y la gente no estaba dispuesta a perder ocasión en este sentido.»

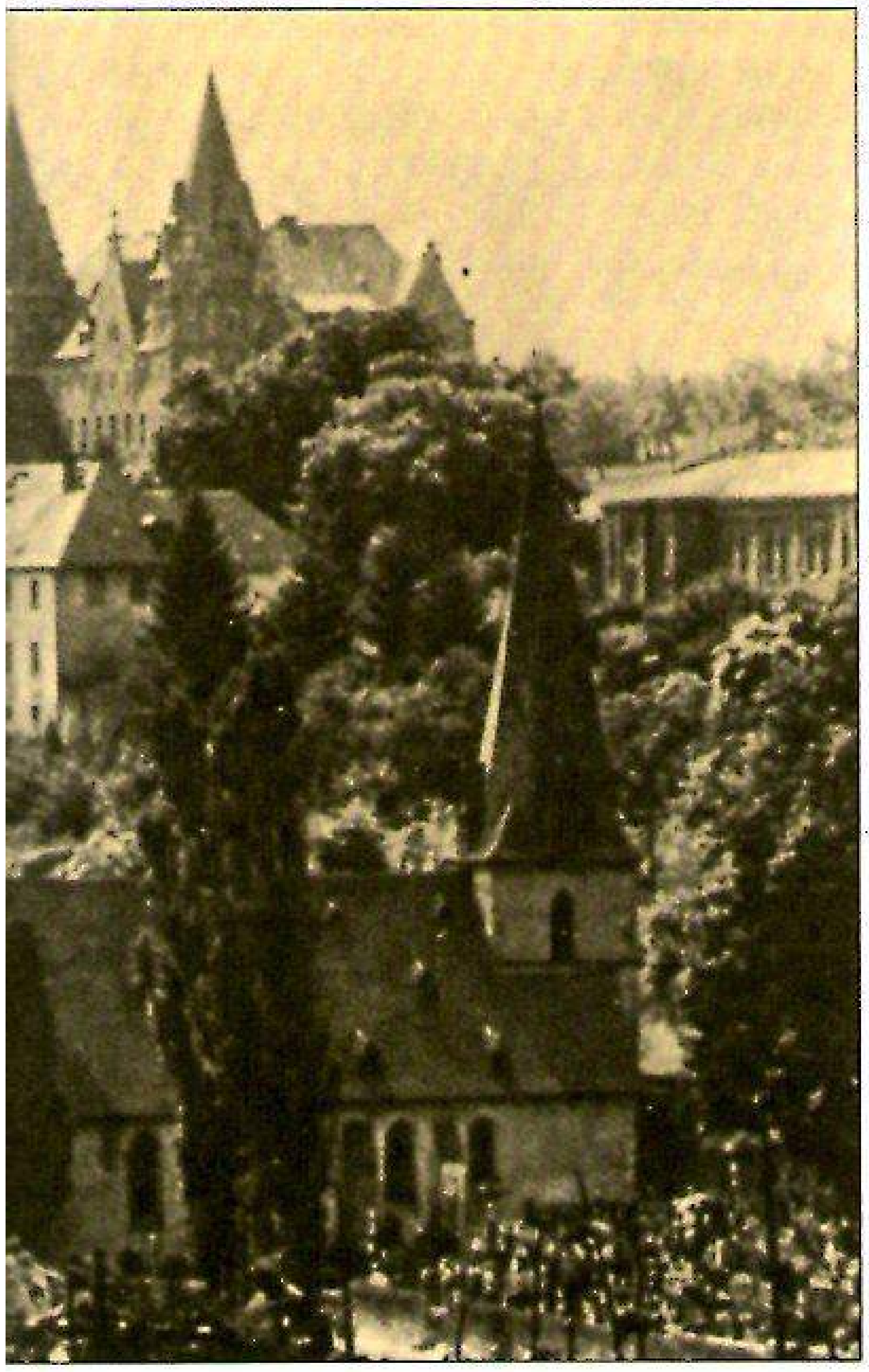
Del libro de Bert Honolka: «Die Kreuzelschreiber». Rutten und Loening Verlag, Hamburgo, 1961.











Entre los que se oponían a la eutanasia se encontraban el piloto Mölders (arriba, a la izquierda, con Göring y Galland) y el arzobispo de Munich, cardenal Faulhaber (abajo).

El hospital de Hadamar, cerca de Limburgo, era uno de los centros principales donde se practicaba la eutanasia (centro).

médicos, peritos y técnicos, recibió el inofensivo nombre de «Círculo de Trabajo del Reich para asuntos hospitalarios». Algunos centros clínicos se dispusieron especialmente para que en ellos se aplicasen de modo sistemático la «muerte de gracia» a los enfermos previamente seleccionados. El traslado de estos desventurados se realizaba mediante una compañía que recibió el nombre de «Sociedad anónima de transporte de enfermos», complementada con una «Fundación de utilidad pública para el cuidado de los hospitales», que se ocupaba, entre otros particulares, de los sueldos de los médicos que aplicaban la eutanasia, conductores de ambulancias, oficinistas y enfermeros de los centros.

De todas estas medidas encubridoras de los verdaderos objetivos se desprende que estaba en curso una acción secreta, ilegal, encaminada a que la «muerte de gracia» se aplicase más ampliamente, no sólo a los enfermos incurables, como podría suponerse por la tan citada «disposición del *Führer*». Con todo, y a pesar del cuidado que se puso para que no trascendiesen los crímenes derivados de ella, en 1940 empezaron a circular insistentes rumores de que en algunos hospitales las cosas «no eran normales». Parientes de algunos enfermos desaparecidos recibieron certificados de defunción en los que se citaba, como causa del fallecimiento, un ataque de apendicitis. Algún que otro paciente de estos había sido operado del apéndice en su niñez y por lo tanto era inverosímil la causa de la muerte que se aducía. La familia de un enfermo que había fallecido recibió cierto día los restos mortales de éste, pero, por un extraño error, llegó algunos días después una nueva urna conteniendo los de otro cadáver. Otro caso: una madre visitó a su hijo enfermo en el que apreció una franca mejoría. Los doctores le comunicaron que en pocos días le darían de alta. Pero el enfermo fue «trasladado», así se le dijo a la madre, y ésta no volvió a recuperarlo. Su nombre no aparecía en ningún hospital en las correspondientes listas de ingresos.

Uno de los primeros en desconfiar, al observar el repentino incremento del número de muertes en los hospitales, fue el pastor evangélico Braune, vicepresidente del comité central para misiones interiores de la Iglesia Evangélica alemana. A él estaban encomendados los centros hospitalarios de Bethel.

Un pastor se hace detective

Al principio le extrañó la reciente fundación de todas aquellas organizaciones, creadas sin motivo aparente. Mas pronto su extrañeza se tornó desconfianza al observar la marcha de la «acción formularios» que se desarrollaba en los hospitales. Esos papeles no seguían el curso normal, a través de las delegaciones de sanidad y de los médicos responsables, sino que llegaban directamente del Ministerio del Interior. El único factor que le decidió a investigar lo que ocurría fue el traslado de algunas jóvenes pacientes del hospital confesional «Gottesschutz» («La Protección Divina»), en Erkner, cerca de Berlín. Braune protestó contra esa medida y recibió un aviso conminatorio del Ministerio del Interior, que le advertía seriamente que no se entrometiera en asuntos que no le afectaban: su protesta amenazaba a la seguridad del Estado. Pero el valeroso pastor no se arredró y decidió llevar adelante por su cuenta una investigación criminológica en todos los hospitales en los que operaba la misión que él dirigía.

Se puso en contacto con familiares de pacientes ya muertos y así llegó pronto a la conclusión que él ya había intuido.

He aquí un caso. El enfermo Heimer, del hospital de Bedburg-Hau, en Renania, había sido director de la central eléctrica de Remagen cuando tuvo que tratársele de una aguda depresión nerviosa. Su familia lo visitaba frecuentemente. Un mal día el paciente desapareció del centro. La familia no había recibido la menor noticia sobre un traslado. Alguien les dijo que su enfermo había sido transferido al hospital de Grafeneck.

La familia preguntó en este lugar, pero no recibió respuesta alguna. Cuatro semanas después llegó una comunicación escrita: el enfermo Heimer había fallecido poco después de su ingreso en Grafeneck como consecuencia de un trastorno circulatorio. Su cadáver había sido incinerado de inmediato. ¿Trastorno circulatorio? Imposible. Heimer se encontraba completamente sano de cuerpo. ¿Incinerado de inmediato? No había duda de que allí se ocultaba algo.

Muy pronto se encontró Braune con algo que le dio luz. Heimer había muerto el 10-IV-1940. La urna enviada a la familia llevaba el indicativo A 498. En otro caso que detectó el pastor Braune, el paciente, muerto asimismo en Grafeneck, el 12-V-1940, fue igualmente incinerado y sus cenizas enviadas a la familia. Su urna llevaba la numeración A 1092.

El pastor conocía Grafeneck. El hospital tendría unas 100 camas. En consecuencia, entre la muerte de Heimer y del otro paciente cuyo destino había conocido Braune transcurrieron exactamente 33 días –desde el 10 de abril al 12 de mayo–. La diferencia del número de registro arrojaba una cifra de 594. Es decir, que en este plazo habían muerto en Grafeneck 594 pacientes nada menos, en sólo 33 días. Eso era plenamente imposible en circunstancias normales: 18 muertes por día, en un centro en el que sólo podían acogerse 100 enfermos, indicaba que en un período de cinco o seis días morían todos los pacientes.

El pastor Braune tuvo conocimiento muy pronto de nuevos casos de enfermos que eran trasladados a otros centros en los que el índice de mortali-

dad era tan alto como en Grafeneck. No cabía duda alguna: esos hospitales estaban destinados al asesinato sistemático de todos los enfermos que ingresaban en ellos.

Braune iba de sorpresa en sorpresa a medida que acumulaba y analizaba los casos recogidos en su actividad de detective. Un día decidió ir a Berlín y se hizo anunciar en la Cancillería del Reich. El director general Kritzinger, al que finalmente pudo visitar, no tenía la menor idea de todo aquello. Prometió al pastor ocuparse del asunto.

Braune conocía al también pastor evangélico Bonhoeffer, introducido en el *Abwehr*, y sabía que el consejero jurídico del Reich, doctor von Dohnanyi, era enemigo de Hitler y trabajaba asimismo en el *Abwehr*. Ni corto ni perezoso, el pastor Braune se personó en la sede del servicio de inteligencia alemán, en la Tirpitz-Ufer berlinesa. Dohnanyi le recibió y se quedó estupefacto cuando oyó lo que le contaba Braune, relación que avalaban los documentos que le presentó su visitante.

El antiguo consejero jurídico había sido portavoz personal del ministro de Justicia del Reich, Franz Gürtner, durante la crisis Fritsch y los intentos de exclusión de Himmler y Heydrich; en consecuencia tenía buenas relaciones aún con el Ministro de Justicia. En este departamento se tenía ya alguna noticia en relación con las funciones que cumplían ahora los familiares cuyos enfermos habían «fallecido repentinamente», o comunicaciones de abogados que no sabían qué actitud adoptar frente a estos casos.

El valiente pastor Braune habló con el ministro de Cuestiones eclesiásticas del Reich, Kerrl. Éste se dirigió a su vez al pastor von Bodelschwingh, primer obispo del Reich, y conversó con el médico más famoso y destacado del Tercer Reich, el profesor Sauerbruch. El pastor logró incluso que todos aquellos a los que visitó, incluido el ministro nacionalsocialista Kerrl, se comprometiesen a una acción conjunta.

Kerrl, Bodelschwingh, Sauerbruch y Braune se dirigieron juntos al ministro de Justicia del Reich, Gürtner. Este no pudo resistirse a la fuerza argumental del material aportado y, como recordaría el pastor Braune después de la guerra, hasta se «mostró horrorizado». Gürtner prometió todo tipo de ayuda y hacerse cargo del asunto.

Pero las cosas no cambiaron por eso. Los autobuses de la «Sociedad de transporte de enfermos» continuaron recorriendo el camino de hospital en hospital, los médicos del gremio de doctores siguieron enviando formularios y seleccionando enfermos a los que aplicar la «muerte de gracia». Se formaron nuevas comisiones de médicos que se ocupaban de visitar personalmente los hospitales para elegir sobre el terreno a los candidatos a la eutanasia, debido a que en ciertos centros empezaba a comentarse que con determinados «enfermos transferidos» se habían rellenado los formularios en favor de los pacientes y no con arreglo a la norma de exterminio. Al tiempo iba acentuándose la resistencia contra la «Acción Eutanasia». Los núcleos urbanos situados en las inmediaciones de los hospitales empezaban a tener idea de lo que ocurría al otro lado de los muros de estos centros. Pronto surgieron algunos funcionarios nazis que protestaron por aquello que habían oído entre el pueblo. Quizá fue el jefe de sector nacionalsocialista de Ansbach uno de los que más inmediatamente reaccionaron contra los médicos eutanásicos. En un escrito denunció las contradicciones vertidas en el certificado de defunción de un enfermo. En este caso se adujo «apendicitis» como causa de la muerte, cuando resultaba que el paciente carecía desde hacía años del órgano supuestamente afectado. El jefe de sector decía en su comunicación: «En otro caso se citaba una dolencia de médula espinal, pero la familia del paciente había visitado a éste ocho días antes y le habían encontrado perfectamente. Una mujer incluso recibió un acta de defunción cuando su marido se encontraba aún vivo y en un estado de salud inmejorable desde el punto de vista físico.»

La fiscalía suprema de Sajonia envió una nota de alerta a Berlín, según la cual se apreciaban graves irregularidades en la región de Württemberg, que no pertenecía a su competencia. La nota iba acompañada de una serie de esquelas mortuorias recortadas del periódico «Leipziger Neueste Nachrichten». Esas esquelas, en número muy copioso, tenían casi todas a modo de común denominador esta frase: «Hemos recibido de Grafeneck, en Württenberg, la noticia de la muerte repentina de nuestro... tras su incineración...»

Algunas esquelas eran aún más sospechosas, de puro claras. Por ejemplo: «...tras larga incertidumbre...» O incluso: «...como ya esperábamos, hemos recibido de Grafeneck, en Württenberg...»

Por favor, preguntaban los fiscales sajones, ¿qué pasa verdaderamente en Grafeneck?

De Grafeneck a Hadamar

Lo que ocurría en Grafeneck se incluyó en el escrito de protesta enviado al Ministerio del Interior del Reich por el obispo de Württenberg, Wurm, aunque éste todavía ignoraba que los enfermos eran eliminados mediante el gas: «Los transportes de enfermos..., los autobuses con las ventanas provistas de cristales opacos..., el humo que asciende del crematorio, inconfundible desde una gran distancia... Todo esto excitaba los ánimos, tanto más cuanto que nadie tiene acceso al castillo...» Al tiempo planteaba la pregunta: «¿Sabe el *Führer* algo de todo esto? ¿Lo habrá aprobado él mismo?»

La misma pregunta movió a una alta funcionaria del partido nazi, la jefe de las mujeres nacionalsocialistas de Württenberg, Else von Löwis, que escribió a Buch, suegro de Martin Borman y juez supremo del Reich: «...Si es cierto que los responsables de todo esto no son conscientes, ¿qué cúmulo de confianza no habrán aniquilado con ello?... Todavía las gentes se aferran a la esperanza de que el *Führer* no tiene conocimiento de estas cosas... Tiene que haber un camino por el cual la voz del pueblo llegue hasta su *Führer*.»

El juez del partido Buch envió esta carta al jefe de las SS, Himmler. Éste se ocupó inmediatamente de que el hospital de Grafeneck desapareciese, a pesar de que para ello no tenía encomienda alguna de los médicos ni de Hitler, ni era ministro del Interior del Reich, sino como siempre jefe de las SS y de la policía.

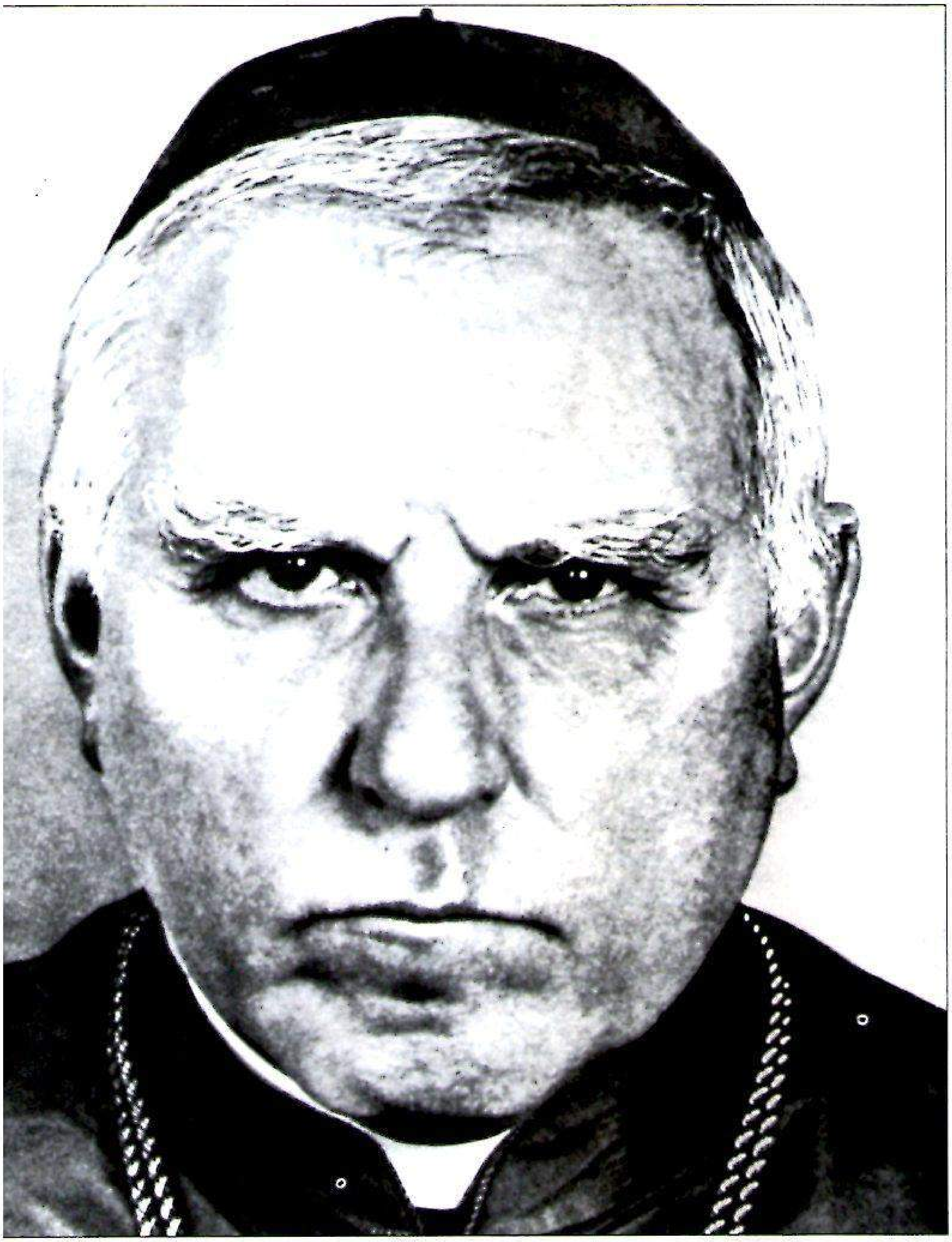
Pero la «Acción Eutanasia» continuó, también en Grafeneck. El personal empleado en el antiguo hospital, experto en el exterminio de enfermos, fue destinado en bloque al hospital de Hadamar, cerca de Limburgo, a orillas del Lahn. También en este lugar circulaban rumores sobre acciones misteriosas tras los muros del centro. Después del obispo evangélico de Württenberg, protestó el católico de Limburgo: «Con mucha frecuencia, varias veces por semana, llegan a Hadamar numerosos autobuses cargados de víctimas... Tras la llegada de estos vehículos los ciudadanos de Hadamar observan invariablemente cómo se eleva de las chimeneas una columna de humo y sienten un estremecimiento al pensar en las pobres víctimas de esta acción...»

En Munich protestó el arzobispo católico Faulhaber en un escrito enviado al ministro de Justicia del Reich, Gürtner. Su protesta iba apoyada en la teología católica y con ella insistía en la «incompatibilidad de la eutanasia con la moral cristiana».

Pero estas protestas y otras muchas no quedaron en meros escritos.

Cruzaron caminos burocráticos para terminar remansando en los archivos de actas. Pocas de ellas lograron tener efecto.

El obispo de Münster, Clemens August Graf von Galen, dio un impulso decidido a la supresión de la eutanasia al protestar abiertamente desde el púlpito



El obispo de Münster, Clemens August Graf von Galen, encabezó las protestas públicas contra la «Acción Muerte de gracia».

de la iglesia de San Lamberto de su ciudad ante una nutrida concurrencia de fieles. En su famosa homilía dijo:
«...¡Hombres y mujeres alemanes! Aún está en vigor el artículo 211 del Código Penal del Reich, que señala:
'El que matare otro hombre con premeditación será castigado con la pena de muerte como autor de un asesinato.'
Pues bien, por lo que respecta a aquellos que asesinan impunemente a unos pobres hombres enfermos, miembros de nuestra familia, con el fin de evitarles caer bajo el peso de la ley se les traslada a un hospital distante de su lugar de origen para que cumplan esta función y escapen a la justicia. Como motivo para la aplicación de esta pena tan sólo se aduce la enfermedad... Sin embargo el artículo 139 del Código Penal del Reich establece:
'El que, teniendo conocimiento suficiente de un crimen contra la vida... no advirtiere a tiempo a las autoridades o al que esté amenazado por el peligro, será castigado con pena de...'
Cuando tuve noticia de los proyectos según los cuales se había de evacuar de Mariental a enfermos destinados a la muerte, presenté denuncia el 28 de junio ante el fiscal y el jefe de policía de Münster mediante una carta certificada redactada en los siguientes términos:
'Según noticias que me han llegado, en el curso de esta semana (se habla de los días siguientes al 31 de julio) serán transferidos al centro sanitario de Eichberg un gran número de enfermos del hospital de Mariental, cerca de Münster, considerados como 'camaradas improductivos del pueblo', con el fin presumible de exterminarlos allí a la mayor brevedad.
Dado que una operación de tal estilo... sería considerada como asesinato, según el artículo 211 del Código Penal del Reich, y por lo tanto condenado con la pena de muerte, cumplo con lo establecido en el artículo 139 del mismo Código denunciando este hecho y pido que se proteja inmediatamente a estos conciudadanos contra lo que significaría ser transferidos y se evite su asesinato, añadiendo que se me comunique qué ha ocurrido con los interesados.
Desde entonces no he recibido noticia alguna ni del fiscal ni de la policía...»
Otro impulso en favor de la detención del «programa eutanásico» fue el llevado a cabo por el héroe de guerra más conocido y honrado de la época, ferviente católico: el coronel del Grupo de caza 51 y «general de pilotos de caza», Werner Mölders, impresionado sin duda por la homilía del obispo von Galen, que tuvo una amplia resonancia. Mölders era el ídolo de la juventud, el piloto más efectivo de todos los paises implicados en la contienda. El 16 de julio de 1941 le entregaba Hitler la máxima condecoración de guerra, creada precisamente con motivo de sus hazañas: la insignia de brillantes con hojas de roble y espadas de la Orden de caballero de la Cruz de Hierro.

Inquietud entre el pueblo

Durante el permiso que acompañó a esa distinción, el coronel Mölders tuvo conocimiento de las medidas que preparaba la Gestapo contra el obispo de Münster. Según informes, Mölders había oído personalmente el sermón de von Galen en la iglesia de San Lamberto. Werner Mölders protestó inmediatamente por la vía usual contra las medidas que habían llegado a sus oídos y que se referían a los enfermos mentales, así como contra supuestas represalias dirigidas contra el obispo von Galen. Cuando esa protesta llegó hasta el despacho del mariscal del Aire, Hermann Göring, éste supo que había en curso una medida disciplinaria contra el héroe nacional. Göring protestó a su vez ante Hitler.
Esta serie de protestas terminó en un nuevo frenazo de la acción eutanásica. En aquella fase de la guerra no podía permitirse, por razones de autoridad, cualquier tipo de inquietud popular fomentada por las dos Iglesias más poderosas de Alemania.
Al fin la resistencia había tenido éxito, a costa de muchos hombres. Desde luego el exterminio de los «enfermos incurables», la «eliminación de toda vida inútil», no cesó plenamente, pero sí terminó la matanza creciente de personas débiles. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

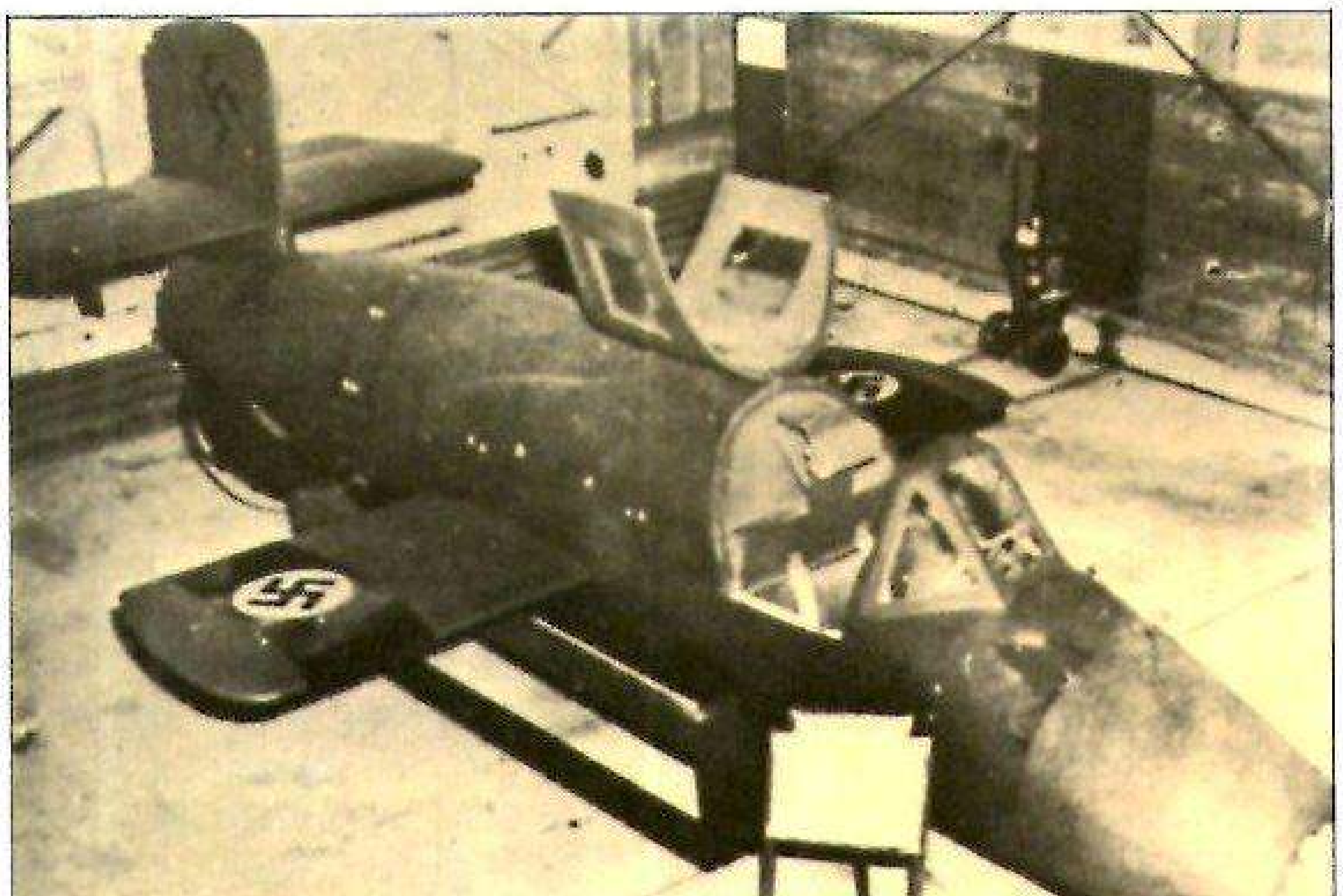
N

«Nachbarhilfe», nombre clave de las operaciones del Ejército 4 alemán (al oeste de Briansk) contra los partisanos soviéticos (19-25-V-1943).

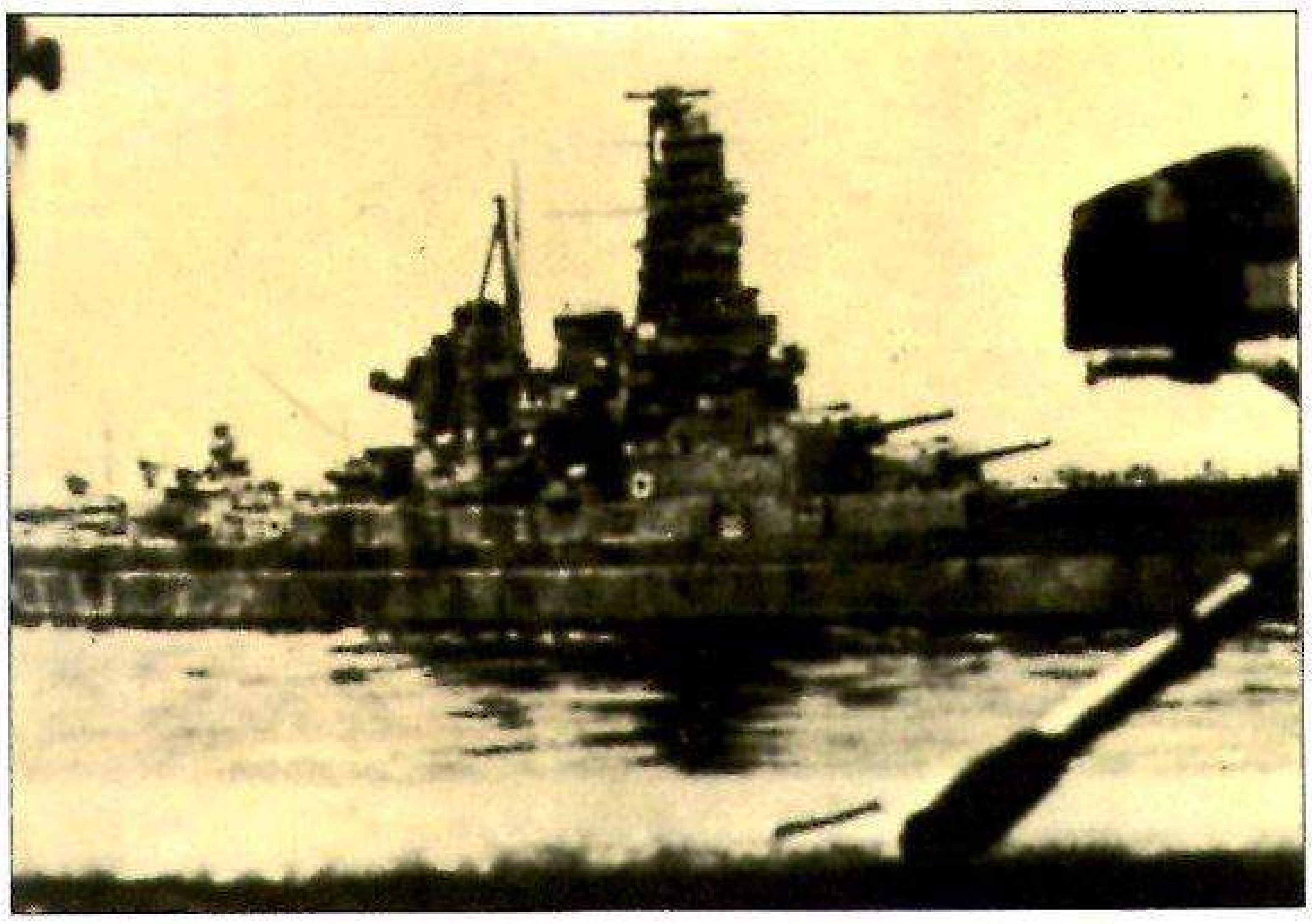
Nagasaki, importante centro industrial japonés, donde había en 1945 los mayores astilleros de Asia Oriental. Aquel año tenía más de 200.000 habitantes. La ciudad fue destruida por la bomba atómica que lanzaron los Estados Unidos el 9-VIII-1945. Murieron en aquel ataque por lo menos 40.000 personas, siendo heridas otras tantas de la población civil.

Nagato, acorazado japonés puesto en servicio el 25-XI-1920. 32.720 t; 25 nudos. Eslora: 224,5 m; manga: 34,6 m; dotación: 1368 hombres. Armamento: 8 cañones de 406 mm, 16 de 140 mm. En junio de 1942 participó en operaciones en las islas Midway. El 25-X-1942 el *Nagato* hundió en la batalla de Leyte el portaaviones norteamericano *Gambier Bay* y tres destructores. Posteriormente cesaron sus intervenciones por falta de combustible. Después de la guerra, los americanos utilizaron el *Nagato* como blanco para sus pruebas atómicas en el atolón de Bikini.

Nakajima, principal fábrica de aviones del Japón, constructora de los aparatos *Nakajima B 5 N* conocidos en el código aliado como «Kate», el aparato más famoso de cuantos salieron de las fábricas japonesas. Las características eran: un motor de 970 CV; velocidad máxima de 378 km/h; radio de acción de 1730 km; cuatro ametralladoras de 7,7 mm, un torpedo de 800 kg, o bombas equivalentes, bajo el fuselaje. También construía Nakajima el bombardero pesado *Ki-49*, «Donryu», que significa «mata dragones» y que los Aliados tenían clasificado en su código como «Hellen». Con este aparato atacaron los japoneses, en la primavera de 1942, Port Darwin en Australia. De dicha fábrica salían asimismo muchos cazas monoplazas, de los cuales el *Ki-84* «Hayate» (código aliado «Frank») era el más destacado. A partir de agosto de 1944 esta máquina se reveló tan eficiente como las de todos sus enemigos. Sus características eran: 990 CV, velocidad máxima de 687 km a una altura de 6100 m; radio de acción de 1255 km; armamento: 2 cañones de 20 mm, dos ametralladoras de 12,7 y una bomba de 250 kg debajo de cada ala.



El ingenio «Natter» debía alcanzar en menos de un minuto la altura de vuelo de los bombarderos aliados.



El acorazado japonés «Nagato», indemne tras la conflagración.

Nápoles, ciudad y puerto principal del Sur de Italia. En 1940 tenía cerca de 870.000 habitantes. En 1942 y 1943 fue varias veces objetivo de los ataques aéreos americanos; el primero, el 4 de diciembre de 1942. En noviembre de 1943 fue también atacado por los bombarderos alemanes y la ciudad fue abandonada el 1-X-1943 por el Ejército 10 alemán.

Narvik, véase «Weserübung».

Nashorn, cañón contracarro alemán autopropulsado. Peso: 26 t; motor 300 CV; velocidad 40 km/h; autonomía 200 km; tripulación: 5 hombres; armamento: un cañón de 8,8 mm. Acoplado al carro de combate IV, lo utilizaron a partir de 1943 las unidades de carros pesados del Ejército.

«Natter» (culebra), nombre que se le dio al caza alemán provisto de cohetes *Bachem BA 349*. El primer prototipo voló el 22-XII-44. En el vuelo de prueba, el primero que se hacía con un cohete tripulado por seres humanos, en marzo de 1945, murió el piloto. El «Natter» fue concebido ante todo como arma contra los bombarderos cuatrimotores norteamericanos, pero no llegó ya a intervenir en la guerra. Su velocidad ascensional debía ser de 12.000 metros por minuto, y la velocidad horizontal de 1425 km/h. Después de disparar sus 33 cohetes de 55 mm, el piloto debía lanzarse en paracaídas. Tan sólo se construyeron 36 de estas unidades.

«Naxos», palabra clave para el aparato de alarma de ondas centimétricas modelo FuG 350 de la Aviación alemana, y con el que se captaban los impulsos de radar de los aparatos británicos. (Véase también H 2 S.) A finales del 43, fue la causa de las crecientes pérdidas de la RAF, la cual en un solo ataque sobre Nuremberg, el 30-V-44, registró la pérdida de 95 aparatos y tuvo que suspender por un cierto tiempo los bombardeos contra Alemania. El 13-VII-44, llegó a manos de los ingleses uno de estos artefactos; a partir de entonces dividieron sus ataques de bombarderos y conectaban su H 2 S tan sólo cuando se hallaban a menos de 60 km del objetivo. Una versión especial del «Naxos» fue empleada contra el radar de orientación de nueve centímetros y montado sobre las torretas de los submarinos.

Nedic, Milan, general yugoslavo nacido en 1882. Murió el 6-II-46 en Belgrado (probablemente por suicidio). Desde 1908 era miembro del Estado Mayor y profesor de estrategia en la Academia Militar. En 1930 era comandante en jefe de un Cuerpo de Ejército. En 1934/35, comandante en jefe del Estado Mayor. En 1939/40, ministro de la Guerra del Gabinete de Cvetkovic. En abril del 41, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos III. El 30-VIII-41, jefe del Gobierno de Servia bajo la ocupación alemana. En octubre del 44 abandona el país junto con las tropas alemanas, pero se niega a formar un Gobierno en el exilio. En septiembre de 1943, los Aliados le entregan a Tito. Antes de comenzar el proceso contra él, muere a consecuencia de una misteriosa defenestración.

Nelson, acorazado inglés. Entró en servicio el 10-IX-1927. Desplazaba 33.950 t, velocidad de 23 nudos; eslora 216,4 m; manga 32,3 m; tripulación 1361 hombres; armamento 9 cañones de 406 mm, 12 de 152 mm y 12 cañones antiaéreos de 102 mm. Intervino en 1939 en opera-

ciones en el mar del Norte, en septiembre de 1940 fue trasladado al Canal y en enero de 1941 tomó parte en la persecución del *Scharnhorst* y del *Gneisenau*. A partir de junio del 41 fue adscrito a la «Force» H para la escolta de convoyes y la supervisión de minado en el Mediterráneo. En junio de 1944, en la invasión de Normandía, fue alcanzado por una mina y enviado a los Estados Unidos para su reparación. A comienzos de 1945 intervino en las operaciones contra las islas malayas. Desde agosto de 1946 fue buque escuela. Le llegó el desguace el 15-III-53.



Martin Niemöller

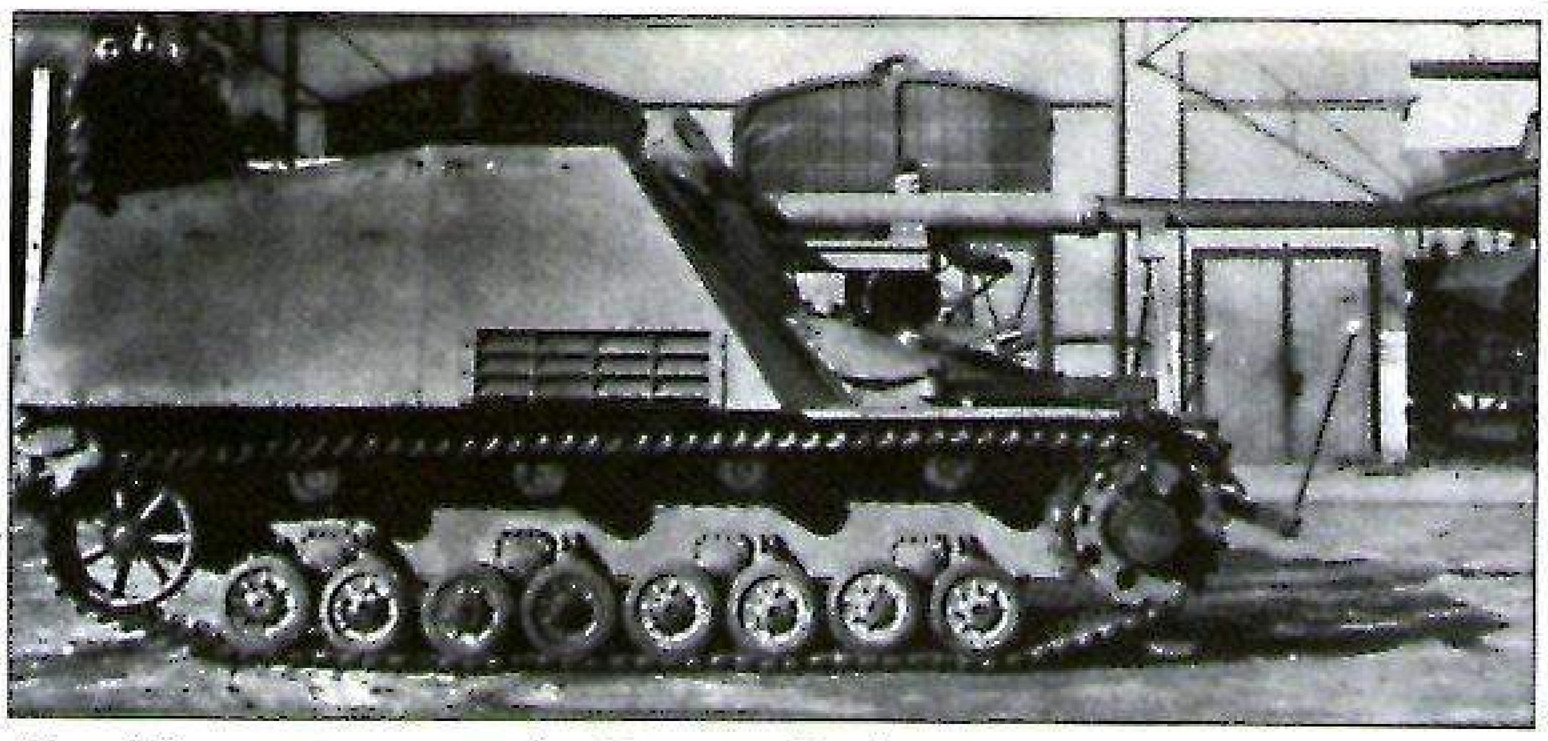
«Neptune», nombre clave para una operación de la Marina preparatoria del desembarco aliado en Normandía el 6-VI-43 (véase «Overlord»).

«Neptuno», nombre clave para la contraofensiva del 6-IV-43 por parte de las tropas de Wetzel (Cuerpo del Ejército V) junto con parte de las divisiones de Infantería 125 y 73 y la División 4 de Montaña contra las cabezas de puente rusas en Myschako y en el Mar Negro al sur de Novorossisk. El infructuoso ataque fue suspendido el 21 de abril.

«Nerón, orden de» (llamada así por el emperador romano que hizo incendiar la ciudad de Roma). Orden de Hitler del 19-V-45 de proceder a una política sistemática de «tierra quemada» siempre que se debiera retroceder ante el enemigo. La orden rara vez fue obedecida, ya que el ministro de Armamento, Speer, se opuso a ella.

Nettuno, véase «Anzio».

Neurath, Konstantin von, político alemán nacido el 2-II-1873 en Klein Glattbach, en Württenberg, muerto el 14-VIII-1956 en Einzweilingen. Desde 1908 era diplomático. Desde el 2-VI-32, ministro del Exterior bajo von Papen, von Schleicher y Hitler, hasta ocupar su puesto



El cañón contracarros de 88 mm «Nashorn».

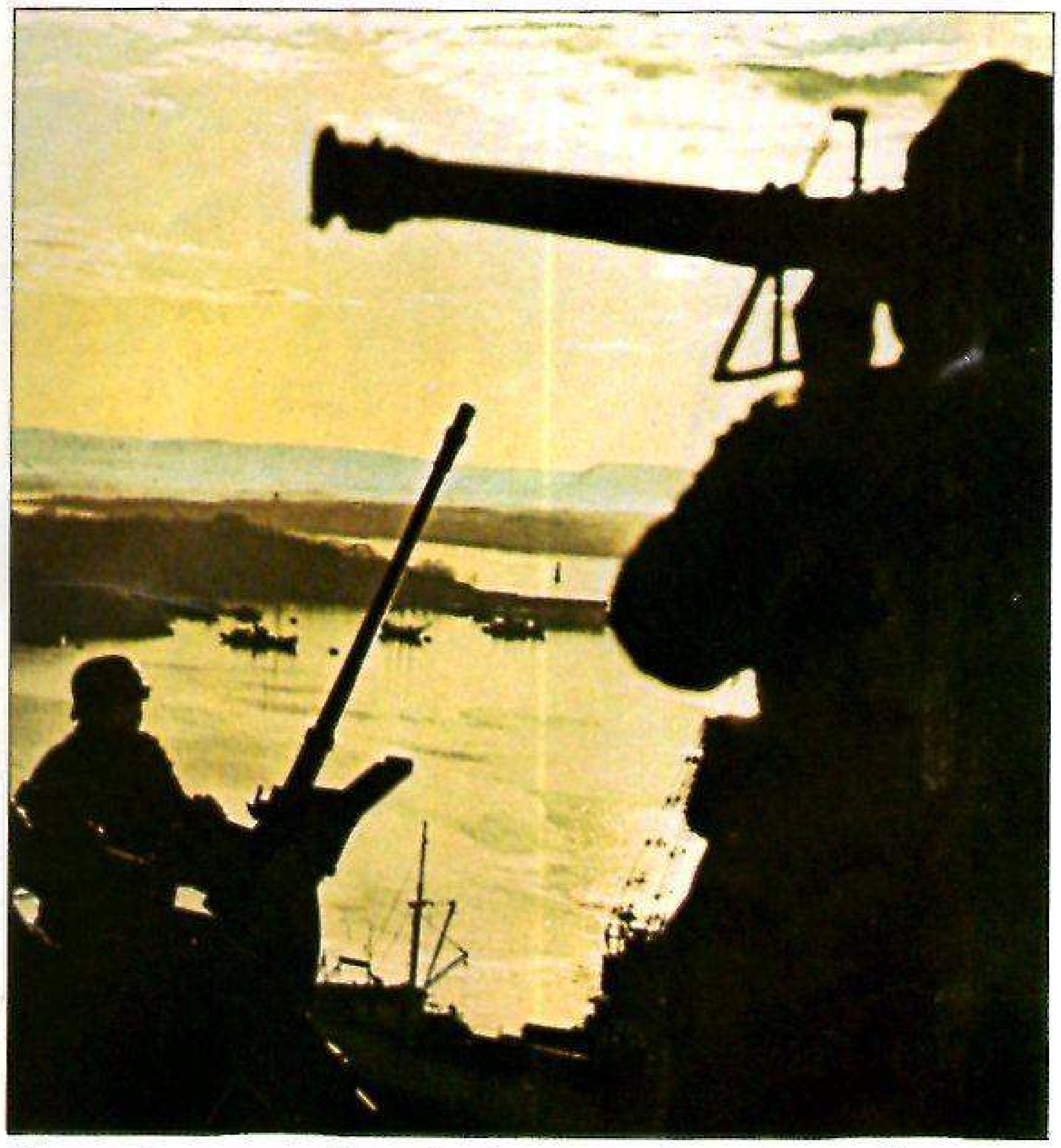
Ribbentrop en 1938. Llegó a ser presidente del Gabinete Secreto. El 18-III-39 fue nombrado protector del Reich en Bohemia y Moravia. El 27-IX-41 pidió la sustitución y dimitió oficialmente en agosto de 1943. En el juicio de Nuremberg fue condenado a 15 años de prisión, que cumplió en Spandau. El 6-XI-59 fue liberado por motivos de salud.

Neutrales, países, durante la segunda Guerra Mundial fueron en Europa: España, Irlanda, Portugal, Suecia, Suiza y Turquía. Consiguieron mantener su neutralidad por razones geográficas. Casi todos –excepto Suecia y Suiza– quedaban en la periferia de la zona dominada por los alemanes.
España: aunque muy vinculada a los países del Eje, tenía motivos válidos para mantenerse fuera del conflicto. Tras la guerra civil, la economía atravesaba momentos agobiantes. Además, la entrada en guerra hubiera podido significar un ataque británico en el norte del país o en las Canarias. Franco puso sus condiciones para la entrada de España en el conflicto, que Alemania rechazó. *Irlanda*: pese a formar parte de la *Commonwealth*, decidió permanecer al margen por consideraciones consecuentes con su política prebélica. *Portugal*: se mantuvo rigurosamente neutral, a despecho de sus simpatías por los Aliados. Su Gobierno buscó seguir en relaciones amistosas con España, para hacer de la Península Ibérica una «zona de paz». *Suecia:* sorprendentemente no se vio invadida por los alemanes, aunque era dueña de importantes yacimientos de mineral de hierro. Bastó con la ocupación de Dinamarca y Noruega para que dicho mineral no pudiera llegar a manos aliadas. Sin embargo, su neutralidad fue precaria y ambigua, pues Alemania dejó sentir su influencia. *Suiza:* país bien defendido, como Suecia, y de difícil orografía; su larga tradición de neutralidad resultaba útil para que ambas partes celebrasen allí entrevistas y fuera sede de los pocos organismos internacionales existentes. *Turquía*: inclinada hacia los Aliados suscribió un pacto con Francia e Inglaterra. No llegó a intervenir en la contienda, pues los ingleses reconocieron la debilidad de las fuerzas turcas.

Nevada, acorazado americano. Entró en servicio el 11-V-16; 29.000 t; velocidad: 20,5 nudos; eslora: 177,8 m; manga: 32,9 m; tripulación: 1300 hombres; armamento: 10 cañones de 356 mm y 16 de 127 mm, para defensa antiaérea. El 7-XII-41 fue alcanzado por las bombas del ataque japonés contra Pearl Harbor (50 muertos); en la primavera de 1943 participa en la invasión de Normandía, el bombardeo de Tolón y Marsella. Desde febrero de 1945 interviene en el Pacífico. El 30-X-45 fue retirado de servicio.

Niemöller, Martin, teólogo evangélico nacido el 14-I-1892 en Lippstadt. Oficial de marina en la primera Guerra Mundial; comandante de submarino desde mayo de 1918. A partir de 1930, párroco en Berlin-Dahlem. Fundó la Federación de Emergencia de Pastores y denunció la «tendencia pro-Reich» de los «Cristianos Alemanes». En febrero de 1934 abandonó la vida activa, pero se mantuvo en su parroquia y se convirtió en miembro de la llamada «Iglesia confesional». Detenido el 1-VII-1937, fue condenado el 2-III-1938 a siete meses de cárcel. Con todo, y por decisión personal de Hitler, fue retenido en diversos campos de concentración hasta el final de la guerra. El dictador dijo de él: «Si quedara libre este 'canalla contumaz' no pararía hasta ver encerrado a todo el tribunal.» Tras la terminación de la guerra fue elegido presidente de la Iglesia evangélica de Hesse y Nassau y miembro del Consejo de la misma Iglesia a nivel federal.

Nimitz, Chester W, almirante norteamericano nacido el 24-II-1885 en Fredericksburg (Texas) y muerto el 20-II-1966 en la isla Yerba Buena (San Francisco). De 1939 a diciembre de 1941, jefe de la sección de navegación en el Ministerio de Marina. Del 31-XII-41 a octubre 45, comandante supremo de las fuerzas navales aliadas en el Pacífico. Sacó sus tropas de las Hawai y estableció los pla-



Tropas alemanas en Escandinavia: un puesto costero en Noruega.

nes operacionales para el «asalto de islas». En 1944, Admiral of the Fleet (gran almirante). El 2-IX-45 firmó por parte americana, junto con Mac Arthur, a bordo del acorazado *Missouri*, el acta de capitulación de Japón. De octubre de 1945 al 15-XII-47, comandante supremo de las fuerzas navales.



Chester W. Nimitz

Noche y niebla, decreto de. Denominación que recibió una orden del «Führer» del 7-XII-41, que regulaba los delitos cometidos contra el Reich o las tropas de ocupación. En virtud de esas disposiciones, las autoridades de ocupación tenían autoridad absoluta para detener y castigar a personas civiles «no alemanas» ya que casi toda acción se podía considerar como un peligro para la seguridad de las fuerzas ocupantes. El castigo explícito de tales acciones era la pena de muerte.

«Nordlicht», nombre clave del plan de ataque alemán contra Leningrado. Este plan tendría que haber comenzado el 14-IX-1942 con el avance hacia el norte del Ejército 11 (general von Manstein), partiendo de Crimea. La ofensiva soviética en la zona de Schlüsselburg (Petrokrépost), a partir del 27-VIII-1942, aniquiló los planes alemanes. El Ejército 11 tuvo que ser destinado a contener la ofensiva rusa. Así fracasó la operación «Nordlicht», o «Luz del Norte».

«Nordwind» («Viento del Norte»), nombre clave de la ofensiva alemana iniciada el 31-XII-1944 y cuyo objetivo definido, en la Alsacia septentrional, fue encomendado al XXXIX *Panzerkorps* alemán y al XIII Cuerpo de las SS. Tras algunas conquistas de territorio, al sur de Weissenburg, la operación quedó detenida el 9-I-1945.

North Carolina, acorazado norteamericano que entró en servicio el 9-IV-1941. Desplazaba 43.200 t. Hacia 28 nudos. Eslora: 208,5 m; manga: 32,2 m; dotación: hasta 1351 hombres. Armamento: 9 cañones de 406 mm y 20 de 127 mm. Desde junio de 1942 operó en el Pacífico. Torpedeado el 15-IX-1942. Tras ser reparado y modernizado, se emplearía en numerosas operaciones anfibias y de transporte en el Pacífico, a partir de octubre de 1943. Se le retiró del servicio el 27-VI-1947. Desde el 1-X-1961 el buque se encuentra anclado junto a Cape Fear River como monumento nacional.

Noruega, reino escandinavo. Contaba en 1941 con 3 millones escasos de habitantes. Se mantuvo neutral al estallar la segunda Guerra. Figuró en planes aliados para apoyar a Finlandia en su lucha contra la URSS y para interceptar los envíos de mineral sueco a Alemania. Estos planes motivaron la ocupación de Noruega por las tropas nazis, a partir del 9-IV-1940. El Gobierno y el rey, Haakon VII, se vieron obligados a huir. Los británicos, franceses y polacos desembarcaron cerca de Narvik, Andalsnes, Harstad y Namsos. Sin embargo, los Aliados tuvieron que evacuar sus puntos de desembarco a primeros de mayo. En Narvik lograron mantenerse hasta el 7-VI-1940. El 10-VI capitularon las últimas tropas noruegas (general de División Ruge) en el norte del país. Tras el mandato provisional de un consejo administrador noruego, presidido por Vidkun Quisling, que comenzó sus funciones el 15-IV-1940, el puesto pasaría el 25-IX-1940 a manos del comisario del Reich elegido por Hitler, Terboven. Inmediatamente se formaron grupos de resistentes. Noruega permaneció ocupada hasta el final de la guerra. El 31-V-45 regresó a Oslo el Gobierno exiliado.

Nueva Guinea, la segunda isla de la Tierra en extensión, al norte de Australia. La parte oeste pertenecía a Holanda; la oriental era australiana. El 8-V-42 desembarcaron allí tropas japonesas por los puntos de Lae y Salamaua en el Este de la isla. Sus intentos de penetrar hacia el Sur y alcanzar Port Moresby fueron un fracaso. Los contraataques australianos y los desembarcos americanos en la costa septentrional en 1943 y 1944, pusieron a las tropas japonesas en difícil situación, aunque algunas se mantuvieron en sus posiciones hasta el final de la guerra.

Nuremberg, ciudad en la Franconia central. Tenía unos 430.000 habitantes en 1939. Sede de los congresos nacionalsocialistas del Reich. Sufrió graves bombardeos, como los de febrero y agosto de 1943, marzo y octubre de 1944 y enero y febrero de 1945, en los que quedaron destruidos numerosos monumentos históricos de la ciudad así como 61.200 viviendas (40 % del total). Tras la guerra se celebró en ella el proceso de los Aliados contra criminales de guerra nazis.

Nuremberg, Procesos de, nombre conjunto para referirse al total de 13 procesos contra varios criminales de guerra nazis y «organizaciones criminales». El momento culminante fue la vista de la causa contra los «principales criminales de guerra» ante un tribunal militar internacional. En él se dictaron las siguientes sentencias entre el 30-IX y el 1-X-46, contra 22 acusados (Ley se había suicidado en la cárcel): 12 penas de muerte, de las cuales se aplicaron 10 –Ribbentrop, Streicher, Sauckel, Kaltenbrunner, Jodl, Keitel, Seyss-Inquart, Rosenberg, Frick, Frank– porque Göring se suicidó en la cárcel y Bormann fue condenado en ausencia. Además se dictaminaron 2 penas de cadena perpetua, 5 condenas menores y 3 declaraciones de inocencia. Los procesos de Nuremberg también tuvieron sus detractores que, refiriéndose a cuestiones de procedimiento, comentaron que se habían juzgado delitos que aún no estaban tipificados –por ejemplo, «conjura contra la paz mundial», «iniciativas en una guerra de ataque», etcétera– de los que también podría haberse considerado culpables a las potencias aliadas.

«Nürnberg», nombre clave para la operación de cierre de los pasos pirenaicos, planeada para el caso en que los Aliados decidiesen desembarcar en Portugal o en la costa norte de España. El plan se decidió en virtud de una orden del OKW del 12-I-1944.



El banquillo de los acusados en el proceso celebrado en Nuremberg para juzgar sus crímenes de guerra. En la primera fila, de izquierda a derecha: Göring, Hess, Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Frick, Streicher, Funk, Schacht. Fila posterior: Dönitz, Raeder, von Schirach, Sauckel, Jodl, von Papen, Seyss-Inquart, Speer, Neurath, Fritzsche.

Página procedente de la revista de propaganda «Signal», junio de 1942



Un enlace motorizado que precedía a su columna es alcanzado por la explosión de una mina soviética. Pocos momentos más tarde sus camaradas están a su lado...



PRIMEROS AUXILIOS

... y se hacen cargo de él. Al mismo tiempo señalan por radio al servicio de sanidad su posición, para que la ambulancia pase a por el herido.



El médico militar lleva a cabo los primeros auxilios, vendando al herido e inyectándole para detener cualquier hemorragia o infección; luego escribe una cédula con el nombre, grado y unidad a que pertenece, así como el tipo de herida. Esta cédula se cose a su guerrera...



...mientras tanto han llegado los de sanidad. El herido pasa a la camilla y en ella a la ambulancia. Hasta que lleguen al hospital de campaña está bajo la protección de sus camaradas del servicio sanitario.

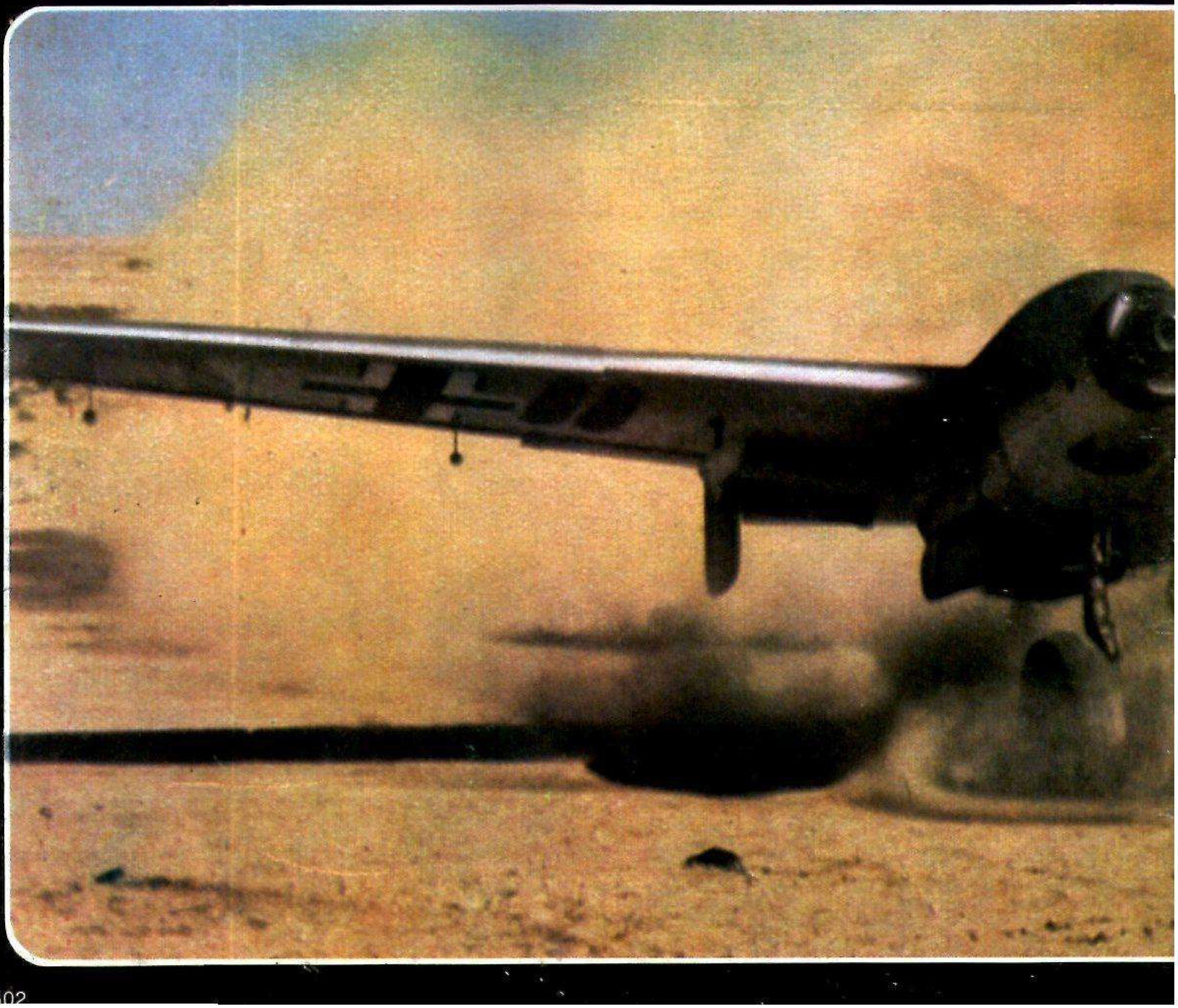
Fotos: PK.–Corresponsal de guerra: R. Lessmann

Los "zorros del desierto" VI

Wulf Weiter

A SEIS MARCHAS DEL NILO

Pánico en Alejandría y El Cairo: tras la caída de Tobruk, Rommel amenaza las últimas defensas egipcias. Su última oportunidad, la de lograr con su fatigado Afrikakorps una victoria rápida, fracasa ante la superioridad material de los ingleses.



Ni la más leve brisa alivia el aire sofocante de El Cairo. De los edificios de la embajada británica y del Cuartel General salen columnas de humo, bien visibles desde lejos.
Cualquier observador que pueda penetrar en las dependencias será testigo de la gran actividad que despliegan unos grupos de soldados prendiendo fuego a montones de papeles de todo tipo. Los representantes civiles y militares de Gran Bretaña en Egipto se deshacen de todos los documentos para evitar que caigan en poder del enemigo.
Columnas de camiones transportan todo el mobiliario de las oficinas hacia Siria y Palestina. El personal femenino que presta servicios en el Estado Mayor anglo-norteamericano se encuentra ya en Somalia. Los trenes van cargados hasta el techo: nadie se pregunta ya si Rommel llegará, sino cuándo llegará. Y sobre esto último todavía existe división de opiniones. Corre el mes de junio de 1942. En la carretera que por el desierto conduce a Alejandría se encontraba el corresponsal de guerra británico Alan Moorehead. He aquí un expresivo párrafo de sus notas: «Armamento de todas las clases, vehículos de la RAF, talleres móviles, carros blindados, columnas interminables de camiones sobrecargados de soldados rendidos y adormilados nos adelantan en dirección a El Cairo. Todo ello forma una fila de más de 100 millas. ¿Es que todo el Ejército se encuentra a la desbandada?, nos preguntamos. Una gran parte de este transporte había sido enviado al Delta con objeto de establecer allí posiciones defensivas.
En Alejandría, a unos 175 kilómetros al nordeste, reinaba para entonces la calma. La flota británica se había dirigido a Haifa y Port Said. Los muelles habían sido destrozados con cargas explosivas. Comandos especiales se encargaron de tender los cables y realizar la operación.
A unos 100 kilómetros de distancia, en dirección sudeste, se encuentra el pueblo El-Alamein. Aquí tronaron el 30 de junio cañones de 88 y 105 mm. Pertenecían al grupo de combate «Briel» que se había adelantado a las divisiones de Rommel. Los «jabos» británicos se lanzaron sobre él empleando todas las armas de a bordo. Comenzaron a estallar las bombas; los artilleros optaron por meter la nariz bajo tierra. Alguno empezó a pensar que se complicaba la cita para tomar café en Alejandría o en El Cairo. Y estaban más cerca de la verdad que muchos oficiales de los Estados Mayores de uno y otro lado del frente.
El nuevo avance de las tropas italo-germanas había comenzado el 22 de junio, un día después de la caída de Tobruk. En la disputa sobre la estrategia ulterior ▷



Un aparato tipo «Me 110» despega de un campo africano. Durante el verano de 1942 la «Luftwaffe» era cinco veces inferior a la RAF.

terminó imponiéndose Rommel: mientras el Mando italiano y el mariscal Kesselring eran de la opinión de que debía detenerse el avance y, con objeto de asegurarse el camino del aprovisionamiento, conceder prioridad a la conquista de Malta, Rommel había exigido que se continuara persiguiendo al enemigo hasta Egipto, hasta El Cairo y hasta donde fuera posible, con objeto de no dejarle oportunidad de rehacerse y crear una línea de defensa.

Hitler respaldó la postura de Rommel y escribió a Mussolini una sugestiva carta; éste se vio ya sobre un caballo blanco entrando en El Cairo y dio la orden a su Estado Mayor de que concediera carta blanca a Rommel. Una vez más las fatigadas unidades debieron ponerse en marcha hacia el Este. La primera fase equivalió a una carrera en dirección a Egipto. Alemanes, italianos y británicos se sucedían a veces en los caminos, con sólo un par de cientos de metros entre sus columnas.

Solidarios en la desgracia

En su libro «Die Wüstenfüchse» –Los zorros del desierto– Paul Carell narra una escena típica: «Ahí está también el teniente Hans Schulze del Batallón motorizado de fusileros n.º 15. El 24 de junio puso fuera de combate, de entre una columna británica, a un blindado y un vehículo. En el suyo, y con sus hombres, se dirigió hacia ellos, a poco más o menos un kilómetro, con la esperanza de conseguir un botín que variara un poco el cotidiano plato de conserva de ternera con el posible *corned beef, sliced bacon* y *mixed pickles* ingleses. Lo que se encontraron en cambio fue un montón de soldados británicos gravemente heridos, a los que curaba un grupo de ilesos. Ninguno era sanitario, y todos estaban armados hasta los dientes. Los ingleses no se molestan en echar mano de los fusiles, ni intentan arrojar ninguna granada. La desgracia de sus camaradas los paraliza. Schulze y sus seis hombres se sienten embargados por aquella solidaridad: toman de su coche los maletines sanitarios y comienzan a ayudarles. De pronto llegan refuerzos británicos. El teniente alemán y el sargento inglés cruzan una mirada. Schulze grita a sus hombres: '¡Al coche!' y saluda militarmente al sargento, quien responde al saludo y ofrece al cabo Müller un paquete de cigarrillos, que éste apenas tiene tiempo de tomar. El vehículo se pone en marcha. Nadie dispara contra ellos. Nadie intenta detenerlos. Nadie grita: '¡Arriba las manos!' Unos y otros lo encontrarían absurdo. Tan absurdo como va considerando el cabo Müller el hecho de que quizá antes de media hora nos hayamos matado unos a otros. ¡Absurdo! ¡Absurdo!».

Rommel preparó esta vez una doble tenaza. Desde el sur de Marsa Matruh la División 90 ligera y la 21 se dirigen hacia el Este. La 90 evoluciona hacia el Norte y el 27 de junio por la noche cierra el cerco en torno al Cuerpo blindado VI sudafricano y a dos Divisiones de Infantería que se encuentran en la zona de Marsa Matruh. La División 21 avanzó hacia el Sur y cortó el camino oriental a la División 2 neozelandesa, así como a poderosas unidades blindadas. Al mismo tiempo estas fuerzas fueron atacadas en su flanco occidental por la División 15 blindada. Con esto gran parte del Ejército 8 había caído en la trampa, siempre y cuando el ataque de Rommel fuera lo suficientemente fuerte. Y no lo fue; ya en Marsa Matruh quedó claro que la continuación del ataque más allá de las fronteras egipcias presuponía una capacidad de combate que las unidades ítalo-germanas estaban muy lejos de tener. Y ello debido en buena parte a que la Aviación británica podía desde sus bases realizar abundantes vuelos de castigo, mientras los aviones alemanes e italianos, ya numéricamente inferiores, por culpa de su organización en tierra, apenas podían seguir el avance de los blindados. Cada vez se hacía más patente el viejo fallo de la campaña de África: la escasa fuerza combativa de las tropas italianas. Júzguese sino, y valga el ejemplo, la División acorazada «Ariete»: sus carros de 12 toneladas con un blindaje suficiente y dotados con cañones de 40 mm eran pasto fácil de los carros y cañones enemigos que los convertían en verdaderos ataúdes.

El avance de los ingleses no se podía detener. La División neozelandesa, con su jefe al frente, el general Freyberg, que llevaba toda la cabeza vendada, consiguió abrirse paso en la parte meridional de la tenaza. Los hombres de los mares del Sur se lanzaron suspendidos de los camiones y blandiendo las bayonetas, bajo un fuego graneado, a la lucha cuerpo a cuerpo y, tras una tremenda carnicería, lograron abrirse paso hacia el Este, rompiendo el cerco de la División 21 blindada.

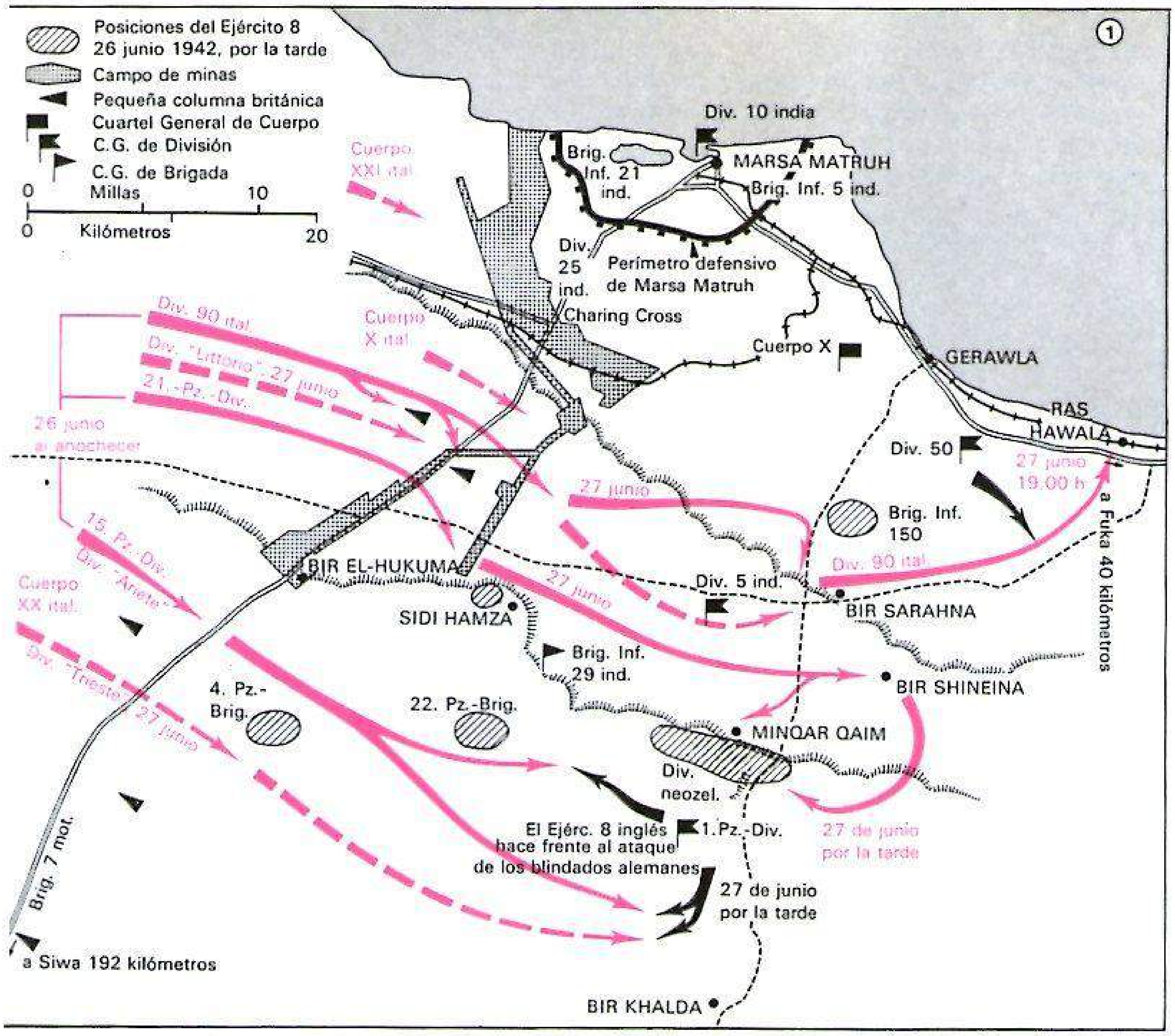
Los bombarderos de la RAF no abandonaron un momento el campo de combate, ni siquiera por la noche en que una lluvia de bengalas lanzadas en paracaídas iluminaban el escenario de la lucha. La infantería, como la población civil en la retaguardia, llamaba a tales iluminaciones con cinismo irremediable «árboles de Navidad». Kesselring no se había equivocado en sus advertencias. Por dos veces ya Rommel había podido darse cuenta de hasta qué punto resultaba impotente una fuerza aguerrida y bien armada frente a la acción concentrada de los aviones: en la ruptura del sector sur del cerco de la línea de Gazala, Bir Hacheim, y –de forma mucho más rotunda– en la conquista de Tobruk. Ahora les tocaba a sus hombres experimentar la misma suerte.

Tampoco la tenaza de Marsa Matruh aguantaba. No podía aguantar, aun sin los bombardeos localizados de la RAF; no podían aguantar las diezmadas y exhaustas unidades de la División 90 ligera frente a unas fuerzas mucho más poderosas. Así, por ejemplo, una batería antiaérea estaba encargada de defender la importante pista telegráfica que conducía de Marsa Matruh hacia el sur hasta el oasis de Siwa contra los ataques de los sudafricanos e hindúes. Cierto que los cañones de 88 mm eran un arma buena contra los carros y por supuesto contra los vehículos pesados y no mala contra la infantería; pero contra los ataques masivos por parte de esta última los artilleros necesitaban también disponer de armas adecuadas.

En cambio la 7.ª batería antiaérea con piezas del 11/25 sólo disponía de un comando a tales efectos, compuesto por hombres entrenados en la lucha antiaérea en medir la posición y curso de los aviones enemigos y en facilitar los datos a las baterías de defensa. Este comando contaba con una ametralladora, dos pistolas ametralladoras, algunos fusiles y un par de pistolas llenas de arena.

Las unidades británicas rompedoras llegan en camiones. A los primeros disparos los soldados se lanzan a tierra. Los cañones abren fuego. Algunos camiones son pronto pasto de las llamas, pero los veteranos hindúes y sudafricanos avanzan a saltos estudiados y logran eliminar a los servidores de la ametralladora. Parece que los artilleros van a salvar la situación, pero surgen los aviones de la RAF con sus «árboles de Navidad» y bajo su protección muchos vehículos logran proseguir su camino. El propio Rommel se encuentra envuelto con su Estado Mayor del grupo Kiehl en uno de estos intentos de ruptura del cerco, y los mandos de otras unidades se ven sorprendidos por el aluvión que corre hacia el Este.

Habilitados y cocineros, telegrafistas y zapateros luchan sirviendo las ametralladoras, con granadas de mano o pistolas. En la mañana del 29 de junio la batalla había terminado. En la tenaza de Marsa Matruh fueron hechos prisioneros 6000 hindúes y sudafricanos y destruidos 40 carros de combate. Pero la mayor parte de los efectivos del Ejército 8 británico había logrado escapar hacia el Este y el Sur para terminar alcanzando una nueva posición más oriental, una aldea cuyo nombre no



Cinco días después de la capitulación de Tobruk el Afrikakorps continuó la persecución de las fuerzas británicas (mapa).



El mariscal Kesselring –con gorra blanca– había dicho a Rommel que consideraba muy arriesgado el avance hacia Alejandría, en tanto no se ocupara Malta, con objeto de garantizar mejor los abastecimientos.

tardaría en ser mundialmente conocido: El-Alamein.

El golpe más duro contra Rommel ocurrió ese 29 de junio en El Cairo. El agregado militar de la embajada norteamericana en Egipto transmitía diariamente a Washington la situación de la guerra y los proyectos del mando británico. Y al menos desde la entrada de los Estados Unidos de Norteamérica en la guerra recibía de primera mano las mejores informaciones.

Claro está que sus comunicaciones a Washington las transmitía en clave. Pero allí estaba una joven, bella y temperamental italiana, hija de un oficial superior de la milicia fascista, Bianca Bergami... El caso es que un buen día el Servicio Italiano de Información tuvo en sus manos la clave americana. Bianca se había hecho con ella en la Embajada...

Cambio de clave

Desde entonces y con gran satisfacción se leían puntualmente tanto en Berlín como en Roma los informes del agregado. Algunos de ellos habían movido a Rommel a continuar su avance en dirección a Egipto, después de la conquista de Tobruk. Por ejemplo, la noticia de que los ingleses se disponían a trasladar de Siria a Egipto una parte del Ejército 10; y otra según la cual las unidades blindadas norteamericanas atacarían en África tal vez pronto.

El 20 de junio, sin embargo, se acababa la alegría. El último telegrama descifrado por los especialistas según la clave de Bianca advertía: «Destacada personalidad italiana ha declarado en presencia de uno de nuestros informantes, digno de todo crédito, que en Roma y Berlín se leen los partes secretos de nuestro agregado militar. Proponemos un cambio del código cifrado.»

Hasta ese momento el mariscal Rommel estaba seguro de alcanzar la victoria. La misma mañana del 20 Rommel mandó llamar al capitán Briel, jefe de un grupo de artillería: «Diríjase usted con su grupo hacia Alejandría y deténgase a la altura de los suburbios. De todos modos los *tommies* ya se han ido.»

El capitán no pudo ocultar su sorpresa, por más que se tratara de un veterano condecorado con la «Cruz de Caballero del Arma de Artillería».

Rommel bromeó: «Y cuando yo llegue mañana, nos iremos juntos a tomar café a El Cairo».

Briel se puso en camino inmediatamente. Su diezmada tropa, reforzada por el propio Rommel, se componía ahora de unidades de artillería móvil, antiaérea incluida, carros checos de 38 toneladas y un batallón blindado de granaderos y artilleros. A guisa de «caballería» figu-

Bernard Montgomery

La larga guerra del desierto se ha dejado sentir en todos sus participantes con la misma actitud característica: particularismo, orgullo, amargura por la convicción de que sus servicios y sufrimientos no eran reconocidos por la patria. El nombramiento de Bernard Montgomery para mandar el Ejército 8 fue recibido con encontrados sentimientos y no encontró ni mucho menos una aceptación general. Era conocido como un hombre frío y distante, enemigo mortal del tabaco y del alcohol; como un hombre de rígidos principios puritanos, que en 1940 había divertido a las unidades de los cuerpos expedicionarios con una circular en la que llamaba la atención sobre las funestas consecuencias de las enfermedades venéreas y la importancia de la sobriedad en la estrategia militar. Pasaba por muy severo en cuestiones de disciplina y muy rígido en lo referente a las señales externas del respeto militar. Ahora bien, en el Ejército 8 el saludo militar casi había desaparecido y no era raro que oficiales con rango de general, sobre todo cuando pasaban revista a las fuerzas australianas, fueran saludados por alegres mozos que, por todo uniforme, llevaban los distintivos de su graduación pegados con esparadrapo en los hombros.

Todos los prejuicios contra Montgomery estaban aún vigentes cuando los oficiales de mayor graduación fueron convocados el 19 y 20 de octubre a El Cairo para una reunión en el cine Amaryia. Pocos oficiales podrían negar que después de oír la exposición de Montgomery debieron cambiar de opinión. Su claridad, su realismo fueron una prueba elocuente de la capacidad y energía del recién llegado.

Tomado de «Der Zweite Weltkrieg», de Raymond Cartier. Piper Verlag. Munich-Zurich, 1967.

raban también dos blindados de observación.

El primer día dio toda la impresión de que efectivamente el mariscal tenía razón. La tropa de Briel pudo seguir tranquila el camino de la costa hacia el Este. Con unidades enemigas en su flanco, los alemanes no se pararon un momento. Al parecer los británicos no tenían otra cosa en la cabeza que ganar terreno hacia el Este. Sólo una vez se produce un encuentro con carros enemigos de observación: tres de ellos fueron destruidos.

A las 18,02 el grupo llegaba a su meta del día en las inmediaciones de El-Daba. Y Rommel ordena: «¡Adelante!» El grupo continúa la marcha, muerto de cansancio, cubierto de polvo y arena. Por suerte han tenido tiempo suficiente para que los «encargados de la intendencia» se hayan dado una vuelta por el botín tomado a los ingleses. Los «Navy Cut» abundan y distraen el cansancio. Y mucho mejor aún va un largo trago de ginebra.

Pero todos ellos son remedios de momento que terminan pronto de surtir efecto. Ni siquiera el material aguanta; poco a poco va en aumento los vehículos que no pueden continuar. Por fin, al noroeste de Abd-el-Rahman, Briel ordena detenerse.

En el Estado Mayor de los blindados al leer los partes de Briel no han podido contener un comentario: «¡Es capaz de entrar en Alejandría!» Entre tanto una gran parte de las tres Divisiones del Afrikakorps se dirige también hacia el Este. ¿Será verdaderamente posible que los británicos no se hayan hecho fuertes en ninguna parte del camino hacia Alejandría? Incluso los oficiales más escépticos empiezan a compartir el optimismo del comandante supremo.

A la mañana siguiente los dos carros de observación del grupo Briel se adentran más hacia el Este; el grupo debe permanecer en Abd-el-Rahman y recomponer el material.

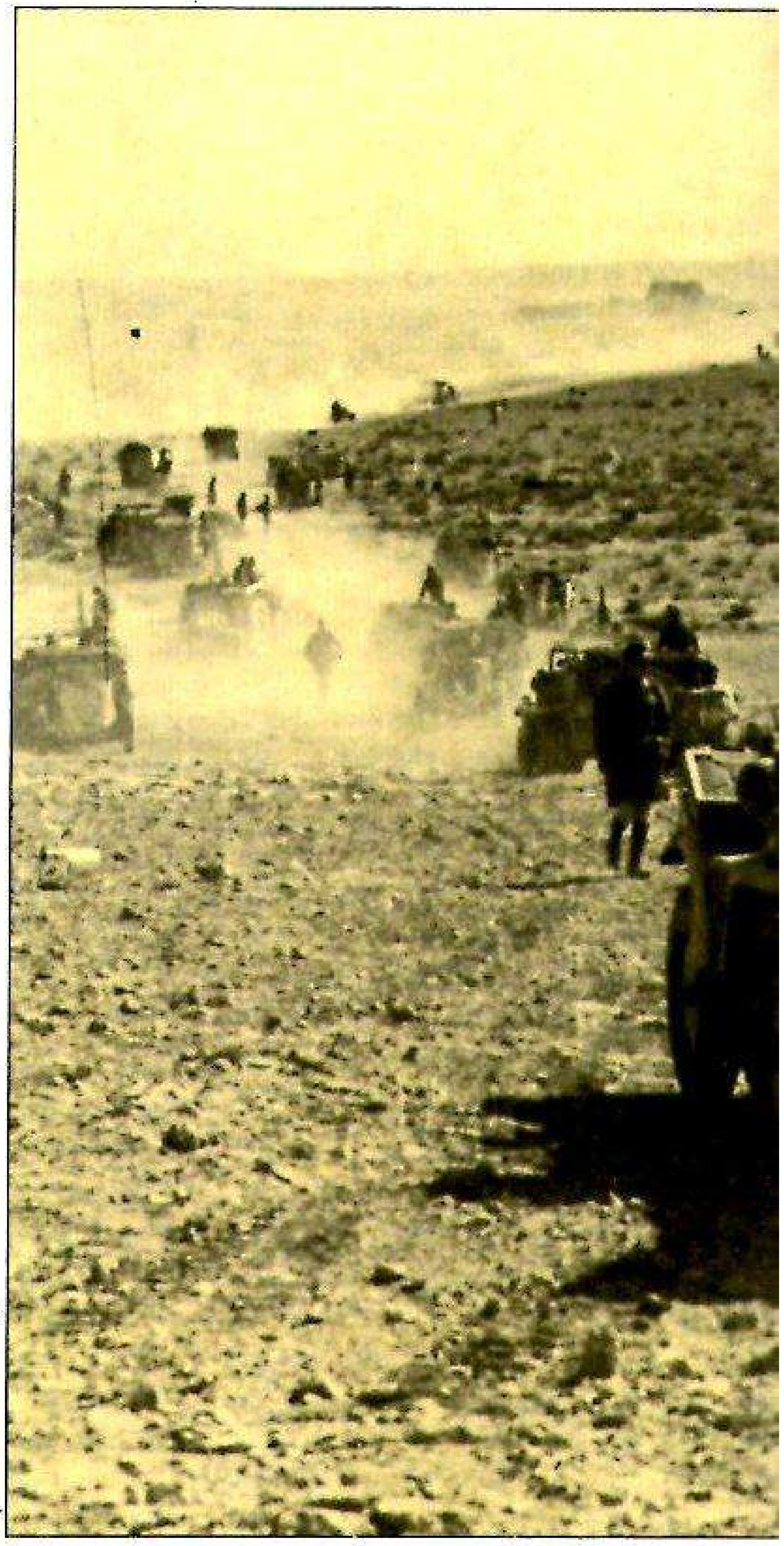
El pueblo ha sido abandonado. En la estación sólo un par de vagones vacíos. Más hacia el Este... les saluda una densa lluvia de proyectiles. Al fondo se encuentra El-Alamein.

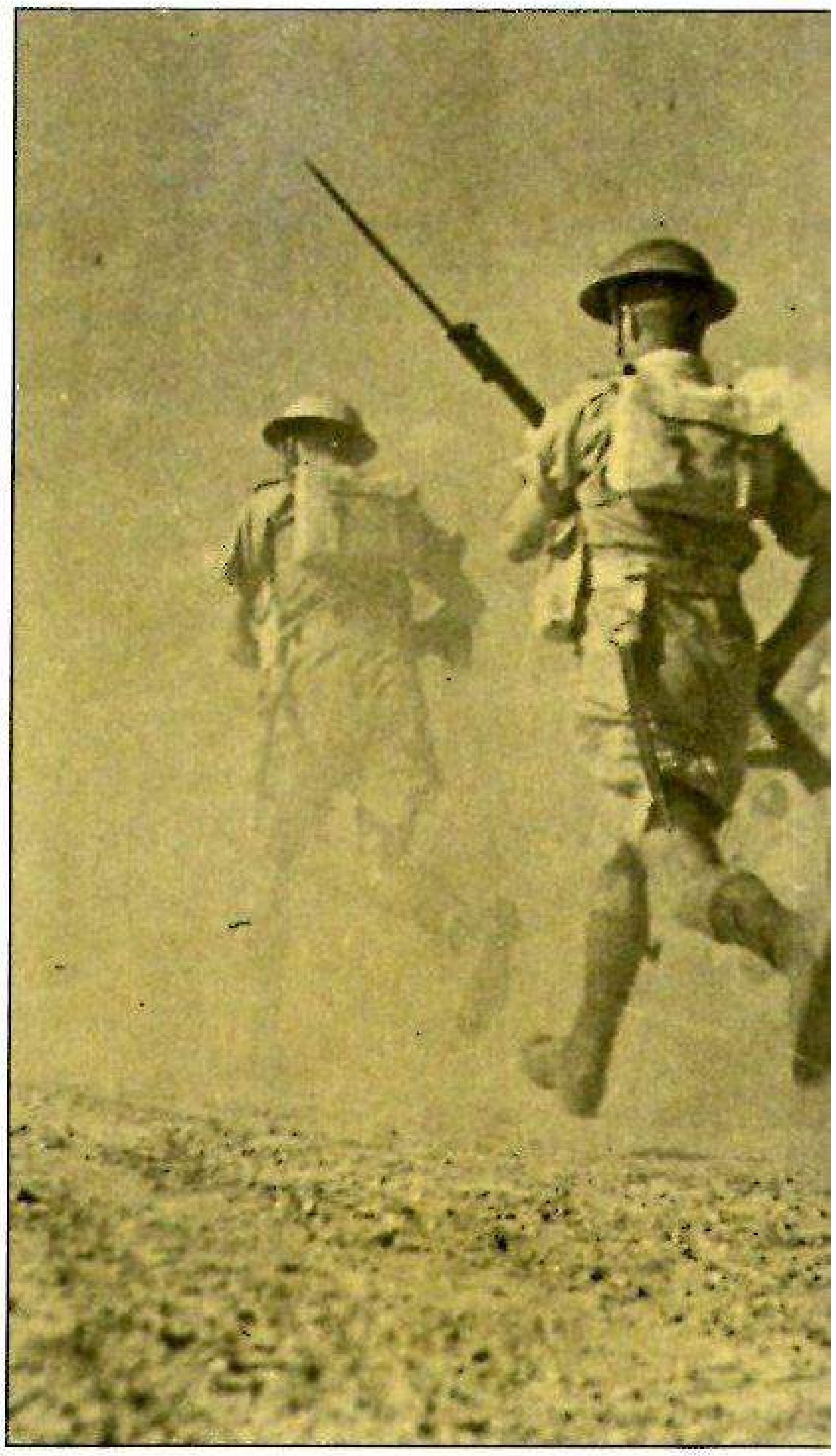
Cuando las unidades del Afrikakorps llegan a El-Daba se dan cuenta del porqué del avance tan rápido de Briel: ha dejado atrás en su marcha a tantos destacamentos británicos en huida que la RAF no ha podido actuar en ningún momento: cegada por las nubes de polvo les resultaba prácticamente imposible a los pilotos distinguir si eran amigos o enemigos.

Ahora ya no hay dudas. Los aviones de la RAF se lanzan contra los soldados de la División 90 ligera y de las Divisiones 15 y 21 blindadas. Los «jabos» abren fuego con sus armas de a bordo sobre la columna alemana. En las inmediaciones de un campamento de abastecimiento, en El-Daba, caen las bombas tan cerca del blindado de Rommel que incluso él es de la opinión de retirarse un poco. Pero raramente las unidades alemanas se ven libres de los aparatos de la RAF: sólo muy de tarde en tarde cuando hay tormenta de arena.

¿Se acordaría Rommel entonces de las advertencias de Kesselring? El mariscal convocó a los oficiales y les dio sin titubear la orden de «marchar con la mayor rapidez sobre El Fajade, en dirección a El Cairo». No quiso escuchar la menor observación sobre el cansancio de la tropa. Había que darse prisa y no dar tiempo a los británicos para volar el gran puente sobre el Nilo en las cercanías de El Cairo...

Es exactamente el día en que en los jardines de la representación británica en la capital egipcia se están que-





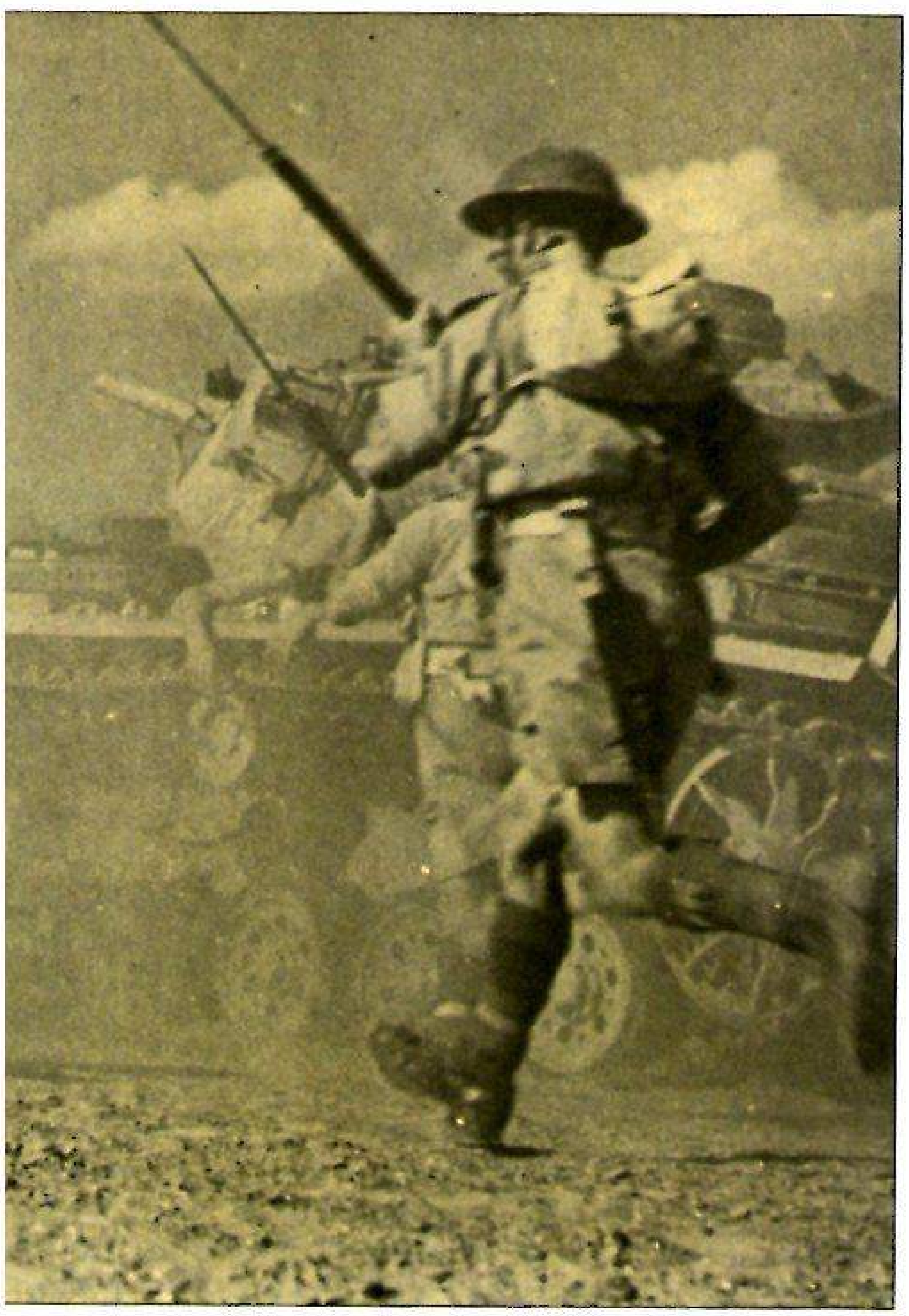
mando los papeles secretos y se prepara la huida. Una mirada retrospectiva –e independientemente de que en la guerra se deben tomar todas las previsiones– parece indicar que la medida la provocó el pánico a la legendaria figura de Rommel. Entretanto, y atendiendo un ruego del propio Churchill, sir Claude Auchinleck, comandante supremo de las tropas británicas, se había hecho cargo del mando de la operación en lugar del general Ritchie.



Los británicos se concentran

Desde la caída de Tobruk, sir Claude se había dado cuenta de que tampoco era posible defender Marsa Matruh. El primer puesto que se brindaba para montar un bastión delante de Alejandría era El-Alamein: al Norte, la costa; al Sur, la intransitable depresión de El-Qattara y, entre ambas, una franja más bien estrecha de desierto.

En ella hizo colocar un cinturón de minas y construyó a toda prisa una serie de fortificaciones, en cuya tarea empleó técnicos y zapadores italianos prisioneros de guerra. Poco después del combate de Marsa Matruh estas fortificaciones fueron ocupadas por las tropas intactas en huida y por la División neozelandesa transportada de Siria el 21 de junio y que, tras romper el cerco alemán, se encontraba con todo su potencial en las cercanías de El-Alamein. Mientras tanto el *Duce* esperaba en Derna el momento de entrar en El Cairo. El día 1 de julio se decidiría en El-Alamein que aquella espera había sido en vano.



La marcha de Rommel hacia el Este tuvo a veces carácter de carrera contra reloj frente a los ingleses en retirada. En primer plano un vehículo con cañón de 50 mm (arriba).

Avance de la infantería británica protegida por los carros (izquierda).

Una vez más Rommel intentó valerse de un ardid: el 30 de junio las tropas alemanas se pusieron en movimiento en dirección sudeste como dando a entender que se preparaban a atacar al enemigo por el flanco sur de la depresión de El-Qattara. Durante la noche, sin embargo, el grueso de las unidades debía enmendar la marcha en dirección al nordeste y atacar a los británicos por la espalda. Simultáneamente la División 90 ligera debía avanzar hacia el sur, rodear El-Alamein y cercarlo.

Si a primera vista el plan parece ingenioso, demuestra, sin embargo, un total desconocimiento de la realidad. Se trata de un plan sin base, sin datos facilitados por la aviación, sin conocer la importancia y situación del enemigo, sin la información de los partes del agregado militar norteamericano... En un momento en que el Afrikakorps disponía en total de 55 carros en condiciones de combatir.

Ya durante la lucha frente a la primera fortificación, Deir-el Shein, se perdieron 18. Se tomó la posición y fue aniquilada la Brigada 18 india; pero los ingleses habían roto prácticamente la

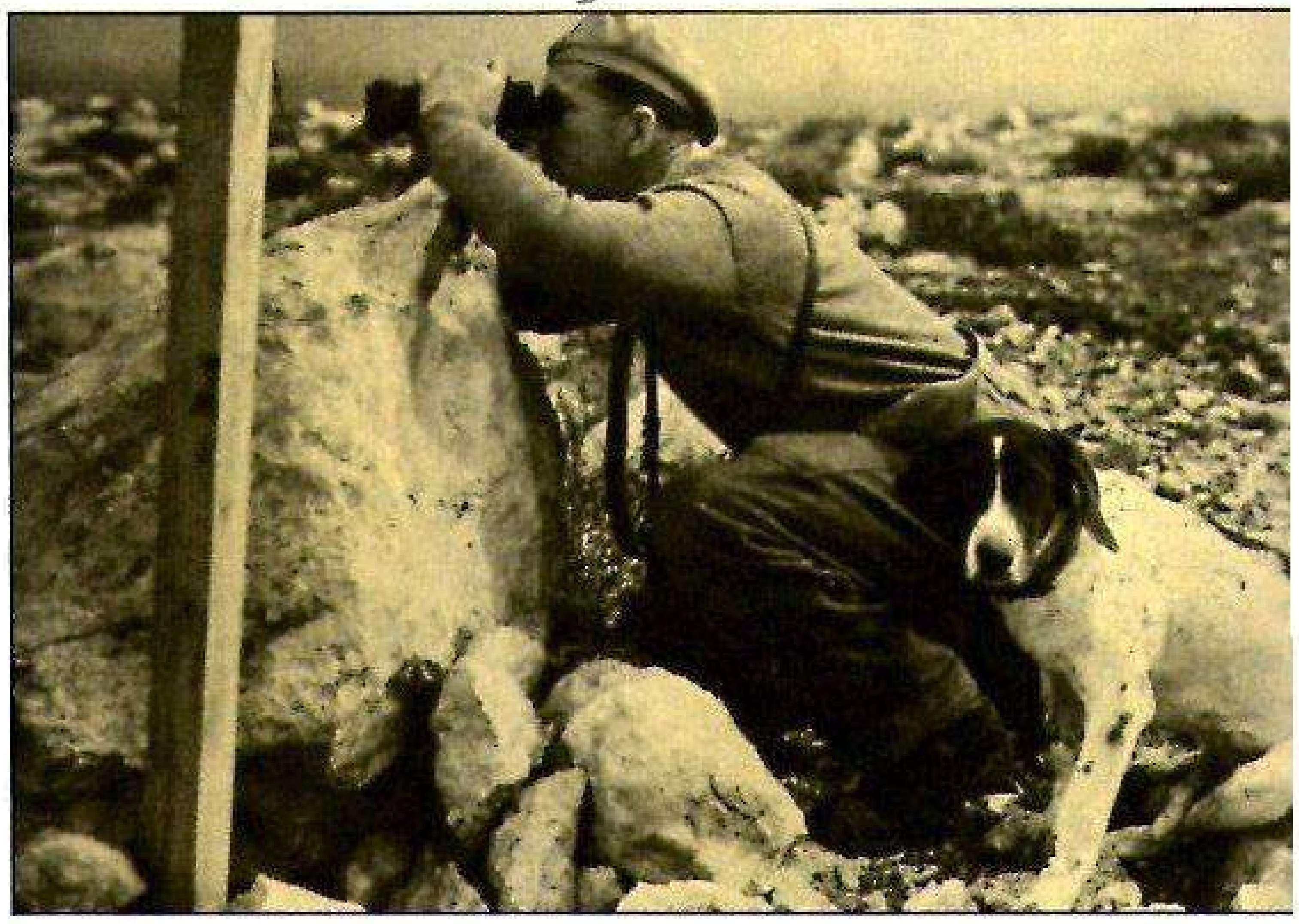
espina dorsal del ataque del Afrikakorps.

Peor aún le fue a la División 90 ligera: cayó en medio del fuego de los sudafricanos y tuvo que sufrir enormes pérdidas. El ataque por el Norte tampoco tuvo mejor suerte.

El 2 y el 3 de julio continuó el desesperado ataque alemán bajo el acoso de los bombarderos y cazas británicos y el fuego aniquilador de la resistencia cada vez más fuerte. De pronto los neozelandeses abandonaron sus posiciones al sur del talud de Ruweisat y arrollaron a la División «Ariete», que aseguraba el flanco derecho de Rommel. Debido a ello ordenó a sus soldados la noche siguiente que se atrincherasen. En Derna el *Duce* continuaba esperando su marcha triunfal.

Mussolini esperó hasta el 20 de julio en que regresó indignado a Roma, si bien dejó su equipaje en África con objeto de tener todo dispuesto para cuando llegara el instante de la entrada triunfal en El Cairo. África siempre acababa por desilusionarle; ya en la primavera de 1941 había realizado el mismo viaje para asistir a la derrota definitiva de los ingleses. Tampoco aquella vez tuvo suerte. En esta ocasión había esperado durante tres semanas. Sobre todo le irritaba el comportamiento de Rommel, que no había acudido a presentarle sus respetos. El mariscal tenía otras preocupaciones. Durante los meses de julio y agosto las grandes pérdidas de los combates se equilibraron. Los aviones de Kesselring proporcionaron a los hombres de Rommel un cierto alivio, al poder situar un campo en las inmediaciones facilitando así los vuelos sobre el campo de batalla. Pero el dominio del aire no volvieron a conseguirlo. La mayor preocupación se la acarreaban al mariscal el abastecimiento y los refuerzos. Hasta julio pudieron llegar sin grandes complicaciones la mayor parte de los barcos procedentes de Italia a los puertos africanos; cosa que no duró mucho. Pero incluso las mercancías, el material y los hombres desembarcados en Trípoli o en Tobruk no por ello estaban ya a disposición de Rommel, antes de llegar al frente de El-Alamein tenían que recorrer respectivamente 2000 o 574 kilómetros. Ya el carburante para realizar este transporte constituía un problema. En Alemania se fabricaron dos locomotoras para poder utilizar el ferrocarril de vía estrecha que los ingleses habían construido hasta Tobruk. El problema del carburante se fue agravando, debido a que los submarinos británicos y los bombarderos con base en Malta y Alejandría hacían difícil la travesía de los petroleros. Pese a todo, los *Ju 52* consiguieron transportar sobre el Mediterráneo a una División completa: la 164 ligera. Los refuerzos eran indispensables porque las tropas de Rommel se encontraban agotadas. Los más veteranos de entre los soldados, los combatientes de la primera hora, tenían tras de sí 17 meses de marchas y combates sin descanso. La malaria y la disentería hacían estragos entre los hombres.





Un soldado inglés contempla ensimismado una foto del «Führer» (extremo derecha).

Un soldado alemán de infantería no abandona a su perro, ni aun después de haber sido hecho prisionero (arriba).

Oficial británico de artillería con su mascota (derecha).

Desde el comienzo de la nueva ofensiva en África, con el asalto a la posición de Gazala el 26 de mayo, habían muerto 2300 hombres, resultado heridos 7500 y hecho prisioneros 2700. Las bajas italianas se elevaban a 1000 muertos, 10.000 heridos y 5000 prisioneros.

Naturalmente que las bajas británicas eran superiores: sólo en prisioneros habían perdido 60.000 hombres; pero Auchinleck podía contar con la llegada ininterrumpida de refuerzos. La capacidad de transporte del Eje era muy inferior a la de los Aliados. Mientras que los convoyes de éstos cruzaban el Mediterráneo y doblaban el cabo de Buena Esperanza, esperaban en Italia cientos de aviones y cañones con destino a Rommel porque faltaban barcos. Carestía que aumentaba cada semana debido a que el cruce del mar significaba para muchos el último viaje.

Rommel –los ojos enfebrecidos, con difteria nasal y dificultades de hígado como exponente de todas las enfermedades que sufrían sus soldados– conservaba el sentido de la realidad. La relación de fuerzas de tierra era de 3 a 1 y el dominio del aire de 5 a 1 favorable a los británicos, ventaja llamada a acrecentarse día tras día. «A mediados de septiembre el Ejército 8 se habrá rehecho de tal manera que resultará imposible dominarlo», decía el mariscal en agosto. Por entonces el ejército de Rommel se encontraba reforzado contando con 229 buenos carros alemanes y 243 italianos.

Durante ese mes de agosto sólo llegaron a los puertos norteafricanos el 50 % de los buques que habían zarpado de Italia meridional. La RAF se encargó de destruir hasta un tercio de los subsiguientes transportes terrestres. Se había dejado pasar la oportunidad de conquistar Malta. Pronto acabaría el buen tiempo. Los aviones concentrados para la operación habían sido de nuevo distribuidos por los frentes. ¿Y qué sucedería con el Afrikakorps, si el Eje retiraba los aviones del frente de El-Alamein para la retardada Operación «Hércules»?

¿Retirada? Quizá fuera ésta la única solución; pero ni Hitler ni Mussolini querían oír hablar de ello. Ambos continuaban creyendo en la posibilidad de conquistar Egipto. Y lo que era peor, también Rommel creía en ello.



A mediados de septiembre las fuerzas enemigas serán invencibles, había dicho el mariscal. Para él la única solución era atacar antes.
Al otro lado se habían producido cambios de importancia. Winston Churchill voló a El Cairo y desayunó en las inmediaciones del frente del talud de Ruweisat rodeado de altas personalidades, según manifestó después en sus memorias, para gritar luego en la embajada británica en El Cairo resumiendo todas las sensaciones de la jornada: «¡Rommel! ¡Rommel! ¡Rommel! ¿Se puede tener otro objetivo que derrotarlo definitivamente?»
Cuando abandonó Egipto había contribuido de manera decisiva a lograr ese objetivo: El general Harold Rupert Alexander relevó a Auchinleck en el mando supremo de las fuerzas en Egipto, el general Bernard Law Montgomery pasó a mandar el Ejército 8, debido a que el general Gott, a quien el primer ministro destinaba para este puesto, había perecido algunos días antes en un accidente de aviación.
Sin duda Montgomery había seguido el desarrollo de las operaciones en África y se había hecho su propia idea sobre las mismas. Una de sus primeras órdenes a los jefes de las distintas unidades prohibía las escaramuzas aisladas y daba instrucciones para operar en conjunto y orden cerrado. Montgomery se trajo además consigo un grupo de oficiales jóvenes que no tardaron en demostrar que Rommel no poseía la exclusiva de los ardides del desierto.
El Estado Mayor de los blindados se encontraba con serias dificultades para preparar el ataque planeado. El terreno detrás del sector sur del frente británico le era prácticamente desconocido. Hacía falta saber por qué sitio se podrían mover los carros pesados, por dónde los vehículos de media cadena y por dónde las columnas de camiones y transportes diversos. De la respuesta a estas cuestiones dependía el éxito de la ofensiva.
En el equipo de jóvenes que había traído Montgomery figuraba el teniente general Brian Horrocks que pasó a mandar el Cuerpo XIII. También se encontraba entre ellos el general Freddy de Guingand, jefe del Estado Mayor. Y estos dos hombres montaron una de las más perfectas maniobras de diversión de toda la guerra:
Noche en el desierto. Tranquilidad; en el sector sur los puestos alemanes realizan sus turnos de guardia. De pronto ruido de motores sobre el campo de minas, retumban las detonaciones. «¡Alarma!» Suena el tableteo de las ametralladoras. Se ilumina el escenario de donde proceden las explosiones. Se pueden precisar algunas siluetas que se arrastran, algunas parecen heridas. Y en medio del campo de minas aparece abandonado un carro de reconocimiento.
Se destaca una patrulla que encuentra sobre uno de los asientos una cartera con mapas manchada de sangre. Precisamente el mando falto de información ha encarecido el registro de vehículos enemigos y soldados prisioneros a la búsqueda de algo parecido a lo que la patrulla acaba de encontrar.
La cartera con los mapas es enviada inmediatamente al Estado Mayor de Rommel. Después de un examen lleno de suspicacia, los oficiales se convencen de que aquello es precisamente lo que les hacía falta. Los mapas contienen un informe detallado sobre el frente del sur con detalles sobre el estado del terreno inclusive. Y, en medio, el núcleo principal del frente británico, a la altura de Alam el-Halfa.
Entretanto el general Horrocks recibe una llamada del frente: «Los teutones han vaciado tu carro de reconocimiento», le comunica el jefe de la División 7 blindada. Horrocks llama a su vez a Freddy de Guingand: «Se han llevado tu huevo del nido». A lo que responde el jefe del Estado Mayor: «¡Ojalá se lo coman!»
Los mapas son una perfecta falsificación, preparada concienzudamente, con mil dobleces y hasta con manchas de té.
Cuenta el general Horrocks en sus memorias: «No cabe duda que la falsificación de los mapas tuvo una gran influencia en el desarrollo de la batalla de Alam el-Halfa.» De acuerdo con ellos los alemanes concluyeron sus preparativos para las operaciones a finales de junio. Una vez más la ofensiva debía llegar hasta Alejandría. El ataque lo realizaría la División 21 blindada mientras la 15 blindada y la 90 ligera debían contribuir a formar una tenaza que llevaría nada menos que hasta El Cairo y el canal de Suez.
Y una vez más se tomaron todas las precauciones para ocultar el verdadero objetivo. Las unidades blindadas, debido a su facilidad de localización por el enemigo que tenía un total dominio aéreo, se encontraba en el norte. El resto de los vehículos fueron cubiertos de piedras y convertidos en fortificaciones tras camuflarlos con zarzas.
El mariscal Rommel hizo construir en el sur una serie de fortificaciones del mismo tipo, de manera que fácilmente se pudiera apreciar que se trataba de una trampa.

Diversión con doble propósito

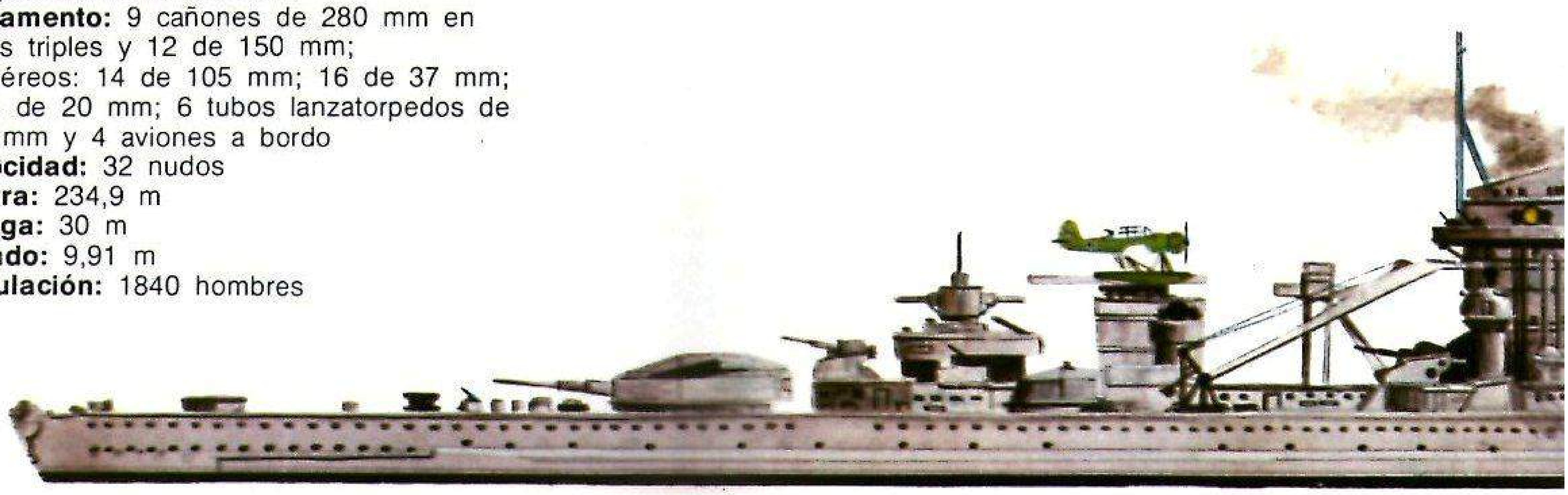
El mariscal calculaba que Montgomery se daría cuenta de la trampa rápidamente y entendería que, dando la falsa impresión de que los alemanes trataban de atacar al sur, lo que verdaderamente preparaban era un ataque al norte. Es decir, se trataba de una operación de diversión con doble fondo.
Durante las dos cortas noches de luna del 29 y 30 de agosto, el Afrikakorps fue trasladado al sur. En el norte sólo quedaron las simuladas fortificaciones.
Por las diferentes «memorias» de los protagonistas sabemos hoy que Montgomery y su Estado Mayor no se dejaron engañar por los ardides de Rommel. Estaban completamente convencidos de que el ataque se produciría por el sur, inmediatamente por encima de la depresión de El Qattara. Es posible que mediara alguna traición, como se ha dicho a menudo; en todo caso no parece muy verosímil. Los británicos, debido a su dominio del cielo, tenían todas las facilidades para desarrollar cualquier maniobra de reconocimiento. Nada de lo que pasaba en el desierto podía ocultarse a la aviación inglesa.
En todo caso cuando el 30 de agosto Rommel inició su ataque por el sector sur, los británicos le esperaban.

En el próximo capítulo:

El infructuoso ataque contra El-Alamein – Capitán Marseille, la estrella de África –Los británicos contraatacan– Rommel: «¡Las órdenes del 'Führer' absurdas!».

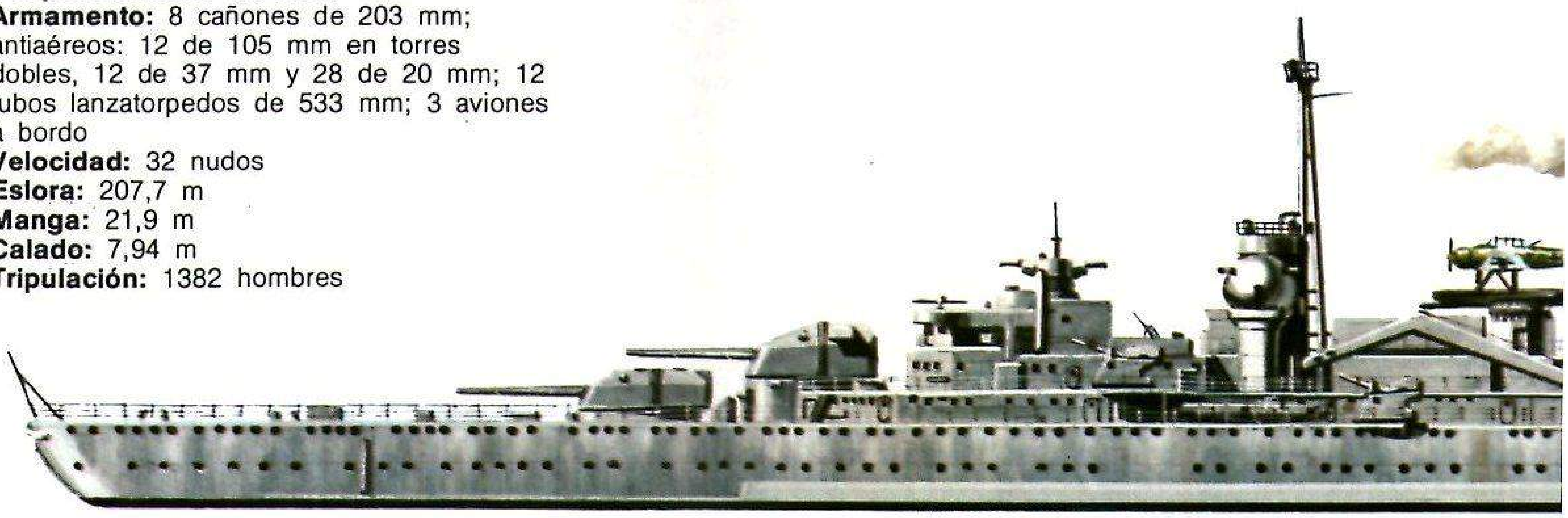
Crucero de batalla alemán *Gneisenau*

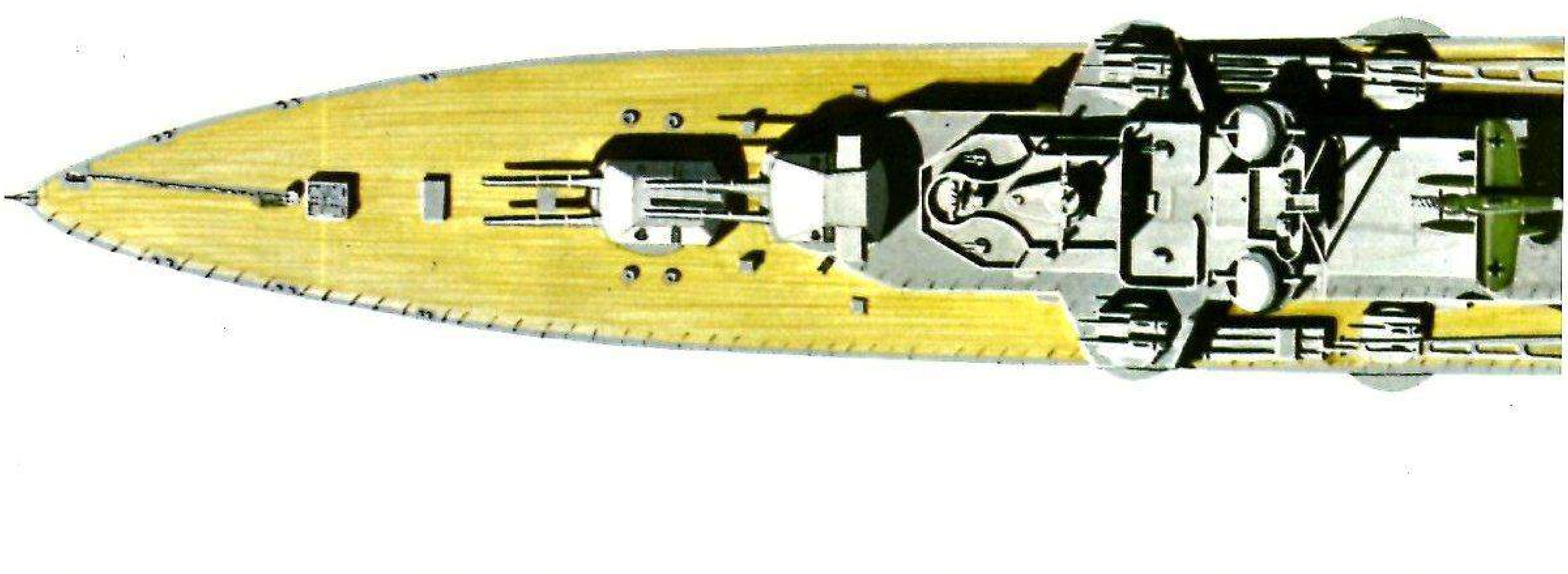
Desplazamiento: 31.850 t
Armamento: 9 cañones de 280 mm en torres triples y 12 de 150 mm; antiaéreos: 14 de 105 mm; 16 de 37 mm; y 38 de 20 mm; 6 tubos lanzatorpedos de 533 mm y 4 aviones a bordo
Velocidad: 32 nudos
Eslora: 234,9 m
Manga: 30 m
Calado: 9,91 m
Tripulación: 1840 hombres

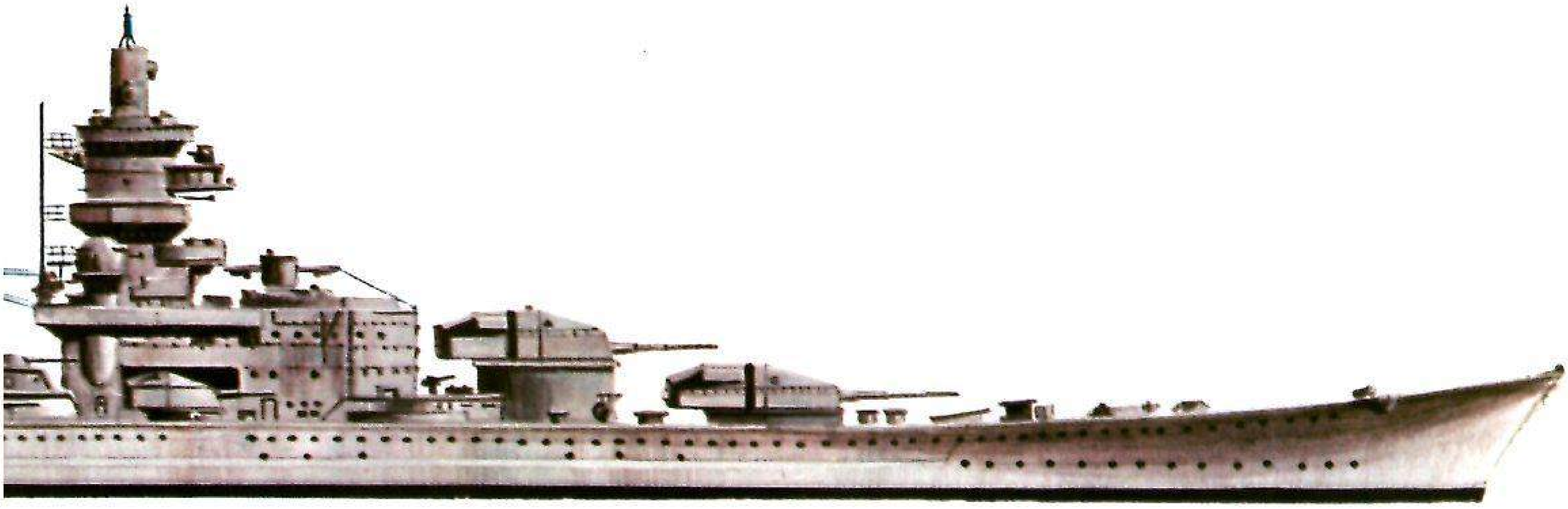


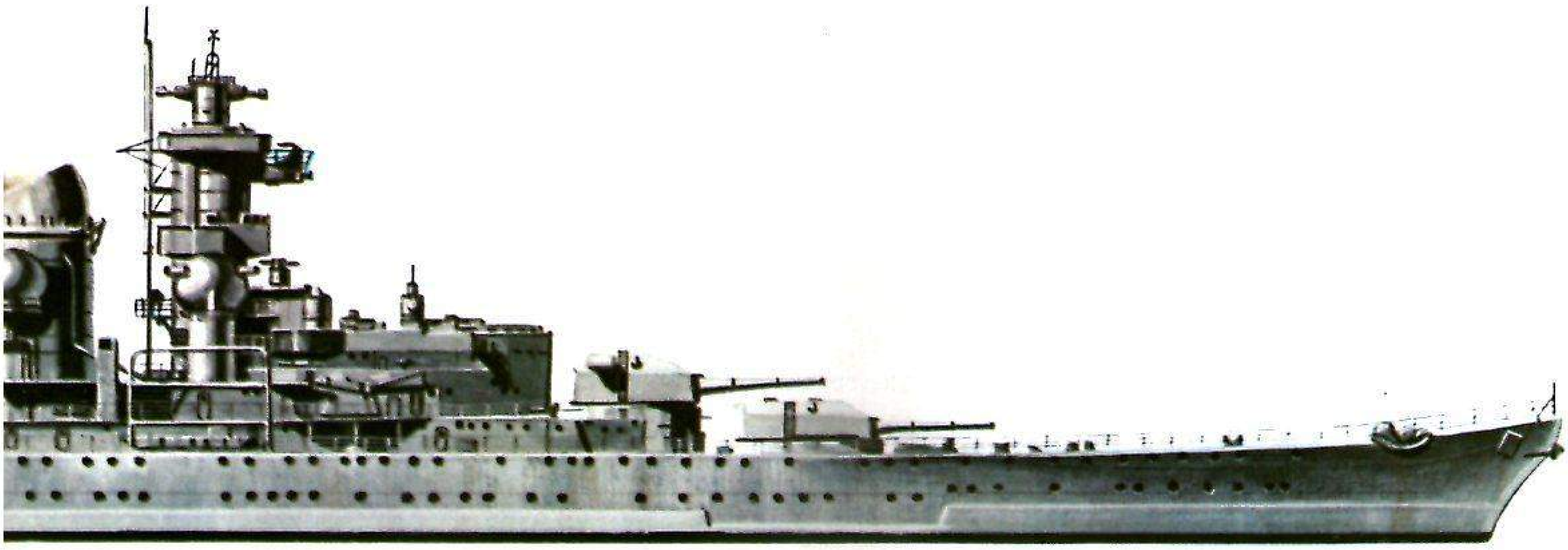
Crucero pesado alemán *Prinz Eugen*

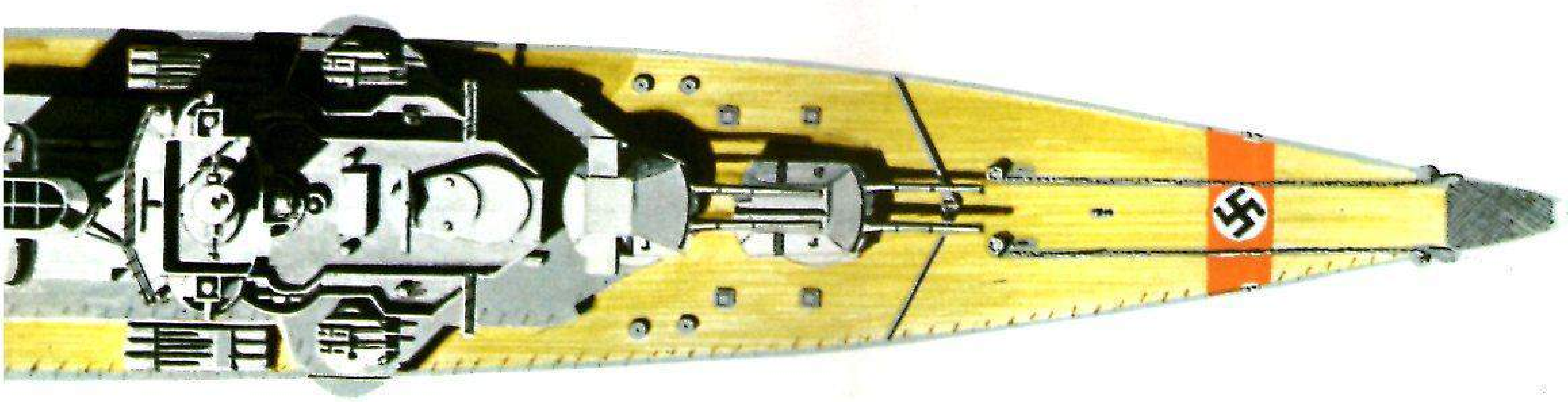
Desplazamiento: 18.400 t
Armamento: 8 cañones de 203 mm; antiaéreos: 12 de 105 mm en torres dobles, 12 de 37 mm y 28 de 20 mm; 12 tubos lanzatorpedos de 533 mm; 3 aviones a bordo
Velocidad: 32 nudos
Eslora: 207,7 m
Manga: 21,9 m
Calado: 7,94 m
Tripulación: 1382 hombres



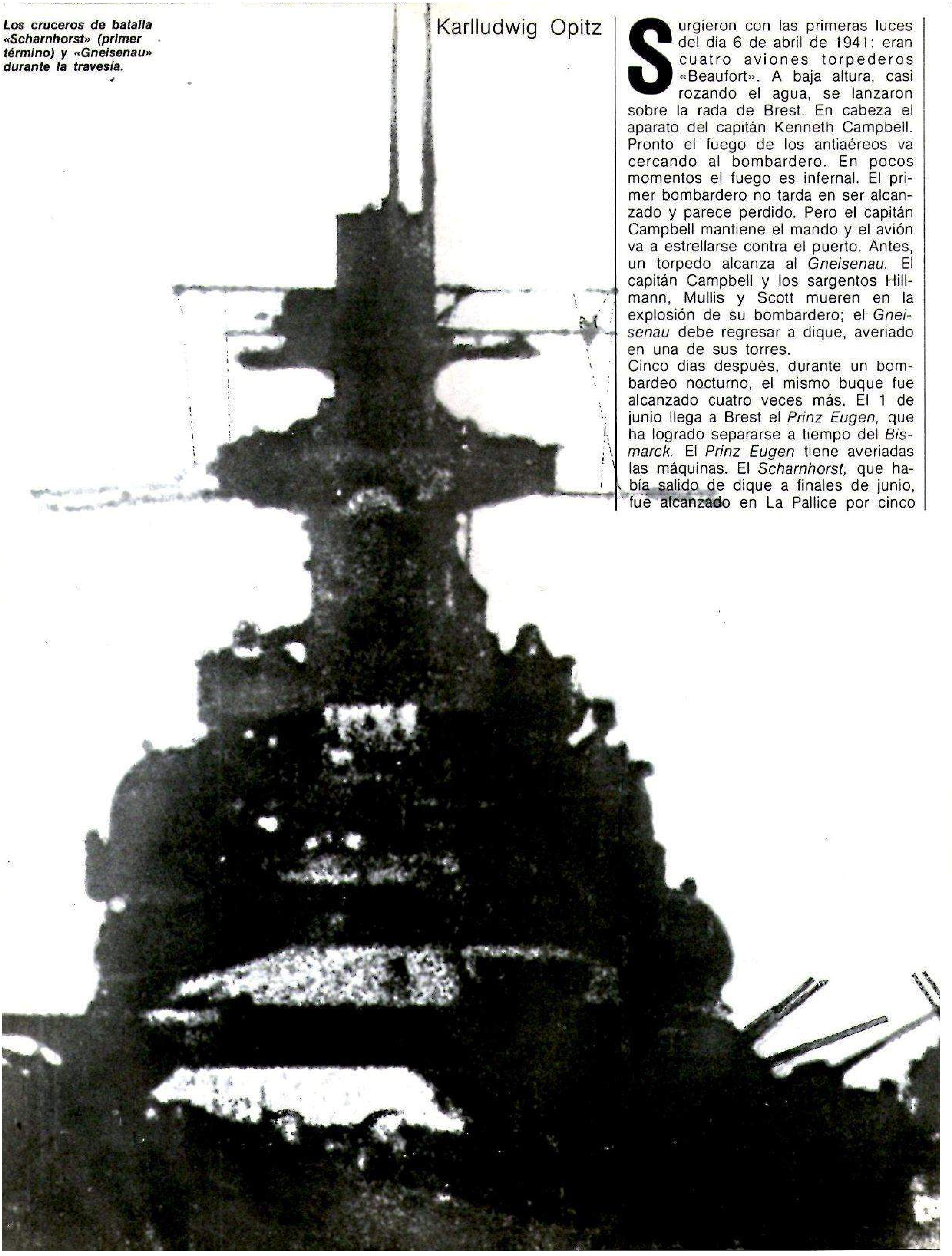








Los cruceros de batalla «Scharnhorst» (primer término) y «Gneisenau» durante la travesía.



Karlludwig Opitz

Surgieron con las primeras luces del día 6 de abril de 1941: eran cuatro aviones torpederos «Beaufort». A baja altura, casi rozando el agua, se lanzaron sobre la rada de Brest. En cabeza el aparato del capitán Kenneth Campbell. Pronto el fuego de los antiaéreos va cercando al bombardero. En pocos momentos el fuego es infernal. El primer bombardero no tarda en ser alcanzado y parece perdido. Pero el capitán Campbell mantiene el mando y el avión va a estrellarse contra el puerto. Antes, un torpedo alcanza al *Gneisenau.* El capitán Campbell y los sargentos Hillmann, Mullis y Scott mueren en la explosión de su bombardero; el *Gneisenau* debe regresar a dique, averiado en una de sus torres.

Cinco dias después, durante un bombardeo nocturno, el mismo buque fue alcanzado cuatro veces más. El 1 de junio llega a Brest el *Prinz Eugen,* que ha logrado separarse a tiempo del *Bismarck.* El *Prinz Eugen* tiene averiadas las máquinas. El *Scharnhorst,* que había salido de dique a finales de junio, fue alcanzado en La Pallice por cinco

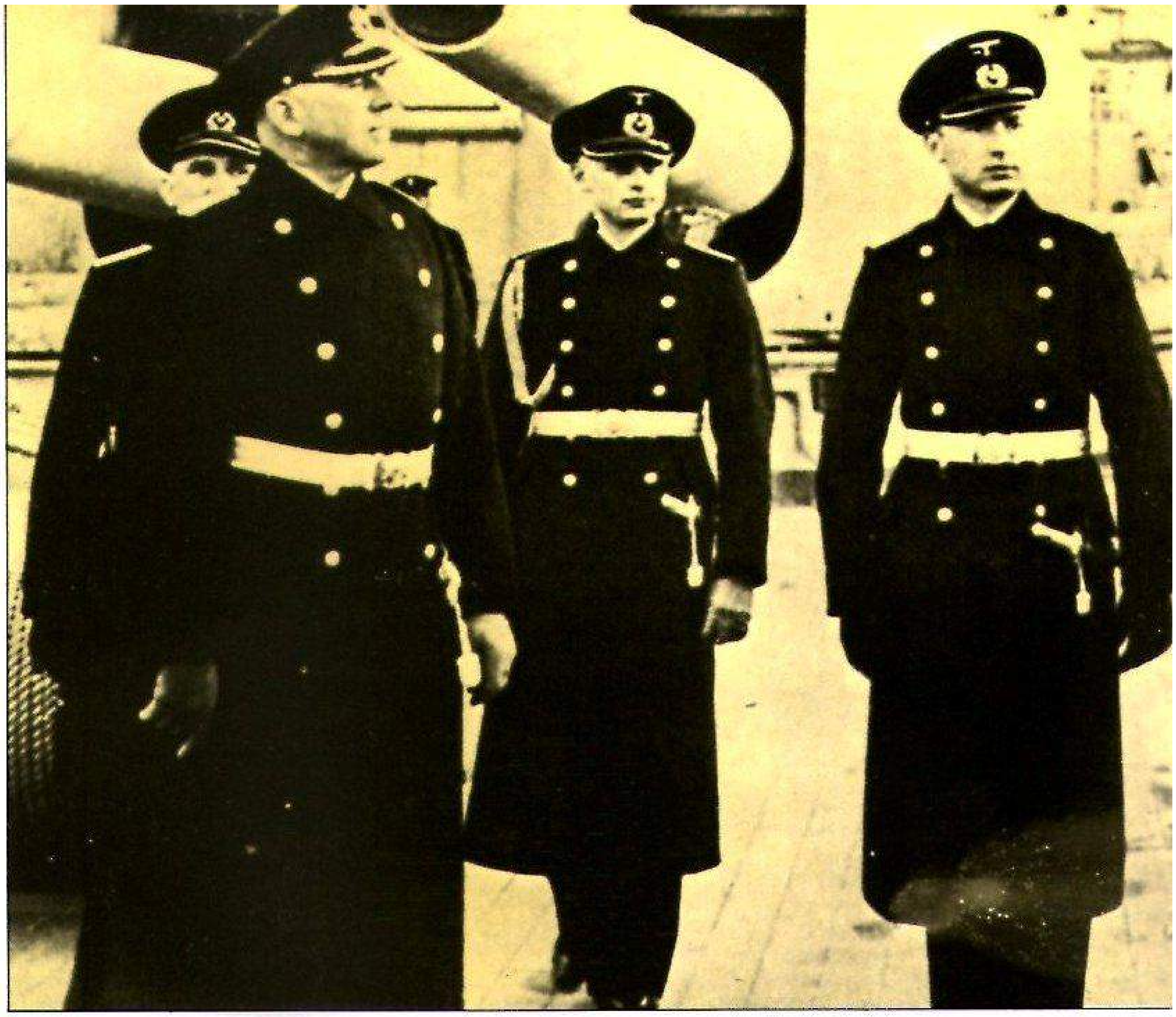
bombas y tuvo también que refugiarse en Brest. Durante el bombardeo del 2 de julio el *Prinz Eugen* sufrió graves daños a estribor, exactamente en el punto central de su artillería y hasta finales de año no se encontró en disposición de entrar en combate.
Hitler estaba indignado. Para él sólo regía la regla de que una tonelada de barco suponía el trabajo de un año de un obrero alemán. Para construir un crucero de batalla de 35.000 toneladas tenían que trabajar 10.000 obreros durante tres años y medio, ciñéndose a un plan exacto y sin la menor dilación. «Teniendo esto en cuenta: ¿cuántos submarinos se pueden construir durante el mismo tiempo? ¿Cuántas toneladas echa a pique un submarino y cuántas un crucero de batalla?»
En principio se había calculado con gran optimismo las posibles operaciones a realizar desde el puerto francés de la costa atlántica: el camino hasta la ruta de los grandes cruceros era corto, los cruceros debían atacar los transportes dirigidos a Inglaterra. En lugar de esto, ¿qué había sucedido? Los ingleses enviaban sus convoyes escoltados por cruceros, contra los cuales el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* no tenían nada que oponer y mucho menos los cruceros pesados. Y tras la pérdida del *Bismarck* en mayo de 1941 nadie se arriesgó a mandar a la mar a los grandes navíos. Sin utilidad alguna se encontraban anclados en Brest, bloqueando la rada, soportando los bombardeos y entrando y saliendo de los diques. El 13 de noviembre Hitler preguntaba al gran almirante: «¿Es posible organizar una operación por sorpresa y atravesar con los buques el Canal de la Mancha?»
Raeder se quedó perplejo. ¿Pasar con los buques por el Canal? El gran almirante afirmó que lo consideraría.
El 26 de diciembre Hitler reiteró la pregunta. Lo importante era hacer cruzar cuanto antes el Canal a los barcos y refugiarlos en un puerto alemán, dijo a su ayudante naval, Puttkamer. Resultaba irresponsable mantener los navíos en Brest un día más de los que necesitaban para sus reparaciones. Los ingleses, que hasta entonces habían enviado sobre Brest 851 aviones y arrojado un total de 12.000 toneladas de bombas, estaban dispuestos a hacer cuanto fuera necesario para hundir los buques. Hitler deseaba recibir lo antes posible del gran almirante y de su jefe de Estado Mayor, contraalmirante Fricke, un informe técnico sobre las posibilidades de retorno a puerto alemán de los buques en cuestión.
«La travesía del canal es completamente irrealizable». En vez de este plan, Raeder recomendaba para los cruceros unas maniobras de navegación y tiro. «Las maniobras serían igualmente necesarias para el caso de que se intentara el regreso a la patria a través del Canal; travesía que tras examen detenido de la situación no se veía realizable debido a los peligros de la propia navegación, más las minas y los ataques aéreos».
Hitler no se dejó convencer. Advirtió al almirante la posibilidad de que los británicos atacaran el norte de Noruega, con graves consecuencias para la guerra. «En ese caso necesitaremos todos nuestros cruceros pesados y de batalla.» El gran almirante pidió una vez más permiso para reconsiderar la cuestión. El 8 de enero de 1942 respondía a

OPERACION "CERBERO"



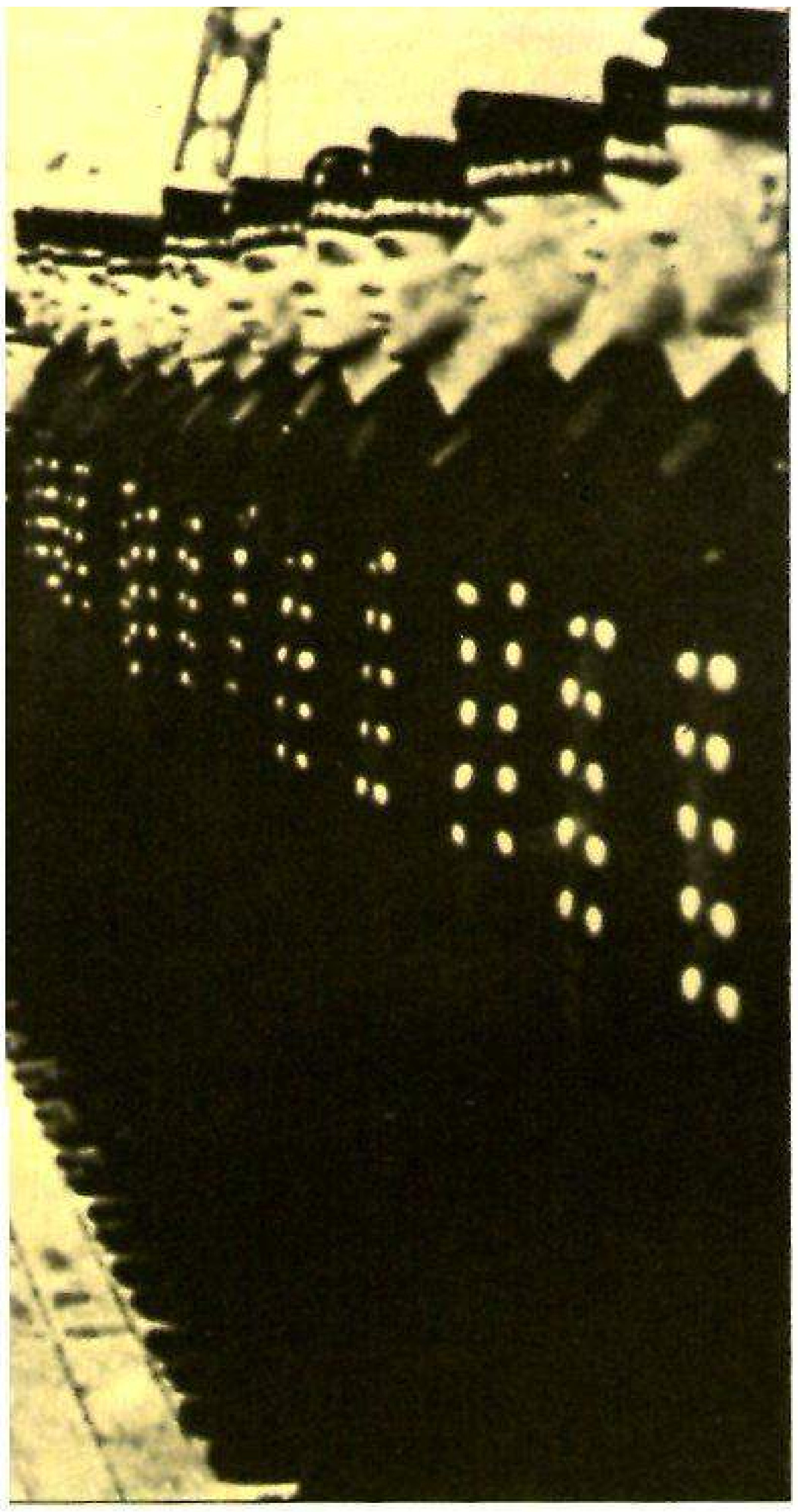
Al fin la propaganda de Goebbels disponía de importante material: ¡a plena luz del día cruzaban el Canal de la Mancha dos cruceros de batalla y un crucero pesado! Y sin embargo la propaganda guardó silencio sobre la hazaña marinera y sobre la real importancia estratégica de la operación.

Hitler: ...«la empresa se saldará con la pérdida total de los buques o al menos con grandes averías. Por lo tanto no me siento capaz de dirigir una operación tan contraria a mi convencimiento personal».
Hitler convocó entonces a los jefes de la Marina y de la Aviación. El 12 de enero de 1942 se celebró una reunión en la «Guarida del lobo», el cuartel general del *Führer,* a la que asistieron el jefe del OKW, Keitel, el general Jodl, el jefe del Estado Mayor del Aire, Jeschonnek, el coronel Galland, y Raeder y Fricke, que acudieron acompañados del jefe de los cruceros, vicealmirante Otto Ciliax, y de su ayudante Reinicke. También estaba presente el comandante de la zona occidental, comodoro Ruge.
Hitler dio a conocer las informaciones que había recibido en el sentido de que se preparaba un ataque contra el norte de Noruega. Por tanto deseaba trasladar toda la flota pesada a ese sector. Y era imprescindible que el *Gneisenau,* el *Scharnhorst* y el *Prinz Eugen* cruzaran por sorpresa, cuanto antes, el Canal de la Mancha.
El vicealmirante Ciliax consideró el plan de Hitler –de hacer atravesar el Canal a los buques– con mayores probabilidades de éxito que la gran vuelta alrededor de las islas Británicas y de los estrechos del norte. Para el caso de intentarse la empresa por el Canal, el vicealmirante pidió una fuerte protección de aviones de caza.



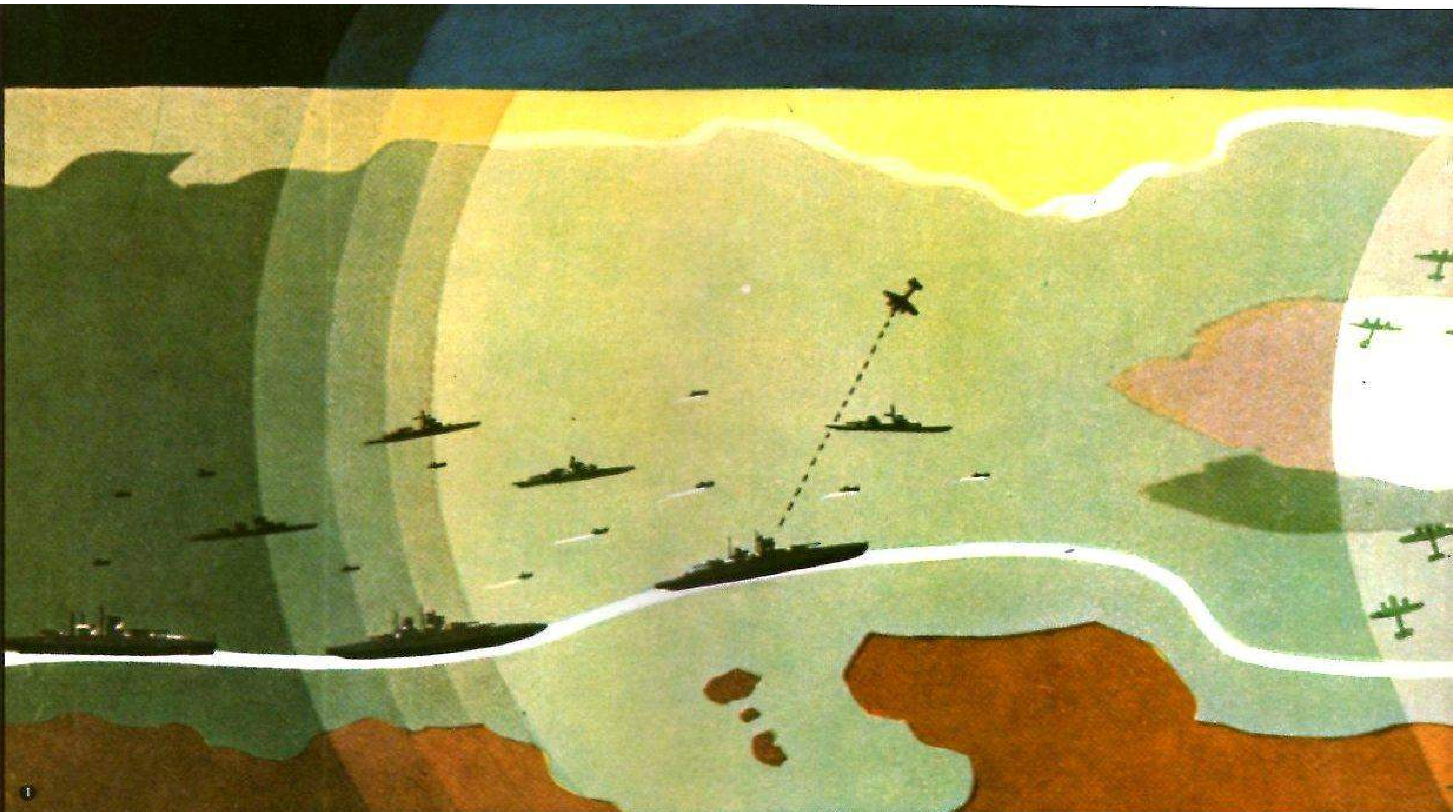
A las doce del mediodía en el canal

Jeschonnek manifestó que a esos efectos podía disponer de 250 aparatos. Eran suficientes para la operación que se proyectaba: 16 cazas volarían de manera permanente sobre los cruceros y durante los diez o veinte minutos del relevo serían 32.
Hitler aseguró que eso bastaría.
Ciliax propuso que los buques se hicieran a la mar desde Brest por la noche, con objeto de que no fueran descubiertos inmediatamente y pasaran la parte estrecha del canal, Dover-Calais, a las doce del mediodía. Esto encantó a Hitler: «¡Los ingleses no se lo van a creer! ¡No van a reaccionar con la rapidez del caso!» La operación recibió el nombre de «Cerbero».
Noche de lobos, noche fría. Las nubes oscuras no permiten ver las estrellas. Desde hace veinte minutos Brest se encuentra bajo alarma aérea. Pero esta vez no cae ninguna bomba. Sólo de vez en cuando abren fuego las baterías antiaéreas de la costa. En el puerto, sin embargo, se dispara ácido clorhídrico y trióxido sulfúrico para producir niebla. Densos vapores grises recorren el puerto, los diques y avanzan hacia el mar. Es imposible distinguir las siluetas de los cruceros de batalla y de los cruceros pesados alemanes.
El submarino británico *Sealion,* que desde hace días patrulla la salida de Brest se dirige hacia alta mar a las 21,35 con objeto de cargar sus baterías.
Sobre las nubes, un avión británico provisto de radar trata de localizar la presencia de barcos alemanes, pero el aparato no reacciona. Debe de tener un defecto. El *Scharnhorst,* el *Gneisenau* y el *Prinz Eugen* levan anclas. Cada hombre en su puesto de combate y todas las luces apagadas. Son las 22,45 de la noche del 11 de febrero de 1942. A babor navegan cuatro destructores que escoltarán a los cruceros durante su travesía. Fuera, en la noche, 14 lanchas torpederas aguardan a la escuadra que se atreve a adentrarse en aguas británicas. Como lo hizo en 1588 la Armada Invencible, y tras ella ninguna más ha vuelto a intentarlo. Superada la isla de Quessant, el vicealmirante Ciliax desde el buque insignia –el *Prinz Eugen*–, dio orden a la escuadra de navegar a toda máquina. La Operación «Cerbero» comenzaba.
Al viento la bandera de guerra, la escuadra empezó a abrirse camino en la noche, a 20 nudos de velocidad. Delante iba el *Scharnhorst,* luego el *Gneisenau* y, por último, el *Prinz Eugen.* A babor los destructores. Muy por delante de todos ellos van los dragaminas. En Cherburgo y en El Havre esperan lanchas rápidas. Los puestos alemanes de escucha y observación controlan las estaciones costeras británicas de radar. En los aeropuertos de Caen, Le Touquet y Amsterdam 280 aparatos alemanes esperan la orden para emprender el vuelo.
A la 1,14 los navíos alemanes entran en el Canal, en aguas británicas. Los soldados de las baterías antiaéreas han retirado las lonas de las piezas y colocado los cañones en posición. Todo está oscuro. Enfrente está Inglaterra: Plymouth, Weymouth, Bournemouth, la isla de Wight. Cada puerto abarrotado de lanchas rápidas, de destructores. En los aeropuertos: *Spitfires, Swordfish, Beauforts*: dos mil aviones.
Como gigantes antediluvianos, monstruos jactanciosos armados hasta los dientes, los buques avanzan por el agua plomiza; sus quillas dejan estelas interminables por las que siguen las embarcaciones de escolta.
Se anuncia una mañana sombría y triste. Es el 12 de febrero. Las nubes negras, bajas, parecen empujarse unas a otras. Sobre las movidas aguas de la línea de flotación se mecen las gaviotas. Los servidores de las piezas de artillería tienen frío. Van diez horas de navegación. Diez horas de tensión, de guardia, de preparativos de combate. Dispuestos a ver caer en cualquier momento bengalas luminosas, a que estallen sobre la cubierta luces brillantes, escuchar las campanas de incendio

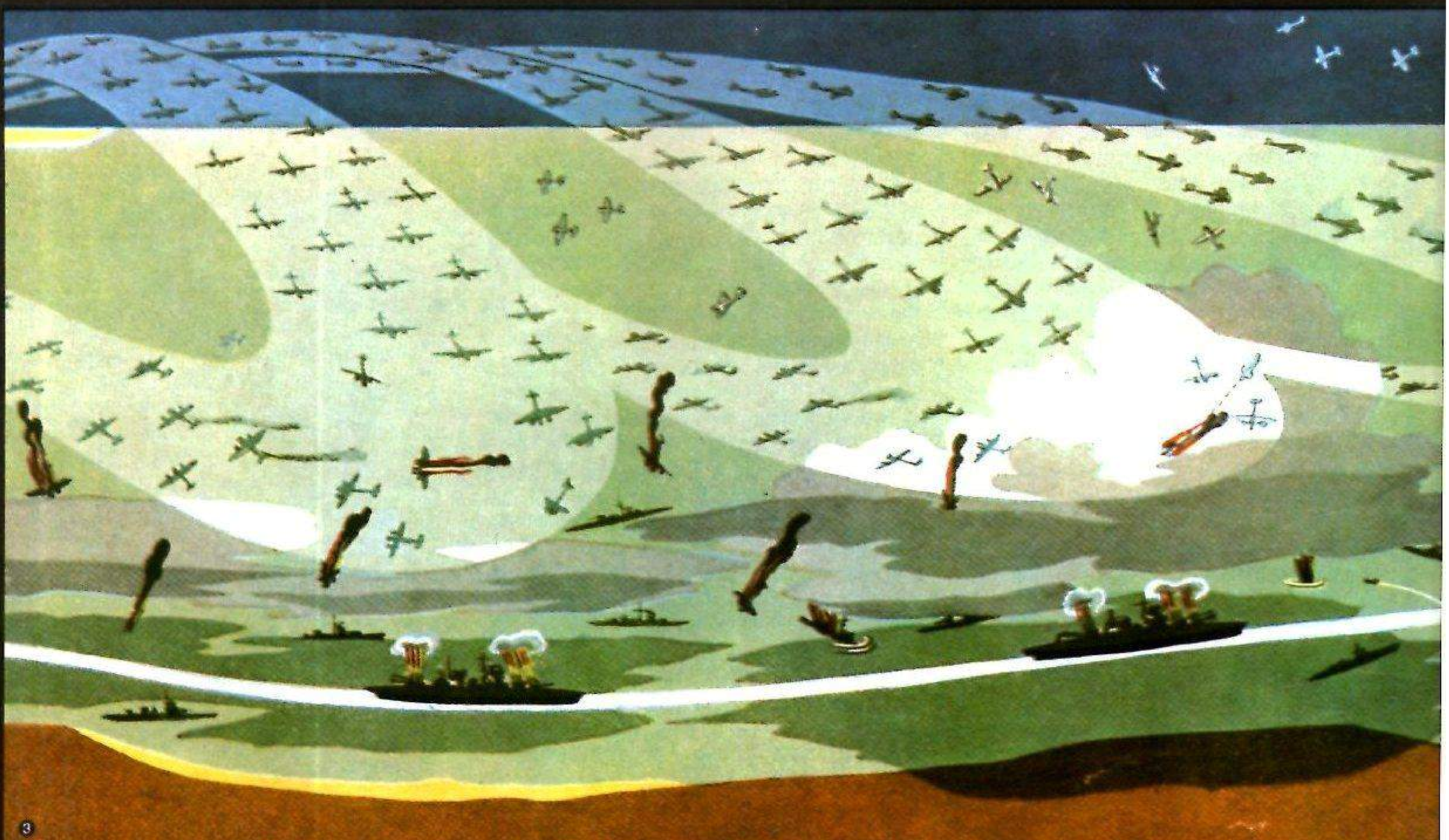


El vicealmirante Ciliax –a la izquierda en la foto pasando revista a la dotación del «Scharnhorst»– a cuyo cargo estuvo el mando de la Operación «Cerbero».

y el tronar de los cañones. Los puestos de radar de la costa británica tienen por fuerza que haber descubierto ya a la escuadra alemana. Pero en el Canal reinan desde hace seis horas sensibles perturbaciones atmosféricas. Los ingleses piensan que se debe al mal tiempo. En realidad son las emisoras alemanas que operan desde la costa francesa las que se están encargando de estorbar el funcionamiento del radar.
A las 8,42 hacen acto de presencia los cazas alemanes. Vuelan a estribor, se adelantan a la escuadra, se remontan por encima de las nubes, descienden cerca de los buques. Para ellos la distancia que mediaba hasta la costa británica disminuía rápidamente: sesenta, cuarenta, treinta millas. Sin embargo los comandantes de las escuadrillas del aeródromo de Stanmore empiezan a encontrar sospechosas las permanentes perturbaciones atmosféricas que entorpecen el funcionamiento del radar. Despega una escuadrilla de *Spitfires*.
A las 11 y 9 minutos, a la altura de Boulogne-sur-Mer, poco antes de llegar a la barrera de minas, los *Spitfire* descubren a los cruceros alemanes, a los destructores, dragaminas, lanchas rápidas y torpederas.
A las 11,40 los navíos alemanes pasan la barrera de minas y enfilan a 20 nudos de velocidad el estrecho de Dover. En este punto el Canal tiene sólo 33 km de ancho.
A las 12,18 la escuadra alemana se halla en el estrecho de Dover. El vicealmirante Ciliax ordena navegar a 30 nudos. Desde Dover abren fuego. Los proyectiles van a caer muy lejos, a babor. Las lanchas rápidas que zarpan desde allí se pierden en la niebla. Desde la costa francesa las baterías alemanas abren fuego a su vez sin alcanzar a nadie, ni a nada: la distancia es demasiado grande, y la puntería, lamentable. Poco después empieza el baile de verdad. De Dover y Ramsgate vuelven las lanchas rápidas. 6 aviones torpedo *Swordfish,* mandados por el comandante E. Esmonde –el mismo que alcanzara con su torpedo al *Bismarck*– y escoltados por 11 *Spitfires,* vuelan sobre el *Scharnhorst.*
El contramaestre Reimann, jefe de una de las cuatro baterías de babor, mira fijamente a las nubes. Se lanzan señales luminosas hacia el frente. El *Gneisenau* abre fuego con todos sus cañones antiaéreos. Y de pronto surgen dos *Swordfish.* El cabo artillero Bäumler les tiene en el punto de mira. Los aviones vienen juntos y descienden casi hasta rozar el agua. Una, dos ráfagas de sus ametralladoras de 7,7 mm contra el barco. A menos de cien metros, uno de los aparatos se eleva de improviso y lanza su carga. El torpedo cae vertiginosamente. El otro *Swordfish* explota en medio de una gran luminosidad grisácea y acompañado de tremendas detonaciones. El torpedo, por otra parte, ha desaparecido como por encanto: posiblemente un proyectil antiaéreo le ha acertado en la cabeza. (A título póstumo el comandante Esmonde recibió la «Victoria Cross»).
Desde Thorney Island acuden bombarderos *Beauforts.* De Harwich zarpan 6 destructores. El *Worcester* lanza tres torpedos contra el *Gneisenau* a 3000 yardas... sin lograr aproximarse más: el fuego de los cañones y el ataque de las lanchas torpederas le mantienen a distancia. Los cazas alemanes ponen en fuga a los *Beauforts, Hudsons, Spitfires, Whirlwinds, Halifaxes, Hampdens, Wellingtons, Swordfish* y *Manchesters.* Bombas y torpedos estallan en el mar. El ruido puede oírse hasta en los acantilados de Dover. En su rada se hunden 17 cazas británicos, 15 bombarderos, 3 *Beauforts* y 6 *Swordfish.*
El tiempo, ya de por sí malo, empeora por momentos: llueve y nieva a la vez. Y de pronto los buques se encuentran ya en el mar del Norte. Detrás quedan 300 millas marinas con la travesía del Canal; 300 millas marinas en menos de 24 horas.
A las 15,28 el *Scharnhorst* choca contra una mina. El crucero pierde el rumbo y queda al pairo. El vicealmirante Ciliax y su Estado Mayor pasan al destructor *Z 29,* que manda la flotilla de destructores. Doce minutos después el ingeniero W. Kretzschmar ha reparado la avería y el crucero puede continuar la navegación.
A las 16,43 aparecen los ingleses por última vez con una escuadrilla de bombarderos y una flotilla de destructores. El *Worcester* es incendiado, y los bombarderos, después de lanzar su carga sin objetivo alguno, emprenden el vuelo de regreso. Los buques alemanes no se encuentran en la posición señalada. Han logrado lo que parecía imposible.
A las 19,55 el *Gneisenau* entra en colisión con una mina; a las 21,34 el *Scharnhorst,* por segunda vez, con otra. Ninguna de ellas logra detener a los cruceros.
A primeras horas de la mañana del 13 de febrero, el *Scharnhorst* echaba anclas en Wilhelmshaven. El *Gneisenau* y el *Prinz Eugen* navegan hasta la esclusa de Brunsbüttel.
Había terminado la calculada aventura. Las dos partes podían hacer balance. Los ingleses estaban fuera de sí. «Desde el siglo XVIII –escribía 'Times'– no había conocido nuestro dominio de las aguas territoriales una afrenta parecida». Se refería con ello a la guerra contra Holanda cuando los barcos del almirante Michel de Ruyter recorrieron en 1667 el Támesis causando gran pánico en Londres. Por el contrario, en Alemania la operación se celebró con una gran victoria. «Los buques alemanes llaman a las puertas de Inglaterra», titulaban la noticia los periódicos.
La cuestión, sin embargo, era qué frutos podía esperarse de la victoria. Aparte de prevenir una invasión de Noruega, que nunca se produjo, no se sacó nada. El *Scharnhorst* fue echado a pique por el *Duke of York* el 26 de diciembre de 1943, durante una operación contra un convoy enemigo. El *Gneisenau* había sido hundido mucho antes, dos semanas después de concluirse la Operación «Cerbero», durante un bombardeo del puerto de Kiel. Más que hundido fue puesto fuera de combate, de manera que no mereció la pena repararlo. Para ahorrarse esta suerte había emprendido la aventura de cruzar el Canal en unión del *Prinz Eugen* y del *Scharnhorst,* pero la bomba británica que no le alcanzó en Brest terminó con él en un puerto alemán.



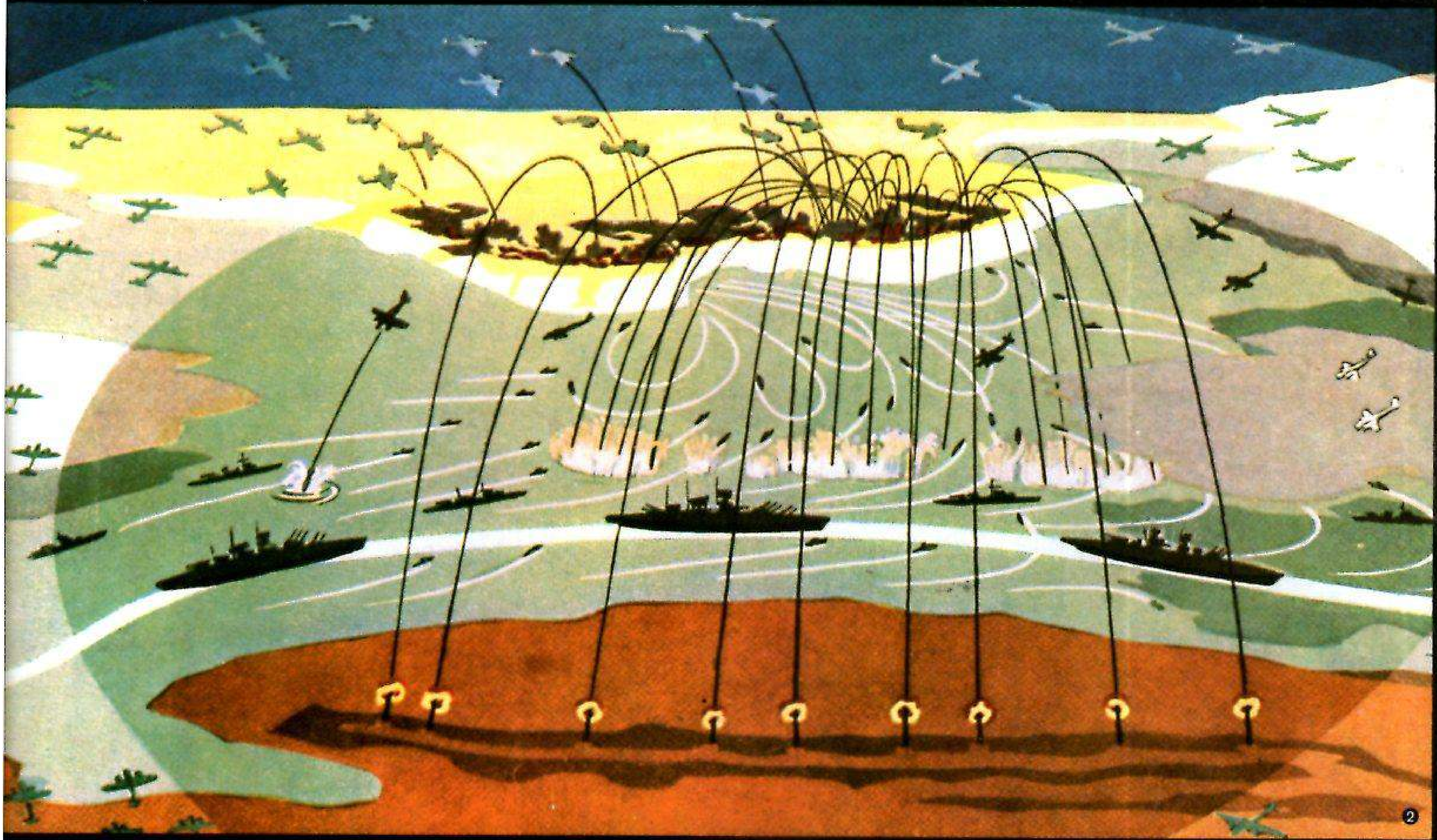
1



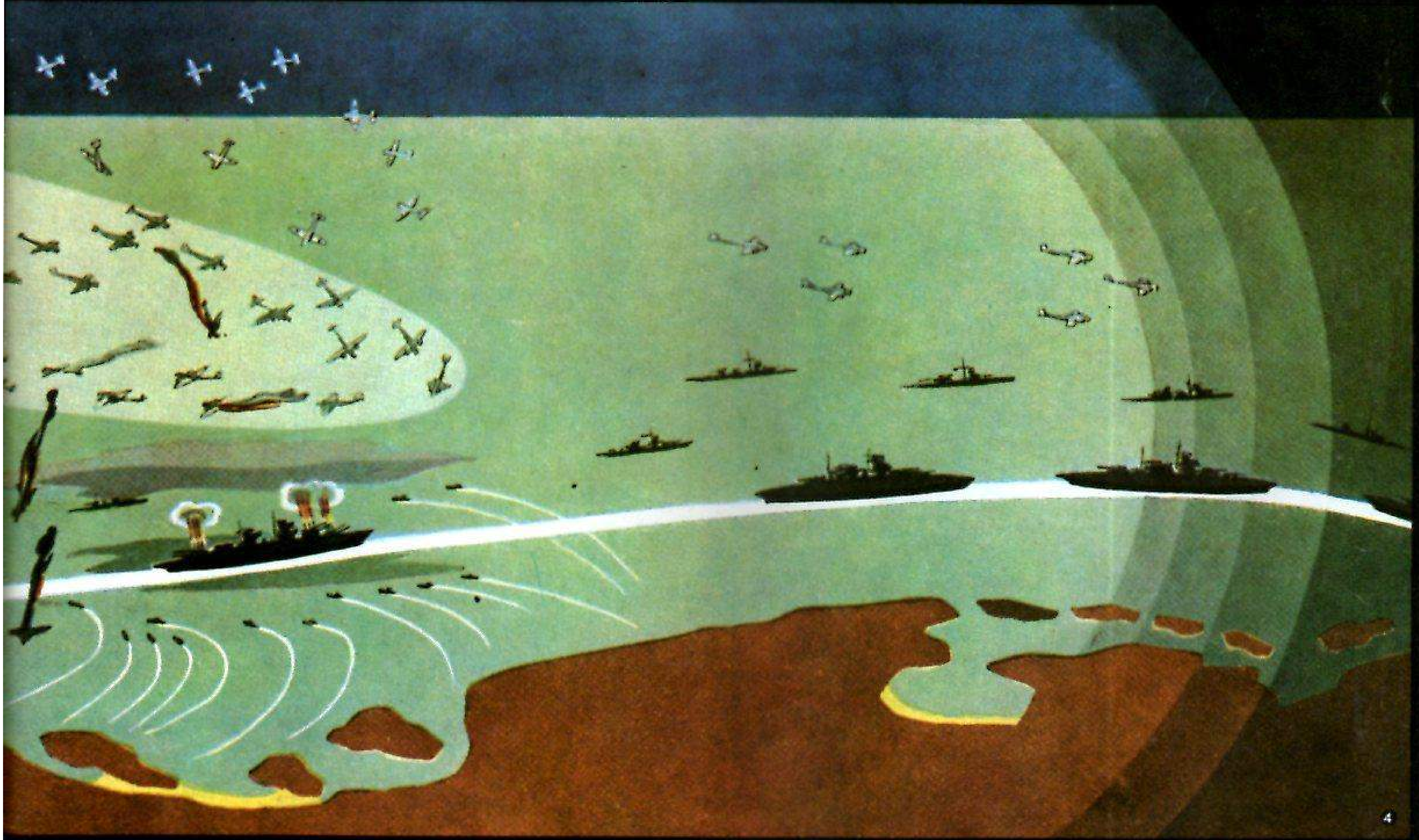
3

La travesía del Canal, un juego de niños

Para la revista de propaganda «Signal» la travesía del Canal por parte del «Scharnhorst», «Gneisenau» y «Prinz Eugen» constituyó un viaje de aventuras sobre el verde mar, un juego infantil con final feliz. Todo el



2



4

panorama estaba concebido como un gran fresco: en la parte superior podía contemplarse la navegación de los buques alemanes ante las costas francesas y belgas y en la inferior ante las holandesas y alemanas. Esta interpretación no sólo dificultaba, sino que también tergiversaba los hechos. El ataque en solitario de los aviones ingleses formaba parte de la leyenda del Reich, del mismo modo que el bombardeo de las costas británicas por los aparatos germanos y el furioso duelo de artillería de costa a costa. Real y verdaderamente los alemanes dispararon cuatro salvas y los ingleses poco más o menos las mismas. Ni unos, ni otros, dieron en el blanco.



Habla Hitler

Palacio de los Deportes berlinés, 30-IX-1942
En su discurso pronunciado con motivo de la inauguración de la campaña del «Auxilio de Invierno», Hitler se refirió a los hombres de Estado británicos y norteamericanos en el tono de costumbre y anunció el aniquilamiento de los judíos.

Al judío no le van a quedar ganas de reír

Sobre el significado de la palabra «creer» está claro que no podemos ponernos de acuerdo con los ingleses, Quien crea, por ejemplo, que Namsos o Andalsnes[1] constituyeron dos victorias, o Dunkerque la más grande de toda la historia, o cualquier expedición que dure nueve horas sea para él el signo de una nación victoriosa[2], con quien tal crea no podemos nosotros discutir nuestros humildes triunfos, no podemos en ningún momento compararlos.

Porque, ¿qué son en comparación nuestros éxitos? Cuando realizamos un avance de mil kilómetros no pasa de ser un «rotundo fracaso». Cuando por ejemplo, como en los últimos meses –en ese país no se puede combatir más allá de unos meses–, llegamos al Don, del Don proseguimos la marcha hacia el Volga y alcanzamos Stalingrado –que terminaremos conquistando, de eso pueden estar ustedes seguros–, todo ello no supone a sus ojos nada en absoluto.

Nuestro avance hacia el Cáucaso tiene el mismo valor para ellos que la ocupación de Ucrania, la toma de las minas de carbón del Doniets, la incautación del 65 al 70 % del hierro ruso y de la zona más rica en cereales del mundo, para bien del pueblo alemán y de Europa, así como de los pozos de petróleo del Cáucaso; todo esto no significa nada. Pero el que un destacamento de tropas canadienses ligeramente reforzadas por soldados británicos desembarque en Dieppe y se haga fuerte durante nueve horas, con grandes dificultades, antes de ser aniquilado, esto constituye nada menos que la prueba irrefutable de la inasequible voluntad de victoria del Imperio británico.

Nuestros submarinos tampoco son nada digno de mención. Ya en 1939 no significaban nada según el propio Winston Churchill, que por aquel entonces afirmó tajantemente: «Puedo dar a conocer la reconfortante nueva de que el peligro submarino ha desaparecido para siempre.» ¡No!, ¡un momento!, esto no lo dijo Churchill, sino Duff Cooper; cada uno de estos bocazas es superior al otro, pero uno los confunde fácilmente. Ya entonces nos habían echado a pique más submarinos de los que teníamos. El hecho de que les hayamos expulsado de los Balcanes, que hayamos conquistado Grecia, que tengamos Creta y estén retrocediendo en el Norte de África, no tiene la menor importancia, no significa nada. Pero si en cualquier parte desembarca un grupo de hombres y sorprende un puesto aislado nuestro, éstas sí que son hazañas, éstos sí que son hechos trascendentales.

Fuera de estas hazañas poseen un gran crédito de cara al futuro. Dicen: «El segundo frente está al llegar. ¡Tened cuidado alemanes! Aún es tiempo de retroceder.» Pero ni hemos tenido cuidado, ni hemos retrocedido; al contrario, seguimos tranquilamente avanzando. Con esto no quiero decir que no nos tengamos que preparar para un segundo frente.

Churchill dice: «Dejemos a los alemanes el terror de la preocupación de cuándo y dónde abriremos el segundo frente.» Por mi parte puedo responder: «Señor Churchill, usted no me da miedo en absoluto». Pero en lo de que tenemos que preocuparnos tiene usted razón, porque si tuviese enfrente un enemigo de categoría sí sabría por dónde me podría atacar. Pero cuando uno tiene que habérselas con militares infantiles no puede saber por la parte que van a salir, cualquier locura es posible. Y esto es lo desagradable: que esa colección de enfermos mentales o alcohólicos empedernidos no sabe nunca lo que se trae entre manos. Desde hace poco, junto al «segundo frente» ha surgido otro medio: el hombre que ha inventado los bombardeos contra la población civil asegura que en un futuro próximo piensa intensificar estos bombardeos contra Alemania. A este respecto quiero recordar algo: en mayo de 1940 comenzó Churchill los bombardeos contra la población civil alemana. Le advertí y esperé pacientemente cuatro meses a que atendiera mi advertencia. Al comprobar que no nos hacía caso respondimos y lo hicimos de tal modo que no tardó el propio Churchill en rasgarse las vestiduras y asegurar que aquello era una barbarie y que Inglaterra se vengaría. El hombre responsable de todo esto –si hago excepción del provocador Roosevelt–, el culpable de todo, ha intentado hacerse pasar por inocente.

Quiero prometerles algo: llegará esta vez también la hora en que respondamos. Esperemos que estos dos criminales y sus patronos judíos no comiencen a gemir y sollozar cuando le llegue a Inglaterra el fin más terrible que el principio.

El 1 de septiembre de 1939 prometí ante el Reichstag dos cosas:

Primera, que después de que se nos ha forzado a entrar en esta guerra no habrá fuerza capaz de hacernos capitular y, segunda, que si el judaísmo ha sido capaz de desatar una guerra mundial para acabar con el pueblo ario, no será el pueblo ario el que desaparezca sino el judaísmo. Los instigadores del demente de la Casa Blanca han logrado complicar en la guerra a un pueblo tras otro. En la misma medida, sin embargo, se va apoderando de un pueblo tras otro un sentimiento de antisemitismo que seguirá extendiéndose de Estado a Estado que entre en la guerra, de la que saldrán todos como antisemitas convencidos.

Los judíos, incluso en Alemania, se rieron de mi profecía. Ignoro si se siguen riendo o si con el tiempo han perdido las ganas de reír. Pero puedo asegurar una vez más que no les van a quedar ganas de reír en ninguna parte. Y estoy seguro de que esta profecía mía también se cumplirá. □

[1] *Bases anglofrancesas en Noruega, evacuadas el 28 de abril de 1940.*

[2] *Alusión a la operación de comandos anglocanadienses llevada a cabo en Dieppe, en la costa francesa del Canal, el 19 de agosto de 1942.*

CRONICA

POLITICA | **CUESTIONES MILITARES** | **CULTURA Y TECNICA**

1943

POLITICA

3. 5.: De resultas de las heridas recibidas en un accidente automovilístico muere Victor Lutze, jefe del Estado Mayor de las SA. Hitler ordena que el partido se haga cargo del entierro, durante el que habló él mismo: «Su deseo más ferviente, repetido muchas veces, de participar en el combate del frente no pude satisfacérselo. Al fin ha encontrado la muerte viril que pedía su vida nacionalsocialista.»



El jefe de Estado Mayor de las SA, Victor Lutze (derecha).

7. 5.: Al concluir el entierro de Lutze, el «Führer», invitó a comer a las jerarquías del partido: durante la comida expresó su malhumor contra «las prisas del automóvil». Goebbels: «La consecuencia que según él debía sacarse del accidente de Lutze era reducir la velocidad de todos los autos del partido a 80 km hora».

10. 5.: Hitler firma el decreto prolongando, contrariamente a lo dispuesto por la constitución, los poderes otorgados al Gobierno en 1933. «Considerando que el decreto del 24 de marzo de 1933 vence el 10 de mayo de 1943, dispongo: El Gobierno del Reich seguirá ejerciendo hasta nueva disposición los poderes que se le otorgaron el 24 de marzo de 1933».

10. 5.: Hitler concede al director general de la empresa Hermann Göring, Paul Pleiger, la Cruz de Caballero por méritos de guerra.

12. 5.: El presidente Roosevelt da su acuerdo al presidente de Checoslovaquia en el exilio, Benes, para la repatriación de los sudetes alemanes después de la guerra.

31. 5.: En la economía de guerra alemana trabajan 12,1 millones de obreros extranjeros, incluidos los prisioneros de guerra.

14. 6.: Con consentimiento de los alemanes, Letonia y Lituania declaran el 14 de junio «Día del dolor en recuerdo de las víctimas del dominio bolchevique». En este sentido se celebran oficios religiosos en Riga y Reval.

16. 6.: En carta autógrafa Hitler envía al rey Gustavo V de Suecia sus felicitaciones y buenos deseos con motivo de los 85 años del monarca.

17. 6.: Con la participación del 17 países se inaugura en Hamburgo el Congreso: «Los trabajadores de Europa colaboran a la victoria».

CUESTIONES MILITARES

1.-31. 5.: Dentro de la zona del Ejército del Centro se desarrollan las operaciones «Zigeunerbaron», «Freischütz», «Maigewitter» y «Nachbarhilfe», contra las numerosas y fuertes bandas de guerrilleros.

4.-5. 5.: Ataque de la aviación británica contra Dortmund. Fueron lanzadas 1436 toneladas de bombas. El ataque se repitió el 23/24. 5 con 2042 t, que destruyeron buena parte de los distritos fabriles y residenciales.

5. 5.: Comienza en Túnez la última ofensiva de las tropas británicas contra las unidades blindadas alemanas. Se resquebrajó el frente alemán y el 7 de mayo se rindieron Bizerta y Túnez.

11. 5.: Hitler da orden a los generales «que corresponde» de que la operación «Zitadelle» –una ofensiva limitada a la reconquista de Kursk– se llevará a cabo contra la opinión de todos ellos a mediados de junio.

13. 5.: Se rinden las tropas italogermanas que bajo el mando del general Arnim ocupaban Túnez.

14. 5.: Bombarderos americanos atacan el puerto de Kiel arrojando 250 toneladas de bombas.

16.-17. 5.: La aviación británica bombardea los muros de contención de las presas de Möhne, Eder y Tal. En la de Möhne (Ruhr) causan 1217 muertos, de ellos 718 son trabajadores extranjeros.

24. 5.: Tras una serie de fracasos el gran almirante Dönitz da la orden a los submarinos de abandonar la lucha contra los convoyes del Atlántico Norte. La guerra submarina comienza a cambiar de signo.

1. 6.: Hitler da el nombre de «Reichsgrenadierdivision Hoch und Deutschmeister» a la División 44 de Infantería, recientemente reclutada en Viena. La división que portaba este nombre hasta ahora ha sido aniquilada en Stalingrado.

3.-8. 6.: Aviones alemanes realizan cuatro vuelos contra la fábrica soviética de blindados «Gorki». Lanzaron 685 toneladas de bombas.

9.-10. 6.: 132 bombarderos alemanes atacan el combinado industrial soviético de Jaroslavl. El ataque se repite la noche del 20/21 con 88 bombarderos.

11.-12. 6.: Ataque aéreo británico contra Dusseldorf con la participación de 693 aparatos que arrojaron 1968 toneladas de bombas. 120.000 personas se quedan sin hogar. Una noche después caen sobre Bochum 1507 toneladas de bombas.

21. 6.: Hitler ordena la creación de un tribunal especial para la «Wehrmacht»: «Los tribunales especiales deberán entender en procesos de urgencia todos los delitos políticos o militares que se refieran a falta de confianza en la dirección política o militar del mando, y que deberán ser penados con trabajos forzados o la muerte. La ejecución de la pena seguirá automáticamente a la confirmación de la misma.»

1. 5.-30. 6.: Durante este tiempo los submarinos alemanes echaron a pique en el Atlántico, el Mediterráneo y en el Indico 64 mercantes aliados con un total de 312.579 toneladas.

CULTURA Y TECNICA

4. 5.: Se integran en la lista de productos «no necesarios» los sombreros, lo que equivale a prohibir su fabricación.

15. 5.: Estreno de la película de propaganda «Germanin» con Lotte Koch, Luis Trenker, Peter Petersen.

16. 5.: Día de la madre. Se conceden 137.950 medallas a las de familia numerosa: 23.439 de 1.ª clase, oro, a las de ocho o más hijos; 29.971 de 2.ª clase, plata, a las de 6 y 7 hijos; y 84.540 de 3.ª clase, bronce, a las de 4 y 5 hijos.

23. 5.: Durante el acto académico conmemorativo del IV Centenario de la muerte de Copérnico, el ministro del Reich, Bernhard Rust, dijo en su discurso: «Todavía hoy tenemos que hacer algo contra Copérnico y como él en defensa de la verdad: tenemos que acabar con la leyenda de un Copérnico 'polaco'».

23. 5.: Recogida de ropa y calzado que durará hasta el próximo 12. 6. El ministro de Economía, Funk, dijo durante el llamamiento que dirigió al pueblo alemán: «Los compatriotas que trabajan en la industria de guerra necesitan trajes y zapatos para desempeñar su cometido; millones de europeos al servicio de la industria bélica alemana deben recibir nuevas ropas con objeto de salvaguardar su salud y que no disminuya su rendimiento».

30. 5.: En Passau se proclama nuevo campeón alemán de gimnasia Eugen Göppel, de Stuttgart, seguido de los gemelos Theo y Erich Wied.

31. 5.: Se reducen a 100 gramos las raciones de carne semanales durante el periodo que va del 31 de mayo al 27 de junio.

5. 6.: En un acto organizado por los encargados de la recogida de chatarra, con la asistencia de Goebbels y Speer, dijo el primero a los allí reunidos: «El judío actuará siempre de acuerdo con su manera de ser y el instinto de su raza. No puede obrar de otra manera. Y así como el escarabajo destruye la patata, la tiene que destruir por fuerza, así el judío tiene que destruir por fuerza los Estados y los pueblos.»

19. 6.: Durante el acto en memoria de las víctimas del bombardeo de Wuppertal declara Goebbels: «Las ciudades que permanecen en pie, pese a las ruinas y las llamas, forman una invisible corona de laurel en sus blasones».

26. 6.: Durante la inauguración de la «Gran Exposición de Arte Alemán 1943» en Munich, Goebbels explicó a los asistentes el motivo por el que los británicos «organizan hoy bombardeos terroristas contra los centros artísticos alemanes»: «Aquí se da a conocer un complejo de inferioridad espiritual que trata de destruirnos aquello que el enemigo no es capaz de realizar, ni ha sido capaz de realizarlo nunca.»

Cañones (guns) en vez de mantequilla (butter) era la consigna de Hermann Göring. Como comisario encargado del plan de producción de cuatro años, Göring presentó orgullosamente el balance de sus hazañas. Para la revista norteamericana «Fortune», Alemania era, después de la derrota de Francia, un poderoso Estado, bien equipado, capaz de enfrentarse a los Estados Unidos.

HUMOR EN EL TERCER REICH

